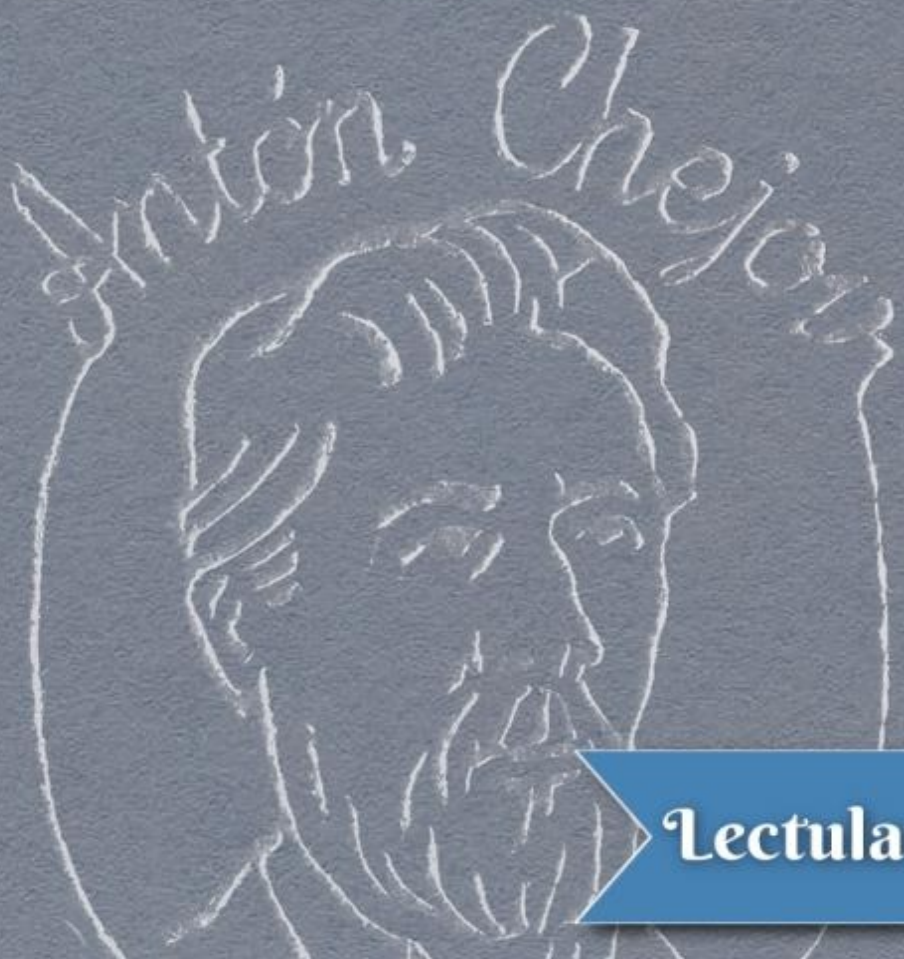
CHÉJOV CUENTOS COMPLETOS

TRADUCCIÓN DEL RUSO
POR E. PODGURSKY Y A. AGUILAR



Lectulandia

Al principio, Chéjov escribía simplemente por razones económicas, pero su ambición artística fue creciendo al introducir innovaciones que influyeron poderosamente en la evolución del relato corto. Su originalidad consiste en el uso de la técnica del monólogo —adoptada más tarde por James Joyce y otros escritores del modernismo anglosajón— y por el rechazo de la finalidad moral presente en la estructura de las obras tradicionales. No le preocupaban las dificultades que esto último planteaba al lector, porque consideraba que el papel del artista es realizar preguntas, no responderlas. Chéjov compaginó su carrera literaria con la medicina; en una de sus cartas, escribió al respecto: «La medicina es mi esposa legal; la literatura, solo mi amante».

Según el escritor estadounidense E. L. Doctorow, Chéjov posee la voz más natural de la ficción: «Sus cuentos parecen esparcirse sobre la página sin arte, sin ninguna intención estética detrás de ellos. Y así uno ve la vida a través de sus frases».

Antón Chéjov

Cuentos completos

ePub r1.0
Titivillus 06.04.2022

Antón Chéjov, 1957
Traducción: E. Podgursky & A. Aguilar
Diseño de cubierta: diego77

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

PRÓLOGO

Antón Chéjov

ANTÓN CHEJOV, CUENTISTA.

Chejov es conocido como cuentista o autor teatral. También escribió unas novelas, no muy largas, y un libro de viajes. En la narración corta llegó a una perfección asombrosa, que le sitúa entre los mejores cuentistas. La difícil técnica del cuento —intensidad, rapidez, síntesis— debió asimilarla a su natural método de expresión, y el cuento, con su mágica fuerza emocional, fue el vehículo de su total pensamiento, a veces humorístico y a veces melancólico.

En Chejov se acumula la riquísima experiencia literaria de todo el siglo XIX, y especialmente la del periodo 1840-1880, que puede considerarse en Rusia excepcional por el número y valor de sus escritores. Todos ellos aportan a *la obra de Chejov su evidente influjo, y ésta se nos presenta como síntesis final de un siglo que termina en el 80, fecha importante por diversas razones, en la que Chejov cumple veinte años e inicia su carrera de literato.*

Había nacido en una ciudad del sur de Rusia, Taganrog, el 17 de enero de 1860, de una familia de modestos comerciantes: su padre tenía un almacén de ultramarinos. Estudió en su ciudad natal, y en seguida se despertó su afición por la lectura y el teatro; de muchacho escribió algo, y a los diecinueve años se trasladó a Moscú e hizo su *ingreso en la Facultad de Medicina, entrando en contacto con un medio bien diferente del panifico que había conocido en Taganrog, y en donde comienza de forma más seria a escribir, colaborando en periódicos satíricos que apenas le pagaban su trabajo.*

En el año 80 las letras rusas cambian de tendencia y abandonan paulatinamente el tema básico sobre el que se habían sustentado hasta entonces: la exposición realista de la sociedad contemporánea y la crítica de las costumbres. Puede decirse que ésta había sido la temática desde Gogol a Dostoyevski, pues en ninguno de los grandes maestros rusos de aquellos años se encuentra independizada la obra de las transformaciones sociales y de las cuestiones concretas. Pero diversas causas, entre las que está como clave la decepción sufrida en los años setenta por los intelectuales en su intento de

ayudar al pueblo, produjeron un alejamiento de tales temas y se inició la literatura psicológica, los análisis de sentimientos y estados de ánimo, creándose un estilo fantástico, irreal y pesimista que indicaba la crisis interna del escritor.

En este momento Chejov empieza a escribir; el nuevo movimiento le dará su inclinación a la penetración en las zonas misteriosas del alma; la tradición de los añas anteriores, como hemos dicho, le provee de una técnica realista maravillosa, dirigida al estudio de las clases y de las circunstancias que se producían en Rusia aquellos años. Éstas no cambian mucho, pues desde 1880 a 1904 —cuando muere Chejov— se da un único periodo de etapas similares, en el que la fisonomía de la época apenas varía. En estos años, una parte de la sociedad rusa, la más afectada por las circunstancias y el clima de inutilidad, refleja, en su dominio limitado, la situación general de todo el país. Me refiero a los comerciantes, empleados, pequeños burgueses e intelectuales qué vivían en un ambiente asfixiante y sin horizonte alguno, tipos que hacía años habían llenado los dramas de Ostrovski. A esta clase precisamente pertenecía Chejov, y a ella se referirá en toda su obra; su niñez, sus años de juventud, los círculos que él frecuenta, conseguido el éxito literario, serán descritos fielmente, hasta el punto de superar a una narración histórica para quien desee conocer aquella época.

Es un trabajo intenso al que Chejov está sometido hasta 1886, escribiendo centenares de historias breves e inclusive llenando la columna de escándalo de un periódico. En la fecha en que indicamos se publica el primer volumen de sus cuentos, y logra llegar a los periódicos literarios: de San Petersburgo; pero su salud se resiente y aparecen las primeras manifestaciones de la tuberculosis, con la que luchará su organismo hasta el fin de sus días.

Paul Chéjov padre.

Yevguénia Chéjov madre.

A tal precio consigue afianzar su éxito, y en el 87 aparece su colección de narraciones titulada En el crepúsculo, *que tiene gran aceptación. Por entonces, un periodista español le conoció y dijo de él que era un joven modesto, reservado, poco hablador y de carácter algo adusto.*

Lo mismo que Turgueniev pintó la vida de los nobles rurales, Gorki los menesterosos y Tolstoi llevó a sus novelas la aristocracia, Chejov utiliza a *una clase intermedia que, desgajada de los poderosos, marchaba hacia su integración en las capas inferiores de la sociedad. Esta evolución económica se efectúa dolorosamente, y los menores roces con unos y otros son heridas profundas. La huida de la realidad se exacerba con estos motivos hacia 1895, cuando surgen los decadentes o simbolistas que llegan a un total divorcio con la vida.*

Las condiciones trágicas de los pertenecientes a esta clase han sido pintadas por otros rusos —por ejemplo, Garshin—, pero es Chejov quien realmente los describe en su pequeño mundo burgués. Para ello sería solamente valedero el método realista; Chejov es realista, de la gran escuela de los maestros, y no se evade de ella ante la sordidez de la vida cotidiana. Son los días grises, las personas igualmente grises, los que llenan sus cuentos de absurdos, de vulgaridades y pequeñas bajezas. Con ellos no usa la fantasía o la venganza; comprensivo, los perdona y los hace perdonar mediante el humorismo.

Como dijimos, Chejov no escribió largas novelas, sino cuentos y novelitas, generalmente muy breves. Sus primeras colaboraciones en los periódicos humorísticos fueron escenas sueltas, anécdotas y chistes, que volcaban todo su interés en la frase final. En ellos se puede adivinar ya su estilo posterior y las características que tendría su arte.

Se considera a Chejov un humorista, y así fue, en efecto, en sus primeros años de escritor; pero esa etapa inicial de frivolidad y de limitación para no adentrarse en los orígenes del ridículo, termina relativamente pronto. Sin abandonar del todo el humorismo, le dio un giro propio, mediante un piadoso trato para todos los personajes ignorantes, vulgares, ingenuos, que encontramos en sus cuentos. Comprensión de que, mezclados a los grandes hechos, van las míseras y risibles facetas inevitables. Y por debajo de unos y otras, las poderosas circunstancias que llevan y traen a los hombres, conformándolos y haciéndolos ser héroes o bufones.

En este camino hacia la profundidad, Chejov halló que la burocracia rusa era rutinaria e inmoral, y contra ella lanzó su sátira; mas observemos cómo el individuo parece quedar a salvo de estos defectos que se le

superponen como investidura de su cargo. Chejov ironiza, no sobre el poseedor de grados burocráticos —que siempre es un pobre diablo—, sino sobre este mecanismo que coacciona al hombre. Y si no, siempre da excusa de esos funcionarios hechos de humilde barro. Ved en Un informe o *en* Medidas sanitarias *como éstos inspiran lástima y hasta compasiva simpatía*.

Siguiendo el mismo proceso de Gogol, que fue pasando de la broma a la tragedia, Chejov fue acentuando ese ligero criticismo social, y, a pesar de las frecuentes protestas de pureza de su literatura, modificó su humorismo para dar paso a elementos impregnados de ternura y tristeza que establecían estrecha relación entre la sonrisa y la piedad.

Antón Chéjov (1879-80).

Antón Chéjov (1893).

¡Qué ternura y qué extraña capacidad de comprensión del dolor ajeno hay ya en Ensueños, *donde un desgraciado sueña con hallar la paz y la felicidad en el lugar donde será encarcelado; y piedad más oculta hacia el atolondrado de* El feliz mortal *o hacia las protagonistas de* La mujer del boticario *y* El marido!

Hacia 1886, su interés por la psicología de sus personajes hace que el humorismo quede relegado y ocupe el primer lugar una especie de suave desaliento que se expresa vagamente y que penetra el ánimo del lector, consiguiendo una de las más valiosas cualidades de la obra chejoviana: la de transmitir los sentimientos descritos a los lectores, por diferentes que éstos sean. Es el cuento de Nastraiénie, *palabra rusa de difícil traducción, que expresa el estado de ánimo, la predisposición, una situación especial del espíritu que generalmente es creada por la añoranza o el anhelo, la melancolía y la contemplación de la Naturaleza*.

No es que Chejov sea el único que haya logrado esta calidad psicológica en su obra; otros escritores —y especialmente rusos— la consiguen, y al decir esto no se ha de pensar que es un recurso o ardid literario, pues sólo emana de una íntima y singular versión que el escritor da de su sensibilidad, De este cambio en el estilo de Chejov se pone como ejemplo su cuento El beso, *en que ha desaparecido el humorismo y sólo queda una situación inesperada que despierta en el oficial Ryabovich una sensación de desconsuelo e inutilidad de su vida. Sensación no ajena a las circunstancias en la existencia diaria del autor; entonces Rusia atravesaba una época adversa para toda iniciativa humana, y la resignación había invadido a los hombres, víctimas de cercos y represiones que los convertían en inútiles. Se advierte la humillación de vivir así cuando alguien dice en* El tío Vania: «*Los que vivan dentro de cien o doscientos años nos despreciarán por haber vivido de manera tan tonta y tan vulgar…*».

Aun después de la época sombría de Chejov —época que termina hacia 1891, después de su viaje a Sajalín, en la que escribe cuentos tristes, con personajes vencidos y anormales—, el escritor seguirá dando esta atmósfera rara y subyugante a sus cuentos *y dramas*.

A ella se debe ese aliento imponderable y misterioso que sopla en el cuento La dama del perrito *o en el drama* El jardín de los cerezos, *que hace presentir una realidad invisible tras los hechos habituales y una personalidad abismal en los caracteres. No se manifiestan sino por ligeras referencias que se perciben vagamente y dejan la inquietante noción de que no lo sabemos todo*.

Uno de los motivos por los que se ha atribuido a Chejov influencia sobre autores anglosajones —el crítico Manuilov se refiere a Sherwood, Anderson, Priestley, Katherine Mansfield— pudiera hallarse en que éstos tienden a análisis psicológicos que crean un clima de nastraiénie; *es ésta la mayor influencia de Chejov en la literatura moderna, y, por lo que se refiere al teatro, sería difícil hallar libres de ella a los más célebres dramaturgos.*

Chejov propugnaba un estilo simple, se lo recomendaba a Gorki con argumentos también sencillos. Respondió en cierta ocasión: «No hay necesidad de encerrarse en este o aquel marco. Que la vida sea tal cual es y los hombres como son en realidad, sin artificios». Chejov creó, con un estilo sencillo, el método de dar un contenido ideológico sin que éste aplaste la belleza. La idea vive latente, sin asomarse a la superficie del cuento, y sería digno de estudio si no son ajenas a la utilización de este sistema las condiciones políticas por las que pasaba Rusia en aquel tiempo. Por debajo de una aparente ligereza está planteado un problema o se advierte un carácter humano con su asombrosa complejidad. Como el de la muchacha Vanda en Un hombre conocido, *y ese metódico tipo de* Un hombre extraordinario, *que pensaría inadvertido para todos si una aguda percepción literaria no descubriera en su comportamiento el más terrible defecto. Es de esta forma como Chejov llega a ser un escritor de vocación psicológica, no limitado a lo individual, sino alcanzando esos elementos comunes que son de todos, pese a las infinitas diferencias de cada temperamento. Se nos ocurre pensar que en el graciosísimo cuento* Los baños públicos *hay datos tan concretos sobre el carácter ruso de entonces que se puede deducir totalmente el medio que lo crea. También* Sirena *se podría considerar el cuento de un costumbrista.*

En este sentido podrían ser analizadas todas las narraciones que reúne el presente volumen. No quedará sin mencionar Grischa, *excelente ejemplo del pensamiento infantil, que puede servir de canon para los que se interesan en reproducir los impactos que el mundo recién descubierto produce en el niño.*

La vida de Chejov en estos años no contiene nada singular. Trabaja, vive con su familia, tiene problemas económicos que poco a poco sus colaboraciones van borrando; en 1889 se traslada a San Petersburgo, y en el verano de este año hace un viaje por Crimea y el Cáucaso. Por entonces escribe sus cuentos llamados «estudios clínicos». —El parto, Ivanof, Tifus—, *donde pone en juego sus conocimientos médicos y acentúa los tonos oscuros de su estilo.*

Ningún estilo menos fantástico que el suyo. Si hay episodios que pueden parecerlo, es que fácilmente se confunde lo fantástico con la exageración de lo real. Y exageración como recurso humorístico es lo que tienen esos cuentos tan graciosos, cuyos antecedentes son las narraciones petersburguesas de Gogol y las hilarantes situaciones de El inspector. *¿Cómo no ver en los tipos provincianos de la célebre comedia de Gogol los mismos empleaduchos de Chejov? Una tradición burocrática inmutable permitía repetir una crítica idéntica después de haber transcurrido más de cuarenta años.*

Debemos reconocer que los personajes de Chejov no son malvados, sino atolondrados e infelices. Sobre ellos no puede caer el peso de una total responsabilidad. En El álbum, *nadie podrá acusar a los muchachos que lo destruyen, y en* La lectura, *Semipalatov no es movido por mala intención, sino por una nobilísima, aunque disparatada.*

Antón Chéjov (1898-99).

Antón Chéjov en su casa en Yalta (1901).

Igualmente, los hombres inútiles, fracasados e incapaces de enderezar su propio destino, ¿no serán producto de una época que los somete a su signo? Ejemplo lo tendremos en Una historia triste, *donde el profesor, que no tiene idea clara del significado de su existencia, habla por boca de millares de seres afectados de un oscurecimiento análogo al de su horizonte vital, en época desprovista de finalidades superiores.*

Muchos protagonistas de los cuentos de Chejov sienten la vaciedad de sus vidas; no luchan para conquistar aquello que sólo es dado tras el esfuerzo, ya sea el éxito o el amor. Están saturados de una tristeza que los inmoviliza, y aun cuando el mundo los atrae con sus apetencias, la idea del fracaso no se borra de su pensamiento. No es un mal particular, sino que abarca a todos.

Con frecuencia, la edad y el paso del tiempo es un pretexto más para hacer balance negativo de los éxitos o las ilusiones perdidas. La edad es una causa decisiva para entregarse a la resignación y a la indolencia; aun los jóvenes están envejecidos, se sienten terminados y dejan perder la ocasión cuando la felicidad pasa junto a ellos.

Otro rasgo que caracteriza a estos tipos chejovianos es su mutuo alejamiento mental que los hace vivir en completa soledad. Como astros de órbitas paralelas, los vemos tender hacia fines análogos, pero por distintos caminos, sin coincidir nunca, ajenos a los sentimientos de sus semejantes. En el amor, no atienden las súplicas de los enamorados que esperan les correspondan en su pasión y resbalan junto a los más bellos afectos fijos en ideales inalcanzables. Figuras propias de un mundo fraccionado y desunido, que a veces toman calidades fantasmales.

Chejov describe a los campesinos rusos sin adornos idealistas, tal como eran bajo un régimen indiferente a su mejora. Los intelectuales hacia 1900 no tenían ninguna relación con el pueblo —excepto Gorki—, y lo llevaban a las páginas de sus libros con todas las lacras; los cuentos de Mujiks *recuerdan la terrible* Aldea, *de Ivan Bunin, escrita por aquella misma época.* Noche sombría *llama a la vida de los labriegos, los que pasan entre tinieblas por las páginas de* Mujiks *o* El barranco, *provocando compasión y a la vez repulsa por sus instintos bárbaros y crueles. Sin embargo, cuando Chejov describe tipos campesinos parece detener en alguno de ellos una mirada* esperanzada. *Hay escenas en la noventa* Estepa *que recuerdan las de Turgueniev en* Memorias de un cazador. *Chejov tiene en sus descripciones la huella de Turgueniev, pero es más conciso que éste, no llega a tanto detalle y su vocabulario* es *más reducido y propio de su clase. Chejov no necesita sino cuatro rasgos para dibujar una figura, pero ésta no quedará agotada, sino*

que su evidente variedad y riqueza es presentada al lector como una incitación. Esta forma de realzar esquemáticamente el personaje está relacionada con su habilidad para hacerle aparecer en escenas sueltas y en corto espacio de tiempo descubrir todo su interés. Hasta las novelas más largas de Chejov parecen compuestas por estas escenas aisladas, que bien podrían ser anuncio de la vocación teatral del gran cuentista.

En abril de 1891, Antón Chejov hizo un viaje al Extremo Oriente para visitar la isla de Sajalín, meta de su viaje. Aquel lugar de deportaciones a perpetuidad, donde vivían criminales y presos políticos empleados en duros trabajos, le había atraído sin que pudiera él definir la causa verdadera. Durante varios meses viajó y recorrió la isla, en la que tuvo la mayor experiencia de su vida; lo que allí vio sobrepasaba al infierno dantesco. Regresó por mar y desembarcó en Odesa, en el mes de noviembre.

Antón Chéjov y León Tolstoi en Gaspra (1902).

Antón Chéjov y Olga Knipper.

Este extraño viaje no tendría otro valor que el de una anécdota biográfica si no sirviera para revelarnos un hondo sentimiento del escritor contra el que luchó toda la vida, acaso por mandato de su timidez. Muy frecuentemente negaba que lo escrito por él tuviera un contenido ético o un significado; consideraba esto como un seguro perjuicio para el valor literario; pero, a despecho de tal propósito, Chejov fue dando a sus cuentos un sentido de humana solidaridad y simpatía por los desgraciados y humildes. «Las ásperas camisas de los forzados colgarán en mi guardarropa literario», dice, y su libro Isla de Sajalín *provocó una reacción por los horrores que relata.*

He aquí la explicación del viaje y la contradicción a la pretendida objetividad de Chejov. El crítico Ermilov dice que ésta fue sólo superficial; bien pronto él transformó en sustancia literaria los sinsabores y amarguras de sus compatriotas, odiando la soberbia, la vanidad y la indolencia. Sería posible hacer un censo de personajes para agrupar a los que él trata amistosamente y establecer su procedencia social y papel que desempeñan en el relato.

En los años noventa, nuevas ideas empezaron a extenderse por toda Rusia y surgieron nuevos tipos humanos que produjeron un movimiento de esperanza en una renovación de las instituciones envejecidas y de las formas de vida en la mayoría de la población; Chejov acusa la variación, y, como si el viaje a Sajalín fuera el comienzo, en sus cuentos se nota una corriente de optimismo que trasluce fe en las posibilidades humanas de mejorar y perfeccionar la vida.

Por entonces, el escritor compró una *finca en un pueblecito próximo a Moscú, y allí alternaba la literatura con la práctica de la medicina. Colabora en obras benéficas, hace algún viaje por Europa y comienza a escribir para el teatro. De este año 1892 es la novelita* Pabellón número 6, *estampa terrorífica de un hospital de dementes, donde se acumulan todos los frutos del atraso y la incultura, saturando de tristeza y pesimismo a los que a él se acercan.*

Por esa melancolía que se da en gran parte de la obra de Chejov, se le ha conceptuado como escritor esencialmente triste, confundiéndose la tristeza con la sensibilidad. En la serie de cuentos que se llaman casos clínicos, *en ciertos ambientes y personajes puso Chejov toda la tristeza que emanaba de su época; pero la estructura es optimista, y si la comparamos con la de Andreyev, veremos con cuánta razón se ha dicho que Chejov es totalmente contrario a las teorías del pesimismo ruso, por entonces tan extendido.*

Hay optimismo en sus obras porque siempre en ellas alguien quiere vivir, se obstina en alzarse desde su mediocridad y mira hacia el futuro, previendo que ha de ser mejor que el presente donde todos sufren.

«La vida dentro de cincuenta años será buena, y la única pena es que nosotros no la veremos», dice Koroliov en Una visita de doctor, *y el oficial Tusenbach, en el primer acto de* Tres hermanas: «*Un alud avanza hacia nosotros. Llegará una tempestad poderosa y sana. Está en marcha, casi nos alcanza y barrerá de la sociedad la pereza, la indiferencia, el desprecio al trabajo y el podrido aburrimiento. Yo trabajaré, y dentro de veinticinco o treinta años todos trabajarán. Todos*».

La fe arroja el único rayo de luz en la escena lúgubre de sus narraciones; la fe en el amor y el trabajo salva a esas personas fracasadas y vencidas. Todos languidecen en ciudades provincianas, sórdidas y vulgares; pero uno, inesperadamente, habla del futuro, descubre en él su esperanza como un iluminado y una oleada de fuerza los invade. Y la pregunta «¿Cómo iniciar una vida nueva?», que se hacen a sí mismos estos abúlicos y tímidos, abre una perspectiva a la acción, pues el deseo es el comienzo del acto, y estos hombres débiles desean variar e iniciar nuevos caminos.

Antón Chéjov (1904).

Antón Chéjov, con sus dos perros, en Yalta (1904).

El mismo Chejov pensaba así; no podía ser de otro modo. Tenía conciencia de esa fuerza desconocida, pero segura, que es el futuro, siempre avanzando y alterándolo todo como un huracán, pero creando constantemente la belleza y lo útil.

Kuprin cuenta en sus recuerdos que en cierta ocasión el escritor le dijo: «Usted sabe… dentro de trescientos o cuatrocientos años, toda la tierra se convertirá en un jardín florido, y la vida será entonces extraordinariamente fácil y agradable». Estas palabras están dichas en una década en que los intelectuales huían de estas afirmaciones por considerarlas de mal gusto y porque denotaban consideración por el esfuerzo humano. Él tenía esta fe. Le interesaban los avances de la ciencia, le gustaba hablar con los especialistas, estaba seguro de que se avanzaba pese a todas las dificultades y que se conquistaban las enormes riquezas naturales. Cuando eran joven escribió; «Se acostumbra decir que no hacen falta al hombre sino dos metros de tierra; pero es al cadáver, no al hombre vivo, a quien basta este espacio. No son seis pasos de tierra lo que precisa el hombre, ni una comarca, sino el globo terrestre entero, la naturaleza en su plenitud, a fin de desarrollar todas sus facultades florecientes».

Otras ideas positivas las encontramos en Chejov aquellos años; por ejemplo, la crítica de las doctrinas tolstoianas, a las que estuvo adherido algún tiempo (véase su cuento Una historia sin autor, *de 1888) y luego las abandonó por considerarlas faltas de raíces en la realidad rusa. Cuando conoció a Tolstoi quedó admirado de él, como persona, y de sus puntos de vista; pero tuvo que reconocer que eran inoperantes en un país como el suyo, y su novela* Mi vida *analiza y critica las teorías anti-intelectuales y místicas de Tolstoi. En el cuento* Asesinato *busca una orientación humana a estas ideas vagas que se suponían inherentes al carácter ruso.*

* * *

Hacia 1897 empeoró su enfermedad y tuvo que ir una temporada a la Costa Azul, donde pronto añoró su país y sus amigos. Al año siguiente fijó su residencia en Yalta, el célebre punto de veraneo en el sur de Crimea, que le benefició con su clima más suave. Allí le llegan las noticias de los éxitos de sus dramas El tío Vania *y* Tres hermanas. *Es entonces un escritor consagrado, rodeado de admiración y cariño y con un espléndido porvenir.*

A los cuarenta y un años casó con una artista de teatro, llamada Olga Knipper, que había desempeñado papeles en sus dramas. El tema del amor,

nunca ausente en su literatura, tenía realización en su vida personal. Sus descripciones de corazones enamorados (por ejemplo, La gaviota) *tienen una altísima belleza poética; en estos casos, los sentimientos amorosos de diversa gama, desde el afecto a la pasión, revelan lo inagotable de ese eterno tema. Y a la vez, lo profundó y misterioso de sus matices que huyen ante todo análisis. «Hasta ahora sólo una verdad incontrovertible ha sido establecida sobre el amor, a saber: que es un gran secreto».*

Su matrimonio no fue muy afortunado. Olga estuvo enferma con frecuencia y Chejov desatendió su propia salud. En 1904 fueron ambos a un sanatorio en una ciudad de la Selva Negra, y allí murió el escritor el 2 de julio, esbozando un cuento que dictaba a Olga.

J. E. ZÚÑIGA.

ADVERTENCIAS

1.ª Existe gran Imprecisión en lengua española para designar las diversas gradaciones del género narrativo, desde el cuento breve a la novela grande. Este tomo de *Cuentos completos* de Antón Chejov contiene únicamente sus más breves narraciones, quedando excluidas de él aquellas otras que, por su extensión y características, se aproximan a la novela corta.

2.ª Para gruía del lector, al final del tomo figura vina «clasificación» de los cuentos en los siguientes grupos: *a)* humorísticos; b) galería de tipos; c) aldeanos; y *d)* de carácter vario. Para mayor facilidad, cada cuento lleva indicación de las páginas en que se halla.

3.ª Hasta época muy reciente, el contacto de españoles e hispanoamericanos con la literatura rusa no habla sido directo, sino a través de versiones hechas sobre anteriores versiones al alemán, al francés y al inglés. De aquí que exista cierta variedad e impropiedad en la transcripción de nombres de personas, lugares y cosas rusas.

En nuestra edición de los cuentos de Chejov, hecha directamente del ruso, hemos procurado trasladar al español, fonéticamente, los nombres eslavos. Únicamente tenemos que señalar dos excepciones: la *e* rusa ha sido conservada, aunque en algunos casos debe ser pronunciada *ie*; por otra parte, nos hemos visto obligados a representar con el grupo *sch* un sonido ruso que los franceses figuran con su *ch* y los Ingleses con *sh*.

CUENTOS COMPLETOS

DE ANTÓN CHÉJOV

EL GORDO Y EL FLACO

EN la estación del ferrocarril de Nicolaevski se encontraron dos amigos: el uno era gordo y el otro flaco. El gordo acababa de comer en la estación, y sus labios, húmedos de grasa, relucían como dos cerezas maduras. Exhalaba un olor a jerez y a azahar. El flaco, que se apeaba en aquel momento del vagón, iba cargado de maletas, bultos y cajas y olía a jamón y a posos de café. Tras él asomaba una señora delgadita y de larga barbilla, su mujer, y un alto colegial que guiñaba un ojo, su hijo.

— ¡Porfirii! —exclamó el gordo al ver al flaco—. ¿Es posible que seas tú?… ¡Alma mía!… ¡Cuántos años!…

—¡Dios mío! —se asombró el flaco—. ¡Mischa!… ¡Amigo de la infancia! ¿De dónde sales?…

Ambos amigos de la infancia se abrazaron hasta tres veces y fijaron sus ojos llenos de lágrimas el uno en el otro. Ambos se sentían gratamente aturdidos.

—¡Querido mío! —empezó a decir el flaco después del abrazo—. ¡Esto no lo esperaba! ¡Qué sorpresa!… A ver…, ¡mírame bien!… ¡Tan guapo como antes!… ¡Tan encantador y tan petimetre!… ¡Oh Dios mío!… Bueno ¿y qué es de ti?… ¿Rico?… ¿Casado?… Yo, como ves, ya lo estoy. Ésta es mi mujer, Luisa, nacida Vanzenbaj…, luterana… Éste es mi hijo, Nafanail, alumno de tercer año… ¡Y éste, Nafania, es mi amigo de infancia!… ¡Estudiamos juntos en la escuela!

Nafanail, después de pensarlo un poco, se quitó la gorra.

—Estudiamos juntos en la escuela —repitió el flaco—. ¿Te acuerdas cómo te impacientabas cuando te llamaban *Eróstrato* porque habías quemado con el cigarrillo un libro oficial?… A mí me llamaban *Efialtes* porque me gustaba acusar. ¡Ja, ja!… ¡Qué chiquillos éramos!… ¡No tengas miedo, Nafanail! ¡Acércate a él!… Ésta es mi mujer, nacida Vanzenbaj…, luterana…

Nafanail, de nuevo, después de pensarlo un poco, se escondió tras la espalda de su padre.

—¡Bien!… Y ¿qué tal vives tú, amigo? —preguntó el gordo, contemplándole con admiración—. ¿Trabajas? ¿Has prosperado?…

—Sí, amigo, sí trabajo… Ya va a hacer dos años que soy asesor colegiado y tengo la Estanislao[1]. El sueldo es flojo, pero… ¡qué se le va a hacer!… Mi mujer da lecciones de música, y yo, en los ratos libres, hago pitilleras de madera. ¡Unas pitilleras magníficas! Las vendo a un rublo la pieza… Y al que me lleva diez… o más de diez… le hago un descuento. Total, que nos defendemos. Estaba en la Delegación, pero ahora me han trasladado aquí, al mismo departamento. Y aquí seguiré trabajando… Pero bueno…, ¿y tú? Seguro que ya eres consejero civil… ¿Eh?… ¿a que sí?… ¿No?…

—No, querido. Sube un poco más —dijo el gordo—. He llegado a consejero secreto. Tengo dos estrellas…

El delgado palideció súbitamente y quedó petrificado, pero pronto en su rostro, y esparciéndose en todos sentidos, vino a dibujarse una ancha sonrisa. Diríase que sus ojos y todo su semblante irradiaban chispas. Todo él se encogió, se encorvó… Sus maletas, bultos y cajas se encogieron y se arrugaron… La larga barbilla de su mujer se alargó todavía más. Nafanail se cuadró y se abrochó todos los botones del uniforme.

—Yo…, excelencia… ¡Oh, qué satisfacción!… ¡Un amigo… de la infancia, puede decirse…, y que resulte ser un personaje!… ¡Je…, je!…

—Basta…, ya está bien —dijo el gordo con un gesto de desagrado—. ¿Por qué empleas ese tono? ¡Somos amigos de la infancia, y esa apreciación de las categorías está fuera de lugar!

—¡Por Dios!… ¡Qué está usted diciendo! —contestó con una risita el flaco, encogiéndose todavía más—. La generosa atención que su excelencia me presta es para mí algo así como un licor vivificante… Éste, excelencia, es mi hijo Nafanail… Mi mujer, Luisa…, luterana, hasta cierto punto…

El gordo quiso replicar algo, pero el rostro del delegado expresaba tal veneración…, tal dulzura…, tan respetuosa actitud… que el consejero secreto sintió náuseas. Volviendo la cabeza, tendió una mano para despedirse.

El delgado estrechó los tres dedos, saludó con todo su cuerpo y con la risita de un chico rió:

— ¡Je…, je…, je!…

La mujer sonrió. Nafanail chocó los talones y dejó caer la gorra. Los tres estaban gratamente aturdidos.

LA SUERTE FEMENINA

Se procedía al entierro del teniente general Sapupirin. Hacia la casa del difunto donde retumbaba la música fúnebre y resonaban las voces de mando acudía corriendo, desde todos lados, un tropel de gente que deseaba contemplar la salida del féretro. En uno de aquellos grupos apresurados se encontraban los funcionarios Probkin y Svistkov. Ambos iban acompañados de sus mujeres.

—No se puede pasar —les dijo, deteniéndoles, un agente de Policía de rostro simpático y bondadoso, cuando llegaron al cordón formado por los guardias—. ¡No se puede! Les ruego que retrocedan. ¡Señores…, no depende de nosotros! ¡Les ruego que retrocedan! Las señoras sí pueden acercarse. ¡Sírvanse pasar, *mesdames*!… Pero ustedes… ¡Por amor de Dios!…

Las esposas de Probkin y de Svistkov, ruborizándose ante la inesperada amabilidad del policía, se deslizaron por entre el cordón formado por los guardias mientras sus maridos quedaban al otro lado de la muralla viviente disponiéndose a contemplar con atención las espaldas de aquellos guardianes del orden de a pie y de a caballo.

—¡Se colaron! —dijo Probkin con envidia y hasta casi con odio viendo alejarse a las damas—. ¡Qué suerte tienen los moños! ¡El género masculino no tiene nunca los privilegios que tiene el femenino!… Y después de todo, ¿qué hay en ellas de particular?… A unas mujeres de lo más corrientes…, llenas de prejuicios…, se las deja pasar…, y a nosotros, que somos consejeros civiles, no se nos deja…

—Qué manera tan particular de razonar —dijo el policía, mirando a Probkin con aire de reproche—. ¡Si a ustedes se les dejara pasar, empezarían a empujar a la gente y a armar barullo, mientras que una dama, por su delicadeza, no se permitiría nunca una cosa semejante!

—¡Sobre eso habría mucho que decir! —se enfadó Probkin—. ¡Una dama entre la gente es siempre la primera que empuja! El hombre se está quieto y mira a un sitio nada más, pero la dama ahueca los brazos y reparte empujones para que no le arruguen el vestido. ¡Esto está fuera de duda! ¡El género

femenino es siempre afortunado en todo! ¡a las mujeres no se las llevan de reclutas! ¡En los bailes no pagan, y están exentas de castigo corporal! ¿Y por qué méritos?, se pregunta uno… Que la señorita deja caer un pañuelo…, ¡tienes que recogérselo! Cuando entra, has de levantarte y dejarle la silla. Cuando se marcha, tienes acompañarla… ¡Y si nos ponemos a hablar de categorías!… Tú y yo, para llegar a la de consejero civil, hemos de trabajar toda la vida, mientras que cualquier señorita se casa en media hora con un consejero civil y ya la tienes hecha todo un personaje. Para que te hagan príncipe o conde, has de conquistar el mundo entero, trabajar en el Ministerio… Mientras que a una Varenka o Katenka (¡y que Dios me perdone!), que esté todavía en calcetines, le basta con mover la cola del vestido delante de un conde, con guiñarle un poco los ojos…, para convertirse en *su excelencia*. Tú ahora eres secretario provincial; te ha costado sudores y sangre llegar a esa categoría…, pero ¿y tu Maria Fomischna?… ¿Por qué razón es secretaria provincial? Desciende de una familia de eclesiásticos y es ahora *funcionaria*. ¡Y qué *funcionaria*! ¡Dale a registrar un documento y te lo inscribirá en las «Salidas» cuando tenga que hacerlo en las «Entradas»!…

—Sin embargo, sufre mucho en sus alumbramientos —observó Svistkov.

—¡Pues sí que tiene eso mucha importancia! ¡Que intentara ponerse delante del jefe en esos momentos en que todo lo deja helado a su alrededor!… ¡Hasta los mismos alumbramientos le parecerían un placer!… ¡En todo! ¡Absolutamente en todo tienen privilegios! Cualquier señora o señorita de nuestra clase es capaz de decir en un funeral lo que tú no te atreverías a decir ni ante un ejecutor. ¡No te quepa duda!… Tu Maria Fomischna puede ir tan tranquila cogida del brazo de un consejero civil, pero ¡prueba tú a coger del brazo a un consejero civil! ¡Pruébalo, anda! En nuestra casa, justo debajo de nosotros, vive un profesor con su mujer. Es general, tiene la Ana[2] de primera clase y sin embargo oyes a su mujer llamándole constantemente: «¡Tonto! ¡Tonto! ¡Tonto!». Ella, en cambio, es una mujer ordinaria…, de clase baja… Es natural, porque es su mujer legítima y ya hace siglos que sabemos que las mujeres legítimas insultan. ¡Pues si hablamos de las ilegítimas!… ¡Qué no se permitirán éstas! Nunca olvidaré lo que me ocurrió una vez, y que por poco me cuesta la vida. Seguramente sólo gracias a las oraciones de mis padres salí con bien. El año pasado, ¿te acuerdas?…, cuando el general se fue de vacaciones a su finca, me llevó con él para que le despachara la correspondencia. Era una cosa insignificante…, una hora de trabajo… Después de hacer la obligación se iba uno al bosque a pasear. Aunque el general era soltero, su casa estaba llena de gente. Tenía más

servidumbre que perros, pero faltaba allí la esposa que gobernara. El personal era libertino…, desobediente…, y, sin embargo, a todos manejaba una mujer: Vera Nikitischna, el ama de llaves. Ella era la que presidia el momento de servir el té, la que disponía la comida y chillaba a los lacayos. Era una mujer, hermano mío…, mala, venenosa. Miraba como Satanás. Además…, gorda, colorada y gritona, cuando se ponía a gritar a alguien había que ponerse a salvo. Y sus denuestos no eran tan desagradables como sus gritos. ¡Dios mío! No dejaba vivir a nadie. Y no era sólo a la servidumbre a quien molestaba… a mí también me molestaba… Yo me dije entonces: «Aguarda, que ya encontraré el momento de contárselo todo al general. Como está metido hasta el cuello en su trabajo —pensé—, no ve cómo le robas y cómo oprimes a la gente…; pero, espera, ¡que yo le abriré los ojos…!». ¡Y le abrí, hermano, los ojos!… ¡Y se los abrí de tal modo que por poco se cierran los míos para siempre! Todavía me da miedo recordarlo. Figúrate que iba un día por el pasillo y de repente oigo un chillido. Al principio supuse que estaban matando a un cerdo, pero luego, escuchando mejor, me di cuenta de que se trataba de Vera Nikitischna insultando a alguien. «¡Eres una bestia…, una basura!…». «¡Diablo! ¿A quién estará regañando?», pensé para mí… Y de repente, hermano mío, veo abrirse la puerta y salir volando por ella a nuestro general. Rojo…, con los ojos fuera de las órbitas… ¡y un pelo como si el diablo le hubiera estado soplando encima! Y ella detrás, gritándole a la espalda: «¡Basura!… ¡Demonio!…».

—¡Mientes!…

—¡Palabra de honor! Me puse todo acalorado, ¿sabes?… El general se fue corriendo a sus habitaciones y yo me quedé en el pasillo, como un papanatas, sin comprender lo que pasaba. ¡Y pensar que una mujer ordinaria…, sin educación…, una cocinera…, una rústica…, se permitía así, sin más ni más, unas palabras y unos hechos semejantes! «Esto significa —pensé— que el general ha intentado despedirla, y que ella, aprovechándose de que no tenía testigos, le ha arrollado». Como iba a marcharse de todas maneras… Me puse indignado. Fui a su habitación, y le dije: «¿Cómo te has atrevido, bribona, a decir esas palabras a una persona de tan alto rango? ¿Te crees que es un débil anciano y que no tiene quien le defienda?». Y, ¿sabes?…, le pegué un par de bofetadas en sus gruesas mejillas. ¡Pero si supieras, hermano querido, el griterío que armó!… ¡De qué modo se puso a chillar!… Me tapé los oídos y me fui al bosque, un par de horas después me sale al encuentro un chiquillo que viene corriendo y me dice: «Sírvase presentarse al amo». Voy… entro… Me veo al general sentado… como el pavo cuando eriza las plumas, y sin

mirarme. «¿Se puede saber qué es lo que ha armado usted en mi casa?», dice. «¿Cómo que qué he armado?», dije yo. «Si… —dije— se refiere usted a Nikitischna, sepa su excelencia que lo que he hecho ha sido defenderle». «¡No incumbe a usted —dice él— el mezclarse en asuntos particulares y de familia!…». ¡De familia! ¿Comprendes?… ¡Y cómo se puso a regañarme, amigo mío!… Por poco me muero. Hablaba y hablaba…, gruñía y gruñía… hasta que de pronto, sin ton ni son, se echó a reír. «¿Cómo dijo usted que pudo?… ¿Tuvo valor? ¡Asombroso! Espero, sin embargo, amigo mío, que todo esto quedará entre nosotros. Me hago cargo de su arrebato; pero seguramente estará usted de acuerdo conmigo en apreciar que en lo sucesivo su estancia en mi casa es imposible…». ¡Con que ya ves, hermano!… ¡Hasta le llenaba de asombro que yo hubiera sido capaz de pegar a ese importante pavo real!… ¡Un consejero secreto! ¡Un condecorado con el Águila Blanca, y sometido a una mujer de lo más basto!… Sí, hermano mío… ¡El género femenino tiene grandes privilegios!… Pero quítate la gorra, que ya sacan al general. ¡Dios mío! ¡Cuánta condecoración!… ¿Por qué razón dejarán pasar a las señoras? ¿Entienden ellas, acaso, algo de condecoraciones?

La música empezó a sonar.

EL ÁLBUM

El consejero titular Kraterov, delgado y afilado como el pararrayos del Almirantazgo, adelantóse, y dirigiéndose a Jmijov, dijo:

—¡Excelencia! ¡Movidos y conmovidos hasta el fondo del alma por el acierto de su jefatura de muchos años… y por sus desvelos paternales!…

—Durante el curso de diez años completos —añadió Sakusin.

—Durante el curso de diez años completos… ¡Nosotros…, vuestros subordinados!…, ¡hoy!…, en este día memorable para nosotros…, es decir…, ¡en este día!…, nos permitimos ofrecer a vuestra excelencia, en testimonio de nuestro respeto y profunda gratitud, este álbum que contiene nuestros retratos, deseando que en el curso de su destacada vida…, durante largo…, largo tiempo…, ¡hasta la misma muerte!…, no cese de darnos…

— ¡Sus paternales admoniciones en el camino de la verdad y el progreso!… —intervino Sakusin enjugándose la frente llena de sudor. Era indudable que tenía muchos deseos de hablar, pero, sin duda, no había preparado su discurso.

—¡Y que también por largo tiempo permanezca izada la bandera en el camino del genio, del trabajo y de la satisfacción de la propia conciencia!…

Por la rugosa mejilla izquierda de Jmijov resbaló una lágrima.

—¡Señores! —dijo con voz temblorosa—. ¡No esperaba…, no esperaba… que iban ustedes a celebrar mi modesta jubilación! ¡Me siento conmovido…, demasiado conmovido!… ¡Hasta la tumba conservaré el recuerdo de todo esto, y créanme!… ¡Créanme, amigos! ¡Nadie les desea tanto bien como yo!… ¡Lo que hasta ahora haya podido pasar… habrá estado dirigido para su provecho!…

Aquí el consejero civil Jmijov se abrazó al consejero titular Kraterov, que, no esperando este honor, palideció de entusiasmo. Luego el superior hizo un ademán que quería decir que la emoción le impedía hablar, y lloró como si en lugar de hacérsele ofrenda de aquel álbum se lo estuvieran quitando.

Después de serenarse un poco, de pronunciar unas cuantas sentidas palabras y de dar a estrechar su mano a todos, bajó la escalera acompañado

por gritos de júbilo, se sentó en la berlina, y, seguido de un coro de bendiciones, se marchó. Dentro de la berlina, y sintiendo que una serie de hasta entonces desconocidas y gozosas emociones afluía a su pecho, lloró otra vez.

En su casa le esperaban nuevas alegrías. Allí, su familia, amigos y conocidos, le recibieron con tal ovación que llegó a parecerle que, en efecto, su vida había sido de tal utilidad para la patria que si él no hubiera existido en el mundo la patria lo hubiera pasado muy mal. Al banquete de la jubilación se unió un conjunto de brindis, discursos, abrazos y lágrimas. En una palabra…, Jmijov no hubiera esperado en modo alguno que sus méritos fueran apreciados con tanto calor.

—¡Señores! —dijo antes de que se sirvieran los postres—. ¡Desde hace dos horas me siento satisfecho por todos los sufrimientos que afligen al hombre que trabaja…, digamos…, no por fórmula, sino por la conciencia del deber!… Yo siempre…, durante mi mandato… he sustentado este principio: «El público no está a nuestro servicio, sino nosotros al del público». ¡Y hoy he recibido la mejor recompensa! Mis subordinados me ofrecieron un álbum… ¡Vedlo aquí!… ¡Estoy muy emocionado!

Las caras de fiesta de los invitados, inclinándose, se pusieron a examinar el álbum.

—Es un álbum muy bonito —dijo Olia, la hija de Jmijov—. Por lo menos habrá costado cincuenta rublos. ¡Qué preciosidad! ¡Qué encanto!… Tienes que dármelo, papaíto, ¿oyes?… Yo te lo guardaré. ¡Qué bonito es!

Terminada la comida, Olechka se llevó el álbum a su habitación y lo encerró en el cajón de su mesa. Al día siguiente arrancó de él a todos los funcionarios, los tiró al suelo y en su lugar colocó los retratos de todas sus amigas de internado. Los funcionarios cedieron su puesto a las capitas blancas. Después Kolia, el hijo de su excelencia, recogió a los funcionarios e iluminó sus uniformes con tinta roja. A los que no tenían bigote les pintó unos bigotes verdes, y a los que no tenían barba, unas barbas marrón. Cuando ya no quedaba nada por pintar, recortó figuritas con los retratos, les agujereó los ojos con un alfiler y se puso a jugar a los soldados. Una vez recortado el consejero titular Kraterov, le clavó en una cajita de cerillas y de esta guisa le llevó al despacho de su padre.

—¡Papá!… ¡Mira qué monumento!

Jmijov se echó a reír y besó conmovido la pequeña mejilla de Kolia.

—¡Bien!…, traviesillo… Vete a enseñárselo a mamá. Que lo vea ella también.

EL CASO DE UN BACHILLER

LLEGADO el momento de presentarse a examen, Vania Ottepelev besó repetidamente todas las imágenes. Algo rodaba dentro de su vientre, y ante lo desconocido, su corazón, lleno de frío, unas veces latía y otras se paraba de miedo. ¿Qué irían a darle? ¿Un tres o un dos?… Cerca de seis veces se acercó a la mamá para pedirle su bendición y antes de marcharse rogó a la tía que rezara por él. Camino de la escuela dio dos *copeks* a un pobre, calculando que estos dos *copeks* compensarían su ignorancia y que si Dios quería no le tocaría en suerte ningún *Tssarakontos* ni ningún *Oktokaidek*.

Era tarde cuando regresó de la escuela, sobre las cinco. Entró y se acostó sin ruido. Su rostro demacrado estaba pálido. Alrededor de sus ojos enrojecidos se dibujaban unos círculos.

—Bien ¿y qué?… ¿Qué es lo que te han dado? —preguntó la mamá, acercándose a la cama.

Vania parpadeó, su boca se torció hacia un lado y rompió a llorar. La mamá se puso pálida, abrió la boca y alzó los brazos con un gesto de desesperación. Los pantaloncitos que estaba remendando se le cayeron de las manos.

—¿Por qué lloras? ¿Quieres decir con eso que te han suspendido? —preguntó.

—Me…, me han suspendido… Me han dado un dos…

—¡Eso ya lo sabía yo! ¡Tenía el presentimiento! —dijo la mamá—. ¡Oh Dios mío! ¿Y cómo es que te han suspendido? ¿Por qué? ¿En qué asignatura?

—En griego… Yo, mamaíta… Me preguntaron el futuro de *fero*, y yo…, en vez de decir *oisomay*, dije *opsomay*. Luego, también, el acento… No hay que ponerlo si la última sílaba es larga, pero yo… me azoré…, se me olvidó que había que poner un *alpha* larga… y puse acento. Luego el señor Artakserksov me mandó que dijera las partículas *enclíticas*… Yo se las dije, pero sin querer metí un pronombre…, me equivoqué…, y él entonces me

puso un dos… ¡Qué desgraciado soy! ¡Me había pasado toda la noche estudiando! ¡Me había estado levantando a las cuatro toda la semana! Y…

—¡No! ¡No eres tú! ¡Yo soy la desgraciada, chiquillo miserable! ¡La desgraciada soy yo!… ¡Me he quedado como una astilla por culpa tuya! ¡Herodes! ¡Verdugo! ¡Yo, llorando por ti!…, ¡por una basura!… ¡Doblando la espalda, sufriendo y puedo decir que martirizándome! Y ¿cuál es el pago que me das?… ¿Qué modo de estudiar es el tuyo?

—Yo… estudio… toda la noche… usted misma lo ha visto.

—¡Pedí a Dios que me mandara la muerte, pero no me la manda!… ¡Pecadora de mí! ¡Estás siendo mi verdugo! Otros tienen hijos que se portan como es debido ¡y yo que no tengo más que uno, no saco ningún provecho de él! ¡De buena gana te pegaría!, ¡te pegaría!…; pero ¿de dónde voy a sacar las fuerzas para pegarte?… ¿De dónde, Virgen Santísima?

La mamá se cubrió el rostro con el faldón de su blusa y sollozó. La tristeza agitaba a Vania, que apoyó su frente en la pared. Entró la tía.

—¡Conque ya está! Me lo daba el corazón —dijo palideciendo y alzando las manos—. He estado triste toda la mañana pensando: «Algo malo va a ocurrir». ¡Y ya ha ocurrido!

—¡Bandido! ¡Verdugo! —dijo la mamá.

—¿Por qué le insultas? —le cortó la palabra la tía, quitándose nerviosamente de la *cabecita* el pañuelo color café—. ¿Acaso tiene él la culpa?… La culpa la tienes tú. ¡Tú! ¿Para qué le mandas al colegio? ¡Vaya un aristócrata!… ¡Quieres meterle entre los nobles!, ¿verdad?… ¡Y te figuras que así, sin más ni más, le dejarán entrar en la nobleza!… Ya te dije yo que lo mejor sería que trabajara en el comercio… o en alguna oficina… Como mi Kusia. ¡Kusia está ganando quinientos rublos al año…, y quinientos rublos no son ninguna broma! ¡Y mientras tanto, tú martirizándote y martirizando al chiquillo con eso de la *instrucción*! ¡Cienosa *instrucción*!… ¡Mírale!…, delgadito, tosiendo… ¡Tiene trece años y se le podrían dar nueve!

—¡No, Nasteñka! ¡No, querida! ¡Lo que pasa es que no he pegado bastante a mi verdugo! ¡Tenía que haber pegado a este jesuita, a este Mahoma, a este verdugo mío! —hizo ademán de pegar a su hijo—. ¡Debería darte unos azotes, pero me faltan las fuerzas! Antes…, cuando era pequeño…, solían decirme: «¡Pégale, pégale!». ¡Y yo, pecadora de mí, no hacía caso y por eso estoy ahora sufriendo! ¡pero aguarda!… ¡espérate…, que vas a llevarte unos buenos azotes! ¡Aguarda!…

Y la madre, agitando en un gesto de amenaza el puño mojado, se dirigió a la habitación del huésped. Dicho huésped, Evtijii Kuzmich Kuporosov,

sentado, junto a la mesa, estaba ocupado en la lectura de un estudio científico sobre el baile. Evtijii Kuzmich era un hombre inteligente e ilustrado, hablaba con voz nasal, usaba para lavarse un jabón que hacía estornudar a toda la casa, comía carne los días de vigilia y andaba a la busca de una novia instruida, por lo que se consideraba el de mayor talento de todos los huéspedes. Cantaba con voz de tenor.

— ¡Padrecito! —se dirigió hacia él la madre llorando—. ¡Muestre usted su noble carácter y péguele unos azotes a mi…! ¡Hágame esta merced!… ¡Le han suspendido en los exámenes para desdicha mía! ¡Créamelo! ¡Créame usted! ¡Le han suspendido y yo no puedo castigarle por mi gran debilidad y mi poca salud! ¡Demuestre usted la nobleza y la delicadeza de su carácter, Evtijii Kuzmich! ¡Haga este favor a una mujer enferma!…

Kuporosov se puso grave y dejó escapar un profundo resoplido por las ventanas de la nariz. Después meditó un momento, golpeó la mesa con los dedos, volvió a resoplar y se dirigió en busca de Vania.

—¡De manera, joven reprobable —empezó diciendo—, que recibe usted enseñanza…, se le da instrucción…, se le facilitan los medios de avanzar en la vida y usted…! ¿Por qué motivo?…

Durante largo rato continuó hablando, pronunciando todo un discurso en el que no olvidó hacer referencia a la ciencia, a la ignorancia y a la sabiduría.

—Así, pues, joven… —cuando terminó su perorata se quitó el cinturón de cuero y agarró a Vania por un brazo—, como con usted no hay otro procedimiento… —siguió diciendo. Vania, inclinándose sumisamente, metió la cabeza entre sus rodillas. Sus salientes orejas de color rosado se agitaron sobre los pantalones nuevos a rayitas marrón. No dejó escapar ni un solo grito.

Aquella noche, en el consejo de familia, quedó decidido que empezara a estudiar la carrera de comercio.

BODA POR INTERÉS

(NOVELA EN DOS PARTES)

PRIMERA PARTE

EN casa de la viuda Mimrina, domiciliada en el callejón de Piatisobachii[3], se celebra una cena de bodas.

Los comensales son veintitrés, de entre los cuales, ocho, quejándose de repugnancia de estómago, no comen nada. Las velas, las lámparas y una araña coja, alquilada en la taberna, despiden una luz tan viva que un telegrafista invitado, sentado a la mesa, guiña los ojos con expresión coquetona y discurre sin ton ni son sobre el tema del alumbrado eléctrico. Predice a éste y a la electricidad en general, no obstante el aire despreciativo con que le escuchan los comensales, un futuro brillante.

—¡La electricidad!… ¡Bah!… —masculla el padrino, cuya mirada vaga está fija en su plato—. A mi entender, el alumbrado eléctrico no es más que una bribonada. Se les figura que por meter ahí dentro un carboncillo van a distraer la atención… Y no, hermano… Si quieres alumbrarme, no sólo es un carboncillo lo que me tienes que dar…, sino algo más esencial… ¡Algo que se pueda tocar! ¡Tienes que darme fuego!, ¿comprendes? ¡Fuego natural y no esas cosas sacadas de la mollera!

—Si hubiera visto usted la composición de una batería eléctrica —dice, dándose tono, el telegrafista— razonaría usted de modo muy distinto.

—No deseo verla. ¡Bribonadas! ¡Engañifas para la gente cándida!… ¡Para exprimirle los últimos jugos! ¡Ya las conocemos!… Y sepa usted, caballerete, cuyo nombre y apellido no tengo el honor de conocer, que sería mejor que bebiera y sirviera de beber a los demás en lugar de hacer la defensa de las bribonadas.

—Estoy completamente de acuerdo con usted, papaíto —dice con voz de tenor un poco ronca, Aplombov, el novio, joven de cuello largo y cabellos como cerdas—. ¿Para qué meterse en conversaciones científicas? Y no es que

yo sea contrario a tratar de los descubrimientos que se han hecho en el terreno de la ciencia… pero para eso hay otros momentos. ¿Qué opinas tú, ma *chére*? — añade, dirigiéndose a su novia, sentada junto a él.

La novia, Dascheñka, en cuyo rostro aparecen impresas todas las cualidades, excepto una, la facultad de pensar, se ruboriza y dice:

—Es que el caballero quiere hacer ver que está muy instruido… y por eso habla de cosas que no se entienden…

—A Dios gracias siempre hemos vivido sin instrucción, y ahora, a Dios gracias, casamos a la tercera hija con un hombre de bien —dice, dirigiéndose al telegrafista y suspirando, la madre de Dascheñka—. Pero si para usted no somos instruidos, no tiene por qué venir a nuestra casa. Podía haberse quedado usted con sus instruidos.

Se hace un silencio. El telegrafista se encuentra azorado. No hubiera esperado nunca que el tema de la electricidad adquiriera un giro tan extraño. Como el silencio que reina a su alrededor tiene carácter hostil y parece ser síntoma de disgusto general, considera necesario sincerarse.

—Yo… Tatiana Petrovna…, he estimado siempre mucho a su familia, y si me he referido al alumbrado eléctrico no ha sido por orgullo. Ya ve usted que estoy aquí bebiendo con ustedes… Siempre he deseado a Daria Ivanovna un buen novio. En nuestros días, Tatiana Petrovna, es difícil casarse con un hombre de bien… Hoy en día todo el mundo procura casarse por el dinero…

—¿Es ésa una alusión? —dice el novio, enrojeciendo y parpadeando.

—No es ninguna alusión —dice el telegrafista un tanto acobardado—. No me estaba refiriendo a nadie presente… Sólo que suele ser así, en general… ¡Por Dios!… ¡Si todo el mundo sabe que usted por amor…! ¡Que el dote es insignificante!…

— ¡Nada de eso! ¡No tan insignificante! —se ofende la madre de Dascheñka—. ¡Para hablar, caballero, hay que saber lo que se dice…! ¡Además de mil rublos le damos tres *salov*[4], la cama y todos estos muebles! ¡Pues vaya!… ¡A ver si encuentran por ahí un dote parecido!

—Si yo no digo nada… Los muebles son, efectivamente, muy buenos… Yo sólo en el sentido… Se ha ofendido porque ha creído que yo quería aludir…

—Usted no tenía por qué hacer ninguna alusión —dice la madre de la novia—. Le hemos invitado a la boda por respeto a sus padres, y en pago de ello nos sale usted con esas palabras. Porque, vamos a ver…, si usted sabía que Egor Fedorovich se casaba por el dinero, ¿por qué se callaba usted? ¿Por qué no vino a decirnos, como se hace entre parientes, que si esto… y que si lo

otro…, y que si es por interés? ¡Y tú, padrecito…! ¡Qué bochorno! —sé dirige ahora al novio de repente, parpadeando y con las lágrimas saltadas—: ¡Haberla educado!… ¡Haber guardado a mi nenita con más cuidado que se guarda a una piedra preciosa para que tú!…, ¡tú…!, ¡por el interés!…

—¿Y ha sido usted capaz de creer esa calumnia? —dice Aplombov levantándose de la mesa y tirando nerviosamente de las púas de sus cabellos —. ¡Muy agradecido! ¡*Merci*, por el concepto en que me tiene! Y usted, señor Blinichikov —se dirige al telegrafista—, aunque sea usted amigo mío, no le permito esa fea manera de proceder en casa ajena. ¡Haga el favor de largarse de aquí inmediatamente!

—¿Cómo? ¿Largarme yo?

—¡Usted! ¡Y deseo que su honradez sea tan grande como la mía! En una palabra… ¡lárguese de aquí!

—¡Déjale! ¡Ya basta! —interceden los amigos del novio—. ¡No vale la pena! ¡Siéntate y déjalo!

—¡No! He de demostrar que no le asiste ninguna razón. Yo me he casado por amor. No comprendo qué hace usted ahí todavía sentado. ¡Haga el favor de largarse!

—Yo…, nada…, solamente… —dice el telegrafista aturdido, levantándose de la mesa—. Ni siquiera comprendo lo que pasa…, pero bueno…, me marcharé… Eso sí,…, devuélvame primero los tres rublos que le presté para el chaleco de piqué. Beberé primero un poco y me marcharé, aunque antes tiene que pagarme la deuda.

Después de conversar largo rato en voz baja con los amigos, de los que obtiene los tres rublos, el novio, indignado, arroja éstos al telegrafista, que, tras detenida búsqueda de su gorro oficial, saluda y se marcha.

¡Así termina a veces una ingenua charla sobre electricidad! Pero he aquí que la cena ha terminado. La noche llega. Un autor bien educado pone fuerte freno a su fantasía y corre sobre el curso de los acontecimientos el oscuro velo del misterio. La rosada aurora encuentra a Himeneo todavía en el callejón de Piatisobachii, pero tras ella llega la mañana gris ofreciendo al autor abundante materia para…

SEGUNDA PARTE

Es una mañana gris y otoñal. Aún no han dado las ocho y ya en el callejón de Piatisobachii reina un movimiento inusitado. Por las aceras circulan

agitados guardias y *dvorniki*[5]. Junto a la entrada de la casa se agolpan cocineras muertas de frío y con expresión de incertidumbre en los rostros… A todas las ventanas asoman los vecinos y por la del lavadero surgen, apretadas unas contra otras, las sienes o las barbillas, caras femeninas.

—¡No se distingue lo que es! ¡Parece nieve! —se oye decir a algunas voces.

En efecto, por el aire, desde la tierra a los tejados, voltea algo blanco muy semejante a la nieve. La calle está toda blanca…, los faroles, los tejados, los bancos de junto a la entrada, los hombros y los gorros de los transeúntes. ¡Todo está blanco!

—Pero ¿qué es lo que ha ocurrido? —pregunta la lavandera a los *dvorniki* cuando pasan corriendo. Éstos hacen un gesto con la mano por toda contestación y prosiguen su carrera. Ellos son los primeras que no saben lo que pasa. He aquí, sin embargo, que al fin uno de los *dvorniki*, gesticulando y hablando consigo mismo, avanza lentamente. Indudable es que ha estado en el lugar del suceso y lo sabe todo ya.

—¿Qué ha ocurrido, hermanito? —le pregunta la lavandera desde la ventana.

—¡Ha habido un disgusto! —contesta él—. Resulta que en casa de Mimrina, donde se celebró la boda ayer, han estafado al novio. En lugar de mil rubios parece ser que le han dado novecientos.

—¿Y qué dice él?

—Está furioso. «¡Estoy tan enfadado —dice— que he descosido el colchón y he tirado el plumón por la ventana!». Y mira…, ¡mira qué cantidad de plumón! ¡Parece nieve!

—¡Ya se los llevan!… ¡Ya se los llevan! —se oye decir.

De casa de la viuda Mimrina parte, en efecto, una procesión. A la cabeza marchan dos guardias con rostros preocupados. Sigue a éstos Aplombov, con el abrigo y la chistera puestos. En su rostro lleva impresas estas palabras: «Soy un hombre honrado, pero no tolero que se me engañe…».

—¡En el juicio se demostrará la clase de hombre que soy! —gruñe a cada instante volviendo hada atrás la cabeza.

Detrás de él van Tatiana Petrovna y Daschenka, que lloran. La procesión se cierra con un *dvorniki*, portador de un libro, y un tropel de chiquillos.

—¿Por qué lloras, muchacha? —dicen a Daschenka las lavanderas.

— ¡Lástima de colchón! —contesta en su lugar la madre—, ¡Pesaba tres *pud*![6]. ¡y qué plumón! ¡Del más fino! ¡Sin una sola pluma!… ¡En la vejez recibo el castigo de Dios!

La procesión dobla la esquina y el callejón de Piatisobachli recobra la calma. El plumón continúa volteando hasta la noche.

LA NOCHE ANTERIOR AL JUICIO

(RELATO DE UN ACUSADO)

¡VA a ocurrir alguna desgracia, señor! —dijo el cochero volviéndose hacia mí y señalando con la fusta a la liebre que se cruzaba en nuestro camino.

Yo, sin necesidad de la liebre, sabía perfectamente que mi futuro se presentaba desesperado. Me dirigía al Juzgado de N…, en el que habría de sentarme en el banquillo, acusado de bigamia. Hacía un tiempo espantoso. Cuando casi de noche llegué a la estación ofrecía yo el aspecto del hombre al que se ha pegado la nieve, han echado agua encima y dado una fuerte paliza. ¡Hasta tal punto tenía frío y estaba empapado y aturdido por el monótono traqueteo del camino! En la estación, el jefe de ésta me salió al encuentro. Era un hombre alto, vestido con unos calzones a rayas azules, calvo, con cara adormilada y unos bigotes que parecían salirle de la nariz impidiéndole oler.

Sobre este último punto, a decir verdad, hay que reconocer que no faltaba qué oler. Cuando el jefe, entre gruñidos y resoplidos por la nariz, abrió la puerta de los *locales* de la estación, indicándome sin decir nada, con el codo, mi lugar de descanso, un olor… un fuerte olor a algo amargo, a lacre y a chinches aplastadas, me invadió, faltándome poco para perder la respiración. Un farolito de hierro colocado sobre la mesa, humeante como una astilla, iluminaba las paredes de madera sin pintar…

—¡Vaya peste la que hay aquí! —dije al entrar, poniendo mi maleta encima de la mesa.

El jefe de estación olfateó el aire e incrédulo movió la cabeza.

—Huele igual que siempre —dijo. Y se rascó—. Se le figura a usted porque viene de la calle; pero los cocheros duermen con los caballos y los señores no huelen.

Me despedí del jefe de estación y me puse a considerar atentamente mi vivienda provisional. El diván sobre el que tenía que acostarme era ancho como una cama de matrimonio, tapizado de hule y frío como el hielo.

Además del diván había en la habitación una gran estufa, una mesa sobre la que descansaba la arriba citada lamparita, unos *valenkii*[7] y un maletín que no se sabía a quién podían pertenecer, y protegiendo un rincón, un biombo. Detrás de este biombo dormía alguien plácidamente.

Después de examinado todo, hice mi cama sobre el diván y comencé a desnudarme. Mi nariz se acostumbró pronto a aquella peste. Luego de quitarme la levita, los pantalones, y los zapatos, y de estirar todo el cuerpo, sonriendo y encogiéndome, me puse a saltar alrededor de la estufa, alzando muy altos los pies desnudos. Estos saltos contribuyeron a hacerme entrar en calor. Ya no quedaba otra cosa que hacer más que tenderse en el diván y dormir; pero he aquí que en este momento sobrevino el pequeño *quid pro quo*. Mi mirada tropezó casualmente con el biombo e… ¡imagínese mi espanto!… Tras el biombo asomaba una cabecita de mujer con el cabello suelto, ojos negros y dientes resplandecientes. Sus cejas negras se arqueaban y en sus mejillas aparecían unos lindos hoyuelos, indicadores de que se estaba riendo. Me azoré. La cabecita, al observar que yo la había visto y azorándose también, desapareció. Como un culpable, bajando la mirada, me dirigí al diván, me acosté y me cubrí con la pelliza.

«Vaya, vaya —pensé—. Entonces ¿me ha visto saltar?… No me parece bien…».

Recordando los rasgos de la linda cabecita me puse a soñar sin poderlo impedir. Diversos cuadros, unos más bonitos y tentadores que otros, desfilaron por mi imaginación y… Pero de pronto, y como en castigo a mis pensamientos pecadores, sentí en la mejilla un agudo dolor. Me di un cachete, y aunque no atrapé nada, adiviné en seguida de lo que se trataba. Olía a chinche aplastada.

—¡Qué diablos será! —oí decir en este momento a una voz de mujer—. ¡Malditas chinches! Se conoce que quieren comerme.

¡Hum!… Recordé mi buena costumbre de llevar en el viaje polvos persas para las chinches. Tampoco esta vez había olvidado esta costumbre. En un segundo el bote de polvos fue extraído de la maleta. Sólo faltaba ya ofrecer a la linda cabecita aquel remedio para que el conocimiento quedara hecho. Pero ¿cómo ofrecérselo?

—¡Esto es terrible!

—Señora… —empecé a decir con la más dulce de las voces—, su última exclamación me hace comprender que le pican las chinches. Aquí tengo unos polvos contra ellas, y si usted lo desea…

—¡Oh… por favor!

—En ese caso… en seguida… —me alegré—. Sólo el tiempo de ponerme la pelliza y se los llevo.

—No, no. Démelos a través del biombo, pero no venga aquí.

—Ya sé que a través del biombo…, no se asuste. No soy un cualquiera…

—¿Y qué sabe uno?… La gente de paso…

—¡Hum!… ¿Y si fuera al otro lado del biombo? No habría en ello nada de particular, teniendo en cuenta que soy médico —mentí—. Los médicos, los policías y los peluqueros de señoras tienen derecho a penetrar en nuestra vida privada.

—¿Es verdad que es usted médico? ¿Lo dice usted en serio?

—¡Palabra de honor! ¿Me permite usted entonces que le lleve los polvos?

—Bueno… Si es usted médico…, quizá… Sólo que para qué va usted a molestarse. Mi marido puede ir a buscarlos. ¡Fedia! —añadió la morenita en voz baja—. ¡Despiértate, anda!… ¡Foca!… ¡Levántate y ve al otro lado del biombo! El doctor es tan amable que nos ofrece polvos para las chinches.

La presencia de Fedia tras el biombo fue para mí una asombrosa novedad. Me quedé aturdido y los sentimientos que seguramente experimenta el gatillo de la escopeta al fallar invadieron mi pecho. Una mezcla de vergüenza, enojo y pena. Tal desagrado sentía en el alma y tan canalla se me antojó aquel Fedia que surgía de detrás del biombo, que poco me faltó para pedir socorro. Fedia era un hombre de alta estatura y musculosa constitución. Tenía unos treinta años, patillas grises, apretados labios de funcionario y unas venillas azules que corrían desordenadamente por su nariz y sus sienes. Estaba vestido con una bata y en zapatillas.

—Es usted muy amable, doctor —me dijo al recibir los polvos persas, volviendo a desaparecer tras el biombo—. *Merci*. ¿También a usted le ha sorprendido la ventisca?

—Sí —gruñí, mientras me tendía en el diván y, enfadado, me cubría con la pelliza—. Sí.

—¡En efecto, Zinochka…, sobre tu naricilla corre una chinche! ¿Me permites que te la quite?

—Te lo permito —rió Zinochka—. ¡Pero no la has cogido!… ¡Todo un consejero civil que inspira tanto temor y que no puede con una chinche!…

—¡Zinochka!…, delante de un extraño… (un suspiro). Tú siempre… a fe mía…

—¡Canallas! —gruñí enfadado y sin saber yo mismo por qué.

Pronto, sin embargo, el matrimonio se quedó tranquilo. Yo cerré los ojos y me dispuse a no pensar en nada para poder dormir. Transcurrió, sin

embargo, media hora…, una hora y continuaba despierto. Al cabo de algún tiempo mis vecinos comenzaron a agitarse y a hablar en voz baja.

— ¡Esto es pasmoso! ¡Ni siquiera los polvos persas sirven de algo! —gruñó Fedia—. ¡Qué cantidad de chinches!… ¡Doctor!… Zinochka me pide le pregunte por qué las chinches huelen de un modo tan asqueroso.

La conversación había empezado. Hablamos de las chinches, del tiempo, del invierno ruso y de medicina, de la que entiendo tanto como de astronomía. Hablamos también de Edison…

—No te preocupes, Zinochka, es médico —oí susurrar después de agotado el tema de Edison—. No te preocupes y pregúntale… No tienes por qué tener miedo. Schervetzov no ha acertado, pero éste puede que acierte.

—Pregúntale tú —murmuró Zinochka.

—Doctor —se dirigió a mí Fedia—, ¿por qué sentirá mi mujer una opresión en el pecho?… Tose… y algo la oprime… Como si tuviera dentro alguna sequedad…

—Eso podrían ser muchas cosas… imposibles de explicar en un momento… —dije intentando evadirme.

—¿Y qué importa que no se pueda explicar en un momento?… Tenemos tiempo… De todas maneras no dormimos… ¡Auscúltela, amigo! He de decirle primero que la visita Schervetzov… Es una buena persona, pero ¿quién puede saber?… La verdad es que no tengo confianza en él… No tengo confianza… Veo que no está usted muy dispuesto; sin embargo, si fuera tan amable. Auscúltela mientras yo busco al jefe de estación y le digo que nos prepare un *samovar*.

Arrastrando sus pantuflas, salió Fedia de la habitación y yo pase al otro lado del biombo. Zinochka estaba sentada en el amplio diván, rodeada de infinidad de cojines y sujetando con una mano su cuellecito de encaje.

—Enséñeme la lengua —empecé a decir sentándome a su lado y frunciendo el entrecejo. Ella me enseñó la lengua y se echó a reír. La lengua era normal…, roja. Me dispuse entonces a tomarle el pulso.

—¡Hum!… —mugí al no encontrarlo.

Ya no recuerdo qué otras fueron las preguntas que le dirigí mientras miraba su sonriente carita. Sólo recuerdo que cuando llegué al final de mi diagnóstico, me sentía tan tonto, tan idiota, que ya no me importaba lo que preguntaba.

Poco después me encontraba sentado en compañía de Fedia y de Zinochka junto al *samovar*, tomando el té. Como no había más remedio que extender una receta, compuse ésta según las reglas de la ciencia médica:

R. P.

Sic transit	0.05
Gloria mundi	1.0
Aquae destillatae	0,1

A tomar una cucharada cada dos horas.
Para la señora Sielova.

Doctor Zaitzev.

A la mañana siguiente cuando ya preparado para la marcha y con la maleta en la mano me disponía a despedirme hasta la eternidad de mis nuevos conocimientos, Fedia, sujetándome por un botón de la levita y ofreciéndome un billete de diez rublos, intentaba convencerme de que debía aceptarlos.

—¡Sí!… ¡Tiene que tomarlos! Tengo la costumbre de pagar siempre el trabajo honrado. A usted le ha costado estudiar… trabajar… Ha adquirido usted sus conocimientos a costa de su sudor y de su sangre… ¡Comprendo esto perfectamente!…

No había nada que hacer y tuve que aceptar los diez rublos.

Así fue, pues, en reglas generales, cómo pasé la noche anterior a mi juicio.

No voy a describir los sentimientos que experimenté cuando, al abrirse ante mí las puertas el ujier me señaló el banquillo de los acusados. Sólo puedo decir que me puse pálido y me aturdí cuando, mirando hacia atrás, descubrí miles de ojos observándome. Luego, al ver los serios, solemnes e importantes rostros de los jueces, perdí toda esperanza. Pero lo que nunca podré yo describir ni ustedes Imaginar cuál fue mi espanto cuando, al alzar los ojos hacia la mesa cubierta de paño rojo, vi ante ellos, en el sitio ocupado por el procurador, a… ¿a quién se figuran ustedes?… ¡A Fedia!… Estaba sentado y escribía algo. Mirándole, recordé las chinches, Zinochka, mi diagnóstico, y no fue sólo una corriente fría, sino todo el océano glacial lo que corrió por mi espalda. Cuando terminó de escribir, Fedia fijó los ojos en mí. Al principio no pareció reconocerme, pero luego sus pupilas se dilataron, su mandíbula inferior se descolgó ligeramente, su mano tembló… Levantóse lentamente y clavó en mí una mirada de plomo. Yo también me levanté sin saber lo que hacía y le miré…

—¡Acusado! ¡Diga al Tribunal su nombre, etcétera…! —empezó a decir el presidente.

El procurador se sentó y se bebió un vaso de agua. Un sudor frío le brotaba de la frente.

—Va a haber jaleo… —pensé.

A juzgar por todos los síntomas, el procurador había resuelto perderme. Su actitud era de constante irritación. Hurgaba en las declaraciones de los testigos, procedía caprichosamente y refunfuñaba.

Ya es hora; sin embargo, de terminar esta historia. Escribo todo esto en el mismo edificio del Juzgado, durante el descanso para la comida.

Ahora viene el discurso del procurador… ¿Qué irá a ocurrir?

VERANEANTES

POR el andén de cierto punto de veraneo hacia arriba y hacia abajo, paseaba una parejita de recién casados. Él la sostenía por el talle; ella se ceñía contra él y ambos se sentían felices. La luna, por entre los jirones de nubes, les miraba frunciendo el entrecejo. Con seguridad sentía envidia y enojo por su aburrida y forzosa virginidad. El aire inmóvil estaba impregnado de olor a lilas y acacias. Al otro lado de la vía, lanzaba un pájaro agudos sonidos.

—¡Qué bien se está aquí, Sascha! —decía la recién casada—. ¡Decididamente, podía pensarse que estábamos soñando! ¡Fíjate en el modo acogedor y cariñoso con que nos contempla ese pequeño bosque! ¡Mira qué simpáticos son estos sólidos y callados postes telegráficos!… Con su presencia, Sascha, dan vida al paisaje y nos hablan de que allá…, en alguna parte…, existen otras gentes…, hay una civilización… ¿Acaso no te gusta sentir cómo llega débilmente a tu oído el ruido de un tren que pasa?

—Sí; pero… ¿qué manos tan calientes tienes? Eso es que te agitas, Varia… ¿Qué tenemos hoy de cena?

—Tenemos *okroschka*[8] y pollo. Es suficiente un pollo para los dos; y para ti he traído de la ciudad sardinas y pescado ahumado.

La luna, escondiéndose detrás de una nube, hizo un guiño, como si hubiera tomado rapé. Sin duda, el espectáculo de la humana felicidad le recordaba su propia soledad…, su lecho solitario tras los montes y los valles…

—¡Viene un tren! —dijo Varia—. ¡Qué gusto!

En la lejanía surgieron tres ojos de fuego, y el jefe del apeadero salió al andén. Sobre los rieles, de aquí para allá, corrieron las luces de los guardavías,

—Despediremos al tren y nos iremos a casa —dijo Sascha bostezando—. ¡Qué bien vivimos juntos, Varia; tan bien que uno mismo no se lo puede creer!

El oscuro monstruo se arrastró sin ruido hasta el andén y se detuvo. Por las ventanillas de los vagones, medio iluminados, se vieron desfilar rostros soñolientos, sombreros, hombros…

—¡Mira! —se oyó exclamar desde uno de los vagones—. ¡Es Varia! ¡Y su marido!… ¡Salieron a esperarnos! ¡Aquí están! ¡Varenka!… ¡Varenka!… ¡Eh!

Dos niñas saltaron del vagón y se colgaron del cuello de Varia. Tras ellas descendieron una señora gorda, de edad avanzada, y un caballero, alto y delgado, de patillas canosas. Después, dos colegiales cargados de equipaje; detrás, la institutriz, y, por último, la abuela.

—¡Aquí nos tienes! ¡Aquí nos tienes, amiguito! —empezó a decir el señor de las patillas, estrechando la mano de Sascha—. Con seguridad lleváis mucho tiempo esperándonos. ¡Como si lo viera, estabas ya reprochando a tu tío el que no llegara! ¡Kolia!… ¡Kostia!… ¡Niña!… ¡Fifa!… ¡Hijos!… ¡Abrazad a vuestro primo Sascha!… Hemos venido toda la familia a veros y a pasar tres o cuatro días con vosotros. ¿Espero que no os molestaremos?… ¡Tú, haz el favor de no gastarnos ceremonias!

Ante la llegada del tío y de toda su familia, el matrimonio quedó aterrado. Mientras el primero hablaba y repartía besos, pasó raudo el siguiente cuadro por la imaginación de Sascha: Veíase a sí mismo y a su mujer ofreciendo a los invitados sus tres habitaciones, sus cojines y sus mantas. Veía el pescado ahumado, las sardinas y el *okroschka* devorados en un segundo… A los primos, cortando las flores, vertiendo la tinta… A la tía, hablando solamente, el día entero, de sus enfermedades (su solitaria y su dolor de estómago) y de que por su nacimiento era baronesa Fintij… Sascha empezó a mirar con odio a su joven esposa y le murmuró al oído:

—¡Han venido a verte a ti! ¡Que se vayan al diablo!

—¡No!…, ¡a ti! —contestaba ella, mirándole a su vez con aborrecimiento y maligna expresión.

—¡No son mis parientes, sino los tuyos!… —y volviéndose hacia los huéspedes les invitó con la más amable de las sonrisas—. ¡Vengan, por favor!…

Por detrás de una nube asomó nuevamente la luna. Parecía sonreírse… Parecía agradarle no tener parientes…

Sascha volvía la cabeza para ocultar a los invitados su desesperado e irritado semblante; pero repetía, haciendo esfuerzos para dar a su voz acentos de alegría y benignidad:

—¡Vengan, por favor!… ¡Vengan, por favor…, queridos huéspedes!

UN ENIGMA

EN la tarde del primer día de Pascua, el consejero civil Navagin, de regreso de las tradicionales visitas, cogió la lista depositada en la antesala, en que los visitantes estampaban su firma, y con ella en la mano entró en su despacho. Después de cambiarse de traje y de beber un poco de agua de seltz, se acomodó en el diván y comenzó a examinar las firmas escritas. Cuando su mirada alcanzó el centro de una larga hilera de éstas, se estremeció, lanzó un bufido de asombro y, con expresión de gran sorpresa, hizo restallar los dedos.

—¡Otra vez! —exclamó, dándose una palmada en la rodilla—. ¡Otra vez ha firmado ese…, Dios sabrá qué diablo, de Fediukov! ¡Otra vez!

Entre las numerosas firmas figuraba, en efecto, la de un cierto Fediukov. ¿Qué pájaro era este Fediukov? Navagin decididamente no lo sabía. Repasó en su memoria los nombres de todos sus parientes y subordinados, evocó su más lejano pasado; pero por muchos esfuerzos que hizo no pudo recordar a nadie cuyo nombre se pareciera siquiera al de éste de Fediukov. Y lo verdaderamente extraño era que dicho Fediukov hacía trece años que metódicamente, todos los primeros días de Navidad y de Pascua, estampaba su firma en la lista. ¿Quién sería?… ¿De dónde y cómo era?… He aquí lo que no sabían ni Navagin, ni su mujer, ni el portero.

—¡Es extraordinario! —se asombraba Navagin, dando vueltas por el despacho—. ¡Extraño e incomprensible!… ¡Toda una cabalística!… ¡Que venga el portero! —gritó—. ¡La cosa es endiabladamente extraña! Pero no… Sea como sea, llegaré a averiguar quién es. ¡Escucha, Grigorii! —dijo al portero, que entraba—. ¡Otra vez ha firmado ese Fediukov! ¿Tú le has visto?

—No, señor.

— ¡Pero, por Dios!… ¡Si ha firmado! Eso quiere decir que ha estado en la antesala. ¿Ha estado o no ha estado?

—No, señor. No ha estado.

—¿Y cómo ha podido firmar entonces si no ha estado?

—No lo puedo saber.

—¿Y quién es el que tiene que saberlo sino tú? ¡Estás en la antesala como un papanatas!… Vamos… Haz memoria… Puede haber venido alguna persona desconocida. ¡Piensa bien!…

—No, excelencia. Persona desconocida no ha venido ninguna. Vinieron los funcionarios… La señora baronesa, que venía a visitar a su excelencia, la señora… Vinieron también los sacerdotes con la Cruz… y ya no vino nadie más.

—Y entonces, ¿qué? ¿Es que ha firmado un ser invisible?…

—No le puedo decir… Lo único que sé es que no ha venido ningún Fediukov. Esto…, si el señor lo quiere…, delante de una imagen…

—¡Extraño!… ¡Incomprensible! ¡A-som-bro-so! —Navagin quedó pensativo—. Si hasta parece cosa de risa. Trece años hace que firma ese hombre y no es posible averiguar quién es. Tal vez se trate de alguna broma. Quizá alguno de los funcionarios, para hacerse el gracioso, al mismo tiempo que firma él, firma con ese nombre de Fediukov.

Y Navagin se puso a examinar con gran detenimiento la firma de Fediukov.

Era ésta de rasgos tendidos, audaces, de estilo anticuado, llena de rizos y garabatos, y su carácter no ofrecía ninguna semejanza con el de las demás. Se encontraba colocada inmediatamente debajo de la del secretario provincial, Schtuchkin, hombre apocado y falto de arranque, que seguramente se hubiera muerto del susto antes que permitirse una broma de tal osadía.

—¡Otra vez ha firmado ese misterioso Fediukov! —dijo Navagin, entrando en las habitaciones de su mujer—. ¡Otra vez estoy sin saber quién es!

La señora Navagin era espiritista, por lo que para todos los fenómenos comprensibles e incomprensibles de la Naturaleza encontraba una explicación muy sencilla.

—En esto no hay nada asombroso —dijo—. Ya sé que tú no lo crees; pero lo he dicho y lo repito: En la Naturaleza hay mucho de sobrenatural que no puede alcanzar nuestro débil cerebro. Yo estoy segura, segurísima, de que ese Fediukov es un espíritu que simpatiza contigo. En tu lugar, le hubiera invocado y preguntado qué es lo que quiere.

—¡Majaderías! ¡Todo eso son majaderías!

Navagin era un hombre libre de prejuicios; pero el fenómeno que ocupaba su atención era tan misterioso que, sin poderlo evitar, su cabeza se iba llenando de musarañas. Pasó la velada pensando en que aquel incógnito Fediukov podía ser el espíritu de un funcionario muerto hacía tiempo,

arrojado del servicio por los antepasados de Navagin y que ahora se vengaba en su descendiente. Quizá fuera un pariente de algún empleado despedido, o de alguna joven seducida por el propio Navagin. Durante toda la noche soñó con aquel viejo y escuálido funcionario de raído uniforme, semblante verde limón, cabellos como cerdas y ojos plúmbeos. El funcionario le decía algo con voz de ultratumba y le amenazaba con su huesudo dedo. A punto de caer preso de un ataque cerebral, Navagin pasó dos semanas silencioso y cejijunto, andando y cavilando sin cesar. Por fin, venciendo su escéptico amor propio, entró en los aposentos de su mujer, y dijo a ésta con voz cavernosa:

—Zina… ¡Invoca a Fediukov!

La espiritista se puso muy contenta. Ordenó que le llevaran una hoja de cartón y un platito, sentó a su lado a su marido y empezó a actuar. Fediukov no se hizo esperar mucho.

—¿Qué es lo que quieres? —le preguntó Navagin.

—Acúsate… —contestó el platillo.

—¿Quién eras en el mundo?

—Un extraviado.

—Ya lo estás oyendo —murmuró la mujer—. ¡Y tú sin creerlo!

Durante mucho tiempo conversó Navagin con Fediukov. Después evocó a Napoleón, a Aníbal, a Askochenski, a su tía Clavdia Zajarovna…, y todos le dieron respuestas breves, pero justas y llenas de profundo sentido. Pasó cuatro horas entretenido con el platillo y se durmió después tranquilo y feliz por haber entablado conocimiento con aquel mundo, nuevo y misterioso para él.

A partir de aquel día, comenzó a ocuparse de espiritismo, y en el Ministerio hablaba a los funcionarios de lo mucho de sobrenatural y misterioso que encierra la Naturaleza, sobre todo lo cual nuestros sabios deberían haber fijado ya su atención. El hipnotismo, el mediumnismo, el bichotismo, el espiritismo, la cuarta dimensión y otras nieblas se apoderaron de él por completo. Hasta tal punto, que diariamente, con gran complacencia por parte de su esposa, leía libros espiritistas o se entretenía con el platillo, mesas giratorias y tratados sobre los fenómenos sobrenaturales. Tan buena mano tuvo, que llegó a conseguir que también sus subordinados hicieran espiritismo, y con tal ardor que el viejo ejecutor perdió la razón, lo que dio lugar a que cursara un día el siguiente telegrama con carácter de urgencia:

«*INFIERNO-MINISTERIO*.— Siento que me convierto en fuerza maligna. ¿Qué hago? Respuesta pagada.

Vasilii Krinolinski».

Después de haber leído más de un centenar de folletos espiritistas, Navagin experimentó un fuerte deseo de escribir él también alguna cosa. Durante cinco meses permaneció sentado y escribiendo, y al fin produjo un enorme referéndum que llevaba el siguiente título: *También mi opinión*. Terminado el artículo decidió enviarlo a un periódico espiritista.

¡Siempre habría de recordar el día elegido para enviar el artículo! Siempre recordaría Navagin que en día tan inolvidable se encontraban en su despacho su secretario, encargado de poner en limpio el artículo, y un sacristán de la parroquia de la localidad, llamado allí para otro asunto. El rostro de Navagin resplandecía. Amorosamente contemplaba su creación, la cogía entre los dedos para apreciar su espesor, sonreía con expresión de felicidad y decía al secretario:

—Yo creo, Filipp Sergeich, que sería mejor mandarlo certificado. Me parece más seguro… —luego, alzando los ojos hacia el sacristán, dijo—: Le he mandado buscar para un asunto. Voy a enviar al colegio a mi hijo menor y necesito su partida de nacimiento. Eso sí, quisiera que fuera lo más pronto posible.

—Muy bien, excelencia —dijo el sacristán saludando—. Muy bien. Comprendo…

—¿Podrían preparármela para mañana?

—Sí, excelencia. Muy bien. Esté tranquilo. Mañana quedará preparada. Sírvase enviar a alguien a la iglesia antes del oficio. Allí estaré yo. Sírvase disponer que pregunten por Fediukov. Yo estoy siempre allí…

—¿Cómo ha dicho usted? —exclamó el general, palideciendo.

—Fediukov, señor.

—¿Usted?… ¿Usted es Fediukov? —preguntó Navagin con ojos desorbitados.

—Sí, señor; Fediukov.

—¿Y usted?… ¿Solía firmar en mi antesala?

—En efecto… —confesó el sacristán, azorándose—. Yo, excelencia…, cuando vamos con la Cruz, acostumbro a firmar en todas las casas aristocráticas. Es una cosa que me gusta… Y, perdóneme, al ver un pliego en una antesala parece como si algo me impulsara a poner mi apellido…

En un mudo aturdimiento, incapaz de oír ni comprender nada, recorrió Navagin a grandes zancadas su despacho. Tocó la cortina de junto a la puerta, agitó por tres veces la mano en el aire como un joven *premier* de *ballet* al ver a *ella*, silbó, sonrió estúpidamente y señaló con el dedo a un punto del espacio.

—Entonces, excelencia, si le parece voy a enviar ahora el artículo —dijo el secretario.

Aquellas palabras arrancaron a Navagin de su marasmo. Fijó una mirada vaga en el secretario y en el sacristán, y, volviendo a su acuerdo, golpeo excitado con el pie mientras gritaba con una voz de tenor cascada y aguda:

—¡Déjenme en paz! ¡Déjenme en paz les digo!… ¡No comprendo lo que quieren de mí!

El secretario y el sacristán salieron precipitadamente del despacho; pero, aunque ya habían alcanzado la calle, él continuaba todavía golpeando con el pie y gritando:

—¡Déjenme en paz! ¡No comprendo lo que quieren de mí! ¡Dé-jen-me en paz!…

EL VENGADOR

INMEDIATAMENTE después de haber sorprendido a su mujer en el lugar de su delito, encontrábase Fedor Fedorovich Sigaev en el almacén de armas de Schmuks y C.ª eligiendo el revólver que mejor pudiera servirle. Su rostro expresaba ira, dolor y una decisión irrevocable.

«¡Sé lo que tengo que hacer! —pensaba—. Cuando son profanados los fundamentos de la familia y el honor es pisoteado en el barro y triunfa el vicio…, yo, como ciudadano y como hombre honrado, debo ser el vengador. La mataré primero a ella, luego a su amante y después me mataré yo».

No había escogido todavía el revólver ni matado a nadie, cuando ya empezaba su imaginación a dibujarle tres cadáveres ensangrentados, con los cráneos triturados y los sesos fluyendo… Barullo, tropeles de curiosos y autopsias.

Con la insana alegría del hombre ofendido, imaginaba el horror de los parientes y del público, la agonía de la traidora, y hasta le parecía leer ya con el pensamiento los artículos de primera plana comentando la descomposición de los fundamentos de la familia.

El dependiente del almacén, un tipo inquieto, afrancesado, de pequeño vientre y chaleco blanco, presentaba ante él los revólveres, y haciendo chocar los talones decía sonriendo respetuosamente:

—Yo aconsejaría a *monsieur* que llevara este magnífico modelo del sistema Smith y Vesson. Es la última palabra en la ciencia de las armas. Tiene tres propulsiones y extractor y puede disparársele desde seiscientos pasos. Llamo también la atención de *monsieur* sobre la limpieza de su acabado. Su sistema es el que está más de moda. Vendemos diariamente decenas de ellos, que se utilizan contra los bandidos, los lobos y los amantes. Su tiro es preciso y fuerte; alcanza grandes distancias y mata, atravesándolos, a la mujer y al amante. En cuanto a los suicidas, *monsieur*, no conozco para ellos mejor sistema.

Y el dependiente, apretando y soltando el gatillo, echándole el aliento al cañón y apuntando, parecía próximo a ahogarse de puro entusiasmo. A juzgar

por la expresión admirada de su rostro, se sentiría uno dispuesto a pensar que él mismo, de buen grado, se hubiera pegado un tiro en la frente si hubiera poseído un revólver de tan maravilloso sistema como el Smith y Vesson.

—Y ¿qué precio tiene? —preguntó Sigaev.

—Cuarenta y cinco rublos, *monsieur*.

—¡Hum!… ¡Es demasiado caro para mí!

—En tal caso, *monsieur*, puedo ofrecerle otro sistema más barato. Aquí está. Tenga la bondad de examinarlo. Tenemos un surtido enorme en distintos precios… Este revólver, por ejemplo, del sistema Lefauché, que vale solamente dieciocho rublos; pero… —el dependiente hizo una mueca de desprecio— es un sistema, *monsieur*, ¡demasiado anticuado! Sólo lo compran ahora los pobres de espíritu y los psicópatas. Matarse o matar a la mujer con un Lefauché se considera ahora signo de mal tono… El buen tono admite únicamente el Smith y Vesson.

—No tengo necesidad de matarme ni de matar a nadie —mintió, con acento sombrío, Sigaev—. Lo compro sencillamente para tenerlo en el campo… Para asustar a los ladrones.

—À nosotros no nos interesa para qué lo compra —sonrió el dependiente, bajando modestamente los ojos—. Si en cada caso fuéramos a buscar los motivos tendríamos que haber cerrado la tienda. Para asustar a los cuervos, *monsieur*, el Lefauché no sirve, porque hace un ruido sordo y a la vez fuerte. Yo le propondría que llevara una pistola Mortimer corriente, de las llamadas *para duelos*.

«¿Y si le provocara en duelo? —pasó por la cabeza de Sigaev—. Pero no… Sería demasiado honor… A estas bestias hay que matarlas como a perros…».

El dependiente, dando graciosas vueltas y pequeños pasitos y sin dejar de sonreír y de charlar, expuso ante él todo un montón de revólveres. El Smith y Vesson era el de aspecto más codiciable y sólido. Sigaev tomó uno de éstos entre sus manos, fijó la mirada en él y se quedó ensimismado. Su imaginación le presentaba a sí mismo destrozando un cráneo, fluyendo sangre cual un río sobre el tapiz y el parquet, y a la traidora, moribunda, agitando un pie convulsivamente… Pero para su alma indignada esto era poco. Los cuadros de sangre, los sollozos, el espanto, no le satisfacían; había que pensar en algo más terrible.

«Esto es lo que haré —pensó—. Le mataré y me mataré; pero a ella…, a ella la dejaré vivir. ¡Que muera de remordimiento y con el desprecio de

cuantos la rodean! Esto, para una naturaleza nerviosa como la suya, será un martirio mayor aún que la muerte».

Y comenzó a imaginar su propio entierro: El ofendido tendido en el ataúd, con una sonrisa bondadosa en los labios… Ella, pálida, torturada por el remordimiento, caminando tras el féretro como una Niobe y no sabiendo cómo ocultarse a las miradas despreciativas y aniquiladoras que sobre ella arroja una muchedumbre indignada…

—Veo, *monsieur*, que le gusta el Smith y Vesson —dijo el dependiente, interrumpiéndole en su ensueño—. Si lo encuentra caro le rebajaría cinco rublos, aunque tenemos otros sistemas más baratos.

La figurilla afrancesada giró graciosamente y cogió de la estantería una nueva decena de estuches con revólveres.

—He aquí otro, *monsieur*. Su precio es treinta rublos. No es caro si se tiene en cuenta que el cambio ha bajado terriblemente y que los derechos de aduanas suben cada día más… Le juro, *monsieur*, que soy conservador; sin embargo, ya empiezo a protestar. ¡Calcule que el cambio y la tarifa de aduanas son la causa de que ahora sólo los ricos puedan adquirir armas! Para los pobres no quedan más que las armas de Tula y los fósforos. ¡Y las armas de Tula son una desdicha! Pretende uno disparar un arma de Tula sobre su mujer y sólo consigue hacer blanco en la propia paletilla…

Sigaev experimentó de pronto un sentimiento ofensivo y triste ante la idea de morir él y no ver los sufrimientos de la traidora. Sólo es dulce la venganza cuando existe la posibilidad de ver y tocar sus frutos. Pues ¿y qué sentido tendría el que él estuviera tendido en el ataúd sin darse cuenta de nada?

«¿Y si hiciera esto?… ¿Matarle a él, ir a su entierro, verlo todo y matarme yo después?… Sí; pero… antes del entierro me meterían preso y me quitarían el arma… Bien… Lo que haré será matarle y dejar que ella siga viviendo. Yo…, hasta que pase cierto tiempo, no me mataré; iré a la cárcel. Para matarme siempre estoy a tiempo. El estar arrestado es todavía mejor, porque así, al prestar declaración, tendré la posibilidad de demostrar ante el poder y ante la sociedad toda la bajeza de su comportamiento. Si me matara, ella, con su carácter embustero, engañoso y desvergonzado, me echaría la culpa de todo, y la sociedad la absolvería de su hecho…; pero, por otra parte, quizá se ría de mí si sigo con vida… Entonces…».

Un minuto después pensaba:

«Sí… Tal vez me acusen de mezquindad de sentimientos si me mato… Y, además…, ¿para qué matarme? Esto en primer lugar. En segundo…, matarse significa cobardía. Luego, entonces, lo que haré será matarle a él, dejarla vivir

a ella e ir yo a la cárcel. Me juzgarán y ella figurará como testigo… ¡Habrá que ver su azaramiento, su vergüenza cuando tenga que prestar declaración ante mi abogado! ¡Por supuesto, las simpatías del tribunal, del público y de la Prensa estarán de mi lado!…».

Mientras así cavilaba, el dependiente continuaba exponiendo su mercancía y consideraba deber suyo entretener al comprador.

—Vea aquí otros, ingleses, de nuevo sistema, que hemos recibido hace poco. Pero le prevengo, *monsieur*, que todos los sistemas palidecen ante el Smith y Vesson. Seguramente habrá usted leído uno de estos días que un militar que había comprado en nuestra casa un revólver del sistema Smith y Vesson disparó sobre el amante… ¿Y qué se figura usted que pasó?… La bala atravesó primero al amante, alcanzó después la lámpara de bronce, luego el piano de cola y desde el piano de cola, de una carambola, mató a un pequinés y rozó a la mujer… El efecto fue brillante y hacia honor a nuestra firma. El militar está ahora arrestado… ¡Seguramente le condenarán a trabajos forzados!… En primer lugar, porque tenemos leyes muy anticuadas, y, en segundo, porque ya se sabe que el tribunal toma siempre partido por el amante. ¿Por qué?… Muy sencillo, *monsieur*: porque también el jurado, los jueces, el procurador y el defensor se entienden con esposas ajenas, y es más tranquilo para ellos que en Rusia haya un marido menos. A la sociedad le encantaría que el Gobierno desterrara a todos los maridos a la isla Sajalín. ¡Ay, *Monsieur*! ¡No puede imaginarse usted la indignación que despierta en mí este derrumbamiento de las costumbres morales contemporáneas!… ¡En estos tiempos amar a las esposas ajenas agrada tanto como fumar cigarrillos ajenos y leer libros ajenos! Año por año nuestro comercio decae, pero ello no significa que haya menos amantes… Significa que los maridos llegan a reconciliarse con su situación y tienen miedo a los trabajos forzados —y el dependiente, mirando a su alrededor, murmuró—: Y ¿quién es el responsable, *monsieur*?… ¡El Gobierno!

«¡Por culpa de un cerdo ir a parar a Sajalín…, no, tampoco es sensato! —reflexionó Sigaev—. Si me mandan a trabajos forzados sólo conseguiré dar a mi mujer la posibilidad de casarse otra vez y de engañar a su segundo marido. ¡La que saldrá triunfante será ella!… No. Lo que haré entonces es esto: dejarla vivir, no matarme *ni matarle a él*… Hay que idear algo más cuerdo y sentimental. Los castigaré con mi desprecio y entablaré un escandaloso proceso de divorcio…».

—Aquí tiene, *monsieur*, un nuevo sistema —dijo el dependiente cogiendo de la estantería una docena más de revólveres. Llamo su atención sobre el

original mecanismo del cierre…

Pero una vez tomada aquella decisión, Sigaev ya no necesitaba revólver; en cambio, el dependiente, cada vez más inspirado, no cesaba de exponer ante él sus artículos de venta. El agraviado marido comenzó a avergonzarse de que por su culpa el dependiente estuviera trabajando en vano, entusiasmándose y perdiendo el tiempo.

—Bien… —masculló—. Lo mejor será que vuelva más tarde o que envíe a alguien…

Aunque no veía la expresión del rostro del dependiente, comprendió, sin embargo, que para suavizar un poco la violencia de la situación no había más remedio que comprar algo. Pero ¿qué?… Sus ojos recorrieron las paredes de la tienda en busca de alguna cosa más barata, y se detuvieron en una red de color verde colgada junto a la puerta.

—¿Y eso?… ¿Qué es eso? —preguntó.

—Es una red para cazar codornices.

—Y ¿qué precio tiene?

—Ocho rublos, *monsieur*.

—Pues envuélvamela…

El marido ofendido pagó los ocho rublos, cogió la red, y, cada vez más ofendido, salió de la tienda.

EXTRAVIADOS

La pequeña colonia veraniega está envuelta en la oscuridad de la noche. El reloj del campanario da la una. Los letrados Koziavkin y Laev, ambos de un humor perfecto, salen del bosque y se dirigen hacia el barrio de hotelitos.

—¡A Dios gracias…, ya hemos llegado! —dice Koziavkin, cobrando aliento—. ¡En el estado que estamos, venir andando cinco *verstas* desde el apeadero… es una hazaña! ¡Estoy cansadísimo! ¡Y los *izvoschik*…[9], como si lo hicieran a propósito! ¡No había manera de encontrar uno!

—¡Petia! ¡Amigo!… ¡No puedo más!… ¡Si dentro de cinco minutos no estoy en la cama, me muero! Me parece que…

—¿En la cama? ¿Estás de broma, hermano?… En primer lugar, cenaremos…, beberemos un buen vinillo tinto y después nos iremos a la cama. Ni Verochka ni yo te dejaremos irte a dormir. ¡Si supieras, hermanito, qué bueno es esto de estar casado! ¡Tú, como eres un alma de cántaro, no lo comprendes…!; pero yo ahora llegaré a mi casa, cansado, destrozado… Mi amante mujercita me saldrá al encuentro…, me servirá el té, me dará de comer, y en agradecimiento a mi trabajo y a mi amor, me mirará con sus ojillos negros de un modo tan tierno y tan acogedor que a mí…, hermanito mío…, se me olvidará el cansancio, el robo con fractura y el tribunal… ¡Qué delicia!…

—Pero… es que se me figura que tengo los pies entumecidos… Apenas puedo andar. Y tengo, además, una sed terrible…

—Bueno, ya estamos en casa.

Los dos amigos, que han llegado junto a uno de los hotelitos, se detienen ante la última ventana de la fachada.

—Es un hotelito precioso —dice Koziavkin—. Ya verás mañana qué bonitas vistas tiene. No veo luz en las ventanas, lo cual quiere decir que Verochka no ha tenido a bien esperarnos y se ha acostado. Estará seguramente echada y triste porque no he llegado todavía —con el bastón empuja la ventana, que se abre—. ¡Mira si es valiente!… Se mete en la cama y ni

siquiera cierra la ventanal —arroja por ésta la capa y la cartera—. ¡Qué calor hace! Oye…, vamos a cantarle una serenata para que se ría…

Por el espacio, en la noche, corre la luna;
sutil ondea la ligera brisa…

Anda, Alioscha…, ¡canta!… ¡Verochka!… ¿Quieres que te cantemos la serenata de Schubert? —empieza a cantar—:

Suave vuelan mis canciones.
Te llevan mi súplica.

—Una tos convulsiva quiebra su voz—. ¡Canastos!… ¡Vamos, Verochka! ¡Di a Aksiña que nos abra la verja! —una pausa—. ¡Verochka, no seas perezosa! ¡Levántate, querida! —se sube en una piedra y mira por la ventana—. ¡Verunchik! ¡Cielito mío! ¡Pimpollito! ¡Angelito!… ¡Esposa mía sin par!… ¡Levántate y di a Aksiña que nos abra la verja! ¡Ya sé que no estás dormida, encantito! ¡Hazte cargo de que venimos tan cansados y tan agotados que no estamos para bromas! ¡Venimos andando desde la estación! ¿Nos oyes o no? ¡Aj! ¡Diablos! —intenta entrar por la ventana y se cae—. ¡Piensa que a nuestro convidado puede que no le gusten estas bromas!… Estoy viendo. Vera, que eres la colegiala de siempre… No sabes hacer más que travesuras…

—Puede que Vera Stepanovna esté dormida —dice Laev.

—No. No está dormida. Lo que quiere es hacerme armar ruido y que se despierten todos los vecinos. Pero ya empiezo a enfadarme. ¡Vera!… ¡Qué diablo! Anda, Alloscha, ayúdame, que voy a entrar por la ventana. ¡Eres una chiquilla, una colegiala y nada más que una colegiala! Ayúdame…

Entre resoplidos, Laev ayuda a Koziavkin. Éste se mete por la ventana y desaparece en la oscuridad de la habitación.

—¡Verka! —oye decir Laev un minuto después—. ¿Dónde estás?… ¡Diablos! ¡Canastos! Me he manchado de algo la manga. ¡Canastos!

Percíbese un tenue ruido, luego un batir de alas y el cacareo desesperado de una gallina.

—¿Qué sorpresa es ésta? —oye Laev—. ¡Vera!… ¿Desde cuándo tenemos gallinas? ¡Diablos! ¡Pero si hay aquí un montón de ellas! ¡Y hasta una pava clueca!… ¡Y la muy canalla da unos picotazos!…

Por la ventana, volando con estrépito, salen dos gallinas que, lanzando agudos cacareos, corren calle abajo.

—Me parece, Alíoscha, que hemos caído donde no teníamos que caer —dice Koziavkin con voz llorosa—. Aquí lo que hay son gallinas. Seguramente me he confundido de casa… ¡Largo de aquí! ¡Idos al diablo! ¿Qué hacéis aquí volando, malditas?…

—¡Vamos, sal pronto! ¿Oyes?… ¡Me estoy muriendo de sed!

—En seguida. En cuanto encuentre la capa y la cartera…

—¡Enciende una cerilla!

—Están en el bolsillo de la capa… No sé cómo he podido meterme aquí. Y es que todos estos hoteles son iguales. ¡Ni el mismo diablo sería capaz de distinguirlos en la oscuridad! ¡Uy!… ¡Me ha picado la pava en un carrillo! ¡Bribona!…

—¡Sal pronto! ¡Mira que van a creer que estamos robando las gallinas!

—Ahora mismo… ¡Nada!…, ¡que no hay manera de encontrar la capa!… ¡Esto está lleno de tantos, tantísimos pingajos, que no es posible distinguir el sitio donde está la capa! ¡Tírame las cerillas!

—¡No tengo cerillas!

—¡Bonita situación!… Y ¿qué voy a hacer?… ¡No puedo irme sin la capa y la cartera! ¡Tengo que encontrarlas!

—¡No creo que haya nadie capaz de no conocer su propio hotel! ¡Carota de borracho! ¡Si yo hubiera sabido que iba a ocurrir una historia semejante, por nada del mundo hubiera venido contigo! ¡A estas horas estaría durmiendo plácidamente en mi casa en lugar de estar pasando por estas fatigas!… —exclama Laev, indignado.

—Vamos, vamos…, que no te vas a morir…

Lanzando un chillido, un gallo de gran tamaño vuela sobre la cabeza de Laev, que suspira profundamente, hace un gesto de desesperación y se sienta en una piedra. Su pecho arde de sed, los ojos se le cierran, su cabeza se inclina… Transcurren cinco, diez minutos…, veinte…, y Koziavkin sigue entretenido con las gallinas.

—¿Sales pronto, Piotr?

—En seguida. He encontrado la cartera, pero la he vuelto a perder.

Laev descansa la cabeza en el puño y cierra los ojos. El chillido de las gallinas se hace más penetrante, las habitantes del vacío hotelito salen y entran por la ventana, y al verlas girar en la oscuridad, sobre su cabeza, se le antojan búhos. Sus gritos hacen retumbar sus oídos y el espanto se apodera de su alma.

«¡Animal! —piensa—. ¡Me invita a su casa!… ¡Ofrece darme vino y *prostokvacha*[10], y en vez de ello me obliga a darme una caminata desde la

estación para escuchar a las gallinas!…».

E indignado, Laev hunde la barbilla en el cuello del abrigo y apoya la cabeza en la cartera. Poco a poco, sin embargo, empieza a tranquilizarse. El cansancio hace su efecto y comienza a quedarse dormido.

—¡Ya encontré la cartera! —oye decir, con un grito de júbilo, a Koziavkin—. ¡Sólo falta ahora encontrar la capa, y nos vamos!…

He aquí que, de pronto, escucha entre sueños un ladrido de perros. Primero ladra uno, luego otro, después un tercero, y aquel ladrido de perros, mezclado con el cacareo de las gallinas, compone una música salvaje. Alguien se acerca a Laev, dirigiéndole alguna pregunta. Seguidamente siente que pasan sobre su cabeza y entran por la ventana. Golpean…, gritan…

A su lado, una mujer con un delantal rojo y una linterna en la mano le está preguntando alguna cosa.

—¡No tiene usted derecho a hablar así! —oye decir a la voz de Koziavkin—. ¡Soy un letrado! ¡Soy Koziavkin…, licenciado en Derecho! ¡Aquí está mi tarjeta de visita!

—Y ¿para qué quiero yo su tarjeta? —contesta una voz de bajo, ronca—. ¡Lo que sé es que me ha espantado usted todas las gallinas! ¡Que ha aplastado los huevos! ¡Mire, mire usted lo que ha hecho! ¡Los pavitos estaban a punto de salir del cascarón y los ha aplastado! ¿Qué falta me hace a mí, caballero, su tarjeta?

—¡No intentará usted detenerme! ¡No se atreverá! ¡De ningún modo se lo permitiré!

«¡Qué sed tengo!», piensa Laev, esforzándose en abrir los ojos y a la vez que siente que alguien salta de la ventana por encima de su cabeza.

—Soy Koziavkin. Tengo aquí mi hotel. Toda la gente de la localidad me conoce.

—Por aquí no conocemos a ningún Koziavkin.

—¿Qué estás ahí diciendo? ¡Llamad al *starosta*![11]. ¡Veréis si me conoce!

—¡No se sulfure así! La Policía local vendrá ahora. Conocemos a todos los veraneantes de aquí, pero a usted no le hemos visto nunca.

—¡Pues éste es ya el quinto año que vengo a veranear a *Los Gnilie Viselki*!

—¡Vaya, vaya! ¡Acabáramos! Esto no es *Los Viselki*. Esto es Jilovo. *Los Gnilie Viselki*, está más a la derecha. Detrás de la fábrica de cerillas. A unas cuatro *verstas* de aquí.

—¡Diablos! ¿Quiere decir entonces que me he confundido de camino?

Los gritos humanos y los cacareos de las aves se mezclan al ladrido de los perros, y de entre este caos de sonidos sobresale la voz de Koziavkin:

—¡No, no tiene usted ningún derecho! ¡Yo pagaré lo que sea! ¡Han de saber ustedes con quién tienen que habérselas!

Las voces se amortiguan poco a poco, y Laev siente que le tocan en el hombro.

EL REPETIDOR

El estudiante de séptimo Egor Ziberov tiende la mano a Petia Udodov con un gesto de condescendencia. Petia, chiquillo de doce años, vestido con un trajecito gris, gordiflón, de mejillas coloradas, frente estrechita y cabellos como cerdas, hace chocar los talones y saca del armario los cuadernos. Comienza el estudio. De acuerdo con lo estipulado con papá Udodov, Ziberov deberá dar a Petia dos horas de clase diarias, recibiendo en pago de ello seis rublos al mes. Su tarea consiste en prepararle para el segundo año de bachillerato. En el pasado le preparó para el primero, no obstante lo cual Petia fue suspendido.

—Bien… —empezó diciendo Ziberov, mientras encendía un cigarrillo—. Quedamos en que iba usted a preparar la cuarta declinación. A ver… ¡Decline usted *fructus*!

Petia empieza a declinar.

— ¡Otro día que no se la sabe usted! —dijo Ziberov levantándose—. ¡Es la sexta vez que le pongo a estudiar la cuarta declinación y que no se la sabe! ¿Cuándo, por fin, va usted a estudiarse la lección?

—¿Hoy tampoco la sabe? —dice a través de la puerta una voz tosiqueante.

Y el papá de Petia, el secretario provincial retirado Udodov, entra en la habitación.

—¿Otra vez?… ¿Y se puede saber por qué no has estudiado? ¡Asqueroso chiquillo! Ayer le azoté… ¡Créamelo, Egor Alekseich!

Suspirando fatigosamente, Udodov se sienta junto a su hijo y examina su gastado método de latín de Kuner. Ziberov empieza a preguntar a Petia en presencia de su padre. ¡Que sepa el tonto del padre lo tonto que es su hijo!…

Con ardor propio del examen, el repetidor comienza a acalorarse. Odia al pequeño y torpón colegial, de rojas mejillas, al que querría golpear y hasta le irrita cuando el chiquillo contesta acertadamente. ¡Tanto le asquea Petia!

—¡De la segunda declinación no tiene usted ni idea siquiera! ¡La primera tampoco la sabe! ¡Esta no es manera de estudiar! Bueno… Dígame ahora cuál

es el ablativo de *meus filius*.

—De *meus filius…*, de *meus filius…*, pues…

Durante largo rato Petia contempla el techo y mueve los labios, pero no da con la respuesta.

—Y el dativo plural de *dea*. ¿Cuál será?

—*Deabus… filiabus…* —contesta Petia.

El viejo Udodov aprueba con la cabeza, y el estudiante que no esperaba una respuesta justa, se siente enojado.

—Y ¿qué sustantivo forma también el dativo en *abus*? —pregunta.

—Pues… creo que *ánima* forma también el dativo en *abus*, aunque no lo dice el Kuner.

—¡Qué sonoridad la de la lengua latina! —observa Udodov—. *Alon…*, *tron…*, *bopus…*, *antropus…* ¡Cuánta sabiduría! ¡Y pensar que hay que aprenderse todo eso! —añade suspirando.

«Es molesto tener aquí a este animal mientras trabajamos —piensa Ziberov—. Se sienta ahí y todo lo fisga. Detesto el *control*».

—¡Bien! —se dirige a Petia—. El próximo día volverá usted a traer la misma lección de latín. Pasemos ahora a la aritmética. Coja la pizarra. ¿Qué problema toca?

Petia escupe sobre la pizarra y la borra después con la manga. El profesor coge el libro de problemas y dicta:

—Un comerciante compró ciento treinta y ocho varas de paño negro y azul por valor de quinientos cuarenta rublos. Se pregunta: ¿Cuántas varas compró del uno y del otro si el azul costaba a cinco rublos la vara y el negro a tres? ¡Repita usted el problema!

Petia lo repite; y comienza inmediatamente, sin decir palabra, a dividir quinientos cuarenta entre ciento treinta y ocho.

—¿Para qué divide usted? ¡Espere!… Bueno, si…, siga. ¿Hay residuo? No tiene que haberlo. Traiga, yo lo dividiré.

Ziberov lo divide y obtiene de resultado tres con residuo, lo que se apresura a borrar.

«Es extraño —piensa tirándose del cabello y enrojeciendo—. ¿Cómo es este problema?… ¡Hum!… Debe ser de ecuación indeterminada y no de aritmética —el profesor consulta las soluciones y halla setenta y cinco y sesenta y tres—. ¡Hum!… ¡Qué extraño!… Quizá haya que sumar cinco y tres y luego dividir quinientos cuarenta entre ocho. ¿Será eso?… No. Tampoco es eso».

—¡Bueno!… ¡Haga el favor de resolverlo de una vez! —dice Petia.

—Pero ¿por qué lo piensas tanto? ¡El problema es sencillísimo! —dice Udodov a Petia—. ¡Qué bobo eres, hijito! ¡Resuélvalo usted por esta vez, Egor Alekseich!

Egor Alekseich coge el pizarrín y se dispone a resolverlo. Tartamudea. Enrojece. Palidece.

—El caso es que este problema es de álgebra —dice—. Podría resolverse con XC y también sin esto… ¿Ve?… Yo aquí divido… ¿Comprende?… Ahora esto hay que restarlo… ¿Comprende?…, o si no… Lo mejor será que me lo traiga usted resuelto mañana… ¡Piénselo bien!

Petia sonríe maliciosamente, Udodov sonríe también. Ambos comprenden la turbación del profesor. El estudiante de séptimo se azara todavía más. Se levanta y empieza a pasear por la habitación.

—Puede resolverse sin acudir al álgebra —dice Udodov. Y tendiendo la mano hacia el *schioti*[12] añade con un suspiro—: Mire. Es así…

Hechos los cálculos sobre el *schioti* obtiene sin dificultad los setenta y cinco y sesenta y tres precisados.

—Esto está hecho a nuestra manera… no científica.

El profesor se siente terriblemente incómodo. Con el corazón sin latidos, mira el reloj y comprueba que para el fin de la lección falta todavía hora y cuarto. ¡Toda una eternidad!

—Ahora el dictado.

Después del dictado viene la geografía; luego, la religión; después, el idioma ruso. ¡Hay tanta ciencia en este mundo!… Por fin terminan las dos horas de lección. Ziberov coge el gorro, tiende condescendiente la mano a Fetia y se despide de Udodov.

—Dígame… —pregunta tímidamente—, ¿No podría usted darme algo de la cuenta? Tengo mañana que pagar mis estudios. Son seis meses los que me debe usted…

—¿Yo?… ¡Ah, sí, sí! —masculla Udodov sin mirar a Ziberov—. ¡Desde luego…, con mucho gusto…! La cosa es que no puedo en este momento…, pero dentro de una semana…, o de dos…, le pagaré.

Ziberov no protesta; y, tras de calzarse los pesados y sucios chanclos, se dirige a dar otra lección.

EL ARTE DE LA SIMULACIÓN

La generala Maria Petrovna Pechonkina (o Pechonchija, según los campesinos), que actúa, hace ya diez años, en el campo de la homeopatía, recibe un martes de mayo a los enfermos en su despacho. Ante ella, sobre la mesa, se encuentra un botiquín homeopático, un libro de apuntes sobre enfermedades y las cuentas de la farmacopea homeopática. De la pared, y encuadrados en marcos dorados y bajo cristal, penden las cartas de cierto homeópata de Petersburgo, muy grande y célebre, según Maria Petrovna. También se halla allí colgado el retrato del padre Aristarj, a quien la generala debe su salvación, es decir, el renunciamiento a la maligna alopatía y el conocimiento de la verdad. En el recibimiento esperan sentados los pacientes. La mayoría de ellos son campesinos. Todos, con excepción de dos o tres, están descalzos, porque la generala ordena dejen las botas malolientes en el patio.

Maria Petrovna lleva recibidas ya a diez personas y se dispone a llamar a la undécima.

—¡Gavrila Gruzd!

La puerta se abre, pero en lugar de Gavrila Gruzd entra en el despacho Zamujrischkin, el vecino de la generala, un terrateniente empobrecido, viejecillo, de mirada agria y gorra de noble bajo el brazo. Al entrar, deposita el bastón en una esquina, se acerca a la generala, hinca sin pronunciar palabra una rodilla en el suelo e inclina la cabeza ante ella.

—Pero ¿qué hace usted?… ¿Qué hace usted…, Kuzma Kuzmich?… —se espanta la generala, enrojeciendo de turbación—. ¡Por el amor de Dios!

—¡No me levantaré de aquí mientras me dure la vida! —dice Zamujrischkin, besándole la mano—. ¡Que todo el mundo me vea de rodillas! ¡Ángel protector nuestro! ¡Bienhechora del género humano!… ¡Que lo vean todos! ¡Hada benéfica que me devolvió la vida…, me señaló el verdadero camino y arrojó luz sobre mi escéptica sabiduría!… ¡Estoy dispuesto a permanecer ante ti no sólo de rodillas, sino de rodillas sobre el fuego! ¡Oh

tú…, curadora nuestra maravillosa! ¡Madre de los huérfanos y de los viudos!… ¡Me he curado! ¡He resucitado…, hechicera!

—Yo… estoy muy contenta —balbucea la generala, enrojeciendo de placer—. ¡Son cosas tan agradables de oír!… ¡Siéntese, por favor!… ¡Y pensar que todavía el martes pasado se encontraba usted tan enfermo!…

—¡En efecto!… ¡Y cómo de enfermo! ¡Me da miedo recordarlo! —dice Zamijrischkin, sentándose—. Por todas partes, por todos mis órganos, tenía reumatismo. Pasé ocho años sufriendo sin encontrar alivio. ¡Ni de día ni de noche, bienhechora mía!… Fui a consultar a médicos y profesores, hice un viaje a Kazan, probé a curarme con baños de barro, bebí aguas minerales… ¡En fin, qué no habré intentado!… ¡Me gasté todo mi dinero, hermosa madrecita mía, y los médicos no me hicieron más que daño! Lo único que hicieron fue conseguir que la enfermedad penetrara más y más en mí. ¡Hacerla entrar…, sí supieron, pero hacerla salir…, eso era algo superior a su ciencia!… ¡Lo único que les satisface es sacar los cuartos a la gente!… ¡Bandidos!… Porque ¡cuanto se refiere al provecho de la Humanidad les tiene sin cuidado! Todo lo arreglan con recetarte alguna quiromancia, ¡y te la tienes que tomar! En una palabra: son unos criminales. Por eso, si no hubiera sido por usted, ángel protector nuestro, ya estaría en la tumba. El martes pasado, volviendo de su casa, miraba yo las pildoritas que me había dado usted, y pensaba: «Pero ¿y qué eficacia puede tener esto?… ¿Será posible que estas arenitas que apenas se ven sean capaces de curar mi larga y vieja dolencia?…». Así pensaba yo, un poco incrédulo, sonriéndome. Pero tomé una pildorita…, y fue momentáneo. Me sentí enteramente como si no hubiera estado nunca enfermo. A mi mujer se le salían los ojos mirándome, y no lo podía creer. «¿Es posible —decía— que seas el mismo Kolia de antes?…». «El mismo», contestaba yo. Y los dos nos pusimos de rodillas ante la imagen y rogamos por nuestro ángel tutelar. ¡Que Dios te conceda todo lo bueno que deseamos para ti!

Zamujrischkin se enjuga los ojos con la manga, se levanta del asiento y expresa la intención de hincar otra vez la rodilla; pero la generala le detiene y le invita a sentarse.

—No es a mí a quien tiene que dar las gracias —dice, enrojeciendo de emoción y contemplando admirada el retrato del padre Aristarj—. No es a mí… Yo soy aquí solamente un dócil instrumento. ¡Ha sido, en efecto, un milagro! ¡Que un reuma viejo de ocho años…, sólo por una pildorita antiescrofulosa…!

—Fue usted tan amable que me dio tres pildoritas… Una la tomé con la comida, y el remedio fue instantáneo; otra, por la noche, y la tercera, al día siguiente. Desde entonces no he vuelto a padecer de nada. ¡No he sentido ni siquiera una punzada! ¡Y decir que me creía próximo a morir!… Ya había escrito a Moscú mandando venir a mi hijo… Pero Dios la iluminó, ¡curadora nuestra! Ahora ando y me parece encontrarme en el paraíso. Aquel martes que vine a su casa, cojeaba, mientras que hoy sería capaz de correr tras de una liebre… Tengo la impresión de ir a vivir cien años más, sólo que… para esto ocurre una desdicha: ¡nuestra miseria! Me encuentro sano, pero ¿para qué me sirve la salud si me faltan los medios para vivir? La escasez es aún peor para mí que la enfermedad… Si hablamos, por ejemplo, de… Ahora, precisamente, es el tiempo de sembrar la avena. ¿Pero cómo sembrarla, si no se tienen semillas? ¡Hay que comprarlas! ¿No es eso?… ¿Pero dónde está el dinero para ello?… ¡Todo el mundo sabe qué dinero es el nuestro!…

—Yo le daré avena, Kuzma Kuzmich. ¡Siga!… ¡Siga sentado! ¡Me ha proporcionado usted una alegría tan grande…, una satisfacción…, que soy yo la que tiene que darle las gracias!

—¡Oh, bendición nuestra!… ¡Cuánta bondad ha infundido en usted el Señor! ¡Regocíjese, madrecita, contemplando sus buenas acciones! ¡Nosotros, en cambio, pecadores, no tenemos motivo para regocijarnos!… ¡Somos pequeños…, inútiles!…, ¡sin ningún valor espiritual!… ¡Somos todo mezquindad!… ¡Nuestra nobleza está sólo en el nombre, pues en un sentido material somos semejantes a los campesinos, si no más ínfimos!… El que vivamos en casas de piedra es sólo un espejismo…, ya que el tejado gotea y uno no tiene medios para arreglarlo.

—Yo le ayudaré a arreglarlo, Kuzma Kuzmich. Siguiendo el mismo procedimiento, Zamujrischkin consigue igualmente una vaca y una carta de recomendación para su hija, a la que quiere llevar al colegio. Luego, emocionado por tanta generosidad y por los sentimientos que afluyen a su pecho, deja escapar un sollozo, tuerce la boca y mete la mano en el bolsillo en busca de un pañuelo. La generala ve entonces cómo con el pañuelo sale del bolsillo un papelito de color rojo, que cae al suelo sin ruido.

—¡No la olvidaré en toda una eternidad!… ¡Diré a mis hijos que no la olviden…, y a mis nietos…, y así de generación en generación!… Les diré: «¡He aquí, hijos míos, a la que me salvó de la tumba! ¡La que…!».

Cuando vuelve de acompañar a su paciente, la generala contempla durante un minuto con ojos llenos de lágrimas el retrato del padre Aristarj. Su mirada, impregnada de ternura y de veneración, recorre la pequeña farmacopea, el

libro de enfermedades, las cuentas, la butaca en que acaba de sentarse el hombre salvado por ella de la muerte…, y, de pronto, se detiene sobre el papel que dejó caer el paciente. La generala recoge el papel, lo despliega y ve en él tres pildoritas…, aquellas pildoritas que el martes pasado diera a Zamujrischkin.

— ¡Son las mismas! —se asombra—. ¡Si hasta el papel es el mismo! ¿De modo que ni siquiera los ha desenvuelto? En ese caso, ¿qué es lo que ha tomado?… ¡Extraño!… ¿No estarán engañándome?…

Y por primera vez en diez años de práctica la duda penetra en el alma de la generala. Hace entrar a otros enfermos, y mientras trata con ellos de sus padecimientos se fija en lo que antes, resbalando por sus oídos, no advertía claramente. Todos los enfermos, desde el primero hasta el último, como puestos de acuerdo, comienzan por glorificarla por su milagrosa curación y por entusiasmarse con su ciencia médica. Luego censuran a los médicos alópatas; y, más tarde, cuando ella enrojece de emoción, empiezan a exponerle sus necesidades. El uno le pide una tierrecita para sembrar; el otro, un poco de leña…; un tercero, permiso para cazar en sus bosques…, etc… etc…

Ella alza los ojos hacia la bondadosa cara del padre Aristarj, que le abrió las puertas de la verdad, y una nueva verdad empieza a roer su corazón. Una mala verdad.

¡La de la hipocresía humana!

MODORRA

EN la sala del tribunal provincial se celebra una vista. Un caballero de mediana edad, con cara de bebedor, procesado por malversación de fondos y de falsificación, está sentado en el banquillo de los acusados. El secretario, escuálido y hundido de pecho, lee con queda voz de tenor el acta de acusación. Como no hace caso de puntos ni comas, su lectura recuerda el zumbido de la abeja o el susurro de un pequeño arroyo. Bajo semejante lectura es grato soñar…, recordar… dormir… Un profundo aburrimiento tiene encogidos a los jueces, a los letrados y al público. Reina el silencio. Solamente, de cuando en cuando, un sonido de pasos acompasados llega del corredor o se escucha una tos cautelosa que viene a ahogarse en el puño de un letrado que bosteza.

El defensor descansa su rizada cabeza sobre una de sus manos y dormita plácidamente. Bajo el zumbido del secretario, sus pensamientos, perdido el orden, vagan.

«¡Qué largura de nariz la de ese policía!… —piensa, alzando pesadamente los párpados—. No comprendo lo que puede sacar la Naturaleza con estropear una cara tan inteligente… La verdad es que si la nariz del hombre fuera más larga…, supongamos de unas seis a nueve varas más…, quizá faltaría espacio para vivir y se haría preciso construir casas más espaciosas…».

El defensor sacude la cabeza como el caballo cuando le pica una mosca, y prosigue su cavilación:

«¿Qué estará pasando en mi casa? A esta hora, por lo general, están todos allí. Mi mujer…, mi suegra…, los niños… Con seguridad que los pequeños Kolka y Zina se han metido en mi despacho… Kolka se habrá subido a la butaca, tendrá el pecho apoyado en el borde de la mesa y estará dibujando algo en mis papeles. Ya tendrá dibujado un caballo con el hocico en punta y un redondelito por ojo; un hombre con la mano tiesa y una casita torcida. Mientras tanto, Zina estará al lado de la mesa estirando mucho el cuello y esforzándose por ver lo que dibuja su hermano. “¡Píntame a papá!”, dirá. Ya se habrá puesto Kolka a dibujarme. Ya llevará hecha la figurita de hombre y

sólo falta que me pinte una barba negra para que *papá* quede hecho. Ahora Kolka empieza a buscar las estampas en el código y Zina a toquetear en la mesa. Sus ojos caen en la campanilla, que agita. Ve el tintero y considera necesario meter el dedo dentro. Si no está cerrado el cajón de la mesa, eso quiere decir que hay que hurgar en él. Por último, en los dos alumbra la idea de que son indios y de que debajo de mi mesa pueden ocultarse del enemigo. Ambos se meten bajo ella, gritan, chillan y alborotan hasta el momento en que, de la mesa, cae al suelo una lámpara o un florero. "¡Huy…!". Por el salón pasea ahora el ama con gran solemnidad a la criatura número tres… Esta criatura llora…, ¡llora sin parar!…».

—Los intereses no fueron abonados —zumba el secretarlo— a Kopelov, Achkasov, Zimagovski y Chikina…, sino que su total, que ascendía a mil cuatrocientos veinticinco rublos y cuarenta y una *kopekas*, quedó agregado al resto de su cuenta correspondiente al mil ochocientos ochenta y tres…

«Puede que en casa hayan empezado ya a comer —fluyen los pensamientos del defensor—. Mi suegra; Nadia, mi mujer; Vasia, el hermano de mi mujer, y los niños, estarán sentados a la mesa… Mi suegra tendrá, como siempre, un aire de preocupación y de estar poseída de su propia dignidad. Nadia, delgada…, un poco ajada ya…, pero todavía con su cara de cutis transparente…, de blancura ideal…, estará allí, sentada, con una expresión…, como si la hubieran hecho sentarse a la fuerza. No come nada y se hace la enferma. Tanto su cara como la de mi suegra están llenas de preocupación. ¿Y cómo no?… ¡Tener a su cargo los niños, la cocina, la ropa del marido, los invitados, la polilla en las pellizas, el recibimiento de los invitados!… ¡Tocar el piano!… ¡Cuántas obligaciones y qué poco trabajo! Porque ni Nadia ni su madre hacen absolutamente nada… Si se da el caso de que alguna vez, por aburrimiento, se ponen a regar las flores o a reñir en la cocina, gemirán de cansancio durante dos días seguidos y no cesarán de hablar de lo imposible que es la vida… Vasia, el hermano de mi mujer, estará masticando despacio, muy callado y taciturno, porque hoy le han puesto un cero en latín. El muchacho es tranquilo…, servicial…, agradecido…; pero rompe tal cantidad de zapatos, pantalones y libros, que es sencillamente un desastre… Los niños, como es natural, hacen sus caprichos…; piden con exigencia el vinagre, la pimienta…; se pelean unos con otros, y a cada momento dejan caer la cuchara. Sólo recordarlo le da a uno vértigo… Mi mujer y mi suegra mantienen con mucho rigor el buen tono. ¡Que Dios proteja a aquel que pone el codo en la mesa, empuña el mango del cuchillo o come con él…, o al que se sirve por el lado derecho en lugar de por el

izquierdo! Todos los platos, hasta el jamón con guisantes, huelen a polvos de tocador y a caramelos. Todo sabe mal…, empalagoso y pobretón. ¡Qué diferencia con aquellos *schi* y *kascha*[13] que comía yo de soltero!… Mi suegra y mi mujer hablan constantemente en francés, menos cuando se alude a mí en la conversación… Entonces mi suegra habla ruso, porque un hombre tan sin sentimientos, tan sin razón, tan sin delicadeza, ¡tan bruto como yo!, no es digno de que se refieran a él en una lengua ¡tan tierna…, tan dulce… como la francesa!». «¡Pobre Michel!… —dice mi mujer—. Seguramente tiene hambre. Por la mañana sólo ha bebido un vaso de té sin pan y ha salido corriendo para el tribunal…». «No te preocupes, hijita —dice mi suegra con maligna alegría—. Con seguridad habrá ido más de cuatro veces al *buffet*. En el tribunal se ha instalado un *buffet*, y cada cinco minutos piden un descanso al presidente». Después de la comida, mi suegra y mi mujer hablan de la necesidad de disminuir los gastos. Cuentan, apuntan… y descubren al fin que los gastos son, en efecto, abominablemente grandes. Se hace venir a la cocinera y se empiezan las cuentas con ella. La reprenden y se arma un jaleo por menos de cinco *kopekas*… Lágrimas… palabras venenosas… Después viene el arreglo de las habitaciones, el cambio de muebles… Y todo por no tener nada que hacer.

—El asesor colegiado Cheperov —zumba el secretario— demostró no haber recibido, a pesar del envío del recibo número ochocientos once, los cuarenta y seis rublos y dos *kopekas* que le correspondían, cosa que fue declarada en el acto.

«La verdad es que cuando te pones a dar vueltas a las cosas y a cavilar sobre la fuerza de las circunstancias —sigue pensando el defensor—, y las vas pesando una por una…, acabas por mandarlo todo al diablo. Cuando se siente uno cansado…, atontado de haber pasado el día entero en este ambiente de aburrimiento y vulgaridad…, no puede uno por menos de querer conceder a su alma un minuto siquiera agradable de descanso… ¡Irse a casa de Natascha o, cuando hay dinero, a los cíngaros y olvidarse de todo!… ¡Palabra de honor, que de todo!… ¡Marcharse lejos, fuera de la ciudad…, sabe el diablo adónde! ¡Sentarse cómodamente en el sofá de un reservado mientras la *troupe* de asiáticos grita, salta…, y sentir cómo le conmueve a uno el alma la voz de esa encantadora, de esa terrible, de esa frenética cíngara Glascha!… ¡Glascha!… ¡Simpática, agradable, maravillosa Glascha!… ¡Qué dientes, qué ojos, qué espalda!…».

El secretario zumba…, zumba…, zumba…

Ante los ojos del defensor todo comienza a confundirse y a hacerse fugaz. En su vista se mezclan el juez, los letrados y el público, mareándole… El techo tan pronto sube como baja; el pensamiento se torna también fugaz hasta quedar cortado… Nadie, la suegra, la larga nariz del policía del Juzgado, el acusado, Glascha… ¡Todo es impreciso, gira y se va lejos…, lejos…, lejos…!

«¡Qué bien!… —murmura el defensor, adormeciéndose—. ¡Qué grato es estar reclinado en el sofá y sentirlo todo en torno de uno tan acogedor…, tan tibio!… ¡Glascha cantando!…».

—¡Señor defensor! —pronuncia una voz incisiva.

«¡Qué grato! ¡Qué ambiente tan templado!… ¡Sin suegra, sin nodriza, sin sopa que huela a polvos de tocador!… Glascha, tan buena y bondadosa…».

—¡Señor defensor! —resuena la misma voz incisiva.

El defensor se estremece y alza los párpados. Los ojos negros de la cíngara Glascha le están mirando, unos jugosos labios le sonríen, resplandece el bello y moreno rostro…

Completamente aturdido, aún no del todo despierto y creyéndose juguete de un sueño o de alguna fantasmagoría, se levanta lentamente, y con la boca abierta contempla a la cíngara.

—Señor defensor, ¿desea usted interrogar a la testigo? —pregunta el presidente.

—¡Ah…, sí!… ¡A la testigo!… No. No deseo interrogarla. No tengo nada que preguntar.

El defensor imprime una sacudida a su cabeza y se despierta del todo. Ahora es cuando se da cuenta de que, en efecto, la cíngara Glascha está delante de él y de que ha sido citada allí en calidad de testigo.

—¡Perdón!… ¡Tengo, sí, algo que preguntar! —dice en voz alta—. ¡Testigo! —se dirige a Glascha—. Tengo entendido que forma usted parte del coro de cíngaros de Kuzmichov… Dígame…, ¿solía el acusado celebrar sus francachelas en el restaurante en que actúan?

—Sí…

—¿Y recuerda si era siempre él el que pagaba, o si había ocasiones en las que pagaban otros por él?

—Sí…

—Gracias. Esto me basta.

Y después de beberse dos vasos de agua, se le desvaneció la modorra por completo.

EL PADRE DE FAMILIA

Es frecuente que después de un día de juerga o de haber perdido a las cartas, las funciones físicas se desequilibren.

Stepan Stepanich Jilin se despierta de un humor marcadamente turbio. Su aspecto, hosco, arrugado y desaliñado. Su rostro gris lleva impreso un gesto de desagrado. No se sabe si es que está ofendido o si es que algo le da asco. Se viste despacio; bebe despacio su agua de Vichy y da vueltas por las habitaciones.

—¡Quisiera saber qué animal es el que anda por aquí y se deja las puertas abiertas! —gruñe, enfadado, envolviéndose en la bata y escupiendo ruidosamente—. ¡Quitad de ahí ese papel! ¿Qué hace ahí tirado?… ¡Veinte personas en la servidumbre y hay aquí menos orden que en una taberna!… ¿Quién ha llamado? ¿A quién se le ha ocurrido venir?

—Ha venido la abuelita Anfisa. La que asistió a nuestro Fedia —contesta la mujer.

—¡Aquí viene a parar todo el mundo! ¡Quitapanes ajenos!…

—¡No es posible comprenderte, Stepan Stepanich! ¡La invitas tú mismo y luego te enfadas!

—¡No me enfado!… ¡Hablo! ¡Deberías estar ocupada en algo en lugar de estar ahí sentada, mano sobre mano, y buscando discusiones! ¡*Juro* por mi honor que no comprendo a estas mujeres! ¡No las com…pren…do!… ¿Cómo podrán pasarse los días enteros sin hacer nada?… El marido trabajando como un buey, como un animal, y la mujer, la compañera de su vida, repantigada como una princesa, sin hacer nada, y de puro aburrimiento esperando sólo la ocasión de reñir con su marido… ¡Ya es hora, querida, de que dejes esos aires de colegiala! ¡Ya no eres una colegiala ni una señorita! ¡Eres una madre de familia! ¡Una esposa!… ¿Vuelves la cabeza, eh?… ¡Ajá!… ¡Claro! No es agradable oír verdades que escuecen.

—Es extraño que esas verdades que escuecen las digas sólo cuando te duele el hígado.

—¡Vaya!… ¡Ya empieza la escena!…

—¿Estuviste ayer en las afueras o fuiste a jugar a casa de alguien?

—¡Y aunque así fuera! ¡Qué le importa a nadie! ¿Es que estoy obligado a dar cuenta a todos de lo que hago? ¿Pierdo acaso un dinero que no me pertenece?… ¡Lo que yo gasto y lo que se gasta en esta casa es mío! ¿Lo está oyendo usted? ¡Mío!…

Y así por el estilo todo lo demás. Pero en ningún otro momento se muestra Stepan Stepanich tan juicioso, tan magnánimo, tan riguroso y tan justo como cuando sus familiares, a la hora de la comida, toman asiento a su alrededor.

La discusión empieza generalmente con la sopa. Al engullir la primera cucharada, Jilin hace una mueca de disgusto y deja de comer.

—¡El diablo sabrá qué es esto! —masculla—. ¡Tendré que irme a comer a la taberna!

—¿Pues qué es lo que pasa? —pregunta, intranquila, su mujer—. ¿No esta buena la sopa?

—¡Haría falta un paladar de cerdo para comer esta bazofia! ¡Está salada y apesta a trapo!… ¡Le han echado chinches en lugar de cebolla!… Es sencillamente indignante, Anfisa Ivanovna —prosigue, dirigiéndose a la invitada—, que después de dar día por día el dinero a espuertas, y de andar privándose de todo, le alimenten a uno así. Pretenderán seguramente que deje mi empleo y me ponga yo mismo a guisar en la cocina.

—Pues la sopa de hoy está buena… —observa tímidamente la institutriz.

—¿Buena?… ¿La encuentra usted buena de verdad? —dice Jilin, mirándola con enfado—. ¡Claro que eso de los gustos es muy personal! En general, hay que reconocer que nuestros gustos son muy distintos a los de usted, Varvara Vasilievna. Por ejemplo, a usted le satisface plenamente la conducta de este niño —Jilin, con trágico ademán, señala a su hijo Fedia—. Está usted entusiasmada con él… pero yo…, yo en cambio estoy indignado. Lo estoy.

Fedia, chiquillo de siete años, de rostro pálido y enfermizo, deja de comer y baja la mirada. Su rostro palidece más aún.

—Sí. Está usted entusiasmada, mientras que yo sencillamente me indigno… ¿Quién de los dos tiene razón?… No lo sé; pero me permito pensar que yo, en mi calidad de padre, he de conocer a mi hijo mejor que usted. ¡Mire cómo está sentado!… ¿Se sientan así los niños bien educados? ¡Siéntate bien!

Fedia levanta la barbilla y estira el cuello, con lo que cree estar más erguido. Las lágrimas asoman a sus ojos.

—¡Come! ¡Coge la cuchara como es debido! ¡Espera, que he de ocuparme de ti, chiquillo mal criado! ¡Y cuidado con llorar! ¡Mírame!

Fedia se esfuerza en mantenerse sentado derecho; pero su cara tiembla y sus ojos rebosan de lágrimas.

—¡Ah!… ¿Conque lloras, eh? Tú eres el que tiene la culpa y el que llora. ¡Largo de ahí! ¡Ponte en ese rincón…, animal!

—Pero déjale primero que coma —intercede la mujer.

—¡Nada de comer! ¡Semejantes ca…! ¡Chicos tan traviesos no tienen derecho a comer!

El semblante de Fedia se contorsiona, todo él se agita, y deslizándose de la silla se dirige al rincón.

—Y no será esto sólo… —prosigue el padre—. Si los demás no quieren ocuparse de tu educación, ¡qué le vamos a hacer!…, me ocuparé yo. Conmigo, amiguito, te aseguro que no vas a hacer travesuras ni a llorar a la hora de la comida. ¡Estúpido!… ¡Lo que tienes que hacer es trabajar! ¿Entiendes? ¡Hay que trabajar! ¡Tu padre trabaja… conque trabaja tú también! ¡Nadie debe comer el pan sin haberlo ganado! ¡Es menester saber portarse como un hombre! ¡Co…mo un hom…bre!

—¡Termina, por el amor de Dios! —ruega en francés la mujer—. ¡Al menos delante de extraños no nos comas!… La vieja lo está oyendo todo y por ella se enterará toda la ciudad…

—Yo no tengo que guardarme de los extraños —contesta Jilin en ruso—. Anfisa Ivanovna está viendo que cuanto digo es justo… Entonces… según tú… ¿he de estar contento con este chiquillo? ¿Sabes lo que me cuesta? ¿Sabes, muchacho mal criado, lo que me estás costando?… ¿O es que te figuras que yo fabrico el dinero o que me lo dan gratis? ¡Bueno… basta ya de lloros! ¡A callar! ¿Me oyes o no? ¿Quieres acaso que te dé unos azotes?

Fedia deja escapar un chillido y rompe a sollozar.

—¡Esto ya es insoportable! —dice la madre, levantándose de la mesa y tirando la servilleta—. ¡No nos dejas nunca comer tranquilos! ¡Estoy harta de tus reproches!

Y llevándose la mano al cuello y apretándose los párpados con el pañuelo, sale del comedor.

—Su señoría se ha ofendido —gruñe Jilin con forzada sonrisa—. La han educado con demasiada delicadeza… ¡Así es… Anfisa Ivanovna! ¡Hoy en día no se quieren oír las verdades!… ¡Y, además, luego viene a resultar que los que tenemos la culpa somos nosotros!

Transcurren unos cuantos minutos en silencio. Jilin pasea la mirada por los platos y, observando que nadie ha tocado siquiera la sopa, suspira profundamente y mira con fijeza el rostro enrojecido y lleno de inquietud de la institutriz.

—¿Por qué no come usted, Varvara Vasilievna? —pregunta—. ¿Quiere decir eso que está usted ofendida? ¡Bien!… ¿No le gusta escuchar la verdad…, eh?… Pues perdón…, pero mi carácter es así y no puedo ser hipócrita. Yo digo la verdad, por encima de todo —un suspiro—. Estoy observando, sin embargo, que mi presencia no es grata… Parece ser que delante de mí no se puede ni hablar ni comer… Si me lo hubieran dicho antes, me hubiera marchado… *así* que nada… Me voy.

Jilin se levanta y, dignamente, se dirige a la puerta. Al pasar por delante de Fedia, que sigue llorando, se detiene.

—¡Después de lo que acaba de ocurrir, queda usted en libertad de acción! —dice a Fedia, echando hacia atrás la cabeza con un gesto lleno de dignidad —. ¡No volveré a intervenir en su educación! ¡Me lavo las manos! Pido perdón a usted y a sus instructores por haberles molestado actuando sinceramente como padre. Al mismo tiempo, y de una vez para siempre, ¡declino toda responsabilidad sobre su futuro destino!

Fedia lanza un chillido y solloza aún más fuerte. Jilin, siempre con dignidad, se vuelve hacia la puerta y se retira a su dormitorio.

Al despertar de su siesta de sobremesa, empieza a experimentar remordimientos de conciencia. Se siente avergonzado ante su mujer, ante su hijo, ante Anfisa Ivanovna… Recuerda con fuerte aprensión lo ocurrido durante la comida; pero puede más su amor propio, y faltándole el valor de la sinceridad continúa enfadado y gruñendo.

Cuando despierta a la mañana siguiente está de un humor perfecto y, mientras se lava, silba ligeramente. Al entrar en el comedor para tomar su café encuentra allí a Fedia, que se levanta al ver a su padre y mira a éste con aire desconcertado.

—¡Bien, joven!… ¿Qué hay?… —pregunta alegremente Jilin, sentándose a la mesa—. ¿Qué nos cuenta usted de nuevo?… ¿Vives?… ¡Bueno…, pues ven acá, chiquitín!… ¡Da un beso a tu padre!…

Fedia, pálido y con cara seria, se acerca a su padre y le roza la mejilla con unos labios que tiemblan. Después se aleja y vuelve a ocupar silencioso su sitio.

MALA SUERTE

ILIA Sergeich Peplov y su mujer, Cleopatra Petrovna escuchaban junto a la puerta con gran ansiedad. Al otro lado, en la pequeña sala, se desarrollaba, al parecer, una escena de declaración amorosa. Su hija Natascheñka se prometía en aquel momento con el profesor de la Escuela Provincial, Schupkin.

—Parece que pica —murmuraba Peplov, temblando de impaciencia y frotándose las manos—. Mira, Petrovna… Tan pronto como empiecen a hablar de *sentimientos*, descuelgas la imagen de la pared y entramos a bendecirles… Quedarán cogidos. La bendición con la imagen es sagrada e irrevocable… Ni aunque acuda al Juzgado podrá ya volverse atrás.

Al otro lado de la puerta estaba entablado el siguiente diálogo:

—¡Nada de *su carácter*!… —decía Schupkin, frotando una cerilla en sus pantalones a cuadros para encenderla—. Le aseguro que yo no fui quien escribió las cartas.

—¡Vamos…, no diga!… ¡Como si no conociera yo su letra! —reía la damisela lanzando grititos amanerados y mirándose al espejo a cada momento —. La reconocí en seguida. ¡Y qué cosa tan rara!… ¡Usted, profesor de caligrafía y haciendo esos garrapatos!… ¿Cómo va usted a enseñar a escribir a otros si escribe usted tan mal?…

—¡Hum!… Eso no significa nada, señorita. En el estudio de la caligrafía lo principal no es la clase de letra…, lo principal es mantener sujetos a los alumnos. A uno se le pega con la regla en la cabeza…, a otro se le pone de rodillas… ¡Pero la escritura! ¡Pchs!… ¡Eso es lo de menos!… Nekrasov era un escritor y daba vergüenza ver cómo escribía. En sus obras completas viene una muestra, ¡qué muestra!, de su caligrafía.

—Sí…, pero aquél era Nekrasov, y usted es usted… —un suspiro—. ¡A mí me hubiera encantado casarme con un escritor! ¡Se hubiera pasado el tiempo haciéndome versos!

—También yo puedo hacerle versos si lo desea.

—¿Y sobre qué sabe usted escribir?

—Sobre el amor…, sobre los sentimientos… ¡Sobre sus ojos!… Cuando los lea usted, se quedará asombrada. ¡La harán verter lágrimas! Dígame: ¿si yo le escribiera unos versos llenos de poesía, me darla a besar su manecita?

—¡Vaya una tontería!… ¡Ahora mismo si quiere! Bésela.

Schupkin se levantó de un brinco y con ojos que parecían prontos a saltársele apretó sus labios sobre la manita gordezuela que olía a jabón de huevo.

—¡Descuelga la imagen! —dijo apresuradamente Peplov, dando un codazo a su mujer, palideciendo de emoción y abrochándose los botones de la chaqueta—. ¡Anda, vamos! —y sin perder un segundo, abrió la puerta de par en par—. ¡Hijos! —balbució, alzando las manos y con lágrimas en los ojos—. ¡Que el Señor os bendiga! ¡Hijos míos!… ¡Vivid! ¡Sed fructíferos y multiplicaos!…

— ¡Yo!… ¡También yo os bendigo! —dijo la madre, llorando de felicidad —. ¡Sed dichosos, queridos míos! ¡Oh!… —prosiguió, dirigiéndose a Schupkin—. ¡Me arrebata usted mi único tesoro!… ¡Quiera a mi hija! ¡Mímela!…

La boca de Schupkin se abrió de asombro y de susto. El asalto de los padres había sido tan inesperado y tan atrevido que no podía pronunciar una sola palabra.

«Me han cogido… Me han cogido… —pensó, preso de espanto—. Te ha llegado el fin, hermano… Ya no te escaparás…». Y sumisamente, presentó su cabeza, como diciendo: «¡Tomadla…, estoy vencido!».

—¡Os… ben… bendigo!… —prosiguió el padre; y empezó a llorar también—. ¡Natascheñka!… ¡Hija mía!… ¡Ponte a su lado!… ¡Petrovna, trae la imagen!

Pero en aquel momento el llanto del padre cesó y su rostro se alteró de furia.

—¡Zoquete!… ¡Cabeza huera! —dijo, dirigiéndose con enfado a su mujer —. ¿Es ésta acaso la imagen?…

— ¡Ay Dios mío!… ¡Virgen Santísima!…

¿Qué había ocurrido?… El profesor de caligrafía levantó temerosamente los ojos y se vio salvado. En su precipitación, la madre había descolgado equivocadamente de la pared el retrato del literato Lajechnikov. El viejo Peplov y su esposa Cleopatra, con él entre las manos, no sabían en su azoramiento qué hacer ni qué decir. El profesor de caligrafía aprovechó el momento de confusión y huyó.

LOS SEÑORES CIUDADANOS

(COMEDIA EN DOS ACTOS)

ACTO PRIMERO

Una sesión en la Alcaldía.

EL ALCALDE.—(*Chasqueando la lengua y hurgándose concienzudamente en una oreja*). En tal caso, señores… ¡Tengan a bien escuchar la opinión del bombero mayor, Semion Vasilich, especialista en la materia! ¡Él nos lo explicará, y nosotros después resolveremos!…

EL BOMBERO MAYOR.—Yo lo entiendo así: (*Se suena con un pañuelo a cuadros*). Diez mil rublos asignados al Cuerpo de bomberos puede parecer, efectivamente, una gran suma…, pero… (*Se limpia la calva con el pañuelo.*) solamente parecerlo… ¡A eso no se le puede llamar dinero!… ¡Todo lo más…, ilusión…, fantasía!… ¡Claro que también por diez mil rublos puede constituirse un Cuerpo de bomberos!, pero ¡qué Cuerpo!… ¡Algo risible!… ¡Dense cuenta!… ¡Lo más importante para la vida del hombre es una atalaya! ¡No hay sabio que no lo diga! ¡La atalaya de nuestra ciudad, dicho categóricamente, no sirve para nada, porque es baja! Las casas que la rodean son más altas, y no diré el fuego…; ¡apenas si desde ellas se puede divisar el cielo! ¡Yo exijo trabajo a mis bomberos!…, pero ¿tienen ellos la culpa de que no se alcance a ver desde la atalaya? Además,…, en lo tocante a los caballos y a los toneles… (*Se desabrocha el chaleco, suspira y prosigue en el mismo tono su discurso*).

LOS CONCEJALES.—(*Por unanimidad*). ¡Que se aumente el presupuesto en dos mil rublos! (*El Alcalde concede un minuto de descanso para que pueda abandonar la sala el corresponsal*).

EL BOMBERO MAYOR.—¡Bien, señores!… Sin embargo…, considerando el asunto desde un punto de vista…, o sea, en el sentido de que aquí… digamos…, están en juego los intereses del Estado…, tengo que hacerles

observar, señores concejales…, y tengo que poner ante su vista…, que, si del asunto se ocupa el maestro de obras, esto costará doble a la ciudad…, ya que el maestro de obras se cuidará de su propio interés antes que del interés general. Si construimos con nuestra mano de obra, sin apresurarnos…, y si el ladrillo, supongamos, nos cuesta a quince rublos el millar y el acarreo se hace con los caballos de los bomberos… y si… (*Alza los ojos al techo como calculando mentalmente.*) y si cincuenta troncos de a veinticinco varas… (*Cuenta*).

LOS CONCEJALES.—(*Por aplastante mayoría*). ¡Que se encargue del arreglo de la torre a Semion Vasilich y que, por lo pronto, le sean asignados para ese fin mil quinientos veintitrés rublos y cuarenta y cuatro *kopekas*!

LA MUJER DEL BOMBERO MAYOR.—(*Sentada entre el público y hablando al oído de una vecina*). No sé para qué mi Senia se echará tantos quehaceres encima. ¡Cuando se tiene una salud como la suya, no es posible ocuparse de construcciones!… No es muy alegre que digamos eso de pasarse el día entero dando porrazos a los albañiles… ¡Total, la obra le dejará una pequeñez…, unos quinientos rublos, y se estropeara la salud por mil!… ¡Al muy tonto le pierde su bondad!

EL BOMBERO MAYOR.—Bien… Hablemos ahora del personal… Claro que yo…, como parte…, puede decirse… interesada…, (*Se azora.*) puedo decir que esto me es indiferente… Ya no soy joven, estoy enfermo, y si no hoy, mañana pudiera morirme. El médico me ha dicho que tengo una dureza en los intestinos y que si no cuido mi salud pudiera ser que en mi interior se me reventara una vena y me muriera sin confesión.

UN MORMULLO EN EL PÚBLICO.—¡Al perro, muerte de perro!

EL BOMBERO MAYOR.—No me quejo… Gracias a Dios he vivido y no necesito de nada… ¡Pero si…, hay algo que me choca y hasta me ofende!… (*Hace un gesto de desaliento*). Trabaja uno honradamente… irreprochablemente…, sin más pago que el sueldo, sin descansar ni de día ni de noche, sin ahorrarse la salud… Y, en realidad, no sabe por qué hace todo esto. ¿Para qué me preocupo?… ¿Qué interés voy a tener?… Y conste que no hablo por mí…, sino que lo digo en general… En estas condiciones, otro ya no viviría… Un borracho aceptaría este empleo…, pero un hombre competente y formal antes se dejaría morir de hambre que tomarse unas fatigas así por los caballos y los bomberos. ¿Qué interés se puede tener?… ¡Si los extranjeros vieran el orden que hay aquí…, sus periódicos nos pondrían como un trapo! En la Europa occidental, en París, por ejemplo, en cada calle hay una atalaya de bomberos y allí el bombero mayor cobra anualmente

extraordinarios equivalentes a la paga de todo un año. ¡Allí sí que daría gusto trabajar!

LOS CONCEJALES.—¡Que se entreguen a Semion Vasilich, como paga extraordinaria por su servicio de muchos años, doscientos rublos!

LA MUJER DEL BOMBERO MAYOR.—(*En voz baja, a su vecina*). Eso está muy bien… ¡Que por lo menos haya sabido sacar algo!… Ha estado listo. El otro día estuvimos en casa del arcipreste y perdimos cien rublos… ¡Y se le hace a uno tan cuesta arriba!… (*Bosteza*). ¡Fue una lástima!… ¡Si nos fuéramos ya a casa a tomar el té!…

ACTO SEGUNDO

La escena representa una torre de bomberos, junto a la que hay unos guardianes.

EL VIGILANTE DE LA TORRE.—(*Inclinándose y gritando*). ¡Eh!… ¡Que hay fuego en la serrería!… ¡Dad la señal de alarma!

EL VIGILANTE DE ABAJO.—¿Y hasta ahora no lo has visto?… ¡La gente lleva ya media hora corriendo, y tú…, mendrugo…, te das cuenta en este instante!… (*Con aire meditabundo*). ¡A un tonto es lo mismo ponerle arriba que abajo!… (*Da la señal de alarma. Al cabo de tres minutos, por la ventana de su piso, situada frente a la torre, asoma el Bombero mayor a medio vestir y con ojos adormilados*).

EL BOMBERO MAYOR.—¿Dónde está el fuego, Denis?

EL VIGILANTE DE ABAJO.—(*Cuadrándose y saludando militarmente*). En la fábrica de aserrar, señoría.

EL BOMBERO MAYOR.—(*Moviendo la cabeza*). ¡Dios nos proteja!… ¡Corre el viento y hay una gran sequía!… (*Hace un gesto de desaliento*). ¡Dios nos proteja!… ¡Qué preocupación producen estos siniestros!… (*Se pasa la mano por la cara*). Mira, Denis… Di, hermano, que enganchen y que vayan, que yo iré en seguida…, un poco después… Tengo que vestirme y que hacer alguna que otra cosa…

EL CENTINELA DE ABAJO.—No hay nadie que pueda ir, señoría… Han salido todos. Sólo está en casa Andrés.

EL BOMBERO MAYOR.—(*Asustado*). ¿Pues dónde están… los muy canallas?

EL CENTINELA DE ABAJO.—Makar se fue a casa del diácono a llevarle unos zapatos a los que había encargado poner medias suelas. Mijailo…, su señoría recordará que le mandó a buscar avena… Egor se marchó con los caballos a llevar hasta el río a la cuñada del vigilante, y Nikita está bebido.

EL BOMBERO MAYOR.—¿Y Aleksei?

EL CENTINELA DE ABAJO.—Aleksei fue a pescar los cangrejos que le ordenó para la comida de sus invitados.

EL BOMBERO MAYOR.—(*Moviendo la cabeza*). ¿Cómo va uno a trabajar con gente semejante?… ¡Si lo vieran los extranjeros, sus periódicos nos pondrían como un trapo! ¡Allí…, por ejemplo, en París…, el equipo de bomberos pasa constantemente al galope por las calles, aplastando a la gente!… ¡Haya fuego o no lo haya, has de ir galopando! ¡Aquí, en cambio, arde la serrería…, existe un peligro… y no se encuentra a nadie en casa!… ¡Como si a todos se los hubiera tragado la tierra!… ¡Sí, ciertamente! ¡Todavía estamos lejos de Europa!… (*Vuelve el rostro hacia el interior de la habitación y dice tiernamente*). ¡Mascheñka… prepárame el uniforme!

EXAMEN DE ASCENSO

AL profesor de geografía, Galkin, le tengo en contra…, y créame…, me suspenderá hoy —decía, frotándose las manos nerviosamente y sudando, el empleado de la sucursal X*** de Correos, Efim Zajarich Fendrikov, hombre canoso y barbudo, de respetable calva y sólido vientre—. Me suspenderá… Seguro… Le tengo en contra por algunas pequeñeces… Figúrese que un día me viene con una carta certificada, pretendiendo, delante de todo el mundo, que la tomara antes que las de los demás… ¡Y eso no podía ser!… ¡Aunque se sea de clase instruida, hay que saber respetar el orden y esperar! Yo le hice correctamente una observación… «Espere usted en la cola, caballero», le dije… Pero él se molestó, y desde entonces le tengo en contra, como Saulo… A mi hijito Egoruschka le pone siempre malas notas; y a mí sé que va llamándome por la ciudad de muchas maneras… Pasaba yo una vez por delante de la taberna de Kujtin, y él, que estaba borracho, se asomó a la ventana con un taco de billar en la mano y se puso a gritar de un modo que se le oía por toda la plaza: «¡Miren, señores! ¡Por ahí va un sello usado!».

El profesor de lengua rusa, Pivomedov, que se encontraba con Fendrikov en la antesala de la Escuela Regional X***, fumando un cigarrillo con aire condescendiente, se encogió de hombros y le tranquilizó:

—No se preocupe… Nunca se ha dado el caso de que a ustedes se les suspenda… ¡Todo es pura fórmula!

Fendrikov se quedó muy calmado, pero no por mucho tiempo. Galkin, un joven con barbita delgada y mal recortada, vestido con unos pantalones de hilo y un frac azul, cruzó en aquel momento la antesala. Miró severamente a Fendrikov y prosiguió su camino.

Corrió la voz:

—¡Que viene el inspector!

Fendrikov se quedó frío, esperando, con ese terror tan conocido de los que se sientan en el banquillo de los acusados o de los que se presentan a examen por primera vez. Corriendo hacia la calle, pasó por la antesala Jamov, el

vigilante de plantilla de la Escuela Regional. Tras él se apresuraba también a salir al encuentro del inspector el profesor de religión, Zmiejalov, con el bonete puesto y la cruz colgando sobre el pecho. En la misma dirección corrieron los demás profesores. El inspector de escuelas rurales, Ajajov, saludó con voz sonora, expresó su descontento por el polvo del camino y penetró en la escuela. Al cabo de cinco minutos empezaron los exámenes. Examinóse a dos hijos del *pope* para maestros de aldea. Uno de ellos fue aprobado y el otro no. El que había sido suspendido se sonó las narices con un pañuelo de color rojo, permaneció unos instantes en pie, meditó un poco y se marchó. Examinóse luego de tercer grado a dos voluntarios del ejército. Después de esto le llegó el turno a Fendrikov.

—¿Dónde presta usted servicio? —dijo el inspector, dirigiéndose a él.

—Soy colector de la sucursal de Correos de esta zona, señoría —dijo, cuadrándose y esforzándose en ocultar al público su temor—. Tengo veintiún años de servicio…, señoría…, y ahora exigen que me examine para el ascenso a registrador colegiado…[14], por lo que me atrevo a presentarme a esta prueba…, con el fin de obtener el grado primero…

—Bien. Escriba al dictado.

Pivomedov se levantó, tosió y empezó a dictar en voz baja y a la vez profunda y chillona, tratando de coger en falta al que se examinaba, sobre todo en esas palabras que se escriben de modo distinto a como se pronuncian. El dictado, sin embargo, a pesar de los esfuerzos del vivo y astuto Pivomedov, salió bien. El futuro registrador colegiado había hecho pocas faltas, aunque atendiera más a la belleza de la letra que a la gramática. Escribió la palabra *chresvichaino*[15] con dos enes; en lugar de *luchsche*[16], puso *lutsche*, y al escribir *novoe podprische* en vez de *novoe poprische* hizo asomar una sonrisa al rostro del inspector. Después de todo, aquéllas no eran faltas de importancia…

—El dictado ha resultado satisfactorio —dijo el inspector.

—Me atrevo a poner en conocimiento de su señoría —dijo Fendrikov más animado y mirando de reojo a su enemigo Galkin—, me atrevo a comunicarle que la geometría la estudié por el libro de Davidov, y que, además, la estudié con mi sobrino Varsonofii, que vino del seminario Troitze Sergievski a pasar aquí las vacaciones. También estudié planimetría y estereometría…

—No se pide estereometría en el programa.

—¿No se pide?… ¡Y yo que me pasé un mes estudiándola!… ¡Lástima de tiempo! —suspiró Fendrikov.

—Bien, dejemos ahora la geometría y vayamos hacia aquella ciencia por la que usted, como funcionario de Correos, sentirá afición: la geografía. La ciencia de los carteros.

Todos los profesores sonrieron respetuosamente, aunque Fendrikov no estaba conforme en eso de que la geografía fuera la ciencia de los carteros. Sobre esto no decían nada ni el reglamento de Correos ni las disposiciones oficiales. Sin embargo, por un sentimiento de propia estimación, contestó:

—Desde luego…, señoría…

Tosió nerviosamente y, presa de espanto, permaneció en espera de las preguntas. Su enemigo Galkin se recostó en el respaldo de la silla y, sin mirarle, le preguntó, alargando las palabras:

—¿Dígame?… ¿Qué forma de gobierno es la de Turquía?

—¡Hum!… ¿La de Turquía?… Pues turca…

—Turca, ¡hum!… Eso es un poco vago… La forma de gobierno allí es constitucional. Y dígame…, ¿qué afluentes tiene el río Ganges?

—Yo estudié geografía… por el libro de Smirnov…, y perdóneme que no la estudiara muy a fondo… ¿El Ganges? ¿El río ese que pasa por la India?… Ese río fluye hacia el Océano…

—Yo no le pregunto eso. Le pregunto los afluentes que tiene el Ganges. ¿No lo sabe?… ¿Y el Araks? ¿Por dónde pasa?… ¿Tampoco sabe eso?… Es extraño… ¿A qué provincia pertenece Jitomir?

—Tracción dieciocho, lugar ciento veintiuno.

De la frente de Fendrikov brotó un sudor frío; movió los ojos y, al tragar saliva, hizo tal movimiento que parecía estarse tragando su propia lengua.

— ¡Como si estuviera delante de Dios!… ¡El mismo padre arcipreste puede confirmarlo!… ¡Llevo veintiún años en el servicio, y esto ahora…! ¡Toda mi vida pediré a Dios!…

—Bien. Dejemos la geografía. ¿Qué ha preparado usted de aritmética?…

—De aritmética… El mismo padre arcipreste puede confirmarlo… ¡Toda mi vida pediré a Dios!… Llevo estudiando…, estudiando… desde la misma fiesta de la Asunción… con poco resultado… ¡Ya me he hecho viejo para los trabajos de mollera!… ¡Si fuera usted tan generoso, señoría…, eternamente pediré a Dios!…

De las pestañas de Fendrikov colgaban unas lágrimas.

—He prestado servicio honradamente… de modo irreprochable… Confieso y comulgo todos los años… El mismo padre arcipreste puede confirmarlo… ¡Sea usted generoso!… Señoría…

—¿Entonces no trae usted nada preparado?

—Prepararlo, lo he preparado todo…, pero no me acuerdo ya de nada. Voy a cumplir pronto los sesenta, señoría… ¿Cómo voy a correr ya detrás de la ciencia?… ¡Hágame la merced!…

—Ya se ha encargado la gorra con la escarapela —dijo Zmiejalov, el arcipreste, sonriendo.

—Bien, retírese —dijo el inspector.

Media hora después, radiante, se dirigía Fendrikov, en compañía de los profesores, a la taberna de Kujtin para tomar el té. Su rostro resplandecía y sus ojos lanzaban destellos de gozo. A cada momento, sin embargo, se rascaba la nuca, como aquel a quien martiriza una idea.

—¡Qué lástima! —mascullaba—. ¡Qué tontería la mía!…

—¿Pero cuál es la tontería? —preguntó Pivomedov.

—¡Haberme metido a estudiar estereometría cuando no la pedían en el programa!… ¡Un mes entero trabajando!… ¡Qué lástima!

ESPÍRITUS EN EBULLICIÓN

(DE LOS ANALES DE UNA CIUDAD)

LA tierra era semejante a un infierno. El sol de las primeras horas de la tarde ardía con tal afán que hasta el Reamur que pendía de la pared del despacho de un funcionario del Estado se desorientó. Marcó los 35’8 y se detuvo indeciso. Chorreaba el sudor a los habitantes de la ciudad, como después de una larga carrera chorrea a los caballos, secándose solo allí donde caía, pues la pereza impedía enjugarlo.

Por la gran plaza del mercado, en la que las ventanas y persianas de las casas que la circundaban permanecían herméticamente cerradas, iban dos ciudadanos: el cajero Pocheschijin y el procurador y a la vez corresponsal del *Hijo de la Patria*, Optimov. Ambos, a causa del calor, caminaban silenciosos. A Optimov le hubiera gustado expresar sus censuras contra el Ayuntamiento, por el polvo y la suciedad del mercado, pero conociendo el carácter pacífico de su acompañante, guardaba silencio.

Al llegar al centro de la plaza del mercado, Pocheschijin se detuvo de pronto y se puso a mirar al cielo.

—¿Qué es lo que mira, Evil Serapionich?…

—Ha pasado una bandada de chorlitos y estoy viendo en dónde se van a posar. ¡Forman como una nube!… ¿Y si uno…, supongamos…, disparara la escopeta y fuera a recoger los que hubieran caído…? ¡Se han posado en el jardín del arcipreste!

—No…, Evil Serapionich. No se han posado en el jardín del arcipreste, sino en el del diácono Vratoadov. Disparando desde aquí no se alcanzaría a ninguno. Los perdigones son muy menudos y pierden la fuerza antes de llegar a la meta. Además…, ¡usted mismo lo tiene que comprender!…, ¿para qué matarlos?… Desde luego el pájaro es perjudicial para la fruta, pero ello no impide que sea una criatura de Dios. Por ejemplo, el chorlito… El chorlito canta…, pero ¿para qué canta?… Su canto es un canto de alabanza. Con su

aliento alaba a Nuestro Señor. ¿A ver?… No. Me parece que es en casa del arcipreste donde se han posado.

En aquel momento tres viejas peregrinas, con sus hatillos a la espalda y silenciosas, pasaron ante ellos. Miraron con aire de interrogación a Pocheschijin y a Optimov, cuyos ojos no se sabía por qué permanecían fijos en la casa del arcipreste, y prosiguieron su camino, pero más lentamente. Avanzaron unos pasos y, volviéndose otra vez a mirar a los amigos, se pusieron también a contemplar la casa del arcipreste.

—Sí. Tenía usted razón. Es en casa del arcipreste donde se han posado. Tiene ya las guindas maduras y vienen a picotearlas.

Por la puerta de la verja del arcipreste salió el propio arcipreste, Vosmistischiev, en compañía del sacristán, Evstignei, que al ver la atención dirigida hacia aquel lado y sin comprender qué era lo que veía la gente, se paró y en unión del sacristán, se puso también a mirar hacia arriba, tratando de descubrir lo que pasaba.

—Ahí está el padre Paisii que va al oficio —dijo Pocheschijin—. ¡Dios le bendiga!…

Por el espacio que separaba a los dos amigos y al arcipreste, pasaron los obreros de la fábrica del comerciante Purov, que volvían de bañarse en el río. Al ver al padre Paisii con la atención fija en el alto del cielo y a las peregrinas paradas e inmóviles mirando también hacia arriba, se detuvieron igualmente e hicieron lo mismo. Su ejemplo fue seguido por el muchacho que servía de lazarillo al mendigo ciego y por el campesino cargado con un tonel de arenques podridos que llevaba a tirar a la plaza.

—Debe ocurrir algo… —dijo Pocheschijin—. ¿Habrá fuego? Pero no…, no se ve humo. ¡Oye. Kuzma! —preguntó a un campesino que acababa de quedarse parado—. ¿Qué pasa?

El campesino contestó algo; pero ni Pocheschijin ni Optimov pudieron oír la respuesta. En las puertas de todas las tiendas aparecieron adormilados dependientes. Los albañiles que revocaban la fachada del almacén del comerciante Fertikulin, bajaron de sus escaleras y se unieron a los obreros de la fábrica. El bombero que con los pies descalzos daba vueltas alrededor de su torre, se detuvo, miró a su vez y bajó. La torre quedó huérfana, despertando una sospecha general.

—¿Habrá fuego en alguna parte?…

—¡No me empujes, diablo!…

—¿Dónde ve usted el fuego?…

—¿Qué fuego?…

—¡Señores!… ¡Se lo ruego por las buenas!… ¡Tengan la bondad de circular!…

—¡Debe estar ardiendo por dentro!…

—¡Mira ése!… ¡Te dice que por las buenas y te empuja!… ¡No me toque!… ¡Aunque sea usted el que manda, no tiene por qué usar las manos con esa libertad!…

—¡Ay!… ¡Me han pisado un callo! ¡Ojalá te aplasten a ti!

—¿A quién han aplastado?… ¡Muchachos!… ¡Han aplastado a un hombre!

—¿Pero a qué se debe este gentío? ¿Qué es lo que pasa?

—¡Que han aplastado a un hombre! ¡Han aplastado a un hombre, señoría!

—¿Dónde?

—¡Circulen, señores! ¡Se lo pido por favor!

—¡Empuja al pueblo, si quieres…, pero a los nobles no tienes derecho a empujarnos! ¡No me toques!

—¿Son acaso personas? ¿Crees que se puede convencer a estos diablos con buenas palabras?… ¡Sidorov! ¡Corre a buscar a Akim Danilich!… ¡De prisa!… ¡Señores, el mal será para ustedes! ¡Va a venir Akim Danilich y a ustedes les tocará pagar!… ¡Ah!… ¿Estás tú también aquí, Parfen?… ¡Y eso que eres ciego y un santo anciano!… ¡A quien se le diga! ¡No ve nada y se mete entre la gente sin obedecer las órdenes!… ¡Smirnov! ¡Apunta a Parfen!

—A sus órdenes. ¿Manda usted que apunte también a los de Purov? ¡Ése que lleva el carrillo hinchado es también uno de los de Purov!

—¡No! ¡No apuntes, por ahora, a los de Purov! ¡Mañana es su santo!

Los chorlitos, como una nube oscura, se alzaron sobre el jardín del arcipreste, pero ni Pocheschijiri ni Optimov les vieron ya. Quietos y con la vista en lo alto se esforzaban por comprender por qué se había formado aquel gentío y qué era lo que miraba. Apareció Akim Danilich. Masticando algo y limpiándose la boca, se lanzó como una tromba contra la muchedumbre, gritando:

— ¡Listos, bomberos!

—¡Circulen!… ¡Circule, señor Optimov, circule!… ¡Si no lo hace le costará caro! ¡En lugar de criticar en los periódicos a la gente decente, valdría más que usted mismo tratara de portarse como es debido! ¡Nada bueno saldrá de los periódicos!…

—¡Le ruego que deje en paz a la Prensa! —montó en cólera Optimov—. ¡Soy literato y no permito que se ataque a la Prensa, aunque como ciudadano le considere como un padre y un bienhechor!

— ¡Bomberos! ¡Soltad el agua!

—¡No hay agua, señoría!

— ¡Callad e id a buscar el agua!

—¡No hay manera de ir, señoría! ¡El mayor se fue a despedir a su señora tía, llevándose los caballos de los bomberos!

— ¡Circulen! ¡Atrás! ¡Al diablo contigo!… ¡Apunta a ése!…

—¡He perdido el lápiz, señoría!

El gentío aumentaba…, aumentaba cada vez más: Dios sabe las proporciones que habría alcanzado si en la taberna de Greschkin no se hubiera empezado a probar un órgano nuevo traído en uno de aquellos días de Moscú. Al escuchar los acordes de *El guardaagujas*, la mansedumbre se abalanzó como un alud hacia la taberna. Así, pues, mientras Optimov y Pocheschijin se olvidaban de los chorlitos, verdaderos culpables del suceso, nadie llegó a saber nunca cuál había sido la causa de aquel alboroto.

Una hora después, la ciudad había recobrado su quietud, viéndose tan sólo en ella al bombero dando vueltas en su torre…

Por la noche de aquel mismo día, Akim Danilich se encontraba sentado en la tienda de coloniales de Fertikulin, bebiendo limonada gaseosa con coñac y escribiendo lo siguiente:

«Como complemento a la referencia oficial, me atrevo a añadir, señoría, cierta aclaración por mi propia cuenta. ¡Padre y bienhechor! ¡Sólo merced a las oraciones de su virtuosa esposa, residente en la *dacha*[17] próxima a nuestra ciudad, el asunto no alcanzó su último límite! ¡Lo que sufrí en ese día, no puede ser descrito! La actividad desplegada por Kruschenki y por el bombero mayor, Portupeev, no encuentra denominación adecuada. ¡Me siento orgulloso de estos dignos servidores de la patria! Todo cuanto está en la mano de un hombre débil, sin más ambición que el bien de su prójimo, fue hecho por mí. Ahora me encuentro en el seno de mi familia, dando gracias con lágrimas en los ojos a Aquél que no permitió llegara a derramarse sangre. Los culpables continúan sentados en el encierro, pero por falta de pruebas pienso ponerles en libertad dentro de una semana. Fue por ignorancia por lo que conculcaron un mandato».

EL FELIZ MORTAL

De la estación de Bologoe, situada en la línea del ferrocarril de Nikolaevski, sale un tren de viajeros. En un vagón de fumadores de segunda clase, y envueltas en el crepúsculo, dormitan unas cinco personas. Acaban de cenar, y ahora, recostándose en el diván, se disponen a dormir. Reina el silencio. De pronto se abre la puerta y una alta y envarada figura, tocada con un sombrero rojizo y envuelta en un abrigo de esa particular elegancia que caracteriza a los corresponsales de opereta y a los de Julio Verne, penetra en el vagón.

La figura se detiene en medio del vagón, lanza varios resoplidos y durante largo rato parece buscar con la mirada algo en los divanes.

—¡No!… ¡Tampoco es éste!… —masculla—. ¡El diablo sabe cuál será! ¡Sencillamente abominable! ¡No! ¡No es éste tampoco!

Uno de los viajeros le mira fijamente y deja escapar un grito de alegría.

—¡Iván Alekseevich!… ¿Es posible que sea usted? ¿Qué hace por aquí?…

El envarado Iván Alekseevich se estremece, fija una mirada vaga en el viajero y, al reconocerle, lanza a su vez una exclamación de contento:

— ¡Hum!… ¡Piotr Petrovich!… ¡Cuánto tiempo hace que no nos hemos visto!… ¡Y yo sin saber que usted iba en el mismo tren!… ¿Qué hay?… ¿Cómo le va?…

—Bastante bien, gracias. Sólo que he perdido mi vagón y no doy con la manera de encontrarlo. ¡Idiota de mí! ¡Merecería un palo! —el envarado Iván Alekeseevich se tambalea y deja oír una risita—. ¡Qué casos ocurren en la vida! —prosigue—. Imagínese que después del segundo toque me bajé del tren a beber un coñac. Me lo bebí, desde luego… pero como faltaba mucho para la estación siguiente, pensé que no estaría de más beberme otra copa. Mientras lo pensaba y la bebía, sonó la tercera campanada… Echo a correr como un loco y me subo de un salto al vagón que tenía delante. ¿No es verdad que estoy idiota? ¿No es verdad que estoy tonto?…

—Lo que se ve es que está usted un poco alegre. Siéntese y charlaremos.

—No, no… Tengo que ir a buscar mi vagón… Adiós.

—¡Cuidado! ¡No vaya a caerse de la plataforma en la oscuridad! Más vale que se siente. Ya encontrará su vagón cuando lleguemos a la estación próxima. Siéntese ahora.

Iván Alekseevich, indeciso, se sienta frente a Piotr Petrovich. Se le ve nervioso, moviéndose como quien está sobre ascuas.

—¿Adónde va usted? —pregunta Piotr Petrovich.

—¿Yo?… Creo que al espacio. Tengo tal barullo en la cabeza, que yo mismo no sé adónde voy. El Destino me conduce y le sigo… ¡Ja, ja!…, amigo mío… ¿Ha visto usted alguna vez un tonto feliz?… ¿No? ¡Pues míreme! ¡Aquí le tiene! ¡Delante de usted tiene al más feliz de los mortales! ¡Así es! ¿No se me nota nada en la cara?

—Desde luego… Se ve que está usted un poco…

—Con seguridad tendré una terrible cara de tonto… ¡Ay!… ¡Qué lástima no tener un espejo para verme!… ¡Amiguito!… ¡Me estoy entonteciendo por momentos! ¡Palabra de honor! ¡Ja, ja!… ¡Figúrese que estoy en mi viaje de novios!… ¿No me ve usted más hueco que un pavo? ¿A que sí?…

—¿Usted?… ¿Que se ha casado usted?…

—Hoy mismo, querido. Me casé y me vine directamente al tren.

Las enhorabuenas y las preguntas de rigor se suceden.

—¡Vaya! ¡Vaya! —ríe Piotr Petrovich—. ¡Por eso va usted hecho un petimetre!

—¡Naturalmente! Y para que la ilusión fuera más completa hasta me perfumé. ¡Estoy hundido en vanidad basta el cuello!… Eché fuera las preocupaciones… las cavilaciones…, y sólo me queda un sentimiento de… ¡El diablo sabe cómo habrá que llamarlo!… ¿Euforia del alma, quizás…? Desde que nací no me había sentido nunca tan magníficamente —Iván Alekseevich cierra los ojos y mueve la cabeza—, ¡figúreselo por sí mismo!… Me iré ahora a mi vagón… ¡Allí, en el diván, junto a la ventanilla, estará sentada una criatura que es para mí todo fidelidad!… Rubita…, con una naricilla… y unos deditos… ¡Almita mía! ¡Ángel mío! ¡Gorrioncito mío! ¡Filoxera de mi alma!… ¡Pues y su piececito!… ¡Dios mío! ¡Su piececito no es como, por ejemplo, los nuestros!… ¡Es una miniatura! ¡Hechicero, simbólico!… ¡Siente uno ganas de cogerlo y de comérselo!… Pero bueno… ¡Usted no sabe nada de esto porque es un materialista y le da por analizarlo todo!… Que si esto… y que si lo otro… ¡Ustedes, los solteros, tienen un corazón seco y nada más!… ¡Pero ya verá cuánto se acordará de mí cuando se case!… «¿Dónde estará ahora Iván Alekseevich?», dirá. Lo dirá, sí… Yo,

ahora me iré a mi vagón, en el que, saboreando por anticipado mi aparición, me esperan con impaciencia… Una sonrisa me saldrá al encuentro. Me sentaré junto a ella, y le cogeré la barbilla así, con dos dedos —Iván Alekseevich sacude la cabeza y ríe con risa dichosa—. Después reclinaré mi cabeza en su hombro y le rodearé el talle con el brazo. Alrededor hay silencio y una poética media luz. En momento así, abrazaría uno a todo el mundo… ¡Permítame que le abrace, Piotr Petrovich!

—¡Hágalo, por favor!

Ante la risa benévola de los viajeros, los amigos se abrazan y el feliz recién casado prosigue:

—Y para más idiotez… o, como dicen en las novelas, para que sea mayor la ilusión…, se va uno al *buffet* y se bebe dos o tres copitas. ¡Entonces, por la cabeza y por el pecho, le pasa a uno algo que ni en un cuento se podría describir!… Entonces, aunque soy un hombre modesto… insignificante…, ¡me parece sentirme sin fronteras!… ¡Capaz de abarcar el mundo entero!…

Los viajeros contemplan al borrachito y feliz recién casado y, contagiados de su alegría, sienten desvanecerse su sopor. Junto a Iván Alekseevich hay ahora cinco oyentes en vez de uno. Él continúa agitándose como si estuviera sentado sobre alfileres, mueve las manos y charla sin parar. Ríe y hace reír a todos.

—¡Lo importante, señores, es no pensar! ¡Al diablo todos los análisis! ¿Que uno tiene gana de beber? ¡Que beba sin meterse a filosofar en si es malo o no lo es! ¡Al diablo todas las filosofías y todas las psicologías!

En ese momento pasa por el vagón el revisor.

—¡Amigo mío! —se dirige a él el recién casado—, cuando llegue al vagón doscientos nueve, busque a una dama que lleva un sombrero gris con un pájaro blanco y dígale que estoy aquí.

—A sus órdenes. Sólo que este tren no lleva ningún vagón doscientos nueve. Lleva el doscientos diecinueve.

—Bueno pues doscientos diecinueve… ¡Es lo mismo! Así que dígale esto: que su marido está sano y salvo.

De repente Iván Alekseevich se agarra la cabeza con las manos y gime:

—¿Yo un marido?… ¿Ella una señora?… ¿De cuándo acá?… ¡Marido yo! ¡Ja, ja!… ¡Habría que darte azotes y eres ya un marido!… ¡Qué idiota!… ¿Pues y ella?… ¡Ayer era todavía una niña…, un gusanito!… ¡No lo puede uno creer!

—¡Qué extraño es hoy en día encontrar un hombre feliz! ¡Es más fácil ver un elefante blanco! —dice uno de los viajeros.

—¿Y quién tiene la culpa? —dice Iván Alekseevich, extendiendo sus largos pies, calzados de puntiagudos zapatos—. Si ustedes no son felices…, ustedes tienen la culpa… ¡Ni más ni menos! ¿Qué se figuraban?… El hombre es el creador de su propia felicidad. Si quiere usted ser feliz…, lo será, pero si no lo quiere usted y con astucia evita la felicidad…

—¡Qué ocurrencia! ¿Y cómo eso?

—Muy sencillamente. La Naturaleza ha dispuesto que el hombre, al llegar a cierto período de su vida… ame. Pues bien…, si te llega ese periodo…, ¡ama!… ¡Pero ustedes no escuchan a la Naturaleza!… ¡Se pasan el tiempo esperando siempre algo!… Además, la ley dice que todo individuo normal debe casarse. Fuera del matrimonio no hay felicidad… ¿Te ha llegado el tiempo oportuno?… ¡Pues cásate sin pensarlo más! ¡Pero como ustedes no se casan y se pasan la vida esperando algo!… Además, las Escrituras dicen: «El vino alegra el corazón del hombre…». Por tanto, si te encuentras bien, pero quieres encontrarte todavía mejor… vete al *buffet* y bebe. ¡Lo importante es no cavilar y vivir! ¡Eso es lo mejor!

—Usted dice que el hombre es el creador de su propia felicidad; pero ¿cómo diablos va a crearla si basta con que le dé un dolor de muelas o con que le toque en suerte una suegra atravesada para que se le vuele la felicidad? ¡Todo depende de la casualidad!… Si a usted ahora le ocurriera una catástrofe, cantaría otro cantar…

—¡Qué tontería! —protesta el recién casado—. Las catástrofes no ocurren más que una vez al año. En cuanto a la casualidad…, tampoco le tengo miedo, porque no hay motivo para que sobrevenga. ¡Las casualidades son muy poco frecuentes! ¡Al diablo con ellas! ¡No quiero ni siquiera nombrarlas…! ¡Bien!… Me parece que estamos llegando a un apeadero.

—¿Y adónde va usted ahora? —preguntó Piotr Petrovlch—. ¿A Moscú o algún otro sitio más hacia el Sur?

—¡Qué cosas tiene usted!… ¿Cómo yendo al Norte voy a pararme en un sitio del Sur?

—Pero Moscú no está en el Norte.

—Ya lo sé. Pero donde vamos ahora es a Petersburgo —dice Iván Alekseevich.

—¡Por Dios!… ¡Si la dirección que llevamos es la de Moscú!

—¿Cómo que la de Moscú? —se asombra el recién casado.

—¡Qué raro!… ¿Para dónde tiene usted el billete?

—Para Petersburgo.

—En ese caso le felicito. Se ha metido usted en otro tren.

Se hace un silencio que dura medio minuto. El recién casado pasea su mirada vacía por los rostros de los presentes.

—¡Claro, claro! —explica Piotr Petrovich—. Lo que ha pasado es que como en Bologoe subió usted de un salto… después de beberse el coñac… tomó un tren que iba en dirección contraria.

Iván Alekseevich palidece, se lleva las manos a la cabeza y empieza a recorrer el vagón a grandes pasos.

—¡Soy un idiota! —se indigna contra sí mismo—. ¡Soy un canalla!… ¡Que me lleve el diablo!… ¿Y qué voy a hacer yo ahora?… ¡En el otro tren va mi mujer!… ¡Está sola, esperándome! ¡Se inquietará!… ¡Soy un estúpido!

El recién casado se desploma sobre el diván, contrayéndose convulsivamente.

—¡Soy un desdichado! —gime—. ¿Qué voy a hacer?… ¿Qué?…

—¡Vaya, vaya!… —le consuelan los viajeros—. ¡Qué tontería!… Telegrafíe a su mujer e intente tomar un rápido. Así la alcanzará.

—¡Un rápido! —llora el recién casado, «el creador de su propia felicidad»—. ¿Y de dónde voy a sacar el dinero para el rápido? ¡Todo el dinero lo lleva mi mujer!

Los viajeros, risueños, cambian unas palabras en voz baja, hacen una colecta y proveen de dinero al feliz mortal.

BORRACHERA TENAZ

A la ciudad de X***, y apeándose de un departamento de primera clase, llegaba a dar las funciones para las que había sido contratado el conocido cómico Feniksov Dikobrasov (segundo).

Todos cuantos habían acudido a recibirle a la estación sabían muy bien que su billete de primera clase sólo había sido adquirido, con el fin de darse tono, en la penúltima estación, y que hasta entonces la celebridad viajó en tercera. Vieron también que, a pesar del tiempo frío de otoño, la celebridad no llevaba más que un *macferland* de verano y que iba solamente tocado de un gorrito de nutria. Sin embargo, cuando el adormilado rostro de Dikobrasov (segundo) asomó por la ventanilla del vagón, todos experimentaron cierta emoción y el deseo de conocerle. El empresario Pochechuev, siguiendo la costumbre rusa, le besó tres veces y le acompañó a su casa.

La celebridad tenía que presentarse a escena dos días después de su llegada, pero el Destino dispuso otra cosa. La víspera del espectáculo, el empresario, pálido y despeinado, llegó corriendo a la toquilla del teatro para comunicar que Dikobrasov (segundo) no podría actuar.

—¡Le es imposible! —anunció Pochechuev, tirándose del pelo—. ¿Qué les parece?… ¡Un mes!… ¡Un mes entero anunciando con grandes letras que venía Dikobrasov…, vanagloriándose de ello…, cobrando el dinero de los abonos…, y ahora, de buenas a primeras, esta canallada!… ¿Eh?… ¿Qué les parece?… ¡La horca es poco!

—Pero ¿qué es lo que ocurre? ¿En qué consiste la dificultad?

—¡Pues en que el muy maldito se ha puesto a beber!

—Y ¿qué importancia tiene eso?… ¡Dormirá la borrachera y ya se le pasará!

—¡Dormirse!… ¡Antes se morirá ése que dormirse!… ¡Le conozco desde Moscú!… ¡Cuando empieza a echarse *vodka* al cuerpo, sigue echándosela durante dos meses sin interrupción!… ¡Es un *zapoi*[18] el suyo!… Sí… ¡No cabe duda de que es mi destino!… ¿Y por qué soy tan desgraciado? ¿Por qué he nacido tan infeliz? ¿Por qué?… ¿Por qué durante toda mi vida ha de

cernirse sobre mi cabeza la maldición del Cielo?… —Pochechuev era trágico por profesión y por naturaleza; las expresiones fuertes y los golpes de pecho le iban muy bien—. ¡Oh, cuán villano, cuán despreciable no seré, que con sumisión de esclavo ofrezco mi cabeza a los golpes del Destino! ¿No sería más noble poner fin de una vez a este vergonzoso papel de mentecato sobre el que vienen a recaer todos los palos y descerrajarme un tiro?… ¿Qué espero? ¡Dios mío! ¿Qué espero yo?…

Pochechuev ocultó el rostro entre las palmas de las manos y se volvió hacia la ventana. En el recinto de la taquilla se hallaban presentes, además del cajero, muchos actores y aficionados, por lo que, discutiendo el asunto, no faltaron consejos ni palabras de consuelo. Éstos, sin embargo, tenían solamente carácter filosófico y predictor. «¡Todo es vanidad!». «¡Mándele a paseo!». «¡Puede que todavía se arregle!…». Nadie fue más allá de esto. Tan sólo el cajero, hombre gordito e hidrópico, enfocó el asunto desde un punto de vista más práctico.

—Usted, Prokl Lvovich, lo que tiene que hacer es intentar curarlo.

—¡Esa borrachera pertinaz no la cura ni el diablo!

—No lo diga usted tan pronto. Nuestro peluquero la cura perfectamente. Toda la ciudad acude a él.

Pochechuev recibió con regocijo la idea. Era una tabla de salvación a la que agarrarse, y al cabo de unos minutos, el peluquero del teatro, Fedor Grebeschkov, se encontraba ante él.

Imaginen una figura alta y huesuda, de ojos muy hundidos, larga y escasa barba y manos de color marrón; añadan una extraordinaria semejanza con un esqueleto humano al que se hiciera andar sobre resortes; vistan a esta figura con unas prendas negras, bastante usadas y obtendrán el retrato de Grebeschkov.

—¡Hola, Fedia! —dijo Pochechuev—. He oído, amigo, que sabes curar la borrachera, ¡hazme el siguiente favor! ¡Encárgate de curar a Dikobrasov! Con seguridad ya te has enterado… ¡Se ha puesto a beber!

— ¡Vaya por Dios! —dijo Grebeschkov tristemente, con voz de bajo—. Suelo asistir, en efecto, a cómicos de menos importancia…, a comerciantes y a funcionarlos… ¡Pero en este caso se trata de una celebridad conocida en toda Rusia!

—Bueno, ¿y qué más da?

—Que para curarle ese *zapoi* es menester provocar un cambio en todos los órganos y en todas las articulaciones de su cuerpo. Ese cambio yo se lo provocaría…, llegaría a curarse… Pero ¿qué pasará luego?… «¿cómo te has

atrevido, perro —me dirá— a tocarme siquiera la cara?». ¡Ya sabemos lo que son estas celebridades!

—¡No, amigo, no! «El que algo quiere…, algo le cuesta…». Conque ponte el sombrero y vámonos.

Un cuarto de hora después Grebeschkov entraba en la habitación de Dikobrasov. La celebridad estaba tumbada en la cama, mirando con expresión maligna a la lámpara que colgaba del techo. La lámpara no hacía más que eso, colgar plácidamente; pero Dikobrasov no apartaba los ojos de ella y mascullaba:

—¡Ya veremos si te atreves a dar más vueltas! ¡Ya te enseñaré yo, maldita, a dar vueltas! ¡He roto una jarra y te voy a romper a ti!… ¡Ahora veras!… ¡Ah!… ¿Conque el tecno da vueltas también?… ¿De modo que es una conspiración?… ¡La más pequeña de todas…, canalla…, y la que da más vueltas!… ¡Espera! ¡Ahora verás!

El cómico se levantó y, arrastrando consigo las sábanas y haciendo caer los vasos que había sobre la mesilla, se dirigió tambaleándose hacia la lámpara, pero a mitad de camino tropezó con algo alto y huesudo…

—¿Qué es esto? —rugió, paseando alrededor suyo los extraviados ojos—. ¿Quién eres? ¿De dónde vienes? ¡Di!…

—¡Ya te haré yo ver quién soy! ¡Largo!… ¡A la cama!

Y sin esperar a que el cómico llegara a la cama, Grebeschov le asestó un puñetazo en la nuca con tal fuerza que le hizo caer rodando sobre aquélla. Hasta entonces, seguramente, nadie había pegado al cómico, por lo que éste, a pesar de su fuerte embriaguez, miró a Grebeschkov con asombro y hasta con curiosidad.

—¿Tú?… ¿Me has pegado tú?… ¡Espera!… ¿Me has pegado?

—Te he pegado. ¿Quieres que te pegue más?… —y el peluquero asestó a Dikobrasov un seguido golpe en los dientes.

Fuera debido el efecto a la fuerza de los golpes o a la novedad de la sensación, el caso es que la expresión de extravío se desvaneció en los ojos del cómico y que por ellos pasó un destello de juicio. Saltó de la cama y, no tanto por furia como por curiosidad, se puso a examinar detenidamente el pálido rostro y la sucia levita de Grebeschkov.

—¡Tú!… ¿Pegarme tú?… ¿Te atreves?…

—¡A callar! —y un nuevo golpe en la cara sucedió a los anteriores.

El aturdido cómico intentó defenderse, pero Grebeschkov con una mano le oprimía el pecho, mientras que con la otra seguía golpeándole en el rostro.

—¡Más despacio! ¡Más despacio! —se oyó decir a la voz de Pochechuev desde otra habitación—. ¡Más despacio, Federika!

—¡No es nada, Prokl Lvovich! ¡Él mismo me dará luego las gracias!

—¡Más despacio, de todos modos! —dijo Pochechuev con voz llorosa metiendo la cabeza en la habitación—. ¡Eso para ti no será nada, pero a mí me da frío verlo! ¡Imagínate lo que es pegar en pleno día a un hombre en perfecta posesión de sus derechos! ¡Culto!… ¡Célebre!… ¡Y, además, en su propio piso!… ¡Aj!…

—Yo, Prokl Lvovich, no le estoy pegando a él. Estoy pegando al demonio que tiene metido en el cuerpo. Retírese, haga el favor, y no se preocupe. ¡Estate echado…, demonio! —exclamó Fedor, dirigiéndose al cómico—. ¡No te muevas! ¿Lo oyes?

El espanto se apoderó de Dikobrasov. Comenzaba a antojársele que todo lo que antes daba vueltas y había sido roto por él se lanzaba ahora como por un acuerdo unánime contra su cabeza.

—¡Socorro! —grito—. ¡Salvadme!… ¡Socorro!…

—¡Grita, grita…, buena pieza!… «¡si no fuéramos a sembrar por miedo a los gorriones!…». ¡Y ahora escúchame! ¡Con sólo una palabra que digas o un movimiento que hagas…, te mato! ¡Te mato sin compasión! ¡No tendrás, hermano, quien te defienda! ¡No vendrán en tu auxilio aunque oigan cañonazos!… En cambio, si te estás quieto y te callas…, te daré *vodka*. ¡Mira!

Grebeschov sacó de su bolsillo una botella de *vodka* y la hizo relucir ante los ojos del cómico. El borracho, al ver aquel objeto de sus ansias, se olvidó de los golpes y hasta relinchó de gusto. Grebeschov extrajo del bolsillo de su chaleco un pedacito de jabón sucio y lo hizo entrar en la botella. Cuando el *vodka* comenzó a hacer espuma y a ponerse turbio, comenzó a echar dentro de ella toda clase de porquerías. En la botella iban siendo depositados salitre, amoníaco, alumbre, sal de acederas, fósforo, resina y otras materias fáciles de adquirir en las pequeñas droguerías. El cómico, cuyos ojos parecían próximos a salírsele de las órbitas, los fijaba en Grebeschkov, siguiendo apasionadamente los movimientos de la botella. Por último, el peluquero quemó un pedazo de trapo, echó su ceniza en el *vodka*, lo revolvió todo y se acercó a la cama.

—¡Bébetelo! —dijo, llenando medio vaso—. ¡De un trago!

El cómico exhaló un suspiro de satisfacción semejante al cacareo de un pato, pero inmediatamente sus ojos quedaron fijos, palideció y de su frente brotó el sudor.

—¡Bebe más! —invitó Grebeschkov.

—No. No quiero… Es… espera…

—¡Bebe, te digo! ¡Bebe!… ¡Mira que si no lo haces te mato!

Dikobrasov bebió y cayó gimiendo sobre la almohada. Al cabo de un minuto se levantó y Fedor pudo comprobar la eficacia de sus especias.

—¡Bebe más! ¡Que se te revuelvan todas las entrañas! ¡Eso te sentará bien! ¡Bebe!

Y para el cómico llegó la hora del martirio. Sus entrañas en verdad se revolvían. Daba saltos en la cama, se agitaba en ella y seguía con la mirada los pausados movimientos de su implacable enemigo, que ni por un minuto le dejaba tranquilo y le golpeaba cuando rehusaba las especias. Los golpes alternaban con las especias y las especias con los golpes. Jamás en otro tiempo el pobre cuerpo de Feniksov Dikobrasov (segundo) había sufrido tales ofensas y humillaciones: ¡nunca la celebridad se había encontrado tan débil y desamparada como ahora! Al principio, el cómico gritaba y reñía: después, suplicó, y, por último, al convencerse de que las protestas conducían a los golpes, empezó a llorar. Pochechuev, que escuchaba detrás de la puerta, no pudo resistir más y entró corriendo en la habitación.

—¡Vete al diablo! —exclamó, agitando los brazos—. ¡Preferible es que se pierda el dinero de los abonos a que siga bebiendo vodka! ¡No le martirices más, por favor!… ¡Se va a morir! ¡vete al diablo! ¡Mírale! ¡Está medio muerto! ¡A fe mía que si lo hubiera sabido no se hubiera hecho esto!…

—¡Pero si esto no es nada!… ¡Él mismo me ha de dar las gracias! Ya lo verá usted. ¡Bueno! ¿Qué más quieres? —dijo, volviéndose hacia el cómico —. ¿Quieres cobrar más?

Hasta la noche permaneció Grebeschkov entretenido con el cómico. Quedó rendido, y el otro también. Terminó el asunto la extrema debilidad del cómico, que perdida la facultad de gemir, quedó como petrificado y con una expresión de espanto fija en el semblante. A esta petrificación siguió algo parecido al sueño.

Al día siguiente se despertó el cómico, con gran asombro de Pochechuev, pues ello quería decir que no se había muerto. Al despertarse, miró vagamente a su alrededor, paseó los ojos extraviados por la habitación y empezó a recordar.

—¿Por qué me dolerá todo? —pensó—. ¡Como si me hubiera pasado un tren por encima! Tal vez si bebiera un poco de *vodka*… ¡Eh! ¿Quién hay ahí? ¡Traedme *vodka*!

Tras de la puerta se encontraban en aquel momento Pochechuev y Grebeschkov.

—¡Está pidiendo *vodka*!… ¡Eso quiere decir que no se ha curado! —dijo, espantado, Pochechuev.

—¿Qué se figura usted, padrecito Proki Lvovich?… —dijo, asombrado, el peluquero—. ¿Que se le va a poder curar en un día? ¡Quiera Dios que sea en una semana! ¡No en un día! Cuando se trata de una persona débil, se le puede curar en un día…, pero éste tiene una contextura de comerciante. Habrá que emplear más tiempo en él.

—¿Y por qué no lo dijiste antes?… ¡Diablo! —gimió Pochechuev—. ¡Oh! ¿Por qué he nacido ten desgraciado?… ¿Qué espero del Destino, maldito de mí?… ¿No sería más razonable terminar de una vez y meterme una bala en la frente? —y así, etcétera…, etcétera…

Sin embargo, y a pesar de los colores sombríos con que Pochechuev contemplaba su destino, al cabo de una semana Dikobrasov (segundo) había ya comenzado a actuar en el teatro, no siendo ya necesario devolver el dinero de los abonos. Maquillando al cómico, Grebeschkov tocaba con tal respeto su cabeza que nadie hubiera podido reconocer en él a aquel que tan buenos golpes le pegara.

—¡Cuánta resistencia tiene el hombre! —exclama asombrado Pochechuev —. ¡Pensar que yo por poco me muero cuando vi su martirio y que él, como si tal cosa, todavía da las gracias a este diablo de Fedka y hasta quiere llevárselo con él a Moscú!… ¡Qué milagros ocurren!

CONTRARIEDADES DE LA VIDA

LEV Ivanovich Popov, hombre nervioso, desgraciado en su trabajo y en su vida familiar, atrajo hacia si los *schioti* y empezó a contar de nuevo. Hacía un mes que en el establecimiento bancario Koschker había adquirido un billete de lotería que habría de abonar por medio de entregas mensuales y se hallaba ahora ocupado en calcular cuánto le faltaba por pagar hasta liquidarlo y cuándo llegaría a ser el billete de su completa propiedad.

—El importe del billete es de doscientos cuarenta y seis rublos —contaba—. He dado un anticipo de diez, luego quedan por pagar doscientos treinta y seis. ¡Bien!… A esta suma hay que añadir interés de un mes a razón de un siete por ciento anual, una cuarta parte entre intereses, póliza, gastos de correos, envío de recibos… Total, veintiún *kopekas*. Además…, el seguro del billete (un rublo y diez *kopekas*), derechos de circulación (un rublo y veintidós *kopekas*), alzas (setenta y cuatro *kopekas*), multas (dieciocho *kopekas*)…

Al otro lado del biombo estaba echada sobre una cama la mujer de Popov, Sofia Savvischna, llegada de Mtzenska para solicitar de su marido un pasaporte separado. Durante el camino se había resfriado y le habla salido un flemón que ahora le dolía terriblemente. En el piso de arriba un hombre enérgico, alumno seguramente del Conservatorio, estudiaba al piano una de las rapsodias de Liszt con tal afán, que parecía que por el tejado de la casa pasaba un tren de mercancias. A la derecha, en el piso inmediato, un estudiante de Medicina preparaba su examen paseando a grandes zancadas de un lado a otro y repitiendo con una profunda voz de bajo, de seminarista:

—«El catarro crónico intestinal suelen padecerlo también frecuentemente los borrachos, los glotones y, en general, todos aquellos que no llevan una vida ordenada…».

En la habitación había una atmósfera sofocante, impregnada de olor a clavo, a creosota, a yodo, a lejía y a otras materias malolientes empleadas por Sofia Savvischna como remedio contra el dolor de muelas.

—¡Bien!… —seguía contando Popov—. A doscientos treinta y seis hay que sumar catorce rublos y ochenta y una *kopekas*, con lo que faltarán por pagar, en total, doscientos cincuenta rublos y ochenta y una *kopekas*. Ahora bien… si pago cinco rublos en el mes de marzo, quedarán por pagar doscientos cuarenta rublos y ochenta y una *kopekas*. ¡Bien!…, ¡un mes de adelanto a un siete por ciento anual y un uno por ciento de interés!…

—¡Ay!… —gimió la mujer—. ¡Ayúdame. Lev Ivanovich! ¡Me muero!…

—¿Qué quieres que yo le haga, querida?… No soy médico… Un cuarto de interés y un quinto de corretaje… hacen un rublo y veintidós *kopekas*. Derechos de circulación…, setenta y cuatro *kopekas*…

—¡No tienes sensibilidad! —lloró Sofia Savvischna asomando su inflamado rostro por detrás del biombo—. ¡Nunca me has compadecido! ¡Verdugo! ¡Escúchame al menos cuando te hablo…, mal educado!

—Por tanto…, un cuarto por ciento de interés, setenta y cuatro *kop* de derechos de circulación, dieciocho *kop* de alzas, treinta y dos de embalaje…, total diecisiete rublos y treinta y dos *kop*…

—«El catarro crónico-intestinal… —proseguía el estudiante, paseando de un extremo a otro— suelen padecerlo también los borrachos habituales, los glotones…»,

Popov deshizo el cálculo en los *schioti*, movió aturdido la cabeza y empezó a contar de nuevo. Una hora después continuaba sentado en el mismo sitio, mirando fijamente el saldo de la cuenta y mascullando:

—En abril de mil ochocientos noventa y seis, por lo tanto…, quedarán por pasar doscientos veintiocho rublos y sesenta y siete *kop*… ¡Bien!… Si entrego en septiembre cinco rublos… faltarán doscientos veintitrés rublos y sesenta y siete *kop*… Hay que añadir el adelanto de un mes a un siete por ciento anual y un cuarto por ciento de interés…

— ¡Bárbaro!… ¡Tráeme amoníaco! —chilló Sofía Savvischna—. ¡Tirano!… ¡Asesino!…

—«El catarro crónico intestinal se aprecia también en las afecciones del hígado…».

Popov llevó alcohol a su mujer y prosiguió:

—Un cuarto por ciento de interés… setenta y cuatro de derechos de circulación…, gastos de aberración…, dieciocho *kop* de multas…, treinta y dos *kop*…

En el piso de arriba la música comenzó a aplacarse, pero al cabo de un minuto el pianista atacó de nuevo su rapsodia, con tal ímpetu, que los muelles del colchón de Sofía Savvischna temblaron. Popov, ahora completamente

atontado, miró al techo y empezó a contar de nuevo a partir del año 1896. Fijaba la vista en los papeles cubiertos de cifras, en los *schioti*, y veía solamente algo semejante a un mar ligeramente ondulado. Sus ojos no distinguían ya con claridad, su cerebro se entorpecía, tenía la boca seca y de su frente brotaba un sudor frío. No obstante, resolvió no levantarse de la mesa hasta haber desentrañado por completo el estado de su cuenta con la oficina bancaria de Koschker.

—¡Ay!… —se lamentaba Sofía Savvischna—. ¡Siento como si me desgarraran el lado derecho de la cara!… ¡Virgen Santísima!… ¡Ay!… ¡Ya no tengo fuerzas!… ¡Y a ese infame sin importarle nada!… ¡Le daría lo mismo que me muriera!… ¡Soy la mayor de las desgraciadas! ¡Me he casado con un miserable!… ¡Soy una mártir!…

—Pero ¿qué es lo que puedo hacer yo?… Por lo tanto, en febrero de mil novecientos tres la deuda será de doscientos ocho rublos y siete *kop*. ¡Bien!… Hay que añadir un siete por ciento anual y un cuarto por ciento de interés… A esto setenta y cuatro *kop* de corretaje…

—«El catarro crónico intestinal se da también en las afecciones de pulmón…».

—¡Para mí no eres un marido!… ¡No eres un padre para tus hijos!… ¡Lo que eres es un tirano!… ¡un verdugo!… ¡Tráeme pronto por lo menos un poco de clavo, hombre sin corazón!…

—¡Pfú!… un cuarto por ciento de interés… Pero, ¿qué es lo que estoy diciendo?… Descontado el precio de la venta de los cupones…, añadiendo el mes de adelanto a un siete por ciento anual… y luego un cuarto por ciento de interés…

—«El catarro crónico intestinal acompaña también a las afecciones de pulmón…».

Al cabo de unas tres horas, Popov logró obtener el resumen total de su cuenta, que arrojaba como resultado que había de pagar a la oficina Koschker, hasta la amortización de la deuda, un millón trescientos cuarenta y siete mil ochocientos veintiún rublos y noventa y dos *kop*, del cual, restados doscientos mil rublos del premio de la lotería, acusarían aún la pérdida de más de un millón. Al ver tales cifras, Lev Ivanovich se levantó lentamente del asiento y se quedó frío… El espanto y el asombro se dibujaron en su rostro, como si alguien hubiera disparado junto a uno de sus oídos. En aquel momento…, arriba…, al otro lado del techo… un amigo del pianista se había unido a éste y ambos a cuatro manos atacaban la rapsodia de Liszt. El estudiante médico aceleró su paso, tosió y prosiguió:

—«El catarro intestinal se aprecia asimismo en los borrachos contumaces, en los glotones…».

Sofía Savvischna tiró al suelo la almohada y pataleó. Por supuesto, su dolor empezaba ahora a aumentar…

Popov enjugó el sudor frío que corría por su frente, se sentó otra vez ante la mesa, deshizo el cálculo en los *schioti* y dijo:

—Hay que repasar esto… Es posible que me haya confundido en algo…

Y cogiendo de nuevo el saldo empezó a contar otra vez:

—El valor del billete es de doscientos cuarenta y seis rublos… Entregué diez por adelantado, luego por consiguiente faltan doscientos treinta y seis…

—*Drrrr…, drrrrrrr…* —martilleaba algo en sus oídos.

Le parecía ya escuchar disparos, silbidos, latigazos, rugidos de león y de leopardo.

—¡Faltan doscientos treinta y seis! —gritó esforzándose en sobrepujar aquel ruido—. Si en junio entrego cinco rublos… ¡Diablos!… ¡Cinco rublos!… ¡Al diablo!… ¡Cinco rublos!… *Vive la France!… Vive Déroulède!…*

Al día siguiente, por la mañana, ingresó en el hospital.

UNA PERRA CARA

El maduro oficial de infantería Dubov y el voluntario Knaps, sentados uno junto a otro, bebían unas copas.

—¡Magnifico perro!… —decía Dubov mostrando a Knaps a su perro *Milka*—. ¡Un perro extraordinario!… ¡Fíjese, fíjese bien, en el morro que tiene!… ¡Lo que valdrá sólo el morro!… Si lo viera un aficionado, por el morro sólo pagaría doscientos rublos. ¿No lo cree usted?… Si es así, es que no entiende nada de esto.

—Sí que entiendo, pero…

—Es *setter*. *¡Setter* inglés de pura raza! Para el acecho es asombroso, y como olfato… ¡Dios mío!… ¡Qué olfato el suyo! ¿Sabe cuánto pagué por mi *Milka* cuando no era más que un cachorro?… ¡Cien rublos! ¡Soberbio perro! ¡Ven acá…, *Milka* bribón, *Milka* bobito!… ¡Ven acá, perrito…, chuchito mío!…

Dubov atrajo a *Milka* hacia sí y le besó entre las orejas. A sus ojos asomaban lágrimas.

—¡No te entregaré a nadie…, hermoso mío…, tunante! ¿Verdad que me quieres, *Milka*? Me quieres…, ¿no? Bueno, ¡márchate ya! —exclamó de pronto el teniente—. ¡Me has puesto las patas sucias en el uniforme! ¡Pues sí, Knaps!… ¡Ciento cincuenta rublos pagué por el cachorro! ¡Desde luego ya se ve que los vale! ¡Lo único que siento es no tener tiempo para ir de caza! ¡Y un perro sin hacer nada se muere!… ¡Le falta… sobre qué utilizar la inteligencia!… ¡Cómpremelo, Knaps! ¡Me lo agradecerá toda la vida! Si no dispone de mucho dinero, se lo dejaré a mitad de precio… ¡Lléveselo por cincuenta rublos!… ¡Róbeme!…

—No, querido —suspiró Knaps—. Si su *Milka* hubiera sido macho…, quizá la comprara, pero…

—¿Que *Milka* no es macho? —se asombró el teniente—. Pero ¿qué está usted diciendo, Knaps?… ¿Que *Milka* no es macho? ¡Ja, ja!… Entonces, ¿qué es, según usted? ¿Perra?… ¡Ja, ja!… ¡Qué chiquillo! ¡Todavía no sabe distinguir un perro de una perra!

—Me está usted hablando como si yo fuera ciego o una criatura —se ofendió Knaps—. ¡Claro que es perra!

—¡A lo mejor también le parece a usted que yo soy una señora!… ¡Vaya, vaya…, Knaps! ¡Y decir que ha cursado usted estudios técnicos!… No, alma mía. Este es un auténtico perro de pura casta. ¡Es capaz de dar ciento y raya a cualquier otro perro, y usted me sale con que no es perro! ¡Ja, ja!…

—Perdóneme, Mijail Ivanovich, pero me toma usted sencillamente por tonto. ¡Hasta me ofende!

—Bueno, bueno… Pues nada entonces… No lo compre si no quiere… ¡A usted es imposible hacerle comprender nada! ¡Pronto empezará usted a decir que en vez de rabo tiene una pata!… Pero nada… ¡A usted es a quien quería yo hacer el favor! ¡Vajrameev!… ¡Trae coñac!

El ordenanza trajo más coñac. Los dos amigos llenaron sus vasos y quedaron pensativos. Transcurrió media hora en silencio.

—¡Y después de todo…, vamos a suponer que fuera perra!… —Interrumpió el silencio el teniente mirando sombrío la botella—. ¿Qué importancia tendría eso?… ¡Mejor para usted!… Le daría cachorros…, cada cachorro no valdría menos de veinticinco rublos. ¡Se los compraría cualquiera, encantado! ¡No sé por qué le gustan tanto los perros! ¡Son mil veces mejor las perras! El género femenino es más adicto y más agradecido… Pero bueno, en fin…, si tanto miedo tiene usted al género femenino, ¡quédese con ella en veinticinco rublos!

—No, querido. No le pienso dar ni una *kopeka*. En primer lugar, no necesito perro, y, en segundo, no tengo dinero.

—*Eso* podía usted haberlo dicho antes… *¡Milka!* ¡Largo de aquí!

El ordenanza sirvió una tortilla. Los amigos se pusieron a comerla y la terminaron en silencio.

—¡*es* usted un buen muchacho, Knaps! ¡Un muchacho cabal! —dijo el teniente, limpiándose los labios—. ¡Qué diablos! ¡Me da lástima dejarle así!… ¿Sabe usted una cosa?… ¡Llévese la perra gratis!

—Pero ¿para qué la quiero yo, querido? —dijo Knaps con un suspiro—. Y, además, ¿quién me la iba a cuidar?

—¡Bueno, pues nada entonces!…, ¡nada!…, ¡qué diablos! ¿Que no la quiere usted?… ¡Pues no se la lleva! pero ¿adónde va usted?… ¡Quédese un ratito más!

Knaps se levantó desperezándose y cogió su gorro.

—Ya es hora de marchar. Adiós —dijo, bostezando.

—Espere entonces. Le acompañaré.

Dubov y Knaps se pusieron los abrigos y salieron a la calle. Anduvieron en silencio los cien primeros pasos.

—¿No se le ocurre a quién podría yo dar la perra? ¿No tiene usted a nadie entre sus conocidos…? La perra, como ha visto usted, es buenísima…, y de raza…, pero yo no la necesito para nada.

—No se me ocurre, querido. En realidad, ¿qué conocimientos tengo yo aquí?…

Hasta llegar a la misma casa de Knaps, caminaron los amigos sin pronunciar palabra. Sólo cuando al abrir la puerta de la verja, Knaps estrechó la mano a Dubov, éste tosió y con alguna vacilación dijo:

—¿Sabe usted si los perreros de la localidad aceptan perros?

—Es probable que los acepten, pero con seguridad no se lo puedo decir.

—Mañana la mandaré allá con Vajrameev. ¡Al diablo la perra! Por mí, que la desuellen… maldita…, ¡asquerosa perra! ¡Por si fuera poco que ensucie las habitaciones, ayer en la cocina se zampó toda la carne!… ¡Canalla! ¡Y si siquiera fuera de buena raza!… ¡Pero no es más que una mezcla de perro callejero y de cerdo! ¡Buenas noches!

—Adiós —dijo Knaps.

La puerta de la verja se cerró y el teniente quedó solo.

MAL HUMOR

EL inspector de policía Semion Ilich Prachkin paseaba por su habitación de un lado a otro esforzándose en ahogar dentro de sí una desagradable desazón. El caso era que la víspera de aquel día, en vez de visitar a su jefe, con quien tenía que tratar un asunto, se había sentado a jugar a las cartas, perdiendo ocho rublos. La suma era insignificante, una pequeñez…, pero el diablo de la avaricia, colgado de la oreja del policía, le reprendía por su despilfarro.

—¡Ocho rublos!… ¿Qué importancia tienen ocho rublos? —decíase Prachkin, tratando de ahogar dentro de sí la voz de este diablo—. ¡Cuánta gente hay que pierde cantidades mayores y no les pasa nada! Sin contar con que el dinero se gana. ¡Se va uno a la fábrica o a la taberna de Rilov y pronto se ha sacado los ocho rublos y hasta puede que más!

—«Es invierno y triunfalmente el campesino… —estudiaba con voz monótona en la habitación contigua Vania, el hijo del policía— emprende el camino…».

—Sí… ¡Claro que se puede volver a sacar!… ¿Qué dice ése ahí de «¡triunfalmente!»?

—«El campesino emprende el camino…, emprende…».

—«¡Triunfalmente!»… —seguía meditando Prachkin—. ¡Si le dieran unos cuantos palos no triunfaría tanto! ¡En vez de triunfar, más valdría que pagara sus tributos!… ¡Ocho rublos! ¿Y eso qué importa?… ¡Siempre es posible recobrar ocho rublos!

—«Su caballo husmeando la nieve… se arrastra al trote con indolencia».

—¡Claro!… ¡No faltaba más que fuera al galope! ¡Vaya un pura sangre! ¡Lo que es es un penco! ¡Un penco y nada más! ¡Lo que quisiera, ese campesino duro de mollera y borracho es hacer correr más de prisa al caballo! ¡Eso sí… luego…, cuando se cae en algún agujero del hielo o se despeña por algún terraplén…, hay que ir a prestarle auxilio! ¡Anda…, atrévete a galopar!… ¡Ya te enseñaré yo lo que es galopar! ¡Ni en cinco años lo ibas a

olvidar!… ¿Por qué saldría yo por una carta que no era triunfo?… Si hubiera salido por un as de trébol… quizá hubiera sido otra cosa…

—«Vuela la valiente *kibitka*…[19]. Vuela la valiente *kibitka*, levantando a su paso de los surcos copos vaporosos…».

—¡Levantando!… ¡Copos de los surcos! ¡Cuánta tontería se dice! ¿Cómo permitirán que se escriban? ¡Que Dios me perdone!… La culpa de todo la tuvieron los diez. El diablo no me los trajo a tiempo.

—«¡Allá corre un muchachuelo!… ¡Lleva un perro sentado en el trineo!…».

—Si corre es que ha comido bien. Y, además, hace travesuras… ¡Qué poco juicio tienen los padres! ¡No acostumbran a los chicos a trabajar en algo! En lugar de pasear al perro, más valía que estuviera cortando leña o leyendo la Historia Sagrada… Pues ¿y la cantidad de perros que hay?… ¡No puede uno ni siquiera andar por el campo!… Lo que debería haber hecho es marcharme después de la cena. ¡Eso!…, ¡cenar y marcharme!

—«Le duele el dedo, pero ríe al mismo tiempo, mientras la madre le amenaza desde la ventana…».

—¡Sí, sí…! ¡Le amenaza…, le amenaza! ¡Lo que le pasa es que le da pereza salir y castigarlo! ¡Más valdría que le diera unos cuantos azotes, en vez de amenazarle con el dedo!… ¡Y si no…, ya verá cómo le sale un borracho!… ¿Quién ha compuesto esa poesía? —pregunta Prachkin en alta voz.

—Puschkin, papaíto.

—¿Puschkin?… ¡Hum!… ¡Algún chiflado, seguramente!… Se ponen a escribir…, a escribir…, y ellos mismos no saben lo que escriben… ¡Escriben sólo por escribir!

—Papaíto…, ha venido el aldeano con la harina… —dijo Vania.

—¡Que la cojan!

Pero la harina tampoco disipó el mal humor de Prachkin. Cuantos más razonamientos se hacía para consolarse, tanto más sensible se le antojaba la pérdida. Aquellos ocho rublos le producían la misma pena que si en lugar de ocho hubieran sido ocho mil. Cuando Vania terminó de estudiar su lección y se calló, Prachkin permaneció junto a la ventana, fijando su triste mirada en los montones de nieve.

Pero la vista de aquella nieve ensanchaba la herida de su corazón. Le recordaban su viaje de la víspera a casa de su jefe. La bilis empezaba dentro de él a hacer de las suyas… La necesidad de descargar su pena sobre alguien alcanzó un último grado que no admitía aplazamiento. No pudo resistir más…

—¡Vania! —gritó—. ¡Ayer rompiste un cristal! ¡Ven, que te voy a dar unos azotes!

EL GALÁN JOVEN

EVGENII Alekseevich Podgarov, *jeune premier*, esbelto, refinado, de ovalado rostro y pequeñas bolsas bajo los ojos, llegado a una de las ciudades del sur para la temporada teatral, ocupóse, en primer lugar, de trabar conocimiento con unas cuantas familias distinguidas.

—*Sí, signor*! —solía decir, imprimiendo un movimiento gracioso a su pierna, que le hacía lucir las rojas medias—. El artista, directa o indirectamente, debe influir sobre las masas. Lo primero lo alcanza con su trabajo en escena; lo segundo a través del conocimiento de gentes. ¡Palabra de honor! *Parole d'honneur! No* comprendo por qué mi hermano el actor huye del trato con las familias. ¿Por qué?… Aparte del agrado que pueda encontrar en participar en las comidas, en las fiestas de los días de santo, en las *soirées fixées* y en otras distracciones…, ¡qué gran influencia moral puede ejercer el actor sobre la sociedad! ¿Acaso no es grato saber que has dejado caer una chispa sobre alguna cabeza dura?… Pues, ¿y los tipos, que se encuentran ahí?…, ¿y las mujeres?…, ¡qué mujeres!… *Mon Dieu!*… Siente uno al verlas que la cabeza le da vueltas… Cuando entra uno en una casona de comerciantes y escoge la naranjita más bonita, más fresquita…, ¡qué delicia! *Parole d'honneur!*

En aquella ciudad del sur, entre otras familias, hizo conocimiento con la del fabricante Zibaev. Ahora, cuando recuerda este conocimiento, suele hacer una mueca de desprecio y da vueltas nerviosamente a su cadena.

Una vez… (Zibaev aquel día celebraba su santo) estaba el artista sentado en el salón de sus nuevos conocidos y discurseaba como de costumbre. A su alrededor, en las butacas y en el diván, había tipos, también sentados, escuchándole con benevolencia, mientras que de la habitación contigua llegaban risas femeninas y el ruido producido por el servicio del té… Con una pierna sobre otra, bebiendo después de cada frase su té con ron y esforzándose en dar a su rostro una expresión de lánguido aburrimiento, el actor refería sus éxitos en escena.

—Soy un actor más bien provinciano… —decía, sonriendo con condescendencia—; pero también me ha ocurrido tener que actuar en capitales… De paso les referiré algo que, en cierto modo, caracteriza el estado de espíritu actual… En Moscú, el día de mi beneficio, la juventud me ofreció una cantidad tan enorme de coronas de laurel que juro por cuanto me es más sagrado que no sabía dónde meterlas. *Parole d'honneur!* Más tarde, en un momento de apuro, llevé a vender a una tienda las hojas de laurel y, ¡adivinen lo que pesaban!… ¡Dos *puds* y ocho libras! ¡Ja, ja, ja!… El dinero, desde luego, me vino de perlas… ¡Los artistas son, por lo general, pobres!… Hoy tengo cientos…, miles de rublos…, mañana nada… Hoy no hay ni para un pedazo de pan…, mañana ostras…, anchoas… ¡Qué diablos!…

Los burgueses, en correcta actitud, bebían sus vasos de té y escuchaban.

El dueño de la casa, no sabiendo qué hacer en su satisfacción para obsequiar a tan culto e interesante invitado, presento a éste un lejano pariente, Paval Ignatievich Klimov, hombre carnoso, de unos cuarenta años, vestido con una levita y con unos pantalones muy anchos.

—Adora el teatro —dijo Zibaev tras de presentar a Klimov al actor—, y él mismo trabajó en tiempos como aficionado en las tablas. ¡Es terrateniente en Tula!

Podgarov y Kiimov empezaron a conversar, resultando, para mayor complacencia de ambos, que el terrateniente solía residir con frecuencia en la misma ciudad en que el *jeune premier* actuaba en dos temporadas teatrales seguidas. Esto dio lugar a que se sucedieran preguntas sobre la ciudad, sobre los conocimientos comunes y sobre el teatro.

—¿Sabe que esa ciudad me agrada enormemente? —decía el *jeune premier* luciendo sus medias de color rojo—. ¡Qué calles aquellas! ¡Qué jardines tan simpáticos!… ¡Y qué magnifica sociedad!

—En efecto…, ¡magnifica sociedad! —asintió el terrateniente.

—Es ciudad comercial, pero bastante inteligente… Por ejemplo…, por ejemplo… el director del instituto…, el procurador…, los militares… Tampoco está mal el jefe de Policía… Es un hombre, como dicen los franceses, *enchanteur*… Pues, ¿y las mujeres? ¡Oh, Alá!…

—Las mujeres, sí…, en efecto.

—Puede que yo sea parcial… El caso es que en esa ciudad, no sé por qué, tuve un formidable éxito amoroso. Hubiera podido escribir diez novelas sobre ello. Una, por ejemplo, con esta historia: Imagínense que vivía yo en la calle Egorievska, en la misma casa en que está la banca del Estado…

—¿Una de ladrillo rojo… sin pintar?

—Justo, de ladrillo… Vecina a mí, en casa de Koschecv (me acuerdo como si fuera ayer), vivía la belleza de la localidad, Vareñka…

—¿No sería Varvara Nikolaevna? —preguntó Klimov rebosando satisfacción—. Efectivamente, era una belleza… ¡La primera de la ciudad!

—La primera… Un perfil clásico…, unos enormes ojos negros y una trenza que le llegaba a la cintura. ¡Me vio en *Hamlet*!… Me escribió una carta a lo *Tatiana*, de Puschkin… Yo, naturalmente, contesté… —Podgarov miró a su alrededor para asegurarse de que en el salón no había damas, puso los ojos en blanco y suspiró tristemente—. Un día, de regreso del teatro, liego a mi casa —dijo en voz baja— y la veo sentada en el diván. Empezaron las lágrimas…, las declaraciones de amor…, los besos… ¡Oh!… ¡Aquélla fue una noche maravillosa…, una noche divina!… Nuestra novela duró unos dos meses más, pero una noche como aquélla no volvió a repetirse. ¡Qué noche!… *Parole d'honneur!*

—Perdón; pero…, permítame… ¿Cómo pudo ser eso? —balbució Klimov enrojeciendo y mirando al actor con ojos desorbitados—. Conozco perfectamente a Varvara Nicolaevna… ¡Es mi sobrina!…

Poggarov se azaró también y sus ojos se desorbitaron al mirarle.

—¿Cómo es posible? —prosiguió Klimov, haciendo un gesto de asombro —. Conozco a esa muchacha y me extraña…

—Es una pena que fuera así… —masculló el actor levantándose y limpiándose el ojo izquierdo con el meñique—. Aunque, claro… Usted, como tío suyo, es natural que…

Los invitados, que hasta ahora habían escuchado complacidos, obsequiando con sonrisas al actor, se azararon y bajaron la vista.

— ¡No!… ¡Tenga la amabilidad de retirar sus palabras! —dijo Klimov; presa de fuerte turbación—. ¡Se lo ruego!

—Si… le ofende…, naturalmente las retiro —contestó el actor haciendo un vago gesto con la mano.

—¡Confiese también que ha mentido usted!

—¿Mentir yo?… Eso… No he mentido. Lo que siento es que se me escapara… En realidad, no comprendo ese tono…

Klimov recorrió a grandes pasos la habitación, como quien medita o está indeciso. La rojez de su carnoso rostro se tornaba por momentos más amoratada, y en su cuello se hincharon las venas. Al cabo de dos minutos de dar vueltas se acercó al actor y le dijo con una voz llena de lágrimas;

—¡No! ¡Sea amable y reconozca que era mentira lo que dijo sobre Vareñka!… ¡Hágame ese favor!

—No comprendo… —dijo el actor, encogiéndose de hombros, con forzada sonrisa y balanceando un pie—. Me siento hasta ofendido…

—Entonces…, ¿no quiere usted confesar?

—No… No comprendo…

—Conque no quiere…, ¿eh?… En tal caso, perdone, pero tendré que recurrir a medidas desagradables. ¡O bien hago a usted víctima aquí mismo de una ofensa, o tendrá, si es un hombre honrado, que aceptar mi desafío!… ¡Nos batiremos!

—¡Cuando guste! —respondió en tono incisivo el *jeune premier*, haciendo un gesto de desprecio—. ¡Cuando guste!

Los invitados, azorados todos hasta el último, y el amo de la casa, no sabiendo qué hacer, llevaron aparte a Klimov y empezaron a pedirle que no diera un escándalo. Por las puertas asomaron asombradas caras femeninas.

El *jeune premier* dio unas cuantas vueltas, charló ligeramente y, con la expresión de quien no puede permanecer más tiempo en una casa en la que ha sido ofendido, cogió su gorro y se marchó sin despedirse. Por el camino el *jeune premier* sonreía despreciativamente y se encogía de hombros: pero una vez, en su habitación, echado en el diván, comenzó a sentir una fuerte inquietud.

«¡Al diablo con él! —pensó—. ¡El duelo en sí no será gran cosa!… ¡No irá a matarme!… Pero lo triste es que se enterarán mis compañeros, y ellos saben perfectamente que no he dicho la verdad… ¡Qué asco! ¡Toda Rusia sabrá mi vergüenza!…».

Podgarov, después de pensar un poco y de fumar, salió a la calle para tranquilizarse.

«Sería cosa de hablar con ése… —pensó—. Habrá que meter en su cerrada cabeza la idea de que es un estúpido y un majadero y de que no le tengo ningún miedo…».

Al llegar a la casa de Zibaev, el *jeune premier* se detuvo y miró a las ventanas. A través de las cortinas de muselina se veían arder las luces y mecerse las figuras.

«Esperaré», decidió el actor.

Estaba muy oscuro y hacía frío. Como pasada por un tamiz, caía, la ligera y desagradable llovizna otoñal… Podgarov se apoyó en un farol, presa de intranquilidad. Estaba empapado y agitado de fatiga.

A las dos de la madrugada los invitados empezaron a abandonar la casa de Zibaev. El último que apareció en la puerta fue el terrateniente de Tula.

Lanzando un suspiro, que resonó por toda la calle, se alejó por la acera, pisando ruidosamente con sus pesados chanclos.

—Permítame… —empezó a decir el *jeune premier* dándole alcance—. Un minuto…

Klimov se paró. El actor, con una sonrisa y tras un premioso silencio, empezó a hablar tartamudeando:

—Yo… le confieso que… he mentido…

—¡No! ¡Esa confesión tiene usted que hacerla en público! —dijo Klimov, enrojeciendo otra vez—. No puedo dejar así este asunto…

—Pero…, ya ve que le estoy presentando mis excusas… Le estoy pidiendo que me…, ¿comprende?… Se lo pido porque… ¡usted mismo se hará cargo! Un duelo daría mucho que hablar… ¡Yo trabajo!…, ¡tengo compañeros!…, ¡y qué sé yo lo que podrían pensar!…

El *jeune premier* se esforzaba en aparentar indiferencia, en sonreír, en mantenerse erguido…; pero su naturaleza no le secundaba. Le temblaba la voz, sus ojos parpadeaban culpablemente y algo le hacía bajar la cabeza. Durante largo tiempo, aún siguió balbuciendo alguna cosa. Klimov le escuchaba, pensaba y suspiraba.

—¡Bien! ¡Que Dios le perdone!… Pero otra vez no vuelva a mentir, joven. ¡Nada rebaja tanto al hombre como la mentira! ¡Sí, señor!… Usted es joven…, ha recibido instrucción…

Y el terrateniente de Tula, con benevolencia y en tono paternal, le dirigió un pequeño sermón, que el *jeune premier* escuchó sonriendo sumiso. Cuando el terrateniente cesó de hablar, sonrió, saludó y, con paso contrito y encogido, se encaminó a su albergue.

Media hora después, mientras se acostaba, sintiéndose ya fuera de peligro, se encontraba de un humor magnífico. Tranquilo y contento del afortunado final de aquella mala inteligencia, se cubrió con la manta, quedando al punto dormido, y continuó durmiendo con ese sueño profundo hasta las diez de la mañana siguiente.

HISTORIA DE UN CONTRABAJO

PROCEDENTE de la ciudad, dirigíase el músico Smichkov a la casa de campo del príncipe Bibulov, en la que, con motivo de una petición de mano, había de tener lugar una fiesta con música y baile. Sobre su espalda descansaba un enorme contrabajo metido en una funda de cuero. Smichkov caminaba por la orilla del río, que dejaba fluir sus frescas aguas, si no majestuosamente, al menos de un modo suficientemente poético.

«¿Y si me bañara?», pensó.

Sin detenerse a considerarlo mucho, se desnudó y sumergió su cuerpo en la fresca corriente. La tarde era espléndida, y el alma poética de Smichkov comenzó a sentirse en consonancia con la armonía que le rodeaba. ¡Qué dulce sentimiento no invadiría, por tanto, su alma al descubrir (después de dar unas cuantas brazadas hacia un lado) a una linda muchacha que pescaba sentada en la orilla cortada a pico! El músico se sintió de pronto asaltado por un cúmulo de sentimientos diversos… Recuerdos de la niñez…, tristezas del pasado… y amor naciente… ¡Dios mío!… ¡Y pensar que ya no se creía capaz de amar!… Habiendo perdido la fe en la Humanidad (su amada mujer habíase fugado con su amigo el fagot Sobakin), en su pecho había quedado un vacío que le había convertido en un misántropo.

«¿Que es la vida? —se preguntaba con frecuencia—. ¿Para qué vivimos?… ¡La vida es un mito, un ensueño, una prestidigitación!…».

Detenido ante la dormida beldad (no era difícil ver que estaba dormida), de pronto e involuntariamente sintió en su pecho algo semejante al amor. Largo rato permaneció ante ella devorándola con los ojos.

«¡Basta! —pensó exhalando un profundo suspiro—, ¡Adiós, maravillosa aparición! ¡Llegó la hora de partir para el baile de su excelencia!».

Después de contemplarla una vez más y cuando se disponía a volver nadando, por su cabeza pasó rauda una idea.

«He de dejarle algo en recuerdo mío —pensó—. Dejaré algo prendido en su caña de pescar. ¡Será una sorpresa que le envía un desconocido!».

Smichkov nadó suavemente hacia la orilla, cortó un gran ramo de flores silvestres y acuáticas y, después de atarlo con un junco, lo enganchó a la caña. El ramo se hundió hasta el fondo, pero arrastró consigo el lindo flotador.

El buen sentido, las leyes de la Naturaleza y la posición social de mi héroe exigirían que esta novela acabara en este preciso punto; pero, ¡ay!… El designio del autor es irreductible… Por causas que no dependen de él, la novela no terminó con la ofrenda del ramo de flores. Pese a la sensatez de su juicio y a la naturaleza de las cosas, el humilde contrabajo estaba llamado a representar un papel importante en la vida de la noble y rica beldad.

Al acercarse nadando a la orilla, Smichkov quedó asombrado de no ver sus prendas de vestir. Se las habían robado. Unos malhechores desconocidos le habían despojado de todo mientras él contemplaba a la beldad, dejándole sólo el contrabajo y la chistera.

—¡Maldición! —exclamó Smichkov—. ¡Oh gentes engendradas por la malicia! ¡No me indigna tanto la pérdida de mi vestimenta, ya que la vestimenta es vanidad, como el verme obligado a ir desnudo, atacando con ello la decencia pública!

Y sentándose sobre el escuche del contrabajo se puso a buscar una solución a su terrible situación.

«No puedo presentarme desnudo en casa del príncipe Bibulov —pensaba—. ¡Habrá damas! ¡Y, además, los ladrones, al robarme los pantalones, se llevaron al mismo tiempo la colofonia que tenía en el bolsillo!».

Meditó tan largo rato que llegó a sentir dolor en las sienes.

«¡Ah!… —se acordó de pronto—. No lejos de la orilla, entre los arbustos, hay un puentecillo… Puedo meterme debajo de él hasta que anochezca, y cuando sea de noche, en la oscuridad, me deslizaré hasta la primera isba»[20].

Con este pensamiento, Smichkov se caló la chistera, cargó el contrabajo sobre su espalda y se dirigió con paso vacilante hacia los arbustos. Desnudo y con aquel instrumento musical sobre la espalda, recordaba a cierto antiguo y mitológico semidiós.

Y ahora, lector mío, mientras mi héroe está sentado bajo el puente, lleno de tristeza, volvamos a la joven pescadora. ¿Qué había sido de ésta?

Al despertarse la beldad y no ver en el agua su flotador, se apresuró a tirar del sedal. Este se atirantó, pero ni el anzuelo ni el flotador salieron a la superficie. Sin duda, el ramo de Smichkov, al llenarse de agua, se había hecho pesado.

«O bien he pescado un pez muy grande o el anzuelo se me ha enganchado en algo», pensó la joven.

Tiró unas cuantas veces más de la cuerda y al fin decidió que el anzuelo se había, efectivamente, enganchado en algo.

«¡Qué lástima! —pensó—. ¡Se pesca tan bien al anochecer!… ¿Qué haré?».

La extravagante joven, sin pensarlo mucho, se quitó la ligera ropa y sumergió el maravilloso cuerpo en el agua hasta la altura de los marmóreos hombros. No era tarea fácil desprender el anzuelo del ramo enredado en el sedal, pero la paciencia y el trabajo dieron su fruto. Poco más o menos, un cuarto de hora después la beldad salía resplandeciente del agua, con el anzuelo en la mano.

Un destino funesto la acechaba, sin embargo. Los mismos granujas que robaron la ropa de Smichkov se habían llevado también la suya, dejándole sólo el frasco de los gusanos.

«¿Qué hacer? —lloró la joven—. ¿Será posible que tenga que marchar de este modo?… ¡No! ¡Nunca! ¡Antes la muerte! Esperaré a que oscurezca, y en la sombra me iré a la casa de la tía Agafia, desde donde mandaré a la mía por un vestido… Mientras tanto, me esconderé, debajo del puentecillo…».

Y mi heroína, escogiendo aquellas sitios por donde la hierba era más alta y agachándose, se dirigió corriendo al puentecillo. Al deslizarse bajo éste y ver allí a un hombre desnudo, con artística melena y velludo pecho, la joven lanzó un grito y pendió el sentido.

Smichkov también se asustó. Primeramente tomó a la joven por una ondina.

«¿Es tal vez una sirena venida para seducirme? —pensó, suposición que le halagó, pues siempre había tenido una alta opinión de su exterior—. Mas si no es una sirena, sino un ser humano, ¿cómo explicarse esta extraña metamorfosis?».

—¿Por qué está aquí, debajo de este puente? ¿Qué le sucede? —preguntó a la joven.

Mientras buscaba una respuesta a estas preguntas, la beldad recobró el sentido.

— ¡No me mate! —diio en voz baja—. Soy la princesa Bibuov. ¡Se lo ruego! Le recompensarán con largueza. Estuve dentro del agua desenganchando mi anzuelo y unos ladrones me robaron el vestido nuevo, los zapatos y las demás ropas.

—Señorita… —diio Smichkov, con voz suplicante—. A mí también me han robado la ropa, y no sólo eso, sino que, además, al robarme los pantalones, se llevaron la colofonia, que estaba en el bolsillo.

Los contrabajos y los trombones son, por lo general, gente apocada; pero Smichkov constituía una agradable excepción.

—Señorita —dijo, pasados unos instantes—. Veo que la conturba mi aspecto; pero estará usted de acuerdo conmigo en que, por las mismas razones suyas, me es imposible salir de aquí. Escuche, pues, lo que he pensado; ¿Aceptaría usted meterse en la caja de mi contrabajo y cubrirse con la tapa? Esto la escondería a mi vista…

Diciendo esto, Smichkov sacó el contrabajo del estuche. Por un momento le pareció que al ceder éste profanaba el sagrado arte; pero su vacilación no duró largo tiempo. La beldad se metió, encogiéndose, en el estuche y el músico anudó las correas, celebrando mucho que la Naturaleza le hubiera obsequiado con tanta inteligencia.

—Ahora, señorita, no me ve usted. Siga ahí echada y quédese tranquila. Cuando oscurezca la llevaré a casa de sus padres. El contrabajo volveré a buscarlo más tarde.

Una vez anochecido, Smichkov se echó al hombro el estuche que contenía a la beldad, y cargado con él se dirigió a la casa de campo de Bibulov. Su plan era el siguiente: Pasaría primero por la isba más próxima para procurarse ropa y proseguiría después su camino…

«No hay mal que por bien no venga —pensaba mientras levantaba el polvo con sus pies desnudos y se doblaba bajo su carga—. Seguramente, por haber intervenido con tanta eficacia en el destino la princesa Bibulov, seré generosamente recompensado».

—¿Está usted cómoda, señorita? —preguntaba con el tono de un galante caballero que invita a bailar un *quadrille*—. No se preocupe, tenga la bondad, acomódese en mi estuche como si estuviera en su casa.

De repente, se le antojó al galante Smichkov que delante de él y ocultas en la sombra iban dos figuras humanas. Mirando con más detenimiento, se convenció de que no se trataba de una ilusión óptica. Dos figuras caminaban, en efecto, delante de él, llevando unos bultos en la mano.

«¿Serán éstos los ladrones? —pasó por su cabeza—. Parecen llevar algo… Con seguridad, nuestras ropas…».

Y Smichkov, depositando el estuche al borde del camino, salió corriendo en persecución de las figuras.

—¡Alto! —gritaba—. ¡Alto!… ¡Cogedlos!

Las figuras volvieron la cabeza, y al notar que las iban persiguiendo, echaron a correr… Aún, durante largo rato, escuchó la princesa pasos veloces y el grito de «¡Alto!, ¡alto!…». Por último, todo quedó en silencio.

Smichkov estaba entregado a la persecución, y seguramente la beldad hubiera permanecido largo tiempo en el campo, al borde del camino, si no hubiera sido por un feliz juego de azar. Ocurrió, en efecto, que al mismo tiempo y por el mismo camino, se dirigían a la casa de campo de Bibulov los compañeros de Smichkov, el flauta Juchkov y el clarinete Rasmatoikin. Al tropezar con el estuche, ambos se miraron asombrados.

—¡El contrabajo! —dito Juchkov—. ¡Vaya, vaya!… ¡Pero si es el contrabajo de nuestro Smichkov! ¿Cómo ha venido a parar aquí?

—Esto es que a Smichkov le ha ocurrido algo —decidió Rasmajaikin.

—O que se ha emborrachado y le han robado… Sea como sea, no debemos dejar aquí el contrabajo. Nos lo llevaremos.

Juchkov cargó el estuche sobre sus espaldas, y los misinos prosiguieron su camino.

—¡Diablos! ¡Lo que pesa! —gruñía el flauta durante el camino—. ¡Por nada del mundo hubiera consentido yo en tocar en este monstruo! ¡Uf!…

Al llegar a la casa de campo del príncine Bibulov, los músicos dejaron el estuche en el sitio reservado a la orquesta y se fueron al *buffet*.

En aquella hora ya se habían empezado a encender arañas y brazos de luz.

El novio (el consejero de Corte Lakeich), guapo y simpático funcionario del Servicio de Comunicaciones, con las manos metidas en el bolsillo, conversaba en el centro de la habitación con el conde Schkalikov. Hablaban de música.

—En Nápoles, conde —decía Lakeich—, conocí a un violinista que hacía verdaderos milagros. No lo creerá usted, pero con un contrabajo de lo más corriente lograba unos trinos… ¡Algo fantástico!… Tocaba con él los valses de Strauss.

—¡Por Dios! —dudó el conde—. ¡Eso es imposible!

—¡Se lo aseguro! ¡Y hasta las rapsodias de Liszt! Yo vivía en la misma fonda que él, y como no tenía nada que hacer, llegué a aprender en el contrabajo la rapsodia de Liszt.

—¿La rapsodia de Liszt?… ¡Hum!… ¿Está usted bromeando?

—¿*no* lo cree usted? —rió Lakeich—. Pues se lo voy a demostrar ahora mismo. Vamos a la orquesta.

Y el novio y el conde se dirigieron a la orquesta. Se acercaron al contrabajo, desataron rápidamente las carreas y… ¡oh espanto!…

Pero ahora, mientras el lector da libertad a la imaginación y se dibuja el final de aquella discusión musical, volvamos a Smichkov… El pobre músico, no habiendo podido alcanzar a los ladrones, volvió al lugar en que había

dejado el estuche; pero ya no estaba allí la preciosa carga. Perdido en suposiciones, pasó y repasó varias veces por aquel paraje, y no encontrando el estuche, decidió que había ido a parar a otro camino.

«¡*Esto* es terrible! —pensaba mesándose los cabells y presa de un frío interior—. ¡Se asfixiará dentro del estuche! ¡Soy un asesino!…».

Ya había entrado la medianoche y Smichkov continuaba dando vueltas por el camino, buscando el estuche. Por fin volvió a meterse bajo el puentecillo… «Seguiré buscando cuando amanezca», decidió. Al amanecer, la búsqueda dio el mismo resultado y Smichkov decidió esperar debajo del puente a que llegara la noche…

«La encontraré —mascullaba, quitándose la chistera y tirándose del pelo —. ¡Aunque tarde un año, la encontraré!…».

Todavía hoy, los campesinos que habitan los lugares descritos cuentan cómo por las noches, junto al puentecillo, puede verse a un hombre desnudo, todo cubierto de pelo y tocado con una chistera. Cuentan también que, a veces, debajo del puente, se oyen roncos sonidos de contrabajo.

LA MUJER DEL BOTICARIO

La pequeña ciudad de B***, compuesta de dos o tres calles torcidas, duerme con sueño profundo. El aire, quieto, está lleno de silencio. Sólo a lo lejos, en algún lugar seguramente fuera de la ciudad, suena el débil y ronco tenor del ladrido de un perro. El amanecer está próximo.

Hace tiempo que todo duerme. Tan sólo la joven esposa del boticario Chernomordik, propietario de la botica del lugar, está despierta. Tres veces se ha echado, sobre la cama; pero, sin saber por qué, el sueño huye tercamente de ella. Sentada, en camisón, junto a la ventana abierta, mira a la calle. Tiene una sensación de ahogo, está aburrida y siente tal desazón que hasta quisiera llorar. ¿Por qué?… No sabría decirlo, pero un nudo en la garganta la oprime constantemente… Detrás de ella, unos pasos más allá y vuelto contra la pared, ronca plácidamente el propio Chernomordik. Una pulga glotona se ha adherido a la ventanilla de su nariz, pero no la siente y hasta sonríe, porque está soñando con que toda la ciudad tose y no cesa de comprarle *Gotas del rey de Dinamarca*. ¡Ni con pinchazos, ni con cañonazos, ni con caricias, podría despertársele!

La botica está situada al extremo de la ciudad, por lo que la boticaria alcanza a ver el límite del campo. Así, pues, ve palidecer la parte este del cielo, luego la ve ponerse roja, como por causa de un gran incendio. Inesperadamente, por detrás de los lejanos arbustos, asoma tímidamente una luna grande, de ancha y rojiza faz. En general, la luna, cuando sale de detrás de los arbustos, no se sabe por qué, está muy azorada. De repente, en medio del silencio nocturno, resuenan unos pasos y un tintineo de espuelas. Se oyen voces.

«Son oficiales que vuelven de casa del policía y van a su campamento», piensa la mujer del boticario.

Poco después, en efecto, surgen dos figuras vestidas de uniforme militar blanco. Una es grande y gruesa; otra, más pequeña y delgada. Con un andar perezoso y acompasado, pasan despacio junto a la verja, conversando en voz

alta sobre algo. Al acercarse a la botica, ambas figuras retrasan aún más el paso y miran a las ventanas.

—Huele a botica —dice el oficial delgado—. ¡Claro…, como que es una botica! ¡Ah!… ¡Ahora que me acuerdo…, la semana pasada estuve aquí a comprar aceite de ricino! Aquí es donde hay un boticario con una cara agria y una quijada de asno. ¡Vaya quijada!… Con una como ésa, exactamente, venció sansón a los filisteos.

—Sí… —dice con voz de bajo el gordo—. Ahora la botica está dormida… La boticaria estará también dormida… Aquí, Obtesov, hay una boticaria muy guapa.

—La he visto. Me gusta mucho. Diga, doctor, ¿podrá querer a ése de la quijada? ¿Será posible?

—No. Seguramente no le quiere —suspira el doctor con expresión de lástima hacia el boticario—. ¡Ahora, guapita…, estarás dormida detrás de esa ventana!… ¿*No* crees, Obtesov? Estará con la boquita entreabierta, tendrá calor y sacará un piececito. Seguro que el tonto del boticario no entiende de bellezas. Para él, probablemente, una mujer y una botella de lejía es lo mismo.

—Oiga, doctor… —dice el oficial, parándose—. ¿Y si entráramos en la botica a comprar algo? Puede que viéramos a la boticaria.

—¡Qué ocurrencia! ¿Por la noche?

—¿Y qué?… También por la noche tienen obligación de despachar. Anda, querido… Vamos.

—Como quieras…

La boticaria, escondida tras los visillos, oye un fuerte campanillazo y, con una mirada a su marido, que continúa roncando y sonriendo dulcemente, se echa encima un vestido, mete los pies desnudos en los zapatos y corre a la botica.

A través de la puerta de cristal se distinguen dos sombras. La boticaria aviva la luz de la lámpara y corre hacia la puerta para abrirla. Ya no se siente aburrida ni desazonada, ya no tiene gana de llorar, y sólo el corazón le late con fuerza. El médico, gordiflón, y el delgado Obtesov entran en la botica. Ahora ya puede verles bien. El gordo y tripudo médico tiene la tez tostada y es barbudo y torpe de movimientos. Al más pequeño de éstos le cruje su uniforme y le brota el sudor en el rostro. El oficial es de tez rosada y sin bigote, afeminado y flexible como una fusta inglesa.

—¿Qué desean ustedes? —pregunta la boticaria, ajustándose el vestido.

—Denos… quince *kopekas* de pastillas de menta.

La boticaria, sin apresurarse, coge del estante un frasco de cristal y empieza a pesar las pastillas. Los compradores, sin pestañear, miran su espalda. El médico entorna los ojos como un gato satisfecho, mientras el teniente permanece muy serio.

—Es la primera vez que veo a una señora despachando en una botica —dice el médico.

—¡Qué tiene de particular! —contesta la boticaria mirando de soslayo el rosado rostro de Obtesov—. Mi marido no tiene ayudantes, por lo que siempre le ayudo yo.

—¡Claro!… Tiene usted una botiquita muy bonita… Y ¡qué cantidad de frascos distintos!… ¿No le da miedo moverse entre venenos?… ¡Brrrr!…

La boticaria pega el paquetito y se lo entrega al médico. Obtesov saca las quince *kopekas*. Transcurre medio minuto en silencio… Los dos hombres se miran, dan un paso hacia la puerta y se miran otra vez.

—Deme diez *kopekas de sosa* —dice el médico.

La boticaria, otra vez con gesto perezoso y sin vida, extiende la mano hacia el estante.

—¿No tendría usted aquí, en la botica, algo…? —masculla Obtesov haciendo un movimiento con los dedos—, ¿Algo… que resultara como un símbolo de algún líquido vivificante?… Por ejemplo, agua de seltz… ¿Tiene usted agua de seltz?…

—Sí, tengo —contesta la boticaria.

—¡Bravo!… ¡No es usted una mujer! ¡Es usted un hada!… ¿Podría darnos tres botellas?… i La boticaria pega apresurada el paquete de sosa y desaparece en la oscuridad, tras de la puerta.

—¡Un fruto como éste no se encontraría ni en la isla de Madeira! ¿No le parece? Pero escuche…, ¿no oye usted un ronquido? Es el propio señor boticario, que duerme.

Pasa un minuto, la boticaria vuelve y deposita cinco botellas sobre el mostrador. Como acaba de bajar a la cueva, está encendida y algo agitada.

—¡Tsss! —dice Obtesov cuando al abrir las botellas deja caer el sacacorchos—. No haga tanto ruido, que se va a despertar su marido.

—Y ¿qué importa que se despierte?

—Es que estará dormido tan tranquilamente… soñando con usted… ¡A su salud! ¡Bah!… —dice con su voz de bajo el médico, después de eructar y de beber agua de seltz—. ¡Eso de los maridos es una historia tan aburrida!… Lo mejor que podrían hacer es estar siempre dormidos. ¡Oh, si a este agua se le hubiera podido añadir un poco de vino tinto!

—¡Qué cosas tiene! —ríe la boticaria.

—Sería magnífico. ¡Qué lástima que en las boticas no se venda nada a base de alcohol! Deberían, sin embargo, vender el vino como medicamento. Y *vinum gallicum rubrum*… ¿tiene usted?

—Sí, lo tenemos.

—Muy bien; pues tráiganoslo, ¡qué diablo!… ¡Tráigalo!

—¿Cuánto quieren?

—*Cuantum satis!* Empecemos por echar una onza de él en el agua, y luego veremos. ¿No es verdad? Primero con agua, y después, *per se*.

El médico y Obtesov se sientan al lado del mostrador, se quitan los gorros y se ponen a beber vino tinto.

— ¡Hay que confesar que es malísimo! ¡Que es un *vinurn malisimum*!

—Pero con una presencia así… parece un néctar. ¡Es usted maravillosa, señora! Le beso la mano con el pensamiento.

—Yo hubiera dado mucho por poder hacerlo no con el pensamiento —dice Obtesov—. ¡Palabra de honor que hubiera dado la vida!

—¡Déjese de tonterías! —dice la señora Chernomordik, sofocándose y poniendo cara seria.

—Pero ¡qué coqueta es usted!… —ríe despacio el médico, mirándola, con picardía—. Sus ojitos disparan ¡pif!, ¡paf!, y tenemos que felicitarla por su victoria, porque nosotros somos los conquistados.

La boticaria mira los rostros sonrosados, escucha su charla y no tarda en animarse a su vez. ¡Oh!… Ya está alegre, ya toma parte en la conversación, ríe y coquetea, y, por fin, después de hacerse rogar mucho de los compradores, bebe dos onzas de vino tinto.

—Ustedes, señores oficiales, deberían venir más a menudo a la ciudad desde el campamento —dice—, porque esto, si no, es de un aburrimiento atroz. ¡Yo me muero de aburrimiento!

—Lo creo —se espanta el médico—. ¡Una niña tan bonita! ¡Una maravilla así de la Naturaleza, y en un rincón tan recóndito! ¡Qué maravillosamente bien lo dijo Griboedov! «¡Al rincón recóndito! ¡A Saratov!…». Ya es hora, sin embargo, de que nos marchemos. Encantados de haberla conocido…, encantadísimos… ¿Qué le debemos?

La boticaria alza los ojos al techo y mueve los labios durante largo rato.

—Doce rublos y cuarenta y ocho *kopekas* —dice.

Obtesov saca del bolsillo una gruesa cartera, revuelve durante largo tiempo un fajo de billetes y paga.

—Su marido estará durmiendo tranquilamente…, estará soñando… —balbucea al despedirse, mientras estrecha la mano de la boticaria.

—No me gusta oír tonterías.

—¿Tonterías? Al contrario… Estas no son tonterías… Hasta el mismo Shakespeare decía: «Bienaventurado aquel que de joven fue joven…».

—¡Suelte mi mano!

Por fin, los compradores, tras larga charla, besan la mano de la boticaria e indecisos, como si se dejaran algo olvidado, salen de la botica. Ella corre a su dormitorio y se sienta junto a la ventana. Ve cómo el teniente y el doctor, al salir de la botica, recorren perezosamente unos veinte pasos. Los ve pararse y ponerse a hablar de algo en voz baja. ¿*De* qué? Su corazón late, le laten las sienes también… ¿Por qué?… Ella misma no lo sabe. Su corazón palpita fuertemente, como si lo que hablaran aquellos dos en voz baja fuera a decidir su suerte. Al cabo de unos minutos el médico se separa de Obtesov y se aleja, mientras que Obtesov vuelve. Una y otra vez pasa por delante de la botica… Tan pronto se detiene junto a la puerta como echa a andar otra vez. Por fin, suena el discreto tintineo de la campanilla.

La boticaria oye de pronto la voz de su marido, que dice:

—¿Qué?… ¿Quién está ahí? Están llamando. ¿Es que no oyes?… ¡Qué desorden!

Se levanta, se pone la bata y, tambaleándose todavía de sueño y con las zapatillas en chancletas, se dirige a la botica.

—¿Qué es? ¿Qué quiere usted? —pregunta a Obtesov.

—Déme… déme quince *kopekas* de pastillas de menta.

Respirando ruidosamente, bostezando, quedándose dormido al andar y dándose con las rodillas en el mostrador, el boticario se empina hacia el estante y coge el frasco…

Unos minutos después la boticaria ve salir a Obtesov de la botica, le ve dar algunos pasos y arrojar al camino lleno de polvo las pastillas de menta. Desde una esquina, el doctor le sale al encuentro. Al encontrarse, ambos gesticulan y desaparecen en la bruma matinal.

—¡Oh, qué desgraciada soy! —dice la boticaria, mirando con enojo a su marido, que se desviste rápidamente para volverse a echar a dormir—. ¡Qué desgraciada soy! —repite.

Y de repente rompe a llorar con amargas lágrimas. Y nadie…, nadie sabe…

—Me he dejado olvidados quince *kopekas* en el mostrador —masculla el boticario, arropándose en la manta—. Haz el favor de guardarlas en la mesa.

Y al punto se queda dormido.

UN BUEN FINAL

En casa del interventor de ferrocarriles Stichkin y en uno de los días desocupados de éste, hallábase sentada Liubov Grigorievna, dama de sólido aspecto, de alrededor de cuarenta años y actividades en asuntos casamenteros y en otros muchos de los que sólo se suele hablar en voz baja. Stichkin, algo azorado, pero, como siempre, serio y severo, paseaba por la habitación, fumaba su cigarro y decía:

—Me complace mucho hacer su conocimiento. Me ha sido usted recomendada por Simion Ivanovich…, entendiendo que puede usted ayudarme en un asunto delicado y bastante importante, relacionado con la felicidad de mi vida. He llegado ya, Liubov Grigorievna, a la edad de cincuenta y dos años; o sea, estoy en un periodo de la vida en el que muchos tienen ya hijos mayores. Ocupo un puesto de bastante consideración… Aunque no poseo gran fortuna, dispongo de la suficiente para mantener junto a mí a un ser amado y a unos hijos. De usted para mí, le diré que, además de mi sueldo, tengo también dinero en el Banco, que conseguí ahorrar gracias a mi modo de vivir. Soy un hombre serio y austero. Llevo una vida ordenada, formal y puedo constituirme en ejemplo de muchos. Una cosa me falta tan sólo: un hogar y una compañera en la vida. A causa de ello voy por la vida como cualquier húngaro errabundo…, de un lado para otro y sin encontrarle gusto a nada. De nadie puedo aconsejarme, y cuando estuve enfermo no tuve quien me diera un vaso de agua o de cualquiera otra cosa. Además, Liubov Grigorievna, un hombre casado es siempre de mayor peso en la sociedad que un soltero… Pertenezco a la clase instruida, tengo dinero… Ahora bien…, mirado desde un punto de vista… ¿qué soy?…; soltero como un cura. Por todo esto, desearía mucho encender la antorcha del Himeneo…; es decir, casarme legalmente con una persona digna.

—Buen propósito —suspiró la casamentera.

—Soy un hombre solitario y no conozco a nadie en esta ciudad. ¿Adónde voy a ir? ¿A quién puedo dirigirme si todos forman parte para mí de lo desconocido?… He aquí por qué Simion Ivanovich me aconsejó me dirigiera

a alguien especialista en estos asuntos y que tuviera por profesión decidir la felicidad de la gente. Por eso le ruego encarecidamente, Liubov Grigorievna, que me ayude con su intervención a solucionar este asunto. Usted conoce a todas las posibles novias y le será fácil colocarme.

—Puede hacerse, desde luego…

—¡Beba, por favor!… ¡se lo ruego!

Con su gesto acostumbrado, la casamentera se llevó la copa a los labios y se la bebió sin rechistar.

—Se puede… claro… Se puede hacer —repitió—. Y ¿qué clase de novia desea usted, Nikolai Nikolaich?

—¿Yo?… Pues la que me depare el Destino.

—Cierto que el Destino…: sin embargo, todo el mundo tiene sus gustos. Unos prefieren las rubias y otros las morenas.

—Mire, Liubov Grigorievna… —dijo Stichkin suspirando hondamente—. Yo soy un hombre posado y de carácter. Para mí, en general, la belleza exterior representa un papel secundario. Usted misma sabe que la cara es lo de menos y que con la mujer guapa se tienen muchas preocupaciones. Yo creo que en la mujer no es lo principal el exterior, sino lo que se encierre dentro de ella. Quiero decir que tenga un alma y toda clase de buenas cualidades. ¡Coma, por favor!… ¡Se lo ruego!… Claro es que sería muy agradable que fuera gordita, pero para nuestra suerte común eso no sería de mucha importancia. La inteligencia es lo principal. Hay que decir, sin embargo, que la mujer no necesita inteligencia, porque si la tiene, por ella precisamente, se formará gran idea de sí y se creará otros ideales. Cierto que sin instrucción hoy en día no se puede estar… esto es verdad…; pero hay muchas clases de instrucción… Es muy agradable que la mujer sepa hablar francés… y alemán… en distintos tonos…; pero ¿qué provecho puede sacarse de ello si luego no sabe coser, por ejemplo, un botón? Yo pertenezco a la clase instruida… Con el príncipe Kanitelin estoy, puede decirse, como con usted ahora…; sin embargo, mi carácter es sencillo y necesito una joven sencilla. Lo principal de todo es que sepa estimarme y que se dé cuenta de que me debe la felicidad.

—Claro, claro…

—Bien. Y ahora hay que hablar de lo positivo… No necesito una mujer rica. Jamás cometeré la canallada de casarme por el dinero. No quiero ser yo el que coma el pan de la esposa, sino que sea la esposa la que coma el mío y así lo reconozca; pero tampoco quiero una pobre. Aunque soy hombre de

medios y aunque me caso por amor, no por interés… no puedo llevarme una mujer pobre, porque, como usted sabe, la vida sube…, vendrían niños…

—Pudiera encontrarse una con dote —dice la casamentera.

—¡Coma, por favor! ¡Se lo ruego!

Transcurrieron cinco minutos en silencio. La casamentera suspiró, miró de reojo al interesado y preguntó;

—Y diga, padrecito…, ¿de otros asuntos de soltero… no desea nada? Hay buena mercancía. Una es francesa y otra griega. Las dos valen.

El interventor, después de pensarlo, dijo;

—No. Se lo agradezco mucho. Y ya que veo tanto interés en usted, permítame que le pregunte: ¿qué me va a llevar por todas las molestias que le causo, relacionadas con esa posible novia?

—No pido mucho. Me dará usted veinticinco rublos, tela para un vestido, como es costumbre y las gracias… La cuestión del dote es aparte… Esa ya es otra cuenta.

Stichkin se cruzó de brazos y se puso a meditar en silencio. Luego suspiró y dijo:

—Es caro.

—¡Qué ha de ser caro, Nikolai Nikolaich!… Antes, cuando había muchas bodas, se acostumbraba a llevar más barato; pero en estos tiempos, ¿qué ganancia es la nuestra?… ¡Gracias a que en un mes se saque una cincuenta rublos!… Y hay que decir, padrecito, que no los ganamos con las bodas.

Stichkin miró con asombro a la casamentera y se encogió de hombros.

—¡Hum!… ¿Es que llama usted poco a cincuenta rublos? —preguntó.

—¡Y tan poco!… En otros tiempos hemos llegado a ganar más de cien.

—¡Hum!… No hubiera creído nunca que con esta clase de asuntos se pudiera conseguir una suma así… ¡Cincuenta rublos!… ¡No gana tanto un hombre!… ¡Beba, por favor! ¡Se lo ruego!…

La casamentera bebió de nuevo sin rechistar. Stichkin la miró en silencio de pies a cabeza y repitió:

—¡Cincuenta rublos!… o sea seiscientos rublos al año… ¡Beba, por favor! ¡Se lo ruego! Con semejantes ganancias, ¿sabe, Liubov Grigarievna, que no le sería difícil conseguir un buen partido?

—¿A mí?… —rió la casamentera—. ¡Ya soy vieja!

—Nada de eso… Tiene usted buena contextura, un rostro lleno, blanco…

La casamentera se azoró. Stichkin se azoró también y se sentó a su lado.

—Usted puede gustar todavía —dijo—. Si encontrara usted un marido reposado, serio, cuidadoso… podría usted agradarle mucho, y con su sueldo y

con el de él… vivirían los dos muy unidos.

—¡Qué cosas está diciendo, Nikolai Nikolaich!…

—¿Yo?… Yo no digo nada…

Se hizo un silencio. Stichkin empezó a sonarse ruidosamente, mientras la casamentera, poniéndose colorada y hablando como a quien le da vergüenza lo que va a decir, preguntó:

—¿Y usted cuánto gana, Nikolai Nicolaich?…

—¿Yo?… Setenta y cinco rublos y los aguinaldos. Las velas de esperma y las liebres nos dejan también alguna ganancia…

—¿*Es* usted cazador?…

—*No. Ll* amamos liebres a los viajeros que no llevan billete.

Transcurrió otro minuto de silencio. Stichkin, nervioso, se levantó y empezó a pasear por la habitación.

—No busco una esposa joven —dijo—. Soy hombre de alguna edad… y necesito una mujer… como, por ejemplo, usted… Una mujer seria…, reposada…, de su contextura…

—¡Qué cosas está usted diciendo! —dijo con una risita la casamentera, ocultando el rostro en el pañuelo color carmesí.

—Y después de todo, ¿para qué pensarlo tanto? Me agrada usted mucho y sus cualidades me resultan muy adecuadas… Yo soy un hombre reposado… sobrio…, y si le agrado a mi vez…, ¿qué otro mejor podría encontrar?… Permítame que le haga una proposición de matrimonio.

La casamentera sorbió unas cuantas lágrimas, rió y, en señal de conformidad, chocó su copa con la de Stichkin.

—¡Bien! —dijo feliz el interventor—. Permítame ahora que le explique el género de vida y comportamiento que deseo de usted… Yo soy un hombre serio, sólido, reposado… Todo lo considero desde un noble punto de vista y deseo que mi mujer sea igualmente rigurosa; que para ella sea yo el primero y que comprenda que soy su bienhechor.

Y el interventor, sentándose, empezó a exponer a su novia sus puntos de vista sobre la vida de familia y las obligaciones de la esposa.

UN INFORME

ERA mediodía. El terrateniente Voldirev, hombre alto, robusto, de pelo rapado y ojos saltones, se quitó el abrigo, se enjugó la frente con el pañuelo de seda y entró en el despacho con cierta precaución. Las plumas chirriaban.

—¿Dónde podría pedir un informe? —dijo dirigiéndose al portero, que venía del fondo del despacho transportando una bandeja con vasos—. Necesito obtener un informe y una copia de las disposiciones de la *Gaceta*.

—Sírvase pasar por aquí, señor. Vaya a ése que está sentado junto a la ventana —dijo el portero Indicando con la bandeja la última de aquéllas.

Voldirev tosió y se dirigió hacia allí. Al lado de una mesa verde, salpicada de motas como de tifus, estaba sentado un joven. Tenía este joven cuatro mechones de pelo en la cabeza, una larga y granujienta nariz e iba vestido con uniforme descolorido. Con la gran nariz metida entre los papeles, escribía. Por la ventanilla derecha de aquella nariz paseaba una mosca, lo que le hacía a cada momento estirar el labio inferior y soplar bajo ella, comunicando con este gesto a su rostro un aire de suma preocupación.

—¿Podría yo, aquí…, pedir a usted… —dijo Voldirev— un informe en relación con mi asunto? Soy Voldirev… Quisiera al mismo tiempo una copia de las disposiciones de la *Gaceta* del dos de marzo…

El funcionario mojó la pluma en el tintero y la miró para ver si había cogido demasiada tinta. Después de asegurarse de que no había peligro de que goteara, continuó haciéndola chirriar. Su labio se estiró, aunque ya no le era necesario soplar, pues la mosca se le había posado en la oreja.

—¿Podría pedir aquí un informe? —repitió Voldirev al cabo de un minuto —. Soy Voldirev…, el terrateniente.

—¡Iván Alekseich! —dijo en voz alta el funcionario, como si no hubiera reparado en la presencia de Voldirev—. Cuando venga el comerciante Talikov… hay que decirle que la copia de la instancia… tiene que ir legalizada por la Policía. ¡Se lo he dicho mil veces!

—Yo… En relación con mi pleito con los herederos de la princesa Ougunna… —masculló Voldirev—. Es asunto conocido de ustedes… Encarecidamente le ruego que me atienda.

El funcionario, siempre sin reparar en Voldirev, atrapó la mosca sobre su labio, la miro y la tiró al suelo. El terrateniente tosió y se sonó ruidosamente con un pañuelo a cuadros. Tampoco esto le fue de ninguna utilidad. Continuaban sin escucharle. El silencio se prolongó durante unos dos minutos. Voldirev sacó un billete de un rublo y lo puso sobre un libro abierto ante el funcionario. El funcionario arrugó la frente, atrajo hacia sí el libro con cara preocupada y lo cerró.

—Es un pequeño informe… Quisiera tan sólo saber… en qué fundamentan los herederos de la princesa Gugulina… ¿Puedo molestarle?

Pero el funcionario, sumido en sus pensamientos, se había levantado y rascándose un codo se dirigía al armario en busca de algo. Al volver al cabo de un minuto volvió a hacerse cargo del libro sobre el que descansaba otro billete de un rublo.

—Le molestaré tan sólo un minuto… No quiero más que pedirle un pequeño informe…

El funcionario no oía. Empezó a copiar. Voldirev hizo una mueca de disgusto y contempló con desaliento a toda aquella hermandad de chirriantes.

—¡Y siguen escribiendo!… ¡Que se vayan al diablo!

Se alejó de la mesa y, deteniéndose en el centro de la habitación, dejó caer los brazos con gesto desesperado. El portero, que pasaba de nuevo por allí transportando más vasos, observó sin duda la expresión de desamparo de su rostro, porque se aproximó a él y desde muy cerca le preguntó en voz baja:

—Bueno, ¿y qué?… ¿Pidió usted el informe?

—Lo he pedido, pero ni siquiera han querido hablarme.

—Tiene usted que dar tres rublos —susurró el portero.

—¡Ya he dado dos!

—Tiene que dar más.

Voldirev se dirigió otra vez a la mesa y puso sobre el libro abierto un billete verde[21].

El funcionario atrajo de nuevo hacia sí el libro, empezó a hojearlo y de pronto, como por casualidad, levantó los ojos hasta Voldirev. Su nariz relució, enrojeció y se encogió en una sonrisa.

—¡Ah!… ¿Qué se le ofrece? —preguntó.

—Desearía pedir un informe en relación con un asunto mío. Soy Voldirev.

—Con mucho gusto, caballero. ¿Es algo referente al asunto Gugulina?… Muy bien, caballero. Dígame entonces lo que desea…

Voldirev expuso su petición.

El funcionario, reanimado como si un vendaval hubiera soplado sobre él, entregó el informe, dio orden de que sacaran la copia y ofreció una silla al solicitante; todo ello en un momento. Hasta conversó con él sobre el tiempo y se informó del estado de la cosecha. Cuando se retiró Voldirev, le acompañó mientras bajaba la escalera, sonriéndole amable y respetuosamente, como el que está dispuesto a arrojarse a las plantas del solicitante. Sin saber por qué, Voldirev se sentía confuso. Obedeciendo a un sentimiento interior sacó un rublo del bolsillo y se lo dio al funcionario. Éste, que continuaba saludando y sonriendo, lo aceptó, y el rublo pasó por el aire con la misma rapidez con que hubiera pasado por la mano de un prestidigitador.

—¡Vaya gentecita! —pensó el terrateniente al salir a la calle, parándose a enjugarse la frente con el pañuelo.

UN HOMBRE CONOCIDO

LA encantadora Vanda (o, según su pasaporte, la honorable ciudadana Nastasia Kanavkina) al salir del hospital encontróse en una situación como jamás se habla encontrado antes. Sin casa y sin un céntimo. ¿Qué hacer?…

Lo primero que se le ocurrió fue dirigirse a la casa de préstamos y empeñar su sortija de turquesas, su única alhaja. Le dieron por ella un rublo, pero… ¿qué se puede comprar con un rublo?… Por ese dinero no se puede comprar una chaquetita corta a la moda…, ni un sombrero…, ni unos zapatos de color bronce…, y sin esas cosas ella se sentía como desnuda. Le parecía que no sólo la gente, sino hasta los caballos y los perros, la miraban y se reían de la sencillez de su vestido. Lo único que la preocupaba era el vestido. La cuestión de cómo iba a comer o de dónde iba a pasar la noche no la inquietaba lo más mínimo.

—¡Si al menos me encontrara con algún conocido!…, le pediría dinero… Ninguno me lo rehusaría.

Pero los hombres conocidos no aparecían por ninguna parte. No sería difícil encontrarlos por la noche en el *Renaissance*, pero en el *Renaissance* no se dejaba entrar a nadie vestido tan sencillamente y sin sombrero. ¿Qué hacer entonces?… Después de una larga indecisión y cuando ya se sentía harta de andar, de estar sentada y de pensar, Vanda resolvió emplear un último recurso… Iría a casa de uno de sus conocimientos y le pediría dinero.

«¿A quién podré dirigirme? —meditaba—. A casa de Mischa no es posible. Tiene familia. En cuanto al viejo del pelo rojo…, estará a estas horas ocupado en su despacho…».

Vanda se acordó de pronto del dentista Finkel, un judío converso que hacía unos tres meses le había regalado una pulsera y al que una vez, cenando en el Círculo alemán, había echado un vaso de cerveza por la cabeza.

El recuerdo de este Finkel la alegró muchísimo.

«Estoy segura de que me dará dinero. Lo importante es encontrarle —pensaba camino de su casa—. Si no me da nada, le romperé todas las

lámparas».

Al acercarse a la casa del dentista llevaba ya su plan preparado. Riendo subiría la escalera a toda prisa, entraría volando en su consulta y con tono exigente le pediría veinticinco rublos. Este plan, sin embargo, cuando puso la mano sobre la campanilla pareció salírsele solo de la cabeza. Empezó de repente a sentir miedo, a ponerse nerviosa y a acobardarse; cosa que antes nunca le ocurría. Únicamente entre gente borracha era valiente y descarada; pero así…, con un vestido sencillo y en un papel de vulgar solicitante al que se puede no recibir, se sentía tímida e insignificante.

«Puede que ya no se acuerde de mí —pensaba, sin decidirse a tirar del cordón de la campanilla—. Y ¿cómo voy a entrar en su casa con este vestido? ¿Como una mendiga o una pequeña burguesa?…».

Y llamó muy indecisa. Al otro lado de la puerta sonaron pasos. Era el portero.

—¿Está en casa el doctor? —preguntó.

Ahora le hubiera gustado mucho más que el portero la dijera que no; pero éste, en lugar de darle tal contestación, la hizo pasar al recibimiento y la ayudó a quitarse el abrigo. La escalera le pareció lujosa y magnífica; pero de todo aquel lujo lo que más la llamo la atención fue el gran espejo, en el que vio reflejada a una figura deslucida, sin sombrero alto, sin chaquetón a la moda y sin zapatos color bronce. Encontraba extraño que ahora, por estar vestida pobremente y parecer una costurerita o una lavandera, se despertara dentro de ella aquel sentimiento de vergüenza; se sintiera sin ánimo y sin valentía y ya no se llamara a sí misma con el pensamiento Vanda, sino como antes, Nastia Kanavkina.

—Tenga la bondad de entrar —dijo la doncella acompañándola hasta la consulta—. El doctor viene en seguida…

Vanda tomó asiendo en la mullida butaca.

«Esto es lo que le diré… Haga el favor de prestarme… La cosa es correcta, puesto que me conoce… ¡Si siquiera se marchara la doncella!… ¡Delante de ella es molesto!… ¿Para qué estará aquí?».

Al cabo de cinco minutos la puerta se abrió, y entró Finkel, un judío converso de alta estatura, moreno, con grasientas mejillas y ojos saltones. Las mejillas, los ojos, el vientre, las gruesas caderas…, todo en él respiraba satisfacción y era asqueroso y severo. En el *Renaissance* y en el Círculo alemán solía ser algo bebedor, gastaba mucho con las mujeres y soportaba con paciencia sus bromas. (Por ejemplo cuando Vanda le echó aquella cerveza por la cabeza, lo único que hizo fue sonreír y amenazarla con el

dedo). En cambio ahora tenía un aspecto taciturno y soñoliento, y su mirada, mientras masticaba algo, era importante y fría, como la de un jefe.

—¿Qué desea? —preguntó sin mirar a Vanda.

Vanda vio el rostro serio de la doncella, el aire satisfecho de Finkel, que al parecer no la había reconocido, y enrojeció.

—¿Qué desea usted? —repitió él, comenzando a impacientarse.

—Me… duelen las muelas… —murmuró Vanda.

—¡Hum!… ¿Qué muelas?… ¿Dónde?

Vanda se acordó de que tenía una carie en una de ellas.

—Abajo…, a la derecha.

— ¡Hum!… ¡Abra la boca!

Finkel frunció el entrecejo, retuvo la respiración y se puso a examinar con detenimiento la muela enferma.

—¿Duele? —preguntó hurgando en ella con un hierrecito.

—Duele —mintió Vanda.

«Si le digo algo…, con seguridad me reconocerá en seguida —pensó—; pero… y la doncella, ¿para qué estará ahí?».

Finkel, de pronto, sopló como una locomotora directamente sobre su boca y dijo:

—No le aconsejo que se la empaste… ¡Ya no le va a servir de nada!

Después de hurgar un poco más en ella y de manchar los labios y las encías de Vanda con sus dedos sucios de tabaco, volvió a retener la respiración y le metió en la boca algún objeto frío. Vanda sintió de repente un terrible dolor, lanzó un grito y agarró la mano de Finkel.

—No es nada…, no es nada… No se asuste —masculló éste—. ¡Esa muela ya no le iba a servir para nada!… ¡Hay que ser valiente!

Y los dedos sucios de tabaco, ensangrentados, presentaron la muela ante sus ojos, mientras la doncella le acercaba a la boca una taza.

—Enjuáguese con agua fría para que deje de sangrar.

Su actitud era la del hombre que esperaba se marchara pronto y le dejara tranquilo.

—Adiós —dijo Vanda dirigiéndose a la puerta.

— ¡Hum!… Y ¿quién va a pagarme el trabajo? —dijo Finkel en tono risueño.

—¡Ah, sí!… —recordó Vanda, enrojeciendo.

Y dio al dentista el rublo recibido por la sortija de turquesa.

Cuando salió a la calle se sentía aún más avergonzada que antes; pero ya no era su pobreza lo que le avergonzaba…, ya no pensaba en que no llevaba

un sombrero alto ni una chaquetita a la moda. Iba por la calle escupiendo sangre, y cada uno de aquellos esputos rojos le hablaba de su vida, de su mala y penosa vida, de las ofensas que había soportado y de las que soportaría mañana, dentro de una semana, dentro de un año, toda su vida y hasta la misma muerte.

«¡Oh, qué miedo de todo esto! ¡Qué horrible, Dios mío!».

Al día siguiente, sin embargo, estaba ya bailando en el *Renaissance*. Llevaba un nuevo, bonito y enorme sombrero, una nueva chaquetita a la moda y unos zapatos de color bronce. La obsequiaba con aquella cena un joven comerciante recién llegado de Kasañ.

DEL DIARIO DE UN AYUDANTE DE CONTABLE

11 de mayo de 1863: Nuestro sexagenario contable Glotkin, como tenía tos, ha bebido leche con coñac. Le ha dado la fiebre blanca. Los médicos afirman, con su seguridad de siempre, que se morirá mañana. ¡Por fin seré contable! Es un puesto que me ha sido prometido hace tiempo.

El secretario Kiescher tiene que comparecer ante los tribunales por haber pegado a un solicitante que le llamo *burócrata*. Por lo visto, ya ha sido llamado a juicio.

He tomado *dekokt* para el catarro intestinal.

3 de agosto de 1865: Al contable Glotkin le ha vuelto a doler el pecho. Ha empezado a toser y está bebiendo leche con coñac. Si se muere, el puesto será mío. Tengo algunas esperanzas, aunque débiles, pues, según parece, la fiebre blanca no siempre es mortal. Kiescher arrancó de un tirón la letra al armenio y la rompió. Quizá el asunto vaya al juzgado. Una viejecita (Gunevna) me decía ayer que lo que yo tengo no es catarro intestinal, sino hemorroides internas. Puede que tenga razón.

30 de junio de 1867: Escriben de Arabia que allí hay cólera. Quizá llegue hasta Rusia, con lo que quedarán muchos empleos vacantes. Puede que entonces muera el viejo Glotkin y a mí me den el puesto de contable. ¡Qué longevidad la del hombre! ¡Vivir tanto, a mi parecer, es hasta inmoral!

No sé qué tomar para ese catarro. Tal vez granos de cipresillo.

2 de enero de 1870: El perro se ha pasado la noche aullando en el patio de Glotkin. Mi cocinera Pelagea dice que esto es un presagio seguro. Hasta las dos de la mañana he estado hablando con ella de que cuando sea contable me compraré una pelliza forrada de piel y un gorro. Quizá también me case. ¡Claro que no con una mujer joven! (ya no tengo edad para ello), sino con una viuda.

Aver Klescher fue echado del Círculo porque contó en voz alta una anécdota inconveniente y porque tomó a broma el patriotismo del miembro de

la diputación comercial, Poniujov. Éste dicen que ha presentado una querella. Pienso ir a consultar al doctor Botkin sobre mi catarro. Dicen que lo cura muy bien.

4 de junio de 1878: Escriben de Vetlianka que allí reina la peste y que la gente se muere a montones. Por ese motivo Glotkin se ha puesto a beber *vertzovka*[22]. ¿Pero de qué le puede servir ya la *vertzovka* a un hombre tan viejo?… Si la peste llega hasta aquí, es seguro que seré contable.

4 de junio de 1888: Glotkin se está muriendo. Estuve en su casa y le pedí perdón, con lágrimas en los ojos, por haber esperado con tanta impaciencia su muerte. Con gran magnanimidad me perdonó, también entre lágrimas, y me aconsejó tomara café de bellotas para el catarro.

Klescher ha estado a punto otra vez de ser llevado a los tribunales. Había empeñado a un hebreo el piano que tenía alquilado. A pesar de todo, ya tiene la Stanislav[23] y el grado de asesor colegiado. ¡Las cosas que pasan en este mundo son asombrosas!

«Tómense dos onzas de hinojo, onza y media de galanga, una onza de vodka fuerte. Mézclese todo en una botella de vodka y bébase para el catarro una copa en ayunas».

7 de junio del mismo año: ¡Ayer enterraron a Glotkin!… ¡Ay de mí!… ¡En nada me ha aprovechado la muerte de este viejo!… ¡Por la noche le veo vestido de blanco y haciéndome señas con el dedo! ¡Oh, qué pena!… ¡Qué pena de mí mismo!… ¡Maldito de mí!… ¡El contable no soy yo! ¡El contable es Chalikov!… ¡No ha sido a mí a quien han dado el empleo, sino a un joven, que por tener una tía generala dispone de influencias! ¡Todas mis esperanzas resultaron fallidas!

10 de junio de 1888: A Chalikov se le ha fugado la mujer. El pobre está muy triste. Quién sabe si la pena le hará suicidarse. Si se suicidara, el contable sería yo. Ya se ha empezado a hablar de ello. Esto quiere decir que no hay que perder la esperanza. Aún queda vida por delante y quizá el momento de la pelliza forrada de piel no esté tan lejos. En cuanto al matrimonio…, no soy opuesto a él. ¿Por qué no casarme, si se me presenta una buena ocasión? Eso sí… será preciso aconsejarme de alguien. ¡Es un paso muy serio!

Klescher, en lugar de sus chanclos, se llevó los del consejero secreto Lirmans. ¡Qué escándalo se armó!

El portero Paisii me recomienda el sublimado para el catarro. Probaré.

UN NIÑO MALIGNO

IVÁN Ivanich Liapkin, joven de exterior agradable, y Anna Semionovna Samblitzkaia, muchacha de nariz respingada, bajaron por la pendiente orilla y se sentaron en un banquito. El banquito se encontraba al lado mismo del agua, entre los espesos arbustos de jóvenes sauces. ¡Qué maravilloso lugar era aquél! Allí sentado se estaba resguardado de todo el mundo. Solo los peces y las arañas trotantes, al pasar cual relámpago sobre el agua, podían verle a uno. Los jóvenes iban provistos de cañas, frascos de gusanos y demás atributos de pesca. Una vez sentados se pusieron en seguida a pescar.

—Estoy contento de que por fin estemos solos —dijo Liapkin mirando a su alrededor—. Tengo mucho que decirle, Anna Semionovna…, ¡mucho!… Cuando la vi por primera vez… ¡están mordiendo el anzuelo…!, comprendí entonces la razón de mi existencia… Comprendí quién era el ídolo al que había de dedicar mi honrada y laboriosa vida… ¡Debe ser un pez grande! ¡Está mordiendo!… Al verla…, la amé. Amé por primera vez y apasionadamente… ¡Espere! ¡No tire todavía! ¡Déjele que muerda bien!… Dígame, amada mía…, se lo suplico…, ¿puedo esperar que me corresponda?… ¡No! ¡Ya sé que no valgo nada! ¡No sé ni cómo me atrevo siquiera a pensar en ello!… ¿Puedo esperar que…? ¡Tire ahora!

Anna Semionovna alzó la mano que sostenía la caña y lanzó un grito. En el aire brilló un pececillo de color verdoso plateado.

—¡Dios mío! ¡Es una pértiga!… ¡Ay!… ¡Ay!… ¡Pronto!… ¡Se soltó!

La pértiga se desprendió del anzuelo, dio unos saltos en dirección a su elemento familiar y se hundió en el agua. Persiguiendo al pez, Liapkin, en lugar de éste, cogió sin querer la mano de Anna Semionovna, y sin querer se la llevó a los labios. Ella la retiró, pero ya era tarde. Sus bocas se unieron sin querer en un beso. Todo fue sin querer. A este beso siguió otro, luego vinieron los juramentos, las protestas de amor… ¡Felices instantes!… Dicho sea de paso, en esta terrible vida no hay nadie absolutamente feliz. Por lo general, o bien la felicidad lleva dentro de sí un veneno o se envenena con algo que le viene de afuera. Así ocurrió esta vez. Al besarse los jóvenes se

oyó una risa. Miraron al río y quedaron petrificados. Dentro del agua y metido en ella hasta la cintura, había un chiquillo desnudo. Era Kolia, el colegial hermano de Anna Semionovna. Desde el agua miraba a los jóvenes y se sonreía con picardía.

—¡Ah!… ¿Conque os habéis besado?… ¡Muy bien! ¡Ya se lo diré a mamá!

—Espero que usted…, como caballero… —balbució Liapkin, poniéndose colorado—. Acechar es una villanía, y acusar a otros es bajo, feo y asqueroso… Creo que usted…, como persona honorable…

—Si me da un rublo no diré nada, pero si no me lo da lo contaré todo.

Liapkin sacó un rublo del bolsillo y se lo dio a Kolia. Éste lo encerró en su puño mojado, silbo y se alejó nadando. Los jóvenes ya no se volvieron a besar. Al día siguiente, Liapkin trajo a Kolia de la ciudad pinturas y un balón, mientras la hermana le regalaba todas las cajitas de píldoras que tenía guardadas. Luego hubo que regalarle unos gemelos que representaban unos morritos de perro, por lo visto, al niño le gustaba todo mucho. Para conseguir aún más, se puso al acecho. Allá donde iban Liapkin y Anna Semionovna, iba él también. ¡Ni un minuto les dejaba sólos!

—¡Canalla! —decía entre dientes Liapkin—. ¡Tan pequeño todavía y ya un canalla tan grande! ¿Cómo será el día de mañana?

En todo el mes de junio, Kolia no dejó en paz a los jóvenes enamorados. Les amenazaba con delatarles, vigilaba, exigía regalos… Pareciéndole todo poco, hablo, por último, de un reloj de bolsillo… ¿Qué hacer? No hubo más remedio que prometerle el reloj.

Un día, durante la hora de la comida y mientras se servía de postre un pastel, de pronto, se echó a reír, y guiñando un ojo a Liapkin, le preguntó: «¿Se lo digo?… ¿Eh?…».

Liapkin enrojeció terriblemente, y en lugar del pastel masticó la servilleta. Anna Semionovna se levantó de un salto de la mesa y se fue corriendo a otra habitación.

En tal situación se encontraron los jóvenes hasta el final del mes de agosto…, hasta el preciso día en que, por fin, Liapkin pudo pedir la mano de Anna Semionovna. ¡Oh, qué día tan dichoso aquél!… Después de hablar con los padres de la novia y de recibir su consentimiento, lo primero que hizo Liapkin fue salir a todo correr al jardín en busca de Kolia. Casi sollozó de gozo cuando encontró al maligno chiquillo y pudo agarrarlo por una oreja. Anna Semionovna, que llegaba también corriendo, le cogió por la otra, y era

de ver el deleite que expresaban los rostros de los enamorados oyendo a Kolia llorar y suplicar…

—¡Queriditos!… ¡Preciositos míos!… ¡No lo volveré a hacer! ¡Ay, ay, ay!… ¡Perdonadme!…

Más tarde ambos se confesaron que jamás, durante todo aquel tiempo de enamoramiento, habían experimentado una felicidad…, una beatitud tan grande… como en aquellos minutos, mientras tiraban de las orejas al niño maligno.

¡ERA ELLA!

¡CUÉNTENOS algo, Piotr Ivanovich! —decían las señoritas.

El coronel, retorciéndose el bigote y tosiendo para aclararse la voz, empezó:

—Esto ocurrió en el año mil ochocientos cuarenta y tres, cuando nuestro regimiento se encontraba cerca de Chemstojovo. He de advertirles, señoras mías, que aquel año el invierno era muy crudo; tanto, que no pasaba día sin que a los centinelas se les congelara la nariz o la ventisca borrara con la nieve los caminos. La fuerte helada que había comenzado a caer a finales de octubre se prolongó hasta el mismo abril. He de decirles también que en aquellos tiempos yo no tenía, como ahora, la apariencia de una pipa vieja y ahumada. Imagínense en cambio un hombre joven…, en toda la plenitud de la salud y, en una palabra…, guapo. Este joven se pavoneaba como un pavo real, tiraba el dinero a derecha y a izquierda y se retorcía el bigote como no se lo retorcía ningún suboficial del mundo. Le bastaba con guiñar un ojo, hacer tintinear las espuelas y atusarse el bigote, para que la belleza más orgullosa se le convirtiera en la más obediente ovejilla. Tenía tanta ansia de mujeres como la araña de moscas, y si ahora, señoras mías, fuera a enumerar todas las jovencitas polacas y judías que estaban colgadas de su cuello, me atrevo a asegurar que las matemáticas no hubieran tenido bastantes cifras. Añádase a esto que era entonces ayudante del regimiento, que bailaba perfectamente bien la mazurca y que estaba casado con la mujer más maravillosa (que en paz descanse). De lo travieso que era y de lo loca que era su cabeza, no pueden ustedes hacerse idea. Si en la región se hablaba de alguna historia amorosa, si alguien tiraba de las patillas a un judío o daba de bofetadas a un polaco, ya se sabía que todo aquello había sido asunto del oficial Vivertov.

Mi cargo de ayudante me hacía recorrer frecuentemente la comarca. El motivo del viaje, unas veces era comprar avena o heno: otras, vender a los polacos caballos defectuosos: pero las más de las veces, señoras mías, de lo que se trataba era de galopar, bajo el pretexto del servicio, hacia algún *rendez vous* con jóvenes polacas o de jugar a las cartas en las casas de los ricos

terratenientes. Una noche de Navidad (me acuerdo como si fuera ayer) me dirigía yo desde Chemstojovo a la aldea Schevelki, adonde me conducían necesidades del servicio. He de decirles que el tiempo era insoportable. La helada crujía y se ponía tan enfadada que hacía gruñir a los caballos, mientras que mi cochero y yo, en menos de media hora, nos habíamos convertido en dos témpanos de hielo. ¡Y todavía la helada podía soportarse…, pero imagínense lo que fue cuando a la mitad del camino se levantó la ventisca! Aquel blanco sudario giraba y daba vueltas como el diablo antes de la misa de alba. El viento se lamentaba como si le hubieran separado de su mujer, y el camino había desaparecido. No tardamos más de diez minutos en encontrarnos, el cochero, el caballo y yo, envueltos en nieve.

—Señoría…, hemos perdido el camino —dijo el cochero.

—¡Ah… diablos! ¿Qué es lo que has ido mirando… tonto? Sigue derecho, que puede que demos con alguna vivienda.

Conque así caminamos y caminamos, dando vueltas y más vueltas, hasta que a eso de la media noche nuestros caballos llegaron a las puertas de una hacienda (me acuerdo como si fuera ayer) propiedad del conde Boiadlovsky, un rico polaco. Los polacos y los judíos son para mí lo mismo que la *raíz fuerte* después de la comida, aunque, a decir verdad, los polacos son gente muy hospitalaria, y en cuanto a las polacas, no hay mujeres más ardientes que ellas. Nos hicieron entrar… Como por aquel entonces el conde Boiadlovsky vivía en París, nos recibió su administrador Kasimir Japtzinsky. Me acuerdo que no había pasado todavía media hora cuando ya estaba yo sentado en casa del administrador haciendo la corte a su mujer y bebiendo y jugando a las cartas. Después de ganarme al juego cinco *chervonetz*[24] y de haber bebido bastante, pedí que me indicaran el lugar donde podía dormir. Por no haber sitio en casa del administrador, me prepararon habitación en los aposentos condales.

—¿No les dan a usted miedo los fantasmas? —me preguntó el administrador, acompañándome hasta la pequeña estancia situada junto a una enorme sala vacía, llena de frío y de oscuridad.

—¿Es que hay aquí fantasmas? —pregunté, escuchando cómo el eco repetía mis palabras y mis pasos.

—No sé… —rio el polaco—; pero este lugar me parece el más a propósito para fantasmas y fuerzas malignas.

Yo había bebido bien. Estaba tan ebrio como cuarenta mil zapateros, pero tengo que confesar que aquellas palabras me llenaron de frío. ¡Qué diablos! ¡Prefiero tener que habérmelas con cien circasianos que con un solo fantasma!

¿Qué iba a hacer, sin embargo? Me desvestí y me tumbé en la cama… Mi vela alumbraba escasamente las paredes sobre las que, como pueden ustedes figurarse, pendían retratos de antepasados (cada uno más terrible que el otro), cuernos de caza, armas antiguas y demás fantasmagorías… Reinaba un silencio sepulcral. Tan sólo de la sala inmediata llegaba un ruido de carreras de ratones y un crujido de muebles secos. Lo que pasaba al otro lado de la ventana era infernal. El viento entonaba cánticos funerarios, los árboles se doblaban entre aullidos y llantos. Algo endiablado. Una persiana, sin duda, rechinaba y golpeaba de un modo quejumbroso en la ventana. Añada usted a esto que la cabeza me daba vueltas y el mundo entero con ella… Si cerraba los ojos me parecía que mi cama volaba por toda la casa vacía y jugaba al marro con los espíritus. Para calmar mi miedo, me apresuré a apagar la vela, porque las habitaciones vacías son mucho más terribles con luz que en la oscuridad…

Las tres señoritas que escuchaban al narrador se habían acercado a él y le miraban fijamente.

—Pues bien… —prosiguió el coronel—: a pesar de los esfuerzos que hacía por dormirme, el sueño huía de mí. Tan pronto me figuraba que entraban ladrones por la ventana, como que oía el murmullo de alguna voz o creía que alguien me tocaba en el hombro. En suma: todas esas cosas endiabladas, tan conocidas de los que han pasado por una tensión nerviosa de ese género. Pero figúrense que de pronto, en medio de aquel caos de sonidos, distingo perfectamente un ruido semejante al de unos pies andando en chancletas. ¿Y qué piensan ustedes…? En esto oigo que alguien tose, que se acerca a la puerta y la abre.

—¿Quién está ahí? —pregunto, levantándome.

—Soy yo… No temas —me contestó una voz femenina.

Me dirigí a la puerta… Pasaron unos cuantos segundos y sentí dos brazos femeninos, blandos como el plumón, echarse sobre mis hombros.

—Te quiero… Me eres más precioso que la vida entera —dijo la melodiosa voz femenina.

Un aliento caliente rozó mi mejilla… Olvidándome de la ventisca, de los espíritus y de todo lo que hay en el mundo, rodeé con mi brazo su talle, ¡y qué talle aquel!… ¡Talles así sólo puede crearlos la Naturaleza, y por encargo especial, una vez cada diez años! ¡Fino, cincelado, caliente, efímero como la respiración de una criaturita! No pude contenerme y la estreché fuertemente entre mis brazos… Nuestros labios se unieron en un fuerte y prolongado beso,

y juro por todas las mujeres que hay en el mundo que mientras viva no olvidaré este beso.

El coronel quedó silencioso, bebió medio vaso de agua y prosiguió balando la voz:

—Cuando al día siguiente miré por la ventana, vi que la ventisca arreciaba, por lo que no había posibilidad de marcharse. Tuve que permanecer el día entero en casa del administrador jugando a las cartas y bebiendo. Por la noche ya estaba otra vez en la casa vacía, y al dar las doce abrazaba aquel talle… Sí, señoritas, si no hubiera sido por el amor, me hubiera muerto entonces de aburrimiento. ¡Quién sabe si hasta hubiera llegado a hacer excesos en la bebida!…

El coronel suspiró, se levantó y dio en silencio unos cuantos pasos por el salón.

—Bueno, pero ¿y qué pasó después? —preguntó, impaciente, una de las señoritas.

—Nada. Al día siguiente ya me había vuelto a poner en camino.

—Sí, pero… ¿quién era aquella mujer? —insistió, indecisa, la señorita.

—¿Quién iba a ser?

—No entiendo…

— ¡Pues… mi mujer!

Las tres señoritas se levantaron de un salto, como si hubieran recibido un pinchazo.

—¿Cómo su mujer? —preguntaron todas a la vez.

—¡Pero, Dios mío!… —dijo enojado el coronel, encogiéndose de hombros—, ¿Qué hay en ello de extraordinario? Creo, sin embargo, haberme explicado con suficiente claridad… Yo iba a Schevelki con mi mujer… Ella pasaba también la noche en la casa vacía, en la habitación contigua… ¿Está claro?

—¡Ah! —dijeron a coro las señoritas, dejando caer las manos con desencanto—. Había usted empezado muy bien, pero la terminación… ¡Vaya un final!… ¡Su mujer!… Perdone, pero eso ya no resulta Interesante ni inteligente.

—¡Qué cosa más particular!… Entonces, según eso, ¿ustedes hubieran preferido que no se hubiera tratado de mi mujer legitima, sino de cualquier otra mujer?… ¡Ah señoritas, señoritas!… ¡Si piensan así ahora, cómo van a pensar cuando se casen!…

Las señoritas se azararon y quedaron calladas y enfurruñadas, frunciendo el entrecejo. Completamente desilusionadas, empezaron a bostezar

ruidosamente.

Durante la cena no comieron nada, y haciendo bolitas de pan guardaron silencio.

—Sí —no pudo menos de decir una de ellas—. Ha sido casi una frescura. Si tenía ese final, ¿qué necesidad había de contarlo? Es una historia que no tiene ningún interés. ¡Hasta resulta rara!

—¡Empezarla de un modo tan sugestivo para luego cortarla de repente!… —añadió otra—. Ha sido una burla y nada más.

— ¡Bueno! ¡Bueno!… ¡He estado bromeando!… —dijo el coronel—. ¡No se enfaden ustedes; señoritas, que fue una broma!… ¡Aquella mujer no era mi mujer, sino la del administrador!…

—¿Sí?…

Las señoritas se animaron de pronto, sus ojos brillaron, se acercaron al coronel y, sirviéndole vino, empezaron a asediarle a preguntas. El aburrimiento había desaparecido y la cena desapareció también muy pronto, pues las señoritas se pusieron a comer con gran apetito.

EN EL DEPARTAMENTO DE CORREOS

HACE pocos días enterramos a la joven esposa de nuestro viejo compañero Sladkopertzev. Después del entierro de aquella belleza, y según costumbre seguida por nuestros padres y abuelos, nos reunimos en el departamento de Correos para *honrar su memoria*. Cuando se sirvieron los *blini*[25], el viejo viudo se echó a llorar, y dijo:

—¡Estos *blini* tan sonrosados me recuerdan a la difunta! ¡Son igual de bonitos! ¡Exactamente igual!

—En efecto —asintieron los que honraban la memoria de ésta—, tenía usted una mujer que era realmente una belleza. ¡Una mujer de primera clase!

—Sí, señores… Al verla quedaba todo el mundo asombrado… Pero yo no la quería por su belleza ni por su buen carácter. Esas dos cualidades son comunes a cualquier naturaleza femenina y se encuentran con bastante frecuencia en la vida. La quería por otra cualidad de su alma. Quería a la difunta porque, a pesar de la viveza y animación de su carácter, era fiel a su marido. Me era fiel, aunque sólo tenía veinte años, mientras que yo estoy próximo a cumplir los sesenta. ¡A mí…, un viejo…, me era fiel!…

El diácono, que comía con nosotros, expresó su duda con una tos y un mugido elocuentes.

—¿Quiere usted decir que no lo cree? —dijo el viudo, dirigiéndose a él.

—No es que no lo crea —se azaró el diácono— Pero es que hoy en día las mujeres jóvenes… son demasiado *rendez vou* s…, demasiado *sauce provençale*…

—Pues aunque lo dude, se lo he de demostrar. Yo me valía de distintos medios…, llamémoslos estratégicos…, como una especie de fortificación…, para sostener su fidelidad. Con aquel proceder y con mi astucia no había posibilidad de que mi mujer me engañara jamás. Defendía mi vida matrimonial empleando la astucia. Utilizaba unas palabras…, como una contraseña… Sabía que me era suficiente pronunciar una sola de aquellas palabras para poder dormir tranquilo en lo tocante a su fidelidad.

—¿Y qué palabras eran ésas?

—Las más sencillas. Hice correr un rumor maligno por la ciudad. Un rumor que les es a ustedes muy conocido. A todos iba diciendo: «Mi mujer, Alena, tiene relaciones amorosas con nuestro jefe de Policía, Iván Alekseich Salijvatsky». Estas palabras bastaban. Por miedo a la ira del jefe de Policía, no había un solo hombre que se atreviera a hacer la corte a Alena. Hasta se daba el caso de que salieran huyendo cuando la veían para no dar que pensar a Salijvatsky. ¡Je… je…, je!… ¡Porque eso sí!… ¡Si alguno se hubiera tropezado con ese ídolo bigotudo, lo hubiera pasado muy mal! ¡Por menos de nada es capaz de echarte encima cinco denuncias oficiales amparándose en la cuestión sanitaria…, o de, si ve tu gato en la calle, denunciártelo como si se tratara de una bestia vagabunda!

—¿Su mujer no tenía entonces relaciones con Iván Alekseich? —nos asombramos.

—¡Qué iba a tener, señores! ¡Todo era astucia mía! ¡Je…, je…, je…!… ¿Verdad, jóvenes, que los he tenido muy bien engañados?… ¡Así es!

Transcurrieron cerca de tres minutos en silencio. Estábamos sentados, callados, dolidos y a la vez avergonzados de que aquel viejo gordo de la nariz colorada hubiera sabido engañarnos de modo tan taimado.

—Bien. Si Dios quiere, te volverás a casar —gruñó el diácono.

EL MARIDO

EL regimiento de caballería de N***. que estaba de maniobras, se detuvo a hacer noche en la pequeña ciudad de K***.

Un hecho de tal magnitud como el que los señores militares pernocten en determinado lugar, actúa siempre sobre los habitantes de éste con una fuerza excitante e inspiradora. Ni los comerciantes que sueñan con dar salida a un viejo y mohoso salchichón y a unas sardinas de *la mejor clase* que descansan hace ya diez años en las estanterías, ni los taberneros, ni demás industriales, cierran sus establecimientos en toda la noche. El jefe militar, el ayudante y la guarnición de la localidad visten sus mejores uniformes. La Policía va de aquí para allá como atontada, ¡y en cuanto a las damas!… ¡El diablo sabe lo que les pasa!

Las damas de la ciudad de K***, al oír que se acercaba el regimiento, abandonaron las calientes cacerolas en las que cocían sus mermeladas y salieron corriendo a la calle. Olvidadas de su *deshabille* y aspecto desarreglado, jadeantes o suspenso el aliento, se apresuraron a salir al encuentro del regimiento, al tiempo que escuchaban con avidez los acordes de la marcha militar. Mirando sus pálidos e inspirados rostros podía pensarse que aquellos sonidos que traía el aire no procedían de las trompetas de los soldados, sino del cielo.

—¡El regimiento! —decían alegres—. ¡Viene el regimiento!

¿Qué podría importarles, en verdad, un regimiento arribado por puro azar y que a la mañana siguiente había de marcharse otra vez?

Cuando más tarde los señores militares, reunidos en el centro de la plaza y con las manos a la espalda discutían la cuestión del alojamiento, todas, sentadas, en casa de la mujer del juez, prodigaban sus críticas al regimiento.

Ya se habían enterado, sabe Dios cómo, de que el jefe era casado, pero que no vivía con su mujer: de que al oficial mayor le nacía cada año un niño muerto: de que el ayudante estaba desesperadamente enamorado de una condesa, e incluso una vez, al parecer, había intentado suicidarse. ¡Todo lo sabían! Cuando un soldado picado de viruelas y con una camisa roja pasó

corriendo bajo las ventanas, supieron perfectamente que aquel soldado era el ordenanza del suboficial Rimsov, y que recorría la ciudad buscando para su señor *vodka* inglesa, a crédito. En cuanto a los oficiales, aunque sólo los habían visto pasar y de espaldas, ya habían decidido que entre ellos no había ninguno guapo ni interesante… Después de charlar a sus anchas, hicieron venir al jefe militar y a los principales del Círculo de la localidad y les ordenaron que organizaran un baile, costara lo que costara. Su deseo quedó cumplido. Cerca de las nueve de la noche, ya en la calle, delante del Círculo, retumbaba la banda militar y dentro de él los señores oficiales bailaban con las damas de la ciudad de K***. Éstas, a las que parecía habían crecido alas, embriagadas de baile, de música y de sonido de espuelas, se entregaban con toda su alma a aquella amistad pasajera, olvidándose por completo de sus familiares civiles. Los padres y maridos, relegados al último plano, se agrupaban en la antesala, donde había sido instalado un raquítico *buffet*. Todos estos hombres, tesoreros, secretarios, inspectores…, toda esta gente bebedora, hemorroidaca, de aspecto atalegado, se daba perfecta cuenta de su inferioridad, y sin entrar en la sala se contentaban con mirar desde lejos cómo sus hijas y mujeres bailaban con los hábiles y apuestos militares.

Entre los maridos se encontraba el empleado del Estado Kirill Petrovich Schalikov, individuo borracho, de miras estrechas y malignas, de gran cabeza rapada y grasosos y colgantes labios. En un tiempo había estudiado en la Universidad, leído a Pisarev y a Dobroliubov y cantado canciones; pero ahora, cuando hablaba de sí mismo, decía ser asesor colegiado y nada más. Estaba en pie, apoyado en el quicio de la puerta, y no apartaba los ojos de su mujer. Ésta, Anna Palovna, mujer morena, de pequeña estatura, de unos treinta años, nariz larga y puntiaguda barbilla, empolvada y encorsetada, bailaba sin parar un momento. Le cansaba el baile, pero aquel cansancio era sólo del cuerpo, no del alma. Toda su figura expresaba entusiasmo y deleite. Su pecho respiraba nervioso; sobre sus mejillas aparecían manchitas rojas, y sus movimientos eran lánguidos y blandos. Se veía que la danza le hacía recordar su pasado, aquel pasado lejano en el que, mientras bailaba en las fiestas del Instituto, soñaba con una vida alegre y lujosa y se sentía segura de que su marido habría de ser sin duda alguna un barón o un príncipe.

El asesor la miraba, y su malignidad le hacía hacer muecas de desagrado. No sentía celos, pero en primer lugar le resultaba desagradable que, por culpa de aquel baile, no hubiera sitio libre donde jugar a las cartas; en segundo, detestaba la música militar, y, en tercero, le parecía que los señores oficiales se comportaban con excesiva altanería y desprecio hacia los civiles. Pero

sobre todo, en cuarto lugar, le Indignaba e irritaba la expresión de beatitud que veía reflejada en el rostro de su mujer…

»Da asco mirarla —mascullaba—. Está para cumplir los cuarenta, no tiene ningún atractivo y hay que verla, sin embargo… ¡Se ha empolvado… se ha rizado… y se ha encorsetado! Coquetea…, habla con afectación y se figura que le sale muy bien… "¡Oh señora!… ¡Es usted maravillosa!…".

Anna Pavlovna, mientras tanto, estaba tan embriagada de baile que ni una sola vez miró a su marido.

«¡Es natural!… ¡Cómo nosotros, *mujicks*, vamos a poder competir!… —pensaba agriamente el asesor—. Estamos fuera de concurso… Somos unas focas…, unos sosos provincianos… ¡En cambio, ella es la reina de la fiesta!… ¡Se conserva tan joven que hasta a los militares interesa! ¡Quién sabe si no tendrán inconveniente en enamorarse de ella!…».

Mientras se bailaba la mazurca, la malignidad contorsionaba el rostro del asesor. La pareja de Anna Pavlovna era un oficial cetrino, de ojos saltones y pómulos de tártaro. Sus pies trabajaban con estudiada gravedad, ponía una cara severa y hacía tales cosas con las piernas que parecía un muñeco de cordel. A su vez, Anna Pavlovna, pálida, temblorosa, con el cuerpo lánguidamente doblado y poniendo los ojos en blanco, se esforzaba en aparentar que no rozaba la tierra y podía asegurarse que en aquel momento no se creía sobre ella, en un Círculo provinciano, sino en algún lugar muy lejos…, muy lejos…, por encima de las nubes. ¡Ya no era sólo su rostro, sino todo su cuerpo, lo que expresaba beatitud!

El asesor no lo pudo soportar más. Tenía gana de burlarse de aquella beatitud, de hacer sentir a Anna Pavlovna que se había olvidado de la realidad, que la vida no era tan maravillosa como ahora se le antojaba…

«Espera…, que ya te enseñaré yo a sonreír beatíficamente… —mascullaba—. Ya no eres una colegiala, ni una niña… Has de comprender lo fea que eres, vieja carofla».

Los mezquinos sentimientos de envidia, enojo, amor propio herido y aborrecimiento ruin y miserable de la Humanidad, que el *vodka* y la vida sedentaria hacen nacer en los pequeños funcionarios, se revolvían dentro de él como ratones.

Esperó a que acabara la mazurca, entró en la sala y se dirigió a su mujer. Anna Pavlovna, sentada al lado de su caballero, se abanicaba, entornaba los ojos con coquetería y refería que en tiempos había bailado en Petersburgo (frunciendo los labios en forma de corazón pronunciaba «Plutiurbiurgo»),

—Aniuta, nos vamos a casa —dijo con ronca voz el asesor.

Al ver ante sí a su marido, Anna Pavlovna se estremeció como si se acordara de pronto de que, efectivamente, tenía un marido. Luego se sonrojó. Se avergonzaba de aquel marido tan bebedor, tan taciturno y tan vulgar…

—Vámonos a casa —repitió el asesor.

—¿Por qué? ¡Todavía es muy temprano!

—Te ruego que nos vayamos a casa —dijo el asesor alargando las sílabas y con aviesa expresión.

—Pero ¿por qué? ¿Es que ha ocurrido algo? —se inquietó Anna Pavlovna.

—No ha ocurrido nada…, sólo que deseo que te vayas a casa. Ahora mismo. Lo deseo, y con eso está dicho todo. Por favor, no se hable más.

Anna Pavlovna no temía a su marido, pero se sentía avergonzada ante el caballero, que miraba sorprendido y burlón al asesor. Levantándose llevó a un lado a su marido.

—¿Qué estás inventando? ¿Para qué tengo que irme a casa? ¡No son ni siquiera las once!

—Lo deseo y basta. Haz el favor de venirte y nada más.

—Basta de tonterías. Ve tú solo si quieres.

—Está bien… Prepárate entonces a que arme un escándalo.

El asesor veía borrarse lentamente la expresión beatifica del rostro de su mujer, la veía sufrir, veía cuánta era su vergüenza, y su alma sentía un alivio.

—¿Qué falta te hago yo? —pregunta la mujer.

—No me haces falta: pero deseo que estés en casa. Lo deseo y se acabó.

Anna Pavlovna, al principio, no quería escuchar; luego empezó a suplicar a su marido para que le permitiera quedarse, aunque sólo fuera media hora. Sin saber ella misma por qué lo hacía, empezó a disculparse, a asegurar… Todo ello en voz baja y sonriendo, para que los presentes no pudieran pensar que entre ella y su marido había alguna mala inteligencia. Empezó a prometerle que se quedarla muy poco…, sólo diez…, sólo cinco minutos… Pero el asesor, tercamente, no cedía.

—Haz lo que quieras, quédate; pero yo, desde luego, daré un escándalo.

Mientras hablaba con su marido, Anna Pavlovna parecía más delgada, más vieja. Pálida, mordiéndose los labios y casi llorando, salió al vestíbulo y empezó a disponerse para marchar…

—Pero ¿adónde os vais? —preguntaban asombradas las damas de la ciudad de K***—. ¿Adónde va usted, Anna Pavlovna…, querida?

—Le duele la cabeza —contestaba por su mujer el asesor.

Desde que salió del Círculo hasta que llegó a su casa, el matrimonio caminó en silencio. El asesor iba detrás de su mujer, miraba su encorvada, afligida y empequeñecida figurita, recordaba la expresión de beatitud que tanto le molestara antes en el Círculo y la idea de que ésta ya no existía llenaba su alma de un sentimiento de triunfo. Una cosa faltaba, sin embargo, para su contento. Quisiera volver al Círculo y hacer sentir a todos su aburrimiento y amargura. ¡Que supieran todos cuán nula es la vida cuando se camina en la oscuridad por la calle, oyendo sollozar al barro bajo los pies y sabiendo que al despertar otra vez a la mañana siguiente no ha de haber ante sí más que vodka y naipes! ¡Oh, qué horrible!… Anna Pavlovna andaba penosamente. Aún bajo la impresión del baile, de la música, de las conversaciones, del brillo y del ruido se preguntaba, mientras caminaba, *por qué Dios la castigaría…*

Amargada, oprimida y dolida por el odio con que escuchaba los pasos de su marido, guardaba silencio esforzándose en encontrar las palabras más mordaces, más venenosas, para decírselas, pero reconociendo al mismo tiempo que no habría palabra que le hiriera… ¿Qué eran las palabras para él?… ¡Situación más desamparada no hubiera podido inventarla el peor enemigo! Mientras tanto, retumbaba la música, y música y oscuridad estaban llenas de los sonidos más encendidos… más invitadores a la danza.

MEDIDAS SANITARIAS

La pequeña ciudad de N***, que según palabras del vigilante de la prisión del lugar, no se encuentra en el mapa ni aun buscándola con telescopio, está bañada por el sol del mediodía. Todo en ella es silencio y tranquilidad. Procedente de la Diputación y camino de la plaza en que se encuentran los comercios, marcha lentamente la Comisión de Sanidad, compuesta, del médico del lugar, del inspector de Policía, de dos miembros de la Diputación y de un delegado comercial. Detrás de ellos van los guardias urbanos. La ruta de la Comisión, como la ruta del infierno, está sembrada de buenísimas intenciones. Los sanitarios gesticulan y conversan sobre la suciedad, la pestilencia, las medidas rigurosas a adoptar y demás materias relacionadas, con el cólera. Cuanto se dice es a tal punto atinado, que el inspector de Policía, que marcha a la cabeza de la Comisión, se llena de pronto de entusiasmo y, volviéndose, dice:

—¡Así es, señores! Esto es lo que debemos hacer… Reunirnos más a menudo y cambiar impresiones… ¡Es tan sumamente grato!… Le parece a uno encontrarse en sociedad, y no como solemos estar entre nosotros, solamente regañando… ¡A fe mía que así es!

—¿Y por quién vamos a empezar? —dice el diputado comercial dirigiéndose al médico y con el tono del verdugo que elige su víctima—. ¿Podríamos empezar, Nanikita Nikolaich, por la tienda de Oscheinikov? En primer lugar, es un bribón, y, en segundo, ya va siendo hora de que le atrapemos. El otro día me trajeron de su casa granos de sarraceno y estaban llenos de excremento de rata. Mi mujer no los quiso comer.

—Bien. Empecemos por Oscheinikov —dice en tono indiferente el médico.

Los sanitarios entran en el almacén de té, azúcar, café y otros productos coloniales de A. M. Oscheinikov, e inmediatamente, sin largos preámbulos, proceden a la revisión.

—¡Vaya, vaya!… —dice el médico, contemplando unas bonitas pirámides de jabón de Kasañ—. ¡Mira las Babilonias que te has construido! ¡Qué gran

inventor eres! Pero… ¿qué es esto? ¡Vean, señores! ¡Demian Gavrilich se permite cortar el jabón y el pan con el mismo cuchillo!

—¡Por eso no le va a entrar a uno el cólera, Nikita Nlkolaich! —contesta con aire razonador el dueño.

—¡Claro que no…, pero da asco! ¡Yo también te compro el pan!

—Para la gente principal tenemos un cuchillo aparte. No tenga cuidado.

Mientras tanto, el inspector de Policía guiña los ojos miopes sobre un jamón, le rasca durante largo rato con la uña, le huele ruidosamente y, dándole una palmadita, pregunta:

—¿Los tienes alguna vez sin triquina?

—¡Oh, qué cosas dice, señor! ¡Por Dios! ¿Cómo iba a ser posible?…

El inspector se azara, se aparta del jamón y se pone a guiñar los ojos sobre la lista de precios de Asmolov y Compañía. El diputado comercial mete la mano en el tonel que contiene los granos de sarraceno y palpa algo blando y aterciopelado… Mira dentro de él, y su rostro se llena de ternura.

—Minino…, minino… Micifuz chiquitín —balbucea—. Se ha echado sobre los granos y ha levantado el morrito… Estás en tus glorias…, ¿verdad? Oye, Demian Gavrilich: tienes que mandarme un gatito.

—Con mucho gusto, señor. Aquí están, señores, los entremeses, por si desean examinarlos… Arenques…, queso…, salmón… El salmón lo recibí el jueves, y es de clase superior. ¡Mischa, trae un cuchillo!

Los sanitarios cortan cada uno un pedazo, lo huelen y lo prueban.

—También yo voy a probarlo —dice, como hablando consigo mismo el dueño del almacén, Demian Gavrilich—. Por ahí…, en alguna parte, debe de haber una botellita… No estaría mal beber un poco antes del salmón… Le da otro gusto… ¡Mischa, trae para acá la botellita!

Mischa infla los carrillos y desencaja los ojos mientras descorcha la botella y la hace sonar sobra el mostrador.

—Eso de beber en ayunas… —dice, indeciso, el inspector de Policía, rascándose la nuca—. ¡Claro que una copa!… ¡Pero tú, Demian Gavrilich, date prisa! ¡No podemos perder el tiempo con tu vodka!

Un cuarto de hora después, los sanitarios, limpiándose la boca y hurgándose los dientes con una cerilla, se dirigen a la tienda de Goloribenko. Aquí, como hecho de intento, no hay por donde entrar. Unos cinco jóvenes con el rostro rojo y sudoroso ruedan por la tienda un tonel de aceite.

— ¡Tira para la derecha! ¡Agárralo de aquel lado! ¡Agárralo!… ¡Pon una cuña!… ¡Diablos! ¡Quítense de ahí, señorías, que podemos pisarles los pies!

El tonel se atranca en la puerta y no hay posibilidad de moverlo… Los jóvenes lo empujan con todas sus fuerzas, dejando escapar tan fuertes voces y resoplidos que se oyen por toda la plaza. Después de grandes esfuerzos y cuando ya el aire ha comenzado a perder bastante de su pureza, el tonel sale por fin rodando, pero sin saber por qué, y a pesar de las leyes de la Naturaleza, retrocede y se atranca de nuevo en la puerta.

—¡Pfú!… —escupe el inspector—. Vámonos a la tienda de Echibukin. Estos diablos van a seguir sudando hasta la noche.

Los sanitarios encuentran cerrada la tienda de Schibukin.

—¡Pero si hace nada estaba abierta! —se asombran, mirándose unos a otros—. Cuando entramos en la tienda de Oscheinikov, el mismo Schibukin estaba en el umbral enjuagando la tetera. ¿Dónde ha ido? —preguntan al mendigo sentado junto a la tienda cerrada.

— ¡Una limosnita, por el amor de Dios! —pide el mendigo—. ¡Tengan compasión, señores, del pobre lisiado!…

Los sanitarios apartan al mendigo y siguen su camino, excepto Pliunun, uno de los miembros de la Diputación, que da al mendigo un *kopek*, se santigua como el que se asusta de algo y corre a reunirse con el resto de la compañía. Ésta, al cabo de dos horas, está de regreso. Todos tienen un aire cansado y torturado. No en balde llevan un rato andando. Uno de los guardias avanza victorioso llevando entre los brazos un tenderete ambulante lleno de manzanas podridas.

—Ahora, después de tanto trabajar, no sería malo echarse algo a la garganta —dice el inspector, mirando de reojo el rótulo: «Bodega Rehskov. Vinos y vodka»—. No estaría mal reponer un poco las fuerzas…

—No estaría mal, en efecto… Entremos si queréis.

Los sanitarios bajan a la bodega y se sientan alrededor de una mesa redonda con las patas torcidas. A una señal del inspector, aparece una botella sobre la mesa.

—¡Qué lástima que no haya algo para picar! —dice el diputado comercial haciendo una mueca después de apurar el vaso—. Por ejemplo, un pepino…

El diputado se vuelve hacia el guardia portador del tenderete, escoge la manzana que presenta mejor aspecto y la muerde.

—¡Oh!… ¡Algunas no están demasiado podridas! —dice el inspector aparentando asombro—. Yo también voy a escoger una. Pon aquí el mostrador… Escogeremos las que no estén muy malas y las limpiaremos. Las demás, puedes inutilizarlas. ¡Beba, por favor, Anikita Nikolaich! ¡Lo que tenemos que hacer es esto!… Reunirnos a menudo… cambiar impresiones…

¡Si no…, es como si viviera uno en el último rincón del mundo!… ¡Esto sin instrucción…, ni círculo…, ni sociedad…, sería una Australia y nada más! ¡Sírvanse, señores! Doctor…, ¿puedo ofrecerle manzanas?… Las he limpiado personalmente para usted…

—¿Dónde dispone su señoría que pongamos el mostrador? —pregunta el guardia al inspector, que en unión del resto de la Comisión sale de la bodega.

—¿Mos…mostrador…? ¿De qué mostrador hablas? ¡Ah, sí!… ¡Que lo inutilicen con las manzanas!… ¡Puede ser un contagio!

—Es que… las manzanas tuvieron ustedes a bien comérselas.

—¡Ah! ¡Es verdad…, sí! Pues oye…: vete a casa de Maria Vasilievna y dile que no se enfade… No es nada más que una horita… Me voy a dormir en casa de Pliunin, ¿comprendes?… ¡Dormir!… ¡Los brazos de Morfeo!… *Sprechen Sie deutsch?*, Iván Andreich.

Y alzando los ojos al cielo y sacudiendo amargamente la cabeza, alza los brazos y exclama:

— ¡Esta es nuestra vida!

INTRIGAS

a) Elección del presidente del Colegio.

b) Debate sobre el incidente del día 2 de octubre.

c) Referéndum del miembro permanente doctor M. N. von Bron.

d) De los asuntos del día.

El doctor Schelestov, responsable del incidente del 2 de octubre, se prepara para asistir a la Junta. Hace tiempo que, delante del espejo, se esfuerza en dar a su fisonomía una expresión de lánguido aburrimiento. Si apareciera ahora en la Junta con el rostro alterado, rojo o demasiado pálido, quizá pudieran suponer sus enemigos que daba a sus intrigas mucha importancia. Si, por el contrario, su rostro se muestra frío, impasible y un poco soñoliento, como suelen tenerlo las gentes que se consideran superiores a la masa o están cansadas de la vida, sus enemigos al verle sentirán un oculto respeto y pensarán: «¡Su invicta cabeza se elevó más alta que la columna de Napoleón!». Asimismo y como todo hombre a quien interesan poco los enemigos y sus chismorreos, llegará a la Junta el último de todos. Entrará en la sala sin hacer ruido, se pasará lánguidamente la mano por el cabello y, sin mirar a nadie, se sentará a la mesa. Adoptando la actitud de un oyente aburrido, bostezará imperceptiblemente, atraerá hacia sí un periódico y se pondrá a leer… Todos empezarán a hablar, a discutir, se acalorarán y se llamarán al orden unos a otros, pero él permanecerá callado hojeando el periódico. He aquí, sin embargo, que sonará su nombre, que volverá a sonar cada vez con más frecuencia hasta llegar a poner la palpitante cuestión al rojo vivo. Entonces es cuando él alzará los cansados y aburridos ojos hacia sus colegas y dirá como sin gana:

«Me veo obligado a hablar… No vengo preparado, señores, por lo que les ruego me perdonen si mi discurso no es bastante elocuente… Empiezo por lo tanto *ab ovo*: En el transcurso de la Junta anterior, unos cuantos de mis estimados compañeros tuvieron a bien declarar que yo, durante la celebración de las consultas médicas, no procedía de modo satisfactorio para ellos, por lo que se me exigían explicaciones. Por mi parte, yo, considerando superflua

toda explicación, por la injusticia de la inculpación, solicité ser dado de baja en el Colegio y me marché. Ahora bien, dado que sobre mí recae otra vez una nueva serle de inculpaciones, entiendo que no debo ya omitir el explicarme. Así, pues, me explicaré».

Luego, jugando descuidadamente con el lápiz o con la cadena, dirá:

«Reconozco, efectivamente, haber a veces levantado la voz durante las consultas médicas, haciendo caso omiso de la presencia de extraños, como asimismo haber interrumpido a los colegas de modo inconveniente. También es cierto que durante una consulta y delante de los familiares del enfermo, pregunté a éste: "¿Quién fue el estúpido que le recetó opio?…". Es difícil que una consulta de médicos transcurra sin incidentes… ¿Por qué?… La respuesta es sencilla. Lo que más asombra en las consultas de médicos es el bajo nivel científico de los compañeros. Hay en la ciudad treinta y dos médicos… Pues bien…, la mayoría de ellos sabe menos que un estudiante de primer curso. No es menester ir muy lejos para encontrar ejemplos. ¡Claro está que *nomina sunt odiosa*, pero todos nos conocemos en este Colegio! Y para no extenderme más, voy a empezar a citar nombres. De todos es sabido, por ejemplo, que el estimado compañero von Bron atravesó con su sonda el tubo digestivo de la señora Serejkina…».

En este momento von Bron se levantará de un salto, alzará los brazos y gritará:

«¡Fue usted, colega! ¡Fue usted y no yo el que lo atravesó! ¡Y, además, se lo voy a demostrar!».

Pero Schelestov no le prestará atención y proseguirá:

«Todos saben que el estimado compañero Jila, habiendo tomado por un absceso el riñón flotante de la actriz Semiramidina, la sometió a una punción, como tanteo, dando con ello lugar a que no tardara en presentarse el *exitus letalis*… En cuanto al estimado compañero Besstrunko, éste, en lugar de extirpar una uña del dedo gordo del pie izquierdo, extirpó una sana del derecho. Tampoco puedo dejar de mencionar el caso del estimado compañero Terjariantz que cateterizó con tanto afán al soldado Ivanov que al naciente le estallaron las membranas del oído. Recuerdo asimismo que en una ocasión dicho compañero, extrayendo una muela, desencajó la mandíbula inferior del enfermo, no volviéndosela a encajar hasta conseguir que éste accediera a darle cinco rubios por el encajamiento. El estimado compañero Kuritzin está casado con la sobrina del farmacéutico Grummer, que le presta completa ayuda. Todos saben también que el secretario de este Colegio, el joven compañero Skoropalitelnii, se entiende con la mujer de nuestro estimadísimo

y venerable presidente Gustav Gustanovich Prejtel… Observo que, sin darme cuenta y a causa del bajo nivel científico de mis colegas, he pasado a referirme a pecados de carácter ético…, pero tanto mejor: la ética es nuestro punto débil… Aunque no quisiera extenderme demasiado, citaré igualmente al estimado compañero Pusirkov, que estando invitado en casa de la coronela Treschinskia, el día en que ésta celebraba su santo, se permitió decir que era yo, y no Skoropalitelnii, el que mantenía relaciones con la mujer de nuestro presidente. ¡Y que sea el propio señor Pusirkov, a quien yo sorprendí con la mujer de nuestro estimado compañero Snobisch, el que se atreva a decir una cosa semejante!… Y a propósito del doctor Snobisch…: ¿de quién es la reputación de tener una consulta a la que las damas no pueden acudir con completa seguridad para ellas?… ¡De Snobisch!… ¿Quién se ha casado con la hija de un comerciante por su dote?… ¡Snobisch!… En cuanto a nuestro de todos estimado presidente, hay que decir de él que practica ocultamente la homeopatía y que recibe dinero prusiano por servicios de espionaje. ¡Espionaje prusiano! ¿No es ésta ya la *última ratio*?…».

Los médicos, cuando quieren parecer elocuentes o inteligentes, emplean dos expresiones latinas: *nomina sunt odiosa* y *ultima ratio*. Pero Schelestov no hablará solamente en latín, sino en francés y en alemán… ¡En todos los idiomas que quieran! ¡Él lo sacará todo a relucir! ¡Arrancará la careta a los intrigantes!… El presidente se cansará de agitar la campanilla, los estimados compañeros saltarán de sus asientos, gritarán y gesticularán. Los compañeros de credo judío se quitarán la palabra los unos a los otros, y, mientras tanto, Schelestov, sin prestar atención a nada, proseguirá:

«En cuanto al Colegio en sí mismo, es indudable que dada su presente composición y reglamento está llamado a desaparecer. Todo él está edificado sobre intrigas… ¡intrigas, intrigas y nada más que intrigas!… Yo…, como una de las víctimas de estas endemoniadas intrigas, me considero obligado a exponer lo siguiente».

Ahora, mientras él procede a dicha exposición, su partido se frotará victorioso las manos y aplaudirá. Luego, entre gritos y un retumbar de trueno, comenzará la elección del presidente. Von Bron y compañía apoyan a Prejtel, pero el público y los médicos conscientes silban y gritan: «¡Fuera Prejtel!». «¡Queremos a Schelestov!». «¡Schelestov!». «¡A Schelestov!…».

Schelestov accede, pero sólo bajo la condición de que Pretjel y von Bron le presenten excusas por el incidente del 2 de octubre. Otra vez se arma jaleo…, otra vez los compañeros de credo judío vuelven a reunirse en grupo y a gritar… Prejtel y von Bron, indignados, acaban presentando la dimisión

como miembros del Colegio. ¡Mejor que mejor!… Ya Schelestov es presidente. Lo primero que hace es una limpia… ¡Fuera Snobisch! ¡Fuero Terjariantz! ¡Fuera los estimados compañeros de credo judío!… ¡Fuera!… Él y su partido se cuidarán de que cuando llegue enero no quede en el Colegio de Médicos ningún intrigante. Lo primero de todo dará orden de que se pinten las paredes de la sala de curas de la clínica y de que se ponga en ella el siguiente rótulo: «Se prohíbe fumar». Después mandará a paseo al practicante y a la practicanta, no volverá a adquirir medicamentos en la farmacia de Grummer, sino en la de Jriaschambjitzkii, y propondrá a los médicos que no se haga ninguna operación sin su vigilancia. Pero lo principal de todo es que en sus tarjetas de visita figure impreso este nombre: «Presidente del Colegio de Médicos de N***».

Así sueña Schelestov ante el espejo de su casa. De pronto, el reloj, dando las siete, le recuerda que ya es hora de acudir a la Junta. Despertando de su dulce ensueño, se apresura a dar a su rostro la expresión de lánguido aburrimiento, pero ¡ay!…, éste no le obedece, y lejos de aparecer lánguido e Interesante, se torna agrio y embotado, como el de un cachorro que tiene frío. Intenta hacerlo grave, pero el rostro se alarga expresando perplejidad, con lo que ya no le parece que se asemeja a un cachorro, sino a un ganso. Baja la mirada, entorna los ojos, frunce la frente, infla los carrillos…, pero todo en vano. ¡Todo le resulta distinto de lo que pretendía! ¡Sin duda depende de las características de su rostro, contra las que nada puede!… Ojos pequeños…, inquietos como los de una pícara comerciante…; mandíbula inferior saliente… En cuanto a las mejillas y al aspecto general, diríase por ellos que el estimado compañero había sido arrojado un minuto antes de la sala de billar.

Schelestov contempla su rostro y se irrita, pues le parece que hasta su mismo rostro intriga contra él. Cuando va al recibimiento a cubrirse para salir, se le figura que también la pelliza y los chanclos intrigan.

—¡Lléveme a la clínica, cochero! —dice entregando veinte *kopekas*, pero el intrigante cochero le pide veinticinco…

Mientras va en el coche el viento frío le azota el rostro, la nieve hiere sus ojos y el viejo penco apenas puede andar. ¡Todo se ha puesto de acuerdo contra él!… ¡Todos intrigan!… ¡intrigas, intrigas y nada más que intrigas!

EN LA FONDA

¡ESCÚCHEME, amigo! —increpó al dueño de la fonda, rojo el semblante, la coronela Naschatirina, huésped del número 47—. ¡O me da usted otra habitación o me marcho de su maldita fonda!… ¡Esto es un tugurio!… ¡Tengo hijas mayores y aquí desde la mañana a la noche no se oyen decir más que desvergüenzas!… ¡Un escándalo!… ¡De día y de noche!… ¡Son tales cosas las que dice ese hombre algunas veces, que hay que taparse los oídos! ¡Es lo mismo que un cochero!… ¡Gracias a Dios que mis pobres nenas no comprenden nada…, porque si no, era como para echarse a correr a la calle! ¡Fíjese en lo que está diciendo ahora mismo! ¡Escúchele!

—Conozco, hermano mío, un caso todavía mejor… —decía una voz ronca de bajo, que desde la habitación contigua llegaba hasta ellos—, ¿Te acuerdas del teniente Drujkov?… Pues ese Drujkov fue el mismo que un día levantó la pierna para picar la bola, como tenía costumbre de hacer, cuando de repente sonó un crujido… Al principio pensamos que había roto el paño de la mesa de billar, pero luego se vio que era que se le habían estallado todas las costuras del pantalón. El muy bestia levantó tanto la pierna que no dejó sana una costura. ¡Ja, ja, ja!… ¡Figúrate que en ese momento había señoras presentes!…, entre ellas la mujer de ese suboficial baboso, Okurin. Okurin se puso furioso… Le dijo que cómo era capaz de portarse de un modo tan incorrecto delante de su mujer… En fin…, el caso es que se fueron enredando las palabras… y tú ya conoces a los nuestros… Okurin manda los padrinos a Drujkov y Drujkov, que no es tonto, le dice… ¡Ja, ja, ja!…: «No es a mí a quien tiene que mandar los padrinos sino al sastre que me ha hecho los pantalones y que es el que tiene la culpa»… ¡Ja, Ja, ja!…

Lila y Mila, las hijas de la coronela, sentadas junto a la ventana, con las gordezuelas mejillas apoyadas sobre una mano, bajaron sus ojillos y enrojecieron.

—¡Ya lo ha oído usted! —exclamó Naschatirina dirigiéndose al dueño de la fonda—, ¿Le ha parecido poco?… ¡Yo soy, señor mío, coronela! ¡Mi

marido es un jefe militar! ¡No toleraré que un individuo como un cochero se atreva a decir casi en mi presencia semejantes procacidades!

—Es el capitán Kikin, señora. Es una persona distinguida.

—¡Si ha olvidado su distinción hasta el punto de expresarse como un cochero, todavía merece mayor desprecio! ¡Pero basta de palabras! ¡No sigamos hablando y sírvase tomar las medidas pertinentes!

—¿Y qué puedo hacer yo, señora? No es usted la única que se queja… Se quejan todos; pero ¿qué quieren que haga yo con él? Si a veces va uno a su habitación y le reprende: «Aníbal Ivanovich… ¡no tiene usted temor de Dios!… ¡Qué vergüenza!…». Inmediatamente enseña los puños y suelta palabras fuertes. Por la mañana sale al pasillo y anda por él, con perdón de usted, en paños menores… ¡Cuando no está borracho, coge la pistola y empieza a disparar a la pared!… Se pasa el día tragando vino, y la noche jugando a las cartas. Después de las cartas viene la riña… Se siente uno avergonzado ante los huéspedes.

—¿Y por qué no despide usted a ese canalla?

—¿Y cómo voy a despedirlo?… Me debe ya tres meses; pero yo no es el dinero lo que le pido… le pido que se marche…, que me haga esa merced… El juez le ha ordenado que deje la habitación, pero él, con apelaciones y más apelaciones, consigue prolongar el asunto en los tribunales. ¡Es un dolor! Y además… ¡Dios mío!… ¡Un hombre como él!… Joven, guapo, inteligente… Cuando no está bebido no podría encontrarse a nadie mejor que él. Hace poco (que no estaba borracho) se pasó el día entero escribiendo a sus padres.

— ¡Pobres padres! —suspiró la coronela.

—¡Pobrecillos, desde luego!… ¿Puede ser agradable tener a un vago por hijo? ¡Se le regaña… se le echa de la habitación…, y no hay día que transcurra sin escándalo! ¡Es una pena!

—¡Pobre infeliz, su mujer! —suspiró la coronela.

—No está casado, señora. ¿Cómo va a estar casado?… ¡Conque tuviera la cabeza sana…, ya habría bastante que agradecer a Dios!

La coronela dio unos cuantos pasos por la habitación.

—¿Dice usted que no está casado? —preguntó.

—No, señora. No está casado.

La coronela dio otros cuantos pasos y quedó algo pensativa.

—Hum… No está casado… —dijo como quien medita—. Hum…, ¡Lila y Mila no estéis ahí sentadas junto a la ventana, hay corriente!… ¡Qué lástima!… ¡Que un hombre joven llegue a tal extremo!… ¿Y todo por qué?…, ¡porque no tiene quien ejerza sobre él una buena influencia!… ¡No

tiene una madre que…! Bien… No está casado… ¡Ya sé!… Por favor, le ruego —prosigue blandamente la coronela después de una pausa— que vaya a su habitación y le pida en mi nombre que se abstenga de ciertas expresiones… Dígale que se lo pide la coronela Naschatirina. La que ocupa con sus hijas el número cuarenta y siete y que acaba de llegar de su hacienda…

—Muy bien, señora.

—Dígale así: De parte de la coronela y sus hijas, que por lo menos vaya a disculparse… Después de la comida siempre estamos en casa. ¡Eh, Mila, cierra la ventana!

—Pero, mamá…, ¿qué interés puede usted tener por ese sinsustancia? —dijo Mila cuando se hubo marchado el dueño.

—¿A quién le ha dado usted la idea de invitar? ¡A un borracho, un camorrista y un harapiento!

—¡Oh, no digas eso… *ma chère*! ¡Porque habláis así es por lo que estáis ahí sentadas! ¿Qué tiene de particular? Sea quien sea, a una persona no se la debe despreciar. También de lo malo se puede sacar algún provecho. ¡Quién sabe!… —suspiró la coronela mirando atentamente a sus hijas—. ¡Quizá sea ése vuestro destino!… Vestíos por si acaso.

GRISCHA[26]

GRISCHA, chiquillo gordiflón, nacido hace dos años y ocho meses, pasea con su *niania*[27] por el bulevar. Va vestido con un abrigo forrado de guata, una bufanda, un gran gorro adornado con una borla y chanclos de abrigo. Tiene calor y sobre el sofoco que siente, el alegre sol de abril, dándole directamente sobre los ojos, le pellizca los párpados. Toda su figurita torpona y su andar inseguro y tímido, expresan el mayor asombro.

Hasta ahora Grischa conocía tan sólo un mundo compuesto por cuatro rincones, en uno de los cuales estaba su cama, en otro el baúl de la *niania*, en el tercero una silla y en el cuarto una lamparita ardiendo ante la imagen. Mirando debajo de la cama, se veía una muñeca con el brazo roto y un tambor y detrás del baúl de la *niania*, infinidad de cosas variadas…, carretes de hilo, papeles, una caja sin tapa y un payaso roto. De este mundo forman parte, además de *niania* y de Grischa, mamá y el gato. Mamá se parece a una muñeca y el gato a la pelliza de papá, sólo que ésta última no tiene ojos ni rabo. La puerta del mundo llamado *cuarto de los niños* abre sobre el espacio en que se come y se toma el té. Allí está la silla de patas altas de Grischa y un reloj colgado, que al parecer no tiene más objeto que mover el péndulo y sonar. Del comedor puede pasarse a la habitación en la que hay butacas de color rojo. Aquí, sobre el tapiz, resalta oscura una mancha por la que Grischa hasta ahora ha sido siempre amenazado con el dedo. Detrás de esta habitación hay otra en la que no le dejan entrar y por la que entra y sale deprisa papá, una personalidad en sumo grado enigmática. A *niania* y a mamá se las comprende… visten a Grischa, le dan de comer y le acuestan…, pero papá…, ¿para qué existe papá?…, no se sabe. Hay allí otra personalidad también enigmática; la tía que regaló a Grischa el tambor. Ésta, tan pronto aparece como desaparece. ¿Adónde se va? Grischa ha mirado muchas veces detrás de la cama, detrás del baúl, debajo del diván…, pero nada, no estaba allí. En este nuevo mundo en el que el sol pica a los ojos, hay tantos papás, tantas mamás y tantas tías, que uno no sabe sobre quién precipitarse corriendo. Pero lo más asombroso y estúpido de todo son los caballos. Grischa mira cómo mueven

las patas y no comprende nada. Mira también a la *niania* para que ésta le saque de su perplejidad, pero la *niania* calla.

De pronto, suenan unas terribles pisadas… Por el bulevar, directamente hacia él, avanza un pelotón de soldados con rostros rojos y vergajos debajo del brazo. Grischa, a quien el espanto ha dejado frío, mira a la *niania* con esta interrogación en los ojos: «¿Hay peligro?…», pero *niania* ni llora, ni se echa a correr, lo cual quiere decir que no hay peligro. Grischa sigue con la vista a los soldados y se pone a andar al compás de ellos cuando dos grandes gatos, con largos hocicos, lenguas colgantes y retorcidos rabos, atraviesan corriendo el bulevar. Grischa piensa que también él tiene que correr y corre tras ellos.

—¡Para! —le grita la *niania* cogiéndole bruscamente por los hombros—. ¿Adónde vas? ¡Las travesuras no se te permiten!

Sentada junto a un puesto de naranjas, de pequeña altura, hay otra *niania*. Grischa pasa por delante de ella y, sin decir nada, coge una naranja.

—¿Qué haces? —dice su acompañante dándole un manotazo y quitándole la naranja—. ¡Tonto!

Ahora le gustaría mucho a Grischa coger un cristalito que está a sus pies y que brilla como la lamparita, pero tiene miedo a otro manotazo.

—Le presento mis respetos —oye decir, de pronto, Grischa, casi en su mismo oído, a una voz fuerte y profunda. Junto a él ve a un hombre alto, con unos botones relucientes. A su gran contentamiento, este hombre tiende la mano a la *niania* y se detiene a conversar con ella. El refulgir del sol, el estrépito de los carruajes, los caballos, los botones relucientes, ¡todo ello es tan asombrosamente nuevo y terrible, que el alma de Grlscha se llena de deleite y Grischa empieza a reír!

—¡Vamos! ¡Vamos! —dice al hombre de los botones relucientes tirándole del faldón.

—¿Adónde quieres ir? —pregunta el hombre.

—¡Vamos! —insiste Grischa.

—Es que le gustarla que estuvieran también aquí su papá, su mamá y el gato…, solo que la lengua no se lo deja decir…

Un rato después, *niania* tuerce por el bulevar y hace entrar a Grischa en un gran patio en el que todavía hay nieve. Acompañados del hombre de los botones relucientes, sortean los charcos y los montones de nieve, y tras de subir por una sucia y oscura escalera, entran en una habitación. Aquí hay mucho humo y huele a asado. Una mujer en pie, junto al fogón, fríe *kotleti*[28]. La cocinera y la *niania* se abrazan, Ambas y el hombre se sientan en un banco

y se ponen a hablar en voz baja. Como Grischa está tan abrigado, siente un calor y una sofocación insoportables.

«¿Por qué será?», piensa, dirigiendo la vista a todos lados.

Ve el oscuro techo, el fogón que le mira con su grande y negro agujero…

— ¡Maaá… maaa!… —lloriquea.

—¡Bueno, bueno!… —dice la *niania*—. ¡Espera un poco, que ya vamos!

La cocinera coloca encima de la mesa una botella, dos copas y un *pirog*[29]. Las dos mujeres y el hombre de los botones relucientes chocan los vasos y beben. El hombre abraza tan pronto a la *niania* como a la cocinera. Luego los tres se ponen a cantar a media voz.

Grischa se empina hacia el *pirog*, del que le dan un pedacito. Mientras lo come, mira cómo bebe la *nlania*. También él tiene sed.

—¡Dame!… ¡Dame, *niania*!… — pide.

La cocinera le da a beber un poco de su copa, y Grischa abre mucho los ojos, hace gestos de desagrado, tose y agita los brazos durante largo rato. La cocinera le mira y se ríe.

Al volver a casa, Grischa empieza a contar a mamá, a las paredes y a la cama, dónde ha estado y lo que ha visto. No habla tanto con la lengua como con la cara y las manos. Explica cómo brilla el sol, cómo corren los caballos, cómo mira el terrible fogón y cómo bebe la cocinera…

Por la noche no puede dormirse. Los soldados, los vergajos, los grandes gatos, los caballos, el cristalito, el puesto de naranjas, los relucientes botones… Todo se agolpa dentro de su cabeza, oprime sus sienes y le hace dar vueltas de un lado a otro, charlando sin cesar, hasta que, por fin, sin poder reprimir ya su excitación, rompe a llorar.

—¡Pero si tiene fiebre! —dice mamá, poniéndole la palma de la mano en la frente—. ¿Qué le ha podido ocurrir?

—¡Fogón! —llora Grischa—. ¡Vete de aquí, fogón!…

—Seguramente es que ha comido demasiado —decide mamá.

Y Grischa, repleto de todas las impresiones de su nueva y desconocida vida, recibe de manos de mamá una cucharada de aceite de ricino.

UNA NATURALEZA ENIGMÁTICA

Es un departamento de primera clase. Sobre el diván, tapizado de terciopelo frambuesa, se reclina una linda damita. Un rico abanico cruje en su mano convulsivamente cerrada. De su bonita naricilla cae a cada instante el *pince nez*, mientras el broche prendido sobre su pecho se alza y baja como un barquito entre las olas. Está excitada… Frente a ella, sentado en el diván, va un funcionario provincial, joven y novel escritor, autor de algunos cuentos cortos que él mismo llama «novelas de la alta sociedad» y que publica en periódicos de provincias. Éste la mira…, la mira fijamente. Con aire conocedor, observa, estudia aquella naturaleza excéntrica y enigmática. Siente que la penetra…, que la alcanza… que tiene ya su alma entera y toda su psicología en la palma de la mano.

—¡Oh, cómo la comprendo! —dice el funcionario besándole la mano por el sitio en que lleva la pulsera—. ¡Ese alma sensible…, que sabe responder y comunicarse…, busca salida de un laberinto!… ¡Sí!… ¡Es terrible…, monstruosa, su lucha…, pero no pierda el ánimo! ¡Saldrá vencedora!… ¡Sí!…

—¡Retráteme en sus escritos, Voldemar! —dice la damita sonriendo tristemente—. ¡He tenido una vida tan llena…, tan variada…, tan abigarrada!… Lo principal, sin embargo, es que soy una desdichada… ¡Una mártir del género de las de Dostoyevski!… ¡Muestre al mundo mi alma, Voldemar!… ¡Muestre esa noble alma!… Usted es un gran psicólogo. ¡No llevamos ni siquiera una hora aquí sentados, hablando, y ya me ha comprendido usted toda…, toda!

—¡Oh, cuénteme!… ¡Le suplico que me cuente!…

—Escuche entonces. Nací en una pobre familia de funcionario… Mi padre era bueno, inteligente…, pero ya sabe… El espíritu de los tiempos… y del ambiente… *vous comprenez*?… Yo no culpo a mi pobre padre… ¡Bebía…, jugaba a las cartas…, sobornaba!… Mi madre…, ¡bueno!… ¿Para qué hablar?… La necesidad, la lucha por el pedazo de pan, la conciencia de su nulidad… ¡Ah!… No me obligue a recordar… Tuve que abrirme camino sola… Luego…, la instrucción deficiente que dan en el Instituto, la lectura de

novelas necias, la juventud con sus defectos, el primer tímido amor… ¿Y la lucha contra el ambiente?… ¡Terrible!… ¿Y la duda? ¿Y el sufrimiento que produce la falta de fe en la vida y en sí misma?… ¡Usted, que es escritor y conoce a las mujeres, comprenderá!… Para mi desgracia, además, he sido dotada con una naturaleza amplia… Esperaba la felicidad (¡y qué felicidad!) … Deseaba existir… ¡Sí!… ¡Existir como ser humano! ¡En esto veía mi felicidad!

—¡Maravillosa! —murmura el escritor besándole la mano por el sitio de la pulsera—. ¡No es a usted a quien beso, sino a todo el sufrimiento humano!… ¿Se acuerda usted de Raskolnikov?… ¡Así besaba él!

—¡Oh Voldemar! ¡Yo, como toda mujer, necesitaba la gloria…, el ruido… el brillo!… ¿Para qué falsas modestias?… ¡Lo que yo deseaba era algo extraordinario…, no femenino!… Pero entonces…, entonces…, en mi camino surgió… un general viejo y rico… ¡Compréndame, Voldemar!… Aquello fue un sacrificio, un renunciamiento… ¡Compréndame!… Yo no podía obrar de otra manera. Hice rica a mi familia, viajé, repartí beneficios a mi alrededor…, pero ¡cuánto sufrí! ¡Qué insoportables fueron para mí los ruines y vulgares abrazos de este general!… (aunque, para hacerle justicia, hay que decir que en sus tiempos supo luchar como un valiente). Había momentos terribles…, terribles…, pero la idea de que el viejo moriría un día y podría entonces empezar a vivir según mi deseo, entregarme a un hombre amado y ser feliz…, me daba fuerzas. ¡Y este hombre existe, Voldemar!… ¡Dios sabe que existe! —la damita agita con rapidez el abanico y su rostro adquiere una expresión llorosa—. El viejo, en efecto, murió —dice—, dejándome algunos bienes, y ahora estoy libre como el pájaro… ¡Ahora es precisamente cuando puedo tener una vida feliz! ¿No es verdad, Voldemar?… La felicidad llama a mi ventana… No tendría que hacer más que dejarla entrar… ¡Pero no, Voldemar!… ¡Escúcheme, se lo suplico!… Este sería el momento de entregarse al ser amado, de ser su compañera, su ayudante, de compartir sus ideales…, de ser feliz…, ¡de descansar!… Pero ¡ay!… ¡Qué vulgares, necias y feas son, sin embargo, las cosas de este mundo!… ¡Qué vil es todo, Voldemar!… ¡Soy una desdichada!… ¡Una desdichada!… ¡Una desdichada!… ¡En mi camino ha surgido otro obstáculo, y otra vez siento lejos…, lejos…, mi felicidad! ¡Oh, qué sufrimiento tan grande es el mío!… ¡Si usted lo supiera!… ¡Oh, qué gran sufrimiento!

—Pero ¿qué obstáculo es ese que hay en su camino?… ¡Cuénteme, sé lo suplico!… ¿Qué le ocurre?

—¡Otro viejo rico!…

El abanico, roto, esconde la linda carita. El escritor apoya su muy pensativa cabeza sobre el puño cerrado, suspira y con aire de psicólogo y de conocedor queda meditabundo. La locomotora silba, lanza resoplidos y el sol poniente enrojece las cortinas de las ventanillas.

UNA NOCHE TERRIBLE

IVÁN Petrovich Panijidin[30] se puso pálido, amortiguó la luz de la lámpara y con voz emocionada empezó a contar:

—Una niebla oscura y densa envolvía la tierra cuando yo, en la noche de Navidad del año mil ochocientos ochenta y tres, y después de asistir a una reunión espiritista celebrada en casa de un amigo mío (que en paz descanse), prolongada hasta hora muy avanzada, regresaba a mi casa. No sé por qué los callejones que fui atravesando en mi camino no estaban alumbrados, por lo que me vi obligado a andar casi a tientas. Por aquel entonces vivía yo en Moscú, en casa del funcionario Trupov[31], en el lugar más apartado de Arbat. Mis pensamientos, mientras caminaba, eran agobiantes, opresores… «¡El final de tu vida se acerca! ¡Arrepiéntete!…». Esta era la frase que me había sido dicha por Spinoza, cuyo espíritu acabábamos de evocar. Yo le había pedido que me la repitiera, y el platito no sólo la repitió, sino que añadió: «¡Esta noche!…». No creo en el espiritismo, pero la idea de la muerte y hasta la menor alusión a ella me sume en honda tristeza. La muerte, señores, es inevitable, es algo común a todos; no obstante, el pensar en ella es contrario a la naturaleza humana… Aquel día, envuelto en densa y fría niebla, con las gotas de lluvia cayendo como un loco torbellino sobre mi cabeza, el viento gimiendo quejumbrosamente, sin ver alma viviente a mi alrededor ni escuchar un sonido humano siquiera…, mi alma se llenó de un miedo incierto e inexplicable. Yo, aunque hombre libre de prejuicios, aceleraba el paso, sin atreverme a echar una ojeada hacia atrás o a mirar a los lados. Se me figuraba que si lo hacía había de ver inevitablemente a la muerte siguiéndome como un fantasma.

Panijidin respiró nerviosamente, bebió agua y prosiguió:

—Este miedo incierto, pero comprensible para ustedes, no me abandonó mientras subía al cuarto piso de la casa de Trupov, abría la puerta y entraba en mi habitación. En mi modesta vivienda reinaba la oscuridad. El viento aullaba en la estufa reclamando calor y hacía golpear su puertecilla. «¡Si he de creer a Spinoza —sonreí—, éste es el llanto que acompañará mi muerte esta

noche…!». ¡Qué angustia, sin embargo! Encendí una cerilla… Una impetuosa ráfaga de viento pasó en aquel instante por el tejado de la casa, y el llanto sordo se trocó en un rugido malicioso. Por algún sitio, abajo, golpeteó una persiana a medio descolgar, y la puertecilla de la estufa lanzó un chillido quejumbroso, como pidiendo socorro… «¡Qué mal lo estarán pasando esta noche los que no tengan hogar!», pensé. Pero no era aquel momento propicio para entregarse a tales reflexiones. Cuando el fósforo de mi cerilla se encendió con una llamita azul y paseé los ojos por la habitación, vi un espectáculo inesperado y terrible… ¡Lástima que la ráfaga de viento no hubiera llegado hasta mi cerilla!… ¡Quizá no hubiera visto nada entonces…, ni mi cabello se hubiera puesto de punta, ni hubiera lanzado un grito, ni dado un paso hacia la puerta, ni cerrado los ojos lleno de espanto, asombro y desesperación!… En el centro de la habitación había un ataúd. La lucecita azul no ardió durante mucho tiempo, pero sí el suficiente para permitirme distinguir los contornos del ataúd… Vi un centelleante brocado de color de rosa y una cruz hecha con galón de oro sobre la tapa. Hay cosas, señores, que aunque sólo las hayamos visto un instante quedan grabadas en nuestra memoria. Esto me ocurrió con el ataúd. Sólo lo había visto un segundo, pero lo recuerdo con sus mínimos detalles. Parecía construido para una persona de mediana estatura…, para una joven, a juzgar por su color de rosa. El lujo del brocado, las patas y las asas de bronce…, todo indicaba que el difunto era rico. Como un loco salí corriendo de la habitación. Sin detenerme a reflexionar ni a pensar siquiera y solamente dominado por un miedo terrible, bajé la escalera como un relámpago. Tanto en ella como en el pasillo reinaba la oscuridad, los pies se me enredaban en el faldón de la pelliza, y considero asombroso que no me cayera y me rompiera la nuca. Ya en la calle, me apoyé en un farol que chorreaba agua e intenté tranquilizarme. El corazón me latía terriblemente, la respiración se me hacía penosa…

En este punto de la historia, uno de los oyentes avivó la luz de la lámpara y vino a sentarse más cerca del narrador, que prosiguió:

—Si hubiera encontrado en mi habitación fuego…, o un perro rabioso…, o ladrones…, no me hubiera asombrado. Tampoco si se hubieran derrumbado el techo o las paredes… Todo esto es natural y comprensible… ¡Pero encontrarme en mi habitación un ataúd!… ¿De dónde podía venir? ¿Cómo un ataúd, rico, femenino, construido seguramente para una joven aristocrática, podía llegar a la modesta habitación de un pequeño funcionario? ¿Estaría vacío o habría en su interior algún cadáver? Y en ese caso, ¿quién era aquella opulenta criatura que habiendo dejado tan tempranamente la vida me hacía

tan extraña y terrible visita?… ¡Qué punzante enigma! «Si no se trata de un milagro, se trata de un crimen», pasó rápidamente por mi cabeza. Me perdí en suposiciones. Durante mi ausencia la puerta permanecía cerrada, y sólo mis más íntimos conocían el lugar en que se encontraba la llave. ¡No podía admitir naturalmente que fueran mis amigos los que habían introducido allí el ataúd! Cabía sólo la posibilidad de que el fabricante de ataúdes lo hubiera llevado allí por equivocación. Podía haberse equivocado de piso o de puerta y haberlo dejado donde no correspondía… ¿Quién no sabe, sin embargo, que nuestros fabricantes de ataúdes no abandonan la habitación sin haber sido pagados previamente por su trabajo o sin haber al menos recibido una propina?… «Los espíritus me predijeron la muerte —pensé—. ¿Habrá sido de ellos también la idea de proveerme de un ataúd?…». Yo, señores, no creo ni creía entonces en el espiritismo…, pero una coincidencia de ese género puede sumergir en el misticismo a un filósofo. «Todo esto es pura tontería —decidí por fin—. Soy tan cobarde como un colegial. Ha sido solamente una ilusión óptica y nada más. Estaba tan apesadumbrado cuando volví a casa que no es extraño que mis nervios enfermos vieran un ataúd… ¡Naturalmente que se trata de una ilusión óptica! ¿Qué otra cosa puede ser?…». La lluvia me azotaba el rostro y el viento sacudía enfadado mis faldones y mi gorro. Tenía frío y estaba calado. Había que ir a alguna parte, pero ¿adónde?… Volver a mi casa era exponerme a ver de nuevo el ataúd, y este espectáculo era superior a mis fuerzas. Encontrarme separado de toda alma viviente sin oír siquiera un sonido humano, verme a solas con el ataúd en el que quizá descansaba un cuerpo muerto…, todo esto podía volverme loco. Por otra parte, quedarme en la calle con aquel frío y bajo la lluvia torrencial, tampoco era posible. Decidí, en vista de ello, ir a pasar la noche en casa de mi amigo Upokoiev (aquel que, como saben ustedes, después se pegó un tiro). Tenía éste una habitación alquilada en casa del comerciante Cherepov[32], en el callejón de Mertvii[33].

Panijidin enjugó el sudor de su pálido rostro, respiró fatigosamente, y prosiguió:

—No encontré en casa a mi amigo. Después de golpear en la puerta y convencido de que no estaba, busqué a tientas la llave, abrí y entré en la habitación. Dejé caer al suelo mi empapada pelliza y siempre a tientas, sin ver nada a mi alrededor, me senté a descansar en el diván. Estaba muy oscuro… En la ventana zumbaba tristemente el viento y en la estufa cantaba un grillo su monótona canción. Las campanas del Kremlin tocaban a misa de Navidad. Me apresuré a encender una cerilla, pero la luz no me sacó de tan tenebroso

estado de ánimo, antes por el contrario, sentí que un indecible, un terrible espanto se apoderaba de nuevo de mí… Como un loco, lanzando un grito, y tambaleándome, salí corriendo de la habitación. Había visto en ella, lo mismo que en la mía, ¡un ataúd! El ataúd de mi amigo era casi dos veces mayor que el mío y su tapizado de color castaño le daba un aspecto particularmente sombrío. ¿Cómo había podido llegar hasta aquí? Ya era imposible suponer que se trataba de una ilusión óptica… Seguramente era todo desequilibrio de mis nervios…, alucinación… A cualquier parte que fuera ahora, vería siempre ante mí esta terrible morada de la muerte. Con seguridad me estaba trastornando…; comenzaba a enfermar de algo que pudiera llamarse *ataudmanía* y no era preciso un gran esfuerzo para encontrar la causa de esta locura. Bastaba recordar la reunión espiritista y las palabras de Spinoza… «¡Me estoy volviendo loco! —pensé espantado, cogiéndome la cabeza con las manos—. ¡Dios mío!… ¿Qué hacer?». Me dolía la cabeza y las piernas no me sostenían. Llovía a cántaros; no llevaba puesta ni la pelliza ni el gorro y el viento traspasaba mi cuerpo de parte a parte. Volver a buscar la pelliza y el gorro era algo imposible…, superior a mis fuerzas… El miedo me estrechaba en su frío abrazo. A pesar de creerlo todo una alucinación, el pelo se me había puesto de punta y un sudor helado caía de mi rostro. ¿Qué podía hacer? Sentía que me volvía loco y, además, corría un grave riesgo de constiparme. Por fortuna, recordé que cerca del callejón de Mertvii, vivía Pogostov[34], un médico muy buen amigo mío que hacía poco había terminado la carrera y que en aquella terrible noche había asistido conmigo a la reunión espiritista. Me dirigí apresurado a su casa… Entonces no estaba casado como ahora con una rica tendera y vivía en el quinto piso de la casa del consejero Kladbischenski[35]. Pero en casa de mi amigo mis nervios habían de sufrir un nuevo martirio. Mientras subía al quinto piso escuché un gran estrépito. Alguien corría por arriba, armando con los pies un terrible ruido y golpeando las puertas. «¡A mí! —oí gritar de un modo que partía el alma—. ¡A mí!… ¡Portero!». Un momento después bajaba volando hacia mí una oscura figura cubierta de una pelliza y una chistera abollada… «¡Pogostov! —exclamé al reconocer a mi amigo—. ¿Es usted? ¿Qué le pasa?». Éste se me acercó y me cogió convulsivamente la mano. Estaba pálido, temblaba, respiraba con dificultad y sus ojos corrían inquietos de un lado para otro… «¿Es usted Panijidin? —preguntó con voz sorda—. ¿Es usted de verdad?». «¡Está usted tan pálido como si saliera de la tumba!… ¿No será usted una alucinación?… ¡Dios mío! ¡Está usted horrible!… ¿Pero qué le pasa? ¡Tiene usted la cara desencajada!…». «¡Oh…, déjeme respirar, querido!… Me alegra verle,

siempre que ello no sea una ilusión óptica… ¡Maldita sesión espiritista!… ¡De tal modo ha destrozado mis nervios que figúrese que ahora, cuando volví a mi casa y entré en mi habitación…, vi en ella un ataúd…!». No pudiendo creer lo que escuchaban mis oídos, pedí a Pogostov que me repitiera sus palabras. «¡Un ataúd! ¡Un ataúd de verdad! —insistió el médico sentándose sin fuerzas en un peldaño de la escalera—. ¡No soy cobarde, pero el mismo diablo se asustaría si volviendo de una sesión espiritista tropezara en la oscuridad con un ataúd!». Tartamudeando y perdiendo a cada momento el hilo de mi discurso, conté al médico lo referente a los ataúdes que había visto yo… Durante un minuto permanecimos con la boca abierta, mirándonos asombrados. Después, para asegurarnos de que no estábamos siendo víctimas de una alucinación, empezamos a pellizcarnos el uno al otro. «Ambos somos sensibles al dolor —dijo el médico—, lo cual quiere decir que no estamos dormidos ni soñando. Los ataúdes, entonces, tanto el mío como los dos suyos, no son una ilusión óptica, sino algo real. ¿Qué hacemos, pues?». Después de pasar una hora en la escalera perdiéndonos en conjeturas y muertos de frío, decidimos vencer el miedo y entrar, acompañados del portero, en la habitación del médico. Y así lo hicimos. Al entrar en la habitación vimos, efectivamente, a la luz de una vela, un ataúd tapizado de blanco y adornado con fleco y borlas de oro. El portero se santiguó devotamente. «Ahora se podrá saber si está vacío o… habitado», dijo el médico con el rostro pálido y temblando con todo su cuerpo. Después de larga y comprensible indecisión, apretando los dientes de miedo y de impaciencia, levantó el médico la tapa del ataúd. Miramos dentro de él y… El ataúd estaba vacío… En él no había ningún muerto, aunque sí una carta, que decía lo siguiente:

»Querido Pogostov: Los asuntos de mi suegro van, como sabes, muy mal. Está entrampado hasta la cabeza, por lo que mañana o pasado vendrán a embargarle, lo que significa la ruina de su familia y de la mía, pero, sobre todo, y lo que es para mí más importante, la pérdida de nuestro honor. Por tanto, en el consejo de familia celebrado ayer, decidimos esconder todo aquello que fuera de mayor valor. Como la base de la fortuna de mi suegro está en los ataúdes (seguramente sabes que es el mejor fabricante de ataúdes de la ciudad), resolvimos esconder los ataúdes más valiosos. Hoy, pues, me dirijo a ti, como amigo que eres, para rogarte nos ayudes a salvar la fortuna y el honor. Esperando nos prestes tu ayuda para salvarlos, empiezo por enviarte, querido amigo, un ataúd para que lo guardes escondido hasta que yo te lo pida. Sin el auxilio de los amigos sucumbiríamos. Abrigo la esperanza de que no me rehusarás este favor, teniendo en cuenta, además, que el ataúd no habrá

de permanecer en tu casa arriba de una semana. A cada uno de cuantos considero mis verdaderos amigos he enviado un ataúd, contando, por anticipado, con su generosidad y nobleza. Tu amigo que te quiere,

Iván Cheliustin»[36].

Tres meses tardaron después de lo ocurrido en curarse mis nervios descompuestos. Nuestro común amigo, el yerno del fabricante de ataúdes salvó su honor, su fortuna, posee ya una agencia de entierros y vende monumentos funerarios. Sus asuntos, sin embargo, no van ahora muy bien, por lo que todas las noches, al entrar en mi habitación, temo encontrar al lado de mi cama un blanco mausoleo de mármol o un catafalco.

EL ORADOR

EN una hermosa mañana celebrábase el entierro del asesor colegiado Kirill Ivanovich Vavilonov, muerto de dos enfermedades sumamente frecuentes en nuestra patria: una esposa maligna y el vicio del alcohol. Mientras el cortejo fúnebre se dirigía de la iglesia al cementerio, uno de los compañeros de trabajo del difunto, un tal Poplavski, cogió un coche y se dirigió a toda prisa a casa de su amigo Grigorii Petrovich Zapoikin, hombre, aunque joven, ya bastante popular. Tenía Zapoikin (como saben los lectores) un talento extraordinario para pronunciar discursos en bodas, jubilaciones y entierros. Estaba capacitado para hablar en cualquier momento: lo mismo recién despierto, que en ayunas, que borracho o que preso de fiebre. Su discurso fluía llanamente, sin interrupción…, tan abundantemente como fluye por un canalón el agua de la lluvia. Para expresar aflicción, encerraba el vocabulario del orador muchas más palabras que cucarachas tiene cualquier taberna. Sus discursos eran tan elocuentes y largos, que a veces, sobre todo en las bodas de los comerciantes, había que recurrir a la ayuda de la Policía para hacerle callar.

—Vengo a buscarte, hermanito —empezó a decir Poplavski al encontrarlo en casa—. Vístete en seguida y vámonos. Ha muerto un de los nuestros, al que estamos ahora mismo en trance de enviar al otro mundo, conque hace falta, hermanito, que haya quien diga alguna cosita para su despedida. Nuestra única esperanza eres tú. Si el muerto fuera uno de los subalternos… no te molestaríamos; pero éste era un secretario…, en cierto modo un jefe… Es desagradable enterrar a un personaje de su categoría sin que se diga algún discurso…

—¡Ah!…, ¡el secretario!… —bostezó Zapolkin—. ¿Aquel borracho?…

—Sí, aquel borracho… Habrá comida…, *blini*…, entremeses… Además nos pagan el coche. ¡Vamos, alma mía! ¡Allí, junto a la tumba, pronunciarás un discurso ciceroniano y ya verás lo que te lo agradecen!

Zapoikin accedió de buen grado. Desmelenó su cabello, obligó a adoptar a su rostro una expresión de melancolía y salió a la calle en compañía de

Poplavski.

—Conocía a vuestro secretario —dijo cuándo se sentaba en el coche—. Que en paz descanse…, pero era un pillo y un bestia como hay pocos.

—No está bien, Orischa, eso de ofender a los difuntos…

—Cierto que *aut mortiu nihil bene*… No obstante, era un bribón.

Los dos amigos dieron alcance al cortejo y se unieron a él. Como el féretro iba conducido a un paso muy lento, antes de llegar al cementerio, los amigos tuvieron tiempo de entrar cerca de tres veces en la taberna y de beber unas copitas al eterno descanso del difunto.

En el cementerio se celebró un oficio religioso. La suegra, la mujer y la cuñada, como es costumbre, lloraron copiosamente y la mujer hasta gritó cuando bajaban el ataúd a la fosa «¡Dejadme ir con él!…». A pesar de lo cual, y recordando sin duda la viudedad que había de recibir… no se fue con él. Después de esperar un poco a que todo se tranquilizara, Zapoikin avanzó unos pasos, paseó su mirada sobre los presentes y empezó a decir:

—¿Puede uno creer lo que ven los ojos y oyen los oídos?… ¿Este ataúd…, estas caras llorosas…, estos lamentos y estos sollozos…, no serán una pesadilla?… ¡Ay de mí! ¡No es un sueño, no! ¡No nos engaña la vista! ¡Aquel que hasta hace tan poco vimos lleno de vigor, de juventud, de frescura y lozanía!…, ¡aquel que aún hace tan poco tiempo, ante nuestros mismos ojos, llevaba su miel, cual abeja incansable, a la colmena común del bien del Estado…!, ¡es el mismo que vemos ahora convertido en nada…, en un *mirage*! ¡La muerte irreductible puso su mano sobre él cuando, a pesar de su avanzada edad, se encontraba aún lleno de fuerza y de esperanzas ultraterrenas!… ¡Su pérdida es irremplazable! ¿Quién nos lo puede reemplazar?… Tenemos muchos buenos funcionarios, pero puede decirse que Procofii Osipich era único en su género… Devoto hasta lo más profundo de su alma del honrado cumplimiento de sus obligaciones, lejos de regatear sus fuerzas, pasaba las noches en vela y era desinteresado e insobornable. ¡Cuánto despreciaba a aquellos que con perjuicio del interés general pretendían comprarlo! ¡que ofreciéndole tentadores bienes terrenales, se esforzaban en atraerlo hacia la traición a su deber! ¡Sí!… ¡Ante nuestros ojos hemos visto a Procofii Osipich repartir su modesto sueldo entre los más pobres de sus compañeros, y ustedes mismos acaban de oír hace un instante los sollozos de las viudas y de los huérfanos que vivían gracias a sus limosnas! Esclavo del servicio, de su deber, y de la bondad, no conoció la alegría, y hasta se rehusó a sí mismo la felicidad de la vida matrimonial. ¡Ya saben ustedes que hasta el final de su vida permaneció soltero! ¿Y como compañero?… ¿Quién podría

reemplazarlo? ¡Lo mismo que si fuera ayer me parece ver su rostro conmovido y afeitado, dirigido hacia nosotros!… ¡Su bondadosa sonrisa!… ¡Como si todavía fuera ayer, oigo su suave, cariñosa y afable voz…! ¡Descansa en paz, Procofii Osipich!… ¡Descansa…, honrado y noble trabajador!

Zapoikin continuaba perorando, pero los oyentes empezaron a hablar entre sí en voz baja. El discurso gustaba a todos y hacía verter algunas lágrimas. Mucho de él, sin embargo, resultaba extraño… En primer lugar era incomprensible por qué el orador llamaba al difunto Procofii Osipich cuándo su nombre era Kirill Ivanovich. En segundo, todos sabían que éste había pasado la vida entera en perpetua lucha con su legítima esposa, y que, por tanto, no podía calificarle de soltero…, y en tercero, era inexplicable que habiendo tenido una espesa barba de color rojizo, que en su vida había hecho afeitar ni una sola vez, hubiera llamado el orador a su rostro *afeitado*. Los oyentes se miraban con extrañeza.

—¡Procofii Osipich! —proseguía el orador mirando inspirado a la tumba —. ¡Tu rostro era feo!…, ¡hasta deforme!… ¡Eras taciturno y severo, pero todos sabíamos que bajo aquella corteza latía un corazón honrado y afectuoso!…

Pronto, sin embargo, empezaron a observar los oyentes que algo extraño ocurría al orador, que sin apartar la vista de un mismo punto, se agitaba nervioso. De repente quedó callado y con la boca abierta para el asombro, se volvió hacia Poplavski.

—¡Pero, oye!… ¡Si está vivo!… —dijo con ojos espantados.

—¿Quién está vivo?

—¡Pues… Procofii Osipich!… ¡Está junto al mausoleo!

— ¡Si el muerto no es él! ¡Es Kirill Ivanovich!

—¡Si has sido tú mismo el que me ha dicho que había muerto el secretario!

—¡No!… ¡El secretario era Kirill Ivanovich! ¡Te has confundido, tonto!… ¡Claro que también Procofii Osipich fue secretario…, pero hace ya dos años que le sustituyeron!

—¡Diablo!

—¿Por qué te paras?… ¡Sigue!

Zapoikin volvió la cabeza hacia la fosa y con la misma elocuencia que antes prosiguió su interrumpido discurso.

Al lado del mausoleo se encontraba, en efecto, Procofii Osipich, el viejo funcionario de la cara afeitada. Miraba éste con enfado al orador y fruncía las

cejas.

—¿Qué ocurrencia te ha dado —reían los funcionarios, volviendo del entierro en compañía de Zapoikin— de enterrar a un vivo?

—¡Eso no está bien, joven! —gruñía Procofii Osipich—. ¡Su discurso puede ser apropiado para un difunto, pero aplicado a un vivo es una burla! ¿Qué no me ha llamado usted?… Desinteresado…, incapaz de sobornar… ¡Tales cosas, refiriéndose a un vivo, sólo pueden decirse en son de burla! ¡Nadie le ha pedido tampoco, caballero, que hablara sobre mi cara!… Si soy feo y deforme…, ¡qué le vamos a hacer! ¿Para qué decir mi apellido delante de todo el mundo? ¡Esto es una ofensa!

EN LOS BAÑOS PÚBLICOS

I

¡OYE, tú…, quien seas! —gritó un señor gordo, de blancas carnes, al divisar entre la bruma a un hombre alto y escuálido, con una barbita delgada y una cruz de cobre sobre el pecho—. ¡Dame más vaho!

—Yo no soy bañero, señoría… Soy el barbero. La cuestión del vaho no es de mi incumbencia. ¿Desea, en cambio, que le ponga unas ventosas?…

El señor gordo acarició sus muslos amoratados y después de pensar un poco contestó:

—¿Ventosas?… Bueno, ¿por qué no?… Pónmelas. No tengo prisa.

El barbero corrió a la habitación de al lado en busca de los aparatos, y unos cinco minutos después, sobre el pecho y la espalda del señor gordo proyectaban su sombra diez ventosas.

—Le he reconocido, señoría… —empezó a decir el barbero, mientras aplicaba la undécima ventosa—. El sábado pasado se sirvió usted venir a bañarse aquí y me acuerdo de que le corté los callos. Soy Mijailo, el barbero… ¿No lo recuerda?… Aquel día me preguntó usted algo sobre las novias…

—¡Ah, sí!… ¿Y qué hay?

—Nada… Ahora estoy haciendo ejercicios espirituales y no quiero criticar porque es pecado, pero no puedo por menos de decir a su señoría (y que Dios me perdone por mis censuras) que las novias de ahora son muy ligeras y carecen de reflexión… Antes las novias aspiraban a casarse con un hombre serio, formal…, que tuviera un capitalito, que supiera hablar de todo y no se olvidara de la religión…, pero las de ahora…, ¡la instrucción es lo único que les interesa! No les des más que un hombre instruido…; de un comerciante o de un funcionario no quieren ni oír hablar… ¡Se ríen de ellos!… ¡Claro que la instrucción!… Un hombre instruido puede alcanzar un puesto muy elevado, mientras que otro que no lo es no pasa en toda su vida de escribiente y cuando se muere no deja ni siquiera para el entierro… ¡De ésos hay muchos!… Por

aquí suele venir uno de esos *instruidos*…, uno de Correos… Es un hombre que sabe de todo, hasta redactar telegramas…, pero no tiene ni para lavarse con jabón. ¡Da pena verlo!

—¡Pobre, pero honrado! —dijo una voz de bajo, ronca, que venía de la tabla de arriba—. ¡Hombres así deben ser nuestro orgullo! ¡La instrucción, cuando va unida a la pobreza, es testimonio de elevadas cualidades del alma!… ¡Mal educado!…

Mijailo miró de soslayo a la tabla de arriba.

Allí, golpeándose la frente con unos vergajos, estaba sentado un hombre escuálido y huesudo…, sólo compuesto, al parecer, de piel y de costillas. El largo pelo colgante que le cubría no permitía ver su cara, distinguiéndose tan sólo dos ojos llenos de desprecio y malignidad que miraban fijamente a Mijailo.

—Es uno de esos que se dejan el pelo largo… —dijo Mijailo haciendo un guiño significativo—. De esa gente que llaman… *de ideas*… ¡Cuántos de esos hay ahora! No se les puede cazar a todos. La conversación cristiana les repugna tanto como a las fuerzas maléficas el incienso… ¿Le oye usted defender la instrucción?… ¡Éstos son los que gustan a las novias de ahora! ¡Éstos precisamente, señoría!… ¡Da asco!… Figúrese que este otoño me manda a llamar la hija de un pope y me dice: «Búscame, *Michel*… (en las casas suelen llamarme *Michel*…, como rizo el pelo a las señoras…), búscame —dice— un novio. Pero que sea escritor». Por suerte en aquel momento sabía yo de uno. Solía éste frecuentar la taberna de Porfirii Emelianovich, a quien acostumbraba amenazar con hablar de él en el periódico. Cuando se le acercaba el mozo a cobrarle el vodka que se había bebido, le pegaba una bofetada y se ponía a gritar: «¿Cómo?… ¿Pedirme a mí que pague?… ¿No sabes acaso quién soy yo? ¿Ignoras que puedo perderte hablando de ti en el periódico?…». Era pequeñito y solía ir muy andrajoso… Yo le atraje hablándole del dinero del pope, le enseñé un retrato de la señorita, le alquilé un traje…, ¡pero a la señorita no le gustó! «¡No tiene la cara bastante melancólica!», me dijo. Ella era la primera que no sabía qué diablo quería.

—¡*Eso* es una calumnia a la Prensa! —se oyó decir desde la misma tabla a la ronca voz de bajo—. ¡Y tú, una porquería!

—¿Porquería yo?… ¡Hum!… ¡Tiene usted la suerte, caballero, de que esta semana esté haciendo ejercicios espirituales!… ¡De no haber sido así le hubiera dicho que *porquería* es una palabra…! Según eso, ¿también es usted escritor?

—Sea o no sea escritor, ¿con qué derecho hablas de lo que no entiendes? ¡Ha habido muchos escritores en Rusia y varios de ellos fueron de gran utilidad para su país, por lo que nuestro deber es honrarles y no hablar mal de ellos! Con esto me refiero lo mismo a los escritores profanos que a los religiosos.

— ¡Los religiosos no se ocupan de tales asuntos!

—¡Eso no lo puedes comprender tú…, ignorante!… ¡Dmitril Kostovskii, Innokentii Jersonskii, Filaret Moscovskii y demás hombres de la iglesia, contribuyeron con sus creaciones a la formación de la cultura!

Mijailo miró de reojo a su adversario y movió la cabeza.

—Éste me está resultando demasiado… —murmuró rascándose la nuca —, demasiado inteligente… ¡Por algo lleva esos pelos!… ¡Por algo!… Le comprendemos perfectamente —dijo en alta voz—, y ahora mismo vamos a demostrarle que sabemos la clase de persona que es. (Quédese un ratito con las ventosas, señoría, que yo en seguida vuelvo. Voy a decir solamente…).

Y Mijailo, acomodándose al andar los mojados pantalones y chapoteando con los pies descalzos, pasó a la habitación de al lado.

—Escucha… Ahora saldrá del baño uno de esos de pelo largo… —dijo dirigiéndose al joven que vendía el jabón—. Vigílale… Es de esos que van sembrando la confusión entre la gente… De esos que andan a vueltas con las *ideas*… Habría que ir a buscar a Nazar Zajarevich…

—Debes decírselo a los muchachos.

Mijailo se dirigió a los muchachos encargados del guardarropa y les dijo en voz baja:

—Ahora va a salir uno de pelo largo… De esos que van sembrando la confusión entre la gente… Hay que vigilarlo e ir corriendo a avisar al ama y que mande a buscar a Nazar Zajarevich para que levante acta… ¡Dice unas cosas!… ¡Tiene unas ideas!…

—¿Cuál de pelo largo? —preguntan inquietos los muchachos—. Aquí no se ha quitado la ropa nadie de esas señas. En total se la han quitado seis. Dos tártaros, un caballero, dos comerciantes, un diácono… y nadie más. ¿A ver si es que has tomado al padre diácono por uno de esos de pelo largo de que hablas?…

—¡Diablo las cosas que se os ocurren! ¡Yo sé lo que me digo!

Mijailo examinó la vestimenta del diácono, palpó su traje y se encogió de hombros… Una expresión de profundo asombro se deslizó por su rostro.

—¿Cómo es?

—Delgadito…, rubio…, con una barbita… Está constantemente tosiendo.

—¡Hum!… —murmuró Mijailo—, ¡Entonces…, eso quiere decir que he ofendido a una persona del clero!… ¡Dios mío!… ¡Qué pecado! ¡Qué pecado!… ¡Yo, que estoy haciendo ejercicios espirituales, hermanos!…, ¿cómo voy a poder confesarme después de haber ofendido a una persona del clero?… ¡Perdona, Dios mío, al pecador!… ¡Corro a pedirle, perdón!…

Y Mijailo, rascándose la nuca y con rostro afligido, se dirigió a los baños. Ya no estaba el diácono en la tabla de arriba, sino abajo, junto a los grifos y llenando de agua un barreño.

—¡Padre diácono! —le diio Mijailo con voz llorosa—. ¡Perdone a este pecador, por el amor de Dios!

—¿Qué tengo que perdonarle?

Mijailo suspiró profundamente; se arrodilló ante el diácono e inclinándose hasta el suelo dijo:

—¡Haber pensado que en su cabeza había *ideas*…!

II

—Me asombra que su hija…, dada su belleza y su buena conducta…, no se haya casado todavía —dijo Nicodim Egorich mientras subía a la tabla de arriba.

Nicodim Egorich Potichkin estaba desnudo como cualquier hombre desnudo, pero llevaba puesto un gorro sobre su cabeza calva. Tenía miedo a la congestión cerebral y al ataque de apoplejía, por lo que tomaba siempre su baño de vapor con su gorro encima de la cabeza. Su compañero, Macar Tarasich Peschkin, viejecillo de piernas delgaduchas y azuladas, al escuchar esta pregunta se encogió de hombros y dijo:

—No se ha casado porque Dios no me ha dotado de suficiente carácter. Soy demasiado tímido, Nicodim Egorich, y ahora no sirve de nada la timidez. Los novios de ahora son feroces y hay que tratarlos con procedimientos adecuados.

—¿Cómo, feroces?… ¿Desde qué punto de vista?…

—¡Muy consentidos!… Hay que emplear con ellos la severidad, Nicodim Egorich… No andar con contemplaciones y, si es necesario, pegarles unas cuantas bofetadas y acudir a la Policía… ¡Eso es lo que hay que hacer!… Son gente inútil…, sin ningún valor…

Los dos amigos se tumbaron el uno al lado del otro sobre la tabla y empezaron a darse golpes con los vergajos.

—Sin ningún valor… —prosiguió Macar Tarasich—. A mí me han hecho sufrir bastante… ¡canallas!… Si mi carácter fuera más firme… hace tiempo que mi Dascha estaría casada y tendría una porción de niños… ¡Eso es!… A decir verdad, ahora, en el campo femenino, señor mío, hay un cincuenta por ciento de solteronas… ¡Y observe bien, Nicodim Egorich…, que todas estas mozas tuvieron novios en su juventud!… ¿Por qué no se casaron?… ¿Cuál fue la causa?… No se casaron porque los padres no supieron retener al novio y le dejaron escapar.

—Exacto.

—El hombre de hoy en día está muy consentido…, es necio y despreocupado. Todo lo quiere gratis y con ventaja. Le das lo que se le antoja y encima te pide dinero… Cuando se casa calcula: «Si me caso, tendré dinero». ¡Lo de menos es que coma, que zampe y que acepte mi dinero…, pero que haga siquiera la merced de casarse con la criatura!… Porque a veces, además de que te cuesta el dinero, acabas sufriendo y llorando. Los hay que hacen la corte a una muchacha y que cuando llegan al punto decisivo, esto es, al momento de ir a la iglesia, se vuelven atrás y se ponen a hacer la corte a otra. ¡Desde luego, el noviazgo es muy agradable!…, ¡encantador!… Le dan a uno de comer, de beber, le prestan lo que necesita… Por eso, el novio sigue así hasta la vejez, y cuando le llega la muerte ya no le hace falta casarse. Algunos están calvos, tienen el pelo blanco y se les doblan las rodillas…, ¡pero siguen de novios!… Hay otros que no se casan por pura estupidez. Un hombre tonto no sabe él mismo lo que quiere, y por eso tan pronto le parece mal una cosa como otra. Frecuenta las casas… hace el amor…, y de pronto, sin que se sepa por qué, sale diciendo: «No puedo casarme. No me da la gana casarme». Como ejemplo puedo citarle al señor Catavasov, el primer novio de Dascha… maestro de escuela y consejero titular al mismo tiempo… Había estudiado todas las ciencias. Francés, alemán, matemáticas…, y luego resultó ser un majadero. ¡Un perfecto estúpido y nada más!… ¿Se ha dormido usted, Nicodim Egorich?

—No, no… Es que me agrada cerrar los ojos.

—Así, pues,…, como le digo…, empezó a hacer la corte a mi Dascha. He de advertirle que entonces Dascha no había cumplido todavía los veinte años. ¡Era un asombro de muchacha! ¡Un dátil!… Gruesa…, formal… El consejero civil Ciceronov la pidió de rodillas que fuera de institutriz a su casa, pero ella no quiso. Catavasov empezó a frecuentar la nuestra, venía diariamente y se quedaba hasta la noche conversando con ella sobre física y otras diversas ciencias. Le traía libros, le oía tocar el piano… Lo que más le interesaba eran

los libros, pero mi Dascha no necesitaba libros… Como también ella era muy erudita, libros no le faltaban… Él, sin embargo, le estaba siempre diciendo que leyera esto y que leyera lo otro… ¡Un aburrimiento de muerte!… Observé, no obstante, que la quería y que ella tampoco parecía tener nada en contra de él…, aunque solía decirme: «No me gusta, papaíto, que no sea militar…». Cierto que no era militar, pero tenía una buena posición…, un carácter noble…, no era borracho…, conque ¿qué más se podía pedir?… Solicitó su mano…, se les bendijo ¡y ni siquiera se informó del dote!… Sobre este punto… ¡silencio! Lo mismo que si hubiera sido un ser incorpóreo que puede pasarse sin un dote. Se fijó el día de la boda, ¿y qué se figura usted que pasó?… ¿Eh?… Pues que tres días antes de ésta se me presenta en la tienda el propio Catavasov, con los ojos irritados, el rostro pálido como si le hubieran dado un susto y temblando con todo su cuerpo.

—¿Qué se le ofrece? —le pregunté yo.

—¡Perdóneme, Macar Tarasich! —dijo él—; pero no puedo casarme con Daria Macarovna. ¡Me he equivocado! —dijo—. ¡Su florida juventud…, su imaginación…, me hicieron pensar que había de encontrar en ella el terreno…, digamos…, la frescura espiritual!… ¡Veo, sin embargo, que ya ha tenido tiempo de adquirir otras inclinaciones! Dice que la atrae la vanidad, que no sabe lo que es trabajar y que con la leche de su madre ha mamado… Yo no me recuerdo qué era lo que había mamado… Él seguía hablando y llorando al mismo tiempo. Yo, señor mío, me limité a enfadarme y le dejé marchar. Ni me dirigí al juez, ni fui a quejarme a su jefe, ni dije nada por la ciudad. Si hubiera acudido al juez, seguro que se hubiera asustado y se hubiera casado… A la autoridad le tendría sin cuidado lo que ella había mamado… ¿Te has prometido a una joven?… ¡Pues tienes que casarte, y se acabó!… ¿Oyó usted hablar de un comerciante llamado Kliakin?… Era un *mujik*, ¡pero qué ocurrencia tuvo!… También el novio de su hija, que había reparado en que la cuestión del dote no estaba del todo clara, empezó a protestar. Kliakin entonces se encerró con él en la despensa, sacó de su bolsillo una gran pistola con todas las balas en regla y le dijo: «¡Jura delante de la imagen que te casarás! ¡Si no lo haces —dijo—, ahora mismo te mataré, canalla! ¡Ahora mismo!…». El joven juró y se casó. ¿Lo está usted viendo?… Yo, en cambio, no soy capaz de hacer eso ni de pegarme con nadie… En otra ocasión, un funcionario ucraniano…, un tal Briusdenco…, vio a mi Dascha y se enamoró de ella. Iba tras de ella, rojo como un cangrejo y diciéndole una porción de cosas. Su boca despedía calor, como una estufa. Se pasaba el día entero sentado en nuestra casa y la noche paseando bajo las ventanas.

También Dascha había empezado a quererle. Le gustaban sus ojos, porque decía que en ellos había ¡fuego y negrura de noche!… Así, pues, el ucraniano venía a visitarnos, y un día se decidió a pedir la mano de Dascha. Ésta, que puede decirse que estaba encantada…, se la concedió. «Comprendo, papaíto —me dijo—, que no es militar; pero como, en cambio, pertenece al departamento de *Asuntos Eclesiásticos*…, o sea, como si fuera de intendencia, le quiero mucho…». Se veía que la muchacha, a pesar de su juventud, sabía distinguir… ¿Se fija usted cómo dijo «¡De intendencia!»?… Cuando el ucraniano se enteró del dote, regateó un poco conmigo, pero dijo que estaba conforme con todo. Lo único que quería era que la boda se celebrara lo antes posible. Pues bien…, cuando llegó el día de los esponsales y vio reunidos a los invitados, se agarró la cabeza con las manos y exclamó: «¡Dios mío! ¡Cuántos parientes tiene! ¡No estoy conforme…, no! ¡No puedo!¡No quiero!…». Y así dale que dale. Yo intenté por todos los medios tranquilizarle. Pero ¿se ha vuelto loco su señoría?… ¡Cuantos más parientes, más honor!… Pero él no estaba de acuerdo con esto. Cogió su gorro y no volvimos a verle más.

Le contaré también otro caso: El guardabosque Alialiev pretendió casarse con Dascha. La quería por su inteligencia y por su conducta. A su vez, Dascha se enamoró de él. Le agradaba su carácter equilibrado. Era, en efecto, un hombre bueno y noble. Procedió en aquella ocasión con mucha seriedad. Se enteró de la cuantía del dote, revolvió todos los baúles y reprendió a Matriona por no haber sabido preservar bien las capas de la polilla. A mí también me dio una lista de sus haberes. Era, desde luego, un noble carácter y una persona seria (es un pecado hablar mal de él) y, a decir verdad, a mí me gustaba enormemente. Se pasó dos meses regateando conmigo. Yo le daba ocho mil, pero él quería ocho mil quinientos. Regateábamos y regateábamos constantemente. Se daba el caso de que nos sentáramos a tomar el té, lleváramos bebidos quince vasos y siguiéramos siempre regateando… Yo subí hasta doscientos, pero él no quiso aceptar. ¡Y eso fue lo que nos separó!… ¡Trescientos rublos!… Él se fue todo pálido y lloroso… ¡Quería tanto a Dascha!… Ahora, pecador de mí, me culpo a mí mismo… Debería haberle dado los trescientos rublos o haberle asustado o avergonzado delante de la ciudad entera…, o haberle metido en una habitación oscura y propinado unas cuantas bofetadas. ¡Ahora me doy cuenta de que el que perdió fui yo! ¡Perdí por tonto!… Pero qué se le va a hacer, Nicodim Egorich… Mi carácter es así…, demasiado tímido.

—Demasiado tímido…, exacto. Bien…, yo ya me voy. Siento la cabeza un poco pesada.

Nicodim Egorich se golpeó con los vergajos por última vez y bajó. Macar Tarasich agitó los suyos con renovado brío y suspiró.

SIRENA

DESPUÉS de una de las sesiones del tribunal de la ciudad de N***, habíanse reunido los jueces en la sala del consejo con objeto de quitarse los uniformes y de descansar unos minutos antes de marcharse a comer a sus casas. El presidente del tribunal, hombre robusto y de lanudas patillas, retenido por un asunto de especial *interés*, acabado de discutir, se había sentado junto a una mesa y, con gran apresuramiento, consignaba por escrito su opinión sobre el caso. Junto a la ventana y mirando tristemente al patio, se encontraba Milkin, el juez de paz del distrito, joven de cara lánguida y melancólica, considerado como filósofo y que, descontento de su ambiente, andaba a la búsqueda de un objetivo para su vida. Otros dos jueces, uno de distrito y otro honorario, se habían marchado ya. El juez honorario, que allí había quedado (un gordiflón fofo, de respiración fatigosa), y el auxiliar del procurador (joven alemán cuyo rostro revelaba que padecía de catarro intestinal) se hallaban sentados en un pequeño diván, esperando a que el presidente terminara de escribir para salir juntos e irse a comer. De pie ante ellos se encontraba el secretarlo del tribunal, Jilin, hombre bajito, de patillas cortitas junto a las orejas y rostro de dulce expresión. A media voz y con untuosa sonrisa decía, mirando al gordiflón:

—Todos tenemos ganas de comer porque estamos cansados y porque ya son más de las tres…, y, sin embargo, querido Grigorii Savvich…, esto no es el verdadero apetito… ¡El verdadero apetito…, el apetito de lobo…, ése que te haría comerte a tu propio padre…, es el que se tiene después del ejercicio físico…, por ejemplo, después de la caza o de haber hecho cien *verstas*[37] a caballo sin descansar!… ¡También hace mucho la imaginación!… Por ejemplo, si vuelves a casa después de haber cazado y quieres comer con apetito, no has de pensar jamás en cosas de orden intelectual. Lo intelectual y lo científico quita siempre el apetito. Ya sabe usted que los filósofos y los sabios son los últimos en esta cuestión de la comida y que peor que ellos (con perdón de usted) no comen ni los cerdos. Por eso, cuando uno vuelve a casa, hay que obligar a la cabeza a no pensar más que en la garrafa y en los

entremeses. Una vez que, yendo de viaje, se me ocurrió cerrar los ojos y representarme un lechoncito guisado con *raíz fuerte…*, ¡me entró tal apetito, que por poco me da un ataque de histerismo! Es menester, por tanto, que ya uno, en el mismo momento de entrar en el patio de su casa, perciba alguno de estos olores viniendo de la cocina…, ¿verdad?

—Los gansos asados son maestros en eso de expedir olor —dijo el juez honorario respirando fatigosamente.

—¡No diga eso…, querido Grigorii Savvich! ¡El pato o la chocha pueden oler diez veces mejor! ¡En el ganso no hay *bouquet…*, ni ternura, ni delicadeza!… Ese olor de la cebolla tierna cuando…, sabe usted…, empieza a dorarse y a armar un estrépito, ¡la muy canalla!, por toda la casa…, ¡es el más embriagador de todos! Bien…, pues como le decía…, cuando se entra en casa tiene que estar la mesa puesta. Se sienta usted…, se mete la servilleta por debajo de la corbata y, sin prisa, tiende la mano hacia la garrafa de la vodka. No hay que echarla en una copa, sino en algún vasito de plata, antediluviano, del abuelo…, o en algún que otro recipiente en que esté escrito algo por este estilo: «Esto lo admiten hasta los frailes…». Tampoco hay que bebérsela en seguida, sino suspirar primero, frotarse las manos, mirar indiferente al techo y, sin apresurarse, llevarse la vodka a los labios. ¡Y ése es el preciso instante en que se sienten chispas por el estómago y por todo el cuerpo!

El dulce rostro del secretario tenía una expresión beatífica.

—¡Chispas!… —repitió cerrando los ojos—. Eso sí…, tan pronto como se ha bebido usted el vasito, necesita comer algo.

—¡Oiga! —dijo el presidente alzando los ojos hacia el secretario—. ¡No hable tan fuerte! ¡Por su culpa he estropeado ya la segunda hoja!

—¡Oh, perdón, Piotr Nicolaevich!… Hablaré más bajo —dijo el secretario.

Tras de lo cual prosiguió a media voz:

—Además, querido Grigorii Savvich, hay que saber comer. Hay que saber lo que se debe comer… El mejor entremés, si le interesa a usted saberlo, es el arenque. Se come usted un pedacito con cebolla y salsa de mostaza y en seguida, amigo mío, cuando empiezan las chispas en el estómago, se toma usted el caviar, con o sin limón, como mejor le parezca. Luego, el rábano con sal; después, otra vez el arenque… Pero lo mejor de todo son las setas picadas con cebolla y aceite… ¡Eso es exquisito! ¡Pues y el hígado de la Iota! ¡Un verdadero poema!

—Sí… —concedió el juez honorario cerrando los ojos—. También las setas blancas son muy buenas para entremés.

—En efecto…, con cebolla, laurel y otras especias. ¡Destapas la cazuela y sale de ella un vaho…, un olor a setas!… ¡A veces se te saltan las lágrimas! Luego, tan pronto como traen de la cocina la *kulebiaca*[38], es menester tomarse, sin pérdida de tiempo, un segundo vasito.

—¡Ivan Gurich! —dijo con voz llorosa el presidente—. ¡Por culpa suya he estropeado la tercera hoja!

—¡Qué diablos! ¡No piensa más que en la comida! —gruñó el filósofo Milkin con una mueca de desprecio—. ¿Acaso no hay en la vida cosas más interesantes que las setas y la *kulebiaca*?

—Como íbamos diciendo…, antes de comer la *kulebiaca*, hay que beber un poco —prosiguió el secretario a media voz.

Estaba tan emocionado, que, como el ruiseñor cuando canta, no oía más que su propia voz.

—La *kulebiaca* tiene que ser apetitosa, de una desnudez provocativa, para que resulte tentadora. Se corta un enorme pedazo, y es tal la abundancia de sentimientos que afluyen a uno, que le pasa uno los dedos por encima, así, de esta manera… Luego empieza uno a comérsela, y la mantequilla chorrea de ella como lágrimas… El relleno debe ser grasiento…, jugoso…, contener huevos, despojos, cebolla…

El secretario puso los ojos en blanco y su boca se torció hasta la misma oreja. El juez honorario, que sin duda estaba en aquel momento representándose a la *kulebiaca*, movió los dedos.

—¡Diablos!… —gruñó el juez del distrito dirigiéndose a otra ventana.

—Se come uno dos pedazos. El tercero hay que reservarlo para comérselo con los *schi* —prosiguió inspirado el secretario—. Tan pronto como termina uno de comerse la *kulebiaca* es menester (para que el apetito no quede cortado) hacer que sirvan los *schi*… Estos últimos tienen que venir calientes, al rojo… Pero lo mejor de todo, amigo mío, es el *borsch*[39], con remolacha, al estilo ucraniano…, o sea, con jamón, salchichas… También con crema agria, perejil fresco e hinojo. Asimismo es magnífico el *rassolnik*[40] de despojos y riñones. Ahora bien, si le gusta la sopa de verduras, la mejor es la que se hace con zanahorias, espárragos, coliflor y otras *jurisprudencias* de ese género.

—Sí…, ¡es algo maravilloso!… —suspiró el presidente levantando los ojos del papel; pero luego, dándose cuenta de sus palabras, gimió—: ¡Dios mío!…, ¡así hasta la noche!…, ¡está visto que no voy a poder dejar consignada por escrito mi opinión particular! ¡Ya llevo cuatro hojas estropeadas!

—No vuelvo a hablar, no vuelvo a hablar… ¡Perdóneme! —se disculpó el secretario, prosiguiendo después a media voz—: Tan pronto como termine usted de tomarse el *borsch*, o la sopa que sea…, deberá servirse inmediatamente el pescado. De los pescados, el mejor es el *karas* asado, con crema agria; ahora, eso sí…, para que no huela a cieno es necesario dejarlo vivo y metido en leche durante veinticuatro horas.

—Tampoco está mal el esturión pequeño… —dijo el juez honorario cerrando los ojos.

Luego, inmediatamente, de modo inesperado para todos, se alzó bruscamente del asiento y, con una expresión animal en el rostro, rugió dirigiéndose al presidente:

—¡Piotr Nicolaevich!, ¿va usted a tardar mucho?… Ya no puedo esperar más. ¡No puedo!

—Déjenme terminar.

—¡Pues entonces me voy yo solo! ¡Adiós!

El gordinflón cogió a toda prisa su sombrero y, sin despedirse siquiera, salió corriendo de la sala.

El secretario lanzó un suspiro e inclinándose hacia la oreja del auxiliar del procurador continuó diciendo a media voz:

—Lo que también tiene muy buen gusto es él *karas* o el *sudak* con salsa de tomate y setas. ¡El pescado no le llena a uno… Stepan Franzich!… ¡No es el elemento esencial! ¡Lo esencial de la comida no son las salsas ni el pescado, sino el asado! ¿Qué aves prefiere usted?

En el rostro del procurador apareció una expresión de amargura, y contestó con un suspiro:

—¡Desgraciadamente no puedo disfrutar de ellas! ¡Padezco de catarro intestinal…!

—Pero ¡por Dios, señor mío! ¡Esas cosas son invenciones de los médicos! ¡Enfermedades producidas por la preocupación y el orgullo! ¡No haga usted caso! Vamos a suponer que no tiene usted ganas de comer y hasta que siente repugnancia de estómago… ¡No se fije en ello y coma! Se toma usted, por ejemplo, dos chochas o perdices asadas o una parejita de codornices, y le doy mi palabra de honor de que no vuelve a acordarse para nada de su catarro. Pues ¿y el pavo?, grasiento, jugoso, blanco…, elevándose como una ninfa…

—Sí… Sabrá muy bien seguramente… —dijo con triste sonrisa el procurador—. Quizá el pavo me atreviera a comerlo…

—¡Dios mío!… Pues ¡y el pato!…, un pato tierno, asado con patatas; éstas últimas, cortadas muy menuditas, doradas y regadas con la grasa del

pato… Y…

El filósofo Milkin, también con expresión animal, intentó al parecer decir alguna cosa; pero de repente hizo restallar los labios (seguramente representándose al pato asado), y sin pronunciar palabra, arrastrado sin duda por una fuerza desconocida, agarró su sombrero y salió corriendo.

—Sí… Quizá pato también comería yo… —suspiró el auxiliar del procurador.

El presidente se levantó de su asiento, dio unas cuantas vueltas y se volvió a sentar.

—Después del asado ya no siente uno hambre y se sumerge en un dulce bienestar —prosiguió el secretario—. Siente uno el cuerpo satisfecho y el alma conmovida y, para mayor agrado, puede uno tomarse otras tres copitas.

El presidente hizo un ruido con la boca y, volviendo la hoja, dijo enfadado:

—¡Esta es la sexta hoja que estropeo! ¡No hay derecho!…

—¡Oh…, escriba, escriba, amigo mío!… —dijo el secretario—. Ya no lo voy a volver a hacer, ¡hablaré muy bajito!… Quiero decirle, Stepan Franzich —prosiguió con un murmullo que apenas se oía—, que el vino hecho en casa es mejor que cualquier champaña. Ya la primera copa sumerge al alma entera en un bienestar y en un mirar tal…, que ya no cree uno estar en su casa sentado en una butaca, sino en algún rincón de Australia y subido en el más blanco de los avestruces…

—¡Vamos ya…, Piotr Nicolaevich! —dijo el procurador haciendo con el pie un movimiento nervioso de impaciencia.

—Sí… —prosiguió el secretario—. Mientras se toma la copita, conviene fumar un puro haciendo sortijillas de humo, al tiempo que la cabeza va llenándose de los pensamientos más soñadores… Por ejemplo…, que uno es general en jefe o que está casado con la primera belleza del mundo y que esta belleza se pasa el día entero nadando ante sus ventanas, dentro de un estanque y rodeada de peces de oro. Ella nada…, nada…, y uno le dice: Ven, almita mía… ¡Ven a darme un beso!

—¡Piotr Nicolaevich! —gimió el auxiliar del procurador.

—Sí… —siguió diciendo el secretario—. Luego…, después de fumar, se recoge uno los faldones de la bata y… ¡andando a la camita!… Se echa uno en ella con la tripita para arriba y coge el periódico. ¡Es tan agradable, cuando casi se le cierran a uno los ojos y hay una somnolencia en todo el cuerpo, leer algo de política!… Aquí ve uno, por ejemplo, que Australia ha cometido una

gaffe, que Francia no dio satisfacción a algunos y que el Papa de Roma actuó a disgusto de otros… y disfruta.

El presidente, de un salto, se levantó del asiento, tiró la pluma y cogió el sombrero. El auxiliar del procurador, olvidado de su catarro intestinal y preso de impaciencia, saltó igualmente y exclamó:

—¡Vámonos!

—Pero, ¡Piotr Nicolaevich!… Y ¿esa nota con su opinión particular?… —se asustó el secretario—. ¿Cuándo va usted a escribirla? ¡A las seis tiene usted que marcharse!

El presidente movió la mano con un gesto de indiferencia y salió corriendo por la puerta. Lo mismo hizo el auxiliar del procurador, cogiendo la cartera y desapareciendo tras el presidente. El secretario suspiró, lanzó a su espalda una mirada rencorosa y se puso a ordenar los papeles.

UN HOMBRE EXTRAORDINARIO

Es la una de la madrugada. Ante la puerta de Maria Petrovna Koschkina, soltera, vieja y comadrona de profesión, se detiene un caballero de alta estatura, tocado con chistera y cubierto con un macferlán. La oscuridad de la noche otoñal no permite distinguir el rostro ni las manos del caballero; pero sólo su manera de toser y de tirar de la campanilla, revelan ya firmeza, seriedad y un algo que impone. Después del tercer campanlllazo se abre la puerta, y la propia Maria Petrovna aparece en el umbral. Sobre su falda blanca lleva echado un abrigo masculino; la pequeña lámpara con pantalla verde que sostiene su mano, torna verdoso su rostro adormilado, lleno de pecas, su cuello de pronunciadas venas y el escaso pelo, de color rojizo, que escapa bajo su cofia.

—¿Puedo ver a la comadrona? —pregunte el caballero.

—Yo soy la comadrona. ¿Qué desea usted?

El caballero entra en el recibimiento, y la comadrona ve ante sí a un hombre de alta estatura, esbelto, ya no muy joven, pero de bello rostro, severo, y patillas vaporosas.

—Soy el asesor colegiado Kiriakov. Vengo a pedirle que vaya a ver a mi mujer. Le ruego solamente que tenga la bondad de darse prisa.

—Bien… —accede la comadrona—. Ahora mismo me visto. Sírvase esperarme en la antesala.

Kiriakov se despoja del macferlán y entra en la sala. La luz verde y macilenta de la lamparita cae sobre muebles baratos, vestidos con blancas fundas remendadas…, sobre pobres flores y quicios por los que trepa una enredadera. Huele a geranio y a lejía. El reloj de pared, como azarado ante un extraño, deja oír un tímido tictac.

—Ya estoy —dice Maria Petrovna entrando al cabo de cinco minutos en la sala, ya vestida, lavada y llena de energía—. ¡Vamos!

—En efecto, tenemos que darnos prisa —dice Kiriakov—. Y a propósito…, no estaría de más preguntarle cuánto suele usted llevar por su trabajo.

—Pues…, francamente, no lo sé… —dice Maria Petrovna sonriendo con alguna turbación—. ¡Lo que usted me dé!…

—No. Eso no me gusta —dice Kiriakov sin inmutarse y mirando fríamente a la comadrona—. Los negocios son los negocios, y a cada cual lo suyo. Por tanto, para que no sobrevenga después ninguna mala inteligencia, sería conveniente ponernos antes de acuerdo.

—Es que yo no sé…, francamente. No tengo precio fijo…

—Yo también trabajo… y, por lo mismo, acostumbro valorar el trabajo ajeno. Me desagrada la injusticia. Para mí será tan desagradable el darle poco como el que usted me pida mucho. Por eso insisto en que me diga su precio.

—Es que el precio varía…

—¡Hum!… En vista de sus indecisiones (incomprensibles para mí), voy a ser yo el que fije el precio. Puedo darle dos rublos.

—¡Por Dios! —exclama Maria Petrovna enrojeciendo y retrocediendo—. ¡Me daría hasta vergüenza tomar dos rublos! ¡Para eso prefiero hacerlo gratis! ¿Le parecen cinco rublos?…

—Dos rublos, y ni una *kopeka* más. No quiero nada de lo que le corresponda; pero tampoco tengo intención de pagar excesivamente.

—Como usted quiera; pero yo, desde luego, por dos rublos no iré.

—La ley no le permite a usted negarse.

—Muy bien… Iré gratis entonces.

—Eso, no. Gratis no quiero yo. Todo trabajo debe ser retribuido. Yo trabajo también y lo comprendo.

—Pues por dos rublos yo no voy —declara con alguna timidez Maria Petrovna—. Si usted quiere, iré gratis.

—En ese caso, siento haberla molestado… Tengo el honor de saludarla.

—Pero ¡cómo es usted!… —dice la comadrona en el recibimiento, despidiendo a Kiriakov—. En fin…, si está usted conforme, iré por tres rublos…

Kiriakov frunce el entrecejo y medita por espacio de dos minutos mirando fijamente al suelo. Luego pronuncia un «no» decisivo y sale a la calle.

La comadrona, azarada y llena de asombro, cierra la puerta tras él y se retira a su dormitorio.

«¡Guapo…, serio!…; pero ¡qué hombre tan extraño!», piensa mientras se acuesta.

No ha transcurrido aún media hora cuando de nuevo suena la campanilla. Cuando se levanta vuelve a ver en el recibimiento al mismo Kiriakov.

—¡Qué asombrosa desorganización! —dice al entrar—. ¡Ni en la farmacia, ni los guardias, ni los vigilantes saben direcciones de comadronas! En vista de ello me veo obligado a aceptar sus condiciones. Le daré los tres rublos, pero le advierto que cuando tomo una sirvienta y, en general, cuando acepto servicios de quienquiera que sea, ajusto éstos por anticipado, con objeto de impedir que cuando llegue el momento del pago haya que hablar de suplementos…, propinas…, etc. Cada cual tiene derecho a lo suyo.

Maria Petrovna no lleva mucho tiempo escuchando a Kiriakov; pero ya éste la aburre, le da repugnancia…, siente caer su pausado discurso como plomo sobre su alma… Se viste y sale con él a la calle. El aire es quieto, pero frío, y a tal punto brumoso que apenas se distinguen las luces de los faroles. Bajo los pies solloza la nieve encharcada. La comadrona mira atentamente a su alrededor y no ve ni un coche.

—¿Supongo que no estará lejos? —pregunta.

—No, no está lejos —contesta sombríamente Kiriakov.

Atraviesan un callejón, otro, un tercero… Kiriakov anda, y hasta su manera de andar revela estabilidad, mesura…

—¡Que tiempo tan horrible! —empieza a decir la comadrona.

Él continúa callado. Se le ve esforzándose en pisar sobre las piedras más lisas para no estropearse los chanclos. Por fin, después de larga caminata, la comadrona entra en un recibimiento, desde el que puede percibirse una sala bien alhajada. En ninguna habitación, ni siquiera en la que se encuentra la parturienta, hay un alma. Tampoco se ven en ellas a los parientes y las viejas que suelen acudir en semejantes circunstancias. Tan sólo la cocinera corre de un lado para otro, como loca y con cara asustada. Se oyen fuertes quejidos.

Han pasado tres horas. Maria Petrovna, sentada junto a la cama de la recién parida, murmura algo a ésta en voz baja. Ambas mujeres han tenido ya tiempo de conocerse, de hablar y de chismorrear…

—Debe usted estarse callada —se inquieta la comadrona, a pesar de ser ella precisamente la que la asedia a preguntas. ,

He aquí que de pronto se abre la puerta, y Kiriakov, silencioso y mesurado, entra en la habitación. Sentándose en una silla, se acaricia las patillas. Se hace el silencio… Maria Petrovna mira el bello e impasible rostro, que diríase tallado en madera, y espera a que empiece a hablar. Pero él continúa callado…, meditando sobre algo. Sin esperar más, la comadrona se decide a empezar ella la conversación, y pronuncia la frase de rigor en todos los partos:

—¡Gracias a Dios, ya hay una persona más en el mundo!

—Si… Es grato —dice Kiriakov con su misma impasibilidad de madera —. Por otra parte, hay que considerar que para tener niños superfluos hay que tener dinero superfluo. Una criatura no viene al mundo comida y vestida…

Al rostro de la recién parida asoma una expresión de culpabilidad, como si pensara que había dado a luz a un ser vivo sin permiso o por mero capricho.

Kiriakov suspira, se levanta y sale con paso mesurado.

—¡Qué raro es! —dice a la madre la comadrona—. ¡Qué serio! ¡Ni siquiera se sonríe!

La recién parida cuenta que *él* es siempre así… Honrado, justo, formal, razonablemente ahorrativo…; pero todo en un grado tan extraordinario que los demás se sienten ahogados en su presencia. Los parientes acabaron distanciándose de él, las sirvientas no duran en la casa arriba de un mes, no tienen conocimientos, la mujer y los niños viven en perpetua tensión por el miedo a cada uno de sus pasos. No pega ni grita…, tiene muchas más cualidades que defectos; pero cuando sale de casa todos se sienten más sanos y más ligeros. ¿Por qué todo esto?… La esposa es la primera que no puede comprenderlo.

—Es preciso fregar bien las palanganas y guardarlas en el ropero —dice Kiriakov entrando otra vez en el dormitorio—. Estos frascos hay que guardarlos también, pueden volver a servir.

Todo cuanto dice es muy sencillo, muy común…; pero la comadrona, sin saber por qué, experimenta al oírle un sentimiento de repulsión. Empieza a tener miedo de este hombre y se estremece cada vez que oye sus pasos. Por la mañana, cuando se dispone a marcharse, ve tomando el té en el comedor a un colegial, el pequeño y pálido hijo de Kiriakov. Éste está frente a él diciéndole con su voz mesurada y tranquila:

—Ya que has aprendido a comer, debes aprender también a trabajar. Ahora mismo acabas de beberte un trago, pero ¿a que con seguridad no has pensado en que ese trago cuesta dinero y que el dinero se consigue trabajando?… ¡Come, pero piensa al mismo tiempo!…

La comadrona mira el rostro embotado del chiquillo y le parece que también el aire se ha contagiado de aquella pesadez y que, un poco más, y hasta las paredes se derrumbarán sin poder resistir por más tiempo la presencia opresora del hombre extraordinario. Llena de odio hacia él y presa de espanto, Maria Petrovna coge sus bártulos y se marcha apresuradamente.

A medio camino, se acuerda de que se ha olvidado de recoger sus tres rublos y, deteniéndose, medita un momento. Luego hace un gesto de indiferencia y echa a andar otra vez.

UN EMPRESARIO DEBAJO DEL DIVÁN

(HISTORIA ENTRE BASTIDORES)

EL *vodevil* que estaba representándose requería varios cambios de trajes. Klavdia Matveevna Dolskaia-Kuchukova, joven y simpática artista, apasionadamente entregada al sagrado arte, entró corriendo en su camerino y empezó a despojarse de su atavío de zíngara para aparecer vestida, un momento después de húsar. Con objeto de evitar dificultades con pliegues superfluos y de que el traje se adaptase perfectamente, la aventajada artista resolvió quitarse de encima hasta el último hilo y colocarse el traje sobre la vestidura de Eva. He aquí que, de pronto, cuando se había desnudado y estremecida de frío empezaba a acomodarse los pantalones de húsar, un suspiro exhalado por alguna persona llegó hasta su oído. Abriendo mucho los ojos, escuchó. Por segunda vez suspiró alguien. Y hasta le pareció oír murmurar: «¡Ay de mí! ¡Oh!…».

Sorprendida la artista, miró a su alrededor, y no encontrando nada raro en su camerino, decidió, por si acaso, mirar debajo del diván, su único mueble. Y ¿qué dirán ustedes que vio?… Debajo del diván vio una larga figura humana.

—¿Quién está ahí?… —exclamó espantada, apartándose de un salto del diván y cubriéndose con la chaqueta de húsar.

—Soy yo…, yo…; no se asuste —respondió debajo del diván un murmullo tembloroso—. ¡Tsss!…

En aquel murmullo, semejante al burbujeo de una sartén, reconoció la artista, sin dificultad, la voz del empresario Indiukov.

—¡Usted! —se indignó, poniéndose encarnada como una peonía—. ¿Cómo?… ¿Cómo ha podido usted atreverse…? ¿De manera, viejo canalla, que lleva usted ahí metido todo este tiempo?… ¡Esto es lo que faltaba!

—¡Madrecita!… ¡Palomita mía!… —burbujeó Indiukov asomando su cabeza calva por debajo del diván—. ¡No se enfade, preciosa! ¡Máteme!… ¡Pisotéeme como a una serpiente…, pero no haga ruido! ¡Yo no he visto nada! ¡Ni veo… ni deseo ver! ¡No necesita usted cubrirse, palomita mía!…

¡Escuche solamente al viejo que ya tiene un pie en la sepultura!… ¡Si me he metido aquí ha sido únicamente para salvarme!… ¡Estoy perdido!… ¡Míreme!… ¡Todos mis cabellos se han puesto de punta!… ¡Figúrese lo que me sucede!… ¡Prindin, el marido de mi Glascheñka, ha llegado de Moscú, y en este momento anda por el teatro buscando mi perdición!… ¡Yo, además de que se llevara a Glascheñka, le debo cinco mil rublos!

—¿Y a mí qué me importa eso?… ¡Lárguese de aquí ahora mismo! ¡Si no lo hace no sé de qué seré capaz…, canalla!

—¡Tsss!… ¡Almita mía!… ¡De rodillas se lo pido!… ¡Me arrastro a sus plantas!… ¿Dónde me voy a esconder si no es aquí…, en su cuarto? En cualquier otro sitio me encontraría, mientras que aquí no se atreverá a entrar. ¡Se lo suplico!… ¡Se lo pido!… Hará unas dos horas que le vi. Estaba yo entre bastidores, durante el primer acto, cuando le vi salir del patio de butacas y dirigirse al escenario.

—Entonces, mientras se representaba el drama, ¿ya estaba usted ahí debajo? —se espantó la artista—. Y… ¿ha visto?…

El empresario se echó a llorar.

—¡Estoy temblando…, madrecita mía…, estoy temblando!… ¡Me matará el maldito! ¡Ya son varias las veces que en Nijnil me ha tenido encañonado con su revólver! ¡Hasta lo trajeron los periódicos!…

—¡Aj!… ¡Esto es ya insoportable! ¡Márchese, que ya es hora de que me vista! ¡Tengo que salir a escena! ¡Lárguese!… ¡Si no lo hace…, chillaré, lloraré a gritos!…, ¡le tiraré la lámpara a la cabeza!

—¡Tsss!… ¡Esperanza mía!, ¡mi ancla de salvación!… ¡Le daré un suplemento de cincuenta rublos…, pidiéndole únicamente que no me eche de aquí! ¡Cincuenta rublos!

La artista, echándose por encima un montón de ropa, corrió hacia la puerta para llamar a gritos. Indiukov, arrastrándose de rodillas tras ella, le cogió una pierna.

—¡Setenta y cinco rublos con tal de que no me eche! —burbujeó perdiendo el aliento—. ¡Añado también medio beneficio!

—¡Miente usted!

—¡Que Dios me castigue si lo hago!… ¡Se lo juro!… ¡Que pierda para siempre la tranquilidad si…! ¡Medio beneficio y un suplemento de setenta y cinco rublos!…

Dolskaia-Kuchukova vaciló un instante y se apartó de la puerta.

—¡Pero si todo eso que está usted diciendo es mentira!… —dijo con voz llorosa.

—¡Que me trague la tierra si miento!… ¡Que me vea privado del reino celestial!… ¿Soy, acaso, un infame?

—Bueno… —accedió la artista—. Métase entonces debajo del diván, ¡pero acuérdese…!

Indiukov suspiró pesadamente y, a rastras y entre resoplidos, se introdujo debajo del diván, mientras Dolskaia-Kuchukova empezaba a vestirse a toda prisa. La idea de que en su camerino, debajo del diván, estuviera oculta una persona extraña, le causaba vergüenza y hasta miedo: pero el convencimiento de que obraba en interés del sagrado arte le infundía tanto valor, que cuando un rato después se despojaba de su vestido de húsar, no sólo se le había pasado el enfado, sino que hasta se sentía compadecida.

—¡Tenga cuidado de no mancharse, Kuzma Alekseich!… ¡Qué no echaré yo debajo de ese diván!…

El vodevil terminó. La artista hubo de salir a escena once veces, siéndole ofrendado un ramo atado con una cinta, en la que estaba escrito: «¡Quédese entre nosotros!». Saliendo de aquellas ovaciones tropezó entre bastidores con Indiukov. Sucio, arrugado, desgreñado…, el empresario estaba, sin embargo, resplandeciente y frotándose las manos de satisfacción.

—¡Ja, ja!… —exclamó acercándosele. ¡Imagínese, palomita!… ¡Ríase del viejo chocho!… ¡Figúrese que el hombre que vi no era Prindin!… ¡Ja, Ja, ja, ja!… ¡Al diablo con él!… ¡Me confundió su larga barba roja! ¡Prindin lleva también una barba larga y roja! ¡Me equivoqué…, viejo chocho de mí!… ¡La molesté sin necesidad, preciosa!…

—Pero… ¡acuérdese qué me ha prometido usted…! —dijo Dolskaia-Kuchukova.

—¡Me acuerdo…, claro que me acuerdo, querida mía!… Sólo que…, palomita mía, aquel hombre no era Prindin… Nuestro compromiso estaba basado en que se tratara de Prindin… ¿Cómo voy a cumplir la promesa si aquel hombre no era Prindin?… ¡Si hubiera sido Prindin…, sería otra cosa, naturalmente; pero usted misma ve que me equivoqué…! Tomé por Prindin a otro cualquiera…

—¡Oh, qué ruindad…, qué vileza! —se indignó la artista—. ¡Qué asquerosa ruindad!…

—Es que si aquél hubiera sido Prindin, tendría usted derecho a exigirme que cumpliera la promesa…; pero ¡sabe el diablo quién sería aquel hombre!… Puede que fuera algún zapatero… o (con perdón) algún sastre…, y en ese caso, ¿por qué voy a tener que pagar por él?… Yo soy un hombre honrado, madrecita, y comprendo… —y apartándose de ella se alejó gesticulando y

repitiendo…: ¡Si aquel hombre hubiera sido Prindin!… ¡Claro que estaría obligado!…, pero ¡era un desconocido…! ¡Un vaya usted a saber quién!… ¡Era un hombre de pelo rojo…, pero no Prindin!…

LA LECTURA

(RELATO DE UN VIEJO EXPERIMENTADO)

EN el despacho de nuestro jefe, Iván Petrovich Semipalatov, hallábase un día sentado el empresario del teatro de la localidad, Galamidov, hablando con aquél de la belleza y manera de interpretar de nuestras actrices.

—No estamos de acuerdo —decía Iván Petrovich al tiempo que firmaba papeles—. Sofía Iurievna tiene un talento fuerte y original. ¡Es simpática, graciosa, encantadora!…

Iván Petrovich se disponía a continuar; pero, no permitiéndole el entusiasmo articular una palabra más, se limitó a sonreír de una manera tan amplia y dulzona que el empresario, al mirarlo, sintió que la boca se le llenaba de algo dulce.

—Me agrada de ella esa inquietud…, ese palpitar de su pecho juvenil cuando lee un monólogo… ¡Arde…, lo que se dice arde!… ¡Dígale de mi parte, que en esos momentos yo me siento dispuesto a todo!

—Excelencia…, sírvase firmar esta comunicación de la Comisaría de Jerson, referente a…

Semipalatov alzó su rostro sonriente y vio ante sí al funcionario Merdiaev, que con ojos inexpresivos le presentaba un papel para la firma. Semipalatov hizo una mueca de desagrado. La prosa venía a interrumpir a la poesía en el momento más interesante.

—Esto podía haberse dejado para después. ¿No ve usted que estoy conversando? ¡Qué gente tan mal educada y tan poco delicada!… ¿No decía usted, señor Galamidov, que ya no quedaban tipos gogolianos?… Pues aquí tiene usted uno. ¿No es éste uno de sus tipos?… Descuidado, con los codos rotos, bizco, sin peinarse jamás… ¡Y mire cómo escribe!… ¡Algo horrible!… Escribe sin sentido y haciendo faltas como cualquier zapatero. Mire usted, ¡por favor!

—¡Hum!… —bramó Galamidov mirando el papel—. En efecto… Usted, señor Merdiaev, con seguridad lee muy poco.

—¡Y así no es posible, amigo! —prosiguió el jefe—. ¡Me avergüenzo de usted! ¡Si por lo menos hubiera usted leído!…

—La lectura hace mucho —dijo Galamidov, suspirando sin motivo alguno—. ¡Mucho!… Debe usted leer, y cuando lea ya verá cómo su horizonte cambia radicalmente. Usted puede procurarse libros dondequiera…, en mi casa, por ejemplo. Yo tendré mucho gusto en proporcionárselos. Mañana mismo si usted quiere, le traeré alguno.

—Dé las gracias, amigo —dijo Semipalatov.

Merdiaev saludó torpemente, movió los labios y se retiró.

Al día siguiente Galamidov llegó a nuestra oficina trayendo consigo un montón de libros. Y éste es el preciso momento en que dio comienzo nuestra historia. ¡Ni los descendientes de Semipalatov perdonaron nunca a éste un proceder tan ligero! Si hubiera sido un adolescente podría habérsele perdonado; pero siendo como era un consejero, el perdón era imposible.

Merdiaev, a la llegada del empresario, fue llamado al despacho.

—¡Tome, amigo, y lea! —dijo Semipalatov entregándole un libro—. ¡Lea con atención!

Con manos temblorosas cogió Merdiaev el libro y salió del despacho. Estaba pálido, sus ojos bizcos giraban inquietos, como si buscaran una ayuda entre los objetos que le rodeaban. Nosotros le quitamos el libro de las manos y lo examinamos atentamente.

Era éste *El conde de Montecristo*.

—Nadie puede oponérsele —dijo con un suspiro Projov Semionich Budilda, nuestro viejo contable—. Tú procura esforzarte como puedas…, vete leyendo poco a poco, y más tarde, si Dios quiere, quizá se le olvide y te sea posible dejarlo… Tú no te asustes… Lo principal es no penetrar en la lectura. ¡Lee…, pero no penetres en esas *inteligencias*!…

Merdiaev envolvió el libro en un papel y se sentó a escribir. Aquella vez, sin embargo, no se encontraba en disposición de hacerlo. Le temblaban las manos y los ojos se le torcían en todas direcciones, uno se le iba al techo y otro al tintero. Al día siguiente, cuando llegó al trabajo, en su rostro se veían señales de llanto.

—¡He empezado cuatro veces —dijo—; pero no me ha sido posible comprender nada! ¡No sé qué de unos extranjeros!…

Cinco días después, al pasar por delante de las mesas, Semipalatov se detuvo ante Merdiaev y preguntó:

—Bien, ¿y qué?… ¿Leyó usted el libro?

—Sí, excelencia. Lo he leído.

—¿Y de qué trata lo que ha leído usted, amigo? ¡A ver…, cuéntenoslo!

Merdiaev levantó la cabeza y movió los labios.

—¡Se me ha olvidado, excelencia!… —dijo al cabo de un minuto.

—Eso significa que no lo ha leído usted…, o que lo ha leído sin poner atención…, automáticamente. ¡Así no puede ser!… Tiene usted que leerlo otra vez, ¡Esto se lo recomiendo a ustedes, señores, a todos en general! ¡Todos tienen que leer! ¡Cojan ustedes libros de los que están en mi despacho, encima de la ventana, y lean! ¡Paramonov, vaya usted ahora mismo y coja un libro! ¡Vaya usted también, amigo Podjodzev! ¡Y usted, Smirnov, también! ¡Vayan todos, señores…, se lo ruego!

Todos fueron y cogieron cada uno un libro. Budilda fue el único que se atrevió a protestar. Moviendo las manos y la cabeza, dijo:

—Perdóneme, excelencia…; pero yo, antes le pediría el retiro que… Yo ya sé lo que ocurre cuando se leen esas críticas y composiciones… ¡Por culpa de ellas mi nieto mayor llama estúpida a su propia madre en su misma cara y se pasa la Cuaresma bebiendo leche! ¡Perdóneme!

—¡Es que usted no comprende de lo que se trata!… —dijo Semipalatov, que por lo general solía perdonar al viejo todas sus rudezas.

Pero Semipalatov se equivocaba. El viejo comprendía perfectamente. Al cabo de una semana, todos pudimos ver el fruto que daba aquella lectura.

Podjodzev, que leía el segundo tomo de *El judío errante*, llamó a Budilda jesuíta. Smirnov empezó a venir borracho al trabajo. Sin embargo, sobre ninguno produjo la lectura tanto efecto como sobre Merdiaev. Éste adelgazó, palideció y se dio a la bebida.

—¡Projov Semionich! —imploraba de Budilda—. ¡Rezaré por usted eternamente, pero pida a su excelencia que me disculpe…! ¡Dígale que no puedo leer más! Me paso leyendo la noche y el día, no duermo, no como… Mi mujer agota sus fuerzas leyéndome en voz alta, pero yo no entiendo nada. ¡Dios me es testigo!… ¡Hágame esa merced!

Varias veces intentó Budilda poner a Semipalatov al corriente de lo que ocurría; pero éste se limitaba a hacer un ademán de impaciencia y, en unión de Galamidov, acusaba a todos de ignorancia. Transcurridos en esta manera unos dos meses, la presente historia estuvo a punto de tener un espantoso final.

Un día, al llegar a su trabajo, Merdiaev, en lugar de sentarse ante su mesa, se puso de rodillas en el centro de la habitación, se echó a llorar y dijo:

—¡Perdónenme, hermanos, por haber falsificado documentos!

Luego corrió al despacho de Semipalatov, se hincó nuevamente de rodillas ante él y exclamó:

—¡Perdóneme, excelencia!… ¡Ayer tiré a un pozo a un niño chiquitín!

Después, golpeando el suelo, rompió a sollozar.

—¿Qué significa esto? —se asombró Semipalatov.

—¡Esto significa, excelencia —dijo Budilda avanzando y con los ojos llenos de lágrimas—, que se ha vuelto loco! ¡Que ha perdido el Juicio! ¡He aquí lo que ha conseguido Galamidov con la famosa *lectura*!… ¡Pero Dios misericordioso todo lo ve, excelencia…, y si mis palabras no le agradan, permítame que presente mi dimisión! ¡Más vale morir de hambre que presenciar semejantes cosas a la vejez!

Semipalatov palideció y dio unos cuantos pasos por la habitación.

—¡Que no vuelva a recibirse a Galamidov! —dijo con voz sorda—. Y ustedes, señores, tranquilícense. Ahora veo mi culpa. ¡Gracias, viejo!

Desde entonces no volvió a ocurrir nada. Merdiaev se curó, pero no del todo. Aún ahora, cuando ve un libro, tiembla y vuelve la cabeza.

EN LA OSCURIDAD

SOBRE la nariz del auxiliar de procurador y consejero de Corte Gagin, se posó una mosca. Si la condujo allí la curiosidad o llegó de un modo inconsciente o si fue la oscuridad la culpable, esto no se sabe; pero el caso es que la nariz no supo resistir la presencia de un cuerpo extraño y dio orden de estornudar. Gagin estornudó, estornudó con sentimiento, con un silbido penetrante y tan fuerte, que la cama se estremeció haciendo sonar, incomodado, uno de sus muelles. La esposa de Gagin, Maria Mijailovna, mujer rubia, fuerte y de gruesa configuración, estremeciéndose, se despertó también. Fijó los ojos en la oscuridad, suspiró y se volvió hacia el otro lado. Unos cinco minutos después dio otra vuelta en la cama y apretó los párpados con más fuerza, pero inútilmente; el sueño había huido de ella. Tras de suspirar y de dar vueltas de un lado para otro, se levantó pasando por encima de su marido, se puso las zapatillas y se acercó a la ventana. El patio estaba oscuro. Sólo se percibían las siluetas de los árboles y los sombríos tejados de los cobertizos. Por el Oeste, el cielo había aclarado un poco, pero ya las nubes se disponían a abrazar aquella claridad. El silencio reinaba en el aire dormido y envuelto en sombra. Hasta el guardia, que cobraba un sueldo por el trabajo de interrumpir con sus golpes el silencio de la noche, permanecía callado; ejemplo seguido por el rascón, único pájaro salvaje, al que no asusta la vecindad de los veraneantes de la capital.

El silencio fue roto por la propia Maria Mijailovna. De pie al lado de la ventana miraba al patio, cuando de repente dejó escapar un grito. Le había parecido ver que, saliendo del *parterre*, en que se encontraba el viejo y raquítico sauce, y en dirección a la casa, se deslizaba una sombra oscura. Al principio pensó que se trataba de alguna vaca o de algún caballo; pero, después de restregarse los ojos, distinguió claramente en aquella sombra contornos humanos. Luego le pareció ver que la oscura figura se aproximaba a la ventana de la cocina y, tras detenerse un momento, como indecisa, ponía un pie en el alféizar y desaparecía en la oscuridad de la ventana.

«¡Un ladrón!», pasó por su mente, mientras su rostro se cubría de una palidez mortal.

En un instante su imaginación le hacía representarse ese cuadro tan temido por todas las señoras veraneantes: El ladrón entrando en la cocina…, pasando de la cocina al comedor… Allí, plata en el armario… Luego, el dormitorio…, el hacha…, ¡una terrible cara de bandido!…, objetos de oro… Sus rodillas temblaron y por su espalda corrió un cosquilleo.

—¡Vasia! —llamó a su marido—. ¡Basil!… ¡Vasilii Procofich!… ¡Oh Dios mío!… ¡Está dormido como un muerto!… ¡Despiértate, Basil…, te lo suplico!

—¿Nnnn?… —mugió el auxiliar de procurador entre fuertes aspiraciones y produciendo un sonido semejante al de la persona que mastica.

—¡Despiértate, por el amor de Dios!… ¡Ha entrado un ladrón en la cocina! ¡Estaba yo al lado de la ventana y he visto entrar a alguien!… ¡De la cocina irá al comedor, y las cucharas están en el armario!… ¡Basil!… ¡El año pasado entraron también ladrones en casa de Maria Egorovna!…

—¿Qué…? ¿Qué quieres?

—¡Dios mío!… ¡No me oye! ¡Entiende de una vez, hombre sin fundamento, que acabo de ver entrar a una persona en nuestra cocina! ¡Pelagueia se va a llevar un susto y, además…, la plata está en el armario!

—¡Tonterías!

—¡Basil, esto es ya insoportable! ¡Te estoy hablando de un peligro, y tú duermes o lo echas a broma! ¿Qué quieres, vamos a ver?… ¿Quieres que nos roben o que nos maten?

El auxiliar de procurador se sentó en la cama despacio y comenzó a llenar el aire de bostezos.

—¡Estas mujeres! —mascullaba—. ¿Será posible que no pueda uno tener tranquilidad ni por la noche?… ¡Despertarle a uno por esas tonterías!…

—¡Te juro, Basil, que he visto entrar a un hombre por la ventana!

—Bueno, ¿y qué?… ¡Déjalo que entre!… Será, seguramente, el bombero que viene a ver a Pelagueia.

—¿Qué?… ¿Qué has dicho?

—He dicho que habrá sido seguramente el bombero de Pelagueia que viene a visitarla.

—¡Peor que peor!… —exclamó Maria Mijailovna—. ¡Esto sí que sería peor que el ladrón! ¡Jamás toleraría en mi casa un cinismo semejante!…

—¡Vaya con la virtuosa!… «¡No toleraré el cinismo!»… ¿Es que eso es cinismo?… ¡Qué necesidad hay de emplear palabras extranjeras! ¡Eso es una

cosa, madrecita, que ocurre hace siglos y que aprueba la tradición!… ¡Para eso es bombero!…, ¡para visitar a la cocinera!

—¡No, Basil! ¡Tú no me conoces!… ¡No puedo admitir siquiera la idea de que en mi casa…! ¡Ve ahora mismo a la cocina y mándale que se marche en seguida! ¡Mañana diré yo a Pelagueia que no vuelva a permitirse una cosa semejante! Cuando yo me muera podrá usted permitir en su casa cinismos así; pero ahora no tiene usted derecho a ello. Le ruego que cumpla mi deseo.

—¡Diablos! —gruñó enojado Gagin—. ¡Comprende tú, con tus microscópicos sesos de mujer, que yo no tengo por qué ir allí!

—¡Basil!… ¡Empiezo a perder el conocimiento!

Gagin escupió, se puso las zapatillas, volvió a escupir y se dirigió a la cocina. Todo a su alrededor estaba oscuro como dentro de un tonel cerrado, y el auxiliar de procurador tenía que avanzar a tientas. En el camino pegó sobre la puerta de la habitación de los niños y despertó al ama.

—Vasilisa —dijo—. Te llevaste mi bata para limpiar. ¿Dónde está?

—Se la di a Pelagueia para que la limpiara ella, señor.

—¡Qué desorden!… ¡Se cogen las cosas y no se vuelven a poner en su sitio! ¡Y ahora tengo que andar sin bata!

En la cocina se dirigió hacia el sitio en que, debajo de los vasares llenos de cacharros y encima de un baúl, dormía la cocinera.

—¡Pelagueia! —empezó a decir tocándola en un hombro—. ¡Oye, tú…, Pelagueia! ¿Para qué finges, vamos a ver?… ¡Ya sé que no estás dormida! ¿Quién ha entrado aquí ahora por la ventana?

—¡Gm…! ¡Vaya!… ¿Por la ventana?… ¿Quién va a entrar?…

—¡No disimules! ¡Mejor sería que dijeras a tu bribón que se marchara por las buenas!… ¿Me oyes?… ¡No tiene por qué estar aquí!…

—¿Está usted en su juicio, señor?… ¡Vaya con lo que sale!… ¡Claro…, como han dado con una tonta!… ¡Se pasa una el día entero martirizada, corriendo de aquí para allá lo mismo que una loca, sin un momento de tranquilidad, y también por la noche tienen que venirle a una con esas palabras…! Está una sirviendo por cuatro rublos al mes, teniendo que poner encima el té y el azúcar, y por toda consideración la hablan a una así… ¡En casa de unos comerciantes, en la que estuve viviendo, no vi nunca estas cosas!…

—¡Bueno, bueno… no te lamentes, y que tu soldado se vaya de aquí en este mismo instante! ¿Me oyes?

—¡Peca usted, señor, diciendo eso! —exclamó Pelagueia con una voz que sonaba a lágrimas—. ¡Son ustedes señores instruidos…, nobles; pero no

tienen comprensión para nuestra pena…, para nuestra vida infeliz!… —se echó a llorar—. ¡Todo el mundo puede ofendernos y no tenemos quien nos defienda!

—Está bien… Está bien… ¡A mí me da lo mismo!… Es la señora la que me manda. Por mi parte, lo mismo me da que dejes entrar a un duende.

El auxiliar de procurador no podía por menos de reconocer que aquel interrogatorio no venía a cuento y que debía volver junto a su esposa.

—¿Oye, Pelagueia?… Cogiste mi bata para limpiarla. ¿Dónde está?

—Discúlpeme el señor. Se me olvidó ponérsela en la silla. Está colgada de un clavo al lado de la estufa.

Gagln encontró a tientas su bata, se la puso y, arrastrando los pies, se dirigió a su dormitorio.

Cuando salió su marido, Maria Mijailovna se echó a esperar en la cama. Pasó tres minutos tranquila, pero pronto la preocupación empezó a martirizarla.

—«¡Cuánto tarda! —pensaba—. Si no es más que un cínico el que está ahí…, bien…; pero ¿si fuera un ladrón?…».

Su imaginación comienza a dibujarle un nuevo cuadro… Su marido entrando en la cocina…, recibiendo un golpe…, muriendo sin ruido… ¡Un charco de sangre!… Transcurrieron cinco minutos, cinco y medio…, ¡seis, por fin!… De su frente brotaba un sudor frío.

— ¡Basil! —chilló—. ¡Basil!

—Pero ¿por qué gritas…, si estoy aquí?… —oyó decir a la voz de su marido al mismo tiempo que sonaban sus pasos—. ¿Es que te están matando?

Y el auxiliar de procurador, acercándose a la cama, se sentó en su borde.

—Ahí no hay nadie —dijo—. Todo se te ha figurado, tontita… Puedes quedarte tranquila. La boba de tu Pelagueia es tan virtuosa como su señora. ¡Qué miedosa eres! ¡Qué…!

Y el auxiliar de procurador que se había desvestido de nuevo y no tenía sueño, empezó a bromear con su mujer.

—¡Cuidado que eres miedosa! —reía—. Mañana mismo tienes que empezar a ir al médico para que te cure esas alucinaciones. Eres una psicópata.

—¡Huele a alquitrán! —dijo la mujer—. O a algo de cebolla…, o a *schi*…

—Sí… Hay algo en el ambiente… Se me ha quitado el sueño. Voy a encender una vela…, ¿dónde están las cerillas?…, y te enseñaré la fotografía del procurador del tribunal. Ayer se despidió de nosotros y nos dio a cada uno su retrato con su autógrafo.

Gagin encontró una cerilla y encendió la vela, pero antes que pudiera dar un paso hacia la cama en busca de la fotografía, un grito que partía el alma sonó a sus espaldas. Volviendo la cabeza vio los grandes ojos de su mujer, llenos de espanto, asombro e irritación, fijos sobre él.

—¿Te pusiste la bata en la cocina? —preguntó, palideciendo.

—¿Por qué lo dices?

—¡Mírate!

El auxiliar de procurador se echó una mirada de arriba abajo y quedó atontado. En vez de su bata, el capote del bombero pendía de sus hombros. ¿Cómo había podido ir a parar a ellos?… Mientras buscaba una respuesta a esta pregunta, la imaginación de su mujer comenzaba a dibujar otro cuadro. Un cuadro terrible…, imposible… Oscuridad, silencio, un murmullo…, etc., etc.

EL LEÓN Y EL SOL

POR una de las pequeñas ciudades situadas en una vertiente de la cordillera de los Urales corrió la voz de que pocos días antes había llegado, hospedándose en la fonda Japón, el noble persa Royat-Jelam. La noticia no produjo la menor impresión en los ciudadanos.

«¡Que ha venido un persa!… Muy bien», pensaron.

Solamente el alcalde, Stepan Ivanovich Kutzin, al enterarse, por el secretario de la Alcaldía, de la llegada de aquel señor oriental se quedó pensativo y preguntó:

—¿Adónde se dirige?

—Parece ser que a París o a Londres.

—¡Hum!… Eso quiere decir que es pájaro de importancia…

—¡El diablo lo sabrá!

Al volver a su casa de regreso de la Alcaldía y después de haber comido, el alcalde volvió a quedar pensativo, durándole esta vez la preocupación hasta la noche. La llegada de aquel noble persa le intrigaba mucho. Le parecía que era el mismo Destino el que le enviaba a este Royat-Jelam y que, por fin, se acercaba el momento propicio de realizar su sueño favorito, apasionadamente anhelado

Era el caso que el señor Kutzin poseía dos medallas, la condecoración Stanislav, de tercer grado, un emblema de la Cruz Roja y otro de la sociedad de Salvamento de Náufragos. Tenía, además, un dije que representaba una escopeta y una guitarra de oro, enlazadas, y que pasado por el ojal del uniforme hacía de lejos un efecto especial, que muy bien podía pasar por una condecoración. Ya se sabe que cuantas más medallas se tienen, tantas más se desean…; por eso el alcalde, desde hacía mucho tiempo, anhelaba un distintivo persa, El León y el Sol. Lo deseaba apasionadamente, locamente… Sabía muy bien que para recibir dicha condecoración no era menester batirse, ni hacer un donativo a un asilo, ni trabajar en las elecciones… Bastaba para ello tan sólo una oportunidad. Y ahora le parecía que esta ocasión se había presentado.

Al mediodía del día siguiente se colocó sobre el pecho todas las condecoraciones, más la cadena de alcalde, y se dirigió a la fonda Japón. El Destino le favorecía. Cuando entró en el aposento del noble persa, éste estaba solo y desocupado. Royat-Jelam, el enorme asiático de larga nariz de chocha y ojos saltones, tocado con un fez, estaba sentado en el suelo revolviendo en su maleta.

—Le ruego me perdone si le ocasiono alguna molestia —empezó a decir Kutzin sonriendo—. Tengo el honor de presentarme. Soy el ciudadano de honor y caballero Stepan Ivanovich Kutzin, alcalde de la localidad. Considero mi deber prestar homenaje en su persona al representante de un imperio amigo y vecino.

El persa, volviéndose hacia él, masculló algo en un francés pésimo, que produjo un sonido semejante al de un mazo de madera pegando sobre una tabla.

—Las fronteras de Persia —prosiguieron las frases de salutación de Kutzin, estudiadas de antemano— limitan con nuestra espaciosa patria, y por eso una recíproca simpatía me incita a expresarle el espíritu de solidaridad que nos anima.

El noble persa se levantó y volvió a mascullar algo en su idioma de madera. Kutzin, que no sabía ningún idioma, movió la cabeza de un lado para otro, indicando de este modo que no comprendía.

—¿Cómo me voy a entender con él? —pensó—. Podría traer un intérprete; pero como el asunto es bastante delicado, no conviene tratarlo delante de testigos. Por el traductor se enteraría más tarde toda la ciudad.

Con grandes esfuerzos Intentó Kutzin recordar todas las palabras extranjeras que había aprendido en los periódicos.

—Soy el alcalde —balbució—; quiero decir el *lordmaire…, municipalité… Oui?… Comprenez?…* —dijo.

De esta manera o por mímica, pretendía expresar su categoría social, pero no lograba hacerlo. Un cuadro colgado de la pared, que llevaba la siguiente inscripción: «Ciudad de Venecia», vino a sacarle de apuros. Señalando con un dedo primeramente la ciudad y después su cabeza, quedaba, según él, perfectamente compuesta la frase «soy el alcalde»[41].

El persa, sin embargo, no comprendió nada, aunque se sonrió, y dijo:

—Bien, *monsieur…* Bien…

Media hora después, el alcalde le daba ya palmadlas en el hombro, y le decía:

—*Comprenez?… Oui?* Como *lordmaire* y *municipalité*, le invito a dar un pequeño *promenage… Comprenez?… Promenage*.

Y Kutzin puso un dedo sobre Venecia, mientras imitaba con otros dos el movimiento de dos piernas andando. Royat-Jelam, que no le quitaba ojo a las medallas y que al parecer había adivinado en él al personaje más importante de la ciudad, comprendió la palabra *promenage* y sonrió afablemente. Acto seguido ambos se pusieron los abrigos y salieron a la calle. Al pasar ante la puerta del restaurante Japón, Kutzin pensó que no estaría mal invitar a comer al persa, y deteniéndose un momento y señalando a las mesas, dijo:

—Siguiendo la costumbre rusa podríamos… Puré, *entrecot.…*, champaña, etcétera, etcétera. *Comprenez?…*

El noble huésped comprendió en seguida, y poco después hallábanse los dos sentados en el mejor restaurante, bebiendo champaña y comiendo.

—¡Bebamos por el florecimiento de Persia! —decía Kutzin—. Nosotros, los rusos, somos muy amantes de los persas. Aunque tengamos distinta fe, los intereses nos son comunes; las simpatías que nos unen, recíprocas… El progreso…, los mercados de Asia… Conquistas, digamos…, pacíficas…

El noble persa comía y bebía con mucho apetito. Clavó el tenedor en el salmón, sacudió entusiasmado la cabeza, y dijo:

—¡Bien!

—¿Le gusta?… —se alegró el alcalde—. ¿Sí?… ¡Magnífico! —y dirigiéndose al camarero, dijo—: ¡Luca, amigo, da orden de que mande la fonda a su excelencia dos salmones de los mejores!

Cuando terminaron de comer, el alcalde y el noble persa se fueron a visitar la casa de fieras. Los ciudadanas tuvieron ocasión de ver cómo su Stepan Ivanovich, con el rostro alegre y encendido por el champaña y muy contento, acompañaba al persa por las calles principales, le hacía recorrer el mercado y le mostraba cuanto de notable encerraba la ciudad, incluida la atalaya de los bomberos. Hay que decir también que los ciudadanos le vieron detenerse ante un portalón de piedra, adornado con una figura de león, y señalar, dirigiéndose al persa, primeramente al león, luego al sol que brillaba en el cielo y, seguidamente, a su pecho. Luego, otra vez al león y al sol, y como el persa moviera la cabeza en señal de asentimiento, se le vio mostrar los blancos dientes en una sonrisa. Al anochecer estaban ambos sentados oyendo a las arpistas en el café de Londres. ¿Dónde estuvieron por la noche? No se sabe.

Al día siguiente fue el alcalde a la Alcaldía. Los empleados estaban ya, sin duda, enterados de algo, pues el secretario se le acercó y le dijo en tono

chancero y sonriendo:

—¿Sabe que entre los persas existe la costumbre de que cuando un noble recibe a otro en calidad de huésped tiene que sacrificar para él y con sus propias manos un cordero?

Poco después trajeron un paquete que acababa de recibirse por correo. El alcalde, al abrirlo, vio que contenía una caricatura en la que él mismo aparecía representando, de rodillas, ante Royat-Jelam, tendiendo los brazos hacia éste y diciendo:

«Para probar la amistad entre dos monarquías,
Rusia y el Irán,
y en homenaje a usted, estimado embajador,
yo sería el cordero pronto a sacrificarse,
pero pido perdón…, ¡soy un burro!».

El alcalde, cuando leyó esto, experimentó una sensación desagradable. Dicha sensación, sin embargo, no duró mucho. Al mediodía ya se encontraba otra vez en la compañía del noble persa, mostrándole las notabilidades de la ciudad. Otra vez se acercaba con él al portalón de piedra y señalaba tan pronto al león como al sol, como a su pecho. Comieron en el Japón, y después ambos, con el cigarro en la boca, rojos semblantes y de nuevo felices, subieron a la atalaya de los bomberos, desde la que el alcalde, sin duda deseando ofrecer al huésped un espectáculo de género extraordinario, gritó al centinela que paseaba por abajo:

—¡Dad la señal de alarma!

La alarma no consiguió ningún resultado, porque los bomberos se habían ido a bañar.

Fueron a cenar al Londres, y después de la cena se marchó el persa. Al despedirle, Stepan Ivanovich, siguiendo la costumbre rusa, le besó tres veces, vertió unas cuantas lágrimas y gritó cuando arrancaba el tren:

—¡Nuestros saludos a Persia! ¡Decidle que la amamos!

Un año y cuatro meses pasaron. En un día de fuerte helada, en el que el termómetro marcaba los treinta y cinco grados y soplaba un viento agudo, Stepan Ivanovich paseaba por la calle con la pelliza desabrochada, enojado de que nadie le saliera al encuentro y pudiera ver la condecoración de El León y el Sol prendida sobre su pecho.

Hasta el crepúsculo permaneció paseando con la pelliza desabrochada; después sintió mucho frío, y por la noche, no pudiendo dormirse, empezó a

dar vueltas de un lado para otro.

Su alma sentía una sensación de agobio, algo le abrasaba por dentro y el corazón le latía precipitadamente. Lo que ahora deseaba era la condecoración servia de la Tacova. La deseaba apasionadamente…, dolorosamente…

EL LIBRO DE RECLAMACIONES

ESTE libro se guarda, dentro de un pupitre construido especialmente para él, en las estaciones de ferrocarriles. El gendarme de la estación tiene la llave de dicho pupitre, aunque en la práctica no se necesita de llave alguna, pues el pupitre siempre está abierto. Abra usted el libro y lea:

«Muy señor mío…: Estoy probando la pluma».

Debajo de estas palabras hay dibujada una cabeza con una cara de larga nariz y unos cuernecitos, y al pie de ella escritas frases como éstas:

«Tú eres un dibujo. Yo soy un retrato. Tú eres un bestia, y yo no. Yo soy tu morro».

*

«Cuando iba acercándome a esta estación y contemplando el paisaje por la ventanilla, se me voló el sombrero.—/. *larmonkin*».

¿Quién ha escrito esto?… No lo sé. El tonto soy yo que lo leo.

«Imprime aquí su recuerdo el jefe del servicio de reclamaciones.— *Kolovreev*».

*

«Presento una queja del conductor Kuchkin por su comportamiento grosero para con mi mujer. Mi mujer no había metido ningún ruido, sino que, por el contrario, se había esforzado en que todo estuviera en silencio. Además del conductor, me quejo también del gendarme Kliatvin, que me agarró brutalmente por el hombro. Estoy domiciliado en la hacienda de Andrei Ivanovich Ischeev, que puede dar informes míos.— *Samoluchschev* (empleado)».

*

«El socialista Nikandrov».

*

«Encontrándose bajo la reciente impresión de un hecho abominable… (*Tachado*). Al pasar por esta estación, me sentí indignado hasta el fondo de mi alma por lo siguiente… (*Tachado*). Ante mis ojos se desarrolló el vituperable suceso que expongo a continuación y que pinta con vivos colores el desorden que reina en nuestros ferrocarriles… (*Lo que sigue, salvo la firma, está tachado*). El alumno de séptimo del colegio de Kursk.— *Aleksei Sudiev*».

*

«Mientras esperaba la salida del tren me entretuve en examinar el rostro del jefe de estación, quedando muy descontento de mi examen. Así lo declaro a todos.— *Un veraneante que no pierde nunca el ánimo*».

*

«Yo sé quién es el que ha escrito esto. Lo escribió M. D.».

*

«¡Señores! Teltzovski es un jugador de ventaja».

*

«La mujer del gendarme se fue ayer al río con el tabernero Kostka. Buena suerte. No te apures, gendarme».

*

«En esta estación, y teniendo mucha hambre, esperaba encontrar algo para comer, pero no había ninguna comida de vigilia.— *El diácono Dujov*».

*

«Zámpate lo que te den».

*

«El que encuentre una pitillera de piel, que la entregue en la caja a Andrei Egorich».

*

«Ya que se me ha echado del servicio por decir que me emborracho, declaro que son todos ustedes unos bribones y unos ladrones.— *Kosmodemianskii* (telegrafista)».

*

«¡Que la virtud sea vuestra gala!».

*

«¡Te quiero con locura, Katiñka!».

*

«Se ruega no escriban en este libro cosa ninguna ajena a la reclamación. Orden del jefe de estación.— *Ivanov VII*».

*

«Aunque seas el séptimo, eres Idiota».

GENTE SOBRANTE

SON las seis de la tarde de un día del mes de junio. Desde el apeadero de Jilkovo y en dirección a la colonia veraniega marcha un grupo de veraneantes recién bajados del tren. Son, en su mayor parte, padres de familia, y van cargados de paquetes, carteras, sombrereras y esas cajas de cartón que guardan las creaciones de la moda femenina. Todos presentan un aspecto cansado, hambriento y malhumorado, como si para ellos no brillara el sol ni floreciera la hierba.

En el grupo se encuentra Pavel Matveevich Saikin, miembro del tribunal del distrito, hombre alto, un poco encorvado, vestido con un traje barato y portador de una escarapela en su gorra descolorida. Está sudoroso, sofocado y apesadumbrado.

—¿Viene usted diariamente a la *dacha*? —dice dirigiéndose a él un veraneante de pantalones color rojizo.

—No. Diariamente, no —contesta sombrío Saikin—. Mi mujer y mi hijo residen aquí siempre, mientras que yo sólo vengo dos días a la semana. No tengo tiempo de venir todos los días y, además, sale caro.

—¡Y tanto que sale caro! —suspira el de los pantalones color rojizo—. Primeramente, en la ciudad no puedes ir a pie hasta la estación y tienes que tomar un coche…; luego, el billete, que cuesta cuarenta y dos *kopekas*… Después, en el camino, que si te compras el periódico… o incurres en la debilidad de beberte una copita de vodka… ¡Todos gastos pequeños…, insignificantes!…, ¡pero al final del verano resulta que se te han ido doscientos rublos!… Claro que tiene más valor el poder disfrutar de la Naturaleza… eso no lo voy a discutir… La vida bucólica… Pero hay que tener en cuenta lo que son nuestros sueldos de funcionarios. Por usted mismo sabrá que las *kopekas* están contadas…, y que si se descuida uno gastando, luego no duerme en toda la noche… ¡Así es!… Yo, señor mío… (no tengo el gusto de conocer su nombre), cobro cerca de dos mil rublos al año… tengo el grado de consejero civil… y fumo tabaco de segunda y no me sobra un rublo

para comprarme el agua mineral de Vichy que me ha sido prescrita por el médico, para las piedras del hígado.

—Todo, en general, es desagradable —dice Saikin después de un corto silencio—. Por mi parte, sustento la opinión de que la vida veraniega ha sido inventada por los diablos y por las mujeres. A los diablos les mueve la maldad, y a las mujeres, su extrema inconsciencia. Porque esto no es vida… ¡es un infierno! ¡Las galeras!… El calor no te deja respirar, y aunque te sofoques, tienes que andar de un lado para otro como un condenado, sin encontrar un momento de tranquilidad. En la ciudad estás sin muebles… sin servicio… ¡Todo se lo llevaron a la *dacha*!… En cuanto a alimentarte, ¡sabe el diablo con qué te alimentas!… El té no lo puedes tomar, porque no hay nadie que pueda prepararte el *samovar*… No te lavas, y cuando llegas aquí, o sea a la plena Naturaleza, tienes que darte una caminata a pie a través del polvo y con calor… ¡Pfú!… ¿Está usted casado?

—Sí, señor…, y tengo tres nenitos —suspiran los pantalones color rojizo.

—En general, ¡todo es desagradable! Lo sencillamente asombroso es que vivamos todavía.

Por fin los veraneantes llegan a la colonia, y Saikin, despidiéndose de los pantalones rojizos, se dirige hacia su *dacha*.

En su casa, un silencio mortal le sale al encuentro. Tan sólo se percibe en ella un zumbido de mosquitos y las peticiones de auxilio de una mosca caída para cena de una araña. A través de las ventanas, de las que cuelgan cortinillas de muselina, se divisan flores de geranio ya comenzando a marchitarse. En las paredes de madera, desprovistas de pintura, junto a algunas oleografías, dormitan las moscas. Ni en el zaguán, ni en la cocina, ni en el comedor…, se ve un alma. Sólo en la habitación que recibe al mismo tiempo el nombre de salón y el de sala, encuentra Saikin a su hijo Petia, chiquillo de seis años. Petia, sentado junto a la mesa, soplando fuertemente y alargando el labio inferior, está ocupado en recortar con unas tijeras el *valet de carreau*[42] de una baraja.

—¡Ah! ¿Eres tú, papá? —dice, sin volver la cabeza—. Hola.

—Hola. ¿Dónde está tu madre?

—¿Mamá?… Se fue con Olga Kirillovna al ensayo del teatro. Pasado mañana es la función y me van a llevar a mí…

—¿Y tú vas a ir?

—Ssssí…

—¿Cuándo va a volver?

—Ha dicho que volvería al anochecer.

—Y Natalia, ¿dónde está?

—Mamá se la llevó para que la ayudara a vestirse en la función, y Akulina se fue al bosque, por setas. Papá…, ¿por qué cuando pican los mosquitos se les pone la tripa roja?

—No sé… Porque chupan la sangre… Entonces, ¿no hay nadie en casa?

—Nadie. Estoy yo solo.

Saikin se sienta en la butaca y mira por la ventana con ojos embotados.

—Y entonces, ¿quién nos va a servir la comida? —pregunta.

—Hoy no han hecho comida, papá. Mamá pensaba que tú no vendrías, y dispuso que no se hiciera comida. Ella y Olga Kirillovna van a comer durante el ensayo.

—¡Vaya…, vaya!… Y tú, ¿qué has comido?

—Yo he comido leche. Para mí trajeron seis *kopekas* de leche. Papá…, ¿y por qué chupan la sangre los mosquitos?…

A Saikin le parece de repente que algo pesado le rueda por dentro hasta alcanzarle el hígado, al que empieza a chupar. De tal modo se siente enojado, ofendido y amargado, que tiembla y respira con dificultad. Siente ganas de pegar un brinco, de golpear en el suelo con algo duro y de enfadarse, pero recuerda que el médico le ha prohibido terminantemente ponerse nervioso. Haciendo un esfuerzo se levanta y se pone a silbar un pasaje de *Los hugonotes*.

—¡Papá!… ¿Sabes tú trabajar en el teatro? —oye decir a la voz de Petia.

— ¡Aj!… ¡No me molestes con preguntas tontas! —se irrita Saikin— ¡Eres más pegajoso que una lapa! Ya tienes seis años y sigues tan tonto como hace tres. ¡Qué niño más tonto y más mal criado!… ¿Por qué, por ejemplo, estropeas la baraja?… ¿Cómo te atreves a estropearla?

—La baraja no es tuya —dice Petia, volviéndose—. Me la ha dado Natalia.

—¡Mientes, chiquillo mal criado! —se excita más y más Saikin— ¡Estás siempre mintiendo! ¡Lo que hay que hacer es darte unos azotes, renacuajo! ¡Tirarte de las orejas!

Petia se levanta de un salto, estira el cuello y mira fijamente el rostro encendido y enfadado de su padre. Sus grandes ojos parpadean primero, luego se humedecen y la cara del niño se contorsiona.

—Pero ¿por qué te enfadas? —chilla Petia—. ¿Qué te he hecho yo, tonto?… ¡No he hecho nada malo…, no he hecho ninguna travesura…, y tú te enfadas!… ¿Y por qué te enfadas conmigo?…

El pequeño habla con acento tan convincente y llora con tal amargura que Saikin se siente avergonzado.

«Es verdad —piensa—. ¿Por qué le fastidio?».

—Bueno, bueno… —dice, cogiéndole por un hombro—. La culpa es mía, Petiuja… Perdóname… Lo que eres es un niño muy listo, muy bueno, y yo te quiero mucho.

Petia se enjuga los ojos con la manga, se sienta en el mismo sitio que antes y se pone a recortar la *dama de carreau*[43]. Saikin entra en su despacho, se tumba en el diván con las manos debajo de la cabeza y queda pensativo. Las recientes lágrimas del chiquillo han quebrantado su enfado y el hígado se le ha ido aliviando poco a poco. Lo único que siente es cansancio y hambre.

—¡Papá! —oye decir a través de la puerta—. ¿Quieres que te enseñe mi colección de insectos?

—¡Sí!… ¡Enséñamela!

Petia entra en el despacho y presenta a su padre un cajoncito largo, de color verde. Ya antes de tenerle cerca, Saikin ha percibido un zumbido desesperado y el arañar de unas patitas contra las paredes de la caja. Levantando la tapa, ve una infinidad de mariposas, escarabajos, saltamontes y moscas clavados con alfileres al fondo de la caja. Todas, salvo dos o tres mariposas, viven todavía y se agitan.

—¡El saltamontes aún está vivo! —se asombra Petia—. ¡Le cogimos ayer por la mañana y todavía no se ha muerto!

—¿Quién te ha enseñado a clavarlos así?

—Olga Kirillovna.

—Pues a quien habría que clavar es a Olga Kirillovna —dice Saikin, con repugnancia—. ¡Qué vergüenza! ¡Martirizar a los animales!…

«¡Dios mío!… ¡Cuán terriblemente mal se le educa!», piensa cuando se marcha Petia.

A Pavel Matveevich ya se le han olvidado el cansancio y el hambre, y sólo piensa en el destino de su pequeño. Mientras tanto, al otro lado de las ventanas la luz va apagándose lentamente. Se oye a los veraneantes que vuelven en pequeños grupos del baño de la tarde. Alguien se detiene ante la ventana abierta del comedor y grita:

—¿Quieren setas?

Como nadie le contesta, se aleja chapoteando con los pies desnudos…

Pero cuando el crepúsculo se hace tan denso que ya los geranios que se divisan a través de los visillos de muselisa pierden sus contornos y por la

ventana empieza a entrar el frescor de la noche…, la puerta del zaguán se abre ruidosamente y se escuchan pasos rápidos, charlas y risas.

—¡Mamá! —chilla Petia.

Saikin se asoma por la puerta del despacho u ve a su mujer, Nadejda Stepanovna, con su aspecto sonrosado y saludable de siempre. Con ella está Olga Kirillovna, mujer rubia y seca, de rostro pecoso, y dos hombres desconocidos. Uno de ellos es joven, alto, de cabellera rojiza y rizada y nuez prominente. El otro es de pequeña estatura, rollizo, y tiene un rostro de actor, afeitado, en el que resalta la barbilla oscura y torcida.

—Natalia, prepara el *samovar* —dice Nadejda Stepanovna haciendo crujir los pliegues de su vestido—. Me parece que ha llegado Pavel Matveevich. ¿Dónde estás, Pavel?… ¡Hola, Pavel! —dice, entrando corriendo en el despacho y respirando anhelosamente—. ¿Ya has llegado?… Estoy contentísima. Traigo conmigo a otros dos aficionados. Ven que te los presente. El más alto es Koromislov… ¡Canta que es una maravilla!… El otro, el bajito, es Smerkalov… ¡Enteramente un actor! ¡Lee prodigiosamente! ¡Ay!… Estoy cansada… Acabamos de terminar el ensayo… Todo marcha a las mil maravillas. Vamos a hacer *El huésped del trombón* y *Ella le espera*. La función será pasado mañana.

—¿Para qué les has traído? —pregunta Saikin.

—¡No tenía más remedio, papaíto!… Después del té tenemos que repasar los papeles y cantar alguna cosa. Koromislov y yo cantamos a dúo. ¡Ah!…, que no se olvide… Haz el favor, querido, de mandar a Natalia por unas sardinas, un poco de vodka, queso y alguna que otra cosa. Seguramente se quedarán a cenar. ¡Uf, qué cansada estoy!…

—¡Hum!… No tengo dinero.

—No hay más remedio, papaíto… ¡Es violento! ¡No me hagas ponerme colorada!…

Media hora después sale Natalia en busca del vodka y de los entremeses. Después de beberse su té y de comerse un panecillo francés, Saikin se retira a su dormitorio y se acuesta mientras Nadejda Stepanovna y sus invitados, entre risas y ruido, se ponen a ensayar los papeles. Durante largo rato escuchó Pavel Matveevich la voz nasal de Koromislov leyendo y las exclamaciones declamatorias de Smerkalov… A la lectura sigue una larga peroración interrumpida por la risa chillona de Olga Kirillovna. Con el tono autoritario de un actor de veras, aplomo y calor, Smerkalov explica los papeles. Luego viene un dúo, y después un ruido de vajilla… Saikin, entre sueños, oye cómo suplican a Smerkalov para que lea *La Pecadora*, y cómo aquél, después de

hacerse rogar, empieza su recitación. En ella silba, se golpea el pecho, llora y ríe con voz ronca de bajo…

Saikin hace una mueca de desagrado y mete la cabeza bajo la manta.

—Van ustedes demasiado lejos y está muy oscuro —oye decir al cabo de una hora a la voz de Nadejda Stepanovna—. ¿Por qué no se quedan a dormir?… Koromislov se puede echar aquí, en el salón, sobre el diván, y Smerkalov en la cama de Petia. A Petia se le pone en el despacho de mi marido. ¿Verdad?… ¡Quédense!

Por fin, cuando el reloj da las dos de la madrugada, todo queda inmóvil. La puerta del dormitorio se abre y aparece Nadejda Stepanovna.

—¡Pavel!… ¿Estás dormido?… —murmura.

—No. ¿Por qué?

—Querido…, vete al despacho y échate en el diván para que pueda acostarse aquí Olga Kirillovna. ¡Anda, querido…, ve! Yo la hubiera puesto en el despacho, pero le da miedo dormir sola. ¡Anda…, levántate!

Saikin se levanta, se echa encima una bata y, cargado con la almohada, se arrastra hacia el despacho. Cuando alcanza a tientas el diván, enciende una cerilla y ve a Petia echado encima de éste. El chiquillo no duerme y con ojos muy abiertos mira la cerilla.

—¡Papá!…, ¿por qué no duermen los mosquitos por la noche?…

—Porque…, porque… tú y yo estamos aquí de sobra. No tenemos ni siquiera un sitio en donde dormir…

—¡Papá!…, ¿y por qué Olga Kirillovna tiene pecas en la cara?

—¡Ah!… ¡Déjame! ¡Me aburres!

Después de pensarlo un poco, Saikin decide vestirse y salir a la calle para refrescarse. Allí contempla el cielo gris matinal, las nubes inmóviles. Escucha el perezoso grito del rascón adormilado y empieza a soñar con el día de mañana, en el que ya otra vez de vuelta en la ciudad y regresando del Juzgado, podrá echarse a dormir. De una esquina surge de pronto una figura humana.

«Seguramente el guarda», piensa Saikin. Pero luego, cuando ésta se le aproxima y puede verla más detenidamente, reconoce en ella al veraneante de los pantalones rojizos, conocido la víspera.

—¿No duerme usted? —pregunta.

—No… No tengo sueño —suspiran los pantalones rojizos—. Me estoy recreando en la Naturaleza. Sabe usted…, a mi casa, en el tren de la noche, nos llegó una querida huéspeda… la mamá de mi mujer. Vinieron con ella mis sobrinas, unas muchachas excelentes… Estoy muy contento, aunque…

¡Hace mucha humedad!…, ¿no es cierto? ¿Y usted?… ¿Ha salido usted también a recrearse en la Naturaleza?

—Sí… —muge Saikin—. También yo me estoy recreando en la Naturaleza… Diga… ¿Sabe si por aquí cerca hay alguna taberna o restaurante?

Los pantalones de color rojizo alzan los ojos al cielo y quedan profundamente pensativos.

SOCORRO DE URGENCIA

¡DEJAD paso, muchachos!

¡Por ahí viene el Jefe de aldea con el escribano!

—¡Nuestro saludo y nuestras felicitaciones a Gerasin Alepatich!

—¡Nuestro saludo!

Este murmullo a coro que sale del tropel de gentes va al encuentro del jefe de aldea.

—¡Dios le guarde, Gerasin Alepatich! ¡Y que no se cumplan nuestros deseos según nuestra voluntad, sino conforme a Dios le plazca!

El Jefe de aldea, algo ebrio, intenta decir algo, pero no puede hacerlo. Indeciso, mueve los dedos, fija ante sí unos ojos atontados e infla los carrillos con tal fuerza que diríase se dispone a atacar la nota más aguda de una trompeta. El escribano, hombrecillo delgaducho, de roja nariz y tocado de una gorra de *jockey*, con rostro enérgico se adentra en el tropel.

—¿Quién es el ahogado? ¿Dónde está el hombre ahogado?

—¡Aquí! ¡Éste es!

Junto a la orilla del río, empapado de pies a cabeza, sentado sobre un charco de agua y despatarrado, está un viejo largo y escuálido, vestido con una camisa azul y calzado de unos *lapti*[44]. Recién sacado del agua por los *mujiks*, balbucea:

—¡Por todos los santos!… ¡Hermanos ortodoxos!… ¡Soy de la región de Riasañ! ¡Del distrito de Sarausk!… ¡Tengo dos hijos en el servicio…, y yo mismo trabajo en casa de Projov Sergueev…, de albañil! Pero ahora… me paga siete rublos y me dice: «¡Ya sabes, Fedia: en adelante tienes que quererme como a un padre!».

—¿De dónde eres? —pregunta el escribano.

—¡Por siete rublos…, que le quiera como a un padre…, dice!

—Está ahí venga a chapurrar ¡y él mismo no sabe lo que chapurra! —grita Anisim, mojado hasta la cintura y visiblemente excitado por el suceso.

—¡Deja que te lo explique yo, Egor Makarich! ¡Esperad, muchachos! ¡No arméis ruido! ¡Quiero contárselo todo conforme ha sido a Egor Makarich!…

Pues verás…, el hombre venía de Kurnev… ¡Esperad, muchachos, no molestéis!… Venía de Kurnev, y no se sabe por qué se echó a vadear el río… El hombre iba algo bebido y no estaba en sus cabales… Como te decía, se metió en el agua por tonto, y se conoce que tropezaría en algo y se cayó. Empieza a dar vueltas como una astilla…, se pone a dar voces a grito pelado y llegamos Liaksandor y yo. «¿Qué pasa? —decimos—. ¿Por qué tiene que chillar un hombre de esa manera?…». Le miramos y vemos que se ahoga… ¿Qué se podía hacer?… «¡Suelta el acordeón! —le grito yo a Liaksandor—. ¡Hay que salvar al *mujik*!». Nos metemos en el agua tal conforme estábamos, pero allí dentro todo daba vueltas y más vueltas. ¡Dios nos libre!… ¡Sálvanos, Virgen Santísima!… ¡Nos habíamos metido en el mismísimo remolino!… Por fin Liaksandor y yo le agarramos, el uno por los brazos y el otro por el pelo. La gente llegaba corriendo a la orilla y ¡armando un griterío!… ¡Todos querían ser el que salvara a un alma viva!… ¡Estaba ya agotado, Egor Makarich! ¡Si no hubiéramos acudido a tiempo se hubiera ahogado del todo!…

—¿Cómo te llamas? —pregunta el escribano a la víctima del accidente—. ¿De dónde vienes?…

Pero éste pasea a su alrededor unos ojos aturdidos y calla.

—¡Estás atontado! —dice Anisim—. ¿Y cómo no va a estarlo sí tiene a lo mejor la tripa llena de agua?… Buen hombre, ¿cómo te llamas?… ¡Está callado! ¡Se conoce que apenas le queda vida dentro! ¡Sólo la apariencia, porque con seguridad la mitad del alma se le ha escapado ya!… ¡Lástima este disgusto en el día de la fiesta!… ¿Y qué vamos a hacer? ¡Puede que se esté muriendo! ¡Mira qué azul se le ha puesto la carota!

—¡Oye, tú!… —grita el escribano, sacudiendo al ahogado por el hombro —. ¡Tú!… ¡Contesta te digo! ¿De dónde eres? ¿Sigues callado como si se te hubieran llenado de agua los sesos de la cabeza?… ¡Tú!…

—¡Eso de que por siete rublos…! —masculla el ahogado—. «¡Vete al diablo! —le dije—. No queremos…».

—¿Qué es lo que no quieres? ¡Contesta claro!

El ahogado guarda silencio y su cuerpo tiembla de frío, de tal modo que los dientes le castañetean.

—¡Lo único que se puede decir es que está vivo, porque si le miras bien no parece ni siquiera un hombre! ¿Y si le diéramos algunas gotas?

—¡Gotas! —dice el escribano, remedándole—. ¡Qué gotas ni qué ocho cuartos!… ¡El hombre se ahoga y sale el otro hablando de gotas!… ¡Lo que

hay que hacer es voltearlo! ¿Por qué estáis ahí parados con la boca abierta… gente sin corazón? ¡Corred pronto a por la estera y columpiadle!

Unos cuantas salen del grupo y corren hacia la aldea en busca del esparto. El escribano se siente inspirado, se remanga, se frota las caderas con las palmas de las manos y hace con el cuerpo una porción de jeribeques reveladores de su exceso de energía y decisión.

—¡No amontonarse! ¡No amontonarse! —dice—. ¡Los que sobren que se quiten! ¿Fueron a buscar a la Policía? ¡Usted, Gerasin Alepatich, haría bien marchándose! ¡Ha empinado usted —se dirige al jefe de aldea— el codo, y en el estado en que está, lo mejor sería que se quedara en casa!

El jefe de aldea mueve los dedos indeciso, y en su deseo de decir alguna cosa infla los carrillos con tal fuerza que parece que le va a estallar la cara por todas partes.

—Bueno… ¡Echadlo en ella! —dice el escribano cuando traen la estera—. ¡Agarradlo bien por los brazos y por los pies! ¡Así!… ¡Columpiadlo ahora!

—«¡Vete al diablo!», le dije —masculla el ahogado sin oponer resistencia y como si no se diera cuenta de que le levantaban y le colocaban sobre la estera—. «¡Nosotros no queremos!…».

—¡Nada, nada, amigo!… ¡No te asustes!… —dice el escribano—. ¡Te columpiaremos un poco, y si Dios quiere te volverá el sentido! ¡Ahora vendrá la Policía y levantará acta como manda la ley! ¡Columpiadle!… ¡Dios ayudará!

Ocho robustos *mujiks*, Anisim entre ellos, asen los picos de la estera y empiezan a columpiarla; al principio, con alguna inseguridad, como si no confiaran en las propias fuerzas; pero luego, tomándole el gusto, con expresión reconcentrada y salvaje, le columpian con avaricia y ardor. Sus cuerpos se estiran, se ponen de puntillas y saltan como si quisieran volar al cielo con el ahogado.

—¡Una, dos!, ¡una, dos!…

En torno a ellos corretea el escribano, empinándose todo lo que puede para alcanzar la estera, mientras chilla hasta desgañitarse:

—¡Más fuerte! ¡Más fuerte! ¡Todos a la vez! ¡Un, dos! ¡Un, dos! ¡No te quedes atrás, Anisim! ¡Te lo ruego por lo que más quieras! ¡A la una!…

Por la estera asoma, en un breve intermedio, una cabeza desgreñada, de pálido rostro, en el que se pinta una expresión de espanto, asombro y dolor físico. Ésta, sin embargo, desaparece en seguida, pues la estera vuela por la derecha hacia lo alto para descender vertiginosamente y volar de nuevo hacia la izquierda. El grupo de espectadores deja oír exclamaciones de aprobación:

—¡Así! ¡Dadle fuerte! ¡Trabajad, muchachos!

—¡Eres un valiente, Egor Makarich! ¡Dadle fuerte! ¡Tiene razón!

—¡Después no le dejaremos marchar así como así!… ¡Cuando se ponga en pie y recobre el sentido tendrá que pagarnos una cuba por el trabajo!

—¡Andad, muchachos!… ¡Mirad quién viene! ¡La señora Schmelevsk con el administrador! ¡Es verdad que viene! ¡El administrador lleva puesto el sombrero!…

Junto al grupo se detiene el carruaje en el que va sentada una señora de alguna edad, metida en carnes, con un *pince-nez* y un quitasol de abigarrados colores. En el pescante, junto al cochero, está el administrador, un joven tocado con un sombrero de paja. La señora tiene cara asustada.

—Pero ¿qué pasa? —pregunta—. ¿Qué están haciendo?

—¡Volteando a un ahogado!… ¡Nuestros respetos, señora! ¡El caso es que estamos un poco bebidos, y eso…, hay que decirlo…, quizá haya tenido la culpa del asunto! ¡Hoy tuvimos la procesión por toda la aldea! ¡Es la fiesta hoy!

—¡Dios mío! —se espanta la señora—. ¡Están dando vueltas a un ahogado! Pero ¿qué estáis haciendo?… ¡Etienne! —se dirige al administrador —. ¡Corra, por el amor de Dios, y dígales que no hagan eso! ¡Lo que es preciso es frotarle y hacerle la respiración artificial! ¡Vaya usted, se lo ruego!

Etienne baja de un salto del pescante y se dirige a los que están columpiando al ahogado. Su continente es severo.

—¿Qué estáis haciendo ahí? —dice, enfadado—, ¿Acaso se puede tratar a un hombre de esa manera?

—¿Por qué no? —pregunta el escribano—. ¡Es un ahogado!

—¿Y qué que lo sea? ¡A los que se ahogan no hay que columpiarlos! ¡Hay que frotarlos! ¡Eso es una cosa que la dicen todos los calendarios! ¡Conque basta ya! ¡Dejadle!

El escribano, azorado, se encoge de hombros y se retira hacia un lado.

Los empleados en balancear al ahogado depositan la estera en el suelo y, llenos de asombro, fijan los ojos tan pronto en la señora como en Etienne. Con los suyos cerrados, el ahogado, echado boca arriba, respira fatigosamente.

— ¡Borrachos! —se enfada Etienne.

—Apreciable señor Stepan Ivanich —dice Anisim jadeante y poniéndose una mano sobre el corazón—. ¿Por qué esas palabras? ¿Somos acaso cerdos que no entendemos lo que hacemos?

—¡Dejad de columpiarle! ¡Lo que hay que hacer es frotarle! ¡Cogedle y frotadle! ¡Desnudadlo en seguida!

— ¡Muchachos, a frotar!

Los *mujiks* despojan al ahogado de sus ropas, y bajo la inspección de Etienne empiezan a frotarle. La señora, que no quiere ver a un *mujik* desnudo, se ha alejado un poco.

—¡Etienne! —gime—. ¡Etienne! ¡Venga usted aquí! ¿Sabe usted hacer la respiración artificial?… Hay que darle vueltas y apretarle el pecho y el vientre.

—¡Dadle vueltas! —dice Etienne volviendo al grupo de *mujiks*—. ¡Apretadle ligeramente el vientre!

El escribano, que después de aquel despliegue de enérgica y ardiente actividad se siente algo azorado, empieza a frotarle también.

—¡Aplicad todas vuestras fuerzas, hermanitos! ¡Os lo ruego por lo que más queráis! —dice—. ¡Por lo que más queráis os lo ruego!

—¡Etienne! —gime la señora—. ¡Venga usted aquí! ¡Denle a oler plumas quemadas y háganle cosquillas! ¡Mande usted que le hagan cosquillas!… ¡Más de prisa, por el amor de Dios!

Pasan cinco…, diez minutos… La señora, que tiene los ojos fijos en el grupo, percibe un vivo movimiento en el centro de éste. Se oye resoplar a los *mujiks* en plena faena y las voces de Etienne y del escribano dando órdenes. Huele a plumas quemadas y a alcohol. Transcurren diez minutos más y aún no se ha dado término a aquella tarea. He aquí sin embargo, que por fin el grupo abre paso a Etienne, que sale de él rojo y sudoroso, seguido de Anisim.

—¡Habría que haberlo frotado desde el principio! —dice Etienne—. ¡Ahora ya no hay nada que hacer!

—¡Claro que no hay nada que hacer, Stepan Ivanich! —suspira Anisim—. ¡Empezamos demasiado tarde!

—¿Qué decís? —pregunta la señora—. ¿Vive?

—No. Se murió… ¡Que en gloria esté! —suspira Anisim santiguándose—. Cuando le sacamos del agua, todavía se rebullía y tenía los ojos abiertos…, pero ahora…

— ¡Oh, qué pena!

—Sería seguramente su sino morir en el agua en vez de en la tierra… ¿Nos dará una propinita su merced?… —pide Anisim.

Pero Etienne sube de un salto al pescante, y el cochero, volviendo la mirada hacia el grupo que se aparta del cuerpo muerto, azota los caballos. El carruaje prosigue su camino.

MÁRTIRES

LISOCHKA Kudrinskaia, la tan admirada damita, enfermó de la noche a la mañana, y tan seriamente, que su marido no pudo ir a su trabajo y hubo de enviar un telegrama a la *mamá*, residente en Tvier.

De este modo refiere ella la historia de su enfermedad:

—Estuve en casa de mi tía Lesnoe, pasé allí una semana y después, todos juntos, nos fuimos a la de la prima Varia. El marido de Varia, como ustedes saben, es un hurón y un déspota (yo hubiera matado a un marido así); sin embargo, pasamos unos días muy divertidos. En primer lugar tomé parte en una función de aficionados. Se representó *Escándalo en una digna familia*, y Jrustaliov hizo su papel de una manera asombrosa. En el entreacto bebí agua fría…, ¡terriblemente fría!…, con limón y un poquito de coñac. El agua con limón y coñac parece champaña. Me la bebí y no sentí nada… Al día siguiente de la función salí a caballo con ese Adolf Ivanich… Hacía humedad y me destemplé. Seguramente fue entonces cuando cogí frío… Tres días después me marché a casa para ver cómo le iba a mi querido, a mi buen Vasia, y para recoger de paso mi vestido de seda, el de las flores. Naturalmente, Vasia no estaba… Cuando entré en la cocina a decir a Praskovia que preparara el *samovar*, vi encima de la mesa unos nabos y unas zanahorias muy bonitos y pequeñines…, ¡como juguetes! Cojo una zanahoria y un nabito y no hago más que comer un poquitín cuando imagínense que… ¡empiezo a sentir unos retortijones!… ¡Espasmos, espasmos y más espasmos!… ¡Ay!… ¡Me muero!… Vasia, que llega corriendo de su trabajo, naturalmente se tira del pelo y se pone pálido… Va a buscar al médico a toda prisa…, ¿saben?…, y mientras tanto yo ¡que me muero y que me muero!…

Los espasmos empezaron al mediodía, cerca de las tres llegó el médico y a las seis Lisochka se durmió y continuó durmiendo hasta las dos de la madrugada.

El reloj marca las dos. La luz de la lamparilla apenas traspasa la pantalla azul. Lisochka está tendida en la cama y su gorrito de encaje blanco destaca claramente en el fondo oscuro de la almohada, de color rojo. Sobre su pálido

rostro y redondos hombros caen las sombras que dibuja la pantalla. Sentado a sus pies está Vasilii Stepanich, su marido. El pobre, feliz de que su mujer esté por fin en casa, se siente al mismo tiempo terriblemente asustado por su enfermedad.

—¿Cómo te encuentras, Lisochka? —murmura al advertir que ésta se ha despertado.

—Estoy mejor… —gime Lisochka—. Ya no me dan espasmos, pero no tengo sueño… No puedo dormir…

—¿No será ya hora, ángel mío, de cambiarte la compresa?

Lisochka se incorpora lentamente, con expresión de sufrimiento, e inclina graciosamente la cabeza hacia un lado. Vasilii Stepanich, como si se tratara de algo sagrado, rozando apenas con los dedos el cuerpo caliente, renueva la compresa. Lisochka se estremece, ríe porque el agua fría le hace cosquillas y se recuesta otra vez.

— ¡Pobre! ¡No duermes! —gime.

—¿Cómo voy a dormir?

—¡Todo es nervioso, Vasia! ¡Soy una mujer muy nerviosa!… El médico me receta cosas para el estómago, pero yo siento que no comprende mi enfermedad. ¡Lo que tengo malo son los nervios, no el estómago!… ¡Te juro que son los nervios! Lo único que temo es que mi enfermedad siga un mal camino.

—¡No, Lisochka, no! ¡Mañana estarás completamente bien!

—No lo sé… No tengo miedo por mí… Por mí, me da lo mismo… Hasta estaría contenta de morirme, pero ¡tú me das pena!… ¿Y si de pronto te quedaras viudo y solo?…

Rara vez disfruta Vasechka de la compañía de su mujer, y hace tiempo que está acostumbrado a la soledad; pero las palabras de Lisochka le inquietan.

—¡Dios sabrá lo que dices, almita!… ¿A qué vienen esos pensamientos tan sombríos?…

—Y después de todo…, ¿qué?… Llorarás… te pondrás triste…, pero luego llegarás a acostumbrarte y hasta te volverás a casar…

El marido se lleva las manos a la cabeza.

—Bueno…, bueno… No diré nada más… —le tranquiliza Lisochka—. Lo que tienes que hacer es estar preparado a todo.

—«¿Y si me muriera de verdad?», piensa después, cerrando los ojos.

Y Lisochka dibuja en su mente el cuadro de su propia muerte. Ve alrededor de su lecho a su madre, a su marido, a la prima Varia con el suyo, a

los parientes y a los admiradores de su *talento*, y se ve a sí misma murmurando un último perdón. Todos lloran. Luego, ya muerta, se la llevan interesantemente pálida bajo sus cabellos negros, la amortajan con el vestido de color rosa (¡qué bien le sienta!) y la depositan en un ataúd muy caro con las patas doradas y lleno de flores. Huele a incienso y chisporrotean las velas. El marido no se separa del féretro y los admiradores de su *talento* no apartan de ella los ojos. «¡Diríase que está viva! ¡Hasta en el ataúd es maravillosa!…». La ciudad entera habla de esta vida tan tempranamente segada… He aquí que la llevan a la iglesia. La conducen Iván Petrovich, Adolf Ivanich, el marido de Varia y el estudiante de ojos negros que le enseñó a beber el agua con limón y coñac. ¡Lástima solamente que no toque la música!… Después del oficio religioso viene la despedida. La iglesia se llena de sollozos. Traen la tapa adornada de borlas, y… Lisochka se separa para siempre de la luz del día. Se escucha el golpear sobre los clavos: «¡Tac, tac, tac!…».

Lisochka se estremece y abre los ojos.

—¿Estás ahí, Vasia? —pregunta—. ¡Tengo unos pensamientos tan lúgubres! ¡Dios mío!… ¿Será posible que no logre dormirme, infeliz de mí?… ¡Vasia! ¡Compadéceme y cuéntame algo!…

—¿Qué quieres que te cuente?

—Algo… de amor… —dice lánguidamente Lisochka—. O si no…, cuéntame cosas del modo de vivir de los hebreos…

Vasilii Stepanich, dispuesto a todo, con tal de que su mujer se encuentre alegre y no hable de la muerte, coloca unos mechones de pelo a modo de patillas sobre sus orejas, imprime a su rostro una cómica expresión y se acerca a Lisochka.

—¿Desea usted que le componga el reloj? —pregunta con un acento terriblemente hebraico.

—Sí…, necesito que me lo componga. Lo necesito… —y cogiendo de la mesa su reloj de aro se lo tiende, riendo—. ¡Compóngamelo!

Vasia coge el reloj, examina detenidamente, durante largo rato, su mecanismo, y, muy encorvado, dice:

—No tiene compostura. A la rueda le faltan dos dientes.

A esto se reduce la comedia. Lisochka ríe y palmotea.

—¡Magnífico! —exclama—. ¡Asombroso! ¿Sabes, Vasia, que eres un tonto no queriendo tomar parte en las funciones de aficionados?… ¡Sí, tienes un talento extraordinario!… ¡Eres mucho mejor que Sisunov!… Sabes…, en la obra *El día de mi santo*…, trabajaba con nosotros un tal Sisunov…, que era

un talento cómico de primera categoría… ¡Figúratelo!… Una nariz gorda como un nabo, ojos verdes y el modo de andar de la cigüeña… A todos nos hacía reír muchísimo… Espera, que voy a decirte cómo andaba…

Lisochka salta de la cama, y ya sin gorrito y descalza se pone a andar por el suelo.

—¡Mis respetos! —dice en voz baja, imitando una voz de hombre—. ¿Qué hay de bueno? ¿Qué ocurre de nuevo bajo el sol?… ¡Ja…, ja!… —ríe.

—¡Ja…, ja…, ja!… —repite Vasia.

Y ambos cónyuges, riendo y, olvidados de la enfermedad, empiezan a correr uno tras otro por el dormitorio. La carrera termina en que Vasia agarra a su mujer por el camisón y la cubre ansiosamente de besos. Después de un abrazo muy pasional, Lisochka recuerda de pronto que está seriamente enferma…

—¡Qué tonterías! —dice poniendo cara seria y tapándose con la mantas. Seguramente te has olvidado de que estoy enferma… ¡Eres de una sensatez!

—Perdona… —se azara el marido.

—Mi enfermedad tomará un mal camino y tú serás el culpable… ¡Feo!… ¡Malo!…

Lisochka cierra los ojos y queda callada. Su languidez anterior vuelve y de nuevo se escuchan ligeros quejidos. Vasia cambia la compresa y, contento de que su mujer esté en casa y no corriendo hacia la de su tía, permanece quieto a sus pies. Cuando llega la mañana aún no se ha dormido. A las diez viene el médico.

—¿Qué tal nos encontramos? —pregunta mientras le toma el pulso—. ¿Ha dormido?

—Mal —contesta por Lisochka el marido—, muy mal.

El médico se dirige a la ventana y mira a través de ella cómo pasa por la calle el deshollinador.

—¿Puedo tomar café, doctor?…

—Puede.

—Y ¿puedo levantarme?

—Eso… Quizá sea mejor que esté un día más echada.

—Tiene un ánimo de lo más sombrío —le murmura Vasia al oído—. ¡Unos pensamientos tan tétricos… y una manera tan rara de ver las cosas! ¡Estoy terriblemente preocupado con ella!

El médico se sienta ante la mesa y después de restregarse la frente con la palma de la mano, receta a Lisochka nitrato de bromuro. Después saluda y, prometiendo volver a la noche, se marcha. Vasia no va al trabajo y permanece

todo el día junto a su mujer. Por la tarde vienen los admiradores de su *talento*. Están inquietos y asustados. Le traen muchas flores y novelas francesas. Lisochka, vestida con una ligera blusa y tocada con el gorrito de blancura resplandeciente, está tendida en la cama y mira ante sí de modo enigmático, como si no creyera en su curación. Los admiradores de su *talento* admiten de buen grado la presencia del marido y se la perdonan. Una misma desgracia les une junto a aquel lecho.

A las seis se duerme Lisochka y continúa de nuevo dormida hasta las dos de la madrugada. Otra vez está Vasia a sus pies, luchando con la somnolencia, renovando la compresa y representando aquella escena de la vida israelita…; pero a la mañana siguiente, transcurrida la segunda noche de sufrimientos, Lisa está ya ante el espejo colocándose el sombrero.

—¿Adónde vas, querida?… —le pregunta Vasia mirándola suplicante.

—¿Cómo? —se asombra Lisochka con cara asustada—. ¿Acaso no sabes que hoy tenemos ensayo en casa de Maria Lvovna?

Después de acompañarla, Vasia, por hacer algo, por aburrimiento, coge la cartera y se va al trabajo. A causa de las noches sin dormir le duele la cabeza y le duele de tal modo que su ojo izquierdo, desentendiéndose de él, se cierra por sí solo.

—¿Qué le pasa, amigo mío? —le pregunta el jefe—. ¿Qué le ocurre?

Vasia hace un gesto evasivo y se sienta.

—¡No me pregunte, excelencia! —dice con un suspiro—. ¡Cuánto he sufrido en estos dos días!… ¡Cuánto he sufrido!… ¡Lisa está enferma!

—¡Dios mío! —se asusta el jefe—. ¡Lisaveta Pavlovna!… ¿Qué le pasa?

Vasilii Stepanich hace un gesto con la mano, alza los ojos al techo como queriendo decir: «¡Así es el Destino!».

—¡Oh, amigo mío!… ¡Le compadezco con toda el alma! —suspira el jefe poniendo los ojos en blanco—. ¡Yo, querido…, he perdido a mi mujer y me hago cargo!… ¡Es una pérdida tal!… ¡Qué pérdida!… ¡Terrible! ¡Terrible!… Espero que Lisaveta Pavlovna esté ya bien… ¿Qué médico la asiste?

—Von Schterck.

—¿Von Schterck?… ¿Y no hubiera sido mejor llamar a Magnus o a Semandritzky?… En cuanto a usted…, está usted muy pálido. Seguramente también se encuentra enfermo. ¡Es terrible!

—Sí…, excelencia. Estoy falto de sueño. ¡Es tanto lo que he sufrido… lo que he pasado!…

—¿Y para qué ha venido usted? No lo entiendo. ¿Puede uno acaso forzarse de ese modo…, hacerse daño a la salud? Váyase a su casa y quédese

en ella hasta que esté bueno. ¡Váyase!… ¡Se lo ordeno!… El afán por el trabajo es una buena condición en un joven funcionario; pero no hay que olvidar lo que decían antaño los romanos: *Men sana in corpore sano*. Esto es: «Alma sana en cuerpo sano».

Vasia está de acuerdo, por lo que sus papeles vuelven a su cartera, y tras despedirse del jefe se marcha a casa a dormir.

EL TRÁGICO

CON la obra titulada *Príncipe de plata* celebrábase el beneficio del trágico Fenogenov.

A cargo del propio beneficiado estaba el papel de Viasemsky, el empresario representaba el de Drujina Morosov y la señora Beobajtova el de Elena… El espectáculo fue una maravilla. El trágico hizo verdaderos milagros: al secuestrar a Elena la pasó por el escenario sosteniéndola (a mayor altura que la de su cabeza) con una sola mano; gritó, jadeó, pataleó…, arrancándose del pecho el caftán. Cuando se negaba a batirse con Morosov, todo su cuerpo temblaba como jamás ha temblado en la realidad cuerpo alguno, mientras su aliento se agotaba ruidosamente. Los aplausos hacían retemblar el teatro. El número de veces que los artistas hubieron de salir a saludar resultó incontable. Una pitillera de plata y un ramo adornado con largas cintas fueron ofrecidos a Fenogenov. Las señoras, agitando los pañuelos, obligaban a los caballeros a aplaudir y muchas de ellas lloraban… Pero la que más entusiasmada se mostraba de la interpretación, la que más se agitaba, era Mascha, la hija de Sidorezky, el jefe de Policía. Sentada en la primera fila de butacas, junto a su papá, no apartaba los ojos del escenario ni aun siquiera durante los entreactos. Llena de entusiasmo, temblorosos los pies y las finas y pequeñas manos, sus ojos se arrasaban de lágrimas y su rostro se tornaba por momentos más y más pálido. No había nada de extraño en todo esto, ya que era la primera vez que asistía en su vida a una representación teatral.

—¡Qué bien trabajan!… ¡Qué espectáculo tan magnifico! —decía a su padre, el jefe de Policía, cada vez que bajaban el telón—. ¡Qué maravilloso es este Fenogenov!

Y si el papá hubiera sabido leer en los rostros humanos, en la pálida carita de su hija hubiera leído un entusiasmo que llegaba al sufrimiento. La interpretación, la obra, el ambiente…, ¡todo le hacía sufrir!

Cuando en el entreacto empezó a tocar la banda militar, agotada, cerró los ojos.

—¡Papá!… —dijo a su padre en el último entreacto—. ¡Ve al escenario e invita a todos a comer mañana!

El jefe de Policía fue al escenario, alabó la buena interpretación y dijo este cumplido a la señora Beobajtova:

—Su lindo rostro está pidiendo ser llevado al lienzo… ¡Oh!… ¿Por qué no seré yo pintor?

Luego, cuadrándose ante todos, les invitó a comer en su casa.

—Venga toda la compañía (con exclusión de la parte femenina) —murmuró después en un aparte—. Las artistas, no…, porque tengo una hija.

Al día siguiente, algunos de los artistas comían en casa del jefe de Policía. Estos eran solamente el empresario, Limonadov; el trágico, Fenogenov, y Vodolosov, el cómico; los demás se excusaron alegando falta de tiempo. La comida transcurrió en medio del mayor aburrimiento; Limonadov estuvo haciendo constantemente, al jefe de Policía, protestas de respeto (respeto que decía sentir en general por todos los superiores), mientras Vodolosov se conducía como los comerciantes y los armenios borrachos, y Fenogenov (Knisch, según su pasaporte), alto y robusto ucraniano, de ojos negros, declamaba frunciendo el entrecejo:

—«Junto a un portal lujoso…» y «Ser o no ser…».

Con los ojos arrasados en lágrimas, refirió Limonadov su entrevista con el que fue en un tiempo gobernador, general Kaniuchin. El jefe de Policía escuchaba aburrido y sonriendo con benevolencia, y a pesar de que Limonadov exhalaba un fuerte olor a plumas quemadas y de que Fenogenov iba vestido con un frac prestado y calzado con unos zapatos que tenían los tacones torcidos, se sentía contento. Agradaban a su hija, la distraían, y esto le bastaba. Entre tanto, Mascha no apartaba los ojos ni por un minuto de los artistas. Jamás había conocido personas tan instruidas, tan extraordinarias. Aquella noche el jefe de Policía y Mascha se fueron de nuevo al teatro. Una semana después comían otra vez los artistas en su casa. A partir de este día comenzaron a frecuentar la casa del jefe de Policía, a la que acudían, tan pronto a comer como a cenar, mientras Mascha se sentía por momentos más y más ligada al teatro, al que asistía diariamente.

Se enamoró del trágico Fenogenov, y un buen día en que el jefe de Policía se había ausentado para ir al encuentro del arcipreste, uniéndose a la compañía de Limonadov, se fugó de su casa, casándose en ruta con su amado. Tras la celebración de la boda, los artistas redactaron una larga y conmovedora carta y se la enviaron al jefe de Policía. Todos tomaron parte en la redacción.

—Explícale las razones…, las razones —decía Limonadov a Vodolosov mientras éste escribía—. Alude también al *respeto*. A esta gente *graduada* le gusta mucho eso. Hay que encontrar la manera de… conmoverle y de hacerle llorar…

La respuesta a aquella carta fue, sin embargo, de lo más desconsolador.

El jefe de Policía renegaba de su hija, ya que ésta se había casado con un (como decía la carta) ucraniano vago, tonto y sin ocupación determinada.

Al día siguiente de recibida dicha respuesta, Mascha escribía a su padre:

«¡Me pega…, papá! ¡Perdónanos!».

Le pegaba, efectivamente. Le pegaba entre bastidores, en presencia de Limonadov, de la lavandera y de dos tramoyistas. Recordaba Fenogenov el día (unos cuatro antes de la boda) en que, sentado con la compañía en la taberna London, todos le hablaban de Mascha… Recordaba a la compañía entera aconsejándole que se arriesgara y a Limonadov diciéndole con las lágrimas en los ojos: «¡Es estúpido e irrazonable desperdiciar una ocasión como ésta! Por todo ese dinero sería uno capaz, ¡no ya de casarse…, sino de ir a Siberia!… Cuando te cases tendrás tu teatro propio y me llevarás a mí a tu compañía. Ya no seré yo el amo, lo serás tú».

Fenogenov recordaba todo esto, y por eso ahora se apretaba los puños, mascullando:

—Si no me manda el dinero, la haré astillas. ¡No tolero que se me engañe! ¡Diablos!

En una ocasión, la compañía intentó abandonar una ciudad provinciana sin decir nada a Mascha, pero ésta, enterada a tiempo, llegó corriendo a la estación después de dado el segundo toque de salida del tren y cuando los artistas estaban ya sentados en sus vagones.

—He sido ofendido por su padre —le dijo el trágico—. Entre nosotros todo ha terminado.

Pero ella, a pesar de que el vagón estaba lleno de gente, dobló sus piernecitas, cayó de rodillas ante él y tendió sus manos suplicantes.

—¡Le amo! —decía—. ¡No me rechace, Kondratii Ivanich! ¡Sin usted no puedo vivir!

Los demás escucharon su súplica, y después de consultarse entre sí resolvieron admitirla en la compañía para hacerla representar papeles de *condesa* (así eran llamadas las pequeñas artistas que salían a escena en grupo, por lo general encargadas de papeles mudos).

Al principio Mascha sólo actuaba de doncella o de paje, pero luego, cuando la señora Beobajtova, la flor y nata de la compañía, se fugó…, le fue adjudicado un papel de ingenua. Trabajaba mal, se azaraba y se trabucaba. Sin embargo, llegó a acostumbrarse y empezó a gustar al público. Fenogenov se sentía muy descontento.

—¿Es acaso una artista? —decía—. ¡Ni tiene figura ni sabe moverse! ¡No tiene más que tontería!…

Una vez, la compañía de Limonadov representaba en una ciudad provinciana *Los ladrones*, de Schiller. Fenogenov hacía el papel de Francisco y Mascha el de Amalia. El trágico gritaba y trepidaba; Mascha se limitaba a recitar su papel, como el que se ha aprendido bien una lección, y la función hubiera probablemente transcurrido como transcurre por lo general una función cualquiera de no haber ocurrido un pequeño incidente. Todo iba bien hasta el momento aquel en que Francisco se declara a Amalia y ésta se apodera de su espada. El ucraniano grita, silba, tiembla y estrecha a Mascha entre sus brazos de hierro. Pero Mascha, en lugar de rechazarle y de gritarle «¡Aparta!…», quedó temblorosa en sus brazos como un pajarillo. Se sentía como petrificada.

—¡Tenga compasión de mí!… ¡Soy tan desgraciada! —le murmuraba al oído.

—¡No te sabes el papel! ¡Escucha al apuntador! —rugía sordamente el trágico, blandiendo la espada.

Después de la función, Limonadov y Fenogenov, sentados en el recinto de la taquilla, sostenían la siguiente conversación:

—¡Tu mujer no se estudia los papeles! ¡Esa es la verdad!… —decía el empresario—. ¡No sabe cumplir su cometido! ¡Toda persona tiene un cometido que cumplir, y ella no cumple con el suyo!…

Fenogenov escuchaba, suspiraba y fruncía más y más el entrecejo.

A la mañana siguiente, Mascha, sentada en un tenducho de comestibles, escribía:

«Papá… ¡Me pega!… ¡Perdónanos! ¡Mándanos dinero!».

EN VÍSPERAS DE CUARESMA

¡PAVEL Vasilich! —llama, despertando a su marido, Pelagueia Ivanovna —. ¡Pavel Vasilich! ¡Deberías ir a ayudar a Stiopa! ¡El pobre está sentado con el libro delante y no hace más que llorar! Otra vez hay algo que no comprende.

Pavel Vasilich se levanta, hace la señal de la cruz sobre su boca, que bosteza, y dice blandamente:

—Ya voy, almita.

El gato, que dormía a su lado, se levanta también, estira el rabo, encorva el lomo y guiña los ojos. Hay un silencio tras el que se oye correr a los ratones entre las paredes. Pavel Vasilich se pone los zapatos y la bata, y con el aire taciturno propio de la persona que ha sido arrancada al sueño, se traslada del dormitorio al comedor. Al verle aparecer, otro gato subido en la ventana y ocupado en oler una gelatina de pescado, salta al suelo y se esconde en el armario.

—¡Como si te hubiéramos pedido que vinieras aquí a olfatear!… —gruñe Pavel Vasilich cubriendo el pescado con un papel de periódico—. ¡Con esto ya has demostrado que eres un cerdo y no un gato!…

La puerta del comedor abre sobre el cuarto de los niños. En éste, junto a la mesa cubierta de manchas y de arañazos profundos, se halla sentado Stiopa, colegial de segundo año. Tiene un gesto caprichoso y ojos de haber llorado mucho. Con las rodillas alzadas hasta la altura de la barbilla se balancea como un muñeco chino, mientras contempla enfurruñado el libro de problemas.

—¿Qué?… ¿Estás estudiando? —le pregunta Pavel Vasilich, sentándose ante la mesa y bostezando—. ¡Esa es la vida, hermanito!… Nos hemos divertido…, hemos dormido… hemos comido *blini*… Pero ya mañana empezará el ayuno, la penitencia y el trabajo. Todos los períodos de tiempo tienen su límite… ¿Y por qué esos ojos de llorar?… ¿Qué?… ¿Te cansas de estudiar? Parece ser que después de haber comido *blini* le da a uno asco alimentarse de ciencia… ¿No es así?…

—¿Por qué te burlas de la criatura? —dice en la habitación contigua Pelagueia Ivanovna—. Más valía que le ayudaras en lugar de reírte. Para mi desgracia, mañana le darán otro cero.

—¿Qué es lo que no comprendes, vamos a ver? —pregunta a Stiopa, Pavel Vasilich.

—Pues… la división de fracciones —contesta enfadado aquél—. La división de una fracción por otra…

—¡Hum!… ¡Qué tontín!… ¡Pero si es muy sencillo! ¡No tiene nada de incomprensible! Lo único que tienes que hacer es aprenderte la regla y nada más… Para dividir una fracción por otra hay que multiplicar el numerador de la primera por el denominador de la segunda…, que será el numerador… del cociente. Bien… El denominador de la primera fracción…

—Eso ya lo sé sin necesidad de usted —le interrumpe Stiopa, dando un capirotazo a una cáscara de nuez—. Lo que tiene usted que enseñarme es a hacer la prueba.

—Bien… Dame el lápiz y escucha. Supongamos que tenemos que dividir siete octavos por dos quintos… Bien… El asunto, hermanito mío…, es que hay que dividír estas fracciones la una por la otra… ¿Está ya preparado el *samovar*?

—No sé.

—Pues ya es hora de tomar el té. Son más de las siete. Bueno… Escúchame. Reflexionemos un poco. Supongamos que tenemos que dividir siete octavos…, no por dos quintos, sino por dos…, es decir…, sólo por el numerador. Bien… Dividimos… ¿Cuál es el resultado?

—Siete decimosextos.

—Justo… ¡Magnifico! La cosa es, hermanito mío…, que si nosotros…, esto es…, si nosotros dividimos dos por dos…, entonces… Espera, que yo también me he hecho un barullo… Recuerdo que el profesor de aritmética de mi colegio era un tal Segismund Urbanich, un descendiente de polacos… Pues bien, a aquél le solía ocurrir el embrollarse en todas las lecciones. Empezaba a demostrar un teorema y se embarullaba, se ponía todo rojo y daba vueltas y vueltas por la clase, como si alguien le estuviera pinchando por la espalda. Luego se sonaba unas cinco veces y se echaba a llorar. Sin embargo, nosotros…, ¿sabes?…, éramos muy generosos y hacíamos como que no nos dábamos cuenta de nada. «¿Qué le pasa, Segismund Urbanich? —le preguntábamos—. ¿Le duelen las muelas?» ¡y eso que fíjate…, en la clase no había más que bandidos y trastos, pero… eran generosos!… Tan pequeños como tú, no los había en mis tiempos. ¡Todos eran unos mocetones!… El uno

más alto que el otro. En nuestra clase tercera, por ejemplo, había un chico que se llamaba Mamajin. ¡Dios mío! ¡Qué grandullón!… ¡Fíjate! ¡Medía cerca de tres varas!… Andaba y retemblaba el suelo. Al que daba un puñetazo por la espalda le dejaba muerto. Así que… no solamente nosotros…, los profesores le tenían también miedo. Pues a ese mismo Mamajin solía ocurrirle…

Al otro lado de la puerta resuenan los pasos de Pelagueia Ivanovna. Pavel Vasilich muestra con un guiño la puerta y susurra:

—Viene tu madre. Pongámonos e estudiar. Conque…, hermanito mío… —prosigue levantando la voz—, esta fracción hay que multiplicarla por la otra. Bien… Para eso necesitamos el numerador de la primera fracción… mul…

—Venid a tomar el té —dice Pelagueia Ivanovna.

Pavel Vasilich y su hijo abandonan la aritmética y se van a tomar el té. Pelagueia Ivanovna está ya sentada en el comedor, y con ella la tiíta, que suele estar siempre callada, la otra sordomuda y Markovna, la vieja partera que *recogió* a Stiopa en su nacimiento. El *samovar* hierve a borbotones y deja escapar el vapor, que dibuja grandes y onduladas sombras en el techo. Del recibimiento, y levantando los rabos, llegan los gatos, adormilados y melancólicos.

—¡Tome mermelada con él té! —dice a Markovna la partera, Pelagueia Ivanovna—. Mañana empieza la gran Cuaresma y hoy hay que llenarse.

Markovna coge una cucharada de mermelada, e, indecisa, como si se tratara de pólvora, se la lleva a la boca. Mirando de reojo a Pavel Vasilich, la traga. Una dulce sonrisa invade en el acto todo su rostro. Tan dulce como la misma mermelada.

—Es una mermelada superior. ¿Ha sido usted misma, Pelagueia Ivanovna, la que se sirvió hacerla?

—¡Yo misma, claro! ¿Quién la iba a hacer si no? Yo lo hago todo. ¡Stiopchka! ¿Te he puesto muy flojo el té? Pero bueno…, ya te lo has bebido. Trae acá, angelito mío, que te daré más.

—Pues como te decía, hermanito…, precisamente ese Mamajin no podía aguantar al profesor de francés. «¡Soy noble —chillaba— y no tolero que ningún francés sea mi superior! ¡El año doce —chillaba— pegamos a los franceses!…». ¡Claro que se ganaba unas zurras!… ¡Le zurraban bien!… Pero él, cuando se daba cuenta de que le iban a zurrar, saltaba por la ventana y se escapaba. Estuvo una vez cinco o seis días sin aparecer por el colegio. La madre solía ir a ver al director y le suplicaba: «¡Por el amor de Dios, señor director!… ¡Sea bueno y busque a mi Mischka!… ¡Zurre bien a ese

bribón!…». Y el director le contestaba: «¡Pero por Dios, señora!… ¡Si nuestros cinco porteros no pueden con él!».

—¡Dios mío!… ¿Cómo es posible que nazca gente tan ladrona?… —murmura Pelagueia Ivanovna mirando espantada a su marido—. ¡Lo que sufriría su pobre madre!

Se hace el silencio. Stiopa bosteza ruidosamente y examina un chino pintado en la tetera, visto ya mil veces. Las dos tiítas y Markovna sorben de sus platitos con gran cuidado; el aire es quieto y hay una atmósfera sofocante producida por la estufa. Los rostros y los movimientos acusan ya esa pereza y hartura que hace sentir el estómago cuando está repleto, y, sin embargo, ha de seguir comiendo. Quitan el *samovar*, las tazas, el mantel, y la familia continúa sentada a la mesa. Pelagueia Ivanovna a cada momento salta de su asiento y corre con cara espantada a la cocina para tratar de la cena con la cocinera. Las dos tiítas conservan la misma actitud de antes; inmóviles y fijando sus ojitos de plomo en la lámpara, dormitan con las manitas cruzadas sobre el pecho. Markovna deja oír un hipo constante, y pregunta:

—¿Por qué tendré este hipo?… No he comido nada, en realidad… En realidad no he bebido…, ¡hip!…

Pavel Vasilich y Stiopa, sentados el uno junto al otro, rozándose sus inclinadas cabezas, miran un número del *Niva*, periódico ilustrado de la época, del año 1878.

—«Monumento a Leonardo de Vinci… De la galería Vittorio Emmanuele, de Milán…». ¡Fíjate! Es una especie de arco de triunfo. «Un caballero con su dama…». A lo lejos se ven unos hombrecitos.

—Este hombrecito se parece a Niskubin, un chico de nuestro colegio —dice Stiopa.

—Vuelve la página… «Trompa de una mosca vulgar vista por el microscopio…». ¡Vaya trompica y vaya mosca!… ¿Cómo será, hermanito, una chinche vista por el microscopio?… ¡Qué porquería!

El viejo reloj de la sala, ronco, como si estuviera acatarrado, en lugar de sonar, tose diez veces. La cocinera, Anna, entra en el comedor y se arroja a los pies del amo.

—¡Perdóneme, por el amor de Dios…, Pavel Vasilich! —dice toda colorada, levantándose.

—Perdóname tú a mí también por el amor de Dios —le contesta Pavel Vasilich en tono indiferente.

Anna, de igual manera, continúa arrodillándose a los pies de los demás miembros de la familia y pidiendo perdón. Ante Markovna, a la que no

considera noble y, por tanto, digna de este homenaje, pasa de largo. Otra media hora de calma y el silencio se sucede… El número del *Niva* está ya tirado en el diván, mientras Pavel Vasilich, con el dedo en alto, recita de memoria unos versos latinos aprendidos en su infancia. Stiopa mira el dedo, que lleva puesto una alianza, escucha aquel lenguaje incomprensible y se adormece. Con los puños se frota los ojos, que se le cierran todavía más.

—Me voy a dormir —dice, desperezándose y bostezando.

—¿Cómo?… ¿A dormir?… —pregunta Pelagueia Ivanovna—. ¿Y cenar?

—No quiero…

—¿Estás en tu juicio? —se asusta la mamá—. ¿Cómo va a quedarse uno sin comer hoy? ¿No te acuerdas ya de que durante toda la vigilia no vas a volver a tomar nada de carne?

Pavel Vasilich se asusta también.

—Es verdad…, sí, hermanito… Durante siete semanas la madre no nos dará de comer nada de carne… Esto no puede ser. Hay que comer hoy.

—¡No quiero!… ¡Tengo sueño!… —dice Stiopa en tono caprichoso.

—Pues entonces, que pongan pronto la mesa —dice inquieto Pavel Vasilich—. ¡Anna!… ¿Qué haces ahí sentada como una tonta? Pon la mesa corriendo.

Pelagueia Ivanovna, como quien descubre que hay fuego en casa, alza las manos y corre a la cocina.

— ¡De prisa…, de prisa!… —se oye decir por toda la casa—. ¡Stiopchka tiene sueño!… ¡Anna!… ¡Ay Dios mío!… ¡De prisa!

Al cabo de cinco minutos la mesa está ya puesta y otra vez los gatos, levantando los rabos, arqueando el lomo y estirándose, entran en el comedor… La familia empieza a cenar. Nadie siente apetito, todos tienen el estómago atiborrado, pero… ¡hay que comer!

LA MÁSCARA

UN baile de máscaras o baile *vestido* (como decían las señoritas de la localidad), celebrado con un fin benéfico, tenía lugar en el Circulo de la ciudad de X***.

Eran las doce de la noche. Las cinco únicas personas que no bailaban ni llevaban careta, sentadas ante una gran mesa y con las narices hundidas en los periódicos, leían o dormitaban, aunque (según frase de un redactor del periódico de la localidad, un señor muy liberal), a juzgar por la expresión de sus rostros, lo que hacían era *meditar*. Del salón principal llegaban las notas del *quadrille Viuschka*, y por delante de la puerta y armando mucho ruido con los pies y la vajilla pasaban corriendo a cada momento los camareros. En la sala de lectura reinaba un profundo silencio.

—¡*Aquí* seguramente estaremos más cómodos! —dijo de pronto una voz baja y ahogada que parecía salir de la estufa—. ¡Entrad aquí!… ¡Aquí, muchachas!

La puerta se abrió, y un hombre de anchas espaldas, robusto, vestido con traje de cochero, tocado con un sombrero adornado con plumas de pavo real y con el antifaz puesto, entró en la sala de lectura. Tras él penetraron dos damas también con antifaces y un camarero cargado de una gran bandeja en la que descansaba una botella de licor, tripuda, dos o tres botellas de vino tinto y varios vasos.

— ¡Por aquí!… ¡Aquí tendremos menos calor! —dijo el hombre—. ¡Pon la bandeja sobre la mesa!… Siéntense, *je vous prie*, a la *trimontrán*, y ustedes, señores, córranse.

El hombre se tambaleó, por lo que su mano dejó caer al suelo varios periódicos de los que estaban encima de la mesa.

—¡Ponla aquí!… ¡Y ustedes, señores lectores, córranse! ¡Nada de periódicos ni de política! ¡Fuera todo eso!

—Yo le rogaría que procediera con más orden —dijo uno de los caballeros mirando a la máscara a través de sus lentes—. Esta es la sala de lectura y no el *buffet*… No es el lugar adecuado para beber.

—¿Y por qué no?… ¿Es que se mueve la mesa o hay peligro de que se caiga el techo?… ¡Qué gracioso!… Pero bueno… No tengo tiempo de conversación. ¡Fuera los periódicos! ¡Basta con lo que lleváis leído! ¡Sois muy inteligentes y no los necesitáis! ¡Además…, os vais a estropear los ojos! ¡Y, sobre todo, lo principal es que yo lo quiero!

El camarero colocó la bandeja sobre la mesa, y con la servilleta al brazo se situó junto a la puerta. Las damas atacaron inmediatamente, y en primer lugar, el vino tinto.

—¿Cómo es posible que haya gente tan inteligente que prefiera los periódicos a estas bebidas?… —empezó diciendo el hombre de las plumas de pavo real sirviéndose licor—. A mi juicio, les gustan a ustedes los periódicos, respetables señores, porque no tienen qué beber. ¿No es verdad lo que digo?… ¡Ja, ja, ja!… ¡Bueno… dejarlo! ¡Anda!… ¡Basta de pamplinas! ¡Mejor harías bebiendo!

Y el hombre de las plumas de pavo real, levantándose, arrancó el periódico de las manos del señor de los lentes. Éste se puso primero pálido, luego rojo; miró asombrado a los otros caballeros y éstos a él.

—¡Se olvida usted de sí mismo señor mío! —dijo acalorándose—. ¡Convierte usted el salón de lectura en una taberna…, se permite usted introducir el desorden y hasta arrebatar a la gente el periódico de las manos! ¡No se lo consiento! ¡Usted no sabe, muy señor mío, con quién tiene que habérselas! ¡Soy Jestiakov, el director del Banco!…

—¡Me importa un pepino que seas Jestiakov!… ¡En cuanto a tu periódico…, mira el honor que va a recibir!…

El hombre alzó el periódico del suelo y lo hizo trizas.

—Pero ¿qué es esto…, señores? —masculló, estupefacto, Jestiakov—. ¡Esto es algo inaudito…, casi sobrenatural!…

—¡Miradle!… ¡Se ha enfadado!… —rió el hombre—. ¡Mira lo que me asusto! ¡Hasta las piernas me tiemblan!… ¡Bueno, apreciables señores, dejemos aparte las bromas! ¡no tengo ninguna gana de hablar con vosotros! ¡Y como quiero estar aquí solo con estas damiselas…, como quiero concederme ese gusto…, les ruego que no discutan y que se marchen! ¡Belebujin!… ¡Anda y que te lleven los cerdos!… ¿Por qué frunces la carota? ¡Te digo que salgas y sales!… ¡De prisa!… ¡Mira que si no… te puede volar algo al cogote!…

—¿Pero esto qué es? —pregunta enrojeciendo y encogiéndose de hombros Belebujin, el cajero del patronato de huérfanos—. ¡No puedo

comprenderlo!… ¡Que entre aquí de pronto un fresco cualquiera y ocurra esto!…

—¿Qué palabras has dicho?… ¿Fresco?… —gritó el hombre de las plumas de pavo real, enfadado y pegando tan fuerte puñetazo sobre la mesa que los vasos saltaron—. ¿A quién estás hablando? ¿Crees que porque llevo un antifaz puedes decirme cosas semejantes?… ¡Mamarracho!… ¡Sal de aquí, te digo!… ¡Director del Banco!… ¡Lárgate de aquí por las buenas! ¡Fuera todo el mundo! ¡Que no quede aquí ni un solo pillo! ¡Fuera! ¡Todos con los cerdos!

—¡Eso lo veremos! —dijo Jestiakov, al que hasta los lentes temblaban de excitación—. ¡Ahora va usted a ver!… ¡Eh!… ¡Llamen al que esté de jefe de servicio!

Un minuto después entraba el jefe, hombre pequeñito y rojizo, que ostentaba una cinta azul en la solapa y traía el aliento entrecortado por el baile.

—¡Le ruego tenga la bondad de salir! —empezó diciendo—. Éste no es lugar de beber. ¡Sírvase pasar al *buffet*!

—¿A qué vienes tú? ¿Acaso te he llamado? —preguntó el hombre del antifaz.

—¡Le ruego que no me tutee y que se sirva salir de aquí!

—Escucha, buen hombre… Te doy un minuto de plazo. Tú…, como eres el jefe y la principal autoridad, tienes que sacar de aquí por el brazo a todos estos… artistas. ¡A mis damiselas no les gusta que haya gente extraña!… Se azoran, y como el dinero es mío…, quiero que estén naturales…

—¡Este medio loco no comprende, sin duda, que no está en una pocilga! —gritó Jestiakov—. ¡Que llamen a Evstrat Spiridonich!

—¡Evstrat Spiridonich! —resonó por todo el Círculo—. ¿Dónde está Evstrat Spiridonich?

Evstrat Spiridonich, un viejo vestido con uniforme policial, no tardó en aparecer.

—¡Le ruego salga usted de aquí! —carraspeó saltándosele los ojos y agitando los bigotes teñidos.

—¡Mira lo que me asusto! —contestó el hombre retorciéndose de risa gozosa—. ¡A fe mía que me asusto mucho! ¡Qué sustos se lleva uno en la vida! ¡Dios mío!… ¡Si tiene los bigotes de gato… y los ojos saltones! ¡Ja, ja, ja!…

—¡Le ruego deje esas consideraciones! —gritó con todos sus bríos Evstrat Spiridonich, que temblaba—. ¡Fuera de aquí! ¡Daré orden de que le saquen a

la fuerza!

En el salón de lectura se armó un ruido inverosímil. Evstrat Spiridonich, rojo como un cangrejo, gritaba y pataleaba; Jestiakov gritaba. Belebujin gritaba, todos los caballeros gritaban… Pero las ahogadas y profundas notas de la voz de bajo del hombre del antifaz sobrepujaban a las de todos. Aquel barullo general motivó la interrupción del baile, y la gente, abandonando el salón, se abalanzó a la sala de lectura.

Con objeto de darse más importancia, Evstrat Spiridonich mandó llamar a todos los policías que se encontraban en el Círculo, y se sentó a redactar el acta.

—¡Anda…, escribe, escribe! —decía la máscara metiéndole el dedo bajo la pluma—. ¿Que irá a ser de mí ahora?… ¡Infeliz!… ¡Ay de mí!… ¡Pobre cabeza la mía!… ¿Por qué buscarán la pérdida de este huerfanito?… ¡Ja, ja, ja!… Bueno…, ¿qué? ¿Está ya extendida el acta? ¿Habéis firmado todos?… Pues mirad ahora… A la una…, a las dos…, ¡a las tres!

El hombre se levantó, se enderezó todo lo alto que era y se arrancó el antifaz. Con el rostro beodo al descubierto y después de mirar a todos, asombrado del efecto que producía, se dejó caer en la butaca y rompió a reír con gran regocijo. La impresión era, en efecto, extraordinaria. Todos los caballeros se miraban estupefactos y habían palidecido. Algunos se rascaban la nuca. Evstrat Spiridonich, como la persona que se da cuenta de que ha cometido involuntariamente una torpeza, dejó oír una exclamación.

En aquel rebelde habían todos reconocido al millonario de la localidad, Piatigorov, fabricante y honorable ciudadano, popular por sus escándalos, su beneficencia y, según palabras del periódico del lugar, «su amor a la cultura».

—¿Qué?… ¿Salís…, sí o no? —preguntó Piatigorov después de un minuto transcurrido en silencio.

Sin pronunciar palabra los caballeros abandonaron de puntillas el salón de lectura, y Piatigorov cerró la puerta tras ellos.

—Si sabías que era Piatigorov…, ¿por qué te callaste? —carraspeó bajito, al cabo de un minuto, Evstrat Spiridonich, sacudiendo por un hombro al camarero que había llevado el vino al salón de lectura.

—¡Me ordenó que no dijera nada! —contestó

—¡Te ordenó que no dijeras nada!… ¡Ya verás cuando te haga pasar un mes encerrado lo que es que te ordenara no decir nada!… ¡Largo de aquí!… ¡Y ustedes también, señores!… ¡Dar lugar a esta rebelión!… ¡Como si les hubiera costado tanto pasarse diez minutos fuera de la sala de lectura!… ¿Y

ahora, qué?… ¡Tendrán que arreglar este lío!… ¡Ah…, señores, señores!… ¡Cuánto, a fe mía, me desagradan estos asuntos!

Los caballeros, abatidos, entre perplejos y culpables, salieron del Círculo cuchicheando unos con otros, como si presintieran algo malo. En cuanto a sus mujeres y sus hijas, al saber éstas que Piatigorov se había *ofendido* y *enfadado*, iniciaron la retirada a sus casas en medio de la mayor desanimación. El baile cesó.

Eran las dos de la madrugada cuando salió Piatigorov de la sala de lectura. Estaba borracho y se tambaleaba. Entrando en el salón se sentó junto a la orquesta a dormitar bajo el sonido de la música. Después inclinó tristemente la cabeza y empezó a roncar.

—¡No toquéis más! —dijeron a los músicos los jefes de servicio—. ¡Egor Nilich duerme!

—¿Dispone usted que se le acompañe a casa? —preguntó Belebujin inclinándose sobre el oído del millonario.

Piatigorov hizo un movimiento con los labios, como si quisiera ahuyentar una mosca de su mejilla.

—¿Dispone usted que se le acompañe a casa —repitió Belebujin—, o prefiere que venga el coche?

—¿Eh?… ¿Qué?… ¿Qué quieres?…

—Acompañar a casa a su señoría… ¡Ya es hora de irse a la camita!

—¡Quiero irme a ca…sa…! ¡Acompáñame!

Radiante de satisfacción, Belebujin ayudó a Piatigorov a levantarse. Otros caballeros se acercaron presurosos, sonriendo afablemente, y entre todos alzaron de su asiento al respetable ciudadano y le condujeron con sumo cuidado hasta el carruaje.

—¡De poner en ridículo a toda una reunión… sólo es capaz un verdadero artista! —decía alegremente Jestiakov ayudándole a introducirse en el coche—. ¡Estoy completamente asombrado, Egor Nilich!… ¡Todavía me río!… ¡Ja, ja, ja!… ¡Pensar que hasta llegamos a acalorarnos!… ¡Y hasta a tomar algunas medidas!… ¡Ja, ja, ja!… ¡Créame! ¡Ni en el teatro me he reído nunca tanto! ¡La cosa es de una comicidad infinita!… ¡Toda la vida recordaré esta noche inolvidable!…

Después de haber acompañado a Piatigorov, los caballeros se sintieron alegres y tranquilos.

—¡Me ha dado la mano al despedirse! —dijo Jestiakov muy contento—. ¡Lo que quiere decir que no ha pasado nada!… ¡Que no está enfadado!…

—¡Dios le oiga! —suspiró Evstrat Spiridonich—. Es un individuo ruin y canallesco, pero, al mismo tiempo… un *¡benefactor!*… y… ¡qué se le va a hacer!…

UN APELLIDO DE CABALLO

El general retirado Buldieev tenía dolor de muelas. Se enjuagaba la boca con *vodka* y con coñac, se ponía sobre la dolorida muela ceniza de tabaco, opio, aguarrás, petróleo…; pintaba de yodo su mejilla y se tapaba los oídos con algodón empapado en alcohol.

Todos estos remedios resultaban, sin embargo, ineficaces, y algunos de ellos le producían náuseas. Llegó el médico. Después de hurgar en la muela enferma, recetó quinina, y como ésta tampoco aliviara el dolor, propuso sacar la muela, propuesta a la que el general contestó con una negativa. Todos, la esposa, los niños, los criados…, incluso Pietka, el pequeño pinche, ofrecían cada uno un remedio. Entre las personas que acudieron a la casa, se encontraba también el administrador de Buldieev, Iván Evseich, que aconsejó se probara a ejercer algún *conjuro* sobre la dolencia.

—En nuestro distrito, excelencia —dijo—, vivía hará cosa de unos diez años un empleado del Estado, Jacob Vasilich. ¡Nadie sabía *conjurar* el dolor de muelas como él!… Le bastaba a veces con acercarse a la ventana, farfullar algo y escupir para que el dolor desapareciera… ¡Tenía un poder especial!…

—¿Y dónde está ahora? —preguntó el general.

—Desde que le retiraron como empleado del Estado, vive en Saratov con su suegra. Todas sus ganancias le vienen ahora de las muelas. Si uno tiene dolor de muelas… va a verle y él le cura. A los que viven en Saratov los recibe en su casa, pero a los que residen en otras ciudades los cura por telégrafo. ¡Envíele, excelencia, un telegrama explicándole el caso! ¡Dígale, por ejemplo!: «Al siervo de Dios, Aleksiei, le duelen las muelas y solicita ser curado». El dinero que cueste la curación puede enviarlo por correo.

—¡Majaderías!… ¡Supercherías!

—¡Haga la prueba excelencia! Es un hombre a quien gusta mucho el vodka. No vive con su mujer…, vive con una alemana. Es persona algo camorrista, pero por otra parte puede decirse que hace milagros.

—¡Ponle un telegrama, Alioscha! —dijo la generala—. Tú no crees en los *conjuros*, pero yo he experimentado su beneficio en mí misma. Y aun

suponiendo que no tengas fe en ellos…, ¿por qué no mandar el telegrama? ¡Por eso no pierdes nada!

—Bueno… —accedió Buldieev—. Con un dolor como éste…, no diré yo a ese funcionario, ¡al mismísimo diablo enviaría un telegrama! ¡Ay!… ¡Me faltan las fuerzas! Bien…, ¿y dónde vive tu funcionario? ¿Cómo hay que dirigirse a él?

Y el general, sentándose ante la mesa, cogió la pluma.

—¡Todo el mundo le conoce en Saratov! —dijo el administrador—. Sírvase escribir así, excelencia: «Ciudad de Saratov. A su señoría Jacov Vasilich…, Vasilich…».

—Sigue.

—Vasilich…, Jacov Vasilich… El apellido es… ¡Vaya!… ¡Se me ha olvidado el apellido!… Vasilich… ¡Diablos!…, ¿cómo era el apellido? Hace poco me acordaba perfectamente de él… Un momento…, ¿me permite?

Iván Evseich alzó los ojos al techo y movió los labios. Buldieev y su mujer esperaban impacientes.

—¿Qué?… ¿está ya?… ¡Date prisa a pensar!

—Ahora mismo… Vasilich… Jacov Vasilich… ¡Se me olvidó!… ¡Era un apellido tan sencillo!… Algo relacionado con el caballo… *¿Kobilin?*[45]… No, no es *kobilin*. Esperad… ¿Tal vez *jerebzog*?[46]. Me acuerdo perfectamente de que había algo en este apellido que se relacionaba con el caballo, pero…, ¿qué era?… No tengo ni la menor idea.

—*¿Jerebiatnikov?*[47].

—No, no… Esperad…

—*¿Kobilitzen?…*[48]. *¿Kobilitnikov?…*[49]. *¿Kobelev?…*[50].

—No. Ese apellido es más de perro que de caballo… *¿Jerebchikov?*[51].

—No, tampoco es *jerebchikov… ¿Loschadken?…*[52]. *¿Loschakov?…*[53]. *¿Jerebkin?…*[54]. No, no es *jerebkin*.

—¿Y cómo voy a escribirle entonces?… ¡Piensa bien!

—Ahora mismo… *¿Loschadkin?… ¿Kobilkin?… ¿Korennoi?…*[55].

—*¿Korennikov?* — preguntó la generala.

—No. *¿Pristiagkin?…*[56]. No es esto, no. ¡Se me ha olvidado!

—Entonces, ¿para qué diablos me vienes con consejos si no te acuerdas? —se enfadó el general—. ¡Largo de aquí!

Iván Evseich se retiró despacito mientras el general, con la mano en la mejilla, daba vueltas por las habitaciones.

—¡Ay! —gritaba—. ¡Ay Dios mío!… ¡No puedo resistir más este dolor!…

El administrador salió al jardín y fijando los ojos en el cielo siguió esforzándose en recordar el apellido del funcionario.

—*¿Jerebchikov? ¿Jerebkovskv? ¿Jerebenko?…* ¡No! ¡No es esto!… *¿Loschadenskv?… ¿Loschadevich?… ¿Jerebkovich?… ¿Kobiliansky?…*

Al cabo de un rato los señores le mandaron llamar.

—¿Te has acordado ya? —le preguntó el general.

—No, excelencia. No me he acordado.

—¿No pudiera ser *Koniavkv…*, o *Loschadnikov*?…

Todos en la casa se pusieran a idear apellidos, trayendo al recuerdo todas las posibles edades, géneros y razas de caballos, sin olvidar las palabras crin, *pezuña, arreo…* En la casa, en el jardín, en las habitaciones de servicio, en la cocina… todos corrían de acá para allá buscando el apellido.

A cada momento se hacía volver a casa al administrador.

—*¿Tabunov?*[57] —le preguntaban—. *¿Kopitin?*[58]. *¿Jerebosvsky?*

—No —contestaba Iván Evseich siempre alzando los ojos y pensando en alta voz.

—*¿Kopenko?… ¿Kochenko?… ¿Jerebeev?… ¿Kobileev?…*

— ¡Papa! —venían gritando los niños—; ¿será *Troikin*?…[59], o ¿sera *Usdechkin*?…[60].

La mayor excitación se apoderó de la hacienda. El general, impaciente y cansado de sufrir, prometió recompensar con cinco rublos al que recordara el verdadero apellido, por lo que a Iván Evseich, siguió un gran grupo de gentes que acudían a ofrecer toda la posible variedad de nombres.

—*Gnedov*[61]. *Ríssistii. Loschadiskv* —decían.

Sin embargo, cuando llegó la noche, aún no se había dado en el apellido, por lo que hubieron de acostarse sin enviar el telegrama.

El general, paseando de un lado para otro y lamentándose, no durmió en toda la noche… A eso de las tres de la madrugada llamó a la ventana del administrador.

—¿No será *Merinov*? —preguntó con una voz llena de lágrimas.

—No, excelencia… ¡No es *Merinov*!… —contestó Iván Evseich. Y suspiró como un culpable.

—¡Quién sabe si ese apellido no tendrá la menor relación con el caballo y se tratará de algún otro nombre!

—¡Le juro, excelencia, que está relacionado con el caballo! De eso me acuerdo perfectamente.

—¡Vaya con tu poca memoria, amigo!… ¡Para mí ahora, ese apellido es lo más precioso del mundo! ¡No puedo ya más de tanto sufrimiento!

A la mañana siguiente, el general envió a llamar al médico.

—¡Que me la saque! —decidió—. ¡No tengo fuerzas para seguir sufriendo!

El médico llegó y sacó la muela al paciente. En el acto desapareció el dolor y el general quedó tranquilo. Después de haber cumplido con su cometido y de recibir el pago de aquel trabajo, el médico subió a su coche y se marchó a casa. Al pasar por el campo se encontró con Iván Evseich… El administrador, parado en medio del camino, fijaba a sus pies una mirada reconcentrada y meditaba, evidentemente, sobre algo. A juzgar por las arrugas que surcaban su frente y por la expresión de sus ojos, sus pensamientos eran dolorosos…

—*Bulatov… Cheressedelnikov…* —mascullaba—. *Sasuponin… Loschadski…*

—Iván Evseich… —dijo el doctor dirigiéndose a él—. Dígame, amigo… ¿Podría usted venderme unas cinco arrobas de avena? Los campesinos me la ofrecen, pero la que tienen es muy mala…

Iván Evseich fijó en el doctor una mirada perpleja, luego sonrió, dejando a éste estupefacto, y, sin pronunciar una palabra de respuesta, echó a correr en dirección de la hacienda con tal velocidad que diríase que tras él corría un perro rabioso.

—¡Ya lo tengo, excelencia! —gritaba, lleno de alegría cuando entraba volando en el despacho del general—. ¡Me he acordado gracias al doctor! ¡Dios le dé siempre salud!… *¡Ovsov!…*[62]. ¡El apellido del funcionario es Ovsov!… ¡Ovsov, excelencia!… ¡Mande en seguida el telegrama a Ovsov!

—¡Vaya!… —dijo el general con un gesto de desprecio—. ¡Ya no me hace falta tu apellido de caballo!… ¡A buenas horas!

PEQUEÑECES DE LA VIDA

NICOLAI Ilich Beliaev, casero de Petersburgo, asiduo a las carreras de caballos, hombre joven, de aproximadamente treinta y dos años, bien alimentado y provisto de sonrosadas mejillas, entraba un día, al anochecer, en casa de la señora Irnina-Olga Ivanovna, con la que mantenía relaciones y, según una de sus expresiones, vivía una larga y aburrida novela. Las primeras páginas, en efecto, de aquella novela, interesantes e inspiradas, hacía mucho tiempo que habían sido leídas. Las que ahora se prolongaban no encerraban ya nada nuevo ni interesante.

Como Olga Ivanovna no estaba en casa, mi héroe se tumbó en una cama turca que había en el salón y se dispuso a esperarla.

—Buenas tardes, Nicolai Ilich —oyó decir a la voz de un niño—. Mamá vendrá ahora mismo. Ha ido con Sonia a la modista.

Echado en un diván del mismo salón, estaba Alioscha, el hijo de Olga Ivanovna, chiquillo de unos ocho años, esbelto, bien cuidado, vestido como un figurín, con una blusa de terciopelo y largas medias negras. Tirado sobre un almohadón de raso, estaba ocupado, al parecer, en imitar a un acróbata visto pocos días antes en el circo, para lo que tan pronto lanzaba al aire una pierna como otra. Cuando estas graciosas piernas se cansaban, empezaba el mismo movimiento con las manos o levantándose de un salto se ponía a andar a gatas, intentando levantar los pies. Todo esto era ejecutado con el más serio de los rostros y entre resoplidos de sufrimiento, como si él fuera el primero en lamentar que Dios le hubiera deparado un cuerpo tan intranquilo.

—¡Hola, amigo mío! —dijo Belaiev—. ¿Eres tú? No me había fijado en que estabas ahí. Y mamá… ¿está bien?

Alioscha, que en aquel preciso momento asía con su mano derecha la punta de su pie izquierdo, actitud poco natural, dio media vuelta, dio un salto y miró a Beliaev a través de una gran pantalla.

—No sé qué decirle… —respondió, encogiéndose de hombros—. Mamá, en realidad, no se encuentra nunca bien… ¡*Es* una mujer…, y a las mujeres, Nicolai llich, siempre les duele algo!

Como no tenía nada que hacer, Beliaev se puso a estudiar la fisonomía de Alioscha. Antes, durante todo el tiempo que duraran sus relaciones con Olga Ivanovna, ni una sola vez había fijado la atención en el chiquillo, ni apenas reparado en su existencia. Si había ahí o no un niño, para qué estaba y qué papel desempeñaba…, era algo que no se le ocurría nunca pensar.

El rostro de Alioscha, iluminado por el crepúsculo vespertino, con su blanca frente y negros ojos sin pestañas, le recordó de pronto el de Olga Ivanovna tal como era ésta en las primeras páginas de la novela, y sintió deseos de acariciar al pequeño.

—Ven acá, mosquito —dijo—. Ven que te vea más de cerca.

El chiquillo saltó del diván y corrió hacia Beliaev.

—Bien… —empezó a decir Nicolai llich colocando su mano sobre el hombro flaco del chiquillo—. ¿Qué?… ¿Vives?…

—No sé cómo decirle… Antes vivía mucho mejor…

—¿Por qué?

—Muy sencillo…: porque antes Sonia y yo no teníamos más que leer… o aprender música…, pero ahora tenemos que estudiarnos los versos franceses. Se ha cortado usted el pelo hace poco, ¿verdad?

—Sí, hace poco.

—Ya lo veo. Tiene la barba más corta… ¿Me deja que la toque?… ¿No le hago daño?

—No, no me haces daño.

—¿Por qué será que cuando se tira sólo de un pelito se hace daño y cuando se tira de muchos no se hace ni pizca de daño? ¡Ja, ja!… ¡Sabe… que es lástima que no lleve usted patillas! Por aquí tiene que afeitarse más, y por aquí…, por los lados, dejarse más pelo…

Y el chiquillo, apretándose contra Beliaev, se puso a jugar con su cadena.

—Cuando vaya a estudiar al colegio dice mamá que me comprará un reloj. Le voy a pedir que me compre también una cadena igual a ésta… ¡Uy, qué medallón!… Papá tiene uno como éste, sólo que el de usted es con rayitas y el suyo con letras… Dentro tiene un retrato de mamá… Papá lleva ahora otra cadena…, sin anillas…, como una cinta.

—¿Y tú cómo lo sabes? ¿Es que ves a papá?

—¿Yo?… ¡Hem!… Yo, no…

Y Alioscha, enrojeciendo y muy azorado por haber sido cogido en una mentira, se puso a arañar afanosamente con el dedo el medallón.

Beliaev contempló fijamente su rostro y preguntó:

—¿Ves a papá?

—No…, no…

—¡Vamos!… ¡Háblame con franqueza!… Tu cara me dice que estás mintiendo. Sí, se te ha escapado…; ¡qué se le va a hacer! Vamos, dime…, ¿le ves?… ¡Habla conmigo como con un amigo!

Alioscha quedó pensativo.

—¿Pero no le dirá usted nada a mamá? —preguntó.

—¡No faltaba más!

—¿Palabra de honor?

—¡Palabra de honor!

—¡Júremelo!

—¡Eres insoportable! ¿Por quién me has tomado, vamos a ver?

Alioscha giró una mirada a su alrededor, agrandó los ojos y dijo en un susurro:

—¡Por el amor de Dios, no se lo diga usted a mamá!… ¡A nadie, a nadie se lo tiene usted que decir, porque es un secreto! ¡Dios nos libre de que lo sepa mamá…, porque todos íbamos a pagarlo! Sonia…, Pelagueia y yo. Pues… oiga usted… Sonia y yo vamos a ver a papá todos los martes y todos los viernes. Cuando Pelagueia nos saca de paseo antes de comer… vamos siempre a la pastelería de Apfel y allí nos espera papá… Siempre nos espera en ese cuarto reservado, ¿sabe?…, donde hay una mesa de mármol con un cenicero que parece un ganso con un boquete en la espalda…

—¿Y qué hacéis allí?

—¡Nada! Primeramente nos saludamos y luego nos sentamos a la mesa y papá manda que traigan café con pastelillos. Sonia se los come de carne, pero yo de carne ¡los aborrezco! A mí me gustan de repollo y huevos. Comemos tantos que luego, a la hora de la comida, no tenemos gana, aunque hacemos muchos esfuerzos por comer para que mamá no note nada.

—¿Y de qué habláis?

—¿Con papá?… De todo… Nos da muchos besos…, nos abraza…, nos cuenta chistes… ¿Sabe usted?…, dice que cuando seamos mayores nos llevará a vivir con él. Sonia no quiere, pero a mí me parece bien. ¡Estaré muy triste sin mamá…, es natural!…, pero le escribiré cartas. ¡Y hasta puedo ir a verla los días de fiesta!, ¿verdad? Dice también papá que me comprará un caballo… ¡Es un hombre buenísimo! No comprendo por qué mamá no le dice que venga a vivir con nosotros y nos prohíbe que le veamos. Él quiere mucho a mamá… Siempre me pregunta cómo está de salud y lo que hace. Cuando estaba enferma… se agarraba del pelo…, así…, y daba vueltas por la

habitación muy de prisa. Nos dice que seamos muy obedientes con ella y que la respetemos mucho. ¡Oiga!… ¿Es verdad que somos desgraciados?

— ¡Hem!… ¿por qué?

—Papá es el que lo dice… «Sois muy desgraciados, niños…», dice. ¡Y hace tan raro oírselo decir!… «¡Vosotros —dice— sois unos desgraciados, yo soy un desgraciado y mamá también es una desgraciada! ¡Pedid mucho a Dios por vosotros y por ella!».

Y Alioscha, fijando la mirada en un pájaro disecado, quedó pensativo.

—¡Vaya! —mugió Beliaev—. Entonces…, ¿celebráis esos congresos en las pastelerías?… ¿Y mamá no lo sabe?

—No… ¿Cómo va a saberlo? ¡Pelagueia no se lo diría por nada del mundo! ¡Papá, anteayer, nos dio unas peras!… Eran dulces como la mermelada. Yo me comí dos.

— ¡Hem!… Bien. Y de mí…, ¿no dice nada papá?

—De usted… No sé cómo decirle…

Alioscha lanzó a Beliaev una mirada escudriñadora y se encogió de hombros.

—No dice nada especial.

—Pero, por ejemplo…, ¿qué dice?

—¿No se ofenderá usted?

—¡Qué cosas tienes! ¿Es que regaña cuando habla de mí?

—No es que regañe…, pero, ¿sabe?…, está enfadado con usted. Dice que usted tiene la culpa de que mamá sea desgraciada y que usted… perdió a mamá… Él es un poco raro… Yo le explico que usted es bueno…, y que nunca grita cuando habla con mamá…, pero él no contesta más que moviendo la cabeza.

—¿Dice eso?… ¿Que yo la perdí?

—Sí, pero ¡no se enfade usted, Nicolai Ilich!

Beliaev se levantó, y después de permanecer un rato en pie, empezó a dar vueltas por el salón.

—¡Extraño y ridículo!… —mascullaba encogiéndose de hombros y sonriendo irónicamente—. ¡Él tiene la culpa y ahora resulta que soy yo el que la ha perdido!… ¡Vaya con el corderito inocente!… ¿De manera que te ha dicho que yo perdí a tu madre?…

—Sí, pero… usted me ha prometido que no se iba a ofender.

—No me ofendo y, además…, eso a ti no te importa. ¡Es que es hasta ridículo! ¡Ahora resulta que el culpable soy yo!

Sonó un timbre. El chiquillo dio un salto y salió corriendo de la habitación. Al cabo de un minuto, una señora, a la que acompañaba una niña, entraba en la sala. Tras ella venía Alioscha dando saltos y cantando. Beliaev saludó con la cabeza y prosiguió su paseo.

—¡Es natural después de todo! ¿A quién va a echar la culpa si no a mí? —mascullaba—. La razón la tiene él. ¡Él es el marido ofendido!

—¿De qué hablas? —le pregunta Olga Ivanovna.

—¿Que de qué hablo?… Pues mira… ¡Escucha lo que dice tu cónyuge! Parece ser que yo soy un canalla, un malhechor… Que te he perdido a ti y a los niños. ¡Que sois todos unos desgraciados y yo el único que es terriblemente… terriblemente feliz!

—¡No comprendo, Nicolai! ¿Qué quiere decir, todo eso?

—¡No tienes más que oír a este caballerete! —dijo Belaiev indicando a Alioscha.

Alioscha se puso primero rojo, luego, de repente, terriblemente pálido, y su rostro se contorsionó de miedo.

—¡Nicolai Ilich! —murmuró—. ¡Tsss!

Olga Ivanovna miró con asombro a Alioscha, después a Belaiev y de nuevo a Alioscha.

—¡Pregúntale a él! —prosiguió Beliaev—. ¡Tu Pelagueia…, la muy tonta…, se los lleva a las pastelerías y les procura entrevistas con su papaíto! ¡Pero lo más interesante no es eso!… ¡Lo más interesante es que el papaíto es un mártir y yo un canalla y un bandido que ha destrozado las vidas de los dos!…

—¡Nicolai Ilich! —gimió Alioscha—. ¡Me ha dado usted palabra de honor!

—¡Mira, déjame en paz! ¡Aquí se está tratando de cosas más importantes que las palabras de honor! —dijo Beliaev—. ¡Me indigna la hipocresía y la mentira!

—¡No comprendo nada! —dijo Olga Ivanovna, en cuyos ojos brillaron unas lágrimas—. Oye, Liolka… —prosiguió, dirigiéndose a su hijo—: ¿Ves a tu padre?

Pero Alioscha, sin oírla, miraba espantado a Beliaev.

—¡No puede ser! —siguió diciendo la madre—. ¡Voy a preguntárselo a Pelagueia!

Y Olga Ivanovna salió de la habitación.

—Óigame… ¡Usted me había dado palabra de honor!… —dijo Alioscha temblando con todo su cuerpo.

Beliaev hizo un ademán despectivo y continuó su paseo. Hundido en la consideración de su ofensa y recobrada su primera actitud, no reparaba ya en la presencia del niño. Para un hombre serio y maduro como él, no era éste momento de ocuparse de chiquillos.

Mientras tanto, Alioscha, sentado en un rincón, refería aterrado a Sonia cómo había sido engañado. Temblaba, tartamudeaba y lloraba. Era la primera vez que tropezaba, brutalmente, con la mentira…, que veía a ésta cara a cara… ¿Sabía él, acaso, que en este mundo, además de peras dulces, de pastelillos y de relojes de precio, existen otras muchas cosas más que no tienen nombre en el lenguaje infantil?…

EN SEMANA SANTA

¡ANDA, márchate! ¡Ya se oyen las campanas!… ¡Y ten cuidado de no hacer tonterías en la iglesia…, no te vaya a castigar Dios!…

Mi madre me pone en la mano unas monedas de cobre y olvidándose en el acto de mí, corre a la cocina con su plancha ya fría. Sé perfectamente que después de confesarme, no me darán nada de comer ni de beber, por lo que antes de salir de casa me trago a la fuerza un gran pedazo de pan blanco y me bebo dos vasos de agua. En la calle es completa primavera. La calzada está cubierta de una pasta oscura, sobre la que empiezan a dibujarse futuros senderos; los tejados y las aceras se han secado ya, y al pie de las cercas, entre la hierba podrida del año anterior, brota un verdor tierno y joven. En los surcos, el agua sucia fluye con alegre sonido, y los rayos del sol se bañan en ella sin repugnancia. Astillitas, pajitas, cáscaras de pipas de girasol, ondean volteándose en el agua y quedan prendidas en la sucia espuma. ¿Hacia dónde nadan estas astillitas? Es muy probable que del surco pasen al río, del río al mar y del mar al océano… Intento imaginar tan largo y terrible viaje, pero mi fantasía se corta antes de llegar al mar. Pasa un *isvoschik*. El cochero, ocupado en arrear al caballo y tirar de las riendas, no se percata de que dos arrapiezos callejeros se han colgado a la trasera de su carruaje. Quisiera unirme a ellos, pero me acuerdo de la confesión y aquellos chiquillos empiezan a antojárseme unos grandísimos pecadores.

«El día del *juicio final*— pienso— les preguntarán: “¿Por qué hacíais esas travesuras y engañabais al pobre cochero?”… Intentarán excusarse, pero los espíritus malignos se apoderarán de ellos y les arrastrarán al fuego eterno. Si, en cambio, obedecieran a sus padres y dieran a los pobres alguna *kopeka* o un bollo… Dios se apiadaría y les dejaría entrar en el Paraíso».

El atrio de la iglesia está seco y bañado por la luz del sol; no hay en él un alma. Indeciso, abro la puerta y entro en la iglesia. Dentro de ella, en aquel crepúsculo, que me parece más denso y sombrío que nunca, se apodera de mí la conciencia de mis pecados y de mi nulidad. Lo primero que se presenta ante mi vista es una gran figura del Señor crucificado, y, a ambos lados de

ésta, las de la Madre de Dios y San Juan Evangelista. El incensario y el portacirios aparecen revestidos de negras fundas de luto; las lamparitas arden con un resplandor borroso y tímido, y el sol, como si lo hiciera intencionadamente, pasa sin detenerse por las ventanas de la iglesia.

La Virgen y el discípulo amado de Jesús, representados de perfil, contemplan silenciosos aquellos insoportables sufrimientos y no reparan en mi presencia. Siento que para ellos soy un intruso, un ser insignificante que no puede ayudarles ni con la palabra ni con las obras…; que soy un chiquillo repugnante y deshonesto, bueno solamente para hacer travesuras, brutalidades y acusar a otros. Traigo a mi recuerdo a cuantas personas conozco, y todas se me antojan mezquinas, necias, malas e incapaces de disminuir siquiera de un ápice este terrible dolor que ahora contemplo. El crepúsculo en la iglesia se hace más espeso, más sombrío y la Madre de Dios y San Juan Evangelista me parecen solitarios. Junto al armario que contiene las velas para la venta se encuentra Prokofii Ignatich, viejo soldado retirado, ayudante del *starosta*[63] de la iglesia. Enarcando las cejas y acariciándose la barba explica a media voz a una vieja:

—La misa de alba *empezará*, en cuanto terminen las vísperas. Mañana la misa se dirá pasadas las siete. ¿Entiendes? ¡Pasadas las siete!

Al lado del altar de Santa Bárbara mártir y junto al biombo, esperan su turno los penitentes. Entre ellos se encuentra también Mitzka, chiquillo desarrapado, de pelo cortado desigualmente, salientes orejas y pequeños y muy malignos ojos. Es el hijo de la viuda Nastasia, la asistenta; un chico turbulento, un bandido, acostumbrado a robar manzanas de los puestos de las vendedoras ambulantes y que más de una vez me había arrebatado los *babki*[64]. Me mira con enfado, y se me figura que se siente maliciosamente contento de ser él y no yo, el primero que haya de ir tras el biombo. Un mal espíritu comienza a bullir dentro de mí; me esfuerzo en no hacerle caso; sin embargo, allá, en lo más profundo de mi alma, me enoja la idea de que a este chico vayan a perdonársele en seguida los pecados.

Delante de él está una señora muy bonita, vestida lujosamente y tocada con un sombrero adornado con una pluma blanca. Visiblemente nerviosa, espera en una evidente tensión, que hace arder una de sus mejillas como si tuviera fiebre.

Yo espero cinco minutos…, diez… De detrás del biombo surge un joven bien vestido, de cuello larguirucho y altas botas de caucho. Empiezo a soñar con que, cuando sea mayor, me compraré unas iguales, me las compraré, ¡sin falta! La señora se estremece y pasa a su vez tras el biombo. Le ha llegado el

turno. Por la rendija del biombo se la ve acercarse al facistol e inclinarse hasta el suelo; luego, levantarse y, sin mirar al sacerdote, inclinar la cabeza esperando… El sacerdote está de espaldas al biombo, por lo que sólo puedo distinguir sus cabellos rizados y blancos, la cadena de su cruz y sus anchas espaldas. La cara no puedo vérsela. Suspirando y sin mirar a la señora, se pone a hablar de prisa; tan pronto alzando como bajando el murmullo de su voz. La señora escucha sumisa, en actitud culpable; contesta brevemente y mira al suelo.

—«¿Qué pecados habrá cometido? —pienso mientras contemplo con admiración su tímido y lindo rostro—. ¡Oh Dios mío!… ¡Perdónale sus pecados!… ¡Concédele la felicidad!…».

El sacerdote pone ya la estola sobre su cabeza.

—Yo te absuelvo —dice su voz— de todos tus pecados en nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

La señora saluda hasta el suelo, besa la cruz y sale. Ahora son las dos mejillas las que tiene coloradas, pero en su rostro hay paz, claridad y alegría.

«Ya es feliz», pienso, mirando tan pronto a ella como al sacerdote que acaba de perdonarle los pecados.

¡Qué dichoso habrá de sentirse el hombre a quien sea dada la facultad de perdonar!

Ha llegado el turno a Mitzka, y, de repente, el sentimiento de odio hacia ese bandido bulle de nuevo dentro de mí… Quiero pasar antes que él tras el biombo…, quiero ser el primero…

Observando mi movimiento, me pega en la cabeza con la vela, yo le contesto con otro golpe de la mía y durante medio minuto se escucha un fuerte resoplar y un ruido de velas rompiéndose… Nos separan. Mi enemigo se acerca tímidamente al facistol y saluda hasta el suelo sin doblar las rodillas… Pero ya no veo lo que sucede después, pues la idea de que a continuación de Mitzka me va a tocar a mí el turno, todo lo turba ante mis ojos; los objetos se confunden, las salientes orejas de Mitzka crecen desmesuradamente hasta unirse con su oscura nuca; vacila la figura del sacerdote y el suelo comienza a ondularse. La voz del sacerdote murmura:

—Yo te absuelvo…

Ahora me toca pasar a mí tras el biombo. Hay un vacío bajo mis pies y me parece que voy andando por el aire… Me acerco al facistol, que es más alto que yo. El rostro fatigado e indiferente del sacerdote pasa raudo un instante ante mis ojos, pero luego sólo distingo ya su manga forrada de azul, la cruz y el borde del facistol. Siento la proximidad del sacerdote, el olor de su sotana;

escucho su voz severa, y mi mejilla, alzada hacia él, empieza a arder… La tensión nerviosa me impide oír muchas de las cosas que me dice; pero contesto sinceramente a sus preguntas, con una voz extraña que no me parece mía… Me acuerdo de la Virgen y de San Juan Evangelista, solitarios, de la figura de Cristo, crucificado, de mi madre…, y tengo ganas de llorar y de pedir perdón.

—¿Cómo te llamas? —me pregunta el sacerdote cuando coloca sobre mi cabeza la blanda estola.

¡Qué ligera!… ¡Qué alegre está ahora mi alma!… ¡Ya no tengo pecados! ¡Estoy santificado y con derecho a ir al Paraíso! Se me figura que exhalo un olor semejante al de la sotana del sacerdote. Cuando salgo de detrás del biombo y me dirijo al diácono para apuntarme, voy oliéndome las mangas. ¡Ya no me parece sombrío el crepúsculo en la iglesia y miro a Mitzka con indiferencia…, sin malicia!…

—¿Cómo te llamas? —me pregunta el diácono.

—Fedia.

—¿Y por tu padre?

—No sé.

—¿Cómo se llama tu papá?

—Iván Petrovich.

—¿Y de apellido?

Me quedo callado.

—¿Cuántos años tienes?

—Ocho.

Al volver a casa para no ver cenar a los demás, me meto en la cama más de prisa que de costumbre, cierro los ojos y me pongo a soñar en lo hermoso que sería sufrir el martirio bajo algún Herodes o vivir en el desierto y dar de comer a los osos, como San Serafín; hacer vida de ermitaño, alimentarse tan sólo con el Pan Eucarístico, repartir todos los bienes entre los pobres, e ir en peregrinación a Kiev.

Oigo que en el comedor ponen la mesa, que van a cenar. Comerán seguramente, *vinigret*[65]. *virojki*[66], con coles y pescado frito. ¡Qué hambre tengo! ¡Estoy dispuesto a sufrir todos los martirios, a vivir en el desierto sin mi madre, a dar de comer a los osos con mis propias manos!, pero… ¡quisiera poder comer primeramente, por lo menos, un solo *pirog* de repollo!…

«¡Dios mío!… ¡Purifícame!… ¡Purifica a este pecador! —rezo, tapándome la cabeza—. ¡Ángel de la Guarda!… ¡Defiéndeme del espíritu del mal!».

Al día siguiente, jueves, me despierto con el alma clara y limpia como un hermoso día de primavera. Camino alegre y valeroso. Voy penetrado de la idea de que soy un comulgante…, de que llevo una camisa rica y valiosa confeccionada con el vestido de seda que dejó la abuela. En la iglesia todo respira alegría, felicidad y primavera; los rostros de la Virgen y de San Juan Evangelista no están ya tan tristes como ayer; la esperanza ilumina los de los comulgantes, y diríase que todo ha pasado…, que todo ha sido entregado al olvido y está perdonado. Mitzka va también peinado y vestido de día de fiesta. Miro con alegría sus salientes orejas y, para demostrarle que no le tengo la menor animadversión, le digo:

—Hoy estás guapo, y si no tuvieras el pelo tan tieso y no fueras vestido tan pobremente, todos pensarían que tu madre no es una lavandera, sino una noble. Ven a mi casa el día de Pascua y jugaremos a los *babki*.

Mitzka me mira incrédulo y me amenaza con el puño por debajo del faldón de su blusa.

La señora del día anterior me parece maravillosa. Lleva un traje azul cielo y un gran broche resplandeciente, en forma de herradura. La miro con admiración y pienso que cuando sea grande, ¡sin falta!, me casaré con una mujer como ella; pero luego, cuando recuerdo que eso de casarse es algo vergonzoso, dejo de pensar en ello y me encamino hacia el coro, donde el sacristán ha comenzado ya a leer las Horas.

UNA BROMITA

EN una clara tarde de invierno. La fuente helada cubre de fina escarcha plateada el cabello que cae sobre las sienes de Nadeñka, que va cogida de mi brazo, y el vello de su labio superior. Nos encontramos en la cima de una alta montaña, y desde nuestros pies a la tierra se extiende una pendiente superficie en la que el sol se mira como en un espejo. A nuestro lado hay un pequeño trineo tapizado de paño rojo vivo.

—¡Bajemos en trineo, Nadejda Petrovna! ¡Se lo suplico!… ¡Siquiera una vez!… ¡Sólo una vez!… ¡Le aseguro que saldremos de él sanos y salvos!

Pero a Nadeñka la da miedo. Toda aquella ladera que corre desde sus botitas hasta el pie de la montaña se le antoja un precipicio terrible e inconmensurablemente profundo. Si sólo el mirar hacia abajo y el escuchar mi proposición de entrar en el trineo suspende su aliento… ¿qué le ocurriría si se arriesgara a dejarse caer volando en aquel precipicio? ¡Se moriría!… ¡Se volvería loca!…

— ¡Se lo suplico! —digo—. ¡No tiene por qué tener miedo! ¡Comprenda que es una cobardía…, una falta de valor!…

Por fin, Nadeñka cede. Su cara me dice que accede a arriesgar su vida. La ayudo a sentarse, pálida y temblorosa, en el trineo; la rodeo con el brazo y, juntos, nos precipitamos al abismo.

El trineo vuela como una bala, y el aire, que la velocidad hace cortante, nos azota la cara, ruge, silba en nuestros oídos, nos desgarra y pellizca, haciéndonos daño por pura malignidad. Diríase que pretende arrancarnos la cabeza de los hombros. La violencia del viento nos impide respirar, y parece que el mismo diablo nos ha apresado entre sus garras y con un rugido nos arrastra al infierno. Todo cuanto nos rodea se ha convertido en una larga y vertiginosa cinta… ¡Un instante más y pereceremos!

—¡La amo, Nadia! —digo a media voz.

El trineo ahora corre cada vez más despacio y el rugido del viento y el zumbido de los patines son ya menos terribles, la respiración no se entrecorta y ¡al fin llegamos!

Nadia está más muerta que viva: pálida y apenas sin aliento… La ayudo a levantarse.

—¡Por nada del mundo volvería a bajar! —dice, mirándome con ojos muy abiertos, llenos de espanto—; ¡por nada del mundo! ¡He estado a punto de morirme!

Poco después, ya recobrado el equilibrio, me mira con una interrogación en los ojos. ¿Fui yo el que dijo aquellas palabras o se le figuró tan sólo oírlas en el ruido y el torbellino?… Estoy a su lado, fumo y me miro atentamente un guante. Le doy mi brazo y durante largo rato paseamos por la falda de la montaña, pero el enigma es indudable que la tiene intranquila. ¿Se pronunciaron aquellas palabras…, sí o no?… ¿Sí o no?… Averiguarlo es cuestión de amor propio, de honor, de felicidad… Es una cuestión muy importante, ¡la más importante del mundo!… Y Nadeñka, impaciente y triste, fija en mi rostro una mirada penetrante, contesta de modo incoherente y espera a que yo empiece a hablar.

¡Oh, qué juego de expresiones en el amable rostro!… La veo luchar consigo misma…, quiere preguntarme algo y no encuentra las palabras… Está violenta, temerosa y la alegría le impide hablar…

—¿Sabe una cosa? —dice de pronto, sin mirarme.

—¿El qué? —pregunto yo.

—¡Que podríamos bajar otra vez!

Subimos por la escalera hasta la cima de la montaña; otra vez ayudo a la pálida y temblorosa Nadeñka a entrar en el trineo, otra vez nos precipitamos en el terrible precipicio, otra vez ruge el viento, otra vez zumban los patines y otra vez, en el momento en que el vuelo es más rápido y ruidoso, le digo a media voz:

—¡La amo, Nadeñka!

Cuando el trineo se detiene, Nadeñka recorre con la mirada la montaña por la que acabamos de deslizarnos; luego, durante largo rato, escudriña mi cara, atenta a mi voz, indiferente e impasible, y toda su figurita, desde su manguito hasta su *baschlik*[67], expresa el mayor asombro.

«¿Qué sucede entonces?… ¿Quién ha pronunciado aquellas palabras?… ¿Ha sido él o es que sólo le ha parecido oírlas?».

Tal incertidumbre la solivianta y la llena de impaciencia. La pobre chiquilla no contesta a las preguntas que le dirijo y está a punto de llorar.

—¿Y si no fuéramos a casa? —digo.

—Estos paseos me…, me gustan… —dice, enrojeciendo—. ¿Y si bajáramos otra vez?

¡Le gustan estos paseos!…, pero cuando se sienta en el trineo, como antes, palidece, tiembla y apenas puede respirar de miedo.

Por tercera vez emprendemos la bajada, y noto cómo observa mi rostro y está atenta a mis labios. Yo llevo a ellos un pañuelo, toso y tengo tiempo de decir, cuando alcanzamos el centro de la montaña:

—¡La amo, Nadia!

El enigma sigue siendo enigma. Nadeñka, a quien preocupa algún pensamiento, calla… La acompaño desde el *katok*[68] hasta su casa. Ella intenta retrasar el paso, esperando que le repita aquellas palabras. Veo cómo sufre su alma…, veo su esfuerzo para no exclamar:

«¡No es posible que las dijera el viento! ¡No quiero que las haya dicho!».

Al día siguiente por la mañana me entregan una esquela:

«Si piensa ir al *katok*, venga a buscarme.

N.».

Desde aquel día, Nadeñka y yo comenzamos a ir diariamente *al katok*, y siempre que bajamos en el trineo pronuncio a media voz las mismas palabras:

¡La amo, Nadia!

Pronto, del mismo modo que llega uno a habituarse al vino o a la morfina y no puede vivir sin ellos, se habitúa Nadeñka a aquella frase. Cierto que el volar montaña abajo sigue dándole mucho miedo; pero ahora ese miedo y ese peligro prestan un encanto especial a unas palabras de amor que continúan representando un enigma que le tortura el alma. Los sospechosos somos el viento y yo… ¿Cuál de los dos le declara su amor?… No lo sabe; pero, al parecer, le es indiferente no saberlo. Lo de menos es el recipiente en que bebemos; lo esencial es estar borracho.

Una vez, llegado el mediodía, fui solo al *katok*. Mezclado entre la gente vi a Nadeñka dirigirse a la montaña, buscándome con la vista. Luego la vi subir tímidamente por la escalera… ¡Le da mucho miedo balar sola!… ¡Oh, cuánto miedo tiene!… Está pálida como la nieve, tiembla, y su paso es el del que va al martirio, aunque avanza decidida, sin volver la cabeza. Ha resuelto probar…, averiguar si las asombrosas y dulces palabras se oyen también cuando yo no estoy. La veo cómo, pálida y con la boca abierta por el espanto, cerrando los ojos y despidiéndose de la tierra para siempre, se sienta en el trineo y se lanza monte abajo…

«¡Uuuuuu!», zumban los patines.

No sé si Nadeñka ha oído aquellas palabras… La veo solamente salir sin fuerzas del trineo…, débil, muy débil… Se lee en su cara que ella misma no sabe si ha oído algo o no. El miedo sufrido durante la bajada la ha privado de la capacidad de percibir, de distinguir los sonidos y de comprender.

Llega el mes de marzo, el mes de la primavera… El sol se hace más tierno, nuestra montaña de hielo se oscurece, pierde su brillo y, al fin, se derrite. Ya no paseamos por ella. ¡La infeliz Nadeñka no tiene ya dónde oír aquellas palabras ni habrá tampoco quien las pronuncie a su lado, porque el viento no sopla y yo voy a partir a Petersburgo para largo tiempo! ¡Quizá para siempre!

Un día…, dos antes de mi marcha…, hallábame sentado a la hora del crepúsculo en mi jardincillo, separado del patio de Nadeñka por una alta cerca salpicada de pequeños clavos. El tiempo es todavía bastante frío; hay nieve y los árboles están aún muertos, pero ya huele a primavera y los pájaros, al acostarse, lanzan agudos chillidos. Me aproximo a la cerca y, durante largo rato, miro por la rendija. Veo a Nadeñka salir al rellano de la escalera y fijar su mirada triste, llena de tedio, en el cielo. El viento primaveral sopla sobre su pálido y abatido rostro. Le recuerda este viento aquel que rugía sobre nosotros en la montaña, mientras escuchaba aquellas tres palabras… Su rostro se pone triste, triste, y por su mejilla se desliza una lágrima. La pobre chiquilla tiende ante sí las manos, como suplicando a aquel viento que le traiga otra vez aquellas palabras… Y yo, al unísono con el viento, digo a media voz:

—¡La amo, Nadia!

¡Dios mío!… ¡Lo que le ocurre a Nadia!… Deja oír una exclamación, sonríe radiante y tiende los brazos al viento…, alegre, feliz y ¡tan bonita!…

Me voy a hacer el equipaje…

¡Ha largo tiempo que sucedió todo esto! Ahora Nadeñka está casada y tiene tres hijos. Si la casaron o se casó por su propio gusto con el secretario de la institución Tutela de la Nobleza…, es igual. El tiempo aquel en que íbamos al *katok* y el viento hacía llegar hasta ella las palabras «¡La amo, Nadeñka!», no ha sido olvidado. Es el recuerdo más feliz, más conmovedor y maravilloso de su vida…

Pero yo, en mi madurez, no comprendo por qué decía aquellas palabras…, por qué bromeaba así…

BARULLO

CUANDO Mascheñka Pavletzkaia, jovencita recién salida del colegio, entraba, de regreso de un paseo, en casa de Kuschkin, en la que ocupaba el puesto de institutriz, encontró en ella un terrible barullo. El portero, Mijailo, que le abrió la puerta, estaba muy excitado y rojo como un cangrejo.

El ruido venia del piso de arriba.

«Con seguridad, al ama le ha dado un ataque —pensó Mascheñka— o ha regañado con su marido».

En el recibimiento y en el pasillo tropezó con las doncellas, una de las cuales lloraba. Luego Mascheñka vio salir corriendo de su habitación al propio amo, Nikolai Sergueich, hombre de mediana edad, corta estatura, rostro afilado y cabeza calva. Tenía el semblante muy encendido y se le veía preso de convulsiones nerviosas. Sin reparar en la institutriz, pasó ante ella alzando las manos y exclamando:

—¡Oh, qué terrible mujer! ¡Qué poco tacto!… ¡Qué estúpida! ¡Qué asco!…

Mascheñka entró en su habitación, experimentando por primera vez en su vida ese sentimiento tan conocido en su forma más aguda por los tímidos y los que dependen de los demás y por cuantos viven a expensas de los ricos o de los nobles. En su habitación había sido hecho un registro. La dueña de la casa, Fedosia Vasilievna, gorda y robusta dama, de espesas y negras cejas, mal peinada, torpe de movimientos, de ligero bigote, rojas manos y rostro y ademanes semejantes a los de una cocinera, estaba junto a la mesa, ocupada en volver a meter dentro de la bolsa de labor los ovillos de lana, retalitos, papeles, etc., que habían sido sacados de ella… La aparición de la institutriz le era sin duda inesperada, pues cuando al volver la cabeza percibió el pálido y asombrado rostro, azorándose balbució:

—Perdón… es que… Se han salido ellos solos… Los enganché con la manga…

Y tras añadir alguna cosa más, *madame* Kuschkina salió de la habitación haciendo ruido con la cola de su vestido. Mascheñka paseó su mirada, sorprendida, por la estancia, y sin comprender lo que pasaba ni saber qué pensar, se encogió de hombros, mientras el frío del miedo se apoderaba de ella… ¿Qué buscaba Fedosia Vasilievna dentro de su bolsa? ¿Si era verdad, como habla dicho, que habiéndose enganchado en ella la manga, la había dejado caer…, por qué entonces Nicolai Sergueich había abandonado la habitación, rojo el semblante y mostrándose tan excitado? ¿Por qué uno de los cajones de la mesa estaba a medio abrir y abierta la hucha en que la institutriz guardaba las monedas de diez *kopekas* y los sellos usados?… Quien la abrió no supo cerrarla y hasta arañó la cerradura. El estante de los libros, la tabla de la mesa y la cama…, todo presentaba señales de haber sido efectuado un registro. También la cesta de la ropa y la propia ropa, que, aunque doblada cuidadosamente, no se encontraba en el mismo orden en que Mascheñka la dejara al salir. Hubo, por tanto, un registro, un registro formal; pero ¿con qué fin?… ¿Para qué?… ¿Qué es lo que había ocurrido? Mascheñka recordó la agitación del portero, el barullo, que aún no se había aplacado, y a la doncella llorando. ¿Guardaría todo esto alguna relación con el registro recién efectuado en su cuarto?… ¿Se veía ella, acaso, mezclada en algún terrible asunto?… Y Mascheñka, palideciendo y fría de terror, se sentó sobre el cesto de la ropa.

La doncella entró en la habitación.

—Lisa…, ¿sabe usted por qué ha sido registrado este cuarto? —le preguntó la institutriz.

—A la señora le ha desaparecido un broche que vale dos mil rublos —dijo Lisa.

—Bien, pero ¿por qué tienen que registrarme a mí?

—Han registrado a todos, señorita. A mí también me han registrado. A todo el mundo hicieron desnudarse para registrarle. Yo, señorita…, ¡como ante Dios!… ¡No sólo no he tocado el broche, sino que ni siquiera me he acercado al tocador de la señora!… Eso mismo pienso decir a la Policía.

—Pero a mí, ¿por qué me registran? —seguía diciendo asombrada la institutriz.

—Ya le digo que robaron un broche… La señora lo va registrando todo con sus propias manos. ¡Hasta al portero Mijailo! ¡Una vergüenza!… Nicolai Sergueich se contenta con presenciarlo y con cacarear como una gallina. Pero ¿por qué tiembla usted así, señorita?… ¡En su habitación no han encontrado nada, y si no ha cogido usted el broche no tiene por qué tener miedo!

—Es que todo esto, Lisa, es ruin… y ofende —responde Mascheñka con el aliento entrecortado por la indignación—. ¡Es una bajeza y una canallada!… ¿Con qué derecho sospecha de mí y se atreve a revolver en mis cosas?

—Es que no vive usted en su casa, señorita, sino en casa de personas extrañas —suspiró Lisa—. Aunque usted, señorita…, en cierto modo…, es como si fuera una criada…, porque no es lo mismo estar aquí que vivir con su papaíto y con su mamaíta…

Mascheñka se tumba en la cama y llora amargamente. Nadie hasta ahora ha procedido con ella de modo semejante; nadie la ha ofendido tan profundamente como hoy… ¡Que sobre ella, señorita sensible y bien educada, hija de un profesor, recaiga la sospecha de un robo y sea registrado su cuarto como si fuera el de una mujer de la calle!… ¡Ofensa mayor no puede concebirse! Al sentimiento de la ofensa se une el del miedo. ¿Qué pasará ahora?… Su cabeza se llena de los pensamientos más inverosímiles. ¿Si ha podido resultar sospechosa de robo…, quién dice que no lleguen a detenerla, a desnudarla hasta de la última prenda, a registrarla, para después, acompañada de la Policía, ser llevada por las calles y encerrada en un oscuro y frío calabozo lleno de ratones y ciempiés, como aquel en que halló la muerte la princesa Tarakanova? ¿Quién podría defenderla? Sus padres viven lejos, en una provincia, y no disponen de medios para venir en su ayuda. Sin parientes ni conocimientos, se encuentra en la capital tan sola como en el campo más desierto. ¡Podrían hacer con ella cuanto quisieran!…

«Iré inmediatamente a ver a todos los jueces y a todos los abogados —pensó Mascheñka temblando—. Les explicaré lo que ocurre, juraré y me creerán cuando les diga que no soy una ladrona».

En la cesta, bajo las sábanas, recordó Mascheñka, estaban los dulces que, según una antigua costumbre de colegiala, se guardaba en el bolsillo al final de la comida para llevárselos a su habitación. La idea de que su pequeño secreto había sido descubierto por sus amos la llenaba de rubor y de vergüenza. Todas estas sensaciones, el miedo, la vergüenza y el sentimiento de la injuria, producían en su corazón tan fuerte palpitación que ésta le repercutía en las sienes, en las manos y hasta en el vientre.

—La comida está servida —vinieron a decir a Mascheñka.

«¿Qué hacer?…, ¡ir o quedarse!», pensó.

Después de poner en orden su peinado y de pasarse por la cara una toalla húmeda, se dirigió al comedor. Allí empezaban a comer… A un extremo de la mesa se sentaba Fedosia Vasilievna, con su aspecto imponente, rostro serio y

embotada expresión; al otro, Nikolai Sergueich; a los lados, los Invitados y los niños. Dos criados vestidos de frac y guante blanco servían la comida. Todos los presentes sabían que la casa pasaba por un momento de desconcierto y que la dueña de ella tenía un disgusto, por lo que guardaban silencio. Sólo se oía el ruido producido al masticar y el de las cucharas sobre los platos.

La señora fue la primera en hablar.

—¿Qué tenemos hoy para tercer plato? —preguntó al criado con una voz lánguida y dolorida.

—*Esturión a la russe* —contestó el criado.

—Lo encargué yo, Fenia —se apresuró a decir Nikolai Sergueich—. Tenía ganas de comer ese pescado; pero si no te gusta, *ma chère*, por mí que no lo sirvan. Lo encargué así…, sin reflexionar…

A Fedosia Vasilievna no le gustaba ningún plato que no hubiera sido encargado por ella, por lo que ahora sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Bueno, bueno…, no se excite usted —le dijo con voz dulce Mamikov, su médico de cabecera, tocándole la mano, con una sonrisa también dulce—. Ya está usted bastante nerviosa sin necesidad de esto. ¡Olvidemos el asunto del broche! La salud vale más de dos mil rublos.

—¡No siento los dos mil rublos —contesta el ama, mientras una lágrima resbala por su mejilla—; lo que me indigna es el hecho en sí! ¡No puedo sufrir la idea de tener ladrones en mi casa! No es que lo sienta…; sentir, no siento nada…; pero el hecho de robarme, ¡es de una ingratitud tan grande! ¡Pagar mis bondades con esa moneda!…

Todos miraban a sus platos; pero a Mascheñka se le figuró que, después de aquellas palabras del ama, todos la habían mirado a ella. Un nudo le apretaba la garganta y, de pronto, se echó a llorar, secándose la cara con el pañuelo.

—Perdón… —balbució—. No puedo estar aquí…, me duele la cabeza…; me voy.

Se levantó, haciendo ruido con la silla en su aturdimiento (lo que la azaró todavía más), y se marchó rápidamente.

—¡Vaya, por Dios! —dijo Nicolai Sergueich haciendo una mueca de disgusto—. ¿Qué necesidad había de registrar su habitación?… ¡Cosa más desagradable!…

—Yo no digo que haya sido ella la que se llevara el broche —dijo Fedosia Vasilievna—; pero ¿puedes, acaso, responder de alguien?… Confieso que los pobres eruditos no me inspiran mucha confianza.

—No es oportuno, Fenia… Perdona, Fenia; pero la ley no te da ningún derecho a hacer registros.

—No quiero saber nada de leyes…, lo único que sé es que el broche me ha desaparecido, y nada más. ¡Pero lo encontraré! —añadió dando un golpe en el plato con el tenedor, mientras un relámpago de ira brillaba en sus ojos —. ¡Siga usted comiendo y no se mezcle en mis asuntos!

Nikolai Sergueich bajó tímidamente la mirada y suspiró. Entre tanto, Mascheñka, al llegar a su habitación, se había arrojado sobre la cama. Ya no sentía miedo ni vergüenza; lo que la atormentaba era el vehemente deseo de ir a propinar unas cuantas bofetadas a esta seca, presuntuosa y feliz mujer.

Descansando sobre la almohada, soñaba en el placer que le produciría poder comprar el más caro de los broches para lanzárselo a la cara a aquella absurda criatura. ¡Oh, si Dios hubiera permitido que Fedosia Vasilievna perdiera todos sus bienes y quedara sumida en la pobreza para que comprendiera todo el horror de ésta y de la dependencia de los demás y para que la ahora ofendida Mascheñka le tendiera entonces una limosna!… ¡Oh, si le cayera en suerte una gran herencia y pudiera comprarse un coche de caballos para pasar en él ruidosamente bajo las ventanas de Fedosia Vasilievna, despertando su envidia! ¡Todo esto era, sin embargo, un sueño!… ¡Sólo un deseo podía realizarse: el de marcharse de allí lo más pronto posible!…, ¡no permanecer ni una hora más en aquella casa!… Volver a la de sus padres, que de todo carecían y perder su empleo, era ciertamente temible; pero ¿qué se le iba a hacer? Mascheñka no podía soportar por más tiempo a su ama, ni siquiera su pequeña habitación. Se ahogaba en ella y tenía miedo. Tan repugnante se le hacía Fedosia Vasilievna con su manía de enfermedades y su falso aristocratismo, que el mundo, con esta mujer en él, se le antojaba aún más brutal y desagradable. Y Mascheñka, abandonando la cama de un salto, se puso a recoger sus cosas.

—¿Se puede? —dijo en este momento, al otro lado de la puerta, Nicolai Sergueich.

Llegado allí sin ser oído, decía quedamente, en su blando tono de voz:

—¿Se puede?…

—Entre.

Entró y se detuvo junto a la puerta. En sus ojos había una mirada apagada y su pequeña y roja nariz relucía. A juzgar por su modo de andar y por el gesto de sus manos, débiles y sin vida, después de la comida había estado bebiendo cerveza.

—¿Qué significa esto? —preguntó señalando la cesta de Mascheñka.

—Estoy haciendo mi equipaje. Le ruego me disculpe, Nicolai Sergueich; pero no puedo quedarme en su casa ni un momento más. ¡Ese registro me ha ofendido mucho!

—Lo comprendo… Pero ¿por qué tomarlo tan a pecho?… ¡La han registrado…, bueno…! ¿Y qué? ¡Por eso no le va a pasar ni va a perder nada!

Mascheñka, en silencio, seguía haciendo el equipaje. Nicolai Sergueich, como pensando en qué más podía decir, se pellizcaba el bigote, diciendo al cabo, con voz persuasiva:

—¡Todo lo comprendo perfectamente, pero hay que tener indulgencia…! ¡Ya sabe usted que mi mujer es muy nerviosa…, muy desequilibrada!… ¡No se la puede juzgar con excesiva severidad!…

Mascheñka seguía callada.

—Si tan ofendida se siente —prosiguió Nicolai Sergueich—, estoy dispuesto a ofrecerle mis excusas. ¡Le ofrezco mis excusas!

Mascheñka, sin contestar, inclina más la cabeza sobre la maleta. Este hombre, bebedor, indeciso, no significaba absolutamente nada en la casa. Representaba el lamentable papel de la persona que, para todo el mundo, está de sobra, hasta para los criados, y, por tanto, sus disculpas no tenían ningún valor.

—¡Hem!… ¿No me contesta usted? ¿Le parece esto poco?… En tal caso, le pido perdón también en nombre de mi mujer. Obró sin tacto… Como noble que soy, lo reconozco…

Nicolai Sergueich dio unos cuantos pasos por la habitación, suspiró y siguió diciendo:

—¿Necesita usted entonces que me duela el propio corazón?…, ¿que la conciencia me martirice?…

—Ya sé que no es suya la culpa, Nicolai Sergueich —dijo Mascheñka. Y sus grandes ojos, enrojecidos por el llanto, le miraron fijamente a la cara—. ¿Por qué iba usted a martirizarse?

—Desde luego; pero…, de todos modos, usted… ¡no se marche! ¡Se lo ruego!

Mascheñka sacudió negativamente la cabeza. Nicolai Sergueich, deteniéndose ante la ventana, comenzó a dar golpecitos sobre el cristal.

—¡Estas malas inteligencias son un calvario para mí! —dijo—. ¿Quiere usted que me arrodille a sus pies?… Siente usted su orgullo ofendido, ha llorado y piensa marcharse; pero sepa que yo también tengo mi orgullo, del que usted no tiene piedad. ¿O quiere, acaso, que le diga una cosa que ni en

confesión hubiera dicho?… ¿Lo quiere así?… ¡Óigame entonces! ¿Quiere que le confiese algo que ni en el momento de la muerte confesaría?

Mascheñka continuaba callada.

—¡Yo soy el que ha cogido el broche de mi mujer! —dijo brevemente Nicolai Sergueich—. ¿Está, usted contenta ahora?… ¿Se siente satisfecha? ¡Fui yo, sí!… ¡Fui yo el que lo cogió!… Pero cuento con su discreción… ¡Por el amor de Dios, no le diga una palabra a nadie!… ¡No haga la menor alusión!…

Mascheñka, sorprendida y asustada, continuaba haciendo su maleta; cogía las prendas y, en desorden, sin temor de arrugarlas, las metía en la maleta y en la cesta. Ahora, después de la sincera confesión de Nicolai Sergueich, soportaba menos la idea de permanecer un minuto más en aquella casa, y no podía comprender cómo antes había podido vivir allí.

—No tiene por qué asombrarse… —prosiguió Nicolai Sergueich tras un corto silencio—. ¡La historia es vulgar! ¡Necesito dinero, y ella… no me lo da! Sin embargo, esta casa y cuanto contiene era propiedad de mi padre, Maria Andreevna. ¡Todo es mío!… ¡El broche, que era de mi madre, y todo lo demás…, me pertenece! Pero ella lo cogió todo…, se apoderó de todo. No puedo llevarla al Juzgado, ¿verdad?… ¡La ruego encarecidamente que me perdone y que se quede! ¡Por favor!… *Tout comprendre c'est tout pardonner*… ¿Se queda usted?…

—No —contestó decidida Mascheñka, que empezaba a temblar—. Le suplico que me deje.

—Bien…, ¡qué le vamos a hacer! —suspiró Nicolai Sergueich sentándose en una banquetita junto a la maleta—. Confieso que me agradan las personas que aún son capaces de ofenderse, de aborrecer…, etcétera… Me complacería quedarme aquí sentado contemplando su rostro indignado… Entonces…, ¿qué?… ¿No se queda usted? ¡Lo comprendo!… ¡Tiene que ser así!… ¡Otra cosa no podía ser!… ¡En usted esta decisión… es natural…; pero para mí… es horrible!… ¡No me es posible dar un paso siquiera fuera de esta mazmorra! ¡Con cuánto gusto me marcharía a alguna de nuestras haciendas…; pero allí también, en todas partes, están los secuaces canallescos de mi mujer!… ¡Administradores…, agrónomos!… ¡Que el diablo les lleve! ¡Todo se vuelve hipotecar y deshipotecar!… ¡Que si no se puede pescar!… ¡Que si no se puede pisar la hierba o cortar los arboles!…

—¡Nicolai Sergueich! —se oyó decir desde la sala a la voz de Fedosia Vasilievna—. ¡Agnia, llama al señor!

—Resueltamente, ¿no se queda usted? —preguntó Nicolai Sergueich, que se había levantado rápidamente y se dirigía a la puerta—: ¿O quizá… sí se queda?… ¿Eh?… Por las tardes hubiera podido venir a verla y charlaríamos…, ¿verdad?… ¡Quédese!… Si se marcha, ya no habrá en la casa ni un solo semblante humano… ¡Sería horrible!

El rostro pálido y embriagado de Nicolai Sergueich tenía una expresión suplicante; pero Mascheñka sacudió negativamente la cabeza y, mientras él hacía un gesto de resignación, se fue. Media hora después, Mascheñka estaba de viaje.

EL ESCRITOR

EN la habitación contigua a la tienda de coloniales propiedad del comerciante Erschakov y ante un alto pupitre, hallábase sentado el propio Erschakov, hombre joven, vestido a la última moda, pero de rostro marchito y aspecto general gastado. A juzgar por los rasgos de su escritura, tendida, llena de garabatos, y por el aromático olor de su cigarro, no vivía alejado de la civilización europea; pero cuando más exhalóse de él la cultura fue cuando un muchacho, que venía de la tienda inmediata, entró anunciando:

—Ahí está el escritor.

—¡Ah!… ¡Que pase!… ¡Dile también que se deje los chanclos en la tienda!

Un minuto después, en la habitación entraba, despacito, un viejo calvo y canoso, cubierto con un abrigo deshilachado, de color rojizo, con el rostro helado y encendido y esa expresión de debilidad e indecisión propia de las gentes habituadas a la constante, si no excesiva, bebida.

—¡Hola…, muy buenas! —dijo Erschakov al recién llegado, sin volver la cabeza—. ¿Qué hay de bueno, señor Heinim?

Erschakov solía confundir las palabras *genio* y *Heine*, que al mezclarse componían una sola, *Heinim*, con la que acostumbraba a designar al viejo.

—Traigo el encargo. Ya está —contestó Henim.

—¿Tan pronto?

—¡En tres días, Sajar Semionich, se puede componer, no diré ya un anuncio, sino una novela entera! ¡Para el anuncio basta una hora!

—¿Una hora nada más?… Y ¿por qué me vienes luego con exigencias, como si se tratara del trabajo de un año?… Bueno…, ¡enseña lo que has ideado!

Heinim extrajo de su bolsillo unos cuantos papeles arrugados, escritos a lápiz, y se acercó al pupitre.

—Esto no es todavía más que el borrador… Unas cuantas ideas generales… —dijo—. Se lo leeré…, y trate usted de comprender… Si encuentra alguna falta, haga el favor de señalármela… ¡Es fácil confundirse,

Sajar Semionich!… No sé si me creerá, pero tuve que redactar para tres tiendas al mismo tiempo. ¡Un trabajo así daría vértigos al propio Shakespeare!…

Heinim se puso los lentes, alzó las cejas y empezó a leer con una voz impregnada de tristeza, como si estuviera declamando:

—«Temporada de mil ochocientos ochenta y cinco-ochenta y seis… S. S. Erschakov. Suministrador de todas las variedades de té chino para todas las ciudades de la Rusia, europea y asiática, y del extranjero. Casa fundada en el año mil ochocientos cuatro…». Este preámbulo, ¿comprende?…, irá ornamentado y rodeado de escudos heráldicos. En una ocasión en que hice un anuncio para un comerciante, utilice los escudos de las distintas ciudades. También podía usted hacer eso… Para usted, Sajar Semionich, he ideado el siguiente motivo de ornamentación: Un león con una lira entre los dientes… Y ahora sigamos adelante… Primero, dos palabras a nuestros compradores: «Muy señores míos: Ni los acontecimientos políticos de los últimos tiempos, ni la fría indiferencia que va penetrando día por día entre las capas de nuestra sociedad, ni el descenso de nivel del Volga, al que recientemente aludía la mejor parte de nuestra Prensa, ¡nada ha logrado conturbarnos! Los largos años de existencia de nuestra firma y las simpatías que en ese tiempo nos fue dado adquirir, nos capacitan para mantenernos firmes en nuestro terreno, sin hacer sufrir alteración ni al sistema adoptado en nuestras relaciones comerciales con los propietarios de las plantaciones de té, ni a la esmerada ejecución de nuestros encargos. Nuestro lema es de todos sobradamente conocido. Se reduce a pocas, pero muy significativas palabras: ¡Honradez comercial, baratura y rapidez!».

—¡Bien! ¡Muy bien! —le interrumpió Erschakov, revolviéndose en la silla—. ¡No esperaba que compusierais así!… ¡Hábil! ¡Muy hábil!… Sólo que…, querido amigo…, hay que deslizar algo en forma un poco… oscura… Anunciamos, por ejemplo, que la casa acaba de recibir una partida de tés frescos de la cosecha de primavera de mil ochocientos ochenta y cinco…, ¿no es así?… Pues bien, es menester decir (al mismo tiempo, que acabamos de recibirlos), que llevan ya tres años en nuestros depósitos… Y también, que llegaron de China la semana pasada…

—Comprendo. El público no se dará cuenta de la contradicción. Al principio del anuncio diremos que el té acaba de recibirse, y al final, podemos decir así: «Disponiendo de grandes existencias de té adquirido mediante el pago de la antigua tarifa de aduanas, nos vemos posibilitados para venderlo a los mismos precios establecidos en años anteriores…, etcétera…, etcétera…».

Bien… Entonces, en la hoja siguiente, puede venir la lista de precios. Aquí también pondremos escudos y adornos. Debajo, en letra grande, vendrá escrito: «Lista de precios de los tés *fuchanski*, *kaijtinski* y *baijovi*. Aromáticos, escogidos, procedentes de la primera cosecha primaveral y de recién adquiridas plantaciones». Bien… ¡Sigamos! «Llamamos la atención de los verdaderos aficionados sobre los tes *liansinski*, de entre los cuales el que goza de mayor reputación es el *Emblema de China* o *envidia de los competidores* (tres rublos y cincuenta *kop*). De los tés rosanisti recomendamos especialmente el *bogdijanskia rosa* (dos rublos) y el *Ojos de la China* (un rublo y ochenta *kop*)». Bajo los precios, vendrán detalles sobre el peso y modo de envío del té. También sobre los descuentos y los premios… Sigo: «La mayoría de nuestros competidores, deseosos de atraerse nuestra clientela, instituyen premios. Nosotros protestamos contra tan abominable proceder y ofrecemos a nuestros compradores, no en forma de premio, sino completamente gratis, cuantos señuelos ofrecen nuestros competidores a sus víctimas. Por tanto, todo comprador cuya compra exceda de cincuenta rublos podrá elegir gratuitamente entre uno de los cinco objetos siguientes: Una tetera de metal plateado, cien tarjetas de visita, un plano de la ciudad de Moscú, un frasco de té representando una china desnuda y el libro, obra de Igrivii Veselchak, titulado *El novio se asombra, o la novia bajo el barreño*».

Terminada la lectura y después de hechas unas cuantas correcciones, entregó el trabajo a Erschakov. A esto siguió un silencio. Ambos se sentían moralmente un poco incómodos, como culpables de alguna ruindad.

—¿Manda usted que me paguen ahora o después? —preguntó Heinim indeciso.

—Cuando usted guste… Ahora mismo, si quiere… —contestó Erschakov, en tono despectivo—. Vaya a la tienda y cójase lo que le parezca por valor de cinco rublos, cincuenta *kopekas*.

—Preferiría cobrar en dinero, Sajar Semionieh.

—No acostumbro a pagar en dinero. Pago a todo el mundo con té…, con azúcar… Lo mismo a usted que a los cantores de la iglesia en que soy *satarosta* y a los *dvorniks*. Así son menos las borracheras.

—Pero ¿es que va uno a compararse con un cantor o un *dvornik*?… ¡Mi trabajo es de orden intelectual!

—Pues ¡sí que es un trabajo! ¡Valiente trabajo!… ¡Sentarse, escribir, y se acabó! ¡La escritura no se la come uno ni se la bebe!… ¡No es de ninguna importancia! ¡Ni un rublo merece!

—¡Hem!… ¡Qué opinión tan particular tiene usted de la escritura! —se ofendió Heinim—. ¡Que no se la come uno ni se la bebe!… ¿Y lo que sufre el alma cuando escribe esos anuncios? ¿No lo comprende?… ¡Uno escribe…, escribe…, y, mientras lo hace, siente que está engañando a toda Rusia!

—Me aburres, amigo. ¡No está bien eso de molestar tanto!…

—¡Bueno!…, ¡me llevaré azúcar! Sus mismos muchachos me la tomarán otra vez a ocho *kopekas* la libra. Perderé en la operación cuarenta *kopekas*, pero ¡qué le vamos a hacer!… ¡Que le vaya bien!

Heinim se volvió hacia la puerta, pero luego se detuvo ante ella, suspiró y dijo sombríamente:

—¡Engañando a Rusia! ¡Engañando a la patria por un pedazo de pan!…

Y se fue. Erschakov se puso a fumar un pequeño puro, y el olor a cultura se hizo aún más penetrante en la habitación.

EL BILLETE DE LOTERÍA

IVÁN Dimitrich, hombre de la clase media, cuyos gastos familiares y caseros representaban un total de doscientos rublos al año, vivía plenamente satisfecho de su destino.

Un día, después de cenar, hallábase sentado en un diván y leía el periódico.

—Se me ha olvidado mirar el periódico hoy —dijo su mujer, ocupada en aquel momento en quitar la mesa—. Mira a ver si trae la lista de la lotería.

—Sí —dijo Iván Dimitrich—; pero ¿no habías acabado quedándote sin el billete, que empeñaste?

—No. Este martes último pagué los intereses.

—¿Qué número era?

—Debía de ser el nueve mil cuatrocientos noventa y nueve, y el número del billete el veintiséis.

—Bien… Veamos… Nueve mil cuatrocientos noventa y nueve y veintiséis…

Iván Dimitrich no creía en la suerte de la lotería, y en cualquier otro momento por nada del mundo hubiera mirado la lista; pero como entonces no tenía nada que hacer y el periódico estaba ante sus ojos, recorrió con su dedo, de arriba abajo, la numeración de las series. He aquí, sin embargo, que en ese preciso instante, como una burla a su incredulidad, y no más lejos que en la segunda línea de arriba, apareció ante su vista la cifra ¡9499!… Sin consultar el número del billete ni asegurarse de que no era posible una confusión, dejo caer rápidamente el periódico sobre las rodillas mientras su estómago sentía un cosquilleo, una grata sensación de frío, como si le hubieran arrojado agua a la barriga. Tenía miedo, a la vez que le invadía un sentimiento de beatitud.

—¡Mascha!… El nueve mil cuatrocientos noventa y nueve está aquí —dijo con voz cambiada.

La mujer miró el rostro sorprendido y asustado de su marido y comprendió que no bromeaba.

—¿El nueve mil cuatrocientos noventa y nueve?… —preguntó palideciendo y dejando caer sobre la mesa el mantel, que acababa de doblar.

—Sí, sí… ¡En serio que está aquí!

—¿Y el número del billete?

—¡Ah, es verdad! Todavía hay que mirar el número del billete. Pero espera… De todas maneras, el número corresponde a nuestra serie…, ¿comprendes? ¿Qué te parece?

E Iván Dimitrich miraba a su mujer y sonreía con la sonrisa amplia y embobada del niño a quien se muestra un objeto que reluce. La mujer sonreía también, complaciéndole que no hubiera nombrado más que la serie y no se hubiera apresurado a conocer el número del billete premiado. ¡Es tan dulce y a la vez tan temible el jugar con la esperanza de ser el posible favorecido de la suerte!

—La serie es la nuestra —dijo iván Dimitrich tras un largo silencio—, lo cual significa una posibilidad de haber ganado. Es solamente una posibilidad…, pero no cabe duda de que la posibilidad existe.

—Bueno…, mira ahora la lista.

—Espera, que ya tendremos tiempo de desilusionarnos. Como esta serle es la de la segunda línea de arriba, quiere decirse que el premio serían setenta y cinco mil rublos.

—¡Un capital!

—¿Y si miro ahora la lista y veo el veintiséis?

—¿Eh?… ¿Y si en efecto hubiéramos ganado?

Los cónyuges se echaron a reír, y durante largo rato se miraron mutuamente en silencio. Aquella posible suerte los aturdía de tal modo, que no soñaban siquiera en decir para qué necesitarían aquellos 75 000 rublos, qué comprarían ni adónde irían. Con la imaginación fija solamente en las cifras 9499 y 75 000, no pensaban en la suerte que éstas podían depararles.

Iván Dimitrich dio unas cuantas vueltas por la habitación y sólo cuando se hubo repuesto de la primera impresión empezó a soñar.

—¿Y si hubiéramos ganado efectivamente? —dijo—. ¡Eso significaría una nueva vida!…, ¡una revolución! El billete es tuyo, desde luego; pero si fuera mío, yo, lo primero de todo, compraría algún inmueble por valor de unos veinticinco mil rublos… Por ejemplo, una finca… Emplearía otros diez mil en gastos del momento…; nuevo mobiliario…, viajes…, pago de deudas, etcétera…, y los cuarenta mil restantes los metería en el Banco e iría cobrando los intereses…

—Lo de la finca no estaría mal —dijo la mujer sentándose en la butaca y apoyando los codos en las rodillas.

—Por algún sitio de la región de Tula o de Orlov… En primer lugar, no necesitaríamos ya tomar casa en el campo, y, en segundo, reportaría un beneficio.

Por su imaginación desfilan una serie de cuadros a cual más atrayentes y poéticos, y en todos ellos se veía a sí mismo satisfecho, tranquilo, saludable… Hele aquí al borde del río, tumbado tripa arriba (después de haberse comido un plato de *acroschka*[69] fría como el hielo), o en el jardín, bajo los tilos… Hace calor… Sus hijos, un niño y una niña, juegan con la arena a su lado; él dormita plácidamente y todo su cuerpo experimenta la satisfacción de no ir al trabajo ni hoy, ni mañana, ni pasado. Cuando se ha cansado ya de permanecer echado, se dirige al campo, donde se siega la hierba, o se va al bosque a buscar setas o a mirar cómo pescan los *mujiks*. Más tarde, cuando el sol se pone, coge la sábana de baño, el jabón y se marcha al río a bañarse. Se quita las ropas sin apresurarse, pasa durante largo rato las palmas de sus manos por su pecho desnudo y después se mete en el agua, en la que por aquí y por allá, junto a los círculos formados por el jabón, nadan pececillos y se agitan verdes hierbas. Tras el baño, el té con crema de leche y bollos…; luego, el paseo o alguna partida de naipes en casa de un vecino.

—¡Qué bueno sería eso de poder comprarse una finca! —dice la mujer, que también soñaba y cuyo rostro revelaba lo encantada que estaba con sus pensamientos.

Por la imaginación de Iván Dimitrich pasó el otoño con sus lluvias, sus tardes frías y su veranillo de San Miguel. Durante ese tiempo conviene pasear mucho por el jardín, por la huerta o por la orilla del río, para que el frío le penetre a uno bien y luego poderse tomar una copa grande de vodka, con una seta salada o un pepino como acompañamiento, y después otra copa. Los niños corretean por la huerta arrancando zanahorias y nabos, que huelen a tierra fresca… Tras esto se tumba uno sobre el diván y, sin prisas, se pone uno a mirar algún periódico ilustrado; después se tapa uno la cara con él y, desabrochándose el chaleco, se entrega a una dulce somnolencia. El tiempo que sigue al veranillo de San Miguel es gris y poco acogedor; lo mismo llueve de día que de noche; los desnudos árboles lloran, y el viento es húmedo y frío; los perros, los caballos y las gallinas están todos mojados, macilentos y tímidos. No se puede pasear por ningún sitio ni salir de casa, y tiene uno que pasarse el día entero dando vueltas por la habitación y mirando tristemente a las oscurecidas ventanas. ¡Qué aburrimiento!

Iván Dimitrich se detuvo en medio de sus ensueños y miró a su mujer.

—¿Sabes, Mascha?… —dijo—. Me iría al extranjero.

Y se puso a pensar en lo bueno que sería eso de marcharse en otoño al extranjero… A algún lugar del sur de Francia, o a Italia o a la India…

—Yo también, desde luego, me iría al extranjero —dijo la mujer—. Pero ¡mira de una vez el número del billete!

—Espera… Espera un poco… —contestó Iván Dimitrich.

Mientras paseaba por la habitación continuaba pensando. La idea de que su mujer iría en efecto al extranjero le pasó por la cabeza. ¡Lo agradable es viajar solo o en compañía de esas mujeres ligeras que viven del momento presente, y no con estas otras, que se pasan el viaje razonando y no hablando más que de los niños, que suspiran, se asustan y tiemblan por cada *kopeka* que se gastan! E Iván Dimitrich, en su imaginación, ve a su mujer en el coche de ferrocarril rodeada de bultos, cestas, paquetes; suspirando por alguna cosa y lamentándose de que el viaje le da dolor de cabeza y de que se ha gastado mucho dinero. A cada momento hay que ir a buscar agua hirviendo para el té, o bocadillos, o agua… En el vagón restaurante no quiere comer porque es demasiado caro…

«Seguro que me llevaría la cuenta de cada *kopeka* que gastara —pensó Iván Dimitrich mirando a su mujer—. ¡El billete es suyo, no mío! ¿Y para qué tiene ella que ir al extranjero? ¿Qué se le ha perdido allí? Se quedará todo el tiempo metida en la habitación del hotel y no me dejará dar ni un paso solo… ¡La conozco bien!».

Y por primera vez en su vida reparó en que su mujer había envejecido y se había afeado, en que olía a cocina, mientras que él estaba todavía joven, saludable, fresco; como para casarse de nuevo.

«Estas son tonterías…, claro está… —pensó—; pero ¿qué necesidad tiene de ir al extranjero? ¿Qué va a aprender allí?… Y estoy seguro de que iría… A decir verdad, para ella lo mismo es Nápoles que Klin[70]… Lo único que haría sería molestarme. Yo tendría que estar todo el tiempo pendiente de ella. Supongo que tan pronto como cobrara el dinero, se lo guardaría bajo siete llaves… Se lo guardaría para que yo no se lo cogiera. Ayudaría seguramente a sus parientes, mientras que a mí me llevaría la cuenta de cada *kopeka* que gastara».

E Iván Dimitrich trajo a su memoria a aquellos parientes. Dichos parientes, hermanitos, hermanitas, tías, tíos, etc., al enterarse de la noticia, se arrastrarían por los suelos y empezarían a repartir saludos, dulces sonrisas e hipocresías… ¡Oh, qué gente más repugnante y lastimosa! Si se les diera…,

pedirían más, y si se les rehusara lo que piden, se pondrían a chismorrear y a desearles toda clase de desgracias.

Iván Dimitrich recordó también sus propios parientes, y sus rostros, contemplados antes con indiferencia, se le antojan ahora repulsivos y aborrecibles.

«Son unos bichos», pensó.

El rastro de su mujer empezaba también a parecerle repulsivo y aborrecible; su alma bullía de encono hacia ella y pensaba, movido por la malicia:

«¡Porque no entiende nada de dinero es por lo que es tan avariciosa! Si ganara, me daría solamente cien rublos, y el resto se lo guardaría bajo llave».

Ahora no miraba ya a su mujer con una sonrisa, sino con malignidad y aborrecimiento. Ella, a su vez, bajo el influjo de idénticos sentimientos, le miraba también. Llena de sueños color de rosa, de planes, de cálculos, comprendía perfectamente con qué estaba soñando su marido y sabía quién había de ser el primero en tender la zarpa hacia su dinero.

«¡Claro que es muy agradable soñar a costa ajena! —decía su mirada—. Pero no…, ¡no te atreverás!».

El marido, comprendiendo su mirada y su odio, respiró hondamente, y deseoso de mortificar a su mujer, lanzó una rápida ojeada por la cuarta plana del periódico, diciendo después con acento de triunfo:

—Serie nueve mil cuatrocientas noventa y nueve. Billete número ¡cuarenta y seis!…, ¡no veintiséis!…

Esperanza y odio se esfumaron de un golpe, y en el acto a Iván Dimitrich y a su mujer les parecieron sus habitaciones pequeñas, oscuras, bajas de techo… Se les figuró que la cena recién injerida no podía alimentarlos, sino solamente hacer daño a su estómago…, que las tardes eran largas y aburridas…

—¡Qué diablos! —dijo Iván Dimitrich en tono enfurruñado—, ¡vayas por donde vayas, siempre tienes papeles, migas y cáscaras debajo de los pies! ¡Estos cuartos no se barren nunca! ¡Tendré que marcharme de casa…!, ¡diablos! ¡Me marcharé y me ahorcaré en el primer árbol que encuentre!

MENDIGO

¡SEÑOR! ¡Tenga la bondad!… ¡Haga una caridad a un pobre hombre desgraciado y hambriento!… ¡Llevo ya tres días sin comer nada!… ¡Ni siquiera tengo cinco *kopekas* para pasar la noche en alguna parte! ¡Se lo juro!… He sido maestro de escuela durante ocho años en una aldea, pero empezaron a intrigar contra mí y me hicieron perder el puesto. ¡Fui víctima de una denuncia, y hace ya un año que estoy sin trabajo!

El letrado Skvorzov fijó la mirada en el abrigo pardo y desgarrado del solicitante, en sus turbios ojos de borracho, en las rojas chapetas sobre sus pómulos, y le pareció que antes, en alguna parte, había visto a este hombre.

—Me ofrecen un empleo en la región de Kaluga —prosiguió el solicitante —; pero no dispongo de medios para hacer el viaje. ¡Ayúdeme, por favor! ¡Hágame esa merced! Me da vergüenza pedir, pero la necesidad me obliga…

Skvorzov miró los chanclos del solicitante y, de repente, al ver que uno de ellos no era chanclo, sino una bota, recordó:

—¡Oiga! —dijo—. Me parece que hace cosa de tres días me encontré con usted en la calle Sadovaia, pero entonces no me dijo usted que era maestro, sino estudiante de Universidad, y que había sido expulsado. ¿Se acuerda?

—No… No puede ser… —balbució el solicitante, azarándose—. Soy maestro de aldea, y si quiere puedo enseñarle mis papeles…

—¡Basta de mentiras! ¡Usted me dijo que era estudiante, y hasta me contó por qué le habían expulsado! ¿No se acuerda?

Y Skvorzov, enrojeciendo y con expresión de repugnancia, se apartó del harapiento.

—¡Es una acción villana, señor mío! —añadió después, elevando la voz —. ¡Una pillería!… ¡Daré orden de que le busque la Policía! ¡Diablos! ¡Ser pobre y tener hambre no le da derecho a mentir con esa desvergüenza y esa frescura!

El andrajoso puso su mano sobre el picaporte de la puerta de salida y paseó su mirada acosada, de ladrón cogido en la ratonera, por el recibimiento.

—No…, no miento —masculló—. Puedo enseñarle mi documentación…

—¿Y quién iba a creerle? —continuó diciendo, indignado, Skvorzov—. ¡Explotar la simpatía hacia los maestros y los estudiantes es una acción miserable, baja y rastrera!… ¡Abominable!

Y Skvorzov, a quien parecían haber dado cuerda, riñó sin compasión al solicitante. Aquel harapiento, con su desvergonzada mentira, había despertado en él un sentimiento de repugnancia; ofendido virtudes que por sí mismas tanto amaba y respetaba: la bondad, la sensibilidad de corazón y la piedad para con los desdichados. Con su atentado a la caridad, aquel *tipo* había manchado la limosna que con tanta complacencia de su alma gustaba de dar a los pobres. El harapiento primeramente se defendió, juró que diría la verdad, pero luego acabó callándose y bajó avergonzado la cabeza.

—Señor… —dijo, poniendo una mano sobre su corazón—. ¡He mentido, en efecto!… No soy estudiante…, ni maestro. Todo ha sido una invención. Cantaba en un coro, de donde me echaron por mis borracheras… ¿Pero ahora qué voy a hacer? ¡Crea que si no mintiera no podría vivir! Cuando digo la verdad no me da nadie. ¡Con la verdad se muere uno de hambre y de frío! Razona usted muy bien…, muy justamente, y yo le comprendo, pero… ¿qué voy a hacer?

—¿Cómo que qué va usted a hacer?… ¿Pregunta usted qué es lo que tiene que hacer? —gritó Skvorzov, acercándosele—. ¡Trabajar! ¡Eso es lo que tiene usted que hacer! ¡Tiene que trabajar!

—Trabajar, sí… Ya comprendo que hay que trabajar… ¿Pero dónde puedo encontrar trabajo?

—¡Tonterías!… ¡Es usted sano, joven, fuerte y siempre podrá encontrar trabajo si tiene ganas de encontrarlo…, pero lo que es usted es un vago, un consentido y un borracho! ¡Despide usted el mismo olor a vodka que una taberna! ¡Y además se ha acostumbrado tanto a mentir, se ha rebajado de tal modo que ya no sirve usted más que para pedir y para mentir! ¡Si alguna vez se hubiera usted dignado inclinarse hacia el trabajo, aspiraría a un trabajo de oficina, no a actuar en un coro ruso, que es tanto como cobrar por no hacer nada!… ¿Por qué no se ocupa usted entonces en algún trabajo corporal?… ¡Claro!… ¡Trabajar usted como guarda… o de obrero en una fábrica!… ¡Es usted un hombre de muchas pretensiones para eso!…

—A fe mía que me habla usted de un modo extraño —dijo el solicitante, sonriendo amargamente—. ¿Dónde iba a encontrar ese trabajo *corporal*?… Ya no tengo edad para trabajar como dependiente, porque en el comercio hay que entrar siendo muy pequeño… De guarda no me toMaria nadie, porque no

se me puede tutear…, y una fábrica tampoco me admitiría, puesto que hay que saber algún oficio y yo no sé ninguno.

—¡Tonterías!… ¡Excusas siempre sabría usted encontrar!… Vamos a ver: ¿le gustaría a usted cortar leña?

—No me negaría a ello…, pero hoy día los leñadores de oficio están sin trabajo.

—¡Así es como razonan todos los vagos! ¡Si alguien le ofreciera cualquier trabajo, seguro que usted lo rehusaría!… ¿Quiere usted cortar leña en mi casa?

—Sí que quiero.

—Muy bien…, pues vamos a ver. ¡Magnífico! ¡Ahora lo vamos a ver!

Y Skvorzov, no sin malicia y frotándose las manos, se apresuró a llamar a la cocinera.

—Mire, Olga —le dijo—: lleve a este señor al cobertizo y déjele que corte leña.

El harapiento mendigo se encogió de hombros y, algo perplejo e indeciso, siguió a la cocinera. Su paso revelaba que si accedía a cortar aquella leña no era porque tuviera hambre y quisiera ganar dinero, sino sencillamente por el amor propio y vergüenza de la persona a quien han cogido la palabra. Veíase también que el abuso del vodka le había debilitado mucho, que estaba enfermo y no tenía gana de trabajar.

Skvorzov se apresuró a volver al comedor, donde desde las ventanas que daban al patio podía divisarse el cobertizo y cuanto ocurriera en el patio. Así, pues, sentado junto a la ventana, Skvorzov pudo ver a la cocinera y al facineroso salir de la puerta de la escalera interior al patio y dirigirse, andando sobre la sucia nieve, al cobertizo. Olga miraba con enojo a su acompañante, luego abrió de un codazo la puerta del cobertizo y la cerró, enfadada, de un golpe.

«Con seguridad la mujer se estaba bebiendo su café y la hemos molestado… ¡Qué criatura más atravesada!».

Después vio al seudomaestro y al seudoestudiante sentarse, apoyar las rojas mejillas en las palmas de las manos y quedar pensativo. La mujer le tiró a los pies un hacha, escupió con visible enojo y, a juzgar por el movimiento de sus labios, se puso a regañarle. El mendigo, irresoluto, agarró un leño, se lo introdujo entre los pies y le asestó un tímido hachazo. El leño se tambaleó y cayó al suelo. El harapiento volvió a cogerlo, sopló sobre sus manos heladas y dio un nuevo hachazo, pero con tanta precaución que diríase tenía miedo a pegarse sobre el chanclo o a cortarse los dedos. La leña cayó otra vez.

La irritación de Skvorzov se había ya desvanecido, y ahora sentía un poco de vergüenza por haber obligado a realizar, para el propio provecho y bajo el frío, este trabajo a un hombre caprichoso, borracho y hasta puede que enfermo.

—No importa…, no le pasará nada —pensaba cuando se dirigía del comedor a su despacho—. Lo hago por su bien.

Una hora después vino Olga a comunicarle que la leña estaba ya cortada.

—Dale cincuenta *kopekas* —dijo Skvorzov—, y si quiere puede venir a cortar leña el día primero de cada mes… ¡Trabajo se encuentra siempre!…

El día primero el harapiento individuo se presentó otra vez ahí, y otra vez se ganó las cincuenta *kopekas* a pesar de que los pies apenas le sostenían. A partir de aquel momento, se presentaba a menudo en el patio, donde no le faltaba trabajo; bien limpiar el suelo de nieve, arreglar el cobertizo o quitar el polvo a las alfombras y colchones. Por cada uno de estos trabajos le pagaban unas veinte o cuarenta *kopekas*, y en una ocasión hasta le fueron regalados unos pantalones viejos. Cuando se trasladó a otro piso, Skvorzov le empleó en ayudar a embalar y a transportar muebles. Aquel día el harapiento no iba borracho, pero sí taciturno y callado. Con la cabeza baja y sin poner apenas la mano en los muebles, se esforzaba en aparentar actividad, pero se estremecía de frío y se azaraba cuando los cocheros se reían de su vagancia, de sus pocas fuerzas y de su maltrecho abrigo de noche. Terminada la mudanza, Skvorzov le llamó y le dijo:

—Veo que mis palabras tuvieron efecto sobre usted. Tome, por su trabajo —le dio un rublo—. ¿Cómo se llama usted?

—Luschkov,

—Pues mire, Luschkov… Puedo ofrecerle otro trabajo más grato. ¿Sabe usted escribir correctamente?

—Sí sé.

—Bien, pues entonces vaya mañana con esta carta a ver a un amigo mío que le empleará como copista. Trabaje, no se emborrache y recuerde todo lo que le he dicho. ¡Adiós!

Y Skvorzov, contento de haber podido mostrar a un hombre el buen camino, dio unas cuantas palmaditas cariñosas en el hombro de Luschkov y se despidió de él tendiéndole la mano. Luschkov cogió la carta, se marchó y no volvió más a trabajar en el patio.

Dos años transcurrieron, y una vez Skvorzov, cuando pagaba su localidad ante la taquilla de un teatro, vio junto a él a un hombrecito cubierto con un abrigo con cuello de astracán y tocado con un gorro de nutria usado. El

hombrecito solicitó tímidamente una entrada de paraíso que pagó con algunas monedas de cobre de cinco *kopekas*.

—¡Luschkov!… ¿Es posible que sea usted? —preguntó Skvorzov reconociendo en el hombrecito a su antiguo cortador de leña—. ¿Qué tal se encuentra? ¿Qué hace usted ahora? ¿Se defiende bien?

—Bastante bien… Trabajo en casa de un notario y gano treinta y cinco rublos.

—¡Gracias a Dios! ¡Magnifico! ¡Me alegro mucho…, mucho, por usted…, amigo Luschkov! ¡En cierto modo es usted mi ahijado!… ¡Yo fui quien le señaló el camino recto! ¿Se acuerda de cómo le regañaba?… ¿Eh?… ¡Por poco se le lleva entonces la tierra…, pero gracias, amigo, a que no se olvidó de mis palabras!

—Yo también le doy las gracias —dijo Luschkov—. Si no hubiera ido nunca a su casa quizá seguiría diciendo todavía que era maestro o estudiante… Sí, en su casa fue donde me salvé…, desde donde pude escapar del pozo…

—¡Estoy muy contento!… —dijo Skvorzov.

—Le agradezco las buenas palabras y el proceder que tuvo conmigo. Solía usted hablar magníficamente. Estoy muy agradecido tanto a usted como a su cocinera. ¡Que Dios conserve la salud a esa buena mujer! ¡Hablaba usted entonces con una elocuencia!… ¡Hasta el fin de mis días le estaré agradecido!… Pero…, a decir verdad…, la que me salvó fue su cocinera Olga…

—¿Que le salvó?… ¿Cómo?

—De este modo. Cuando iba a casa de usted a cortar leña…, se ponía a decirme: «¡Eres un borracho! ¡Un hombre perdido! ¡No hay salvación para ti!…». Luego se sentaba frente a mí, me miraba muy triste a la cara y empezaba a llorar: «¡Desgraciado! ¡No tienes alegría en este mundo ni la tendrás en el otro! ¡Como eres un borracho arderás en el infierno! ¡Pobre de ti!…». Y así todo por el estilo… ¡Cuánto le queMaria yo la sangre y cuántas lágrimas vertería por mí…, no puedo ni siquiera decirle! Pero lo importante es… ¡que era ella la que cortaba la leña!… ¡Tengo que confesarle, señor, que yo no corté jamás ni un solo leño! ¡Todo lo hacía ella! ¿Por qué me salvó?… Porque, contemplándola, se verificó en mí ese cambio y cesé de beber…, no puedo explicárselo. Sólo sé que el cambio lo efectuaron sus palabras y nobles hechos…, que ella me ayudó en aquel trabajo y que yo nunca lo olvidaré… Pero me parece que ya es hora de la función: ya ha sonado el timbre.

Y Luschkov, tras un saludo, se dirigió a las localidades de paraíso.

EL TRIUNFO DEL VENCEDOR

RELATO DE UN REGISTRADOR COLEGIADO EN RETIRO

EL viernes de Carnaval fueron todos a comer *blini* a casa de Aleksei Ivanich Kosulin… ¡Usted no sabe quién es Kosulin!… ¡Puede que para usted sea una nulidad… un cero!… Pero para nosotros, que no nos andamos por las nubes, ¡Kosulin es un ser grande…, todo poder y sabiduría!…

Se reunían en su casa cuantos componían su pedestal. Yo iba también con mi padre. Me sería imposible, señor mío, describirle lo suculentos que eran los *blini*…, gordos, rosados, esponjosos… Cogías uno, lo mojabas en mantequilla caliente y te lo llevabas a la boca y sabe el diablo cómo se te venía otro solo detrás… Para ornamentación y acompañamiento había crema agria, caviar, salmón y queso rallado… ¡Pues y de vinos y de vodkas!… ¡Todo un mar!… Después de los *blini* tomamos sopa de pescado y perdices en salsa. ¡Nos atiborramos, de tal manera, que papá tuvo que desabrocharse a escondidas los botoncitos que le caían sobre el vientre y taparse con la servilleta para que nadie reparara en su liberalismo…! Aleksei Ivanich, como era el jefe y se lo podía permitir todo, se desabrochó el chaleco y la camisa. Después de la comida, antes de levantarnos de la mesa, y con permiso de la *autoridad*, nos pusimos a fumar nuestros puros y empezó la conversación. Todos escuchábamos mientras su excelencia Aleksei Ivanich hablaba. Los temas de su charla eran en su mayor parte de carácter humorístico y festivo. El jefe contaba muchas cosas y, al parecer, pretendía resultar gracioso. No sé si lo que contaba sería divertido; lo único que recuerdo es que papá a cada momento me pegaba un codazo y me decía:

— ¡Ríete!

Yo abría la boca todo lo que podía y empezaba a reír. Una vez la risa hasta me hizo pegar un chillido, con lo que atraje la atención general.

—¡Así, así!… —murmuraba papá—. ¡Muy bien! Te está mirando y se está riendo. Has estado muy bien. ¡Quién sabe si te dará el puesto de ayudante de escribiente!

—¡Sí! —dijo entre otras cosas Kosulin, nuestro jefe, respirando fatigosamente y lanzando resoplidos—. ¡Ahora ya puede uno comer *blini* y caviar del más fresco!… ¡Se tiene una mujer de buenas carnes y unas hijas tan guapas, que no solamente los pelagatos como vosotros, sino los príncipes y los condes las admiran y suspiran por ellas!… ¡Y en cuanto a la casa!… ¡Je, je, je!… ¡Eso también!… ¡Vaya, que hasta el fin nadie es dichoso!… ¡La vida trae muchos cambios!… Hoy, por ejemplo, no eres más que un nada, un cero, una pasa… pero con el tiempo…, ¡vaya usted a saber!… ¡A lo mejor agarras la suerte por los pelos!… ¡Todo llega en este mundo!…

Aleksei Ivanich calló un momento, meneó la cabeza y siguió diciendo:

—¡En cambio, antes!… ¡Por qué cosas no tendría uno que pasar antes!…, ¿verdad? ¡Dios mío! ¡No puede uno dar crédito a la memoria!… ¡Sin zapatos…, con los pantalones rotos… y temblando siempre!… ¡Para ganar un rublo te estabas trabajando dos semanas!… ¡Y ese rublo no es que te lo dieran!… ¡No!… ¡Después de arrugarlo te lo tiraban a la cara!… «¡Anda!… ¡Zámpatelo!…». ¡Además, cualquiera podía pisarte, pincharte, darte un golpazo… avergonzarte!… ¡Hasta el perrito que veías sentado junto a la puerta cuando entrabas con el informe!… Te acercabas a él, le cogías la patita, como diciéndole: «Perdona que pase por delante. Buenos días», y por toda respuesta te hacía: «¡Guá, guá, guá!…». Luego, el portero, que con disimulo te daba con el codo y tú tenías que decirle: «Perdone, Iván Potapich…, no llevo suelto…». Sin embargo, el que más me hizo sufrir de todos… fue ese pez…, .ese cocodrilo…, ¡ese humilde Kuritzin allí presente!…

Diciendo esto, Iván Aleksei señaló a un viejecito pequeño y encorvado que estaba sentado junto a mi papá. El viejecito, cuyos cansados ojuelos parpadeaban, fumaba su cigarro con evidente repulsión. No tenía costumbre de fumar, pero cuando la *autoridad* le ofrecía un cigarro consideraba de mala educación rehusarlo. Al ver aquel dedo señalando en su dirección se revolvió en la silla.

—¡Mucho me ha hecho sufrir ese humilde personaje! —prosiguió Kosulin —. Fue mi primer jefe… Me llevaron a él… ¡Pobrecito de mí!… ¡Muchachito gris…, insignificante!… Y me sentaron a su mesa… Y entonces fue cuando empezó a devorarme… Cada una de sus palabras era un cuchillo afilado…, cada mirada una bala en el pecho… Ahora tiene todo el aspecto de un gusanillo…, de un infeliz…; pero antes…, ¿qué no era antes?… ¡Un Neptuno!… ¡Me martirizó durante mucho tiempo!… Yo le hacía las escrituras, corría a buscarle pastelillos, le afilaba las plumas…, acompañaba

de teatro en teatro a su vieja suegra y le hacía toda clase de servicios. ¡Hasta aprendí a aspirar rapé!… ¡Sí!… ¡Todo para él!… Tenía que ir siempre cargado de la cajita de rapé por si se le ocurría pedírmela… ¿Te acuerdas, Kuritzin?… Una vez fue mi madrecita…, la pobre viejecita que en paz descanse, a pedirle un permiso de dos días para que su hijito pudiera ir a recoger la herencia de su tía…, ¡y cómo arremetió con ella!… ¡Cómo se puso a gritar!: «¿En qué estás pensando, tonta?… ¡Tu hijo es un vago, un parásito! ¡Acabará en la cárcel!». La viejecita se volvió a casa, cayó enferma del susto y a poco se muere.

Aleksei Ivanich se enjugó los ojos con el pañuelo y se bebió de un trago un vaso de vino.

—¡Pensaba casarme, pero, afortunadamente, por entonces caí enfermo y tuve que pasar medio año en el hospital!… ¡Así eran las cosas en un tiempo!… ¡Así es como vivía yo antes!… ¡En cambio, ahora!… ¡Bah!… ¡Ahora soy yo el que está por encima de él!… ¡Él es el que acompaña a mi suegra a los teatros!… ¡Él, el que me ofrece la caja de rapé! ¡Y ahí le tenéis, fumando un cigarro mientras yo pongo un poco de pimienta en su vida! ¡Kuritzin!…

—¿Qué desea usted? —preguntó Kuritzin levantándose y cuadrándose.

— ¡Represéntanos alguna escena de tragedia!

—¡A sus órdenes!

Kuritzin enderezó su figura, frunció el entrecejo, levantó una mano, hizo una mueca y declamó con una voz ronca y cascada:

—«¡Muere, traidora! ¡Tengo sed de sangre!…».

Todos soltamos la carcajada.

—¡Kuritzin, cómete un pedazo de pan con pimienta!

Ya repleto de comida, Kuritzin cogió, sin embargo, un gran pedazo de pan, lo roció de pimienta y se lo comió en medio de la fuerte risa general.

—¡Sí!… ¡La vida trae muchos cambios! —prosiguió diciendo Kosulin—. ¡Siéntate, Kuritzin! ¡Cuando nos levantemos, nos cantarás algo!… ¡Antes eras tú…, ahora soy yo!… ¡Sí!… ¡Así es como se murió la viejecita!…

Kosulin se levantó del asiento y se tambaleó…

Yo estaba callado, porque era pequeño…, sólo un muchachito gris… (¡Verdugos!… ¡Bárbaros!…). Pero ahora soy yo…, ¡je, je, je!…, el que…

—¡Oye, tú…, sin bigote! ¡Te estoy hablando a ti! —el dedo de Kosulin señalaba a mi padre—. ¡Corre alrededor de la mesa y canta como el gallo!

Mi padre sonrió, enrojeció de satisfacción y empezó a dar carreritas alrededor de la mesa. Yo iba detrás de él.

—¡Kikirikí! —gritábamos ambos acelerando el paso.

Yo corría, corría, y mientras corría pensaba: «¡Seré ayudante de escribiente!».

PERPETUUM MOBILE

El viejo juez instructor Grischutkin que estaba en ejercicio desde los tiempos anteriores a las reformas, y el médico Svistitzki, melancólico caballero, se dirigían a una autopsia. Era otoño y su camino era un camino vecinal en el que reinaba terrible oscuridad y llovía a cántaros.

—¡Qué atrocidad! —gruñía el juez instructor—. ¡Aquí no solamente no hay civilización ni humanidad, sino que ni siquiera se disfruta de un clima soportable! ¡Vaya país!… ¡Y que esto se llame Europa!… ¡Santo Dios! ¡Qué lluvia! ¡Ni que la hubieran contratado!… ¡Canalla!… ¡Anda! ¡Corre más de prisa, bribón, si no quieres que te pegue una paliza! ¡Canalla! —gritaba al cochero sentado en el pescante.

—¡Es curioso, Aguei Alekseich! —dijo, suspirando, el médico mientras se envolvía en la pelliza mojada—. ¡Yo ni siquiera me fijo en el tiempo que hace! Sobre mí pesa un presentimiento extraño y agobiador. Me parece sentir una desgracia cerniéndose sobre mí. Creo en los presentimientos y… espero algo. Puede ocurrir de todo: una inoculación de un cadáver…, la muerte de un ser querido…

—¡Por lo menos delante de Mischka le debía a usted dar vergüenza hablar de presentimientos como una mujer! ¡Peor que lo que está pasando no puede pasar nada! ¿Puede haber algo peor que una lluvia como ésta?… ¿Sabe lo que le digo, Timofei Vasilich?… ¡Que no estoy dispuesto a seguir ni un momento más! ¡No sigo aunque me maten! ¡Es menester que nos detengamos en alguna parte y pasemos allí la noche! ¿Quién vive cerca de aquí?

—Iván Ivanich Ejov —dijo Mischka.

—¿Ejov?… ¡Pues a Ejov! ¡Precisamente hace mucho tiempo que no visito a ese viejo pecador!

Atravesaron el bosque y un puentecillo, torcieron primero hacia la derecha, después hacia la izquierda y al fin entraron en el patio de Ejov, presidente del Congreso y general mayor retirado.

—Está en casa —dijo Grischutkin cuando al bajar del carruaje vio iluminadas las ventanas de la casa—. ¡Beberemos, comeremos y dormiremos!

Aunque es un mal personaje hay que hacerle la justicia de decir que es hospitalario.

El propio Ejov, viejecillo arrugado, con un rostro semejante a un rebuño con púas, les salió al encuentro en el vestíbulo.

—¡Muy oportunamente! ¡Muy oportunamente!… —dijo—. Acabamos de sentarnos a la mesa y estamos comiendo el asado de cerdo. ¡Treinta y tres y treinta y tres!… Tenemos aquí al vicefiscal, ¡a ese ángel bueno al que doy gracias de que haya venido a buscarme! Mañana iremos juntos al Congreso. Hay Congreso mañana, ¡treinta y tres y treinta y tres!…

Grischutkin y Svistitzki entraron en la sala, en la que había servida una gran mesa cargada de entremeses y de vinos. La hija del amo, Nadejda Ivanovna, joven morena, vestida de riguroso luto por el reciente fallecimiento de su marido, hallábase sentada ante uno de los cubiertos. A su lado y frente al cubierto inmediato, encontrábase el vicefiscal Tiulpanski, joven de patillas y de rostro surcado por infinidad de venitas azules.

—¿Se conocen ustedes? —dijo Ejov indicando con el dedo a unos y a otros—. El vicefiscal… Mi hija…

La joven morena, con una sonrisa y entornando los ojos, tendió la mano a los recién llegados.

—¡Bien, señores!… Hay que tomar una copita —dijo Ejov llenando tres de éstas—. ¡Atrévanse, benditos de Dios! ¡Yo también beberé para hacerles compañía! ¡Treinta y tres y treinta y tres! ¡Bien!… ¡A su salud!!…

Bebieron. Grischutkin, después de picar de un pequeño pepino, atacó el asado de cerdo; el médico bebió y lanzó un suspiro. Tiulpanski encendió un cigarro, solicitando primero el permiso de la dama presente y mostrando al hacerlo de tal manera sus dientes, que parecía que su boca contenía por lo menos ciento.

—¡Bien, señores! ¡Las copas esperan!… ¿No?… ¡Usted, viceflscal!… ¡Usted, doctor!… ¡A la salud de la Medicina! ¡Me gusta la Medicina! ¡En general me gusta todo lo que es joven! ¡Digan lo que digan, la juventud siempre irá a la cabeza! ¡A su salud, pues!

Pronto empezaron a hablar. Todos tomaban parte en la conversación, excepto el fiscal Tiulpanski, que sentado y silencioso dejaba escapar por las ventanillas de su nariz el humo de su tabaco. Claramente podía verse que considerándose un aristócrata, miraba con desprecio al médico y al instructor. Después de la cena, Ejov, Grischutkin y el viceflscal se pusieron a jugar una partida de *vint*[71], mientras el doctor y Nadejda se sentaban junto al piano y empezaban a conversar.

—¿Va usted a hacer una autopsia? —comenzó diciendo la bella viudita—. ¿La autopsia de un cadáver?… ¡Ah!… ¡Qué fuerza de voluntad hay que tener…, qué carácter de hierro…, para alzar el cuchillo y sin pestañear hundirlo hasta el mango en el cuerpo de un hombre sin vida!… ¡Le admiro, doctor!…, ¿sabe?… Las personas como usted son personas extraordinarias…, ¡santas!… Doctor… —preguntó después—, ¿por qué está tan triste?

—Porque tengo un presentimiento… Porque me oprime un extraño y agobiante presentimiento… ¡Como si me amenazara la pérdida de un ser querido!

—¿Es usted casado, doctor? ¿Tiene parientes?

—¡Ni un alma! ¡Soy un solitario sin siquiera conocidos!… Dígame, señora: ¿cree usted en los presentimientos?

— ¡Oh, sí, creo en los presentimientos!

Mientras el doctor departía con la viudita sobre el tema de los presentimientos, Ejov y el instructor Grischutkin interrumpían frecuentemente la partida y se acercaban a la mesa de los entremeses. A las dos de la madrugada, Ejov, que estaba perdiendo a las cartas, recordó de pronto la sesión del Congreso que le esperaba al día siguiente, y dándose una palmada en la frente exclamó:

—¡Cáspita! ¿Qué hacemos aquí…, hombres sin freno? ¡Teniendo que salir mañana al amanecer para el Congreso, estamos jugando!… ¡A dormir, a dormir!… ¡Treinta y tres y treinta y tres!… ¡A dormir, Nadka!… ¡Levanto la reunión!

—¡Dichoso usted, doctor, si es capaz de dormir en una noche como ésta! —dijo al doctor Nadejda Ivanovna cuando se despedía de él—. Yo, mientras la lluvia golpea en mi ventana y gimen mis pobres pinos, no puedo dormir. Iré, pero sé que me aburriré con un libro. No está mi ánimo dispuesto al sueño. Cuando hay luz sobre la ventana del pasillito, frente a mi puerta, quiere decir que no duermo y que me consume el aburrimiento…

El doctor y Grischutkin encontraron en la habitación que les había sido designada dos inmensos lechos consistentes en dos colchones de pluma descansando sobre el suelo. Después de desvestirse, el doctor se echó en uno de ellos y se tapó hasta la cabeza. A su vez el instructor se desvistió y se acostó, pero durante larga rato permaneció dando vueltas en su lecho; luego se levantó y se puso a pasear por la habitación. Era un hombre molestísimo.

—No puedo olvidar a esa señora, la viudita —dijo—. ¡Es maravillosa!… ¡Daría la vida por ella! ¡Qué ojos…, qué hombros…, qué piececitos recubiertos de medias color malva!… ¡Mujer de fuego! ¡Se ve en seguida! ¡Y

pensar que esa beldad pertenecerá sabe el diablo a quien!… ¡A un vicefiscal!… ¡A ese tonto de los tendones, con cara de inglés!… ¡No puedo soportar a tal clase de gente, amigo mío! Cuando estabas hablando con ella sobre los presentimientos…, ¡reventaba de celos! ¡Por supuesto, la mujer es magnífica! ¡Maravillosa! ¡Magnífica!… ¡Un prodigio de la Naturaleza!

—En efecto…, es una persona digna de estima —dijo el doctor asomando la cabeza por debajo de la manta—. Una persona impresionable…, nerviosa…, de gran sensibilidad… Usted y yo, por ejemplo, vamos a dormirnos ahora mismo, mientras que ella la pobre no puede hacerlo. Sus nervios no resisten una noche tan tormentosa. Me ha dicho que va a pasarse toda la noche aburrida y leyendo un libro… ¡Pobrecita!… Seguramente la lamparita estará encendida.

—¿Qué lamparita?

—Me dijo que si junto a su puerta y sobre la ventana había una lamparita encendida, esto significaría que no estaba dormida.

—¿Te ha dicho eso? ¿A ti?

—Sí, a mí.

—En ese caso no te comprendo. Si te lo ha dicho, eres el más feliz de los mortales. ¡Magnífico, doctor! ¡Magnífico! ¡Te alabo, amigo! ¡Aunque te envidie, te alabo! ¡Y no tanto me alegro por ti como por fastidiar a ese canalla del pelo rojo! ¡Me alegro de que se la pegue! ¡Anda, vístete!

Cuando Grischutkin estaba borracho, tuteaba a todo el mundo.

—¡Qué cosas se le ocurren, Aguei Alekseich! ¡Dios sabrá lo que dice! —contestó, azarándose, el doctor.

—Bueno, bueno, basta de conversación. ¡Vístete y anda!… ¿Cómo era aquello de *La vida por el zar*?… «Y al pasar cortamos un día de amor…, como cortamos una flor…». ¡Vístete, alma mía!… ¡Timoscha!… ¡Anda, doctor! ¡Anda, bestia!

—Perdone, pero no le entiendo.

—¿Y qué es lo que hay que entender? ¿Se trata acaso de astronomía? ¡Vístete y vete a la lamparita! ¡Nada más!

—Me choca que tenga usted una opinión tan desfavorable de esa señora y de mí.

—Bueno, déjate de filosofías —se enfadó Grischutkin—. ¿Será posible que todavía vaciles? ¡Qué cinismo sería el tuyo!

Largo rato pasó Grischutkin intentando convencer al doctor. Se enfadó, suplicó, llegó a ponerse de rodillas, le riñó fuertemente, escupió y se arrojó en

la cama. Sin embargo, al cabo de un cuarto de hora se levantó otra vez de un salto y despertó al doctor.

—Escuche. ¿Decididamente se niega usted a ir? —preguntó con voz severa.

—¡Uf!… ¿Por qué voy a ir?… ¡Qué hombre tan cargante es usted, Aguei Alekseich!… ¡Es horrible tenerle de compañero en las autopsias!…

—¡Que le lleve el diablo! ¡Yo seré el que vaya a verla! ¡Yo!… ¡Yo no soy menos que el otro o que cualquier médico cobarde como una mujer!… ¡Me voy!

Y vistiéndose rápidamente se dirigió a la puerta.

El médico le miraba interrogativamente, como si no comprendiera; luego se levantó de un brinco.

—¿Supongo que está usted bromeando? —preguntó cerrando el paso a Grischutkin.

—No tengo tiempo para hablar contigo. ¡Déjame pasar!

—No. No le dejaré, Aguei Alekseich. ¡Acuéstese! ¡Está usted borracho!

—¿Con qué derecho me impides pasar, esculapiense?…

—¡Con el de un hombre obligado a defender a una mujer honesta! ¡Dese cuenta, Aguei Alekseich, de lo que pretende!… ¡Es usted un viejo! ¡Tiene usted sesenta y siete años!…

—¿Yo un viejo? —se ofendió Grischutkin—. ¿Quién es el canalla que dice que yo soy viejo?

—Está usted bebido y excitado, Aguei Alekseich… ¡Eso es feo!… ¡Un animal puede seguir al instinto, pero usted, Aguei Alekseich, es el rey de la Naturaleza!…

El rey de la Naturaleza enrojeció y se metió las manos en los bolsillos.

—Por última vez te pregunto: ¿me dejas pasar o no? —gritó con una voz aguda, como si estuviera riñendo a un cochero en mitad del campo—. ¡Canalla!

Luego, asustándose al instante de su propia voz, se apartó de la puerta y se dirigió a la ventana. A pesar de su embriaguez, le avergonzaba aquel grito penetrante que seguramente habría despertado a toda la casa. Tras un corto silencio, el doctor se acercó a él y le tocó en un hombro. Los ojos del doctor estaban húmedos y sus mejillas ardían.

—Aguei Alekseich —dijo con una voz que temblaba—. Después de tan fuertes palabras… después que… olvidándose de un mínimo de educación, me ha llamado usted *canalla*… comprenderá que no podemos permanecer juntos bajo el mismo techo. Me ha ofendido usted terriblemente. Me supone

culpable, ¿de qué?… Esa señora es una señora honesta, decente, y usted, sin más ni más, se permite semejantes expresiones. Perdóneme, pero hemos dejado de ser camaradas.

—¡Magnífico! ¡No me hacen falta camaradas así!

—Ahora mismo me marcho. No puedo seguir junto a usted ni un momento más, y espero que no nos volveremos a ver.

—¿Qué se marcha usted?… ¿Y cómo?

—Con mis caballos.

—¿Y yo?… ¿Cómo voy a irme yo?… ¿O es que quiere que su proceder sea malo hasta el fin?… ¡Usted me ha traído y usted tiene que llevarme otra vez!

—Le llevaré si lo desea, pero ha de ser ahora mismo. Me voy ahora mismo. Estoy tan excitado que no puedo quedarme aquí más tiempo.

Grischutkin y Svistitzki se vistieron en silencio y salieron al patio, donde después de despertar a Mischka se sentaron en el coche y se fueron…

—¡Cínico! —mascullaba durante todo el camino el juez instructor—. Si no sabes comportarte con las mujeres decentes, lo que tienes que hacer es quedarte en casa y no ir a las casas en que hay mujeres decentes.

Si era a sí mismo o al médico a quien amonestaba, era difícil de averiguar. Cuando el coche se detuvo ante su piso, se bajó de un salto, y mientras desaparecía en el portalón dijo:

—¡No deseo conservar el menor trato con usted!

Tres días transcurrieron, y al cabo de ellos hallábase el doctor, terminadas sus visitas, tumbado en el diván. No teniendo nada que hacer, leía en el almanaque médico los apellidos de los doctores de Petersburgo y Moscú, entreteniéndose en buscar entre ellos el más sonoro y bonito. Su estado de alma era plácido, bueno, tranquilo; como el cielo cuando en medio de su azul se detiene y queda inmóvil una alondra. Ello obedecía a que la noche anterior había soñado con fuego, lo que significaba suerte. De pronto se oyó el ruido de un trineo deteniéndose ante la puerta (había nevado), y Grischutkin, el juez instructor, apareció en el umbral. Era un huésped inesperado. El médico se levantó y le miró turbado y temeroso. Grischutkin tosió, y bajando la mirada avanzó lentamente hacia el diván.

—He venido a ofrecerle mis excusas, Timofei Vasilich —empezó a decir—. Estuve poco amable con usted y hasta parece ser que le dije algo desagradable. Se hará usted cargo seguramente del estado de excitación en que me encontraba por culpa del vino que bebí en casa de aquel viejo canalla. Perdone…

El médico se levantó de un salto, y con los ojos arrasados en lágrimas estrechó la mano que se le tendía.

—¡Aj!… ¡No faltaba más!… ¡Maria! ¡Sirve el té!

—No…, no quiero té: no tengo tiempo de tomar té. En vez de té, mejor sería que bebiéramos un poco de *kvas*[72]. Bebamos *kvas* y vayamos luego a la autopsia del cadáver.

—¿De qué cadáver?

—Del mismo. A la autopsia del suboficial a que íbamos y no llegamos a ir.

Y Grischutkin y Svistitzki bebieron *kvas* y se fueron a la autopsia.

—Le presento mis disculpas —seguía diciendo por el camino el juez instructor—. Cierto que me acaloré, pero es lástima, sin embargo, que no se la pegara usted a ese fiscal. ¡Canalla!

Al pasar por Alimonov, vieron detenida ante la taberna la *troika* de Ejov.

—Ejov está aquí —dijo Grischutkin—. Esos caballos son suyos. Entremos a saludarle… Beberemos un poco de agua de seltz y de paso echaremos una mirada a la enfermerita. ¡Hay aquí una enfermerita notable! ¡Qué mujer! ¡Qué maravilla de la Naturaleza!

Los viajeros bajaron del trineo y entraron en la taberna, en la que, sentados ante una mesa, Grischtkin y Tiulpanski tomaban té.

—¿Adónde vais? ¿De dónde salís? —se asombró Ejov al ver aparecer a Grischutkin y al doctor.

—Siempre a la autopsia, pero sin llegar nunca. ¡Como en un círculo vicioso! ¿Y vosotros? ¿Adónde vais vosotros?

—Al Congreso, padrecito.

—¿Por qué tan a menudo? ¿No fuisteis la víspera de anteayer?

—¡Qué diablos íbamos a ir! Al fiscal le dolían las muelas y yo también anduve algo pachucho en los pasados días. Bueno…, ¿qué vais a beber?… Sentaos, ¡treinta y tres y treinta y tres!… ¿Vodka o cerveza?… ¡A ver, enfermerita! ¡Tráenos de la una y de la otra!… ¡Vaya enfermera!

—En efecto, la enfermera es notable… —asintió el juez instructor—. ¡Es una enfermera extraordinaria! ¡Una mujer de una vez!

Dos horas después, Mischka salía de la taberna a decir al cochero del general que podía desenganchar los caballos.

—Es orden del señor. Se han puesto a jugar a las cartas —añadió con un ademán despectivo—. Ya no saldremos de aquí hasta mañana. Pero…, ¡uyuyuy!… ¡Ahora llega el jefe de Policía!… Eso quiere decir que nos quedaremos hasta pasado.

Ante la taberna se detuvo el trineo del jefe de Policía, y éste, al reconocer los caballos de Ejov, sonrió complacido y subió corriendo la escalera.

UN DESCUIDO

PIOTR Petrovich Strijin, el sobrino de la coronela Ivanovna, aquel precisamente a quien el año pasado le fueron robados unos chanclos, regresó del bautizo a las dos en punto de la madrugada. Con el fin de no despertar a la familia, se desvistió con suma cautela en la antesala y respirando apenas se deslizó hasta su dormitorio, donde, sin encender la luz, comenzó a disponerse para el sueño.

Strijin llevaba una vida sobria y ordenada, la expresión de su rostro era beatífica y leía solamente libros de tipo religioso y moral. No obstante, en aquel bautizo la alegría de que Liubov Spiridonovna hubiera dado a luz tan felizmente le incitó a beber cuatro copas de vodka y un vaso de vino cuyo gusto recordaba a la mezcla del vinagre con el aceite de ricino. Las bebidas calientes se asemejan al agua de mar y a la gloria: cuanto más se bebe de ellas, mayor es la sed. Ahora Strijin, mientras se desnudaba, sentía un irresistible deseo de beber.

«Me parece que Daschenka tiene vodka guardada en el rincón derecho del armario —pensó—. No se enteraría si me bebiera una copa…».

Después de alguna vacilación y dominando el miedo, se dirigió al armario. Abrió con precaución la puertecilla, tanteó en el ángulo derecho una botella, se sirvió una copa, y tras colocar otra vez la botella en su sitio y santiguarse, se la bebió. Pero ¡ay!…, en el acto ocurrió algo portentoso. Una fuerza terrible, como una bomba, despidió repentinamente a Strijin del armario y le lanzó contra el baúl. Ante su vista todo desfiló rápidamente, su aliento se detuvo y su cuerpo experimentó la sensación de haber caído en un pantano lleno de sanguijuelas. En lugar de vodka le parecía haber tragado un trozo de dinamita que había hecho estallar su cuerpo, su casa y el callejón entero. La cabeza, los brazos, los pies, todo parecía habérsele desprendido e ir volando al diablo por el espacio… Unos tres minutos permaneció echado en el baúl, inmóvil y sin respirar; luego se levantó y se hizo esta pregunta:

«¿Dónde estoy?».

Lo primero que advirtió claramente al volver en sí fue un fuerte olor a petróleo.

—¡Dios mío! ¡He bebido petróleo en vez de vodka! —exclamó aterrado—. ¡Santos todos del Cielo!

La idea de que se había envenenado le hizo pasar del frío al calor. Que, en efecto, había ingerido veneno, lo testimoniaban, además del olor en la habitación, aquella quemadura en su boca, las chispas de sus ojos, un repique de campanas en la cabeza y punzadas en el estómago. Sintiéndose próximo a su muerte y sin querer engañarse con vanas esperanzas, resolvió despedirse de sus familiares y se dirigió al dormitorio de Dascheñka. (Era viudo y tenía por ama de su casa a Dascheñka, una cuñada solterona).

—¡Dascheñka! —dijo con voz llorosa al entrar en el dormitorio—. ¡Querida Dascheñka! —algo se rebulló en la oscuridad y dejó escapar un profundo suspiro—. ¡Dascheñka!…

—¿Eh? ¿Qué?… —contestó rápida una voz femenina—. ¿Es usted, Piotr Petrovich? ¿Ya está de vuelta?… Bien…, ¿y qué?… ¿Qué nombre han puesto a la niña? ¿Quién ha sido el padrino?

—Natalia Andreevna Velikosvetskaia ha sido la madrina y Pavel Ivanich Bessonnitzin el padrino…, pero yo…, yo… Dascheñka…, creo que me estoy muriendo… A la recién nacida la han llamado Olimpíada en honor a una bienhechora… Pero yo…, yo, Dascheñka…, ¡he bebido petróleo!…

—¡Qué ocurrencia! ¿Es que servían petróleo?

—Tengo que confesarle que quise beber vodka sin pedírsela a usted…, y…, y ¡Dios me ha castigado! ¡Como estaba a oscuras…, sin querer bebí petróleo! ¿Qué hago?

Dascheñka, al oír que sin su permiso se había abierto el armario, se espabiló en el acto, encendió rápidamente una vela, saltó de la cama y en camisón, pecosa, huesuda, con el pelo recogido en moñitos y haciendo restallar sobre el suelo las plantas de sus pies desnudos, se encaminó al armario.

—¿Quién le había dado permiso? —preguntó severamente, examinando el interior del armario—. ¿Acaso era para usted la vodka que había aquí?

—Yo… yo… Dascheñka… no fue vodka lo que bebí… Lo que bebí fue petróleo… —balbució Strijin enjugándose un sudor frío.

—¿Y qué necesidad tenía usted de tocar el petróleo? ¿Acaso tiene usted algo que ver con él?… ¿Acaso estaba guardado ahí para usted…, o es que cree que el petróleo no cuesta dinero? ¿Eh?… ¿Sabe usted a cuánto está ahora el petróleo?… ¿Lo sabe usted?…

—¡Querida Dascheñka! —gimió Strijin—. ¡Este es un asunto de vida o muerte…, y me habla usted de dinero!

—¡Se emborracha y mete las narices en el armario! —gritó Dascheñka cerrando con enfado la puertecilla—. ¡Verdugos!… ¡Torturadores!… ¡Soy una infeliz mártir! ¡No tengo ni de día ni de noche un momento de tranquilidad!… ¡Basiliscos! ¡Herodes! ¡Malditos!… ¡Que tengan en el otro mundo la misma suerte que en éste!… ¡Mañana mismo me marcho! ¡Soy una doncella y no consiento que haya nadie delante de mí en paños menores! ¡No ose mirarme mientras no esté vestida!…

Y siguió…, siguió… Comprendiendo la imposibilidad de aplacar a la enojada Dascheñka ni con súplicas, ni con juramentos, ni siquiera con cañonazos, Strijin optó por dejarla, se vistió y decidió ir al médico. Al médico, sin embargo, sólo es fácil encontrarle en casa cuando no se le necesita. Después de recorrer tres calles, de llamar cinco veces en casa del doctor Chapjarianatz y siete en la del doctor Bultijin, Strijin corrió a la farmacia para ver si el farmacéutico podía serle de alguna ayuda. Allí, tras larga espera, salió a recibirle un farmacéutico de pequeña estatura, negrito, rizadito, adormilado, vestido de bata y con una cara tan seria y tan inteligente que casi infundía miedo.

—¿Qué se le ofrece? —preguntó con el tono en que sólo los farmacéuticos muy serios y muy inteligentes (de la religión hebraica) pueden hablar.

—¡Por el amor de Dios!… ¡Se lo ruego!… —pronunció Strijin con el aliento entrecortado—. ¡Deme algo!… ¡Ahora mismo, sin querer, acabo de beber petróleo!… ¡Me muero!

—Le ruego no se ponga nervioso y conteste a las preguntas que voy a dirigirle… Por sí solo, el hecho de que usted se agite me impide comprenderle… ¿Ha bebido usted petróleo?… ¿Sí?…

—¡Sí! ¡Petróleo!… ¡Sálveme, por favor!

El farmacéutico, con sangre fría y seriedad, se acercó al pupitre, abrió un libro y se sumergió en su lectura. Después de leídas dos páginas encogió primero un hombro, luego el otro, hizo una mueca de desprecio y tras pensarlo un poco pasó a la habitación contigua. En el reloj dieron las cuatro, y cuando las agujas marcaban las cuatro y diez el farmacéutico volvió a aparecer con otro libro y se hundió de nuevo en la lectura.

—¡Hum!… —dijo con aire perplejo—. Por sí solo, el hecho de que no se sienta usted bien indica la conveniencia de que no se dirija usted a una farmacia, sino a un médico.

—¡Pero si he estado ya en casa del médico y no logre siquiera que me contestaran!

—¡Hum!… ¡Según eso, usted a los farmacéuticos no nos considera personas y se permite molestarnos a las cuatro de la madrugada, cuando hasta los gatos y los perros descansan! ¡No quiere usted hacerse cargo de nada! ¡Le parece a usted que no somos personas y que nuestros nervios tienen que estar tensos como cordeles!

Strijin escuchó al farmacéutico, suspiró y se fue a su casa.

«Quiere decirse que mi destino es morir», pensó.

La boca le ardía y le olía a petróleo, el estómago le daba punzadas y los oídos le zumbaban: «Bum…, bum…, bum…». A cada momento se le figuraba que su fin estaba próximo y que el corazón le había dejado de latir… Cuando regresó a su casa se apresuró a escribir: «Ruego no se culpe a nadie de mi muerte». Después rezó, se echó sobre la cama y se cubrió la cabeza. Hasta la mañana siguiente no pudo conciliar el sueño y permaneció esperando la muerte e imaginando su tumba cubierta de un fresco verdor sobre el que piaban los pajarillos.

Al otro día, sentado en la cama y sonriendo, decía a Dascheñka:

—Con el que lleva una vida ordenada y sana no puede ningún veneno, hermanita. Puede tomárseme a mí como ejemplo. Ayer a punto de perecer…, muriéndome…, sufriendo, ¿y ahora?… ¡nada! Sólo algo de quemazón en la boca y de picor en la garganta, mientras el resto del cuerpo está curado, gracias a Dios. ¿Y por qué todo esto?… Porque mi vida es ordenada.

—*no*. Lo que se demuestra con esto es que el petróleo es malo —suspiró Dascheñka con la mirada fija en un punto y pensando en el gasto—. Se demuestra que el tendero no me ha dado petróleo del mejor, sino del de *kopeka* y media la libra… ¡Soy una mártir! ¡Una infeliz! ¡Verdugos! ¡Tiranos! ¡Que tengan en el otro mundo la misma suerte que en éste! ¡Herodes! ¡Malditos!…

Y siguió…, siguió…

LA CORISTA

Un día…, cuando era más guapa, más joven y su voz más bonita, en su casa de campo hallábase sentado Nicolai Petrovich Kolpakov, su admirador.

Hacía un calor sofocante e insoportable. Kolpakov, que acababa de comer y de beberse una botella entera de mal vino de Oporto, se sentía de humor destemplado y algo indispuesto. Ambos se aburrían y esperaban que cesara el calor para salir a dar un paseo.

De pronto e inesperadamente sonó el timbre en la antesala. Kolpakov, sin levita y con unas pantuflas puestas, se levantó de un salto y miró a Pascha con gesto interrogativo.

—Será el cartero o tal vez alguna amiga —dijo la cantante.

Kolpakov no usaba de ceremonias ni con las amigas de Pascha ni con los carteros, pero por si acaso cogió su ropa y pasó a la habitación contigua, mientras Pascha corría a abrir la puerta. Con gran asombro de ésta, quien estaba ante el umbral no era la amiga ni el cartero, sino una mujer desconocida, joven, bella, bien vestida, y a juzgar por todas las apariencias, una señora de verdad.

La desconocida estaba pálida y respiraba fatigosamente, como si hubiera subido una empinada escalera.

—¿Qué desea usted? —preguntó Pascha.

La señora no contestó inmediatamente. Dio un paso hacia adelante, recorrió despacio la habitación con la mirada y con el gesto de la persona que por cansancio o por enfermedad no puede permanecer en pie, se sentó. Luego, durante largo rato, agitó los pálidos labios, esforzándose en articular algo.

—¿Está en su casa mi marido? —preguntó al fin, levantando hacia Pascha unos grandes ojos con los párpados enrojecidos por el llanto.

—¿Qué marido?… —balbució Pascha. Y de repente se asustó de tal modo que sus manos y sus pies se quedaron fríos—. ¿Qué marido?… —repitió, y empezó a temblar.

—Mi marido, Nicolai Petrovich Kolpakov.

—No…, señora. Yo…, yo… no conozco a ningún marido.

Transcurrió un minuto en silencio. La desconocida pasó unas cuantas veces el pañuelo sobre sus pálidos labios, reteniendo la respiración para vencer un temblor interior, mientras Pascha, inmóvil y petrificada ante ella, la contemplaba con asombro y temor.

—¿Dice usted entonces… que no está aquí? —dijo al cabo la señora con voz ya firme y sonriendo de un modo extraño.

—Yo… No sé por quién pregunta usted.

—¡Mala mujer! ¡Villana! ¡Canalla! —masculló la desconocida, mirando a Pascha con odio y repugnancia—. ¡Sí…, sí! ¡Es usted una mala mujer! ¡Estoy muy contenta de hacerle podido al fin decir eso!

Pascha comprendió que la impresión que producía a aquella dama vestida de negro, de ojos irritados y blancos y finos dedos era la de algo feo, horrible…, y se avergonzó de sus mejillas coloradas y gordiflonas, de los hoyitos en su nariz y del flequillo que no quería nunca mantenerse levantado sobre su frente. Se le figuraba que si fuera delgadita y no estuviera empolvada ni tuviera ese flequillo, hubiera podido ocultar que no era una mujer decente y no hubiera sentido aquel temor y vergüenza ante la desconocida y misteriosa dama.

—¿Dónde está mi marido? —prosiguió la señora—. Aunque me es tan indiferente el que esté aquí como que no esté, tengo que decirle que ha sido descubierto un desfalco y que se busca a Nicolai Petrovich… Quieren detenerle. ¡He ahí su obra!

La señora se levantó y, presa de fuerte agitación, dio unos cuantos pasos por la estancia. Pascha la miraba y el miedo le impedía comprender.

—Hoy mismo le encontrarán y se lo llevarán detenido —dijo la señora con un sollozo, en el que vibraba el sentimiento de la ofensa y del enojo—. ¡Sé quién le ha conducido hasta este horror! ¡Infame!… ¡Villana!… ¡Criatura repugnante y vendible!… —los labios de la señora se contorsionaron y su nariz se frunció de asco—. ¡Yo sola nada puedo! ¡Escúcheme, infame mujer! ¡No tengo manera de valerme!… ¡Usted es más fuerte que yo!… ¡Pero hay quien puede defenderme a mí y a mis hijos! ¡Dios todo lo ve y Él es justo! ¡Él le exigirá cuenta de cada lágrima mía, de cada una de mis noches sin sueño! ¡Un día llegará en que se acordará usted de mí!…

De nuevo se hizo el silencio. La señora paseaba por la habitación retorciéndose las manos, y Pascha, llena de asombro, sin comprender, seguía mirándola con expresión embotada, como si esperara de ella algo terrible.

—Señora…, yo no sé nada… —dijo, y de pronto se echó a llorar.

—¡Miente! —gritó la señora, cuyos ojos brillaron malignos—. ¡Lo sé todo! ¡Hace mucho que la conozco! ¡Sé que durante este último mes ha venido diariamente a su casa!

—¿Sí?… ¿Y qué hay en ello de particular?… ¡A mi casa vienen muchos invitados! ¡Yo no obligo a nadie! ¡Si quiere venir, que venga!

—¡Le digo, que se ha descubierto un desfalco! ¡Que ha cometido una malversación de fondos!… ¡Y que por una mujer así…, como usted…, que para usted se haya atrevido a cometer ese crimen!… ¡Escúcheme! —dijo de pronto la señora, en tono resuelto, deteniéndose ante Pascha—. ¡Usted no tiene principios! ¡Vive solamente para hacer el mal!… ¡Esa es su finalidad! Pero no puede pensarse que haya caído usted tan bajo que no le quede un rasgo de sentido humano… Él tiene una mujer, y si le juzgan y le condenan, mis hijos y yo nos moriremos de hambre. ¡Compréndalo! Hay, sin embargo, un remedio que pudiera salvarle a él y a nosotros de la pobreza y el escarnio… Si hoy mismo entrego novecientos rublos, le dejarán en paz. ¡Bastarían esos novecientos rublos!

—¿Qué novecientos rublos? —preguntó Pascha en voz baja—. Yo…, yo no sé. Yo no he…

—No le pido novecientos rublos. Usted no tiene dinero y yo no necesito nada de lo suyo. Es otra cosa lo que le pido… Los hombres, por lo general, a las mujeres como usted les regalan alhajas. ¡Devuélvame, al menos, las que le haya regalado mi marido!

—¡Señora!… ¡Él no me ha regalado cosa alguna! —chilló Pascha, empezando a comprender.

—¿Pues dónde está ese dinero?… ¿Si ha malgastado lo suyo, lo mío y lo ajeno…, adónde ha ido a parar todo?… ¡Escúcheme, se lo ruego! ¡En mi indignación le he dicho muchas cosas desagradables! ¡Tiene que aborrecerme, lo sé…, pero si fuera usted capaz de compadecerse se daría usted cuenta de mi situación! ¡Se lo suplico!… ¡Devuélvame las alhajas!

—¡Hem!… —dijo Pascha, encogiéndose de hombros—. Con mucho gusto se las hubiera devuelto, pero ¡si alguna vez me ha dado algo, que Dios me castigue!… ¡Sin embargo, tiene usted razón! —se azaró de pronto la cantante—. Un día me trajo un par de cositas. Si las desea se las devuelvo…

Y Pascha abrió un cajón de su coqueta, extrajo de él una pulsera de oro hueco y una pequeña sortija con un rubí.

—Aquí las tiene —dijo, entregando aquellos objetos a la visitante.

Toda la sangre acudió al pálido rostro de la señora, que temblaba bajo un grave sentimiento de ofensa.

—¿Qué me da usted ahí?… ¡No le pido una limosna, sino solamente lo que me pertenece!… ¡Lo que usted, aprovechando su situación, ha estrujado del bolsillo de mi marido!… ¡De ese hombre débil e infeliz!… El jueves, cuando la vi a usted con él en el embarcadero, llevaba usted unos broches y unas pulseras de valor… ¡No tiene, por tanto, que representar ante mí el papel de un inocente corderillo!… ¡Por última vez se lo pido! ¿Me las dará o no?

—¡A fe mía que es usted extraña! —dijo Pascha empezando a ofenderse—. ¡Le aseguro que no he recibido nunca nada de su Nicolai Petrovich aparte de esa pulsera y esa sortijita! ¡Jamás me ha traído otra cosa que pastelillos de dulce!

—¡Pastelillos de dulce! —sonrió con sorna la desconocida—. ¡En mi casa mis hijos no tienen qué comer y aquí se comen pastelillos de dulce! ¿Decididamente, entonces, se niega usted a devolvérmelas?

No recibiendo contestación y como pensando en algo, su mirada quedó fija en un punto.

—¿Qué hacer? —pronunció—. ¡Si no encuentro esos novecientos rublos está perdido!… ¡Y mis hijos y yo también!… ¿Mataré a esta infame o me pondré de rodillas ante ella?

Y la señora, llevándose el pañuelo a la cara, rompió a sollozar.

—¡Se lo ruego! —se oía decir entre sollozos—. ¡Usted es la que ha arruinado y perdido a mi marido!… ¡Sálvelo!… ¡Si no tiene usted compasión de él, téngala de los niños!…, ¡de los niños!… ¿Qué culpa tienen los niños?

Pascha se representó en la imaginación a aquellos pequeñuelos en la calle, llorando de hambre, y empezó también a sollozar.

—¿Y qué puedo yo hacer, señora?… ¡Me dice usted que soy una infame…, que he arruinado a Nicolai Petrovich…, pero yo…, como ante Dios…, le digo…, le aseguro…, que no he tenido de él ninguna utilidad!… ¡En nuestro coro solamente Moti tiene un protector rico; las demás vivimos de pan y cebolla!… Nicolai Petrovich es un hombre fino e instruido… y yo…, claro está,…, le recibía… ¡No podemos dejar de recibir a la gente!

—¡Le ruego que me entregue esas alhajas! ¡Devuélvamelas! ¡Vea cómo lloro!…, ¡cómo me rebajo!… ¡Vea cómo me pongo de rodillas!…

Pascha dejó escapar una exclamación de susto y extendió las manos para detenerla. Sentía capaz a esta pálida y bella señora, que sabía expresarse de manera tan fina, como en el teatro, de ponerse de rodillas ante ella. Por orgullo, por dignidad, para elevarse a sí misma y rebajar a la corista.

—Bien… Le entregaré las alhajas —se apresuró a decir Pascha enjugándose los ojos—. Aquí están. Sólo que no proceden de Nicolai

Petrovich. Me las ofrecieron otros invitados. ¡En fin, haga lo que le parezca!

Y Pascha, abriendo el cajón superior de la cómoda, sacó de él un broche guarnecido de diamantes, una hilera de corales, unas cuantas sortijas, un brazalete y se lo entregó todo, todo, a la dama.

—¡Cójalo, si quiere!; pero sepa que de su marido no obtuve ninguna utilidad. ¡Tome! ¡Enriquézcase! —prosiguió Pascha a quien aquella amenaza de ponerse de rodillas había ofendido—. ¡Y usted que es una mujer digna y una esposa legítima, debería sujetarlo a su lado! Yo no le he llamado. Él fue el que vino a mí.

Entre lágrimas miró la señora las alhajas que se le ofrecían y dijo:

—No están todas… ¡Aquí no hay ni siquiera un valor de quinientos rublos!

Con un impulso súbito, Pascha cogió también de la cómoda el reloj de oro, la pitillera, los gemelos, y arrojándoselos, dijo:

—No me queda nada más… ¡Aunque me registren!

La visitante suspiró, envolvió las alhajas en un pañuelito con manos temblorosas y sin pronunciar palabra, sin hacer siquiera una inclinación de cabeza, se fue.

La puerta de la habitación contigua se abrió y entró Kolpakov. Estaba pálido y sacudía nerviosamente la cabeza, como si acabara de tragar algo muy amargo. En sus ojos brillaban lágrimas.

—¿Cuáles fueron…, cuáles… las alhajas que usted me traía? —le increpó Pascha—. ¿Cuándo?…, me permito preguntarle…

—¡Las alhajas!… ¡Lo de menos son las alhajas!… —dijo Kolpakov agitando la cabeza—. ¡Dios mío!… ¡Ella llorando ante ti!… ¡Rebajándose!…

—¡Le pregunto que qué alhajas eran las que usted me traía! —gritó Pascha.

—¡Dios mío!… ¡Ella, tan digna…, tan orgullosa…, tan límpida…, queriendo hasta arrodillarse ante…, ante… un ser así!… ¡Y que sea yo el que la ha conducido a esto!… ¡Que yo lo consintiera!… —y, asiéndose la cabeza con las manos, gimió—: ¡Sí!… ¡Nunca me lo perdonaré!… ¡No me lo perdonaré!… ¡Retírate de mi vista, infame! —gritó con repugnancia retrocediendo ante Pascha y apartándola con manos temblorosas—. ¡Ella queriendo arrodillarse!… ¿Y ante quién?… ¡Ante ti!… ¡Oh Dios mío!…

Y vistiéndose rápidamente y apartándose con repulsión de Pascha, salió.

Pascha se dejó caer en una butaca y se echó a llorar. Empezaba a lamentar la falta de sus alhajas, entregadas en un momento de arrebato, y se sentía

ofendida. Recordó también que hacía tres años un comerciante le había pegado por una nadería y se puso a llorar aún más fuerte.

DESPUÉS DEL TEATRO

CUANDO Nadia Selenina regresó con su mamá del teatro, después de haber asistido a la representación de la ópera *Eugenio Onieguin*, entró en su habitación, se quitó rápidamente el vestido, deshizo su trenza y, vestida tan sólo con una enagua y una chambrita blanca, se sentó apresuradamente ante la mesa para escribir una carta semejante a la que escribió Tatiana[73].

«¡Le quiero!»… —escribía—. «¡Pero usted no me quiere a mí!… ¡No me quiere!».

Después de escribir esto se echó a reír.

No tenía más que dieciséis años y aún no había amado a nadie. Sabía que tanto el oficial Gornii como el estudiante Brusdev, la amaban a ella, pero ahora, después de haber ido a la ópera, le agradaba dudar de aquel amor. ¡Es tan interesante no ser amada y sentirse infeliz! En el hecho de que uno sea el que más ame y el otro permanezca indiferente, hay algo bello, conmovedor y poético. Onieguin es interesante porque no ama y Tatiana encantadora porque ama mucho. Si, en cambio, se hubieran amado el uno al otro de igual manera y sido felices, quizá resultasen aburridos.

«¡Deje de asegurarme que me quiere!» —escribía Nadia pensando en el oficial Gornii—. «¡No puedo creerle! Es usted muy inteligente, muy instruido, tiene un enorme talento y tal vez le espera un porvenir brillante, mientras que yo soy una joven insignificante, que no ofrece ningún interés y que, como usted mismo sabe perfectamente, sólo sería un estorbo en su vida. Cierto que se enamoró usted de mí creyendo haber encontrado su ideal, pero esto fue sólo una equivocación y ahora comienza a preguntarse desesperado: “¿Por qué la habré conocido?”, aunque sólo su bondad le impida confesárselo…».

Aquí Nadia, sintiendo lástima de sí misma, prosiguió entre lágrimas:

«Me aflige dejar a mamá y a mi hermano. Si no fuera por esto, vestiría un hábito y me marcharía lejos…, lo más lejos posible…; así, quedaría usted libré para amar a otra. ¡Oh, si me muriera!…».

Las lágrimas la impedían distinguir lo escrito; sobre la mesa, sobre el suelo y el techo, temblaban pequeños círculos, como si Nadia estuviera mirando a través de un prisma. No pudiendo seguir se recostó en el respaldo de la butaca y se puso a pensar en Gornii.

¡Dios mío!… ¡Qué interesantes…, qué encantadores eran los hombres!

Nadia recordó aquella expresión tan maravillosa, a la vez culpable y dulce que tenía a veces el oficial cuando discutían con él de música; sus esfuerzos sobre sí mismo para que su voz no sonara con apasionamiento. En sociedad, donde el aire frío y altivo son considerados rasgos de buena educación y de buen tono, la pasión es preciso esconderla. Eso hace él, aunque sin conseguirlo, pues todos saben perfectamente que ama apasionadamente la música. Las interminables polémicas sobre ella, las atrevidas opiniones de la gente ignorante, le obligan a permanecer perpetuamente en guardia. Es asustadizo, tímido y callado. Toca prodigiosamente el piano, como un verdadero pianista y de no haber sido oficial, hubiera llegado a ser, con seguridad, un músico célebre.

En los ojos de Nadia se secaron las lágrimas y ésta recordó que Gornii le había declarado su amor durante un concierto sinfónico, pero abajo, en el guardarropa, mientras por todos lados soplaba una corriente de aire.

«Me alegro mucho de saber que al fin ha entablado usted conocimiento con el estudiante Grusdev —continuó escribiendo—. Es un hombre muy inteligente y estoy segura de que sentiréis afecto por él. Ayer estuvo en casa hasta las dos de la madrugada. Todas estábamos encantadas de su compañía y yo lamentaba que no hubierais venido. Nos contó muchas cosas curiosas».

Nadia puso los brazos sobre la mesa, apoyó en ellos la cabeza y sus cabellos cubrieron la carta. Recordó que también el estudiante Grusdev la amaba y que también tenía derecho, como Gornii, a una carta suya. En efecto… ¿no sería mejor escribir a Grusdev?… Sin motivo alguno, un sentimiento de regocijo se agitó en su pecho. Este regocijo, al principio pequeño, dando vueltas en su pecho como un balón de goma, se hizo más y más ancho, más grande, hasta invadirla toda como si sobre ella se hubiera volcado una ola. Nadia había olvidado ya a Gornii y a Grusdev; sus pensamientos se embarullaban mientras aquella alegría seguía creciendo…, creciendo… De su pecho se comunicó a sus brazos, a sus pies, pareciendo además que un ligero vientecillo, soplando sobre su cabeza, agitaba sus cabellos. Una risa queda hizo temblar sus hombros, la mesa y el cristal de la lámpara temblaron también y sobre la carta cayeron lágrimas. Sin fuerzas

para contener aquella risa y para demostrarse a sí misma que no faltaba motivo para ella, púsose precipitadamente a recordar algo cómico.

—¡Qué…, qué *pudle*![74] tan gracioso —dijo sintiendo que la risa la ahogaba—. ¡Qué gracioso ese *pudle*!…

Recordaba que la víspera, después de tomar el té, Grusdev, que había estado jugueteando con el *pudle Maxim*, contó después que una vez un *pudle* muy inteligente había corrido por el patio persiguiendo a un cuervo y que este cuervo, volviéndose hacia él, le había dicho: «Eres un bribón».

El *pudle*, que no sabía que tenía que habérselas con un cuervo tan inteligente, se azoró de un modo terrible, retrocedió perplejo y empezó a ladrar.

—No. Mejor será que ame a Grusdev —decidió Nadia rompiendo la carta.

Púsose después a pensar en el estudiante, en su amor hacia ella y en el de ella hacia él; pero los pensamientos se diluían en su cabeza y acababa pensando en todo: en mamá, en la calle, en el lápiz, en el piano… Sus ideas eran alegres, todo lo encontraba bueno, magnífico y, sin embargo, aquella alegría le decía que esto no era todo y que aún llegaría algo mejor: que pronto vendría la primavera y el verano y que iría con mamá a Gorbiki, que Gornii iría allí de permiso y que pasearía con ella por el jardín haciéndole la corte. Grusdev iría también a jugar con ella al *croquet* y a los bolos y le contaría cosas divertidas y extraordinarias. Y sintió un apasionado deseo de ver el jardín, la oscuridad, el límpido cielo y las estrellas. De nuevo sus hombros temblaron de risa y le pareció que la habitación olía a acíbar y que una rama golpeaba en la ventana.

Se acercó a la cama, se sentó en ella y, sin saber qué hacer con aquella gran alegría que la atormentaba, miró a la imagen colgada sobre la cabecera de la cama y dijo:

—¡Dios mío!… ¡Dios mío!…

MAL TIEMPO

GRUESAS gotas de lluvia golpeaban en las oscuras ventanas. Era aquélla una de esas desagradables lluvias veraniegas que, por lo general, una vez que han comenzado, se prolongan durante mucho tiempo, a veces durante semanas enteras, hasta que el veraneante friolero, habituándose a ellas, cae sumergido en una completa apatía. El día era frío y una fuerte y desagradable humedad hacíase perceptible. La suegra del letrado Kvaschen y su mujer Natalia Filippovna, envueltas en *waterproofs* y chales, hallábanse sentadas en el comedor ante la mesa. El rostro de la vieja suegra llevaba impreso el que, a Dios gracias, estaba bien comida, bien vestida, que gozaba de buena salud, que había casado a su hija con un hombre cabal y que ahora, por tanto, con la conciencia tranquila, podía dedicarse a hacer solitarios. Su hija, una rubia llenita, de mediana estatura y unos veinte años de edad, de rostro tímido y anémico, leía un libro con los codos clavados en la mesa. A juzgar por la fijeza de sus ojos, más estaba ocupada en pensar en sus propios asuntos, no impresos en el libro, que en leer. Ambas guardaban silencio. Oíase el ruido de la lluvia; y de la cocina llegaban los largos bostezos de la cocinera.

Kvaschen no estaba en casa. Los días de lluvia no solía ir a la casa veraniega y permanecía en la ciudad. El mal tiempo perjudicaba a su bronquitis y perturbaba su trabajo. Sustentaba la opinion de que la contemplación del cielo gris y las lágrimas de lluvia contra las ventanas destruyen la energía del hombre y le llenan de murria. En la ciudad el *confort* es mayor y el mal tiempo apenas perceptible.

Después de hechos dos solitarios, la vieja suegra mezcló las cartas y miró a su hija.

—He echado a suertes si mañana hará buen tiempo y si vendrá nuestro Aleksei Stepanich —dijo—. Ya son cuatro días cumplidos los que hace que no viene… ¡El Señor nos ha castigado con este tiempo!…

Nadejda Filippovna miró a su madre con aire indiferente, se levantó y dio unos cuantos pasos por la habitación.

—Ayer subió el barómetro —dijo con expresión meditativa—; pero hoy dicen que ha vuelto a bajar.

La suegra extendió las cartas en tres largas filas y movió la cabeza.

—¿Te has puesto triste? —preguntó mirando a su hija—. ¡Naturalmente! ¡Eso ya lo estaba yo viendo! ¿Cómo no ponerse triste? Ya son cuatro los días que falta de aquí. En mayo eran dos o tres a lo sumo los que dejaba de venir, pero ahora ya van cuatro…, lo que no es ninguna broma. Yo, que no soy su mujer, también me entristezco. Ayer, cuando me dijeron que el barómetro había subido, mandé que mataran un pollo para Aleksei Stepanich y que limpiaran el *karas*[75]. ¡Es tanto lo que le gusta!… Tu difunto padre no podía ver el pescado, pero a él le gusta mucho. ¡Siempre lo come con apetito!

—¡Me duele el corazón por él! Nosotras nos estaremos aburriendo; pero él tiene que aburrirse todavía más.

—¡Ya lo creo! ¡Todo el día sin hacer otra cosa que correr de juzgado en juzgado!… Y por la noche, solo como un búho en el piso vacío.

—Eso es lo terrible, mamá…, que esté allí solo, sin servicio, sin una persona que le prepare el *samovar*. ¿Por qué no haber tomado un criado en estos meses de verano?… ¿Para qué, después de todo, esta casa de verano si a él no le gusta veranear?… Yo ya le dije que no hacía falta ninguna, pero como si no. «Es por tu salud» —decía él—. ¿Y qué es lo que le pasa a mi salud, vamos a ver?… Lo que me hace enfermar es que él esté pasando todas esas fatigas por mí…

Mirando por encima del hombro de su madre, observó la hija un error en el solitario e inclinándose sobre la mesa se dispuso a remediarlo. Se hizo el silencio. Ambas, mientras fijaban los ojos en las cartas, imaginaban a su Aleksei Stepanich solo en la ciudad, en su sombrío y vacío despacho, trabajando, hambriento, cansado y entristecido por el recuerdo de la familia.

—¿Sabes lo que te digo, mamá? —dijo de pronto Natalia Filippovna, cuyos ojos brillaron—. Si mañana hace este mismo tiempo, yo me voy a verle a la ciudad. ¡Por lo menos sabré cómo está de salud! Le veré y le serviré el té.

Ambas se asombraron de que aquella idea, tan sencilla y tan fácil de ejecutar, no se les hubiera ocurrido antes. Hasta la ciudad no había más que media hora de viaje; después, alrededor de veinte minutos en un *isvoschki*. Tras un rato más de charla se acostaron en la misma habitación.

—¡Ay Señor!… ¡Perdónanos, pecadores!… —suspiró la anciana cuando en el reloj de la sala dieron las dos—. No tengo sueño.

—¿Estás despierta, mamá? —preguntó la hija a media voz—. Yo sigo pensando en Alioscha. ¡Temo que su salud se resienta de la estancia en la

ciudad! ¡Tanto almorzar y comer sabe Dios dónde! ¡Por restaurantes y tabernas!…

—¡También he pensado yo en eso! —suspiró la anciana—. ¡Dios nos tenga de su mano! ¡Virgen Santísima!… ¡Y esa lluvia sin cesar!…

A la mañana siguiente ya no golpeaba la lluvia en la ventana, pero el cielo era gris como la víspera. Los árboles estaban tristes, y a cada ráfaga de viento dejaban caer salpicaduras del agua; las huellas de los pies humanos sobre los sucios senderos y los surcos y cunetas aparecían también llenos de agua. Nadejda Filippovna decidió marcharse.

—Salúdale de mi parte —dijo la anciana arropando a su hija—. Dile que no corra demasiado por los Juzgados…, que es necesario también descansar y que cuando salga a la calle se cubra bien el cuello… El tiempo está de un modo que ¡Dios nos asista!… Llévale el pollo. Preparado en casa, aunque esté frío, siempre será mejor que el de la taberna

Prometiendo volver en el tren de la noche o en el de la mañana siguiente, la hija se marchó.

Regresó sin embargo mucho más rápidamente. Antes de la comida, cuando la anciana sentada en la alcoba sobre el baúl dormitaba a la vez que pensaba en lo que podría asar para la cena de su yerno.

Al entrar en la habitación de su madre, la hija, pálida, descompuesta, sin pronunciar palabra ni quitarse el sombrero, se desplomó sobre la cama y apoyó la cabeza en la almohada.

—¿Qué te pasa? —se asombró la anciana—. ¿Por qué has vuelto tan pronto?… ¿Dónde está Aleksei Stepanich?…

Nadejda Filippovna levantó la cabeza, y con ojos secos y suplicantes miró a su madre.

—¡Nos engaña, mamá! —exclamó.

—¿Qué estás diciendo?… ¡Dios nos proteja! —se asustó la anciana, de cuya cabeza se escurrió la cofia—. ¿Quién nos va a engañar?… ¡Dios nos guarde!…

—¡Nos engaña, mamá! —repitió la hija, y su barbilla tembló.

—¿De dónde sacas eso? —exclamó la anciana, palideciendo.

—Nuestro piso está cerrado. El portero dice que Aloscha no ha aparecido por allí ni una sola vez en los últimos cinco días. ¡No vive en casa! ¡No vive! ¡No vive!… —y agitando las manos rompió a llorar a gritos, repitiendo siempre—: ¡No vive! ¡No vive!

Sufría un ataque histérico.

—Pero ¿qué es lo que sucede? —balbucía la anciana, presa de espanto—. ¡Si hace dos días que escribió que no salía de casa! ¿Dónde pasa la noche? ¡Santos del cielo!

Nadejda Filippovna se había quedado tan débil que apenas tenía fuerza para quitarse el sombrero. Parecía enteramente que le habían dado algo para aturdirla. Su mirada vacía recorría la habitación, y sus manos asían convulsas las de su madre.

—¡Sí que has encontrado una persona de quien fiarte! ¡El portero! —decía la anciana, afanándose junto a su hija y llorando—. ¡Pues no eres poco celosa!… ¡Qué ha de engañarte!… ¿Y con qué derecho, además, podría hacerlo?… ¿Somos acaso unas cualquieras?… ¡Aunque vengamos de la clase media…, a eso no tiene derecho!… ¡Tú eres su mujer legítima! ¡Podemos protestar!… ¡He dado para ti veinte mil rublos!… ¡No eres una sin dote!

De repente la anciana estalló también en sollozos; y sintiéndose sin fuerzas, se echó sobre el baúl. Ninguna de las dos observó que en el cielo aparecían manchas azules, que las nubes se partían, que en el jardín se deslizaba cautelosamente sobre la hierba mojada un primer rayo de sol y que los gorriones, con redoblado gozo, saltaban alrededor de los charcos sobre los que las nubes, al huir, se reflejaban. Por la tarde llegó Kvaschen. Antes de salir de la ciudad había ido al piso, enterándose por el portero de que durante su ausencia su mujer había estado allí.

—¡Aquí estoy yo! —dijo alegremente al entrar en la habitación de la suegra y haciendo como que no notaba los rostros severos con señales de llanto—. ¡Aquí estoy yo! ¡Pensar que hace ya cinco días que no nos vemos!

Después de besar rápidamente las manos de su mujer y de su suegra, se dejó caer en una butaca, con el aire del hombre que se siente contento de haber dado término a su penoso trabajo.

—¡Uf! —dijo, dejando escapar todo el aire de sus pulmones—. ¡Qué cansado estoy! ¡Apenas si puedo sentarme! ¡Casi cinco días, día y noche, viviendo como en un *bivouac*! ¿Pueden ustedes creer que ni una sola vez pude ir al piso?… Todo mi tiempo ocupado en el concurso «¡Schipunov e Ivanchekov!»…! Tuve que ir a trabajar a casa de Galdev… A su despacho…, al almacén… No comía ni bebía. Dormía en el primer banco y ¡pasaba un frío!… En fin, que no me quedaba un momento libre ni para ir al piso. Por tanto, Nadiuscha, no fui a casa…

Y Kvaschen, frotándose los costados y la cintura como si le dolieran de tanto trabajar, miró de reojo a su mujer y a su suegra para conocer el efecto que surtía su mentira o, como él la llamaba, su diplomacia. La suegra y la

mujer se miraban la una a la otra con alegre asombro, como si inesperadamente hubieran hallado un tesoro perdido. Sus rostros resplandecían…, sus ojos brillaban…

— ¡Palomito mío! —habló la suegra, levantándose de un salto—. ¡Y yo aquí sentada!… ¿Quieres que te sirva el té?… ¡Pronto! ¡El té! ¿O a lo mejor lo que quieres es comer?…

—Naturalmente que es eso lo que quiere —dijo la mujer, quitándose de la frente el pañuelo empapado en vinagre—. ¡Mamá! ¡Traiga en seguida el vino y los entremeses! ¡Natalia, pon la mesa!… ¡Ay Dios mío! ¡No hay nada preparado!…

Las dos mujeres, asustadas y felices, se ajetrearon por las habitaciones. La anciana no podía mirar a su hija sin reírse de que había calumniado a un hombre inocente, y la hija se sentía avergonzada.

Pronto estuvo dispuesta la mesa. Kvaschen, que olía a vino de Madera y a licores y al que apenas permitía respirar la hartura, se quejaba de hambre, masticaba a la fuerza y hablaba sin parar del concurso «Schepunov e Ivanchekov», en tanto que la mujer y la suegra, sin apartar los ojos de su rostro, pensaban:

—¡Qué inteligente, qué cariñoso y qué guapo es!

«¡Magnifico! —pensaba a su vez Kvaschen mientras, después de haber cenado, se acostaba en una cama grande y mullida—. Aunque sean comerciantes…, aunque sean *Asia*…, tienen un encanto especial. ¡Gustosamente pueden pasarse aquí un par de días a la semana!…».

Se arropó, y entrando en calor pronunció, al tiempo que se quedaba dormido:

—¡Magnífico!…

IMPRESIONES FUERTES

OCURRIÓ en el Tribunal regional de Moscú. Los jurados que habían de pernoctar en el Tribunal pusiéronse a conversar, antes de acostarse, sobre el tema de las impresiones fuertes. Fue el recuerdo de uno de los testigos que, según sus propias palabras y a consecuencia de un terrible minuto de su vida, se habla vuelto tartamudo y canoso, lo que les hizo caer en este tema. Los jurados acordaron rebuscar cada uno en su memoria y referir algo sobre dicho género antes de acostarse. La vida del hombre es corta, pero aun así y todo no hay nadie que pueda jactarse de no haber pasado en ella por algunos minutos terribles.

Uno de los jurados contó cómo en una ocasión había estado a punto de ahogarse; otro, cómo una vez, por la noche y encontrándose en un lugar en el que no existían médico ni farmacias, había envenenado a su propio hijo dándole a beber por equivocación sulfato de cinc en lugar de bicarbonato de sosa. El niño no se murió, pero el padre por poco se vuelve loco. El tercer miembro del Jurado, hombre todavía joven y de aire enfermizo, reveló sus dos intentos de suicidio: en uno de ellos se había pegado un tiro; en el otro, habíase tirado al tren.

El cuarto jurado, hombre bajito y gordiflón, vestido elegantemente, refirió lo que sigue:

—No tendría yo más que veintidós o veintitrés años cuando me enamoré locamente de mi actual mujer y pedí su mano… Ahora me pegaría de azotes, muy gustoso, por haberme casado tan joven, pero en aquel entonces no sé lo que hubiera sido de mí si Natascha me hubiera respondido con una negativa. Mi amor era de lo más sincero… de ése que se describe en las novelas…, frenético, pasional, etcétera… La felicidad me ahogaba, y no sabiendo cómo escapar a ella aburría a mi padre, a mis amigos, a los criados, contándoles sin cesar lo ardiente que era mi amor. Las personas felices son las más aburridas, y yo aburría a todos de tal manera que todavía ahora me da vergüenza.

Entre mis amigos de entonces estaba un abogado que empezaba a ejercer su carrera. Ahora este abogado es famoso en toda Rusia, pero en aquel tiempo

no había hecho más que empezar. Todavía no era rico ni lo suficientemente célebre para tener derecho a no saludar y a prescindir de quitarse el sombrero al encontrarse con los viejos amigos. Una o dos veces por semana acostumbraba a visitarle, y ambos solíamos, cuando yo iba a su casa, tumbarnos en los divanes y ponemos a filosofar.

Un día, echado en el diván, charlaba yo sobre que no hay profesión más ingrata que la del abogado. Quería demostrar que el juez, después de terminado el interrogatorio de los testigos, podía prescindir del fiscal y del abogado, ya que el uno y el otro no hacen más que estorbar y, por tanto, si un letrado tiene la inteligencia sana y está tan convencido de que Ivanov es culpable como de que este techo es blanco, ni Demóstenes sería capaz de luchar contra esa convicción y de vencerla. ¿Quién podría convencerme a mí de que tengo los bigotes rojos cuando yo sé que los tengo negros? ¡No digo que escuchando al orador no llegara a conmoverme y hasta a llorar!… Pero mi convencimiento, basado en su mayor parte en la evidencia, en el hecho consumado, no cambiaría lo más mínimo…

A su vez *mi abogado* pretendía demostrar que yo era todavía muy joven, que era tonto y que no decía más que las bobadas propias de un chiquillo. En primer lugar, según su opinión, un hecho palpable, examinado a la luz de las personas conscientes y bien informadas en la materia, se hace aún más palpable… En segundo, el talento es un elemento de fuerza, un vendaval, capaz de triturar hasta las piedras, y no admite comparación con una tontería como es la *convicción* en los pequeños burgueses y comerciantes. Luchar contra el talento es algo tan difícil como mirar al sol sin pestañear o pretender detener al viento. Con sólo la sencilla fuerza de la palabra se convierten al cristianismo miles de salvajes convencidos. Odiseo fue uno de los seres más convencidos que hubo jamás en el mundo, pero se rindió ante las sirenas, etcétera. La historia entera está compuesta de ejemplos semejantes, con los que a cada paso tropezamos en la vida, y así tiene que ser, pues de lo contrario un hombre inteligente y de talento en nada aventajaría a un tonto sin talento ninguno.

Yo defendía mi punto de vista y seguía intentando demostrar que la convicción tiene mayor fuerza que el talento, aunque he de confesar que yo mismo no sabía definir exactamente lo que era la convicción y lo que era el talento. ¡Hablaría seguramente sólo por hablar!

—¡Por ejemplo tú!… —dijo el abogado—. Ahora estás convencido de que tu novia es un ángel y de que más dichoso que tú no hay hombre en la

ciudad…, pero yo te digo que me bastarían diez o veinte minutos para que te sentaras a esa mesa y escribieras una carta rompiendo con tu novia.

Me eché a reír.

—¡No te rías, que estoy hablando en serio! —dijo mi amigo—. Si se me antojara…, dentro de veinte minutos te sentirías feliz pensando en que ya no ibas a casarte. No tengo un talento extraordinario; pero como en eso tú tampoco eres muy fuerte…

—¡Bien! ¡Haz la prueba! —dije yo.

—No… ¿Para qué?… Lo digo sólo por decir. Eres un buen muchacho y sería cruel hacerte pasar por semejante experiencia. Además, hoy no estoy en mis plenas facultades…

Nos sentamos a cenar. El vino, la idea de Natascha y mi amor me infundían un sentimiento de juventud y de felicidad. Mi dicha era tan inmensamente grande que el abogado de ojos verdes sentado frente a mí se me figuraba un ser sumamente infeliz…, pequeño…, gris…

—¡Anda! ¡Haz la prueba! —insistía yo—. ¡Te lo pido!

El abogado movió negativamente la cabeza e hizo una mueca de desagrado. Empezaba a aburrirle.

—Sé que después de hecha la experiencia me darías las gracias y dirías que soy tu salvador; pero también es menester pensar en tu novia… Te ama y la haría sufrir el que rompieras con ella. ¡Qué encanto de mujer! ¡Te tengo una envidia!

El abogado suspiró, se bebió un vaso de vino y empezó a ponderar los encantos de Natascha. Tenía un talento extraordinario para la descripción. Disponía de infinidad de palabras para hablar de las pestañas o del dedo meñique de una mujer. Yo le escuchaba embelesado.

—¡He visto muchas mujeres en mi vida —decía—; pero te doy mi palabra de honor, te lo digo como a un verdadero amigo, que tu Natalia Adreevna es una perla! ¡Una muchacha excepcional!… ¡Claro está que tiene defectos, y hasta bastantes, si quieres!… Sin embargo, es encantadora…

El abogado se puso a hablar después de los defectos de mi novia. Ahora me doy perfectamente cuenta de que hablaba de la mujer en general, de sus debilidades; pero entonces me hacía el efecto de que se refería únicamente a Natascha. Se entusiasmaba hablando de su nariz respingona, de sus exclamaciones, de su risa chillona y de su afectación, o sea precisamente de todo aquello que me desagradaba en ella. ¡Eran cosas, según él, tan bonitas, tan graciosas y femeninas! Después y sin que yo apenas me percatara del

cambio, trocaba aquel tono entusiasmado por el paternal y moralizador, aunque ligeramente despreciativo…

Como el presidente del Juzgado estaba ausente, no había quien pudiera detener la charla del abogado, que continuaba hablando. A mí no me daba tiempo ni de abrir la boca, y, además, ¿qué podía haber dicho? Las palabras de mi amigo no revelaban nada nuevo, sino algo ha largo tiempo conocido de todos. El veneno no estaba en lo que decía, sino en su diabólica manera de expresarse. ¡Qué manera, diablos!… Escuchándole entonces, me convencí de que, en efecto, una misma palabra tiene mil significados y matices; según se pronuncie y según la forma que se dé a la frase. No puedo ahora hacerles ver qué forma era ésta, ni cuál el tono en que hablaba; sólo puedo decirles que mientras paseando por la habitación escuchaba a mi amigo, tan pronto despreciaba como me indignaba al unísono con él. Llegué a creerle inclusive cuando con lágrimas en los ojos declaró que yo era un gran hombre, merecedor de mejor destino, y que el futuro esperaba de mí algo extraordinario, cosa que mi casamiento podía impedir.

—¡Amigo mío! —exclamaba estrechándome fuertemente la mano—. ¡Te lo suplico! ¡Detente antes de que sea tarde! ¡Detente! ¡Qué el Cielo te arranque de tu terrible y profundo error! ¡Amigo mío!… ¡No destroces tu juventud!

Lo querrán ustedes creer o no, pero es el caso que al final de esta escena encontrábame yo sentado ante la mesa escribiendo una carta de ruptura a mi novia. Escribía, y mientras lo hacía me alegraba de sentirme todavía a tiempo de no cometer aquel error. Después de cerrar la carta, me apresuré a salir a la calle para ir a echarla al buzón. El abogado me acompañaba.

—¡Magnífico! ¡Maravilloso! —me decía cuando mi carta a Natascha había desaparecido en el buzón—. ¡Te felicito de todo corazón! ¡Me alegro por ti!

Después de dar unos pasos a mi lado, el abogado prosiguió:

—¡Claro que el matrimonio tiene también sus ventajas! Yo, por ejemplo, soy de esa clase de personas para las que el matrimonio y la vida familiar es el todo…

Empezó entonces a descubrirme su vida. ¡Toda la tristeza de la vida solitaria de un soltero comenzó a desfilar ante mí!

Hablaba con tal entusiasmo de su futura esposa, de las delicias de la vida vulgar del matrimonio…; se entusiasmaba de una manera tan bella, tan sincera, que cuando llegamos a la puerta de su casa me sentía ya desesperado.

—¿Qué estás haciendo conmigo, hombre terrible? —decía yo, entrecortado el aliento—. ¡Has sido la causa de mi pérdida! ¿Por qué me obligaste a escribir aquella maldita carta? ¡La amo, la amo!…

Estaba profundamente enamorado, y mi conducta me llenaba de espanto, me parecía estúpida e insensata. ¡Sensación tan fuerte como la que yo experimenté en aquel momento no pueden ustedes imaginarse! ¡Oh, lo que pasé entonces, lo que sentí! Si en aquel instante un buen corazón me hubiera presentado una pistola, con deleite me hubiera pegado un tiro.

—Bueno, bueno… —dijo el abogado dándome unas palmaditas, tras de lo que se echó a reír—. ¡No llores! La carta no llegará a tu novia. Fui yo y no tú quien puso la dirección del sobre, y lo hice de tal modo que en el correo no podrán comprender nada. Esto, sin embargo, te servirá de lección: ¡No discutas sobre lo que no comprendes!… Y ahora, señores, le toca hablar al siguiente.

El quinto miembro del Jurado se acomodó en su asiento, y ya había abierto la boca para empezar su relato, cuando en la torre de Spasskaia sonó el reloj.

—Las doce… —contó uno de los jurados—. ¿A qué clase, señores, creen ustedes que pertenecen las sensaciones que experimenta en este momento nuestro acusado?… El asesino pasa la noche en el calabozo del Juzgado, está sentado; como es natural, no duerme, y durante todo el curso de la noche ha aguzado el oído tratando de percibir ese sonido… ¿En qué piensa?… ¿Qué ensueños son los que le turban?

De pronto los jurados olvidaron el tema de las *impresiones fuertes*. Lo sufrido por su amigo cuando escribió un día aquella carta a su Natascha se les antojaba ahora pueril y desprovisto de gracia. Ya nadie contaba nada. Despacio y en silencio se dispusieron a acostarse…

MIEDOS

SÓLO tres veces durante el curso de mi vida he sentido miedo. Mi primer auténtico miedo, de esos miedos que erizan el cabello y hacen correr un hormigueo por todo el cuerpo, tuvo por causa un suceso insignificante, pero misterioso. Un día del mes de junio, a la caída de la tarde, hallándome desocupado, me dirigí a la estación en busca de los periódicos. El anochecer era quieto, templado y casi sofocante, como suelen serlo esos monótonos anocheceres de julio que una vez comenzados se prolongan por espacio de dos semanas y a veces más y que de repente interrumpe una violenta tormenta acompañada de soberbio y refrescante chaparrón.

Hacía tiempo que se había puesto el sol, y una sombra extensa y grisácea cubría la tierra; los vahos empalagosos de las hierbas y las flores percibíanse en el aire inmóvil y suspenso. Iba yo subido en un simple carro. Detrás de mí, y con la cabeza apoyada en un saco de avena, roncaba plácidamente Paschka, el hijo del jardinero, muchacho de unos ocho años, que llevaba conmigo por si se hacía preciso atender al caballo. Nuestro camino era un sendero estrecho y recto como una regla que, semejante a una gran serpiente, se escondía en un alto y espeso centeno. El crepúsculo vespertino se diluía en una pálida luz. La estrecha y torpe nube que tan pronto tomaba la forma de una barca como la de un hombre envuelto en una manta, cortaba aquella raya clara… Llevaría ya recorridas dos o tres *verstas* cuando he aquí que en el pálido fondo de aquel crepúsculo vespertino empezaron a recortarse los altos y esbeltos sauces, tras ellos brilló el río y ante mí, de repente, como por hechizo, surgió un espléndido cuadro. Como nuestro camino quedaba cortado por una pendiente cubierta de maleza, se hizo necesario parar el caballo. Nos hallábamos detenidos en lo alto de una colina, y a nuestros pies se extendía un gran hoyo lleno de sombras, de extrañas figuras y de espacio. En el fondo de aquel hoyo, sobre una lisa llanura, defendida por los sauces y acariciada por el fulgor del río, estaba el pueblo.

Éste dormía… Sus isbas, su iglesia con su campanario y sus árboles recortábanse en el crepúsculo gris y en la pulida superficie del río, donde su

reflejo se oscurecía.

Desperté a Paschka para evitar que se cayera del carro y emprendí la bajada con suma precaución.

—¿Hemos llegado ya a Lukovo? —preguntó Paschka, levantando perezosamente la cabeza.

—Hemos llegado. Sujeta las riendas.

Mientras bajaba llevando al caballo de la brida, miraba al pueblo. Desde el primer momento algo singular atrajo mi atención. En la parte más alta del campanario, en una pequeña ventana situada entre las campanas y la cúpula, oscilaba una lucecita. Esta llama, al apagarse, quedaba un instante suspensa; luego, semejante a una lamparilla, ardía más vivamente. ¿De dónde venía? Su procedencia me resultaba incomprensible. No podía estar encendida tras la ventana, ya que en esa parte elevada del campanario no había iconos ni lamparitas. Allí, como yo sabía muy bien, sólo se encontraban vigas, polvo y telarañas. Conseguir llegar a aquella parte de la torre era difícil, pues el acceso al campanario estaba herméticamente, cerrado.

Más bien podía ser aquella lucecita el reflejo de alguna luz exterior, pero a pesar de todos mis esfuerzos visuales, en todo el espacio inmenso tendido ante mí no pude distinguir, aparte de esta luminaria, ni un solo punto de claridad. No había luna, y tampoco era posible que la pálida y casi extinguida rayita del crepúsculo vespertino produjera aquel reflejo, porque la ventana de la lucecita no miraba al Oeste, sino al Este. Tales y otras semejantes reflexiones bullían en mi cerebro, mientras bajaba conduciendo al caballo. Una vez al pie de la cuesta me senté en el carro y volví a contemplar la lucecita. Ésta, como antes, se apagaba y volvía a encenderse.

«¡Qué extraño! —pensé, perdiéndome en suposiciones—. ¡Muy extraño!».

Poco a poco una desazón comenzó a apoderarse de mí. Primeramente pensé que me enojaba conmigo mismo por no ser capaz de explicarme un fenómeno sencillo; pero cuando luego, de repente, apartando la cabeza de la lucecita, así a Paschka por el brazo, comprendí claramente que era presa del miedo…

Un sentimiento de soledad, de tristeza y de espanto me envolvió, como si a pesar mío hubiera sido arrojado a este hoyo lleno de crepúsculo, en el que, solo, habría de enfrentarme con aquel campanario que me miraba con su ojo carmesí.

—¡Paschka! —llamé, cerrando, espantado, los ojos.

—¿Qué?

—¡Paschka! ¿Qué luz es esa que arde en el campanario?

Paschka miró al campanario por encima de mi hombro y bostezó.

—¡Vaya usted a saber!

El breve diálogo con el chiquillo me tranquilizó un poco, pero esta tranquilidad no me duró mucho tiempo. Paschka, reparando en mi inquietud, fijó sus grandes ojos en la lucecita, luego me miró a mí y después otra vez a la lucecita…

—Tengo miedo… —murmuró.

Entonces, perdida por el terror la noción de las cosas, rodeé con un brazo al chiquillo, me apreté contra él y azoté al caballo.

—¡Qué tontería! —iba diciéndome a mí mismo—. Si ese fenómeno infunde temor es sólo por lo que tiene de incomprensible. ¡Todo lo incomprensible resulta misterioso, y por lo mismo inspira miedo…!

Y seguía razonándome sin dejar a la vez de azotar los caballos. Cuando llegamos a la estafeta del correo, de intento me puse a charlar durante una hora entera con el jefe; leí dos o tres periódicos, pero todo en vano. La intranquilidad no me abandonaba. Durante el camino de vuelta, ya no veía la lucecita; pero, en cambio, las siluetas de las isbas, de los sauces y de las montañas por las que habíamos de subir, se me antojaban animadas. ¿Por qué estaba allí aquella lucecita?… Esta es la hora en la que no me lo he sabido explicar.

Otro de los miedos experimentadas por mí fue provocado por un suceso no menos insignificante. Regresaba de una cita. Era la una de la madrugada, o sea, el momento en que la naturaleza por lo general suele sumergirse en el más profundo y dulce sueño prematutino; pero en aquella ocasión la naturaleza no dormía y no podía decirse que la noche fuera precisamente tranquila. Las chochas, las codornices y los ruiseñores lanzaban su grito; cantaban los grillos y las chicharras. Una bruma ligera flotaba sobre la hierba y en el cielo, no se sabía hacia adónde y, sin mirar atrás, sentía que pasaban volando las nubes por delante de la luna. La naturaleza se mantenía despierta, como si temiera desperdiciar en el sueño los mejores instantes de su vida. Yo seguía el estrecho sendero que corre junto al terraplén del ferrocarril. La luz de la luna resbalaba sobre los rieles ya cubiertos de rocío y las grandes sombras de las nubes pasaban a cada momento por el terraplén. A lo lejos, frente a nosotros, ardía una opaca lucecita verde.

«Lo cual quiere decir que todo está en regla», pensé mirándola.

También mi alma estaba quieta, tranquila y en regla. Como volvía de la cita no tenía por qué apresurarme, no sentía sueño y la salud y la juventud

estaban presentes en cada uno de mis suspiros, en cada uno de mis pasos que resonaban sordamente en medio del monótono rumor de la noche. Ya no me acuerdo de lo que experimentaba entonces, pero sí sé que me encontraba bien, muy bien.

No había recorrido más de una *versta* cuando a mis espaldas resonó algo estrepitoso y acompasado, semejante al cantar de un arroyo. A cada segundo transcurrido, este estrépito aumentaba, aumentaba; se acercaba más y más. Volviéndome, vi a unos cien pasos la sombra del bosquecillo del que acababa de salir, y cómo en aquel sitio el terraplén, trazando un bello semicírculo, torcía hacia la derecha y desaparecía entre los árboles. Perplejo, me detuve y esperé. Un instante después, de aquella curva surgía un cuerpo grande y negro que con velocidad vertiginosa se precipitaba en mi dirección, y con rapidez de pájaro pasaba volando junto a mí sobre los rieles.

Apenas habría pasado medio minuto cuando ya aquella mancha había desaparecido fundiéndose su estruendo en el rumor de la noche.

Se trataba sencillamente de un vagón de mercancías. Éste en sí mismo no presentaba ninguna particularidad especial; sin embargo, su aparición en medio de la noche, solo y sin locomotora, me llenó de perplejidad. ¿De dónde podía venir?… ¿Qué fuerzas le impelían sobre los rieles con tan espantosa velocidad?… ¿De dónde y adónde volaba?

Si yo hubiera sido hombre de prejuicios hubiera resuelto que eran los diablos y las brujas los que le hacían rodar hasta su aquelarre y hubiera proseguido mi camino, pero entonces el fenómeno me resultó inexplicable.

No podía creer lo que veían mis ojos y me perdía en conjeturas como una mosca en una telaraña.

De repente tuve conciencia de mi soledad, me sentí desconsoladamente solo en todo aquel inmenso espacio, sentí que la noche que antes parecía retraerse, me miraba ahora en el rostro y vigilaba mis pasos; que todos los sonidos, los gritos de los pájaros, el murmullo de los árboles presagiaban algo fatídico y no tenían otro objeto que asustar a mi imaginación. Sin saber lo que hacía, como un loco, me arranqué de aquel sitio y apreté a correr con todas mis fuerzas: cada vez más y más de prisa. En el acto reparé entonces en lo que antes había escapado a mi atención: en el gemido quejumbroso de los hilos telegráficos.

—«¡Sabe el diablo lo que será! —me avergonzaba—. ¡Falta de valor! ¡Tontería!…». La falta de valor era en mí, sin embargo, más fuerte que el sentido común. Sólo reduje mis pasos cuando mi carrera alcanzó la lucecita

verde junto a la que vi la garita del guardavía, y, a su lado, sentada al borde del terraplén, una figura humana: probablemente el propio guardavía.

—¿Has visto? —pregunté jadeante.

—¿A quién? ¿Qué?… ¿Qué te pasa?

—¡Por aquí ha pasado a toda marcha un vagón!

—¡Ya lo he visto! —contestó el *mujik* de mala gana—. ¡Se soltó de un tren de mercancías! En la *versta* ciento cincuenta y uno hay una cuesta abajo… ¡El tren tiene que subir una montaña…, las cadenas del último vagón no aguantaron bien…, y claro…! ¡Se volvió a echar para atrás!… ¡Anda! ¡Alcánzalo!…

El extraño fenómeno quedaba explicado y su misterio desapareció. Pasó el miedo y pude reanudar mi camino.

El tercer fuerte miedo hube de experimentarlo un buen día de la temprana primavera cuando volvía de caza. Anochecía, el camino del bosque estaba cubierto por los charcos de la reciente lluvia, y la tierra gemía bajo los pies. Los bermejos colores del crepúsculo vespertino atravesaban el bosque, pintando los blancos troncos de las encinas y el joven follaje. Estaba cansado y apenas tenía fuerzas para moverme.

Cuando a unas cinco o seis *verstas* de mi casa, pasaba por uno de los senderos del bosque, tropecé inesperadamente con un perrazo negro de la raza de los mastines. El perro, al avanzar corriendo hacia mí, me miró directamente a la cara y prosiguió su carrera.

«Un buen perro —pensé—. ¿De quién será?».

Volví la cabeza, el perro estaba parado a unos diez pasos de distancia y no me quitaba la vista de encima. Por espacio de un minuto nos contemplamos en silencio; luego el perro, seguramente halagado por mi atención, se me aproximó lentamente, moviendo el rabo…

Emprendí de nuevo mi camino, pero el perro me siguió.

«¿De quién podrá ser este perro? —me preguntaba—. ¿De dónde vendrá?».

En treinta o cuarenta *verstas* a la redonda, conocía a todos los terratenientes y a sus perros. Ninguno de aquellos tenía semejante mastín. ¿De dónde podría haber llegado hasta aquí…, hasta la profundidad del bosque?… ¿Hasta un camino por el que no transitaba nadie y que sólo se utilizaba para transportar leña?… Escasamente podía admitirse el que hubiera quedado a la zaga de algún viajero, ya que por aquel camino no circulaban señores.

Sentándome a descansar sobre el tronco de un árbol me puse a examinar con atención a mi compañero. También él se sentó, levantó el hocico y clavó

en mí una mirada fija… Me miraba y no pestañeaba. Fuera la inquietud, la oscuridad del bosque, los rumores o el cansancio…, es el caso que aquella mirada fija de unos ojos cualquiera de perro me hizo experimentar de repente cierto recelo. Me acordé de Fausto y de su *bull-dog…*, de que las personas nerviosas cuando están cansadas suelen encontrarse predispuestas a sufrir alucinaciones. Todo esto fue suficiente para que me levantara de prisa y de prisa también reanudara mi camino. El mastín me seguía.

—¡Largo! —grité.

Seguramente mi voz agradó al perro, porque éste, con un alegre salto, echó a correr delante de mí.

—¡Largo! —grité otra vez.

El perro volvió la cabeza, me miró fijamente y agitó gozoso el rabo. Sin duda le divertía mi voz amenazadora, Tal vez yo hubiera debido acariciarle; pero el *bull-dog* de Fausto no salía de mi cabeza, y la sensación de miedo se agudizaba más y más dentro de mí… Llegó la noche y mi desconcierto fue completo. Cada vez que el perro se me acercaba corriendo y me golpeaba con el rabo, sobrecogido cerraba los ojos. Volvía a repetirse la misma historia que con la lucecita en el campanario y con el vagón. No pudiendo resistir más, apreté a correr…

En mi casa me encontré con la visita de un viejo amigo, quien al saludarme, se lamentó de la pérdida de su buen y valioso perro, que durante el camino a mi casa había quedado rezagado en el bosque.

LOS NIÑOS

Ni papá, ni mamá, ni tía Nadia están en casa. Se fueron al bautizo que se celebra en la del viejo militar que solía montar la jaca gris.

Grischa, Ania, Alioscha, Sonia y Andrei (el hijo de la cocinera), esperando su regreso, están sentados alrededor de la mesa del comedor y juegan a la lotería. A decir verdad ya es hora de que se vayan a dormir, pero ¿es que acaso sería posible dormirse sin saber antes por mamá cómo es el niñito recién bautizado y qué platos fueron servidos en la cena?

La mesa, que alumbra una lámpara colgante, está cubierta de números, cáscaras de nueces, papeles y fichitas de vidrio. Delante de cada jugador hay dos cartones y un montoncito de fichas con que tapar las cifras, y en el centro de la mesa resalta la blancura de un platillo que contiene cinco monedas de *kopeka*. Junto al platillo hay una manzana a medio comer, unas tijeras y un plato sobre el que ha sido ordenado se echen las cáscaras de nuez. Los niños juegan con dinero. Cada puesta es una *kopeka* y las condiciones las siguientes: el que haga trampas será arrojado de allí en el acto. Aparte de los jugadores, no hay nadie en el comedor. Agafia Ivanovna, el aya, está abajo en la cocina dando lección de corte a la cocinera y Vasia, el hermano mayor, alumno de quinto año, se aburre tumbado en el sofá de la sala. Todos ponen pasión en el juego. El rostro que con mayor fuerza acusa esta pasión es el de Grischa, chiquillo de nueve años, de pelo rapado, mejillas gordiflonas y gruesos labios de negro. Ya va al colegio, por lo que es considerado como *mayor* y tenido por sumamente inteligente. Sólo le mueve a jugar el interés del dinero. Si sobre el platillo no hubieran estado aquellas *kopekas*, hace tiempo que se hubiera ido a la cama. Sus ojillos color castaño recorren inquietos y recelosos los cartones de sus compañeros de juego. El miedo de perder, la envidia y las combinaciones financieras ocupan su cabeza impidiéndole estar quieto y fijar continuamente la atención. A juzgar por sus movimientos, diríase que está sentado sobre agujas. Cuando gana coge el dinero con afán y se lo guarda en seguida en el bolsillo. Su hermana Ania, niña de aproximadamente ocho años, puntiaguda barbilla y ojos inteligentes,

también teme que gane otro. Enrojece, palidece y está atenta a las jugadas. Las *kopekas* no le interesan. Para ella tener suerte en el juego es cuestión de amor propio. Sonia, su otra hermana, chiquilla de seis años y rizada cabecita, poseedora de ese cutis del que sólo disponen los niños muy saludables y las muñecas, juega a la lotería sólo por seguir la marcha del juego. En su cara puede leerse que está emocionada. Gane quien gane, del mismo modo ríe y palmotea. Alioscha, pequeñín inflado, redondo como una bola, entre resoplidos mira los cartones con ojos muy abiertos. Aunque no tiene ambición ni amor propio, está satisfecho de que no le echen de la habitación ni le acuesten. Pese a lo flemático de su aspecto exterior, interiormente es una bestiecilla. Si se sentó a jugar no fue tanto por la lotería cuanto por poder presenciar las discrepancias inevitables en el juego. Se siente ferozmente complacido cuando una persona riñe o se pega con otra. Desde hace rato experimenta la necesidad de ir corriendo a cierto paraje, pero no abandona la mesa ni un solo minuto por temor a que en su ausencia le roben sus fichitas y sus *kopekas*. Como conoce solamente las unidades y las cifras terminadas en cero, Ania se encarga de llenarle los cartones. El quinto jugador, Andrei, el hijo de la cocinera, es un muchachito moreno y enfermizo, vestido de una blusa de percal, con una crucecita de cobre colgada sobre el pecho, que contempla las cifras inmóvil y con expresión soñadora. Permanece indiferente a las ganancias y a los triunfos de los demás porque se encuentra sumergido en la aritmética del juego y en esta su pequeña filosofía: ¡Cuántas cifras contiene el mundo! ¿Y cómo es posible que no lleguen a mezclarse?

Todos por turno leen en alta voz los números, excepto Sonia y Alioscha. Para paliar la monotonía de aquéllos, se emplean términos y apodos risibles. Los jugadores, por ejemplo, llaman *pancho* al siete; *palitos*, al once; *Semion Semionich*, al setenta y siete; *abuelo*, al noventa, etc., etc… Juegan animadamente.

—¡Setenta y dos! —canta Grischa, extrayendo del gorro de papá, los pequeños cilindros de color amarillo—. ¡Diecisiete!… ¡El *pancho*!, ¡Veintiocho! Ania repara en que Andrei no se ha fijado en el veintiocho.

En otro momento le hubiera llamado la atención; pero como ahora, en el platillo, al mismo tiempo que las *kopekas*, se juega su amor propio, ¡se siente triunfante!

—¡Veintitrés! —sigue diciendo Grischa—. *¡Semion Semionich!* ¡Nueve!

—¡Ay! ¡Una cucaracha! —exclama Sonia señalando a una cucaracha que atraviesa velozmente la mesa—. ¡Ay!

—¡No la mates! —dice con voz de bajo Alioscha—. Puede que tenga hijos…

Sonia sigue con la mirada a la cucaracha mientras piensa en los posibles hijos de ésta. ¡Qué pequeñas serían aquellas cucarachitas!

—¡Cuarenta y tres! ¡Uno! —continúa Grischa, al que hace sufrir la idea de que a Ania le falte poco para terminar—. ¡Seis!

—¡Partida! ¡Se acabó la partida! —grita Sonia poniendo los ojos en blanco y riéndose con coquetería.

Las caras de sus compañeros de juego se alargan.

—¡A revisar! —dice Grischa mirando con odio a Sonia.

Como es el mayor y el más listo de todos, se abroga el derecho de disponer. Los demás hacen lo que él quiere. Los cartones de Sonia son revisados minuciosamente durante largo rato, resultando al fin, y con gran pesar por parte de sus contrincantes, que no había hecho trampas. Comienza una nueva partida.

—¡Uy lo que vi ayer! —dice Ania como si estuviera hablando consigo misma—. ¡Filipp Filippich se volvió los párpados y se le pusieron los ojos colorados y de mucho miedo como los de un espíritu maligno!

—Yo también lo vi —dice Grischa—. ¡Ocho! Uno de los chicos de mi clase sabe mover las orejas. ¡Veintisiete!

Andrei alza los ojos hacia Grischa, medita y dice:

—También yo sé mover las orejas.

—¡A ver!

Andrei agita los ojos, los labios, los dedos, imaginando que sus orejas se mueven igualmente. La risa es general.

—Ese Filipp Filippich no es bueno —suspira Sonia—. Ayer entró en nuestro cuarto cuando yo estaba sólo en camisón. Me molestó mucho.

—¡Partida! —exclama de pronto Grischa apoderándose rápidamente del dinero del platillo—. ¡Terminó la partida! ¡Revisad si queréis!

El hijo de la cocinera levanta los ojos y palidece.

—Entonces…, ya no puedo jugar más… —murmura.

—¿Por qué?

—¡Porque…, porque ya no tengo dinero!

—¡Sin dinero no se puede jugar! —dice Grischa.

Andrei, por si acaso, revuelve en sus bolsillos y no encontrando en ellos más que migas de pan y un lapicero todo mordisqueado, tuerce la boca con gesto doloroso y empieza, a parpadear. Romperá a llorar en seguida…

—Yo pondré por ti… —dice Sonia a quien aquella mirada de mártir resulta insoportable—, pero ¡cuidado con no devolvérmelo después!

Los niños depositan sus *kopekas* y prosigue el juego.

—Parece que ha sonado la campanilla —dice Ania abriendo extraordinariamente los ojos.

Todos interrumpen el juego, y con la boca abierta miran a la oscura ventana. Sobre esa oscuridad se refleja la lámpara.

—Nada de eso. Por la noche sólo suena en el cementerio —dice Andrei.

—¿Y por qué suena allí?

—Para que los bandidos no entren en la iglesia.

—¿Y para qué van a entrar los bandidos en la iglesia? —pregunta Sonia.

—¡Ya se sabe para qué!… Para matar a los guardianes.

Transcurre un minuto en silencio. Todos se miran unos a otros y se estremecen; luego reanudan el juego. Esta vez es Andrei el que gana.

—¡Ha hecho trampa! —dice Alioscha sin saber por qué lo dice.

— ¡Mientes! ¡No he hecho trampa!

Andrei, que ha palidecido y cuya boca se tuerce, da a Alioscha una bofetada; éste le mira maliciosamente, luego, de un salto, planta una rodilla en la mesa y le pega a su vez un cachete en la mejilla. Ambos vuelven a propinarse mutuamente otro par de bofetadas, empiezan a llorar y el comedor se llena de lamentos en distintos tonos. No piensen ustedes, sin embargo, que por esta causa se da el juego por terminado… Aún no habrían transcurrido ni cinco minutos cuando ya los niños ríen de nuevo y hablan apaciguados. Los rostros conservan las huellas de las lágrimas, pero esto no les impide sonreír. Alioscha se siente feliz. ¡Hubo riña! En el comedor entra Vasia, el alumno de quinto. Su aspecto es soñoliento y desilusionado.

«¡Indignante! —piensa cuando contempla a Grischa palpándose los bolsillos, en los que tintinean las *kopekas*—. ¡Qué ocurrencia dar dinero a los niños! ¿Cómo se les podrán permitir los juegos de azar? ¡Vaya una pedagogía! ¡indignante!».

Pero los niños con tal fruición saborean su juego, que él mismo experimenta el deseo de unirse a ellos y probar fortuna.

—¡Esperad, que yo también voy a sentarme a jugar!

—¡Tienes que poner una *kopek*!

—Ahora mismo —dice rebuscándose en los bolsillos—. *Kopeka* no tengo, pero sí un rublo. ¡Va un rublo!

—¡No!, ¡no!, ¡no!… ¡Pon una *kopek*!

—¡Sois unos tontos! ¡Un rublo es siempre más que una *kopek*! —explica el colegial—. El que gane me dará la vuelta.

—¡No! ¡Márchate, por favor!

El alumno de quinto se encoge de hombros y va a la cocina a pedir cambio a las criadas. Allí no hay ni una *kopek*.

—¡Cámbiame entonces! —dice a Grischa cuando vuelve de la cocina—. Te daré algo por el cambio. ¿No quieres?… ¡Bueno!… Pues entonces véndeme diez *kopekas* por un rublo.

Grischa mira de soslayo a Vasia pensando en si le irán a hacer víctima de alguna jugarreta.

—No quiero —dice agarrándose el bolsillo.

Vasia empieza a ponerse fuera de sí. Se enfada y llama a los jugadores estúpidos y sesos de latón.

—Vasia, yo pondré por ti —dice Sonia—. ¡Siéntate!

El colegial se sienta y coloca dos cartones ante sí. Ania canta los números.

—¡Se me ha caído una *kopek*! —dice de pronto Grischa con voz alterada —. ¡Esperad!

Entre todos quitan la lámpara y buscan por debajo de la mesa. Sus manos cogen las cáscaras de nuez, sus cabezas chocan las unas con las otras, pero la *kopek* no aparece. Empiezan a buscar de nuevo hasta que Vasia quita la lámpara de las manos de Grischa y la coloca otra vez en su sitio. Grischa continúa su búsqueda en la oscuridad. He aquí que por fin parece la *kopek*, los jugadores se sientan a la mesa y se disponen a seguir la partida.

—¡Sonia se ha dormido! —anuncia Alioscha.

Sonia, con la cabeza apoyada sobre los brazos, duerme dulce, plácida y profundamente. Como si llevara ya una hora dormida. Se durmió sin querer, mientras los otros buscan la *kopek*.

—¡Anda! ¡Échate en la cama de mamá! —dice Ania sacándola del comedor—. ¡Anda!

Todos la conducen en tropel, y al cabo de cinco minutos la cama de mamá ofrece un espectáculo curioso. Sonia duerme, y a su lado Alioscha exhala suaves ronquidos mientras sobre las piernas de ambos descansan las cabezas de Grischa y de Ania. Allí junto a ellos se acurruca Andrei, el hijo de la cocinera, y a su lado, perdido su valor hasta el próximo juego, yacen desparramadas las *kopekas*. ¡Buenas noches!

ZINOCHKA

EN la *isba* de un *mujik* y tendidos sobre lechos de heno fresco, pasaban la noche un grupo de cazadores. Por la ventana asomaba la luna; de la calle llegaban los tristes chirridos de un acordeón, y el heno exhalaba un olor empalagoso y ligeramente excitante.

Los cazadores hablaban de perros, de mujeres, del primer amor y de las chochas. Después de haber criticado a todas las señoritas conocidas y de referir cientos de anécdotas, el más gordo de los cazadores, cuya figura ofrecía en la oscuridad semejanza con una gavilla de heno y que hablaba con la voz profunda de un oficial de estado mayor, bostezó ruidosamente y dijo:

—¡Que le amen a uno no tiene nada de particular!… ¡Las damas han sido creadas para amarnos!… Pero… ¿acaso alguno de vosotros ha sido odiado con vehemencia…, con frenesí?… ¿Ninguno ha observado los entusiasmos del odio?… ¿Eh?…

Nadie respondió.

—¿Ninguno, señores? —inquirió la voz de bajo de oficial de estado mayor—. Pues bien…, ¡yo sí he sido odiado por una linda joven y he podido estudiar por mí mismo los síntomas de un primer odio!… Y digo primer odio, señores, por ser aquello lo más, precisamente, opuesto al primer amor. Dicho sea de paso, lo que voy a contarles ocurrió cuando yo no sabía aún nada de amor ni de odio… Tenía entonces unos ocho años, pero no importa… Lo importante no es el *él*, sino el *ella*. Conque… les ruego presten atención.

»En una espléndida tarde de verano y antes de la puesta del sol, nos hallábamos mi institutriz Zinochka y yo (una criatura muy simpática y poética recién salida del colegio) sentados en el cuarto de los niños y ocupados en nuestra lección. Zinochka, mirando distraídamente por la ventana, decía:

—Bien… Lo que inspiramos es oxígeno y, dígame, Petia, ¿qué es lo que espiramos?

—Anhídrido carbónico —contestaba yo mirando a través de la misma ventana.

—Bien —concedió Zinochka—. Las plantas, por el contrario, inspiran anhídrido carbónico y exhalan oxígeno. El anhídrido carbónico se encuentra en el agua de seltz, en el tufo del *samovar*… Es un gas muy dañino. Cerca de Nápoles hay una cueva denominada *Cueva del perro* que contiene anhídrido carbónico. El perro al que se dejara entrar allí, moriría asfixiado.

Esta malhadada *Cueva del perro*, vecina a Nápoles, constituía todo un compendio de sabiduría química más allá del cual no se decidiría a dar un paso ninguna institutriz. Zinochka defendía siempre apasionadamente la utilidad de las ciencias naturales, pero era dudoso que sus conocimientos de química rebasaran lo referente a esta cueva.

Pues bien…, aquel día me ordenó que lo repitiera. Yo lo repetí. Luego me preguntó qué era el horizonte y yo contesté.

Mientras tanto, en el patio y a la vez que nosotros masticábamos el horizonte y la cueva, hacía mi padre sus preparativos de caza: aullaban los perros, piafaban los caballos y bromeando con los cocheros, llenaban los lacayos el carruaje de bultos y distintos enseres. Junto al tílburi encontrábase el faetón en el que mi madre y mis hermanas tomaban asiento para dirigirse a la casa de Ivanitzki, donde se celebraba el santo de alguien. En casa quedamos solamente Zinochka, mi hermano mayor, el estudiante, que tenía dolor de muelas, y yo. Fácilmente podrán ustedes adivinar mi envidia y mi aburrimiento.

—Entonces…, ¿qué es lo que inspiramos? —preguntó Zinochka mirando por la ventana.

—Oxígeno.

—Sí… Y el horizonte se llama la línea en que nos parece se une la tierra con el cielo…

He aquí que, de pronto, el tílburi, y tras él el faetón, se pusieron en marcha. Yo vi entonces cómo Zinochka sacaba de su bolsillo una notita, la arrugaba convulsivamente y la apretaba contra una de sus sienes. Luego, su rostro se encendió y miró al reloj.

—Entonces…, ya sabe. Recuerde —dijo— que cerca de Nápoles se encuentra la cueva llamada *Cueva del perro*… —de nuevo miró el reloj y siguió diciendo—, en la que, según se nos figura, el cielo se une con la tierra…

¡Pobrecita! Presa de fuerte excitación dio unos pasos por la estancia y volvió a mirar el reloj, faltaba aún más de media hora para terminar la lección.

—Ahora la aritmética —dijo respirando con dificultad y hojeando con mano temblorosa el libro de problemas—. Aquí. Resuelva usted el problema trescientos veinticinco… Yo… volveré en seguida…

Salió. Vi cómo bajaba volando la escalera y después, a través de la ventana, cómo su vestido azul pasaba raudo por el patio y desaparecía por el portillo de la cerca del jardín. La rapidez de sus movimientos, el color de sus mejillas y su nerviosismo me intrigaron. ¿Adónde corría de aquel modo y para qué? Como yo era más listo de lo que correspondía a mi edad, pronto lo comprendí todo. Corría al jardín para (aprovechando la ausencia de mis severos padres) deslizarse hasta el huerto donde estaban las plantas de frambuesa o coger cerezas. Pero entonces…, ¡qué diablos!… ¡Yo también iría a coger cerezas! Tiré el libro de problemas y me fui corriendo al jardín. Allí me dirijo a toda prisa a los cerezos, pero ya no la encuentro. Pasando sobre las plantas de frambuesa y de acedera, ante la cabaña del guarda, la veo cómo atraviesa la huerta, pálida, temblando al más leve ruido y se encamina al estanque. Yo me escurro cautelosamente tras ella y veo, señores míos, lo siguiente: A la orilla del estanque, entre los gruesos troncos de viejos sauces, está Sascha, mi hermano mayor. No tiene cara de dolor de muelas. Mira a Zinochka que se le acerca y en toda su figura, como iluminada por el sol, hay una expresión de felicidad. En cambio, Zinochka va a su encuentro como si la condujeran a la fuerza a la *Cueva del perro* y la obligaran a respirar anhídrido carbónico. Apenas puede mover las piernas, su aliento es fatigoso y su cabeza se inclina hacia atrás… Todo indica que es la primera vez en su vida que acude a un *rendez-vous*. Sin embargo, he aquí que se acerca a él y durante medio minuto ambos se miran en silencio, como si no pudieran creer a sus propios ojos. Luego, una fuerza desconocida empuja por los hombros a Zinochka que pone sus manos en los hombros de Sascha e inclina la cabecita sobre su chaleco. Sascha ríe, balbucea algo incoherente, y con la torpeza del hombre muy enamorado, coge entre las palmas de sus manos el rostro de Zinochka. Hacía, señores, un tiempo magnifico; el montículo tras el que se ocultaba el sol, los dos sauces, las verdes orillas… todo esto con Sascha y Zinochka, se reflejaba en el estanque. Reinaba una gran quietud, sobre el árbol despedían irisaciones millares de diminutas mariposas de largas antenas, y tras el jardín pasaba un rebaño. ¡En una palabra, como para pintar un cuadro! Yo, de todo lo que veía sólo comprendía una cosa: que Sascha se besaba con Zinochka. Aquello era incorrecto. Si *maman* lo supiera, ambos llevarían su merecido. Avergonzado sin saber por qué, me fui al cuarto de los niños sin esperar al fin del *rendez-vous*. Luego permanecí sentado con el libro

de problemas entre las manos, pensando y cavilando. En mi rostro se dibujaba una sonrisa de triunfo. De un lado era agradable ser poseedor de un secreto ajeno, de otro lo era mucho también saber que dos *autoridades* como Sascha y Zinochka, por culpa de su desconocimiento de las conveniencias, podían ser atrapados por mí en cualquier minuto. Ahora estaban en mi poder, y su tranquilidad dependía de mi grandeza de alma. Ya les haría yo ver… Mientras me acostaba, Zinochka, como de costumbre, entró en el cuarto de los niños para saber si no me había metido vestido en la cama y si había rezado. Miré su lindo rostro, radiante de felicidad, y sonreí con picardía. El secreto me ahogaba y pedía salir. Se hacía precisa una alusión y gozar del efecto causado.

—Yo sé una cosa… —dije con maligna sonrisa—. ¡Je, je, je!…

—¿Qué sabe usted?

—¡Je, je, je!… La he visto a usted al lado de los sauces besarse con Sascha. Yo iba detrás de usted y lo vi todo…

Zinochka se estremeció, se puso encarnada y sorprendida por mi alusión, se sentó en la silla donde estaba el vaso de agua y la palmatoria.

—Les vi a ustedes besarse… —repetí yo con una risita, gozando de su azaramiento—. ¡Jem, jem!… ¡Ahora se lo diré a mamá!

Zinochka, turbada, me miró fijamente y, convencida de que en efecto lo sabía todo, me asió las manos con desesperación, balbuciendo en un murmullo tembloroso:

—¡Petia!… ¡Eso es una bajeza!… ¡Se lo suplico!… ¡Por el amor de Dios!… ¡Sea un hombre! ¡No se lo diga a nadie!… ¡Las personas decentes no espían! ¡Eso es una bajeza!… ¡Se lo suplico!

La pobrecita, en primer lugar, tenía miedo a mi madre (una señora de gran moralidad), y, en segundo, mi cara, sonriente y pícara, no podía dejar de ofender a aquél su primero, limpio y poético amor, por lo que podrán ustedes imaginar cuál era el estado de su alma. Yo fui el causante de que no durmiera en toda la noche y apareciera a la hora del té del desayuno con unos grandes círculos bajo los ojos. Cuando, después del té, me encontré con Sascha, tampoco pude resistir al deseo de sonreírme con malicia y de jactarme:

—¡Yo sé una cosa!… ¡He visto cómo ayer te besabas con *mademoiselle* Zina!

Sascha me miró y dijo:

—¡Eres tonto!

No parecía tan turbado como Zinochka, y por ello el efecto logrado fue menor. Aquello me espoleó con más fuerzas. Si Sascha no se había asustado es porque seguramente no creía que yo lo había visto todo y lo sabía todo.

«Espera entonces…, que ya te haré yo ver», me dije.

Durante la clase, antes de la comida, Zinochka no me miraba y hablaba tartamudeando. En vez de infundirme miedo, condescendía a ponerme buenas notas, a no quejarse a mi padre de mis travesuras, y como yo era más inteligente que lo que correspondía a mi edad, explotaba su secreto a mi antojo. No me estudiaba las lecciones, recorría la sala de estudio andando sobre las manos, con los pies por alto, y decía impertinencias. En una palabra, si hubiera seguido por aquel estilo, de mí hubiera salido un chantajista. Pues bien…, así transcurrió una semana, y el secreto, azuzándome, me martirizaba como una espina en el alma. A todo trance quería sacarlo a la luz y admirar el efecto producido. He aquí que un día, durante una comida a la que teníamos mucha gente invitada, sonreí del modo más estúpido, dirigí una mirada maliciosa a Zinochka y dije:

—Yo sé una cosa…, ¡je, je, je!… Vi que…

—¿Qué es lo que sabes? —preguntó mi madre.

Con redoblada malicia miré a Zinochka y a Sascha. ¡Era de ver lo que se azaró la joven y los ojos que me puso Sascha! Me mordí la lengua y me callé. Zinochka palideció paulatinamente, apretó los dientes y dejó de comer. Sin embargo, aquel mismo día por la tarde un marcado cambio se hizo patente en la fisonomía de Zinochka. Ésta aparecía más severa, más fría, como trocada en mármol. Sus ojos me miraban fijamente a la cara, y les doy mi palabra de honor de que ni siquiera en un perro de presa, en el momento de dar alcance a un lobo, vi jamás unos ojos tan duros…, tan capaces de pulverizar… Comprendí perfectamente aquella expresión cuando, en medio de la clase y entre dientes, me dijo de pronto:

—¡Le odio!… ¡Oh, si supiera usted, feo, repulsivo chiquillo, cuánto le odio! ¡Cómo me repugnan su cabeza rapada y sus orejas tiesas y vulgares!… —pero asustándose al instante mismo, añadió—: No es a usted a quien se lo digo. Es que estoy ensayando un papel.

Luego por la noche, señores, vi cómo se acercaba a mi cama y me miraba largo rato a la cara. Me odiaba con pasión. Ya no le era posible vivir sin mí. La contemplación de mi aborrecida faz había llegado a ser para ella algo de lo que no se puede prescindir. Recuerdo un delicioso atardecer de verano… olía a heno, reinaba el silencio, etc…, y brillaba la luna. Yo, paseando por una senda del jardín, pensaba en la mermelada de guindas, cuando de repente la pálida, la maravillosa Zinochka, acercándose a mí y asiéndome una mano rompió a decir con el aliento entrecortado:

—¡Oh, cuánto te odio!… ¡A nadie he deseado tanto mal como a ti!… ¡Compréndelo!… ¡Quiero que lo comprendas!

Imagínense ustedes el cuadro… La luna…, aquel rostro pálido irradiando pasión…, el silencio… ¡Hasta a mí…, cochinillo de mí, me daba gusto! Yo la escuchaba…, miraba sus ojos… Al principio todo aquello me resultaba agradable y nuevo, pero después empezó a darme miedo. Lancé un grito y, como un loco, fui corriendo a casa.

Resolví que lo mejor sería quejarme a mi madre…, y me quejé, refiriéndole de paso cómo Sascha se había besado con Zinochka. Era tonto y no sabía las consecuencias que aquello podía traer. De haberlo sabido me hubiera callado el secreto. *Maman* me escuchó muy indignada y dijo:

—¡Tú no tienes por qué hablar de esas cosas! ¡Eres demasiado pequeño!… ¡Eso, sí!… ¡qué ejemplo para los niños!…

Mi *maman* no era solamente una persona de gran moralidad, sino también una mujer de tacto. Con objeto de evitar el escándalo, se las compuso de manera de que la marcha de Zinochka no fuera repentina y se dispusiera poco a poco, sistemáticamente, procediendo con ella como se procede con la gente decente, pero insoportable. Recuerdo que cuando Zinochka se marchaba, su última mirada a la casa estuvo dirigida a la ventana en la que yo me encontraba acodado, y les aseguro que todavía recuerdo esta mirada.

Zinochka no tardó mucho en ser la mujer de mi hermano. Es la Zinaida Nicolaevna que ustedes conocen. Volví a encontrarme con ella en mis tiempos de alumno de la Escuela Militar. No podía reconocer, pese a lo mucho que se esforzaba, en este alumno bigotudo al aborrecido Petia y no me dispensó un trato de pariente. Aun ahora, a pesar de mi calva bonachona, de mi humilde barriguita y de mi aire sumiso, me mira de reojo y no se siente a gusto cuando voy a visitar a mi hermano. Sin duda el odio, como el amor, no se olvida… Pero…, ¡atención!… Oigo cantar al gallo. Buenas noches. *¡Milord!*… ¡A tu sitio!

UNAS LECCIONES CARAS

PARA un hombre instruido el no saber idiomas constituye una gran incomodidad. Así lo experimentó fuertemente Vorotov cuando, terminado el curso universitario, en el que había alcanzado el grado de candidato, se dispuso a emprender un pequeño trabajo científico.

—¡Es terrible! —decía entre jadeos (a pesar de no contar más de veintiséis años era un hombre inflado, pesado y padecía jadeo)—. ¡Es terrible! ¡Sin idiomas me encuentro como un pájaro sin alas! ¡Como para mandar a paseo el trabajo!

Decidió, por tanto, vencer a todo trance su innata pereza, ponerse a estudiar los idiomas francés y alemán y buscar profesores para ello. Una tarde de invierno, cuando Vorotov trabajaba sentado en su despacho, el criado anunció que una señorita preguntaba por él.

—Que pase —dijo Vorotov.

En el despacho entró una señorita joven, elegante y vestida a la última moda. Presentábase como profesora del idioma francés, decía llamarse Alisa Osinovna Anket y era enviada a Vorotov por uno de sus amigos.

—¡Tanto gusto!… ¡Siéntese! —dijo Vorotov jadeante y cubriéndose con la mano el cuello de su camisa de dormir (para respirar con más facilidad trabajaba siempre en camisa de dormir)—. ¿La envía Piotr Sergueich? Sí…, sí… Yo le pedí… ¡Me alegro mucho!…

Mientras concertaba las condiciones del trabajo con *mademoiselle* Anket, lanzaba a ésta miradas tímidas y curiosas. Era ésta la verdadera francesa, graciosa y todavía muy joven. A juzgar por su rostro pálido y lánguido, por sus cabellos cortos y rizosos y por su talle inverosímilmente delgado, podía dársele a lo sumo dieciocho años; pero reparando luego en sus hombros anchos y bien desarrollados, en su bonita espalda y en sus ojos severos, Vorotov pensó que no tendría menos de veintitrés, y hasta quizá los veinticinco cumplidos, aunque luego volvió a parecerle que no pasaría de los dieciocho. La expresión de su rostro era fría, de mujer de negocios; la que suele tenerse cuando se va a tratar de dinero. Ni sonrió una sola vez ni frunció

el entrecejo, y únicamente cuando supo que no se la invitaba a dar clase a niños, sino a un hombre gordo, hecho y derecho, una sombra de sorpresa pasó por su rostro.

—Entonces, Alisa Osipovna —dijo Vorotov—, daremos clase diaria de siete a ocho de la tarde. Respecto a su deseo de recibir un rublo por lección, no tengo nada en contra… ¡Si ha de ser un rublo, será un rublo!…

Luego le preguntó también si quería tomar té o café y si hacía buen tiempo. Sonriendo benévolamente y acariciando con la palma de la mano el paño de la mesa, se informó amistosamente de quién era, de en dónde había terminado sus estudios y de qué vivía.

Alisa Osinovna, con fría expresión de mujer positiva, le contestó que había terminado sus estudios en un colegio particular, que tenía el título de profesora, que su padre había muerto poco tiempo antes, de escarlatina; que su madre vivía aún y qué hacía flores y que ella, *mademoiselle* Anket, en las horas anteriores a la comida estaba de profesora en un pensionado de la ciudad y después, hasta la noche, iba a dar lecciones a casas distinguidas.

Se fue dejando tras de sí un ligero y delicado perfume a ropas femeninas, y Vorotov permaneció un largo rato inactivo ante su mesa, acariciando el paño verde de ésta con las palmas de las manos y meditando:

«Es grato —pensaba— ver a las jóvenes ganándose un pedazo de pan… Por otra parte, es ingrato comprobar cómo la necesidad no siente compasión ni siquiera de estas graciosas y lindas señoritas, como Alisa Osipovna, que han de luchar solas por su existencia. ¡Qué desdicha!…».

Como nunca había visto francesas de gran moralidad, pensaba que también esta graciosa y bien vestida Alisa Osipovna, de los hombros bien desarrollados y el talle exageradamente fino, tendría seguramente, aparte de las lecciones, alguna otra distracción que la ocupara.

Al día siguiente por la tarde y cuando el reloj marcaba las siete menos cinco, Alisa Osipovna hizo su aparición, sonrosada por el frío. Abrió el método de estudio *Margot*, que traía consigo, y comenzó a decir sin preámbulo alguno:

—El alfabeto trances tiene veintiséis letras. La primera se llama *a*, la segunda *b*…

—¡Perdóneme! —la interrumpió Vorotov sonriendo—. Tengo que advertirle, *mademoiselle*, que para mí tendrá usted que modificar un poco su sistema. Es el caso que conozco bien el ruso, el latín y el griego. Tengo hechos estudios de filología y me parece que podríamos, saltando por encima del *Margot*, emprender la lectura de algún autor.

Luego empezó a explicar a la joven francesa cómo estudia los idiomas la gente adulta.

—Uno de mis conocidos —dijo—, deseando aprender nuevos idiomas, puso ante sí los Evangelios en francés, en alemán y en latín. Los leía los tres a un tiempo, palabra por palabra, y ¿qué cree usted?…, en menos de un año logró aprender. ¡Tomemos un autor cualquiera y leamos!

La francesa le miró perpleja. Por lo visto, la proposición de Vorotov se le antojaba ingenua y algo pueril. Si tan extraña propuesta le hubiera sido hecha por un niño, probablemente se hubiera enfadado y hasta quizá elevado el tono de su voz; pero aquí tema que habérselas con un hombre adulto y muy gordo, al que no era posible alzar la voz, por lo que se limitó a encogerse imperceptiblemente de hombros y a decir:

—Como usted guste.

Vorotov revolvió en su biblioteca y extrajo de ella un libro francés bastante deteriorado.

—¿Sirve éste? —pregunto.

—Es igual.

—En ese caso, empecemos. ¡Que Dios nos bendiga! Empezaremos por el título… *Memoires.…*

—*Memorias* —tradujo *mademoiselle* Anket.

—Memorias —repitió Vorotov.

Con benévola sonrisa y fatigosa respiración dedicó un cuarto de hora a la palabra *memorias* y otro a la palabra *de*, lo cual cansó un poco a Alisa Osipovna, que contestaba a las preguntas de modo apagado y confundiéndose, pues por lo visto no sólo comprendía mal a su discípulo, sino que tampoco se esforzaba en comprenderlo mejor. Vorotov le dirigía preguntas, en tanto que, mirando a su cabeza rubia, pensaba:

«El rizado de sus cabellos no es natural. Se los riza. ¡Es asombroso! ¡Que se pase el día trabajando de la mañana a la noche y que aún le quede tiempo de rizarse!…».

A las ocho en punto ella se levantó, y con un seco y frío *au revoir, monsieur!*, abandonó el despacho, dejando en pos de sí el mismo delicado, fino y excitante perfume.

De nuevo inactivo, el discípulo permaneció largo rato sentado ante la mesa y meditando.

En los días sucesivos se convenció de que su profesora era una señorita simpática, seria y puntual; pero que estaba muy poco instruida y no sabía enseñar a los adultos, por lo que decidió no gastar el tiempo en vano,

prescindir de ella y hacer venir a otro profesor. Cuando se presentó a dar la séptima lección, sacó de su bolsillo un sobre que contenía siete rublos y con él entre las manos empezó a decir muy azarado:

—Perdóneme, Alisa Osipovna…; pero tengo que decirle que me encuentro en la absoluta necesidad…

Al ver el sobre, la francesa adivinó de qué se trataba, y por primera vez durante el curso de aquellas lecciones su rostro se estremeció, desapareciendo de él la fría expresión de *mujer de negocios*. Enrojeció ligeramente, y nerviosa y bajando los ojos se puso a dar vueltas entre los dedos a su fina cadena de oro. Vorotov, observando su turbación, comprendió cuán grande era para ella el valor del rublo y cuánto le costaba perder su ganancia.

—Tengo que decirle… —masculló azarándose todavía más, mientras en su pecho se agitaba algo.

Metiéndose apresuradamente el sobre en el bolsillo, prosiguió:

—Perdone, pero… yo… tengo que dejarla por unos diez minutos.

Aparentando que su intención no había sido desprenderse de ella, sino sólo ausentarse unos momentos, se trasladó a otra habitación, en la que esperó sentado alrededor de diez minutos. Después volvió a entrar aún más azarado. Comprendía que su salida podía haber sido interpretada por ella de cualquier otro modo, y se sentía molesto. Las lecciones prosiguieron.

Vorotov tomaba su clase sin ninguna gana. Como sabía que de aquellos estudios no podría salir ningún provecho, dio plena libertad a la profesora, a la que ya no preguntaba nada ni interrumpía. Ella traducía a su capricho hasta diez páginas en cada lección, pero él no la escuchaba. Por hacer algo y respirando fatigosamente, miraba su cabecita rizada, su cuello, sus dulces y blancas manos y aspiraba el perfume de su vestido. Se atrapaba a sí mismo en medio de un torpe pensamiento, se azaraba o se enternecía, y su actitud con él, tan fría, tan positiva, tratándole sólo como un discípulo, sin sonreírse nunca y temiendo al parecer que pudiera tropezarle involuntariamente, le producía pena y enojo. Buscaba constantemente la manera de ganar su confianza, de trabar con ella más profundo conocimiento; también de ayudarla y de hacerle comprender lo mal que daba las clases, ¡pobrecita! Un día, Alisa Osipovna se presentó en la lección con un elegante vestido rosa, ligeramente escotado, exhalando un perfume que parecía envolverla en una nube. Diríase que hubiera bastado soplar sobre ella para hacerla volar o desvanecerse como el humo. Se disculpó de no poder dar más de media hora de clase, pues desde allí había de ir directamente a un baile.

Vorotov miró su cuello, la espalda desnuda junto a éste, y le pareció comprender por qué las francesas tienen la reputación de ser criaturas ligeras y fáciles de caer. Le ahogaba esta nube de aromas, belleza y desnudez, mientras ella, ignorante de sus pensamientos y con seguridad por completo desinteresada de ellos, volvía rápidamente las páginas y traducía a todo vapor:

—«Él iba por la calle y él encontró un señor, uno de sus conocimientos, y él le dijo: "¿Dónde se apresura usted como así?". En viendo su rostro tan pálido eso le hizo de la pena…».

Las *Memoires* hacía tiempo que se habían terminado, y ahora Alisa traducía de cualquier libro. Una vez llegó a clase con una hora de anticipación, disculpándose de que a las siete tuviera que marcharse para ir al teatro. Después de terminada la lección y de despedirla, Vorotov se vistió y se fue también al teatro. Se le figuraba que iba sólo por descansar, por distraerse y que no pensaba para nada en Alisa. No podía admitir que un hombre serio, preparándose para una carrera científica, carente de animación, pudiera dejar a un lado sus asuntos e irse al teatro sólo por ver allí a una joven con la que tenía un somero conocimiento y que no era inteligente y sí muy poco instruida…

Sin embargo, sin saber por qué, cuando llegaba el entreacto le palpitaba el corazón, y como un chiquillo, sin darse cuenta, recorría el *foyer* y los pasillos buscando impaciente a alguien, y cuando aquél terminaba se sentía aburrido. Al divisar el conocido vestido color de rosa y los bonitos hombros recubiertos de tul, un presagio de felicidad encogió su corazón. Sonrió alegremente, y por primera vez en su vida experimentó el sentimiento de los celos.

Un estudiante y un oficial, feos ambos, acompañaban a Alisa. Ésta reía, hablaba en voz alta y era evidente que coqueteaba. Bajo semejante aspecto Vorotov no la había visto nunca. Sin duda se sentía feliz, contenta y sinceramente alegre. ¿Por qué?… ¿De qué?… Tal vez aquella gente la era familiar, pertenecía a su mismo círculo… Y Vorotov sintió que un terrible abismo se abría entre él y aquel círculo. Saludó a su profesora, pero ésta inclinó la cabeza y pasó fríamente ante él. No quería por lo visto que sus caballeros supieran que tenía discípulos y que daba lecciones por necesidad.

Después del encuentro en el teatro, Vorotov comprendió que estaba enamorado… En las siguientes lecciones devoraba con los ojos a su fina profesora, no luchaba ya consigo mismo y dejaba campo libre a sus limpios y no limpios pensamientos. La expresión del rostro de Alisa Osipovna continuaba siendo fría; a las ocho en punto de cada día le decía

tranquilamente *au revoir, monsieur!*, y él sentía que le era indiferente y que seguiría siéndoselo. Su situación era desesperada.

A veces, en medio de la lección, empezaba a soñar, a esperar, a hacer proyectos, a componer en su pensamiento una declaración de amor. Recordaba que las francesas eran ligeras y fáciles: pero le bastaba mirar el rostro de su profesora para que su pensamiento se apagara en el acto, como en la casa de campo se apaga una vela si hace viento y se sale con ella a la terraza.

Una vez, embriagado y olvidándose de sí, como en un delirio, no pudiendo resistir más, terminada la lección y cerrándole el paso cuando salía del despacho a la antesala, empezó jadeante y tartamudeando a declararle su amor:

—¡Me es usted preciosa!… ¡Yo…, yo la amo! ¡Permítame que se lo diga!

Alisa palideció, seguramente de miedo al calcular que después de aquella declaración no iba a poder volver por allí y a recibir el rublo por lección. Puso unos ojos asustados y murmuró perceptiblemente:

—¡Oh!… ¡No me diga eso…, se lo ruego! ¡Es imposible!

Después Vorotov no pudo dormir en toda la noche. La vergüenza le atormentaba, se irritaba consigo mismo y cavilaba intensamente. Se le figuraba que aquella declaración había ofendido a la joven y que ésta ya no volvería nunca.

Decidió ir a la mañana siguiente a la oficina de estadística, informarse de su dirección y escribirle una carta presentándole sus excusas. Pero Alisa volvió sin necesidad de carta. Al principio se encontraba un poco violenta, pero luego abrió el libro y empezó a traducir de prisa, animadamente y a su modo acostumbrado:

—«¡Oh joven señor, no arranque las flores en mi jardín, las cuales yo quiero hacer regalo a mi enferma hija!…».

Todavía sigue yendo a darle clase. Ya van traducidos cuatro libros. Vorotov no ha aprendido más que la palabra *Memoires*, y cuando le preguntan sobre su trabajo científico hace un ademán indiferente, deja la pregunta sin respuesta y empieza a hablar del tiempo.

RELATO DE LA SEÑORA N. N.

HACE ya unos nueve años que un atardecer del tiempo de la siega nos dirigíamos a caballo a la estación el juez instructor Piotr Sergueich y yo, en busca del correo.

El día era espléndido, pero cuando regresábamos comenzaron a oírse truenos, a la vez que veíamos avanzar hacia nosotros una nube negra y sombría. La nube se nos aproximaba y nosotros a ella. En su fondo se recortaba la blancura de nuestra casa, de la iglesia y de los altos sauces argentados. Olía a lluvia y a heno recién segado.

Mi compañero estaba de un humor perfecto, reía y decía toda clase de tonterías. Opinaba que no estaría mal que surgiera de repente en nuestro camino un castillo de la Edad Media, provisto de torres almenadas, lleno de moho y de búhos, en el que poder guarecerse de la lluvia y en donde, para final, la tormenta nos haría encontrar la muerte.

Súbitamente, la primera oleada de viento pasó rauda sobre los campos de centeno y avena, y el aire sopló con violencia, levantando remolinos de polvo. Piotr Sergueich se echó a reír y metió espuelas al caballo.

—¡Qué gusto! —gritó.

Su alegría me contagió. Pensar que podía calarme hasta los huesos o ser alcanzada por el rayo me hacía también reír. Era la nuestra una de aquellas carreras locas en las que el viento corta la respiración, le hace a uno sentirse como un pájaro y le excita y cosquillea el pecho.

Cuando llegamos al patio de mi casa el viento había ya cesado y grandes gotas de lluvia golpeaban ruidosamente sobre la hierba y los tejados. Junto a la cuadra no había nadie.

Piotr Sergueich desensilló los caballos y llevó éstos a sus pesebres.

Yo, detenida en el umbral de la puerta, esperaba el término de su tarea contemplando las sesgadas ráfagas de lluvia. El empalagoso y estimulante olor a heno era aquí más fuertemente perceptible que en el campo, y las nubes y la lluvia prestaban al conjunto un aspecto hosco.

—¡Vaya porrazo! —dijo Piotr Sergueich acercándoseme después de un trueno tan fuerte y retumbante que parecía que el cielo se había partido por la mitad—. ¡Ha sido bueno!

Con la respiración anhelante todavía por la carrera, a mi lado, en el umbral, observé que me miraba; que me miraba con admiración.

—¡Natalia Vladimirovna! —dijo—. ¡Todo lo daría por poder permanecer aquí contemplándola!… ¡Hoy está usted maravillosa!

Sus ojos estaban fijos en mí, entusiasmados y suplicantes, su rostro, pálido, y las gotas de lluvia que brillaban en su barba y bigote parecían también mirarme con amor.

—¡La amo!… ¡Sólo verla me hace feliz!… ¡Ya sé que no puede usted ser mi mujer y no aspiro a nada! ¡No necesito nada!… ¡Pero quiero que sepa que la amo!… ¡No me conteste ni me haga caso!… ¡Sepa únicamente cuán querida me es y permítame contemplarla!

Su entusiasmo me resultaba contagioso, veía su rostro inspirado, y escuchando su voz, a la que se mezclaba el ruido de la lluvia, me sentía como hechizada e incapaz de movimiento. Hubiera querido permanecer allí sin fin, mirando sus ojos y escuchando su voz.

—¿Calla usted?… ¡Magnifico! —dijo Piotr Sergueich—. ¡Siga callando!

Yo me sentía contenta. Riendo de alegría corrí bajo el chaparrón hacia la casa. También él reía y corría a saltos en pos de mí.

Ambos, alborotando como niños, mojados, con el aliento entrecortado y tras subir ruidosamente la escalera, penetramos volando en las habitaciones. Mi padre y mis hermanos, que no estaban acostumbrados a verme risueña y alegre, me miraron asombrados y se echaron también a reír.

Las tormentosas nubes se habían alejado, ya no se oía el trueno, ni en la barba de Piotr Sergueich brillaban gotas de lluvia. Se pasó la tarde entera hasta la hora de la cena cantando, silbando, jugando bulliciosamente con el perro, al que perseguía por las habitaciones, faltando poco, cuando tropezó con el criado que traía el *samovar*, para hacerle caer al suelo. Durante la cena comió mucho y dijo un sinfín de tonterías. Aseguraba que si en invierno se toman pepinos le huele a uno la boca a primavera.

Cuando me fui a acostar encendí la vela, abrí de par en par la ventana, y una emoción inexplicable se apoderó de mi alma. Recordé que era libre, sana, noble y rica y que me amaban… Lo importante era eso de ser noble y rica… ¡Qué hermoso. Dios mío!… Luego en mi cama, estremecida por el ligero frío que envuelto en rocío me llegaba del jardín, traté de averiguar si amaba o no a Piotr Sergueich; pero me dormí sin averiguarlo.

Cuando por la mañana manchas de sol y la sombra de las ramas del tilo temblaron sobre mi lecho, todo lo ocurrido la víspera resucitó en mi memoria. La vida se me apareció pletórica, variada, llena de encanto… Canturriando me vestí de prisa y corrí al jardín.

¿Qué pasó después?… Después no pasó nada. Cuando llegado el invierno nos fuimos a vivir a la ciudad, Piotr Sergueich nos visitó algunas veces. Las relaciones veraniegas sólo son encantadoras en el campo y durante el verano. En invierno y en la ciudad pierden la mitad de su atractivo. Si en la ciudad, mientras les sirves el té, te fijas en ellos te parecerá que llevan levitas ajenas y que remueven demasiado el té con la cucharilla. También a veces en la ciudad Piotr Sergueich me hablaba de amor, pero todo resultaba ya diferente que en el campo. En la ciudad la muralla que nos separaba se hacía más fuerte: yo, rica y aristocrática; él, hijo del diácono y sin nobleza alguna, sin ejercer más oficio que el de juez instructor. Nuestra juventud y Dios sabe qué más, nos hacía considerar esta muralla como muy alta y maciza. Y así, pues, él, cuando nos visitaba en la ciudad, sonreía con sonrisa forzada, criticaba la alta sociedad y permanecía callado y taciturno si había invitados.

No existe muralla invulnerable; pero los héroes de las novelas contemporáneas son, por lo que me ha sido dado observar, excesivamente tímidos, faltos de ánimo, perezosos y aprensivos. Se convencen demasiado pronto de que no tienen suerte y de que la propia vida les ha engañado. En lugar de luchar lo critican todo exageradamente, asegurando que el mundo es vulgar y olvidándose de que también su crítica es vulgar.

Yo era amada; la felicidad estaba tan cercana a mí que parecía vivir a mi lado. Mi vida transcurría sin preocupaciones, sin esfuerzos por comprenderme a mí misma, sin saber lo que esperaba y lo que deseaba de la vida, mientras el tiempo corría…, corría… Ante mí pasaban las gentes con su amor, se deslizaban veloces los hermosos días, las cálidas noches; cantaban los ruiseñores y olía a heno…

Todas estas cosas, cuyo recuerdo nos es tan grato y querido, pasaban rápidas, inapreciadas, sin dejar huella y se esfumaban al fin como una bruma… ¿Adónde fue todo a parar?…

Mi padre murió, yo envejecí y cuanto representaba un placer para mí, cuanto, acariciándome, me infundía esperanza: el ruido de la lluvia, el retumbar del trueno, las reflexiones sobre la felicidad, las charlas sobre el amor…, ¡todo es ahora únicamente un recuerdo, y ante mí sólo veo ya el porvenir como una llanura desierta y lisa en la que no hay alma viviente y cuyo horizonte sólo contiene oscuridad y miedo!…

He aquí que llaman a la puerta. Quien viene es Piotr Sergueich. Yo…, cuando en invierno contemplo los árboles y recuerdo cómo verdeaban para mí en verano, murmuro:

—¡Oh mis amados!…

Asimismo cuando veo a las personas junto a las que transcurrió mi primavera me siento triste, conmovida y murmuro idénticas palabras…

Hace tiempo que, gracias a la ayuda que le prestó mi padre, Piotr Sergueich trabaja en la ciudad. Ha envejecido un poco, sus facciones se han afilado y ha dejado de declararme su amor. Ya no dice tonterías; su trabajo le desagrada, está enfermo de algo, algo le tiene desilusionado; nada le interesa y vive sin gana. Hele aquí que se sienta junto a la chimenea y contempla en silencio el fuego. Sin saber qué decirle le pregunto:

—Bien…, ¿y qué hay?

—Nada —contesta él.

El silencio se hace de nuevo.

Y de pronto, recordando el pasado, mis hombros tiemblan, mi cabeza se inclina y rompo a llorar amargamente. Siento lástima de mí misma, de este hombre y deseo apasionadamente cuanto ya ha pasado y ahora nos rehúsa la vida. Ya no pienso en que soy aristócrata y rica: sollozando fuertemente y apretándome las sienes balbuceo:

—¡Dios mío!… ¡Dios mío!… ¡Acabó la vida!… sentado y silencioso, no me dice: «No llore…». Comprende que necesito llorar…, que ha llegado para mí la hora de llorar… En sus ojos leo que siente compasión de mí. Yo también la siento de él; compasión y enojo de que haya sido un hombre tímido, de que no haya sabido construir ni mi vida ni la suya.

Cuando le acompaño a la antesala me parece que tarda ex profeso en ponerse la pelliza; dos veces me besa la mano y durante largo rato contempla mi rostro con huellas de llanto. Comprendo que en este momento recuerda la tormenta, las ráfagas de lluvia, nuestra risa y mi fisonomía de entonces… Intenta decirme algo, le alegraría poder hablar…; pero nada dice. Sacude solamente la cabeza y me estrecha con fuerza la mano… ¡Dios le acompañe!…

Después de haberle despedido vuelvo a entrar en el despacho y me siento ante la chimenea. Las rojas brasas, cubriéndose de ceniza, comienzan a extinguirse poco a poco, la helada golpea en la ventana con redoblada furia y el viento canta algo en la chimenea.

Entra la doncella, y me llama pensando que me he quedado dormida.

UNA APUESTA

I

ERA una oscura noche de otoño. El viejo banquero recorría a grandes pasos su despacho, recordando la fiesta que diera hacía quince años en otro día de otoño. Muchas inteligentes personas asistieron a ella, dando lugar a que se entablaran conversaciones sumamente interesantes. Uno de los temas tratados fue el de la pena de muerte. La mayor parte de los invitados, entre los que se contaban un buen número de sabios y de periodistas, se mostraban contrarios a esta pena. Consideraban dicha manera de castigar inmoral, anticuada e inútil en los países cristianos. Según opinión de algunos, en todos los países debería reemplazarse la pena de muerte por la de cadena perpetua.

—No estoy de acuerdo con ustedes —dijo el banquero, dueño de la casa —. Yo no he pasado por la pena de muerte ni por la de cadena perpetua; pero si se puede juzgar *a priori*, en mi opinión, la pena de muerte es más moral y más humana que la de cadena perpetua. La ejecución mata de una vez, mientras que la cadena perpetua va haciéndolo poco a poco. ¿Cuál de estos verdugos es el más piadoso? ¿El que mata en unos minutos, o el que va quitando la vida lentamente, en el curso de muchos años?

—Ambos casos son igualmente inmorales —observó uno de los invitados —, porque los dos tienen el mismo fin: privar de la vida. El Estado no es Dios. No tiene derecho a quitar lo que no podría devolver si quisiera hacerlo.

Entre los invitados se encontraba un joven letrado de unos veinticinco años. Cuando le fue preguntada su opinión, dijo:

—Tan inmoral es la pena de muerte como la cadena perpetua; pero si a mí me ofrecieran elegir entre una y otra, sin duda ninguna elegiría la segunda. Vivir, de cualquier manera que sea, siempre es mejor que no vivir en absoluto.

Una animada discusión quedó entablada. El banquero, entonces aún joven y nervioso, se excitó de pronto, y, dando un puñetazo en la mesa, exclamó, encarándose con el joven letrado:

—¡Eso no es verdad! ¡Le apuesto dos millones a que no resistiría usted ni cinco años de cárcel!

—Si hablara usted en serio le diría que acepto su apuesta y que soy capaz de permanecer encerrado no sólo durante cinco años, sino durante quince.

—¿Quince?… ¡Pues sea! —gritó el banquero—. ¡Señores, pongo dos millones!

—¡De acuerdo! ¡Usted pone dos millones, y yo, la libertad! —dijo el letrado.

¡Y la estúpida e insensata apuesta se llevó a cabo! El banquero, que en aquel tiempo no hubiera podido contar los millones que poseía, era un ser mimado por la Fortuna e inconsciente, al que una apuesta de ese género entusiasmaba. Durante la cena, bromeando con el letrado, decía a éste:

—Reflexione, joven. Dos millones son una bagatela para mí…, mientras que usted se expone a perder los tres o cuatro mejores años de su vida. Y digo tres o cuatro, porque sé que no resistirá usted más tiempo. No olvide tampoco, desdichado, que la prisión a que nos ha conducido el propio deseo es más difícil de soportar que la prisión merecida… La idea de que en todo minuto tendría usted derecho a recobrar la libertad envenenará por completo su estancia en el calabozo. ¡Me inspira usted compasión!

Ahora, mientras el banquero, paseando por su habitación, recordaba todo aquello, se hacía esta pregunta:

«¿De qué ha servido esta apuesta? ¿Qué utilidad puede resultar de que ese letrado haya perdido quince años de su vida y de que yo me desprenda de dos millones?… ¿Puede algo de esto demostrar a las gentes que la pena de muerte es mejor o peor que la cadena perpetua?… ¡No y mil veces no!… ¡Tontería e insensatez!… Aquello, por mi parte, fue un capricho de hombre nadando en la abundancia…, y por la del letrado, sencillamente ansia de dinero».

Luego continuó recordando lo sucedido después de la referida fiesta.

Resolvió entonces que el letrado sufriera su encarcelamiento, bajo la más estrecha vigilancia, en un pabellón edificado en el jardín del banquero, y concertóse el acuerdo de que durante quince años el prisionero perdería todo derecho a traspasar el umbral de la puerta de la casa, a ver persona alguna viviente, a oír voces humanas y a recibir cartas o periódicos. Permitíasele tener instrumentos musicales, leer libros, escribir cartas, beber vino y fumar tabaco. Según dicho convenio, sólo podía, a través del ventanillo construido para este efecto y en silencio, relacionarse con el mundo exterior. Cuando necesitara libros, libros de música, vino, etc…, podría recibirlo por medio de una anotación de lo que quería y en la cantidad que lo quería, pero siempre

sólo a través de la ventana. El acuerdo preveía todos aquellos detalles y minucias que hacen severa una prisión y obligaba al letrado a permanecer encarcelado durante quince años exactos: o sea a partir de las doce horas del día 14 de noviembre del año 1870 hasta las doce horas del día 14 de noviembre de 1885. El más mínimo intento por parte del letrado de romper aquel convenio, aunque sólo fuera dos minutos antes de cumplida la dicha fecha, liberaba al banquero de la obligación de pagarle los dos millones.

Durante el primer año, el letrado, por lo que sus cartas permitían juzgar, sufría mucho de soledad y de aburrimiento. Día y noche, continuamente, llegaban del pabellón los sonidos del piano. Rehusaba el vino y el tabaco. «El vino —escribía— excita el deseo, y el deseo es el primer enemigo del prisionero. Además, no hay cosa más aburrida que no ver nada mientras se bebe un buen vino». «El tabaco —decía— enrarece el aire en la habitación».

Durante el primer año, la mayoría de los libros que fueron enviados al letrado eran del genero ligero: novelas de complicadas intrigas amorosas, novelas policiacas, cuentos fantásticos, comedias, etcétera.

Durante el segundo, la música cesó en el pabellón y el letrado solicitaba solamente en sus notas obras de autores clásicos. En el quinto, volvieron a oírse sonidos musicales, y el prisionero pidió vino.

Cuantos le observaron por el ventanillo decían que en todo aquel año no había hecho más que beber vino, comer y estar tumbado en la cama; que bostezaba frecuentemente y con voz irritada hablaba consigo mismo. No leía libro alguno. A veces, en medio de la noche, se sentaba a escribir y escribía durante largo tiempo, pero por la mañana hacia trizas lo que había escrito. En varias ocasiones le vieron llorar. Sobre la primera mitad del sexto año, el prisionero empezó a ocuparse seriamente del estudio de idiomas, de filosofía e historia. Con tal afán estudiaba estas ciencias, que el banquero apenas tenía tiempo de comprarle los libros que necesitaba. En el curso de cuatro años fueron comprados, a petición suya, seiscientos volúmenes. Fue en este periodo cuando el banquero recibió una carta que decía lo siguiente:

«Mi querido carcelero: ¡Le escribo estos renglones en seis idiomas! Enséñelos a personas entendidas en la materia. Que los lean, y si no encuentran en ellos ninguna falta, le ruego ordene sea disparado un tiro en el jardín. Dicho disparo me indicará que mis esfuerzos no fueron vanos. Todos los genios de todos los siglos y todos los países se expresan en idioma distinto, pero en todos arde la misma llama. ¡Oh si supiera usted la celestial felicidad que embarga ahora mi alma al poder comprenderlos!…».

El deseo del prisionero quedó cumplido, y el banquero, ordenó que se disparara dos veces en el jardín.

Más tarde, transcurrido el décimo año, el letrado permanecía sentado, inmóvil, ante la mesa, sin leer más libro que el Evangelio. Antojábasele extraño al banquero que a un hombre que en cuatro años había llegado a dominar seiscientos volúmenes científicos, empleara cerca de uno entero en la lectura de un libro no muy grueso y fácil de comprender.

Al Evangelio siguieron la Historia de la Religión y la Teología.

Durante los dos últimos años el prisionero leyó muchísimo y sin elección. Tan pronto le ocupaban las ciencias naturales como Byron y Shakespeare. A veces ocurría recibir de él una nota en la que solicitaba al mismo tiempo una obra de química, otra de medicina, una novela y algún que otro tratado filosófico o teológico. Aquella lectura era la imagen del náufrago que nadando en el mar entre los restos de un navío y deseando salvar su vida se ase tan pronto a un madero como a otro.

II

Recordando todo aquello, el viejo banquero pensaba:

«Mañana a las doce será puesto en libertad, y, según lo convenido, habré de pagarle los dos millones. Si lo hago así, todo estará perdido. Me encontraré completamente arruinado…».

Quince años antes le hubiera sido imposible contar sus millones, mientras que ahora tenía que preguntarse qué cifras eran más altas: las de su fortuna o las de sus deudas. El juego a la Bolsa, las especulaciones arriesgadas y la vehemencia de su carácter, de la que no podía desprenderse ni en la vejez, habían llevado el desorden a sus asuntos, y el osado, enfatuado y orgulloso ricachón hallábase convertido en un mediocre banquero, tembloroso ante cualquier alza o baja del papel.

—¡Maldita apuesta! —mascullaba el viejo llevándose las manos a la cabeza con desesperación—. ¿Por qué no habrá muerto este hombre? ¡No pasa de los cuarenta años y se llevará lo que me resta! ¡Se casará, gozará de la vida, jugará a la Bolsa…, mientras que yo, como un mendigo, le contemplaré con envidia y tendré que oírle decir cada día una misma frase!… «¡Le debo la felicidad de mi vida! ¡Déjeme que le ayude!…». ¡No! ¡Eso sería demasiado! ¡Lo único que pudiera librarme de la bancarrota y de la vergüenza sería la muerte de este hombre!

Dieron las tres. El banquero prestó oído. Todo el mundo dormía en la casa, percibiéndose sólo al otro lado de las ventanas el rumor de los árboles que estremecía el viento. Procurando no hacer ruido, sacó de la caja de caudales la llave de la puerta que en quince años no había sido abierta nunca, se puso el abrigo y salió de la casa. El jardín estaba oscuro y helado; llovía. El viento húmedo y penetrante que aullaba por todo el jardin no daba paz a los árboles. A pesar de lo que el banquero se esforzaba la vista, no podía distinguir ni la tierra, ni las blancas estatuas, ni el pabellón, ni los árboles. Acercándose al lugar en que se encontraba el pabellón, llamó dos veces al guardián. Nadie respondió. Sin duda el guardián, por resguardarse del mal tiempo, dormía ahora en algún rincón de la cocina o del invernadero.

—Si tuviera el valor de realizar mi propósito —pensaba el viejo—, las sospechas recaerían en primer lugar sobre el guardián.

Palpó los peldaños, la puerta, y penetró en el vestíbulo del pabellón. De allí, siempre a tientas, pasó al pequeño pasillo y encendió una cerilla. No había ni un alma. Sólo veíase una cama sin hacer y en una esquina la sombra oscura de una estufa. Los sellos pegados sobre la puerta que conducía a la habitación del prisionero estaban intactos. La cerilla se apagó, y el viejo, temblando de impaciencia, miró por el ventanillo.

Una vela ardía con turbia luz en la habitación del prisionero. Éste estaba sentado ante la mesa, no viéndose de él más que la espalda, los cabellos y los brazos. Sobre dos butacas, la mesa y la alfombra junto a ella, había libros abiertos.

Cinco minutos pasaron sin que el prisionero se moviera ni una sola vez. Un encarcelamiento de quince años le había enseñado a permanecer inmóvil. El banquero golpeteó con el dedo sobre el ventanillo, pero ningún movimiento del prisionero respondió a este sonido. El banquero, entonces arrancó cuidadosamente los sellos a la puerta e introdujo la llave en la cerradura. Ésta, roñosa, dejó oír un sonido ronco y la puerta rechinó. El banquero esperaba escuchar en el acto un ruido de pasos, un grito de asombro…, pero cerca de tres minutos transcurrieron y al otro lado de la puerta todo continuaba tan silencioso como antes. Decidióse entonces a entrar en la habitación. Ante la mesa hallábase sentado un hombre que no ofrecía ninguna semejanza con lo común de las gentes. Era aquel hombre un esqueleto al que sólo cubría la piel: tenía largos cabellos rizosos y femeninos y desgreñada barba. El color de su semblante era amarillo, con cierto matiz terroso; las mejillas hundidas, la espalda larga y estrecha y la mano sobre la que descansaba la cabeza cubierta de pelo, tan fina y tan delgada que daba

miedo mirarla. En su cabello plateaban las canas, y contemplando su rostro viejo y demacrado nadie hubiera podido creer que no había cumplido más de cuarenta años. Dormía… Bajo su cabeza, inclinada sobre la mesa, estaba un pliego de papel en el que había escrito algo con letra menuda.

—«¡Hombre lastimoso! —pensó el banquero—. ¡Está dormido y sueña seguramente con los millones! Bastaría con coger a este medio muerto, arrojarle sobre la cama y apretarle un poco con la almohada…, y ni el experto más concienzudo sería capaz de descubrir en él la menor huella de su muerte violenta. Pero leamos primeramente lo que ha escrito ahí».

Y el banquero, cogiendo el pliego entre sus dedos, leyó lo que sigue:

«Mañana a las doce en punto seré puesto en libertad, recobrando el derecho de alternar entre las gentes. Antes, sin embargo, de abandonar esta habitación y de volver a ver el sol, considero necesario decirle unas cuantas palabras:

»Con la conciencia limpia y como ante Dios que me ve, le declaro que desprecio la libertad, la vida, la salud y todo cuanto se llama en vuestros libros *bienes del mundo*.

»Quince años he invertido en estudiar la vida terrena. Cierto que durante este tiempo no veía ni a la tierra ni a los hombres, pero a través de sus libros bebía aromático vino, cantaba canciones, corría por los bosques en pos de los ciervos y los jabalíes y amaba a las mujeres… Las beldades vaporosas como nubes creadas al conjuro de nuestros geniales poetas me visitaban nocturnamente, murmurándome maravillosos cuentos que embriagaban mi cabeza… Por sus libros escalaba las alturas del Everest y del Mont-Blanc, desde donde veía con el alba salir el sol y en los atardeceres inundarse el cielo, el océano y las cimas de las montañas de su oro carmesí. Veía, por encima de mí, rasgando las nubes, brillar el relámpago. Veía los verdes bosques, los campos, los ríos, los lagos, las ciudades… Oía el canto de las sirenas, los silbos de los pastores, y sentía las alas de portentosos demonios que volaban hacia mí para hablarme de Dios. Con vuestros libros me arrojaba a precipicios sin fondo, creaba milagros, mataba, incendiaba ciudades, predicaba nuevas religiones, conquistaba reinos enteros… Vuestros libros me dieron la sabiduría. Cuanto el pensamiento humano fue capaz de crear a través de los siglos está comprimido como una bola dentro de mi cráneo.

»Sé que soy más inteligente que todos vosotros y desprecio vuestros libros, todos los bienes y la sabiduría del mundo… Todo es nulo, vago, vano, engañoso como un espejismo. Aunque seáis altivos, sabios y maravillosos, la muerte os borrará de la faz de la tierra, como ratones, y vuestras generaciones,

vuestra historia, la inmortalidad de vuestros genios, ¡todo quedará helado o arderá con el globo terrestre!

»Enloquecidos, seguís un falso camino, tomáis la mentira por la verdad y la fealdad por la belleza. Como os asombraría ver de repente, por cualquier circunstancia, brotar ranas y lagartos de los manzanos y naranjos o que las rosas comenzaran a exhalar un olor a sudor de caballo…, del mismo modo me asombráis vosotros, que cambiasteis el cielo por la tierra. No quiero comprenderos.

»Para demostraros mediante un hecho mi desdén hacia todo aquello que constituye vuestra vida…, ¡rehúso los dos millones con los que soñé en un tiempo como con un paraíso y que ahora desprecio! Con objeto de privarme del derecho a ellos, saldré de aquí cinco horas antes del plazo acordado, rompiendo de este modo nuestro convenio…».

Cuando el banquero hubo leído esto, depositó el pliego sobre la mesa, besó la cabeza de aquel hombre extraordinario, lloró y abandonó el pabellón. Jamás en otros tiempos, ni siquiera, tras la pérdida a la Bolsa de cuantiosas sumas, se había despreciado tanto a sí mismo. Al volver a su casa se echó sobre la cama, pero la excitación y las lágrimas no le permitieron en largo tiempo conciliar el sueño.

Por la mañana del día siguiente, pálidos y corriendo, llegaron a él los guardianes, comunicándole que el huésped del pabellón se había descolgado al jardín por la ventana y dirigido al portalón, desapareciendo después. Seguido de los criados, el banquero se encaminó inmediatamente al pabellón, comprobando la huida del prisionero. Con objeto de no provocar excesivos comentarios, cogió de la mesa el pliego que contenía su abdicación, y cuando volvió a su casa lo encerró en su caja de caudales.

EL BESO

Un veinte de mayo, a las ocho de la noche, las seis baterías que componían la brigada artillera de reserva en X*** detuviéronse, en su ruta al campamento, a pernoctar en el pueblo de Mestechki. Precisamente cuando el barullo era mayor, mientras algunos de los oficiales se ocupaban de los cañones, y otros, reunidos al lado de la verja de la iglesia, discutían la cuestión del alojamiento, surgió detrás de ellos un jinete vestido de paisano y montado en un extraño caballo. Éste, pequeño, de airoso cuello y corta cola, en lugar de marchar en línea recta, caracoleaba hacia un costado, ejecutando con las patas, como si alguien se las fustigara, menudos pasos de baile. Al acercarse a los oficiales, el jinete, quitándose el sombrero, dijo lo siguiente:

—Su excelencia el general de división von Rabbek, terrateniente del lugar, invita a los señores oficiales a que vayan a tomar el té a su casa ahora mismo.

El caballo saludó, bailó y retrocedió entre nuevos caracoleos: el jinete volvió a quitarse el sombrero, y al cabo de un instante él y su caballo desaparecieron detrás de la iglesia.

—¡Qué fastidio! —decían gruñendo algunos de los oficiales, mientras se dirigían a sus alojamientos—. ¡Que tenga uno sueño y que ese von Rabbek nos salga ahora con su té!… ¡Ya sabemos lo que son esos tés!…

Los oficiales de las seis baterías recordaban vivamente lo ocurrido el año anterior, cuando en temporada de maniobras un regimiento de cosacos y ellos habían sido invitados de modo semejante a *tomar el té* por un conde terrateniente, militar retirado. El hospitalario y amable conde no sólo les recibió cariñosamente y les dio de comer y de beber, sino que no les permitió marcharse a la aldea, invitándoles a pasar la noche en su casa. Todo aquello estaba muy bien, no podía pedirse nada mejor, pero lo malo fue que la presencia de aquella juventud alegró tanto al militar retirado que éste permaneció hasta la aurora refiriendo a los oficiales episodios de su brillante pasado, haciéndoles recorrer sus aposentos, mostrándoles sus valiosos cuadros, sus antiguos grabados, sus raras armas, leyéndoles cartas originales

de grandes personajes que los martirizados y cansados oficiales hubieron de mirar y admirar mientras, suspirando por sus camas, bostezaban disimuladamente en sus bocamangas. Cuando el dueño de la casa les permitió al fin retirarse, ya era demasiado tarde para dormir.

¿No sería von Rabbek una de estas personas?… Lo fuera o no lo fuera, no había nada que hacer. Los oficiales se vistieron, se cepillaron, y en tropel salieron en busca de la casa del terrateniente. En la plaza, junto a la iglesia, les dijeron que podía llegarse a la casa de los señores bajando a la orilla del río por el camino que pasaba por detrás de la iglesia; luego seguir por aquélla hasta el jardín, cuyas avenidas les conducirían a su destino, o bien tomar el camino alto que partiendo de la iglesia se adentraba en las dependencias de los señores. Los oficiales decidiéronse por el camino alto.

—¿Quién será ese von Rabbek? —cavilaban por el camino—. ¿Será acaso el von Rabbek que mandaba la división de caballería en Plevna?…

—No. Aquél no se llamaba Rabbek. Se llamaba sencillamente Rabbe. ¡Sin *von*!

—¡Qué hermosura de tiempo!

Junto al primer cobertizo, se bifurcaba el camino. Un ramal seguía en línea recta y se perdía en la oscuridad de la noche; otro, a la derecha, conducía directamente a la casa señorial. Los oficiales torcieron a la derecha y bajaron la voz… A ambos lados del camino alineábanse cobertizos de tejados color rojo, pesados, severos y muy semejantes a los cuarteles de cualquier ciudad regional. En la lejanía divisábanse, iluminadas, las ventanas de la casa señorial.

—¡Buen presagio, señores! —dijo uno de los oficiales—. ¡Nuestro *setter* va a la cabeza! ¡Eso quiere decir que hay presa!…

El teniente Lobitko, oficial alto y robusto, sin sombra de bigote —tenia veinticinco años cumplidos, pero en su rostro no había todavía ni el menor asomo de vegetación—, que marchaba, al frence de todos y que era famoso en la brigada por su olfato y su capacidad de adivinar a distancia la presencia de las mujeres, se volvió y dijo:

—¡Sí! ¡Aquí hay mujeres! ¡Me lo dice el instinto!

El propio Rabbek, hombre de unos sesenta años de edad, de aspecto agradable y vestido de paisano, les salió al encuentro en el umbral de la casa, tras de estrechar la mano a sus invitados, dijo a éstos que se sentía muy contento y feliz de verles, pero que rogaba encarecidamente a los señores oficiales le perdonaran por el amor de Dios no les hubiera pedido que pernoctaran en su casa, pero que por haber llegado a ella dos de sus hermanas

con sus niños, además de otros hermanos y vecinas, no había quedado libre ni una sola habitación. El general estrechaba las manos de todos, se excusaba y sonreía, pero en su rostro podía verse que la presencia de aquellos invitados estaba muy lejos de hacerle sentir la complacencia mostrada por el conde del año anterior, y que si les había invitado había sido solamente porque creía que así lo exigían las conveniencias. Los propios oficiales, mientras escuchándole subían por la mullida escalera, se daban cuenta de que en aquella ocasión habían sido invitados únicamente porque hubiera sido improcedente no hacerlo. Viendo a los lacayos apresurarse a encender las luces de entrada en el piso bajo y las del recibimiento en el de arriba, comprendían que su presencia traía a aquella casa la perturbación y el desasosiego. En un sitio, en el que sin duda por celebrarse una fiesta familiar o algún otro acontecimiento, habíanse reunido las dos hermanas con sus niños, los hermanos y los vecinos…, ¿podía acaso agradar la presencia de diecinueve oficiales desconocidos?

Arriba, a la entrada del salón, los invitados fueron recibidos por una anciana alta y esbelta, de rostro ovalado y negras cejas, muy parecida a la emperatriz Eugenia. Sonreía amable y majestuosamente, decía estar muy contenta de ver en su casa a aquellos huéspedes y se disculpaba lamentando como su marido de verse privada de poder pedir a los señores oficiales que pasaran la noche en su casa. Su bella y majestuosa sonrisa, que cuando algo la hacía apartar el rostro de sus invitados quedaba instantáneamente borrada, revelaba que había visto en su vida muchos señores oficiales, pero que ahora ya no estaba para aquello, y que si les había invitado y pronunciaba aquellas excusas era solamente porque así lo exigían su educación y su rango en el gran mundo.

En el comedor en que penetraron los oficiales, y a un extremo de la larga mesa, hallábanse sentados, tomando el té, unos diez caballeros y damas, jóvenes y maduros. Tras sus sillas y envuelto en el humo ligero de los cigarros, resaltaba oscuro el grupo formado por otros caballeros. Un joven delgado, de patillas rojizas, que se encontraba entre éstos, hablaba en inglés en alta voz y arrastrando las erres. Más allá del grupo, y a través de la puerta, veíase una habitación clara amueblada de azul pálido.

—¡Señores! ¡Son ustedes tantos que no hay posibilidad de presentarlos! —dijo en voz alta el general, esforzándose en aparentar que estaba muy alegre —. ¡Hagan conocimientos los unos con los otros sin usar de ceremonias!

Los oficiales, con caras graves y severas unos, con forzada sonrisa otros y todos sintiéndose violentos, saludaron de cualquier modo y se sentaron a tomar el té.

El que más incómodo se sentía de todos era el capitán Riabovich, oficial de pequeña estatura, chepudo, con lentes y con patillas de lince. Mientras algunos de los caballeros conservaban una cara seria y otros sonreían como a la fuerza, sus patillas de lince y sus lentes parecían decir:

«Soy el más tímido, el más modesto, el más incoloro de todos los oficiales de la brigada». Durante los primeros momentos que siguieron a su entrada en el comedor, y después tomando el té, se sentía absolutamente incapaz de fijar la atención en rostro u objeto alguno. Los rostros, los vestidos, las jarritas de cristal tallado llenos de coñac, el vaho de los vasos, el esculpido de las cornisas…, ¡todo!, fundido en una inmensa impresión general, llenaba a Riabovich de inquietud y de un deseo de esconder la cabeza. Semejante a un recitador que se presenta por primera vez en público, veía cuánto tenía ante sí, pero sin comprenderlo. Los filósofos llaman a esta sensación de ver y no comprender, *ceguera psíquica*. Un poco después, familiarizándose con el ambiente, Riabovich recobró su capacidad visual y empezó a observar. En su calidad de hombre tímido y falto de mundo, lo primero que le saltó a la vista fue aquello de lo que él carecía: o sea el extraordinario aplomo de sus nuevos conocimientos. Von Rabbek, su mujer, dos señoras maduras, una señorita vestida de color lila y un joven de patillas rojizas (que resultó ser el hijo menor de von Rabbek), con gran destreza, como si anticipadamente lo hubieran ensayado, se sentaron entre los oficiales, entablando en seguida una acalorada discusión en la que no podían dejar de intervenir los invitados. La señorita de color lila procedió a demostrar con mucha animación que la vida de los artilleros era más fácil que la de los pertenecientes al arma de caballería o infantería, mientras que von Rabbek y las damas maduras sostenían lo contrario. La conversación se cruzó. Riabovich, contemplando a la señorita de color lila discutir con tanta vehemencia un tema que no la concernía ni podía interesarle en absoluto, observaba cómo en su rostro aparecían y desaparecían insinceras sonrisas, mientras von Rabbek y su familia con suma habilidad, atraían a los oficiales a la conversación, al tiempo que se mantenían atentos a los vasos y a las bocas, a si todos bebían y tenían bastante azúcar, a por qué aquél no comía bizcochos y bebía coñac… Cuanto más observaba y escuchaba Riabovich, más le agradaba aquella insincera, pero maravillosamente bien disciplinada familia.

Después del té los oficiales pasaron al salón. El olfato no había engañado al teniente Lobitko: en el salón había muchas señoritas y señoras jóvenes. El *setter-teniente* estaba ya al lado de una jovencita rubia, vestida de negro y arqueando garbosamente el talle, como si se apoyara en un invisible sable;

sonreía y agitaba los hombros en actitud galante. Seguramente las tonterías que decía eran muy interesantes, pues la rubita, mirando complacida su rostro satisfecho, le preguntaba en tono indiferente:

—¿Es posible?

Frío «¿es posible?» por el que un *setter* inteligente hubiera podido deducir la improbabilidad de ser azuzado con un «¡Adelante!».

Sonó el piano. Un melancólico vals, tras atravesar el salón, salió volando por las ventanas abiertas de par en par, y todos, sin saber por qué, recordaron que estaban en primavera y que era aquella una noche de mayo. Todos percibieron en el aire un olor a joven follaje, a sauce, a rosas y a lilas. Riabovich, en el que la influencia de la música hacia hablar al coñac injerido anteriormente, miró de reojo a la ventana, sonrió y se puso a seguir con la vista los movimientos de las mujeres, pareciéndole ya que el olor a rosas, a sauces y a lilas no provenía del jardín, sino de los semblantes y los vestidos femeninos.

El hijo de von Rabbek invitó a bailar a una de las señoritas, dando con ella dos vueltas de vals. Lobitko, resbalando por el *parquet*, voló hacia la señorita de color lila y valsó vertiginosamente con ella por el salón. El baile habla empezado… Riabovich permanecía al lado de la puerta, entre los que no bailaban, y observaba. Jamás en toda su vida había bailado ni una sola vez, ni tenido ocasión de rodear el talle de una mujer decente, y le agradaba sobremanera ver cómo un hombre en presencia de todo el mundo cogía por el talle a una señorita desconocida y le ofrecía su hombro para que descansara en él la mano; pero imaginarse a sí mismo en el lugar de ese hombre era cosa que no podía hacer de ningún modo. Hubo un tiempo en el que envidiando el valor y la destreza de sus compañeros, su alma sufría de saberse tímido, chepudo, incoloro… Tener un talle largo y patillas de lince, le ofendía profundamente; pero con el paso de los años este convencimiento se le había hecho tan familiar que ahora, cuando miraba a los que bailaban o conversaban en voz alta, ya no les envidiaba y sólo se sentía tristemente conmovido. Iniciábase el *quadrille*, y el joven von Rabbek, acercándose a los oficiales que no bailaban, les invitó a jugar al billar. Los oficiales accedieron y abandonaron la sala en su compañía. Riabovich, no sabiendo qué hacer y deseando participar de alguna manera en la animación general, se arrastró tras ellos.

Del salón pasaron a la sala, después a un estrecho pasillo y por éste a una habitación en la que su presencia hizo alzarse de un brinco de los divanes a tres figuras soñolientas de lacayos. Al fin, y después de atravesadas una larga

hilera de aposentos, el joven von Rabbek y los oficiales penetraron en una sala de billar de regular tamaño. Empezóse el juego. Como Riabovich no jugaba nunca a nada que no fueran los naipes, permaneció al lado del billar, mirando indiferente a los jugadores que con los uniformes desabrochados y el taco entre las manos giraban en torno a la mesa, hacían carambolas y se expresaban en términos incomprensibles. Los jugadores no reparaban en él, y sólo de cuando en cuando alguno de ellos, por haberle dado un codazo o tropezado con el taco, se volvía hacia él, diciéndole: «*Pardon*…». No había terminado aún la primera partida cuando ya se sentía aburrido, pareciéndole que estaba allí de sobra y que molestaba… De nuevo atraído por el salón, abandonó aquella estancia.

En el camino de regreso a aquél, le ocurrió un pequeño incidente. Hacia la mitad de su recorrido se dio cuenta de que no iba por donde tenía que ir. Recordaba perfectamente que había de tropezar con tres figuras de lacayos soñolientos, pero llevaba ya atravesados cinco o seis aposentos y, como si se las hubiera tragado la tierra, aquellas figuras no aparecían por ninguna parte. Comprendiendo su equivocación, retrocedió un poco, torció hacia la derecha y se encontró en un despacho muy poco iluminado que no había visto antes, cuando se dirigía a la sala de billar. Después de detenerse en él por espacio de medio minuto, abrió resuelto la primera puerta que le fue posible distinguir y entró en una habitación en la que reinaba completa oscuridad. Frente a él, en línea recta, veíase una rendija que despedía viva luz, y del otro lado de la puerta llegaban los amortiguados sonidos de una melancólica mazurca. Allí como en el salón, las ventanas estaban de par en par abiertas, y olía a sauce, a lilas y a rosas… Riabovich se detuvo meditabundo… En aquel momento y del modo más inesperado, oyéronse precipitados pasos, el crujir de un vestido y el murmullo de una voz femenina y entrecortada que decía: «¡Por fin!». Y dos suaves, fragantes e indudablemente femeninos brazos enlazaron su cuello. A su mejilla se acercó otra tibia mejilla, escuchándose en aquel instante el sonido de un beso. Inmediatamente, sin embargo, la autora de aquel beso lanzó una breve exclamación, y con repugnancia, según pareció a Riabovich, se alejó de éste de un salto. También él, a punto de exclamar, se dirigió apresurado hacia la rendija de donde partía la fuerte luz… Cuando volvió al salón el corazón le latía, y tan visiblemente le temblaban las manos que hubo de esconderlas precipitadamente tras su espalda. Su primera impresión fue de sufrimiento, de una mezcla de vergüenza y de temor ante la idea de que todo el salón pudiera haberse enterado de que acababa de abrazarle y besarle una mujer. Encogiéndose, miraba inquieto a todos lados, pero al convencerse de

que las gentes en el salón continuaban bailando y charlando tranquilamente, se entregó por completo a aquella nueva, hasta ahora nunca en su vida experimentada sensación. Algo extraño pasaba por él. Su cuello, que un momento antes rodearan unas manos suaves y fragantes, le parecía untado de manteca, y en su mejilla, junto al bigote izquierdo, donde le había besado la desconocida, temblaba un ligero y agradable frescor, semejante al que producen las gotas de menta. Cuanto más se frotaba tanto más percibía aquel frescor, al tiempo que desde la cabeza hasta los talones, creciendo y creciendo dentro de él, se sentía invadido por un extraño sentimiento… Deseaba bailar, hablar, correr por el jardín, reír alegremente…, olvidar por completo que era chepudo, incoloro, que tenía patillas de lince y un exterior indefinido. (Así fue una vez calificado en una conversación entre damas, sorprendida sin querer). Al pasar ante la esposa de Rabbek, sonrió a ésta de una manera tan amplia y cariñosa que ella se detuvo y le miró con un gesto de interrogación.

—¡Me encanta su casa! —dijo acomodándose las gafas sobre la nariz.

La generala sonrió y le explicó que aquella casa era aún propiedad de su padre. Después se informó de si vivían todavía los padres de él, de si hacía mucho tiempo que estaba en activo, de por qué estaba tan escuálido y de alguna que otra cosa más. Contestadas dichas preguntas, prosiguió su camino mientras la sonrisa de él (pensando tras aquella charla en cuán magníficas eran las personas que le rodeaban), se hacía más cariñosa. Durante la cena Riabovich comió maquinalmente de todo cuanto le ofrecieron, bebió y, sin prestar oído a nada a su alrededor, se esforzaba en explicarse el incidente anterior… Un incidente de ese carácter misterioso y romántico no era difícil de explicar. Sin duda, alguna de las señoritas o señoras había dado cita a alguien en aquella habitación mal alumbrada, y tal vez excitada y nerviosa por la espera había confundido a Riabovich con su galán. Esto lo hacía aún más verosímil el hecho de que Riavovich, al pasar por la oscura habitación, se hubiera detenido pensativo, presentando por tanto el aspecto de la persona que espera algo. Tal era la explicación dada por Riabovich al beso recibido.

«No obstante…, ¿quién será ella?…» —pensaba fijando sus ojos en los rostros femeninos—. Necesariamente es joven, ya que a las mujeres viejas no se les hace objeto de una cita: que además era inteligente lo revelaba el crujido de su vestido, su perfume y el timbre de su voz… Su mirada se posó en la señorita de color lila, que le agradó mucho. Tenía bellos hombros y brazos, un rostro inteligente y una voz maravillosa. Mirándola, Riabovich experimentó el deseo de que fuera ella precisamente y no otra la desconocida. Sin embargo, tenía una risa insincera, y su larga nariz al fruncirse hacía

parecer más viejo su rostro. De ella su mirada pasó a la rubita vestida de negro. Ésta era más joven, más sencilla y más franca. Tenía unas sienes encantadoras, y en su gesto, cuando bebía, había gran belleza.

Ahora Riabovich deseaba que fuera ésta. Pronto, sin embargo, al descubrir en ella un rostro inexpresivo, volvió la mirada hacia el de su vecina.

«¡Qué difícil es de averiguar! —pensaba soñador—. Tal vez con los hombros y los brazos de la del vestido color lila… las sienes de la rubita y los ojos de aquella que está sentada a la izquierda de Lobitko… pudiera…».

Y haciendo una suma mental obtuvo la imagen de la joven que le había besado, la imagen que buscaba y no podía encontrar entre las sentadas a la mesa.

Después de la cena, los invitados, satisfechos y algo embriagados, iniciaron la despedida expresando su agradecimiento. Los dueños de la casa volvieron a excusarse de no haberles podido invitar a que se quedaran allí a pasar la noche.

— ¡Muy, muy contento, señores!… —decía el general, esta vez, al parecer, con sinceridad, seguramente porque al despedir a los huéspedes la gente suele ser más cordial y sincera que al recibirlos—. ¡Muy contento! ¡Cuando vuelvan a pasar por aquí, de regreso, les ruego que vengan por mi casa! ¡Sin ceremonias! ¿Qué camino piensan tomar? ¿El de arriba? No. Mejor será que vayan por abajo. Por el jardín. Por allí está más cerca.

Los oficiales salieron al jardín. Viniendo de la fuerte luz y del ruido, el jardín se les antojó muy oscuro y quieto. Hasta llegar a la puerta de la verja caminaron en silencio. Todos estaban medio borrachos, contentos, alegres; pero aquella quietud y oscuridad les mantuvo al menos un minuto meditabundos. Por la mente de todos, como por la de Riabovich, pasó este pensamiento: «¿Llegaría el día o no, en que también ellos, como Rabbek, poseyeran una gran casa, una familia y un jardín? ¿En que les fuera dado también, y aunque fuera insinceramente, el poder agasajar cariñosamente a las gentes, el poder hacerlas sentirse satisfechas, borrachas y contentas?».

Una vez franqueada la puerta de la verja, todos a la vez empezaron a charlar, a reírse ruidosamente sin motivo alguno. Seguían ahora el sendero que bajaba al río y corría hasta el agua rodeando los arbustos y los sauces colgados sobre ella. La otra orilla permanecía sumida en la oscuridad. Aquí y allá, sobre el agua oscura, se reflejaban las estrellas, cuyo parpadeo permitía únicamente adivinar el rápido fluir del rio. Reinaba la calma. En la orilla opuesta lanzaban su gemido adormiladas chochas, y en ésta, encaramado en uno de los arbustos y sin prestar un mínimo de atención al paso de los

oficiales, cantaba un ruiseñor. Éstos se detuvieron junto al arbusto y lo sacudieron ligeramente, pero el ruiseñor siguió cantando.

—¡Mira! —exclamaron algunas voces aprobatorias—. ¡Nos tiene a su lado y se queda tan fresco! ¡valiente granuja!

Al extremo del camino subía un sendero que se unía otra vez a aquel de junto al atrio de la iglesia. Allí los oficiales, cansados de la cuesta, se sentaron a fumar. En la orilla opuesta se encendió una lucecita roja, y los oficiales, por no tener otra cosa en que ocuparse, se pusieron a discutir durante largo rato sobre lo que podía ser aquello: si una hoguera, una luz en una ventana u otra cosa cualquiera… Y a Riabovich, que también miraba, se le figuraba que la lucecita le miraba a su vez, le sonreía, le hacía guiños, como si también ella estuviera enterada de aquel beso.

Cuando llegó a su casa se desnudó de prisa y se acostó. Junto a él, en la misma *isba*, pasaban la noche Lobitko y el teniente Mersliakov, joven tranquilo y silencioso, considerado en su círculo como oficial instruido y que siempre, cuando y en donde podía, emprendía la lectura del *Noticiario Europeo*, que llevaba siempre consigo. Lobitko se desvistió, paseó durante largo rato por la habitación con aire de hombre insatisfecho y mandó al ordenanza que fuera a buscarle cerveza. Mersliakov colocó la vela a la cabecera de su lecho y se sumergió en la lectura del *Noticiario Europeo*.

«¿Quién será?», pensaba Riabovich contemplando el ahumado techo.

Todavía le parecía sentir el cuello untado de manteca y junto a su boca aquel ligero frescor a gotas de menta. Por su imaginación desfilaron rápidamente los hombros y los brazos de la señorita de color lila, las sienes y los ojos francos de la rubita vestida de negro…, talles, vestidos y broches… A pesar de sus esfuerzos por fijar la atención en dichas imágenes, éstas saltaban, se esfumaban y parpadeaban. Cuando sobre el ancho fondo negro que se extiende ante los ojos antes que éstos se cierren y las imágenes se borren, empezaba a oír pasos apresurados, un crujir de vestido, el sonido de un beso y una poderosa alegría sin causa se apoderaba de él…, oyó cómo volvía el ordenanza diciendo que no había encontrado cerveza. Lobitko, terriblemente indignado, se puso de nuevo a pasear por la habitación.

—¡Habrá idiota! —decía, deteniéndose tan pronto ante Riabovich como ante Mersliakov—. ¡Es preciso ser estúpido y tonto para no ser capaz de encontrar cerveza! ¿Eh?… ¡Será canalla!

—No tiene nada de particular que no encuentre aquí cerveza —dijo Mersliakov sin apartar los ojos del *Noticiario Europeo*.

—¿Sí?… ¿Cree usted eso?… ¡Dios mío!… ¡Que me dejaran a mí en la luna!… ¡Qué pronto encontraría cerveza y mujeres! ¡Y ahora mismo voy a buscarla y la encontraré!… ¡Llamadme canalla si no la encuentro! Después de invertir largo rato en vestirse y en calzarse las altas botas, fumóse un cigarrillo y salió.

—Rabbek, Grabbek, Labbek… —mascullaba, parado en el zaguán—. ¡Qué diablos! ¡No tengo gana de ir solo!… ¡Riabovich! ¿Quiere usted dar un paseo?…

No recibiendo contestación volvió a entrar en el cuarto, se desnudó despacio y se acostó. Mersliakov, suspirando, dejó a un lado el *Noticiario Europeo* y apagó la vela.

—Si… —balbucía Lobitko, encendiendo su cigarrillo en la oscuridad.

Riabovich se tapó la cabeza, y acurrucándose comenzó a reunir en la imaginación las imágenes que desfilaban por ella, a fundirlas en un todo; pero no pudo conseguirlo. Pronto quedóse dormido, siendo éste su último pensamiento: que alguien le salía cariñosamente al encuentro, llenándole de alegría, y que en su vida había ocurrido algo tonto, pero extraordinariamente grato y risueño. Tal pensamiento no se apartó de él ni siquiera mientras dormía.

Cuando despertó le había desaparecido la sensación de manteca en su cuello y el frescor de menta junto a sus labios, pero la alegría experimentada la víspera continuaba como una ola agitando su pecho… Con deleite contempló las ventanas que aurificaba el sol naciente, y prestó oído al movimiento callejero. Junto a su misma ventana alguien hablaba en voz alta. Era Lebedetzki, el jefe de la brigada de Riabovich, que acababa de dar alcance a ésta, el que se expresaba en tono muy alto, por falta de costumbre de hacerlo en tono bajo hablando con su ayudante de campo.

—¿Y qué más? —gritaba el comandante.

—Mientras herraban ayer a *Golubchik*, le hirieron en una pata, señoría… El veterinario le puso fango con vinagre. También se emborrachó ayer el maestro albañil, Artemiev, señoría, y el teniente mandó que le arrestaran.

A renglón seguido el ayudante comunicó que Karpov se había olvidado de los nuevos cordones para las trompetas y de los pinchos para clavar las tiendas de campaña. También que los señores oficiales habían estado ayer de visita en casa del general von Rabbek. En el curso de esta conversación, la cabeza de rojiza barba de Lebedetzki asomó por la ventana, guiñó los ojos miopes sobre los rostros adormilados de los oficiales y saludó.

—¿Va todo bien? —preguntó.

—Uno de los caballos está herido —contestó Lobitko bostezando.

El comandante suspiró, quedó un rato pensativo y dijo en voz alta:

—Tengo todavía que ir a visitar a Alejandra Evgralovna. Necesito verla. Bueno… Adiós. Ya me reuniré con ustedes al atardecer.

Un cuarto de hora después la brigada se puso en marcha. Al pasar por el camino, ante los cobertizos señoriales, Riabovich miro a la derecha en dirección a la casa. Las ventanas estaban cerradas y las persianas corridas. Por lo visto todos dormían aun. También dormiría aquella que la víspera besara a Riabovich. Quiso imaginársela dormida, con una de las ventanas del dormitorio abierta de par en par y el verde ramaje asomando por ella. El frescor matinal, el perfume del sauce, de las lilas y de las rosas, el lecho, la silla sobre la que descansa el vestido que crujía ayer, los zapatitos, el relojito sobre la mesa…, ¡todo esto se le dibujaba claramente, vivamente!… Pero los rasgos del rostro de la amada, su sonrisa soñolienta, precisamente lo esencial y característico, resbalaba de su imaginación como resbala el mercurio bajo la presión del dedo, después de recorrida una media *versta* volvió hacia atrás la cabeza. La iglesia de color amarillento, la casa, el río y el jardín estaban inundados de luz. El río, con sus orillas de un verde jugoso en el que se reflejaba el cielo azul y al que el sol hacía despedir argentados destellos, aparecía bellísimo. Riabovich contempló a Mestechki por última vez y sintió gran tristeza, como si se separara de algo que le fuera muy amado y cercano.

Ante sus ojos después desfilaron cuadros conocidos hacía mucho tiempo y desprovistos de interés. A su derecha y a su izquierda se extendían campos de joven centeno sobre los que los pájaros saltaban. Mirando ante sí, veía polvo y nucas: detrás de él, polvo y rostros… Al frente de todos marchaban cuatro hombres provistos de espadas: la vanguardia. A éstos seguía el pelotón de cantores, y en pos de ellos la banda de trompetas de a caballo. La vanguardia de cantores (como los portadores de hachones en un entierro), olvidando a cada momento la distancia reglamentaria, se adelantaban excesivamente. Riabovich, desde su puesto al lado de la quinta batería, veía las otras cuatro que marchaban delante de él. Para quien no sea militar, este largo y pesado desfile, cuando compone toda una brigada en movimiento, se le antoja complicado e incomprensible. Incomprensible que tanta gente rodee a una pieza de artillería, que la arrastren tantos caballos y que éstos vayan cubiertos de tan extraños arneses, produciendo el efecto de que su carga es algo temible y agobiador. Para Riabovich, en cambio, todo esto es perfectamente comprensible y no ofrece por tanto ningún interés. Hace tiempo que sabe que a la cabeza de cada batería, junto al oficial, va un pirotécnico militar de

aspecto eficiente, y a tu espalda hombres a caballo. El que Riabovich sepa cómo se llaman los caballos que van a la derecha y cómo los que van a la izquierda, carece totalmente de interés para él. A éstos siguen otros dos, uno de los cuales lo monta un jinete muy torpe que lleva aún sobre la espalda el polvo del día anterior y un gracioso taco de madera encima del pie derecho. Riabovich conoce su objeto, pero no le parece risible. Todos los jinetes levantan maquinalmente las fustas y lanzan de cuando en cuando un grito. La pieza artillera en sí misma es fea. En su parte delantera van sacos de avena cubiertos de lona, y del resto cuelgan teteras, bolsas de soldados, bolsitas, etc., haciéndola presentar el aspecto de un animalucho inofensivo al que no se sabe por qué rodea tanta gente y tantos caballos. A ambos lados y moviendo los brazos van seis mozos de servicio. Tras la pieza, más jinetes, a cuya espalda se arrastra otra nueva pieza igualmente fea y tan poco imponente como la primera. A la segunda siguen la tercera y la cuarta. Al lado de la cuarta, otro oficial, y así sucesivamente. Cada brigada consta de seis baterías, en cada una de las cuales hay cuatro carros. En una longitud de media *versta* se extiende el desfile, que termina con la intendencia, a cuyo lado, pensativo y tristemente inclinada la cabeza de largas orejas, avanza el simpático morro del burro magar que un jefe artillero trajo consigo de Turquía.

Indiferente, miraba Riabovich ante sí y detrás de sí nucas y caras. En otros tiempos se hubiera seguramente adormecido, pero ahora se encontraba sumergido en nuevos y gratos pensamientos. Al principio, cuando la brigada no había hecho más que ponerse en marcha, intentó persuadirse de que la historia del beso no podía tener mayor interés que el de un pequeño incidente, que en sí misma era nula, y el pensar seriamente en ella, una estupidez. Pronto, sin embargo, dejando a un lado la lógica, se entregó al ensueño… Unas veces se representaba a sí mismo en el salón de von Rabbek, junto a una joven parecida a la señorita de color lila y a la rubita vestida de negro, y otras, cerrando los ojos, se veía al lado de una joven completamente desconocida, de facciones imprecisas. Con el pensamiento hablaba, acariciaba, se inclinaba sobre algún hombro; imaginaba la guerra, la separación; luego el retorno y la cena con su mujer y sus niños…

Cuando bajando la montaña y al tiempo que oía las voces de mando hacía oír también las suyas, sentía miedo de que su grito dejara cortado su ensueño y le volviera a la realidad…

Al pasar ante una hacienda, Riabovich miró al jardín. Lo primero que le saltó a la vista en él fue una alameda larga y recta, como una regla, cubierta de arena amarillenta y flanqueada de jóvenes encinas. Con el ansia del

hombre entregado a la quimera, imaginó unos piececitos femeninos caminando por ella, y de pronto, de modo completamente inesperado, la mujer que le besara, aquella cuya imagen no podía encontrar durante la cena, se dibujó en su imaginación. Esta imagen quedó grabada en su cerebro y no volvió a abandonarle ya. A mediodía, del lado de la intendencia, partió un grito de mando…

—¡Alto! ¡A la izquierda, señores oficiales!

En un coche tirado por dos caballos blancos se acercaba el general de la brigada. Deteniéndose al lado de la segunda batería gritó algo que nadie comprendió. Unos cuantos oficiales de a caballo, entre ellos Riabovich, se acercaron a él.

—Bueno, ¿qué?… —preguntó el general, cuyos ojos enrojecidos parpadeaban—. ¿Hay enfermos?

Recibida la respuesta, el general, hombre pequeño y escuálido, pareció masticar algo mientras meditaba unos instantes; luego hizo una observación a un oficial, otra a Riabovich, y tras otras cuantas más, igualmente aburridas, miró sonriendo a Lobitko y dijo;

—Tiene usted hoy una cara muy triste, teniente Lobitko. ¿Es el no ver a la Lopujova lo que le pone a usted triste?… ¿No es eso?… ¡Señores, el teniente siente nostalgia de la Lopujova!

La Lopujova era una dama gorda y alta que hacía mucho tiempo había rebasado los cuarenta, pero el general, sobre el que las personas de fuerte contextura, fuera cual fuera su edad, ejercían atracción, suponía que ésta había de ser también sentida por las oficiales. Los oficiales sonrieron respetuosos, y el general, satisfecho de haber dicho algo muy cómico y venenoso, se echó a reír ruidosamente, dio un golpecito en la espalda del cochero e hizo el saludo militar. El coche volvió a ponerse en marcha.

«En realidad, todo con lo que yo ahora sueño y que me parece imposible y ultraterrestre es cosa muy corriente —pensaba Riabovich, siguiendo con la vista la nube de polvo que levantaba el coche del general—. Todo muy corriente, y todo el mundo pasa por ello… Este general, por ejemplo, sin ir más lejos…, en su tiempo habrá estado enamorado… Ahora es casado y tiene hijos. El capitán Vajter también es casado y también tiene quien le quiera, a pesar de su nuca tan colorada y tan fea y de que no se le marque nada el talle… Salmanov es muy bruto y excesivamente tártaro, y, sin embargo, tuvo su novela, que acabó en boda… Yo soy igual que todos, y más tarde o más temprano me ocurrirá lo mismo que a todos».

La idea de que era una persona como otra cualquiera y de que su vida era semejante a la de los demás, alegrándole, le sirvió de estímulo.

Ya valientemente y a su antojo soñaba con ella, con su felicidad, sin poner ningún freno a la imaginación…

Por la noche, después de que la brigada hubiera alcanzado su destino y cuando los oficiales descansaban en sus tiendas de campaña, Riabovich, Mershakov y Lobitko hallábanse sentados en torno a un baúl y cenaban. Mersliakov comía sin apresurarse, masticando despacio y leyendo el *Noticiario Europeo*, que sostenían sus rodillas; Lobitko, sirviéndose vino, hablaba sin cesar, mientras Riabovich, a quien los ensueños de todo un día habían embrumado la cabeza, callaba y bebía. Después del tercer vaso y ya ligeramente embriagado, sintió aumentar su debilidad y anheló confiar a sus compañeros su nueva sensación.

—En casa de esos Rabbek me ocurrió algo muy extraño… —empezó a decir, esforzando en dar a su voz un tono indiferente y burlón—. Figúrense que yendo a la sala de billar… ¿saben?…

Empezó a referir detenidamente la historia del beso, pero un minuto después estaba otra vez callado. En aquel minuto lo había referido todo, quedándose muy asombrado de haber empleado tan poco tiempo en su relato. Le parecía que sobre aquel beso tendría que haber estado hablando hasta la misma mañana. Escuchándole, Lobitko, que mentía mucho, por lo que no solía dar crédito a nadie, le miró incrédulo y sonrió. Mersliakov enarcó las cejas, y con voz tranquila, sin alzar los ojos del *Noticiario Europeo*, dijo:

—¡Ocurre cada cosa!… ¡Echársele a uno al cuello sin avisar! ¡Se trataría seguramente de alguna psicópata!

—Sí…, seguramente una psicópata… —asintió Riabovich.

—Un caso semejante me pasó a mí una vez —dijo Lobitko, poniendo ojos asustados—. Figúrense que voy el año pasado a Kovno y tomo un billete de segunda… El vagón está atestado y no hay manera de dormir… Le doy cincuenta céntimos al revisor, que coge mi equipaje y me lleva a otro departamento. Me echo y me tapo con la manta. ¿Comprenden?… De repente noto que alguien me toca en el hombro y respira en mi cara. Hago un movimiento con la mano y tropiezo en un codo… Abro los ojos y… ¿qué se figuran ustedes?… ¡Era una mujer!… ¡Ojos negros…, labios rojos como un buen salmón…, una nariz que respira pasión!…

—Permítame —interrumpió Mersliakov—, lo que no comprendo es cómo podía usted ver el color de los labios si estaba todo tan oscuro…

Lobltko empezó a zozobrar y a reírse de la poca imaginación de Mersliakov. Todo esto desagradaba a Riabovich que, apartándose del baúl, se echó sobre la cama prometiéndose no volver a ser sincero.

Había dado comienzo la vida de campamento. Los días resbalaron muy parecidos unos a otros. Durante todos ellos Riabovich sentía, pensaba y se comportaba como un enamorado. Cuando por la mañana el ordenanza le traía agua fría para lavarse, al echársela por la cabeza, recordaba que en su vida había algo bueno y caliente.

Por la noche, cuando los compañeros se ponían a charlar del amor y de las mujeres, acercándose, prestaba oído y su rostro adquiría la expresión que suele tener el rostro del soldado cuando oye referir un combate en el que no ha tomado parte. En aquellas otras noches en que los oficiales, ligeramente embriagados, y con el *setter* Lobitko a la cabeza, hacían donjuanísticas excursiones a la aldea, Riabovich, cuando se unía a ellas, se sentía profundamente culpable y en su pensamiento le pedía perdón. En las horas de ocio o en las noches de ensueño, cuando se sentía atraído a recordar su infancia, su padre, su madre y todo lo que en general le era propio y querido, indefectiblemente acudía a su recuerdo Mestechki, el extraño caballo, Rabbek, su mujer, parecida a la emperatriz Eugenia, la oscura habitación, la fuerte luz filtrándose por la rendija de la puerta…

El día 31 de agosto volvía del campamento, pero no con la brigada entera, sino solamente con dos baterías. Durante todo el camino fue soñando, excitado, como si se dirigiera a su patria chica. Anhelaba apasionadamente volver a ver el extraño caballo, la iglesia, la insincera familia de Rabbek, la oscura habitación…, mientras esa voz interior que tan frecuentemente engaña a los enamorados le murmuraba sin que supiera por qué, que la vería sin falta… Le martirizaban estas preguntas: «¿Cómo sería el encuentro?… ¿De qué la hablaría?… ¿Acaso había ella olvidado aquel beso?…». «En el peor de los casos —pensaba—, o sea en el de no encontrarla, sólo el pasar por la oscura habitación y poder recordar, había de serle grato». Cuando llegó el anochecer, en el horizonte surgieron la conocida iglesia, los conocidos y blancos cobertizos… El corazón de Riabovich palpitó… No escuchaba al oficial que marchaba a su lado y que le decía algo; todo lo había olvidado y ansiosamente fijaba la vista en el río que brillaba a lo lejos, en el tejado de la casa, en el palomar, sobre el que revoloteaban las palomas iluminadas por el sol poniente.

Cuando llegó y se acercó a la iglesia, mientras escuchaba al aposentador, esperaba a cada segundo ver aparecer tras el atrio al jinete encargado de

invitar a los oficiales a que fueran a tomar el té…, pero… los aposentadores habían dado fin a su informe, los oficiales bajaron de sus caballos y se fueron a la aldea sin que el jinete hubiera aparecido…

«Ahora Rabbek sabrá por los *mujiks* que hemos llegado y nos mandará a buscar», pensaba Riabovich entrando en la *isba* y sin comprender por qué su compañero encendía la vela y los ordenanzas se apresuraban a preparar el *samovar*.

Un agobiante desasosiego se apoderó de él. Se tumbó en el lecho, luego se levantó y miró por la ventana para ver si venía el jinete. El jinete no aparecía. Volvió a tumbarse, pero al cabo de media hora ya se había levantado otra vez y, sin poder soportar por más tiempo su intranquilidad, se lanzó a la calle dirigiéndose a la iglesia. En la plaza, junto al atrio, todo estaba oscuro y desierto… Tres soldados hallábanse reunidos en silencio junto a su bajada. Al ver a Riabovich se cuadraron y saludaron. Él saludó a su vez y emprendió el descenso por el sendero familiar.

En la orilla opuesta, el cielo entero aparecía bañado de color carmesí: salía la luna; dos campesinas, recorriendo la huerta, hablaban en voz alta mientras arrancaban las hojas de repollo, y tras las huertas resaltaban oscuras unas cuantas *isbas*. En la otra orilla, sin embargo, todo estaba igual que en aquel mes de mayo…, el sendero… los arbustos…, las ramas inclinadas sobre el agua… Pero no se oía ya el canto del atrevido ruiseñor, ni olía a sauce, ni a joven hierba…

Al llegar al jardín, Riabovich miró por la puerta de la cerca. En el jardín todo era oscuridad y silencio; sólo se distinguían los blancos troncos de las encinas más próximas y un trocito de alameda, mientras el resto se fundía en una masa negruzca. Riabovich tendió ansiosamente el oído y aguzó la vista, pero transcurrido un cuarto de hora sin percibir ni el más ligero sonido, ni la más tenue luz, arrastró su paso camino de vuelta.

Al acercarse al río vio extenderse ante él el blanco puentecillo de la *kupalnia*[76] del general y las sábanas de baño tendidas en su barandilla. Subió al puentecillo y deteniéndose un momento, sin necesidad ninguna, palpó una sábana. Ésta resultó ser áspera y fría. Miró abajo, al agua. El río fluía de prisa y su chapoteo contra los postes de la *kupalnia* apenas llegaba al oído; la luna roja se reflejaba junto a la orilla izquierda y por su reflejo corrían pequeñas olas que parecían estirarle, cortarle en pedazos…, como queriendo llevársele…

«¡Qué estúpido!… ¡Qué estúpido!… —pensaba Riabovich mirando fluir el agua—. ¡Qué poco inteligente todo esto…!».

Ahora que ya no esperaba nada, la historia del beso, su impaciencia, sus difusas esperanzas, su desencanto…, se le aparecían en un claro color. ¡Ya no encontraba extraño el haberse quedado sin jinete de general y el no volver a ver nunca a aquella que por casualidad le había besado a él en lugar de a otro!… ¡Al revés!… ¡Lo extraño hubiera sido haberla visto!…

El agua continuaba fluyendo sin saber adónde ni para qué. De la misma manera fluía en aquel mes de mayo el pequeño río hasta desembocar en un gran río; de éste pasó al mar, se evaporó, se convirtió en lluvia…, y quién sabe si sería aquella agua la misma que fluía ahora ante los ojos de Riabovich… ¿Para qué?… ¿Por qué?…

Y el mundo entero, toda la vida pareció a Riabovich incomprensible y una broma sin fin… Apartando la mirada del agua y posándola en el cielo, recordó de nuevo cómo el Destino, a través de una mujer desconocida, le había acariciado sin querer; recordó las imágenes entrevistas en sus ensueños del verano y su vida se le apareció extraordinariamente pobre, miserable e incolora…

Cuando regresó a la *isba* no encontró en ella a ninguno de sus compañeros. El ordenanza le participó que habían ido todos a casa del general *von Triabkin*, que había enviado un jinete en su busca… Por un instante una llama de alegría brotó en el pecho de Riabovich, pero éste la apagó en seguida, se tumbó sobre el lecho, y como con ánimo de fastidiar a su destino, como deseando mortificarle… no fue a casa del general.

EL FUGITIVO

FUE toda una larga historia. Primeramente Paschka caminó con su madre bajo la lluvia, tan pronto por el campo recién segado como por los senderos del bosque, donde las hojas amarillas se le pegaban a las botas; caminaba hasta el mismo amanecer. Luego estuvo dos horas metido en un oscuro zaguán esperando a que abrieran una puerta. En el zaguán no hacia tanto frío y humedad como en la calle, pero cuando soplaba el viento llegaban hasta allí las salpicaduras de la lluvia. Cuando el zaguán empezó poco a poco a llenarse de gente hasta no caber más, Paschka, apretado entre ella y apoyando la cara en el *tulup*[77] de alguien, que exhalaba un fuerte olor a pescado salado, se adormeció.

Pero he aquí que el cerrojo fue descorrido, que la puerta se abrió de par en par y que Paschka y su madre pudieron entrar en la sala de espera. Allí tuvieron que esperar otra vez mucho tiempo. Todos los enfermos estaban sentados en un banco, inmóviles y callados. Paschka los miraba y callaba también, aunque veía muchas cosas extrañas y risibles. Tan sólo una vez, cuando en la sala de espera entró un joven saltando sobre un pie, a Paschka le dieron también ganas de saltar. Pegando un codazo a su madre y ahogando en la manga un estallido de risa, dijo:

—Mamá, mira… Un gorrión…

—¡Cállate, criatura, cállate! —dijo la madre.

Por el pequeño ventanillo asomó el rostro adormilado del practicante.

—¡Acercaos para apuntaros! —dijo con voz de bajo—. ¡Acercaos!

Todos, entre ellos el joven risible de los saltos, se acercaron al ventanillo. A cada uno el practicante preguntaba el nombre, el domicilio, desde cuándo estaba enfermo, etc… Por las contestaciones de su madre supo Paschka que no se llamaba Pasehka, sino Pavel Galaktionov; que tenía siete años, que era analfabeto y que estaba enfermo desde la Pascua. Poco después de la inscripción hubo de levantarse, porque por la sala de espera pasaba un doctor vestido con una bata blanca y llevando una toalla ceñida a las caderas. Al

pasar ante el joven de los saltos se encogió de hombros y dijo con voz cantante de tenor:

—¡Vaya con el tonto!… ¡Si serás tonto!… ¡Te mando venir el lunes y vienes el viernes!… ¡Por mí, aunque no vinieras nunca, pero lo que harás con eso… es quedarte sin pierna!

El joven puso una cara lastimera, como si se dispusiera a pedir limosna; parpadeó y dijo:

— ¡Hágame la merced, Iván Mikolaich!…

—¡Aquí no hay Iván Mikolaich que valga! —le remedó el doctor—. ¡Si te dije el lunes, tenías que haber obedecido! ¡Eres un tonto y nada más!…

Empezó la consulta. El médico estaba sentado en su cuartito y llamaba por turno a los enfermos. Durante todo el tiempo se estuvieron oyendo en el cuartito gritos agudos, lloros de niños o la voz enfadada del doctor:

—¡Bueno!… ¿Se puede saber por qué gritas?… ¿Es que te estoy cortando algo?… ¡Estate quieto!

Llegó el turno a Paschka.

— ¡Pavel Galaktionov! —gritó el doctor.

La madre pareció aturdida, como si esta llamada la sorprendiera; cogió a Paschka de la mano y le hizo entrar en el cuartito. El doctor estaba sentado ante la mesa y golpeaba de cuando en cuando con un pequeño martillo sobre un grueso libro.

—¿Qué duele? —preguntó, sin mirar, a los recién entrados.

—El chavalito tiene una herida en un codo, padrecito —contestó la madre, y su rostro adquirió tal expresión que diríase que aquella herida de Paschka la afligía terriblemente.

— ¡Desnúdalo!

Paschka, entre resoplidos, empezó a desnudarse el pañuelo del cuello, se secó la nariz con la manga y procedió sin apresuramiento a despojarse del pequeño *tulup*.

—*¡Baba…*[78], no vienes aquí de visita! ¿Por qué tardas tanto? —dijo, enfadado, el doctor—. ¡No eres tú sola!

Paschka se quitó de prisa el pequeño *tulup*, lo dejó en el suelo y, con ayuda de su madre, se quitó también la camisa. El doctor le miró perezosamente y propinó unos golpecitos a su vientre desnudo.

—¡Qué tripa tan importante te has dejado crecer, Pascha! —dijo con un suspiro—. Bueno… Enséñame tu codo…

Paschka miró de reojo la palangana sucia de agua y sangre, luego el delantal del doctor, y se echó a llorar.

—Maaá…maaá —le remedó el doctor—. ¡El muy mimado tiene ya edad de casarse y todavía nos viene con lloros!… ¡Sinvergüenza!…

Haciendo esfuerzos por contener el llanto, Paschka miró a su madre con una mirada en la que se leía esta súplica: «¡No cuentes en casa que he llorado en la consulta!».

El doctor examinó el codo, apretó, suspiró, restalló los labios y volvió a apretar.

—¡Y que no haya quien te pegue, *baba*!… ¿Por qué no le trajiste antes? ¡El brazo está casi perdido!… ¡Mira, tonta! Lo que le duele es la articulación.

—Usted sabrá mejor, padrecito —suspiró la *baba*.

—¡Padrecito!… ¡Dejas que se le pudra el brazo al chaval y me vienes luego con tu «padrecito»!… ¡Qué trabajador va a salir de él con un brazo de menos!… ¡Tendrás que cuidarle toda tu vida!… ¡Eso, sí…, que le salga a ella un grano en la nariz…, que ya veremos lo pronto que corre a la clínica!… En cambio, al chiquillo le deja medio año pudriéndose… ¡Sois todos iguales!

El doctor encendió un cigarrillo. Mientras lo fumaba reprendía a la *baba*, y llevando con la cabeza el compás de la canción que canturriaba su pensamiento, seguía meditando. Paschka estaba desnudo delante de él; le escuchaba y miraba el humo. Cuando se apagó el cigarrillo, el doctor se espabiló y dijo, en tono más suave:

—Bueno…; escúchame, *baba*…: aquí no hacemos nada con pomadas ni con gotas. Es menester que le dejes en la clínica.

—Si es necesario, padrecito…, ¿por qué no?

—Le haremos una operación. ¡Quédate, Paschka! —dijo a éste el doctor, golpeándole en un hombro—. ¡Que la madre se vaya, y tú, hermano, y yo… nos quedaremos aquí! ¡Aquí en mi casa, hermano…, la vida es Jauja!… Tú y yo, Paschka, cuando terminemos nuestros quehaceres, nos iremos a coger tordos. ¡Y te enseñaré un zorro!… ¡E iremos juntos de visita!… ¿Qué?… ¿Quieres? La madre vendrá a buscarte mañana…, ¿eh?…

Paschka miró interrogativamente a su madre.

—¡Quédate, chiquito! —dijo ésta.

—¡Se queda, se queda! —dijo alegremente el doctor—. ¡No se hable más! ¡Yo le enseñaré un zorro vivo! ¡Y luego iremos juntos a la feria para comprar caramelos! ¡Maria Denisovna!… ¡Lléveselo arriba!

El médico, que al parecer era alegre y de carácter bromista, estaba contento de tener compañía. Paschka sintió deseos de complacerle y, además, jamás en su vida había ido a una feria. También vería gustoso un zorro vivo,

pero… ¿cómo pasarse sin madre?… Después de pensarlo un poco decidió pedir al doctor que dejara quedarse también a la madre.

Aún no había tenido tiempo de abrir la boca cuando ya la enfermera le llevaba escaleras arriba. Iba ahora con la boca abierta, mirando a los lados. La escalera, los suelos, los dinteles, todo era inmenso, de líneas rectas, pulido, y estaba pintado de un magnífico color amarillo que despedía un apetitoso olor a aceite. Por todas partes colgaban lámparas, se extendían esteras y surgían de las paredes grifos de cobre. Pero de todo aquello lo que más gustó a Paschka fue la cama en que le sentaron y una manta áspera de color gris. Palpó con las manos las almohadas, la manta, recorrió con la vista la sala y decidió que el doctor vivía bastante bien. La sala no era grande y contenía sólo tres camas. Una de ellas estaba vacía, otra ocupada por Paschka y en la tercera estaba sentado un viejo de agrios ojos que tosía sin parar y escupía en un jarro. Desde la cama de Paschka divisábase a través de la puerta una parte de otra sala en la que había dos camas. En una de ellas dormía un hombre pálido y demacrado que tenía puesta una bolsa de goma en la cabeza. En la otra estaba sentado un *mujik* cuya cabeza entrapajada ofrecía gran parecido con la de una *baba*.

La enfermera dejó sentado a Paschka, salió y volvió al poco rato trayendo un montón de ropa.

—Es para ti —dijo—. Vístete.

Paschka se desnudó, y no a disgusto empezó a vestirse la nueva indumentaria. Después de puesta la camisa, los pantalones y una batita de color gris, se miró con orgullo y pensó que no estaría mal darse un paseo por la aldea con aquel traje. Su imaginación le dibujó a su madre mandándole a la huerta de junto al rio a coger hojas de col para el cochinillo. Por el camino los chiquillos y las chiquillas le rodeaban mirando envidiosos su batita.

En la sala entró la enfermera llevando en las manos dos escudillas de estaño, dos cucharas y dos pedazos de pan. Colocó una de las escudillas ante el viejo y la otra ante Paschka.

—¡Come! —le dijo.

Mirando dentro de la escudilla vio Paschka unos grasientos *schi* con un pedazo de carne, y de nuevo pensó que el doctor vivía bastante bien y que no era tan severo como resultaba a primera vista. Invirtió largo tiempo en comerse los *schi* y en lamer la cuchara después de cada trago; luego, cuando ya no quedaba en la escudilla más que la carne, miró de soslayo al viejo y sintió envidia de que éste estuviera engullendo aún. Con un suspiro empezó a comerse la carne, esforzándose en tardar en ello el mayor tiempo posible,

pero sus esfuerzos resultaron infructuosos, pues la carne desapareció también muy pronto. Tan sólo quedaba ya el pedazo de pan. ¡No es muy agradable comer pan solo…, sin nada que lo acompañe!… Paschka, después de pensarlo, se comió el pan. En aquel momento entró la enfermera con nuevas escudillas de estaño.

Esta vez las escudillas contenían asado con patatas.

—¿Y el pan? ¿Dónde está? —preguntó la enfermera.

Por toda respuesta Paschka infló los carrillos y dejó escapar el aire.

—Bueno…, ¿y por qué te lo has zampado? —dijo la enfermera con gesto de amonestación—. ¿Con qué vas a comer ahora el asado?…

Salió y trajo un nuevo pedazo de pan. Paschka, que en su vida había comido carne asada, al probarla ahora la encontró muy sabrosa. La carne desapareció de prisa y tras ella sobró un pedazo de pan mayor del que había quedado después de tomados los *schi*. Cuando el viejo terminó de comer, se guardó el pan sobrante en la mesita. Paschka se propuso hacer lo mismo, pero después de pensarlo y meditarlo se comió el pedazo. Una vez satisfecho se fue a dar un pequeño paseo. En la sala vecina, aparte de las entrevistas por la puerta, había cuatro personas más. De éstas, sólo una le llamó la atención. Era un *mujik* alto y extremadamente delgado, con un rostro taciturno cubierto de pelo. Sentado en la cama movía como un péndulo la cabeza y agitaba el brazo derecho. Paschka, durante largo rato, no apartó los ojos de él. Al principio aquellos movimientos apendulados le resultaban curiosos, como ejecutados para la distracción general; pero luego, cuando se fijó en el rostro del *mujik*, sintió miedo y comprendió que aquel *mujik* estaba muy enfermo. Al pasar por la tercera sala vio en ella otros dos *muiiks* con rostros de color rojo oscuro, al parecer manchados de arcilla. Estaban sentados inmóviles en sus camas y con sus extraños rostros, en los cuales era difícil distinguir las facciones, semejaban dos pequeños dioses paganos.

—¿Tía?… ¿Por qué son así?… —preguntó Paschka a la enfermera.

—Tienen viruelas, chavalín.

Volviendo a su sala, Paschka se sentó en su cama y se puso a esperar al doctor para ir con él a coger tordos y a la feria. Pero el doctor no venía… Ante la puerta de la sala vecina pasó raudo el practicante. Inclinándose sobre el enfermo que tenía puesta en la cabeza la bolsa de hielo, gritó:

—¡Mijailo!

Mijailo, que estaba dormido, no se movió; el practicante hizo un ademán de indiferencia y se fue. Mientras esperaba al médico, Paschka se entretuvo en observar a su vecino el viejo. Éste no cesaba de toser y escupir en el

cacharro. Tenía una tos prolongada y chirriante. A Paschka le gustó una particularidad del viejo: la de que cuando tosía y aspiraba, algo en su pecho silbaba y cantaba en distintas voces.

—¿Abuelo?… ¿Qué es lo que tienes ahí que silba? —preguntó Paschka.

El viejo no contestó nada. Paschka esperó un poco y volvió a preguntar:

—¿Abuelo?… ¿Dónde está el zorro?

—¿Qué zorro?

—El vivo.

—¿Dónde va a estar?… ¡En el bosque!

Pasó algún tiempo más y el doctor seguía sin aparecer. La enfermera trajo el té y riñó a Paschka porque no había guardado pan para él; el practicante volvió e intentó despertar a Míjailo. Al otro lado de las ventanas el cielo tomo un color azul oscuro; en la sala se encendieron las luces, y el doctor no apareció. Ya era tarde para ir a la feria o a coger tordos. Se acordó de los caramelos prometidos por el doctor, del rostro y de la voz de la madre, de la penumbra de su isba, de la estufa, de la gruñona abuela Egorovna y se sintió de repente aburrido y triste. Recordando que al día siguiente vendría a buscarle su madre, sonrió y cerró los ojos. Le despertó un tenue ruido. En la sala vecina alguien andaba y hablaba a media voz. A la luz turbia de las lamparillas, junto a la cama de Mijailo, se movían tres figuras.

—¿Le llevamos con cama o así?

—Así. Con la cama no se puede pasar. ¡Vaya!… ¡No ha sido muy oportuno para morirse!… ¡En paz descanse!

Uno agarró a Mijailo por los hombros, otro por las piernas y entre los dos le levantaron… Los brazos de Mijailo y los faldones de su bata colgaron desmayados en el aire. El tercero, que era el *mujik* que parecía una *baba*, se santiguó, y los tres, haciendo con los pies un ruido desordenado y pisando los faldones de Mijailo, salieron de la sala.

El pecho del viejo dormido dejaba escapar el silbido y el canto en los distintos tonos; Paschka prestó oído, miró a las oscuras ventanas y, presa de espanto, se tiró de un salto de la cama.

— ¡Maaá…maaá! —gimió con voz de bajo.

Y sin esperar respuesta se lanzó a la sala vecina. Aquí la luz de la lamparilla apenas disipaba la oscuridad. Los enfermos, intranquilos por la muerte de Mijailo, estaban sentados en sus camas. Mezclados con las sombras, desgreñados, parecían más altos y más anchos, agrandándose por momentos más y más su aspecto. En la última cama, en el rincón donde la

oscuridad era más densa, estaba sentado el *mujik* que movía la cabeza y el brazo.

Paschka, sin fijarse en qué puerta tomaba, se arrojó a la sala de los virulentos, de allí al pasillo y del pasillo entró volando en una gran habitación en la que echados sobre las camas había monstruos de largas cabelleras y rostros de viejas. Después de atravesar corriendo la sección femenina, se encontró de nuevo en el pasillo. Vio la conocida barandilla y corrió escaleras abajo. Aquí reconoció la sala de consulta en la que se encontrara sentado por la mañana, y empezó a buscar la puerta de salida.

Descorrió el cerrojo; el viento frío le sopló en la cara, y Paschka, dando tropezones, salió corriendo al patio. Su único pensamiento era éste: «Correr y correr…». No conocía el camino, pero tenía la seguridad de que si corría llegaría a encontrarse sin falta en su casa, al lado de su madre. El cielo no estaba completamente cubierto, y por detrás de las nubes lucía la luna. Paschka salió corriendo del pórtico hacia adelante, luego dio la vuelta al cobertizo y se detuvo de nuevo lleno de indecisión. Detrás del edificio del hospital surgían blancas las cruces de las tumbas.

—¡Maaaá…maaaá! —gritó, apretando a correr hacia atrás.

Al pasar en su carrera ante las oscuras y severas construcciones, vio una ventana iluminada. Aquella mancha viva y roja en medio de la oscuridad le dio miedo; sin embargo, Paschka, enloquecido por el terror y sin saber ya hacia dónde correr, torció en su dirección. Junto a la ventana había un pórtico con unos peldaños y una puerta en la que se veía una plaquita blanca. Paschka subió corriendo los peldaños, miró por la ventana y una intensa y arrebatada alegría se apoderó de pronto de él. Por la ventana había visto al alegre y bonachón doctor que, sentado ante la mesa, leía un libro. Iluminado por la dicha, Paschka tendió las manos hacia el rostro familiar, quiso gritar, pero una fuerza desconocida oprimió su aliento y le golpeó en las piernas. Paschka se tambaleó y se desplomó sin sentido en los peldaños.

Cuando recobró el conocimiento ya era día claro, y la tan conocida voz que le prometía ayer la feria, los tordos y el zorro… decía a su lado:

—¡Vaya con el tonto de Paschka!… ¡Si será bobo!… ¡Habría que pegarte…, pero como no hay quien te pegue!…

EL DELINCUENTE

ANTE el juez está un *mujik* pequeño y extremadamente escuálido, vestido con una camisa de abigarrados colores y con unos calzones remendados. Su rostro velludo, comido de picaduras, y sus ojos apenas visibles bajo las espesas y colgantes celas, tienen una expresión de gravedad taciturna Sobre la cabeza lleva todo un gorro de pelo enmarañado que no ha sido peinado hace tiempo y que le da un aspecto de severa araña. Está descalzo.

—¡Denis Grigoriev! —empieza a decir el juez—. ¡Acércate y contesta a mis preguntas!… El día siete de este mes de julio, el guardavías, Iván Semion Akinfov, en su recorrido matinal de la línea y en la *versta* ciento cuarenta y uno, te sorprendió destornillando la tuerca del riel. ¡He aquí la tuerca!… Cuando te detuvo, estabas en posesión de dicha tuerca. ¿Fue o no fue así?

—¿Qué?…

—¿Ocurrió todo según lo explica Akinfov?

—¡Claro que ocurrió!

—Bien… ¿Y para qué destornillabas esa tuerca?

—¿Qué?…

—¡Basta de *ques* y contesta a lo que se te pregunta! ¿Para qué destornillabas la tuerca?

—¡Si no hubiera habido necesidad…, no la habría destornillado!… —dijo Denis con voz ronca y mirando de reojo el techo.

—¿Y para qué necesitabas la tuerca?

—¿La tuerca?… Con las tuercas nosotros hacemos pesos.

—¿Y quiénes son «nosotros»?

—¿Nosotros?… ¡Pues la gente!… ¡Los *mujiks* de Klim!…

—¡Oye, hermano! ¡No te hagas el idiota y contesta juiciosamente! ¡No vengas aquí mintiendo con eso de los *pesos*!

—¡Desde mi nacimiento que no he mentido… y ahora resulta que miento!… —masculla Denis parpadeando—. ¿Acaso, señoría, puede uno hacer algo sin peso?… ¿Acaso se va a ir el gancho al fondo…, si uno quiere

colgarle algo… si no lleva peso? ¡Que miento!… —Denis sonríe sarcástico —. ¿Acaso va a estar metido el diablo en el cebo para tenerlo tieso?… ¡Hay peces…, como el *okuñ* o la *schuka*, que están muy hondos!… ¡Flotar…, sólo flota el *schilispei*![79]…, pero en nuestro río no hay *schilispei!*… ¡Ese es un pez que le gusta ir muy ancho!…

—¿Y para qué me cuentas todo eso de los *schilispei*?

—¿Qué?… ¿Pues no me lo está usted preguntando?… ¡Si hasta los mismos señores pescan así!… ¡Si ni el más mocoso iría a pescar sin peso! ¡Claro que el que no sepa… se iría a pescar sin peso!… ¡A un tonto no le vale ninguna ley!…

—Dices entonces que destornillaste esta tuerca para utilizarla como peso.

—¿Y cómo no? ¡No la iba a coger para jugar!

—Para peso podías haber cogido una bala, un poco de plomo o un clavo cualquiera…

—¡El plomo no anda tirado por el camino… y un clavo no sirve! Mejor que la tuerca, ¿qué va uno a encontrar?… Pesa y tiene un agujero.

—¡Miren cómo se hace el tonto! ¡Parece enteramente que ha nacido ayer o que se ha caído de un guindo…! ¿Es que no comprendes, cabeza de chorlito, las consecuencias que podía haber traído ese destornillamiento?… ¿Que de no haber reparado en él el guardavía, podría haber descarrilado el tren y podía haber habido muertos?… ¡Tú hubieras sido entonces el que matara a esa gente!

—¡Dios nos libre, señoría!… ¿Para qué matar?… ¿Acaso no está uno bautizado o es uno un criminal? A Dios gracias, buen caballero, ya lleva uno vivido bastante…, y de eso de matar…, ¡ni siquiera le ha pasado a uno por la cabeza! ¡Dios nos libre!… ¡Virgen Santísima!…

—¿Y por qué, entonces, según tú, ocurren los descarrilamientos?… Se destornillan dos o tres tuercas ¡y ya tienes ahí el descarrilamiento!…

Denis sonríe con sarcasmo e incredulidad y mira al juez guiñando los ojos.

—¡Vaya!… ¡Tantos años que lleva el pueblo destornillando tuercas y Dios guardándole a uno, y ahora que si el descarrilamiento…, que si matar a la gente!… Si yo…, pongo por caso…, hubiera levantado un riel…, o plantado un tronco en mitad de la vía…, entonces puede ser que el tren se hubiera desmandado…, pero que porque uno… una tuerca…

—¿Pero no comprendes que con las tuercas se sujetan los rieles?

—¡Eso ya lo comprende uno!… ¡Por eso no las destornillamos todas! ¡Dejamos muchas!… ¡No lo hace uno así…, a lo tonto!…

¡Comprendemos!…

Y Denis, que bosteza, traza una cruz sobre su boca.

—El año pasado, en este lugar, descarriló el tren —dice el juez—, y ahora queda aclarado el porqué.

—¿Cómo manda usted?…

—Digo que ahora se explica por qué el año pasado hubo aquí un descarrilamiento. ¡Ahora lo entiendo!

—¡Pa eso son ustedes instruidos! ¡Pa entenderlo todo, bienhechores nuestros!… ¡Ya sabe el Señor a quién da conocimiento!… Ahora que… usted aquí juzga el *porqué y el porqué no…*, mientras que el guardavía, que es un *mujik* tal como uno y que no tiene comprensión…, te agarra por el cuello y te lleva… ¡Primero hay que juzgar a la gente, luego llevársela!… ¡Cuando se dice *mujik…* es porque así tiene uno la inteligencia!… ¡Apunte también que me pegó dos veces en la cara y una en el pecho!

—En tu casa, cuando se hizo el registro, se encontró otra tuerca más. ¿Cuándo y en qué sitio la destornillaste?

—¿Qué tuerca dice usted?… ¿La que estaba debajo del baulillo colorado?

—No sé dónde estaba; lo que sé es que la encontraron. ¿Cuándo la destornillaste?

—Yo no la destornillé. Me la dio Ignaschka, el hijo de Semion el tuerto… ¡Hablo de la que estaba debajo del baulillo…, que la que estaba en el patio, en el trineo, la destornillé con Mitrofan!…

—¿Qué Mitrofan?

—Mitrofan Petrov. ¿Acaso no le ha oído usted nombrar?… Hace las redes y se las vende a los señores. Necesita muchas tuercas de ésas… ¡Cada red le lleva por lo menos diez!…

—¡Oye!… El artículo mil ochenta y uno del Código penal dice: «Todo desperfecto cometido intencionadamente contra el ferrocarril, cuando constituya peligro para dicho medio de locomoción, ejecutado por el culpable con conocimiento de que de sus consecuencias puede resultar una catástrofe…». ¿Comprendes?… ¡Tú eso lo sabías! ¡No podías dejar de saber a qué conducen esos destornillamientos!… «Está castigado con el destierro y los trabajos forzados».

—¡Claro! ¡Usted tiene que saber eso mejor!… ¡Uno tiene más cerrada la mollera! ¿Acaso entiende uno de algo?

—¡Lo entiendes perfectamente! ¡Estás mintiendo y fingiendo!

—¿Y pa qué iba a mentir?… Pregunte por toda la aldea, si no me cree…, ¿qué pez le va a uno a picar sin el peso?…

—Bien… ¿Es que vas a empezar a contarme más cosas de los *schilispei*? —sonríe el juez.

—¡Si en nuestras tierras no hay *schilispei*!… ¡Si cuando va uno a pescar con mariposas a flor de agua y sin peso…, lo más que saca es un pez *golavl*… **[80]**, y pa eso… muy rara vez!

—Bueno, cállate ya.

Se hace un silencio. Denis se apoya tan pronto en un pie como en otro, mira a la mesa forrada de paño verde y parpadea mucho como si en lugar de una tela fuera el sol lo que tiene delante. El juez escribe de prisa.

—¿Puedo irme? —pregunta Denis después de un corto silencio.

—No. Tengo que ponerte bajo vigilancia y mandarte al calabozo.

Denis cesa de parpadear y arqueando las espesas cejas mira interrogativamente al funcionario.

—¿Cómo al calabozo, señoría?… ¡No tengo tiempo!… ¡He de ir a la feria!… ¡Egor tiene que pagarme tres rublos por el tocino!

— ¡Calla y no me molestes!

—¡Al calabozo!… ¡Si al menos hubiera motivo, uno iría, pero así porque si…! ¿Por qué culpa?… ¡Si no he robado y si al parecer… no me he pegado!… Porque si su señoría se refiere al tributo… no tiene que creer al *starosta*… ¡No tiene alma de cristiano ese *starosta*!…

— ¡Calla!

—¡Pero si estoy todo el tiempo callado!… —masculla Denis—. ¡Lo que pasa es que el *starosta* le ha metido un embuste y esto yo…, hasta por juramento…! ¡Mire…, somos tres hermanos: Kuzma Grigoriev, Egor Grigoriev y yo, Denis Grigoriev!…

—Me importunas… ¡Eh!… ¡Semion! —llama en voz alta el juez—. ¡Llévatelo!

—¡Somos tres hermanos!… —masculla Denis cuando dos robustos soldados le sacan del cuarto—. ¡Pero el hermano no tiene que pagar por el hermano!… ¡Kuzma no paga y tú, Denis, vas a tener que responder por él!… ¡Vaya jueces!… ¡Lástima que haya muerto el difunto señor general, que en paz descanse!… ¡Si no… ya hubiera hecho el ver a los jueces!… ¡Hay que saber juzgar… y no juzgar así porque si!… ¡Bueno que le azoten a uno…, pero que sea por algo…, por alguna acción! ¡Por conciencia!…

EL CONSEJERO SECRETO

A principios de abril de 1870, mi madre, Clavdia Arjipovna, viuda de un teniente, recibió de su hermano el consejero secreto Iván, una carta fechada en Petersburgo en la que entre otras cosas aparecía escrito:

«La enfermedad de hígado que padezco me obliga a marcharme todos los veranos al extranjero, pero como en el momento actual no dispongo de dinero para hacer el viaje a Marienbad, es muy probable, querida hermana, que este verano lo pase en tu casa de Kochuevka…».

Cuando mi madrecita leyó la carta se puso pálida y todo su cuerpo empezó a temblar; luego, su rostro expresó una mezcla de risa y llanto. Lloraba y reía a la vez… Esta lucha entablada entre el llanto y la risa me ha recordado siempre la oscilación y el chisporroteo de una vela encendida a la que se salpicara con agua. Después de releída la carta, mi madrecita congregó a toda la familia y, con voz entrecortada por la emoción, empezó a explicarnos que los Gundasov habían sido cuatro hermanos; que uno de los Gundasov había muerto siendo todavía un nene, que otro, militar de carrera, murió igualmente, que el tercero había que decir, sin ánimo de ofenderle, que era actor, y que el cuarto…

—¡Al cuarto no se le alcanza con la mano! —exclamó, extendiendo ésta —. ¡Es mi hermano!… ¡Crecimos juntos y, sin embargo…, tiemblo, tiemblo!… ¡Es un consejero secreto! ¡Un general!… ¿Cómo voy a poder recibir a ese ángel mío?… ¿De qué yo…, una tonta sin instrucción ninguna, voy a ser capaz de conversar con él?… ¡Quince años sin verle, Andriuscheñka! —se dirigió a mí mi madrecita—. ¡Alégrate tontín!… ¡Es para tu suerte para lo que Dios nos lo manda!

Una vez que nos hubimos aprendido con el mayor detenimiento la historia de los Gundasov, en la hacienda se armó ese barullo que yo sólo estaba acostumbrado a ver en vísperas de las grandes fiestas

Tan sólo alcanzaron gracia la bóveda celeste y el agua del río; todo lo demás fue condenado al fregado, al lavado y al pintado. Si el cielo hubiera estado más bajo y hubiera sido más pequeño y el río no hubiera corrido tan de

prisa, también se les habría restregado con ladrillo y frotado con un estropajo. Las paredes, que ya eran blancas como la nieve, fueron blanqueadas, los suelos, antes resplandecientes, diariamente lavados, el gato *Kutzii*[81] (cuando yo era pequeño le corté una cuarta cumplida de rabo con el cuchillo del azúcar, lo que le valió el apodo de *Kutzii*) fue sacado de los aposentos principales, transportado a la cocina y sometido a la vigilancia de Anisia. Díjose a Fiedia que si los perros llegaban a aproximarse a la entrada «Dios la castigaría». Nada, sin embargo, sufrió tanto castigo como los pobres divanes, butacas y alfombras. Nunca en otros tiempos las varas les habían pegado tan fuertemente como ahora en la espera del huésped. Mis palomas se asustaban oyendo aquellos varazos y su vuelo se remontaba a cada momento hasta el mismo cielo.

De Novostroinka llegó el sastre Spiridon, el único sastre de la región, que se atrevía a coser para los señores. Era un hombre capaz, trabajador, sobrio, que no carecía de fantasía ni del sentido de lo plástico, lo cual no impedía que su costura fuera atroz. Lo que estropeaba el asunto eran las dudas. La idea de que no cosía lo suficientemente a la moda le obligaba a deshacer cinco veces cada prenda, a ir a pie a la ciudad con el único y especial objeto de estudiar a los petimetres para acabar, a fin de cuentas, vistiéndonos de una manera que, hasta por un caricaturista, hubiera sido calificada de exagerada y ridícula. Teníamos por tanto que presumir dentro de unos pantalones tan inverosímilmente estrechos y de unas chaquetas tan cortas, que en presencia de señoritas nos sentíamos azorados.

Este Spiridon invirtió mucho tiempo en tomarme las medidas: me midió a lo largo y a lo ancho, como si se dispusiera a rodearme con flejes; después estuvo mucho tiempo escribiendo en un papel con un lápiz muy gordo y llenando luego toda la apuntación de signos triangulares.

Cuando hubo terminado conmigo la emprendió con mi profesor, Egor Alekseich Pobedimski. Mi inolvidable profesor se encontraba entonces en esa fase de la vida en la que los hombres cuidan del crecimiento de sus bigotes y no se preocupan del aspecto de su ropa, por lo que pueden ustedes figurarse el espanto con que Spiridon acometió su tarea con él. Egor Alekseich hubo de echar hacia atrás la cabeza, separar las piernas como tijeras y levantar tan pronto los brazos, como bajarlos. Spiridon le tomó medida varias veces, para lo cual tuvo que girar a su alrededor como un palomo enamorado en torno a su palomita, bien hincándose sobre una rodilla o inclinándose como un ganchillo… Mi madrecita, lánguida, martirizada por los quehaceres, mareada por el olor de la plancha, observaba el largo procedimiento y decía:

—Mira, Spiridon… ¡Dios te pedirá cuenta si estropeas ese paño! ¡Si no lo haces a mi gusto no tendrás felicidad!

Las palabras de mi madrecita daban calor a Spiridon y le hacían sudar, ya que estaba seguro de que «a su gusto» no lo había de hacer. Por la hechura de mi traje cobró un rublo y veinte *kopekas* y por el traje de Pobedimski, dos. El paño, el forro y los botones corrieron de nuestra cuenta. No podía juzgarse caro considerando que de Novostroievka hasta nuestra casa había nueve *verstas* y que el sastre tuvo que ir a probarnos unas cuatro veces. Cuando durante las pruebas estiramos sobre nosotros los estrechos pantalones y chaquetas llenas de hilvanes, mi madrecita hacía a cada momento una mueca de repugnancia y se asombraba:

—¡Qué modas, Dios mío, las de hoy en día! ¡Hasta mirarlas da vergüenza! Si mi hermanito no viniera de la capital, no les dejaría que se vistieran a la moda.

Spiridon, alegrándose de que la reprensión no fuera para él sino para la moda, se encogía de hombros y suspiraba como diciendo:

«¡Qué le vamos a hacer!… ¡Es el espíritu de la época!».

La excitación con que esperábamos la llegada del huésped solo puede ser comparada a la tensión con que los espiritistas esperan, de un momento a otro, la aparición de un espíritu. A mi madrecita le daban jaquecas y a cada instante se echaba a llorar, yo había perdido el apetito, dormía mal y no estudiaba las lecciones. Ni en sueños me dejaba en paz el deseo de ver pronto a un general: o sea, a un hombre con charreteras, cuello bordado de oro llegándole hasta las mismas orejas y sable desnudo en la mano. Igual, igual al que colgaba de la pared de nuestra sala, sobre el diván y cuyos terribles y negros ojos parecían saltar sobre cuantos se atrevían a contemplarle. El único que conservaba su aplomo era Pobedimski. Ni se espantaba ni se alegraba y sólo de cuando en cuando, al escuchar de labios de mi madrecita la historia de la genealogía de los Gundasov, solía decir:

—En efecto, será muy agradable poder hablar con un hombre que nos traiga noticias frescas.

Mi profesor estaba considerado por todo el mundo en la hacienda como un ser excepcional. Era un joven de unos veinte años, granujiento, desgreñado, de pequeña frente y nariz extraordinariamente larga. Aquella nariz era tan grande, que cuando mi profesor miraba algo con atención, tenía que ladear la cabeza como un pájaro. A nuestro parecer no había en toda la región un hombre más inteligente, instruido y galante que él. Cuando terminó sus seis años de colegio, entró en la Escuela de Veterinaria de donde fue

arrojado sin haber llegado a cursar ni medio año de estudios. Callaba celosamente el motivo de su despido, con lo que daba posibilidad, a todo el que lo quisiera, de ver en mi preceptor a un hombre que había sufrido y que era en cierto modo misterioso. Hablaba poco y sólo de temas intelectuales, comía carne en Cuaresma y miraba la vida en torno suyo desde lo alto y de un modo despreciativo, lo que, dicho sea de paso, no le impedía aceptar regalos de mi madrecita, tales como algún que otro traje, y dibujar sobre mis cometas estúpidas y grotescas caras de rojos dientes. Mi madrecita no le quería por lo orgulloso que era, pero se inclinaba ante su inteligencia.

El huésped no se hizo esperar mucho. A principios de mayo llegaron de la estación dos carros cargados con grandes maletas. El aspecto de estas maletas era tan majestuoso, que los cocheros, al bajarlas del carro, se quitaron maquinalmente la gorra. «Seguramente —pensé— estos baúles contendrán uniformes y pólvora…».

¿Por qué pólvora?… Sin duda, en mi cabeza la idea de un general estaba unida a la del cañón y la pólvora.

El 10 de mayo por la mañana, cuando me desperté, mi aya me anunció en voz baja: «El tiíto ha llegado». Me vestí de prisa y después de lavarme de cualquier manera y sin haber rezado, salí volando del dormitorio. En el zaguán me tropecé con un señor alto y robusto, de atildadas patillas y vestido de un elegante abrigo. Muerto de sagrado terror, me aproximé a él y, recordando el protocolo impuesto por mi madrecita, choqué los talones, me incliné profundamente y alargué mi cuerpo para el besamanos. El señor, sin embargo, no me dio su mano a besar, comunicándome que no era el tío, sino sencillamente Piotr, su ayuda de cámara. El aspecto de este Piotr, vestido mucho más ricamente que yo y que Pobedimski, me sumergió en un asombro tan profundo que, a decir verdad, aún no me ha abandonado. ¿Sería posible que personas tan respetables y graves, de rostros tan inteligentes y severos, pudieran ser lacayos?… ¿En nombre de qué?

Piotr me dijo que el tío estaba en el jardín con mi madrecita. Volé al jardín.

La Naturaleza, ignorante de la historia de la genealogía de los Gundasov y del rango de mi tío, se sentía mucho más libre y despreocupada que yo. En el jardín reinaba un barullo sólo comparable al de las ferias. Innumerables chorlitos saltaban por las alamedas o se precipitaban lanzando gritos, en un vuelo ruidoso, sobre los escarabajos de mayo. En los arbustos de lilas, cuya tierna y perfumada flor azotaba el rostro, se afanaban los gorriones. Por cualquier parte que uno mirara, de todos lados, llegaba el canto de la

oropéndola y el piar de la abubilla. En otros tiempos yo hubiera echado a correr tras las libélulas o hubiera empezado a arrojar piedras al cuervo sentado bajo el pobo, en una gavilla no muy alta y moviendo de un lado a otro su pico romo…, pero aquél no era momento para travesuras.

Me latía el corazón y sentía una frialdad en el vientre. Preparábame a ver un hombre con charreteras, sable desnudo y terribles ojos.

¡Imagínense, pues, cual sería mi desilusión! Junto a mi madrecita paseaba por el jardín un petimetre menudito y fino, vestido con un traje blanco de seda y tocado de una gorra también blanca. Con las manos metidas en los bolsillos y la cabeza echada para atrás, adelantándose y volviéndose a cada momento hacia mi madrecita, presentaba el aspecto de un hombre muy joven. Tal movimiento y vida había en toda su figura que, sólo cuando estuve detrás de él y miré el borde de su gorra bajo la que plateaba el pelo muy cortado, me fue dado ver su traidora vejez. En lugar de la grave pesadez de un general, advertí en él la movilidad propia de un chiquillo; en vez de un cuello alto hasta las orejas, llevaba una vulgar corbata de color azul. Mi madrecita y el tío paseaban conversando por la alameda. Me acerqué despacio por detrás y esperé a que alguno de ellos volviera la cabeza.

—¡Qué maravilloso es esto, Clavdia! —decia el tío—. ¡Qué bien y qué agradablemente se está aquí! ¡Si yo hubiera sabido antes que tenías esta delicia, por nada del mundo me hubiera ido otros años al extranjero!

Y el tío, inclinándose rápidamente, aspiró el perfume de un tulipán. Todo en lo que tropezaban sus ojos despertaba en él entusiasmo y curiosidad, como si desde su nacimiento no hubiera visto nunca un jardín ni un día de sol. El extraño hombre parecía moverse sobre resortes, charlaba sin cesar, y no dejaba a mi madrecita decir ni una palabra.

De repente, al doblar por una alameda, de detrás del saúco surgió Pobedimski. Su aparición fue tan inesperada que el tío, estremeciéndose, retrocedió un paso. Esta vez al menos, mi profesor llevaba una elegante capa con mangas con la que, sobre todo visto por detrás, se asemejaba mucho a un molino de viento. Su aspecto era majestuoso y solemne. Apretando su sombrero, contra el pecho a la manera española, dio un paso hacia el tío y saludó como los marqueses en los melodramas: avanzando, pero ligeramente de costado.

—Tengo el honor de presentarme a su excelencia —dijo en voz alta—. Soy Pobedimski, el pedagogo profesor de su sobrino, ex oyente de la Escuela de Veterinaria y noble.

Semejante cortesía por parte del profesor agradó mucho a mi madrecita que, sonriendo y en actitud expectante, permanecía esperando dulcemente oírle decir algo aún más inteligente, pero mi profesor, que sin duda esperaba que su majestuosa presentación fuera contestada de modo también majestuoso, o sea, que se le dijera un *¡hum!* a lo general y que se le tendieran los dedos, quedó muy azorado cuando el tío, sonriendo con afabilidad, le estrechó fuertemente la mano, mascullando algo ininteligible, tosió y se retiró a un lado.

—¿No es esto acaso una delicia? —rió el tío—. ¡Mírenle! ¡Miren qué capa se ha puesto!… ¡Se cree que esa capa da un aire muy inteligente!… ¡Me gusta todo esto! ¡Juro que me gusta!… ¡Qué cantidad de aplomo, juventud y vida encierra esa estúpida capa!… ¿Y ese chiquillo? ¿Quién es? —preguntó al volverse de repente y verme.

—Es mi Andriuseheñka —me presentó arrebolada mi madrecita—. ¡Mi consuelo!…

Yo choqué los talones sobre la arena y saludé profundamente.

— ¡Magnífico chiquillo! ¡Magnífico chiquillo!… —masculló el tío retirando de mis labios su mano y acariciándome la cabeza—. ¿Te llamas Andriuscha?… ¡Vaya, vaya!… ¡Juro que…! ¿Estudias?…

Mi madrecita, mintiendo y exagerando como todas las madres, empezó a describir mis éxitos en las ciencias y mi buen comportamiento, mientras que yo, que marchaba al lado del tío, de acuerdo con el protocolo, no cesaba de hacer profundas reverencias. Cuando mi madrecita arrojó el anzuelo afirmando que con mis extraordinarias capacidades tenía derecho a Ingresar en el cuerpo de cadetes a cargo del Estado y cuando yo, de acuerdo con el protocolo, rompía a llorar y pedía protección a mi tío, éste, deteniéndose, abrió los brazos con un gesto de asombro.

— ¡Dios mío! ¿Qué es eso? —preguntó.

Precisamente en nuestra dirección avanzaba por la alameda Tatiana Ivanovna, la mujer de Fedor Petrovich, nuestro administrador. Llevaba en la mano una blanca falda almidonada y una larga tabla de planchar. Al pasar ante nosotros miró tímidamente a través de sus pestañas al huésped y su rostro se sonrosó.

—¡Qué sorpresas! —dijo entre dientes el tío mirándola tiernamente mientras se alejaba—. En tu casa, hermana, cada paso es una sorpresa. ¡Lo juro!

—Es una belleza —dijo mi madrecita—. Le procuraron la novia a Fedor en una aldea que está a unas cien *verstas* de aquí.

No todo el mundo hubiera dicho que Tatiana Ivanovna era una belleza. Era una mujer llenita, de pequeña estatura y unos veinte años; esbelta, de negras cejas, rosadas mejillas y aspecto agradable, pero ni en su rostro ni en toda su figura había un rasgo acusado ni una fuerte pincelada sobre la que la mirada hubiera podido detenerse, como si a la Naturaleza que la había creado le hubiera faltado inspiración y seguridad en sí misma. Tatiana Ivanovna era tímida, se azoraba fácilmente y tenía una alta moral. Su paso era lento, reposado, hablaba poco, reía rara vez y en toda su vida había la misma placidez y serenidad que en su rostro y en su cabello alisado. El tío, siguiéndola con la vista, guiñaba los ojos y sonreía; mi madrecita mirando con fijeza su rostro sonriente se puso seria.

—¿Usted, hermanito, por lo visto no se ha casado? —suspiró.

—No, no me he casado.

—¿Por qué? —preguntó en voz baja mi madrecita.

—¿Cómo decirte?… Porque así vinieron las cosas… Cuando joven trabajaba demasiado y no me quedaba tiempo para vivir…, y cuando quise vivir y volví atrás la cabeza, me vi con cincuenta años a la espalda. ¡Ya era tarde!… Pero, bueno…, hablar de esto es aburrido…

Mi madrecita y el tío suspiraron al unísono y prosiguieron su camino; yo retrocedí y me fui a buscar a mi profesor para compartir con él mis impresiones. Pobedimski estaba en medio del patio mirando majestuosamente el cielo.

—¡Se ve en él a un hombre de gran desarrollo mental! —dijo meneando la cabeza—. Espero que estrecharemos relaciones.

Una hora después se acercaba a nosotros mi madrecita.

—¡Tengo una pena, palomitos míos! —empezó a decir, jadeante—. Porque resulta que mi hermanito ha traído un lacayo que, ¡Dios le perdone!, es de una manera que no se le puede poner ni en la cocina ni en el zaguán y hay que darle una habitación aparte. ¡Verdaderamente no sé qué hacer!… Tal vez ustedes, criaturas, no tendrían inconveniente en trasladarse al pabellón de Fedor. En ese caso, podría darse su habitación al lacayo.

Ambos manifestamos nuestra completa conformidad, ya que vivir en el pabellón suponía tener mucha más libertad que en la casa bajó la vigilancia de mi madrecita.

—¡Qué pena! Mi hermanito me ha dicho que no quiere comer al mediodía, sino pasadas las seis, como es costumbre en la capital. ¡Mi cabeza no rige bien de la pena que tengo! ¡Para las siete toda la comida se habrá pasado en la lumbre! ¡La verdad es que los hombres no entienden nada de

asuntos caseros, aunque sean de gran inteligencia! ¡Con gran sentimiento mío habrá que hacer dos comidas! Ustedes, criaturas mías, sigan comiendo como antes, al mediodía; que yo, la vieja, aguantaré hasta las siete por mi hermano querido…

Luego mi madrecita suspiró profundamente y, ordenándome que hiciera lo posible por agradar al tío, a quien Dios había enviado para mi felicidad, corrió a la cocina. Aquel mismo día, Pobedimski y yo nos trasladamos al pabellón. Allí fuimos instalados en una habitación de paso, entre el zaguán y el dormitorio del administrador.

Pese a la llegada del tío y a la novedad del traslado, la vida, contra lo que se esperaba, fluía con el antiguo orden, insípida y monótona. De estudios, en gracia a la venida del huésped, nos veíamos liberados. Pobedimski, que nunca leía ni se ocupaba de nada, permanecía ordinariamente sentado en su cama, paseando por el aire su larga nariz y cavilando. Lo único que le preocupaban eran las moscas, a las que aplastaba sin compasión con las palmas de las manos. Después de la comida solía *descansar*, y su ronquido llenaba de tristeza toda la hacienda.

Yo, de la mañana a la noche, corría por el jardín o permanecía sentado en el pabellón pegando mis cometas. Al tío, durante las primeras semanas, le vimos rara vez. Se pasaba los días enteros metido en su habitación, trabajando a pesar de las moscas y del calor. Su extraordinaria capacidad para permanecer sentado y pegarse a la mesa nos hacía el mismo efecto que un *juego de manos* inexplicable. Para nosotros, gandules, que no teníamos idea de lo que es una labor sistemática, su amor al trabajo era sencillamente un milagro. Desde las nueve, al despertarse, se sentaba ante su mesa, y no se levantaba de ella hasta el mismo momento de la comida. Después de comer se ponía de nuevo al trabajo hasta hora muy avanzada de la noche. Cuando yo miraba por el ojo de le cerradura, veía siempre lo mismo: El tío sentado ante la mesa y trabajando. Su trabajo consistía en escribir con una mano y volver con la otra las páginas de un libro, mientras, aunque parezca extraño, todo él se movía; balanceaba el pie como un péndulo, silbaba y movía la cabeza llevando el compás. Su aspecto entonces era extremadamente distraído y ligero, como si en vez de estar trabajando estuviera jugando a *ceros y cruces*[82]. Le veía siempre vestido con una corta y elegante chaqueta, con una corbata anudada al cuello, al desgaire, y siempre, a través del ojo de la cerradura, me llegaba el olor de su fino perfume femenino. Sólo salía de su habitación para ir a comer, aunque comía mal.

—¡No alcanzo a comprender a mi hermanito! —se lamentaba mi madrecita—. Todos los días, ex profeso para él, se sacrifican un pavo y algunas palomas… Con mis propias manos le hago la compota, y él, por todo comer, se toma un platito de caldo, un dedito de carne y se levanta de la mesa. Cuando empiezo a suplicarle que coma…, vuelve a la mesa y se bebe un poquitín de leche…; pero ¿qué tiene la leche?… ¡Escurriduras y nada más!… ¡Se moriría uno sin más alimento que ése!… Te pones a rogarle, y se contenta con reír y bromear… ¡No!… ¡No le gustan al palomito nuestros guisos!

Las veladas transcurrían más alegremente que los días. Por lo general, cuando se ponía el sol y sobre el patio se extendían largas sombras, nosotros, esto es, Tatiana Ivanovna, Pobedimski y yo, nos sentábamos en el pórtico. Hasta la llegada de la noche permanecíamos callados. ¿De qué podía hablarse cuando todo estaba dicho ya? Había habido una novedad, la llegada del tío; pero ésta pronto había perdido interés. Mi profesor no apartaba los ojos en todo el tiempo del rostro de Tatiana Ivanovna y suspiraba profundamente… Yo no comprendía entonces el porqué de estos suspiros ni buscaba su sentido, que ahora me explica grandes cosas.

Cuando las sombras se unían sobre la tierra formando una sombra total…, Fedor, el administrador, volvía de caza o del campo. Este Fedor me hacía la impresión de un hombre salvaje y hasta terrible. Era hijo de cíngaro rusificado, moreno, de grandes ojos negros, rizados cabellos y barba inculta. Nuestros *mujiks* le llamaban *Chertiaka*[83]. No sólo en su exterior era cíngaro. Estar en casa era imposible para él, y se pasaba los días enteros en el campo o cazando. Era taciturno, bilioso, callado; no temía a nadie y no reconocía ningún poder sobre él. A mi madrecita le contestaba con insolencia, a mí me llamaba de tú y abrigaba el mayor desprecio por la erudición de Pobedimski. Todo se lo perdonábamos, considerándole un hombre inflamable y enfermizo. Mi madrecita, sin embargo, le quería, pues, a pesar de su origen cíngaro, como hombre honrado y amante del trabajo era el ideal. Amaba apasionadamente a su Tatiana Ivanovna, con verdadero amor de cíngaro; pero su amor presentaba un carácter huraño y hasta diríase doloroso. Delante de nosotros no le hacía nunca una caricia y se limitaba a mirarla aviesamente, torciendo la boca. Al volver del campo, con un gesto malhumorado, dejaba la escopeta en el pabellón, luego salía al pórtico y se sentaba junto a su mujer. Al cabo de un rato le hacía algunas preguntas sobre cuestiones domésticas y se sumía en el silencio.

—Vamos a cantar —proponía yo.

Mi profesor templaba la guitarra y, con el profundo bajo de un sacristán, empezaba la canción: *Por entre valles llanos…* El canto daba comienzo. Mi profesor cantaba con voz de bajo; Fedor, como un apenas audible tenor, y Tatiana y yo, en un mismo soprano.

Cuando todo el cielo se cubría de estrellas y callaban las ranas, de la cocina nos traían la cena. Entrando en el pabellón atacábamos la comida. El profesor y el cíngaro comían con ansia, dejando oír tales crujidos que uno no sabía si eran los huesos o sus mandíbulas los que crujían; en cambio, a Tatiana Ivanovna y a mí apenas nos daba tiempo de terminar la ración. Después de la cena el pabellón se sumergía en el más profundo sueño.

Un día, hacia finales de mayo, sentados ante el pórtico, esperábamos la cena. De repente, como brotada de la tierra, surgió una sombra, y ante nosotros apareció Gundasov. Nos contempló durante largo rato; luego, alzando las manos con gesto de contento, se echó a reír alegremente.

—¡Qué idílico!… ¡Cantando y soñando con la luna!… ¡Encantador!… ¡Lo juro! ¿Puedo sentarme con ustedes y soñar también?

Nos quedamos callados, mirándonos los unos a los otros. El tío tomó asiento en el último peldaño, bostezó, y miró al cielo. Se hizo un silencio. Pobedimski, que desde hacía tiempo se proponía tener una charla con una persona como aquélla, al corriente de las cosas, se alegró de tal ocasión y fue el primero en romper el silencio. Tema culto de conversación no tenía más que uno. *Las epizootias*. Así como suele ocurrir que de entre una muchedumbre, de entre miles de fisonomías, una sola, sin saber por qué, se nos queda grabada por largo tiempo en la memoria, del mismo modo Pobedimski, de todo cuanto había tenido tiempo de escuchar en medio año de Escuela de Veterinaria, únicamente recordaba esta frase: «Las *epizootias* causan enormes estragos en la agricultura. En la lucha contra ellas, la sociedad debe marchar del brazo del Gobierno».

Antes de decir esto a Gundasov, mi profesor tosió tres veces, envolviéndose y desenvolviéndose otras varias en la capa, preso de fuerte excitación. Cuando oyó esto de las *epizootias*, mi tío miró fijamente al profesor, y de su nariz escapó un sonido parecido a la risa.

—¡Delicioso! —masculló mirándonos fijamente, como se mira a maniquíes—. ¡Esto es justamente la vida! ¡Así debe ser la realidad!… Y usted, ¿por qué calla, Pelagueia Ivanovna? —añadió dirigiéndose a Tatiana Ivanovna.

Ésta, azorándose, tosió.

—¡Hablen, señores! ¡Canten! ¡Toquen!… ¡No pierdan el tiempo!…, ¡este pícaro tiempo que corre y no espera!… ¡Se lo juro!… ¡No habrá lugar a volverse atrás cuando les llegue la vejez!… ¡Ya será tarde entonces para vivir!… ¡Así es, Pelagueia Ivanovna!… ¡No hay que quedarse quieta y callada!…

En este momento nos trajeron la cena de la cocina. El tío fue con nosotros hasta el pabellón y, para hacernos compañía, comió cinco pastelitos de requesón y un aloncito de pato. Comía y nos miraba. Despertábamos su entusiasmo y su emoción. Cuantas tonterías dijera mi inolvidable profesor y cuanto Tatiana Ivanovna dejara por hacer, todo se le antojaba a él simpático y maravilloso. Después de la cena, Tatiana Ivanovna, sentada modestamente en un rinconcito, empezó a tejer, mientras él, sin apartar los ojos de sus deditos, no cesaba de charlar.

—¡Apresúrense a vivir, amigos! —decía—. ¡Dios les libre de sacrificar el presente por el futuro! ¡El presente es la juventud, la salud, el ardor!… ¡El futuro, en cambio, es engaño, humo!… ¡Apenas cumpláis veinte años empezad a vivir!

Tatiana Ivanovna dejó caer una aguja, y el tío se levantó de un salto, la recogió del suelo y, con un saludo, se la entregó. Yo entonces supe, por primera vez, que en el mundo había gente más fina que Pobedimski.

—Sí… —prosiguió el tío—. ¡Amad!… ¡Casaos! ¡Haced tonterías!… ¡Las tonterías son mucho más sanas y más humanas que todos nuestros esfuerzos y nuestra persecución de la vida razonable!…

El tío habló mucho y durante largo tiempo; tan largo que nos aburríamos y que yo, que estaba sentado en el baúl, dormitaba escuchándole. Me martirizaba ver que no me había concedido un solo momento de atención. A las dos de la madrugada se fue del pabellón, cuando yo ya, incapaz de luchar contra el sueño, dormía profundamente.

Desde entonces el tío comenzó a venir al pabellón todos los atardeceres. Cantaba con nosotros, cenaba y continuaba allí hasta las dos de la madrugada, charlando siempre de lo mismo. Había suspendido su trabajo de la tarde y de la noche, y cuando, al llegar el final de junio, el consejero secreto sabía ya comer el pavo y las compotas de mi madrecita, sus ocupaciones diurnas estaban también abandonadas. El tío se había despegado de la mesa y entrado en la vida. Durante el día correteaba por el jardín, silbaba e importunaba a los jornaleros obligándoles a contarle toda clase de historias. Cuando veía pasar a Tatiana Ivanovna, se le acercaba corriendo, y si ésta llevaba algo entre manos le ofrecía su ayuda, cosa que la azoraba terriblemente.

Cuanto más avanzaba el verano, tanto más ligero, voluble y distraído se tornaba mi tío. Pobedimski estaba completamente desilusionado de él.

—¡Es un hombre de miras demasiado estrechas!… —decía—. No se advierte en absoluto que esté situado en los más altos peldaños de la jerarquía… Ni siquiera sabe hablar. Después de cada palabra tiene que decir «¡Lo juro!». No. ¡No me agrada!

A partir del día en que el tío empezó a visitarnos en el pabellón, en Fedor y en mi profesor se había verificado un notable cambio. Fedor dejó de ir de caza, volvía temprano a casa y, cada vez más callado, miraba a su mujer con especial encono. El profesor cesó de hablar de las *epizootias* en presencia del tío, fruncía el entrecejo y sonreía burlonamente.

—Ahí viene ya nuestro potrito ratonil —gruñó un día al verle acercarse al pabellón.

Yo atribuía este cambio en ellos a que estaban ofendidos con mi tío. Éste, distraídamente, solía equivocar sus nombres, y hasta el mismo día de su marcha no fue capaz de distinguir cuál de los dos era el profesor y cuál el marido de Tatiana Ivanovna. A la propia Tatiana Ivanovna, tan pronto llamaba Nastasia como Pelagueia o Evdokia. A la vez que le conmovíamos y entusiasmábamos, se reía y se comportaba con nosotros como con unos críos… Todo ello, naturalmente, podía haber ofendido a aquellos jóvenes; pero, según ahora comprendo, que lo que entonces estaba en juego no eran esas ofensas, sino otros sentimientos más sutiles. Recuerdo que en una de las veladas estaba yo sentado en el baúl, luchando con el sopor que me invadía, sobre mis ojos sentía una pegajosa cola y mi cuerpo, cansado del correteo de todo un día, se inclinaba un poco hacia un costado. Sin embargo, luchaba con el sueño y me esforzaba en mirar delante de mí. Era cerca de la medianoche. Tatiana Ivanovna, sonrosada y tímida como siempre, estaba sentada junto a la mesa y cosía una camisa para su marido. Desde un rincón de la habitación la miraba Fedor, taciturno y apesadumbrado. En el otro estaba sentado Pobedinski, perdido en el alto cuello de su camisa y resoplando con enojo. El tío paseaba de rincón a rincón y parecía pensar en alguna cosa. El silencio era completo. Sólo se oía el crujir del lienzo entre las manos de Tatiana Ivanovna. De repente el tío, deteniéndose ante ésta, dijo:

—¡Sois todos tan jóvenes! ¡Hay en vosotros tanta frescura juvenil!… ¡Sois tan buenos y vivís con tanta placidez en esta quietud, que os tengo envidia!… ¡Me siento ligado a vuestra vida y mi corazón padece cuando recuerdo que tengo que marcharme de aquí!… ¡Crean en mi sinceridad!

El sopor cerró mis ojos y me dormí. Cuando algún ruido me despertó, el tío estaba ante Tatiana Ivanovna y la miraba conmovido. Sus mejillas ardían.

—Mi vida ha transcurrido en balde… —decía—. ¡No he vivido! ¡Su rostro me recuerda mi juventud perdida, y me conforMaria con permanecer hasta la misma muerte aquí sentado, contemplándola! ¡Con gusto me la hubiera llevado conmigo a Petersburgo!

—Y eso, ¿para qué? —preguntó con voz ronca Fedor.

—Para ponerla sobre mi mesa de trabajo, bajo una urna de cristal. La hubiera admirado y mostrado a los demás. ¿Sabe, Pelagueia Ivanovna? ¡Allí no hay personas como usted!… Tenemos riquezas, nobleza, belleza a veces…; pero estas verdades vitales no las tenemos… Esta sana tranquilidad… —y el tío, sentándose ante Tatiana Ivanovna, le cogió una mano—. ¿No quiere usted entonces venir conmigo a Petersburgo? —rió—. En ese caso, ¡déjeme al menos que me lleve su manecita!… ¡Oh, qué encantadora manecita! ¿No me la dará? ¡Vaya roñosilla! ¡Permítame, al menos, que se la bese!

En aquel momento se oyó el crujir de una silla. Fedor se levantó de un salto y, con pasos duros, se acercó a su mujer. Su rostro tenía una palidez grisácea y temblaba. Con toda su fuerza asestó un puñetazo a la mesa y dijo con voz de ultratumba:

—No lo consentiré.

Al mismo tiempo que él, Pobedimski había saltado de la silla. Pálido y con aviesa expresión se acercó a Tatiana Ivanovna y pegó también con el puño en la mesita…

— ¡No lo consentiré! —dijo.

—¿Qué? ¿Qué es esto?… —se asombró el tío.

—¡No lo consentiré! —repitió Fedor pegando otro puñetazo sobre la mesa.

El tío se levantó de un salto y sus ojos parpadearon cobardemente. Quiso hablar, pero el susto y la sorpresa le impidieron decir una palabra. Sonrióse azorado y, dando menudos pasitos de viejo, salió del pabellón, dejando olvidado su sombrero. Cuando un poco después entraba corriendo mi madrecita, Fedor y Pobedimski continuaban golpeando la mesa con el puño, como el herrero con el martillo, y diciendo:

—¡No lo consentiré!

—Pero ¿qué es lo que ha ocurrido aquí? —preguntó mi madrecita—. ¿Por qué se ha mareado mi hermanito?… ¿Qué ha pasado?

Al mirar a la pálida y asustada Tatiana y a su enfurecido marido, mi madrecita adivinó seguramente de lo que se trataba. Suspiró y movió la cabeza.

—Bueno, ¡basta de golpes! —dijo—. ¡Para ya, Fedor!… Y usted, ¿por qué golpea, Egor Alekseich?… ¿Qué tiene usted que ver con esto?…

Pobedimski, volviendo a la realidad, se azoró.

Fedor le miró fijamente, luego miró a su mujer y empezó a pasear por la habitación. Cuando mi madrecita salió del pabellón, vi algo que después, durante largo tiempo, consideré un sueño. Vi cómo Fedor cogía a mi profesor, lo levantaba en el aire y lo arrojaba por la puerta.

Cuando desperté a la mañana siguiente, la cama del profesor estaba vacía. A mi pregunta: «¿Dónde está el profesor?», el aya me contestó en voz baja que por la mañana temprano había sido llevado al hospital para que le curaran el brazo roto. Entristecido por esta noticia y recordando el escándalo de la víspera, salí al patio. El tiempo era gris, el cielo estaba cubierto de nubes y por la tierra paseaba el viento, levantando del suelo remolinos de polvo, papeles y plumas… La proximidad de la lluvia hacíase perceptible. Sobre las personas y los animales dibujábase el aburrimiento. Cuando entré en la casa me encargaron que no metiera ruido con los pies, porque mi madrecita tenía jaqueca y estaba echada en la cama, ¿Qué podía hacer? Me senté allí, en un banquito junto al portalón, y traté de encontrar sentido a todo lo que había visto y oído ayer. Desde nuestro portalón, rodeando la herrería y un charco que nunca estaba seco, se entraba en el camino real… Yo miraba los postes telegráficos, junto a los cuales, como torbellinos, pasaban las nubes de polvo: los adormilados pájaros, sentados en los hilos telegráficos, y me sentí de repente tan aburrido que rompí a llorar. Por el camino real pasó un faetón empolvado, atestado hasta más no poder de ciudadanas dirigiéndose, seguramente, a alguna peregrinación. Apenas había desaparecido de mi vista el faetón cuando apareció un ligero carruaje tirado por dos caballos. De pie en él y sujetándose al cinturón del cochero iba Akim Nikitich.

Con gran asombro mío el carruaje torció hacia nuestro camino y desapareció volando en el portalón. Cuando trataba de averiguar por qué el jefe local de Policía venía a mi casa, se oyó un ruido y en el camino surgió una *troika*. El jefe regional de Policía, que iba en ella, señalaba al cochero nuestro portalón.

«¿A qué vendrá éste? —pensé mirando al jefe regional de Policía, que estaba cubierto de polvo—. Con seguridad, Pobedimski habrá presentado una queja contra Fedor y vienen a llevárselo preso».

Pero el enigma no era tan fácil de desentrañar. El jefe regional y el jefe local de Policía eran sólo su preámbulo, pues no habrían pasado cinco minutos cuando esta vez una berlina entraba por el portalón de nuestra casa. Tan rápidamente pasó delante de mí que lo único que pude ver a través de la ventanilla fue una barba roja.

Perdido en conjeturas y presintiendo algo malo, corrí hacia la casa. Lo primero que vi en el vestíbulo fue a mi madrecita. Estaba pálida y miraba espantada a la puerta, tras la que sonaban voces masculinas. Aquellos huéspedes la encontraban en el punto álgido de su jaqueca.

—¿Quién ha llegado, mamá? —pregunté.

—¡Hermana! —oyóse decir a la voz del tío—. ¡Danos algo de comer al alcalde y a mí!

—¡De comer!… ¡Se dice fácilmente!… —murmuró mi madrecita, a punto de desmayarse de espanto—. ¿Qué voy a tener ahora tiempo de preparar? ¡Tendré que pasar en mi vejez por esta vergüenza!…

Mi madrecita se llevó las manos a la cabeza y corrió a la cocina. La inesperada llegada del alcalde puso en conmoción y dejó estupefacta a toda la hacienda. Emprendióse una cruelísima matanza. Dióse muerte a unas diez gallinas, a cinco pavos y a ocho patos, y en los ardores de la prisa, el viejo ganso, el progenitor de nuestra manada de gansos, el favorito de mi madre, fue decapitado. Los cocheros y el cocinero, como enloquecidos, sin necesidad ni distinción de edad ni raza, exterminaban a las aves. De éstas, una pareja de precio, que me era tan querida como a mi madrecita el ganso, fue sacrificada para la confección de una salsa. Tardé mucho tiempo en perdonar al alcalde su muerte.

Por la noche, cuando el alcalde y su séquito, después de bien saciados, tomaron asiento en sus carruajes y se marcharon, fui a casa a ver los restos del festín. Al asomarme desde el vestíbulo a la sala vi en ésta al tío con mi madrecita. El tío, con las manos a la espalda y nervioso, recorría a grandes pasos la habitación encogiéndose de hombros. Mi madrecita, exhausta y muy enflaquecida, estaba sentada en el diván y su vista seguía, con expresión enfermiza, los movimientos de su hermano.

—Perdóname, hermana, pero ¡ésa no es manera de proceder!… —gruñía el tío con una mueca de desagrado—. ¡Te presento al alcalde y no le das la mano!… ¡El infeliz se quedó todo azorado! ¡No! ¡Esa no es manera de proceder!… ¡La sencillez es una buena cosa…, pero también tiene sus límites! ¡Lo juro!… Y luego, ¡la comida!… ¿Es posible que se puedan servir

comidas semejantes?… ¿Qué era, por ejemplo, ese estropajo que sacaron para cuarto plato?

—Era pato con salsa dulce… —dijo en voz baja mi madrecita.

—¡Pato!… Perdóname, hermana, pero ¡me ha dado un ardor de estómago!… ¡Me siento enfermo!

El tío puso una cara agria y llorosa y prosiguió:

—Y ¿qué diablos traería aquí al alcalde?… ¡Como si me hubiera hecho tanta falta su visita!… ¡Puf! ¡Qué ardor!… ¡No me siento capaz de dormir ni de trabajar!… ¡Estoy completamente deshecho!… ¡No comprendo cómo pueden ustedes vivir sin trabajar…, en medio de este aburrimiento!… ¡Ya está aquí el dolor de estómago!

El tío frunció el entrecejo y sus pasos se hicieron más rápidos.

—Hermanito —preguntó en voz baja mi madrecita—, ¿cuánto cuesta un viaje al extranjero?…

—¡Por lo menos tres mil rublos!… —contestó el tío con voz llorosa—. ¡Si no fuera por eso, ya me hubiera marchado! Pero ¿de dónde voy a sacarlos? ¡No dispongo ni de una *kopeka*!… ¡Qué ardor!…

Y el tío, deteniéndose, miró tristemente a la ventana gris y sombría; después empezó a pasear de nuevo.

Se hizo un silencio… Mi madrecita, durante largo rato, mantuvo la mirada fija en el icono, como meditando algo; luego, echándose a llorar, dijo:

—¡Yo te daré, hermanito, los tres mil rublos!…

Tres días después las majestuosas maletas eran enviadas a la estación, siguiéndolas el consejero secreto. Este, al despedirse de mi madrecita, estuvo largo rato sin poder despegar los labios de su mano; pero cuando se sentaba en el carruaje una alegría infantil iluminaba su rostro. Radiante, feliz, se acomodó en el asiento, dijo adiós a mi madrecita con la mano y, de repente, de modo inesperado, posó su mirada sobre mí.

—¿Quién es este niño? —preguntó.

La pregunta molestó a mi madrecita, que tanto aseguraba que Dios había enviado al tío para mi suerte. Para mí, en cambio, no era aquel momento de hacer preguntas. Miré el rostro dichoso del tío y, sin saber por qué, sentí una gran piedad de él. Sin poder contenerme subí de un salto al carruaje y me abracé fuertemente a este hombre frívolo, débil como todos los hombres. Mirándole a los ojos y deseando decirle algo agradable, le pregunté:

—Tío…, ¿ha ido usted, aunque sólo sea una vez, a la guerra?

—¡Aj, querido chiquillo!… —rió, besándome, el tío—. ¡Querido chiquillo!… ¡Lo juro!… ¡Qué natural! ¡Qué humano es todo esto!… ¡Lo

juro!…

El carruaje arrancó… Yo le veía alejarse, y su «¡lo juro!» de despedida resonó durante largo tiempo en mis oídos.

DE MAL EN PEOR

En casa de Gradusov, el maestro de coro de la iglesia, estaba sentado Kaliakin, el abogado, quien dando vueltas a la citación del juez de paz dirigida a Gradusov, que traía entre las manos, hablaba de este modo:

—Diga usted, Dosifei Petrovich, lo que diga, la culpa es suya… Yo siento respeto por usted, concedo mucho valor a su amistad, y, sin embargo, con gran sentimiento, he de manifestarle que no tiene usted razón. ¡No! ¡No tiene usted razón!… Ha ofendido usted a mi cliente Dereviaschkin…, ¿y se puede saber por qué le ha ofendido usted?

—¡Qué diablos!… ¡Yo no le he ofendido!… —se excitaba Gradusov, viejo de alta estatura, estrecha frente poco prometedora, espesas cejas y medallita de bronce en el ojal—. ¡No hice más que amonestarle!… ¡A los tontos no hay más remedio que enseñarles!… ¡Si no se les enseña no dejan dar un paso a los demás!

—¡Pero, Dosifei Petrovich!… ¡Según declara él en su queja no se limitó usted a amonestarle, sino que en público le llamó burro, canalla y una porción de cosas por el estilo!… Afirma que en un momento hasta levantó usted la mano como si pretendiera ofenderle de obra…

—Y ¿cómo no va uno a pegarle, si lo merece? ¡No lo comprendo!

—¡Lo que tiene que comprender es que no le asiste a usted ningún derecho!

—¿Que no me asiste ningún derecho?… ¡Eso…, perdone; pero vaya a contárselo a otro, por favor!… Después de que le echaran del coro del arcipreste cantó diez años en el mío. Si le interesa a usted saberlo, le diré que soy su bienhechor, y si se enfadó porque yo también le eché, sepa que la culpa fue de él mismo. Se hizo despedir por tanto filosofar. ¡Filosofar puede hacerlo solo un hombre erudito… que haya terminado sus estudios!… Pero si eres un necio…, un hombre de corta inteligencia…, estate quieto en tu rinconcito y cállate… ¡Calla y escucha cómo hablan los inteligentes!… Éste, en cambio, el más tonto de todos, siempre tenía prisa por decir algo… A lo mejor estábamos ensayando o durante la misa, y él empezaba conque si Bismarck o

Gladstone o el que fuera… ¡Me creerá usted o no, pero este canalla estaba suscrito a un periódico!… ¡La de veces que le habré pegado por causa de la guerra rusoturca!… ¡No se lo puede usted figurar!… Por ejemplo, había que cantar…, pues él, en ese momento, se ponía a referir a los tenores que si habíamos volado con dinamita el acorazado turco *Liufti-Dielil*… ¿Estaba eso bien acaso?… ¡Claro que es agradable que tengamos victorias, pero eso no quiere decir que no haya que cantar!… ¡Después de la misa puede uno hablar todo lo que quiera!… En fin, que es un cerdo, en una palabra…

—Entonces, ¿también antes le ofendía usted?

—¡Antes no se ofendía! ¡Comprendía que lo hacía por su bien!… Sabía que es un pecado contradecir a los mayores y a los bienhechores…; pero, desde que le han dado ese empleo de escribano de la Policía, se ha engreído mucho y ha cesado de comprender: «Yo —dice ahora— ya no soy cantor, soy un funcionario. Estudio para registrador colegiado». Tú lo que eres es un tonto —le contesté yo—. Lo que tienes que hacer es ocuparte menos de filosofías y limpiarte las narices. Esto te valdría más que pensar en las categorías. Las categorías no son para ti… Pero ¡no quiere hacer caso!… ¿Por qué, por ejemplo, presenta al juez esa queja contra mí?… ¡Por una estupidez!… Estaba yo sentado en la taberna de Samopliuev, tomando el té con nuestro *starosta*… La taberna se encontraba llena de público…, no había ni un solo sitio libre… Le veo también a él sentado con sus amigos los escríbanos y bebiendo cerveza. Va hecho todo un petimetre…, habla en voz alta…, gesticula… Yo presto oído y le oigo que está hablando del cólera… ¿Qué iba a hacer con él?… Estaba filosofando. Yo, ¿sabe usted?, sigo callado y me aguanto… «Habla, habla… —pienso—; tu lengua no tiene huesos…». De pronto, como si lo hiciera a propósito, la caja de música se pone a tocar… Entonces ese mal educado se emociona, se levanta de su asiento y dice a sus amigos: «¡Bebamos por el florecimiento de la ciencia! ¡Yo soy un hijo fiel a su patria! ¡Sacrificaría mi vida por ella!… ¡Que vengan a mí los enemigos! ¡Quisiera ver a uno que no estuviera de acuerdo conmigo!…». Y va y da un puñetazo a la mesa… Eso yo ya no lo pude resistir… Me acerco y de la manera más fina le digo: «Oye, Osip… Si eres un cerdo y no sabes nada de nada…, mejor será que te calles… Un hombre instruido puede hablar de cosas inteligentes, pero tú no… ¡Tú no eres nada!… ¡Eres ceniza!». Por cada palabra que le digo, él me responde diez…, y así empezó la cosa. Yo, claro que lo hacía para su provecho, y él, por tontería… Se ofendió y presentó esa queja al juez…

—Sí… —suspiró Kaliakin—. ¡Mal asunto!… ¡Y pensar que todo es por una tontería!… ¡Usted es un hombre casado, tiene familia, todo el mundo le respeta, y ahora se ve metido en este lío del juicio!… ¡El asunto hay que terminarlo, Dosifei Petrovich!… Tenemos una salida con la que Dereviaschkin está conforme, y que es la siguiente: Hoy a las seis irá usted conmigo a la taberna de Sainopliuev (ésa es la hora en que se reúnen allí los escribanos, los actores y demás público ante el que ha cometido usted la ofensa) y le pedirá perdón. Él, entonces, retirará su queja…, ¿comprende?… Creo que estará usted de acuerdo conmigo, Dosifei Petrovich… Le hablo como amigo… Usted ha insultado a Dereviaschkin, le ha avergonzado usted y ha herido sus sentimientos. ¡En nuestros tiempos eso no se hace! Hay que tener más cuidado. El tono de sus palabras…, ¿cómo decirle?… Vamos, que en nuestros tiempos… ¡En resumen, que no está bien!… Son ahora las seis menos cuarto, ¿quiere usted venir conmigo?

Gradusov movió negativamente la cabeza, pero cuando Kaliakin le pintó con vivos colores el *matiz* que había sido encontrado a sus palabras y las consecuencias que podía tener, acobardado, accedió.

—Ponga cuidado en disculparse debidamente —le aleccionaba el abogado durante el camino a la taberna—. Acérquese a él y dígale «Perdóneme usted. ¡Retiro mis palabras!», y alguna otra cosa por el estilo…

Cuando Gradusov y Kaliakin entraron en la taberna encontraron en ella toda una reunión. Allí estaban sentados comerciantes, actores, funcionarios, escribanos policiales y, en general, toda la pandilla que acostumbraba a congregarse en la taberna para pasar la velada y beber té y cerveza. Entre los escribanos estaba sentado el propio Dereviaschkin, joven de edad indeterminada, afeitado, de grandes ojos, que no pestañeaban, nariz aplastada y un cabello tan duro que mirándolo sentía uno ganas de limpiarse los zapatos con él. Su rostro era de tan feliz construcción, que bastaba verle una sola vez para saber que era borracho, que cantaba con voz de bajo y que era tonto, aunque no lo suficiente para considerarse persona muy inteligente. Al ver entrar al maestro de coro se incorporó en el asiento y agitó los bigotes como un gato… La reunión, que sin duda había sido advertida de que iba a presenciar una confesión pública, prestó oído.

—Ya está… El señor Gradusov accede… —dijo Kaliakin al entrar.

El maestro de coro saludó a unas cuantas personas, se sonó ruidosamente y, poniéndose colorado, se acercó a Dereviaschkin.

—Dispénseme… —dijo sin mirarle, y escondiendo el pañuelo en el bolsillo—. ¡Delante de toda esta reunión retiro mis palabras!

—Le perdono —contestó en voz baja Dereviaschkin, sentándose después y mirando triunfalmente al público—. ¡Me doy por satisfecho! ¡Señor abogado!… ¡Le ruego detenga el asunto!

—Presento mis excusas —prosiguió Gradusov—. No me gustan las cosas desagradables… ¿Que quieres que te llame de usted?… Pues ¡bueno!… ¡Te llamaré…! ¿Que quieres que te considere un hombre inteligente?… ¡Está bien!… ¡Lo haré!… ¡Me tiene sin cuidado!… ¡Yo, hermano, no soy rencoroso!… y te digo: «¡Vete a paseo!».

—Pero, bueno… ¡Discúlpese si quiere, pero no insulte!

—¿Y de qué otra manera voy a disculparme?… ¡Ya te estoy presentando mis excusas, y si no te he llamado de usted ha sido sencillamente porque se me ha olvidado! ¡Espero que no tendré que ponerme de rodillas! Presento mis excusas y hasta doy gracias a Dios de que te alcance la inteligencia para querer terminar este asunto. ¡No tengo tiempo que perder andando en juzgados!… En toda mi vida me he visto ante los tribunales ni me veré, y te aconsejo que tú tampoco… Quiero decir que usted tampoco…

— ¡Naturalmente!… ¿Desea usted beber algo para celebrar la paz de San Esteban?…

—¡Bueno!… ¡Beber, sí; podemos beber!…, sólo que hay que decir, hermano Osip, que eres un cerdo… Esto no lo digo por insultar, sino así…, por hablar… ¡Eres un cerdo, hermano!… ¿Te acuerdas cómo me suplicabas de rodillas cuando te echaron del coro del arcipreste?… ¿Eh?… ¡Y que te atrevas todavía a presentar una queja contra tu bienhechor!… ¡Desvergonzado!… ¡Eso es lo que eres, un desvergonzado!… ¿No te da vergüenza?… ¡Señores aquí presentes, no le da vergüenza!… ¡No tiene vergüenza!…

—Permítame… ¿Empieza usted a insultar otra vez?

—¡Qué insultar!… ¡Estoy hablando sencillamente!… ¡He hecho las paces contigo y te dirijo la palabra por última vez, sin pensar en insultar!… ¡No quiero líos contigo, ya que has sido capaz de presentar una queja contra tu bienhechor!… ¡Vete al diablo!… ¡No tengo ganas de hablarte!… ¡Si entonces, sin querer, te llamé cerdo, es porque lo eres!… ¡En lugar de pasarte la vida rezando por tu bienhechor, por el que te ha mantenido durante diez años y enseñado las notas, presentas una queja estúpida y me mandas a esos diablos de abogados!…

—Pero, Dosifei Petrovich —se ofendió Kaliakin—, ¡no fueron diablos los que le visitaron… le visité yo! ¡Tenga cuidado, se lo ruego!

—¿Acaso he hablado yo de usted?… ¡Venga usted a verme, aunque sea todos los días!… ¡Tendré mucho gusto!… ¡Lo único que me asombra es que usted, que ha terminado sus estudios y ha recibido instrucción, en lugar de hacerle la moral a este pavo, se ponga de su parte!… ¡Yo que usted, le hubiera dejado pudrirse en un calabozo!… Pero ¿por qué se enfada ahora? ¡Ya he presentado mis excusas!, ¿qué más quiere usted de mí?… ¡No lo comprendo!… ¡Señores aquí presentes, sean testigos!… ¡He presentado mis excusas a este tonto y no tengo intención de volver a presentárselas!

—¡El tonto lo será usted! —dijo con ronca voz Osip, pegándose indignado un golpe en el pecho.

—¿Tonto yo?… ¿Yo?… ¿Eres tú el que se atreve a llamármelo?… —Gradusov se puso rojo y tembló—. Te atreves, ¿eh?… Pues ¡toma entonces!… ¡Además de la bofetada que acabo de pegarte, canalla, presentaré una queja contra ti!… ¡Ya te haré yo ver lo que es eso de insultar!… ¡Señores, sean testigos! Y usted, señor policía, ¿qué hace ahí quieto, mirando?… ¡Me están ofendiendo y usted se contenta con mirar!… ¡Cobra usted un sueldo, pero cuando hay que mantener el orden… eso ya no es cosa suya!… ¿cree que no voy a presentar querella contra usted?…

El policía se acercó a Gradusov y la cosa se complicó aún más.

Una semana después Gradusov comparecía ante el juez de paz acusado de ofensa a Derevianschkin, al abogado y al policía; a este último durante el cumplimiento de su deber. Al principio no sabía si era él el demandante o el demandado. Más tarde, cuando el juez de paz le condenó a dos meses de arresto, sonrió amargamente y gruñó:

—¡Hum!… ¡Se me insulta y encima soy yo el que tiene que cumplir condena! ¡Asombroso!… ¡Para sentenciar, señor juez, hay que guiarse por la Ley, no basarse en prejuicios!… ¡Vuestra madrecita, Varvara Sergueevna, que en paz descanse, a gentes como Osip las mandaba azotar, mientras que usted les da toda clase de facilidades!… ¿Qué puede resultar de ello?… Si usted sentencia a favor de estos canallas y otro hace lo mismo…, ¿dónde va uno a ir a quejarse?…

—La sentencia puede ser impugnada en un plazo de dos semanas. ¡Ruego que no se hable más! ¡Puede retirarse!

—¡Naturalmente!… ¡Ya se sabe que hoy en día sólo con el sueldo no se puede vivir!… —dijo Gradusov guiñando un ojo con aire significativo—. ¡Aunque no se quiera, el hambre le hace a uno meter a un inocente en la cárcel!… ¡Así es!… ¡De eso no se les puede culpar!…

—¿Cómo?

—¡Nada!… ¡Eso yo!… ¡Son cosas!… ¿Se figura usted que porque lleve esa cadena de oro nadie va a atreverse con usted?… ¡Tranquilícese! ¡Yo lo sacaré todo a la luz!…

El asunto, ahora candente, tomó carácter de ofensa al juez, pero intervino el arcipreste y se le echó tierra encima. Al apelar, Gradusov estaba convencido de que no sólo se le daría la razón, sino que Osip sería metido en la cárcel. Así pensaba durante la celebración del juicio. Conservaba su calma ante los jueces, se contenía y no pronunciaba palabra superflua. Sólo una vez, cuando el presidente le ofreció sentarse, ofendiéndose, dijo:

—¿Acaso hay alguna ley que mande que el maestro de coro se siente al lado de un cantor?

Cuando los jueces ratificaron la sentencia del juez de paz, preguntó:

—¿Cómo?… ¿Qué?… ¿Cómo debo comprender esto?… ¿De qué se trata?…

Los magistrados de segunda instancia mantuvieron la sentencia del juez de paz.

—Si no está usted conforme, puede apelar al Supremo.

—Bien… Le estoy muy agradecido, excelencia, por la rapidez y justicia de su sentencia… ¡Es natural!… ¡Con el sueldo solo no se puede vivir!… ¡Eso lo comprendo yo perfectamente!… Pero…, con perdón…, ¡ya encontraremos algún tribunal que no se deje sobornar…!

No voy a repetir aquí todo lo que dijo Gradusov a los magistrados. En la actualidad se le juzga por ofensa a la magistratura, y cuando los amigos se esfuerzan en hacerle comprender que la culpa es suya, no quiere escucharles. Está convencido de su inocencia y tiene fe en que, más tarde o más temprano, le darán las gracias por haber descubierto aquellos abusos.

—¡No se puede con este tonto! —dice el párroco con ademán desesperado —. ¡Es imposible meterle una idea en la cabeza!

EL TALENTO

EGOR Savvich, pintor residente en la casa veraniega propiedad de la viuda de un oficial, está en su habitación, sentado en la cama y entregado a la melancolía propia de las horas matinales. Densas y torpes nubes cubren por entero el cielo, sopla un viento frío y penetrante, y los árboles, todos con un quejido, se doblan llorosos hacia un lado. Un torbellino de hojas amarillas revolotea por el aire y por el suelo. ¡Adiós verano!… En su género, esta tristeza de la Naturaleza, contemplada con ojos de artista, es maravillosa y poética; pero Egor Savvich se siente indiferente a cualquier clase de belleza. Es presa del aburrimiento, y sólo la idea de que mañana no estará ya en esta casa tiene poder para consolarle. Por la cama, las sillas, las mesas y el suelo hay esparcidas almohadas, mantas y cestas; las habitaciones no han sido barridas, y de las ventanas fueron arrancadas las cortinillas de percal. Mañana tendrá lugar el traslado a la ciudad. La patrona viuda no está en casa. Salió en busca de carros que alquilar para la mudanza del día siguiente; mientras, Katia, su hija (joven de unos veinte años de edad), aprovechando la ausencia de su severa mamá, hace tiempo que está sentada en la habitación del joven pintor. Éste se marcha mañana, y ella tiene muchas cosas que decirle aún, Lleva un rato habla que te habla, y le parece que todavía no le ha dicho ni la décima parte de lo que le quiere decir. Con ojos arrasados de lágrimas contempla la desmelenada cabeza del pintor; la contempla con tristeza y con entusiasmo. Egor Savvich está desgreñado como una fiera; el pelo le llega hasta las paletillas, la barba le sale del cuello, de las narices, de las orejas, y los ojos se le esconden bajo unas cejas pobladas y caídas. Todo ello presenta un aspecto tan espeso, tan embrollado, que diríase que la cucaracha o la mosca enredadas allí dentro, como en un bosque enmarañado, no podrían salir de él en toda su vida. Egor Savvich escucha a Katia y bosteza. Está cansado. Cuando Katia empieza a sollozar, la mira de un modo taciturno entre sus pestañas caídas, frunce el entrecejo y dice con voz de bajo profundo:

—No puedo casarme.

—¿Por qué? —pregunta Katia bajito.

—Porque un pintor, o sea un hombre que vive para el arte, no puede casarse. El pintor tiene que ser libre.

—Pero ¿es que cree que yo iba a molestarle?

—No hablo por mí… Lo digo en general. Los escritores y los pintores célebres nunca se casan.

—Ya sé que usted llegará a ser una celebridad… Eso lo comprendo perfectamente…; pero dese usted cuenta… Me da miedo mamá. Es muy severa e irritable, y cuando sepa que no se casa usted conmigo habrá que ver la que se armará. ¡Qué desgracia la mía! Y como para colmo, ¡no le ha pagado usted el alquiler!…

—¡Al diablo con ella! ¡Se lo pagaré!

Y Egor Savvich, levantándose, empezó a pasear por la habitación.

—¡Qué bueno sería poderse marchar al extranjero! —dice.

El pintor empieza a hablar de que no hay cosa más fácil que emprender un viaje al extranjero. Basta para esto pintar un cuadro y venderlo.

—¡Claro! —dice Katia—. ¿Y por qué no ha pintado usted este verano?

—¿Es acaso posible trabajar en este cobertizo? —dice enojado el pintor —. ¿Dónde iba a encontrar aquí los modelos?

Abajo, en alguna parte, sonó un portazo. Katia, que espera de un momento a otro la llegada de su madre, se levanta y sale corriendo. El pintor ha quedado solo. Durante largo rato continúa paseando por la habitación entre las sillas y los montones de enseres domésticos. Oye a la viuda, ya de vuelta, meter ruido con los cacharros y tronar contra los *mujiks*, que le han pedido dos rublos por un carro. Lleno de tristeza, Egor Savvich se detiene ante un pequeño armario y permanece un gran rato frunciendo el entrecejo a la botella de *vodka*.

— ¡Ojalá te mataran! ¡No hay quien pueda vivir en paz contigo! —oye decir a la madre, regañando a Katia.

El pintor bebe un vasito, la nube sombría que envuelve su alma se disipa poco a poco y empieza a experimentar la sensación de que, en su vientre, todos los intestinos sonríen; empieza a soñar… En la imaginación se ve ya convertido en una celebridad. No puede representarse sus creaciones futuras, pero sí ve con claridad que los periódicos hablan de él, que las tiendas venden su retrato y que sus amigos le miran con envidia. Se imagina a sí mismo sentado en una sala ricamente alhajada y rodeado de lindas admiradoras, aunque todo de un modo confuso, algo turbio, debido a que en toda su vida no ha visto ni una sola vez una sala. No puede distinguir bien a sus bellas admiradoras porque tampoco en toda su vida ha visto una admiradora ni una

joven decente, aparte de Katia. Generalmente quienes no conocen la vida suelen ver a ésta a través de los libros leídos, pero los libros para Egor Savvich eran algo desconocido. En una ocasión se propuso leer a Gogol, y al llegar a la segunda página se durmió…

—¡Este maldito no quiere encenderse! —se oye gritar abajo a la viuda, luchando con el *samovar*—. ¡Katia! ¡Trae el carbón!

El soñador artista experimenta la necesidad de hacer a alguien partícipe de sus esperanzas y de sus ensueños. Baja a la cocina, llena de tufo, junto a cuya oscura estufa se encuentran Katia y la gruesa viuda, y sentándose al lado de una tinaja se pone a charlar:

—¡Qué grato es esto de ser pintor! ¡Se va donde se quiere y se hace lo que se quiere! ¡No necesita uno trabajar ni arar la tierra!… ¡No tiene uno superiores encima!… ¡Yo soy el superior de mí mismo! Y sin embargo…, ¡también trabajo para la Humanidad!…

Después de comer, el pintor se retira a descansar. Por regla general suele dormir hasta el crepúsculo; pero esta vez ha transcurrido poco tiempo desde la comida cuando siente que alguien le tira de un pie, que alguien ríe y pronuncia su nombre. Abriendo los ojos ve ante ellos a su amigo Ukleikin, el paisajista que pasó todo el verano en la región de Kostroma.

—¡Qué sorpresa! —se alegra—. ¿A quién estoy viendo?

Se suceden los saludos y las preguntas.

—¿Traes algo?… ¡Seguramente llevarás hechos por lo menos cien bocetos!… —dice Egor Savvich mirando a Ukleikin extraer sus objetos de la maleta.

—Sí… Algo hice…, ¿y tú? ¿Pintaste algo?

Egor Savvich saca de debajo de la cama un liento montado en un bastidor todo empolvado y cubierto de telarañas.

—Aquí tienes… «Joven junto a la ventana después de separarse de su novio» —explica—. Lo hice en tres sesiones, pero todavía no está terminado. El cuadro es un ligero esbozo de Katia, sentada al lado de la ventana por la que se divisa el jardín y una lejanía color malva. A Ukleikin no le gusta el cuadro.

—¡Hum!… Hay ambiente en él… y expresión… —dice—. Tiene perspectiva…; pero el color por esta parte chilla…, chilla demasiado…

Sobre la mesa hace su aparición la botella de *vodka*.

Cuando llega el anochecer aparece Kostiliev, amigo y vecino de Egor Savvich, pintor de historia, hombre de unos treinta y cinco años, que también promete mucho. Lleva igualmente melena, una blusa con cuello a lo

Shakespeare, y su actitud es de gran dignidad. Al ver el *vodka* hace una mueca de desagrado y se lamenta de estar enfermo del pecho; pero luego, cediendo a los ruegos de sus compañeros, bebe una copa.

—¡Tengo una gran idea!… —dice ligeramente borracho—. ¡Quiero expresar un Nerón…, un Herodes… o cualquiera otra figura de este género!…, ¿comprenden?…; pero bajo un signo contrario (¡el cristianismo!). De un lado, Roma antigua: de otro, el cristianismo…, ¿comprenden? ¡*Lo* que quiero expresar es la época!, ¿comprenden? ¡La época!

Mientras tanto, la viuda sigue dando órdenes en voz alta:

—¡Katia! ¡Sirve los pepinos! ¡Corre a por *kvas* a la tienda de Sidorov!

Los tres amigos, como lobos enjaulados, recorren a grandes pasos la habitación. Hablan sin parar, con sinceridad y animación. Los tres están excitados e inspirados. Escuchándoles se sentiría uno inclinado a creer que tienen entre las manos el porvenir, la celebridad y el dinero. A ninguno de ellos se le ocurre pensar que el tiempo pasa, que la vida se acorta cada día y se acerca a su final, que ya han comido mucho pan ajeno y su obra todavía es nula. Los tres son víctima de la implacable ley por la que entre centenares de principiantes que ofrecen esperanzas sólo dos o tres alcanzan la suerte, mientras los restantes quedan fuera de sorteo, pereciendo después de haber servido únicamente de carne de cañón. Alegres, felices y valientes se enfrentan con el futuro…

Ya son cerca de las dos de la madrugada cuando Kostiliev se despide y, después de arreglarse el cuello a lo Shakespeare, se marcha a su casa. El paisajista se queda a pasar la noche en casa del pintor de género. Antes de acostarse, Egor Savvich coge la vela y va a la cocina a beber agua. En el oscuro y estrecho pasillito, Katia, sentada sobre el baúl y con las manos descansando sobre las rodillas, mira el techo. En su rostro, pálido y afligido, se dibuja una sonrisa beatifica y sus ojos brillan.

—¿Eres tú?… ¿En qué piensas? —le pregunta Egor Savvich.

—Pienso en cuando usted sea una celebridad… —dice ella a media voz—. ¡Qué gran hombre ha de ser!… ¡Acabo de oír su conversación y estoy soñando…, soñando…!

Y Katia ríe dichosa… Luego llora y pone las manos con veneración sobre los hombros de su pequeño dios.

¡TSSSS!…

IVÁN Egorovich Krasnujin, periodista mediocre, regresa a su casa preocupado, serio, con expresión particularmente reconcentrada. Su aspecto es el del hombre que espera un registro o medita la idea del suicidio. Después de dar unos cuantos pasos por la habitación, se detiene, hunde los dedos en sus cabellos y dice con el tono de un Laertes disponiéndose a vengar a su hermana:

—¡Estás deshecho!… ¡Tu alma está cansada!… ¡La tristeza oprime tu corazón, y has de sentarte y escribir!… ¡Y que a esto se le llame vida!… ¿Por qué no ha descrito nadie todavía la torturadora contradicción ante la que se encuentra el escritor, obligado a hacer reír a las masas cuando está triste o a verter lágrimas, como por encargo, cuando está alegre?… ¡forzosamente he de mostrarme jovial, impasiblemente frío, ingenioso!… Pero…, ¿imaginen que me oprimiera la tristeza o, por ejemplo, que estuviera enfermo?… ¿Que se muriera el niño o diera a luz mi mujer?…

Mientras dice todo esto agita los puños y hace girar sus ojos… Después se encamina al dormitorio y despierta a su esposa.

—¡Nadia! —dice—. ¡Voy a ponerme a escribir! ¡Por favor, que nadie me moleste!… ¡Es imposible escribir si lloran los niños o roncan las cocineras! Ocúpate de prepararme el té y… quizá también un bistec… ¡Ya sabes que sin té no puedo escribir!… ¡El té es lo único que sostiene mis fuerzas durante el trabajo!…

De vuelta en su habitación, se quita la levita, el chaleco y los zapatos. Se desnuda despacio y, después, tras de hacer adoptar a su rostro una expresión de ingenuidad ofendida, se sienta ante la mesa del despacho.

Sobre la mesa no hay nada casual…, cotidiano… Todo, hasta la más pequeña bagatela, lleva impreso un sello de premeditación y parece sujeto a un rígido programa: los pequeños bustos y las fotografías de grandes escritores, el montón de borradores de los manuscritos, el volumen de Belinskii[84], con una página doblada; un hueso de nuca a guisa de cenicero, una hoja de periódico plegada al descuido aparentemente, pero de manera que

quede visible el sitio acotado con lápiz azul, que lleva la palabra «vil» escrita al margen con grandes caracteres; cerca de una decena de lápices recién afilados, portaplumas con plumillas nuevas, sin duda colocadas allí en evitación de que causas exteriores a casualidades, como, por ejemplo, una plumilla al estropearse, puedan entorpecer el libre vuelo creador.

Krasnujin se reclina en el respaldo del sillón, cierra los ojos y se sumerge en la meditación del tema elegido. Oye el chancleteo de su mujer, que prepara el *samovar*. El ruido de la tapadera y del cuchillo, cayéndosele de las manos, revela que aún no está del todo despierta. Pronto el burbujeo del *samovar* y el chisporroteo de la carne al freírse llegan hasta él. La mujer corta después astillas y hace sonar las placas y las puertecillas del fogón. De repente, Krasnujin se estremece, abre asustado los ojos y empieza a olfatear la atmósfera.

—¡Dios mío!… ¡Tufo!… —gime con una mueca de sufrimiento—. ¡Tufo!… ¡Esta insoportable mujer mía se ha propuesto envenenarme!… ¡Quisiera que alguien me dijera, por el amor de Dios, cómo se puede trabajar en este ambiente!…

Corre a la cocina, y allí se desfoga con un clamor dramático. Cuando poco después la mujer, andando de puntillas y con grandes precauciones, le trae un vaso de té, está otra vez sentado en el sillón, con los ojos cerrados y sumergido en el tema. Permanece inmóvil, se golpea ligeramente la frente con dos dedos y finge no darse cuenta de la presencia de su esposa… Su rostro, como antes, lleva impresa una expresión de ingenuidad ofendida.

Semejante a la niña a la que han regalado un rico abanico, hace gestos coquetos, monerías, presume ante sí mismo antes de escribir el titulo; se oprime las sienes, encoge el cuerpo, alza las rodillas bajo el sillón, como acometido por un dolor o entorna lánguidamente los ojos igual que el gato sobre el diván… Por fin, no sin antes vacilar, extiende la mano hacia el tintero y, con la expresión del que está firmando una sentencia de muerte, escribe el titulo…

—¡Mamá!… ¡Dame agua!… —oye decir a la voz del hijo.

—¡Tssss!… —dice la madre—. ¡Papá está escribiendo!… ¡Tssss!…

Papá escribe de prisa, de prisa; sin tachaduras ni paradas; apenas le da tiempo a volver las páginas. Los bustos y retratos de los escritores célebres, inmóviles, contemplan el rápido deslizarse de su pluma, y diríase que piensan: «¡Vaya, hermano!… ¡Qué bien te has hecho al oficio!».

«¡Tsss!…», chirría la pluma.

«¡Tsss!…», emiten los escritores estremeciéndose con la mesa por un empujón de la rodilla.

De repente, Krasnujin se endereza, suelta la pluma y presta oído… Percibe un bisbiseo igual y monótono… Es el huésped, Foma Nikolaievich, que reza en la habitación contigua.

—¡Oiga! —grita Krasnujin—. ¡Tenga la bondad de rezar en voz más baja! ¡No me deja usted escribir!

—Usted perdone… —contesta tímidamente Foma Nikolaievich.

— ¡Tssss!…

Tras llenar cinco cuartillas, Krasnujin se despereza y consulta la hora.

—¡Dios mío!… ¡Son ya las tres!… —gime—. ¡La gente duerme, y yo soy el único que tiene que trabajar!…

Deshecho, cansado, inclinada de un lado la cabeza, se dirige al dormitorio, donde despierta a su mujer y le dice con lánguida voz:

—¡Nadia!… ¡Dame más té!… ¡Me siento flojo!…

Escribe hasta las cuatro, y de buena gana hubiera seguido escribiendo hasta las seis de no habérsele agotado el tema. Aquel coqueteo y afectación ante los propios ojos y los objetos Inanimados, lejos de la indiscreta mirada observadora; el despotismo, la tiranía ejercida sobre el minúsculo hormiguero que el Destino colocó bajo su férula, constituyen la sal y la miel de su existencia. ¡Cuán poco se asemeja este déspota, contemplado en su hogar, al hombrecillo rebajado, sometido, desprovisto de talento que acostumbramos a ver en las Redacciones!

—¡Estoy tan sumamente cansado que no sé si podré dormir! —dice al acostarse—. ¡Este trabajo nuestro…, este maldito trabajo de presidiario…, no cansa tanto el cuerpo como el alma! ¡No estaría de más tomar un poco de bromuro!… ¡Oh!… ¡Dios lo sabe!… ¡Si no fuera por la familia, mandaría a paseo un trabajo así!… ¡Escribir al dictado!… ¡Horrible!…

Se duerme hasta las doce o hasta la una, se duerme con un sueño profundo y saludable… ¡Oh! ¡Cuánto mejor dormiría…, qué sueños no serían los suyos… y cómo se desenvolvería si llegara una vez a ser escritor famoso, redactor, o editor a lo menos!

—¡Se ha pasado escribiendo la noche entera! —dice en voz baja la mujer, poniendo cara asustada—. ¡Tssss!…

Nadie se atreve a andar, a hablar, a hacer ruido… Aquel sueño es una cosa sagrada, y el culpable que lo perturbe pagará cara la ofensa.

—¡Tssss!… —resuena en el piso—. ¡Tssss!…

VENGANZA

LEV Savvich, burgués robusto, que tenía un capitalito, una esposa joven y una respetable calva, jugaba al *vint*[85] en casa de un amigo el día del santo de éste.

Cuando a consecuencia de un *minus* de consideración el sudor cubría todo su cuerpo, recordó de pronto que hacía mucho tiempo que no bebía vodka. Levantóse, y andando de puntillas con un grave balanceo, se deslizó entre las mesas, atravesó el salón donde bailaba la juventud (aquí sonriendo con sonrisa indulgente propinó unos golpecitos al hombro de un joven farmacéutico) y se deslizó por la pequeña puerta que conducía al comedor. En él, sobre una mesa redonda, había botellas, frascos de vodka… Junto a éstas y a otros entremeses, entre el verdor de la cebolla y el perejil, se veía un arenque empezado. Lev Savvich se sirvió una copa, agitó los dedos en el aire como si se dispusiera a pronunciar un discurso, bebió y puso cara de sufrimiento. Después hundió el tenedor en el arenque y… justamente entonces, del otro lado de la pared, llegó el sonido de unas voces.

—¡Quizá…, quizá!… —proclamaba una voz femenina—. Sólo que… ¿cuándo será eso?

—¡Mi mujer! —reconoció Lev Savvich—. ¿Con quién está?

—Cuando quiera, amiga mía —contestaba al otro lado de la pared una profunda y jugosa voz de bajo—. Hoy no viene bien, y mañana tengo el día entero ocupado…

«Es Degtiarev —pensó Turmanov, reconociendo en el bajo a uno de sus amigos—. ¡Tú también, bruto!… ¿Será posible que le haya conquistado ya?… ¡Qué mujer insaciable! ¡Ni un día sólo es capaz de respirar sin *novela*!».

—Sí. Mañana estoy ocupado —proseguía el bajo—. Ponme si quieres unas letras… Me alegrarán mucho y me harán muy feliz… Lo que tenemos que hacer es organizar bien nuestra correspondencia. Hay que idear algo. Enviarlo por correo no resulta cómodo, porque si te escribo, tu pavo puede

pescarle la carta al cartero. Si en cambio eres tú la que me escribes, mi media naranja la recibirá sin estar yo y la abrirá seguramente.

—¿Qué se puede hacer?

—Hay que idear algo. Mandarla a través de la servidumbre, tampoco es posible, porque tu Sobakevich[86] tendrá con seguridad metidos en un puño a la doncella y al criado… ¿Oye? ¿Juega a las cartas?

—Sí… Y el muy tontón siempre pierde.

—Eso quiere decir que es afortunado en amor —rió Degtiarev—. Mira, mamaíta, lo que se me ha ocurrido… Mañana, a las seis en punto, saldré de la oficina y me pasaré por el jardín público, donde tengo que ver al encargado… Tú puedes, almita mía, y procura que sea sin falta a las seis, no más tarde, poner una notita en el jarrón de mármol que está, como sabes, a la izquierda del cenador de la parra…

—Ya sé, ya sé…

—¡Resultará poético, misterioso y nuevo!… Ni tu tripudo ni mi costilla se enterarán. ¿Has comprendido?

Lev Savvich se bebió otra copa y se dirigió nuevamente a la mesa de juego. El descubrimiento que acababa de hacer no le había producido asombro, ni extrañeza, ni la más leve indignación. Los días en que se enfurecía, organizaba escenas, se enfadaba y hasta se pegaba, hacía mucho tiempo que habían pasado. Ahora permanecía indiferente y hacía la vista gorda a las *novelas* de su ligera cónyuge. No obstante, se sentía molesto. Las expresiones de «pavo», «Sobakevich», «tripudo» y otras ofendían su amor propio.

»¡Hay que ver, sin embargo, lo canalla que es este Degtiarev! —pensaba mientras apuntaba sus *minus*—. ¡Nos encontramos en la calle y se finge el mejor amigo!… Todo son sonrisas, palmaditas en la tripa…, y luego… ¡hay que ver lo que anda tramando!… ¡En tu cara te habla como a un amigo, y a sus espaldas!, ¿qué soy para él?… Un “pavo” y un “tripudo”…

Cuanto más se sumergía en sus desagradables *minus*, tanto más pesada se le hacía la ofensa…

«¡Mocoso!… —pensaba, rompiendo con enfado la tiza—. ¡Chiquilicuatro!… ¡Si no fuera porque no quiere uno armarla…, ya te enseñaría yo lo que es ser un Sobakevich!».

Durante la cena no podía mirar con indiferencia la cara de Degtariev. Éste, en cambio, llegaba a ponerse pegajoso a fuerza de hacerle incesantes preguntas: que si había ganado…, que por qué estaba tan triste… y otras. Hasta tuvo la frescura, arrogándose el derecho de la buena amistad, de

reprochar en voz alta a su cónyuge el no cuidar bastante la salud de su marido. La cónyuge, entre tanto, como si nada hubiera pasado, le miraba con ojos tiernos, reía alegremente y charlaba de modo tan ingenuo que ni el mismo diablo hubiera sospechado su infidelidad.

Al volver a su casa. Lev Savvich se sentía enconado e insatisfecho, como si en vez de ternera hubiera comido un chanclo viejo. Tal vez violentando su ánimo hubiera podido olvidarlo todo, pero la charla de su cónyuge y sus sonrisas le traían a cada momento al recuerdo el «pavo», el «ganso» y el «tripudo»…

«¡Merecería el canalla ese que le diera de bofetadas!… —pensaba—. ¡Que le pusiera en ridículo ante todo el mundo!…».

Y pensaba en lo grato que sería dar un paliza a Degtiarev, pegarle un tiro en duelo, como a un gorrión; hacerle perder el empleo o introducir en el jarrón algo inconveniente, algo que apestara…; por ejemplo, una rata muerta… Tampoco estaría mal sustraer oportunamente la carta del jarrón y sustituirla por unos versitos escabrosos que llevaran esta firma: «Tu Akulka»[87], o cosa parecida.

Durante mucho tiempo, Turmanov paseó por la estancia, deleitándose en semejantes ensueños. De pronto se detuvo, dándose una palmada en la frente.

—¡Bravo!… ¡Ya lo tengo! —exclamó resplandeciente de satisfacción—. ¡Esto sí que resultará magnifico!… ¡Mag-ní-fi-co!…

Cuando su mujer se durmió fue a sentarse a la mesa, y después de larga meditación, desfigurando la letra e introduciendo faltas de ortografía, escribió lo siguiente:

«Comerziante Dulinov. Muy señor mío: Si ha las seis de la tarde de oy, doze de setiembre, no a ponido usted doszientos rublos en el garrón de mármol que se encuentra en el gardín público, a la icquierda del zenador de la parra, será asesinado y su comerzio de merzería volado por el ahire».

Una vez escrita esta carta. Lev Savvich saltó de entusiasmo.

«¡Esto sí que está bien pensado! —mascullaba frotándose las manos—. ¡Estupendo!… ¡Una venganza mejor no la inventaría el propio Satanás!… El comerciante, naturalmente, se amedrentará, denunciará el caso a la Policía, que se apostará entre los arbustos, y a las seis…, ¡zas!…, cogerán al palomito en el momento de agarrar la carta… ¡Vaya si se asustará entonces!… Por lo pronto, mientras el asunto se aclara, el muy canalla tendrá bastante tiempo de encierro y sufrimiento… ¡Bravo!».

Lev Savvich pegó el sello a la carta y la llevó él mismo al correo. Durmióse con sonrisa beatífica y tan dulcemente como hacía mucho que no había dormido. Al despertarse al día siguiente y recordar su treta, canturrió alegremente y hasta acarició la barbilla a su infiel mujer. Camino de la oficina y después sentado en ella, no cesaba de sonreír imaginando el espanto de Degtiarev al caer en la trampa…

Cerca de las seis, no pudiendo ya resistir más, corrió al jardín público para recrearse personalmente en la desesperada situación del enemigo.

«¡Ajá!…» —dijo para sus adentros al cruzarse con un guardia.

Llegado al cenador que cubrían las parras y sentándose bajo un arbusto, fijó la mirada ansiosa en el jarrón, disponiéndose a esperar. Su impaciencia no conocía límites.

A las seis en punto apareció Degtiarev. El joven aparentaba estar de humor inmejorable. La chistera le descansaba valientemente sobre la nuca y por el abrigo entreabierto, con el chaleco, parecía asomarse su propia alma. Silbaba y fumaba un cigarro…

«¡Ahora verás lo que es eso de “pavo” y de “Sobakevich”! —se decía Turmanov con morbosa alegría—. ¡Espera!…».

Degtiarev se acercó al jarrón e introdujo perezosamente la mano en él… Lev Savvich, alzándose ligeramente, fijó en él la mirada… El joven extrajo del jarrón un paquete de regular tamaño, lo examinó por todos lados, se encogió de hombros y lo desenvolvió indeciso. Luego volvió a encogerse de hombros y su rostro expresó el mayor asombro. ¡El paquete contenía dos billetes de Banco!

Largo rato permaneció Degtiarev examinando aquellos papeles. Finalmente, y sin cesar de encogerse de hombros, se los metió en el bolsillo y pronunció:

—*Merci!*…

El infeliz Lev Savvich oyó este *merci*. Luego estuvo la tarde entera parado ante la tienda de Dulinov, amenazando su rótulo con el puño y mascullando, preso de indignación:

«¡Cobarde!… ¡Comerciantucho!… ¡Despreciable Kitich!…[88]. ¡Cobarde!… ¡Liebre gorda y tripuda!…»,

ALEGRÍA

ERAN las doce de la noche… Totalmente excitado y despeinado entró volando Mitia Kuldarov en el piso habitado por sus padres, corriendo rápidamente de uno a otro aposento. Los padres se disponían a dormir; la hermana, ya en la cama, terminaba la última página de una novela, y los hermanos colegiales dormían.

—¿De dónde vienes? —se asombraron los padres—. ¿Qué te pasa?

— ¡Ah!… ¡No me pregunten!… ¡Esto no lo esperaba de ningún modo!… ¡No!… ¡De ningún modo lo esperaba!… ¡Si es hasta inverosímil!…

Y Mitia, echándose a reír y sin fuerzas de tenerse en pie de pura felicidad, se sentó en una butaca.

—¡Es inverosímil!… ¡No pueden ustedes ni imaginárselo!… ¡Miren!

La hermana saltó de la cama y echándose encima la manta se acercó al hermano. Los colegiales se despertaron.

—Pero ¿qué te pasa?… ¿Por qué pones esa cara?

—¡Es la alegría, mamaíta!… ¡Ahora toda Rusia me conoce!… ¡Toda!… Antes sólo ustedes sabían que existía en el mundo el escribiente colegiado Dimitri Kuldarov; pero ahora ¡lo sabe ya toda Rusia!… ¡Mamaíta!… ¡Oh Dios mío!…

Levantándose de un salto, Mitia se puso a recorrer las habitaciones; luego se volvió a sentar.

—Pero ¿qué ha ocurrido?… ¡Habla sensatamente!

—¡Ustedes aquí viven como las fieras!… ¡No leen los periódicos! ¡No prestan la menor atención a la cuestión pública!… Y, sin embargo, ¡hay tanto notable en los periódicos!… ¡Todo cuanto ocurre se sabe enseguida!… ¡Nada queda oculto! ¡Oh, qué feliz soy!… ¡Oh Dios mío!… ¡Pensar que sólo de las celebridades se escribe en los periódicos y que, sin embargo, éstos han hablado de mí!…

—¿Qué dices? ¿Dónde?

Papaíto se puso pálido, mamaíta alzó los ojos hasta la imagen y se santiguó, los colegiales se levantaron de un salto y, tal como estaban, vestidos

solamente con un camisón cortito, se acercaron a su hermano mayor.

—¡Sí, señores!… ¡Los periódicos han hablado de mí!… ¡Rusia entera me conoce ahora!… ¡Usted, mamaíta, guarde este número como recuerdo!… ¡Lo leeremos de cuando en cuando!… ¡Miren!

Y Mitia, sacando de su bolsillo un número de periódico y señalando con el dedo un pasaje acotado con lápiz azul, se lo tendió a su padre.

— ¡Lea!

El padre se caló los lentes.

— ¡Vamos, lea!

Mamaíta alzó los ojos a la imagen y se santiguó. Papaíto se aclaró la voz y empezó a leer.

—«El veintinueve de diciembre, a las once de la noche, Dimitri Kuldarov, escribiente colegiado…».

—¡Lo ven! ¡Lo ven!… ¡Siga!

—«… escribiente colegiado…, saliendo de la cervecería sita en la calle Malaia Brosnaia, en la casa Kosijin, y encontrándose en estado de embriaguez…».

—¡Éramos Simion Petrovich y yo!… ¡Todo se describe!… ¡Hasta los más ligeros detalles!… ¡Continúe! ¡Siga! ¡Escuchen!…

—«… encontrándose en estado de embriaguez, resbaló, yendo a caer bajo el caballo del *isvoschik* Iván Durotov, vecino de la aldea Durikina, allí detenido. El caballo, encabritado, después de pasar sobre Kuldarov, arrastrándole por encima del trineo en que se encontraba el comerciante de Moscú, de segundo grado, Stepan Lukov, voló calle abajo, teniendo que ser sujetado por los porteros. Kuldarov, hallándose en el primer momento sin sentido, fue llevado a la Comisaría del distrito, siendo allí reconocido por el médico… El golpe… recibido en la nuca…».

—¡Me dio la lanza del trineo, papaíto!… ¡Siga! ¡Siga leyendo!

—«… recibido en la nuca se considera de pronóstico leve. Ha sido levantada acta del suceso. La víctima recibió asistencia facultativa…».

—¡Me mandaron poner agua fría en la nuca!… ¿Estás leyendo?… ¿Eh?… ¡Así es como fue!… ¡Y ahora por toda Rusia ha corrido la noticia!… ¡Dadme el periódico!

Mitia cogió el periódico, lo dobló y se lo metió en el bolsillo.

—¡Corro a enseñárselo a los Makarov!… ¡Me falta todavía enseñárselo a los Ivanitzki, a Natalia Ivanovna, a Anisizn Vasilich!… ¡Me voy a escape! ¡Adiós!

Y Mitia, calándose el gorro de la escarapela, triunfante y alegre, sale corriendo a la calle.

LAS BOTAS

EL afinador de pianos Murkin, hombre de rostro afeitado y amarillo, nariz de rapé y algodones en los oídos, salió de su habitación al pasillo y gritó con voz cascada:

¡Simion! ¡Mozo!

Por su asustado aspecto podía pensarse que le había caído cascote encima o que acababa de ver un fantasma en su habitación.

—¡Simion, por Dios! —gritó de nuevo cuando vio aparecer al *mozo* de la casa de huéspedes que corría hacia él—. ¿Qué significa esto?… ¿Soy reumático, estoy delicado y me obligas a salir descalzo?… ¿Por qué no me has traído todavía las botas?

Simion entró en la habitación de Murkin, miró el sitio en que acostumbraba a dejar las botas limpias y se rascó la nuca: las botas no estaban allí.

—¿Dónde podrán estar las malditas?… Anoche las limpié y las puse ahí. ¡Hum!… ¡Hay que decir que estaba algo bebido!… ¡Puede que las llevara a otra habitación!… Justamente. Así fue, Afanasi Egorich. ¡A otra habitación!… ¡Hay tantas botas, que cómo va uno a reconocerlas estando borracho, cuando no se reconoce uno ni a sí mismo!… Se las llevaría seguramente a la señora del cuarto de al lado. A la actriz…

—¡De manera que ahora, por culpa tuya, voy a tener que ir a molestar a esa señora!… ¡Por tontería semejante voy a tener que despertar a una mujer honesta!…

Suspirando y tosiendo, Murkin se acercó a la puerta de la habitación contigua y dio en ella unos leves golpecitos.

—¿Quién es? —oyóse decir al cabo de un minuto a una voz femenina.

—Soy yo, señora —empezó a decir Murkin con voz quejumbrosa y adoptando la postura del caballero que habla con una dama del gran mundo —. ¡Perdone la molestia que la causo, señora, pero soy un hombre delicado…, reumático!… ¡Los médicos, señora, me recomiendan calor para

los pies…, y tanto más lo necesito ahora que tengo que marcharme a afinar el piano de la generala Schevelitzina! ¡No puedo ir descalzo a su casa!

—Pero ¿qué es lo que necesita usted? ¿Qué piano es ése?

—¡Ningún piano, señora!… ¡Es algo referente a las botas!… ¡El ignorante de Simion limpió mis botas y las puso por error en su habitación!… ¡Sea tan amable, señora, que me dé mis botas!

Se oyó un roce de telas saltar de la cama y el chancleteo de unas zapatillas, tras lo cual se entreabrió un poco la puerta y una llena manecita femenina arrojó a los pies de Murkin un par de botas. El afinador dio las gracias y se encaminó a su habitación.

«¡Qué raro! —pensó, calzándose las botas—. ¡Parece como si ésta no fuera del pie derecho! ¡Si son las dos del izquierdo!… ¡Oye, Simion!… ¡Éstas no son mis botas!… Mis botas son de tirantes encarnados y no tienen piezas, mientras que éstas son sin tirantes y están todas rotas…».

Simion levantó en el aire las botas, las hizo girar varias veces ante sus ojos y quedó cabizbajo.

—Son las botas de Pavel Alexandrich… —gruñó, mirando de soslayo (torcía el ojo izquierdo).

—¿Qué Pavel Alexandrich?

—El actor… Viene todos los martes. Seguramente en lugar de las suyas se puso las de usted, y yo metería en esa habitación los dos pares: los de él y los suyos… ¡Qué cosa!…

—Pues vete entonces y cámbialas.

—¡Sí, sí…! ¡Vete y cámbialas! —sonrió Simion—. ¿Dónde voy a dar con él? ¡Hace una hora que se marchó!… ¡Busca una aguja en un pajar!…

—¿Dónde vive?

—¿Quién puede saberlo?… ¡Aquí viene todos los martes, pero no sabemos dónde vive! ¡Juega, pasa la noche, y así hasta el otro martes!…

—¡Es una cochinada lo que has hecho!… Ya es hora de ir a casa de la generala Schevelitzina y tengo los pies fríos.

—¡Cambiarse de botas no lleva tanto tiempo! Póngase éstas, llévelas durante el día, y por la noche vaya al teatro… Pregunte allí por el actor Blistanov… Si no quiere usted ir al teatro, tendrá que esperarse hasta el otro martes. Sólo viene aquí los martes.

—¿Pero por qué hay dos botas del pie izquierdo? —dijo, cogiendo éstas con aprensión.

—¡Hay que ponerse lo que Dios le mande a uno!… ¡Cuando se es pobre!… ¿De dónde va a sacar un actor?… «¡Vaya botas las que lleva usted,

Pavel Alexandrich! —suelo decirle yo—. ¡Una vergüenza!». Y él me responde: «¡Calle tu boca y palidezca tu faz!… ¡Con esas botas he representado papeles de príncipes y condes!…». ¡Qué gente más rara! ¡La palabra lo dice…: «Artista…»! ¡Si yo fuera alcalde o cualquier otra autoridad, cogería a todos esos actores y a la cárcel con ellos!

Entre quejidos y muecas de desagrado, Murkin se calzó las dos botas izquierdas, y cojeando un poco se dirigió a casa de la generala Schevelitzina. Pasóse el día entero recorriendo la ciudad, afinando pianos, y el día entero le pareció que todo el mundo le miraba a los pies, veía las botas con piezas y los tacones torcidos. Además del sufrimiento moral hubo de padecerlo también físico. Se le formó un callo.

Por la noche fue al teatro. Representábase *Barba Azul*. Hasta poco antes del final del último acto y sólo gracias a la protección de un flautista conocido, no le dejaron pasar entre bastidores. Al entrar en el camerino de los caballeros, vio allí reunido a todo el personal masculino.

Unos cambiaban de traje, otros se maquillaban, otros fumaban. *Barba Azul* estaba Junto al rey Bobesch, al que mostraba una pistola.

—¡Cómprala! —decía *Barba Azul*—. Yo mismo la compré de ocasión en Kursk por ocho rublos y te la dejo en seis. Tira maravillosamente.

— ¡Cuidado, que estará cargada!

—¿Puedo ver al señor Blistanov? —preguntó el afinador, que entraba en aquel momento.

—Yo soy —dijo volviéndose *Barba Azul*—. ¿Qué desea usted?

—Perdone la molestia, señor —empezó a decir el afinador con una voz suplicante—, pero créame…, soy delicado y reumático… Los médicos me recomendaron el calor para los pies…

—Pero…, en resumidas cuentas, ¿qué desea usted?…

—Vea, señor… —prosiguió el afinador dirigiéndose a *Barba Azul*—. Es el caso que esta tarde se sirvió usted estar en la casa de huéspedes del comerciante Bujteev…, en el número sesenta y cuatro…

—¡Vamos!… ¿A qué vienen esos embustes? —sonrió el rey Bobesch—. ¡En el sesenta y cuatro está mi mujer!

—¿Su mujer? —sonrió Murkin—. Mucho gusto en saberlo. Pues entonces fue su mujer la que me entregó las botas de este señor —el afinador señaló a Blistánov—. Al ir a salir de la habitación, eché de menos mis zapatos, le pregunté al mozo de la casa de huéspedes y me dijo: «Puse sus botas, señor, en el cuarto de al lado». ¡Sin duda equivocadamente…, como estaba beodo…, dejó mis botas con las suyas en el número sesenta y cuatro!… —Murkin se

volvió hacia Blistánov—. ¡Y usted, al marcharse de la habitación de la señora de este caballero, se pondría las mías!…

—¿Qué es lo que pretende usted, vamos a ver? —dijo Blistanov frunciendo el entrecejo—. ¿Con qué chismes viene usted aquí?

—¡Nada de eso, señor! ¡Dios me libre!… ¡No me ha comprendido usted bien! ¿De qué estoy hablando?… ¡De las botas!… ¿No se sirvió usted acaso estar anoche en el número sesenta y cuatro?

—¿Cuándo?

—Anoche, señor.

—¿Me vio usted?

—¡No, señor; yo no le vi! —contestó Murkin, presa de fuerte azoramiento, sentándose y quitándose las botas—. ¡No le vi, pero la señora de este señor me arrojó sus botas en lugar de las mías!

—¿Y con qué derecho, señor mío, afirma usted una cosa semejante? ¡No hablo por mí, pero está usted ofendiendo a una dama y además en presencia de su marido!

Entre bastidores se produjo un ruido terrible. El rey Bobesch, el marido agraviado, cuyo rostro se volvió de repente de un rojo escarlata, asestó a la mesa tan fuerte puñetazo que dos actrices se desvanecieron en el camerino inmediato.

—¿Y tú le crees?… ¿Crees a este canalla? —gritaba *Barba Azul*—. ¡Oh!… ¿Quieres que le mate como a un perro?… ¿Lo quieres?… ¡Haré *bistecs* de él!… ¡Le mataré!

Todos cuantos aquella noche paseaban por el jardín público junto al teatro de verano vieron cómo antes de empezar el cuarto acto, por la alameda principal que parte del teatro, volaba un hombre descalzo, de rostro amarillo y ojos espantados. Le perseguía otro hombre vestido de *Barba Azul* que llevaba una pistola en la mano. Lo que ocurrió luego, no lo supo nadie. Sólo llegó a saberse que Murkin, a partir de su conocimiento con Blistanov, permaneció dos semanas tumbado, enfermo, y que a las palabras «¡Yo soy un hombre delicado y reumático!» añadía las de «¡Yo soy un hombre herido!…».

UN «DVORNIK» INTELIGENTE

EN pie, en el centro de la cocina, el *dvornik* Filipp moralizaba. Sus oyentes eran los lacayos, el cochero, dos doncellas, el cocinero, la cocinera y dos pinches, sus hijos. Todas las mañanas moralizaba sobre algo, siendo en aquélla el tema de su discurso *la instrucción*.

—¡Todos vosotros —decía, sosteniendo con las manos un gorro con insignia de metal— vivís cochinamente!… ¡Os pasáis el tiempo ahí sentados y no se os ve más que ignorancia!… ¡No se os ve civilización!… ¡Mischka, jugando al ajedrez! ¡Matriona, cascando nueces!… ¡Nikifor, siempre a vueltas con sus chuflas!… ¿Es eso acaso *inteligencia*?… ¡Eso no es *inteligencia*!… ¡Eso es pura tontería!… ¡Vosotros no tenéis ni una chispa de *inteligencia*…! ¿Y por qué?

—¡Desde luego, Filipp Nikandrich —observó el cocinero—, ya se sabe!… ¿Qué inteligencia va a tener uno?… ¡La del *mujik*!… ¿Qué va uno a comprender? …

—¿Y por qué os falta inteligencia?… ¡Porque no arrancáis de un verdadero *punto*!… ¡No leéis libros, y para lo tocante a lo escrito, no tenéis ningún sentido!… ¡Si al menos cogierais un librejo, os sentarais y leyerais!… ¡Seguro que sois *alfabetos* y que comprendéis lo que está impreso!… ¡Tú, por ejemplo, Mischka, si cogieras un libro y leyeras…, sería un gran provecho para ti y de mucho gusto para los demás!… ¡En los libros, sobre todo, hay una *extensión* muy grande!… ¡Allí verás que te hablan de la Naturaleza, de lo divino, de los países terrestres!… ¡De que si esto se hace de lo otro…, de las diversas gentes que hay… de los idiomas que hay!… También del paganismo… ¡Sobre todas las cosas encontrarás tema en los libros… sólo que hay que tener ganas de buscarlas!… Pero vosotros…, ¡ahí os estáis sentados junto a la estufa, sin hacer más que zampar y beber!… ¡Exactamente como las bestias!… ¡Pfú!…

—Ya es hora de que se vaya a la guardia, Nikandrich —observó la cocinera.

—¡Lo sé!… ¡No eres tú la que tiene que hacerme observaciones!… ¡Esto, por ejemplo!… ¡Digamos, yo!… ¿En qué puedo yo ocuparme a mi edad?… ¿Con qué puede uno satisfacer el alma?… ¡Para eso no hay cosa mejor que un libro o un periódico! Ahora me voy a la guardia… Me estaré tres horas junto a la puerta cochera…, pero ustedes pensarán que me voy a pasar el tiempo bostezando o charlando con las *babas*. ¡Nada de eso! ¡Yo no soy así!… Cogeré un librito y me pondré a leer muy a gusto. ¡Eso es!

Y Filipp, sacándose del gorro un libro deteriorado, lo deslizó entre sus ropas.

—¡Así es mi ocupación! Desde que era un crío me acostumbré a que «la sabiduría es luz, y la ignorancia, tinieblas…». ¿Con seguridad habéis oído eso?… ¡Así es!

Después Filipp se caló el gorro, y mascullando abandonó la cocina. Una vez fuera, con nublado semblante, tomó asiento junto al portalón.

—¡No son personas!… ¡Son unos químicos cochinos! —masculló con el pensamiento siempre en la gente de la cocina. Luego, apaciguándose, sacó un libro, lanzó un suspiro con mucha dignidad y se puso a leer.

«¡Tan bien escrito está que no cabe cosa mejor!» —pensó, moviendo la cabeza al terminar la lectura de la primera página—. ¡Cuánta sapiencia ha concedido el Señor!

El libro, de edición moscovita, era un buen libro: *El cultivo de las hortalizas. ¿Tenemos o no necesidad de la calabaza?…* Después de leídas las dos primeras hojas, el *dvornik* movió la cabeza con un gesto lleno de significación, y tosió:

—¡Todo está, muy bien dicho!

Terminada la lectura de la tercera página, Filipp quedó pensativo; sentía deseos de meditar sobre la educación y, sin saber por qué, sobre los franceses. Reclinó la cabeza en el pecho y apoyó los codos en las rodillas. Sus ojos se entornaron.

Y Filipp tuvo un sueño. Vio cómo todo había cambiado: la tierra era la misma, las casas las mismas, el portalón el mismo, y, sin embargo, la gente completamente distinta. ¡Todos eran muy sabios! No había ningún tonto, y por las calles andaban franceses y más franceses. Hasta el propio aguador reflexionaba de este modo: «He de confesar que no me siento nada satisfecho del clima. Voy a consultar el termómetro». Mientras esto decía, sostenía un grueso libro entre las manos.

«Lo que tienes que hacer es leer el calendario —le contestaba Filipp».

La cocinera, aunque necia, también se mezclaba en las conversaciones inteligentes y se permitía observaciones. Filipp se dirigió a la Comisaría a hacer la inscripción de los inquilinos, y por extraño que parezca, incluso en este severo lugar sólo se hablaba de temas *inteligentes*. Por todas partes, por encima de las mesas, se veían libros… He aquí sin embargo, que alguien se acercaba al lacayo Mischa y, dándole un empellón, le gritaba:

—¿Te has dormido?… ¿Te pregunto si te has dormido?

—¡Te duermes estando de guardia, estúpido! —oye decir Filipp a una voz tronante—. ¿Duermes, canalla?… ¿Bestia?

Filipp se levanta de un salto y se restriega los ojos. Ante él se encuentra el ayudante del jefe de Policía del distrito.

—¡Hum!… ¿Conque estabas dormido?… ¡Buena multa voy ponerte, bestia! ¡Ya te enseñaré yo a dormirte mientras estás de guardia!

Dos horas después, el *dvornik* es reclamado en la Comisaría. Luego vuelve a la cocina. Todos aquí, impresionados por sus sermones, hallábanse sentados alrededor de la mesa, escuchando a Mischa deletrear algo.

Filipp, con el rostro nublado, rojo, se acercó a Mischa, y dando con la manopla de su guante un golpe sobre el libro, dijo sombríamente:

—¡Déjate de todo eso!

EN LA BARBERÍA

Es por la mañana. Todavía no han dado las siete y la barbería de Makar Kusmich Bliostkin está ya abierta. El dueño, joven de unos veintitrés años, sin lavarse, desaseado, aunque vestido con pretensiones de petimetre, se ocupa de su arreglo. Nada hay en realidad que arreglar, pero él termina sudoroso de aquel trabajo. Aquí frota con un trapito, allí arranca con el dedo, allá ve una chinche y la desprende de la pared de un manotazo… La barbería es pequeña, estrecha, miserable. El papel que recubre las paredes recuerda a la blusa descolorida de un cochero. Entre dos empañados y lagrimeantes cristales hay una delgada, rechinante y escuálida puertecita; sobre ella, una campanilla que la humedad ha tornado verdosa y que se estremece y suena enfermizamente, por sí sola, sin que nadie la agite. Si se contempla usted en el espejo que cuelga de una de las paredes, verá cómo su fisonomía se tuerce implacablemente hacia todos lados. Ante este espejo se corta uno el pelo y se afeita. Encima de la mesita (tan poco lavada y tan deslustrada como el propio Makar Kusmich) hay de todo: peines, tijeras, navajas de afeitar, un fijador que vale una *kopek*, polvos que valen una *kopek*, agua de colonia fuertemente aguada que vale una *kopek*… En resumidas cuentas: que la barbería entera no rebasa el valor de quince *kopekas*.

En lo alto de la puerta resuena el chillido de la campanilla enferma, y en la barbería entra un hombre de edad, vestido de un *poluschubok*[89] y calzado con unos *valenkii*[90]. Su cabeza y su cuello aparecen envueltos en un chal femenino.

Es Erast Ivanich Iagodov, padrino de Makar Kusmich. En tiempos pasados prestaba servicio como guardián en el Conservatorio. Ahora vive junto a la calle Krasnii Prud y se ocupa en trabajos de carpintería.

—¡Buenos días, Makaruschka…, lucero mío! —dice a Makar Kusmich, entregado afanosamente al arreglo de la barbería.

Se abrazan. Iagodov se quita el chal de la cabeza, se santigua y se sienta.

—¡Menuda distancia! —dice, arrellanándose en el asiento—. ¡Vaya con la broma!… ¡Hay que ver lo que hay desde Krasnii Prud hasta Kalujskie

Vorota!…

—¿Qué tal está usted?

— ¡Mal, hermano! ¡He tenido unas fiebres muy altas!

—¿Qué dice?… ¿Fiebres muy altas?

—¡Fiebres muy altas!… ¡Estuve sacramentado y me pasé un mes en la cama creyendo que me moría!… Ahora se me cae el pelo… El médico me manda que me lo corte; dice que así echaré otro más fuerte… ¡Y mi cabeza se echó esta cuenta!… «Vete a casa de Makar…». ¡Uno tiene que ir al que es de uno antes que a otro cualquiera!… ¡Lo hará mejor y no me llevará nada!… ¡Verdad que está un poco lejos…, pero qué le vamos a hacer!… ¡También le sirve a uno de paseo!

—¡Yo, claro…, con mucho gusto!… Haga el favor…

Y Makar Kusmich, chocando los talones, le señala la silla: Iagodov se mira al espejo y se siente al parecer satisfecho del espectáculo: el espejo le muestra una cara torcida, con labios de calmuco, nariz ancha y roma y ojos en la frente. Makar Kusmich cubre los hombros de su cliente con una sábana blanca, llena de manchas amarillas, y empieza a hacer chillar las tijeras.

—Se lo cortaré muy limpio…, ¡al rape! —dice.

—¡Sí, sí!… Que parezca un tártaro… o una bomba… Así me crecerá más espeso.

—¿Cómo se encuentra la tía?

—Bien… ¡Viviendo!… El otro día estuvo a recoger al chico de la mujer del mayor. La dieron un rublo.

—¿Ah, sí?… ¿Un rublo?… Sosténgase la oreja.

—Ya me la sostengo. Tú procura no cortarme. ¡Eh!… ¡Que me haces daño!… ¡Que me tiras del pelo!

—No es nada. En nuestro oficio hay que pasar por eso. ¿Y qué tal Anna Erastovna?

—¿La hija?… Bien; allí está… El miércoles de la semana pasada se la hemos prometido a Scheikin. ¿Por qué no viniste tú?

Las tijeras cesan de chillar. Makar Kusmich deja caer las manos y pregunta asustado:

—¿Habéis prometido a quién?

—A Anna.

—¿Y eso, cómo? ¿A quién?

—A Scheikin Prokofii Petrovich. Su tía está de ama de llaves en el callejón Slatoustenkii. ¡Buena mujer!… ¡A Dios gracias, y como es natural,

todos estamos muy contentos! La boda será dentro de una semana. Ven a la fiesta.

—Pero…, ¿cómo puede ser, Erast Ivanich? —dice Makar Kumisch, pálido, asombrado y encogiéndose de hombros—. ¿Cómo es posible esto? ¡Esto…, esto… es completamente imposible!… Anna Erastovna… y yo… Quiero decir que mis sentimientos para ella… Yo tenía intención… ¿Cómo va a poder ser?…

—¡Pues siendo!… ¡La cogimos y la prometimos! ¡Es un hombre muy cabal!

Del rostro de Makar Kusmich brota un sudor frío; deja caer las tijeras sobre la mesa y empieza a restregarse la nariz con el puño.

—¡Yo tenía intención!… ¡Esto es imposible, Erast Ivanich!… ¡Yo… estoy enamorado!… ¡Le ofrecí mi corazón!… ¡También la tía me prometió!… ¡Siempre le he estimado como a mi padre!… ¡No le cobro nada por cortarle el pelo!… ¡Usted siempre ha recibido favores por lo que está de mi parte!… ¡Cuando papaíto falleció, usted se llevó el sofá y diez rublos en dinero, y no me los ha devuelto!… ¿Se acuerda?

—¿Cómo que si me acuerdo?… ¡Me acuerdo!… ¡Pero esa es otra cuestión! ¿Qué vales tú para novio, Makar?… ¿Acaso vales tú para novio?… ¡Ni dinero, ni categoría!… ¡Un oficio mísero!…

—Pues ¿y Scheikin?… ¿Es rico Scheikin?

—¡Scheikin está trabajando de cobrador!… ¡Tiene puestos de fianza mil quinientos rublos!… ¡Así es, hermano!… Habla lo que quieras, pero el asunto está ya arreglado. ¡No puede uno volverse atrás, Makaruschka! ¡Búscate otra novia!… ¡Ni que fuera la única en el mundo!… Bueno; sigue cortándome… ¿Por qué te paras?

Makar Kumisch, inmóvil, guarda silencio. Después saca un pañuelo de su bolsillo y empieza a llorar.

—Pero ¿por qué llorar, vamos a ver?… —le consuela Erast Ivanich—. ¡Vamos…, déjate!… ¡Mira que tú llorando como una *baba*!… Acaba primero con mi cabeza y luego lloras. ¡Coge las tijeras!

Makar Kusmich coge las tijeras, las contempla un minuto inconscientemente y las deja caer sobre la mesa. Sus manos tiemblan.

—¡No puedo! —dice—. ¡Ahora no puedo! ¡No tengo fuerzas!… ¡Soy un desgraciado! ¡Y ella también es una desgraciada!… ¡Nos queríamos!… ¡Nos prometimos…, y la gente mala nos separa sin piedad alguna!… ¡Márchese, Erat Ivanich!…

—Entonces…, mañana volveré, Makaruschka. Mañana terminarás de cortarme el pelo.

—¡Bueno!…

—Tú tranquilízate, y yo mañana vendré más temprano.

Erast Ivanich, con su media cabeza pelada al rape, parece un presidiario. ¡Es violento llevarse de esta guisa la cabeza, pero… qué se le va a hacer!…

Se la tapa, como el cuello, con el chal y sale de la barbería. Una vez solo, Makar Kusmich se sienta y continúa llorando despacito. Al día siguiente por la mañana vuelve Erast Ivanich.

—¿Qué desea usted? —pregunta fríamente Makar Kusmich.

—Que acabes de cortarme el pelo, Makaruschka. ¡Tengo media cabeza sin pelar!

—Pague por adelantado, haga el favor. No corto de balde.

Erast Ivanich se marcha sin pronunciar palabra. Todavía ahora en la mitad de su cabeza lleva el pelo largo y en la otra corto… ¡Pagar por cortarse el pelo es considerado por él como un lujo!… Y espera que en la mitad rapada le crezca por sí solo. Y así se presentó ante las gentes durante la fiesta de la boda.

LENGUA IMPRUDENTE

La joven damita Natalia Mijailovna, llegada aquella mañana de Yalta, charlando sin parar como una cotorra, refería durante la comida a su marido los encantos de Crimea. El marido, contento, contemplaba conmovido su rostro lleno de entusiasmo y hacía de cuando en cuando una pregunta…

—Sin embargo…, ¿no dicen que la vida allí es extraordinariamente cara? —preguntó entre otras cosas.

—¿Cómo decirte?… ¡A mi parecer, papaíto…, se exagera eso de la carestía! ¡No es tan fiero el león como lo pintan!… Por ejemplo, Iulia Petrovna y yo tuvimos un alojamiento muy cómodo y confortable por veinte rublos diarios… ¡Todo, amigo mío, depende de saber vivir!… ¡Claro que sí!… Si, por ejemplo, quieres ir a las montañas…, a Ai Petri…, y te alquilas un caballo y un guía… entonces…, ¡claro está!…, es caro…; ¡terriblemente caro! ¡Pero qué montañas aquellas, Vasichka! ¡Qué montañas aquéllas!… ¡Figúratelas!… ¡Figúrate unas montañas altas…, muy altas…, muy altas! ¡Mil veces más altas que la iglesia!… Arriba, niebla, niebla, niebla… Abajo, enormes piedras, piedras, piedras… ¡Ah! ¡No puedo ni recordarlo siquiera!

—A propósito… Mientras estaba yo aquí solo, sin ti, leí algo en los periódicos acerca de esos guías tártaros… ¡Valiente mamarrachada!… ¿Y qué?… ¿Son en efecto tan especiales?…

Natalia Mijailovna hizo un gesto despreciativo y movió la cabeza.

—¡Son tártaros de lo más corriente!… ¡No tienen nada de extraordinario! —dijo—. ¡Claro que, en realidad, yo sólo los he visto de paso! Me los señalaron, pero no puse atención. ¡Siempre he tenido una predisposición, papaíto, hacia todos esos circasianos, griegos y moros!

—Dicen que son unos terribles Don Juanes.

—Puede que lo sean…, y, además, las hay tan bribonas, que…

De repente, Natalia Mijailovna, como si se acordara de algo terrible, se levantó de un salto. Tras contemplar a su marido por espacio de medio minuto con ojos asustados, dijo alargando las palabras:

— ¡Vasichka!… ¡Fíjate en lo inmorales que son algunas!… ¡Qué inmorales, Dios mío!… Y ¿sabes?…, no esas sencillas y de la clase media, sino las aristócratas, las del buen tono… ¡Mientras viva me acordaré!… ¿Cómo puede una llegar a olvidarse?… ¡Ah! ¡Vasichka!… ¡No quiero hablar siquiera! Mi compañera de viaje, por ejemplo…, Iulia Petrovna… ¡Un marido tan bueno!… ¡Dos niños!… ¡De la buena sociedad!… ¡Se las echa de santa, y cuando menos lo piensas!… ¡Claro, papaíto, que esto es *entre nous*!… ¿Me das tu palabra de honor de que no se lo dirás a nadie?

—¡Qué cosas se te ocurren! ¡Naturalmente que no lo diré!

—¿Palabra de honor?… Mira, te creo…

La damita dejó el tenedor, e imprimiendo a su rostro una expresión misteriosa, bisbiseó:

—Fíjate en esto… Un día se va Iulia Petrovna a las montañas. El día era magnífico; ella iba delante con su guía… un poco más atrás, yo. Llevábamos hechas unas cinco *verstas*, cuando, de repente…, fíjate, Vasichka, Iulia lanza un grito y se lleva la mano al corazón. Su tártaro, para impedir que se cayera del caballo, la coge por el talle. Mi guía y yo nos acercamos a ellos… «¿Qué pasa?… ¿De qué se trata?…». «¡Ay! —grita—. ¡Me muero! ¡Me siento mal! ¡No puedo seguir!…». Imagínate mi susto. «Volvamos entonces», digo yo. «¡No! —dice Natalia—. ¡No puedo volver! ¡Con un solo paso que diera me morirla de dolor!… ¡Siento espasmos!». Y nos suplica, nos pide a mí y a mi Suleiman que volvamos nosotros a la ciudad para buscarle unas gotas que la aliviaran.

—Espera… No acabo de comprender bien… —masculla el marido, rascándose la frente—. Decías antes que sólo de lejos velas a esos tártaros, y ahora me hablas de cierto Suleiman.

—¡Vaya!… ¡Ya estás otra vez agarrándote a las palabras! —dijo la damita con una mueca de desagrado y sin azorarse lo más leve—. ¡No puedo soportar las sospechas! ¡No las puedo soportar!… ¡Es tonto y tonto!…

—No me agarro a las palabras, pero ¿por qué decir una mentira? ¿Que te has paseado con los tártaros?… ¡Pues bueno!… ¡Allá tú!… Pero ¿para qué andar con rodeos?

—¡Aj, qué especial eres! —se indignó la damita—. ¡Ya tienes celos de Suleiman! ¡Quisiera yo verte a ti en las montañas sin guía!… ¡Quisiera verte!… ¿No comprendes que tú no conoces la vida de allí?… ¡Mejor es entonces que te calles!… ¡Allí sin guía no se puede dar un paso!

—¡Lo creo!

—¡Por favor, suprime esas necias sonrisas!… ¡Yo no soy para ti una Iulia cualquiera!… ¡No es que la disculpe, pero yo…! ¡Bah! ¡No pretendo pasar por santa, pero todavía no he llegado a olvidarme hasta ese grado!… ¡Conmigo Suleiman no iba más allá de los límites!… ¡En absoluto!… Mametkul se pasaba todo el tiempo con Iulia, pero yo, en cuanto daban las once, en seguida decía: «¡Fuera, Suleiman! ¡Váyase!», y el tonto de mi tartarito se marchaba. Le tenía metido en un puño, papaíto… Cuando gruñía a propósito del dinero, empezaba yo: «¿Cómo?… ¿Qué?…», y del miedo que le entraba se le caía el alma a los talones… ¡Ja, ja, ja!… Tenía unos ojos…, fíjate, Vasichka…, negros como el carbón, y un morrito tártaro tan tonto y tan divertido… ¡Le tenía metido en un puño!… ¡Así!…

—Me lo imagino —mugió el cónyuge haciendo bolitas de pan.

—¡Vasichka! ¡Es tonto por tu parte!… ¡Sé cuáles son tus pensamientos!… ¡Lo que estás pensando! Pero yo te aseguro que en los paseos no iba nunca más allá de los límites. Cuando Íbamos, por ejemplo, a las montañas o a la cascada de U ’Chan-Su, yo le decía siempre: «¡Suleiman! ¡Tú detrás!». Y el pobrecillo iba siempre detrás… Hasta en los…, en los momentos más patéticos solía decirle: «¡De todas maneras, no debes olvidar que no eres más que un tártaro, mientras que yo soy la esposa de un consejero civil!…». ¡Ja, ja, ja!

La damita se echó a reír; luego, volviendo la cabeza y poniendo cara de susto, dijo en voz baja:

—¡Pero Iulia…! ¡Ay, esa Iulia!… Yo comprendo, Vasichka…, que ¿por qué no juguetear un poco?… ¿Por qué no descansar algo del vacío de la vida de sociedad?… ¡Todo puede hacerse!… ¡Sé traviesa, por favor!… ¡Nadie te lo va a censurar!… Pero ¿tomarlo en serio?…, ¿hacer escenas?… ¡No!… ¡Lo quieras o no lo quieras, eso ya no lo comprendo!… ¡Figúrate que estaba celosa!… ¿No es necio?… Un día, Mametkul, su preferido, viene a verla… No estaba en casa, y yo entonces le hice pasar a la mía… Se empezó a hablar de que si el uno y de que si el otro… Son muy graciosos, ¿sabes?… Y la velada se pasó sin pensar… De repente, entra disparada Iulia, la emprende conmigo y con Mametkul, nos hace una escena… ¡Pfú!… ¡No! ¡Eso no lo comprendo, Vasichka!…

Vasichka carraspeó, frunció el entrecejo y empezó a pasear por la habitación.

—¡No está mal la vida que os habéis llevado por ahí! —gruñó con una sonrisa asqueada.

—¡Pues no eres poco tonto! —se ofendió Natalia Mijailovna—. ¡Sé lo que estás pensando!… ¡Que siempre hayas de tener esos pensamientos tan feos!… ¡No volveré nunca a contarte nada! ¡Nunca!

Y la damita, con un mohín disgustado, se calló.

EN EL CEMENTERIO

¿Adónde se fueron sus equívocos y sutilezas,
sus litigios, sus interpretaciones, sus embrollos?…

Shakespeare: Hamlet.

¡SEÑORES, se ha levantado viento y empieza a oscurecer! ¿No sería mejor que nos marcháramos a tiempo?…

Por entre las hojas amarillas de los viejos abedules paseó el viento, y sobre nosotros cayó un chaparrón de gruesas gotas. Al resbalar alguien en la tierra arcillosa y al asirse, para no caer, a una gran cruz, leyó sobre ésta lo siguiente:

«El caballero y consejero titular Egor Griasnorukov…[91], etc…».

—Conocí a este señor —dijo—. Fue un hombre que amó a su mujer…, que tenía la Stanislav…[92]. No leía nunca nada… Su estómago funcionaba regularmente… ¡Qué buena vida la suya! ¡No tenía por qué haberse muerto! Pero…, ¡ay!… ¡El Destino le acechaba! ¡Le perdió su afán de observar!… ¡Estaba escuchando un día detrás de una puerta y le pegaron con ella tan fuerte golpetazo que sufrió una conmoción en la sesera (hay que decir que tenía sesos) y se murió!… Bajo este otro monumento yace otro hombre que desde que estaba en pañales aborrecía los versos y los epigramas… ¡Ahora su monumento, como por burla, está todo lleno de versos!… Pero… Alguien viene.

Un hombre de rostro afeitado, tez a la vez rojiza y azulada y cubierto con un raído abrigo se acercaba a nosotros. Debajo del brazo llevaba una botella de vodka y por un bolsillo del pantalón le asomaba un pequeño envoltorio que contenía una salchicha.

Mientras le conducíamos a la tumba del actor Muschkin, fallecido dos años antes le preguntamos:

—¿Es usted, por casualidad, funcionario?

—No. Soy actor. ¡Claro que hoy en día es difícil distinguir a un actor de un funcionario consistorial!… Seguramente lo han observado. Es algo característico, aunque para el funcionario no suponga ningún elogio…

Por fin dimos con la tumba del actor Muschkin. Presentaba ésta un aspecto lamentable. Hierbas silvestres la cubrían y había perdido hasta la forma de tumba. Su pequeña y pobre cruz, torcida y cubierta de musgo, parecía contemplarnos con la triste mirada de un viejo o un enfermo.

«Al… olvidable amigo Muschkin», leímos.

El tiempo había borrado la partícula «in», corrigiendo de este modo la mentira humana.

—¡Actores y periodistas hicieron una colecta para este monumento, y después los palomitos se la bebieron!… —suspiró el actor, haciendo un saludo hasta el suelo. Sus rodillas y su gorro tocaron la tierra mojada.

—¿Cómo que se la bebieron?

—¡Muy sencillo!… ¡Hicieron una colecta, la reseñaron en los periódicos y se bebieron su producto!… ¡No lo digo por censurarles!… ¡Lo digo, así porque sí! ¡Por hablar!… ¡Que les aproveche! ¡A la salud, angelitos!… ¡La salud para ellos, y para él, el recuerdo eterno!

—¡Beber no da ciertamente la salud!… ¡Y en cuanto a eso del recuerdo eterno…! ¡Qué tristeza!… ¡Que Dios nos conceda el recuerdo temporal, que el eterno…!

—Habla usted con razón… Muschkin era sumamente popular… ¡Detrás de su féretro llevaba unas diez coronas y, sin embargo, ya le han olvidado!… ¡Los que le quisieron le olvidaron y ya sólo le recuerdan aquellos a los que causó algún daño!… ¡Yo, por ejemplo, en la vida le olvidaré, pues nunca vi más que mal en él!… ¡No quise al difunto!

—¿Qué daño le hizo?

—¡Un grave daño! —suspiró el actor sobre cuyo rostro, con el recuerdo de la ofensa, se extendía una expresión de amargura—, ¡Considero que era un bandido y un malvado!… ¡Que en paz descanse!… ¡Escuchándole y contemplándole me hice actor!… ¡Su arte me atrajo fuera de la casa paterna! ¡Fue mi tentación, despertando en mí la vanidad artística! ¡Me prometió mucho y sólo me dio lágrimas y pesares!… ¡Cuán amargo es el destino del actor!… ¡Perdí la juventud, la sobriedad y la hechura de criatura de Dios!… ¡Ahora voy por el mundo sin un *grosch*[93], con un tablero de ajedrez y flecos en los pantalones y la cara como mordida por los perros!… ¡En la cabeza llevo el libre pensamiento y la insensatez!… ¡Aquel mi malhechor me quitó la fe!… ¡Y si siquiera hubiera tenido talento!… ¡Pero me perdí, así porque sí!…

¡Por nada!… ¡Hace frío, respetables señores!… ¿Gustan ustedes?… ¡Para todos habrá!… Brrrrrr… ¡Beberemos a su descanso eterno!… ¡Aunque no le quiera y aunque se haya muerto, no tengo a nadie más que a él en el mundo!… ¡Estoy solo como un hongo!… Hoy vengo a verle por última vez… Los médicos me han anunciado ya que, a causa de mis borracheras, he de morirme pronto y vengo a despedirme de él… ¡Hay que perdonar a los enemigos!…

Dejamos al actor conversando con Muschkin, el muerto, y proseguimos nuestro camino. Empezaba a caer una fría llovizna.

Al torcer por la alameda principal, cubierta de grava, tropezamos con un cortejo funerario. Cuatro mozos de las pompas fúnebres, con blancos cinturones de percal y sucias botas, a las que se adherían las hojas, conducían un ataúd color marrón. Como empezaba a oscurecer, entre tropezones y balanceos aceleraron la marcha…

— ¡Sólo dos horas llevamos dando vueltas por aquí y ya hemos visto pasar el tercero!… ¿Nos vamos a casa, señores?…

EL ZAPATERO Y LA FUERZA MALIGNA

ERA la víspera de Navidad. Maria hacía tiempo que roncaba en la yacija, sobre la estufa. En la lamparita habíase ya consumido todo el petróleo y Fedor Nilov continuaba sentado ante su trabajo. Lo hubiera dejado hace mucho tiempo y se hubiera marchado a la calle, pero el cliente del callejón, Kolokolnii, que dos semanas antes le encargara unas palas, había venido la víspera y poniéndose muy enfadado le había dado orden de que terminara ¡sin falta! las botas antes del oficio matutino.

—¡Qué vida de presidiario! —gruñía, mientras trabajaba, Fedor—. ¡Hace tiempo que unos están durmiendo, otros paseándose, y tú, en cambio, como un Caín, tienes que estarte aquí sentado, cosiendo sabe el diablo para quién!…

Con el fin de no quedarse involuntariamente dormido, a cada momento sacaba de debajo de la mesa una botella, bebía directamente de ella y al final de cada trago decía en alta voz moviendo la cabeza:

—¿Por qué…, díganme, por favor…, han de estar los clientes paseándose y yo mientras tanto obligado a coser para ellos?… ¿Por qué han de tener ellos dinero y yo ser un mendigo?…

Aborrecía a todos sus clientes, y en particular al que vivía en el callejón Kolokolnii. Era éste un señor de aspecto sombrío, pelo largo, rostro amarillo, grandes lentes de cristales azules y voz ronca. Tenía tal apellido alemán que era imposible pronunciarlo. Resultaba imposible, igualmente, comprender cuál era su categoría y en qué se ocupaba. Cuando dos semanas antes, con objeto de tomarle la medida, fue a su casa…, Fedor encontró al cliente sentado en el suelo y machacando algo en un mortero. Apenas Fedor había tenido tiempo para saludarle, cuando el contenido del mortero, inflamándose, se encendió en una viva llama azul. Olió a cera y a pluma quemada y por la habitación se esparció un humo espeso y rosado que hizo estornudar a Fedor unas cinco veces y pensar después mientras regresaba a su casa:

«¡Nadie que tenga temor de Dios se ocupa en asuntos así!…».

Cuando ya no quedaba nada en la botella, Fedor dejó las botas sobre la mesa y quedó meditabundo. Apoyando la cabeza pesada sobre el puño, se puso a pensar en su pobreza, en su vida miserable, sin luz ni billetes de cientos. Luego empezó a pensar en los ricos, en sus grandes casas, en sus berlinas y billetes de cientos… ¡Qué bueno sería que a estos ricachones se les agrietaran las casas, murieran sus caballos y perdieran el color sus pellizas y sus gorros de zibelina!… ¡Qué bueno sería que aquellos ricachones se convirtieran de repente en mendigos, sin nada que comer…, que el pobre zapatero fuera el ricachón… y que brabuconeara con un zapatero pobretón la víspera de Navidad!…

En medio de este sueño, Fedor recordó de pronto su trabajo y abrió los ojos.

—¡En qué estoy pensando! —dijo mientras miraba detenidamente las botas—. ¡Hace tiempo que terminé de poner las palas y aquí sigo sentado!… ¡Ahora hay que llevárselas al cliente!

Envolvió su trabajo con un pañuelo rojo, se vistió y salió a la calle. Caía la nieve en copitos menudos y duros que punzaban la cara como agujas, hacía frío, la noche era oscura, el suelo estaba resbaladizo, los faroles de gas ardían con una luz opaca y en la calle, sin que se supiera por qué, olía tan fuertemente a petróleo, que Fedor empezó a carraspear y a toser. Calle arriba y calle abajo, pasaban los ricachones en sus carruajes y cada uno de estos ricachones llevaba en las manos un jamón y una botella de vodka. Ricas señoritas miraban desde sus berlinas y trineos a Fedor y sacándole la lengua le gritaban entre risas:

—¡Mendigo! ¡Mendigo!…

En pos de Fedor marchaban estudiantes, oficiales, comerciantes y generales, diciéndole en tono de burla:

—¡Borracho! ¡Borracho!… ¡Zapatero sin Dios! ¡Alma de cántaro!… ¡Mendigo!

Todo esto ofendía a Fedor, aunque desentendiéndose, guardaba silencio. Pero cuando al tropezar con Kuszna Lebiodkin, un maestro zapatero de Varsovia, éste le dijo:

—Me he casado con una mujer rica, tengo oficiales que me hacen el trabajo, y tú no eres más que un mendigo que no tiene qué comer…

No pudiendo contenerse por más tiempo echó a correr tras él. Corriendo, corriendo, llegó a encontrarse en el callejón Kolokolnii. Su cliente habitaba el último piso de la cuarta casa a partir de la esquina. Para alcanzar este piso había que atravesar un largo y oscuro patio y subir después por una escalera

muy alta y resbaladiza que se tambaleaba bajo los pies. Al entrar Fedor, el cliente estaba sentado, igual que dos semanas antes, en el suelo y machacaba algo en un mortero.

—Ilustrísima…, le traigo las botas —dijo Fedor sombríamente.

El cliente se levantó y en silencio empezó a probarse las botas. Con ánimo de ayudarle. Fedor hincó en tierra una rodilla y le quitó la bota usada. En el acto, sin embargo, se levantó de un salto y presa de espanto retrocedió hacia la puerta. El cliente tenía por pie una pezuña de caballo.

«¡Vaya!… —pensó Fedor—. ¡Qué asunto más extraño!».

Lo primero que tenía que haber hecho era santiguarse, luego tirarlo todo y después echarse a correr escaleras abajo. No obstante, dióse en seguida cuenta de que había tropezado con la fuerza maligna por primera y quizá última vez en su vida, y pensó que no aprovecharse de sus servicios sería tonto. Haciéndose violencia a sí mismo, decidió probar fortuna. Echándose las manos a la espalda para no santiguarse, tosió respetuosamente y empezó:

—Dicen que en el mundo no hay nada peor ni más repugnante que la fuerza maligna, pero yo creo, ilustrísima, que la fuerza maligna es muy instruida. El diablo, con perdón de usted, tendrá pezuñas y rabo, pero también tiene en la cabeza más inteligencia que cualquier estudiante.

—¡Me agradas con esas palabras! —dijo halagado el cliente—. Gracias, zapatero. ¿Qué quieres?

Sin perder momento, el zapatero empezó a quejarse de su suerte; a decir que desde su infancia había sentido envidia de los ricos. Siempre le había dolido que no todo el mundo viviese de la misma manera; en grandes casas y siendo dueños de bonitos caballos. «¿Por qué era él pobre?… —se preguntaba—. ¿En qué era él peor que el Kusma Lebiodkin, de Varsovia, que tenía casa propia y cuya esposa usaba sombrero? ¡Tenía la misma nariz, las mismas manos, los mismos pies, la misma cabeza y espalda que los ricachones!… ¿Por qué entonces estaba obligado a trabajar mientras los demás se paseaban?… ¿Por qué estaba casado con Maria en lugar de una perfumada dama?…». Frecuentemente, en las casas de los clientes ricos, solía encontrar lindas señoritas, pero éstas no le prestaban la menor atención y únicamente a veces se reían y cuchicheaban entre ellas: «¡Qué nariz más colorada tiene ese zapatero!…». ¡Verdad que Maria era una *baba* muy buena y trabajadora…, pero no estaba instruida, y como tenía la mano muy pesada, cuando pegaba hacía daño!… ¡También cuando a uno se le ocurría hablar delante de ella de política o de cualquier tema intelectual, se mezclaba en la conversación y no decía más que tonterías terribles!

—¿Qué quieres entonces? —le interrumpió el cliente.

—Pues…, pido a su ilustrísima, *Chort*[94] Ivanich, que me haga la merced de volverme rico.

—Bien… ¡Sólo que para eso tienes que entregarme tu alma!… Antes de que el gallo empiece a cantar tienes que venir y firmarme en este papel que me entregas tu alma.

—Ilustrísima —dijo cortésmente Fedor—. ¡Cuando usted me encargaba que le pusiera unas palas, yo no le pedía el dinero por adelantado!… ¡Primeramente hay que ejecutar el encargo, luego exigir el pago!

—Bueno… —accedió el cliente.

En el mortero se encendió repentinamente una viva llama de la que se desprendió un humo espeso y rosado, y empezó a apestar a pluma quemada y a azufre. Cuando se disipó el humo, Fedor se frotó los ojos viendo entonces que ya no era Fedor ni zapatero sino otro hombre distinto, que vestido con unos pantalones nuevos y un chaleco del que colgaba una cadena, estaba sentado ante una gran mesa. Dos camareros le servían profusión de manjares y saludándole profundamente le decían:

—¡Tenga la bondad de comer, señoría!

¡Qué riqueza aquélla!… Los camareros le presentaron un gran trozo de cordero asado y una ensaladera llena de pepinos; luego le trajeron, en una sartén, un ganso asado, y al poco tiempo cerdo cocido sazonado con raíz fuerte.

¡Todo con unas *finuras* y unas etiquetas!… Fedor comía, y antes de cada plato se bebía un gran vaso de magnífica vodka como cualquier general o cualquier conde. Después del cerdo, le fue servido *kascha* con grasa de ganso, tortilla con tocino e hígado frito. Él, admirado, comía de todo. Pero ¿qué era esto que además le traían?… Le traían *pirog* y calabaza asada con *kvas*… Y, ¿cómo era posible —pensó— que los señores no estallaran comiendo así? Para final le sirvieron un tarro de miel. Después de la comida apareció el diablo de los lentes azules que, haciéndole un profundo saludo, le preguntó:

—¿Estáis satisfecho de la comida, Fedor Panteeleich?

Pero Fedor no pudo pronunciar palabra; tan lleno le había dejado ésta. Aquella hartura era desagradable y molesta, y para distraerse se puso a mirar con atención la bota que llevaba puesta en el pie izquierdo.

—¡Por unas botas como éstas no cobraba yo menos de siete rublos cincuenta *kopekas*!… ¿Qué zapatero las ha hecho?

—Kusma Lebiodkin —le contestó el camarero.

—Haz venir aquí a ese mamarracho.

Kusma Lebiodkin, de Varsovia, no tardó en aparecer. Deteniéndose junto a la puerta en actitud respetuosa, preguntó:

—¿Qué manda su ilustrísima?

— ¡Tú a callar! —gritó Fedor dando una patada en el suelo—. ¿Cómo te atreves a hablar?… ¡Acuérdate de tu condición de zapatero y de la clase de hombre que eres! ¡Estúpido! ¡No sabes hacer zapatos! ¡He de pegarte en esa cara de torta! ¿A qué vienes aquí?

—A buscar mi dinero, señor.

—¿Qué dinero? ¡Fuera! ¡Vuelve el sábado! ¡Criado…, dale en el cogote!

Pero recordando en seguida que los clientes solían hacer esto mismo con él, sintió una pesadez en el alma, y para distraerse sacó de su bolsillo una gruesa cartera y se puso a contar su dinero. Había mucho en ella, pero a Fedor no le bastaba. El diablo de los lentes azules le trajo otra cartera aún más gruesa, pero él quería más todavía y cuanto más contaba su dinero más descontento se sentía.

Al anochecer, el maligno espíritu le llevó una alta y opulenta señora vestida de rojo y le dijo que aquélla era su nueva esposa. Pasó el tiempo hasta el mismo anochecer besándose con ella y comiendo *prianiki*[95]. Por la noche, acostado en un colchón de plumón mullido, se revolvía de un lado para otro sin poder conciliar el sueño. Sentía temor.

—¡Hay aquí mucho dinero! —decía a su mujer—. ¡A lo mejor entran ladrones!… ¡Si fueras con una vela y miraras!

No pudo dormir en toda la noche. A cada momento se levantaba para ver si el baúl estaba intacto. Al amanecer, había que ir a la iglesia para asistir al oficio matutino. En la iglesia el honor es igual para los pobres que para los ricos. Cuando Fedor era pobre oraba en la iglesia de este modo:

«¡Señor!… ¡Perdóname…, pecador de mí!…». Y ahora que se había hecho rico tenía que decir lo mismo. ¿Cuál era entonces la diferencia?… ¡Después de la muerte, no enterrarían a Fedor, el rico, en oro ni en diamantes, sino bajo la misma tierra negra que el último indigente! ¡Ardería Fedor en la misma llama en que ardieran los zapateros!… Todo esto le dolía, y por añadidura su cuerpo sentía la pesadez de la sobremesa, y en lugar de oraciones le venían a la cabeza diversos pensamientos referentes al baúl del dinero, a los ladrones y a su alma vendida y perdida. Salió de la iglesia de mal humor, y para ahuyentar los malos pensamientos hizo lo que solía hacer antes: entonar a toda voz una canción. Sin embarro, no había hecho más que empezarla, cuando un guardia, acercándose a todo correr, le dijo, cuadrándose militarmente:

—¡Señor!… ¡Los caballeros no pueden cantar en la calle!… ¡No es usted ningún zapatero!

Fedor se apoyó en una valla y se puso a buscar con el pensamiento la manera de entretenerse.

—¡Señor! ¡No te apoyes muy fuerte en la valla…, no te vayas a manchar la pelliza! —le dijo el guardia.

Fedor entró en una tienda, se compró él mejor acordeón y se fue tocando por la calle. Todos los transeúntes, riéndose, le señalaban con el dedo.

—¡Vaya un señor! —se mofaban los cocheros—. ¡Parece enteramente un zapatero!…

—¿Es que los caballeros pueden hacer semejantes inconveniencias?… ¡No le falta ya más que irse a la taberna! —dijo un guardia.

—¡Señor!… ¡Una limosna, por el amor de Dios! —le pedían los mendigos, rodeándole por todos lados—. ¡Una limosna!

Antes, cuando era zapatero, los mendigos no reparaban en él; ahora no le dejaban en paz.

En su casa, su nueva mujer le salió al encuentro vestida con una blusa de color verde y una falda roja. Intentó acariciarla; pero cuando ya había levantado el brazo para golpearle la espalda, ella le dijo enfadada:

—*¡Mujik!*… ¡Mal educado!… ¡No sabes tratar con señoras! ¡Besa mi manecita si me amas, pero no permito que me pegues!

«¡Qué vida de perros! —pensó Fedor—. ¿Y a esto llama la gente vivir? ¿A no poder ni cantar una canción, ni tocar el acordeón, ni entretenerse con una *baba*?… ¡Pfú!».

No había hecho más que sentarse a tomar el té con su señora, cuando apareció el espíritu de los lentes azules y le dijo:

—¡Bien, Fedor Panteleeich!… ¡Yo he cumplido mi parte! ¡Usted ahora firmará el papel y tendrá la bondad de seguirme! ¡Ha conocido usted lo que es vivir ricamente…, conque, ya es bastante!

Y arrastró a Fedor al infierno y directamente a la hoguera. Los diablos se le acercaban volando de todos lados y le gritaban:

—¡Tonto! ¡Necio! ¡Burro!

En el infierno apestaba tan horriblemente a petróleo que parecía que se iba uno a asfixiar.

¡De repente, todo desapareció! Fedor abrió los ojos, y vio su mesa, las botas y la lamparita de metal. El cristal de ésta estaba ennegrecido, y de la llamita de la mecha, como de una chimenea, salía un humo apestante. Junto a él estaba el cliente de los lentes azules, que le gritaba:

—¡Tonto! ¡Estúpido! ¡Burro!… ¡Ya te haré yo a ti ver, granuja!… ¡Tomaste el encargo hace dos semanas y estas son las horas en que no están hechas las botas!… ¿Crees que tengo yo tiempo de venir a buscarlas hasta cinco veces diarias?… ¡Canalla! ¡Animal!

Fedor sacudió la cabeza y se puso a trabajar en las botas. El cliente estuvo largo rato increpándole y amenazándole. Cuando al fin se tranquilizó, Fedor le preguntó sombríamente:

—¿Y usted, señor, en qué se ocupa?

—Preparo bengalas y fuegos artificiales. Soy pirotécnico.

Sonaban las campanas tocando al oficio matutino. Fedor entregó las botas, cobró su dinero y se fue a la iglesia. Calle arriba y calle abajo pasaban volando las berlinas y los trineos con sus mantas de piel de oso. Por la acera, mezclados entre la gente modesta, circulaban comerciantes, señoras, oficiales… Fedor ya no sentía envidia ni se quejaba de su Destino. Ahora le parecía que lo mismo a los ricos que a los pobres, a todos iba mal de alguna manera. Unos tenían la posibilidad de pasearse en berlina mientras otros podían cantar canciones a plena voz y tocar el acordeón, pero que, a fin de cuentas, a todos esperaba la misma tumba y que en la vida no existía nada que mereciera la pena entregar al espíritu ni la más pequeña partícula del alma.

MUCHACHOS

¡YA está aquí Volodia! —gritó alguien en el patio.

—¡Ha llegado Volodichka! —exclamó con otro grito Natalia entrando a todo correr en el comedor—. ¡Ay Dios mío!

La familia Koroliov en pleno, que cada minuto esperaba a su Volodia, se precipitó corriendo hacia las ventanas. Junto a la puerta de entrada hallábase detenido un ancho trineo cuyos tres caballos blancos exhalaban una niebla espesa y blanca. El trineo estaba vacío porque Volodia había entrado ya en el zaguán y con sus dedos rojos y helados procedía a desatarse el *baschlik*[96]. Su abrigo de colegial, su gorra, sus chanclos y el cabello que caía sobre sus sienes estaban cubiertos de escarcha, y toda su persona, desde los pies a la cabeza, despedía tan fuerte olor a hielo que contemplarla despertaba el deseo de sentir frío y de decir *¡Brrrr!*… La madre y la tía se precipitaron sobre él para besarle y abrazarle. Natalia se arrojó a sus pies y empezó a despojarle de sus *valenkii*. Entre las hermanas se formó un griterío, se oyó un rechinar y golpear de puertas y el padre de Volodia, en chaleco y con unas tijeras en la mano, entró precipitadamente en el recibimiento, diciendo con cara de susto:

—¡Desde ayer te estamos esperando! ¿Has hecho buen viaje? ¿Sin novedad? ¡Dios mío!… ¡Dejadle saludar a su padre! ¿No soy yo tu padre, vamos a ver?

—¡Guau! ¡Guau! —ladraba con voz de bajo *Milord*, un enorme perrazo negro, en tanto que golpeaba con el rabo sobre las paredes y los muebles.

Todo esto mezclándose, componía un solo alegre sonido que se prolongó por espacio de dos minutos. Pasado el primer arrerrato de alegría, los Koroliov repararon en que además de Volodia había en el recibimiento un hombrecito envuelto en toquillas, chales, *baschliks* y cubierto de escarcha. Estaba inmóvil en un rincón, a la sombra de una gran pelliza de zorro.

—¿Quién es, Volodichka? —preguntó en voz baja la madre.

—¡Ah! —cayó en la cuenta Volodia—. Es… Tengo el honor de presentarles a mi amigo Chechevitzin… alumno de segundo. Ha venido conmigo porque le he invitado a pasar con nosotros las vacaciones.

—¡Tanto gusto!… ¡Haga el favor de pasar! —dijo alegremente el padre—. ¡Perdone que esté en traje de casa y sin levita!… ¡Por favor!… ¡Natalia! ¡Ayuda al señor Chechevitzin a quitarse todos esos abrigos!… Pero ¡Dios mío!… ¡Eche usted a ese perro!… ¡Qué castigo con él!

Un rato después, Volodia y su amigo Chechevitzin, aturdidos por el ruidoso encuentro y sonrosados aún por el frío, estaban sentados ante la mesa y bebían su té. El sol de invierno, traspasando la nieve y los adornos dibujados en las ventanas, temblaba sobre el *samovar* y en cuyo tazón bañaba sus limpios rayos. La temperatura de la habitación era grata y los muchachos sentían cómo en sus helados cuerpos, sin querer cederse terreno el uno al otro, reñían el calor y el frío.

—¡Pues bien!… ¡Pronto estaremos en Navidad! —dijo la voz cantarina del padre, que liaba entre los dedos un cigarrillo de color rojo oscuro—. ¡Y pensar que hace tan poco tiempo era verano y que tu madre lloraba despidiéndote!… ¡Ahora estás ya aquí otra vez!… ¡El tiempo, hermano, pasa tan de prisa!… Apenas has tenido tiempo de decir «¡Ay!», ¡y ya te ha caído encima la vejez!… ¡Señor Chibisov, coma, por favor! ¡No gaste ceremonias!… ¡En nuestra casa no usamos de ceremonias!

Tres de las hermanas de Volodia, Katia, Sonia y Mascha (la mayor tenía once años), sentadas a la mesa, no apartaban los ojos de su nuevo amigo. Chechevitzin era de la misma edad y estatura de Volodia, pero no tan llenito y blanco, sino delgado, moreno y pecoso. Tenía los cabellos como cerdas, ojos estrechos, labios gruesos. En resumen, era muy feo, y a no ser por el uniforme de colegial hubiera podido tomársele por el hijo de una cocinera. Callado y en actitud taciturna, ni una sola vez dejó ver una sonrisa. Las niñas comprendieron en seguida al mirarle que, sin duda, se trataba de una persona muy lista y sabia. Siempre meditabundo, tan ensimismado estaba en sus pensamientos, que cuando le preguntaban alguna cosa se estremecía, sacudía la cabeza y se hacía repetir la pregunta.

Las niñas observaron asimismo que Volodia, generalmente tan alegre y charlatán, hablaba esta vez muy poco y ni sonreía ni parecía contento de encontrarse en su casa. Mientras estuvieron sentados a la mesa del té, sólo una vez se dirigió a sus hermanas, y, además, con palabras extrañas. Señalando con el dedo el *samovar*, dijo:

—En California, en lugar de té beben *gin*.

También él estaba ensimismado en sus pensamientos, y a juzgar por las miradas que de cuando en cuando cambiaba con su amigo Chechevitzin, los pensamientos de ambos muchachos eran afines.

Después del té se trasladaron todos al cuarto de los niños. El padre y las niñas, tomando asiento alrededor de la mesa, reanudaron el trabajo interrumpido por la llegada de los chicos. Estaban haciendo flores y flecos de papel de diferentes coloridos para el árbol de Navidad. Era un trabajo atrayente y bullicioso. Cada flor recién terminada era recibida por las niñas con gritos de entusiasmo y hasta de espanto, como si la flor hubiera caído del cielo; el papá se entusiasmaba también y de cuando en cuando tiraba al suelo, enfadado, las tijeras porque no cortaban bien. La mamá, con rostro sumamente preocupado, entraba en el cuarto de jugar y preguntaba:

—¿Quién ha cogido mis tijeras?… ¿Otra vez tú, Iván Nikolaich, has cogido mis tijeras?

—¡Dios mío! ¡Ni siquiera unas tijeras le dejan a uno! —contestaba con voz llorosa Iván Nikolaich. Y reclinándose en el respaldo de la silla adoptaba una actitud ofendida, pero al cabo de un minuto volvía otra vez a entusiasmarse.

En sus llegadas anteriores, Volodia tomaba, también, parte activa en los preparativos del árbol de Navidad o corría al patio para ver al cochero y al pastor hacer la montaña de nieve, pero ahora ni él ni Chechevitzin prestaban la menor atención a los papeles de colores, y ni una sola vez fueron a la cuadra. Sentados junto a la ventana cuchicheaban sobre algo; luego, ambos, abriendo un atlas geográfico, se pusieron a examinar uno de los mapas con atención.

—Primero a Perm… —dijo en voz baja Chechevitzin—. Desde allí a Tiumeñ… Después a Tomsk… Luego, luego… a Kamchatka. Desde allí los esquimales con sus piraguas nos harán atravesar el estrecho de Bering y ¡ya estamos en América!… ¡Allí hay muchos animales de pieles de mucho valor!…

—¿Y California? —preguntó Volodia.

—California está más abajo… Lo principal es entrar en América… ¡California…, una vez allí…, está a la vuelta de la esquina! La alimentación podemos procurárnosla con el producto de la caza y del hurto…

Chechevitzin estuvo todo el día evitando a las niñas y mirándolas de reojo. Después del té de la noche[97] le ocurrió tener que quedar solo unos minutos con ellas. Era violento permanecer callado. Tosió con mucha gravedad, se frotó la mano izquierda con la palma de la mano derecha, miró sombrío a Katia y le preguntó:

—¿Ha leído usted a Mayne-Reid?

—No. No lo he leído… Oiga…, ¿sabe usted patinar en hielo?

Sumergido en sus pensamientos, Chechevitzin no contestó a esta pregunta. Se limitó a inflar los carrillos y dejó escapar un suspiro como si tuviera mucho calor. Levantando de nuevo los ojos hacia Katia, dijo:

—Cuando los rebaños de bisontes corren por las pampas, la tierra tiembla, y los *mustangs*, entonces, asustados, se ponen a dar coces y a relinchar… —después de sonreír tristemente añadió:

—También los indios asaltan los trenes…, pero lo peor de todo son los mosquitos y los *termitos*.

—¿Y eso qué es?

—Es… como unas hormigas pequeñitas, pero con alas. Pican muy fuerte. ¿Sabe usted quién soy yo?

—El señor Chechevitzin.

—No. ¡Soy *Montigomo Garra de Buitre*!… ¡El jefe de los invencibles!

Mascha, la más pequeña de las niñas, le miró, miró luego a la ventana, tras la que asomaba la noche, y dijo pensativa:

—Ayer pusieron lentejas…

Las palabras completamente incomprensibles de Chechevitzin, el hecho de que estuviera siempre cuchicheando con Volodia, de que éste no jugara y pareciera pensar constantemente en algo, todo ello resultaba misterioso y extraño. Las dos niñas mayores, Katia y Sonia, empezaron a ejercer una estrecha vigilancia sobre los muchachos. Por la noche, después de que éstos se acostaban, las niñas se acercaban cautelosamente a su puerta y escuchaban su conversación. Y… ¡oh lo que averiguaron!… Los muchachos se preparaban a escaparse, a dirigirse a algún punto de América en busca de oro. Ya tenían dispuesto todo lo necesario para el viaje: una pistola, dos navajas, pan duro, una lupa para hacer lumbre con ella, una brújula y cuatro rublos en dinero… Averiguaron que los muchachos tendrían que recorrer a pie miles de *verstas* y sostener batallas durante el camino con los tigres y los salvajes…; que tendrían que buscar el oro y el marfil, que matar a los enemigos y hacerse piratas, que beber *gin*, y que, para remate, se casarían con beldades y se dedicarían a explotar plantaciones. Tanto Volodia como Chechevitzin hablaban animadamente y se interrumpían el uno al otro. Chechevitzin se designaba a sí mismo con el nombre de *Montigomo Garra de Buitre*, y llamaba a Volodia *Hermano Rostro Pálido*.

—¡Cuidado con decirle nada a mamá! —dijo Katia a Sonia cuando se retiraba con ella a dormir—. Volodia nos traerá de América oro y marfil, y si se lo decimos a mamá no le dejará ir.

La víspera de Nochebuena, Chechevitzin se pasó el día entero estudiando el mapa de Asia y haciendo anotaciones, en tanto que Volodia, gordito, lánguido, como si le hubiera picado una abeja, iba taciturno de cuarto en cuarto y no comía. Una vez en el cuarto de jugar hasta se santiguó y dijo:

—¡Señor!… ¡Perdona a este pecador!… ¡Cuida de mi pobre y desgraciada mamá!…

Cuando llegó la noche, de repente, se echó a llorar, y al irse a dormir estuvo largo rato abrazando a su padre, a su madre y a sus hermanas. Katia y Sonia sabían cuál era el asunto, pero la pequeña Mascha no comprendía en absoluto y sólo cuando miraba a Chechevitzin quedaba pensativa y decía con un suspiro:

—Dice el ama que en Cuaresma hay que comer garbanzos y lentejas.

El día de Nochebuena las niñas se deslizaron muy temprano y sin ruido de sus camas y se fueron a atisbar por la puerta cómo los chicos se escapaban a América. Acercáronse a aquélla con gran sigilo.

—¿Conque tú no vienes? —decía enfadado Chechevitzin—. ¡Di!… ¿No vienes?

—¡Dios mío! —lloraba bajito Volodia—. ¿Cómo voy a marcharme?… ¡Me da lástima de mamá!

—*Hermano Rostro Pálido…*, ¡yo te lo ruego…, vámonos!… ¡Me aseguraste que vendrías! ¡Tú, que has sido el que me ha tentado a hacerlo, te acobardas cuando llega el momento de marcharse!

—¿Yo?… ¡Yo no me acobardo!… ¡Es que me…, me da lástima de mamá!

—Di entonces…, ¿vienes o no?

—¡Iré!… ¡Sólo que…, sólo que espera!… ¡Tengo ganas de vivir un poco en casa!

—En ese caso, ¡me marcho yo solo! —decidió Chechevitzin—. ¡Me las arreglaré sin ti!… ¡Y luego querías cazar tigres y sostener batallas!… ¡Si es así, devuélveme mis pistones!

Volodia se echó a llorar tan amargamente que las hermanas, no pudiendo contenerse tampoco, rompieron a llorar callandito. Se hizo el silencio.

—¿Vienes, entonces? —preguntó de nuevo Chechevitzin.

—¡I…, i…ré!

—¡Pues vístete!

Con el fin de convencer a Volodia, Chechevitzin se puso a ponderar América; rugía como un tigre, imitaba un barco, se enfadaba, prometía dar a Volodia todo el marfil y todos las pieles de los leones y de los tigres…

Este muchacho, delgado y moreno, de cabellos como cerdas y lleno de pecas, parecía a las niñas maravilloso. Era un héroe, un hombre resuelto y sin miedo. Sabía rugir de tal manera que, desde el otro lado de la puerta, podía, en efecto, creérsele un tigre o un león.

Cuando las niñas, de vuelta en su habitación, empezaron a vestirse, Katia, con los ojos arrasados en lágrimas, dijo:

—¡Ay!… ¡Me da miedo!…

Hasta las dos, hora en que se sentaron a la mesa, todo estuvo tranquilo; pero al empezar a comer vióse de repente que faltaban los muchachos. Se les envió a buscar por las habitaciones de la servidumbre y a la casa del administrador, pero no estaban allí. Fueron a por ellos a la aldea, y tampoco se les encontró. Más tarde, cuando, siempre sin los muchachos, tomaban el té, y después, cuando se sentaron a cenar, la mamá se mostraba muy intranquila y hasta lloraba. Por la noche se volvió a enviar a la aldea a buscarlos y se hizo una inspección con faroles por el río. ¡Dios mío!… ¡Qué jaleo se había armado!

Luego, al día siguiente, fue la llegada del jefe de Policía, el escribir en un papel… La mamá seguía llorando… pero he aquí que ante la puerta de entrada se detuvo un trineo. Los caballos que arrastraban la *troika* exhalaron un vaho…

— ¡Ya está aquí Volodía! —gritó alguien en el patio.

—¡Ha llegado Volodichka! —exclamó en otro grito Natalia, entrando a todo correr en el comedor.

—¡Guau! ¡Guau! —ladró con voz de bajo *Milord*.

Según resultó después, los muchachos habían sido detenidos en la ciudad, y allí, en Gostinii Dvor[98] (buscaban donde comprar pólvora). Tan pronto como entró en el recibimiento, Volodia, estallando en sollozos, se arrojó al cuello de su madre. Las niñas, temblorosas de espanto y pensando en lo que iría a pasar después, oyeron cómo papá se llevaba a su despacho a Volodia y a Chechevitzin y conversaba largamente con ellos. La mamá lloraba y hablaba también.

—¿Cómo han podido hacer una cosa así?… —decía el papá—. ¡Quiera Dios que no lleguen a saberlo en el colegio, porque serían expulsados!… ¡Usted, señor Chechevitzin!… ¡Qué vergüenza!… ¡Ha procedido mal!… ¡Ha sido inductor y espero que sus padres le castigarán!… ¿Cómo han podido hacer esto?… ¿Dónde han pasado la noche?

—En la estación —contestó orgullosamente Chechevitzin.

Luego Volodia estuvo echado en la cama, mientras en la cabeza le ponían una toalla mojada en vinagre. Se envió un telegrama, y al día siguiente se presentó una señora, la madre de Chechevitzin, y se llevó a su hijo.

El rostro de éste, al marcharse, era grave y altanero. Despidióse de las niñas sin pronunciar palabra, limitándose a coger el cuaderno de Katia y a escribir como recuerdo: *Momtigomo Garra de Buitre*.

UNA CRIATURA INDEFENSA

A pesar de que aquella noche su ataque de gota había sido muy fuerte y de que los nervios le rechinaban, al día siguiente Kistunov, y a la hora debida, dio comienzo a la recepción de solicitantes y clientes del Banco. Su aspecto era macilento y agotado, apenas hablaba y le faltaba el aliento, como a un moribundo.

—¿Qué desea usted? —dijo dirigiéndose a una solicitante que, vestida con una arcaica capa, parecía, vista de espaldas, un enorme escarabajo estercolero.

—¡Hágame la merced, excelencia!… —empezó a decir con gran volubilidad la solicitante—. Verá… Mi marido, el asesor colegiado Schukin, se ha pasado cinco meses enfermo y, mientras estaba en cama (con perdón de usted) y sin que hubiera motivo, excelencia, le dieron el retiro. Cuando fui yo a cobrar su sueldo (hágame la merced de fijarse), le descontaron de éste veinticuatro rublos y treinta y seis *kopekas*. ¿Y por qué? —pregunto yo. «¡Porque cogía de la caja de los compañeros, y otros funcionarios pagaban por él!», me dicen. Pero ¿cómo iba a ser eso? ¿Cómo iba a coger él nada sin mi permiso?… ¡Eso es imposible, excelencia! ¿Cómo iba a ser eso?… ¡Yo soy una pobre mujer que vive sólo de lo que gana con los huéspedes!… ¡Soy débil!… ¡Estoy indefensa!… ¡Todo el mundo me insulta y jamás oigo una buena palabra de nadie!…

La solicitante, parpadeando, se puso a buscar el pañuelo entre los pliegues de su capa. Kistunov cogió la solicitud y empezó a leerla.

—Permítame, pero…, ¿cómo es esto?… ¡No comprendo una palabra! ¡Seguramente viene usted equivocada!… Por su sentido se ve que esta solicitud no tiene nada que ver con nosotros. Sírvase dirigirse a la institución en que trabajaba su marido.

—¡Pero, padrecito! ¡Si he estado ya en cinco sitios y en ninguno me han querido aceptar la solicitud! —dijo Schukina—. Había perdido ya la cabeza cuando mi yerno, Boris Matveich, me aconsejó que me dirigiera a usted. «Tiene usted —me dijo— que dirigirse al señor Kistunov. Es una persona de mucha influencia y que se lo puede arreglar todo…». ¡Ayúdeme, excelencia!

—Nosotros, señora Schukina, no podemos hacer nada por usted… ¿Comprende?… Su marido (por lo que aquí se deduce) trabajaba en una institución médicomilitar, mientras que nuestra empresa es una cosa completamente particular… Comercial… ¡Lo nuestro es un Banco! ¿Cómo no le va a ser posible comprender esto?

Y Kistunov, encogiéndose otra vez de hombros, volvióse hacia un señor de uniforme con un flemón en el rostro.

—¡Excelencia! —diio Schukina con vos cantarina y quejumbrosa—. ¡De que mi marido estaba enfermo tengo un certificado que me dio el doctor! ¡Aquí está! ¡Hágame la merced de mirarlo!

—Perfectamente… Lo creo… —dijo Kistunov irritado—, pero ¡le repito que no tenemos nada que ver en el asunto!… ¡Es extraño y hasta ridículo que no lo comprenda usted!… ¿Será posible que no sepa su marido adónde tiene que dirigirse?

—¡Él no sabe nada, excelencia! No hace más que decirme: «¡Estas cosas a ti no te importan!…». ¿Y a quién le van a importar entonces?… ¡La que carga con él soy yo!… ¡Yo!

Volviéndose de nuevo hacia Schukina, Kistunov comenzó a explicarle la diferencia existente entre una institución médicomilitar y una banca privada. Schukina, tras escucharle atentamente y mover la cabeza en señal de asentimiento, dijo:

—¡Así será! ¡Así será! ¡Ya lo comprendo, padrecito!… Pero en este caso, excelencia, ¡le ruego que dé orden de que me entreguen, por lo menos, quince rublos! ¡Me conformo con que no me lo den todo de una vez!

—¡Vaya! —suspiró Kistunov echando hacia atrás la cabeza—. ¡A usted es imposible hacerla comprender nada!… ¡Entienda de una vez que venirnos a nosotros con semejante solicitud es igualmente impropio que presentar una demanda de divorcio en una farmacia!… Si no se lo han pagado a usted todo…, ¿qué tenemos que ver nosotros con ello?

—¡Excelencia!… ¡Pediré a Dios eternamente por usted!… ¡Tenga compasión de esta huérfana! —lloró Schukina—. ¡Soy una mujer indefensa, débil!… ¡Me he martirizado hasta el último extremo!… ¡Tengo que ocuparme de los juicios con los huéspedes, de los asuntos de mi marido, de los trabajos de la casa!… ¡Estoy, además, haciendo ejercicios espirituales y mi yerno está sin empleo!… ¡Lo de que como y que bebo… es sólo un decir…, pues en realidad no me sostienen los pies!… ¡En toda la noche pude pegar los ojos!

Kistunov sintió palpitaciones. Con semblante torturado y llevándose la mano al corazón empezó de nuevo a explicar a Schukina… Pero su voz se

cortó.

—¡No!… ¡Perdone, pero no puedo seguir hablando con usted!… —hizo un ademán de desesperación—. ¡Hasta la cabeza me da vueltas!… ¡Nos está usted molestando y está usted perdiendo el tiempo en balde!… ¡Uf!… ¡Aleksei Nikolaich! —dijo dirigiéndose a uno de los empleados—. ¡Explíquele, por favor, a la señora Schukina…!

Cuando Kistunov hubo terminado de recibir a los solicitantes entró en su despacho, donde firmó unos diez papeles, en tanto que Aleksei Nikolaich se ocupaba de atender a Schukina. Sentado ante su mesa, durante largo rato estuvo oyendo dos voces: la de bajo, contenida y monótona, de Aleksei Nikolaich, y la llorosa y chillona, de Schukina…

—¡Soy una mujer indefensa…, débil!… ¡Soy una mujer delicada de salud! —decía ésta—. ¡Quizá parezca fuerte, pero si se me mira detenidamente no hay en mí ni un tendoncito sano!… ¡Apenas si me tienen los pies! ¡He perdido el apetito!… ¡Hoy me he bebido el café sin pizca de ganas!

Aleksei Nikolaich continuaba explicándole la diferencia existente entre las diversas instituciones y el complicado sistema de la circulación de los documentos oficiales. Pronto, fatigado, el contable vino a sustituirle.

—¡Es una *baba* asombrosamente molesta! —se indignaba Kistunov, retorciéndose nerviosamente los dedos y acercándose a cada momento a la jarra del agua—. ¡Una idiota!… ¡Un tarugo!… ¡A mí me ha dejado aniquilado, y a los demás los dejará también!… ¡Miserable!… ¡Uf!… ¡Hasta siento palpitaciones!

Media hora después llamó al timbre y apareció Aleksei Nikolaich.

—¿Qué está pasando ahí? —preguntó con decaimiento Kistunov.

—¡No hay manera de conseguir que comprenda! ¡Estamos, sencillamente, agotados! ¡Le hablo de Juan y me contesta de Pedro!…

—¡No!… ¡No puedo oír su voz!… ¡Me pongo enfermo! ¡No lo puedo resistir!…

—Lo mejor será llamar al portero y que la eche, Piotr Aleksandrich.

—¡No, no!… —se asustó Kistunov—. ¡Se pondrá a chillar, y esta casa tiene muchos pisos y sabe Dios lo que podrán pensar de nosotros!… ¡Usted, amigo…, busque la manera de explicarle!…

Un minuto después volvía a escucharse el zumbido de Iván Alekseich. Pasó un cuarto de hora, y en lugar de la voz de bajo zumbó el agudo tenor del contable.

—¡En ex-tre-mo miserable!… —se indignaba Kistunov encogiendo nerviosamente los hombros—. ¡Más tonta que un cerrojo!… ¡Que la lleve el diablo!… ¡Me parece que empieza a molestarme otra vez la gota!… ¡Y otra vez la jaqueca!…

En la habitación inmediata, Iván Alekseich, al cabo extenuado y golpeando con un dedo la mesa y después su propia frente, dijo:

—En una palabra, ¡que en los hombros no lleva usted una cabeza, sino esto!…

—¡Vaya! —se ofendió la vieja—. ¡Eso se lo dices si quieres a tu mujer!… ¡Y cuidadito con lo que haces con las manos!

Mirándola aviesamente, con rabia, Aleksei Nikolaich pronunció con una voz baja y estrangulada:

—¡Fuera de aquí!

—¿Qué?… —chilló súbitamente Schukina—. ¿Cómo se atreve usted?… ¡Soy una mujer débil, indefensa!… ¡No lo consentiré!… ¡Mi marido es un asesor colegiado, cabeza de atún!… ¡Iré al abogado Dimitrii Karlich y ya verás lo que queda de tu categoría!… ¡He ganado el juicio a tres huéspedes, y tú, por esas palabras groseras, te echarás a mis pies! ¡Hasta vuestro general llegaré!… ¡Excelencia!… ¡Excelencia!…

—¡Largo de aquí! ¡Fuera!… ¡Úlcera! —silbó Aleksei Nikolaich.

Kistunov, abriendo la puerta, asomó por ella la cabeza.

—¿Qué pasa? —preguntó con voz llorosa.

En medio de la habitación, Schukina, roja como un cangrejo y girando los ojos a su alrededor, agitaba un dedo en el aire.

En torno a ella, los empleados del Banco, también rojos y desesperados, se miraban perplejos.

—¡Excelencia! —exclamó Schukina precipitándose hacia Kistunov—. ¡Ha sido éste!… ¡Éste!… —señalaba a Aleksei Nicolaich—. ¡Se pegó en la frente y pegó en la mesa con el dedo!… ¡Usted le mandó que se ocupara de mi asunto, y lo que hace es burlarse de mí!… ¡Soy una mujer débil, indefensa!… ¡Mi marido es asesor colegiado y yo misma soy hija de un mayor!

—¡Bien, señora! —gimió Kistunov—. ¡Yo…, personalmente, me ocuparé!… ¡Tomaré las medidas necesarias, pero márchese!… ¡Luego!…

—Pero ¿cuándo voy a cobrar, excelencia? ¡Me hace falta el dinero hoy mismo!

Kistunov se pasó una mano temblorosa por la frente y comenzó de nuevo sus explicaciones.

—¡Señora!… ¡Ya le he dicho que esto es un Banco!… ¡Una empresa privada, comercial!… ¿Qué es lo que quiere usted, vamos a ver?… ¡Comprenda de una vez que nos está molestando!

Schukina, tras escucharle, suspiró.

—Así será, así será… —asintió—; pero usted, excelencia, ¡hágame la merced!… ¡Sea mi padre!… ¡Protéjame!… ¡Si no basta el certificado médico, puedo presentar otro de la Comisaría!… ¡Mande que me entreguen el dinero!

Ante los ojos de Kistunov todo se volvió de mil colores. Expiró todo el aire que contenían sus pulmones y, agotado, se dejó caer en una silla.

—¿Cuánto quiere que la den? —preguntó con voz débil.

—Veinticuatro rublos treinta y seis *kopekas*.

Kistunov extrajo su cartera del bolsillo, sacó de ella veinticinco rublos y se los tendió a Schukina.

—¡Tome y márchese!

Schukina envolvió el dinero en el pañuelo, se lo guardó y, con el rostro fruncido en una dulce, delicada y hasta coqueta sonrisa, preguntó:

—Excelencia…, ¿no sería posible que volvieran a reponer a mi marido en su empleo?

—¡Me voy!… ¡Estoy enfermo! —dijo Kistunov con voz plañidera—. ¡Me están dando unas palpitaciones tremendas!…

Una vez que se hubo marchado, Aleksei Nicolaich mandó a Nikita a buscar unas gotas calmantes, y todos, después de tomar veinte cada uno, se sentaron a trabajar. Mientras tanto, Schukina, hablando con el portero, permanecía dos horas en el recibimiento esperando la vuelta de Kistunov.

Y volvió también al día siguiente.

IVÁN MATVEICH

HAN dado ya las cinco. Un sabio ruso de bastante renombre (le llamaremos sencillamente *sabio*) está sentado en su despacho y se muerde nerviosamente las uñas.

—¡Esto es francamente indignante! —dice a cada momento, consultando su reloj—. ¡Es el colmo de la falta de respeto para con el tiempo y el trabajo ajenos!… ¡En Inglaterra, un sujeto semejante no ganaría ni un *grosch* y estaría muriéndose de hambre!… ¡Ya verás la que te espera cuando vengas!

En su necesidad de descargar sobre alguien su enfado e impaciencia, el sabio se acerca a la puerta de la habitación de su mujer y golpea en ella con los nudillos.

—¡Escucha, Katia! —dice en un tono indignado—. ¡Cuando veas a Piotr Dnilich comunícale que las personas decentes no proceden de esa manera! ¡Es un asco!… ¡Me recomienda a un escribiente, y no sabe lo que me recomienda!… ¡Ese jovenzuelo, con toda puntualidad, se retrasa diariamente dos o tres horas!… ¿Qué manera de portarse un escribiente es ésa?… ¡Para mí esas dos o tres horas son más preciosas que para cualquier otro dos o tres años!… ¡Cuando venga pienso regañarle como a un perro!… ¡No le pagaré y le echaré de aquí! ¡Con gentes semejantes no pueden gastarse ceremonias!

—Eso lo dices todos los días, pero él sigue viniendo y viniendo…

—¡Pues hoy lo he decidido! ¡Ya he perdido bastante por su culpa!… ¡Tendrás que perdonarme, pero pienso reñirle como se riñe a un cochero!…

He aquí que al cabo suena un timbre. El sabio pone cara seria, yergue su figura y, alzando la cabeza, se encamina al recibimiento. En éste, junto al perchero, se encuentra ya su escribiente, Iván Matveich, joven de unos dieciocho años, rostro ovalado en forma de huevo, imberbe, cubierto con un abrigo raído y sin chanclos. Tiene el aliento entrecortado y, mientras se limpia con gran esmero los grandes y torpes zapatos en el felpudo, se esfuerza en ocultar a la doncella el agujero en uno de ellos, por el que asoma una media blanca. Al ver al sabio sonríe con esa larga, prolongada y un tanto bobalicona sonrisa con que solamente sonríen los niños o las personas muy ingenuas.

—¡Ah…, buenas tardes! —dice, ofreciendo una mano grande y mojada—. Qué…, ¿se le pasó lo de la garganta?

—¡Iván Matveich! —dice el sabio con voz temblorosa, retrocediendo y enlazando los dedos—. ¡Iván Matveich! —luego, dando un salto hacia el escribiente, le agarra por un hombro y comienza a sacudirle débilmente—. ¿Qué es lo que está usted haciendo conmigo… —prosigue con acento de desesperación—, terrible y mala persona?… ¿Qué está usted haciendo? ¿Reírse?… ¿Se mofa usted, acaso, de mí?… ¿Sí?…

El semblante ovalado de Iván Matveich (que. a juzgar por la sonrisa que todavía no ha acabado de deslizarse de su rostro, esperaba una acogida completamente distinta) se alarga aún más al ver al sabio respirando indignación, y, lleno de asombro, abre la boca.

—¿Qué?… ¿Qué dice?… —pregunta.

—¡Conque encima pregunta usted que qué digo! —exclama alzando las mano—. ¡Sabiendo como sabe usted lo precioso que me es el tiempo, me viene con dos horas de retraso! ¡No tiene usted temor de Dios!

—Es que no vengo ahora de casa —balbucea Iván Matveich, desanudándose indeciso la bufanda—. Era el santo de mi tía, y estuve a verla… Vive a unas seis *verstas* de aquí… ¡Si hubiera ido directamente desde mi casa… sería distinto!

—¡Reflexione usted, Iván Matveich!… ¿Hay lógica en su proceder?… ¡Aquí hay trabajo, asuntos urgentes…, y usted se va a felicitar a sus tías por sus santos! ¡Oh!… ¡Desátese más de prisa esa absurda bufanda!… ¡En fin, que todo esto es intolerable!

Y el sabio se acerca de otro salto al escribiente y le ayuda a desenredar la bufanda.

—¡Es usted peor que una *baba*!… ¡Bueno! ¡Venga ya! ¡Más de prisa, por favor!

Sonándose con un arrugado y sucio pañuelo y estirándose la americanita gris, Iván Matveich, tras atravesar la sala y el salón, penetra en el despacho. En éste hace tiempo que le ha sido preparado sitio, papel y hasta cigarrillos.

—¡Siéntese! ¡Siéntese! —le mete prisa el sabio, frotándose las manos de impaciencia—. ¡Hombre insoportable! ¡Sabe usted lo urgente que es el trabajo y se retrasa de esta manera! ¡Sin querer, tiene uno que regañar! Bueno, ¡escriba!… ¿Dónde nos quedamos?…

Iván Matveich se atusa los cabellos, duros como cerdas, desigualmente cortados, y coge la pluma. El sabio, paseándose de un lado a otro y reconcentrándose, empieza a dictar:

«Es el hecho (coma) que algunas de las que podríamos llamar formas fundamentales… (¿Ha escrito usted *formas*?…), sólo se condicionan según el sentido de aquellos principios (coma) que en sí mismos encuentran su expresión y sólo en ellos pueden encarnarse. (Aparte. Ahí punto, como es natural). Las más independientes son… son… aquellas formas que presentan un carácter no tanto político (coma) como social».

—Ahora los colegiales llevan otro uniforme. El de ahora es gris —dice Iván Matvich—. Cuando yo estudiaba era distinto…

—¡Ah!… ¡Escriba, por favor! —se enfada el sabio—. ¿Ha escrito usted social?… «En cuanto no se refiere a regularización, sino a perfeccionamiento de las funciones de estado (coma), no puede decirse que éstas se distinguen sólo por las características nacionales de sus formas… ¡Eso!… Sí…». Las tres últimas palabras van entrecomilladas… ¿Qué me decía usted antes del colegio?

—Que en mis tiempos llevábamos otro uniforme.

— ¡Ah…, sí! Y usted…, ¿hace mucho que ha dejado el colegio?

—Ya se lo decía ayer. Hace tres años que no estudio… Lo dejé al cuarto año.

—¿Y por qué dejó usted el colegio? —pregunta el sabio, echando una mirada sobre lo escrito por Iván Matveich.

—Pues porque sí… Por cosas particulares…

—¡Otra vez tengo que volvérselo a decir, Iván Matveich!… ¿Cuándo perderá usted la costumbre de alargar tanto los renglones?… ¡No debe haber más de cuarenta letras en cada renglón!

—¿Cree usted, acaso, que lo hago a propósito? —se ofende Iván Matveich —. ¡Otros, en cambio, llevan menos de cuarenta! ¡Cuéntelas! ¡Si le parece que lo hago adrede, puede quitármelo de la paga!

—¡Ah!… ¡No se trata de eso!… ¡Qué poca delicadeza tiene usted! ¡En seguida se pone a hablar de dinero!… ¡El esmero es lo que importa, Iván Matveich!… ¡Lo que importa es el esmero!… ¡Tiene usted que acostumbrarse al esmero!

La doncella entra en el despacho, trayendo una bandeja que contiene dos vasos de té y una cestita con tostadas secas… Iván Matveich coge torpemente su vaso con ambas manos y empieza inmediatamente a bebérselo. El té está demasiado caliente y, para no quemarse los labios, Iván Matveich lo bebe a sorbitos. Se come primero una tostada; luego, otra; después, una tercera, y, azarado y mirando de reojo al sabio, tiende la mano hacia la cuarta. Sus

ruidosos sorbos, su glotona manera de mascar y la expresión de codicia hambrienta de sus cejas alzadas irritan al sabio.

—¡Dese prisa a terminar! ¡El tiempo es precioso!

—Siga dictándome. Puedo beber y escribir al mismo tiempo… Le confieso que tenía hambre.

—¿Vendrá usted a pie seguramente?

—Sí… ¡Y qué mal tiempo hace!… Por este tiempo, en mi tierra, huele va a primavera… En todas partes hay charcos de la nieve que se derrite…

—¿Es usted del Sur?

—Soy de la región del Don… En el mes de marzo ya es enteramente primavera. Aquí, en cambio, no hay más que hielo, nieve; todo el mundo va con pelliza… Allí, hierbita fresca… Como por todas partes está seco, hasta se pueden coger tarántulas.

—¿Y por qué coger tarántulas?

—¡Porque sí!… ¡Por hacer algo! —dice suspirando Iván Matveich—. Es divertido cogerlas. Se pone en una hebra de hilo un pedacito de resina, se mete en el nido y se la golpea con ella en el caparazón. La muy maldita, entonces, se enfada y coge la resina con las patitas: pero se queda pegada… ¡Qué no habremos hecho con ellas! A veces llenábamos una palangana hasta arriba y soltábamos dentro una bijorka.

—¿Qué es una bijorka?

—¡Una araña que se llama así!… Es de una especie parecida a la de las tarántulas. ¡Ella sola, peleando, puede con cien tarántulas!

—¿Sí?… Pero, bueno…, tenemos que escribir… ¿Dónde nos paramos?…

El sabio dicta otros cuarenta renglones, luego se sienta y se sumerge en la meditación.

Mientras desde su asiento espera lo que van a decirle, Iván Matveich estira el cuello y se esfuerza en poner orden en el de su camisa. La corbata no cae mal, pero como se le ha soltado el pasador, el cuello se le abre a cada momento.

—¡Sí!… —dice el sabio—. ¡Así es!… Qué, ¿todavía no ha encontrado usted una colocación, Iván Matveich?

—No… ¿Dónde va uno a encontrarla?… ¿Sabe…, yo?… Pienso sentar plaza en un regimiento… Mi padre me aconseja que me haga mancebo de botica.

—Sí… Pero ¿no sería mejor que ingresara usted en la Universidad?… El examen es difícil, pero con paciencia y un trabajo perseverante se puede llegar a aprobar. ¡Estudie usted!… ¡Lea usted más! ¡Lea mucho!

—La verdad es que… tengo que confesar que leo poco —dice Iván Matveich encendiendo un cigarrillo.

—¿Ha leído usted a Turgueniev?

—No.

—¿Y a Gogol?

—¿A Gogol?… ¡Hum!… ¿A Gogol?… No; no lo he leído.

— ¡Iván Matveich! ¿No le da vergüenza?… ¡Ay, ay, ay, ay!… ¡Un muchacho tan bueno!… ¡Con tanta originalidad como hay en usted, y que resulte que ni siquiera ha leído a Gogol!… ¡Tiene que leerle! ¡Yo se lo daré! ¡Léalo sin falta! ¡Si no lo lee, reñiremos!

De nuevo se hace el silencio. Medio tumbado en un cómodo diván, medita el sabio, mientras Iván Matveich, dejando al fin tranquilo su cuello, pone toda su atención en sus zapatos. No se había percatado de que bajo sus pies, a causa de la nieve derretida, se han formado dos grandes charcos. Se siente avergonzado.

—¡Hoy no!… ¡No me sale! —masculla el sabio—. ¡Me parece, Iván Matveich, que también es usted aficionado a cazar jilgueros!

—¡Eso, en otoño!… ¡Aquí no cazo; pero allí, en mi casa, solía cazar!…

—¿Sí?… Bien… Pero, bueno, de todas maneras, tenemos que escribir.

El sabio se levanta decidido y empieza a dictar, pero después de escritos los diez primeros renglones vuelve a sentarse en el diván.

—No… Tendremos que dejarlo ya hasta mañana por la mañana —dice—. Venga usted mañana por la mañana. Pero ¡eso sí…, temprano! Sobre las nueve… ¡Dios le libre de retrasarse!

Iván Matveich deja la pluma, se levanta de la mesa y va a sentarse en otra silla. Cuando han transcurrido unos cinco minutos en silencio empieza a sentir que ya le ha llegado la hora de marcharse, que ya está allí de más…, ¡pero el despacho del sabio es tan acogedor!…, ¡tan claro y templado!… ¡El efecto de las tostadas secas y del té dulce está todavía tan reciente…, que su corazón se encoge sólo al pensar en su casa!… En su casa hay pobreza, hambre, frío, un padre gruñón… ¡Echan en cara lo que dan…, mientras que aquí hay tanto sosiego!… ¡Y hasta quien se interesa por las tarántulas y los jilgueros!…

El sabio consulta la hora y coge el libro.

—¿Me dará usted a Gogol entonces? —pregunta, levantándose, Iván Matveich.

—Sí, sí…; se lo daré. Pero ¿por qué tiene usted tanta prisa, amigo mío? ¡Quédese! ¡Cuénteme algo!

Iván Matveich se sienta y sonríe anchamente. Casi todas las tardes se las pasa sentado en este despacho, percibiendo cada vez en la voz y en la mirada del sabio algo extraordinariamente afable, conmovido…, algo que le parece suyo. Hasta hay veces, minutos, en los que le parece que el sabio está ligado a él; se ha habituado tanto a él, que si le riñe por sus retrasos es sólo porque se aburre sin su charla, sin sus tarántulas y sin todo aquello relacionado con la manera de cazar jilgueros en la región del Don.

POLIÑKA

Ya hace rato que ha dado la una. La mercería Novedades de París, enclavada en uno de los pasajes de la ciudad, está en plena animación.

Suenan monótonas las voces de los dependientes, con ese sonido que se oye en los colegios cuando el profesor hace estudiar algo en alta voz. Ni la risa de las damas, ni el abrir y cerrarse de la puerta de cristales que da acceso a la tienda, ni el correr de los muchachos interrumpe este ruido uniforme. En el centro de la tienda y buscando a alguien con los ojos está Poliñka, la hija de Maria Andreevna, dueña de una casa de modas; joven, rubita, pequeña, delgadita. Un muchacho de negras cejas se le acerca apresurado, y mirándola, le pregunta con mucha seriedad:

—¿Qué desea usted, señora?

—Nikolai Timofeich es el que me atiende siempre —contesta Poliñka.

Nikolai Timofeich, dependiente esbelto y moreno, de cabellos rizados, vestido a la última moda y con un gran alfiler en la corbata, estirando el cuello, ha despejado ya el mostrador y mira sonriente a Poliñka.

—¡Pelagueia Sergueevna! —dice en tono muy alto, con una bonita y lozana voz de barítono—. ¡Tenga la bondad!

—¡Ah!… Buenos días —dice P oliñka, acercándose a él—. ¿Ve usted?… Ya estoy otra vez aquí… Deme agremán.

—¿Para qué lo precisa?

—Para un corpiño… y una espalda. En fin, para todo un juego.

—Al instante.

Nikolai Timofeich presenta a Poliñka diferentes clases de agremán. Ésta hace perezosamente su elección, y empieza a discutir el precio.

—¡Por Dios!… ¡Un rublo no es nada caro! —dice el dependiente en tono persuasivo y sonriendo con indulgencia—. ¡Es un agremán francés!… Lo tenemos también de clase corriente, que se vende al peso. Vale la vara cuarenta y cinco *kopekas*, pero no es de la misma calidad.

—Necesito también abalorios. Un costadillo de abalorios con botones de agremán —dice Poliñka inclinándose sobre el agremán y suspirando, quién

sabe por qué—. ¿Podría usted procurarme unos colgantes de abalorios que hicieran juego con este color?

—Sí que puedo.

Poliñka se inclina aún más sobre el mostrador y pregunta en voz baja:

—¿Por qué se marchó usted de nuestra casa tan temprano el jueves pasado, Nikolai Tímofeich?

—¡Hum!… ¡Es extraño que reparara usted eh ello!… —contesta con una ligera sonrisa el dependiente—. ¡Estaba usted tan entretenida con el señor estudiante, que… es extraño que se diese cuenta!

Poliñka se ruboriza y calla. Con un temblor nervioso en los dedos, el dependiente va cerrando las cajas y colocándolas, sin la menor necesidad, unas sobre otras. Transcurre un minuto de silencio.

—Necesito también encaje de abalorios —dice Poliñka, alzando unos ojos culpables hacia el dependiente.

—¿De cuál quiere? El encaje de abalorios sobre tul negro, o de color, es el adorno más de moda.

—¿A qué precio los tiene?

—Los negros, desde ochenta *kopekas*, y los de color, a unos dos rublos cincuenta… Ya no volveré más a su casa —añade en voz baja Nikolai Timofeich.

—¿Por qué?

—¿Que por qué?… Pues muy sencillo… Usted misma tiene que comprenderlo. ¿Para qué mortificarme?… ¡No sé verdaderamente por qué!… ¿Acaso puede serme agradable ver hacer papeles junto a usted a ese estudiante?… ¡Yo lo observo todo, y todo lo comprendo!… ¡Ya desde el otoño le hace la corte en serio… y usted se pasea con él casi diariamente, y cuando le tiene de visita en su casa, se lo come con los ojos como si fuera un ángel!… ¡Está usted enamorada de él! ¡Para usted no hay hombre mejor!… Pues si es así…, ¡perfectamente! ¡No hay más que hablar!

Poliñka guarda silencio y, turbada, pasa un dedo sobre el mostrador.

— ¡Todo lo veo muy claro!… ¿Qué razón hay, por tanto, para que vaya a su casa?… ¡Yo también tengo mi amor propio!… ¡A nadie le gusta ser el undécimo!… ¿Qué me pedía usted?

—Mi mamá me encargó que comprara muchas cosas, pero ya no me acuerdo de cuáles eran… Necesito también plumas,

—¿De qué clase las desea?

—De las mejores. De las que estén más de moda.

—Lo que más se lleva son los alones, y el color de moda es el heliotropo o el color de can-cán, o sea, burdeos con amarillo. Tenemos un surtido inmenso… ¡Lo que no comprendo, decididamente, es a qué conduce toda esta historia!… Usted está enamorada…, pero ¿cómo va a terminar todo esto?

A Nikolai Timofeich le han brotado unas manchas rojas junto a los ojos. Su mano arruga una cinta delicada y vaporosa al tiempo que sigue balbuciendo:

—¡Quizá se figura usted que se va a casar con él!… ¡En lo que se refiere a esto último deje tranquila la imaginación!… ¡Los estudiantes tienen prohibido el casarse, y, además…! ¿Es que, acaso, va a su casa con buen fin?… ¡Eso es lo que a usted se le figura!… ¡Los estudiantes no nos consideran personas!… ¡Si van a las casas de los comerciantes y de las modistas es solamente para reírse de su falta de instrucción y para emborracharse!… ¡En sus casas y las casas distinguidas les da vergüenza beber; pero en las de la gente sencilla y sin instrucción, como nosotros, no se avergüenzan de andar patas arriba! ¡Así es!… Entonces, ¿qué plumas llevará usted?… ¡Si le hace la corte y juega al amor, ya se sabe para qué es!… Cuando algún día sea médico o abogado, recordándolo, dirá: «En mis tiempos tuve una rubita… ¿Qué habrá sido de ella?…». Seguro que ya, ahora mismo, entre los estudiantes, se jacta de tener echada la vista a una modistilla.

Poliñka se sienta en una silla y mira, pensativa, la montaña de blancas cajas.

—¡No!… ¡No llevaré plumas! —suspira—. ¡Que compre mi mamá las que quiera! Yo podría equivocarme. Deme seis varas de fleco. Del de a cuarenta *kopekas* la vara. Deme también botones de coco con la anillita de metal. Se sujetan mejor…

Nikolai Timofeich envuelve el fleco y los botones. Poliñka, fijando en él la mirada culpable, espera, al parecer, que siga hablando; pero él, mientras ordena las plumas, mantiene un silencio sombrío.

—¡Por poco me olvido de los botones para la bata! —dice ella después de algún silencio y secándose los pálidos labios con el pañuelo.

—¿De cuáles quiere usted?

—Son para una comerciante, así que deme algo que no sea corriente.

—Bien… Si son para una comerciante, habrá que escoger algo llamativo. He aquí los botones. Como combinación de colores, la de azul, rojo y dorado es la más de moda. La más vistosa. Para más fino se llevan de un negro mate, sólo con un borde brillante… Lo que no entiendo es que usted misma sea incapaz de comprenderlo…, porque si no…, ¿a qué vienen todos esos paseos?

—Yo misma no lo sé —murmura Poliñka, inclinándose sobre los botones —. Yo misma no sé lo que me pasa…, Nikolai Timofeich.

Por detrás de la espalda de Nikolai Timofeich y oprimiendo a éste contra el mostrador pasa un dependiente de aspecto respetable y patillas, que resplandeciente de la más exquisita galantería, va diciendo en voz alta:

—¡Sea tan amable, *madame*, de pasar a este departamento! Tenemos tres modelos de blusas de *jersey*. Lisos, con *soutache* y con abalorios. ¿De cuál desea usted?

Al mismo tiempo, junto a Poliñka pasa una gruesa dama diciendo con una voz profunda, casi tan profunda como la de un bajo:

—¡Lo que sí quiero, por favor, es que no tengan costuras! ¡Que sean tejidas y que lleven el marchamo!

—Haga como que mira detenidamente el género —dice Nikolai Timofeich, inclinándose hacia Poliñka con una sonrisa forzada—. Está usted pálida y parece que se siente enferma. Ha cambiado usted de cara completamente. Él la abandonará, Pelagueia Sergueevna, o si se casa con usted algún día, no será por amor, sino por hambre. Su dinero será el que le atraerá. Con su dote se instalará y después se avergonzará de usted. La esconderá a los ojos de sus invitados y de sus amigos, porque no está usted instruida; la llamará mi paletita… ¿Y es que, acaso, sabría usted alternar en una sociedad de doctores y abogados?… Para ellos es usted una modista…, una criatura sin instrucción…

—¡Nikolai Tifomeich! —grita alguien desde el otro extremo de la tienda —. ¡Esta *mademoiselle* pide tres varas de cinta!… ¿Tiene usted?

Nikolai Timofeich, con una sonrisa forzada y volviendo el rostro, grita a su vez:

—¡Sí tengo! ¡La tengo de otomán con raso y de raso con moaré!…

—¡Ah!… ¡A propósito!… ¡Por poco se me olvida el corsé de Olia!

—Tiene usted los ojos llenos de lágrimas —se asusta Timofeich—. ¿Por qué?… ¡Vamos a la sección de corsés! Yo la taparé, porque si no va a resultar violento…

Sonriendo a pesar suyo y con exagerada desenvoltura de movimientos, el dependiente conduce rápidamente a Poliñka a la sección de corsés y la esconde a las miradas del público tras una elevada pirámide de cajas de cartón.

—¿Qué corsé desea usted? —dice en voz alta, murmurando a continuación—: ¡Séquese los ojos!

—Yo… lo necesito de cuarenta y ocho centímetros… Solo que, por favor, lo quisiera doble y forrado… Con ballenas de verdad… ¡Tengo que hablarle, Nikolai Timofeich!… ¡Venga hoy!

—Hablar, ¿de qué?… No hay nada de que hablar.

—¡Usted es el único que me quiere!… ¡Aparte de usted no tengo a nadie con quien hablar!

—No es bambú ni hueso, sino ballena de verdad. ¿De qué vamos a hablar? ¡*No* tenemos nada de que hablar! Seguramente irá usted luego a pasear con él.

—Iré…

—Pues, entonces, ¿de qué vamos a hablar? La conversación no tiene objeto… ¿Está usted enamorada?

—Sí… —murmura Poliñka, indecisa, y en sus ojos brotan gruesas lágrimas.

—¿Qué conversación va a haber en ese caso? —balbucea Nikolai Timofeich, encogiéndose de hombros y palideciendo—. No hay necesidad ninguna de conversación, séquese los ojos y nada más. Yo…, yo… no quiero nada.

En ese instante a las pirámides de cajas se aproxima un dependiente alto y escuálido, que va diciendo a su cliente:

—Aquí tiene usted un magnifico elástico para ligas, que no corta la circulación y ha sido aprobado por la Medicina…

Nikolai Timofeich cubre con su figura a Poliñka y, esforzándose en ocultar su excitación y la de ella, frunce el rostro en una sonrisa, al tiempo que dice en voz alta:

—¡Hay dos clases de encaje, señora! ¡Los de hilo y los de seda!… Los orientales, los británicos, los de *valencienne*, los de *crochet* y los de *torchon* son de algodón, mientras que los *rococó*, la *soutachette* y los de Cambrai son de seda… ¡Por amor de Dios, séquese las lágrimas! ¡Vienen hacia aquí!

Pero luego, viendo que las lágrimas continúan derramándose, prosigue, alzando aún más la voz:

—¡Españoles, *rococó*, *soutachette*, Cambrai!… ¡Medias de hilo de Escocia, de algodón, de seda!…

EL DOTE

MUCHAS casas he visto en mi vida: grandes y pequeñas, de piedra y de madera, viejas y nuevas; pero una de ellas llevo especialmente grabada en la memoria. En realidad, no es una casa, sino una casita. Pequeña, con un solo piso y sus tres ventanas, se asemeja atrozmente a una viejeclta encorvada y tocada de una cofia. Blanqueada por fuera y con un tejado de tejas y una chimenea rota, está sumergida en el verdor de las acacias, de los sauces y de las moreras, plantados un día por los abuelos y los bisabuelos de sus actuales propietarios. No se la distingue entre la masa de verdor; verdor que, dicho sea de paso, no le impide ser una casita de la ciudad. Su ancho patio es uno más entre la fila de patios, también anchos y llenos de verdor, que forman la calle Moskovskaia. Nadie va nunca en vehículo alguno por aquella calle y es raro que alguien transite por ella.

Las persianas de la casita están siempre entornadas. Sus inquilinos no necesitan luz, no les hace falta. Las ventanas de la casita no se abren nunca, porque a los inquilinos de la casita no les gusta el aire puro. Las gentes que viven siempre entre moreras, acacias y bardana, son indiferentes a la Naturaleza. Tan sólo a los veraneantes concedió Dios capacidad para comprender sus bellezas, mientras el resto de la Humanidad permanece sumido en la más profunda ignorancia con respecto a ellas. Las gentes no dan valor a aquello de lo que son ricos, y, por si fuera poco, no sabemos amar lo que tenemos. Alrededor de la casita hay un paraíso terrestre, todo es verdor…, viven alegres pájaros… Y, en cambio, dentro de la casita… ¡Ay!… Durante el verano, en su interior la atmósfera es sofocante y agobiadora; durante el invierno hace el mismo calor que en un establecimiento de baños. Hay tufo, aburrimiento y aburrimiento… Hace ya mucho que, con motivo de un asunto, visité por primera vez esta casita. Estaba encargado por su dueño, el coronel Chikamasov, de saludar de su parte a su mujer y a su hija. Me acuerdo perfectamente de esta mi primera visita. No es posible dejar de recordarla.

Imagínese a una mujer de unos cuarenta años, pequeña y fofa, que le mira a usted con espanto y con asombro cuando, dejando el recibimiento, penetra

usted en el salón. Es usted un *extraño*, una visita, un *joven*, y esto basta para sumergirla en aquel asombro y aquel espanto. En las manos no lleva usted un *kisteñ*[99], ni un hacha, ni una pistola… Incluso sonríe usted al encuentro con aire temeroso.

—¿A quién tengo el honor y el gusto?… —le pregunta a usted con voz temblorosa una señora de edad, en la que reconoce usted a Chikamasova, el ama de la casa. Usted da su nombre y explica el motivo de su visita. El espanto y el asombro se retiran entonces para dejar sitio a un alegre y agudo «¡Ah!…», a un poner los ojos en blanco… Este «¡Ah!» se transmite como un eco del recibimiento al salón, del salón a la cocina, y así sucesivamente hasta llegar a la bodega. Pronto la casita se llena de regocijados «¡Ah!» en diferentes tonos. Cinco minutos después está usted sentado en la sala en un amplio, mullido y caliente diván y escucha cómo toda la calle Moskovskaia exclama: «¡Ah!».

Olía a polvos contra la polilla y a la piel de cordero de unos zapatos que envueltos en un pañolito estaban echados a mis lados sobre una silla. En las ventanas, geranios y trapitos de muselina. Sobre los trapitos, moscas satisfechas. Colgado de la pared, el retrato de un arcipreste, pintado al óleo y cubierto de un cristal con una esquinita rota. Del arcipreste partía una fila de antepasados con rostros de gitanos color amarillo limón. Encima de la mesa, un dedal, un carrete de hilo y una media tejida hasta la mitad. En el suelo, patrones y una blusita negra hilvanada. En el cuarto inmediato, dos viejas perturbadas en su labor, aturdidas, recogiendo del suelo patrones y percalina…

—¡Tenemos un terrible desorden! —diio Chikamasova. (Mientras conversaba conmigo miraba de reojo azorada a la puerta tras la que continuaba la recogida de patrones). A su vez la puerta, como también azorada, se abría tan pronto una pulgada como se cerraba.

—¿Qué quieres? —dijo Chikamasova a la puerta.

—*Où est mon cravate lequel mon père m'avait envoyé de Kusk?* —preguntó, a través de ella, una vocecita femenina.

—¡Ah!… *Est-ce que Marie?*… ¿Qué?… ¿Será posible?… *Nous avons donce chez nous un homme très veu connu par nous!*… ¡Pregunta a Lukeria!…

«Fíjese en lo bien que hablamos francés», leí en los ojos de Chikamasova, que enrojecía de gusto. Pronto se abrió la puerta y vi aparecer a una señorita de unos diecinueve años, delgada y ataviada de un largo vestido de muselina y un cinturón de oro sobre el que recuerdo colgaba un abanico de nácar. Al

entrar hizo una pequeña reverencia y se ruborizó. Se ruborizó primero su larga y poco tersa nariz; después, desde la nariz, el rubor se extendió hasta los ojos y de los ojos a las sienes.

—Es mi hija —dijo con acento cantarín Chikamasova—. Machenka, éste es el joven que…

Tras hacer conocimiento, expresé mi asombro sobre aquella inmensidad de patrones. La madre y la hija bajaron la vista.

—Por las fiestas de la Ascensión tuvimos una feria —dijo la madre—. En feria solemos comprar siempre muchas telas que luego cosemos durante todo el año hasta la feria siguiente. No encargamos nada fuera. Lo que gana mi Piotr Semionich no es mucho, y nosotras no podemos permitirnos lujos… Tenemos que coser nosotras mismas.

—¿Pero quién emplea toda esa cantidad de prendas? Aquí son ustedes dos solamente…

—¡Oh!… ¿Es que iba a poder emplearse?… ¡Eso no es para emplearse! ¡Es el dote!

—¡Ay mama!… ¿Qué está usted diciendo? —intervino la hija ruborizándose—. El señor podría pensar seriamente que… ¡Yo nunca me casaré! ¡Nunca!

Dijo esto, y mientras pronunciaba las palabras «me casaré», sus ojitos revelaban su anhelo de casarse.

Trajeron el té con tostadas secas, mermeladas y mantequilla; luego me obsequiaron con frambuesa y nata. A las siete fue servida una cena de seis platos, en el curso de la cual percibí un sonoro bostezo: alguien bostezaba ruidosamente en la habitación contigua. Miré asombrado a la puerta. De esa manera sólo podía bostezar un hombre.

—Es Egor Semionich, el hermano de Piotr Semionich —explicó Chikamasova al observar mi asombro—. Vive con nosotras desde el año pasado. Perdone usted que no pueda salir a saludarle, pero… ¡es tan salvaje! ¡Se azara ante los extraños! Piensa entrar en un monasterio (en el servicio pasó muchos disgustos…). Por eso quiere retirarse a un convento.

Terminada la cena, Chikamasova me enseñó una estola que Egor Semionich estaba bordando para ofrecerla después a la iglesia. Machenka, despojada por un minuto de su timidez, me enseñó a su vez una bolsita para tabaco que bordaba para su papá. Cuando manifesté mi asombro ante aquel trabajo, se volvió hacia su madre y murmuró algo en su oído.

Ésta resplandeció y me propuso que fuera con ella al cuarto-despensa. Allí vi unos cinco grandes baúles e infinidad de baulitos y cajoncitos.

—Es el dote —me susurró la madre—. Todo lo hemos cosido nosotras.

Después de contemplar los sombríos baúles, empecé a despedirme de mis hospitalarias amas de casa. Éstas me obligaron a que les diera palabra de visitarlas alguna vez. Siete años después, cuando en calidad de experto fui enviado a la ciudad con motivo de un asunto judicial, tuve ocasión de cumplir aquella palabra. Al entrar en la casita familiar, escuché los mismos «¡Ah!» de antaño. Me reconocieron…, ¡ya lo creo que me reconocieron!… Mi visita había sido todo un acontecimiento y donde de éstos hay pocos, se recuerdan largamente. Cuando hice mi entrada en el salón, la madre, aún más gorda y ya canosa, se arrastraba por el suelo cortando una tela de color azul. La hija, sentada en el diván, bordaba. Los patrones eran los mismos, el olor de los polvos contra la polilla, el mismo, de la pared colgaba el mismo retrato con la esquinita rota y, sin embargo, algo había cambiado. El retrato de Piotr Semionich pendía de la pared, junto al del arcipreste, y ambas damas estaban de luto. Piotr Semionich había muerto una semana después de haber sido ascendido a general. Dióse comienzo a las evocaciones… La generala vertió algunas lágrimas.

—¡Tenemos una pena muy grande!…, ¿sabe?… ¡Perdimos a Piotr Semionich! ¡Estamos huérfanas y nos vemos obligadas a cuidar de nosotras mismas! ¡Egor Semionich vive, pero de él no podemos decir nada bueno! ¡No le admitieron en el monasterio a causa de su afición por las bebidas ardientes, con lo que ahora tiene tanta pena que bebe todavía más! ¡Pienso ir a visitar al mariscal de la nobleza y presentar una queja sobre él! ¡Figúrese que no fue una, sino varias, las veces que abrió los baúles… y cogió del dote de Machenka para repartir donativos a los caminantes!… ¡De dos de los baúles lo sacó todo! ¡Desde luego, si hubiera seguido así, Machenka se hubiera quedado sin dote!…

—¿Qué dice usted, mamá? —se azaró ésta—. El señor puede pensar seriamente sabe Dios en qué… ¡Yo nunca, nunca me casaré!

Mientras así hablaba, Machenka contemplaba el techo con aire inspirado y lleno de esperanza; sin dar seguramente crédito a sus propias palabras. Por el recibimiento, con el ruido de un ratón, se deslizó rápidamente una figura masculina de gran calva que vestía con una levita marrón y calzaba unos chanclos a guisa de zapatos.

«Sera seguramente Egor Semionich», pensé.

Yo miraba a la madre y a la hija, la una junto a la otra. Ambas habían envejecido, sus rostros aparecían ajados y la cabeza de la madre tenía reflejos

de plata. La hija se había marchitado y aparentaba ser solamente cinco años menor que la madre.

—¡Pienso dirigirme al mariscal de la nobleza! —repitió ésta, olvidando que ya me lo había dicho antes—. ¡Quiero presentar una queja!… Todo lo que bordamos nos lo coge Egor Semionich, y hace con ello donativos para la salvación de las almas. ¡Ha dejado a mi Machenka sin dote!

Machenka se ruborizó, pero no dijo una palabra.

—Tenemos que ponernos a coser otra vez, porque no somos ningunas ricachonas. ¡Las dos somos huérfanas!

—¡Somos huérfanas! —repitió Machenka.

El Destino me condujo de nuevo en el pasado año a la casita familiar. Lo primero que vi al entrar en la sala fue a la viejecita Chikamasova. Sentada en el diván, completamente vestida de negro y cubierta de crespones de luto, cosía. A su lado hallábase sentado un viejecito de levita marrón y chanclos a guisa de zapatos. Al verme, el viejecito se levantó de un salto y salió corriendo de la sala…

En respuesta a mi saludo, la viejecita sonrió y dijo:

—*Je suis charmée de vous revoir, monsieur*.

—¿Qué está usted cosiendo? —pregunté un poco después.

—Una camisita. Cuando termine de coserla la llevaré a casa del señor cura para que la guarde él, porque si no Egor Semlonlch se la llevara. Ahora lo guardo todo en casa del señor cura —cuchicheó.

Y echando una mirada al retrato de la hija colocado sobre la chimenea, suspiró y dijo:

—¡Somos huérfanas!

¿Dónde estaría la hija? ¿Dónde estaría Machenka?… No pregunté nada, No quise preguntar nada a la viejecita vestida de un luto profundo.

Y mientras estuve sentado en la casita y después al marcharme, Machenka no salió a saludarme. No oí su voz ni sus quedos, tímidos pasos… Todo estaba claro y uno sentía el alma fuertemente oprimida…

SEÑORAS

FEDOR Petrovich, director de las Escuelas Municipales de la región de N***, recibía cierto día en su despacho, al profesor Vremenskii.

—¡No, señor Vremenskii! —decía a éste—. ¡Tal como tiene usted la voz le es imposible continuar su trabajo como profesor! ¿Cómo fue el perderla?

—Me bebí una cerveza fría cuando estaba sudando… —contestó, afónico, el profesor.

—¡Es una lástima! ¡Haber prestado servicio durante catorce años y que de repente le suceda una desgracia así! ¡Por una tontería, verse obligado a cambiar de carrera! ¿Qué se propone usted hacer ahora?

El profesor no contestó.

—¿Tiene usted familia? —preguntó el director.

—Mujer y dos niños, excelencia —dijo la voz afónica del profesor.

Se hizo un silencio. El director se levantó de la mesa y, nervioso, dio unos cuantos pasos por la habitación.

—¡Me estoy rompiendo la cabeza pensando lo que voy a hacer con usted! Profesor no puede usted ser… Derecho a pensión no tiene usted todavía…, pero dejarle así…, entregado a su destino…, ¡no es del todo grato! Usted aquí es uno de los nuestros. Ha trabajado con nosotros durante catorce años, y ello significa que tenemos que ayudarle. Pero ¿cómo ayudarle? ¿Qué puedo hacer por usted? ¡Comprenda mi situación! ¿Qué puedo hacer?

De nuevo se hizo el silencio. El director seguía paseando por la habitación mientras Vremenskii, agobiado por la pena y sentado en el borde de su silla, meditaba también. De repente resplandeció el rostro del director e hizo chasquear los dedos.

—¡Me asombra no haber caído antes en ello! —dijo apresuradamente—. He aquí lo que puedo ofrecerle: la semana que viene, al escribiente que tenemos en el internado le dan el retiro… Si usted quiere su puesto, ahí lo tiene.

El semblante de Vremenskii, que no esperaba tan gran merced, resplandeció a su vez.

—¡Magnífico! —dijo el director—. Presente usted hoy mismo la solicitud.

Cuando Vremenskii se marchó, Piotr Petrovich experimentó alivio y hasta satisfacción. Ante él no tenía ya la figura encorvada del pedagogo afónico, resultándole además agradable pensar que al hacer aquel ofrecimiento a Vremenskii había obrado justamente y en conciencia, como una persona buena y decente. Este amable estado de ánimo, sin embargo, no duró mucho tiempo. Al volver a su casa y sentarse a comer, su mujer, Nastasia Ivanovna, dijo como quien se acuerda de repente:

—¡Ah! ¡Por poco se me olvida! Ayer estuvo aquí Nina Sergueevna para pedirme una cosa para un joven. Dicen que en nuestro internado va a quedar una plaza vacante.

—Sí, pero esa plaza está ya prometida —dijo el director frunciendo el entrecejo—. Y, además, ya sabes mis reglas de conducta: nunca doy una plaza al que viene por una recomendación.

—Lo sé…, pero para Nina Sergueevna se puede hacer una excepción. Ella para nosotros es como si fuera de la familia, y hasta ahora no le hemos hecho ningún favor. ¡Ni pensar en decirle que no, Fedia!… Con tus caprichos la ofenderías a ella y a mí.

—¿A quién recomienda?

—A Polsujin.

—¿A qué Polsujin?… ¿Aquel que en la Noche Vieja hizo el papel de Chatzkii[100]?… ¿Para ese *gentleman*?… ¡Por nada del mundo!

El director dejó de comer.

—¡Por nada del mundo! —repitió—. ¡Que Dios me libre!

—¿Pero por qué?

—¡Comprende que el joven que no actúa directamente, sino a través de las mujeres, no es más que un mamarracho! ¿Por qué no viene él en persona a verme?

Después de comer, el director se retiró a su despacho y, tumbado sobre el diván, se puso a leer las cartas y periódicos recién recibidos.

«Querido Fedor Petrovich —escribía la mujer del alcalde—: En una ocasión me dijo usted que era conocedor del alma humana. Ahora tiene usted una oportunidad de reafirmarse prácticamente en esta opinión. Uno de estos días iré a visitarle con el fin de solicitar la plaza de escribiente en su internado para un tal K. N. Polsulin, al que tengo por un joven excelente. El muchacho es simpático. Tomándose interés por él, podrá convencerse de ello…», etc., etc.

—¡Por nada del mundo! —dijo el director—. ¡Que Dios me libre!

Después de esto, no pasó día sin que el director recibiera cartas recomendando a Polsulin. Una buena mañana se presentó el propio Polsujin, un joven robusto, de rostro afeitado de *jockey* y vestido con un flamante traje negro.

—Para cuantos asuntos se refieren al trabajo no recibo aquí, sino en mi despacho —dijo secamente el director, después de escuchar la petición.

—Perdone, excelencia, pero nuestros comunes conocimientos me aconsejaron que me dirigiera precisamente aquí.

—¡Hum!… —mugió el director, fijando una mirada de odio en los zapatos de punta afilada del joven—. Por lo que yo sé…, su padre es hombre de fortuna, usted no está necesitado. ¿Qué falta le hace solicitar esa plaza?… ¡Un sueldo mísero!…

—No es por el sueldo por lo que me conviene… ¡Es que siempre es un empleo del Estado…!

—Sí… —contesta el director—. Pero yo creo que al cabo de un mes estaría usted harto de ese empleo y lo dejaría, mientras que hay candidatos a él para los que esa plaza significa la carrera de toda la vida. ¡Hay pobres para los cuales…!

—¡No me hartaré, excelencia! ¡Palabra de honor que cumpliré bien!

El director estalló.

—Escúcheme —preguntó con sonrisa despreciativa—. ¿Por qué no se dirigió directamente a mí y consideró preciso molestar a las damas?

—No sabía que eso pudiera resultarle desagradable —contestó, azorándose, Polsujin—. Pero en fin, excelencia, si usted no da valor a las cartas de recomendación, puedo presentarle los atestados…

Y extrayendo un papel de su bolsillo, se lo entregó al director. Al pie del atestado, redactado en lenguaje y escritura oficiales, veíase la firma del gobernador. Era fácil de comprender que el gobernador, sin duda para deshacerse de alguna señora pegajosa, había firmado sin mirar.

—¡No hay nada que hacer! ¡Me inclino! —dijo el director tras leer el atestado; y suspiró—. Presente mañana la solicitud. ¡No hay nada que hacer!

Cuando Polsujin se marchó, un sentimiento de asco se adueñó por entero del director.

—¡Mamarracho! —silbó paseando por la estancia—. ¡Ya se ha salido con la suya ese pollo de salón, ese mequetrefe, ese «todo reverencias para las damas», esa inmundicia!… ¡Animal!…

El director escupió ruidosamente sobre la puerta tras la que había desaparecido Polsujin, pero de pronto se azoró, pues en aquel preciso

momento una señora, la mujer del delegado de Hacienda, penetraba en el despacho.

—Sólo un momento, sólo un momento… —empezó a decir la señora—. Siéntese, compadre, y escúcheme con atención… Dicen que tiene usted una plaza vacante… Hoy o mañana vendrá a verle un joven…, un tal Polsujin… Mientras la señora piaba, el director la miraba con ojos turbios y apagados, como quien va a perder el conocimiento de un instante a otro. La miraba sonriendo sólo por educación.

Al día siguiente, cuando recibió la visita de Vremenskii, el director estuvo largo rato sin resolverse a decir la verdad. Buscaba las palabras, se trabucaba y no encontraba ni el modo de empezar ni qué decirle. Sentía deseos de disculparse ante el profesor, de referirle toda la verdad, pero, como borracho, la lengua no le obedecía. Las orejas le ardían y, de repente, se sintió invadido por un sentimiento de enojo, de ofensa, por lo que significaba para él tener que hacer un papel tan estúpido en su propio despacho y ante un subalterno. Asestando súbitamente un puñetazo a la mesa, se levantó de un salto y gritó enfadado:

—¡No tengo plaza para usted!… ¡No y no!… ¡Déjeme en paz! ¡No me atormente!… ¡Déjeme en paz! ¡Hágame ese favor!

Y salió del despacho.

LA BODA

EL testigo, con la chistera puesta, guantes blancos y aliento entrecortado, se despoja del abrigo en el recibimiento, y como quien se dispone a comunicar algo terrible, entra velozmente en el salón.

—¡Ya está el novio en la iglesia! —anuncia, respirando fatigosamente.

Se hace el silencio. De repente, todos se llenan de tristeza.

El padre de la novia, coronel retirado, cuyo demacrado rostro revela al bebedor, consciente sin duda de que su torpe y pequeña figura de militar vestida de calzón corto no ofrece bastante solemnidad, se yergue e infla las mejillas. Después toma la imagen de la mesa. Su mujer, una viejecita tocada con una cofia de tul adornada con anchas cintas, coge el pan y la sal y se coloca a su lado. Da comienzo la ceremonia de la bendición.

Silenciosamente, como una sombra, Liubochka, la novia, se hinca de rodillas ante su padre, y su velo al agitarse se engancha en las flores esparcidas por su vestido. De su peinado se desprenden unas cuantas horquillas. Después de inclinarse ante la imagen y de besar a su padre, que infla las mejillas con renovada fuerza, Liubochka se postra ante la madre. Su velo vuelve a engancharse, y dos excitadas señoritas corren hacia ella, lo desprenden, lo acomodan y lo sujetan con alfileres…

Reina el silencio. Todos están callados e inmóviles; tan sólo los testigos, impacientes como fogosos caballos, descansan alternativamente en uno u otro pie, como esperando el momento de serles permitido abandonar su sitio.

—¿Quién va a llevar la imagen? —se oye decir en un inquieto cuchicheo —. ¡Spira! ¿Dónde estás? ¡Spira!

—¡Aaara mesmito! —contesta desde el recibimiento una voz infantil.

—Tranquilícese, Daria Danilovna —consuela alguien a media voz a la vieja que solloza abrazada a la hija—. ¡No se debe llorar! ¡Lo que hay que hacer, almita, es alegrarse, no llorar!

La bendición ha terminado. Liubochka, pálida, muy solemne, con aire severo, se besa con sus amigas, tras lo cual todos se dirigen ruidosamente a la

antesala. Los testigos, con inquieto apresuramiento y diciendo *pardon* a cada instante sin necesidad alguna, ayudan a cubrirse a la novia.

—¡Liubochka! ¡Deja que te vea otra vez! —gime la vieja.

—¡Vamos, Daria Danilovna! —suspira alguien en tono de reproche—. ¡Hay que alegrarse, y usted… sabe Dios lo que le ocurre!…

—¡Spira!… ¿Dónde estás? ¿Se puede saber?… ¡Spira!… ¡Este chiquillo es un castigo! ¡Ve delante!

—Aaara mesmito.

Uno de los testigos toma entre sus manos la cola de la novia y la procesión emprende el descenso. Colgando de las barandillas, en todas las esquinas y rincones se sitúan las doncellas y niñeras que devoran con los ojos a la novia, pudiendo escucharse su zumbido aprobatorio. Voces inquietas resuenan en las filas de la retaguardia: que si alguien ha olvidado algo…, que quién tiene el ramo de la novia… Las damas chillan suplicando que no se haga esto o aquello sobre lo que hay una superstición.

Hace tiempo que junto al portal esperan la berlina y el milord. Las crines de los caballos están adornadas con flores de papel, y todos los cocheros llevan pañuelos de diferentes colores anudados al brazo. Un gigante prodigioso, de ancha barba y caftán nuevo, está sentado en el pescante de la berlina. Con sus brazos tendidos, sus puños cerrados, su cabeza echada hacia atrás y la extremada anchura de sus hombros, no ofrece el aspecto de un ser vivo ni humano. Todo él parece estar petrificado…

—¡Soooó! —dice con una voz atiplada, añadiendo después con otra de bajo profundo—: ¡Quietos! —de este modo su cuello parece contener dos gargantas—. ¡Soooó! ¡Quietos!

El público llena la calle por ambos lados…

»—¡Arrima! —gritan los testigos, aunque no haya nada que arrimar, pues la berlina está arrimada hace tiempo.

Spira, portador de la imagen, la novia y dos amigas toman asiento en la berlina. La portezuela se cierra y la calle resuena bajo el rodar del coche.

—¡El milord para los testigos! ¡Arrima!

Los testigos saltan al milord, y cuando éste arranca alzándose ligeramente en el asiento y como presos de convulsiones, proceden a ponerse los abrigos. Son ofrecidos nuevos coches.

—¡Siéntese, Sofia Denisovna! —dicen otras voces—. ¡Usted también, Nikolai Mironich! ¡Soooó! ¡No se preocupe, señorita; para todos habrá sitio! ¡Cuidado!

—¡Oye, Makar! —grita el padre de la novia—. ¡De vuelta de la iglesia toma otro camino! ¡Hay una superstición!…

Por la calle, coches, ruido, gritos…

Al fin, todos se han marchado y vuelve a reinar el silencio. El padre de la novia regresa a la casa. En el salón, los camareros preparan la mesa y en un cuartito oscuro contiguo al salón, al que todos en la casa llaman *de paso*, se suenan la nariz los músicos. Por todas partes se corre, hay barullo, pero a él le parece que la casa está vacía. En su cuartito oscuro trastean los músicos de la banda militar. Resulta difícil acomodarse en él con sus grandes, pesados atriles y con sus instrumentos. Sólo hace poco tiempo que están allí y ya la atmósfera de la habitación *de paso* se ha enrarecido notablemente, hasta el punto de hacerse irrespirable. Su Jefe, Osipov, al que la vejez ha tornado de estopa los bigotes y las patillas, en pie ante el atril, fija una mirada enfadada en los libros de música.

—Tú no te desgastas, Osipov —dice el coronel—. ¿Cuántos años hace ya que te conozco?… ¡Lo menos unos veinte!

—Más, ilustrísima. Si se sirve usted recordarlo, toqué en su boda.

—Sí, sí… —suspira el coronel, que queda pensativo—. ¡Mira que ahora esta historia, hermano!… Casé a los hijos, ¡a Dios gracias!, y ahora caso a la hija, y la vieja y yo nos quedamos huérfanos. ¡Ya no tenemos hijitos!… ¡Nos quedamos solos!

—¡Quién sabe!… ¡A lo mejor, Efim Petrovich, Dios le manda otros cuantos más!

Efim Petrovich, asombrado, mira a Osipov y se echa a reír.

—¿Más? —pregunta—. ¿Cómo has dicho? ¿Que Dios me mandará más niños? ¿A mí?

La risa le atraganta, y en sus ojos brotan lágrimas. Los músicos, por cortesía, ríen también. Efim Petrovich busca con los ojos a la vieja para comunicarle lo que acaba de decir Osipov, pero en este momento es ella misma la que acude volando a él, enfadada y con ojos de llanto.

—¡No tienes temor de Dios, Efim Petrovich! —dice, alzando las manos —. ¡Nosotros busca que te busca el ron!… ¡Hasta nos han salido amponas en los pies y tú ahí tan tranquilo! ¿Dónde está el ron?… ¡Sabes que Nikolai Mironich no puede pasarse sin ron y te tiene sin cuidado!… ¡Ve a enterarte dónde puso el ron Ignat!

Efim Petrovich se dirige al sótano donde está instalada la cocina. Por la sucia escalera suben y bajan los camareros y las mujeres. Un joven soldado, con la chaqueta del uniforme colgando de un hombro y apoyada la rodilla en

uno de las peldaños, da vueltas a la manivela de la heladora. El sudor cae de su rostro encendido. En la oscura y reducida cocina, entre nubes de humo, trabajan los cocineros alquilados en el Club. Uno de ellos arranca los despojos a un capón; otro hace estrellitas de zanahoria; el tercero, con el rostro de un rojo carmesí, introduce una bandeja en el horno. Los cuchillos golpean, tintinea la vajilla y chisporrotea la mantequilla. Al caer en este infierno, Efim Petrovich se olvida del encargo de la vieja.

—¿No estáis demasiado apretados aquí, hermanitos? —pregunta.

—¡Es igual, Efim Petrovich!… ¡Estamos apretados, pero no regañados!… ¡No se preocupe!

—¡Esmeraos, muchachos!

De un rincón oscuro surge la figura de Ignat, el encargado del *buffet* del Club.

—¡Esté tranquilo, Efim Petrovich! ¡Todo se hará lo mejor posible!… ¿Con qué manda usted que se haga el helado?… ¿Con ron, con *sauterne* o sin nada?…

De vuelta en las habitaciones principales, Efim Petrovich vaga largo tiempo por ellas, luego se detiene ante la puerta del cuarto *de paso* y entabla otra vez conversación con Osip.

—¡Así es, hermano! —dice—. ¡Nos hemos quedado huérfanos!… Mientras se seca la nueva casa, los recién casados vivirán aquí, pero luego…, ¡adiós! ¡Ya no estarán con nosotros!

Ambos suspiran. Los músicos, por cortesía, suspiran también, con lo que la atmosfera se hace todavía más densa.

—¡Sí, hermano!… —prosigue sin animación Efim Petrovich—. ¡Tuvimos una hija y la casamos!… Él es un hombre instruido… Sabe francés… Lo único es que es algo aficionado a la bebida…, aunque… ¿quién no bebe hoy en día?… ¡Todo el mundo bebe!

—¡Que beba no tiene importancia! —dice Osip—. Lo principal, Efim Petrovich, es que sepa cumplir con su obligación…, porque que beba…, ¿por qué no va a beber?… ¡Puede beberse! ¡Claro que puede beberse!

Se oyen unos sollozos.

—¿Acaso es él capaz de apreciarlo? —se lamenta ante unas viejas Daria Danilovna—. ¡Nosotros, querida, le hemos dado diez mil rublos!… *¡Kopeka* por *kopeka!*… ¡Hemos inscrito la casa a nombre de Liubochka! ¡Y unas trescientas *desiatinas* de tierra!… ¡Se dice fácilmente!… Pero ¿acaso es él capaz de apreciarlo?… ¡Hoy en día no se es capaz de apreciar esto!

La mesa con las frutas está ya preparada y sobre dos bandejas se aprietan las copas unas contra otras. Las botellas de champaña están envueltas en las servilletas y en el comedor se oye ya el borboteo de los *samovares*. Un camarero de rostro afeitado y patillas apunta en un papel los nombres de las personas por las que se va a brindar durante la cena, y lo lee como si se lo estuviera aprendiendo de memoria. De las habitaciones es arrojado un perro intruso. La espera está llena de tensión y… Pero he aquí que resuenan ya voces inquietas.

—¡Ya vienen! ¡Ya vienen!… ¡Padrecito!… ¡Efim Petrovich!… ¡Ya vienen!

La vieja, aturdida, con rostro que expresa la mayor confusión, coge el pan y la sal. Efim Petrovich infla las mejillas y ambos se precipitan al recibimiento. Discreta y rápidamente, afinan los músicos sus instrumentos y de la calle llega el ruido de los carruajes. De nuevo entra del patio el perro intruso, que chilla al ser de nuevo arrojado… Un minuto más de espera y en el cuartito *de paso*, aguda, frenética, estalla una marcha ensordecedora y salvaje. El aire se llena de exclamaciones, de besos; resuena el estampido de los corchos de las botellas de champaña y los lacayos ponen rostro severo…

Liubochka y su cónyuge, un señor de aspecto grave y lentes de oro, están aturdidos. La ensordecedora música, la fuerte luz, la atención general y aquella masa de rostros desconocidos, les deprime. Fijan a ambos lados una mirada embotada y no ven ni comprenden nada.

Se bebe champaña, se bebe té y todo discurre de manera correcta y solemne. Innumerables parientes, extraordinarios abuelos y abuelas que nadie hacía conocido antes nunca, figuras eclesiásticas, militares retirados, los padrinos de boda del novio, los padrinos del bautizo, se agrupaban junto a la mesa bebiendo su té a sorbitos y conversando sobre Bulgaria. Las señoritas se pegan como moscas a las paredes y hasta los testigos han perdido su aspecto desasosegado y permanecen tranquilamente junto a las puertas. Transcurren una hora y otra más y ya toda la casa retiembla del ruido de la música y el baile. Los testigos vuelven a aparecer como soltados de sus cadenas. En el comedor, en que ha sido instalada la mesa de los entremeses, se agrupan los viejos y la juventud que no baila. Efim Petrovich, que ha bebido ya algunas copas, guiña los ojos, chasquea los dedos y se atraganta de risa. La idea de lo bueno que sería casar a los testigos, le atraviesa la cabeza. Esta idea le gusta, le parece grandiosa y divertida y se siente contento; tan contento, que no puede expresar su alegría con palabras y se limita a reír… Su mujer, que

desde la mañana no ha comido nada y a la que el champaña ha embriagado, sonríe a su vez beatíficamente y dice a todos:

—¡No se permite la entrada al dormitorio! ¡No se puede! ¡No es delicado entrar en el dormitorio! ¡No curioseen!

Palabras que significan: «Sírvanse ir al dormitorio».

Toda su vanidad de madre, todo su talento, ha sido aplicado en el arreglo de este dormitorio y, además… ¡había de qué presumir!

En el centro de éste se encuentran dos altas camas con cuadrantes de encajes, mantas de seda acolchada, dibujos incomprensibles y enigmáticos. Sobre la cama de Liubochka hay una cofia adornada con cintas color de rosa, y sobre la de su marido un gorro de color ratón con borlitas azules. Cada uno de los invitados, al echar la mirada sobre las camas, considera su deber guiñar significativamente los ojos y decir: «Síii…», mientras la vieja, radiante, cuchichea:

—El dormitorio ha costado unos trescientos rublos, padrecito. No es ninguna broma… ¡Pero váyanse! ¡No está bien que los señores entren aquí!

Hacia las tres, se sirve la cena. El camarero de las patillas anuncia los brindis, que la música subraya con festivos acordes. Bebido ya hasta no poder más, Efim Petrovich no reconoce a nadie. Le parece no estar en su casa y haber sido ofendido. Sale al recibimiento, se pone la pelliza y el gorro, encuentra sus chanclos y grita con voz ronca:

—¡No me da la gana estar aquí más tiempo! ¡Sois todos unos canallas! ¡Unos bribones!… ¡Ya les sacaré yo a relucir los trapos sucios!

A su lado está su mujer, que le dice:

—¡Cálmate, alma de Dios!… ¡Cálmate, Herodes!… ¡Ídolo!… ¡Castigo mío!

EN TIERRAS EXTRANJERAS

Es un mediodía dominical. El terrateniente Kamischev está sentado en el comedor, ante una mesa lujosamente servida, y almuerza reposadamente. El francés monsieur Champougn, un viejo limpio y bien afeitado, comparte con él la comida. Este Champougn ejerció en un tiempo oficios de preceptor en la casa de Kamischev. Enseñaba a los niños finos modales, una buena pronunciación y baile. Después, cuando los hijos de Kamischev crecieron y llegaron al grado de tenientes, Champougn quedó allí en calidad de algo semejante a institutriz del género masculino.

Las obligaciones del antiguo preceptor no son complicadas. Se reducen a vestirse correctamente, a oler a perfume, a escuchar la charla intrascendente de Kamischev, a comer, a beber, a dormir y, al parecer, a nada más. Por todo esto recibe manutención, vivienda y un sueldo indeterminado.

Kamischev come y, siguiendo su costumbre, mientras come, deja oír su charla intrascendente.

—¡Bien! —dice secándose las lágrimas que brotan de sus ojos después de la deglución de un trozo de jamón bien untado de mostaza—. ¡Uf! ¡Se me ha subido a la cabeza y a todas las articulaciones!… ¡Con su mostaza francesa no le pasa a uno eso, aunque se tome todo el frasco!

—Hay a quien le gusta la mostaza francesa y a quien la rusa —dice tímidamente Champougn.

—¡La francesa no le gusta a nadie! ¡Si acaso, a los franceses! ¡Claro que un francés se come todo lo que le das! Lo mismo que sea una rana, que una rata, que una cucaracha… ¡Brrrrr! A usted, por ejemplo, no le gusta este jamón porque es ruso…, y si le sirvieran vidrio asado y le dijeran que era francés, se lo comería usted y lo ponderaría… Para usted todo lo ruso es malo.

—Yo no digo eso.

—Todo lo ruso malo y todo lo francés…, ¡oh!…, *C'est très joli!*… Según usted, no hay mejor país que Francia, pero a mi parecer… Porque, bueno…, ¿qué es Francia?… Digámoslo en conciencia… ¡Un pedacito de tierra! ¡Si

mandará uno allí a nuestro jefe de Policía, al cabo de un mes pediría el traslado! ¡No tendría sitio para moverse!… ¡A su Francia se la puede recorrer en un día, mientras que a nuestro país…, en cuanto sales del portalón, ya no se le ve el fin!… Uno anda, anda…

—Sí, monsieur. Rusia es un país inmenso.

—¡Claro que lo es! ¡Según usted, no hay gente mejor que la francesa!… ¡Inteligente…, sabia…, mucha civilización!… De acuerdo… Todos los franceses son sabios…, amanerados. Es verdad… Un francés no se permitirá nunca una descortesía… Ofrecerá oportunamente asiento a una dama, no comerá cangrejos con tenedor, no escupirá en el suelo, pero… ¡carecen de espíritu!… No puedo explicarle en qué consiste…, no sé cómo explicarme…, pero al francés le falta un algo…, aquello… —sus dedos, que agita al hablar, parecen buscar alguna cosa—, aquello…, algo… ¡jurídico! Recuerdo haber leído en no sé qué parte, que vuestra inteligencia está adquirida a través de los libros, mientras que la nuestra es de nacimiento. ¡Si a un ruso se le enseñaran debidamente las ciencias ni un solo profesor vuestro podría comparársele!

—Puede que sí —dice con desgana Champougn.

—¡Puede que sí, no!… ¡Seguro!… ¡No hay por qué hacer muecas de desagrado! ¡Estoy diciendo la verdad! La inteligencia rusa es la inteligencia de tipo creador. Lo único que ocurre es que no se le abre paso y el mismo ruso no sabe aprovecharla… Si inventa algo lo rompe o se lo da a los niños para que jueguen, mientras que su francés de usted inventa una tontería y todo el mundo la celebra. El otro día, el cochero lona construyó un hombrecito de madera; tirabas al hombrecito de un hilito y hacía una inconveniencia… ¡Y, sin embargo, lona no se vanagloria de ello!… En general, no me gustan los franceses. ¡No hablo de usted!… Es en general… Es gente sin moral alguna. Exteriormente parecen como todo el mundo, pero luego viven como los perros… ¡En el matrimonio, por ejemplo!… ¡Entre nosotros, uno se casa, pega a la mujer y se acabó la conversación!, pero entre ustedes…, el diablo sabe lo que ocurre. El marido pasando el día entero en el café y la mujer dejando que la casa se le llene de franceses y baila que te baila el cancán con ellos.

—¡No es cierto! —dice Champougn, cuyo rostro se enciende sin poderlo evitar—. En Francia los principios familiares son muy elevados.

—¡Ya sabemos qué principios son ésos!… ¡Debería usted avergonzarse de defenderlos!… ¡Hay que ser imparcial!: ¡Si son unos cochinos, es que son unos cochinos!… ¡Gracias a que los alemanes les zurraron!… ¡A fe mía que gracias!… ¡Que Dios les dé salud!…

—¡No comprendo, entonces, monsieur! —dice el francés levantándose de un salto y con los ojos brillantes—. Si aborrece usted a los franceses, ¿por qué me tiene a mí?

—¿Y dónde le voy a meter?

—¡Déjeme libre y me marcharé a Francia!

—¿Qué?… ¿Acaso le iban a dejar entrar ahora en Francia?… ¡Usted para su patria es un traidor!… ¡Tan pronto le parece a usted gran hombre Napoleón como Gambetta! ¡Ni el mismo diablo sería capaz de entenderlo!

—¡Monsieur! —dice en francés Champougn, espurreando saliva y arrugando la servilleta—. ¡La ofensa que acaba usted de inferir a mis sentimientos no la hubiera ideado mi mayor enemigo! ¡Todo acabó!

Y, haciendo un ademán trágico, el francés arroja la servilleta sobre la mesa con afectado gesto y sale de allí lleno de dignidad.

Tres horas más tarde la mesa se transforma y la servidumbre sirve la comida. Kamischev se sienta solo a la mesa. Después de la copa que precede a la comida, está ansioso por dejar oír su charla intrascendente. Siente deseos de expansionarse, pero no tiene oyente.

—¿Qué hace Alfons Liudovikovich? —pregunta al criado.

—Está haciendo la maleta, señor.

— ¡Valiente majadero!…, y que Dios me perdone… —dice Kamischev dirigiéndose a continuación a la habitación del francés.

Champougn, sentado en el suelo, en el centro de ésta, coloca en la maleta ropa, frascos de perfume, misales, tirantes y corbatas… Toda su figura correcta, su cama, su maleta y su mesa, respiran elegancia y feminidad. De sus grandes ojos azules caen sobre la maleta gruesas lágrimas.

—¿Adónde se propone usted ir? —pregunta Kamischev después de permanecer un rato en silencio.

El francés calla.

—¿Quiere usted marcharse? —prosigue Kamischev—. ¡Bien!… ¡Como quiera!… No soy quién para retenerlo… Sólo una cosa me sorprende… ¿Cómo va usted a ir sin pasaporte?… Me parece extraño… Usted sabe que yo he extraviado su pasaporte… Lo metí no sé dónde…, entre papeles…, y se me perdió. Ya sabe que entre nosotros todo lo referente a los pasaportes está severamente considerado. No podrá usted hacer ni cinco *verstas* sin que le cojan.

Champougn levanta la cabeza y mira incrédulo a Kamischev.

—Sí… Usted lo verá… Le notarán en la cara que no lleva pasaporte y en seguida empezarán: «¿Quién es usted?… ¿Alfons Champougn?… ¡Ya

sabemos qué *clase* de Alfons Champougn! ¡Tenga la bondad de pasar aquí cerca!».

—¿Está usted bromeando?

—¿Por qué voy a bromear? ¿Qué necesidad tengo de ello?… ¡Sólo que eso sí!… ¡Acuérdese de nuestras condiciones y no me venga luego con lloriqueos y empiece a escribirme cartas!… ¡No moveré ni un dedo aunque pase usted delante de mí con las esposas puestas!

Champougn se levanta de un salto y pálido, con ojos desorbitados, empieza a pasear, por la habitación.

—¿Qué hace usted conmigo? —dice, preso de desesperación y llevándose las manos a la cabeza—. ¡Dios mío! ¡Oh! ¡Maldita la hora en que se me ocurrió la idea desastrosa de dejar mi patria!

—¡Bueno…, bueno!… ¡Si era todo una broma! —dice Kamischev, bajando de tono—. ¡Qué chillado es usted!… ¡No es usted capaz de comprender una broma!… ¡No se le puede decir nada!

—¡Querido mío! —exclama Champougn con chillona voz, tranquilizado por el tono de Kamischev—. ¡Le juro que estoy apegadísimo a Rusia, a usted y a sus hijos! ¡Para mí abandonarles me sería tan penoso como morir! ¡Sin embargo, cada una de sus palabras me hiere en el corazón!

—¡Ah, qué chiflado! ¿Qué necesidad tenía usted de ofenderse porque yo ataque a los franceses?… ¡Atacar puede uno atacar a cualquiera y por eso no tiene nadie que ofenderse!… ¡Vaya con el chiflado!… Tome usted ejemplo de Lazar Isakich, el arrendatario… ¡Yo me meto con él de todas las maneras posibles…, le llamo judío, le hago la oreja de cerdo con el faldón, le tiro de las patillas, y ni siquiera se molesta!

—¡Pero es porque es un esclavo!… ¡Por una *kopeka* está dispuesto a cualquier bajeza!

—¡Bueno, bueno!… ¡Basta ya! ¡Vamos a comer! ¡Paz y concordia!

Champougn empolva su cara, que tiene huellas de llanto, y sigue a Kamischev al comedor. El primer plato es ingerido en silencio. Tras el segundo, empieza la misma historia. Con lo que los sufrimientos de Champougn no tienen fin.

CERRAZÓN

UN joven campesino, rubio, de pómulos salientes y vestido con gastado *tulup* y grandes y negros *valenkii*, que había esperado a que el médico del distrito, después de terminada la consulta, emprendiera el regreso de su casa, acercándose a aquél, indeciso, le dijo:

—Vengo a ver a su merced.

—¿Qué quieres?

El mozo pasóse la palma de la mano de abajo arriba por la nariz, miró luego al cielo y por último contestó:

—¡Vengo a ver a su merced porque… aquí, señoría…, en la sala de los detenidos…, está mi hermano Vaska…, el herrero de Varvarino!

—Bien, ¿y qué?

—Pues que uno entonces…, como es el hermano de Vaska… Nuestro padre tiene dos hijos… Él…, Vaska…, y yo, Kirila. Además de nosotros hay tres hermanas, y Vaska es casado y tiene un crío… ¡Mucha gente, sí…, pero si va usted a ver…, para trabajar, nadie! ¡En la herrería ya va para dos años que no se ha encendido el horno!… ¡Yo mismo trabajo en la fábrica de percales, pero de herrería no sabe uno nada, y el padre…! ¡Sí que va a trabajar!… ¡No diré yo trabajar, ni comer puede ya el hombre! ¡No acierta a dar en la boca con la cuchara!

—Pero, bueno, ¿qué es lo que quieres de mí?

—¡Que me hagas la merced…! ¡Que sueltes a Vaska!

El médico miró asombrado a Kirila, y sin decir una palabra reanudó su camino. El mozo corrió a ponerse delante de él y se le arrojó a los pies.

— ¡Doctor! ¡Buen caballero! —suplicó, parpadeando y volviendo a pasarse la mano por la nariz—. ¡Hazlo en nombre de Dios! ¡Deja que Vaska vuelva a casa! ¡Eternamente pediré a Dios por ti! ¡Señoría! ¡Suéltalo!… ¡En casa se mueren todos de hambre! ¡La madre anda buena…, pero está siempre llorando!… ¡La *baba* de Vaska también llora! ¡Esto es sencillamente una muerte! ¡Ni de mirar a la luz del día le dan a uno ganas! ¡Hazme la merced! ¡Suéltalo, buen señor!

—¿Eres tonto o es que te has vuelto loco? —preguntó el doctor, mirándole con enfado—. ¿Cómo voy a soltarlo yo, si es un preso?

Kirila se echó a llorar.

—¡Suéltelo!

—¡Bah!… ¡Chiflado! ¿Con qué autoridad, vamos a ver, voy a poder soltarlo yo? ¿Soy acaso carcelero? Si me lo llevaron a la clínica fue para que le curara. ¡Ya le estoy curando, pero para soltarlo tengo la misma autoridad que tendría para meterte a ti en la cárcel! ¡Cabeza huera!

—¡Pero es que le encarcelaron sin razón! ¡Antes del juicio ya había estado casi un año entero en la cárcel!… Pero ahora…, dice uno…, ¿por qué va a estar ahora?… ¡Si siquiera hubiera matado a alguien…, o, digamos, robado caballos!… Pero ¡que le agarren a uno sin razón!

—Muy cierto, pero ¿qué pinto yo en ello?

—¡Meten en la cárcel al *mujik* y ellos mismos no saben por qué!… ¡Andaba bebido el hombre, señoría!… ¡No se daba cuenta de nada y hasta al padre le pegó un tajo en una oreja! ¡El carrillo se lo arañó también con una rama seca! ¡Y todo por borracho!… Fíjese cómo fue la cosa… A dos de nuestros muchachos les entraron ganas de dar unas chupadas de tabaco turco y empezaron conque si se fuera con ellos por la noche al comercio del armenio a buscar tabaco… Como estaba borracho, el muy tonto dijo que bueno… Y sabes…, rompieron el candado, entraron y armaron un cisco… ¡Todo lo abrieron! ¡Rompieron los cristales! ¡Derramaron la harina!… En una palabra…, ¡lo que hace uno borracho!… En seguida, claro…, ¡que si el Jefe de Policía, que si el Juez pesquisidor!… ¡Un año se tiró en la cárcel, y hace una semana, el miércoles, que a los tres les juzgaron en la ciudad!… Detrás iba un soldado con el fusil y la gente prestaba juramento… ¡Vaska es el que tiene menos culpa, y los señores juzgaron que era él el primer inductor!… ¡A dos de los muchachos les mandaron a la cárcel, y a Vaska, al pelotón de los condenados a tres años!… ¿Y por qué, se pregunta uno?… ¡Júzgale tú!

—¿Pero ya empiezas otra vez? ¿Qué pinto yo en todo esto? ¡Dirígete a la autoridad!

—¡Ya he estado con la autoridad!… ¡Estuve en el Juzgado! ¡Quería entregar una solicitud, pero no me la aceptaron! Me voy a ver al jefe de Policía y al juez pesquisidor, y todos me dicen: «¡Eso no es asunto mío!…». ¿Pues de quién es el asunto entonces?… ¡Aquí en la clínica no hay otro mayor que tú!… ¡Lo que tú quieres, señoría, eso haces!

—¡Eres tonto! —suspiró el doctor—. ¡Si el Jurado es el que le acusa, ni el alcalde, ni el gobernador, ni el mismo ministro, ni mucho menos el jefe de

Policía pueden hacer nada! ¡Todas tus gestiones han sido hechas inútilmente!

—¿Quién le ha juzgado entonces?

—¡El Jurado!

—¡Pues vaya señores! ¡También había allí *mujiks* de los nuestros!… Estaba Andrei Guriev… Estaba Aloschka Juk…

—Bueno. Tengo frío para seguir hablando contigo —dijo el doctor con un ademán, dirigiéndose a la puerta de su casa.

Kirila quiso seguirle, pero al oír un portazo se detuvo. Por espacio de unos diez minutos permaneció parado e inmóvil ante la clínica, sin ponerse el gorro y mirando al piso del doctor. Luego suspiró profundamente, se rascó despacio y se encaminó a la salida.

—¿A quién puedo dirigirme? —mascullaba al emprender el camino—. El uno me dice que si no es asunto suyo… El otro, que tampoco es asunto suyo… ¿Pues de quién es entonces el asunto?… ¡No! ¡Hasta que no les untes la mano no hay nada que hacer!… También el doctor, mientras hablaba conmigo, andaba todo el tiempo mirándome el puño para ver si le largaba algún *azulito*…**[101]**. ¡Deja, hermano, que hasta el gobernador he de llegar!

Descansando tan pronto sobre un pie como sobre otro, y volviendo a cada momento sin necesidad alguna la cabeza hacia atrás, arrastrándose perezosamente por el camino, meditando al parecer sobre dónde debía de ir. No hacía frío y la nieve crujía débilmente bajo sus pies. Ante él, no más lejos de una media *versta* y extendida sobre una colina, hallábase la pequeña ciudad del distrito en que había sido juzgado su hermano. A la derecha resultaba oscura la cárcel, con su tejado rojo y sus garitas flanqueando las esquinas. A su izquierda, había una arboleda propiedad de la ciudad, ahora cubierta de escarcha. Reinaba el silencio. Tan sólo delante de él iba un viejo tocado con un enorme gorro que tosía al tiempo que alentaba a la vaca que conducía a la ciudad.

—¡Hola, abuelo! —dijo Kirila al dar alcance al viejo.

—Hola.

—¿La llevas para venderla?

—No… ¡Porque sí! —contestó perezosamente el viejo.

Entablóse la conversación. Kirila contó para qué había ido a la clínica y sobre qué había hablado con el doctor.

—¡Claro que al doctor esos asuntos no le confieren! —le decía el viejo cuando entraba con él en la ciudad—. ¡Aunque sea un señor y le hayan enseñado a curar de todas las maneras, en lo que atañe a darte un consejo y a levantar un acta…, eso no es cosa que pueda hacer! ¡Para eso hay superiores

más a propósito!… ¡Tú te fuiste a ver al juez de paz y al jefe de Policía, y ésos tampoco tienen capacidad para tu asunto!…

—¿Dónde va uno a ir entonces?

—Para vuestros asuntos de aldeanos…, el más adecuado es el miembro de plantilla señor Sideokov… ¡Vete a verle!

—¿Ese que vive en Solotovo?

—Justamente. En Solotovo vive. Es el más adecuado para vosotros. ¡En lo tocante a vuestros asuntos ni siquiera el jefe de Policía puede nada contra él!

—¡Es que está muy lejos, hermano! ¡Lo menos habrá quince *verstas*, y hasta puede que más!

—¡Al que necesita algo no le importan nada ni cien *verstas*!

—¡Eso sí!… ¿Habrá que llevar una solicitud?

—Allí te enterarás. Si hay que llevar solicitud, el escribiente te la escribirá. El miembro de plantilla tiene un escribiente.

Al separarse del abuelo, Kirila quedó meditando un rato en medio de la plaza, tras lo cual salió de la ciudad. Había decidido ir a Solotovo.

Unos cinco días después, cuando de vuelta de su visita a los enfermos, el doctor se dirigía a su casa, vio a Kirila de nuevo en el patio. Aquella vez el mozo no iba solo. Le acompañaba un viejo pálido y demacrado, cuya cabeza, como un péndulo, se agitaba en un continuo movimiento de asentimiento al tiempo que su boca desdentada mascullaba algo.

—¡Señoría! ¡Otra vez acudo a tu merced! —empezó a decir Kirila—. ¡He venido con mi padre! ¡Hazme la merced! ¡Suelta a Vaska! ¡El miembro de plantilla no quiso ni escuchar! Dijo: «¡Fuera de aquí!».

—¡Señoría! —silbó la garganta del viejo, que alzaba las temblorosas cejas —. ¡Sea misericordioso! ¡Somos pobres! ¡No podemos corresponder a su señoría…, pero si su merced lo desea, Kiriuschka y Vaska pueden devolvérselo en trabajo! ¡Que trabajen!

—¡Se lo devolveremos en trabajo! —dijo Kirila levantando el brazo, como si se dispusiera a prestar juramento.

—¡Suéltale! ¡Se mueren de hambre! ¡El día entero se pasan llorando, señoría!…

El mozo lanzó una mirada rápida al padre, le tiró de la manga y ambos, como obedeciendo a una consigna, se arrojaron a los pies del doctor. Éste, con un ademán y sin volver la cabeza, se dirigió rápidamente hacia su puerta.

EL DRAMA

PAVEL Vasilich… Una dama pregunta por usted —anunció Luka—. Ya hace una hora que espera.

Pavel Vasilich acababa de almorzar. Al oír hablar de la dama hizo una mueca de disgusto y dijo:

—¡Mándala al diablo! ¡Dile que estoy ocupado!

—Ha venido ya cinco veces, Pavel Vasilich. Dice que tiene necesidad absoluta de verle… Está a punto de llorar.

—¡Hum!… Bueno, dile que pase al despacho.

Sin apresurarse, Pavel Vasilich se pone la levita, coge con una mano una pluma y con la otra un libro, y aparentando estar muy ocupado, se dirige al despacho. En éste le espera su visitante, una dama de alta estatura, robusta, de rostro carnoso y rojo, gafas, aspecto bastante respetable y vestida más que correctamente. (Llevaba un polisón de cuatro lazadas y un alto sombrero con un pájaro color naranja). Al ver al amo de la casa puso los ojos en blanco y juntó las manos en actitud de plegaria.

—Usted…, claro está… no se acuerda de mí —empezó a decir, visiblemente nerviosa y con una voz aguda de tenor masculino—. Yo… tuve el gusto de conocerle en casa de los Jrutzkii… Soy Muraschkina…

—¡Ah!… ¡Siéntese! ¿En qué puedo servirla?

—Verá, yo…, yo… —prosiguió la dama sentándose y poniéndose aún más nerviosa—. Usted no se acuerda de mí… Soy Muraschkina… Verá… Yo soy una gran admiradora de su talento y leo siempre con deleite sus artículos. No crea que se lo digo por halagarle. ¡Dios me libre!… Hago solamente justicia a lo que se merece… ¡Siempre, siempre le leo!… En cierto modo yo tampoco estoy muy ajena a la condición de autor. Quiero decir, claro… ¡No es que me atreva a llamarme escritora, pero… también aporto mi gota de miel a la colmena!… Publiqué en distintas épocas tres cuentos infantiles que usted naturalmente no habrá leído. He traducido mucho, y… mi hermano, que en paz descanse, trabajaba en el *Delo*[102].

—¿Sí, eh?… Y… y… ¿en qué puedo servirla?

—Verá usted —Muraschkina bajó la vista y se ruborizó—. Conozco su talento…, su criterio, Pavel Vasilich, y me gustaría conocer su opinión… Más bien pedirle consejo… Yo… tengo que decirle (*pardon pour l'expression*) que he alumbrado un drama y quisiera, antes de enviarle a la censura, saber qué opina usted de él.

Muraschkina, nerviosamente y con expresión de pájaro atrapado, revolvió en su vestido y extrajo de él un voluminoso cuaderno.

A Pavel Vasilich sólo le gustaban sus artículos. Los ajenos que tenía que leer o escuchar le producían el efecto de una boca de cañón dirigida directamente a su fisonomía. Asustándose al ver el cuaderno, se apresuró a decir:

—Bien. Déjelo. Ya lo leeré.

—¡Pavel Vasilich! —dijo lánguidamente Muraschkina levantándose y alzando las manos en actitud de plegaria—. ¡Sé que está usted muy ocupado!… ¡Que cada minuto le es precioso!… ¡Sé también que ahora, para sus adentros, me está usted mandando al diablo…, pero sea bueno! ¡Permítame que le lea ahora mi drama!… ¡Sea tan amable!

—Con mucho gusto —vaciló Pavel Vasilich—. Pero es el caso, señora, que estoy muy ocupado… Tengo que marcharme ahora mismo…

— ¡Pavel Vasilich! —gimió la señora, y sus ojos se llenaron de lágrimas —. ¡Le pido un sacrificio! ¡Mi atrevimiento es grande! ¡Sé que me pongo pesada, pero… sea generoso!… ¡Mañana me marcho a Kasañ y quisiera tener su opinión hoy! ¡Regáleme media hora de atención! ¡Solamente media hora! ¡Se lo suplico!

Pavel Vasilich, en el fondo, era un trapo y no sabía decir que no. Cuando empezó a parecerle que la señora se disponía a echarse a llorar y a ponerse de rodillas, azorándose, balbució aturdido:

—Bueno… Como usted quiera. La escucharé… Por espacio de una media hora…

Muraschkina lanzó una exclamación de júbilo, se quitó el sombrero, se acomodó en el asiento y empezó a leer. Leyó primeramente cómo un camarero y una doncella, mientras arreglaban una sala lujosamente amueblada, hablaban largamente a la señorita Anna Sergueevna, la cual había hecho construir en el pueblo una escuela y una clínica. Cuando el camarero dejó la escena, la doncella emprendió un monólogo sobre esta idea: «La sabiduría es luz y la ignorancia tinieblas». Luego, Muraschkina hace volver al camarero al escenario y le obliga a pronunciar otro largo monólogo, en el que habla de su señor, el general, intransigente para las convicciones de su hija (a

la que ha dispuesto casar con un rico gentilhombre) y que opina que la salvación del pueblo está en la completa ignorancia. Luego, cuando se retiró la sirvienta, apareció la señorita en persona, comunicando a los espectadores que no había pegado los ojos en toda la noche y que se la había pasado pensando en Valentín Ivanich, el hijo de un pobre maestro que socorría a su padre enfermo. Valentín ha estudiado todas las ciencias, pero no cree ni en la amistad ni en el amor. Su vida no tiene objeto y desea la muerte, por lo que ella, la señorita, se cree obligada a salvarle.

Pavel Vasilich escuchaba, recordando con tristeza su diván. Fijaba una mirada de encono en Muraschkina y sentía su voz de tenor masculino golpearle el tímpano. Sin comprender nada, pensaba así:

«¡Te ha traído un diablo!… ¡Mucha falta me hacía a mi oír tus sandeces! ¿Qué culpa tengo yo de que hayas escrito un drama?… ¡Dios mío!… ¡Y qué gordo es el cuaderno! ¡Vaya castigo!».

Pavel Vasilich, mirando el espacio de pared que separaba las dos ventanas, sobre el que pendía el retrato de su mujer, recordó que ésta le había encargado que le comprara y llevara a su casa de campo cinco varas de cinta, una libra de queso y polvos dentífricos.

«¡Con tal de que no se me pierda la muestra de la cinta!… ¿Dónde la he metido?… Me parece que está en la americana azul… Esas moscas canallas bien se han cuidado de manchar de puntos el retrato de mi mujer. Tengo que decirle a Olga que limpie el cristal… Va por la escena duodécima…, lo que quiere decir que pronto acabará el primer acto… ¿Será posible que con este calor y esa corpulencia de cetáceo pueda haber inspiración?… En lugar de escribir dramas, mejor sería que estuviera comiendo *akroschka* y que se echara a dormir en la bodega…».

—¿No encuentra usted que quizá este monólogo es demasiado largo?

Pavel Vasilich no había oído el monólogo. Azorándose, dijo, con un tono tan culpable como si hubiera sido él mismo el que lo hubiera escrito:

—¡No, no!… ¡Ni lo más leve!… ¡Muy mono!…

Muraschkina resplandeció de gozo y prosiguió su lectura:

—«*Anna*.— ¡Está usted corroído por el autoanálisis! ¡Ha dejado usted de vivir demasiado pronto con el corazón, entregándose a la inteligencia!

»*Valentín*.— ¿Y qué es el corazón?… ¡Su sentido es anatómico!… ¡Como término representativo de eso que llamamos sentimientos, no lo admito!…

»*Anna.—(Turbándose)*. ¿Y el amor?… ¿Será esto también un producto de la asociación de ideas?… ¡Dígamelo con franqueza! ¿Ha amado alguna vez a alguien?

»*Valentín.—(Con amargura).* ¡No toquemos antiguas, pero aún abiertas heridas! (*Pausa).* ¿En qué piensa, Anna?… ¡Me parece que es usted infeliz!».

Al llegar a la escena decimocuarta, Pavel Vasilích bostezó e hizo sin querer, con los dientes, el sonido que dejan escapar los perros cuando atrapan moscas. Asustado por este sonido inconveniente, imprimió a su rostro, para disfrazarlo, la expresión de una atención conmovida.

«Decimoctava escena… ¡Cuándo se acabará! —pensaba—. ¡Oh Dios mío!… ¡Si este martirio se prolonga diez minutos más pediré socorro! ¡Esto es insoportable!».

He aquí, sin embargo, que la señora se puso a leer más de prisa y más alto. Alzando la voz, leyó:

—«Telón».

Pavel Vasilich suspiró, aliviado, y ya se disponía a levantarse cuando en aquel momento Muraschkina volvió la página y prosiguió su lectura:

—«Acto segundo. La escena representa la plaza de un pueblo. A la derecha, la escuela; a la izquierda, la clínica. En los peldaños de la escalera de esta última están sentados los campesinos y las campesinas».

—Perdón —la interrumpió Pavel Vasilich—. ¿Cuántos actos tiene?

—Cinco —contestó Muraschkina, que, a renglón seguido, como temiendo que se le fuera el oyente, prosiguió diciendo muy de prisa—: «Por la ventaba de la escuela se asoma Valentín, y por el foro se ve a los campesinos llevando sus aperos a la taberna».

Como un condenado al patíbulo que estuviera convencido de la imposibilidad de indulto, Pavel Vasilich no espera ya el final. Perdida toda esperanza, se esforzaba tan sólo en cuidar de que sus ojos no se le quedaran pegados y de que de su rostro no se esfumara la expresión atenta. El futuro…, el momento en que la señora dejara el drama y se marchara, le parecía tan alejado que ni siquiera pensaba en él.

—Tru-tu-tu-tu —sonaba en sus oídos la voz de Muraschkina—. Tru-tu-tu-tu… Sssssss…

«¡Ya se me olvidó tomar el bicarbonato! —cavilaba—. ¿En qué pensaba yo ahora?… ¡Ah, sí, en él bicarbonato!… Lo que tengo seguramente es catarro intestinal… ¡Es notable!… ¡Smirnovski se pasa el día entero bebiendo vodka, y esta es la hora en que no tiene catarro intestinal!… En la ventana se ha posado un pajarito… ¿Será un gorrión?…».

Pavel hizo un esfuerzo para abrir los fatigadas y pegajosos párpados, bostezó con la boca cerrada y miró a Muraschkina. Esta se cubrió de brumas,

se tambaleó ante sus ojos, y su cabeza, creciendo y triplicándose, se detuvo en el techo…

«*Valentín.*— ¡No!… ¡Déjeme marchar!

»*Anna.—(Asustada).* ¿Por qué?

»*Valentín.—(Aparte).* ¡Ha palidecido! (*A ella).* ¡No me obligue a explicarle las causas! ¡Antes morir que llegue usted a conocerlas!

»*Anna.—(Después de una pausa).* ¡Usted no puede marcharse!…».

Muraschkina empezó a engordar, a tornarse fofa, fundiéndose por ultimo en la atmósfera gris del despacho. Sólo se movía su boca. De repente se hizo pequeña, del tamaño de una botella, se tambaleó, y acompañada de la mesa fue a perderse en el fondo de la habitación.

—«*Valentín.—(Estrechando a Anna entre sus brazos).* ¡Me has resucitado!… ¡Me mostraste la finalidad de la vida! ¡Me renovaste como la lluvia primaveral renueva la tierra que despierta…! Pero…, ¡ay!… ¡Es tarde! ¡Un mal incurable corroe mi pecho!».

Pavel Vasilich se estremeció y fijó sus ojos turbios y aturdidos sobre Muraschkina. Por espacio de un minuto, inmóvil, permaneció mirándola como el que nada comprende.

—«Escena decimoprimera. Dichos, el Barón y el Jefe de Policía, seguido de varios agentes…

»*Valentín.* —¡Prendedme!

»*Anna.* —¡Prendedme también a mí! ¡Sí! ¡Prendedme con él! ¡Le amo! ¡Le amo más que a mi vida!

»*Barón.* —¡Anna Sergueevna! ¡Olvidáis que con esto causáis un daño a vuestro padre!…».

Muraschkina empezó de nuevo a tornarse fofa… Paseando una mirada perturbadora a su alrededor, Pavel Vasilich se alzó de su asiento y de su pecho brotó un grito anormal. Luego, cogiendo de la mesa un pesado pisapapeles y fuera de sí, asestó con él y con todas sus fuerzas un violento golpe a la cabeza de Muraschkina…

—¡Atadme!… ¡La maté! —dijo un minuto después a la servidumbre que acudía corriendo.

El Jurado le ha absuelto.

EL PENSADOR

Es un mediodía caluroso. En el aire no hay sonidos ni movimiento… Toda la naturaleza semeja una hacienda muy grande olvidada de Dios y de las gentes. Bajo el follaje, colgante de un viejo tilo situado junto al piso en que habita el inspector de la prisión de laschkin, y ante un pequeño velador de tres patas, está sentado el propio laschkin en compañía de su invitado Pimfov, inspector de plantilla del colegio regional. Ambos están sin levita, con el chaleco desabrochado, y sus rostros, rojos y sudorosos, permanecen inmóviles. La capacidad de expresar algo está paralizada en ellos por el calor. El rostro de Pimfov, completamente cuajado, está inundado de pereza. Su mirada es vaga y le cuelga el labio inferior. En los ojos y la frente de laschkin se observa, sin embargo, cierta actividad: sin duda piensa en algo… Ambos se miran el uno al otro, callan y manifiestan sus sufrimientos por medio de resoplidos y manotazos a las moscas. Sobre la mesa hay una botella de vodka, carne cocida estropajosa y una lata gris de sardinas que contiene sal. Ya se han bebido la primera, la segunda, la tercera copa…

—¡Sí! —dice de repente laschkin de manera tan inesperada, que el perro que dormita no lejos de la mesa se estremece, baja el rabo y corre hacia un lado—. ¡Sí!… ¡Diga usted lo que quiera, Pilipp Maximlch… en el idioma ruso hay excesiva puntuación!

—¿Por qué? —pregunta modestamente Pimfov sacando de su copa una alita de mosca—. Puede que haya mucha puntuación, pero no hay signo que no tenga un significado y ocupe su lugar.

—¡Déjese de eso! ¡Los signos no tienen ningún significado! ¡Son sólo una complicación!… ¡Hay quien pone diez comas en un renglón y se considera muy inteligente! ¡El fiscal Merinov, por ejemplo, después de cada palabra pone una coma!… ¿Para qué?… «Muy señor mío (coma) visitando su prisión en tal fecha (coma) observé que los encarcelados (coma)…». ¡Pfú!… ¡Da vértigo!… Pues en los libros pasa lo mismo… (punto y coma), (dos puntos), (comillas)… ¡Hasta le da a uno asco leer!… ¡Hay petimetres a los que un punto les parece poco y te ponen toda una ringlera!… ¿Para qué digo yo?

—Lo exige la ciencia —suspira Pimfov.

—¡La ciencia!… ¡Eso es perturbación de la inteligencia y nada más! ¡Invenciones para presumir! ¡Para echar polvo a los ojos!… ¡Ni un solo idioma extranjero, por ejemplo, tiene la letra *iat*[103] y Rusia sí!… ¿Y para qué…, se pregunta uno?… ¿Que escribas la palabra *jlieb*[104] con *iat* o sin *iat…*, dejará de significar lo mismo?

—¡Dios sabrá lo que está usted diciendo, Ilia Martinich! —se ofende Pimfov—. ¿Cómo va a poderse escribir *jlieb* sin *iat*?… ¡Dice usted cosas que hasta resulta desagradable oír!

Pimfov bebe una copa y ofendido y parpadeando vuelve la cara hacia otro lado.

—¡Lo que me habrán azotado por ese *iat*! — prosigue Iaschkin—. Recuerdo que una vez me llama el profesor a la pizarra y me dicta: *Liekar, viejal* y *gorod*[105]. *Liekar* y *viejal* había que escribirlas con *iat…* Yo puse *liekar* con o y me azotó… Al cabo de una semana vuelve a llamarme a la pizarra y otra vez tengo que escribir *liekar, viejal* y *gorod…* Esta vez lo escribo con *iat* y otra vez me azota… «¿Por qué? —le digo yo—, Iván Fomich… ¿Usted mismo decía que se escribía con *iat*?…». «Es que entonces —dice él— yo me confundía, pero desde ayer que leí en la obra de cierto académico lo que decía éste sobre la letra *iat* en la palacra *liekar*, estoy conforme con la Academia. Te azoto porque he jurado cumplir con mi obligación…». Y me azotaba. ¡También mi Vasiutka tiene siempre una oreja hinchada por culpa de ese *iat*!… ¡Si yo fuera ministro prohibiría que se mixtificara a la gente con este *iat*!…

—¡Adiós! —suspira Pimfov, pardadeando y poniéndose la levita—. ¡No puedo oír hablar así de las ciencias!

—¡Vaya!… ¡Ya se ha molestado! —dice Iaschkin cogiendo a Pimfov de una manga—. ¡Si yo lo decía sólo por hablar!… Bueno…, sentémonos y bebamos.

El ofendido Pimfov se sienta, bebe y vuelve el rostro hacia un costado. Se hace el silencio. Ante ellos pasa la cocinera Feona cargada con un cubo de agua sucia. Se oye el sonido del agua al verterse y el chillido del perro que recibe una ducha. El rostro sin vida de Pimfov se cuaja todavía más; poco falta ya para que el calor le derrita y se derrame chaleco abajo. En la frente de Iaschkin han aparecido unas arruguitas, fija la mirada en la carne estropajosa, y queda meditabundo… Un inválido, acercándose a la mesa, mira de soslayo, sombríamente, a la botella, y al verla vacía trae otra… Vuelven a beber.

—Sí… —dice de repente Iaschkin.

Pimfov se estremece y le mira asustado, esperando de él nuevas herejías.

—Sí… —repite Iaschkin mirando pensativo a la botella.

—¡En opinión mía, lo que también ocurre es que hay muchas ciencias superfluas!

—¿Cómo va a ser eso? —pregunta lentamente Pimfov—. ¿Qué ciencias le parecen a usted superfluas?

—Varias… ¡Cuantas más ciencias sabe el hombre, tantas más fantasías se crea!… ¡Más orgullo!… Yo, personalmente, colgaría todas esas ciencias… ¡Vaya, vaya!… ¡Ya se ha ofendido! ¡Vaya por Dios! ¡Qué susceptibilidad la suya! ¡Ni siquiera una palabra puede uno decir!… Bueno…, sentémonos y bebamos.

Feona se acerca y alzando con enfado los gordinflones codos, coloca ante ellos unos tazones llenos de verdes *schi*. Empieza un ruidoso masticar y sorber. Como brotados de la tierra surgen tres perros y un gato. Parados ante la mesa fijan una mirada conmovida en las bocas que mastican. A los *schi* sigue el *kascha* con leche, que Feona deposita sobre la mesa con tal furia que de ella caen al suelo las cucharas y los mendrugos.

Antes de atacar el *kascha*, los amigos vuelven a beber.

—¡Todo lo de este mundo es superfluo! —observa de repente Iaschkin.

Pimfov deja caer la cuchara sobre las rodillas y mira asustado a Iaschkin. Quiere protestar, pero la embriaguez ha debilitado su lengua y ésta se le enreda en la espesa *kascha*… En lugar de «¿Cómo va a ser eso?», de su garganta sale sólo un mugido.

—¡Todo superfluo! —prosigue laschkin—. ¡Las ciencias…, la gente…, las instituciones carcelarias…, las moscas…, la *kascha*… y hasta usted! ¡Aunque sea usted un buen hombre y crea usted en Dios…, también es usted superfluo!

—¡Adiós, Ilia Martinich! —balbucea Pimfov haciendo esfuerzos para ponerse la levita y sin poder encontrar las mangas.

—¿Por ejemplo ahora?… Nos hemos forrado y empapado bien, y ¿para qué?… ¡Para nada!… ¡Todo es superfluo!… ¡Comemos, y nosotros mismos no sabemos para qué comemos!… ¡Bueno, bueno!… ¡Ya se ofendió!… ¡Si yo lo digo sólo así…, por hablar!… ¿Adónde va usted?… ¡Sentémonos!… ¡Hablemos!… ¡Bebamos!…

Se hace un silencio, que de cuando en cuando es interrumpido por el sonido de las copas y por un borracho tosiqueo…

Por el Oeste empieza ya a declinar el sol, y la sombra del tilo se hace más y más grande. Entre resoplidos y agitando los brazos, Feona extiende junto a

la mesa una alfombrita. Los amigos beben en silencio una última copa, se tumban sobre la alfombra y volviéndose la espalda el uno al otro comienzan a quedarse dormidos.

—¡Gracias a Dios! —piensa Pimfov—. ¡Hoy no se ha remontado hasta la creación del mundo y las herejías!… ¡Se me ponía el pelo de punta sólo de pensar en que lo hiciera!

LA COCINERA SE CASA

GRISCHA, chicuelo de siete años, escuchaba tras la puerta de la cocina y miraba por el ojo de la cerradura. Según su opinión, en la cocina pasaba algo extraordinario, nunca visto hasta ahora. Sobre la mesa en que solía picarse la carne y la cebolla, y vestido con un caftán de *isvoschik*, hallábase sentado un grande y robusto *mujik*, de cabellos rojos, barbudo y con gruesas gotas de sudor en la nariz. Estaba bebiendo té. Con los cinco dedos de la mano derecha sostenía el platillo, y tan ruidosamente mordía su terrón de azúcar que por la espalda de Grischa corrían escalofríos. Frente a él y sentada sobre una sucia banqueta, veíase a la vieja aya, Aksiña Stepanovna, bebiendo también su té. El rostro del aya estaba serio, pero al mismo tiempo irradiaba cierta solemnidad. La cocinera Pelagueia trasteaba junto al fogón, esforzándose, al parecer, en esconder en algún lugar lejano su rostro. En éste, veía Grischa toda una iluminación: ardía, se tornasolaba en todos los colores, empezando por el rojo carmesí y terminando por la palidez mortal. Sus manos temblorosas cogían incesantemente los cuchillos, los tenedores, la leña, los trapos… Se movía, gruñía, metía ruido y en realidad no hacía nada. Ni una sola vez miró hacia la mesa ante la que se estaba bebiendo, y a las preguntas que le dirigía el aya contestaba con un tono cortante, severo y sin volver la cabeza.

—¡Coma…, haga el favor, Danilo Semionisch! —ofrecía el aya al *isvoschik*—. ¡No está usted bebiendo más que té! ¡Beba también vodka!

Y el rostro del aya mientras acercaba la botella y la copa al invitado, adquiría una expresión de picardía.

—¡No acostumbro!… ¡No!… —rehusaba el *isvoschik*—. ¡No me obligue, Aksiña Stepanovna!

—¡Hay que ver cómo es usted!… ¡Un *isvoschik* que no bebe!… ¡Es imposible que un soltero no beba! ¡Sírvase, por favor!

El *isvoschik* mira de reojo la botella, después al pícaro rostro del aya, y el suyo adquiere una expresión no menos pícara.

«No… No me atrapas, vieja bruja…», parece pensar.

—¡No bebo! ¡No me obligue! ¡Para nuestro oficio no conviene esa debilidad!… ¡Un obrero podrá beber… porque siempre está sentado en el mismo sitio!… Pero… ¿nosotros… siempre a la vista del público?… ¿Verdad que no?… ¡Te vas a la taberna y cuando sales se te ha ido el caballo…, conque si bebieras!… ¡Luego, también que a cada momento puedes dormirte y caerte del pescante!… ¡Es un oficio el nuestro!…

—¿Cuánto gana usted al día, Danilo Semionich?

—¡Según se dé!… ¡Unas veces te ganas un *verdecito*[106] y otras te vas a casa sin un *grosch*! ¡Hay días y días!… ¡Hoy el oficio no vale nada!… ¡Usted misma sabe la de *isvoschik* que somos!… ¡El heno está caro y el cliente vale poco! ¡Siempre que puede, coge el tranvía de mulas!… ¡Claro que, de todos modos, hay que dar gracias a Dios!… ¡Yo no tengo por qué quejarme!… ¡Estoy satisfecho, vestido y hasta en situación de hacer feliz a otro!… (el *isvoschik* mira de reojo a Pelagueia). ¡Si es de su agrado!…

¿De qué se habló después?… Grischa no oyó nada más. La mamá se acercó a la puerta y le mandó a estudiar al cuarto de los niños.

—¡Vete a estudiar! ¡Tú no tienes por qué escuchar aquí!

Cuando entró en el cuarto de los niños, Grischa puso ante sí un número del *Rodnoe Slovo*[107], pero no tenía gana de leer. Todo cuanto acababa de oír y de ver despertaba en su mente muchas interrogaciones.

«La cocinera se casa —pensaba—. ¡Es raro!… ¡No lo comprendo!… ¿Para qué se casa?… Mamá se casó con papá, la prima Verochka con Pavel Andreich… ¡Pero todavía con papá y con Pavel Andreich puede uno casarse! ¡Tienen cadenas de oro, bonitos trajes y llevan siempre los zapatos limpios…; pero casarse con ese *isvoschik* que da miedo con sus narices coloradas y sus *valenkii*!… ¡Pfú!… ¿Y por qué tiene el aya gana de que la pobre Pelagueia se case?…».

Cuando se fue el invitado, Pelagueia apareció por las habitaciones para arreglarlas. El estado nervioso no la había abandonado todavía. Su rostro estaba encendido y como asustado. Apenas tocaba el suelo con la escoba y barría quince veces seguidas cada rincón. Estuvo largo rato sin salir de la habitación en que estaba sentada la mamá. Seguramente le pesaba la soledad y tenía deseos de abrirle su corazón, de verter sobre alguien su alma.

—Se fue —gruñó viendo que la mamá no empezaba la conversación.

—Parece un buen hombre —dijo la mamá sin levantar los ojos de su bordado—. Sobrio…, serio…

—¡Le juro, señora, que no me caso! —gritó de repente Pelagueia, toda arrebolada—. ¡Que no me caso!

—No hagas tonterías… Ya no eres una niña. Es un paso serio…, hay que pensarlo bien y no ponerse a gritar así porque sí. ¿Él te gusta?

—¡Qué cosas se le ocurren a la señora! —se azoró Pelagueia—. Dice unas cosas que…, la verdad… «Más valdría que dijera: *No me gusta*», pensó Grischa.

—¡Pues no eres poco caprichosa! ¿Te gusta o no te gusta?

—¡Es que es viejo, señora!… ¡Je, je, je, je!…

—¿Qué andas inventando? —oyóse gruñir desde otra habitación al aya—. ¡No ha cumplido ni los cuarenta! ¿Y para qué quieres tú un joven?… ¡Con la cara no se come!… ¡Cásate y se acabó!

—¡Juro que no me casaré! —chilló Pelagueia.

—¡No dices más que tonterías!… ¿Qué diablos necesitas tú? ¡Otra se le echaría a los pies, y tú, en cambio, empiezas con que si «no me caso»!… ¡A ti lo que te gusta es andar con los carteros y los *perceptores*…! ¡Viene el *perceptor* a dar lecciones a Grischeñka, y a ésta le salen callos en los ojos de tanto mirarle!… ¡Desvergonzada!

—¿Conocías antes a este Danilo? —preguntó la señora a Pelagueia.

—¿Dónde iba a conocerle? ¡Hoy es la primera vez que lo veo! ¡Es esta Aksiña la que ha sacado ese diablo no sé de dónde!… ¡No sé de dónde habrá caído!

Durante la comida, mientras Pelagueia servía los diferentes platos, todos los comensales miraban su rostro y la embromaban con el *isvoschik*. Ella enrojecía terriblemente y reía con risa forzada.

«Debe ser vergonzoso casarse… ¡Terriblemente vergonzoso!», pensaba Grischa.

Todos los platos tenían demasiada sal; de los pollos a medio asar, saltaba la sangre, y por si fuera poco, de las manos de Pelagueia caían los platos y los cuchillos como de un viejo vasar carcomido, pero nadie le dijo una palabra de reprensión, porque todos comprendían su estado de ánimo. Tan sólo una vez, el papá, tiró enfadado la servilleta y dijo a mamá:

—¡Qué ganas tienes de casar a todo el mundo! ¡Qué te importa a ti!… ¡Déjales que se casen cuando quieran!

Después de la comida, por la cocina desfilaron fugaces las cocineras y doncellas de la vecindad, y en ella, hasta la noche, se oyó un cuchicheo… ¿Cómo habían olfateado la boda?… ¡Sólo Dios lo sabe!… Despertándose a medianoche, Grischa oyó cómo en el cuarto de los niños, detrás de la cortina, cuchicheaban el aya y la cocinera. El aya persuadía y la cocinera tan pronto sollozaba como dejaba oír una risita. Al dormirse de nuevo, Grischa soñó con

el rapto de Pelagueia por Chernomor[108] y una bruja. Al día siguiente volvió a hacerse el silencio. La vida en la cocina había recobrado su ritmo habitual, como si en el mundo no hubiera existido jamás semejante *isvoschik*. Tan solo, de cuando en cuando, el ama se envolvía en un chal nuevo, adoptaba una expresión solemnemente severa y se marchaba no se sabía adónde, por espacio de unas dos horas, empleadas, seguramente, en conversaciones preliminares. Pelagueia no veía al *isvoschik*, y cuando se lo recordaban, su rostro se encendía y empezaba a gritar:

—¡Que sea tres veces maldito!… ¿Pensar yo en él?… ¡Ca!…

Un anochecer, mientras Pelagueia y el aya cortaban algo, afanosamente, entró la mamá en la cocina y dijo:

—Puedes casarte con él cuando quieras. Eso es asunto tuyo; pero tienes que saber, Pelagueia, que él aquí no puede vivir… Tú sabes que no me gusta que haya nadie en la cocina. ¡Fíjate y recuérdalo!… ¡Tampoco a ti te dejo que te vayas por la noche!

—¡Dios sabrá lo que está usted diciendo, señora! —chilló la cocinera—. ¿Por qué me echa nada en cara?… ¡Que rabie!… ¡No faltaba más sino que me cayera en la cabeza!…

Al asomarse una mañana de domingo a la cocina, Grischa quedó petrificado de asombro. Allí estaban reunidas todas las cocineras de la casa, el portero de las escaleras interiores, dos guardias, un sargento y el pequeño Filka… Este Filka solía, por lo general, pasarse el tiempo junto al lavadero jugando con los perros, mientras que ahora aparecía peinado y lavado y sosteniendo en sus manos un icono. En el centro de la cocina veiase a Pelagueia vestida con un traje nuevo de percal y con una flor en la cabeza. A su lado estaba el *isvoschik*. Los novios, encarnados y sudorosos, parpadeaban incesantemente.

—¡Pues bien…, parece que ya es la hora! —empezó a decir el sargento después de un largo silencio.

El rostro entero de Pelagueia parpadeó y ésta se echó a llorar… El sargento cogió de la mesa un gran pan, se colocó al lado del aya y empezó a bendecirles. El *isvoschik*, acercándose al sargento, se postró a sus pies y le besó la mano. Luego hizo lo mismo ante Aksiña. Pelagueia le seguía maquinalmente y saludaba también hasta el suelo. Por fin se abrió la puerta de entrada; la cocina se llenó de una niebla blanca y todo el mundo, ruidosamente, se dirigió de la cocina al patio:

«¡Pobre! ¡Pobre! —pensaba Grischa prestando oído a los sollozos de la cocinera—. ¿Adónde la llevarán? ¿Por qué papá y mamá no la defienden?».

Después del oficio religioso y hasta la misma noche, en el lavadero se estuvo cantando y tocando el acordeón. La mamá constantemente se enfadaba porque el ama olía a vodka y porque a causa de estas bodas no había nadie que preparara el *samovar*. Cuando Grischa se acostó, Pelagueia no había vuelto todavía.

«¡Pobre! ¡Seguramente estará llorando a oscuras en algún sitio! —pensaba—. El *isvoschik* le dirá: ¡Sssss!…».

Al día siguiente, por la mañana, la cocinera estaba otra vez en la cocina. El *isvoschik* apareció por allí un minuto; dio las gracias a la mamá, miró severamente a Pelagueia y dijo:

— ¡Vigílela, señora, por favor!… ¡Sea usted su padre y su madre!… ¡Y usted también, Aksiña Stepanovna, no deje de vigilarla! ¡Que todo vaya bien! ¡No quiero tonterías!… ¿Si usted, señora, fuera tan amable que me diera unos cinco rublos a cuenta de su sueldo?… ¡Tengo que comprar arreos nuevos!

¡Otro problema para Grischa!… Pelagueia vivía libre, como quería, no tenía que dar cuentas a nadie, y de repente, sin saber por qué, surgía allí un extraño que adquiría un derecho que no se sabía tampoco de dónde le venía, sobre su comportamiento y sus propiedades. Grischa se sintió amargado… ¡Apasionadamente, hasta casi llorando, anhelaba acariciar a la que consideraba víctima de la imposición humana! Escogiendo en la despensa la mejor manzana, se escurrió hasta la cocina, la puso en la mano de Pelagueia y echó a correr a toda prisa.

LA LEZNA EN EL SACO[109]

En una *troika*, por caminos vecinales y guardando un riguroso incógnito, dirigíase apresurado Piotr Pavlovich Posudin a la pequeña ciudad de N…, a la que había sido llamado por una carta anónima.

«¡Atraparles!… ¡Caerles encima como el granizo!… —soñaba Posudin escondiendo su rostro en el cuello del abrigo—. ¡Después de hacer todo género de asquerosidades ahora se frotan las manos Imaginándose seguramente que tienen atados todos los cabos!… ¡Ja, ja!… Me figuro su espanto y su asombro cuando en el momento culminante de su triunfo se oigan decir: "¡Que traigan aquí a Triapkin Liapkin!…". ¡Menudo barullo se armará!».

Después de soñar a su satisfacción, Posudin entabló conversación con el cochero. Como hombre anhelante de popularidad, preguntó en primer lugar sobre sí mismo:

—¿Y a Posudin?… ¿Lo conoces?

—¡Cómo no lo voy a conocer! —sonrió el cochero—. ¡Claro que lo conocemos todos!

—¿Y por qué te ríes?

—¡Es que tiene gracia!… ¡Conoce uno hasta el último escribiente y no va a conocer a Posudin!… ¡Para eso está aquí!… Para que todo el mundo lo conozca.

—Desde luego… ¿Y qué? Según tú, ¿qué tal es?… ¿Bueno?

—¡Ni fu, ni fa! —bostezó el cochero—. ¡Un buen señor, que cumple con su obligación!… Todavía no hace dos años que le mandaron aquí y ya ha hecho muchas cosas…

—¿Y qué es lo que ha hecho de especial?

—¡Mucho!…, y que Dios le dé salud… Por lo pronto, se le debe el ferrocarril… Luego, quitó de en medio a ese Jolriukov[110]. ¡No se veía el fin de ese Jojriukov…! ¡Era un bribón y un canalla! ¡Todos le apoyaban, pero Posudin Ilegó… y Jojriukov se fue al diablo, como si no hubiera existido nunca! ¡Eso es, hermano! ¡A Posudin, hermano, no es posible sobornarle!

¡No! ¡Tanto si le das cien como si le das mil…, no cargará su alma con ese pecado! ¡No! ¡Gracias a Dios!

«Por lo menos, en ese aspecto he sido comprendido —pensó regocijado Posudin—. ¡Eso está bien!».

—¡Un señor instruido!… —prosigue el cochero—. ¡Nada orgulloso!… Los nuestros fueron a verle para presentarle quejas, y a todos dio la mano y dijo: «¡Siéntense!…». ¡Es tan vivo, tan rápido!… ¡Ni una palabra te dice con calma, sino todo hala, hala!… ¡Ni te anda tampoco a paso normal! ¡Dios mío!… ¡Siempre corre que te corre! Los nuestros apenas habían tenido tiempo de hablarle una palabra y ya estaba él diciendo: «¡Caballos!», y echando derecho para aquí… Llegó y lo arregló todo… ¡Y sin llevar ni una *kopeka*!… ¡Es mucho mejor que el anterior! ¡Claro que el anterior era bueno también!… ¡Tan apuesto! ¡Tan importante!… ¡Con una voz más fuerte que la suya no ha gritado nadie en toda la región!… ¡Cuando llegaba, se le oía a diez *verstas* de distancia!… Pero, si vamos a ver…, para lo de fuera y para los asuntos interiores, ¡el actual tiene mucha más maña!… ¡El actual lleva en la cabeza cien veces más cantidad de sesos!… ¡Tan sólo una cosa es pena!… ¡Muy bueno en todos conceptos; pero, eso sí… la pena es que es borracho!

«¡Vaya invenciones! —pensó Posudin—. ¿De dónde sacas que yo…, que él… es borracho?».

—¡Claro, señoría, que yo no le he visto borracho…, pero la gente lo dice! ¡Tampoco la gente lo ha visto borracho, pero así hablan de él!… En público, o si va de visita o a un baile…, vamos, en la sociedad…, no bebe nunca. ¡Es en su casa donde se empapa!… Se levanta por la mañana, se restriega los ojos y lo primero que pide es vodka… El ayuda de cámara no ha hecho más que llevarle un vaso y ya está él pidiendo otro. Y así se pasa el día entero, empinando el codo, y… lo curioso es que, fíjate…, ¡bebe y como si tal cosa! ¡Eso quiere decir que sabe guardarse! En cambio, cuando a nuestro Jojriukov se le ocurría beber…, no diré ya la gente, sino hasta los perros se enteraban… mientras que a Posudin ni siquiera se le pone colorada la nariz. Se encierra en su despacho y se empapa… Para que nadie reparara, en su mesa se mandó hacer un cajón con un tubito… En ese cajón había siempre vodka… Se inclina uno sobre el tubito, se chupa y ya está uno borracho… También en la berlina…, en la cartera…

—¿Cómo se han enterado? —se espanta Posudin—. ¡Dios mío!… ¡Hasta eso se sabe! ¡Qué asco!

—Pues, ¡si vamos al género femenino!… ¡Bribón!… (el cochero se echó a reír, sacudiendo la cabeza). ¡Una vergüenza y nada más!… ¡Lo menos tiene

unas diez de esas *alegritas*!… Dos viven en su casa… Una es Nastasia Ivanovna, que está allí como encargada…; la otra, Ludmila Semionovna, de escribiente… La principal es Nastasia. Lo que ésta quiere, eso hace él. Lo maneja como le da la gana.

¡Mucho poder es el suyo! ¡A él no se le teme tanto como a ella! La tercera *alegrita* vive en la calle Kachalnaia… ¡Una vergüenza!…

«¡Hasta los nombres saben! —pensó Posudin enrojeciendo—. ¿Y quién lo sabe?… ¡Un *mujik*, un cochero que ni siquiera va nunca a la ciudad!… ¡Qué asco! ¡Qué vulgaridad!…».

—¿De dónde sacas todo eso? —preguntó con voz irritada.

—¡La gente habla!… ¡Yo mismo no lo he visto, pero lo he oído decir!… ¿Acaso es difícil enterarse? ¿Va uno a cortar la lengua al cochero o al ayuda de cámara?… ¡También la misma Nastasia va de callejón en callejón vanagloriándose de su suerte mujeril! ¡Uno no puede escapar a la vista de la gente!… Otra costumbre que ha tomado Posudin es la de ir a escondidas a las inspecciones… El anterior, cuando quería ir a algún sitio, lo anunciaba con un mes de anticipación, y si llegaba a ir, era con tanto ruido, trueno y sonido que ¡Dios nos libre!… Por delante, por detrás, por los lados, todo se volvía hombres galopando. Cuando llegaba al sitio que fuera, lo primero que hacía era dormir, comer, beber… luego venía el ponerse a gritar. Gritaba un rato, pataleaba, se echaba otra vez a dormir, y como había venido se volvía a su casa… El de ahora, en cambio, si oye alguna cosa, procura venir a escondidas…, de repente, para que nadie lo vea ni lo sepa… ¡Una risa! Por ejemplo… sale de casa de tapadillo para que no se enteren los funcionarios, y… al tren. Llega hasta la estación a que necesita llegar y no coge los caballos de posta u otros mejores, sino que procura tener apalabrado a un *mujik*… Se arropa como una baba, y durante todo el camino va hablando con una voz ronca, de perro viejo, para que la gente no reconozca la suya… ¡Se pone uno hasta malo de risa cuando empiezan a contar cosas!… El muy tonto piensa que cuando viaja no es posible reconocerle. ¡Pero a nadie que entienda un poco le cuesta trabajo reconocerle!…

—¿Y cómo le reconocen?

—Muy sencillo… Antes, cuando nuestro Jojriukov viajaba a escondidas, le reconocíamos por lo pesada que tenía la mano… Si el viajero te daba en la cara, ya se sabía que era Jojriukov. ¡A Posudin también es posible reconocerle en seguida!… Un viajero cualquiera se porta sencillamente, mientras que Posudin no es hombre que sepa portarse sencillamente… Llega, digamos, a una estación, y empieza conque… «¡Que si apesta!»… «¡Que si hay poco

aire!»… «¡Que si hace frío!»… Hay que servirle pollo, fruta, mermelada de todas clases… Por eso en las estaciones ya se sabe que si alguien pide pollo y fruta, es Posudin… Si alguno le dice al Jefe de estación: «Oiga, amigo»…, y manda que la gente vaya a buscarle tonterías…, puedes estar seguro de que es Posudin. Tampoco huele como todo el mundo y tiene una manera muy particular de acostarse… Se tumba en un diván de la estación, lo rocía todo de perfume a su alrededor y manda que le pongan tres velas. Luego, echado, lee sus papeles. ¡Aquí ya…, no diré yo sólo el jefe de estación…, sino un gato, podría distinguir de qué persona se trata!…

«Es verdad, es verdad —pensó Posudin—. ¿Cómo no habré caído antes en ello?».

—El que lo necesite puede reconocerle, aun sin pollos y fruta. ¡Por el telégrafo todo se sabe!… ¡Por mucho que se arrope la jeta y que se esconda…, ya se sabe que viene!… ¡Le esperan!… Fíjate… A lo mejor, Posudin no ha salido todavía de su casa, y aquí, en cambio, está ya todo preparado… Él viene aquí para atrapar, para juzgar, para desplazar a quien se le antoje, y resulta que son ellos los que se ríen de él… «Aunque tú —le dirán—, excelencia, viniste a escondidas, mira… todo está en regla…». Él da vueltas por aquí y por allá, y se marcha como ha venido… Y encima alaba, estrecha las manos, se disculpa por las molestias… ¡Así es!… Pues tú, ¿qué te has figurado?… ¡Ojojó!… ¡Ilustrísima!… ¡La gente aquí es muy cuca!… ¡El uno más que el otro!… ¡Da gusto ver lo diablos que son!… ¡Tomemos, por ejemplo, lo que ha ocurrido hoy!… Voy esta mañana de vacío y me encuentro conque de la estación sale muy de prisa el camarero judío. «¿Adónde —le pregunto— se dirige su señoría judía?…». Y él me contesta: «A la ciudad de N***. Llevo vino y entremeses. Se espera allí hoy a Posudin…». ¡Qué habilidad!… ¡Posudin, mientras tanto, a lo mejor está todavía disponiendo el viaje o arropándose la jeta para que no le reconozcan!… ¡Quién sabe si no está ya en camino, imaginándose que nadie puede saber que llega! Pero, sí…, sí… ¡Ya está todo preparado para él!… El vino, el salmón, el queso y toda clase de entremeses… Por el camino va pensando: «¡Ya os ha llegado el fin, muchachos!». ¡Y para los muchachos no hay tal daño!… ¡Que venga!… ¡Ya hace tiempo que lo escondieron todo!…

— ¡Atrás! —grita con voz ronca Posudin—. ¡Vuelve, animal!…

Y el asombrado cochero da la vuelta.

CIRUGÍA

Es una clínica de pueblo. Por ausencia del doctor, que se alejó de allí para casarse, recibe a los enfermos el practicante Kuriatin, hombre grueso, de unos cuarenta años, vestido con una chaqueta de seda cruda, gastada, y unos pantalones, también gastados. En su cara aparecen impresos el sentimiento del deber y la afabilidad. Entre los dedos índice y el corazón de la mano izquierda sostiene un cigarro que exhala un olor pestilente. En la consulta entra Vonmiglasov, el sacristán, viejo, alto y robusto, de sotana color marrón y ancho cinturón de cuero. En su ojo derecho, medio entornado, tiene una catarata, y en la nariz, una verruga, que desde lejos parece una gran mosca. Por espacio de un segundo el sacristán busca con los ojos la imagen y, al no encontrarla, se santigua ante una botella de solución de lejía. Luego saca de su pañuelo color rojo un pan ázimo y, con un saludo, lo deposita ante el practicante.

—¡Aaaaaaá! —bosteza el practicante—. ¿Qué le trae por aquí?

— ¡Le deseo un buen día de fiesta, Serguei Kusmich!… Vengo a su merced… ¡Qué cierto y exacto es lo que dice el *Libro de Horas*… «Mi bebida se mezcla con mi llanto…»! Ayer… me siento con la vieja a tomar el té y…, ¡Dios mío!, ¡no puedo tragar ni una gota!… Sorbo un poco, y me quedo sin fuerzas… ¡Además, no dirá sólo la muela, sino todo este lado!… ¡Qué tirones!… ¡Dios mío!…, ¡qué tirones!… Me latía el oído como si tuviera metido (con perdón de usted) un clavito o cualquier otro objeto. ¡Latigazos y más latigazos!… Pero ¡todo por los pecados, Serguei Kusmich! ¡Por los pecados!… El padre cura, cuando se acaba la liturgia, me reprende: «¡Qué lengua trapajosa la tuya, Efim!… ¡Cantas y no hay quien te comprenda!…». ¿Y cómo, juzgue usted mismo, va a poder haber canto si la hinchazón no le deja a uno ni abrir la boca (con perdón suyo) y no ha pegado uno un ojo en toda la noche?…

— ¡Vaya!… ¡Siéntese y abra la boca!

Vonmiglasov se sienta y abre la boca.

Kuriatin frunce el entrecejo, examina aquélla, y entre su dentadura, amarillenta por el tiempo y el tabaco, descubre una muela adornada con una profunda carie.

—El padre diácono me mandó que me pusiera vodka con raíz fuerte, pero no me sirvió de nada. Glikeria Anisimovna, ¡que Dios la dé salud!, me dio para que me pusiera en el brazo un hilito de la montaña de Ofón[111] y me encargó, además, que me enjuagara la muela con leche templada… Yo le confieso que llevé el hilito, pero que lo de la leche templada no lo hice… Tengo temor de Dios…, y es Cuaresma…

—Prejuicios… —pausa—. ¡Hay que extraerla, Efim Mijeich!

—¡Eso usted lo sabrá, Serguei Kusmich! ¡Para eso ha estudiado usted!… ¡Para comprender el cómo y el porqué!… ¡Para saber lo que hay que extraer y lo que se cura con gotas o con…! ¡Por eso nos han sido ustedes dados!… ¡Para que sean nuestros bienhechores!… ¡Que Dios les conceda la salud!… ¡Para que nosotros, de día y de noche, recemos hasta la tumba por ustedes!…

—¡Tonterías!… —dice haciéndose el modesto el practicante, en tanto que se acerca al armario y rebusca entre los instrumentos—. La cirugía… ¡Bobadas!… ¡Claro que para todo esto hay que tener costumbre y seguridad de mano!… Un día, igual que usted, vino a la clínica el terrateniente Alexandr Ivanich Egipetskii… También por una muela… Es hombre instruido y todo lo pregunta, de todo se entera, del cómo y del porqué. Te da la mano…, te llama por tu nombre de pila… Vivió siete años en Petersburgo. Conocía a todos los profesores… Mucho rato estuvimos aquí con el… «¡Por el amor de Dios! —te suplicaba—. ¡Sácame la muela, Serguei Gusmich!…». ¿Y por qué no iba a extraérsela?… ¡Se la podía extraer!… ¡*Lo* que hace falta es entender de eso! ¡Sin conocimiento es imposible! Además, hay muchas clases de muelas… A unas hay que sacarlas con tenazas; a otras, con un gancho; a otras, con una llave… Según y como…

El practicante coge la llave y la contempla por espacio de un minuto con aire interrogativo, luego la deja y coge las tenazas.

—¿A ver?… ¡Abra más la boca! —dice acercándose al sacristán y con las tenazas en la mano—. Le vamos ahora mismo a… ¡No cuesta ningún trabajo! Lo único que hay que hacer es cortar un poco la encía, seccionar en línea vertical y se acabó.

—¡Sois nuestros bienhechores!… ¡Bienhechores nuestros!… ¡Nosotros, tontos de nosotros, de nada entendemos, mientras que a ustedes dio Dios conocimiento!

—¡No hable con la boca abierta!… ¡No es que sea difícil de arrancar…, pero como sólo tiene raigones!… ¡No cuesta nada!… —la agarra con las tenazas—. ¡Espere! ¡No se mueva!… ¡Estese quieto!… ¡Es cosa de un abrir y cerrar de ojos! —hace la sección—. Lo importante es agarrarla desde muy abajo… —tira— para que la corona no se rompa…

—¡Padres!… ¡Virgen Santísima!… ¡Huy, huy, huy, huy!…

—¡Nada, nada!… ¡No me agarre las manos! ¡Suéltemelas! —tira—. Ahora… ¡No es una cosa tan fácil!…

—¡Padres!… ¡Progenitores!… —grita Vonmiglasov—. ¡Ángeles!… ¡Oh! ¡Go…, go…! Pero ¡tira…, tira!… ¿Por qué te estás cinco años tirando?

—¡Es que el asunto es de… cirugía! Así, de pronto… ¡no es posible!…

Vonmiglasov levanta las rodillas hasta la altura de sus codos. Tiene los ojos desorbitados y entrecortado el aliento. De su rostro carmesí brota el sudor, y de sus ojos, lágrimas. Kuriatin respira ruidosamente, se revuelve junto al sacristán y tira. Después de medio minuto del mayor martirio, las tenazas se escapan de la muela: El sacristán se levanta de un salto y se mete los dedos en la boca. Allí palpa la muela en su antiguo lugar.

—Pues ¡sí que tiras bien! —dice con voz a un tiempo llorosa y burlona—. ¡Que te tiren a ti así en el otro mundo!… ¡Tantas gracias!… Si no sabes sacar una muela, ¿para qué te metes a ello?… ¡Estoy viendo las estrellas!

—¿Y por qué me agarras tú las manos? —se enfada el practicante—. ¡Yo tiro, pero tú me empujas la mano y no dices más que sandeces!… ¡Tonto!

—¡El tonto eres tú!

—¿Crees, *mujik*, que es tan fácil arrancar una muela? ¡Prueba tú a hacerlo!… ¡Esto no es lo mismo que subir al campanario y tocar las campanas! —le remeda—. ¡No sabes! ¡No sabes!… ¡Pues vaya maestro que me ha salido contigo!… ¡Conque le saqué una muela al señor Eginetskii y no dijo una palabra!… ¡Vale mucho más que tú y, sin embargo, no me agarraba las manos!… ¡Siéntate! ¡Siéntate te digo!

—¡No veo más que estrellas! ¡Déjame respirar! ¡Oh!… —se sienta—. Pero ¡no te estés tanto tiempo tirando! ¡Arráncala! ¡No tires tanto! ¡Arráncala de una vez!

—Conque me estás dando lecciones…, ¿eh? ¡Vaya por Dios, qué gente más ignorante!… ¡Vivir con ellos sería como para perder el juicio!… ¡Abre la boca!… —aplica las tenazas—. ¡La cirugía, hermano, no es una broma!… ¡No es como cantar en el coro!… —hace la sección—. ¡No te muevas!… La muela es vieja… tiene unos raigones muy profundos… —tira—. ¡No te

muevas! ¡Así, así! ¡No te muevas!… ¡Vaya, vaya!… —se oye un crujido—. ¡Ya lo sabía yo!

Vonmiglasov permanece un minuto inmóvil en su asiento, como privado de sentido. Está atontado…, sus ojos fijan una mirada embotada en el espacio y su pálido rostro aparece cubierto de sudor.

—Debería haber cogido la llave —balbucea el practicante—. ¡Vaya historia!…

Al volver en sí el sacristán, se mete los dedos en la boca, y en lugar de con la muela enferma tropieza con dos prominencias.

—¡Diablo asqueroso!… ¡Para nuestra perdición es para lo que estáis aquí! ¡Herodes!

—¿De manera que encima me insultas? —masculla el practicante, guardando las tenazas en el armario—. ¡Mal educado! ¡Qué poco te enseñaron aun a fuerza de azotes en el colegio!… ¡El señor Alexandr Ivanich había vivido siete años en Petersburgo… tenía instrucción…; sólo el traje que llevaba valía cien rublos…, y no se le ocurría insultarme!… ¡En cambio, tú!… ¡Vaya pájaro que estás hecho! ¡Si no te pasa nada!… ¡No te morirás!…

El sacristán coge de la mesa su pan ázimo y, sujetándose la mejilla con la mano, se marcha a su casa.

¡QUÉ PÚBLICO!

¡BASTA, basta!… ¡No vuelves a beber!… ¡Por nada del mundo!… ¡Ya es hora de que sientes la cabeza y de que trabajes!… ¡Si te gusta recibir un sueldo…, tienes también que trabajar con esmero, con conciencia! ¡Sacrificar tu tranquilidad y tu sueño! ¡Las demás tonterías hay que apartarlas de uno!… ¡Te has acostumbrado, hermano, a cobrar un sueldo gratis, y eso no está bien!…

Después de hacerse diversas reflexiones morales, Podtiagin, el interventor de ferrocarriles, empieza a sentir bullir dentro de sí un impulso invencible hacia el trabajo. Ya hace rato que ha dado la una de la madrugada; pero, sin embargo, despierta a los revisores y, en unión de ellos, recorre los vagones revisando los billetes.

—¡Billetes, señores! —dice, haciendo sonar alegremente el taladro.

Las figuras soñolientas que envuelve la media luz del vagón se estremecen, sacuden las cabezas y entregan sus billetes.

—¡Su billete! —dice Podtiagin dirigiéndose a un viajero de segunda clase, caballero escuálido, todo tendones, arropado en una pelliza y en unas mantas y rodeado de almohadones—. ¡Su billete!

El señor de los tendones no contesta. Está sumido en el sueño.

El interventor le toca en un hombro y repite impacientado:

—¡Su billete!

El pasajero se estremece, abre los ojos y mira espantado a Podtiagin.

—¿Qué?… ¿Quién?… ¿Eh?…

—¡Se lo están diciendo a usted bien claro! ¡Su billete! ¡Sírvase presentarlo!

—¡Dios mío!… —gime el hombre de los tendones, poniendo cara llorosa—. ¡Padezco de reuma, llevo tres noches sin dormir, tomo morfina para poder conseguirlo, y me viene usted conque si el billete!… ¡Esto es inhumano! ¡Despiadado! ¡Si supiera lo que me cuesta dormirme no me molestaría con una tontería semejante!… ¡Despiadado!… ¡Estúpido!… ¿Y para qué necesita usted mi billete?… ¡Si hasta es una idiotez!

Podtiagin medita sobre si debe de ofenderse o no, y se decide por lo primero.

—¡Haga el favor de no gritar aquí! ¡Esto no es una taberna!

—¡Hasta en una taberna es la gente más humana! —dice tosiendo el viajero—. ¡Ahora a dormirme por segunda vez!… ¡Qué cosas!… ¡He viajado por todo el extranjero y nadie me ha pedido nunca el billete, y aquí, en cambio, como si el diablo les empujara en el codo, se lo piden a uno a cada momento!

—Pues ¡váyase al extranjero si le gusta más!

—¡Una tontería, hombre!… ¡Sí!… Por si fuera poco lo que martirizan al viajero con el tufo, con la atmósfera viciada y con las corrientes, quieren encima, ¡que les lleve el diablo!, ¡acabar con él a fuerza de formalidades!… ¡Fíjense!… ¡Necesita el billete!… ¡Cuánto celo! ¡Y todavía estaría bien si fuera por controlar, pero cuando la mitad del tren viaja sin billete!…

—Oiga, caballero —se sofoca Podtiagin—, ¡si no cesa usted de gritar y de molestar al público, me veré obligado a hacerle bajar en la primera estación y a levantar acta sobre este incidente!

—¡Es indignante! —se arrebata el público—. ¡No dejar en paz a un enfermo! ¡Oiga!… ¡Haga el favor de tener consideración!

—Pero ¡si es el señor el que me insulta! —dice Podtiagin, acobardándose—. ¡Bien!… ¡No le pediré el billete!… ¡Como quieran!… ¡Eso, sí…, ustedes saben que el servicio me lo exige! ¡Si no fuera por esto!… Entonces, ¡claro!… ¡Pregúntenselo si no al jefe de estación! ¡Pregúntenselo a quien quieran!…

Podtiagin se encoge de hombros y se aleja del enfermo. En el primer momento sólo se siente ofendido y algo maltratado; pero, después de recorrer dos o tres vagones, empieza a experimentar en su pecho de interventor una cierta intranquilidad parecida al remordimiento.

«No debería, en efecto, haber despertado al enfermo —piensa—. Pero yo no tengo la culpa… Ellos se creen que yo…, así porque sí…, por hacer algo… No comprenden que es el servicio el que lo exige… Pues si no me creen, les llevaré al jefe de estación».

La estación. El tren se detiene cinco minutos. Antes de que suene la tercera campanada, en el ya mencionado vagón de segunda clase penetra Podtiagin seguido del jefe de estación, con su garra roja.

—Este señor es el que dice que no tengo derecho a pedirle el billete… y se ofende… Le ruego, señor jefe, que le explique que si se lo pido es por exigencia del servicio y no porque… ¡Señor! —Podtiagin se dirige al

caballero de los tendones—. ¡Señor!… ¡Puede preguntárselo aquí al jefe de estación si no me cree!…

El enfermo se estremece como si algo le hubiera picado. Abre los ojos y, con expresión llorosa, se reclina en el respaldo del diván,

—¡Dios mío!… ¡Me había tomado otro sello y no había hecho más que empezar a dormitar, cuando ya está aquí otra vez!… ¡Otra vez!… ¡Se lo suplico! ¡Tenga compasión!…

—Puede hablar aquí con el jefe de estación… Él le dirá si tengo derecho o no…

—¡Esto es insoportable!… ¡Tome su billete! ¡Tómelo! ¡Le pagaré cinco, pero déjeme morir tranquilo!… ¿Será posible que no haya estado usted nunca enfermo? ¡Qué gente más insensible!

—¡Esto se llama, sencillamente, una burla! —se indigna un señor de uniforme—. ¡De otra manera no puedo explicarme ese comportamiento!

—¡Déjele! —dice con una mueca de disgusto el jefe de estación, tirando de la manga a Podtiagin.

Éste se encoge de hombros y se retira en pos de él.

—¿Qué tiene uno que hacer para dar gusto? —se asombra—. ¡Por él ha sido por lo que he llamado al jefe de estación…, para que comprenda… para que se tranquilice…, y lo que hace es insultarme!

Otra estación. El tren se detiene diez minutos. Antes de que suene la segunda campanada y mientras Podtiagin, junto al *buffet*, bebe agua de seltz, dos caballeros se le acercan: uno vestido con el uniforme de ingeniero y el otro cubierto con un capote militar.

—¡Oiga, interventor! —dice a Podtiagin el ingeniero—. Su comportamiento para con el viajero enfermo indignó a todos cuantos estábamos presentes. Soy Pusitzkin, el ingeniero, y éste es el señor coronel. Si no pide usted perdón al viajero presentaremos una queja al jefe de movimiento, nuestro común amigo.

—¡Señores! ¡Pero yo!… ¡Pero ustedes!… —contestó anonadado Podtiagin.

—¡No necesitamos explicaciones, y le advertimos que si no presenta usted sus excusas tomaremos sobre nosotros la defensa del viajero!

—Bien, bien… Me… me disculparé. ¡Como gusten!

Media hora después, Podtiagin, tras discurrir una fórmula de excusas que pudiera satisfacer al viajero sin empequeñecer su dignidad, penetra en el vagón.

—¡Señores! —se dirige ahora al enfermo—. ¡Escúcheme, señor!…

El enfermo se estremece y se levanta de un salto.

—¿Qué?

—Yo quisiera… ¡No se ofenda usted!…

—¡Ay!… ¡Agua! —se ahoga el enfermo, llevándose una mano al pecho —. ¡Tomé el tercer sello de morfina!… ¡Empezaba a dormirme y… otra vez! ¡Dios mío! ¿Cuándo terminará esta tortura?

—Yo… Usted perdone…

—¡Escúcheme! ¡Déjeme bajar en la próxima estación! ¡No puedo seguir sufriendo de este modo! ¡Me… me… muero!

—¡Es una vileza!… ¡Es feo! ¡Fuera de aquí! ¡Pagará usted una burla semejante! ¡Fuera!

Podtiagin suspira y, haciendo un ademán de desaliento, sale del vagón. Se dirige al de servicio y, sentándose agotado a la mesa, se lamenta:

—¡Qué público éste!… ¿Qué habrá que hacer para darle gusto?… ¡Se propone uno trabajar, y quiera o no quiera ha de acabar porque le dé a uno lo mismo todo y por ponerse a beber!… ¡Si no haces nada, se enfadan contigo, y si lo haces, también se enfadan!… ¡Vamos a por un traguito!

Podtiagin se bebe de una vez una botella, y no vuelve a preocuparse ni del trabajo, ni del deber, ni de la honestidad.

EXCESO DE PRECAUCIÓN

El agrimensor Gleb Smirnov llegó a la estación Gniluschki. Hasta alcanzar la hacienda adonde había sido llamado para proceder a la medición de los surcos faltábanle todavía por recorrer unas treinta o cuarenta *verstas* a caballo. (Cuando el cochero no está borracho y los caballos no son unos pencos no hay ni treinta *verstas*, pero si aquél ha empinado el codo y los caballos están cansados habrá, por lo menos, cincuenta).

—Dígame, por favor…, ¿dónde podría alquilar caballos de posta? —dijo el agrimensor dirigiéndose al gendarme de la estación.

—¿De cuáles?…, ¿de posta?… ¡Aquí en un radio de acción de cien *verstas* no encuentra usted un buen perro…, para que vaya usted a encontrar caballos de posta!… ¿Adónde tiene que ir?

—A Devkino. A la hacienda del general Jojotov.

—Entonces… baje a la estación. Allí hay, a veces en el patio, *mujiks* que llevan viajeros.

El agrimensor suspiró y, con paso cansino, se dirigió a la estación. En ésta, después de larga búsqueda, conversación y vacilaciones, acabó dando con un robustísimo y taciturno *mujik*, de rostro comido por la viruela, vestido con una *sermiaga*[112] y calzado con unos *lapti*[113].

—¡Diablos, qué carro tan malo tienes! —dijo con una mueca de disgusto el agrimensor subiendo al carro—. No se puede distinguir siquiera cuál es la parte de delante y cuál la de atrás…

—No hay nada que distinguir. ¡Donde va el rabo del caballo es *delante* y donde está sentada su merced *detrás*!…

El caballejo era joven, pero escuálido, despatarrado y con las orejas carcomidas. Cuando el cochero, alzándose en el asiento, le fustigó con la cuerda de su látigo, se limitó a mover la cabeza. Cuando acompañándose de unos cuantos insultos le pegó por segunda vez, tembló como un preso de fiebre, en tanto que el carro dejaba escapar un chillido. Al tercer zurriagazo el carro se tambaleó y al cuarto arrancó de su sitio.

—¿Es que vamos a ir así todo el camino? —preguntó el agrimensor sintiendo un fuerte traqueteo y admirándose de la capacidad de los cocheros rusos para aunar, en el paso de un vehículo, este traqueteo tan violento, que te sube el alma a la garganta, con una lentitud de tortuga.

—¡Llee-ga-reemos! —le tranquilizó el cochero—. ¡El caballito es joven y espabilado!… ¡Sólo te cuesta que empiece a correr… que luego no hay quien le pare!… ¡Aaaarre!… ¡Maldito!

Cuando el caballo salió de la estación había ya anochecido. A la derecha del agrimensor se extendía una oscura y helada planicie, sin término ni fin. En el horizonte, en el punto en que aquélla se borraba fundiéndose con el cielo, moría perezosamente un frío crepúsculo vespertino de otoño… A la izquierda del camino, elevándose en la atmósfera que oscurecía, veíanse unos montones, que tan pronto semejaban una aldea como gavillas abandonadas allí desde el año anterior. Lo que el agrimensor tenía delante de sí no podía verlo, pues todo su campo visual lo cerraba por aquel lado la torpe y ancha espalda del cochero. Reinaba el silencio, hacía frío y caía la helada.

«¡Qué apartado es todo esto! —pensaba el agrimensor, esforzándose en taparse las orejas con el cuello del abrigo—. ¡Ni una casa!… ¡No lo permita Dios…; pero si quisieran atacarnos… no se enteraría nadie!… ¡Ni aunque disparáramos cañonazos!… Tampoco el cochero inspira mucha confianza… ¡Vaya espaldón el suyo!… ¡Sólo con que semejante criatura de la naturaleza le pusiera a uno el dedo encima se le saldría a uno el alma del cuerpo!… También su cara es salvaje y sospechosa…».

—¡Oiga, amigo! —preguntó el agrimensor—. ¿Cómo te llamas?

—¿Quién, yo?… Klim.

—¿Y qué hay, Klim?… ¿Qué tal se está por aquí? ¿No es esto peligroso? ¿No suelen gastarse bromas pesadas?

—¡Nada de eso! ¡El Señor nos guarda!… ¿Quién iba a gastar bromas?

—Me parece muy bien… que no se gasten… Pero por si acaso, yo llevo conmigo tres pistolas —mintió el agrimensor—. ¡Y con una pistola ya sabes que no hay broma que resulte divertida!… ¡Con diez bandidos podría uno habérselas!

Se hizo de noche. De repente, el carro rechinó, chilló, tembló y, como sin querer, torció hacia la izquierda.

«¿Adónde me lleva? —pensó el agrimensor—. ¡Iba todo derecho y de pronto tira para la izquierda!… Quién sabe si el muy canalla me lleva a algún sitio apartado y…, y… ¡Ocurren tantas cosas!».

—¡Oye! —dijo al cochero—. ¿Según tú, esto no es peligroso?… ¡Qué lástima!… ¡A mÍ me gusta batirme con los bandidos!… ¡Parezco delgado y enfermizo, pero tengo tanta fuerza como un buey!… Una vez fui atacado por tres bandidos… Pues bien… ¿Qué creerás tú?… A uno de ellos le asesté tal golpe que…, que… ¿comprendes?… ¡Entregó su alma a Dios, mientras los otros dos están ahora en Siberia por mí!… ¿De dónde saco esa fuerza?… ¡Yo mismo no lo sé; pero cojo con la mano a un grandote cualquiera…, por ejemplo como tú…, y le hago trizas!

Klim volvió la cabeza y miró al agrimensor. Su rostro entero parpadeó, y dio un latigazo al caballejo.

—Sí, hermano… —prosiguió el agrimensor—. ¡Dios le libre a nadie de ningún jaleo conmigo!… ¡Por si fuera poco, el bandido perdió las manos y los pies y, además, tendrá ahora que presentarse a juicio!… ¡Todos los jueces y los jefes de Policía son amigos míos! ¡Soy un hombre del Estado y me necesitan!… ¡Por ejemplo, ahora mis superiores saben que estoy de viaje! ¡No hacen más que cuidar de que nadie me haga ningún daño!… ¡Por todo el camino…, detrás de cada mata, hay escondidos jefes de Policía de distrito y agentes!… ¡Espera! —gritó de repente—. ¿Dónde vas? ¿Adónde me llevas?

—¿Es que no lo ve usted?… Al bosque.

«En efecto, al bosque… —pensó el agrimensor—. ¡Y yo que me había asustado!… De todas maneras no debo dejar ver mi excitación… Ya se ha fijado en que tengo miedo… ¿Por qué se volverá tanto a mirarme?… Seguramente está tramando algo… Antes apenas andaba y hay que ver ahora la marcha que lleva…».

—¿Oye, Klim?… ¿Por qué haces correr tanto al caballo?

—Yo no le hago correr… Es él solo el que corre. Cuando se pone a correr no hay modo de pararle… ¡Él es el primero que siente tener así las patas!

— ¡Mientes, hermano!… ¡Veo que estás mintiendo!… ¡Sólo una cosa te aconsejo… que no vayas tan de prisa! ¡Contén un poco al caballo! ¿Me oyes? ¡Conténlo!

—¿Por qué?

—Pues ¡porque…, porque… detrás de mí…, desde la estación…, vienen cuatro amigos míos! ¡Es menester que nos alcancen!… ¡Me prometieron alcanzarme en este bosque y será más divertido viajar con ellos!… ¡Gente sana…, robusta!… ¡Cada uno de ellos lleva una pistola! ¿Por qué vuelves la cabeza a cada momento y te mueves como si estuvieras sentado sobre alfileres?… Yo, hermano… Sabes, hermano… ¡No tienes que volver tanto la

cabeza para mirarme!… ¡En mí no hay nada interesante!… Si acaso, ¡las pistolas!… ¿Quieres?… ¡Toma!… ¡Las sacaré y te las enseñaré! ¡Toma!…

El agrimensor hizo ademán de rebuscar en sus bolsillos; pero en aquel momento ocurrió lo que, dada su cobardía, no podía haber esperado. Klim, de repente cayó del carro, y a cuatro patas fue a refugiarse en la espesura del bosque.

—¡Socorro! —gritaba—. ¡Socorro!… ¡Coge, maldito, el caballo y el carro; pero no me mates a mí! ¡socorro!

Sonaron pasos rápidos alejándose, un crujido de ramas y todo quedó quieto… El agrimensor, que no esperaba tal replica, lo primero que hizo fue detener el caballo, luego se acomodó en el carro y empezó a pensar:

«Se escapó… El muy tonto se ha asustado… ¿Y qué voy a hacer ahora? Seguir yo solo es imposible, porque no conozco el camino y, además, porque podrían pensar que había robado el caballo… ¿Qué hacer?… ¡Klim!… ¡Klim!».

—¡Klim! —contesto el eco.

La idea de tener que pasarse toda la noche en aquel frío y oscuro bosque, escuchando sólo el aullido de los lobos, el eco y los resoplidos del escuálido caballejo, hizo sentir al agrimensor un helado cosquilleo por la espalda.

—¡Klimuschka! —gritó. ¡Ven acá, amiguito! ¿Dónde estás, Klimuschka?

Unas dos horas permaneció el agrimensor gritando, y sólo después de haber enronquecido y haberse resignado a la idea de pernoctar en el bosque, el helado vientecillo llevó a sus oídos un gemido.

—¡Klim! ¿Eres tú, amigo?… ¡Vámonos!

—¡Me matarás!

—¡Que Dios me castigue por haber bromeado! ¡No tengo pistola ninguna! ¡Era por miedo por lo que mentía!… ¡Hazme la merced! ¡Vámonos! ¡Me estoy helando!

Klim, por su parte, dándose cuenta de que un verdadero bandido haría tiempo que hubiera desaparecido llevándose el caballo y el carro, salió del bosque, e indeciso se acercó a su viajero.

—¡Vaya, hombre!… ¿Por qué te has asustado…, tonto? ¡Yo…, yo… estaba de broma! ¡Pero tú te asustaste!… ¡Siéntate!

— ¡Que Dios te perdone! —gruñó Klim subiéndose al carro—. ¡Si lo hubiera sabido, ni por cien rublos llevo a nadie!… ¡A poco me muero de miedo!…

Klim fustigó al caballejo. El carro se estremeció. Klim pegó otra vez, y el carro se tambaleó. Cuando éste, al cuarto latigazo, arrancó de su sitio, el

agrimensor se tapó la cabeza con el cuello del abrigo y quedó meditabundo. Ni el camino ni Klim se le antojaban ya peligrosos.

CRONOLOGÍA VIVIENTE

LA sala del consejero civil Scharamikin está envuelta en una grata media luz. Una gran lámpara de bronce, de pantalla verde, imprime un tinte verdoso, de un tono *noche ucraniana*, a las paredes, a los muebles, a los rostros. En la chimenea, de cuando en cuando, se enciende súbitamente un leño a medio consumir, inundando por un instante los rostros con reflejos de incendio. Esto no perjudica, sin embargo, al conjunto armónico de luces. Se mantiene lo que llaman los pintores el *tono general*…

Ante la chimenea, en la postura del hombre que acaba de comer, hállase sentado el propio Scharamikin, señor de edad, grises patillas de funcionario y tímidos ojos azules. Una expresión de ternura Invade su rostro, y sus labios se pliegan en una triste sonrisa. A sus pies, alargando éstos hacia la chimenea y desperezándose, se sienta en una banquetita el vicegobernador Lopnev, hombre arrogante, de unos cuarenta años. Nina, Kolia y Vania, los hijos de Scharamikin, juegan junto al piano. Por la puerta, ligeramente entreabierta, que conduce al despacho de la señora Scharamikina, penetra tímidamente la luz. Allí, al otro lado de la puerta y ante su mesa de escritorio, está sentada Anna Pavlovna, la mujer de Scharamikin, presidenta del Comité de señoras de la localidad; vivaz y graciosa damita de aproximadamente treinta años y un piquito. A través de los cristales del *pince nez*, sus ojitos, negros, recorren de prisa las páginas de una novela francesa. Bajo la novela están las hojas desordenadas de una *Memoria* del Comité, del año anterior.

—¡Nuestra ciudad, antes, era mucho más afortunada en ese sentido! —dice Scharamikin guiñando los tímidos ojos, fijos en el carbón que se consume lentamente—. ¡No pasaba invierno sin que viniera por aquí alguna estrella!… Aquí estuvieron actores y cantantes célebres, pero hoy en día… ¡esto es un asco!… ¡Por aquí no viene nadie más que los prestidigitadores y los hombres del aristón!… ¡No es posible gozar de placer estético alguno!… ¡Se vive como en un bosque!… Sí… ¿Se acuerda usted, excelencia, de aquel trágico italiano?… ¿Cómo se llamaba?… ¡Muy moreno! ¡Alto!… ¡Dios me ilumine!… ¡Ah, sí!… Luigi Ernesto de Ruggiero… ¡Un talento

extraordinario!… ¡Qué fuerza la suya!… ¡Decía una palabra y el teatro se venía abajo!… Mi Aniutochka se interesaba mucho por su talento. Ella fue la que le proporcionó el teatro y colocó billetes para diez representaciones. Él, en compensación, la daba lecciones de declamación y de música. ¡Un hombre simpatiquísimo!… Hará cosa de unos doce años, para no mentirle, que vino por aquí… ¡No!… ¡Miento!… ¡Menos! Cosa de unos diez años. ¡Aniutochka!… ¿Qué edad tiene nuestra Nina?

—¡Ha cumplido los ocho! —dice desde su despacho Anna Pavlovna—. ¿Por qué?

—¡Por nada, mamaíta!… ¡Era que…! También venían cantantes buenos. ¿Se acuerda usted del *tenore* di Grazzia Perilipchin?… ¡Qué hombre tan agradable! ¡Qué apostura la suya!… ¡Rubio!… ¡Con un rostro tan expresivo y unos ademanes parisienses!… ¡Y qué voz, excelencia! Sólo había que deplorar una cosa…, que algunas notas las daba con el estómago y el re lo cogía de falsete. Si no hubiera sido por eso, lo demás estaba todo muy bien… Decían que estudiaba con Tamberlik… Aniutochka y yo le conseguimos la sala en el Circulo, y en agradecimiento se pasaba cantándonos los días y las noches enteras. Daba lecciones de canto a Aniutochka. Vino…, me acuerdo como si fuera ayer…, durante la gran Cuaresma. Hará cosa de unos doce años, no más. ¡Qué memoria la mía, y que Dios me perdone!… ¡Aniutochka! ¿Qué edad tiene nuestra Nadechka?

—¡Doce!

—Doce… eso es. Y si añadimos diez meses, trece… En nuestra ciudad, antes, puede decirse que había más vida… ¡Los bailes benéficos, por ejemplo!… ¡Qué bailes más maravillosos teníamos entonces! ¡Qué encanto!… ¡Cómo te cantaban, te representaban y te leían!… Después, cuando la guerra, recuerdo que esto se llenó de turcos prisioneros y que Aniutochka organizó una velada en beneficio de los heridos. Reunió mil cien rublos… Me acuerdo que los oficiales turcos perdían la cabeza por la voz de Aniutochka y a cada momento venían a besarle la mano. Asiáticos y todo, eran agradecidos. La velada resultó tan lograda que la consigné en mi *Diario*, créame. Aquello fue, me acuerdo como si fuera ayer…, en el año setenta y seis. ¡No!… En el setenta y siete… ¡No!… Veamos… ¿Cuándo estaban aquí los turcos? ¡Aniutochka! ¿Qué edad tiene nuestro Kolechka?

—Tengo siete años, papá —dice Kolia, un chicuelo morenito, de rostro tostado y cabellos negros como el carbón.

—¡Sí!… ¡Envejecemos!… ¡Ya no hay aquélla energía! —asiente Lopnev suspirando—. ¡Y la causa es ésa! ¡La vejez, padrecito!… ¡No hay nuevos

iniciadores y los viejos envejecieron!… ¡Ya no existe aquella llama!… A mí, cuando era más joven, me desagradaba que la sociedad se aburriera… Yo era el primer ayudante de su Anna Pavlovna. Si había que organizar una velada con un fin benéfico, o una lotería, o atender a cualquier celebridad que viniera…, lo dejaba todo a un lado y me dedicaba a ello por completo. Me acuerdo de que, durante un invierno, fue tanto lo que corrí que acabé cayendo enfermo… ¡Nunca me olvidaré de aquel invierno!… ¿Se acuerda usted de la función que compusimos Anna Pavlovna y yo en favor de los damnificados por el incendio?

—¿En qué año fue?

—No hace mucho… En el setenta y nueve… ¡No!… Me parece que en el ochenta… Dígame… ¿qué edad tiene vuestro Vanja?

—¡Cinco! —grita desde el despacho Anna Pavlovna.

—Pues entonces hace seis… Sí, amigo… Las cosas eran… ¡Ahora es de otra manera! ¡No hay aquel fuego!…

Lopnev y Scharamikini quedan pensativos. El leño a medio consumir se enciende por última vez y se cubre de ceniza.

WHIST[114]

EN una desapacible noche de otoño, Andrei Stenanich Peresolin salía del teatro. Camino de su casa, meditaba sobre lo beneficioso que sería éste si en él se representaran obras de contenido moral. Al pasar ante el edificio en el que tenía su despacho, dejó de pensar en dicha utilidad, y alzando los ojos hacia aquella casa de la cual era él el timón, miró a las ventanas. Dos de las correspondientes al cuarto de guardia estaban vivamente iluminadas.

«¿Será posible que sigan todavía ocupados con la *Memoria*?… —pensó Peresolin—. ¡Que estén ahí sentados cuatro tontos y ésta sea la hora en que no hayan terminado!… ¡Y a lo mejor creerá la gente que soy yo el que no les dejo en paz ni por la noche!… ¡Voy a meterles prisa!… ¡Para Gurii!».

Peresolin bajó del carruaje y entró en el edificio. La puerta principal estaba cerrada y la trasera, que sólo tenía un cerrojo estropeado, abierta de par en par. Peresolin utilizó esta última, y un minuto después se encontraba ante la puerta del cuarto de guardia. Ésta estaba ligeramente abierta, y Peresolin, asomando la cabeza por ella, vio algo extraordinario. Ante la mesa, que cubrían las grandes páginas de la *Memoria*, y jugando a los naipes a la luz de dos lámparas, hallábanse sentados cuatro funcionarios. Concentrados e inmóviles, iluminados los rostros por el color verde de las pantallas, recordaban a los gnomos de un cuento…, o…, ¡Dios nos libre!…, a monederos falsos. El juego que les ocupaba les prestaba un aspecto aún más misterioso. A juzgar por los gestos y los términos, empleados de cuando en cuando en voz alta, jugaban al *whist*. Sin embargo…, por todo cuanto oía Peresolin, aquel juego no podía llamarse *vint*…, ni siquiera juego de naipes… Tratábase de algo nunca visto, extraño y misterioso.

En los funcionarios reconoció Peresolin a Serafín Zvisdulin, a Stepan Kulakevich, a Jeremei Nedoiejov y a Iván Pisulin.

—¿Cómo sales así…, diablo de holandés?… —se enfadó Zvisdulin fijando una mirada furibunda en su compañero de juego sentado *vis à vis*—. ¿Es manera de salir ésa?… ¡Yo tenía en la mano al mismo Dorofeev, a Schepeliov y su mujer, a Stiopka Erlakov, y tú vas y sales de Kofeikin! ¡Ya

llevamos dos perdidas!… ¿No comprendes, cabeza de atún, que tenías que haber salido de Pogankin?

—¿Y qué hubiéramos adelantado? —gruñó el compañero—. ¡No hacía nada con salir de Pogankin, porque Iván Andreich tenía en las manos a Peresolin!

«¡Usan mi apellido no se sabe para qué! —pensó encogiéndose de hombros Peresolin—. ¡No me lo explico!».

Pisulin repartió de nuevo las cartas, y los funcionarios prosiguieron el juego.

— ¡Banco de Estado!…

— ¡Dos delegaciones de Hacienda!

— ¡No tengo del palo!

—Tú…, ¿no tienes del palo?… ¡Hum!…

—¡Alcaldía! ¡Dos!… ¡Si hay que perecer, a perecer!

—¡Ése una vez las perdió todas con su Instrucción Pública! ¡Ahora vas a tropezar con la Alcaldía!

—¡Bastante me importa!

—¡El *schlem*[115] pequeño de Instrucción Pública!

«No comprendo», murmuró Peresolin.

—¡Salgo de un Civil!… ¡Vamos, Varia…, echa algún Titular o algún Regional!

—¿Por qué a un Titular?… Echaré a Peresolin…

—Pero nosotros, a tu Peresolin…, le daremos en las narices. ¡En las narices! ¡Tenemos a Ribnikov, y perderán ustedes el tres…! ¡Vamos!… ¡Saquen a Peresolina! ¡Basta ya de esconder a la muy canalla en el puño!

«¡Ya salió a relucir mi mujer! —pensó Peresolin—. ¡No comprendo esto!».

Sin ganas de permanecer más tiempo en semejante perplejidad, Peresolin abrió la puerta y entró en el cuarto de guardia. Si el mismo diablo, con cuernos y rabo, hubiera surgido ante los funcionarios, éstos no se hubieran asustado tanto como se asustaron y sorprendieron con la entrada de su superior. Si ante ellos hubiera aparecido el ejecutor fallecido en el pasado año diciendo con voz de ultratumba: «¡Venid conmigo al lugar preparado para los canallas!», y si hubiera exhalado sobre ellos un frío soplo sepulcral, no hubieran palidecido de la manera que palidecieron al reconocer a Peresolin.

A Nedoieiov, del susto, empezó a sangrarle la nariz; a Kulakevich le zumbó el oído derecho y se le desató por sí sola la corbata. Los funcionarios se levantaron lentamente y soltaron las cartas, y después de cambiar entre sí la

mirada bajaron ésta al suelo. Por espacio de un minuto en el cuarto de guardia reinó el silencio.

—¡Vaya con lo bien que copian la *Memoria*! —empezó diciendo Peresolin—. ¡Ahora comprendo por qué les gusta tanto trabajar en ella!… ¿Qué hacían ustedes hace un momento?

—Fue sólo un minuto, excelencia… —murmuró Zvisdulin—. Nos entreteníamos mirando las cartitas… Estábamos descansando…

Encogiéndose lentamente de hombros, Peresolin se acercó a la mesa. No eran naipes lo que había encima de ésta, sino retratos de formato corriente arrancados de sus cartones y pegados sobre las cartas de la baraja, Los había en gran cantidad. Examinándolas, Peresolin encontró su propia efigie, la de su mujer, la de muchos subordinados y conocidos…

—¡Qué tontería!… ¿Y cómo juegan ustedes?

—¡No fuimos nosotros, excelencia, los que lo inventamos!… ¡Dios nos libre!… ¡No hicimos más que seguir el ejemplo!…

—Bueno, Zvisdulin, ¡explíquemelo! ¿Cómo jugaban? ¡Ya vi y oí cómo me comían con Ribnikov!… ¡Vamos!…, ¿por qué vacilas?… ¡No te voy a comer yo! ¡Cuéntamelo!

Zvisdulin continuó largo rato azorado y acobardado; pero, al fin, cuando Peresolin empezó a enfadarse y a enrojecer de impaciencia, obedeció. Reunió las fotos, las barajó, las extendió sobre la mesa y se puso a explicar:

—Cada retrato, excelencia, significa una carta… Aquí hay, lo mismo que en una baraja, cincuenta y dos cartas y cuatro palos… Los funcionarios de la Delegación de Hacienda son los corazones; los de la Alcaldía, los tréboles; los empleados de Instrucción Pública, los *piques*[116], y los de la sucursal del Banco del Estado, los *carreaux*[117]… Luego, los consejeros civiles efectivos son los ases; los consejeros civiles, los reyes; las esposas de los funcionarios de quinta o sexta clase, las damas[118]; los consejeros colegiados, los *valets*[119]; los consejeros de Corte, los dieces… y así sucesivamente… Yo, por ejemplo, he aquí mi foto, como no soy más que secretario de Alcaldía, soy un tres…

—¡Vaya, vaya!… Entonces, según eso, ¿yo soy un as?

—Sí, excelencia. El as de trébol… y su señora, la dama.

— ¡Hum!… ¡Es original!… ¿A ver?… ¿Jugamos una partida? ¡Veamos!

Perosolin se despojó del abrigo, y, sonriendo, incrédulo, se sentó a la mesa. Los funcionarios, obedeciendo su orden, se sentaron también, y el juego empezó…

Cuando a las siete de la mañana Nazar, el guardián, entró a barrer el cuarto de guardia, quedó asombrado. El cuadro que al llegar con su escobón se ofrecía ante su vista le dejó tan asombrado, que todavía ahora cuando está borracho y su mente se nubla, lo recuerda. Peresolin, pálido, soñoliento y despeinado, en pie ante Nedoiejov, agarraba a éste por un botón y le decía:

—¡Compréndeme!… ¡No debías haber salido de Schepeliov sabiendo que yo me tenía en la mano a mí mismo!… ¡Zvisdulin tenía a Ribnikov, a su esposa, a tres profesores del Colegio y a mi mujer!… ¡Nedoiejov, a los del Banco y a tres pequeños de la Alcaldía!… ¡Con lo que tenías que haber salido tú era con Krischkin!… ¡No haberte importado que ellos salieran con la Delegación!… ¡Son muy vivos!

—Yo…, excelencia, salí del Titular porque pensaba que tenían ellos el efectivo…

—¡Pero, amigo mío!… ¡No se puede pensar así!… ¡Esa no es manera de jugar!… ¡Así sólo juegan los zapateros!… ¡Cuando Kulakevich echó la Alcaldía, tú tenías que haber echado a Iván Ivanovich Grendlanskii, porque yo ya sabía que él tenía a Natalia Dimitrievna y a Egor Egorich!… ¡Lo fastidiaste todo…, y ahora mismo te lo voy a demostrar!… ¡Siéntense, señores! ¡Otra partida!…

Y dando orden de salir al asombrado Nazar, los funcionarios volvieron a sentarse y prosiguieron el juego.

EL PUNTO DE ADMIRACIÓN

(CUENTO DE NAVIDAD)

LA noche víspera de Navidad, el secretario colegiado Efim Fomich Perekiadin se echó a dormir apenado y hasta ofendido.

—¡Déjame en paz, fuerza maligna! —gritó con encono a su mujer cuando ésta le preguntó por qué tenía aquel aire tan taciturno.

Era el caso que acababa de regresar de una visita, en la que muchas cosas desagradables y dolorosas para él habían sido dichas. Habíase hablado primeramente de la instrucción en general; después, insensiblemente, de ella se había pasado a las nóminas de los empleados, dando lugar a que se expresarán muchas quejas, lamentaciones y hasta mofas sobre el bajo nivel intelectual de éstos. Aquí, como suele ocurrir en todas las reuniones rusas, del tema general se había pasado al personal.

—¡Usted, por ejemplo, Efim Fomich!… —exclamó un joven abogado dirigiéndose a Perekiadin—. Ocupa usted un puesto de alguna consideración y, sin embargo, ¿qué instrucción es la suya?

—Ninguna. A nosotros no sé nos exige instrucción… —contestó afable Perekladin—. Con escribir correctamente basta.

—¿Y dónde ha aprendido usted a escribir correctamente?

—Me he ido educando la mano… ¡En cuarenta años de servicio ya puede uno educársela!… ¡Claro que, al principio, me costaba trabajo!… ¡Ponía muchas faltas…; pero luego me acostumbré, y ya está!

—¿Y la puntuación?

—La puntuación también… La empleo ya correctamente

—¡Hum! —se azaró el joven—. ¡Sin embargo, la costumbre es una cosa completamente distinta a la instrucción!… ¡Es poco para que la puntuación sea correcta!… ¡Es poco!… ¡Hay que emplearla conscientemente!… ¡Sí! ¡Esa ortografía suya, inconsciente y refleja, no vale ni un *grosch*! ¡Es una industria maquinal y nada más!

Perekiadin no contestó nada y hasta sonrió afablemente (el joven era el hijo del consejero civil y estaba ya en posesión del grado de décima clase). Pero ahora, mientras se acostaba, se sentía lleno de indignación y de cólera.

«¡Cuarenta años prestando servicio sin que nadie me llamara tonto, y hay que ver los críticos que me han salido ahora!… ¡Refletiva!… ¡Industria maquinal!… ¡Que te lleve el diablo!… ¡Quién sabe si no entiendo yo más que tú, a pesar de no haber estudiado en tus Universidades!».

Una vez después de haber dedicado mentalmente al crítico todos los insultos conocidos y entrando en calor bajo la manta, Perekiadin empezó a tranquilizarse.

«¡Yo sé muy bien!… ¡Comprendo muy bien!… —pensaba adormeciéndose—. ¡No pongo dos puntos cuando hay que poner una coma!… ¡Lo cual quiere decir que lo comprendo *conscientemente*!… Sí… Eso es, joven… ¡Lo primero que hay que hacer es vivir y trabajar…, que luego vendrá el juzgar a los viejos!».

Ante los cerrados ojos de Perekiadin, que empezaba a quedarse dormido, y a través de una masa de risueñas nubes, pasó volando una ígnea *coma*. Tras ella, otra; luego, una tercera, hasta quedar pronto todo el fondo, oscuro y sin límites, extendido ante su imaginación cubierto de un espeso montón de *comas* volantes…

«¡Estas comas, por ejemplo! —pensó Perekiadin sintiendo como el sueño que le invadía adormecía dulcemente sus miembros—. ¡Las comprendo perfectamente!… ¡a cada una se le puede buscar un lugar, si se quiere!… ¡Y con *consciencia*! ¡No así porque sí!… ¡Y si no, que me examinen y verán!… ¡Las comas se ponen en los diferentes sitios en que hacen falta y en los que no hacen falta!… ¡Cuanto más embrollado es el texto más comas hacen falta!… Se ponen antes de *cual*…, de *que*… Si en un papel tienes que escribir uno por uno los nombres de los funcionarios, hay que separarlos con una coma. ¡Lo sé perfectamente!».

Las doradas comas giraron raudas hacia un lado, viniendo a ocupar su lugar ígneos puntos voladores.

«El punto se pone al final de un escrito… Cuando hay que hacer una pausa y mirar al oyente, también se pone punto… Después de las frases largas, para que el secretario no gaste demasiada saliva, hay que poner punto… ¡Y el punto no se pone en ningún sitio más!».

Las *comas* acuden volando otra vez, se mezclan a los puntos, giran, y ante los ojos de Perekiadin surge una inmensa cantidad de puntos y comas y de dos puntos.

«También los conozco —piensa—. Cuando una coma es poco y sobra un punto, hay que poner punto y coma… Y en cuanto a los dos puntos, se ponen después de esas palabras como decidieron…».

Los puntos, las comas y los dos puntos se apagaron, llegándoles el turno a los signos de interrogación. Éstos, saltando de las nubes, empezaron a bailar el cancán…

«¡Pues sí que es una cosa nunca vista!… ¡Una interrogación!… ¡Aunque fueran mil, a todas sabría colocarlas! Se ponen siempre que hay que hacer una pregunta. Por ejemplo, al informarse sobre un documento… *¿Adónde hay que cargar el resto de la suma del año…?* o *¿No considera posible la Comisaría…?*, etcétera, etcétera.».

Los signos de interrogación inclinaron sus ganchos con gesto aprobatorio, y en el acto, como obedeciendo a una consigna, estiraron su dibujo hasta convertirse en signos de admiración.

«¡Hum!… Este signo suele ponerse en las cartas: *¡Muy señor mío!*, o *¡Excelencia y bienhechor!*… Pero y en los papeles de negocios…, ¿dónde se pone?».

Los signos de admiración se estiraron aún más y permanecieron en actitud expectante.

«En los papeles de negocios se ponen cuando…, cuando… ¡Hum!… ¿Cuándo se ponen, en efecto?… Espera… ¡Que Dios me ilumine!».

Perekiadin abrió los ojos y se volvió hacia el otro costado; pero apenas había tenido tiempo de cerrarlos cuando ya en el fondo oscuro surgían otra vez los signos de admiración.

«¡Que los lleve el diablo! ¿Cuándo hay que ponerlos? —pensó esforzándose por arrojar de la imaginación aquellos huéspedes inoportunos—. ¿Será posible que se me haya olvidado… o es que no los usé nunca?».

Perekiadin empezó a traer a la memoria el contenido de cuantos documentos había escrito durante los cuarenta años que durara su servicio; pero por mucho que pensaba y que fruncía la frente, en su pasado no encontraba ni un solo signo de admiración.

«¡Vaya historia!… ¡Haberme pasado escribiendo cuarenta años y no haber tenido que poner ni una sola vez un signo de admiración!… ¡Hum!… ¿Cuándo se usará, al fin y al cabo, ese diablo largo?».

Por entre la fila de ígneos signos de admiración, sonriendo pícaramente, asomó la faz del joven crítico. Todos los signos se sonrieron también, fundiéndose después en un gran signo de admiración.

Perekiadin sacudió la cabeza y abrió los ojos.

«¡Qué diablos! —pensó—. ¡Tengo que ir mañana al oficio matutino y esta brujería no se me va de la cabeza!… ¡Pfú!… Pero ¿cuándo hay que ponerlos?… Conque la costumbre, ¿eh?… ¿Conque se te ha *hecho la mano*?… ¿Conque durante cuarenta años no has puesto ni un signo de admiración?…».

Perekladin se santiguó y cerró los ojos, pero en el acto los volvió a abrir. Sobre el fondo oscuro permanecía aún un gran signo.

«¡Pfú!… ¡Así no es posible dormirse en toda la noche!».

—¡Marfuscha! —dijo, dirigiéndose a su mujer, que frecuentemente presumía de haber hecho sus estudios en un pensionado—. ¿Sabes, almita, cuándo en los papeles de negocios se pone signo de admiración?

—¿Cómo no lo voy a saber?… ¡Para algo he estudiado siete años en un pensionado!… ¡Me sé de memoria toda la gramática! Se ponen *al dirigirse, al exclamar, al expresar entusiasmo, indignación, alegría, cólera y otros sentimientos.*

«Así es… —pensó Perekiadin—. *Entusiasmo, indignación, alegría, cólera y otros sentimientos*».

El secretario quedó meditabundo. ¡Cuarenta años escribiendo papeles! ¡Los llevaba escritos por millares! ¡Por décimas de millares…, y no recordaba ningún renglón que expresara entusiasmo, indignación ni nada parecido!

«… *y otros sentimientos*— pensaba—. Pero ¿es que acaso en aquellos papeles hacían falta sentimientos?… ¡Un hombre insensible podría escribirlos!».

La cara del joven sonriendo de nuevo pícaramente volvió a asomar tras el signo ígneo. Perekiadin se incorporó y se sentó en la cama. Le dolía la cabeza y de su frente brotaba un sudor frío… En el rincón, ante la imagen, ardía mansamente la lamparita. Los muebles tenían un aspecto festivo, limpio… Todo exhalaba calor, revelando la presencia de una mano femenina; pero el pobrecito funcionario tenia frío y se sentía incómodo como si hubiera enfermado de tifus. El signo de admiración no estaba ya dentro de sus ojos cerrados, sino ante él, en la misma habitación, junto a la mesa tocador de su mujer y guiñando los ojos burlonamente…

«¡Máquina de escribir!… ¡Máquina! —murmuraba el fantasma exhalando sobre el funcionario un soplo frío y seco—. ¡Insensible pedacito de madera!…».

El funcionarlo se cubrió con la manta, pero a través de ésta seguía viendo al fantasma. Arrimó la cara al hombro de su mujer; pero tras él surgía la misma visión. El pobre Perekiadin pasó la noche entera martirizado, y durante

todo el día siguiente tampoco le abandonó el fantasma. Veíale por todas partes; al ponerse los zapatos, en el platillo de té, en la Stanislav[120].

«… *y otros sentimientos* —pensaba—. ¡Eso es verdad! ¿Cuándo es cuestión de sentimientos?… Ahora iré a firmar a las casas de los superiores… Pero ¿acaso se hace eso con sentimiento?… ¡Se hace porque sí! ¡Por nada!… ¡Máquina de felicitar!…».

Cuando Perekiadin salió a la calle y llamó a un *isvoschik*[121], le pareció que, en lugar de éste, rodaba hacia él un signo de admiración.

Al llegar al vestíbulo de la casa del superior, en vez de portero, vio al mismo signo al tiempo que todo parecía hablar de *entusiasmo, indignación, cólera.*… La pluma y la plumilla semejaban también signos de admiración, Perekiadin cogió la pluma, la mojó en tinta y firmó:

«¡¡¡Efim Perekladin. Secretario colegiado!!!».

Escribía los signos con entusiasmo, con indignación, con alegría, con cólera…

—¡Toma! ¡Toma! —balbucía, apretando la pluma.

Y el signo ígneo, sintiéndose satisfecho, desapareció.

UNA CONDECORACIÓN

LEO Pustiakov, profesor en el Colegio Militar, cuyo domicilio estaba próximo al de su amigo el teniente Ledentzov, dirigióse a casa de éste una mañana de Año Nuevo.

—Verás de lo que se trata, Grischa —dijo a éste después de desearle feliz entrada de año—. ¡No vendría a molestarte si no fuera porque me encuentro en un apuro!… ¡Préstame, amigo, por el día de hoy, tu Stanislav!…[122]. Como hoy en casa del comerciante Spichkin… ¡Ya conoces a ese bribón de Spichkin!… ¡Le gustan enormemente las condecoraciones y considera casi como unos canallas a los que no las llevan colgadas del cuello o del ojal!… ¡Además, tiene dos hijas, Nastia y Zina!… ¡Te estoy hablando como a un amigo!… ¡Tú ya me comprendes, querido!… ¡Préstamela…, hazme el favor!

Todo esto lo pronunciaba Pustiakov tartamudeando, enrojeciendo y volviendo tímidamente la cabeza hacia la puerta. El teniente, después de injuriarle, acabó accediendo.

A las dos de la tarde, Pustiakov, mientras se dirigía en un *isvoschik* a casa de Spichkin, se miraba el pecho a través de la pelliza ex profeso un poquito entreabierta, sobre el que, resplandeciente de oro y esmaltes, brillaba la Stanislav ajena.

«¡Parece como si se inspirara uno a sí mismo más respeto! —pensaba el profesor—. ¡Que una cosita tan insignificante…, que no valdrá arriba de cinco rublos, produzca esa sensación!».

Cuando el *isvoschik* se detuvo ante la casa de Spichkin, Pustiakov, al pagar al cochero, entreabrió su pelliza, pareciéndole que aquél, al ver sus charreteras, sus botones y su Stanislav, quedaba petrificado. Dejando escapar una tosecita de satisfacción, entró en la casa. Mientras se quitaba la pelliza, asomó la cabeza por el salón. Allí, ante una larga mesa, hallábanse sentadas, comiendo, unas quince personas. Oíase ruido de voces y el tintinear de la vajilla.

—¡Alguien ha llamado! —oyóse decir al dueño de la casa—. ¡Ah!…, ¿es usted, Lev Nikolaich?… ¡Pase, por favor!… ¡Llega usted un poco retrasado,

pero no importa!… ¡Acabamos de sentarnos!

Pustiakov enderezó su figura, alzó la cabeza y, frotándose las manos, entró en el salón. ¡Pero allí vio algo terrible!…

A la mesa, y al lado de Zina, hallábase sentado Tramblian, el profesor de francés, compañero suyo de trabajo. Permitir que el francés viera la condecoración era tanto como despertar una serie de preguntas de lo más desagradables… significaba su vergüenza y eterno descrédito… La primera idea de Pustiakov fue arrancarse la condecoración y escapar corriendo, pero ésta estaba muy bien cosida y retroceder era imposible. Cubriéndose rápidamente la condecoración con la mano derecha, Pustiakov se encorvó, dirigió torpemente a todos un saludo general, sin estrechar a nadie la mano, y fue a sentarse en la única silla libre, justamente enfrente de su compañero el francés.

«Debe venir algo bebido», pensó Spichkin observando su rostro azorado.

Le fue servido un plato de sopa. Con ademán perezoso y utilizando la mano izquierda, cogió la cuchara; pero luego, recordando que en sociedad no está bien considerada esta manera de comer, declaró que había comido ya y no tenía apetito.

—Ya he comido… *Merci*…. —balbució—. Fui a visitar a mi tío, el arcipreste Eleev…, y me rogó insistentemente que me quedara a comer con él…

El corazón de Pustiakov comenzó a llenarse de una lánguida tristeza y de un colérico enojo. La sopa exhalaba un olor muy sabroso y del esturión salía un vaporcillo sumamente apetecible. El profesor intentó liberar su mano derecha y cubrirse la condecoración con la izquierda, pero el cambio no resultó ser cómodo.

«Lo notarán… Tendré que tener la mano extendida sobre el pecho, como si fuera a cantar… ¡Dios mío!… ¡Ojala termine pronto la comida! ¡Yo ya comeré luego en la taberna!».

Después del tercer plato alzó tímidamente los ojos hacia el francés. Tramblian, azorado sin motivo aparente, le miraba a su vez, y tampoco comía nada. Sus miradas se cambiaron y ambos bajaron éstas sobre sus platos vacíos, aún más azorados.

«¡Ya se ha fijado el muy canalla!… —pensó Pustiakov—. Le noto en la cara que se ha fijado. ¡Vaya con el bribón!… ¡Seguro que mañana mismo se lo cuenta todo al director!».

Los dueños de la casa y los demás invitados terminaron el cuarto plato. Después, terminaron también el quinto.

Un señor alto, al que la Naturaleza había dotado de una nariz de caballete, anchas y velludas ventanas en ella y unos ojos que guiñaban constantemente, tras levantarse de la mesa y acariciarse con una mano la cabellera, anunció:

—¡Hem, hem…, ep, ep!… ¡Propongo beber en honor de las damas aquí presentes!

Los comensales levantáronse ruidosamente de sus asientos y alzaron sus copas. Un fuerte «¡Hurrah!» resonó por todas las habitaciones. Las damas sonreían y tendían sus copas para brindar. Pustiakov, levantándose, cogió la suya con la mano izquierda.

—¡Lev Nikolaich…, tenga la bondad de ofrecer esta copa a Nastasia Timofeevna! —dijo, dirigiéndosele un caballero al tiempo que le presentaba una copa—. ¡Haga que se la beba!

Esta vez, con gran espanto suyo. Pustiakov se veía obligado o emplear la mano derecha, con lo que la Stanislav relució, y con su cinta roja, arrugada, vio la luz del día. El profesor se puso pálido, bajó la cabeza y miró tímidamente hacia el francés. Éste le miraba también, con unos ojos a la vez interrogativos y asombrados. Sus labios sonreían maliciosamente, y en su rostro se desvanecía poco a poco la expresión de azoramiento.

—¡Julii Avgustovich! —díjole de pronto el dueño de la casa—. ¡Haga el favor de pasarme esa botellita!

Tramblian alargó, indeciso, la mano derecha hacia la botella, y…, ¡oh felicidad!… Pustiakov vio colgando de su pecho una condecoración… ¡No era ésta una Stanislav, sino toda una Anna!…[123]. ¿Sería posible que también el francés hubiera hecho trampa?… Pustiakov, riendo de placer, se sentó tranquilo en su silla… Ahora no tenía ya necesidad de esconder su Stanislav: el pecado de ambos era el mismo. Ninguno de los dos podía, en consecuencia, denunciar ni desacreditar al otro…

— ¡Aj!… ¡Hem!… —mugió Spichkin al ver la condecoración en la solapa del profesor.

—Sí… —dijo Pustiakov—. ¡Es curioso que hayan dado tan pocas condecoraciones este año, Julii Avgustovich!… Sólo las obtuvimos usted y yo. ¡Es curioso!

Tramblian asintió alegremente con la cabeza y mostró su solapa izquierda, sobre la que colgaba ostentosamente la Anna de tercer grado.

Después de la comida, Pustiakov daba vueltas por las habitaciones enseñando la condecoración a las señoritas, contento y despreocupado a pesar de que el hambre hacía sentir su presencia.

«¡Si lo hubiera sabido! —pensaba mirando a Tramblian, que conversaba con Spichkin, con ojos envidiosos—. ¡Me hubiera colgado una Vladimir!… [124]. ¡Qué lástima no haberlo adivinado!».

Sólo este pensamiento le torturaba. Por lo demás, se sentía completamente feliz.

EL CAMALEÓN

VESTIDO con un capote nuevo y llevando en la mano un pequeño envoltorio, el inspector de Policía Ochumelov atraviesa la plaza del mercado. Le sigue un guardia pelirrojo, que transporta un cedazo lleno hasta el borde de acederas confiscadas. Todo a su alrededor es silencio… En la plaza no hay un alma… Las puertas de las tiendas y tabernas, como fauces hambrientas, se abren tristemente sobre este mundo de Dios. Junto a ellas no se ven ni siquiera mendigos.

—¡Oh!… ¿Conque me muerdes, maldito? —oye de repente decir Ochumelov—. ¡Muchachos!… ¡No dejarle escapar!… ¡Hoy no está permitido morder!… ¡Sujetadle! ¡Ay! ¡Ay!…

Chilla un perro. Ochumelov mira hacia un costado y ve lo siguiente: Del almacén de maderas del comerciante Pichujin sale corriendo un perro, que saltando sobre tres de sus patas vuelve hacia atrás la cabeza. Le persigue un hombre con el chaleco desabrochado y camisa almidonada de percal, que cae en tierra al alargar el cuerpo para agarrar por las patas traseras al perro. De nuevo resuena el chillido de éste y un grito:

—¡No le soltéis!

Por las puertas de las tiendas asoman caras soñolientas, y pronto junto al almacén de maderas, como brotado de la tierra, crece un grupo de gentes.

—Me parece que hay desorden, ilustrísima… —dice el guardia.

Ochumelov gira hacia la izquierda y se dirige al tropel. Al lado del portalón, el hombre arriba mencionado del chaleco sin abrochar, levantando la mano derecha, muestra al grupo de gentes su dedo ensangrentado. En su rostro medio borracho puede leerse este pensamiento: «¡Me las pagarás!», al tiempo que aquel dedo parece ya alzarse en signo de victoria. Ochumelov reconoce en este hombre al joyero Jrukin.

Sentado en medio del grupo, despatarrado y temblando con todo su cuerpo, está el culpable del escándalo: un cachorro de caza, blanco, de morro puntiagudo y con una mancha amarilla en un costado. Sus ojos llorosos tienen una expresión de tristeza y espanto.

—¿Qué pasa aquí?… —pregunta Ochumelov abriéndose paso entre la gente—. ¿Qué ha sido?… ¿Por qué enseñas ese dedo? ¿Quién gritaba?

—¡Es que, señoría…! Lo que ha sucedido es que iba yo sin molestar a nadie —empieza a decir Jrukin, tosiéndose en el puño— a ver a Mitrii Mitrich para la cuestión de la leña… cuando de repente este bribón va y me agarra sin más ni más el dedo… ¡Yo…, con perdón de usted…, soy un hombre que trabaja!… ¡El trabajo de uno es minucioso!… ¡Me tendrán que pagar…, porque a lo mejor me estoy una semana sin poder mover el dedo! ¡Eso, señoría…, no lo manda la ley!… ¡Que tenga uno que perder por un animal!… ¡Si todos fueran a morderle a uno, más cuenta le tendría a uno no vivir en este mundo!

—¡Hum!… Bien —dice, severo, Ochumelov, tosiendo y frunciendo las cejas—. Bien… ¿De quién es el perro? ¡No dejaré así el asunto! ¡Ya verán lo que significa dejar sueltos a los perros! ¡Ha llegado la hora de poner la atención sobre estos señores que no quieren someterse a las disposiciones! ¡Cuando el canalla que sea pague la multa, ya verá él lo que es tener perro y demás animales!… ¡Ya se lo haré yo ver!… ¡Ieldirin! —el inspector se dirige al guardia—. ¡Infórmate de quién es el perro y levanta acta!… ¡En cuanto al perro… hay que quitarle de en medio y sin perder tiempo! ¡Seguramente está rabioso!… ¿De quién es, les pregunto?

—Me parece que es del general Jigalov —dice una voz entre el tropel.

—¿Del general Jigalov?… ¡Hum!… ¡Ven, Ieldirin! ¡Ayúdame a quitarme el abrigo! ¡Hace un calor terrible! ¡Será que iremos a tener lluvia!… ¡Lo que no comprendo es que te haya podido morder! —Ochumelov se dirige ahora a Jrukin—. ¿Te alcanza siquiera al dedo?… ¿Con lo pequeño que es y lo grandote que eres tú?… ¡Lo que ha pasado seguramente es que te has andado hurgando en el dedo con un clavito y luego te ha venido la idea de mentir!… ¡Ya sabemos lo que sois!… ¡Ya os conozco, diablos!

—¡Es que, señoría…, él, para jugar, le estaba pegando con el cigarro en el morro, y el otro, que no es tonto, le agarró!… ¡Menudo camorrista es, señoría!

—¡Mientes, tuerto! Si no lo has visto, ¿por qué mientes?… ¡Claro que su señoría las coge al vuelo… y comprende quién miente y quién habla como ante Dios!… ¡Y si yo miento…, que lo diga el juez! ¡Las leyes han dicho que hoy somos todos iguales!… ¡Yo también tengo un hermano gendarme…, si quiere saberlo!

—¡A callar!

—¡No!… ¡No es del general! —dice, después de pensarlo profundamente, el guardia—. El general no los tiene de esta raza… Los suyos son de la otra.

—¿Estás seguro?

—¡Seguro, señoría!…

—¡Yo también lo estoy!… ¡Los perros del general son perros caros…, de raza…, y éste sabe el diablo lo que será!… ¡Ni pelo… ni facha!… ¡Una ruindad y nada más!… ¡Suyo un perro semejante!… ¿Dónde tenéis la cabeza?… ¡Si en Petersburgo o en Moscú encontraran un perro así!, ¿Sabéis lo que le ocurriría?… ¡Allí no andan mirando que si la ley!… ¡Te mueres y se acabó!… ¡Tú, Jrukin, has resultado víctima y no dejaré así el asunto!… ¡Hay que hacer aprender a la gente! ¡Ya es hora de que aprendan!

—A lo mejor es del general —piensa en voz alta el guardia—. ¡No lo lleva escrito en la frente, pero el otro día, en el patio, vi uno como éste!…

—¡Claro que es del general! —dice una voz entre la muchedumbre.

—¡Hum!… Ponme el abrigo, hermano leldirin… Parece que se ha levantado algo de viento… Tengo frío. Vas a llevárselo al general y preguntarás allí… Dices que lo he encontrado y que lo mando… ¡Ah!…, ¡y di que no le dejen salir a la calle! ¡A lo mejor vale mucho, y si todos los cochinos dan en hostigarle con el cigarro… sería muy fácil que lo estropearan! ¡El perro es un animal delicado!… ¡Tú, tonto, baja la mano! ¿Qué haces ahí enseñando ese dedo idiota?… ¡Tú tuviste la culpa!…

—¡Ahí va el cocinero del general!… ¡Vamos a preguntarle! ¡Eh!… ¡Projor!… Ven acá, querido… Mira ese perro… ¿Es vuestro?

—¡Qué cosas se te ocurren! ¡Perros de ésos no hemos tenido en la vida!

—Pues entonces ya no hay nada que preguntar —dice Ochumelov—. ¡Es un perro callejero y no hay que perder más tiempo hablando!… ¡Cuando digo que es callejero es porque es callejero! ¡Despachadle y nada más!

—El perro no es de casa… —prosigue Projor—. Es del hermano del general, que llego el otro día. Al nuestro no le gustan los de esta raza. Es a su hermano a quien le gustan…

—¿Vino entonces el hermanito…, Vladimir Ivanich? —pregunta Ochumelov, cuyo rostro inunda totalmente una sonrisa conmovida—. ¡Vaya por Dios!… ¡Y yo que no sabía nada!… ¿Está de huésped?

—Sí, de huésped.

—¡Vaya por Dios!… ¡Se sentiría triste sin el hermanito!… ¡Y yo que no sabía nada!… ¿Entonces el perrito es suyo?… ¡Me alegro mucho!… ¡Llévatelo!… El perruco es muy mono… Tan vivo… ¡Le agarró a ése el

dedo!… ¡Ja, ja, ja, ja!… Bueno, bueno, ¿por qué tiemblas?… El muy bribón se enfada… ¡Vaya con el chuchito!

Projor llama al perro y, seguido de él, se aleja del almacén de maderas. La gente hace burla de Jrukin.

—¡Algún día tendrás que habértelas conmigo! —le amenaza Ochumelov.

Y envolviéndose en su capote, reanuda su camino a través de la plaza del mercado.

LA LOTA

Es una mañana veraniega. El aire está silencioso. Tan sólo a la orilla del río el saltamontes deja oír su leve chasquido, y en algún paraje lejano canturria tímidamente el *orlichka*[125]. En el cielo, nubes inmóviles, ligeras como la pluma, semejan nieve derramada…, y junto a la *kupalnia*, bajo las verdes ramas del sauce, el carpintero Gerasim, alto y escuálido *mujik* de cabellos rojos y rizados y velludo rostro, revuelve en el agua. Entre fuertes bufidos, resoplidos y parpadeos, se esfuerza en atrapar algo bajo las raíces del sauce. Su rostro está cubierto de sudor. A una distancia de tres varas de Gerasim, y hundido en el agua hasta la garganta, se encuentra el carpintero Liubim, *mujik* joven y jorobado de cara triangular y estrechos ojitos de chino. Ambos, Liubim y Gerasim, están vestidos con una camisa y con unos calzones. Ambos se han vuelto de un color azulado, pues ya hace más de una hora que están dentro del agua…

—¿Por qué la empujas siempre con la mano? —grita Liubim, el jorobado, temblando como preso de fiebre—. ¡Cabeza de tonto…, sujétala!… ¡Sujétala, te digo, que se va a escapar la muy canalla!… ¡Te estoy diciendo que la sujetes!

—¡Si no se escapa!… ¿Adónde se va a escapar?… Se ha metido por debajo de la raíz —dice Gerasim con una voz de bajo ronca y sepulcral que no parece salirle de la garganta, sino del fondo del vientre—. ¡Es muy resbaladiza, la muy picarona!… ¡No tiene uno por dónde agarrarla!

—¡Pues cógela por la aleta!

—¡Es que no se le ve la aleta!… Espera… ¡Ya la estoy agarrando por algo!… ¡La estoy agarrando por el labio! ¡Y muerde la muy picarona!

—¡No la saques tirándola del labio! ¡No tires, que se escapará!… ¡De la aleta! ¡Tírale de la aleta! ¡Otra vez la empujas con la mano! ¡No he visto un *mujik* más idiota!… ¡Que la Virgen Santísima me perdone!… ¡Cógela!

—¡Cógela! —remeda Gerasim—. ¡Buen mandón nos ha salido contigo! ¡Anda y cógela tú, diablo de jorobado!… ¡Cógela!… ¿Por qué te estás ahí parado?

—¡Yo la cogería si pudiera!… ¿Es que con mi talla voy a poder quedarme junto a la orilla?… ¡Allí está muy profundo!

— ¡Nada de profundo!… ¡Con nadar un poco!

El jorobado agita los brazos, nada en dirección a Gerasim y se agarra a las ramas. Al primer intento de ponerse en pie se hunde cabeza abajo en el agua.

—¡Ya te dije que estaba muy profundo! —dice, girando con enfado los ojos—. ¿Acaso voy a tener que subirme en tu cuello?

—¡Súbete en una raíz!… ¡Hay muchas aquí!… ¡Parecen enteramente una escalera!

El jorobado busca con el talón una raíz, y asiéndose al mismo tiempo con ambas manos fuertemente a las ramas, sube a ella… Logrado el equilibrio y afianzándose en su nueva posición, se agacha, procurando que no le entre agua en la boca, y empieza a tantear entre las raíces con la mano derecha. Ésta, perdiéndose entre las hierbas acuáticas, resbalando sobre el musgo que cubre las raíces, tropieza con los tentáculos de un cangrejo.

—¡Sólo tú faltabas aquí, diablo! —dice Liubim arrojando con cólera el cangrejo a la orilla.

Por fin su mano, palpa el brazo de Gerasim y, bajándola por él, llega a dar en algo resbaladizo y frío.

—¡Aquí está! —sonríe Liubim—. ¡Una buena pieza!… ¡Anda…, abre un poco los dedos, que yo en seguida… por las aletas…! Espera… No me empujes con el codo… En seguida… ¡Déjame tan sólo que la agarre!… ¡La maldita se ha ido a meter tan hondo bajo la raíz, que no se la puede agarrar por ninguna parte!… ¡No hay manera de llegarle a la cabeza! ¡Sólo se le oye la tripa!… ¡Tú!… ¡Mátame un mosquito en el cuello, que me está achicharrando!… ¡Ya va, en seguida!… Voy a ver si la puedo coger de las aletas… Tú empújala de aquel lado… ¡Empújala!… ¡Empújala con el dedo!

El jorobado infla las mejillas, suspensa la respiración. Sus ojos desorbitados parecen indicar que está ya introduciendo los dedos bajo las aletas, pero en aquel momento las ramas a las que se sujeta con la mano izquierda se rompen, y perdiendo el equilibrio cae al agua. Como asustados, los círculos formados por el agua se alejan de la orilla y unas burbujas de aire aparecen en el sitio donde ha caído el jorobado. Éste surge de nuevo, y entre resoplidos se agarra a las ramas.

—¡A ver si te ahogas y tengo yo que salir responsable de ti! —dice con voz ronca Gerasim—. ¡Vamos…, sal!… ¡Yo la sacaré!

Comienza un forcejeo. Entre tanto, el sol ha empezado a apretar más y más. Las sombras se acortan y esconden dentro de sí mismas, como los

cuernos de un caracol…, y la alta hierba, recalentada por el sol, exhala un olor denso, empalagoso y dulzón. Ya pronto será mediodía, y Gerasim y Liubim continúan afanándose bajó el sauce. La ronca voz de bajo y la friolenta y aguda de tenor interrumpen incesantemente la quietud del día veraniego.

—¡Sácala tirándole de las aletas! ¡Sácala!… ¡Espera que yo la empuje! ¡Pero bueno!…, ¿para qué le das con el puño? ¡Tienes que empujarla con el dedo, no con el puño, carota!… ¡Apriétala por el lado!… ¡Cuidado con caerte!… ¡A lo mejor vas a servirle de cena al *leschii*![126]. ¡Arrástrala del labio!

Se oye silbar un látigo… Por la suave pendiente de la orilla desciende perezosamente hacia el abrevadero el rebaño que conduce el pastor Efim, viejo decrépito de un solo ojo y boca torcida que camina con la cabeza baja y mirando al suelo. Las ovejas son las primeras que se acercan al agua, les siguen los caballos y, tras éstos, las vacas.

—¡Empújala desde abajo!… —óyese decir de repente a la voz de Liubim —. ¡Mete el dedo!… ¿Es que estás sordo…, diablo? ¡Pfú!

—¿Qué les ocupa a ustedes, hermanitos? —les grita Efim.

—¡Una Iota! ¡No podemos sacarla!… ¡Se metió debajo de una raíz!… ¡Apriétala por el lado! ¡Aprieta, aprieta!

Durante un minuto, Efim guiña su ojo sobre los pescadores; luego se quita los *lapti*, descuelga de sus hombros un saquillo y se despoja de la camisa. Santiguándose y manteniendo el equilibrio con los delgados y oscuros brazos, entra en el agua con los calzones puestos, que no ha tenido paciencia de quitarse. Hace unos cincuenta pasos sobre el fondo lodoso y se echa a nadar.

—¡Esperad, hijitos! —grita—. ¡Esperad! ¡No la saquéis! ¡Podríais soltarla! ¡Hay que saberlo hacer!…

Efim une sus fuerzas a las de los carpinteros, y los tres, empujándose los unos a los otros con los codos y las rodillas, resoplando y discutiendo, se revuelven en el mismo sitio… El jorobado Liubim se atraganta, y el aire se llena de su tos aguda y convulsiva.

—¿Dónde está el pastor? —grita alguien desde la orilla—. ¡Efim!… ¡Pastor!… ¿Dónde estás?… ¡El rebaño se ha metido en el jardín!… ¡Échalo fuera! ¡Échalo!… ¿Pero dónde está ese viejo bandido?

Se oye primero una voz masculina, luego otras femeninas. Detrás de la verja del jardín de los señores aparece el señor Andrei Andreich, vestido de una bata de tejido persa y llevando un periódico en la mano. Dirige una mirada interrogativa al lugar del río de donde proceden los gritos, y después, a pasitos menudos, se encamina hacia la *kupalnia*.

—¿Qué pasa? ¿Quién grita? —pregunta severo al divisar por entre las ramas del sauce las mojadas cabezas de los tres pescadores—. ¿Qué estáis haciendo ahí?

—Es…, estamos cogiendo al pecesito —balbucea refim sin levantar la cabeza.

—¡Ya te haré yo ver a ti!… ¡Pececito!… ¡El rebaño en el jardín y tú ahí con que si un pececito!… ¿Y esa *kupalnia*? ¿Cuándo va a estar terminada? ¡Ya lleváis dos días con ella! ¿Y en qué se nota vuestro trabajo?

—¡Se hará, se hará!… —contesta Gerasim—. ¡El verano es largo!… ¡Todavía tendrás tiempo, señoría, de lavarte!… ¡Es que no podemos hacer carrera de la lota!… ¡Se metió debajo de la raíz y está como en su madriguera! ¡Ni adentro ni afuera!

—¿Una Iota? —pregunta el señor, cuyos ojos se cubren de un dulce brillo. ¡Sacadla corriendo!

—¿Nos darás cincuenta *kopekas*, eh?… Serás servido si… ¡Es una Iota tan gorda como una comerciante!… ¡Las vale las cincuenta *kopekas* y las vale el trabajo!… ¡No la estrujes, Liubim! ¡No la estrujes, que la matas! ¡Empújala desde abajo! ¡Tira para arriba de la raíz, buen hombre! ¿Cómo te llamas?… ¡Para arriba…, no para abajo, diablo! ¡No mováis los pies!

Pasan cinco minutos, diez, y el señor pierde la paciencia.

—¡Vasilii! —grita, volviéndose hacia la casa—. ¡Vaska!… ¡Llamad a Vasilii!

El cochero Vasilii acude corriendo. Viene masticando algo y respirando fatigosamente.

—¡Métete en el agua y ayúdales a sacar la Iota!… ¡No la pueden sacar! —Vasilii se desviste rápidamente y se mete en el agua.

—¡Ahora mismito!… —masculla—. ¿Dónde está la Iota?… ¡Ahora mismito!… ¡Cosa de un instante!… ¡Más te valdría marcharte, Efim!… ¡Esto no es para ti! ¡No es asunto para un viejo!… ¿Dónde está la Iota? ¡Ahora mismito!… ¡Ah, sí…, aquí está!… ¡Soltad las manos!

—¡Déjate de «soltad las manos»!… ¡Eso ya sabemos hacerlo sin que lo digas tú! ¡Sácala, anda!

—¿Pero es que acaso se la puede sacar así?… ¡Por donde hay que agarrarla es por la cabeza!

—¡Ya lo sabemos, tonto! ¿No ves que tiene la cabeza debajo de la raíz?

— ¡No ladres, que vas a cobrar!… ¡Canalla!

—¡Estando el señor delante…, esas palabras! —balbucea Efim—. ¡No la sacaréis, hermanitos! ¡Se ha metido ahí con demasiada maña!

—¡Esperad! ¡Va en seguida! —dice el señor, que empieza apresuradamente a quitarse la ropa—. ¡Cuatro tontos ahí y no son capaces de sacar una Iota!

Después de despojarse de sus ropas, Andrei Andrelch espera un poco a que se le enfríe el sudor para meterse en el agua, pero tampoco su intervención resulta eficaz.

—¡Hay que cortar la raíz! —resuelve Liubim por último—. ¡Gerasim! ¡Vete a buscar el hacha! ¡Traed un hacha!

—¡Cuidado con los dedos! —dice luego el señor escuchando los golpes asestados a la raíz bajo el agua—. ¡Lárgate, Efim!… ¡Esperad!… ¡Yo seré el que saque la Iota…, no vosotros!

La raíz está ya quebrantada, se le rompe un poquito más, y Andrei Andreich, con gran alborozo, siente cómo sus dedos apresan la Iota por las aletas.

—¡Ya la tengo, hermanitos!… ¡Apartaos! ¡Esperad!… ¡Ya la saco!…

La gran cabeza de la Iota y todo su cuerpo, de una vara de largo, emerge a la superficie. La Iota mueve pesadamente la cola y lucha por escaparse.

—¡Pocas bromas!… ¡Basta ya! ¡Ya te hemos cogido!… ¡Ajajá!… ¡Te hemos cogido!

En los rostros de todos se dibuja una sonrisa dulzarrona. Un minuto transcurre en silenciosa contemplación.

—¡Soberbia Iota! —balbucea Eflm rascándose los hombros—. ¡Ya tendrá las diez libras!

—Sí… —concede el señor—. ¡Cómo se le hincha el hígado!… ¡Parece que se lo están empujando desde dentro!… ¡Ah!

De repente la Iota, de modo inesperado, alza la cola y los pescadores oyen el fuerte ruido de algo que choca con el agua. Las bocas se abren asombradas, pero… ¡tarde!… La Iota es ya sólo un recuerdo.

GALIMATÍAS

EN pie en el coro y sosteniendo entre sus dedos estirados y grasientos un cabito de pluma de ave, está el sacristán Otlukavin. Su pequeña frente al fruncirse, se llena de arrugas. Sobre su nariz alternan manchas de todos los colores, desde el rosa hasta el azul oscuro. Ante él, colocados sobre la rojiza encuadernación de un misal hay dos pliegos de papel. En uno de ellos está escrito lo siguiente: «Preces por los vivos». En el otro: «Preces por los difuntos». Bajo uno y otro encabezamiento se extiende una hilera de nombres. Junto al coro está una viejecita de pequeña estatura, con un saquillo pendiente de su espalda y el semblante preocupado. Al parecer, medita.

—¿Por quién más? —pregunta el sacristán, rascándose perezosamente una oreja—. ¡Date prisa a pensar, que no puedo perder tiempo! Tengo que ponerme ya a leer las *Horas*.

—Ahora mismo, padrecito… Escriba entonces…, para que Dios conceda la salud a sus siervos: «Andrei, Daria y familiares… Mitrii…, el otro Andrei, Antip, Maria…».

—¡Espera! ¡No tan de prisa, que no se trata de atrapar a una liebre!… Te da tiempo.

—¿Apuntaste a Maria?… Pues apunta ahora a Kirill, a Gordei, a Gerasim, la criaturita difunta…, a Pantelei… ¿Has apuntado al difunto Pantelei?

—Espera… ¿Pero es que Pantelei se ha muerto?

—¡Se ha muerto! —suspira la vieja.

—Pues entonces, ¿por qué le apuntas en las preces de los vivos? —se enfada el sacristán, tachando el nombre de Pantelei y trasladándolo al otro pliego—. ¡Qué cosas!… ¡Habla con sentido y no embarulles!… ¿A quién más para las preces por el descanso eterno?

—¿Para las preces por el descanso eterno?… Ahora mismo… Espera… Escribe, pues… Iván, Avdotia, otra Daria. Egor… Apunta también a Zajar el guerrero. Desde que se fue al servicio militar, hace cuatro años, no hemos vuelto a saber nada de él…

—¿Eso quiere decir que ha muerto?

—¡Quién lo sabe!… ¡Puede que viva y puede que se haya muerto!… ¡Apúntale!

—¿Y dónde le apunto?… ¡Si… digamos…, se hubiera muerto, habría que ponerle en la lista de los difuntos, y si no en la de los vivos! ¡No sabe uno cómo entenderos!

— ¡Ejem!… Tú, querido, apúntale en los pliegos… Más adelante ya se verá… ¡Por supuesto, a él le da lo mismo!… ¡Es un trasto…, un perdido! ¿Le has apuntado ya?… Ahora, para su descanso eterno, apunta a Mark, a Levoñtii, a Arina… También a Kuzma y a Anna Pedosia, la enferma…

—¿A Fedosia la enferma en las preces por los difuntos?… ¡Vaya!

—¿Como yo?… ¿Yo en las preces para los difuntos?… ¡Estás loco!

—¡Pfú!… ¡Me has embrollado, vieja!… ¡Si todavía no te has muerto, tienes que decir que no te has muerto!… ¿Por qué meterte entonces en las preces por los difuntos?… ¡No haces más que embrollar!… ¡Ahora hay que borrar a Fedosia y apuntarla en otro sitio!… ¡Y he manchado todo el pliego!… Escucha entonces… En las preces por los vivos, a Andrei, Daria y familiares, otro Andrei, Antip, Maria, Kirill, la criatura recién fallecida Ger… ¡Espera!… ¿Cómo se ha metido aquí Gerasim?… ¡Está recién fallecido y de repente aparece entre los vivos por quienes hay que rogar!… ¡No!… ¡Me has embarullado, vieja! ¡Me has hecho un completo barullo! ¡Que Dios te perdone!

El sacristán mueve la cabeza, tacha el nombre de Gerasim y escribe éste entre los de los difuntos que han de ser encomendados.

—¡Oye!… En las preces por los vivos van: Maria, Kirill, Zajarich el guerrero… ¿Quién más?

—¿Has apuntado a Avdotia?

¿A Avdotia?… ¡Hum!… Avdotia…, Evdokia… —dice el sacristán repasando los pliegos—. Recuerdo perfectamente haberla apuntado…, pero ahora…, ¡sabe Dios dónde está!… ¡No la encuentro por ninguna parte!… ¡Ah, sí! ¡Hela aquí!… Está entre las preces para los difuntos.

—¿Avdotia entre las preces para los difuntos? —se asombra la vieja—. ¡No hace un año todavía que se casó y ya le estás atrayendo la muerte!… ¡El que lo embrolla todo eres tú, querido, y encima te enfadas conmigo!… ¡Tienes que rezarlo mientras lo escribes, y si lo haces con cólera en el corazón, das una alegría al demonio! ¡Es el demonio el que te embarulla!

— ¡Espera! ¡No me molestes!…

El sacristán frunce el entrecejo, y después de meditar un momento, borra lentamente del pliego de difuntos el nombre de Avdotia. Cuando va a trazar la

letra *d*, la pluma chirria y sobre el papel se forma un gran borrón. El sacristán se azora y se rasca la nuca.

—Bueno…, quiere decirse —masculla azorado— que hay que sacar a Avdotia de aquí y apuntarla allá… ¿No es eso?… ¡Espérate! ¡Veamos entonces!… Poniéndola aquí, estará entre las preces para los vivos, y poniéndola allá, entre las preces para los difuntos… ¡Me has embrollado completamente!… ¡Y, además, este guerrero, Zajarich…, también aquí!… ¿Qué voy a hacer con él?… ¡No comprendo absolutamente nada! ¡Hay que volver a empezar!

El sacristán busca en el pequeño armario y extrae de él un pliego limpio de papel.

—¡Quita a Zajarich entonces! —dice la vieja—. ¿Qué le vamos a hacer? ¡Quítalo!

— ¡Calla!

El sacristán moja despacio la pluma y copia los nombres de ambos papeles sobre el pliego nuevo.

—Los apunto todos en globo… —dice—. Tú se los llevas al padre diácono y que sea él el que distinga cuál es aquí el vivo y cuál el muerto. ¡Él ha estudiado en el Seminario…, mientras que yo de estos asuntos no entiendo nada aunque me maten!

La vieja coge el pliego, entrega al sacristán una antigua moneda del valor de *kopeka* y media y se dirige a pasitos menudos y apresurados hacia el altar.

ARTE

Es una mañana gris de invierno. En pie sobre la lisa y brillante superficie del río Bistrianka, aquí y allá cubierto de nieve, están dos *mujiks*: Seriojka, hombre de aspecto fachudo, y Matvei, el guardián de la iglesia. Seriojka, joven de unos treinta años, de piernas cortas y andrajosa vestimenta, fija una mirada irritada en el hielo. De su gastada *poluschbok*, como de un perro cuando muda de pelo, cuelgan vedijas de lana. En sus manos tiene un compás fabricado con dos largas agujas de tejer. Matvei, viejo de buena presencia, cubierto de un *tulup* y calzado de unos *valenkii*, alza los tímidos ojos azules hasta el extremo más alto de la pendiente del río sobre el que se agrupan pintorescamente las casitas del pueblo. Sus manos sostienen una palanca de hierro.

—Bueno, y entonces, ¿qué?… ¿Vamos a estarnos así hasta la noche, de brazos cruzados? —interrumpe el silencio Seriojka, alzando unos ojos enfadados hacia Matvei—. ¿Viniste aquí, viejo bufón, para estarte parado o para trabajar?

—Pues enséñame… —balbucea Matvei parpadeando tímidamente.

—¡Enséñame!… ¡De manera que yo soy el que lo tiene que hacer todo! ¡Enseñar y hacer!… ¡No tenéis ni chispa de inteligencia!… ¡Lo primero que hay que hacer es medir con el compás! ¡Eso es lo que hay que hacer!… ¡Sin medir es imposible cortar el hielo!… ¡Anda! ¡Mide!… ¡Coge el compás!

Matvei toma el compás de las manos de Seriojka, y, sin saber utilizarlo, dando siempre vueltas en el mismo sitio y abriendo mucho los codos hacia todos lados, empieza a trazar un círculo sobre el hielo. Seriojka guiña despreciativo los ojos, deleitándose evidentemente en su azoramiento y su ignorancia.

—¡Huy, huy! —se enfada—. ¡Ni siquiera eso sabes hacer!… ¡Desde luego, eres el más tonto de los *mujiks*!… ¡Ponte a cebar gansos y no te metas a hacer un *Jordán*!…[127]. ¡Trae aquí el compás! ¡Tráelo te digo!

Seriojka arranca el compás de las manos del sudoroso Matvei, y girando diestramente sobre un talón, traza un círculo sobre el hielo. Las fronteras del

futuro *Jordán* han quedado dibujadas, y ya sólo falta cortar el hielo. Antes, sin embargo, de empezar el trabajo, Seriojka está largo rato haciendo gestos afectados, dengues y reproches…

—¿Qué obligación tengo yo de trabajar para vosotros?… ¡Tú que trabajas en la iglesia eres el que debería hacerlo!…

Se recrea visiblemente en la especial situación en que le ha colocado el Destino deparándole ese raro talento que le permite asombrar con su arte, una vez al año, a todo el mundo. El pobre y tímido Matvei se ve obligado a escuchar de él muchas palabras venenosas y despreciativas. Seriojka empieza su trabajo con enojo, con enfado. Le da pereza… Apenas ha tenido tiempo de trazar el círculo, y ya le atrae la idea de subir al pueblo, de beber té, de andar vagando y de tomar parte en charlas anodinas.

—Ahora mismo vengo —dice, encendiendo el cigarro—. Tú, mientras tanto, en lugar de estarte ahí mirando a las musarañas, sería mejor que trajeras algo para sentarte y que barrieras.

Matvei se queda solo. La atmósfera es gris y poco grata, pero tranquila. Por entre las *isbas* diseminadas por la orilla asoma amablemente una blanca iglesia, junto a cuyas doradas cruces revolotean incesantemente las choyas. En el lado del pueblo en el que la orilla se corta y se hace escarpada, y al pie mismo de su pendiente, hay un caballo inmóvil, con las patas trabadas, como petrificado. Seguramente duerme o medita.

También Matvei está inmóvil como una estatua, esperando pacientemente. El aspecto dormilón y pensativo del río, el revoloteo de las choyas y la vista de aquel caballo le llenan de sopor. Pasa una hora, otra, y Seriojka continúa sin venir. Hace tiempo que el río ha sido barrido y traído a él un cajón para sentarse, pero el borrachito no aparece. Matvei espera y no hace más que bostezar. La sensación de aburrimiento le es desconocida, y si le ordenaran permanecer junto al río un día, un mes, un año…, allí se quedaría.

Por fin la figura de Seriojka surge tras las isbas. Anda arrastrando los pies y sin apenas pisar el suelo. La distancia le da pereza, por lo que en lugar de tomar el camino ha escogido la línea recta de arriba abajo, lo que le obliga a hundirse constantemente en la nieve, a agarrarse a los arbustos, a arrastrarse de espaldas por el suelo… todo lo cual va ejecutando lentamente, en medio de continuas paradas.

—¡Pero, bueno…, qué es esto! (se echa sobre Matvei). ¿Por qué estás ahí sin hacer nada?… ¿Cuándo vas a cortar el hielo?

Matvei se santigua, coge la palanca con ambas manos y empieza a partir el hielo, aunque sin apartarse de la línea trazada por el círculo. Seriojka se

sienta sobre el cajón y sigue con la mirada los torpes y pesados movimientos de su ayudante.

—¡Más ligero por los bordes! ¡Más ligero! —manda—. ¡Si no sabías hacerlo, no tenías por qué haber aceptado este trabajo…, pero si lo has aceptado tienes que hacerlo!

En lo alto de la cuesta se agolpa ya el gentío. La vista de los espectadores excita a Seriojka.

—¡Pues no lo hago! —dice, encendiendo el nauseabundo cigarro y escupiendo—. ¡Miraré cómo os arregláis sin mí!… El año pasado, en Kostiukovo, Stiopa Gulkov se encargó como yo de construir el *Jordán*. ¿Y qué resultó?… ¡Algo de risa y nada más!… Los de Kostiukovo, entonces…, vinieron a nuestro pueblo en masa. ¡De todas las aldeas llegaba a montones la gente!…

—¡La verdad es que aparte de nosotros nadie tiene un *Jordán* como es debido! —dice Matvei.

—¡Tú trabaja!… ¡No hay tiempo que perder en conversaciones!… Pues sí, abuelo… En toda la región no verás un *Jordán* como éste… Dicen los soldados que así no se encuentran ni en las ciudades… ¡Aquéllos son mucho peores!… ¡Más despacio! ¡Más despacio!…

Matvei trabaja y resopla. Su tarea no es fácil, porque el hielo es duro y profundo. Hay que cortarlo y alejar sus trozos rápidamente para que no se amontonen junto a la superficie marcada. No obstante, a pesar de la dificultad del trabajo y de que las órdenes de mando de Seriojka carecen de sentido, hacia las tres de la tarde, sobre la superficie del Bistrianka negrea ya un gran círculo acuático.

—¡El año pasado salió mejor! —se enfada Seriojka—. ¡Ni siquiera esto has sabido hacer!… ¡Vaya cabeza la tuya!… ¡Tontos como vosotros habría que poneros junto al atrio de la iglesia!… ¡Anda! ¡Tráete una tabla para hacer unos tacos!… ¡Tráete un aro! ¡Atontado!… ¡Coge también por alguna parte pan…, unos pepinos!…

Al poco rato vuelve Matvei trayendo sobre los hombros un enorme aro de madera sobre el que en años anteriores han sido pintados distintos dibujos. En el centro del aro se ve una cruz de color rojo, y en sus bordes, pequeños agujeros para introducir taquitos en ellas. Seriojka coge el aro y cubre con él el agujero hecho en el hielo.

—¡Exactamente! ¡Sirve muy bien!… ¡Con sólo renovar la pintura quedará de primera!… Bueno… ¿Por qué te quedas ahí parado? ¡Haz el facistol!… ¡O si no… no! ¡Ve y tráete la madera para hacer la cruz!

Matvei, que desde la mañana no ha comido ni bebido nada, se arrastra otra vez cuesta arriba. A pesar de su pereza, Seriojka fabrica los taquitos con sus propias manos. Sabe que estos taquitos tienen una fuerza milagrosa. Quien obtenga un taquito después de la bendición del agua, será feliz el resto del año. ¿Acaso no merece la pena el trabajo?

El verdadero trabajo, sin embargo, empieza al día siguiente. Aquí Seriojka se muestra ante los ojos del ignorante Matvei en toda la grandeza de su talento. Su charla, sus reproches, sus caprichos y sus enojos no tienen fin. Matvei construye una alta cruz con dos altos troncos, pero él, descontento, la manda construir de nuevo. Si Matvei está parado, Seriojka se enfada porque no anda; si anda Seriojka, le grita que se pare y que trabaje. No le satisfacen ni las herramientas, ni el tiempo, ni el propio talento. ¡Nada le gusta!

Matvei asierra un gran pedazo de hielo para la confección del facistol.

—¿Por qué le has roto una esquinita? —grita Seriojka, colérico y mirándole con los ojos fuera de las órbitas—. ¿Por qué, te pregunto, se la has roto?…

—¡Perdóname, por Dios!…

—¡Hazla otra vez!

Matvei empieza de nuevo a aserrar, y sus sufrimientos no acaban nunca. Al lado del agujero, sobre el hielo que cubre el aro de los dibujos, ha de estar el facistol; sobre éste habrán de tallarse la cruz y el libro abierto del Evangelio. Pero esto no es todo… Detrás del facistol deberá elevarse una alta cruz que pueda ser vista por toda la muchedumbre y que brille al sol como si estuviera sembrada de diamantes y de rubíes.

Encima de la cruz habrá una paloma de hielo. El camino desde la iglesia hasta el *Jordán* estará cubierto de ramas de abeto y de enebro. Este es el proyecto.

Seriojka emprende primeramente la construcción del facistol. Emplea para ello el cincel, el rayo y la lezna. La cruz sobre el facistol, el libro del Evangelio y la estola, le salen muy bien. Luego empieza a tallar la paloma. Mientras se esfuerza en dar al rostro de ésta una expresión de timidez y mansedumbre, Matvei, revolviéndose como un oso, pone fin a la elaboración de la cruz construida con troncos de árboles. Luego la coge y la baña en el agujero hecho en el hielo. Después de esperar a que el agua se hiele sobre ella, la sumerge otra vez, repitiendo el procedimiento hasta que los troncos se cubren de una espesa capa de hielo… No es un trabajo fácil y exige un buen acopio de fuerzas y de paciencia.

He aquí que el trabajo delicado ha terminado ya. Seriojka, como un loco, corre por el pueblo. Tropieza, se enfada, jura que va a ir en seguida al río y destruirá su trabajo. Todo ello porque está buscando las pinturas idóneas.

Sus bolsillos están llenos de ocre, añil, siena y bermellón. Sin pagar ni una sola *kopeka*, sale de una tienda y corre a otra. Aquí bebe, y pone un ademán impacientado y, también sin pagar, sigue volando hacia adelante. De una isba coge remolacha; de otra, cáscara de cebolla con la que hace pintura amarilla. Se enfada, empuja, amenaza y… ¡Pero no hay alma capaz de enseñarle los dientes!… Todos le sonríen, le compadecen, le llaman Serguei Nikitich… Todos sienten que aquel arte suyo no es cosa suya propia exclusiva, sino algo general para todo el mundo. Uno es el que crea; los demás le secundan. Seriojka, por sí mismo, es una nulidad, un vago, un borracho y un derrochador… Pero cuando tiene en las manos el siena o el compás, representa algo muy elevado: un servidor de Dios.

La maravillosa mañana de la Epifanía llega al fin. El atrio de la iglesia y todo el espacio que se extiende a lo largo de ambas riberas del río está lleno de gente. Cuanto compone el *Jordán* ha sido cuidadosamente escondido bajo esteras nuevas de cáñamo. Seriojka se mueve sosegadamente junto a ellas, esforzándose en dominar su excitación. Hay mucha gente allí de otras parroquias, toda la cual, a través de la helada y de la nieve, haciendo muchas *verstas* a pie, vino solamente a ver su célebre *Jordán*. Matvei, que ha dado término a su trabajo bruto de oso, está otra vez en la iglesia, y ni se le ve ni se le oye. ¡Ya ha sido olvidado! El tiempo es magnífico. No hay ni una sola nube en el cielo y el sol brilla deslumbrador.

De lo alto llega el repique de las campanas. Miles de cabezas se descubren, miles de manos se agitan, miles de veces es hecha la señal de la cruz.

Seriojka no sabe dónde meterse: tal es su impaciencia… Pero he aquí que por fin las campanas tocan a gloria. Más tarde, una media hora después, se advierte cierta excitación en el campanario y entre la muchedumbre. De la iglesia, uno tras otro, son sacados estandartes, y se escucha el sonido de las campanas tocando con renovado brío. Seriojka, con mano temblorosa, arranca las esteras, y la gente ve algo extraordinario. El facistol, el aro de madera, los tacos y la cruz sobre el hielo, lanzan mil destellos de colores. De la cruz y de la paloma se desprenden tales rayos que duele la vista al mirarlos. ¡Qué hermosura, Dios misericordioso!… A través de la muchedumbre circula un rumor de asombro y admiración. El campaneo se hace más fuerte, el día más claro. Los estandartes se agitan y avanzan como un oleaje sobre la multitud.

La procesión, resplandeciente de las irisaciones que despiden los iconos y del relumbrar de las casullas, desciende pausadamente por el camino en dirección al *Jordán*. Se hace una señal al campanario para que callen las campanas y se da comienzo a la ceremonia de la bendición del agua. Dicha ceremonia se realiza despacio, como si se aplicaran al efectuarla en prolongar la solemnidad y la alegría del rezo común de la gente. Reina el silencio. Pero he aquí que la cruz se sumerge en el agua y el aire se llena de un extraordinario retumbar. Disparos de escopetas, repique de campanas, expresiones jubilosas, gritos y apreturas para conseguir alguno de los tacos. Seriojka presta oído a este retumbar, ve miles de ojos fijos en él, y su alma de vago se llena del sentimiento de la gloria y del triunfo.

LA OBRA DE ARTE

SACHA Smirnov, hijo único, entró con mustio semblante en la consulta del doctor Kochelkov. Debajo del brazo llevaba un paquete envuelto en el número 223 de *Las Noticias de la Bolsa*.

—¡Hola, jovencito! ¿Qué tal nos encontramos? ¿Qué se cuenta de bueno? —le preguntó, afectuosamente, el médico.

Sacha empezó a parpadear y, llevándose la mano al corazón, dijo con voz temblorosa y agitada:

—Mi madre, Iván Nikolaevich, me rogó le saludara en su nombre y le diera las gracias… Yo soy su único hijo, y usted me salvó la vida… me curó de una enfermedad peligrosa…, y ninguno de los dos sabemos cómo agradecérselo.

—Está bien, está bien, joven —le interrumpió el médico, derritiéndose de satisfacción—. Sólo hice lo que cualquiera hubiese hecho en mi lugar.

—Soy el único hijo de mi madre… Somos gente pobre y, naturalmente, no podemos pagarle el trabajo que se ha tomado, pero… por eso mismo estamos muy avergonzados… y le rogamos encarecidamente se digne aceptar, en señal de nuestro agradecimiento, esto que… Es un objeto muy valioso, de bronce antiguo…, una verdadera obra de arte, muy rara…

—¡Para qué se ha molestado! No hacía falta —dijo el médico frunciendo el ceño.

—No, por favor, no lo rechace —prosiguió murmurando Sacha, mientras desenvolvía el paquete—. Si lo hace, nos ofenderá a mi madre y a mí. Es un objeto muy hermoso…, de bronce antiguo… Pertenecía a mi difunto padre y lo guardábamos como un recuerdo, casi como una reliquia… Mi padre se dedicaba a comprar objetos de bronce antiguo para venderlos a los aficionados. Ahora mi madre y yo seguiremos ocupándonos en lo mismo.

Sacha acabó de desenvolver el paquete y colocó triunfalmente sobre la mesa el objeto en cuestión. Era un candelabro, no muy grande, pero efectivamente de bronce antiguo y de admirable labor artística. Un pedestal sostenía un grupo de figuras femeninas ataviadas como Eva, y en tales

posturas, que me encuentro incapaz de describirlas tanto por falta de valor como del necesario temperamento. Las figuritas sonreían con coquetería, y todo en ellas atestiguaba claramente que, a no ser por la obligación que tenían de sostener una palmatoria, de buena gana habrían saltado del pedestal y organizado una juerga de tal categoría que sólo pensar en ella avergonzaría al lector.

El médico contemplaba el regalo con aire preocupado, rascándose la oreja, y por fin emitió un sonido inarticulado, sonándose con gesto inseguro.

—Sí; es un objeto realmente hermoso —consiguió murmurar—, pero verá usted, no es del todo correcto… Eso no es precisamente un escote… Bueno, Dios sabe lo que es.

—Pero ¿por qué lo considera usted así?

—Porque ni el mismo diablo podía haber inventado nada peor… Colocar encima de mi mesa este objeto sería echar a perder la respetabilidad de la casa.

—Qué manera tan rara tiene usted de considerar el arte, doctor —exclamó Sacha, ofendido—. Pero mírelo usted bien. Se trata de una verdadera obra de arte. Hay en ella tal belleza y gracia que eleva nuestra alma y hace acudir lágrimas a nuestros ojos. ¡Fíjese qué movimiento, qué ligereza, cuánta expresión!

—Lo comprendo muy bien, querido —le interrumpió el médico—. Pero debe darse cuenta de que yo soy padre de familia, mis hijitos andan de un lado para otro y vienen señoras a verme.

—Claro, mirándolo desde el punto de vista del vulgo —dijo Sacha—, este objeto de tanto valor artístico resulta completamente distinto… Pero usted, doctor, se halla tan por encima de la masa. Además, si lo rehúsa, nos apenará profundamente… Usted me salvó la vida…, y lo único que siento es no tener la pareja de este candelabro.

—Gracias, buen muchacho; le estoy muy agradecido. Salude a su madre, pero hágase cargo, palabra de honor, que por aquí andan mis niños y vienen señoras… ¡Bueno, qué se le va a hacer! ¡Déjelo! De todos modos no lograré hacerle comprender mi situación.

—No hay más que hablar —dijo Sacha muy alegre—: el candelabro se pondrá aquí, al lado de este jarrón. ¡La lástima es que no tenga la pareja! ¡Sí, es una verdadera pena! Bueno… ¡Adiós, doctor!

Cuando se fue Sacha, el médico permaneció un buen rato rascándose la nuca con aire pensativo.

«Es indiscutible que se trata de un objeto de arte —decía para sí—, y sería una pena tirarlo. Sin embargo, es imposible tenerlo en casa… ¡Vaya problema! ¿A quién podría regalarlo o qué favor podría pagar con él?».

Después de muchas cavilaciones recordó a su buen amigo el abogado Ujov, con quien se sentía en deuda por un asunto que le arregló.

«Perfectamente —decidió el médico—; como es un gran amigo, no me aceptará dinero y será necesario hacerle un regalo. Voy a llevarle este condenado candelabro. Precisamente es soltero y algo calavera».

Y, sin esperar más, se vistió rápidamente, cogió el candelabro y se fue a ver a Ujov, a quien encontró casualmente en casa.

—¡Hola, amigo! —exclamó al entrar—. Vine para darte las gracias por las molestias que te tomaste conmigo, y como no quieres aceptar mi dinero, al menos acepta este objeto. Sí, querido amigo, se trata de un objeto valiosísimo…

Al ver el candelabro, el abogado prorrumpió en exclamaciones de entusiasmo.

—¡Vaya un objeto! —exclamó el abogado, echándose a reír—. ¡Ni el mismo demonio sería capaz de Inventar algo mejor! ¡Es estupendo! ¡Magnífico! ¿Dónde encontraste esta preciosidad?

Después de exteriorizar así su entusiasmo, echó una mirada temerosa a la puerta, y dijo:

—Sólo que, hermano, por favor, guarda tu regalo. No lo quiero.

—¿Por qué? —inquirió el médico, asustado.

—Pues porque… a mi casa suele venir mi madre y también los clientes… Incluso delante de la criada resultará algo molesto…

—¡Ni hablar! ¡No te atreverás a hacerme este desaire! —exclamó, gesticulando, el galeno—. Esto sería un feo por tu parte. Además, tratándose de una obra de arte… y fíjate qué movimiento…, cuánta expresión. ¡No digas nada más o me enfado!

—Si al menos llevasen unas hojitas…

Pero el médico no le dejó continuar y empezó a hablar con gran vehemencia, gesticulando. Finalmente pudo irse contento a su casa por haberse deshecho del regalo.

En cuanto se marchó el doctor, el abogado se quedó contemplando el candelabro, le dio vueltas y más vueltas, palpándolo por todos lados, e, igual que su anterior dueño, estuvo cavilando sobre la misma cuestión. ¿Qué iba a hacer con aquel regalo?

«Es una obra magnífica —pensaba—. Sería lástima tirarla, pero tampoco es posible guardarla. Lo mejor será regalarlo a alguien… ¿Y si lo llevara esta noche al cómico Schaschkin? A este sinvergüenza le gustan objetos de esta clase y, además, hoy tiene un festival benéfico…».

Y, dicho y hecho, por la noche envolvió el candelabro en un papel y lo envió al cómico Schaschkin.

El camerino del artista estuvo lleno toda la tarde; a cada momento entraban hombres a contemplar el regalo; allí sólo se oía un rumor mezcla de exclamaciones y de risas, algo así como un relinchar. Cuando alguna de las artistas se acercaba a la puerta y preguntaba si podía entrar, en seguida se oía la voz ronca del cómico que gritaba:

—No, chica, no. Estoy sin vestir.

Después de aquel espectáculo, el cómico, alzando los brazos y gesticulando, decía todo preocupado:

—Bueno, y ¿dónde meteré yo esta porquería de candelabro? Tengo un piso particular, pero es imposible llevarlo allí. Vienen a verme artistas, y esto no es una fotografía que se pueda esconder en el cajón de la mesa.

—Puede venderlo, señor —le aconsejó el peluquero, consolándole—. No muy lejos de aquí vive una vieja que compra antigüedades… Pregunte por la Smirnova. Todo el mundo la conoce.

El cómico siguió este consejo…

Dos días más tarde, cuando el médico Kochelkov estaba sentado en su gabinete con la cabeza entre las manos, pensando en los ácidos biliares, se abrió la puerta de repente y entró en la habitación Sacha Smirnov. Sonreía resplandeciente de felicidad. Llevaba en las manos algo envuelto en un papel de periódico.

—¡Doctor! —exclamó todo sofocado—. ¡Figúrese qué alegría! Ha sido una suerte enorme para usted. Hemos encontrado la pareja de su candelabro… Mi madre está tan contenta… Usted me salvó la vida.

Y Sacha, cuya voz temblaba de emoción, colocó delante del médico el candelabro. El médico abrió la boca, intentó decir algo, pero no pudo: su lengua estaba paralizada.

LA CALUMNIA

El profesor de caligrafía Sergio Kapitonich Ajineev daba en matrimonio su hija Natalia al profesor de geografía e historia Iván Petrovich Lochadinij.

La boda transcurría en medio de la mayor alegría. En el salón todo el mundo cantaba, bailana y jugaba. Los criados prestados por el club recorrían de un lado a otro las habitaciones, con su frac negro y las corbatas blancas, ya un poco manchadas… La alegría y la animación reinaban por doquier.

El profesor de matemáticas, Tarantulov; el francés Pasdequoi y el revisor de segunda categoría de la Cámara de Control, Egor Venediktich Mzda, se encontraban los tres juntos sentados en un diván y contando a los invitados casos de gente enterrada viva y exponiendo opiniones sobre el espiritismo. Hablaban muy de prisa, quitándose unos a otros la palabra de la boca. Ninguno de los tres creía en el espiritismo, pero admitían la existencia de hechos fuera del alcance de la inteligencia humana.

En la habitación vecina, el profesor de literatura, Dodonski, explicaba a otros invitados en qué casos puede un centinela disparar sobre los transeúntes.

Como podrá ver el lector, el tema de las conversaciones era terrorífico, pero parecía resultar en extremo agradable.

Pegados a los cristales de las ventanas que daban al patío, miraban las personas que por su condición social no tenían derecho a entrar.

Cuando fue medianoche, Ajineev, el dueño de la casa, se dirigió a la cocina para ver si estaba todo dispuesto para la cena. En la cocina reinaba una humareda tal que todo lo Invadía, desde el suelo hasta el techo; se olia a gansos, a patos asados y a otros muchos aromas agradables. Sobre dos mesas estaban expuestos en artístico desorden los entremeses y las bebidas. Y, junto a ellas, se ajetreaba Marta, la cocinera, una mujer rolliza de voluminoso y fajado vientre.

—¿A ver, preciosa, dónde está el esturión? —preguntó Ajineev, restregándose las manos y pasando la lengua por los labios—. ¡Qué olor tan

apetitoso! ¡De buena gana me comería toda la cocina! Bueno, vamos, ¿dónde está el esturión?

Maria se acercó a uno de los bancos y, cuidadosamente, levantó una hoja de periódico manchada de grasa. Debajo de la hoja, y en una fuente enorme, yacía un esturión de gran tamaño, bien sazonado de aceitunas y zanahorias. Ver el esturión y prorrumpir en exclamación fue todo uno para Ajineev. Su cara resplandecía. Se inclinó ligeramente y, poniendo los ojos en blanco, produjo con los labios un sonido parecido al de una rueda sin engrasar. Permaneció un momento contemplándolo y volvió a emitir idéntico sonido.

—¡Vaya! ¡Este es el sonido de un beso apasionado! Marfucha[128], ¿con quién te estás besando por ahí? —dijo una voz desde la habitación contigua, y en el acto apareció por la puerta la pelada cabeza del auxiliar Vañkin—. ¿Quién es el afortunado? ¡Muy bien! Con que es Sergio Kapitonich. ¡Vaya con el abuelo! ¡Sabe buscarse los *tête à tête* con las mujeres!

—Yo no estoy besando a nadie —respondió Ajineev turbándose—. Tonto, ¿quién te ha dicho semejante cosa? El sonido que he producido con los labios… fue… de placer al ver el esturión.

—No me tomes el pelo —y Vañkin sonrió largamente y desapareció detrás de la puerta.

Ajineev se sonrojó.

«¡Caramba! —pensó—. El muy canalla irá a contar sus chismes a todo el mundo y me pondrá en ridículo por toda la ciudad. ¡Valiente sinvergüenza!».

Ajineev entró tímidamente en el salón y miró de reojo hacia un lado, buscando con la vista a Vañkin. Éste se hallaba en pie junto al piano, y con ademán gallardo, pero un poco inclinado, parecía contar algo al oído de la cuñada del inspector, que se reía.

«¡Seguramente hablan de mí! ¡De mí! ¡Ojalá revientes!… ¡Y la otra se lo cree todo!… Se está riendo, ¡Dios mío! No; esto no puede quedar así; no. Tendré que hacer algo para que no le crean… Hablaré con todos ellos y me las arreglaré para hacerle pasar por un estúpido chismoso».

Ajineev se rascó la cabeza, y, sin que disminuyera su turbación, se acercó a Pasdequoi.

—Fui ahora a la cocina a dar órdenes para la cena —dijo al francés—. Sé que a usted le gusta el pescado. ¡Tengo un esturión de primera, amigo! ¡Tiene dos varas!… ¡Ja, Ja!… A propósito, por poco más se me olvida… Estando en la cocina me ocurrió un caso gracioso con este esturión. Voy a echar una ojeada a la comida…, veo el esturión y, de puro placer, se me escapa un chasquido… En este momento entra ese imbécil de Vañkin y dice…, ¡ja,

ja!…, figúrese que dice: «¡Ah! ¡Conque se están ustedes besando aquí!». ¡Con Maria! ¡Con la cocinera, imagínese usted! ¡Qué ocurrencias tiene ese idiota! La pobre mujer no tiene ni cara, ni cuerpo… Es como un animal… Y él habla de besarse… ¡Qué caso de hombre!

—¿Quién es un caso? —pregunta Tarantulov, que se les acercó en aquel momento.

—Pues ese Vañkin entró en la cocina… —y repitió la historia que acababa de contar—. Me hace gracia el hombre. Creo que preferiría besar a un perro antes que a Maria —Ajineev miró a su alrededor y vio a Mzda—. Estamos hablando de Vañkin —le dijo—. ¡Qué gracioso! Entra en la cocina y me ve al lado de Maria, y, ni más ni menos, se le ocurre que nos estábamos besando. Imaginaciones de borracho. «Antes besaría a un pavo que a Maria», le dije. Además, el muy tonto sabe que estoy casado. ¡Pero me hizo gracia!

—¿Quién le hizo gracia? —preguntó a Ajineev el sacerdote profesor de religión, acercándose al grupo.

—Vañkin. Verá usted: estaba en la cocina viendo el esturión y…

No había transcurrido ni media hora y todos los invitados estaban enterados de la historia de Vañkin y del esturión.

«¡Que vaya ahora a contarles lo que quiera! —pensaba Ajineev, restregándose las manos—. Por mí, puede hacerlo. En cuanto empiece a hablar le dirán: ¡Basta ya de chismes tontos! Lo sabemos todo».

Y Ajineev se tranquilizó hasta tal punto que se tomó, de pura alegría, unas cuantas copas más que de costumbre. Después de acompañar a los recién casados a su dormitorio se retiró al suyo, y se quedó dormido como un inocente niño… Al día siguiente ni se acordaba de la historia del esturión.

Pero el hombre propone y Dios dispone. Las malas lenguas trabajaron de firme, y su astucia no sirvió para nada. Una semana más tarde, precisamente el miércoles, después de la tercera lección, y cuando Ajineev se encontraba en la sala de profesores censurando las viciosas inclinaciones del alumno Vicekin, se le acercó el director y le condujo aparte.

—Verá usted, Sergio Kapitonich —le dijo—. Debe perdonarme… Ya sé que no es asunto mío, pero tengo que hacerle comprender… Mi deber me obliga… El caso es que la gente dice que usted vive con esa…, con la cocinera… A mí me tiene sin cuidado… Viva con ella…, bésense… Pero, por favor, ¡hágalo con discreción! Se lo ruego. No debe olvidarse usted de que es un pedagogo.

Un escalofrío recorrió la espalda de Ajineev, quien quedó boquiabierto.

Se fue a su casa tan dolorido como si le hubiera picado un enjambre de abejas o le hubieran echado un puchero de agua hirviendo. Caminaba por la calle y tenía la sensación de que todo el mundo le miraba como si estuviera embreado… En su casa le aguardaba una nueva desgracia.

—¿Por qué no comes nada? —le preguntó su mujer durante la comida—. ¿En qué piensas? En tus amores, ¿verdad? ¿Echas de menos a Marfucha? ¡Ah! Estoy enterada de todo. ¡Musulmán! No han faltado almas caritativas que me abrieran los ojos. ¡Qué marido más bárbaro tengo!

Y… ¡zas!, le dio un bofetón en plena cara. El pobre Ajineev se levantó completamente mareado y se fue a ver a Vañkin sin ponerse el gabán ni el sombrero.

Y justamente estaba en casa.

—¡Canalla! —le apostrofó en pleno rostro Ajineev—. Sí, eres un perfecto canalla. ¿Por qué me cubriste de oprobio ante todo el mundo? ¿Por qué lanzaste esa calumnia contra mí?

—Pero ¿qué calumnia? ¿Qué estás contando?

—¿Y quién sino tú pudo ir con el chisme de que yo besaba a Marfa? ¿Acaso no fuiste tú? ¡Di! ¿No fuiste tú? ¡Bandido!

Vañkin parpadeó, todos los músculos de su cara se agitaron convulsivamente y, alzando los ojos hacia los iconos, consiguió murmurar:

—Que Dios me castigue, se me salten los ojos y me muera si he dicho una sola palabra de usted. ¡Que se me lleve el demonio! ¡Incluso el cólera!

No cabía dudar de la sinceridad de Vañkin. Por lo visto no era él el autor de la calumnia.

«¿Quién pudo haber sido? ¿Quién? —pensaba Ajineev pasando revista a todos sus amigos y dándose golpes en el pecho—. ¿Quién habrá sido?».

¿Quién pudo haber sido?, preguntamos nosotros al lector…

MEMORIAS DE UN HOMBRE COLÉRICO

SOY un hombre serio, cuyo cerebro tiene marcada inclinación por la filosofía. Financiero de profesión, estudio derecho fiscal, y en la actualidad estoy escribiendo una monografía, que titularé: *Pasado y futuro del impuesto sobre los perros*. Como puede usted comprender, no tengo nada que ver con las damiselas, las romanzas, la luna y tantas otras tonterías.

Son las diez de la mañana. *Maman*[129] me sirve un vaso de café. Me lo bebo y, acto seguido, salgo al balcón, donde me instalo, para empezar mi trabajo. Cojo una hoja de papel, mojo la pluma en el tintero y escribo con letra redondilla el título, o sea: *Pasado y futuro del impuesto sobre los perros*. Después, tras de meditar brevemente, añado a continuación: «Resumen histórico: Teniendo en cuenta ciertas alusiones que encontramos en las obras de Heródoto y Jenofonte, el impuesto sobre los perros nace…».

Pero en este preciso momento oigo unos pasos de lo más sospechosos. Miro hacia abajo y veo una joven nariguda y de largo talle. Creo que se llama Nadeñka o Vareñka[130], lo que, desde luego, carece de importancia. La joven simula buscar algo y hace como si no me viese. Oigo cómo empieza a canturriar:

> ¿Te acuerdas de aquella canción
> desbordante de amor?

Me pongo a leer lo que acabo de escribir e intento continuar, pero, justamente entonces, la joven hace como si reparase en mi presencia, y dice con voz triste:

—Buenos días, Nicolai Andrevich. Imagínese la desgracia que me ha sucedido. Ayer, cuando paseaba por aquí, perdí un dije de mi brazalete.

Vuelvo a leer lo escrito, corrijo alguna que otra letra con ánimo de proseguir, pero la joven no parece turbarse lo más leve.

—Nikolai Andrevich, tenga la bondad de acompañarme a casa. Los Karelin tienen un perro tan grande que no me atrevo a ir sola.

No me queda otro remedio que acompañarla; así, pues, dejo la pluma y bajo al jardín. Nadeñka o Vareñka se coge de mi brazo y nos encaminamos hacia la villa. Siempre que he de acompañar a una señora o señorita, no sé por qué, pero tengo la impresión de ser una percha donde han colgado una enorme pelliza. Nadeñka o Vareñka, dicho sea entre nosotros, es de naturaleza apasionada (su abuelo fue armenio) y tiene la manía de colgarse de uno con todo el peso de su cuerpo, pegándose como una sanguijuela. Y de esta manera caminábamos… Al pasar por delante de la villa de los Karelin surgió un enorme perro que me recordó mi trabajo referente al impuesto sobre los perros… Muy disgustado, medito sobre él y suspiro.

—¿Por qué suspira usted? —me pregunta Nadeñka o Vareñka, dejando oír a su vez otro suspiro.

Ahora es el momento de hacer una pequeña advertencia. A Vareñka (en este instante recuerdo que se llama Macheñka) se le ha metido en la cabeza que estoy enamorado de ella, y por eso considera su deber mirarme con conmiseración e intentar curar con palabras afectuosas la herida de mi corazón.

—Escúcheme —dice, parándose de repente—: ¡usted está enamorado! ¿No es verdad? En nombre de nuestra amistad, le suplico crea que la joven a quien ama le tiene gran respeto. Le es imposible corresponder, pero ¿es acaso culpa suya el haber entregado su corazón a otro hombre?

Observo que la nariz de Macheñka se hincha y sus ojos se llenan de lágrimas; por lo visto espera que le conteste algo, pero, gracias a Dios, ya hemos llegado.

En la terraza está sentada la *maman* de Macheñka, una mujer muy bondadosa, pero con prejuicios. Al ver la cara trastornada de su hija fijó en mí una mirada penetrante, como diciendo: «¡Ay muchachos, qué mal sabéis disimular!». Distingo también unas cuantas jóvenes de trajes multicolores, y con ellas, al vecino de mi villa, un oficial retirado a quien hirieron en la sien izquierda y en el costado derecho durante la última guerra. Este pobre infeliz, lo mismo que yo, se ha propuesto dedicar este verano a la literatura. Escribe un libro que titula *Memorias de un militar*. Todas las mañanas emprende, como yo, su trabajo, pero apenas si ha tenido tiempo de escribir; «Nací en…», cuando debajo de su balcón surge alguna Vareñka ó Macheñka, y ese humilde siervo de Dios ya tiene cortada toda posible retirada.

Los presentes se hallan ocupados en la vulgar faena de limpiar unas bayas destinadas a convertirse en mermelada. Yo hago ademán de marcharme, pero las multicolores jovencitas se precipitan sobre mi sombrero dando gritos y exigen mi presencia. No tengo más remedio que quedarme. Me dan un plato con bayas y una horquilla, y, como los demás, me pongo a limpiarlas.

Las jóvenes comienzan a hablar de los hombres. El uno es muy mono; el otro, guapo, pero no es simpático; el tercero, feo y simpático. Hay también otro que, de no ser por su nariz parecida a un dedal, sería guapo. Y etc., etc.

—Usted, *monsieur Nicolas*[131] —me dice la *maman* de Vareñka—, es feo, pero simpático… En su rostro hay algo… Además —añade, suspirando—, en el hombre lo más importante no es la belleza, sino la inteligencia.

Todas las jóvenes suspiran y bajan los ojos… También opinan que en el hombre lo más importante es la inteligencia y no la belleza. Me miro de reojo en el espejo para saber hasta qué punto puedo ser simpático y veo una tupida cabellera, una barba, no menos tupida, bigote y cejas. Por todas partes no hay más que pelos. Pelos en las mejillas y junto a los ojos, entre cuyo espeso bosque surge una nariz a modo de torre.

«¡Soy feo, no hay más que hablar!», pienso para mis adentros.

—Usted, *Nicolas*, vencerá por sus cualidades espirituales —continuó, suspirando, la *maman* de Nadeñka, como si estuviera confirmando sus pensamientos íntimos.

Nadeñka sufre por mí, pero, al propio tiempo, saber que enfrente tiene un hombre enamorado de ella le proporciona un goce indecible.

La conversación gira del tema de los hombres al del amor. Aquí se detiene un buen rato, hasta que una de las jóvenes se levanta y se va. Inmediatamente se ponen a criticarla, llegando a un perfecto acuerdo sobre que es tonta, insoportable, tiene mal tipo y la espalda encorvada. Gracias a Dios vuelve la doncella, a quien mi *maman* había mandado para que yo fuera a comer, y puedo dejar esta compañía, tan poco grata, e irme a continuar mi monografía. Intento despedirme de la *maman* de Vareñka, pero las multicolores jóvenes y la propia Vareñka me rodean, declarando que no tengo derecho a marcharme, porque ayer di palabra de honor de que almorzaría con ellos y después iríamos al bosque a por setas.

No tengo más remedio que someterme. Estoy furioso, se acumula la ira en mi pecho y siento que me falta poco para estallar; no respondo de mí mismo y va a ocurrir un escándalo. Sin embargo, la educación y los buenos modales se imponen al fin, y me someto. Comemos.

Durante la comida me entretengo en hacer bolitas con las migas de pan y en pensar en el impuesto sobre los perros; procuro guardar silencio por temor a mi carácter en extremo colérico. Nadeñka no deja de fijar en mí su mirada compasiva.

Nos sirven *okrochka*, lengua con guisantes, pollo asado y compota. No tengo apetito, pero como por delicadeza.

Después de comer, al hallarme fumando solo en la terraza, se me acercó la *maman* de Macheñka, y, cogiéndose de los brazos me dice, con voz entrecortada por la emoción:

—No desespere, *Nicolas*; tiene ella un corazón tan bueno…, tan bondadoso…

Vamos al bosque a coger setas, y Vareñka se cuelga de mi brazo y se pega a mi costado. Sufro lo indecible, pero resisto. Entramos en el bosque.

—Escúcheme, *monsieur Nicolas* —me dice Nacheñka suspirando—. ¿Por qué está tan triste y callado?

Qué chica tan extraña. ¿De qué podría hablarle? ¿Qué tenemos en común?

—Ande, cuénteme algo… —me pide.

Intento encontrar algo lo suficientemente vulgar para que esté al alcance de su comprensión y, después de pensarlo un buen rato, acabo diciéndole:

—La tala de los bosques perjudica mucho a Rusia…

—*Nicolás!* —suspira Vareñka, y noto que su nariz enrojece—, usted rehúye una conversación íntima… Parece como si quisiera castigar con su silencio… No es correspondido en su amor y quiere sufrirlo calladamente… ¡Esto es terrible *Nicolas*! —exclama, asiéndome bruscamente de la mano mientras su nariz empieza a hincharse—. ¿Qué pensaría usted si la joven a quien ama le ofreciese eterna amistad?

Murmuro algo incoherente, porque en realidad no sé qué contestar… ¡Virgen Santa! Figúrense; ante todo no estoy enamorado de nadie y ¿qué falta me hace una eterna amistad? En tercer lugar, advierto que mi carácter es en extremo colérico. Macheñka o Vareñka se tapa el rostro con las manos y murmura en voz baja como si hablara consigo misma:

—No dice nada… Por lo visto espera un sacrificio por mi parte. ¿Cómo puedo quererle si aún estoy enamorada de otro? Bueno…, lo pensaré… Sí, pensaré en ello. Quizá recurriendo a todas las fuerzas de mi alma y sacrificando mi propia dicha pueda salvar a este hombre de la desesperación.

No comprendo nada de lo que dice. Suena a cábala. Seguimos andando y recogiendo setas. El rostro de Nadeñka refleja su lucha interior. De pronto oímos ladrar a un perro; esto me recuerda mi trabajo y suspiro

profundamente. Por entre troncos de árbol diviso al oficial herido. El pobrecillo cojea lastimosamente, balanceándose; de su brazo izquierdo cuelga una de las jóvenes multicolores, pero afortunadamente la pierna herida es la derecha. Su cara expresa humilde resignación.

Regresamos a casa para tomar el té y después jugamos una partida de *croquet*. Una vez terminada, escuchamos a una de las jóvenes que nos canta una romanza:

¡No, tú no me amas! ¡No! ¡No!…

Al pronunciar la palabra «no», su boca se tuerce hasta las orejas.

—*Charmant!* —aprueban los demás jóvenes—. *Charmant!*

Cae la noche y una asquerosa luna aparece por detrás de los árboles. En el aire se percibe el olor desagradable del heno recién cortado, y en torno nuestro reina la tranquilidad. Cojo mi sombrero y me dispongo a marcharme.

—Debo decirle algo —me murmura Macheñka, mirándome de un modo significativo—. No se vaya.

Presiento algo malo, pero me quedo por educación. Macheñka me coge del brazo y me conduce a una alameda solitaria. Toda ella revela la lucha interior. Pálida, respira fatigosamente y está casi a punto de arrancar mi mano derecha. ¿Qué sucederá?

—Escúcheme… —logra por fin murmurar—. ¡No! ¡No puedo!… No…

Quiere decirme algo pero no se atreve. De repente, su rostro cobra un aire decidido. Con los ojos brillantes y la nariz hinchada, coge de nuevo mi mano y me dice muy de prisa:

—¡*Nicolas*, le pertenezco! ¡No puedo amarle, pero juro serle fiel!

Y en seguida se abraza a mí, aunque al instante da un salto atrás.

—Viene alguien… Adiós… Mañana, a las once, estaré en el cenador… ¡Adiós!

Y desaparece. Sin comprender una palabra, y con terribles palpitaciones, vuelvo a mi casa donde me espera *El pasado y el futuro del impuesto sobre los perros*. Pero ya no puedo trabajar. Estoy furioso, o mejor dicho, espantado. ¡Qué demonios! ¡No consentiré que se me trate como a un chiquillo! Me encolerizo fácilmente y resulta peligroso bromear conmigo.

Y así, cuando la doncella entra en mi habitación para anunciarme que la cena está servida, no puedo contenerme más y le grito:

—¡Fuera de aquí!

Este arranque de ira no promete nada bueno.

A la mañana siguiente no puede negarse que hace un día realmente de campo, es decir, temperatura bajo cero y viento frío que penetra hasta los huesos. A esto hay que añadir la lluvia y el olor a naftalina, pues mi *maman* se ha entretenido en sacar sus abrigos del baúl. Precisamente aquella mañana, o sea el siete de agosto de mil ochocientos ochenta y siete, tuvo lugar el eclipse de sol. Debo añadir que durante un eclipse cada uno de nosotros puede mostrarse muy útil sin ser un astrónomo, ya que cualquiera de nosotros es capaz de:

1.º Determinar el diámetro del sol y de la luna.

2.º Dibujar la corona del sol.

3.º Medir la temperatura.

4.º Observar durante el eclipse los animales y las plantas.

5.º Anotar sus impresiones, etc., etc.

Todo esto es tan importante que decidí abandonar *El pasado y el futuro del impuesto sobre los perros* y dedicarme a observar el eclipse. Todas nos levantamos muy temprano y nos repartimos el trabajo. Yo determinaré el diámetro del sol y de la luna; el oficial herido dibujará la corona, y el resto queda a cargo de Macheñka y de las multicolores jovencitas. Y henos aquí todos reunidos esperando.

—¿A qué son debidos los eclipses? —pregunta Macheñka.

Y yo le contesto:

—Los eclipses solares se producen cuando la luna gira alrededor del plano de la elíptica, situado en la línea que une el centro de la tierra con el del sol.

—¿Y qué significa la elíptica?

Se lo explico. Macheñka escucha atentamente y luego pregunta:

—¿Es posible ver a través de un cristal ahumado la línea que une el centro del sol con el de la tierra?

Le contesto que no existe en la realidad, sino sólo en nuestra imaginación.

—Si no existe en la realidad —añade Vareñka perpleja—. ¿Cómo puede estar en ella la luna?

No me siento con fuerzas para responderle. Noto que esta ingenua pregunta está a punto de aumentar el volumen de mi hígado.

—Todo esto no son más que tonterías —dice la *maman* de Vareñka—. Es completamente imposible saber lo que va a suceder, y además, usted no ha estado nunca en el cielo, así que ¿cómo va a saber lo que sucederá con la luna y el sol? Son sólo fantasías.

He aquí que la mancha negra avanza sobre el sol. Por doquier reina la confusión. Las vacas, las ovejas y los caballos corren espantados por el

campo. Aúllan los perros. Las chinches, imaginando que otra vez es de noche, salen de las rendijas y acechan a los que aún duermen. Un diácono que entonces regresaba de la huerta trayendo unos pepinos, salta del carro, preso de terror, y se esconde debajo del puente. Mientras tanto su caballo se mete en patio ajeno, donde los cerdos se comen los pepinos. Un funcionario, que no duerme en su casa, sino en la de una señora veraneante, sale corriendo en paños menores y atropellando la muchedumbre, grita de un modo salvaje:

— ¡Sálvese quien pueda!

Esta algarabía despierta a todos los demás, quienes salen a la calle descalzos, incluso las mujeres más jóvenes y hermosas. Y suceden muchas otras cosas que no me atrevo a relatar…

—¡Ay, qué miedo! —gritan las multicolores jóvenes—. ¡Es espantoso!

—*Mesdames*, por favor —exclamo—, observen que el tiempo es corto.

Y me apresuro a determinar el diámetro. Al mismo tiempo pienso en la corona y busco con la mirada al oficial herido. Veo que está en pie sin hacer nada.

—¿Qué le pasa? ¿Y la corona? —le grito.

El oficial alza los hombros, y con una mirada impotente me señala sus brazos. ¡Pobrecillo! Dos jóvenes multicolores cuelgan de cada uno de ellos y presas de terror se aprietan contra él impidiéndole trabajar. Cojo un lápiz y apunto la hora, incluso los segundos. Es muy importante. También tomo nota del lugar geográfico del punto de observación, pues tampoco carece de importancia. Y ya me dispongo a determinar el diámetro, cuando Macheñka me toma de la mano y me dice:

—No se olvide de la cita…; hoy a las once.

Hago que me suelte, pues cada minuto es precioso y deseo seguir observando, pero Vareñka se agarra a todo mi brazo y, con un gesto nervioso, se pega a mi costado. ¡Adiós lápiz, cristales y apuntes! Todo se cae en la hierba. ¡Qué demonios! Ya es hora de que esta joven comprenda que tengo un carácter irascible y me encolerizo fácilmente. Entonces no respondo de mí.

Quiero continuar, pero el eclipse ya pasó.

—Míreme —me susurra ella dulcemente.

¡Esto ya es el colmo! ¡Esta muchacha se está burlando de mí! Ustedes no pueden negarme que jugar de este modo con la paciencia de un hombre no ha de conducir a nada bueno. Espero que no me culpen si sucede algo espantoso. No permitiré que nadie se burle de mí y sabe Dios que cuando estoy furioso no aconsejo a nadie que se me acerque. ¡Qué demonios! Estoy dispuesto a todo.

Una de las jóvenes, al contemplarme, se da cuenta de mi estado, y para tranquilizarme me dice:

—Cumplí con mi obligación, Nikolai Andrevich. Estuve observando a los mamíferos y vi cómo antes del eclipse el perro gris empezó a perseguir al gato y después estuvo durante un buen rato moviendo el rabo.

Nada salió como yo lo planeé respecto al eclipse.

Me marcho a mi casa y sé que no podré salir al balcón a trabajar gracias a la lluvia.

El oficial herido se atrevió a intentarlo, e incluso escribió: «Yo nací en…», pero ahora veo, a través de mi ventana, cómo una de las jóvenes multicolores se lo lleva a su villa. No puedo trabajar porque aún sigo enfurecido y tengo palpitaciones. Tampoco voy al cenador. Sé que esto no es amable por mi parte, pero, como ustedes comprenderán, no puedo ir con la lluvia.

A las doce recibo una carta de Macheñka llena de reproches en la que me trata de tú y me suplica que vaya… A la una recibo otra carta y a las dos la tercera… Debo ir. Pero antes de hacerlo tengo que pensar en lo que voy a decir. Voy a comportarme como un caballero. Ante todo le diré que aun cuando ella se lo figure no estoy enamorado de ella. Pero no, estas cosas no se dicen a las mujeres. Decir a una mujer que no se la quiere es igual de incorrecto como decir a un escritor que no sabe escribir. Lo mejor será dar a Vareñka mi opinión sobre el matrimonio. Así, pues, me pongo un abrigo caliente, cojo el paraguas y me voy al cenador. Conociendo mi carácter inflamable, temo decir algo de más y procuro contenerme. Nadeñka está esperándome toda pálida y llorosa. Al verme irrumpe en exclamaciones de alegría y se me arroja al cuello, diciendo:

— ¡Por fin! Has puesto a prueba mi paciencia. Escucha, no he podido dormir en toda la noche… Estuve pensando todo el tiempo. Me parece que cuando te conozca mejor… te amaré.

Me siento y empiezo a exponer mis ideas sobre el matrimonio. Al principio, para no tratar súbitamente el caso en cuestión, me muestro lo más fino posible y hago un resumen histórico. Hablo del matrimonio entre los indios y los egipcios. Doy un paso hacia una época más reciente y cito algunos pensamientos de Schopenhauer. Macheñka me escucha con atención; pero de repente, por una extraña asociación de ideas, considera necesario interrumpirme, diciendo:

—*Nicolas*, dame un beso.

Me azoro y no se me ocurre nada. Ella insiste en su ruego y me levanto, ya que no queda otro remedio que acceder, y rozo con los labios su cara larga, experimentando la misma sensación que cuando, de pequeño, me obligaron a besar a mi difunta abuela en el funeral. Pero Vareñka no se contenta con un beso y, saltando de su asiento, me abraza apasionadamente.

En aquel momento aparece la *maman* de Macheñka, quien al vernos pone cara de susto, hace callar a alguien que viene detrás, y se esfuma como una aparición de Mefistófeles.

Azorado y furioso regreso a mi casa, donde me encuentro con la *maman* de Vareñka, quien con lágrimas en los ojos abraza a mi *maman*, que también llora y dice:

—¡Yo también lo esperaba!

Y después, para que ustedes vean cómo es la gente, se me acerca la *maman* de Nadeñka y me abraza diciendo:

—¡Que Dios les bendiga! Debes quererla mucho. Acuérdate de que hizo un sacrificio por ti.

Y así es como me casan. Mientras escribo estas líneas los testigos de la boda no me dejan tranquilo ni un momento con sus prisas. Esta gente ignora mi carácter por completo. ¿Acaso no saben con cuánta facilidad me encolerizo y qué poco capaz soy de responder de mis actos? ¡Qué demonios! ¡Ya verán la que se va a armar! Intentar casar a un hombre colérico es tan estúpido como querer meter la mano en la jaula de un tigre enfurecido. ¡Ya veremos!

Ya estoy casado. Todo el mundo me felicita y Vareñka continúa abrazada a mí, diciéndome:

—Ahora ya me perteneces. ¿Comprendes? Anda, dime que me quieres. ¡Dímelo!

Y al decir esto se le hincha la nariz.

Me acabo de enterar que el oficial herido encontró un procedimiento muy hábil para esquivar el himeneo. Presentó a la joven un certificado médico, según el cual, en razón de la herida de la sien no está bien de la cabeza y, por tanto, de acuerdo con la ley, no puede casarse. ¡Qué buena idea! Yo también hubiera podido presentar otro igual. Un tío mío era borracho perdido, otro muy distraído (un día en vez de coger su sombrero cogió el manguito de una señora y se lo colocó en la cabeza) y, en cuanto a mi tía, se pasaba la vida tocando el piano, y al encontrarse con los hombres les sacaba la lengua.

También se podía añadir mi carácter irascible y colérico, síntoma de lo más sospechoso. Pero, ¿por qué se nos ocurren tan tarde estas buenas ideas?

¿Por qué?

LOS NERVIOS

DIMITRI Ocipovioh Vakcin, conocido arquitecto, regresaba a su casa de campo después de haber asistido en la ciudad a una sesión de espiritismo. Y mientras se desnudaba y se preparaba para acostarse solitario en su cama (la señora Vakcin había ido a pasar fuera las fiestas de Pentecostés), recordó todo cuanto había visto y oído. A decir verdad, la sesión de espiritismo no llegó a tener lugar, ya que toda la velada se la pasaron hablando de sucesos terribles. Una joven, sin que viniera a colación, empezó a contar algo sobre adivinación de pensamientos. De aquí se pasó a hablar de los espíritus, de los espíritus a las apariciones y de éstas a las personas enterradas vivas…

Un señor relató un suceso referente a un muerto que fue descubierto boca abajo en su ataúd. El propio Vakcin pidió un platito y enseñó a los jóvenes cómo se conseguía charlar con los espíritus. Invocó, además, a su tío Claudio Mironovich y le preguntó mentalmente si no era hora de poner su casa a nombre de su esposa, por si pudiera ocurrir su fallecimiento, a lo cual el tío contestó, diciendo: «Siempre está bien hacer las cosas a su debido tiempo».

«¡Cuántas cosas terribles y misteriosas hay en la naturaleza! —pensó para sus adentros Vakcin, metiéndose en la cama y arropándose con la manta—. Los difuntos no son terribles, pero sí lo es esta incertidumbre…».

Se oyó dar la una. Vakcin dio una vuelta en la cama y miró la lucecita azul de la lamparilla. Era una luz tan débil que apenas conseguía alumbrar el *kiot*[132] y el retrato del tío Claudio Mironovich, colgado precisamente frente a su cama.

—«¿Qué sucedería si en medio de esta penumbra surgiera ahora la sombra del tío? —pensó Vakcin—. No, esto es imposible. Las apariciones no son más que prejuicios, frutos de un cerebro poco culto».

Pero, por un por si acaso, Vakcin cerró más fuerte los ojos y se tapó la cabeza con la manta. Por su mente empezaron a desfilar: el cadáver que había dado la vuelta en el ataúd; la imagen de su suegra muerta; un compañero que se había ahorcado, y una joven que se ahogó… Vakcin procuraba apartar de

su mente estas imágenes funestas, pero cuanto más pugnaba por ahuyentarlas, más clara y amenazadoramente surgían. Empezó a sentir pavor.

«¡Qué demonios, tengo tanto miedo como un chiquillo! ¡Qué tontería!».

El reloj sonó nuevamente, interrumpiendo el silencio de la noche. En la iglesia del cementerio de la aldea el guarda tocó la campana. Su sonido, lúgubre y quejumbroso, se propagó lentamente por el espacio. Vakcin sintió un escalofrío recorriendo su espalda. Tenía la sensación de que alguien respiraba fatigosamente encima de él; como si el difunto tío, saliendo del marco, se inclinase sobre él. Con los dientes apretados y la respiración en vilo, Vakcin permanecía acostado, preso de terror en el silencio de la noche. Y cuando por la abierta ventana entró zumbando un saltón y empezó a revolotear alrededor de su cama, no pudo contenerse más, y en su desesperación tiró de la campanilla.

Al cabo de unos minutos se oyó la voz de la institutriz, que preguntaba a través de la puerta:

—Dimitri Ocipovich, *was wollen Sie?*[133].

—¡Ah! ¿Es usted, Rosalia Karlovna? —preguntó, alegrándose sumamente, Vakcin—. ¿Para qué se ha molestado? Gavrila hubiera podido…

—Usted mismo mandó a Gavrila a la ciudad, y Glafira se marchó por la noche no sé adónde… No hay nadie en casa… *Was wollen Sie doch?*[134].

—Pues verá, hija mía, yo quisiera… decirle…, pues… Bueno, entre, no se azore. Estoy a oscuras.

Rosalia Karlovna entró en el dormitorio y se quedó esperando en medio de la habitación. Era mujer gorda y de coloradas mejillas.

—Siéntese, hijita… Verá usted…, se trata de…

«¿Qué es lo que le podría preguntar?», pensaba el pobre Vakcin mirando de reojo el cuadro de su tío y sintiendo cómo su alma se iba tranquilizando poco a poco.

—A decir verdad, yo quería pedirle… Mañana, cuando el criado vaya a la ciudad, por favor, no se olvide de decirle que…, bueno, que compre boquillas de papel. Pero ¡por favor, siéntese!

—¿Boquillas de papel? Perfectamente. *Was wollen Sie noch?*[135].

—*Ich will*…[136], no, yo no *will*; pero yo… Bueno, siéntese… Todavía tengo que acordarme de algo más…

—Para una señorita es poco correcto estar en la habitación de un señor casado… Pero ya veo, Dimitri Ocipovich, que es usted un poco travieso…; bueno, un guasón…, ya comprendo…; uno no despierta a una mujer tan sólo por unas boquillas…, ya comprendo…

Rosalia Karlovna se dio la vuelta y salió.

Vakcin, algo tranquilizado después de la conversación recién sostenida y avergonzándose de sus temores, se tapó la cabeza con la manta y cerró los ojos. Permaneció unos diez minutos en un estado relativamente tranquilo; pero volvieron otra vez a atormentarle las mismas tonterías. Irritado consigo mismo, escupió, y, buscando a oscuras las cerillas, encendió la vela sin atreverse a abrir los ojos. Por fin los abrió, pero la luz no consiguió aliviarle. Su asustada imaginación le hacía creer que alguien le vigilaba desde el rincón de la habitación y que parpadeaban los ojos de su tío.

«¡Voy a llamarla otra vez!… ¡Que se la lleve el demonio! Le diré que me encuentro mal…, le pediré unas gotas…».

Vakcin tiro nuevamente de la campanilla, sin obtener respuesta, Repitió la llamada, y como contestación oyó el campanazo del cementerio. Se quedó frío. Preso de terror salió corriendo de su dormitorio, tal y como estaba, descalzo y vestido solamente con la camisa. Maldiciendo de sus temores y santiguándose a la vez, fue como una flecha a la habitación de la institutriz.

—¡Rosalia Karlovna! —gritó con voz temblorosa, golpeando su puerta—. ¡Rosalia Karlovna!… ¿Duerme usted?… Yo estoy… enfermo. Deme unas gotas…, por favor…

Pero nadie le respondió. En torno suyo reinaba el silencio.

—Se lo ruego… ¿Me comprende usted?… ¡Se lo suplico! Y, además, ¿por qué es tan susceptible?… No comprendo…, sobre todo, tratándose de un hombre enfermo, ¡qué mojigata es usted!… Y, además, a sus años…

—Se lo contaré todo a su esposa. Le diré que daba la lata a una chica honesta… Cuando estaba en casa de los barones de Antzig y el barón quiso venir a mi cuarto a por cerillas, yo comprendí…, sí, en seguida comprendí lo de las cerillas y se lo conté a la señora baronesa… Yo soy una chica honrada.

—¡Me importa un bledo su honradez! Yo estoy enfermo… y le pido unas gotas, ¿me entiende usted? ¡Estoy enfermo!

—Su esposa es una mujer honrada y buena; usted debe amarla… ¡Vaya! ¡Ella es buena persona y yo no quiero ser su enemiga!

—¡Usted es tonta, y eso es todo! ¿Me comprende usted? ¡Sí, es usted tonta!

Vakcin se apoyó en el dintel y, con los brazos cruzados, se quedó esperando que se le pasara el miedo. No tenía fuerzas para volver a su habitación, donde la llama mortecina de la lamparilla alumbraba débilmente el retrato del tío, que parecía estar mirándole. Sin embargo, tampoco podía

quedarse delante de la puerta de la institutriz en camisa. Esto resultaba muy embarazoso bajo todos los aspectos. ¿Qué hacer, pues?

Dieron las dos, y sus temores continuaban sin disminuir. El pasillo, a oscuras, parecía tener una figura negra en cada rincón amenazándole.

Vakcin volvió la cara hacia el dintel, pero justo en aquel momento diríase que alguien le tocó por detrás el hombro, tirando de él ligeramente.

—¡Qué diablos, Rosalia Karlovna!…

Nadie contestó. Con gesto inseguro Vakcin abrió la puerta y miró dentro de la habitación. La virtuosa alemana dormía plácidamente. La lamparilla iluminaba tenuemente las formas ampulosas de su grueso cuerpo, que exhalaba salud.

Vakcin entró en la habitación y se sentó en un baúl situado junto a la puerta. Se sentía más tranquilo en presencia de un ser vivo, aunque dormido.

«¡Que siga durmiendo la alemanota! —pensó para sus adentros—. Me quedaré un poco aquí, y cuando empiece a amanecer saldré… Ahora amanece temprano. ¡Ay Dios mío, lo que hacen los nervios! Y, además, en un hombre culto y sensato; pero, sin embargo… ¡Voto al diablo! Da vergüenza pensarlo…».

No tardó en tranquilizarse por completo al escuchar la respiración acompasada de Rosalia Karlovna.

A las seis de la mañana la señora de Vakcin volvía a su casa, después de haber pasado las fiestas de Pentecostés. Al no hallar a su marido en el dormitorio, se dirigió a la habitación de la institutriz para pedirle cambio y pagar al cochero. Al entrar en la habitación de la alemana se encontró con el siguiente cuadro:

En la cama, destapada a causa del calor, dormía Rosalia Karlovna, y a dos pasos de ella, todo encogido sobre un baúl, estaba roncando el calavera de su marido. Estaba descalzo y llevaba encima sólo la camisa.

Dejo a la imaginación del lector adivinar lo que dijo la esposa y la cara de tonto que puso el marido, pues yo ya me rindo, entregando las armas.

LA MUERTE DEL FUNCIONARIO

UN buen día, por la tarde, el no menos buen alguacil Cherviakov estaba sentado en la segunda fila de butacas contemplando muy interesado, a través de sus gemelos, la representación de *Las campanas de Corneville*. Estaba absorto, pendiente de la trama, y se sentía enormemente feliz. De repente (en las historietas, ¡cuán a menudo sale a relucir esta palabra, de *repente*, y con razón, porque la vida está tan llena de cosas inesperadas…!) su cara se contrajo, entornó los ojos y su respiración quedó en suspenso, tuvo el tiempo justo para agacharse y, ¡zas!…, estornudar. A nadie se le puede censurar que estornude, esté donde esté. Lo mismo los *mujiks* que los jefes de Policía estornudan, y a veces los propios consejeros secretos. Todo el mundo estornuda. Así que Cherviakov no se turbó en manera alguna, sacó el pañuelo y se sonó. Luego, como cualquier persona bien educada, miró en torno suyo para ver si había molestado a alguien, y entonces fue cuando se apoderó de él la confusión. El anciano sentado precisamente en la butaca delante de la suya se secaba cuidadosamente la calva y el cuello con el guante, mientras mascullaba algo entre dientes. Cherviakov reconoció al general[137] Brisjalov, del Ministerio de Caminos.

«Le salpiqué —pensó Cherviakov—. No es mi jefe, pero de todos modos hay que tener cuidado. Voy a disculparme».

Cherviakov tosió un poco, se inclinó hacia adelante y murmuró al oído del general:

—Perdone, excelencia, siento haberle salpicado… Lo hice sin querer.

—No tiene importancia.

—¡Por amor de Dios, perdóneme! ¡Ha sido sin querer!

—¡Está bien! ¡Por favor, siéntese! Déjeme escuchar.

Cherviakov se turbó y, sonriendo estúpidamente, intentó fijarse nuevamente en la escena. Pero el espectáculo ya no le causaba el mismo placer. La inquietud le atormentaba. En el descanso se acercó a Brisjalov (durante un buen rato había estado paseando delante de él hasta que venció su timidez y al fin se decidió) e insistió:

—Le salpiqué, excelencia… Discúlpeme…, pero yo… no fue por…

—Está bien, está bien. Ya me habla olvidado del incidente y usted todavía insiste en él —y el general hizo una mueca llena de impaciencia.

«Dice que se ha olvidado y, sin embargo, su mirada revela resentimiento —pensó Cherviakov mirando incrédulo al general—, ni siquiera se ha dignado hablar de ello. He de explicarle que lo hice sin querer…, que es una ley de la Naturaleza; es capaz de creer que tuve intención de escupirle. Ahora no lo piensa, pero luego puede que sí…».

Al llegar a su casa, Cherviakov contó a su espora la incorrección cometida. Le pareció que ella tomaba con demasiada ligereza el caso. Al principio se había asustado, pero cuando supo que Brisjalov no tenía nada que ver con su marido se tranquilizó.

—De todos modos has de disculparte —le dijo—, si no pensará que no sabes comportarte como es debido.

—Justamente, me disculpé en el acto; pero el general es algo extraño… No dijo nada en concreto. Además, tampoco tuvo tiempo para ello.

Al día siguiente Cherviakov fue a excusarse ante el general. Para tal ocasión fue al peluquero a que le cortaran el pelo y se puso el uniforme de gala. Al entrar en la sala de recepción vio a muchos solicitantes y, entre ellos, al general en persona, que había empezado a escuchar las peticiones. Tras de haber interrogado a unos cuantos, el general reparó en Cheviakov.

—Ayer en el teatro, se acuerda, excelencia —empezó diciendo—, estornudé y, sin querer, le salpiqué… Perdón.

—¡Qué tontería! ¡Vaya por Dios! ¿Qué es lo que desea? —preguntó el general volviéndose al siguiente solicitante.

«Ni siquiera quiere oír hablar de ello —pensó Cherviakov palideciendo—. Eso quiere decir que sigue enfadado… No, esto no puede quedar así… Yo le explicaré…».

Cuando el general acabó con el último solicitante y ya se iba a retirar a su despacho, Chervia kov le siguió, murmurando:

—¡Excelencia! Si me atrevo a importunarle es bajo el impulso de mi arrepentimiento. No puede ignorar que no lo hice adrede.

El general hizo una mueca y alzó los hombros.

—Caballero, ¡usted está bromeando! —exclamó, y desapareció por detrás de la puerta.

«¿Qué broma hay aquí? Aquí no hay ninguna broma. No obstante ser todo un general, no lo comprende. Si es así, no volveré a disculparme delante de

este fanfarrón. ¡Que se vaya al diablo! Le escribiré, pero no iré más a verle. Desde luego que no volveré».

La dichosa carta no fue escrita, aunque estuvo mucho tiempo discurriendo sobre cómo redactarla. Así, pues, al día siguiente volvió nuevamente a ir para explicarse.

—Ayer vine a molestar a su excelencia —consiguió decir cuando el general fijó en él su mirada interrogadora—, no para bromear, como se dignó decir usted, sino para disculparme por el estornudo en que le salpiqué…, no tenía intención de bromear. ¿Cómo iba a atreverme? Si hiciéramos algo semejante, sería porque no existiría respeto a las personas.

—¡Fuera de aquí! —vociferó el general, cuya cara se había vuelto como la grana y temblaba de ira.

—¿Qué? —inquirió en voz baja Cherviakov, palideciendo de espanto.

— ¡Fuera de aquí! —repitió el general pataleando.

Cherviakov sintió como si algo se le desprendiese en el estómago. Sin ver ni oír nada se encaminó hacia la puerta y marchó lentamente hacia su casa… Llegó andando como un autómata y, sin quitarse siquiera el uniforme de gala, se acostó en el sofá y… se murió.

LA CERILLA SUECA

(RELATO PENAL)

I

EN la mañana del 6 de octubre de 1885 se presentó en el despacho del *stanovoy*[138] del segundo distrito un joven bien vestido, quien declaró que a su amo, el corneta de la Guardia retirado Mark Ivanovich Kliausov, le habían asesinado. Al prestar tal declaración se mostraba pálido y realmente agitado. Las manos le temblaban y sus ojos mostraban espanto.

—¿Con quién tengo el honor de hablar? —le preguntó el *stanovoy*.

—Soy Psiekov, administrador de Kliausov, agrónomo y mecánico.

El *stanovoy* y sus auxiliares, acompañados de Psiekov, se trasladaron al lugar del suceso, donde pudieron ver el siguiente cuadro:

Una muchedumbre se agolpaba junto al pabellón de Kliausov. La noticia se había propagado con la rapidez del rayo y, como era día festivo, acudió la gente de todos los pueblos de las cercanías. Se oía un sordo murmullo. De cuando en cuando asomaban rostros pálidos y llorosos. Encontraron cerrada la puerta del dormitorio de Kliausov, con la llave de la cerradura metida por dentro.

—Es evidente que los asesinos tuvieron que entrar por la ventana —observó Psiekov al inspeccionar la puerta.

Fueron al jardín; desde allí se veía la ventana del dormitorio, cubierta con un visillo verde y desteñido, con aspecto lúgubre y amenazador. Uno de los ángulos del visillo estaba algo levantado, lo que permitía echar una ojeada al interior.

—¿Alguno de vosotros ha mirado por la ventana? —preguntó el *stanovoy*.

—No, señoría; nadie —respondió Efrem el jardinero, un anciano bajito con pelo blanco y cara de sargento retirado—. ¡Cualquiera se pone a mirar cuando todos tiemblan de espanto!

—¡Ay Mark Ivanovich, Mark Ivanovich! —suspiró el *stanovoy* mirando la ventana—. ¡No te decía yo que acabarías mal! Y tú no me hiciste nunca caso. ¡La corrupción no puede llevar a nada bueno!

—Debemos dar las gracias a Efrem —dijo Psiekov—. A no ser por él no nos hubiéramos enterado. Él fue a quien primero se le ocurrió que aquí pasaba algo extraño. Esta mañana vino a verme y me dijo: «¿Por qué nuestro *barin*[139] tarda tanto en despertarse? ¡Lleva ya una semana sin salir del dormitorio!». Me pareció como si me hubieran dado un golpe en la cabeza. En seguida pensé… No se le ve desde el sábado y hoy es domingo. ¡Siete días! ¡No es cosa de broma!

—¡Pobrecillo! —suspiró nuevamente el *stanovoy*—. Era un buen chico, culto e inteligente. Era quien animaba todas las reuniones. Pero el pobre, que en paz descanse, estaba dejado de la mano de Dios. ¡Siempre temí una cosa así! ¡Stepan! —ordenó el *stanovoy* a uno de sus ayudantes—, ve ahora mismo a mi casa y di a Andriuchka[140] que informe de lo sucedido al *ispravnik*[141]. Dile que Mark Ivanovich ha sido asesinado. Y de paso, avisa al inspector… Pero ¿a qué espera ése? ¡Que venga cuanto antes! ¡Ah! Y después corre a casa del juez de instrucción, Nikolai Ermolaich, y dile que venga en seguida… Espera… Te voy a dar una carta para él.

El *stanovoy* colocó unos policías rodeando el pabellón, escribió la carta al juez de instrucción y se fue a tomar el té a casa del administrador.

Diez minutos más tarde estaba sentado en un taburete, mordisqueando un pedazo de azúcar y bebiendo a pequeños sorbos un té, caliente como una brasa.

—¡Pues, sí! —le decía a Psiekov—. ¡Pues, sí!…, noble, rico, *amado de los dioses*, como decía Puschkin, y ¿a qué le ha conducido todo esto? A nada. Toda su vida fue un bebedor, un mujeriego y…, ¡ahí le tiene usted!, ¡asesinado!

Por fin, al cabo de dos horas, llegó el juez de instrucción, Nikolai Ermolaich Chubikov. Era un anciano alto y fuerte, como de unos sesenta años, que desempeñaba su cargo desde hacía un cuarto de siglo. Tenía fama en toda la región, de ser honrado, inteligente, enérgico y amante de su profesión. Le acompañaba Diukovski, su ayudante y escribiente, un joven alto, de unos veintisiete años, que siempre estaba a su lado.

—Pero ¿será posible, señores? —preguntó Chubikov al entrar en la habitación de Psiekov, mientras estrechaba rápidamente las manos de todos los presentes—. ¿Será posible? ¡Mark Ivanovich, asesinado!… ¡No! ¡Esto no puede ser! ¡No puede ser!

—Pues ya lo ve usted —suspiró el *stanovoy*.

—¡Ay Señor! Pero si yo lo vi el viernes pasado en la feria de Tarabankov. Estuvimos tomando vodka juntos.

—¡Pues ya lo ve usted! —volvió a suspirar el *stanovoy*.

Todos suspiraron, se horrorizaron y, después de tomar un vaso de té, se fueron juntos al pabellón.

—¡Paso! —gritó el inspector a la muchedumbre.

Y lo primero que hizo al entrar en el edificio fue examinar detenidamente la puerta del dormitorio. Era una puerta de madera de pino pintada en amarillo y estaba intacta. No encontraron ninguna señal que pudiera servirles de indicio. Entonces decidieron forzar la puerta.

—Señores, ruego a todos los que están de más que se retiren —dijo el juez de instrucción cuando, después de unos hachazos, la puerta cedió crujiendo—. Se lo pido por los intereses de la inspección. ¡Que no entre nadie, *griadnik*! **[142]**.

Chubikov, su ayudante y el *stanovoy* abrieron la puerta y con paso indeciso entraron uno detrás de otro en el dormitorio, donde pudieron ver lo siguiente:

Junto a la ventana había una cama de madera de grandes dimensiones con un enorme colchón de plumas; encima de éste, una manta arrugada. La almohada, con su funda de indiana también muy arrugada, estaba tirada en el suelo. Sobre la mesita, colocada delante de la cama, había un reloj de plata y una moneda de veinte *kopekas***[143]**, también de plata. También allí encontraron unas cerillas de azufre. En el dormitorio no había más muebles que la cama, la mesita y una única silla. Al mirar debajo de la cama, el *stanovoy* vio unas veinte botellas vacías, un viejo sombrero de paja y una garrafa de vodka. Debajo de la mesita había un zapato cubierto de polvo. El juez de instrucción echó un vistazo a la habitación, frunció el entrecejo y la sangre se le subió al rostro.

—¡Canallas! —murmuró apretando el puño.

—¿Dónde estará Mark Ivanovich? —preguntó con voz queda Diukovski.

—Le ruego que no se meta en esto —le contestó ásperamente Chubikov —. Haga el favor de examinar el suelo. Este es el segundo caso de mi carrera, Evgraf Kuzmich —añadió dirigiéndose en voz baja al *stanovoy*—. En el año mil ochocientos setenta tuve un caso similar. ¿Usted recordará seguramente?… Fue el asesinato del comerciante Portretov. Entonces ocurrió lo mismo. Los muy canallas le asesinaron y sacaron el cadáver por la ventana.

Chubikov se aproximó a la ventana, descorrió el visillo y la empujó levemente. La ventana se abrió.

—Se abre; por tanto, no fue cerrada… ¡Hum! Hay unas huellas en el alféizar. ¡Fíjense! He aquí las huellas de una rodilla… Alguien subió por aquí. Habrá que inspeccionar la ventana debidamente.

—En el suelo no se ve nada de particular, no hay manchas ni rasguños —dijo Diukovski—. Solo encontré una cerilla sueca, apagada. ¡Aquí está! Si recuerdo bien, Mark Ivanovich no fumaba y en su casa gastan cerillas de azufre, no suecas. Esta cerilla puede darnos un indicio.

—¡Por favor, cállese! —exclamó el juez de instrucción haciendo con la mano un ademán de impaciencia—. ¡Deje en paz la cerilla! No puedo soportar las personas de imaginación calenturienta. En vez de buscar cerillas dedíquese a registrar la cama.

Diukovski obedeció, y después de registrar la cama hizo observar:

—En la cama no hay ninguna clase de manchas ni roturas recientes. En la almohada se distingue la marca de unos dientes. En la manta, unas manchas que huelen y saben a cerveza… En general, el aspecto de la cama da lugar a suponer que en ella se libró una lucha.

—¡Sin que usted me lo diga, ya sé que hubo lucha! No es eso lo que se le pregunta. En vez de ocuparse de luchas sería mejor que…

—Una bota está aquí y la otra no aparece por ninguna parte.

—Bueno, ¿y qué?

—Pues que le habrán estrangulado cuando estaba descalzándose. No tuvo tiempo de quitarse la otra bota cuando…

—¡Y dale otra vez con sus suposiciones! ¿Quién le dijo a usted que le estrangularon?

—En la almohada se ven huellas de dientes. La misma almohada está muy arrugada y, además tirada en el suelo, a dos varas y media de la cama.

—No hace más que decir tonterías. Será mejor que vayamos a echar un vistazo al jardín en vez de andar por aquí revolviéndolo todo… Esto lo puedo hacer yo sin usted.

Al llegar al jardín, ante todo inspeccionaron la hierba de debajo de la ventana. Estaba pisoteada, y un arbusto de bardana situado junto a la pared también aparecía estropeado. Diukovski consiguió descubrir unas cuantas ramitas rotas y un pedazo de algodón. También se encontraron unos hilos finos de lana azul oscura sobre las yemas de bardana.

—¿De qué color era el último traje que llevó el difunto? —preguntó Diukovski a Psiekov.

—Amarillo, de dril.

—Perfectamente; luego los asesinos vestían de azul.

Cortaron unas cuantas yemas de bardana y las envolvieron cuidadosamente en un papel.

En aquel momento llegaron el *ispravnik* Artzibachev-Svistakovski y el médico Tiutiuyev. El *ispravnik* saludó a todos los presentes y acto seguido se dispuso a satisfacer su curiosidad. El médico, un hombre alto y sumamente delgado, de ojos hundidos, nariz larga y barbilla puntiaguda, sin saludar ni preguntar nada, se sentó en un tronco, suspiró profundamente y dijo:

—¡Los serbios otra vez han vuelto a agitarse! ¡No puedo comprender qué es lo que quieren! ¡Ay Austria, Austria! ¡Esto es cosa tuya!

La inspección de la ventana por la parte de fuera no reveló nada, y la exploración de la hierba y de los arbustos cercanos a la ventana proporcionó muchos indicios útiles para la investigación. Diukovski logró descubrir en la hierba un reguero de manchas oscuras, que se extendía por el jardín unas varas más allá de la ventana. El reguero terminaba bajo un arbusto de lilas, con una mancha grande, de color marrón oscuro. Y allí mismo encontraron una bota: la pareja de la hallada en el dormitorio.

—Esto es sangre, pero no reciente —dijo Diukovski después de observar la mancha.

El médico, al oír la palabra sangre, se levantó y con evidente desgana echó una ojeada a la mancha.

—Sí, es sangre —musitó.

—Entonces, si hay sangre, no fue estrangulado —añadió Chubikov lanzando una mirada sardónica a Diukovski.

—Le estrangularon en el dormitorio; pero, temiendo que pudiera no estar muerto y volviera en sí, le dieron un golpe con un instrumento cortante. La mancha que hay debajo del arbusto atestigua que el cuerpo permaneció ahí un buen rato, mientras esperaban el momento de sacarlo del jardín.

—¿Y la bota?

—Esta bota no hace más que confirmar mi opinión de que fue asesinado cuando se descalzaba para dormir. Se quitó una de las botas, y la otra, es decir, la que tenemos aquí, sólo pudo quitársela a medias, y ella sola se salió del pie mientras transportaban el cadáver.

—¡Qué ingenioso es usted! —se mofó Chubikov—. ¡Ni que le hubieran dado cuerda! ¡Cuándo perderá usted la costumbre de no entremeterse con sus suposiciones! Más valdría que en vez de andar con tales disquisiciones cogiera un poco de hierba manchada de sangre para que se haga el análisis.

Al acabar la inspección y después de levantar los planos del lugar, se fueron a casa del administrador para redactar el atestado y almorzar. Durante la comida charlaron animadamente de lo ocurrido.

—El reloj, el dinero y las demás cosas están intactos —comenzó diciendo Chubikov—. Está claro, como el día, que el móvil del asesinato no fue el robo.

—El asesino debe de ser un hombre instruido —intervino Diukovski.

—¿Qué es lo que se lo hace suponer?

—Me fundo en que los campesinos de por aquí desconocen el uso de las cerillas suecas. Estas cerillas sólo las emplean los terratenientes, y aun no todos, solamente unos cuantos. No le asesinó una persona, intervinieron, por lo menos, tres. Dos le sujetaron y un tercero le estranguló. Kliausov era un hombre fuerte y los asesinos no debían ignorarlo.

—¿De qué le podía servir su fortaleza si estaba durmiendo?

—Los asesinos le sorprendieron cuando estaba descalzándose, y, por tanto, no dormía aún.

—¡Déjese de fantasías! ¡Mejor será que coma!

—Según mi parecer, señor —dijo Efrem el jardinero colocando el *samovar* encima de la mesa—, el asesinato es obra de Nicolachka.

—¿Quién es Nicolachka?

—Es el ayuda de cámara del *barin*, señor —agregó Efrem—. ¿Quién iba a ser sino él? Es un bandido, señor. Un borracho y un mujeriego, a quien ni la misma Virgencita Santa podría reformar. Él servía el vodka al *barin* y le ayudaba a acostarse. ¿Quién pudo ser sino él? Aún me atrevo a confesar a su señoría que una vez, estando el muy tuno en la tasca, hizo alarde de que iba a matar al amo. Y todo esto por una mujer, por la Akulka… Él tenía relaciones con ella… Es viuda de un soldado… Pero al *barin* también le agradó, y entonces, claro… A Nikolachka no le sentó bien aquello… Ahora está borracho, tumbado en la cocina. Llora y simula estar afligido por la muerte del *barin*.

—Sí, verdaderamente, uno puede enloquecer por una mujer como la Akulka —dijo Psiekov—. Es la viuda de un soldado, pero por algo le puso Mark Ivanovich el nombre de Nana. Hay en ella algo que recuerda a Nana…, algo que atrae…

—Lo sé, la he visto —dijo el juez de instrucción, sonándose con un pañuelo encarnado.

Diukovski se sonrojó y bajó los ojos. El *stanovoy* golpeó con los dedos el platillo y al *ispravnik* le dio un golpe de tos, pretendiendo disimular en

seguida haciendo ver que buscaba algo en la cartera. Sólo al médico parecía que no le causaba ninguna impresión el recuerdo de Akulka y Nana.

El juez ordenó que trajesen a Nicolachka. Era éste un mozo alto y enjuto, de pecho hundido, nariz larga y pecosa, vestido con una levita de su señor. Al entrar en la habitación de Psiekov hizo un profundo saludo, hasta casi tocar el suelo. Tenía un aspecto soñoliento y lloroso y estaba tan borracho que apenas conseguía estar en pie.

—¿Dónde está el *barin*? —le preguntó Chubikov.

—A su señoría le han asesinado.

Al decir esto, Nicolachka parpadeó y se echó a llorar.

—Ya sabemos que le han asesinado, pero ¿dónde está ahora?, ¿dónde está su cuerpo?

—Dicen que lo sacaron por la ventana y lo enterraron en el jardín.

—¡Hum!… Ya veo que en la cocina se conoce el resultado de la investigación. ¡Muy mal! Dime, amigo, ¿dónde estuviste la noche en que mataron a tu *barin*? Es decir, el sábado.

Nikolachka alzó la cabeza, estiró el cuello y se quedó pensativo.

—Señoría, no puedo saberlo…, estaba borracho y no me acuerdo.

—¡Alibi![144] —dijo en voz baja Diukovski, dejando oír una risita sardónica mientras se frotaba las manos.

—Bien, pero dime, ¿por qué hay sangre debajo de la ventana de tu *barin*?

Nicolachka levantó nuevamente la cabeza y se puso a meditar.

—¡Piensa más de prisa! —le dijo el *isvravnik*.

—Ya está. Esa sangre no significa nada, señoría. Maté a una gallina. La degollé simplemente, como siempre hacemos, pero se me escapó de las manos y echó a correr… De ahí provienen las manchas de sangre.

Efrem declaró que, en efecto, Nikolachka mataba cada tarde una gallina y en diferentes sitios, pero que nadie había visto nunca correr por el jardín a una gallina degollada, si bien tampoco se atrevía a asegurar nada.

— ¡Alibi! —se mofó Diukovski—. ¡Y qué alibi tan estúpido!

—¿Tuviste relaciones con Akulka?

—Lo confieso, aunque sea pecado.

—¿El *barin* te la quitó?

—Nada de eso. A mí me la quitó el señor Psiekov, aquí presente, y a él se la quitó mi amo. Esto fue lo sucedido.

Psiekov, para disimular su turbación empezó a frotarse el ojo izquierdo. Diukovski se le quedó mirando fijamente, reparó en su turbación y se estremeció. Observó que el administrador llevaba pantalones azules, en lo que

no había reparado. Y los pantalones le hicieron recordar los hilos azules encontrados en la bardana. Chubikov también lanzó una mirada sospechosa a Psiekov.

—Puedes marcharte —dijo a Nikolachka—. Y ahora permítame —prosiguió— que le haga una pregunta, señor Psiekov: ¿Usted permaneció aquí en la noche del sábado al domingo?

—Sí, a las diez cené con Mark Ivanovich.

—¿Y después?

Psiekov se turbó otra vez y se levantó de la mesa.

—Después…, después…, pues, a decir verdad, no me acuerdo —balbució—. Bebí mucho aquella noche… No me acuerdo ni de cuándo me dormí… ¿Por qué me miran todos de ese modo? ¡Ni que fuera yo el asesino!

—¿Dónde despertó usted?

—Me desperté en la cama de los criados, al lado de la estufa… Todos pueden atestiguarlo. Lo que no sé es cómo fui a parar allí.

—No se inquiete… ¿Conocía usted a Akulka?

—Eso no tiene nada de particular.

—¿Le abandonó ella para irse con Kliausov?

—Sí… Efrem, ¡sírvenos más setas!… ¿Quiere usted té, Evgraf Kuzmich?

Durante unos cinco minutos reinó un silencio pesado y agobiante. Diukovski permanecía callado, y su mirada penetrante no se apartaba del pálido rostro de Psiekov. El juez fue el primero en romper este silencio.

—Será preciso ir a la casa principal para hablar con la hermana del difunto, Maria Ivanovna. Quizá sepa algo.

Chubikov y su ayudante dieron las gracias por la comida y se marcharon al edificio principal. Allí encontraron a la hermana de Kliausov, Maria Ivanovna, una solterona de unos cincuenta y cinco años, la cual estaba rezando ante el antiguo *kiot* familiar. Al ver a los visitantes, con sus uniformes y las carteras bajo el brazo, palideció.

—Ante todo, le ruego nos disculpe por haberla interrumpido en sus oraciones —dijo galantemente Chubikov, saludándola—. Venimos a pedirle un favor. Usted, naturalmente, sabrá lo sucedido… Se sospecha hayan asesinado a su hermano. ¡Que se cumpla la voluntad de Dios! Nadie puede rehuir la muerte, lo mismo los zares que los pastores han de someterse a ella. ¿No podría usted ayudarnos con alguna indicación?

—¡Ay! ¡No me pregunten nada! —exclamó Maria Ivanovna, mientras se tapaba el rostro con las manos, más pálido todavía—. ¡No puedo decirles

nada! ¡Nada! ¡Se lo suplico! Yo… nada puedo… ¡Ay, no!… Ni una palabra sobre mi hermano… ¡No hablaría aunque estuviera muriendo!

Maria Ivanovna prorrumpió en llanto y se marchó a otra habitación. Los dos hombres cambiaron entre sí una mirada, alzaron los hombros y se retiraron.

—¡Qué demonio de mujer! —refunfuñó Diukovski al salir de la casa—. Por lo visto, sabe algo, pero lo oculta. Hasta en la cara de la doncella se nota algo raro… ¡Que aguarden un poco! Ya nos enteraremos de todo.

Era de noche y bajo la pálida luz de la luna regresaban en coche Chubikov y su ayudante, recordando los sucesos de aquel día. Los dos estaban cansados y guardaban silencio. A Chubikov no le gustaba, generalmente, hablar durante el camino, y el charlatán de Diukovski callaba para complacer al viejo; pero, cuando estaban ya al llegar, el ayudante fue incapaz de resistir más aquel silencio, y dijo:

—Que Nikolachka tiene algo que ver en este asunto, *nos dubitatum est*, basta sólo con mirarle a la cara y se sabe qué clase de pájaro es… Alibi lo delata completamente. Ni tampoco cabe duda de que él no es el iniciador de este asunto. Fue una simple máquina ciega ejecutora de las órdenes recibidas. ¿Qué le parece? En cuanto al modesto Psiekov, no fue, precisamente, quien desempeñó el papel menos importante en este asunto. Los pantalones azules, su confusión, el dormir de puro miedo cerca de la estufa, después del asesinato, Alibi y Akulka.

—¡Otra vez con sus suposiciones! ¿Según usted, todo el que conocía a Akulka es el asesino? ¡Ay! ¡Qué cabeza más loca! Todavía debería estar tomando el biberón y no mezclándose en asuntos de esta índole. Usted también cortejó a la Akulka. ¿Participó también en el asunto?

—Akulka sirvió en su casa, de cocinera, durante un mes… No quiero decir nada con esto. Aquella noche, la víspera del domingo, estuvimos jugando juntos a las cartas, y, de no ser por esto, quizá sospecharía igualmente de usted. La cuestión, amigo mío, no está en esa mujer, sino en un sentimiento bajo, vil y repugnante. A este joven modesto le desagradó su fracaso y quiso vengarse. Además, sus gruesos labios acusan sensualidad. ¿Se acuerda usted de cómo los chasqueó mientras comparaba Akulka con Nana? ¡No cabe duda que el muy canalla se consume de pasión! Es un caso de amor propio ofendido y de pasión insatisfecha. Esto es suficiente para cometer un crimen. Ya tenemos a dos; pero ¿quién es el tercero? Nikolachka y Psiekov le sujetaron; pero ¿quién le estranguló? Psiekov es tímido, se azora fácilmente y

no es valiente. Seres como Nikolachka no saben ahogar con una almohada; manejan mejor el hacha. Lo asesinó algún otro; pero ¿quién fue?

Diukovski se caló el sombrero hasta los ojos y se quedó pensativo, guardando silencio hasta que el coche llegó a la casa del juez de instrucción.

—¡Eureka! —exclamó al entrar en la casa y despojarse del abrigo—. ¡Eureka, Nlcolai Ermolaich! Parece mentira que no se me ocurriese antes. ¿Sabe quién es el tercero?

—Por favor, ¡déjeme cenar! La cena ya está servida. Siéntese y empecemos a cenar.

El juez y Diukovski pusiéronse a cenar. Diukovski se sirvió una copa de vodka, se levantó de la silla y, brillándole los ojos, dijo:

—Debe usted saber que el tercero que intervino, quien estranguló, era una mujer. ¡Sí! Y me refiero a la hermana del muerto, a Maria Ivanovna.

Chubikov se atragantó con el vodka y fijó su mirada en Diukovski.

—No acierta usted nunca. Tiene la cabeza algo… ¿No le duele?

—Me encuentro perfectamente. Quizá sea yo el loco, pero ¿cómo se explicaba usted su confusión al presentarse ante nosotros? ¿Y el que no quisiera declarar? Supongamos que todo esto no significa nada… ¡Bueno! Pues acuérdese entonces de las relaciones que existían entre los hermanos. Ella le odiaba. Es *staroverka*[145], y él, un libertino y un ateo. Esta es la razón de su odio. Dicen que él logró convencerla de que era un ángel de Satanás. Delante de ella hacía prácticas de espiritismo.

—Bueno, ¿y qué?

—¿No lo comprende usted? Es una *staroverka*, y lo mató por fanatismo. No sólo mató a un ser corrompido; liberó al mundo de un anticristo. Y esto constituye para ella un mérito y un triunfo para su religión. ¡Oh! No conoce usted a las viejas solteronas *staroverkas*. ¡Lea a Dostoyevski! Fíjese en lo que escribe Leskov y Pecherski. ¡Fue ella, así me ahorquen! ¡Fue ella quien le estranguló! ¡Qué mujer tan perversa! Acaso no pretendía despistarnos postrándose ante los iconos cuando entramos. Acaso no pensó: «Voy a ponerme a rezar y así ellos pensarán que estoy bien tranquila y no les espero». Es el método que usan los asesinos novicios. Nikolai Ermolaich, mi buen amigo, deje este asunto en mis manos. Déjeme llevarlo hasta el fin. Yo lo he empezado y lo terminaré.

Chubikov movió la cabeza y frunció el ceño.

—Sé llevar los asuntos difíciles solo —dijo—, y a usted nadie le pidió que se metiese donde no le importa. Escribirá lo que yo le dicte, es su tarea, y nada más.

Diukovski se indignó y se marchó dando un portazo.

—¡Es muy listo el muchacho! —murmuró Chubikov, siguiéndole con la mirada—. ¡Es realmente listo! Lástima que sea tan impulsivo. Le compraremos una petaca en la feria.

A la mañana siguiente, un mozo de cabeza grande y labios de liebre, que llegaba de la aldea Kliusovka, se presentó en casa del juez de instrucción. Dijo que era el pastor Danilka, y su declaración fue muy interesante.

—Estaba algo bebido y me quedé en casa de la comadre hasta la medianoche. Cuando volvía a casa, como estaba borracho, me metí en el río para bañarme. En esto que veo dos hombres andando por el dique, cargados con una cosa negra… ¡Eh!, les dije. Y ellos se asustaron y echaron a correr hacia la huerta de Makarevski. ¡Que me parta un rayo si al que llevaban no era el señor!

Aquella misma tarde, Psiekov y Nikolachka fueron arrestados. Los enviaron a la capital del distrito, donde los encerraron en un castillo que servía de prisión.

II

Transcurrieron doce días. Y una mañana, cuando el juez de instrucción Nikolai Ermolaich estaba sentado en su despacho ante su mesa verde, hojeando el *Asunto Kliausov*, Diukovski, muy agitado, paseaba de un lado a otro, como una fiera enjaulada.

—Está usted convencido de la culpabilidad de Nikolachka y Psiekov —decía, mientras se pasaba la mano por la barba incipiente con un gesto nervioso—. ¿Por qué no quiere convencerse de la culpabilidad de Maria Ivanovna? ¿Acaso le faltan pruebas?

—Yo no digo que no esté convencido. Estoy persuadido de ello; sin embargo, cuesta tanto trabajo creerlo… No existen pruebas verdaderas. Todo se basa en presunciones…, en fanatismos…

—¡Lo que quiere usted es ver el hacha y las sábanas ensangrentadas! ¡Y a ustedes se los llama hombres de leyes! ¡Pues ya se lo demostraré! Y dejará de considerar tan fríamente la parte psicológica de esta causa. Su Maria Ivanovna debería estar camino de Siberia. ¡Yo se lo demostraré! Si las presunciones le parecen poca cosa, yo tengo algo en qué fundarme… Y ello le probará cuán justas son mis deducciones. ¡Y lo demostraré!… Tan sólo necesito que me deje ir por el distrito…

—¿De qué habla usted?

—De la cerilla sueca…, ¿se olvida usted? ¡Pues yo no me he olvidado! Yo averiguaré quién la encendió en la habitación del asesinado. No fueron ni Nikolachka ni Psiekov, ya que la pesquisa demostró que no las llevaban, sino el tercero, es decir, Maria Ivanovna. ¡Y yo lo demostraré!… Déjeme tan sólo ir por el distrito y hacer algunas investigaciones…

—Está bien; siéntese… Empecemos el interrogatorio.

Diukovski se sentó ante una mesa pequeñita y metió su larga nariz entre los papeles.

—¡Que entre Nikolai Tetejov! —gritó el juez.

Introdujeron a Nikolachka. Estaba pálido, presa de terror y delgado como una astilla.

—Tetejov —empezó diciendo Chubikov—. En el año mil ochocientos setenta y nueve fue juzgado por el juez del primer distrito por delito de robo y condenado a prisión. En mil ochocientos ochenta y dos fue nuevamente condenado por la misma causa y le encerraron… Lo sabemos todo…

En la cara de Nikolachka se reflejó el asombro. Lo que le acababa de decir el juez le dejó petrificado. Poco a poco, la expresión de sorpresa que tenía marcada en el rostro se convirtió en otra de profundo dolor. Se echó a llorar y pidió permiso para ir a lavarse y tranquilizarse un poco. Se lo llevaron fuera.

—¡Que entre Psiekov!

Hicieron entrar a Psiekov. En estos últimos días el joven había sufrido un cambio notable. Estaba pálido y demacrado. En sus ojos se leía la apatía.

—Siéntese, Psiekov —le dijo el juez—. Espero que hoy se mostrará más razonable y no nos vendrá con mentiras como otras veces. Todos estos días negó usted su participación en el asesinato de Kliausov, a pesar de las numerosas pruebas que se acumularon contra usted. Esto es poco razonable y su confesión atenuaría la pena. Hoy me dirijo a usted por última vez, y si no se decide a confesar la verdad, mañana será tarde. Bien, le escucho…

—No sé nada… e ignoro cuáles son esas pruebas —murmuró Psiekov.

—Pues ¡muy mal hecho! Entonces, permítame que le cuente cómo sucedió todo. El sábado por la noche estaba usted con Kliausov en su dormitorio bebiendo vodka y cerveza.

Diukovski clavo la mirada en el rostro de Psiekov y no la apartó durante todo el monólogo.

—Nikolai les servía a ustedes… A la una de la madrugada, Mark Ivanovich manifestó su deseo de dormir, ya que siempre se acostaba a esa hora. Cuando estaba descalzándose y le daba órdenes referentes al manejo de la casa, usted y Nikolai, a una señal convenida y a la vez, agarraron a su amo

borracho y le echaron sobre la cama. Entonces entró una mujer vestida de negro, conocida de ustedes y con quien estaban también de acuerdo previamente acerca de su participación en el crimen. Ella cogió la almohada para ahogarle. Durante la lucha se apagó la vela y la mujer sacó de su bolsillo una caja de cerillas suecas y encendió con una la vela. ¿No es verdad? Por la expresión de su rostro veo que es cierto. Bien, continuemos… Después de haberle ahogado y de quedar convencidos de que ya no respiraba, usted y Nikolai le sacaron por la ventana y lo colocaron junto al arbusto de bardana. Temiendo que no estuviera perfectamente muerto, usted le dio un golpe con un instrumento cortante. Volvieron nuevamente a cogerle y le dejaron, durante un rato, debajo de las lilas. Después de descansar y de meditarlo bien, le sacaron a través de la valla y se dirigieron hacia la carretera…, y más lejos está la presa, donde se llevaron un gran susto al ver un *mujik*.

—Pero ¿qué le pasa?

Psiekov se levantó tambaleándose, blanco como un lienzo.

—¡Me ahogo! —dijo—. Bueno, bueno… está bien… Pero déjenme salir, por favor.

Sacaron a Psiekov.

—¡Por fin confesó! —exclamó Chubikov muy contento—. Se delató él mismo. ¡Lo cogí con habilidad! ¡Le avasallé!

—Y tampoco negó lo de la mujer vestida de negro —añadió, riéndose, Diukovski—. Pero, sin embargo, la cerilla sueca no me deja tranquilo. No puedo contenerme más. ¡Adiós! ¡Allá voy!

Diukovski se caló la gorra y se fue. Chubikov comenzó entonces el interrogatorio de Akulka, quien declaró no saber nada.

—¡Yo viví sólo con usted y nadie más! —dijo.

A las seis de la tarde regresó Diukovski muy agitado. Las manos le temblaban de tal forma que fue incapaz de desabrocharse el abrigo. Le ardían las mejillas. Era bien evidente que traía noticias nuevas.

—*Veni, vidi, vici* —exclamó entrando como una flecha en la habitación de Chubikov y desplomándose en un sillón—. Le juro por mi honor que empiezo a creer en mi genialidad. ¡Qué demonios! Escúcheme y sorpréndase. Causa risa y tristeza a la vez. Tenemos en nuestro poder a tres. ¿No es así? Pues bien, he encontrado al cuarto, o, mejor dicho, a la cuarta, porque también es una mujer. ¡Y qué mujer! ¡Por tocar sólo sus dedos sería capaz de dar diez años de mi vida! Escúcheme… Fui al pueblo Kliausovka y comencé por describir espirales a su alrededor. Por el camino entré en todas las tiendas, tabernas y bodegas preguntando por cerillas suecas. En todas partes me

dijeron que no las tenían. Lo fui recorriendo todo. Veinte veces perdí la esperanza y otras tantas la recuperaba. Todo el día estuve andando de un lado para otro, y sólo hace una hora que di con lo que buscaba. Está a tres *verstas* de aquí. Me despacharon un paquete de cerillas de diez cajas. Solo faltaba una… En seguida pregunté: ¿Quién la compró? «Fulana de Tal; son las que prefiere», me respondieron. ¡Nikolai Ermolaich, amigo mío, es inconcebible lo que puede hacer un hombre expulsado del Seminario y gran lector de Gaborio! Desde hoy empiezo a respetarme. Bueno, ¡vámonos!

—¿Adónde?

—Pues a casa de la cuarta… Tenemos que darnos prisa o si no… Voy a consumirme de impaciencia. ¿Sabe quién es ella? No lo adivinará: ¡La joven esposa de nuestro *stanovoy*, del respetable Evgrai Kuzmich! Si, Olga Petrovna…, ella es. Ella fue la que compró aquella caja de cerillas.

—Usted…, usted… se ha vuelto loco.

—Pero si todo está muy claro. En primer lugar, ella fuma. En segundo lugar, estaba locamente enamorada de Kliausov, y él la había rechazado por la vulgar Akulka. Y éste fue el resultado: la venganza. Ahora recuerdo que, en cierta ocasión, los vi en la cocina escondidos tras el biombo. Ella le juraba algo y él fumaba un pitillo echándole el humo a la cara. Bueno, vámonos… Ande…, dese prisa, que está anocheciendo… ¡Vámonos!

—Todavía no he perdido el juicio como para ir a molestar, por causa de un estúpido chiquillo, a una noble y honrada mujer.

—¡Una noble y honrada mujer!… ¡Después de esto, usted no es más que un trapo y no un juez inquisidor! ¡Nunca me atreví a regañarle, pero ahora me obliga usted a ello! ¡No es usted más que un trapo! ¡Bueno, querido Nikolai Ermolaich, se lo ruego!

El juez hizo un ademán de fastidio con la mano y escupió en el suelo.

—¡Se lo ruego! ¡Se lo ruego! No lo haga por mí, sino por el bien de la justicia. ¡Se lo suplico! Hágame un favor, al menos una vez en la vida.

Y Diukovski se puso de rodillas.

—Nikolai Ermolaich, ¡sea usted bueno! Si me equivoco podrá decir que soy un canalla y un sinvergüenza; pero piense en el sumario que estamos instruyendo. ¡Es una novela! Llegará a ser célebre en toda Rusia. Y a usted le ascenderán a un cargo importante. ¡Compréndalo, viejo insensato!

El juez frunció el entrecejo y, con ademán inseguro, alargó la mano hacia el sombrero.

—¡Que te lleve el demonio! ¡Vámonos!

Era ya de noche cuando se detuvo el faetón del Juez frente a la casa del *stanovoy*.

—¡Qué cochinos somos! —dijo Chubikov tirando de la campanilla—. Venimos a molestar a la gente.

—Nada, nada, no importa… No se azore…, diremos que se rompió un muelle del coche.

Una mujer alta y fuerte, de unos veintidós años de edad, los recibió en el umbral. Tenía las cejas negras como el azabache y los labios rojos y carnosos. Era la propia Olga Petrovna.

—¡Ah! ¡Qué bien! —exclamó, mostrando una franca sonrisa—. Llegan justo para la cena. Mi marido no está en casa. Ha ido a ver al *pope*… Pero no importa, nos pasaremos sin él. Siéntense, por favor. ¿Vienen de practicar investigaciones?

—Sí… Verá…, es que se nos rompió un muelle… —empezó diciendo Chubikov, mientras penetraba en el salón y se sentaba cómodamente.

—¡Sorpréndala en seguida! —murmuró Diukovski—. ¡Ande, sorpréndala!

—Los muelles… nosotros…, estamos aquí…

—¡Le digo que la sorprenda! Si empieza a andar con rodeos ella se pondrá en guardia.

—Está bien; hazlo, pues, tú, como consideres más oportuno y déjame en paz —y Chubikov se levantó acercándose a la ventana—. No puedo hacerlo. Tú eres quien armaste este lío, de modo que arréglatelas tú solito.

—Sí, los muelles… —empezó diciendo a su vez Diukovski, acercándose a la mujer del *stanovoy* y frunciendo sus largas narices—. No hemos venido para…, bueno…, para cenar ni para ver a Evgraf Kuzmich. Hemos venido para preguntar a la señora dónde está Mark Ivanovich, a quien usted mató.

—¿Qué? ¿Qué Mark Ivanovich? —balbució la mujer del *stanovoy*, poniéndose de repente como la grana—. Yo… no comprendo.

—¡Se lo pregunto en nombre de la Ley! ¿Dónde está Kliausov? Estamos enterados de todo.

—¿Quién se lo ha dicho? —preguntó con voz queda la mujer del *stanovoy*, incapaz de resistir la mirada de Diukovski.

—Haga el favor de decirnos dónde está.

—Pero ¿cómo se han enterado ustedes? ¿Quién se lo ha contado?

—Estamos enterados de todo. ¡Se lo exijo en nombre de la Ley!

El juez de instrucción, envalentonado por la turbación que se había apoderado de la mujer del *stanovoy*, se acercó a ella y le dijo:

—Díganos dónde está y nos marcharemos en seguida. Si no, tendremos que…

—¿Para qué lo necesitan ustedes?

—¿A qué vienen estas preguntas, señora? Le rogamos que nos diga dónde se encuentra. Está usted muy pálida y turbada… Sí, le han asesinado y, si quiere saber más aún, le diré que usted misma fue quien lo asesinó. Sus cómplices la delataron.

La mujer del *stanovoy* palideció.

—Síganme —dijo con voz queda, retorciéndose las manos—. Lo tengo escondido en la *baña*[146]. Pero, por amor de Dios, no se lo digan a mi marido. ¡Se lo suplico! No podría resistirlo.

Y descolgando de la pared una llave de grandes dimensiones, condujo a sus visitantes a través de la cocina y el recibimiento hasta llegar al patio. Reinaba la oscuridad y caía una lluvia menuda. Olga Petrovna iba delante. Chubikov y Diukovski la seguían pisando la hierba crecida y aspirando el olor de cáñamo salvaje y de la basura esparcida por el suelo. El patio era muy grande y pronto sintieron que sus pies pisaban tierra de labor. En la oscuridad se divisaban siluetas de árboles y, entre ellos, una casita con la chimenea achaparrada

—Esta es la *baña*. Pero les suplico que no se lo digan a nadie.

Al acercarse a la *baña*, Chubikov y Diukovski vieron un enorme candado en la cerradura de la puerta.

—Prepare la vela y las cerillas —murmuró el juez al oído de su ayudante.

La mujer abrió el candado e hizo pasar a sus invitados al interior.

Diukovski encendió una cerilla y alumbró la entrada. En el centro de la habitación había una mesa, sobre la cual habían colocado un *samovar*, una sopera de *schi* frío y un plato que tenía aún resto de salsa.

—Continuemos.

Entraron en la habitación contigua. Allí también había una mesa con una fuente enorme de jamón y una botella grande de vodka, platos, cuchillos y tenedores.

—¿Dónde está?… ¿Dónde está el cadáver? —preguntó el juez.

—Está en la litera de arriba —le respondió la mujer del *stanovoy*, que continuaba igual de pálida y temblorosa.

Diukovski cogió la vela y subió hasta la litera. Allí yacía un cuerpo humano de grandes dimensiones, descansando Inmóvil sobre un colchón de plumas y emitiendo un ligero ronquido.

—¡Qué demonios! ¡Nos están tomando el pelo! Éste no es él. Aquí duerme un idiota que está bien vivo. ¡Ea! ¿Quién es usted?

Del cuerpo salió un ligero suspiro, acompañado de un silbido, y se movió un poco. Diukovski le dio un codazo. El durmiente alzó las manos, se estiró cuan largo era y levantó la cabeza.

—¿Quién va? —preguntó con profunda y ronca voz de bajo—. ¿Qué quieres?

Diukovski acercó la vela a la cara del desconocido y prorrumpió en exclamaciones. La nariz, de un rojo violáceo; la cabellera, revuelta; los bigotes, negros como el azabache, uno de los cuales estaba retorcido y vuelto hacia arriba con un gesto de lo más impertinente. Por todo esto reconoció al corneta Kliausov.

—¿Es usted, Mark Ivanovich? ¡No, no puede ser!

—Sí, soy yo… ¿Usted es Diukovski? ¿Qué demonios busca aquí? ¿Y quién es ese tipo que está abajo? ¡Cielos, si es el juez de instrucción! Pero ¿a santo de qué?

Kliausov bajó rápidamente y abrazó a Chubikov. Olga Petrovna se escurrió por detrás de la puerta.

—¿Cómo llegaron hasta aquí? ¡Qué diablos, tomemos una copita de vodka! ¡Tralará…, la…, la! Bebamos. Pero, díganme, ¿quién les ha traído aquí? En fin, da igual. ¡Bebamos!

Kliausov encendió la lámpara y llenó tres vasitos de vodka.

—No te entiendo —dijo el juez—, ¿Eres tú o no eres?

—Basta ya… ¿Quieres sermonearme? No te molestes. Joven Diukovski, ¡bébete tu copa! *Amigos, pasemos esta noche*…[147]. ¿Qué miráis? ¡Andad, bebed!

—Continúo sin comprender —repitió el juez, bebiéndose maquinalmente el vodka—. ¿Por qué estás aquí?

—¿Por qué no he de estar si aquí me encuentro bien?

Kliausov vació la copa y comió una loncha de jamón.

—Como podéis ver, vivo en casa de la mujer del *stanovoy*, aislado como un duende… ¡Bebe! Verás, hermano, ella me dio lástima. Me apiadé y… aquí vivo, en esta *baña* abandonada, como un ermitaño… Como, duermo. La semana que viene pienso marcharme. Ya estoy empezando a cansarme.

—¡Es inconcebible! —exclamó Diukovski.

—¿Por qué es inconcebible?

—¡Inconcebible! ¡Por amor de Dios, dígame cómo fue a parar su bota al jardín!

—¿Qué bota?

—Encontramos una de sus botas en el dormitorio y la otra en el jardín.

—¿Y para qué quiere saberlo? No es cosa suya… ¡Pero beban, ya que me han despertado! La historia de la bota es lo más interesante. Yo no quería venir a casa de Olia[148], no me encontraba con ánimos… Ella, debajo de mi ventana, empezó a reñirme… ¡Ya sabes cómo suelen ser las mujeres! Y, como estaba borracho, cogí y le tiré la bota a la cabeza. ¡Ja, ja! ¡Toma, por reñirme! Entonces entró por la ventana, encendió la lámpara y empezó a darme la lata. Me propinó un par de estacazos, me trajo hasta aquí y me encerró. Me alimento… Agua, vodka y entremeses. Pero ¿adónde van? Chubikov, ¿adónde vas?

El Juez, sin contestarle, escupió en el suelo y salió de la *baña*. Diukovski le seguía cabizbajo. Los dos entraron en el faetón sin pronunciar una sola palabra. Nunca les había parecido tan largo y aburrido el camino como entonces. Ambos guardaban silencio. Chubikov fue temblando de rabia todo el camino, y en cuanto a Diukovski, escondió su rostro dentro del cuello del gabán, como si temiera que la oscuridad y la lluvia menuda no pudiesen ocultar su vergüenza.

Al llegar a casa del Juez encontraron al médico Tlutiuyev sentado junto a la mesa y suspirando profundamente, mientras hojeaba la revista *Neva*.

—¡Ay! ¡Qué cosas suceden en este mundo! —dijo, recibiendo al juez con una triste sonrisa—. ¡Austria comienza de nuevo! ¡Y Gladstone también!

Chubikov arrojó su sombrero debajo de la mesa, y temblando de rabia gritó:

—¡Esqueleto del demonio! ¡Déjame en paz! Ya te dije mil veces que no me dieras la lata con la política. ¡No estamos para políticas! Y a ti —añadió, dirigiéndose a Diukovski y amenazándole con el puño—. A ti… ¡No te lo perdonaré mientras viva!

—Pero… ¿no era la cerilla sueca? ¡Cómo podía yo suponer…!

—¡Lástima no te hubieras atragantado con tu cerilla sueca! ¡Vete y no me irrites, o no sé lo que sería capaz de hacer contigo!… ¡Y no vuelvas a pisar esta casa!

Diukovski suspiró, cogió el sombrero y se fue.

—Me voy a emborrachar —decidió. Y se marchó a la taberna.

La mujer del *stanovoy*, al volver a su casa, encontró a su marido en el salón.

—¿Por qué ha venido el juez?

—Vino para decir que ha encontrado a Kliausov. Sí, figúrate, le han encontrado en casa de una mujer casada.

—¡Ay Mark Ivanovich, Mark Ivanovich! —suspiró profundamente el *stanovoy*, alzando los ojos al cielo—. ¡Ya te decía yo que la corrupción no conduce a nada bueno! ¡Y ahí tienes! ¡No me hiciste caso!

EL ESPEJO TORCIDO

(CUENTO DE NAVIDAD)

ENTRÉ con mi esposa en el salón. Allí se sentía olor a moho y humedad, y, al alumbrar sus paredes, que durante un siglo habían permanecido a oscuras, millares de ratas y ratones huyeron a sus escondrijos. Sopló el viento y se movieron los papeles amontonados en los rincones. Cerramos la puerta.

La luz de la vela iluminó aquellos papeles y pudimos ver que se trataba de viejos manuscritos y antiguos grabados. De las paredes, enmohecidas por el transcurso del tiempo, colgaban los retratos de mis antepasados, quienes miraban, entre severos y altaneros, como diciéndome: «¡Te merecerías una buena paliza, pillastre!».

Nuestros pasos resonaban por toda la casa, y el eco, aquel mismo eco que contestara a mis antepasados, repetía mi tos…

El viento gemía quejumbroso. Se diría que alguien, dentro del tubo de la chimenea, lloraba con sollozos de desesperación. Gruesas gotas de lluvia golpeaban los empañados y oscuros cristales, infundiendo con su rumor tristeza y angustia.

—¡Antepasados! —exclamé, suspirando enfáticamente—. Si yo fuera escritor, el contemplar estos retratos me inspiraría una larga novela, porque cada uno de estos ancianos fue un día joven, y todos, ellos y ellas, tuvieron su historia de amor, ¡y qué historia! Mira, por ejemplo, a esta viejecita. Fue mi tatarabuela. Pues bien, esta mujer tan fea, casi horrible, también tiene su historia, y, por cierto, no exenta de interés. ¿Ves aquel espejo? ¿Aquel que está en el rincón?

Señalé a mi mujer un espejo de grandes dimensiones, con marco de bronce negro, situado en una esquina, junto al retrato de mi tatarabuela.

—Este espejo tiene poder mágico. Causó la perdición de mi tatarabuela. Por él pagó una suma fabulosa y nunca quiso desprenderse de su compañía mientras vivió. Se pasaba el día y la noche contemplándose, e incluso comía con él. Al acostarse se lo llevaba consigo a la cama, y al morir rogó la

enterrasen también con él. No pudieron, sin embargo, cumplir su deseo, porque el espejo no cabía en el ataúd.

—¿Era coqueta? —preguntó mi mujer.

—Es de suponer. Pero, de todos modos, tenía otros espejos. ¿Por qué se encaprichó precisamente de este espejo y no de otro cualquiera? ¿Acaso no tenía otro más bonito? No, querida; aquí se oculta algún terrible misterio. No puede ser de otra manera. Dice la leyenda que el espejo estaba endemoniado y que mi tatarabuela tenía tratos con el demonio. Desde luego que todo eso son tonterías, pero, indiscutiblemente, el espejo del marco de bronce negro tiene un poder misterioso.

Le quité el polvo, y mirándome en él me eché a reír. Un eco sordo contestó a mi carcajada.

El espejo estaba torcido, y por eso mi cara aparecía torcida en todas direcciones; mi nariz se torció hacia la mejilla izquierda; mi barbilla, no menos torcida, resultaba dividida en dos.

—¡Qué gusto tan raro el de mi tatarabuela! —exclamé.

Mi mujer se acercó también al espejo, con aire poco seguro. Se miró en él. Y entonces ocurrió la catástrofe. Se quedó lívida. Empezó a temblar de pies a cabeza, mientras prorrumpía en exclamaciones. La palmatoria resbaló de su mano y la vela se apagó. Quedamos en tinieblas, y entonces oí como si algo pesado cayese al suelo; era mi mujer, desvanecida.

El viento aullaba aún más lastimeramente. Las ratas corrían por la habitación y los ratones empezaron otra vez su infernal ajetreo entre los papeles. Los pelos se me erizaron, y mi espanto llegó al paroxismo cuando el viento arrancó la persiana de una ventana, que se derrumbó con estrépito. Al instante la luna se asomó por la ventana…

Cogí a mi mujer en brazos y la saqué de la habitación de los antepasados. Hasta el día siguiente por la noche no volvió en sí.

—¡El espejo! ¡Que me den el espejo! —fue lo primero que dijo al despertar—. ¿Dónde está el espejo?

Durante toda una semana estuvo sin comer ni dormir, pidiendo a cada momento que le dieran el espejo, y llorando, arrancándose los pelos de la cabeza, andaba por la habitación como una loca, hasta que por fin el médico declaró que podía morir de agotamiento y que su estado era muy grave. Venciendo mis temores, bajé a la habitación de los antepasados y le traje el espejo de mi tatarabuela.

Apenas lo vio prorrumpió en una risa de felicidad; después lo cogió, lo besó y quedó contemplándolo.

Así han pasado diez años y ella continúa sin apartarse de su lado ni por un segundo.

—¿Es posible que sea yo? —murmura, mientras su cara, sonrosada por la emoción, expresa felicidad y entusiasmo—. Sí, soy yo. Todos mienten. ¡Tan sólo este espejo dice la verdad! ¡Miente mi marido y mienten las amistades! ¡Oh! Si antes me hubiera visto y hubiera sabido cómo soy en realidad, no me habría casado con un hombre como él. ¡No es digno de mí! Tendría postrados a mis pies los hombres más hermosos, los más nobles…

Pero un día en que me hallaba detrás de mi mujer sorprendí casualmente el terrible secreto al mirar en el espejo.

Allí vi la imagen de una mujer de belleza deslumbrante, como nunca jamás vi otra en mi vida. Era un milagro de hermosura, de gracia, de armonía y de amor. ¿Cómo era esto posible? ¿Qué había sucedido? ¿Por qué mi mujer, que era fea y torpe, parecía tan guapa en el espejo? ¿Por qué? Porque el espejo torció los rasgos de mi mujer en todas direcciones, y de esta descomposición de sus rasgos resultó, por casualidad, un rostro hermosísimo.

Ahora estamos mi mujer y yo sentados juntos ante el espejo, y no apartamos de él la mirada ni por un instante. Mi nariz se tuerce hacia mi mejilla izquierda; mi barbilla está torcida y dividida, pero la cara de mi mujer es encantadora. Una pasión loca e impetuosa se apodera de mí.

Prorrumpo en una carcajada salvaje, y mi mujer murmura en voz baja:

—¡Qué hermosa soy!

LA ÚLTIMA MOHICANA

EN una espléndida mañana de primavera, el terrateniente Dokukin, capitán de caballería retirado, y yo, en cuya casa me encontraba de huésped, sentados en cómodos sillones de abuelo, mirábamos perezosamente por la ventana. Nos aburríamos terriblemente.

—¡Qué asco! —mascullaba Dokukin—. ¡Está uno tan aburrido, que vería venir con gusto aunque fuera a un inspector de Policía!

«¿Y si me tumbara a dormir?», pensaba yo.

La idea del aburrimiento nos tuvo pensativos durante largo, muy largo rato, hasta que de pronto, a través de los cristales de las ventanas (con reflejos de arco iris por no haber sido lavados en mucho tiempo), pudimos observar que en el torbellino de nuestro universo se verificaba un pequeño cambio. El gallo, subido junto al portalón, sobre un montón de hojas secas del año anterior, y ocupado en levantar tan pronto una pata como la otra (su deseo era levantar las dos), se encrespó de repente y, como si algo le hubiera picado, salió del portalón.

—Alguien llega a pie o en coche —sonrió Dokukin—. ¡El que sea, sea bien venido! ¡Nos traerá un poco de distracción!…

El gallo no nos había engañado. Por el portalón apareció en primer lugar la cabeza de un caballo; luego, el caballo entero, y, por último, un oscuro y pesado carruaje provisto de grandes y feas aletas, muy semejantes a las alas del escarabajo en el momento de levantar el vuelo. El carruaje entró en el patio, torció hacia la derecha y entre chirridos y traqueteos avanzó en dirección a la cochera. En él se hallaban sentadas dos figuras humanas: una femenina y otra, más pequeña, masculina.

—¡Diablos! —masculló Dokukin, mirándome con ojos asustadas y rascándose la sien—. «Al que no quiere caldo, taza y media…». ¡Por algo he soñado esta noche con la estufa!…

—¿Cómo dices?… ¿Quiénes son los que llegan?

—Mi hermanita y su marido… ¡Vienen en hora mala!…

Dokukin se levantó y, nervioso, dio unos cuantos pasos por la habitación.

—¡Hasta el corazón se me queda frío! —gruñó—. ¡Ya sé que es un pecado no abrigar sentimientos fraternales hacia una hermana…, pero, créeme, prefiero encontrarme antes en un bosque con un capitán de bandidos que tener que habérmelas con ella!… ¿Y si nos escondiéramos?… Timoschka puede decirles cualquier mentira… Que nos hemos marchado a alguna junta…

Y Dokukin llamó con voz fuerte a Timoschka. Ya era tarde, sin embargo, para mentir y para esconderse. Un minuto después, en el vestíbulo se oía un cuchicheo. Una voz femenina, de bajo, hablaba en un murmullo con otra masculina, de tenor.

—¡Arréglame el último volante de la falda! —decía el bajo femenino—. ¡Otra vez te has puesto los pantalones que no tenías que ponerte!…

—¡Los pantalones azules se los dio usted al tiíto Vasilii Antipich…, y los de mezclilla me mandó usted que los guardara hasta el invierno! —se disculpaba el pequeño tenor—. ¿Tengo que llevarle el chal o manda usted que lo deje aquí?

Al fin se abrió la puerta, y en la estancia entró una dama alta, más bien gruesa, fofa y vestida de azul claro. Su rostro pecoso, de rojas mejillas, llevaba impresa tal expresión de embotada importancia, que yo comprendí en el acto por qué Dokukin la quería tan poco. Tras la dama gruesa, y dando menudos pasitos, entró un hombrecito pequeño y delgado, vestido con una levita con dibujos de colores, anchos pantalones y chaleco de terciopelo. Era estrecho de hombros, estaba afeitado y tenía una diminuta y roja nariz. Sobre su chaleco colgaba una cadena de oro muy parecida a la de la lamparita que ardía ante la imagen. Su indumentaria, sus movimientos, su porte, todo su cuerpo, mal configurado, dejaban traslucir un algo humildemente esclavizado y rebajado… La señora entró, y como si no hubiera reparado en nuestra presencia, se dirigió a los iconos y se santiguó.

—¡Santíguate! —dijo a su marido.

El hombrecito de la pequeña y roja nariz se estremeció y empezó también a santiguarse.

—Buenos días, hermana —dijo Dokukin con un suspiro, dirigiéndose a la dama cuando ésta terminó de rezar.

La dama sonrió con mesura y tendió sus labios hacia los de Dokukin.

El hombrecito quiso también darle un beso.

—Permítame que haga las presentaciones. Mi hermana, Olimpiada Egorovna Jlikina… Su marido, Dosifei Andreich… ¡Un buen amigo mío!…

—¡Encantada!… —dijo, alargando las sílabas, Olimpiada Ejgorovna y sin ofrecer la mano—. ¡Encantada!…

Nos sentamos y permanecimos un minuto callados.

—Seguramente no esperabais estos huéspedes —dijo Olimpiada Egorovna dirigiéndose a Dokukin—. Tampoco yo pensaba venir a visitarte, hermanito; pero como tenía que ir a ver al mariscal de la nobleza…, de paso…

—¿Y para qué vas a verle?… —preguntó Dokukin.

—¿Cómo que para qué?… ¡Para presentar una queja contra éste!… —y la dama indicó con la cabeza a su marido.

Dosifei Andreich bajó la vista, metió los pies debajo de la silla y tosió azorado, tapándose la boca con la mano.

—¿Y de qué vas a quejarte de él?

Olimpiada Egorovna suspiró.

—¡Se olvida de su rango! —dijo—. ¡Ya otras veces me he lamentado de ello contigo y con tus padres!… ¡También le he llevado al padre Gregorio para que le amonestara, y yo misma he empleado con él toda clase de procedimientos…! ¡Pero ninguno tuvo éxito! ¡forzosamente me veo obligada a molestar al mariscal de la nobleza!

—Pero ¿qué es lo que ha hecho?

— ¡Hacer, no hizo nada, pero no tiene conciencia de su rango!… Beber…, eso sí, no bebe… Es un hombre tranquilo y respetuoso… ¿Pero de qué le sirve nada de esto, si después no se acuerda de cuál es su rango?… ¡Mírale ahí…, todo encogido…, como un solicitante cualquiera! ¿Acaso los nobles se sientan así?… ¡Siéntate como es debido!… ¿Oyes?…

Dosifei Andreich estiró el cuello, levantó la barbilla, sin duda, disponiéndose a sentarse como era debido, miró asustado y de soslayo a su mujer, de la misma manera que miran los niños cuando se sienten culpables.

Dándome cuenta de que la conversación adquiría un giro íntimo y familiar, me levanté para marcharme. Jlikina reparó en mi movimiento.

—No importa, quédese —dijo, deteniéndome—. A los jóvenes les conviene escuchar. Aunque no seamos sabios, hemos vivido mucho… ¡Que Dios conceda a todos vivir lo que hemos vivido nosotros!… De paso, hermanito, comeremos contigo —dijó Jlikina volviéndose hacia su hermano —. ¡Me figuro que tendréis comida a base de carne!… ¡Con seguridad no te has acordado de que hoy es miércoles! —suspiró—. Para nosotros tendrás que disponer que preparen comida de vigilia. De carne, lo quieras o no, hermanito, no comeremos.

Dokukin hizo venir a Timoschka y la encargó hiciera comida de vigilia.

—Comeremos y nos iremos después a ver al mariscal de la nobleza —prosiguió Jlikina—. Le suplicaré que preste atención al asunto… Es cosa suya cuidar de que los nobles guarden el debido comportamiento…

—¿Pero es que el comportamiento de Dosifei no es bueno? —preguntó Dokukin.

—¡Parece enteramente que es la primera vez que lo ves! —dijo Jlikina frunciendo el entrecejo—. ¡A decir verdad, a ti también te da todo lo mismo!… ¡Tú tampoco te acuerdas demasiado de tu rango!… Pero preguntemos a este joven… ¡Joven! —se dirigió a mí— ¿Es correcto, según su parecer, que un noble haga amistad con cualquier pelagatos?…

—Depende de quién sea éste… —contesté con cierta vacilación.

—¿Por ejemplo, con el comerciante Gusdev?… ¡Yo a ese Gusdev no le hubiera permitido jamás atravesar el umbral de la puerta, mientras que él, en cambio, juega con él a las damas y va a comer a su casa!… ¿Está acaso conforme con las conveniencias el ir de caza con el escribano?… ¿De qué se puede hablar con un escribano?… ¡Un escribano…, no diré conversar… ni siquiera debería atreverse a abrir la boca delante de él… si le interesa a usted saberlo, señor mío!…

—Soy débil de carácter… —murmuró Dosifei Andrelch.

—¡Ya te haré yo ver cómo es tu carácter! —le amenazó su mujer golpeando enfadada con la sortija sobre el respaldo de la silla—. ¡No te consentiré que pongas en ridículo tu apellido!… ¡Aunque seas mi marido, te avergonzaré!… ¡Has de comprender que yo soy la que te saqué adelante!… ¡La casta de los Jlikin, señor mío, no vale un comino…, y si yo, nacida Dokukina, me casé con él, tiene que saber apreciarlo y darse cuenta de lo que ello significa!… ¡Mi marido…, si quiere usted saberlo, señor mío, me sale bastante caro!… ¡Lo que me costó colocarle!… ¡Pregúntele a él!… ¡Si le interesa saberlo, le diré que sólo por el examen de primer grado tuve que pagar trescientos rublos!… ¿Y por qué hago todo esto?… ¿Crees, bobo, que es por ti?… ¡Pues no lo creas!… ¡Es el apellido de nuestro linaje lo que me es querido!… ¡Si no fuera por ese apellido, hace mucho que estarías pudriéndote en la cocina, si quieres saberlo!…

El pobre Dosifei Andreich escuchaba y guardaba silencio, limitándose a acurrucarse en su asiento; no sé si por miedo o por vergüenza. Durante la comida tampoco le dejó en paz su severa cónyuge. No apartaba de él los ojos observando cada uno de sus movimientos.

—¡Échate sal en la sopa! ¡No coges bien la cuchara! ¡Separa de ti la ensaladera que vas a tropezarla con la manga! ¡No parpadees!

Él engullía de prisa; se encogía bajo su mirada como un conejo bajo la de la serpiente. Como su mujer, comía de vigilia, pero a cada momento miraba con ansia nuestras *kotleti*[149].

—¡Reza! —le dijo su mujer cuando hubo acabado de comer—. ¡Da gracias al hermanito!

Después de la comida se retiró al dormitorio para descansar. Cuando se marchó, Dokukin, tirándose del pelo, empezó a recorrer a zancadas la habitación.

—¡Vaya hombre infeliz que eres, hermanito! —dijo a Dosifei, respirando trabajosamente—. ¡Sólo llevo una hora sentado con ella y estoy agotado!… ¡Y pensar que tú la soportas días y noches!… ¡Ah!… ¡Eres un mártir! ¡Un infeliz mártir! ¡Un niño de Belén de los degollados por Herodes!

Los ojuelos de Dosifei parpadearon.

—Es severa, en efecto… —dijo—; pero tengo que pedir a Dios por ella día y noche, ya que por su parte sólo recibo beneficios y cariño…

—¡Hombre perdido!… —dijo Dokukin con un ademán de desesperación—. ¡Y pensar que en su tiempo pronunciaba discursos!… ¡Que inventó una máquina para sembrar!… ¡La bruja acabó con él!… ¡Ah!…

—¡Dosifei! —se oyó decir a la voz de bajo femenina—. ¿Dónde estás?… ¡Ven a espantarme las moscas!…

Dosifei Andreich se estremeció, y de puntillas se dirigió al dormitorio.

—¡Qué asco! —escupió a su espalda Dokukin.

EL JUEZ PESQUISIDOR

EN un hermoso día de primavera, el médico de la región y el juez pesquisidor se dirigían en coche a un lugar en donde debía practicarse una autopsia. El juez pesquisidor, hombre de unos treinta y cinco años, miraba pensativo a los caballos, y decía:

—La Naturaleza encierra muchas cosas enigmáticas y oscuras, pero también en la vida cotidiana, doctor, tropieza uno frecuentemente con fenómenos que no tienen explicación. Yo, por mi parte, he visto unas cuantas muertes misteriosas y extrañas, cuya causa sólo se explicarían los espiritistas y los exaltados, pero ante las cuales un hombre con la cabeza fría únicamente podría hacer un ademán de perplejidad… Conocí, por ejemplo, a una dama muy inteligente que después de haberse vaticinado la muerte murió sin causa visible en el día por ella predicho. Dijo que se moriría en determinado día, y en ese día se murió.

—No hay efecto sin causa —dijo el doctor—. Si se produce la muerte es porque ha habido una causa para ella. En cuanto a los vaticinios…, no son ningún caso raro… Todas nuestras damas y campesinas poseen el don de la predicción y del presentimiento.

—Cierto…, aunque la dama a que me refiero era algo aparte… Su predicción de la muerte no tenía ninguna semejanza con las predicciones de las damas y de las campesinas. Era una mujer joven, de mente despejada y desprovista por completo de prejuicios. Tenía unos ojos inteligentes, límpidos y honrados; un rostro franco y juicioso y esa sutil sonrisita, típicamente rusa, en los labios y en la mirada. De las damas y las campesinas…, si quiere usted algo…, tenía la belleza… ¡Esbelta!… ¡Graciosa… como aquel álamo!… ¡Con una cabellera espléndida!… Para que pueda comprenderla bien, le diré que era la persona más llena de alegría, de inconsciencia y de esa ligereza inteligente y buena que solamente suelen tener las personas meditativas, sencillas y alegres. ¿Cómo podía tratarse aquí de exaltación, espiritismo o cosa parecida?… ¡Ella se reía de todo eso!…

El coche del doctor se detuvo ante un pozo. El juez pesquisidor y el doctor bebieron agua, se desperezaron y permanecieron esperando, mientras el cochero daba de beber a los caballos.

—Bien… ¿Y por qué se murió entonces aquella dama? —preguntó el doctor cuando el coche rodaba otra vez por el camino.

—Murió de una manera extraña… Figúrese que un buen día el marido entra en la habitación de su mujer y le dice que no estaría mal eso de vender por la primavera el viejo coche y comprar en su lugar algo más moderno y ligero…, y que tampoco estaría mal sustituir al caballo de la izquierda y colocar en el centro a *Bobchinski* (el marido tenía un caballo que se llamaba así).

La mujer le escucha y le dice:

—Haz lo que te parezca mejor. A mí ahora me da igual. Cuando llegue el verano ya estaré en el cementerio.

El marido, claro…, se encoge de hombros y se sonríe.

—Te repito que no estoy bromeando en absoluto —dice ella—. Te declaro del modo más serio que pronto me moriré.

—Y ese pronto, ¿cuándo será?

—Después de mi alumbramiento. Daré a luz y me moriré.

El marido no concedió ninguna importancia a aquellas palabras. No creía en ninguna clase de presentimientos y sabía además que a las mujeres, cuando están en estado interesante, les gusta ponerse caprichosas, y, en general, entregarse a las ideas más sombrías… Pasa un día más y la mujer le dice otra vez que se morirá en seguida de dar a luz, y así sigue diciéndoselo día por día, cosa que a él le hace reír y le obliga a llamarla baba, bruja y visionaria…

El pensamiento de aquella próxima muerte llegó a ser una *idee fixe* en la mujer, cuando el marido no le prestaba oído, se iba a la cocina y hablaba allí con el aya y la cocinera:

—Ya no me queda mucho tiempo de vida, ayita… En cuanto dé a luz, me moriré. ¡No hubiera querido morir tan tempranamente…, pero así es mi destino!…

El aya y la cocinera, como es natural, se echaban a llorar. A veces ocurría que cuando venía a verle la mujer de algún terrateniente o la del *pope*, ella desahogaba su alma con ellas, hablando siempre sobre lo mismo: sobre su próxima muerte. Se expresaba seriamente, con una sonrisa desagradable, y hasta con expresión maligna en el rostro, sin admitir contradicción. Solía cuidarse mucho, se vestía con mucha elegancia, pero ante la perspectiva de su

cercana muerte todo lo había abandonado y se había vuelto desaliñada. Ya no leía, ni reía, ni soñaba en voz alta.

Por si esto fuera poco, se fue una vez con su tía al cementerio, eligió allí el sitio para su pequeña tumba, y unos cinco días antes de dar a luz hizo testamento.

¡No olvide usted que todo esto lo hacía en la plenitud de su salud, sin el más leve asomo de enfermedad o de amenaza de un peligro cualquiera! El alumbramiento en sí mismo es una cosa seria, a veces mortal; pero ésta a que me refiero era una persona perfectamente normal y no había, por tanto, absolutamente nada que temer. A fin de cuentas, toda aquella historia aburrió a su mando. Un día, mientras comían, se enfadó y preguntó:

—Oye, Natascha… ¿Cuándo piensas poner fin a todas esas tonterías?

—No son tonterías. Hablo en serio.

—¡Majaderías!… Yo te aconsejaría que te dejaras de esas bobadas para no tener que avergonzarte después.

He aquí, sin embargo, que llegó el momento del alumbramiento. El marido trajo de la ciudad la mejor comadrona. Era la primera vez que la mujer daba a luz, pero el asunto transcurrió del mejor modo posible. Cuando todo hubo terminado, la recién parida expresó el deseo de echar una mirada a la criatura. La miró, y dijo:

—Bien… Ya puede uno morirse.

Se despidió de todos, cerró los ojos, y al cabo de media hora entregó su alma a Dios. Hasta el último momento conservó plena lucidez. Al menos, cuando en vez de darle a beber agua le dieron leche, se la oyó murmurar lentamente:

—¿Por qué me dais leche en vez de agua?

Y así fue la historia. Como lo predijo, se murió.

El juez pesquisidor guardó silencio, suspiró y dijo:

—¿Y cómo explica usted que se muriera?

Le doy mi palabra de honor de que no se trata de ninguna invención, sino de un hecho.

El médico, pensativo, miró al cielo.

—Había que haber hecho la autopsia —dijo.

—¿Para qué?

—Para saber la causa de la muerte. No se moriría por el propio presagio. Seguramente se envenenaría.

El juez pesquisidor volvió el rostro rápidamente hacia el doctor, y preguntó:

—¿De qué puede usted deducir que se envenenase?

—No lo deduzco. Hago una suposición. ¿Vivía en buena armonía con su marido?

—¡Hum!… No del todo… La mala inteligencia entre ellos empezó poco después de la boda. ¡Se daba allí una desdichada coincidencia de circunstancias!… La difunta, en una ocasión, sorprendió a su marido con una dama… Hay que decir que se lo perdonó pronto.

—¿Y qué fue anterior…, el engaño del marido o la aparición de la idea de la muerte?

El juez pesquisidor miró fijamente al doctor como deseando adivinar por qué le hacía semejante pregunta.

—Permítame… —contestó, aunque no en seguida—. Déjeme recordar… —el juez pesquisidor se quitó el sombrero y se frotó la frente—. Sí, sí… Empezó a hablar de la muerte muy poco después de aquel hecho… Sí, sí…

—¡Ve usted!… Seguramente entonces fue cuando decidió envenenarse, pero como sin duda no quería matar con ella a la criatura, aplazó su suicidio hasta el alumbramiento.

—No sé, no sé… ¡Eso es imposible!… ¡Ella le había perdonado en su día!…

—¡Muy pronto perdonó!… Lo que quiere decir que ya cavilaba algo malo. Las jóvenes esposas no perdonan tan de prisa.

El juez pesquisidor sonrió con sonrisa forzada, y para ocultar su excitación, demasiado visible, empezó a fumarse un cigarrillo.

—No sé, no sé… —prosiguió—. No se me ha pasado nunca por la cabeza la idea de semejante posibilidad, y, además, ¡él no era tan culpable!… ¡El engaño fue una cosa tonta!… ¡No quería él mismo!… Una noche volvió a casa un poco alegre…, y cuando se está cariñoso y la mujer… El caso es que se encontró con una dama… (¡que el diablo se la lleve!) que venía a pasar allí tres días… ¡Una mujer necia, vacía, fea!… ¡Eso no puede calificarse de engaño!… La propia mujer consideró el asunto de la misma manera y perdonó pronto… Más tarde no volvió ni a hablarse de ello.

—Nadie muere sin causa —dijo el doctor.

—¡Claro que sí!…, pero, no obstante, no puedo admitir que se envenenara. Es raro, sin embargo, que hasta ahora no se me haya pasado por la cabeza la posibilidad de semejante muerte… Nadie pensó en ello tampoco. El hecho de que se realizaran aquellas predicciones causó un asombro general, pero la idea de una posibilidad así estaba muy lejos de todas… ¡No! ¡No es posible que se envenenara! ¡No!…

El juez pesquisidor quedó meditabundo. El pensamiento de aquella mujer muerta en circunstancias tan singulares no se apartó de él durante la autopsia. Mientras anotaba lo que le dictaba el doctor, fruncía sombríamente las cejas y se frotaba la frente.

—¿Existen acaso venenos que puedan producir la muerte en un cuarto de hora, paulatinamente y sin causar dolor? —preguntó al médico, mientras éste hacía la autopsia del cráneo.

—Sí, existen. La morfina, por ejemplo.

—¡Hum!… ¡Es raro!… Recuerdo que ella tenía en casa algo de ese género… ¡No es posible!…

Durante el camino de regreso, el juez pesquisidor parecía cansado, se mordía nervioso el bigote y hablaba sin gana.

—¡Vamos a andar un poco! —rogó al doctor—. ¡Estoy harto de permanecer sentado!

Apenas habían dado cien pasos y ya el juez pesquisidor, a juicio del doctor, estaba tan agotado como si hubiera subido a una alta montaña. Deteniéndose de pronto y mirando al doctor con ojos extraños, como ebrios, dijo:

—¡Dios mío!… ¡Si su conjetura fuera justa…, sería cruel…, inhumano!… ¡Envenenarse para castigar de esta manera al otro!… ¿Tan grande era el pecado?… ¡Oh Dios mío!… ¡Para qué me habrá usted obsequiado con esa maldita idea!…

Y el juez pesquisidor, desesperado y llevándose las manos a la cabeza, prosiguió:

—¡Todo cuanto le he contado se refería a mí y a mi mujer!… ¡Oh Dios mío!… ¡Bueno, sí…, soy culpable…, la ofendí!… ¿Pero es posible que sea más fácil morir que perdonar?… ¡He ahí una verdadera lógica de mujer!… ¡Lógica cruel y despiadada!… ¡Ahora recuerdo!… ¡Sí! ¡Ella siempre fue cruel! ¡Ahora lo veo todo claro!…

El juez pesquisidor continuaba hablando, y mientras hablaba tan pronto se encogía de hombros como se llevaba las manos a la cabeza; tan pronto se sentaba en el carruaje como echaba a andar. La nueva Idea comunicada por el doctor parecía haberle aturdido y envenenado. Presa de desconcierto, debilitado de cuerpo y alma, cuando estuvieron de vuelta en la ciudad rehusó ir a comer con el doctor, a pesar de que la víspera le había dado su palabra de hacerlo así.

BELDADES

I

RECUERDO que, siendo yo colegial de quinto o sexto año, me dirigía con el abuelo desde el pueblo de Bolschoi-Krepkoi, de la región del Don, hasta la ciudad de Rostov, sobre el Don.

Era aquél un día de agosto, caluroso, fastidioso y aburrido. El calor y el viento seco y caliente que levantaba ante nosotros nubes de polvo, pegándonos los ojos, secaba nuestra garganta y nos quitaba toda gana de hablar, de mirar y de pensar, hasta el punto de que, cuando el adormilado Karpo, el cochero ucraniano, al levantar el látigo me pegaba en la gorra, yo no protestaba ni dejaba escapar un sonido arrancado a mi somnolencia y, tristemente sumiso, miraba la lejanía tratando de divisar algún poblado entre la polvareda.

Para dar de comer a los caballos, nos detuvimos en Bajchi-Salaj, gran aldea ucraniana, y en casa de un rico armenio conocido de mi abuelo. En mi vida había visto nada más caricaturesco que este armenio, imagínense una pequeña cabeza de cabello rapado, espesas y colgantes cejas, nariz de pájaro, largos bigotes canosos y ancha boca, de la que salía una larga pipa. Esta cabeza, mal configurada, estaba adherida a un cuerpo escuálido y giboso, vestido con estrafalaria indumentaria: chaqueta corta y roja y amplísimos pantalones de color azul cielo. Semejante figura andaba despatarrada, arrastrando los zapatos; hablaba sin quitarse la pipa de la boca y tenía en su porte toda la dignidad armenia: no sonreía, ponía ojos saltones y se esforzaba en prestar el mínimo de atención a sus invitados.

No había viento ni polvo en los aposentos del armenio, lo cual no impedía que éstos fueran igualmente desagradables, sofocantes y aburridos que la estepa y el camino. Recuerdo que, cubierto de polvo, martirizado por el calor, estaba yo sentado en un rincón sobre un baúl de color verde. Las paredes eran de madera, desprovistas de pintura; los muebles y los suelos exhalaban un

olor a madera reseca, requemada por el sol. Por cualquier parte que uno mirara había moscas, moscas y más moscas…

El abuelo y el armenio hablaban a media voz de cereales y de ovejas. Ya sabía que la preparación del *samovar* duraría una hora, que el abuelo no tardaría menos de otra en beberse el té, y que luego se echaría a dormir durante dos o tres; que la cuarta parte del día habría de consumirla en la espera y que después volvería de nuevo el calor, el polvo y el traqueteo del camino. Escuchando el mascullar de dos voces, comenzaba a parecerme que el armenio, el armario de la vajilla, las moscas, las ventanas por las que penetraba el ardiente sol…, todo ello era algo que llevaba viendo hacía mucho tiempo y que sólo en un futuro muy lejano dejaría de ver, mientras un odio a la estepa, al sol y a las moscas se apoderaba de mí…

Una mozuela tocada con un pañuelo entró trayendo primero una bandeja cargada de cacharros de loza; después, el *samovar*. El armenio, sin apresurarse, salió al zaguán y gritó:

—¡Maschia! ¡Ven a servir el té!… ¿Dónde estás…, Maschia?

Se oyeron pasos rápidos, y en la estancia entró una joven de aproximadamente dieciséis años llevando un sencillo vestido de percal y un pañuelito blanco a la cabeza. Como mientras fregaba la loza y después sirviendo el té me daba la espalda, sólo pude observar que su talle era fino, que estaba descalza y que unos pantalones que llegaban hasta el suelo cubrían sus talones desnudos y pequeños.

El amo me invitó a que viniera a tomar el té. Al sentarme a la mesa dirigí una mirada al rostro de la joven, que llenaba mi vaso, y de repente sentí como si un vientecillo corriera por mi alma borrando de un soplo todas las impresiones del día, su aburrimiento y su polvo. Había visto las encantadoras facciones de uno de los más maravillosos rostros contemplados jamás por mí en la realidad o en sueños. Ante mí estaba una beldad; lo aprecié a la primera mirada, como se aprecia la luz del relámpago.

Me siento dispuesto a jurar que Mascha o Maschia, como la llamaba su padre, era una verdadera belleza, pero no sabría demostrarlo. Sucede a veces que las nubes se agolpan desordenadamente en el horizonte y que el sol, escondiéndose tras ellas, las tiñe, así como al cielo, de todos los colores imaginables: carmesí, naranja, oro, malva, rosa sucio… Una de las nubecitas parece un monte, otra, un pez; la tercera, un turco tocado con un turbante… El fuego envuelve la tercera parte del cielo, brilla sobre la cruz de la iglesia y los cristales de la casa señorial; se refleja en el río, en los charcos, y palpita sobre los árboles… Lejos, muy lejos, sobre el fondo del crepúsculo vespertino y con

rumbo a pernoctar en alguna parte, pasa volando una bandada de patos… El pastorcito que cuida las vacas, el agrimensor en su carricoche, los señores durante su paseo…, todos contemplan la puesta de sol, y desde el primero hasta el último, la encuentran sumamente hermosa, pero ninguno de ellos sabe decir en qué consiste su belleza.

No era yo solo el que encontraba hermosa a la pequeña armenia; mi abuelo, viejo de ochenta años, robusto e indiferente para con las mujeres y las bellezas de la Naturaleza, pasó un minuto entero mirando afectuosamente a Mascha, y preguntó:

—¿Es su hija, Avet Nasarich?

—Mi hija, sí… Es mi hija —contestó el amo de la casa.

—¡Linda señorita! —elogió el abuelo.

Un pintor hubiera calificado la belleza de la pequeña armenia de clásica y severa. Era esta belleza la clase de belleza que nos confiere la plena seguridad de que a nuestra contemplación se ofrecen rasgos absolutamente perfectos; de que el cabello, los ojos, la nariz, la boca, el pecho y todos los movimientos del joven cuerpo se funden en un acorde armonioso en el que la Naturaleza no ha cometido ni el más minúsculo error… Sin saber por qué, imagina uno que la mujer idealmente hermosa ha de tener una nariz como la de Mascha: recta, con un ligero caballete; como ella, grandes ojos oscuros, largas pestañas, mirada lánguida, cabello negro y rizado y cejas sombreando bellamente el tierno y blanco colorido de la frente y las mejillas, como los juncos el río en calma. El blanco cuello de Mascha y su joven pecho están poco desarrollados, pero se le figura a uno que para esculpirlos haría falta poseer un enorme talento creador: En tal contemplación, comienza uno poco a poco a sentir el deseo de decir a Mascha algo extraordinariamente sincero y bello; tan bello como ella misma.

Al principio, me sentí dolido y azarado de que Mascha no me prestara la menor atención y tuviera constantemente la mirada baja; se me antojaba que un viento particularmente feliz y orgulloso me separaba de ella y la ocultaba, celoso, a mis miradas.

«Seguramente será —pensaba— porque estoy polvoriento y quemado por el sol y porque soy todavía un chiquillo».

Pero luego, olvidándome por completo de mí mismo, me entregué a aquella sensación de belleza. Ya no me acordaba del aburrimiento experimentado en la estepa ni del polvo… No oía el zumbido de las moscas ni percibía el sabor del té… Sólo sentía la presencia, en pie al otro lado de la mesa, de una linda joven,

Sentía su belleza de un modo singular. Lo que despertaba Mascha en mí no era deseo, ni entusiasmo; ni deleite, sino una pesada aunque grata tristeza. Tal tristeza era de carácter indefinido, vaga como un sueño. Sin saber por qué, sentía lástima de mí mismo, del abuelo, del armenio y de la pequeña armenia. Experimentaba la sensación de que los cuatro habíamos perdido algo que nos era necesario en la vida y que no volveríamos a recobrar. El abuelo se puso también triste. Ya no hablaba de cereales ni de ovejas, y permanecía callado y pensativo, mirando a Mascha.

Después del té, el abuelo y yo nos echamos a dormir; yo, fuera de la casa, en el pórtico. La casa, como todas las casas de Bajchi-Salaj, estaba expuesta a los rigores del sol, no había árboles, toldos ni sombra alguna; pero, sin embargo, en el gran patio del armenio, cubierto de hierba, y a pesar del fuerte calor, reinaba la alegría y la animación.

Al otro lado de la no muy alta empalizada que por aquí y por allá atravesaba el patio se procedía a las faenas de la trilla. Alrededor de un poste plantado en mitad de la era y formando largos radios, giraban doce caballos. A su lado, un ucraniano, vestido de largo chaleco y largos *charovari*[150], hacía restallar el látigo y gritaba a los caballos en el tono del que presume de su poder sobre ellos o le agrada enrabietarlos:

—¡Aaaah, malditos!… ¡Aaaah, malditos!… ¡Ni el cólera puede con vosotros!… ¿Tenéis miedo?…

Los caballos (blancos, bayos, tordos), sin comprender por qué se les obligaba a dar vueltas en un mismo sitio y a aplastar la paja del trigo, andaban sin gana, como a la fuerza, y agitaban ofendidos las colas. Bajo sus pezuñas, el viento levantaba nubes enteras de dorado polvillo que arrastraba fuera de la empalizada. Junto a las altas y frescas gavillas trajinaban las campesinas armadas de rastrillos y se movían los carros, y tras las gavillas, en el patio inmediato, conducidos por otro ucraniano igual, que hacía igualmente restallar el látigo y se mofaba de los caballos, otra docena igual de éstos giraban alrededor de un poste. Los peldaños sobre los que yo me encontraba sentado ardían; por algunos sitios, en la madera del leve pórtico, los marcos de las ventanas, bajo éstas y sus postigos, el calor hacía brotar la cola, y formando líneas de sombra, se agolpaban unos contra otros rojizos insectos. El sol me caía de plano en la cabeza, el pecho y la espalda, pero yo no reparaba en ello y permanecía solamente atento al sonido que hacían detrás de mí, en el zaguán, unos pies descalzos andando sobre el suelo de madera. Después de recoger los cacharros del té, Mascha bajó corriendo los peldaños, y como un pájaro, se dirigió volando a una pequeña y ahumada construcción

aneja a la casa (seguramente la cocina), de donde salía un olor a cordero asado y enfadados acentos hablando en armenio. Desapareció por la oscura puerta, surgiendo en su lugar, en el umbral, una vieja armenia de cuerpo encorvado y rostro rojo, que llevaba puestos unos *charovari* de color verde. La vieja estaba enojada y reprendía a alguien. Pronto, en el umbral, apareció de nuevo Mascha, sofocada por el calor de la cocina y con una gran hogaza de pan negro cargada sobre su hombro. Graciosamente inclinada por el peso del pan, atravesó corriendo el patio en dirección a la era, deslizóse a través de la empalizada, sumergióse en la nube de dorado polvillo y desapareció tras de los carros. El ucraniano que arreaba a los caballos bajó el látigo, se detuvo y miró silencioso, durante un minuto, en dirección a aquéllos; luego, cuando la pequeña armenia, cruzando de un salto la empalizada volvió a pasar junto a los caballos, siguiéndola con la vista gritó a éstos con el tono de quien está muy disgustado:

—¡Aaaaah!… ¡Que las fuerzas malignas os arrastren!

Luego permanecí escuchando incesantemente el andar apresurado de sus pies descalzos, la vi cómo seria y con semblante preocupado pasaba rápida por el patio, tan pronto subiendo o bajando los peldaños, envolviéndome en el viento que levantaba su paso, como en la cocina o en la era o tras el portalón, hasta el punto de que apenas me daba tiempo a volver la cabeza para seguirla con la mirada.

Y cuantas más veces su belleza pasaba rauda ante mí, tanto más honda se hacía mi tristeza. Me compadecía de mí mismo, de ella, del ucraniano que la seguía tristemente con la mirada cuando la veía correr a través de la nube de polvillo en dirección a los carros. ¿Acaso tenía yo celos de su belleza, lamentaba que esta chiquilla no fuera mía, no llegara a serlo nunca? ¿Temía permanecer siendo para ella un extraño?… ¿Sentía vagamente que su rara belleza sería pasajera, innecesaria, perecedera como todo lo terreno, o era sencillamente mi tristeza, el sentimiento singular que despierta en el hombre la contemplación de la belleza auténtica?… ¡Dios lo sabe!…

Las tres horas de espera transcurrieron para mí casi inadvertidas, pareciéndome que aún no había tenido tiempo suficiente de admirar a Mascha, cuando Karpo, regresando del río adonde había ido a bañar al caballo, se dispuso a enganchar a éste. El caballo, mojado y coceando contra las varas del coche, resoplaba de gusto. Karpo le gritaba: «¡Atraaás!…». El abuelo se despertó. Mascha abrió la puerta cochera, haciéndola rechinar; tomamos asiento en el carricoche y salimos del patio. Íbamos silenciosos, como si estuviéramos enfadados el uno con el otro. Cuando al cabo de dos o

tres horas de camino, Rostov y Najichevan surgieron en la lejanía, Karpo, que había permanecido callado todo el tiempo, volvió la cabeza y dijo:

—¡Qué guapa moza tiene el armenio!

Y azotó los caballos.

II

En otra ocasión, siendo yo estudiante, me dirigía en ferrocarril al Sur. Estábamos en mayo. En una de las estaciones, me parece que entre Belgorod y Jarkov, bajé del vagón para pasearme un poco por el andén.

La sombra del anochecer había caído ya sobre el pequeño jardín de la estación y sobre el campo. El edificio de la estación ocultaba la puesta del sol, pero las más elevadas nubes de humo que salían de la locomotora, al teñirse de un tierno color rosado, revelaban que éste no había desaparecido por completo.

Mientras daba vueltas por el andén, observé que la mayoría de los viajeros que por allí circulaban, bien pasaban o se detenían ante un vagón de segunda clase y con una expresión que parecía indicar que en aquel vagón se sentaba alguna personalidad. Dicho sea de paso, entre los curiosos que vi junto a este vagón estaba mi compañero de viaje: un oficial de artillería, joven, inteligente, afable y simpático, como suelen serlo todos nuestros eventuales y pasajeros conocimientos de viaje.

—¿Qué mira usted ahí? —le pregunté.

No me contestó, limitándose solamente a indicarme con los ojos una figura femenina. Era ésta la de una joven de unos diecisiete a dieciocho años, vestida a la usanza rusa, con la cabeza descubierta y una mantillita echada descuidadamente sobre un hombro. No se trataba de ninguna viajera, sino, sin duda, de la hija o hermana del jefe de estación. Junto a la ventanilla del vagón conversaba con una mujer de edad madura. Antes siquiera de haber tenido tiempo de darme cuenta de lo que veía, súbitamente, un sentimiento idéntico al experimentado un día en la aldea armenia, se apoderó de mí.

La belleza de la joven era notable; sobre esto, ni yo ni ninguno de los que conmigo la contemplaban abrigábamos la menor duda.

Puestos en realidad, y, según la costumbre, a describir con todo detalle su exterior, habría que decir que de maravilloso sólo tenía el cabello rubio, rizado, espeso, suelto y sujeto a la cabeza con una cintita negra; el resto era incorrecto o muy corriente. Su miopía o su manera particular de coquetear, le hacía guiñar los ojos; la nariz era ligeramente respingona, la boca pequeña, el

perfil débilmente dibujado, los hombros demasiado estrechos para su edad; pero, sin embargo, a pesar de todo esto, la joven daba la impresión de ser una verdadera belleza. Mirándola, pude convencerme de que para que un rostro ruso parezca maravilloso no precisa de una severa corrección de rasgos; más aun, seguramente si la joven, en vez de una nariz respingona la hubiera tenido de proporciones exactas y plásticamente impecables como la pequeña armenia, su rostro hubiera perdido todo su encanto.

El relente del anochecer hacía estremecer a la joven que conversaba junto a la ventanilla, y que, volviéndose a cada momento hacia nosotros, ponía sus manos sobre sus caderas o se las llevaba a la cabeza para arreglarse el cabello. Mientras hablaba y reía, su rostro expresaba tan pronto asombro como espanto, y recuerdo que ni por un solo instante su figura o su rostro perdieron la movilidad. Todo el secreto y el encanto de aquella belleza residía, precisamente, en esta ligera e infinitamente graciosa movilidad; en la sonrisa, en el juego de expresiones de su fisonomía, en sus rápidas ojeadas, en el conjunto de fina gracia de los movimientos, unido a la juventud, al frescor y limpidez de alma que resonaban en su risa y en su voz, y a esa patente debilidad que tanto amamos en los niños, en los pájaros, en dos pequeños siervos y en los árboles jóvenes. Era la suya esa belleza de mariposa a la que cuadra la idea del vals, el revoloteo por el jardín, la risa, la alegría, y que no se acomoda con la gravedad del pensamiento, la tristeza o la calma. Creyérase que bastaría con que un soplo de viento barriera el andén o sobre éste cayera la lluvia, para que el frágil cuerpo quedara, de repente, agostado y desaparecida su caprichosa belleza como el polvillo de las flores.

—¡Sí…! —masculló con un suspiro el oficial cuando, después de sonar la primera campanada, nos dirigimos a nuestro vagón.

¿Qué significaba este «sí…»? No soy capaz de juzgarlo. ¿Se sentía triste por tener que separarse de aquella belleza y de aquel anochecer de primavera, para meterse en el sofocante ambiente del vagón, o sentía, tal vez como yo, una indefinida tristeza hacia la belleza, hacia mí y hacia todos los viajeros que apáticamente y con aire desganado se dirigían a sus vagones?… Al pasar junto a la ventana del edificio de la estación, al otro lado de la cual, ante su aparato, estaba sentado un telegrafista pálido, de largo cabello rizoso y rojizo, y rostro de pómulos salientes, el oficial suspiró y dijo:

—Me apuesto lo que quiera a que ese telegrafista está enamorado de la beldad… Vivir en el campo…, bajo el mismo techo que esa criatura vaporosa y no enamorarse de ella…, sería superior a las fuerzas humanas. ¡Y qué desgracia, amigo mío!…, ¡qué mofa!, ¡qué burla…, ser un hombre cabal e

inteligente, pero chepudo, desgreñado, gris…, y enamorarse de esa linda y necia chiquilla, que no le presta un mínimo de atención! ¡O algo peor todavía!… Imagínese a ese telegrafista, enamorado, pero casado al mismo tiempo con una mujer chepuda, desgreñada y cabal como él… ¡Qué martirio!…

Desde nuestro vagón, y apoyado en la puertecilla de acceso a la plataforma, el revisor miraba en dirección a la belleza, y su rostro caído, borracho, que mostraba una hartura desagradable, no obstante aparecer fatigado por las noches en vela y el traqueteo del vagón, expresaba emoción y profundísima tristeza; como si en aquella muchacha contemplara unidos: felicidad, sobriedad, limpieza, mujer e hijos; como si, profundamente arrepentido todo su ser, tuviera conciencia de que esta mujer no era suya y de que su torpeza, grasienta fisonomía y prematura vejez, tanto le alejaba de la felicidad vulgar, humana y terrestre, como del cielo.

Sonó la tercera campanada, oyéronse silbidos y el tren emprendió perezosamente la marcha. Ante nuestras ventanillas desfilaron rápidos, primero el conductor, luego el jefe de estación; después el jardín, la belleza con su maravillosa y apicarada sonrisa infantil…

Asomándome por la ventanilla, miré hacia atrás y la vi seguir con los ojos el tren, pasar por el andén ante la ventana tras la que estaba sentado el telegrafista y, arreglándose el cabello, dirigirse corriendo al jardín. El edificio de la estación no ocultaba ya el occidente; el campo se mostraba abierto a nuestros ojos, pero el sol ya se había puesto y negros copos de humo se extendían sobre el verde aterciopelado de los sembrados. La tristeza se cernía sobre el fino aire primaveral, sobre el cielo oscurecido y sobre el vagón.

Nuestro ya conocido revisor entró en el vagón y se puso a encender las bujías.

ILEGALIDAD

CUANDO daba su paseo de la tarde, Miguev, el asesor colegiado, se detuvo junto a un poste telegráfico y suspiró profundamente. Hacía una semana que, en otra tarde semejante y en aquel mismo sitio, de vuelta de su paseo y camino de su casa, Agnia, su ex doncella, dándole alcance le había dicho con tono vengativo:

—¡Prepárate!… ¡Espera, que ya te haré yo ver lo que es buscar la perdición de las jóvenes inocentes!… ¡Depositaré una criatura a tu puerta, iré al Juzgado y se lo contaré todo a tu mujer!…

A continuación le exigió que pusiera a su nombre en el Banco cinco mil rublos.

El recuerdo de todo esto hizo suspirar a Miguev, y, una vez más, con arrepentimiento de su alma, se amonestó por aquella aventura pasajera que tantos sufrimientos y sinsabores le procuraba. Al llegar a su casa veraniega, Miguev se sentó a descansar en el pórtico. Eran las diez en punto de la noche y tras las nubes asomaba un trocito de luna; ni por la calle ni al pie de las casas había nadie; los veraneantes viejos se habían retirado ya a dormir y los jóvenes paseaban por el bosquecillo. Mientras revolvía en sus bolsillos para buscar un fósforo con que encender su cigarrillo, Miguev tropezó con el codo en algo blando. Como no tenía mejor cosa que hacer, echó una mirada bajo su codo derecho y, de repente, un espanto semejante al que hubiera provocado en él la proximidad de una serpiente, contrajo su rostro. En el suelo del pórtico, ante la misma puerta, había un bulto, algo alargado, envuelto en lo que, al tacto, parecía una mantita forrada de guata. Uno de los picos del envoltorio estaba entreabierto, y el asesor colegiado, introduciendo por él su mano, palpó algo tibio y húmedo. Aterrorizado, se levantó de un salto y miró a su alrededor como el criminal que se apresta a huir de sus guardianes.

—¡Lo depositó! —dijo entre dientes con aviesa expresión y apretando los puños—. ¡Lo ha depositado! ¡He ahí depositada a la ilegalidad!…

El miedo, la ira y la vergüenza le dejaban petrificado… ¿Qué hacer ahora?… ¿Qué diría su mujer cuando se enterara?… ¿Qué dirían los

compañeros?… Su excelencia, pegándole unas palmaditas le dirá: «¡Le felicito!… ¡Canas en la barba y el diablo a cuestas!… ¡Qué travieso es este Semion Erastovich!…». El barrio entero de veraneantes sabrá su secreto, y hasta puede que las respetables madres de familia le nieguen la entrada a sus casas. Además, todos los periódicos suelen escribir sobre niños abandonados y el modesto apellido de Miguev sonará por toda Rusia.

A través de la ventana central de la casa, que estaba abierta, se oía claramente el ruido que hacía la mujer de Miguev, Anna Filippovna, disponiendo la mesa para la cena, y en el patio, al otro lado del portalón, el guarda Ermolai rasgueaba su *balalaika*, a la que arrancaba quejumbrosos sonidos… Bastaría con que se despertara la criatura o lanzara algún chillido, para que el misterio quedara descubierto. Y Miguev experimentó un irresistible deseo de proceder con premura.

—De prisa, de prisa… —balbucía—. ¡Ahora mismo!… ¡Antes que pueda verlo alguien!… ¡Me lo llevaré a alguna parte y lo soltaré en algún otro pórtico!…

Cogiendo con una mano el envoltorio y despacio, con pasos reposados para no despertar sospechas, echó a andar por la calle…

«La situación es asombrosamente fea —pensaba, mientras se esforzaba en adoptar aires de indiferencia—. ¡Todo un asesor colegiado, cargado por la calle con una criatura!… ¡Oh Dios mío!… ¡Si lo ve alguien y se da cuenta del asunto, estoy perdido!… ¿Y si lo dejara en este pórtico?… No. Esperemos… Las ventanas están abiertas y puede que haya alguien mirando… ¿Dónde podría dejarlo?… ¡Ah…, ya sé!… Lo llevaré al hotelito del comerciante Milkin… Los comerciantes suelen ser gente rica y sentimental… ¡Quién sabe si hasta me lo agradecerán y se quedarán con él para educarle!…».

Y Miguev resolvió llevar, indefectiblemente, a la criatura a casa de Milkin, aunque el hotelito del comerciante se encontraba junto al mismo río, en la última calle de la barriada de veraneantes.

«El caso es que no se me ponga a llorar o se me caiga del lío… ¡Sí que es ésta una bonita situación!… ¡Llevar un ser viviente debajo del brazo como si fuera una cartera!… ¡Un ser viviente…, o sea un ser dotado, como los demás, de un alma…, de sentimientos!… ¡Si quiere Dios que los Milkin se queden con él para educarlo…, puede que llegue a ser alguien!… ¡Quizá profesor o jefe militar!… ¡Ocurren tantas cosas en este mundo!… Ahora lo llevo debajo del brazo, como algo que no vale nada, pero a saber si dentro de unos treinta o cuarenta años tendré que cuadrarme ante él…».

De pronto, cuando por la estrecha callejuela pasaba ante la larga empalizada, bajo la espesa y negra sombra de los tilos, le pareció que estaba haciendo algo cruel y criminal.

«Bien pensado, esto es algo canallesco… —cavilaba—. ¡Tan villano, que no podría idearse nunca nada más villano!… ¿Por qué…, se pregunta uno, llevar a esta infeliz criatura de pórtico en pórtico?… ¿Acaso tiene ella la culpa de haber nacido?… ¿Qué mal ha hecho?… ¡Somos unos infames!… ¡Si se está a las maduras, que se esté a las duras!… Pero en realidad, viene a resultar que son las criaturitas inocentes las que están a las duras… ¡Si se meditara bien sobre toda esta música…! El prevaricador soy yo, y a quien espera un destino cruel es a la criaturita. ¡Aunque la deje en casa de los Milkin!… La llevarán a la Inclusa, en la que no habrá más que personas extrañas, donde todo se hará con carácter oficial…, sin cariño, ni amor, ni mimos… Harán de él un zapatero que aprenderá a decir palabrotas y se morirá de hambre… ¡Zapatero!… ¡El hijo de un asesor colegiado!… ¡De sangre noble!… ¡Sangre de mi sangre!…».

Y Miguev, dejando la sombra de los tilos, salió al centro del camino, que inundaba la luz de la luna; desenvolviendo el lío, miró a la criatura.

—Duerme —murmuró—. ¡Vaya, vaya…, el muy canalla tiene la nariz de caballete, como su padre! ¡Está dormido y no se da cuenta de que le mira su propio padre!… ¡Todo un drama, hermano!… ¡Qué le vamos a hacer!… ¡Perdóname!… ¡Perdóname, hermano!… ¡Tu destino es ya éste!…

Y el asesor colegiado parpadeó al sentir cómo por sus mejillas se arrastraba algo del género de las hormigas diminutas. Envolvió de nuevo a la criatura, se la metió debajo del brazo y echó a andar otra vez. Por el camino, hasta Ilegar a la casa de los Milkin, algunas ideas sobre cuestiones sociales se agolpaban en su mente y la conciencia le arañaba en el pecho.

»Si yo fuera un hombre honrado y decente —pensaba—, me importaría todo poco. Llevaría la criaturita a Anna Filoppovna, me pondría de rodillas a sus pies y le diría: “¡Perdóname!… ¡Fui pecador!… ¡Martirízame, pero no causemos la perdición de esta inocente criatura!… ¡No tenemos hijos!… ¡Quedémonos con él para educarle!… ¡Ella es una mujer muy buena y accedería… y mi criatura estaría junto a mí!… ¡Ah!…”.

Llegado ante el hotelito de Milkin, se detuvo preso de indecisión. Con la imaginación se veía ya sentado en la sala de su casa, leyendo el periódico, y a su lado, jugando con las borlas de su batín, un chiquillo de nariz de caballete… Pero la imaginación le presentaba al mismo tiempo a sus compañeros guiñándole un ojo y a su excelencia propinándole palmaditas,

mientras dentro del alma, junto a la conciencia que le arañaba, había algo tierno, tibio y triste…

El asesor colegiado depositó cuidadosamente a la criatura sobre un peldaño de la escalera de la terraza e hizo un ademán de despedida. De nuevo se arrastraban por su rostro las diminutas hormigas.

—¡Perdóname, hermano!… ¡Perdona al canalla! —balbució—. ¡No me recuerdes con aversión!

Retrocedió un paso, pero al instante mismo dijo decidido:

—¡Ea!… ¡Pase lo que pase!… ¡Todo me tiene sin cuidado!… ¡Le llevaré conmigo, y que diga la gente lo que quiera!

Y cogiendo a la criatura, Miguev emprendió, con pasos rápidos, el camino de vuelta a su casa.

«¡Que digan lo que quieran! —continuaba pensando—. Ahora, cuando vaya…, me pondré de rodillas ante ella y le diré: "¡Anna Filippovna!…". Es una mujer buena y se hará cargo… Le educaremos… Si es chico, le pondremos por nombre Vladimir, y si es chica, Anna… ¡Al menos, tendremos ese consuelo en nuestra vejez!…».

Y conforme lo había resuelto, lo hizo. Llorando, muerto de miedo y de vergüenza, lleno de esperanza y de un vago entusiasmo, entró en el hotelito, fue en busca de su mujer e hincándose de rodillas ante ella…

—¡Anna Filippovna! —dijo, sollozando y depositando a sus pies la criatura—. ¡No me recrimines! ¡Déjame hablar!… ¡Soy un pecador!… ¡Esta criatura es mía!… ¿Te acuerdas de Agniuschka?… Pues… ¡Fue una fuerza maligna la que se apoderó de mí!

Avergonzado y temeroso, se levantó de un salto sin esperar respuesta y, como al que han dado azotes, salió corriendo a respirar el aire fresco.

«Me quedaré aquí en el patio hasta que me llame —pensó—. Le daré tiempo para que se recobre y reflexione…».

Ermolai, el guarda, que en aquel momento pasaba ante él con su *balalaika*, le dirigió una mirada y se encogió de hombros… Un minuto después, volvía a pasar y a encogerse.

—¡Vaya una historia!… —masculló con una sonrisita—. Figúrese, Semion Erastich, que acaba de estar aquí esa *baba*, Aksiña…, la lavandera… ¡La muy tonta se dejó al chico en el pórtico que da a la calle y se conoce que mientras estaba sentada charlando conmigo, alguien ha cogido a la criatura y se la ha llevado!… ¡Vaya una historia!…

—¿Cómo?… ¿Qué dices? —gritó a todo pulmón Miguev.

Ermolai, que tenía su manera de explicarse la cólera del señor, se rascó la nuca y suspiró:

—Perdone, Semion Erastich…, pero estamos de veraneo y sin *babas*…, quiero decir…

Y fijando los ojos en aquellos otros desorbitados, llenos de asombro y perfidia, prosiguió culpablemente:

—¡Ya sé que está mal…, pero qué le vamos a hacer!… ¡Claro que ha dado usted orden de que no entren aquí *babas*!… Antes…, cuando estaba Agniuschka…, no dejaba entrar usted a nadie, pero ahora…, usted mismo puede juzgar… ¡No puede uno pasarse sin que vengan de fuera!… Cierto que cuando estaba Agniuschka no había desorden…

—¡Largo de aquí, canalla!… —gritó Miguev, que después de patalear, se dirigió al interior de la casa.

Anna Filippovna, sorprendida y furiosa, se hallaba sentada en el mismo sitio, sin apartar los ojos arrasados en lágrimas de la criatura…

—¡Bueno, bueno!… —balbució, con pálido rostro, Miguev, torciendo la boca en una sonrisa—. ¡Si ha sido una broma!… ¡Si no es mío!… ¡Es de Aksina, la lavandera!… Yo…, yo estaba bromeando… ¡Llévaselo al guarda!…

FRENTE BLANCA

La loba hambrienta, levantándose, se aprestó para la caza. Sus tres lobeznos, apretados en un montón en el que unos a otros se daban calor, dormían profundamente. Después de lamerlos, salió. Aunque era ya marzo, mes primaveral, todavía por la noche los árboles crujían de frío y apenas se sacaba la lengua empezábase a sentir en ella un fuerte picor. La loba era aprensiva y de salud débil; el más pequeño ruido la estremecía, y se le figuraba constantemente que durante su ausencia alguien iba a ir a su cubil a hacer daño a sus lobeznos. El olor de las huellas de las pisadas de los hombres y de los caballos, los troncos, la leña apilada y la oscuridad del camino la asustaban; le parecía que entre los árboles, en la sombra, había hombres escondidos y que en algún sitio, más allá del bosque, aullaban los perros.

Ya no era joven, y su olfato había perdido fuerza, por lo que, a veces, le ocurría confundir la huella del zorro con la del perro, y hasta, engañada por ese mismo olfato, extraviar el camino, cosa que nunca le sucedía en su juventud. Su debilidad de salud la vedaba ya la caza de ternerillos y de grandes carneros, y evitando al pasar el encuentro con los caballos y los potros, se alimentaba tan solo de carne putrefacta. Rara vez comía ahora carne fresca; únicamente, en verano, cuando al tropezar con la liebre le arrebataba sus crías, o cuando se introducía en los corrales de los *mujiks*, donde se guardaban los corderillos. A unas cuatro *verstas* de su cubil, junto al camino de postas, había una granja. En ella vivía Ignat el guarda, viejo de unos setenta años que tosía constantemente y hablaba solo. Por lo general, se pasaba la noche durmiendo y el día vagando por el bosque, con la escopeta al hombro y silbando a las liebres. Sin duda, antes había trabajado en oficios de mecánico, pues siempre que se paraba se gritaba a sí mismo: «¡*Stop! ¡Stop*, máquina!». Luego, al echar a andar, exclamaba: «¡Toda marcha!». Junto a él estaba invariablemente un perrazo negro, de raza desconocida, llamado *Aravka*. Cuando éste se adelantaba demasiado, le gritaba: «¡Marcha atrás!…». A veces cantaba, se tambaleaba fuertemente, se caía al suelo (la loba pensaba que le tiraba el viento), y chillaba: «¡Descarrilé!…».

Recordaba la loba que por el verano y en el otoño un cordero y dos ovejas pastaban junto a la granja, y que al pasar corriendo ante ella hacía poco tiempo le había parecido escuchar un balido en el corral. Ahora, mientras se aproximaba a la granja, iba pensando en que era marzo y en que, tenida en cuenta la estación del año en que se hallaban, en el corral no podrían faltar corderillos. Martirizada por el hambre, pensaba en la avidez con que iba a comerse uno de estos corderillos, pensamiento que hacía le rechinaran los dientes y le relucieran los ojos en la oscuridad como dos lucecitas.

La *isba* de Ignat, su zaguán, su corral y su pozo estaban flanqueados por altos montones de nieve. Reinaba el silencio. Seguramente, *Arapka* dormía abalo, en el zaguán.

Subiendo por un montón de nieve, alcanzó el tejado del corral, y hozando con el morro y con las patas, empezó a deshacer la techumbre de paja. La paja estaba podrida y la loba a poco se hunde. De pronto, un tibio vaho, un olor a estiércol y a leche de oveja, le dio directamente en las fauces. Abajo, el frío hizo balar a un corderillo; la loba saltó por el agujero y fue a dar con las patas delanteras y el pecho sobre algo blando y templado (seguramente un cordero), al tiempo que en el corral chillaba una pequeña voz aguda y aullante. Las ovejas se precipitaron contra la pared, y la loba, asustada y agarrando lo primero que se le vino a los dientes, escapó corriendo.

Corría poniendo todas sus fuerzas a contribución, mientras *Arapka*, que había barruntado al lobo, aullaba a todo aullar. Las gallinas, enojadas, cacarearon; Ignat salió al pórtico y gritó:

—¡Toda marcha! ¡Silbar!

Silbaba como una máquina, gritaba: «¡Go, go, go!»…, y el eco del bosque repetía este ruido.

Cuando poco a poco fue aquietándose todo, la loba se tranquilizó un tanto y empezó a fijarse en que la presa que sostenían sus dientes y que arrastraba por la nieve era más pesada y más dura de lo que por aquella época solían ser los corderitos. Olía de otro modo y dejaba escapar sonidos extraños…

Deteniéndose tras depositar su carga en la nieve para descansar y comer, la loba dio de repente un salto y se apartó con repugnancia. Aquello no era un corderillo, sino el cachorro negro de gran cabeza y largas patas del perrazo *Arapka*, y con la misma mancha blanca abarcándole toda la frente. A juzgar por sus maneras, estaba tan mal educado como un vulgar perro callejero, pues, como si no hubiera pasado nada y agitando el rabo empezó a lamer el lomo herido de la loba y a ladrarla. Esta, dejando oír un gruñido perruno, se apartó corriendo de él, que la siguió; luego volvió la cabeza y sus dientes

rechinaron. El cachorro, que, perplejo, se había quedado parado, decidió seguramente que estaban jugando con él, pues lanzó un alegre y sonoro ladrido como invitando a su madre *Arapka* a que viniera también a jugar con él y con la loba.

Cuando ésta deslizábase hacia su cubil a través de un espeso bosquecillo, había empezado ya a amanecer; distinguíanse muy claramente todos los árboles; despertaban las codornices, y alzaban el vuelo, perturbados por los desconsiderados saltos y los ladridos del cachorro, los lindos urogallos.

«¿Por qué viene corriendo tras de mí? —pensaba enojada la loba—. Quiere seguramente que me lo coma».

La loba y sus lobeznos vivían en un hoyo de escasa profundidad. Tres meses hacía que una fuerte tormenta, arrancando de raíz un viejo pino, había formado este hoyo. En su fondo había ahora hojas secas y moho, además de huesos y cuernos de toro, con los que jugaban los lobeznos. Éstos estaban ya despiertos, y los tres, muy semejantes los unos a los otros, desde el borde del hoyo saludaban la vuelta de la madre agitando los rabos. El cachorro, al verlos, se detuvo a corta distancia y permaneció largo rato contemplándolos; luego, al reparar en que ellos le miraban a su vez con atención, empezó a ladrarles enfadado, como se ladra a los extraños. Apuntaba ya el día y salía el sol, brillaba la nieve alrededor y él continuaba parado a cierta distancia, ladrando. Mamaban los lobeznos de su madre empujando con sus patas el pálido vientre, mientras ella roía un hueso de caballo blanco y seco; la martirizaba el hambre, atormentaba su cabeza el ladrido del perro y sentía impulsos de arrojarse sobre aquel huésped intruso y de triturarle.

Por fin calló el cachorro, cansado y ronco. Viendo que no se le temía y que ni siquiera se le prestaba atención, empezó tímidamente, tan pronto arrastrándose como dando saltitos, a acercarse a los lobeznos.

Ahora, a la luz del día, era ya fácil de distinguir con detalle… Tenía una frente blanca y espaciosa, y en ella el promontorio que caracteriza a los perros muy tontos; los ojos pequeños, azules y turbios, y una expresión extremadamente necia en todo el morro. Al acercarse a los lobeznos, estiró las anchas patas delanteras, apoyó el morro en ellos y emitió estos sonidos:

—¡Mn-ni-aaá!… ¡Jau, jau, jau!…

Los lobeznos, aunque no habían comprendido nada, movieron los rabos, y el cachorro entonces pegó con su pata sobre la gran cabeza de uno de los lobeznos, que a su vez le devolvió el golpe.

El cachorro, plantándose de costado ante él, le miró de reojo y movió el rabo; luego, de repente, se levantó de un salto y trazó unos cuantos círculos a

su alrededor. Los tres lobeznos se precipitaron sobre él, que cayó de espaldas, boca arriba, y le atacaron chillando de entusiasmo y mordiéndole sin hacerle daño, como en broma. Desde su altura, los cuervos posados sobre un alto pino seguían inquietamente el curso de la lucha; reinaba la alegría y el ruido; calentaba el sol con fuerza primaveral, y en su frecuente vuelo ante el pino derribado por la tormenta, relucían los urogallos como esmeraldas bajo el sol.

Es costumbre de las lobas, cuando adiestran a sus crías a la caza, dejarlas jugar con la presa, por lo que ahora, mirando a sus lobeznos correr tras el cachorro y jugar con él, pensaba la loba: «¡Que vayan haciéndose!…».

Cansados por el juego, los lobeznos regresaron a su hoyo y se echaron a dormir. El cachorro tenía hambre y aulló un poco; luego se tendió también bajo el sol; cuando se despertaron empezaron de nuevo a jugar.

El día entero y toda la tarde pasó la loba recordando cómo balaba el corderillo y cómo olía a leche de oveja, y al recordarlo le rechinaban los dientes de apetito, y con ansia, sin parar, imaginando que era un corderillo, roía el viejo hueso. Mamaban los lobeznos, y el cachorro, hambriento, daba vueltas alrededor, olfateando en la nieve. «Voy a comérmelo», decidió la loba.

Acercóse a él, que lanzó un aullido, y pensando en que venía a jugar, le lamió en el morro. En otros tiempos la loba solía comer perros, pero como el cachorro despedía un olor excesivamente perruno que la debilidad de su salud le impedía soportar, sintió asco y se fue. Al avanzar la noche y hacerse el frío más intenso, el cachorro, aburrido, se marchó también a su casa.

Una vez que los lobeznos estuvieron profundamente dormidos, la loba emprendió de nuevo el camino de la granja. Como en la noche precedente, el más pequeño ruido la intranquilizaba; todo la asustaba: los troncos, la leña, los oscuros y solitarios arbustos que de lejos parecían hombres. En su carrera evitaba el camino. De repente, por éste, a lo lejos, pasó rauda una sombra oscura… Fijo la vista y el oído. Algo, en efecto, iba delante de ella, y hasta percibía el sonido acompasado de unas pisadas. ¿Sería el tejón?… Con sumo cuidado, respirando apenas y siempre fuera del camino, adelantóse a la mancha oscura, volvió atrás la cabeza y reconoció lo que era. Era el cachorro de la blanca frente que, despacio y con paso reposado, regresaba a su casa.

«¡Otra vez viene a molestar!…», pensó la loba corriendo más de prisa.

La granja estaba ya ante ella. Nuevamente, subiendo por el montón de nieve, alcanzó el techo del corral; el agujero de la víspera había sido ya tapado con paja, y sobre el tejado colocados otros dos maderos. La loba empezó de pronto a trabajar con las patas y el morro, volviéndose de cuando

en cuando para ver si venia el cachorro; pero apenas el tibio vaho y el olor a estiércol habían soplado sobre ella, cuando ya un alegre y agudo ladrido resonaba a su espalda. Era el cachorro que estaba de vuelta. De un salto se encaramó en el tejado, junto a la loba; luego, al meterse por el agujero, al percibir el calor de su vivienda y reconocer a sus ovejas, ladró con más fuerza…

Arapka, que dormía en el zaguán, se despertó y aulló olfateando a la loba. Cacarearon las gallinas, y cuando en el pórtico surgió Ignat con su escopeta, la loba, asustada, estaba ya lejos de la granja.

—¡Fiuuú!… ¡Fiuuuú!… —silbó Ignat—. ¡Viento en popa!…

Apretó el gatillo, pero el tiro falló; apretó de nuevo, y el tiro volvió a fallar; apretó por tercera vez, y una enorme e ígnea gavilla salió disparada por el cañón de la escopeta, escuchándose un retumbante «¡Bu! ¡Bu!…». La escopeta le pegó un fuerte culatazo en el hombro. Cogiéndola con una mano y con la otra el hacha, fue a inspeccionar lo que motivaba aquel ruido… Poco después regresaba a la isba.

—¿Qué ocurre? —preguntó con ronca voz un caminante que pernoctaba aquella noche en su casa y al cual el ruido había despertado.

.—¡Nada!… —contestó Ignat—. ¡Nada de importancia!… Nuestro *Frente Blanca*, que ha cogido la costumbre de echarse a dormir junto a las ovejas, al calor del corral… ¡No comprende que es por la puerta por donde hay que entrar… y no por el tejado! ¡La noche pasada abrió el muy canalla un agujero en él y se fue a pasear por ahí, y ahora vuelve y lo deshace otra vez!…

—¡Tonto!…

—¡Como que le falta un tornillo en la cabeza!… ¡Aborrezco a los tontos!… —suspiró Ignat, retirándose a acostar—. ¡Todavía es temprano para levantarse, buen hombre…! Conque… ¡a dormir *a toda marcha*!

A la mañana siguiente, al llamar a *Frente Blanca*, le sacudió por las orejas y le castigó con un palo, repitiendo:

—¡Tienes que entrar por la puerta!… ¡Tienes que entrar por la puerta! ¡Tienes que entrar por la puerta!…

UNA CASA VIEJA

(RELATO DE UN CASERO)

HÍZOSEME necesario derribar una casa vieja para edificar otra en su lugar. Acompañaba yo al arquitecto en su recorrido por las vacías habitaciones, y al tiempo que tratábamos de nuestro asunto, íbale refiriendo diferentes historias. Las papeles desgarrados, las ventanas turbias, las estufas ennegrecidas…, ¡todo!, llevaba impresas las huellas de una vida recientemente desaparecida que despertaba mis recuerdos.

—En cierta ocasión, por ejemplo —le decía—, unos borrachos que transportaban a un difunto tropezaron en algo y rodaron con el ataúd por esta escalera. Los vivos resultaron bastante malparados, pero el muerto, en cambio, continuó tan serio como si no hubiera pasado nada, y hasta movía la cabeza cuando le metieron otra vez en el ataúd…

He aquí tres puertas, la una junto a la otra. En ésta vivían unas señoritas a las que solía visitar mucha gente (por lo que se vestían con más elegancia que los demás vecinos) y que pagaban con exactitud su alquiler…

La puerta situada al final de este corredor conduce al lavadero, en el que de día se lavaba la ropa y donde de noche se bebía cerveza y se armaba gran alboroto…

Este pisito, compuesto solamente de tres habitaciones, está todo él impregnado de bacterias y de bacilos. No conviene estar aquí. Muchos de los que lo habitaron han perecido, y yo aseguro de manera categórica que sobre él, en algún tiempo, ha caído alguna maldición, y que alguien invisible ha vivido oculto entre los inquilinos. Particularmente recuerdo el destino sufrido por una de las familias que aquí residieron… Imagínese a un hombre vulgar…, corriente en todos los aspectos…, con una mujer y cuatro niños. Se llamaba Putojin. Trabajaba de escribiente en casa de un notario y ganaba treinta y cinco rublos al mes. Era un hombre sobrio, devoto y formal. Cuando venía a casa a traerme el dinero, siempre se excusaba de estar mal vestido. Si

se retrasaba cinco días, se excusaba también, y al entregarle yo el recibo, sonriendo bondadosamente, decía:

—Me desagrada esto de los recibos…

Vivía pobremente, pero con limpieza. En esta habitación central dormían los cuatro niños con la abuela; aquí guisaban, dormían, recibían visitas y hasta bailaban. Esa otra era la alcoba de Putojin, en la que tenía una mesa ante la que despachaba sus asuntos particulares; copiaba papeles teatrales, conferencias, etc… En esta de la derecha dormía el huésped, un carpintero llamado Egorich; hombre formal, pero bebedor… Como tenía calor siempre, solía andar descalzo y en chaleco. Egorich componía las cerraduras, las pistolas, las bicicletas de los niños; no desdeñaba el arreglo de relojes baratos de pared y hacía patines por veinticinco *kopekas*, aunque se consideraba especializado en la compostura de instrumentos musicales. Sobre su mesa, entre la chatarra y el acero, podía verse siempre un acordeón al que se hubiera roto la llave o una trompeta con los lados abollados. Daba a Putojin dos rublos cincuenta por la habitación, y constantemente pegado a su banco taller salía solamente de ella para introducir en la estufa algún que otro pedazo de hierro.

Cuando por la tarde entraba yo en este piso, cosa que ocurría muy rara vez, veía siempre el siguiente cuadro: ante la mesa, Putojin hacía alguna copia; su madre y su esposa, una mujer escuálida y de rostro fatigado, cosían junto a la lámpara, y Egorich arrancaba chillidos a su serrucho, mientras la estufa despedía un calor sofocante. En el aire pesado olía a *schi*, a pañales y a Egorich. Encontrábase allí pobreza y un ambiente cargado y caluroso, pero, sin embargo, los rostros de los trabajadores, los pantaloncitos de los pequeños colgados al lado de la estufa, los pedazos de hierro de Egorich…, exhalaban paz, cariño y bienestar. Al otro lado de la puerta, por el pasillo, corrían bien peinados los niños; alegres y convencidos profundamente de que todo iba bien en este mundo y de que así seguirían las cosas siempre que no dejaran de rezar por las mañanas y por las noches… ¡Pues bien!… ¡Imagínense ahora esta habitación con un ataúd en el centro, a dos pasos de la estufa, y en él, a la mujer de Putojin! No hay marido que tenga una mujer eterna, pero entonces, en aquella muerte, se adivinaba algo especial. Durante el oficio religioso miré el rostro grave del marido, sus ojos severos, y pensé:

«¡Ay hermano, hermano!…».

Me parecía sentir que tanto la abuela como los niños, como Egorich, habían sido ya señalados por el ser invisible que vivía en este piso.

¡Soy un hombre profundamente supersticioso, quizá por ser casero y porque durante cuarenta años he andado mucho entre inquilinos!… Creo que si desde el principio tiene usted mala suerte con los naipes, seguirá teniéndola hasta el final… Asimismo, cuando el Destino se propone borrarle a usted y a toda su familia de la faz de la tierra, lo hará inexorablemente, no siendo por lo general la primera desgracia más que el principio de una larga cadena de ellas. Sucede lo mismo con esto que con las piedras: basta que ruede una desde una alta orilla para que caigan tras ella las demás. En una palabra, que al marcharme después del oficio religioso de casa de Putojin no auguraba para éste, ni para su familia, nada bueno. No había pasado, en efecto, una semana cuando el notario, inesperadamente, despidió a Putojin, colocando en su puesto a una señorita. ¿Y qué cree usted? La pérdida del empleo no conmovió tanto a Putojin como el que pusieran en su lugar a una señorita. ¿Por qué a una señorita?… Esto le ofendió de tal manera que de regreso en su casa azotó a todos sus niños, insultó a su madre y bebió hasta emborracharse. Para hacerle compañía, Egorich se emborrachó también.

Putojin me trajo el importe de su alquiler, pero aunque se había retrasado dieciocho días, no se disculpó y permaneció callado cuando le entregué el recibo. Al mes siguiente, fue la madre la que vino con el dinero, pero me dio solamente la mitad, prometiéndome que me traería el resto al cabo de una semana. En el tercer mes no me pagaron ya ni una *kopeka*, dando lugar a que el portero se lamentara del comportamiento poco *noble* de los inquilinos del piso numero veintitrés. Los síntomas no eran, desde luego, buenos.

Imagínense ahora este otro cuadro: Una hosca mañana petersburguesa se asoma por estas ventanas y ve a la vieja, junto a la estufa, sirviendo el té a los niños. Vasia, el nieto mayor, es el único que bebe en vaso, los demás lo hacen directamente de sus platillos. En cuclillas ante la estufa y calentando un hierro al fuego, está Egorich. Aún conserva la cabeza pesada y los ojos turbios de la borrachera de la víspera. Carraspea, tiembla y tose.

—¡El diablo le apartó completamente del buen camino! —gruñe—. ¡*No* sólo bebe él, sino que obliga a otros a pecar!

Putojin está en su habitación, sentado sobre la cama, en la que ya hace tiempo no hay ni mantas ni almohadas y con los dedos hundidos en sus cabellos mira con expresión embotada a sus pies. Va vestido de andrajos y está desgreñado y enfermo.

—¡Bebe! ¡Bebe de prisa, que vas a llegar tarde a la escuela! —apremia la vieja—. ¡Ya es hora de que me vaya yo también a fregar los suelos a los judíos!

De toda la casa, la vieja es la única que no pierde el ánimo. Evocando tiempos pasados, realiza los trabajos ásperos y sucios. Los viernes friega los suelos en la casa de préstamos de los hebreos; los sábados va a la de los comerciantes a lavar la ropa, y los domingos recorre la ciudad de la mañana a la noche en busca de personas caritativas. Para cada día encuentra algún trabajo: lava, friega los suelos, asiste a los niños al nacer, actúa de casamentera y pide limosna. ¡Cierto que no es contraria a aliviarse las penas con la bebida!…, pero ni en estado de embriaguez olvida sus obligaciones… ¡Cuántas viejas vigorosas de este género encierra Rusia, y cuántos bienestares se sostienen merced a ellas!…

Después de tomar el té, Vasia introduce los libros en su saquillo y va tras la estufa. Allí, junto a los vestidos de la abuela, debe de estar colgado su abrigo. Un minuto después surge de detrás de la estufa y pregunta:

—¿Dónde está mi abrigo?

La abuela y los demás niños se ponen todos juntos a buscar el abrigo; lo buscan durante largo rato, pero, como si se lo hubiera tragado la tierra, el abrigo no aparece. ¿Dónde podía estar?… La abuela y Vasia están pálidos y asustados; el propio Egorich se asombra y sólo Putojin continúa callado e inmóvil. Generalmente muy sensible al desorden, esta vez hace como si no viera ni oyera nada. La cosa es sospechosa.

—¡Se lo habrá bebido! —declara Egorich.

Putojin sigue callando, lo cual quiere decir que el hecho es cierto y Vasia es presa de espanto. ¡Su abrigo!… ¡Su magnífico abrigo, confeccionado con el vestido de paño de su difunta madre!… ¡Beberse en una taberna un magnífico abrigo forrado de percalina!… Esto significa, además, que al mismo tiempo que el abrigo han sido bebidos también el lápiz azul guardado en el bolsillo del costado, y el cuaderno en que aparecía escrito en letras doradas: «Nota bene». Metido en el libro había otro lápiz provisto de una gomita y, por añadidura, calcomanías.

De buena gana Vasia hubiera llorado, pero no era posible llorar. Si el padre, que tenía dolor de cabeza, hubiera oído llorar, se hubiera puesto a gritar, a patalear y a pegarse con todos, cosa que después de emborracharse hace de modo terrible. La abuela querría defender a Vasia y el padre la golpearía. El final de todo sería la intervención de Egorich en la riña, que sujetando al padre rodaría con él por el suelo. Ambos se revolcarían en éste, exhalándose de ellos una maldad borracha y animal, mientras que la abuela lloraría, chillarían los niños y los vecinos harían subir al portero. No…, era mejor no llorar.

Como no puede llorar ni protestar en alta voz, Vasia muge, se retuerce las manos, agita los pies y se muerde la manga, que sacude cogiéndola con los dientes, como hace el perro con la liebre. Sus ojos tienen una mirada extraviada y la desesperación contorsiona su rostro. La abuela al mirarle se quita el pañuelo de la cabeza y empieza también a hacer cosas con las manos y los pies, en silencio y con los ojos clavados en un punto. En esos momentos estoy convencido de que las mentes de la vieja y del chiquillo saben con clara seguridad que sus vidas están perdidas irremisiblemente.

Putojin no oye llorar, pero desde su cuartito lo ve todo y cuando media hora después, Vasia, arropado en el chal de la abuela, sale para la escuela, con un rostro que no puedo describirle, sale él también a la calle y le sigue. Siente deseos de llamar al chico, de consolarle, de pedirle perdón, de darle su palabra de honor, de pedir a la madre difunta que acuda a servirle de testigo…, pero de su pecho, en lugar de palabras, salen solamente sollozos. La mañana es húmeda y fría. Cuando llega a la escuela municipal, Vasia, para evitar que los compañeros digan que parece una baba, se quita el chal y entra en la escuela sin más abrigo que una chaquetita. Mientras tanto Putojin vuelve a casa, solloza, balbucea palabras ininteligibles, se postra ante los pies de la madre y de Egorich. Después, un tanto recobrado, corre a buscarme y con el aliento entrecortado me pide ¡por el amor de Dios! algún empleo. Yo, como es natural, le doy esperanzas.

—¡Por fin vuelvo en mí!… —dice—. ¡Ya era hora de que me diera cuenta!… ¡He prevaricado bastante, pero se acabó!…

Se pone muy contento y me da las gracias, mientras yo, que durante el curso de mi vida de casero he aprendido a conocer perfectamente a los señores inquilinos, mirándole siento ganas de decirle:

—¡Ya es tarde, amigo!… ¡Tú ya estás muerto!…

Desde mi casa, Putojin corre a la escuela municipal. Allí espera paseando la salida de su chico.

—¿Sabes?… —dice alegremente cuando por fin aparece Vasia—. ¡Ahora mismo acaban de prometerme un empleo!… ¡Tú, aguarda…, que he de comprarte una pelliza y he de llevarte a un colegio de pago!… ¿Comprendes?… ¡Haré de ti un *noble*!… ¡Ya no voy a beber más! ¡Palabra de honor que no voy a volver a beber!

Creía firmemente en ese futuro luminoso… Pero he aquí a la vieja volviendo al anochecer, cansada y deshecha, de casa de los judíos y poniéndose a lavar la ropa de los niños. Vasia, sentado, resuelve un problema; Egorich no trabaja. Gracias a Putojin se ha hecho un borracho perdido y ahora

mismo experimenta una sed de beber irresistible. La atmósfera en la habitación es calurosa y sofocante; un vaho se desprende del barreño en el que la vieja lava la ropa.

—¿Qué?… ¿Vamos?… —pregunta con aire taciturno Egorich.

Mi inquilino guarda silencio. Tras la excitación anterior se encuentra ahora insoportablemente aburrido. Dentro de él luchan el deseo de no beber y la tristeza, venciendo, naturalmente, la tristeza… ¡Es una historia conocida…, muy conocida!

Aquella noche salen Egorich y Putojin y a la mañana siguiente Vasia no encuentra el chal de la abuela.

¡He aquí, pues, lo que ocurrió con este piso!… Después de beberse el chal, Putojin no volvió más a la casa. ¿Adónde fue?… Pues no sé decirle… Tras su desaparición, la abuela se dio también a la bebida, enfermando después. La llevaron al hospital, los chicos pequeños fueron recogidos por unos parientes mientras Vasia entraba a prestar servicio en un lavadero. De día atendía a las planchas y de noche corría a buscar cerveza. Cuando le despidieron del lavadero, entró a servir a una de las señoritas. Por las noches hacía encargos y empezaron a llamarle *matón*. ¿Qué fue de él después?… No lo sé…

En cuanto a esta vivienda, durante diez años la habitó un músico mendigo. Cuando murió, encontraron veinte mil rublos dentro de su colchón.

EN LA PRIMAVERA

AÚN no se ha derretido la nieve en la tierra y ya la primavera pide entrada en el alma. Si alguna vez ha estado usted convaleciente de una grave enfermedad, seguramente conoce ese estado de beatitud que nos hace sonreír prendidos en vagos presentimientos. Un estado semejante experimenta ahora, sin duda, la naturaleza. La tierra está fría, los pies chapotean sobre la mezcla de nieve y barro, y, sin embargo…, ¡qué alegre, dulce y acogedor es todo en torno nuestro!… ¡Tan límpida y transparente es la atmósfera, que cuando se asciende al palomar o al campanario cree uno abarcar de punta a cabo el universo entero!… El sol brilla esplendoroso y sus rayos rientes se bañan jugando en los charcos junto a los gorriones. El río, ennegrecido e inflado, se ha despertado ya, y si no hoy, mañana seguramente empezará a alborotar; los árboles, aunque todavía desnudos, viven y respiran…

En época semejante es sumamente grato empujar con una pala o con una escoba el agua sucia hacia la cuneta, dejar correr por ella pequeños barquitos o romper el terco hielo con los tacones. También es grato hacer volar a los palomos hasta lo más alto del cielo, o trepar a los árboles y colocar en ellos casitas para los pájaros. ¡Sí!… ¡Es todo tan grato en esta feliz estación del año!… ¡Particularmente si es usted joven y amante de la naturaleza!… ¡Si no es usted caprichoso o histérico y si no está usted sujeto a una ocupación que le obligue a permanecer sentado entre cuatro paredes de la mañana a la noche!… ¡Lo ingrato es encontrarse enfermo, agotarse en un despacho o vivir en comunicación con las musas!… ¡No! ¡No conviene en primavera el trato con las musas!… ¡Mire qué bien, qué a gusto se siente la gente común y corriente!… ¡Ved ahí al jardinero Pantelei Petrovich, tocado desde muy temprano con un gran sombrero de paja, de anchas alas, incapaz de desprenderse de su pequeña colilla de cigarro encontrada por la mañana en la alameda!… ¡Mírele ahí, *en jarras*, ante la ventana del cocinero, hablándole de los zapatos que se compró ayer!… Toda su figura larguirucha respira satisfacción de sí mismo y dignidad. Considera a la naturaleza penetrado de su superioridad sobre ella, y su mirada es la mirada del propietario, despectiva

y dominadora, como si, por la larga permanencia en el invernadero o en el jardín, hubiera llegado a saber sobre el reino vegetal bastantes secretos que los demás ignoran.

Inútil sería hablarle de la majestad de la naturaleza, de que ésta es terrible y encierra prodigiosos encantos ante los cuales todo hombre orgulloso debe inclinar la cabeza; él cree conocer todos esos encantos y milagros y cree que la maravillosa primavera es tan enclava suya como la mujer delgada y de pecho hundido que sentada ante el pabellón anejo al invernadero da de comer a sus hijos unos *schi* sin carne.

Pues ¿y el cazador Iván Zajarov?… Vestido con una vieja chaqueta de paño y calzados sus desnudos pies con unos chanclos, está sentado sobre un tonel colocado boca abajo junto a la cuadra, y hace virutas de corcho. Se dispone a salir de caza. Por su imaginación desfila, con todos sus senderos y riachuelos, el camino que ha de recorrer; cierra los ojos y ve la fila larga y recta de árboles altos y esbeltos bajo los que, armado de su escopeta, permanecerá al acecho, temblando por el frescor del atardecer y por una dulce excitación. Aguzando el fino oído, le parece escuchar ya el ruido de las chochas, el de las campanas al vuelo del monasterio vecino sonando tras las vísperas… Y el cazador se siente lleno de bienestar y tontamente feliz.

Pero mire usted ahora a Makar Denisich, el joven que en la casa del general Stremoujov hace oficio no se sabe si de escribiente o de administrador menor. Gana un sueldo doble que el del jardinero, usa camisas blancas, fuma tabaco de a dos rublos, está siempre bien comido y bien vestido, y cuando tropieza con el general, tiene el gusto de estrechar a éste su mano blanca y gordiflona que luce una sortija ornada con un gran brillante… ¡Sin embargo, a pesar de esto, es desdichado!… Vive constantemente rodeado de libros; se hace enviar periódicos ilustrados por valor de veinticinco rublos y escribe… escribe…

Escribe cada atardecer después de la comida, mientras todos en la casa duermen, y esconde cuanto escribe en su baúl. En el fondo de este baúl, cuidadosamente doblados, yacen los pantalones y los chalecos; sobre ellos un paquete de tabaco aún sin abrir, un estuche, diez cajitas de píldoras, vacías, un pequeño *echarpe* de color carmesí, un pedazo de jabón de glicerina envuelto en un papel amarillo y muchas *propiedades* más, mientras contra sus costados se aprietan tímidamente montones de cuartillas escritas, como, asimismo, dos o tres números de *Nuestra Región* que publican cuentos y correspondencia de Makar Denisich. Toda la comarca le conoce como literato y poeta; todos ven

en él algo extraordinario, y todos tienen siempre algo que decir sobre su manera de hablar, de andar y de fumar.

El mismo Makar, en cierta ocasión, durante la celebración de un congreso regional, al que fue llamado como testigo, dijo (cosa que no venía a cuento, y poniéndose colorado como si hubiera robado una gallina) «que se ocupaba en literatura».

Hele aquí que avanza lentamente por la alameda cubierto con un abrigo azul marino, tocado con un gorro de *peluche* y llevando en la mano un bastoncillo… A cada cinco pasos, aproximadamente, se detiene y fija los ojos en el cielo o en una vieja corneja posada sobre el abeto.

Tiene el jardinero las manos apoyadas en las caderas, el cazador un rostro grave… peto Makar Denisich se encorva, tose débilmente y mira a su alrededor con sombría expresión… ¡como si la primavera con sus vapores y su belleza le agobiara, le oprimiera y le sofocara…!

Su alma está llena de timidez, y la primavera, en lugar de entusiasmos, alegrías y esperanzas, sólo despierta en él vagos deseos que le inquietan mientras camina, sin comprender él mismo lo que anhela… ¿Qué anhela, en efecto?…

— ¡Hola!… ¡Buenos días, Makar Denisich! —dice de pronto el general Stremoujov—. ¿Qué?… ¿No han vuelto todavía del correo?…

—Todavía no, excelencia —contesta Makar Denisich alzando los ojos hacia el coche en el que, sentado junto a su hijita, está el jovial y lozano general.

—¿Y qué hace usted ahí?… ¿Pasearse?… ¿Inspirarse?…

En sus ojos se leen estas palabras: «Careces en absoluto de talento. Eres una mediocridad».

—Sabe amigo… —prosigue el general, cogiendo de nuevo las riendas—. Hoy, mientras tomaba café, estuve leyendo una casilla sumamente ingeniosa. ¡Total…, una bagatela de dos páginas… pero qué deliciosa!… ¡Lástima que no domine usted el francés, porque, se la daría a leer!

Y el general, brevemente y saltando de una cosa a otra, le refiere el cuento recién leído, que Makar Denisich escucha cubriéndose de rubor, como si se sintiera culpable de no ser un escritor francés que sabe escribir *bagatelas*.

«¡No me explico lo que puede haber encontrado ahí de bueno el general!… —piensa Makar, mientras ve alejarse el carruaje—. ¡Un argumento de lo más vulgar!…, ¡Mis cuentos son mucho más profundos!…».

Y un gusanillo comienza a corroer a Makar. El amor propio de un autor es como el catarro del alma; el que lo padece no oye ya el canto de los pájaros,

ni ve el resplandor del sol, ni la primavera… Un ligero roce en esta postema es suficiente para que el organismo entero se encoja dolorosamente. Envenenado, Makar reanuda su paseo, que le conduce a través de la puerta de la cerca a un sucio camino.

Por el mismo sendero y encaramado en su alto carricoche, que hace rebotar su cuerpo, el señor Bubentzov se dirige apresuradamente a algún sitio.

—¡Eh!… ¡Mi saludo al señor escritor!… —grita a éste.

Si Makar Denisich hubiera sido tan sólo escribiente o administrador menor, nadie se hubiera atrevido a hablarle con ese tono protector y despectivo, pero por su condición de *escritor*, carece de talento y es una mediocridad…

Los caballeros como Bubentzov que no entienden en absoluto de arte ni éste les interesa, ante los *sin talento* y las *mediocridades* se sienten despiadados e inexorables. Serían capaces de perdonar a todo el mundo menos a Makar, a este infeliz chiflado que posee un baúl lleno de manuscritos. Cierto que el jardinero tronchó la vieja higuera y dejó pudrirse a muchas valiosas plantas, que el general, ocioso, como del pan ajeno, que el señor Bubentzov, en sus tiempos de juez de paz cuando una sola vez al mes trataba los asuntos, lo hacía tartamudeando, perdiéndose en el laberinto de las leyes y diciendo tonterías… ¡Todo esto se perdonaba! ¡Nadie reparaba en ello!…, pero, ¡dejar de fijarse y pasar en silencio, sin decir algo ofensivo, ante Makar el *sin talento, el que escribe versos y cuentos mediocres…*, eso no es posible! El que la cuñada del general propine bofetadas a sus doncellas y riña como una lavandera cuando juega a las cartas, el que la mujer del *pope* no pague nunca cuando pierde, o que el terrateniente Friugin robara un perro al terrateniente Sivobrasov…, a nadie importa…, pero que hace poco el periódico *Nuestra Región* devolviera a Makar Denisich un cuento desafortunado… es cosa que sabe toda la comarca, provocando burlas, largos comentarios e indignaciones contra Makar, al que todos llaman ya *Makarka*.

Si algo no les parece bien escrito no se molestan en explicar por qué no está bien escrito, sino que se limitan sencillamente a decir:

—¡Otra nueva sandez de ese hijo de perro!

Saber que no se le comprende, que no se le quiere o se le puede comprender, impide a Makar recrearse en la primavera. Imagina confusamente que si se le comprendiera todo iría maravillosamente bien. Pero… ¿cómo podría apreciarse si tiene o no talento en una región en la que nadie lee, o en la que cuando se lee, se lee de tal modo que más valdría no leer?… ¿Cómo hacer entender al general Stremoujov que aquella *bagatela*

francesa es algo nulo, insípido y vulgar?… ¿Cómo despertarle a la idea de que no ha leído nunca nada aparte de estas insípidas *cosillas*?…

¡En cuanto a las mujeres!… ¡Oh, cuánto irritan éstas a Makar!…

—¡Ay Makar Denisich! —suelen decirle—. ¡Qué lástima que no haya venido hoy al mercado!… ¡Si hubiera usted visto lo graciosos que estaban pegándose dos *mujiks*!… ¡Seguramente que los hubiera usted descrito muy bien!

¡Claro que todas éstas son majaderías a las que un filósofo, despreciándolas, no prestaría atención!…; pero Makar vive como sobre ascuas; un sentimiento de soledad, de orfandad y de tristeza invade su alma; de esa tristeza que sólo experimentan los seres muy solitarios y los grandes pecadores. Jamás, ni una sola vez en su vida, se ha puesto *en jarras*, como el jardinero, y muy pocas, acaso una cada cinco años, cuando tropieza en algún lugar del bosque o se sienta en un vagón de ferrocarril junto a otro chiflado sin fortuna como él, y le mira a los ojos, de repente recobra un momento la vida; ambos charlan largamente, discuten, ríen, se admiran y entusiasman, y de tal manera hacen todo esto, que el que los contemplara muy bien pudiera tomarlos por dos perturbados.

Pero, generalmente, aun estos raros momentos encierran su veneno. Makar y el otro fracasado encontrado al pasar se niegan mutuamente el talento: se envidian, se odian, se irritan y se separan como enemigos. Así, pues, transcurre desgastándose y derritiéndose la juventud, sin alegrías, sin amor ni amistad, sin paz en el alma ni nada de aquello que por las noches y en sus momentos de inspiración tanto anhelaba describir el taciturno Makar.

Y con la juventud pasa también la primavera.

EL ESPEJO

Es Nochevieja. Nelly, la hija de un general terrateniente, linda joven que día y noche sueña con el matrimonio, sentada en su habitación y entornando los ojos adormilados, fija éstos en el espejo.

Está pálida, tensa e inmóvil como el espejo mismo.

La perspectiva de aquel, aunque inexistente, visible, e interminable pasillo, con su hilera de innúmeras velas, el reflejo del rostro, de las manos, del marco del espejo…, ¡todo! hace tiempo que, envuelto en bruma, se ha unido formando un mar gris y sin límites. Este mar ondula, oscila, se enciende de cuando en cuando con una llamarada… Mirando los ojos inmóviles de Nelly y su boca abierta, difícil sería decir si está o no dormida… Sin embargo, ve…, pero lo que ve es sólo una sonrisa, la expresión dulce de unos ojos; luego, sobre el ondulante fondo gris, empiezan a dibujarse poco a poco, claramente, los contornos de una cabeza…, un rostro, unas cejas, una barba… ¡Es él!… ¡El predestinado!… ¡El objeto de sus largos ensueños y esperanzas!…

Este *predestinado* lo es todo para Nelly; significa el sentido de la vida, la felicidad personal, la carrera, el destino… Fuera de él, como en el fondo gris, sólo hay oscuridad, un vacío…, ¡la nada! ¡Natural es, pues, que al ver ante sí a la bella cabeza, sonriéndole tímidamente, experimente un deleite, una pesadilla inexplicablemente dulce, imposible de traducir en palabras, ni sobre el papel!… Luego oye su voz, se ve viviendo con él bajo un mismo techo, ve cómo su vida se funde poco a poco en la suya…

Sobre el fondo gris desfilan los meses, los años… Y Nelly, con absoluta precisión, en sus menores detalles, contempla su futuro.

Sobre el fondo gris se suceden los cuadros rápidamente… uno tras otro.

He aquí a Nelly llamando en una noche fría de invierno a la puerta de Stepan Lukich, el médico regional. Al otro lado del portalón suena un ladrido ronco y perezoso del viejo perro; las ventanas del doctor están oscuras y reina el silencio.

—¡Por el amor de Dios!… ¡Por el amor de Dios!… —murmura Nelly. Por fin rechina la puerta de la verja y Nelly ve ante sí a la cocinera del doctor.

—¿Está en casa el doctor?…

—El señor está durmiendo —contesta en un murmullo la sirvienta cubriéndose la boca con la manga, como si temiera despertar a su amo—. Acaba de volver de visitar a los enfermos atacados por la epidemia y ha dado orden de que no se le despierte.

Pero Nelly no oye a la cocinera. Apartándola con la mano, corre como enloquecida hacia el aposento del doctor. Después de atravesar varias oscuras habitaciones en las que reina un ambiente sofocante y de derribar al pasar dos o tres sillas, alcanza por fin el dormitorio del doctor. Stepan Lukich se ha quitado la levita y echado vestido sobre la cama, se sopla, frunciendo los labios, las palmas de las manos. A su lado arde con débil luz la lamparilla. Nelly, sin decir palabra, se deja caer en una silla y rompe a llorar. Llora amargamente, estremeciéndose con todo el cuerpo.

—Mi ma… Mi marido está enfermo —pronuncia, al fin.

Stepan Lukich guarda silencio. Incorporándose lentamente, apoya su cabeza sobre el puño cerrado y contempla a su visitante con ojos soñolientos e inmóviles.

—Mi marido está enfermo… —prosigue Nelly conteniendo los sollozos —. ¡Vamos, por el amor de Dios!… ¡De prisa!… ¡Lo más rápidamente posible!…

—¿Cómo?… —muge el doctor soplándose la palma de la mano.

—¡Vamos! ¡Ahora mismo!… ¡Si no…! ¡Si no!… ¡Es terrible decirlo!… ¡Por el amor de Dios!…

Y Nelly, pálida, martirizada, tragándose las lágrimas y con el aliento entrecortado, empieza a describir al doctor la enfermedad repentina de su marido y su propio inexpresable miedo. Su sufrimiento sería capaz de conmover a una piedra, pero el doctor la mira, se sopla en la palma de la mano y no se mueve.

—Iré mañana… —balbucea.

—¡Imposible! —se asusta Nelly—. ¡Sé que lo que tiene mi marido es el tifus!… ¡Ahora mismo!… ¡Le necesitamos en este instante mismo!

—Yo…, es que… ¡Acabo de llegar!… —masculla el doctor—. Llevo tres días combatiendo la epidemia… Estoy cansado y me encuentro enfermo. ¡Me es absolutamente imposible!… ¡Absolutamente!… Yo…, yo me he contagiado… ¡Mire!… —Y el doctor se recuesta—. Llevo tres días combatiendo la epidemia… La fiebre se aproxima a los cuarenta grados. ¡Me

es absolutamente imposible!… No…, no tengo ni siquiera fuerzas para estar sentado… ¡Perdóneme! Tengo que echarme…

Y el doctor se recuesta otra vez.

—¡Yo se lo ruego, sin embargo, doctor! —gime Nelly presa de desesperación—. ¡Se lo suplico!… ¡Ayúdeme, por el amor de Dios!… ¡Haga acopio de todas sus fuerzas y vayámonos!… ¡Le pagaré bien, doctor!

—¡Pero Dios mío!… ¡Si ya le he dicho!… ¡Ah!…

Nelly se levanta de un salto y pasea nerviosamente por el dormitorio. Quisiera poder explicar al doctor…, hacerle comprender… Piensa que si éste supiera lo querido que es para ella su marido y lo infeliz que se siente en este instante, olvidaría su cansancio y su enfermedad. ¿Pero de dónde sacar la elocuencia necesaria?…

—Vaya a buscar al otro médico —oye decir a la voz de Stepan Lukich.

—¡Imposible! ¡Vive a veinticinco *verstas* de distancia y el tiempo ahora es precioso! ¡Tampoco tenemos bastantes caballos! ¡Desde nuestra casa hasta aquí hay cuarenta *verstas* y para la del doctor falta casi otro tanto!… ¡No! ¡Es imposible!… ¡Vamos, Stepan Lukich! ¡Le pido que haga una proeza! ¡Hágala!… ¡Tenga compasión!…

—¡Canastos!… ¡Arde uno en fiebre…, tiene uno la cabeza atontada y no lo comprende!… ¡No puedo! ¡Déjeme en paz!

—¡Sin embargo tiene usted la obligación de ir! ¡No puede negarse a ir!… ¡*lo* que le pasa es que es un egoísta!… ¡El hombre debe sacrificar su vida por el prójimo, pero usted!… ¡Le denunciaré a los tribunales!…

Nelly siente que está mintiendo, que el doctor no merece tal ofensa, pero la salud de su marido es capaz de hacerle olvidar la lógica, el tacto y la piedad humana. Por toda contestación a su amenaza, el doctor se bebe ansiosamente un vaso de agua fría… Nelly empieza de nuevo a suplicarle, tratando de excitar su compasión como la última mendiga. Por fin cede el doctor. Levantándose lentamente, busca entre resoplidos su levita.

—La levita está aquí, Yo le ayudaré a ponérsela… Permítame… ¿Así?… ¡Vámonos! ¡Le pagaré bien y le estaré agradecida toda la vida!…

¡Qué martirio aquél!… El doctor, después de puesta la levita, vuelve a tumbarse otra vez; Nelly le levanta y le lleva a rastras hasta el recibimiento, en el que se entabla una larga y encarnizada lucha con los chanclos, la pelliza; luego es el gorro el que se pierde… He aquí que, por fin, Nelly se encuentra subida en el carruaje, al lado del doctor. Sólo falta ya recorrer cuarenta *verstas* y su marido recibirá asistencia facultativa. La oscuridad se cierne sobre la tierra; nada se distingue ya…, sopla un viento invernal y el suelo,

bajo las ruedas, está helado. Deteniéndose a cada instante, el cochero medita sobre la ruta a seguir. Durante todo el trayecto, Nelly y el doctor guardan silencio; el mal estado del camino les hace experimentar violentas sacudidas, pero ellos no se dan cuenta de éstas ni del frío.

—¡De prisa! ¡De prisa! —apremia Nelly al cochero.

A eso de las cinco de la madrugada los martirizados caballos entran en el patio. Nelly reconoce el portalón, el pozo con su garrucha y la larga hilera de cuadras y cobertizos. ¡Por fin está en casa!

—¡Espere, que ahora mismo vuelvo! —dice a Stepan Lukich, dejándole sentado en el comedor—. ¡Descanse un poco mientras voy a ver cómo sigue!

Cuando, al cabo de un minuto. Nelly vuelve del lado de su marido, encuentra al doctor echado sobre el diván y mascullando algo.

—¡Tenga la bondad, doctor!… ¡Doctor!

—¿Qué?… Pregunte a Domna… —balbucea Stepan Lukich.

—¿Cómo?

—En la Junta se decía… Decía Vlasov… ¿Quién?… ¿A quién?… ¿Qué?…

Y Nelly, con gran espanto, se da cuenta de que el doctor sufre el mismo delirio que su marido. ¿Qué hacer?…

«¡Otro médico!», decide.

De nuevo oscuridad…, un viento frío y cortante y el camino helado, de piso desigual. Su alma padece tanto como su cuerpo; pero para mitigar esta clase de sufrimientos la Naturaleza, embustera, no tiene remedios paliativos…

El fondo gris le muestra luego a su marido buscando en todas las primaveras el dinero necesario para pagar los intereses al Banco en el que tiene hipotecada la hacienda. Ni él ni ella duermen, y ambos, con el cerebro dolorido, buscan la manera de escapar a la visita del juez pesquisidor. Ve también a los niños… y a su eterno miedo al resfriado, a la escarlatina, a la difteria, a las malas notas, a las separaciones… De los cinco o seis pequeñuelos, alguno, seguramente, morirá… El fondo gris no está a salvo de la muerte, ¡y es natural!… ¡Marido y mujer no pueden morir al mismo tiempo!… ¡Forzosamente uno ha de ver el entierro del otro!… Y Nelly asiste a la muerte de su marido. Tan terrible desgracia se le aparece en sus menores detalles. Ve el ataúd, los cirios, el sacristán y hasta las huellas que dejaron en el suelo de la antesala los pies del empleado de pompas fúnebres.

«¿Para qué todo esto?… ¿Para qué?…», se pregunta mientras contempla con expresión embotada el rostro de su marido.

¡Toda su vida anterior, transcurrida a su lado, se le antoja ahora un necio e inútil prólogo de esta muerte!

Algo se desprende de las manos de Nelly y cae al suelo con estrépito. Estremeciéndose y abriendo mucho los ojos se levanta de un salto. Uno de los espejos yace a su pies, el otro continúa, como antes, sobre la mesa. Al mirarse en él ve un rostro pálido, con huellas de llanto. El fondo gris ha desaparecido.

«Me parece que me he dormido», piensa. Y suspira aliviada.

VEJEZ

El arquitecto y consejero civil Uselkov llegó a su ciudad natal, a la que había sido llamado para que procediera a la restauración de la iglesia del cementerio. Había nacido, crecido, estudiado y se había casado en aquella ciudad, no obstante lo cual, cuando se bajó del vagón, apenas la reconocía. Todo estaba cambiado. Cuando él (hacía dieciocho años) se trasladara a Pitier[151], en el sitio en que se encontraba la estación cogían caracoles los chiquillos, y a la entrada de la calle principal, en el lugar en el que antes se veía solamente una fea tapia gris, se elevaban ahora los cuatro pisos de la fonda Viena. Pero ni las tapias ni las casas habían cambiado tanto como la gente. Por sus preguntas al camarero, supo que más de la mitad de las personas que había conocido se habían muerto o arruinado o habían pasado al olvido.

—¿Y qué fue de Uselkov? ¿Te acuerdas de él? —preguntó de sí mismo al viejo camarero—. ¿Uselkov?… ¿El arquitecto que se separó de su mujer?… ¡El que vivía en la calle Svirebeevskaia!… ¡Le recordarás seguramente!…

—No me acuerdo, señor.

—¿Cómo no te vas a acordar?… ¡Si fue un asunto que hizo mucho ruido!… ¡Si hasta los *isvoschik* hablaban de ello!… ¡Vamos, hombre, acuérdate!… Llevaba el pleito, como abogado, el bribón de Schapkin, el célebre jugador de ventaja…, aquel a quien dieron de azotes en el Círculo…

—¿Iván Nikolai?

—¡Justo!… ¿Qué ha sido de él? ¿Vive? ¿Se murió?

—A Dios gracias, vive. Ahora es notario y tiene su bufete. Vive bien. Es dueño de dos casas en la calle Kirpichnaia y hace poco casó a su hija…

Uselkov dio unos cuantos pasos por la habitación y, como era mucho su aburrimiento, decidió ir a visitar a Schapkin. Cuando salió de la fonda en dirección a la calle Kirpichnaia era mediodía. Encontró a Schapkin en su bufete, pero apenas le reconoció. Del esbelto abogado de rostro lozano y siempre borracho que había sido, Schapkin habíase convertido en un viejo de cabello cano y aspecto modesto y enfermizo.

—¿No me reconoce?… ¿Se ha olvidado usted de mí?… —empezó diciendo Uselkov—. Soy Uselkov, su antiguo cliente…

—¿Uselkov?… ¿Qué Uselkov?… ¡Ah!…

Y Schapkin se acordó, le reconoció y quedó a su vez petrificado.

Las exclamaciones, las preguntas y la evocación de recuerdos se sucedieron.

—¡Qué inesperada sorpresa! —cacareaba Schapkin—. ¿Qué podría ofrecerle?… ¿Quiere usted champaña?… Puede que lo que desee sean ostras… ¡Palomo mío!… ¡Tanto dinero le saqué entonces, que todo me parece poco para obsequiarle!

—¡Por favor!… ¡No se moleste! —dijo Uselkov—. No tengo tiempo… Tengo que ir ahora mismo al cementerio para inspeccionar la iglesia. He aceptado encargarme de su restauración.

—¡Perfectamente!… ¡Comeremos primero, beberemos e iremos juntos! Tengo unos caballos magníficos… Conque yo le llevaré y le haré conocer al *starosta*. ¡Todo se lo arreglaré! ¡Me ocuparé de todo!… Usted, ángel mío, no tiene por qué desconfiar de mí. ¿Tiene miedo?… ¡Ahora ya no hay por qué tener miedo!… ¡Je, je, je!… ¡Antes, en efecto, era yo un mozo hábil…, un hombre aprovechado! ¡No le convenía a nadie acercarse a mí…! Pero ahora soy un carcamal… ¡Me he hecho viejo, me he casado, tengo hijos y ya me ha llegado la hora de morirme!

Los amigos comieron, bebieron y, en su coche, arrastrado por dos caballos, abandonaron la ciudad, tomando el camino del cementerio.

—Si… ¡Aquello sí que eran tiempos!… —evocó Schapkin una vez sentado en el trineo—. Lo recuerda uno y, sin embargo, no puede creerlo… ¿Se acuerda de cuando se divorció usted de su esposa?… Han pasado más de veinte años y seguramente se le ha olvidado todo; pero yo me acuerdo, como si fuera ayer, de cuando estaba divorciándolos. ¡*Dios* mío!… ¡Qué cantidad de mala sangre me hice entonces!… Era yo en aquella época un hombre enredador, casuístico, una cabeza atrevida… Lo que me interesaba era pescar algún asunto ruidoso, sobre todo si los honorarios eran buenos, como, por ejemplo, en el caso del pleito suyo, ¿cuánto me pago entonces?… ¿Cinco…, seis mil?… ¿Cómo no iba uno a hacerse mala sangre?… Usted se había marchado a Petersburgo dejando el asunto en mis manos…, como el que dice: «¡Haz lo que se te antoje!…». Su esposa, Sofia Mijailovna, que en paz descanse, aunque venia de familia de comerciantes, era una mujer orgullosa y de mucho amor propio… Comprarla para conseguir que se echara sobre sí las culpas…, era difícil, ¡terriblemente difícil!… Cuando iba yo a su casa para

tratar del asunto, se ponía a gritar a la doncella: «¡Mascha! ¡Ya te he dicho que no vuelvas a recibir a este canalla!». Intentaba una cosa…; luego, otra…; le escribía cartas, procuraba encontrarme con ella como por casualidad; pero nada surtía efecto. Tenía que valerme de una tercera persona. Empleé mucho tiempo en el asunto, y solo cuando se mostró usted dispuesto a darle diez mil rublos vaciló. ¡Diez mil rublos! ¡A esto no pudo resistirse! Lloró, me escupió a la cara y consintió en echarse la culpa en todo.

—Me parece que no fueron diez mil, sino quince mil, los que se le dieron —dijo Uselkov.

—En efecto, sí… Me he confundido… —se azaró Schapkin—; pero…, en fin…, como esto ya pertenece a otros tiempos, no hay por qué ahora esconder el pecado… Le di diez y me quedé con los cinco restantes… Los engañé a los dos… ¡Es asunto pasado y ya no hay por qué avergonzarse!… Además… ¿a quién iba a sacar ese dinero sino a usted, Boris Petrovich?… ¡Juzgue usted mismo!… ¡Era usted un hombre rico y satisfecho de la vida!… ¡Se había casado porque le había dado la real gana y se divorciaba por la misma razón!… ¡Ganaba una enormidad!… ¡Recuerdo que con una sola obra se metió usted en el bolsillo veinte mil rublos!… ¿A quién, por tanto, iba a esquilmar más que a usted?… Tengo, además, que confesarle que la envidia me martirizaba… ¡Que usted se forrara y al pasar ante usted se quitaran el sombrero… y que un solo rublo me valiera a mí azotes y bofetadas en el Círculo!… Pero, bueno…, ¿para qué recordarlo ahora?… ¡Ya es tiempo de que se olvide!

—Dígame, por favor…, ¿cómo vivió luego Sofia Mijailovna?

—¿Con los diez mil rublos?… ¡Malísimamente!… Sabe Dios si fue que la dominó la pasión, o si fue la vergüenza y el orgullo herido por haberse vendido los que empezaron a martirizarla…, o tal vez que le amara a usted… Lo cierto es que se dio a la bebida… Cuando recibió el dinero empezó a pasearse en *troika* con oficiales…, ¡y la de juergas y francachelas que arMarian!… ¡La de borracheras!… ¡No era oporto, sino coñac, lo que pedía en una taberna cuando entraba con los oficiales!… ¡Se conoce que para arder por dentro y atontarse antes!…

—Sí… Era extravagante… Sufrí mucho a su lado. A veces, si algo la ofendía, se le alteraban los nervios… Y luego, ¿qué ocurrió?

—¿Luego?…, pues pasó una semana… y otra…, y un día en que estaba yo sentado en mi casa, escribiendo, se abrió la puerta y entró ella borracha. «¡Coja usted otra vez ese maldito dinero!», dijo. Y me tiró a la cara un fajo de billetes. Se veía que ya le quemaba las manos. Yo cogí el dinero y lo conté…

Faltaban quinientos rublos. Sólo había tenido tiempo de malgastar quinientos rublos.

—¿Y qué hizo usted con el dinero?

—¡Como el asunto pertenece ya al pasado…, no hay por qué guardar el secreto!… ¡Me quedé con él…, claro! ¿Por qué me mira usted de ese modo?… Espere a lo que viene ahora… Es enteramente una novela… ¡Psiquiatría pura!… Pues verá…, unos dos meses después…, volviendo yo una noche a mi casa, borracho y hecho un asco…, enciendo la luz y veo que, echada en el diván y también borracha, está Sofia Mijailovna, con el aire extraviado del que se ha fugado de *Bedlam*…

—«¡Devuélvame —dice— mi dinero! ¡Lo he pensado mejor!… ¡Si uno quiere caer…, al menos que caiga bien! ¡Vamos, canalla…, muévase! ¡Devuélvame el dinero!».

—Y usted…, ¿se lo dio?

—Recuerdo que le di diez rublos…

—¡Oh!… ¡Por Dios!… ¿Será posible?… —dijo Uselkov haciendo un gesto de disgusto—. Si usted no podía o no quería dárselos…, ¿por qué no haberme escrito a mí?… ¡Y pensar que yo nada sabía!… ¿Verdad que yo nada sabía?…

—¡Palomo mío! ¿Para qué iba yo a escribirle a usted, si ella misma lo hacía, desde el hospital donde se encontraba recogida y enferma?…

—Cierto… Estaba yo entonces tan ocupado con mi nuevo matrimonio…, metido en un torbellino tal…, que no era aquél momento de escribir cartas…; pero usted…, una persona indiferente…, usted, que no sentía animadversión hacia Sofia, ¿por qué no le tendió la mano?…

—Antes no se veían las cosas como ahora se ven, Boris Petrovich… Ahora pensamos de una manera, pero antes lo hacíamos de un modo completamente distinto… Ahora quizá le hubiera dado mil rublos y, sin embargo, entonces, aquel dinero no se lo di gratis… ¡Una historia fea! ¡Olvidémosla!… Pero he aquí que ya hemos llegado…

El trineo se había detenido ante la puerta del cementerio. Uselkov y Schapkín bajaron de él, atravesaron el portalón y entraron en una larga y ancha alameda. Desnudos cerezos y acacias, cruces grises y mausoleos brillaban como la plata bajo la escarcha; un día claro y soleado se reflejaba en cada copo; olía con el olor común a todos los cementerios, a incienso y a tierra recién removida.

—¡Tienen ustedes un cementerio muy bonito! —dijo Uselkov—. ¡Es enteramente un jardín!

—Sí. ¡Lástima que los ladrones roben pedazos a los mausoleos!… Allí, a la derecha, bajo aquella sepultura de hierro fundido, está enterrada Sofia Mijailovna. ¿Quiere usted verla?…

Los amigos torcieron hacia la derecha y, caminando sobre la espesa nieve, se dirigieron a la sepultura de hierro fundido…

—Aquí es —dijo Schapkin señalando un pequeño mausoleo construido en mármol blanco—. Fue uno de los tenientes el que mandó poner este monumento sobre su tumba.

Uselkov se quitó lentamente el gorro, mostrando su calva al sol. Schapkin, al observarlo, se lo quitó también, y una segunda calva relució bajo el sol. Reinaba un silencio sepulcral, como si el aire estuviera también muerto. Los amigos, contemplando en silencio el monumento, meditaban.

—¡Duerme! —dijo la voz de Schapkin interrumpiendo el silencio—. ¡El haber asumido todas las culpas y bebido coñac ya no la hace sufrir!… ¡Confiese…, Boris Petrovich!

—¿El qué? —interrogó sombríamente Uselkov.

—¡Que por muy ingrato que nos resulte el pasado, siempre era aquello mejor que… esto! —y Schapkin indicó con la mano sus canas.

—¡Sí!… ¡Antes no se le ocurría a uno pensar en la hora de la muerte!… ¡Tenía uno fuerzas para enfrentarse con ella…, pero ahora! En fin…, ¡bah! ¡Para qué hablar!

La tristeza se había apoderado de Uselkov. ¡Sentía el deseo de llorar, tan apasionadamente como en otro tiempo sintiera el de amar!… ¡Sabía que había de encontrar su llanto sabroso y refrescante! De sus ojos brotaba ya la humedad y algo oprimía su garganta; pero a su lado estaba Schapkin, y Uselkov se avergonzó de aquella falta de valor ante un testigo. Dando media vuelta tomó la dirección de la iglesia.

Sólo dos horas más tarde, después de haber hablado con el *starosta*, inspeccionando la iglesia y aprovechando un minuto de distracción de Schapkin, que charlaba con el cura, pudo irse corriendo a llorar… A hurtadillas se dirigió al monumento, escurriéndose como un ladrón y volviendo atrás la cabeza a cada instante. El pequeño y blanco mausoleo le miraba pensativo y triste y tan ingenuamente como si bajo él yaciera una niña y no una mujer perdida y una esposa divorciada.

«¡Llorar! ¡Llorar!», pensaba Uselkov.

¡Pero el momento de las lágrimas había pasado ya!… Éstas, por mucho que el viejo parpadeara y por muchos esfuerzos que hiciera, no brotaban de

sus ojos, ni nudo alguno oprimía su garganta. Diez minutos después, con un gesto de desaliento, Uselkov se fue en busca de Schapkin.

LAS OSTRAS

No tengo que esforzar demasiado la memoria para recordar con todos sus detalles aquellos crepúsculos en que paseaba con mi padre por una de las concurridas calles moscovitas, al tiempo que siento cómo, poco a poco, se apodera de mí una extraña enfermedad. No me duele nada, pero mis piernas flojean, las palabras no salen de mi garganta y mi cabeza se inclina hacia un lado… Seguramente voy a caerme ahora mismo al suelo y a perder el conocimiento.

Si en este momento me llevaran al hospital, los médicos tendrían que escribir sobre mi cabecera: *Fames*, enfermedad que no consta en los libros de medicina.

A mi lado, en la acera, está mi padre, vestido con un raído *macferland* y tocado con un gorrito, bajo el que asoma un pedacito de forro de guata; grandes y pesados chanclos calzan sus pies. El hombre teme sin duda que se vea que lleva puestos los chanclos sobre los pies desnudos y cubre sus pantorrillas con las polainas de unas botas de montar.

Este pobre tonto y chiflado, por el que, cuanto más se le desgasta el elegante *macferland*, mayor cariño siento, hace cinco meses que llegó a la capital en busca de un empleo de escribiente. Se ha pasado los cinco meses vagando por las calles de la ciudad, sin decidirse, hasta hoy, a pedir limosna. Frente a nosotros se alza una gran casa, de tres pisos, que ostenta el siguiente rótulo: *Taberna*. Mi cabeza, al inclinarse ligeramente hacia un costado, me obliga a mirar a lo alto, a las ventanas iluminadas de la taberna, tras las que pasan rudas figuras humanas. Alcanzo a ver el lado derecho de la orquesta, dos litografías, lámparas que cuelgan…, y si miro fijamente a una de las ventanas, distingo claramente una mancha blanca. Esta mancha está inmóvil, y sus contornos, de líneas rectas, se destacan vivamente sobre el conjunto castaño oscuro del fondo. Esforzando la vista, me doy cuenta de que esta mancha blanca es un cartel pendiente de la pared. Hay algo escrito sobre él, pero no puedo distinguir con claridad lo que es. En media hora no puedo apartar los ojos del rótulo cuya blancura me atrae y parece hipnotizar mi

cerebro; me esfuerzo en leerlo, pero todos mis esfuerzos resultan vanos. Por fin, mi extraña enfermedad reclama sus derechos. El ruido de los carruajes empieza a parecerme más violento; en la pestilencia callejera aprecio mil olores distintos, y mis ojos ven cómo las lámparas de la taberna y los faroles de la calle despiden relámpagos cegadores. La tensión de mis cinco sentidos sobrepasa los límites de lo normal, y empiezo a ver cosas que antes no veía. En un letrero leo: «Ostras»… ¡Qué palabra tan extraña!… ¡Ni una sola vez la he oído en los ocho años y tres meses, exactamente, que llevo en la tierra!… ¡Qué significará!… ¿Será acaso el apellido del dueño de la taberna?… No. Los letreros con los apellidos se colocan sobre las puertas y no sobre las paredes…

—¡Papá!… ¿Qué quiere decir ostras?… —pregunto con voz ronca y tratando de volver la cara hacia mi padre.

Pero mi padre no me oye; observa los movimientos de la muchedumbre y sigue con los ojos a cada transeúnte. En ellos veo que quiere decirles algo, pero la palabra fatal, como pesado lastre, queda pendiente de sus labios temblorosos, sin poder desprenderse de ellos. Una vez llega a dar un paso en pos de un transeúnte y a tocarle en la manga, pero cuando éste vuelve la cabeza, azarándose, le dice: «Usted perdone». Y retrocede.

—¡Papá!… ¿Qué quiere decir ostras? —repito.

—Pues… Un bicho… Vive en el mar…

Al instante me represento a este desconocido bicho marino. Debe de ser una mezcla de pescado y cangrejo. Como se saca del mar, seguramente se hará de él una sopa muy sabrosa, con pimienta aromática y hojas de laurel; un guisado de sabor un poco agrio, con costillitas y salsa de cangrejos, y un flan de gelatina y raíz fuerte… Veo claramente cómo traen del mercado este bicho, cómo le limpian de prisa y le meten, también muy de prisa, en el puchero. De prisa, muy de prisa, porque todos tienen mucha hambre… De la cocina llega el olor a pescado frito y a sopa de cangrejos. Siento cómo este olor cosquillea mi paladar y mis narices; cómo poco a poco invade todo mi cuerpo. La taberna, mi padre, el blanco rótulo, mis mangas…, todo me huele a este olor, y me huele tan fuertemente que empiezo a masticar. Mastico, degluyo como si, en efecto, en mi boca hubiera un pedazo de bicho de mar. Tal deleite siento, que las piernas se me doblan y, para no caerme al suelo, tengo que agarrarme a la manga de mi padre, apoyarme sobre su mojado *macferland*. Mi padre tiembla, tirita, tiene trio…

—Papá…, ¿las ostras son comida de carne?… —pregunto.

—Se comen vivas… —contesta mi padre—. Están dentro de unas conchas, como las de las tortugas…, sólo que en dos mitanes…

El sabroso olor cesa al instante de cosquillear mi cuerpo y la ilusión se desvanece… ¡Ahora lo entiendo!

«¡Qué porquería! —murmuró—. ¡Qué porquería!».

Entonces, ¿eso son las ostras?… La imaginación me presenta a un bicho parecido a la rana; esta rana, sentada sobre su concha, fija en mí sus grandes ojos brillantes y agita su repugnante mandíbula. Veo traer del mercado a este bicho con su concha, tentáculos, brillantes ojos y resbaladiza piel… Todos los niños se esconden cuando la cocinera, haciendo una mueca de repugnancia, coge al bicho por los tentáculos, lo coloca sobre un plato y se lo lleva al comedor. Los mayores se lo sirven y se lo comen vivo, ¡con ojos, dientes y patitas!, mientras el bicho lanza agudos pitidos y se esfuerza en morderles el labio. Mi rostro se contrae, no obstante lo cual, mis dientes empiezan a masticar… Es un bicho asqueroso, repugnante, horrible…; pero yo me lo como…, me lo como con ansia, aun temiendo darme cuenta de su gusto y olor. Yo me he comido uno de los bichos y veo los ojos brillantes de un segundo, de un tercero… A éstos me los como también, y por último me como la servilleta, el plato, los chanclos de mi padre y el rótulo blanco… Me como todo cuanto pasa ante mis ojos, porque siento que sólo la comida aliviará mi enfermedad. Las ostras me miran con sus ojos espantosos: son repugnantes, sólo pensar en ellas me hace temblar…; pero, sin embargo, quiero comerlas…, ¡comer!…

—¡Ostras!… ¡Denme ostras!… —sale como un grito de mi pecho, y extiendo ante mí las manos.

— ¡Auxilio, señores! —oigo decir en este momento a la voz estrangulada de mi padre—. ¡Me avergüenza pedir, pero…! ¡Dios mío!… ¡Ya no tengo fuerzas!

—¡Quiero ostras! —grito sacudiendo los faldones del abrigo de mi padre.

—Pero tú…, tan pequeño…, ¿comes ostras? —ríe alguien a mi lado.

Ante nosotros, dos señores de chistera me miran riendo a la cara.

—¿Es posible, chiquillo, que comas ostras?… ¿De veras?… ¡Qué interesante!… ¿Y cómo las comes?

Recuerdo que una fuerte mano me conduce a rastras a la taberna iluminada y que un minuto después a mi alrededor se ha formado un grupo, que me contempla con curiosidad, divertido. Yo estoy sentado a la mesa, engullendo algo escurridizo, salado, que sabe a humedad y a moho. Como con ansia, sin masticar, sin mirar lo que como ni preguntar lo que es. Se me figura

que si abro los ojos he de ver indefectiblemente aquellos ojos brillantes, unos tentáculos, unos afilados dientes… De pronto empiezo a masticar algo duro y se oye un crujido.

—¡Ja, ja, ja! ¡Se tragó hasta las conchas! —ríe el grupo—. Pero, tontín…, ¿crees que eso se come?…

Luego recuerdo una terrible sed; estoy echado sobre la cama y el ardor de mi estómago y un extraño gusto en mi ardorosa boca me impiden dormir. Mi padre pasea gesticulando de un rincón a otro.

—Me parece que me he resfriado —masculla—. Tengo un peso en la cabeza… como si alguien estuviera sentado en ella… ¡Claro que hoy no he comido nada!… ¡Soy especial!…, un majadero… ¡Veo dar a esos señores diez rublos por las ostras y no me acerco a pedirles que me presten unos cuantos!… ¡Seguramente que me los hubieran prestado!

Al llegar la madrugada me quedo dormido. Sueño con la rana y sus tentáculos y la veo sentada sobre su concha, moviendo los ojos. Hacia el mediodía la sed me despierta, y busco con los ojos a mi padre.

Continúa andando y gesticulando.

EN CASA

VINIERON de parte de los Grigoriev a buscar un libro, pero yo dije que no estaba usted en casa. El portero trajo los periódicos y dos cartas… Por cierto, Evgenii Petrovich… Yo le rogaría que prestara atención a Serioja. Ya hace tres días, y hoy otra vez, he notado que fuma… Cuando empecé a regañarle, hizo lo de siempre, taparse la cabeza y ponerse a cantar para ahogar mi voz.

Evgenii Petrovich Bikovski, fiscal del tribunal de la región, que al regresar de una vista se quitaba los guantes en su despacho, miró a la institutriz al terminar ésta su informe y se echó a reír.

—¿Que Serioja fuma?… —dijo, encogiéndose de hombros—. ¡No me figuro al pequeño con su cigarrillo! Pues ¿qué edad tiene?

—Siete años… Usted no le da importancia; pero a la edad de Serioja esto representa una costumbre perniciosa, y las costumbres perniciosas hay que extirparlas desde el principio.

—Absolutamente exacto. ¿Y de dónde saca el tabaco?

—Del cajón de su mesa de usted.

— ¡Ah, sí!… En ese caso, mándemelo por aquí.

Cuando se retiró la institutriz, Bikovski, sentándose ante su mesa de escritorio, cerró los ojos y quedó pensativo. Sin saber por qué, veía en la imaginación a su Serioja con un gran cigarrillo en la mano, del tamaño de una vara, y envuelto en una nube de humo de tabaco; caricatura que le hizo sonreír. Al mismo tiempo, el grave y preocupado semblante de la institutriz le llevaba a recordar aquel tiempo, ya muy lejano y en casi su totalidad olvidado, en el que fumar en el colegio y en el cuarto de los niños llenaba a los padres y a los pedagogos de un singular y no enteramente comprensible espanto. Se azotaba sin piedad a los niños, se los expulsaba del colegio, se les quebraba la vida, aunque ningún pedagogo ni ningún padre sabía a punto fijo qué perjuicio podía ocasionarles ni en qué consistía el crimen de fumar. Incluso los más inteligentes se tomaban el trabajo de combatir un vicio que no comprendían. Evgenii Petrovich recordó al director de su colegio, un viejo

instruido y bonachón, que palidecía y se asustaba tanto cuando atrapaba a alguno de los alumnos con el cigarrillo en la mano, que reunía inmediatamente un consejo pedagógico extraordinario y condenaba al culpable con la expulsión. Sin duda, es ésta la ley de la vida en comunidad: cuanto más incomprensible es un posible daño, tanto más cruel y brutalmente se lucha contra él. Y el fiscal, recordando a dos o tres de los expulsados y la vida posterior de éstos, no pudo evitar el pensar que muy frecuentemente el castigo acarrea mayores males que el propio crimen.

Todo organismo viviente posee el don de la rápida adaptación a cualquier clase de atmósfera. De no ser así, el hombre descubriría a cada momento la insensatez que encierran a veces los procedimientos sensatos y cuán poca verdadera sensatez preside incluso en actividades tan llenas de responsabilidad y tan terribles por sus consecuencias como son las pedagógicas, las jurídicas y las literarias. Este género de pensamientos, ligeros, imprecisos, de las que sólo es capaz un cerebro fatigado cuando descansa, vagaron por la mente de Evgenii Petrovich. No se sabe de dónde proceden ni para qué vienen, permanecen poco tiempo en la cabeza y parecen arrastrarse por la superficie del cerebro, sin penetrar en su profundidad. Para aquellos obligados a pasarse las horas y hasta los días enteros discurriendo de una manera oficial y sólo en una dirección, estas lucubraciones domésticas y despreocupadas constituyen a su modo un tipo de bienestar y una grata comodidad.

Habían dado ya las ocho de la noche; alguien, arriba, al otro lado del techo, en el segundo piso, recorría la habitación de un extremo a otro, y más arriba aun, en el tercero, cuatro manos hacían escalas. Aquellos pasos nerviosos, que parecían los de una persona atormentada por el pensamiento o sufriendo dolor de muelas, y las monótonas escalas imprimían a la quietud de la tarde un eco adormecedor que invitaba a la pereza mental. Dos habitaciones más lejos, en el cuarto de los niños, hablaban Serioja y la institutriz.

—¡Pa-paaá ha llegado! —cantó el chico—. ¡Pa-paaá ha llegado!… ¡Pa-paaá!…

—*Votre pere vous appelle!… Allez vite!* —piaba la institutriz como un pájaro asustado—. ¿No oye usted lo que le dicen?…

«Y a todo esto…, ¿qué voy a decirle yo?», pensaba Evgenii Petrovich.

Pero antes que le diera tiempo de idear algo, en el despacho entraba su hijo Serioja, niño de siete años.

Sólo su vestimenta permitía averiguar el sexo de su persona: era fino, pálido, frágil…, lánguido como una planta de estufa, y en todo él, desde los

movimientos de su cabeza rizosa hasta su blusa de terciopelo, había algo extraordinariamente tierno y suave.

—Hola, papá… —dijo con blanda voz, subiendo a las rodillas de su padre y besándole rápidamente en el cuello—. ¿Me has llamado?

—¡Permítame…, permítame, Serguei Evgeñich!… —contestó el fiscal, apartándole de sí—. Antes de besarnos es menester que hablemos…, y que hablemos muy seriamente… Estoy enfadado contigo y ya no te quiero… Conque ya lo sabes, hermano…, no te quiero y no eres mi hijo…

Serioja miró fijamente a su padre, luego paseó la mirada por la mesa y se encogió de hombros.

—¿Qué es lo que te he hecho?… —preguntó, asombrado y pestañeando—. ¡Hoy no he entrado ni una sola vez en el despacho ni he tocado nada!

—¡Ahora mismo Natalia Semiovna acaba de quejárseme de que fumas!… ¿Eso es verdad?… ¿Fumas?…

—Sí… He fumado una vez… Es verdad.

—¿Lo estás viendo?… ¡Y además mientes! —dijo el fiscal frunciendo el entrecejo para disfrazar su sonrisa—. ¡Natalia Semiovna te ha visto ya fumando dos veces, de manera que ya estás cogido en tres acciones feas: fumar, coger tabaco ajeno, de mi mesa, y mentir!… ¡Tres culpas!

—¡Ah!, sí… —recordó Serioja, cuyos ojos sonrieron—. ¡Es verdad!… He fumado dos veces: hoy y otro día.

—Pues ¡ya lo estás viendo!… ¡Eso quiere decir que no ha sido una sola vez, sino dos!… ¡Me tienes muy descontento!… ¡Antes eras un buen chico, pero veo que te has estropeado y que te has vuelto malo!

Y Evgenii Petrovich, arreglando el cuello a Serioja, pensó:

«¿Qué más tendré que decirle?».

—¡Sí!… ¡Eso no está bien! —prosiguió—. ¡No lo esperaba de ti!… En primer lugar, no tienes derecho a coger un tabaco que no te pertenece. ¡Uno sólo tiene derecho a coger lo que es de su propiedad, y si coge lo ajeno… es una mala persona! («No, no es esto lo que tengo que decirle», pensó Evgenii Petrovich). ¡Natalia Semiovna, por ejemplo…, tiene un baúl en el que guarda sus vestidos!… ¡Es *su baúl*, y, por tanto, nosotros…, o sea, tú y yo…, no tenemos derecho a tocarlo, porque no es nuestro!… ¿No es cierto?… Tú tienes tus caballitos y tus estampas, y verás que yo no te los cojo… Puede que hubiera gustado cogerlos; pero como no son míos…, que son tuyos…

—¡Cógelos si quieres! —dijo Serioja arqueando las cejas—. ¡Haz el favor, papá!… ¡No te dé vergüenza!… ¡Cógelos!… Ese perrito amarillo que tienes encima de la mesa es mío, y yo no digo nada… ¡Que se quede ahí!…

—No me comprendes —dijo Bikovski—. El perrito me lo has regalado. ¡Ahora es mío, y puedo hacer con él lo que quiera, mientras que el tabaco yo no te lo he regalado! ¡El tabaco es mío!… («No es así como tengo que explicárselo —pensó el procurador—. ¡No es así en absoluto!»). Escucha… Si tengo gana de fumar tabaco ajeno…, lo primero que tengo que hacer es pedir permiso…

E indolentemente, enlazando unas frases con otras y esforzándose en emplear un lenguaje infantil, Bikovski se puso a explicar a su hijo el significado de la palabra *propiedad*. Serioja miraba su pecho y le oía con atención (le gustaba charlar con su padre por las noches); luego, apoyándose en el borde de la mesa, empezó a guiñar sus ojos miopes sobre el papel y el tintero. Su mirada, que vagaba por la mesa, se detuvo en el frasco de la goma arábiga.

—Papá…, ¿con qué se hace la cola? —preguntó de repente, acercando a sus ojos el frasco.

Bikovski le quitó el frasco de las manos, lo colocó en su sitio y prosiguió:

—En segundo lugar…, fumas. ¡Eso está muy mal!… El que yo fume no quiere decir que se pueda fumar… Yo fumo…, pero ya sé que no es juicioso hacerlo… ¡Me reprendo a mí mismo por ello…, no me quiero!… («Qué astuto pedagogo soy», pensó el fiscal). El tabaco perjudica mucho a la salud y el fumador muere antes de lo debido. Pero lo que, sobre todo, es muy malo es el fumar siendo tan pequeño como tú… Tienes el pecho todavía débil…, no eres aún fuerte, y a la gente débil el humo del tabaco les produce la tuberculosis y otras enfermedades. El tío Ignatii, por ejemplo, se murió tuberculoso…, y si no hubiera fumado es fácil que todavía viviera.

Serioja miró pensativo a la lámpara, tocó la pantalla con el dedo y suspiró.

—El tío Ignatii tocaba muy bien el violín —dijo—. Su violín está ahora en casa de Grigoriev.

Y apoyándose en el borde de la mesa quedó de nuevo pensativo. Su rostro pálido tenía la expresión del que escucha algo interiormente o sigue el curso de los propios pensamientos. Tristeza y algo semejante al miedo se dibujaba en sus ojos, que no parpadeaban. Seguramente pensaba ahora en la muerte que hacía tan poco tiempo se había llevado a su madre y al tío Ignatii… La muerte se lleva al otro mundo a las madres y a los tíos, y en la tierra se quedan los niños y los violines. Los difuntos viven en el cielo, junto a las estrellas, y desde allí miran a la tierra. ¿Cómo soportan la separación?

«¿Qué voy a decirle?… —pensaba Evgenii Petrovich—. No me escucha. Con seguridad no concede importancia ni a su conducta ni a mis argumentos.

¿Qué procedimiento emplear para hacerle comprender?».

Y el fiscal se levantó de la butaca y empezó a pasear por el despacho.

«Antes —pensaba—, en mis tiempos, estas cuestiones se resolvían de una manera extraordinariamente sencilla. A cada chiquillo sorprendido fumando se le daba de azotes. Los cobardes y los pusilánimes dejaban, en efecto, de fumar; pero el que era más osado y más inteligente, cuando terminaban de azotarle se metía el tabaco en la bota y se iba a fumar al cobertizo. Si le atrapaban en el cobertizo y le azotaban otra vez, se marchaba al río, y así sucesivamente, hasta que se hacía grande… Mi madre, para que yo no fumase, me hacía una infinidad de regalos en dinero y en bombones. Ahora ya esos sistemas nos parecen nulos o inmorales. Partiendo de la lógica, el pedagogo contemporáneo trata de hacer captar al niño los buenos principios, no por el miedo ni por el afán de la recompensa, sino de una manera consciente…».

Mientras así cavilando paseaba, Serioja se había puesto en pie sobre la silla, al lado de la mesa, y empezado a dibujar. Para evitar que ensuciara los papeles de negocios o tocara la tinta, sobre la mesa había un montón de cuartillas colocadas allí especialmente para él y un lápiz azul.

—La cocinera hoy, cuando estaba cortando el repollo, se cortó el dedo —dijo, al tiempo que, alzando las cejas, dibujaba una casita—. ¡Dio un grito tan fuerte que todos nos asustamos y fuimos corriendo a la cocina!… ¡Es tonta!… Natalia Semiovna le decía que metiera el dedo en agua y sal, pero ella se lo chupaba… ¡Mira que meterse un dedo sucio en la boca!… Eso no conviene, ¿verdad, papá?

Luego empezó a contar que, mientras comían, en el patio había entrado el hombre del aristón, con una niña que cantaba y bailaba al son de la música.

«Tiene su curso propio de pensamientos —pensaba el procurador—. Su cabeza encierra un pequeño mundo, y a su manera sabe lo que tiene importancia y lo que no la tiene. Para apoderarse de su atención y de su conciencia no basta con descender a su nivel…, sino que es preciso también pensar a su manera. Si la pérdida del tabaco me hubiera, en efecto, importado…, si me hubiera mostrado ofendido o hubiera llorado, me comprendería perfectamente… Por eso precisamente es por lo que las madres son insustituibles para educarlos…, porque saben sentir, llorar y reír con ellos…, mientras que con la lógica y la moral no se consigue nada… ¿Qué podría decirle?… ¿Qué…?».

Y a Evgenii Petrovich se le antojaba extraño y risible que un experto letrado que se ha pasado la mitad de su vida ejerciendo en toda clase de

advertencias y de castigos se encontrara tan completamente desorientado y sin saber qué decir a un niño.

—Escucha… Tienes que darme tu palabra de honor de que no vas a volver a fumar —dijo.

—¡Paaá-labra de honor! —cantó Serioja, apoyando el lápiz e inclinándose sobre el dibujo—. ¡Paaá-labra de honor!… ¡or!… ¡or!…

«¿Sabe lo que quiere decir “palabra de honor”?… —se preguntó Bikovski—. ¡No!… ¡Soy un mal precentor!… Si algún pedagogo o jurista me viera ahora la cabeza por dentro, me llaMaria *guiñapo* y hasta sospecharía que me pasaba de listo… En el tribunal todas las cuestiones, por canallescas que sean, se resuelven de un modo mucho más sencillo que las de casa. Aquí tiene uno que habérselas con personas a las que se ama con locura, y el amor es exigente y complica los asuntos. ¡Si este chiquillo, en lugar de ser mi hijo, fuera mi alumno o un acusado…, no me acobardaría de esta manera ni mi pensamiento andaría tan desorientado!».

Evgenii Petrovich atrajo hacia sí uno de los dibujos de Serioja. Representaba éste una casa con el techo torcido, de cuyas chimeneas el humo brotaba en zigzag como el relámpago y llegaba hasta el borde del papel. Junto a la casa se veía a un soldado con dos puntitos por ojos y armado con una bayoneta, que más que bayoneta parecía un cuatro.

—Un hombre no puede ser más alto que una casa —dijo el fiscal—. Mira…, el techo le viene por el hombro al soldado.

Serioja saltó sobre sus rodillas, en las que se revolvió largo rato, hasta acomodarse mejor.

—No, papá —dijo—. Si dibujas más pequeño al soldado, no le cabrían los ojos.

¿Debería discutir con él?… Por sus cotidianas observaciones sobre su hijo, el fiscal había llegado a convencerse de que los niños, lo mismo que los salvajes, tienen sus puntos de vista respecto al arte y exigencias particulares imposibles de ser comprendidas por los adultos. Si un adulto hubiera parado su atención en Serioja, pudiera habérsele antojado anormal. Encontraba éste razonable representar a la gente más alta que las casas y reproducir con el lápiz no sólo los objetos, sino las sensaciones experimentadas. Así, por ejemplo, el sonido de la orquesta era expresado por él por medio de unas manchas ahumadas y esféricas…; el silbido, como un humo en espiral… En su concepto, el sonido se mantenía en contacto con la forma y con el color, por lo que iluminando las letras, invariablemente pintaba la *a* de amarillo, la *eme* de morado y la *ene* de negro, etcétera…

Serioja, dejando el dibujo, se revolvió otra vez en sus rodillas, adoptó una postura cómoda y pasó a ocuparse de la barba de su padre. Primeramente la alzó con esmero, luego la dividió en dos mitades y se puso a peinarlas, dándoles forma de patillas.

—Así te pareces a Iván Stepanovich —musitó—, y ahora te vas a parecer a nuestro portero. Papá…, ¿por qué los porteros están siempre al lado de las puertas? ¿Para no dejar entrar a los ladrones?…

El fiscal sentía su aliento en el rostro, el constante roce de su mejilla contra sus cabellos, y su alma, caldeándose, se tornaba blanda…, ¡tan blanda como si no fueran solamente sus manos, sino su alma entera, la que descansara sobre el terciopelo de la blusa de Serioja! Mirando los oscuros ojos del niño se le figuraba que desde las dilatadas pupilas de éstos le miraba su madre, su mujer y todo lo que había amado alguna vez.

«¡Y pensar que tengo que azotarle!… —se dijo—. ¡Pensar que hay que idear algún castigo!… ¡No!… ¡No puedo abrigar pretensiones de preceptor!… La gente antes era sencilla…, daba menos vueltas a las cosas y por ello las cuestiones se resolvían con más valentía… Ahora pensamos demasiado…, la lógica nos corroe… Cuanto más desarrollada está la inteligencia del hombre, cuanto más sutiliza…, más indecisa, aprensiva y tímidamente aborda los problemas… En efecto, pensándolo profundamente, ¡de qué dosis de valor, de confianza en sí mismo se precisa para enseñar, para juzgar, para escribir un grueso libro!…».

Dieron las diez.

—Sabes, niño mío…, ya es hora de dormir —dijo el fiscal—. Conque despídete y vete a la cama.

—No, papá… —dijo Serioja con una mueca de disgusto—. Me quedaré un poco más… ¡Cuéntame algo!… ¡Cuéntame un cuento!

—Bien…, pero después del cuento tienes que irte en seguida a dormir.

En sus veladas libres, Evgennii Petrovich acostumbraba a contar cuentos a Serioja. Como la mayoría de los hombres de negocios, no se sabía de memoria ninguna poesía ni se acordaba de ningún cuento, por lo que cada vez que contaba algo tenía que improvisarlo. Solía empezar con la fórmula usual: «Erase una vez un reino…». Luego pergeñaba una nadería ingenua, sin saber, mientras contaba la primera parte, cómo iba a resultar el centro y el final. Cuadros, personajes, situaciones…, todo era *impromtu*, y argumento y moraleja nacían por sí solos, independientes de la voluntad del narrador.

A Serioja le gustaban mucho estas improvisaciones, y el fiscal observaba que cuanto más modesto y sencillo era el argumento, con tanta más fuerza

actuaba sobre el chiquillo.

—Verás… —empezó a decir—. Érase una vez un reino en el que había un anciano rey que tenía una larga barba blanca y unos bigotazos… así de largos… Pues bien, este rey vivía en un palacio de cristal que relucía y brillaba bajo el sol como un gran témpano de hielo puro… El palacio, hermano mío, estaba en medio de un gran jardín, en el que…, ¿sabes?…, crecían naranjos, bergamotos, cerezos…; florecían los tulipanes, las rosas y los *muguets*, y cantaban pájaros de todos los colores… Sí… De los árboles colgaban campanillas de cristal, que cuando soplaba el viento sonaban de una manera tan delicada que podía uno pasarse las horas enteras escuchándolas… El cristal da un sonido más suave y armonioso que el metal… Pues bien… ¿qué más?… En el jardín corrían las fuentes… ¿Te acuerdas de la que viste en la casa de campo de tía Sonia?… Pues unas fuentes iguales, absolutamente iguales, eran las del jardín del rey…, sólo que con la diferencia de que éstas eran de un tamaño mucho mayor y con unos surtidores que alcanzaban las cimas más altas del más alto sauce.

Evgenii Petrovich, después de meditar un momento, prosiguió:

—El anciano rey tenía un hijo único, heredero del reino, tan pequeño como tú. Era un chico muy bueno. No tenía caprichos y se acostaba temprano. No tocaba nada de lo que había encima de la mesa y en general era un buen chico. No tenía más que un defecto…, que fumaba…

Serioja, con el espíritu en tensión, escuchaba sin pestañear, sin apartar los ojos de su padre… El fiscal proseguía contando, y mientras contaba pensaba:

«¿Qué le diré ahora?…».

Por fin, después de extenderse prolijamente en su relato, concluyó así:

—A causa del tabaco, el príncipe enfermó de tuberculosis y murió al cumplir los veinte años. El viejo y caduco anciano se quedó, naturalmente, sin ayuda alguna…, sin nadie que supiera gobernar el reino y defender el palacio… Los enemigos, entonces, vinieron…, mataron al anciano y destruyeron el palacio, en cuyo jardín ya no hay ahora ni cerezos, ni pájaros, ni campanillas. ¡Y esto fue, hermano, lo que ocurrió!…

Semejante final, que a Evgenii Petrovich parecía ingenuo y risible, causó, sin embargo, como todo el cuento, fuerte impresión a Serioja. Por sus ojos pasó de nuevo la tristeza y ese algo parecido al miedo. Permaneció un minuto mirando pensativo a la ventana; luego se estremeció y dijo con voz apagada:

—No voy a fumar más…

Cuando se despidió para ir a acostarse, su padre se quedó paseando y sonriendo por la habitación.

«Puede decirse que aquí el efecto lo ha conseguido la forma bella y artística… Suponiendo que fuera así…, esto no sería consolador. ¡No es el verdadero remedio!… ¿Por qué la moral y la verdad no han de poderse presentar en toda su crudeza, sino con añadiduras azucaradas y dorándolas como a las píldoras?… ¡Esto no es lo normal! ¡Es una falsificación, un engaño, una prestidigitación!…».

Pensó en los letrados que exigen irremisiblemente un discurso…, en la gente que aprende la Historia a través de los cuentos y de las novelas históricas…, en sí mismo, que había adquirido el sentido humano no con sermones y leyes, sino por medio de la fábula, la novela y la poesía…

La medicina tiene que ser dulce…, la verdad tiene que ser bella. Este capricho lo tiene el hombre desde los tiempos de Adán…, y quizá sea eso lo normal…, lo que deba ser… ¡Cuántos aparentes engaños de la Naturaleza tienen su finalidad!… ¡Cuántas mentiras hay en el mundo que la tienen también!…

Se sentó a trabajar, y mientras trabajaba, aquellos pensamientos de índole doméstica y perezosa vagaron aún largo rato por su cabeza. Al otro lado del techo habían cesado las escalas, aunque el inquilino del segundo piso continuaba paseando de un lado a otro…

VEROCHKA

IVÁN Alekseich Ognev recordaba aquel atardecer de agosto; cómo al abrir la puerta de cristales para salir a la terraza había sonado ésta. Llevaba puesto entonces un ligero *macferland* y un sombrero de paja de anchas alas. (El mismo que ahora, lleno de polvo, descansa junto a las botas de montar, debajo de la cama). Una de sus manos sostenía un paquete de libros, y la otra un grueso palo nudoso.

Al lado de la puerta, y alumbrándole el camino con la lámpara, estaba Kusnetzov, el amo de la casa, viejo, calvo, de larga y canosa barba y americana de piqué, blanca como la nieve. El viejo sonreía con expresión de benevolencia y sacudía la cabeza.

—¡Adiós, viejito! —le gritó Ognev.

Kusnetzov depositó la lámpara sobre la mesita y salió a la terraza. Dos sombras largas y estrechas descendieron los peldaños en dirección a los macizos de flores, y sus cabezas, después de balancearse, se pararon en los troncos de los tilos.

—¡Adiós, y otra vez gracias, querido! —dijo Iván Alekseich—. ¡Gracias por su hospitalidad, por su afecto, por sus cariñosos cuidados! ¡Nunca…, mientras me dure la vida, olvidaré su acogida!… ¡Es usted bueno, su hija es buena y todos son aquí buenos, alegres y acogedores!… ¡Son ustedes gente tan magnífica que no encuentro palabras para expresarlo!

El exceso de sentimiento y la influencia de la *nalivka*[152] bebida recientemente, hacía hablar a Ognev con voz cantarina de seminarista, y estaba tan emocionado que no tanto expresaba su sentir con palabras como por medio de parpadeos y retorcimiento de hombros. También un poco achispado. Kusnetzov alargaba su cuerpo hacia el joven para besarlo.

—Me he habituado como un perro a su compañía —proseguía Ognev—. Casi diariamente he venido a su casa, he pernoctado en ella unas diez veces y he bebido aquí tanta *nalivka* que ahora me da miedo recordarlo. Pero por lo que principalmente le doy las gracias, Gavriil Petrovich, es por su generosa ayuda. Sin usted no hubiera acabado con la estadística hasta octubre. En el

prólogo escribiré así: «Considero mi deber expresar todo mi agradecimiento al presidente de la Delegación de Hacienda de la región, señor Kusnetzov, por la amable ayuda prestada…». ¡El porvenir de la estadística es brillante!… ¡Transmita un respetuoso saludo a Gavrilovna, a los médicos, a ambos Jueces pesquisidores y a su secretario, cuya ayuda nunca olvidaré!… ¡Y ahora, viejito…, abracémonos por última vez!…

Conmovido, Ognev volvió a besar al viejo y empezó a bajar la escalera. Al pisar el último peldaño volvió la cabeza y preguntó:

—¿Cuándo volveremos a vernos?

—¡Eso sólo Dios lo sabe! —contestó el viejo—. ¡Seguramente nunca!

—¡Es verdad! ¡Será difícil convencerle de que vaya a Pitier, y en cuanto a mí…, no creo probable que vuelva a caer por esta región!… ¡Adiós, pues!…

—¡Se deja olvidados los libros! —gritó a su espalda Kusnetzov—. ¡Qué gana de ir cargado!… ¡Yo se los hubiera enviado mañana!…

Pero Ognev no le escuchaba ya, y se alejaba rápidamente de la casa. Su alma, que el vino caldeaba, estaba a la vez alegre y triste… Pensaba al alejarse en cuán frecuentemente la vida le hace a uno tropezar con gentes bondadosas, y en lo sensible que era que tales encuentros sólo perduraran luego en el recuerdo. Así como por el horizonte pasan raudas las grullas y el soplo ligero del viento se lleva su grito lastimero y entusiasta y un minuto después, aún mirando fijamente la lejanía azul, no se percibe ya ni un punto en el espacio ni se oye un sonido, asimismo la gente, con sus rostros y discursos, desfilan raudas por nuestras vidas y se sumergen en nuestro pasado sin dejar tras de sí para memoria más que huellas insignificantes. Por haber vivido desde la primavera en la región de N*** y visitado diariamente a la hospitalaria familia de los Kusnetzov, Iván Alekseich había llegado a acostumbrarse a ella como a la suya propia; al viejo, a la hija, a los criados. Había aprendido a conocer, hasta en sus más mínimos detalles, todo lo referente a la casa: la simpática terraza, las curvas de las alamedas, las siluetas de los árboles junto a la cocina y el baño. Sin embargo, ahora… cuando traspase la puerta de entrada, todo ello se convertirá para él en un recuerdo y perderá para siempre su verdadero significado. Transcurrirían uno o dos años, y en su consciencia, junto con las patrañas y productos de su fantasía, palidecerían estas imágenes queridas…

«¡Nada hay más amable en la vida que el trato con las gentes! —pensaba, conmovido, Ognev cuando recorría la alameda en dirección a la salida—. ¡Nada hay más amable!…».

* * *

En el jardín reinaba una gran quietud y había una atmósfera templada; olía a reseda, a heliotropo y a la flor del tabaco que florecía aún en los macizos. Una bruma no muy espesa, pero tierna, y empapada por la luz de la luna, invadía los espacios entre los arbustos y los árboles, y sus jirones, semejantes a fantasmas atravesando uno tras otro lentamente, pero de manera visible a los ojos, las alamedas, quedaron grabados para mucho tiempo en el recuerdo de Ognev. La luna se había detenido a gran altura sobre el jardín, y por debajo de ella, dirigiéndose hacia algún sitio de levante, pasaban transparentes y nebulosas manchas. Diríase que el mundo entero se componía de negras siluetas y de blancas sombras errantes, y Ognev, contemplando la niebla de aquella noche de agosto, por primera vez pensó que lo que veía no era la Naturaleza, sino una decoración en la que pirotécnicos poco expertos, sentados bajo los arbustos y pretendiendo iluminar el jardín con blanca luz de bengala, hubieran llenado el aire, al mismo tiempo que de luz, de un humo blanquecino.

Una sombra, separándose de la cerca de pequeña altura, le salió al encuentro.

—¡Vera Gavrilovna!… —se alegró—. ¡Usted aquí! ¡Y yo entre tanto buscándola para despedirme!… ¡Me voy!… ¡Adiós!…

—¿Tan pronto?… ¡Si no son todavía las once!

—Sí, ya es hora. Tengo que andar cinco *verstas* y hacer además el equipaje. Mañana he de madrugar…

Ante Ognev estaba Vera, la hija de Kusnetzov, joven de veintiún años, generalmente triste, vestida con desaliño e interesante. Las jóvenes que sueñan mucho y se pasan los días enteros tumbadas, leyendo perezosamente cuanto cae en sus manos, suelen aburrirse, entristecerse y vestirse, por lo general, descuidadamente. A aquellas a las que la Naturaleza ha concedido el gusto y el instinto de la belleza, este ligero desaliño en el vestir presta un encanto especial. Ognev, por lo menos, al recordar más tarde a la linda Verochka, no podía imaginarla sin la amplia blusita cuyos pliegues, aun frunciéndose profundamente en el talle, no llegaban a rozar su cuerpo…, sin el rizo desprendido del alto moño y colgando sobre la frente, sin aquel pañuelo tejido en color rojo y rematado por deshilachados madroñitos que al anochecer pendía laciamente sobre su hombro como banderín anunciador de buen tiempo, y que de día aparecía tirado y arrugado en el recibimiento, junto

a los gorros masculinos o en un baúl del comedor, y durmiendo sobre él, sin ceremonias, una vieja gata. De este pañuelo y de los pliegues de la blusita se desprendía un olor a despreocupada pereza, a bondad, a vida sedentaria… Seguramente porque Vera gustaba a Ognev, sabía éste, en cada uno de sus volantitos y botoncitos, encontrar ese algo tibio, acogedor, ingenuo…; ese algo tan bueno e impregnado de poesía de que precisamente carecen las mujeres insinceras, frías y desprovistas de sentimiento estético.

Verochka tenía una bonita contextura, un perfil correcto y cabellos rizosos. Ognev, que había visto pocas mujeres en su vida, la consideraba una belleza.

—Me marcho —dijo, despidiéndose de ella ante la puerta de salida—. ¡No conserve mal recuerdo de mí!… ¡Gracias por todo!

Y con la misma voz cantarina de seminarista con que había conversado con el viejo, parpadeando y agitando los hombros, se puso a dar las gracias a Vera por su hospitalidad, trato afectuoso y bondad.

—En todas las cartas que he escrito a mi madre le he hablado de usted. ¡Ah, si todo el mundo fuera como son usted y su padre!… ¡La vida entonces sería un Edén!… ¡Todos cuantos les rodean son magníficos!… ¡Gente sencilla, cariñosa y sincera!

—¿Y adónde va usted ahora? —preguntó Vera.

—Ahora voy a Orel, a ver a mi madre. Estaré algún tiempo con ella y luego me marcharé a Pitier a trabajar.

—¿Y después?

—¿Después?… Pasaré todo el invierno trabajando, y en primavera me iré a alguna otra región en busca de material de estudio. Conque… ¡que sea usted muy dichosa y que viva cien años! ¡No conserve mal recuerdo de mí, ya que no volveremos a vernos!

Y Ognev, inclinándose, besó la mano de Verochka. Luego, con callada excitación, acomodándose el *macferland* sobre los hombros y agarrando más cómodamente el montón de libros, dijo tras un momento de silencio:

—¡Cuánta niebla!

—¿*No* se le olvida nada?

—¿Qué puede habérseme olvidado?… Creo que nada.

Por espacio de unos cuantos segundos Ognev permaneció callado; luego, con una torpe vuelta en dirección a la salida, abandonó el jardín.

—¡Espere! ¡Espere!… ¡Le acompañaré hasta nuestro bosque! —dijo Vera saliendo tras él.

Emprendieron juntos el camino. Los árboles no les impedían ya la vista del ancho espacio y podían ver el cielo y la lejanía…

Como cubierta por un velo, toda la Naturaleza se escondía tras un transparente y opaco humo, en cuyo interior asomaba alegremente su belleza. La bruma, en aquellos sitios en que era más blanca y más espesa, caía sobre las gavillas y los arbustos; en otros, vagaba deshecha en jirones, atravesando el camino, y se ceñía contra la tierra como esforzándose en no ocultar la amplia extensión. A través de la niebla se divisaba todo el camino hasta el bosque, flanqueado aquel por oscuras cunetas en las que crecían pequeños arbustos que entorpecían el vagar de los jirones de niebla. A una media *versta* de la entrada del jardín distinguíase negruzca, la línea del bosque de los Kusnetzov.

«¿Por qué habrá venido conmigo?… Ahora tendré que acompañarla», pensó Ognev.

Pero luego, mirando el perfil de Vera, sonrió afectuosamente y dijo:

—¡No le dan a uno ganas de marcharse con tan buen tiempo!… ¡La noche está verdaderamente romántica!… ¡Luna!… ¡Quietud!… ¡Tiene todos los atributos para ello!… ¿Sabe lo que le digo, Vera Gavrilovna?… ¡Hace veintinueve años que estoy en el mundo y todavía no he sido protagonista de una sola novela!… ¡No ha habido en el curso de mi vida entera una historia romántica!… Por tanto, los *rendez-vous* de rigor, las alamedas llenas de suspiros y los besos…, son cosas que sólo conozco de oído… ¡Anormal!… En la ciudad, metido en la habitación…, no se repara en ello; pero aquí, al aire libre, se da uno profunda cuenta… ¡Le da a uno pena!…

—¿Y por qué se la da?

— ¡Qué sé yo!… Seguramente me ha faltado el tiempo toda la vida… para… O puede ser, sencillamente, que no haya tropezado con mujeres que… En general, tengo pocos conocimientos y no voy a ninguna parte.

Los jóvenes anduvieron en silencio unos trescientos pasos. Ognev miraba la cabeza cubierta de Verochka, y en su alma, uno tras otro, resucitaban los días de la primavera y del verano. Era aquélla la época en la que, lejos de su gris aposento petersburgués, se deleitaba en el cariño de esta buena gente, en la Naturaleza y en su amado trabajo. No tenía entonces tiempo de observar cómo los crepúsculos matutinos reemplazaban a los vespertinos, y cómo, uno tras otro, anunciando el término del verano, cesaban de cantar primeramente el ruiseñor, después la codorniz y un poco más tarde el rascón… El tiempo volaba inadvertido, lo cual significaba que la vida era amable y ligera… Recordaba la desgana con que él, hombre de pocos recursos económicos, no

acostumbrado al movimiento ni a la gente, había venido a fines de abril a esta región de N***, en la que sólo esperaba encontrar aburrimiento, soledad e indiferencia hacia la estadística, ciencia que, en su concepto, ocupaba ahora, entre todas, el más preeminente lugar. Llegado a la pequeña ciudad provinciana de N***, buscó alojamiento en la fonda del viejo Riabujin, en la que por veinte *kopekas* diarias le dieron una clara y limpia habitación con la condición de que fuera a fumar a la calle. Después de haber descansado, se informó de quién era en la región el presidente de la Delegación de Hacienda, y sin perder tiempo tomó, a pie, la dirección de la casa de Gavriil Petrovich. Tuvo que andar cuatro *verstas* a través de magníficos prados y jóvenes bosquecillos. Bajo las nubes, llenando el aire de sonidos argentinos, temblaban las alondras, y sobre los verdes sembrados, serias y graves, agitando las alas, pasaban volando las cornejas de blanco pico.

—¡Dios mío! —se asombraba Ognev—. ¿Se respirará siempre aquí este aire o será solamente hoy, en el día de mi llegada, cuando se disfruta de este olor?…

Esperando una acogida formal y seca, entró en casa de los Kusnetzov con escasa valentía, mirando de soslayo y pellizcándose tímidamente la barbilla. Al principio, el viejo fruncía la frente con un gesto de incomprensión, como el que no entiende para qué un joven y su estadística necesitan de la Delegación de Hacienda; pero cuando él le explicó minuciosamente lo que era material estadístico y dónde se recogía éste, Gavriil Petrovich se animó, sonrió y se puso con curiosidad infantil a examinar sus apuntes.

Por la noche de aquel mismo día, Iván Alekseich estaba ya sentado cenando a la mesa de los Kusnetzov, se achispaba rápidamente, y mirando los rostros pacíficos y los movimientos indolentes de sus nuevos conocidos, se sentía invadido por esa dulce y adormecedora pereza que precede al sueño y por un deseo de sonreír y de desperezarse. Sus nuevos conocidos, mientras tanto, se informaban de si su padre y su madre vivían aún, de cuánto ganaba él mensualmente y de si frecuentaba los teatros… Recordaba también Ognev sus viajes cantonales, las jiras, la pesca, la excursión en común a aquel convento de monjas para visitar a la superiora, Maria, que regaló a cada uno de los visitantes una bolsita bordada en abalorios… Recordaba las discusiones ardientes, interminables, de ese género típicamente ruso en el que los contrincantes, sin entenderse los unos a los otros, se salpican de saliva, golpean en la mesa con el puño, se interrumpen y contradicen sin darse cuenta, y en cada frase que pronuncian cambian de tema constantemente y después de haber discutido durante dos o tres horas se preguntan riendo:

—¡El diablo sabrá por qué se ha armado esta polémica!… ¡Empezamos discutiendo una cosa y hemos ido a parar a otra que no tiene nada que ver con ella!

—¿Se acuerda de cuando usted y yo fuimos con el doctor a caballo a Sehertovo? —dijo Iván Alekseich a Vera al acercarse con ésta al bosque—. Recuerdo que nos encontramos con un pobre tonto al que di cinco *kopekas*, y que él se santiguó y tiró mis cinco *kopekas* al sembrado de centeno… ¡Dios mío!… ¡Cuántas impresiones se me han quedado grabadas!… ¡Si pudiera reunirías todas y formar con ellas una masa compacta, podría salir de la masa un hermoso lingote de oro!… ¡No comprendo cómo gentes inteligentes, dotadas de sensibilidad, pueden vivir apiñadas en las capitales, en lugar de venirse aquí! ¿Acaso la Perspectiva de Nevski[153] o las grandes y húmedas casas encierran más espacio y verdad que esto?… ¡Créame!… ¡Los departamentos amueblados en que vivo, atestados de arriba abajo de pintores, de sabios y de periodistas, me parecen ahora encarnar un prejuicio!

Veinte pasos aproximadamente antes de llegar al bosque había un estrecho puentecillo rematado por pequeños postes de madera que en los paseos del atardecer utilizaban los Kusnetzov y sus huéspedes para hacer un alto en el camino. Desde allí, los que lo desearan, podían escuchar el eco del bosque y ver desaparecer el camino en su negra espesura.

—Ya estamos en el puentecillo —dijo Ognev—. Vuélvase desde aquí.

Vera se detuvo y respiró hondamente.

—¡Sentémonos antes un poco! —dijo, tomando asiento sobre uno de los pequeños postes—. Ya sabe que cuando alguien se marcha, la costumbre es sentarse con quienes le despiden…[154].

Ognev se sentó a su lado sobre el montón de libros y prosiguió su charla. Vera, con la respiración fatigosa por la caminata, volvía la vista hacia un costado, por lo que Iván Alekseich no podía ver su rostro.

—Si dentro de diez años volviéramos a encontrarnos —decía él—, ¿cómo estaríamos?… Usted seria seguramente una respetable madre de familia y yo el autor de algún *respetable* tratado de estadística que a nadie interesaría y que sería tan grueso como cuarenta mil juntos. Si nos volvemos a encontrar, evocaremos los tiempos pasados… Ahora vivimos un presente que nos satisface y nos impulsa; pero entonces ya no nos acordaremos ni de la fecha, ni del mes, ni siquiera del año en que nos vimos por última vez en este puentecillo. Usted cambiará, quizá… ¡Diga! ¿Cambiará usted?…

Vera, estremeciéndose, volvió el rostro hacia él.

—¿Cómo?… —preguntó.

—Le decía que…

—Perdone… No he oído bien.

Sólo en aquel momento observó Ognev que en Vera se había operado un cambio: estaba pálida, su respiración se interrumpía y el temblor de su aliento se comunicaba a sus manos, a sus labios, a su cabeza, pues ya no era un rizo como de costumbre, sino dos, los que, desprendidos de su peinado, caían sobre su frente. Era indudable que hurtaba la vista y que para disimular su excitación, tan pronto se arreglaba el cuello, como si su roce sobre la piel la molestara, como se trasladaba el pañuelo rojo de un hombro a otro…

—¡Parece que tiene usted frío! —dijo Ognev—. Sentarse cuando hay niebla no es sano. ¡Vámonos!… Voy a acompañarla a usted, *nach haus*.

Vera guardaba silencio.

—¿Qué le pasa? —preguntó, sonriendo, Iván Alekseich—. ¡Se queda usted callada, sin contestar a mis preguntas!… ¿No se encuentra bien?… ¿O es que está enfadada?… ¿Eh?…

Vera apretó la palma de la mano contra una de sus mejillas, pero la retiró en seguida con un movimiento brusco.

—¡Qué situación más terrible! —murmuró, mientras su rostro adquiría una expresión de dolor profundo—. ¡Terrible!

—¿Y por qué es terrible? —preguntó Ognev encogiéndose de hombros y sin ocultar su asombro—. ¿De qué se trata?

Siempre estremeciéndose y con la respiración entrecortada, Vera apartó el rostro de él, contempló el cielo por espacio de medio minuto y dijo al fin:

—Tengo que hablarle, Iván Alekseich…

—La escucho.

—Quizá le parezca extraño lo que voy a decirle… Se asombrará usted, pero me es igual…

Ognev volvió a encogerse de hombros y se dispuso a escuchar.

—Es el caso que… —empezó a decir Verochka, bajando la cabeza y tirando de los madroñitos de su pañuelo—, que yo quería decirle…, quería decirle… Le parecerá, desde luego, extraño y… tonto, pero yo… ¡ya no puedo más!

Las palabras de Vera se trocaron en un balbuceo ininteligible, resolviéndose éste pronto en llanto. Cubriéndose el rostro con el pañuelo, la joven inclinó la cabeza y empezó a llorar amargamente. Iván Alekseich dejó escapar una exclamación azorada, y, lleno de asombro, sin saber qué hacer ni qué decir, miró desesperadamente a su alrededor. Su poca costumbre de contemplar lloros y lágrimas le hacía sentir un picor en los ojos.

—¡Vaya, vaya!… ¡Qué cosas!… —mascullaba desconcertado—. ¡Pero, Vera Gabrilovna!… ¿Por qué todo esto?… ¿Se encuentra enferma, querida?… ¿Acaso la ha ofendido alguien?… ¡Dígamelo!… Quizá pueda ayudarla…

Cuando intentando consolarla se permitió retirarle cuidadosamente las manos del rostro, ella se sonrió y pronunció entre lágrimas:

—Yo…, ¡yo le amo!…

Estas simples y corrientes palabras habían sido dichas con gran sencillez y acento humano, no obstante lo cual, Ognev, preso de fuerte turbación, se apartó de Vera y se levantó, experimentando tras la turbación una impresión de susto. La tristeza, el suave calor de ánimo y el sentimentalismo que la emoción de la despedida y la *nalivka* habían despertado en él, se esfumaron de un golpe, dando paso a una aguda y desagradable desazón, como si su alma entera hubiera recibido una sacudida. Miró de soslayo a Vera, que ahora, desde que, despojándose de esa inaccesibilidad que tanto adorna a la mujer, le declaraba su amor, le parecía haberse vuelto más pequeña, más insignificante, más oscura…

«¿Qué es esto?… —asombrábase interiormente—. ¿La quiero entonces o no la quiero?…».

Ella, entre tanto, una vez que lo importante, lo más arduo había sido ya dicho, respiraba libre y fácilmente. Levantándose también y mirando a Iván Alekseich directamente al rostro, empezó a hablar de prisa, sin pausas y con ardor.

De igual manera que la persona que, habiendo sufrido un susto repentino, no puede recordar después el orden seguido por los sonidos de la catástrofe que le aturdió, asimismo Ognev no recuerda ya las palabras ni las frases de Vera. Tan sólo recuerda el tema de su discurso y la sensación que este discurso producía en él. La voz la recuerda ahora como algo ahogado, un poco ronco por la excitación e impregnado su tono de una extraordinaria y apasionada música. A la vez riendo y llorando, con lagrimitas brillándole en las pestañas, le decía que desde los primeros días de haberle conocido se había sentido asombrada de su originalidad, de su talento, de sus ojos bondadosos e inteligentes, de sus problemas y de sus objetivos en la vida… Que le había amado apasionada, loca y profundamente…; que cuando durante el verano, al entrar del jardín a la casa, veía su *macferland* en la antesala u oía de lejos su voz, el corazón se le llenaba de frío y de presentimientos de felicidad…; que sus bromas más anodinas la hacían prorrumpir en carcajadas;

que en cada una de las cifras de sus cuadernos leía algo extraordinariamente cuerdo y grandioso, y que su palo nudoso se le figuraba un portentoso árbol…

El bosque, los jirones de niebla, las negras cunetas al borde del camino, parecían callar escuchándola, mientras por el alma de Ognev pasaba algo feo, extraño… Vera, declarándole su amor, estaba maravillosamente hermosa, se expresaba con gran belleza y pasión… Pero él, al oírla, lejos de experimentar deleite, alegría vital, como hubiera sido su deseo, tan sólo sentía piedad hacia ella, dolor…, pena de que un ser bueno padeciera por su causa…

Dios sabe si era la cordura adquirida en los libros, o el hábito de la objetividad, tan perjudicial a menudo en la vida, los que hablaban en él… Pero lo cierto es que el sufrimiento de Vera se le antojaba fingido, desprovisto de seriedad…, al tiempo que su sentido humano protestaba dentro de él insinuándole que todo cuanto ahora veía y oía, considerado desde el punto de vista de la Naturaleza y de la dicha personal, era más serio que todas las estadísticas, libros y verdades… E, irritándose, se culpaba a sí mismo, aunque a punto fijo no sabía de qué… Para colmo de su desazón, tampoco sabía claramente qué era lo que tenía que decir, y, sin embargo, que había que decir algo era indudable… De declararle rotundamente «No la amo…», no se sentía con fuerzas, y menos todavía, de contestarle: «Sí…», ya que, aun rebuscando en el fondo de su alma, no encontraba en ella la menor chispa que pudiera moverle a esto… Permanecía, por tanto, callado, mientras la oía afirmar que su mayor felicidad sería verle siempre, seguirle desde ahora mismo a donde él quisiera, ser su mujer y su ayudante, y que si se alejara se moriría de tristeza.

—¡No puedo continuar aquí por más tiempo! —decía, retorciéndose las manos—. ¡Estoy harta de esta casa, de este bosque, del aire que aquí se respira!… ¡No soporto ya esta calma permanente y esta vida sin objeto!… ¡No soporto a nuestras pálidas y descoloridas gentes que se parecen las unas a las otras como dos gotas de agua!… ¡Todos son entrañables y bondadosos porque viven satisfechos!… ¡No luchan como yo, que lo que quiero precisamente es vivir en esas casas grandes y húmedas en las que se sufre…, en las que el trabajo y la necesidad hacen crueles a las gentes!…

Esto también se le antojó a Ognev fingido y poco serio. Cuando Vera cesó de hablar, no sabía aún qué era lo que tenía que decir, pero como ya no era posible callar por más tiempo, balbució:

—Le estoy muy agradecido, Vera Gavrilovna, porque siento que no he hecho nada para merecer por su parte… esos sentimientos… En segundo lugar, como hombre honrado, tengo que decirle que…, que la felicidad se

basa en el equilibrio… quiero decir…, en que ambos lados se amen de la misma manera…

Pero, avergonzándose en el acto, Ognev masculló alguna cosa y calló. Sentía que en aquel momento la expresión de su rostro era necia, culpable y forzada… Seguramente Vera supo leer en él la verdad, pues de pronto se puso seria, palideció y bajó la cabeza.

—¡Perdóneme! —balbucía Ognev, no pudiendo soportar su silencio—. ¡Tan grande es el respeto que usted me inspira, que esto me hace daño!…

Dando una brusca media vuelta. Vera tomó rápidamente el camino de la hacienda. Ognev la seguía.

—No…, no es necesario… —dijo Vera, haciendo un gesto con la mano— que venga usted… Iré yo sola.

—¡No, no!… ¡De ninguna manera!… ¡No puedo dejar de acompañarla!…

Todo cuanto decía Ognev, hasta la última palabra, le parecía a él mismo repugnante e insulso; a cada paso que daba crecía en él el sentimiento de la culpabilidad, se irritaba consigo, apretaba las puños y maldecía de su frialdad y de su no saber comportarse con las mujeres. Esforzándose en excitar su sensibilidad, miraba el bello cuerpo de Verochka, su trenza y las huellas que dejaban en el camino polvoriento sus pequeños pies. Repasaba en la mente el recuerdo de sus palabras y de sus lágrimas, pero esto tan sólo le conmovía sin llegar a excitar su espíritu.

«¡Ay!… ¡Qué imposible es amar a nadie a la fuerza! —razonábase; pero al instante siguiente pensaba—: ¿Cuándo amaré yo voluntariamente?… Dentro de poco cumpliré treinta años… Una mujer de mejores cualidades que Vera me será Imposible encontrar nunca… ¡Oh vejez!… ¡Oh vejez a los treinta años!…».

Vera caminaba delante de él, cada vez más de prisa, sin volverse hacia atrás y con la cabeza baja. A él se le figuraba que la pena había adelgazado y estrechado sus hombros.

«¡Imagino lo que estará pasando ahora en su alma! —pensaba mirando su espalda—. ¡Seguramente siente tal vergüenza y dolor que tiene ganas de morir!… ¡Dios mío!… ¡Cuánta vida, poesía y sentido encierra todo esto!… ¡Una piedra sería capaz de ablandarse, y, en cambio, yo!… ¡Soy necio y torpe!…».

Al llegar a la entrada del jardín, Vera, tras dirigirle una mirada rápida, encorvó su figura, y envolviéndose en el pañuelo, desapareció ligera por la alameda.

Iván Alekseich quedó solo. Andando despacio, tomó de nuevo la dirección del bosque, aunque volviéndose a cada momento a mirar la puerta de entrada y con la expresión en su fisonomía del que no puede creerse a sí mismo. Sus ojos buscaban en el camino las huellas de los pies de Verochka, sin poder, en efecto, creer que aquella muchacha que tanto le gustara acababa de declararle un amor que él, torpemente, había rechazado. Por primera vez en su vida tenía que convencerse por propia experiencia de cuán poco depende el hombre de su voluntad, y experimentaba en sí mismo la situación del hombre honrado y de natural afectuoso que, sin quererlo, ocasiona a su prójimo crueles e inmerecidos sufrimientos. La conciencia le dolía, y al desaparecer Vera le pareció haber perdido algo muy amado que ya no volvería a encontrar. Sentía que con Vera se esfumaba una parte de su juventud y que minutos como aquéllos, tan infructuosamente vividos, no volverían a repetirse.

Al llegar al puentecillo se detuvo y quedó pensativo. Deseaba hallar la causa de su propia extraña frialdad. Cierto que ésta no había que buscarla fuera, sino dentro de sí mismo. Confesóse sinceramente que no era la suya una de esas frialdades calculadoras de las que frecuentemente se vanaglorian gentes de gran inteligencia; tampoco era su frialdad la del necio ególatra; era, sencillamente, la de la incapacidad del alma…, la de la incapacidad de captar la belleza en toda su profundidad; la de la vejez prematura que le acarreaba su género de educación, su lucha desenfrenada por el pedazo de pan, su vida de fonda en fonda y sin hogar.

Desde el puentecillo, despacio y como a pesar suyo, se dirigió al bosque. ¡Y allí, en medio de la negra y espesa oscuridad que atravesaban los rayos de la luna, sin otra conciencia que la de sus pensamientos, anheló apasionadamente recobrar lo perdido!…

Y recordaba también Iván Alekseich cómo, animándose con el recuerdo y atrayendo a la fuerza a su imaginación la imagen de Vera, había vuelto a la casa y dado unos cuantos rápidos paseos por el jardín. Ni en éste ni en el camino había ahora niebla, y una luna clara, como recién lavada, lucía en el cielo, que sólo por su lado oriental, cubriéndose de ligera bruma, parecía enfurruñarse… Recordaba Ognev sus pasos cautelosos, las oscuras ventanas y el penetrante aroma del heliotropo y la reseda. *Karo*, su antiguo conocido, agitando amistosamente el rabo, se acercó a él y le olfateó la mano… Fue el único ser viviente que le vio pasar dos veces alrededor de la casa, detenerse al pie de la ventana de Vera y, con un ademán, desalentado y dejando escapar un suspiro, salir del jardín.

Una hora después estaba de vuelta, cansado y deshecho, apoyado su cuerpo y su rostro ardoroso sobre la madera del portalón de la fonda, a la que asestaba fuertes aldabonazos. Por alguna parte de la pequeña ciudad, como respondiendo a su llamada, ladró un perro, y el vigilante nocturno, junto a la iglesia, golpeó su barra de hierro, haciéndola sonar.

—¡Eso de que te pases la noche vagabundeando!… —gruñó el dueño de la fonda, que, vestido con un largo camisón de traza femenina, acudía a abrirle la puerta cochera—. ¡Más valdría que en vez de pasearte tanto rezaras tus oraciones!…

Al entrar en su habitación, Iván Alekseich se sentó sobre la cama y permaneció largo rato contemplando la llama de la luz; luego sacudió la cabeza y empezó a hacer su equipaje.

UN ACONTECIMIENTO

Es por la mañana. A través del encaje helado que cubre los cristales de las ventanas, la fuerte luz del sol penetra deslizándose en el cuarto de los niños. Vania, chiquillo de, aproximadamente, seis años, cabellos cortados, nariz como un botón, y su hermana Nina, de cuatro, pelito rizado, regordeta y pequeña no solamente por la edad, despertándose, se miran enfadados una a otro a través de los barrotes de las barandillas de sus camitas.

—¡Vaya con los sinvergüenzas!… —gruñe *niañka*[155]—. ¡La gente decente ya se ha bebido su té, y ustedes siguen todavía sin abrir los ojos!…

Los rayos solares hacen mil travesuras sobre la alfombra, sobre las paredes, sobre la falda de *niañka*, como invitando a que se juegue con ellos; pero los niños no lo observan. Se han despertado de mal humor. Nina, poniendo una boca enfurruñada y agria, empieza a decir, arrastrando las palabras:

—¡Quiero té!… *¡Niañka!*… ¡Té!

Vania frunce la frente y piensa en el pretexto a elegir para romper a llorar. Ya ha empezado a pestañear y ha abierto la boca, pero en este momento le llega del salón la voz de mamá:

—¡No se olviden de la leche de la gata, ahora que tiene gatitos!

Los rostros de Vania y Nina se distienden y, perplejos, se miran el uno al otro. Luego, ambos saltan a la vez de sus camitas, y llenando el aire con sus chillidos agudos, se dirigen corriendo a la cocina, descalzos y sin más ropa que el camisón.

—¡La gata ha tenido cachorritos!… ¡La gata ha tenido cachorritos!… —gritan.

En la cocina, debajo del banco, hay un cajoncito, el mismo precisamente que utiliza Stepan para traer carbón para la chimenea. Por el cajón se asoma la gata. Su morrito gris expresa un cansancio extremo: sus ojos verdes, de niñas estrechas y negras, miran de un modo lánguido y sentimental… Su carucha revela que para que su felicidad sea completa sólo falta junto al cajón la presencia de *él*…, del padre de sus hijos, al que tan enteramente se entregara.

Quiere maullar y abre mucho la boca, pero de su garganta no salen más que ronquidos, al tiempo que se escuchan débiles maullidos gatunos.

Los niñas, en cuclillas ante el cajón, inmóviles y conteniendo el aliento, contemplan a la gata… Sorprendidos y absortos, no oyen gruñir a *niañka*, que viene tras ellos, y sus ojos brillan con la alegría más sincera.

En la educación y en la vida de los niños, los animales domésticos representan un papel apenas perceptible, pero indiscutiblemente bueno. ¿Quien de nosotros no recuerda a esos fuertes y nobles perrazos, a esos parásitos chinos, a esos pájaros muertos en el cautiverio…, a los tontos y vanidosos pavos, a las tímidas viejas gatas que sabían perdonarnos el que, por entretenimiento, les pisáramos el rabo, causándoles un dolor lacerante?… Hasta me parece, a veces, que la paciencia, la fidelidad, el saber perdonarlo todo, la sinceridad…, estas cualidades comunes a nuestros animales domésticos actúan sobre la inteligencia del niño mucho más fuerte y positivamente que la larga homilía de un pálido y seco KarI Karlovich[156] o los discursos embrumados de la institutriz cuando se esfuerza en demostrar a un muchacho que el agua se compone de oxígeno e hidrógeno.

—¡Qué pequeñitos! —dice Nina abriendo mucho los ojos y dejándose invadir por una alegre risa—. ¡Parecen ratones!…

—¡Uno, dos, tres!… —cuenta Vania—. ¡Tres gatitos!… ¡Eso!… ¡Uno para mí, otro para ti y otro para… alguien!

—Brrrr… Brrrr… —rezonga la recién parida, halagada por aquella atención—. Brrrr… Brrrr…

Después de contemplar durante largo rato a los gatitos, los niños se los sacan de debajo a la gata y empiezan a estrujarlos. Después, no satisfechos todavía, se los envuelven en los faldones del camisón y corren con ellos a las habitaciones principales.

—¡Mamá!… ¡La gata ha tenido cachorritos! —gritan.

La madre, que está sentada en el salón con un señor desconocido, al ver a los niños sin lavar ni vestir y con los faldones del camisón remangados, se azara y pone ojos severos.

—¡Bajaos esos camisones, desvergonzados! —dice—. ¡Salid de aquí si no queréis que os castigue!

Pero los niños hacen caso omiso de las amenazas de la madre y de la presencia de aquel extraño; depositan a los gatitos sobre la alfombra y arman una chillería ensordecedora. A su alrededor, maullando de un modo suplicante, da vueltas la recién parida. Cuando un poco después los niños son llevados a rastras a su cuarto, se los viste, se les hace rezar, se les sirve el

desayuno, mientras ellos anhelan ardientemente verse liberados de estos prosaicos deberes y correr otra vez a la cocina.

Las ocupaciones y juegos de costumbre quedan relegados a segundo término; los gatitos, sobresaliendo con su viviente novedad, dejan en la sombra a todo lo demás y son la sensación del día. Si tanto a Vania como a Nina les hubieran entonces ofrecido un *pud* de caramelos o mil *grivennik*[157] por cada gatito, es indudable que hubieran rehusado el cambio sin la menor vacilación. Hasta el momento mismo de la comida, y pese a las encendías protestas de *niañka* y de la cocinera, permanecen en la cocina entretenidos con ellos. La expresión de sus rostros es seria, reconcentrada y preocupada. No es su presente sólo, sino también su porvenir, lo que los inquieta. Así, pues, queda resuelto que uno permanezca en la casa junto a la vieja gata, su madre, para servirla de consuelo; el segundo irá a la casa que tienen en el campo y en la que hay muchas ratas.

—Pero ¿por qué no miran? —se asombra Nina—. ¡Tienen los ojos ciegos como los mendigos!

Esta cuestión preocupa mucho a Vania. Intenta abrir los ojos a uno de los gatitos, soplando en ellos durante largo rato, pero la operación resulta infructuosa. También preocupa mucho a ambos el que los gatitos se nieguen terminantemente a tomar la carne y la leche que se les presenta: todo cuanto se coloca ante sus morritos es injerido por la mamaíta gris.

—¡Vamos a hacerles una casa! —propone Vania—. ¡Que vivan en distintas casas y que la gata vaya a hacerles visitas!

En varios rincones de la cocina son colocadas las sombrereras de cartón que han de servir de vivienda a los gatitos: reparto familiar que resulta, sin embargo, prematuro, pues la gata, siempre con una expresión suplicante y sentimental en el morrito, recorre una por una todas las sombrereras y va llevándose a sus hijos a su primitiva morada.

—La gata es su madre… —observa Vania—, Pero el padre…, ¿quién es?…

—Sí… ¿quién es el padre? —repite Nina.

—¡No pueden estar sin padre!

Vania y Nina discuten durante largo rato sobre quién puede ser el padre de los gatitos, y al cabo su elección recae en un gran caballo de color rojo oscuro, con el rabo roto, que se encuentra tirado en el suelo de la despensa, debajo de la escalera, en unión de otros juguetes que terminaron su vida en calidad de trastos viejos. Lo sacan de la despensa y lo ponen al lado del cajón.

—¡Escucha! —le amenazan—. ¡No te muevas de ahí y cuida de que se porten bien!

Todo esto es hecho y dicho con la mayor seriedad y aire de gran preocupación. Vania y Nina no quieren saber nada de otro mundo que no sea el cajón en que se encuentran los gatitos. Su alegría no conoce límites, aunque también tienen que pasar por minutos difíciles y atormentados.

Un momento antes de la comida, Vania, sentado en el despacho de su padre, contempla la mesa con expresión soñadora. Junto a la lámpara, sobre los pliegos de papel timbrado, se mueve un gatito. Vania sigue con la mirada todos sus movimientos, pinchándole el morrito tan pronto con el lápiz como con una cerilla. De repente, como brotado de la tierra, aparece junto a la mesa… el padre.

—¿Qué es esto? —oye decir Vania con voz enfadada.

—Es… Es un gatito, papá…

—¡Ya te daré yo a ti gatitos!… ¡Mira lo que has hecho…, chiquillo malo!… ¡Mancharme todo el papel!

Con gran asombro de Vania, papá no comparte sus simpatías por los gatitos, y en lugar de entusiasmarse y de ponerse contento, tira a Vania de las orejas y grita:

—¡Stepan!… ¡Llévese esta porquería!

Durante la comida ocurre un nuevo escándalo. Cuando están tomando el segundo plato, los comensales oyen de pronto un breve chillido. Buscando la causa, se encuentra un gatito bajo el delantal de Nina.

—*¡Niañka!*… ¡Fuera de la mesa! —se enfada el padre—. ¡Que tiren ahora mismo a la basura a esos gatos!… ¡Que no haya en casa semejante porquería!…

Vania y Nina están espantados… ¡Que mueran en la basura, además de la crueldad que esto supone, amenaza privar a la gata y al caballo de madera de sus hijos!… ¡Significa vaciar el cajón…, derrumbar sus planes para el futuro…, para aquel futuro maravilloso en que uno de los gatitos servirá de consuelo a su vieja madre, el otro irá a vivir a la casa de campo y el tercero cogerá ratas en la bodega!… Los niños rompen a llorar y suplican se perdone la vida de los gatitos. El padre accede, pero bajo la condición de que los niños no osen entrar en la cocina ni tocar a los gatos.

Después de la comida, Vania y Nina vagan desalentados por las habitaciones. La prohibición de ir a la cocina les llena de tristeza, rehúsan los dulces, hacen mañas y se portan impertinentemente con su madre. Cuando por

la noche llega el tío Petruscha, le llaman aparte y se quejan a éste de que el padre haya querido tirar los gatitos a la basura.

—¡*Tío* Petruscha!… —ruegan al tío—. ¡Di a mamá que deje entrar a los gatitos en el cuarto de los niños!… ¡Pídeselo tú!…

—Bueno, bueno… —contesta el tío, deshaciéndose de ellos—. ¡Está bien!…

El tío Petruscha, por lo general, no viene solo; suele acompañarle *Nero*, un perrazo danés de orejas colgantes y rabo duro como un palo. Es un perro callado, taciturno y convencido de su propia dignidad. Sin conceder a los niños un mínimo de atención, pasa ante ellos golpeando las sillas con el rabo. Los niños le odian con toda su alma, pero, sin embargo, esta vez los cálculos de carácter práctico son más fuertes en ellos que el sentimiento.

—¿Sabes, Nina?… —dice Vania, abriendo muy grandes los ojos—. ¡Lo mejor es que sea *Nero* el padre, en lugar del caballo!… ¡El caballo está muerto y éste está vivo!…

El anochecer transcurre en la espera del momento en que papá se siente a jugar a las cartas y de un modo inadvertido pueda hacerse pasar a *Nero* a la cocina… He aquí que papá se sienta por fin a jugar a las cartas… Mamá, ocupada junto al *samovar*, no ve a los niños… ¡Llegó el momento feliz!

—Vamos —murmura Vania a su hermana.

En este instante entra Stepan en la habitación y dice, riendo:

—¡Señora…! *Nero* se ha comido a los gatitos…

Nina y Vania, palideciendo, miran aterrados a Stepan.

—¡Como lo digo! —ríe el criado—. ¡Se acercó al cajón y se los zampó!

Los niños hubieran considerado natural que cuantas personas había allí se arrojaran inmediatamente sobre el criminal *Nero*; pero las personas continúan sentadas en sus asientos, asombrándose tan sólo del apetito del perrazo. Papá y mamá se ríen… *Nero*, dando vueltas alrededor de la mesa, mueve el rabo y se relame satisfecho de sí mismo… Únicamente la gata está intranquila. Con el rabo tieso va de habitación en habitación, mirando con sospecha a todos y maullando tristemente.

—¡Niños!… ¡Ya son más de las nueve! ¡A dormir! —grita mamá.

Vania y Nina se van a dormir. Durante largo rato lloran pensando en la gata ofendida y en el cruel y descarado *Nero*, dejado sin castigo.

EN EL CAMINO

La nubecita de oro pernoctaba
en el pecho de la roca gigante.

(LIERMONTOV).

EN la habitación que el propio amo de la fonda, el cosaco Semion Chistopliui, denominaba *de paso…*, esto es, en la destinada exclusivamente a los viajeros que sólo *de paso* se detenían en ella, y junto a una mesa de regular tamaño, desprovista de pintura, hallábase sentado un hombre de anchas espaldas, alta estatura y aproximadamente cuarenta años. Apoyado en la mesa y reclinada la cabeza sobre el puño cerrado, dormía. Un cabo de vela metido en un frasco de pomada iluminaba su barba cenicienta, su ancha y gruesa nariz, sus tostadas mejillas y espesas y negras cejas colgando sobre los ojos cerrados. Aquella nariz, mejillas y cejas…, todos y cada uno por separado de aquellos rasgos, eran toscos y pesados como el mobiliario y la estufa de la habitación de paso, pero de su conjunto resultaba un efecto armonioso y hasta bello. Tal dicen ser el carácter de la fisonomía rusa: cuanto más grandes y pronunciadas las facciones, más blanda y bonachona aparece ésta. El hombre iba vestido con una americana de caballero, ya gastada, pero con nuevo ribete de cinta, un chaleco de peluche y amplios pantalones negros que se perdían en unas grandes botas.

En uno de los bancos que se extendían a lo largo de la pared y echada sobre una pelliza de zorro, dormía una niña de unos ocho años, vestidito castaño y largas medias negras. La carita de la niña era pálida, el cabello rubio, los hombros estrechos, todo su cuerpo delgado y flaco, y su nariz sobresalía, en forma de piña, tan gruesa y fea como la del hombre. Profundamente dormida no se daba cuenta de que la peinetita, semejante a un aro, desprendida de su cabeza, le arañaba la mejilla.

Aquel día, la habitación *de paso* tenía aspecto de fiesta. El aire olía a suelos recién fregados, no colgaban trapos de la cuerda que atravesaba diagonalmente la habitación, y en el rincón, sobre la mesa, como una mancha roja, ardía la lamparita ante la imagen de San Jorge. Manteniendo la más severa y cuidadosa graduación entre lo religioso y lo profano, y partiendo de ambos lados de la imagen, una hilera de cromos se extendía por la pared. La turbia luz del cabo de vela formaba con estos cromos una raya única salpicada de negros manchones. Cuando la estufa de azulejos, pretendiendo unir su canto al del tiempo, aullaba aspirando aire, y los leños, avivándose y encendiéndose en fuerte llamarada, ardían con enfado, en las paredes de madera saltaban manchas encarnadas, y sobre la cabeza del hombre dormido, tan pronto crecía la figura del viejo ermitaño Serafín como la del *scha* Nasr-Eddin o la de la robusta criatura de color castaño y ojos espantados que murmuraba algo al oído de una joven de rostro extraordinariamente necio e indiferente…

En la calle hacía mal tiempo. Algo frenético, malvado, pero profundamente infeliz, volaba con violencia de ave de rapiña en torno a la fonda, esforzándose en penetrar en ella. Golpeaba puertas, ventanas y tejado; arañaba las paredes, tan pronto amenazando como suplicando, o guardaba silencio por breve espacio de tiempo, para luego, con alegre y traidor aullido, adentrarse impetuosamente por la chimenea. Pero los leños, encendiéndose en viva llamarada, lanzaban a ésta como a perro encadenado rebosante de malicia, al encuentro del enemigo, y la lucha quedaba entablada. Seguíase después un sollozo, un chillido y un rugido de enfado, mientras la maligna tristeza, el odio insatisfecho y la debilidad ofendida de alguien, antes habituado a las victorias, flotaba en el ambiente.

Hechizada por esta música inhumana y salvaje, la habitación *de paso* parecía petrificada para siempre, pero he aquí que tras abrirse la puerta con un chirrido entró en ella el chico de la fonda vestido con una blusa nueva de percal. Cojeando de un pie y con un parpadeo en sus ojos soñolientos, quitó con los dedos el pabilo a la vela, añadió leña a la estufa y se fue. En aquel preciso instante, en la iglesia de Los Rogachi, situada a unos trescientos pasos de la fonda, daban las campanadas de la medianoche. El viento, jugando con los sonidos como con los copos de nieve, los perseguía, los volteaba por el inmenso espacio, interrumpiendo a unos o prolongándolos en largas vibraciones y dejando a otros perderse totalmente en el ruido general.

Dentro de la habitación, una de las campanadas retumbó con tal claridad que parecía haber sonado al pie de las mismas ventanas. La niña que dormía

sobre la pelliza del zorro, ertremeciéndose, levantó la cabeza. Por espacio de un minuto permaneció atolondrada contemplando la ventana, a Nasr-Eddin, sobre el que, en este momento, la estufa hacía pasar una rauda llamarada carmesí; luego fijó la mirada en el hombre dormido.

—Papá… —dijo.

El hombre no se movió. La niña frunció, enfurruñada, las cejas, y recostándose encogió las piernas. Al otro lado de la puerta se oyó bostezar larga y ruidosamente; después, rechinar la puerta y unas voces confusas. Alguien entraba sacudiéndose la nieve y haciendo ruido con los *valenki*.

—¿Qué quieres? —preguntó perezosamente una voz femenina.

—Ha venido la señorita Ilovaiskaia —contestó una voz de bajo.

De nuevo rechinó el cerrojo de la puerta, percibióse el ruido de una ráfaga de viento y alguien, seguramente el chico cojo, corrió a la habitación *de paso* y tosiendo respetuosamente levantó el picaporte.

—Por aquí, señorita, tenga la bondad… —invitó una cantarina voz de mujer—. Aquí está todo limpio, hermosa.

La puerta se abrió de par en par, y en su umbral apareció un *mujik* barbudo, con caftán de cochero, una gran maleta al hombro y envuelto todo él de pies a cabeza en nieve. Tras él venía una figura femenina de mediana estatura (aproximadamente la mitad de la del cochero), sin cara ni manos, y tan arropada que parecía un envoltorio. Una humedad de bodega sopló del cochero y del envoltorio sobre la niña, y la llama de la vela osciló.

—¡Qué tontería! —dijo, con enfado el envoltorio—. ¡Podía haberse ido perfectamente! ¡Sólo quedan doce *verstas* y todo el camino es por dentro del bosque! ¡No era posible perderse!…

—¡Perdernos no nos hubiéramos perdido…, pero los caballos no hubieran podido llevarnos, señorita!… ¡Dios mío!… ¡Parece enteramente que cree que lo he hecho a propósito!

—¡A saber dónde me habrás traído!… Pero calla… Me parece que hay aquí gente durmiendo… ¡Márchate!

El cochero depositó la maleta en el suelo; la nieve cayó de sus hombros y, saludando y dejando escapar un sollozo por la nariz, salió de la estancia.

Luego vio la niña cómo del centro del envoltorio salían dos pequeñas manos; cómo éstas se alzaban y empezaban a deshacer, enfadadas, un revoltijo de chales, pañuelos y bufandas. Primeramente cayó al suelo un gran chal; luego, un *baschlik*, y tras él, un pañuelo de tejido de punto. Después de liberarse la cabeza, la recién llegada se despojó del abrigo, quedando en el acto reducida a la mitad. Ahora aparecía vestida con un largo abrigo gris

adornado de grandes botones y salientes bolsillos. De uno de los bolsillos extrajo un paquete envuelto en papel; de otro, un llavero del que colgaban grandes y pesadas llaves, y lo dejó caer sobre la mesa con tal ruido que el hombre dormido, estremeciéndose, abrió los ojos. Por espacio de un momento fijó a su alrededor una mirada embotada, como si no se diera cuenta de dónde estaba; luego, sacudiendo la cabeza, se dirigió a un rincón, en el que se sentó… La recién llegada se quitó el abrigo, con lo que volvió a quedar reducida a la mitad de su tamaño; se quitó también las botas y se sentó a su vez.

Ahora no tenía ya el aspecto de un envoltorio. Era una morenita de unos veinte años, menuda y delgada, finita como una pequeña serpiente, de rostro blanco y ovalado y cabello rizoso. Su nariz era larga y afilada; su barbilla, también larga y afilada; sus pestañas, largas; las comisuras de sus labios, pronunciadas, y esta agudez general comunicaba a su rostro una expresión punzante. Metida en un vestido negro, ornado de infinidad de encajes en el cuello y en las mangas, con sus agudos codos y sus largos y rosados dedos recordaba algunos retratos de damas inglesas de la Edad Media. La expresión seria y reconcentrada de su rostro acentuaba aún más este parecido…

La morenita paseó la mirada por la habitación, miró de reojo al hombre y a la niña, y encogiéndose de hombros se sentó junto a una de las oscuras ventanas que el húmedo viento Oeste hacía retemblar. Los grandes copos de nieve de blancura reluciente quedaban un instante pegados a los cristales, pero desaparecían después arrastrados por el viento. La salvaje música crecía más y más… Tras un largo silencio, la niña, rebulléndose de pronto, dijo enfadada y poniendo gran énfasis en las palabras:

—¡Dios mío!… ¡Dios mío!… ¡Qué desgraciada soy!… ¡No hay nadie en el mundo más desgraciada que yo!…

El hombre se levantó, y con un andar culpable, impropio de su enorme estatura y larga barba, se dirigió con menudos pasos hacia la niña.

—¿No duermes, nenita?… —preguntó, como excusándose—. ¿Qué quieres?

—¡No quiero nada!… ¡Me duele el hombro!… ¡Tú, papa…, eres una persona mala y Dios te castigará!… ¡Ya verás cómo te castigará!…

—¡Almita mía!… ¡Ya sé que te duele el hombro!… Pero ¿qué puedo hacer yo para aliviarte?… —respondió él en el tono que emplean los maridos bebidos para disculparse ante sus severas cónyuges—. ¡Es por el viaje por lo que te duele, Sascha!… ¡Mañana llegaremos a nuestro destino, descansaremos y todo se te pasará!…

—¡Mañana, mañana!… ¡Siempre me dices que mañana!… ¡Con seguridad nos pasaremos todavía veinte días viajando!

—¡Pero, nenita!… ¡Te doy mi palabra de honor…, mi palabra de *padre*…, de que llegaremos mañana! ¡Sabes que no miento nunca!… ¡De que la ventisca nos haya detenido no tengo yo la culpa!

—¡Ya no puedo sufrir más!… ¡No puedo! ¡No puedo!…

Sascha, haciendo con la pierna un brusco movimiento, comenzó a llenar la estancia con el sonido de su desagradable llanto chillón. El padre, con un gesto de desaliento, miró desconcertado a la morenita.

Ésta, de nuevo encogiéndose de hombros, se acercó indecisa a Sascha.

—Pero, guapita…, ¿por qué lloras?… ¡Claro que no es agradable que duela el hombro…, pero qué se le va a hacer!…

—¡Figúrese usted, señora!… —dijo, apresuradamente, el hombre en el tono del que se disculpa—. ¡Hemos pasado dos noches sin dormir y nos tocó viajar en un carruaje muy malo!… ¡Es natural que se sienta enferma y se entristezca!… Llevábamos, además, un cochero borracho, y nos robaron la maleta… ¡Luego la ventisca…, que no cesaba!… ¡Pero, en fin…, nada de eso es para llorar!… Dicho sea de paso, dormir sentado me fatigó, y ahora me encuentro como borracho… ¡Conque, a fe mía, que ya tiene uno bastante para que tú encima vengas con lloros!…

El hombre sacudió la cabeza y, con un gesto de desesperación, se dejó caer en el asiento.

—¡Claro que no es para llorar! —dijo la morenita—. ¡No lloran más que los niños de pecho!… Si te encuentras enferma, querida, lo que tienes que hacer es desnudarte y dormir… ¡Trae acá que te ayude!

Después de desnudarse, la niña quedó tranquila y volvió a hacerse el silencio. La morenita se sentó junto a la ventana y paseó perpleja la mirada por la habitación de la fonda, por la imagen, por la estufa… Encontraba, sin duda, singular aquel aposento…, aquella niña de gruesa nariz y camisón corto de muchacho y aquel padre. Este ser singular hallábase sentado en un rincón, desde el que, aturdido y como borracho, miraba a su alrededor, en tanto que se frotaba el rostro con la palma de la mano. Parpadeaba y guardaba silencio. No era difícil suponer que había de tardar en hablar. Él fue, sin embargo, el que habló primero. Acaricióse las rodillas, tosió, y esbozando una sonrisa, dijo:

—¡A fe mía que todo parece una comedia!… Lo estoy viendo y no puedo dar crédito a mis propios ojos… ¿Por qué tenía que traernos el Destino a esta asquerosa fonda?… ¿Qué quiere hacernos ver?… ¡La vida da a veces tales

saltos mortales que sólo puede uno contemplarlos asombrado!… ¿Y usted, señora?… ¿Se sirve usted dirigirse muy lejos?…

—No. No muy lejos —contestó la morenita—. Voy a una hacienda de nuestra propiedad que se encuentra a unas veinte *verstas* de aquí, y también a nuestro cortijo a ver a mi padre y a mi hermano. Mi nombre es Ilovaiskaia, y el del cortijo, que está a unas doce *verstas* de aquí, Ilovaiski… ¡Qué tiempo tan desagradable!…

—¡Peor, imposible!

En aquel momento el chico cojo entró, en la habitación para introducir en el bote de pomada un nuevo cabo de vela.

—¡Oye, pequeño!… ¡Tendrás que prepararnos un *samovar*! —le indicó el hombre.

—¡Tomar té ahora! —sonrió el cojo—, ¡Es pecado beber antes de la misa!

—¡No te preocupes, amigo, que no serás tú el que arda en el infierno!

Mientras tomaban el té los nuevos conocidos, entablaron conversación. Ilovaiskaia supo que su interlocutor se llamaba Grigorii Petrovich Lijariev, y que era hermano del Lijariev en un tiempo presidente de la nobleza en la región vecina, y terrateniente, al que la trampa había llevado todos los bienes. Lijariev supo, por su parte, que Ilovaiskaia se llamaba Maria Mijailovna, que la hacienda de su padre era inmensa, pero que para conducirla no había más persona que ella, ya que el padre y el hermano, haciendo la vista gorda ante los problemas de la vida, eran seres despreocupados y excesivamente aficionados a los perros de caza.

—Mi padre y mi hermano están ahora completamente solos en el cortijo —decía Ilovaiskaia moviendo los dedos (tenía el hábito de mover los dedos ante su picudo rostro y de pasarse la picuda lengua por los labios después de cada frase)—. Son hombres indolentes…, incapaces de mover un dedo, ni siquiera para su propio provecho… ¡Quisiera yo saber quién preparará las cosas para la fiesta de Pascua!… ¡No tenemos madre, y el servicio es tan deficiente que si yo falto no sabrán ni poner un mantel como es debido!… ¡Imagínese la situación!… ¡Se quedarán sin comida de fiesta mientras yo me paso aquí la noche!… ¡Qué extraño es todo esto!… —Ilovaiskaia, tras beber un sorbo de su taza, prosiguió—: ¡Hay fiestas que tienen su perfume especial!… ¡En la de la Pascua de Pentecostés y en la de la Navidad, hay un aroma particular en el aire!… ¡Hasta los incrédulos aman estas fiestas!… Mi hermano, por ejemplo, dice que no hay Dios, pero cuando llega la Pascua de Resurrección es el primero en ir corriendo a misa.

Lijariev alzó los ojos hacia Ilovaiskaia y rió.

—Dicen que no hay Dios —prosiguió Ilovaiskaia, también riendo—. Dígame entonces…, ¿por qué todos los célebres escritores, los sabios, y, en general, las personas eruditas, cuando se ven al fin de la vida empiezan a creer?…

—El que no haya creído en la juventud, señora, tampoco creerá en la vejez, aunque sea un buen escritor.

La voz de Lijariev, a juzgar por su tos, era de bajo, pero sin duda el miedo a elevarla, o la excesiva timidez, le hacían hablar en aquel momento como un tenor.

Después de permanecer algún tiempo callado, suspiró y dijo:

—La fe…, entiendo yo… es una capacidad del espíritu. Es como el talento, que hay que nacer con él. Por lo que me permite juzgar la propia experiencia, por las personas que he conocido en la vida y por todo cuanto he visto ocurrir a mi alrededor, esta capacidad, en su mayor grado, es común a la gente rusa. La vida rusa es en sí misma una serie ininterrumpida de creencias y de ardores… La incredulidad y la negación, si le interesa saberlo, no ha querido olerlas siquiera… Si un hombre ruso no cree en Dios, ello significará que cree en alguna otra cosa.

Lijariev tomó de las manos de Ilovaiskaia la taza de té que ésta le ofrecía, bebió de un sorbo la mitad de su contenido y prosiguió:

—Le hablaré de mí… En mi alma, la Naturaleza ha puesto una extraordinaria capacidad de fe… Aunque la mitad de mi vida transcurrió entre ateos y nihilistas, jamás hubo en ella ni una hora siquiera en la que yo dejara de creer. Todos los talentos se manifiestan generalmente en la primera infancia… Así, pues, se manifestaba esta capacidad mía cuando mi cabeza no alcanzaba aún la altura de una mesa. Mi madre quería que sus hijos comieran abundantemente, por lo que al darme de comer solía decirme:

—¡Come!… ¡En la vida, lo principal es la sopa!

Yo lo creía y comía diez veces al día de aquella sopa… Comía como un tiburón, hasta la repugnancia, hasta desvanecerme… Si mi aya me contaba cuentos, creía en duendes familiares, en el espíritu del bosque y en todo un mundo endiablado. Llegaba hasta a robar a mi padre el sublimado para echárselo a los bollos y subir éstos a la guardilla con el fin de que los duendes se los comieran y murieran. ¡Pero lo grande fue cuando empecé a leer y a comprender lo que leía!… Me escapé de mi casa para marcharme a América y hacerme bandido… Rogué que me permitieran ingresar en un monasterio y alquilé chiquillos para que me martirizaran en nombre de Cristo… ¡Y dese cuenta de que mi fe era siempre una fe activa…, nunca muerta!… Cuando me

escapé para marcharme a América no iba solo, sino que arrastraba conmigo a otro tan tonto como yo, y cuando tenía frío o me azotaban, me sentía contento. Después de la escapatoria que tenía por fin hacerme bandido, volví a casa con la cara destrozada. ¡Tuve una infancia muy inquieta, esa es la verdad!… Más tarde, cuando entré en el colegio y todas las ciencias cayeron profusamente sobre mí, cuando supe, por ejemplo, que la tierra giraba alrededor del sol, y que el color blanco no era blanco, sino que se componía de siete colores, la cabeza me empezó a dar vueltas… ¡Todo se fue de mí rodando!… Josué, que detuvo el sol; mi madre, que encontraba inútil el pararrayos y le bastaba con invocar al profeta Elías; mi padre, indiferente a las *verdades* que yo aprendía… La claridad que se hacía en mí parecía inspirarme… Aturdido, iba de cuadra en cuadra predicando mis *verdades*… Me espantaba la ignorancia y ardía de odio hacia cuantos en el color blanco no veían más que el color blanco… ¡Todo aquello, por supuesto, era tontería y chiquillada!… Mis arrebatos más serios y vigorosos…, digámoslo así…, empezaron después en la Universidad… ¿Usted, señora…, se sirvió seguir algún curso?…

—En Novocherkask. En el internado de Don.

—¿Pero eran cursos superiores los que seguía usted?… ¡Ah…, entonces eso quiere decir que ignora usted lo que son las ciencias!… Todas las ciencias, cuantas hay en el mundo, se presentan siempre con el mismo salvoconducto, sin el cual se consideran inadmisibles: la aspiración a la verdad. Cualquier farmacología tiene por fin primordial la búsqueda de la verdad antes que la utilidad y la conveniencia para la vida… ¡Notable ciertamente!… Cuando empezamos a aprender alguna ciencia, lo primero que nos asombra es su iniciación… Le diré que nada hay más arrebatador y grandioso, nada aturde más al espíritu humano, ni se apodera de él con más fuerza, que la iniciación de alguna ciencia… Desde las cinco o seis primeras lecciones, las más vivas esperanzas le hacen crecer alas a uno. Cree uno estar ya en posesión de la verdad… Yo me entregué en cuerpo y alma, apasionadamente, a las ciencias, como a la mujer amada. Fui su esclavo, y fuera de ellas no quería saber nada de ningún otro sol. Día y noche, sin enderezar mi espalda, estudiaba, me arruinaba en la compra de libros, lloraba cuando la gente, ante mis ojos, explotaba la ciencia para satisfacer intereses personales… ¡Sin embargo, aquel arrebato no me duró mucho tiempo!… Es el caso que cada ciencia tiene su principio, pero no su fin… ¡Igual que la fracción periódica pura!… La zoología ha descubierto treinta y cinco mil aspectos en los insectos, la química cuenta con sesenta cuerpos simples…

Pues bien, si el tiempo llega a añadir diez ceros al lado derecho de esas cifras, la zoología y la química seguirán estando tan lejos de su final como ahora, quedando, por tanto, reducido todo el trabajo científico contemporáneo a un crecimiento de cifras. Esta prestidigitación me resultó clara cuando al descubrir el aspecto treinta y cinco mil uno… no experimenté satisfacción… Tampoco tuve tiempo de desilusionarme, pues pronto una nueva pasión se apoderaba de mí. Me metí de cabeza en el nihilismo con su acompañamiento de proclamas y cosas por el estilo… Fui de pueblo en pueblo introduciéndome entre los campesinos para explicarles mis *Ideas*, trabajé como obrero en las fábricas, de engrasador en el ferrocarril o de simple cargador… sin embargo, luego…, cuando a través de mi vagar por Rusia conocí la vida rusa, me convertí en un devoto admirador de esta vida. Amé al pueblo ruso hasta el sufrimiento, amé y creí en su Dios, en su idioma y en sus creaciones… ¡Y así…, etcétera…, etcétera! Haciéndome entonces eslavonio, aburrí a Aksakov[158] con mis cartas; me mee ucraniófilo y arqueólogo y recogí las muestras de las creaciones populares… ¡Las ideas, las gentes, los acontecimientos y los lugares me arrastraban consigo…, me arrastraban sin interrupción a pesar de que cinco años antes servía a la idea de la negación de la propiedad y de que mi última pasión había sido la «no resistencia al mal»!…

En este momento se oyó jadear y suspirar a Sascha. Lijariev se levantó y se acercó a ella.

—¡Almita mía!… ¿Quieres un poco de té? —preguntó calinosamente.

—¡Bebe tú si quieres! —contestó con brusquedad la niña.

Lijariev se turbó y con paso culpable se dirigió de nuevo a la mesa.

—Según lo que acaba de contarme, ha llevado usted una alegre vida —dijo Ilovaiskaia—. ¡Cuántos recuerdos tendrá!…

—Cierto que todo resulta alegre mientras se habla de ello sentado, tomando el té y charlando con una amable interlocutora… ¡Pero pregúnteme lo que me ha costado esta alegría!… ¡Lo que me ha costado esa variedad de la vida!… ¡Yo, señora, no he creído, como un doctor en filosofía alemán, no he vivido en un desierto, y cada una de esas pasiones mías me ha hecho encorvarme, ha desgarrado a tiras mi cuerpo!… ¡Juzgue usted misma! Fui rico, como lo son mis hermanos; pero ahora soy solamente un mendigo. La pasión en mis arrebatos me hizo dilapidar todos mis bienes, los de mi mujer y grandes cantidades de dinero ajeno. Tengo ahora cuarenta y dos años, la vejez se aproxima a mí, y como el perro que ha perdido a su amo, me encuentro sin hogar… Jamás en la vida conocí el sosiego, mi alma sufrió

ininterrumpidamente, y hasta las mismas esperanzas me hicieron languidecer y sufrir… Me hizo sufrir el trabajo penoso y desordenado, me hicieron sufrir las privaciones…, fui encarcelado unas cinco veces y anduve errante por las regiones de Arcángel y Tobolsk… ¡Recordarlo me da pena!… ¡Viví…, pero la pasión me impidió darme cuenta del proceso de mi vida! Me creerá usted o no me creerá, pero yo no recuerdo ni una sola primavera ni reparo jamás en si me amaba mi mujer o en si nacían mis hijos… ¿Qué más puedo decirle?… Para cuantos me quisieron fui una desdicha. Mi madre hace quince años que lleva luto por mí, y mis orgullosos hermanos, que por mi causa tuvieron que sufrir, que avergonzarse, que humillarse y que malgastar su dinero, acabaron odiándome como al veneno.

Lijariev se puso en pie, pero luego volvió a sentarse.

—¡Si solamente fuera desgraciado, daría por ello gracias a Dios! —prosiguió, sin mirar a Ilovaiskaia—. Pero mi desdicha personal queda relegada al último término cuando recuerdo con cuánta frecuencia mis arrebatos hacían de mí un ser grotesco, alejado de la verdad, injusto, cruel y peligroso… ¡Cuántas veces aborrecí y desprecié a los que debía haber amado y viceversa!… Engañé en mil ocasiones… Creía un día, me inclinaba, y al día siguiente ya, como un cobarde, huía de mis dioses y de mis nuevos amigos, tragándome en silencio el «¡canalla!» que me arrojaban a la espalda… ¡Dios solo ha visto cuán a menudo, avergonzado de mis pasiones, lloré y mordí la almohada, y aunque ni una sola vez en la vida mentí ni hice daño premeditadamente, mi conciencia no está limpia!… ¡Señorita, yo no puedo jactarme siquiera de que no pese ninguna muerte sobre ella, ya que ante mis ojos murió mi mujer, que mi inconsciencia mató!… Escúcheme… Existen ahora dos conceptos sobre la mujer… Unos miden el cráneo femenino para demostrar que es inferior al del hombre… Buscan defectos en la mujer para hacerla objeto de burlas; pretenden ser originales ante ellas y absuelven su animalidad. Otros, en cambio, ponen su esfuerzo y aplican todos sus afanes en elevar a la mujer hasta su misma altura; esto es: la obligan a aprender los antedichos treinta y cinco mil aspectos, a hablar y a escribir las mismas necedades que ellos dicen y escriben…

El rostro de Lijariev se ensombreció.

—¡Y yo le diré que la mujer siempre ha sido y será la esclava del hombre! —dijo, con voz de bajo y dando un fuerte puñetazo sobre la mesa—. ¡Es la tierna y blanda cera de la que el hombre moldea lo que quiere!… ¡Dios mío!… ¡Por lo que en un hombre es pequeñísima pasión, ella se corta el pelo, abandona a su familia, muere en tierras extrañas!… ¡Entre las ideas por las

que se sacrifica no hay una sola para su provecho femenino!… ¡Es una esclava fiel!… Yo no he medido los cráneos, y si hablo es por mi propia y amarga experiencia. Las mujeres más orgullosas y más independientes, si encontraba la posibilidad de comunicarles mi inspiración, me seguían sin reflexionar, sin preguntarme nada, y hacían cuanto yo quería. Así, por ejemplo, de una monja hice una nihilista, que después, según oí decir, disparó sobre un gendarme… y en cuanto a mi mujer…, ni un solo minuto me abandonó en mi vida errabunda, cambiando sus ilusiones como una veleta paralelamente a cómo mis fantasías me hacían cambiar las mías.

Lijariev se levantó de un salto y empezó a andar por la habitación.

—¡Noble y elevada esclavitud! —prosiguió, alzando las manos con un gesto de pasmo—. ¡En ella precisamente consiste toda la elevación de la vida de la mujer!… ¡Del terrible barullo que fue formándose poco a poco en mi cabeza, durante el tiempo de mi comunidad con las mujeres, de mi memoria, como de un filtro, sólo salieron incólumes, no las ideas ni las palabras inteligentes, sino esta asombrosa sumisión al Destino, esta filosofía, esta extraordinaria piedad y este saberlo perdonar todo!…

Lijariev apretó los puños, y fijando la mirada en un punto, dijo con apasionada tensión, como relamiendo cada una de las palabras pronunciadas entre los dientes apretados:

—¡Su entereza…, su fidelidad hasta la tumba y la poesía de su corazón…, todo el sentido de su vida está precisamente encerrado en ese martirio silencioso, en esas lágrimas capaces de ablandar la piedra, en ese inconmensurable amor que sabe perdonarlo todo, en ese amor que hace penetrar en el caos de nuestra vida la luz y el calor!… —Ilovaiskaia se levantó lentamente, y avanzando un paso hacia Lijariev, clavó la mirada en el rostro de éste. Las lágrimas que brillaban en sus pestañas, su voz apasionada y temblorosa le revelaban con perfecta claridad que el tema de *las mujeres* no habla sido abordado por él incidentalmente. Eran el objeto de su nueva pasión, o como él mismo decía, de su nueva fe. Por primera vez en su vida Ilovaiskaia veía ante sí a un hombre capaz de apasionarse, de querer ardientemente… Con sus vivos ademanes y ojos brillantes, se le aparecía como un loco, como un perturbado, pero del fuego de sus ojos, de sus palabras, del movimiento de su robusto cuerpo irradiaba tanta belleza, que ella misma sin darse cuenta, contemplando admirada su rostro, se sentía ante él como petrificada.

—¡Mi madre por ejemplo!… —siguió diciendo, al tiempo que extendía las manos hacia Ilovaiskaia con expresión suplicante—. Envenené su

existencia… Según ella, desglorifiqué el linaje de los Lijariev… Le hice tanto, tanto daño como podía habérselo hecho el peor enemigo…, y sin embargo, ¿qué?… Mis hermanos le daban insignificantes cantidades de dinero para sus gastos piadosos, pero ella, forzando su sentimiento religioso, ahorraba de este dinero para enviárselo al tarambana de su Grigorii… ¡Pues bien, una sola de esas pequeñeces ennoblece más el alma que todas las teorías, todas las palabras inteligentes y todo el conocimiento de los treinta mil aspectos!… Puedo citarle mil casos… El suyo, por ejemplo… En la calle reina la ventisca, es de noche y sin embargo usted se dirige en busca de su padre y de su hermano para, con una caricia, hacerles cálido el día de la fiesta, mientras ellos quizá ni siquiera piensan en usted y hasta puede que la hayan olvidado… ¡Y esperemos aún a que llegue el momento en que ame usted a un hombre!… ¡Entonces le seguirla usted hasta el polo Norte! ¿Verdad que le seguiría?…

—Sí…, si le amara…

—¡Lo ve usted! —dijo Lijariev golpeando de alegría el suelo con el pie—. ¡A fe mía que me siento contento de haberla conocido!… ¡Qué bueno es mi destino! ¡Siempre me hace tropezar con gentes magníficas! ¡Me procura unos conocimientos por los que pudiera darse el alma!… ¡En este mundo hay más seres buenos que malos!… ¡Fíjese en nosotros, por ejemplo!… ¡Con cuánta franqueza hemos hablado! ¡Como si nos conociéramos desde hace cien años!… Le diré que a veces se pasa uno callado un año entero, guarda reservas con los amigos y con la mujer, y de pronto le abre uno el alma al primer cadete que se encuentra en un vagón… Con usted, a quien tenía el honor de ver hoy por primera vez, me he confesado como nunca me había confesado… ¿Por qué habrá sido?

Frotándose las manos y sonriendo alegremente, Lijariev dio unos cuantos pasos por la habitación y atacó de nuevo el tema de la mujer, en tanto que las campanas tocaban a misa de alba.

—¡Dios mío!… —lloró Sascha—. ¡Con sus conversaciones no me deja dormir!

—¡Ay, es verdad! —dijo Lijariev como el que cae en la cuenta—. ¡Perdóname, amiguita!… ¡Duerme, duerme!… Aparte de ésta tengo otros dos hijos más —cuchicheó—. Los otros, señora, viven con su tío, pero ésta, señora, no puede pasarse ni un solo día sin su padre… Sufre, se está siempre quejando, pero se pega a mí como las moscas a la miel… Me parece señora, que he hablado demasiado. ¡Es verdad!… No le hubiera a usted venido mal descansar. ¿Me permite que le haga la cama?

Sin esperar el permiso, sacudió la mojada pelliza, la extendió con la piel para arriba sobre el banco, recogió los pañuelos y los chales diseminados por aquí y por allá y arrolló el abrigo para que reclinara sobre él la cabeza. Todo esto lo realizó en silencio y con tal expresión de veneración en el rostro, que más que vestidos femeninos parecía estar manejando trozos de objetos sagrados. En toda su figura había una actitud de culpabilidad, de turbación, como si ante la presencia de un ser débil se avergonzara de su estatura y de su fuerza… Cuando Ilovaiskaia se echó sobre el banco, él, tras apagar la vela, fue a sentarse en el taburete junto a la estufa.

—¡Así es, señora! —cuchicheó de nuevo mientras encendía un grueso cigarro y dejaba escapar el humo por la estufa—. ¡La Naturaleza ha dotado al hombre ruso de una extraordinaria capacidad para creer, de inteligencia y del don de la meditación!… No obstante, todo esto se convierte en la nada…, en inconsciencia, en pereza, en despreocupación soñadora… ¡Así es!…

Ilovaiskaia, llena de asombro, fijaba la mirada en la oscuridad, distinguiendo solamente la mancha roja de la imagen y el raudo paso de la luz, despedida por la estufa sobre el rostro de Lijariev. La oscuridad, el sonido de las campanas, el rugir de la ventisca, el muchacho cojo, la quejumbrosa Sascha, el desdichado Lijariev y sus discursos…, todo ello, creciendo y fundiéndose en una enorme impresión, le presentaba a este mundo de Dios como un algo fantástico, lleno de milagros y de fuerzas encantadas… ¡Todo, cuanto acababan de oír sus oídos continuaba resonando dentro de ellos, y la vida humana se le aparecía como un prodigioso y poético cuento sin fin!… La maravillosa impresión crecía, crecía… Velaba el raciocinio hasta convertirlo en un dulce sueño…

A través de su sueño, Ilovaiskaia veía la lamparita, la gruesa nariz sobre la que saltaba la luz roja… Oía también llanto…

—¡Querido papá!… —suplicaba tiernamente la voz infantil—. ¡Volvamos a casa del tío!… ¡Allí hay árbol de Navidad… y allí están Stiopa y Kolia!

—¡Amiguita mía!… ¿Qué quieres que yo le haga?… —decía el persuasivo bajo masculino—. ¡Compréndeme! ¡Comprende!…

Y al llanto infantil se unía el de un hombre, y aquella voz impregnada de dolor humano y mezclada al aullido de la borrasca, hería con tan dulce música humana el oído de la joven, que ésta, no pudiendo soportar el deleite que en ella despertaba, rompió también a llorar. Luego oyó el ruido que hacía al acercarse despacio una sombra grande y negra que recogía del suelo los chales caídos y le envolvía con ellos los pies.

Un extraño rugido despertó a Ilovaiskaia. Levantándose de un salto, miró asombrada a su alrededor. Por las ventanas, cubiertas de nieve hasta su mitad, asomaba la luz del amanecer. En la habitación había un crepúsculo gris en el que se destacaban claramente la estufa, la niña dormida y Nasr-Eddin. La estufa y la lamparita estaban apagadas, y por la puerta abierta de par en par alcanzaban a verse la gran sala de la taberna con su mostrador y sus mesas. Un hombre con rostro embotado de cíngaro y ojos asombrados, en pie en el centro de la habitación, sobre un charco de nieve derretida, sostenía en la mano un palo rematado por una gran estrella roja. Le rodeaba un grupo de chiquillos inmóviles como estatuas, con la nieve aún pegada a sus cuerpos. La luz de la estrella, atravesando el papel rojo, sonrosaba sus rostros mojados. El grupo dejaba oír un canto discordante y desordenado. Ilovaiskaia sólo pudo distinguir de entre aquellos berridos, la letra de una de las coplas:

¡Escucha, mocito!
¡Coge el cuchillito finito
y matemos, matemos al judío…,
a ese hijo desdichado!

Junto al mostrador, Lijariev contemplaba conmovido a los cantores y llevaba el compás con el pie. Al ver a Ilovaiskaia sonrió con ancha sonrisa y avanzó hacia ella, que le sonrió a su vez.

—¡Felices Pascuas! —dijo—. ¡Veo que ha dormido usted muy bien!

Ilovaiskaia le miraba en silencio y continuaba sonriendo. Tras la conversación de la noche anterior, ya no le parecía aquel hombre ni alto ni robusto, sino pequeño; tan pequeño como nos parece el más grande de los vapores cuando se dice de él que ha atravesado el océano.

—¡En efecto…, pero ya es hora de que me vaya! —contestó ella—. Tengo que prepararme para la marcha. ¿Y usted…, dígame?… ¿Adónde va usted ahora?

—¿Yo?… A la estación Klinuschki. Desde allí a Sergievo y desde Sergievo tendré que recorrer cuarenta *verstas* en coche de caballos hasta llegar a las minas de carbón de cierto necio general Schaschkovski, en las que mis hermanos me han encontrado un empleo de administrador. Voy a excavar carbón.

—¡Oh!… ¡Conozco esas minas! ¡Schaschkovski es tío mío! ¿Para qué ir allí? —exclamó Ilovaiskaia mirándole asombrada.

—Para conducir los asuntos de las minas. Para ser su administrador.

—¡No lo comprendo! —dijo Ilovaiskaia encogiéndose de hombros—. ¡Las minas a que va usted están en medio de una estepa desnuda!… ¡Todo aquello es un despoblado y de un aburrimiento tal que no podrá permanecer allí arriba de un día!… ¡En cuanto al carbón!…, ¡sepa que es un carbón malísimo, que no hay quien lo compre, que mi tío es un maniático, un déspota y un hombre en quiebra!… ¡No le pagarán ni el sueldo!…

—¡Qué más da!… —dijo Lijariev con indiferencia—. ¡Hasta las minas son de agradecer!

llovaiskaia volvió a encogerse de hombros, y presa de excitación empezó a dar vueltas por la estancia.

—¡No lo comprendo y no lo comprendo!… —decía jugando con los dedos que elevaba a la altura de su rostro—. ¡Es algo imposible e insensato! ¿No ve que una cosa así es peor que el destierro?… ¿Que es la tumba para un ser viviente?… ¡Oh Dios mío!… —proseguía con ardor, acercándose a Lijariev y agitando los dedos ante su rostro sonriente. El suyo picudo había palidecido y su labio superior temblaba—. ¡Imagíneselo!… ¡Una estepa desnuda en la que reina la soledad más absoluta!… ¡En la que no hay nadie a quien dirigir la palabra!… ¡Y usted precisamente que siente ahora ese entusiasmo por las mujeres!… ¡Las minas y las mujeres!…

De repente, avergonzada del ardor puesto en sus palabras, Ilovaiskaia volvió la espalda a Lijariev y se dirigió a la ventana.

—¡No y no!… ¡Usted no puede ir allí! —dijo, pasando rápidamente el dedo por el cristal de ésta.

No solamente con el alma, sino con la propia espalda sentía tras ella la presencia de aquel hambre infinitamente desgraciado, perdido, que como si no tuviera conciencia de su desdicha, como si no fuera el mismo que llorara la noche anterior, la miraba sonriendo bondadosamente… ¡Cierto que más le hubiera valido seguir llorando!… Presa de excitación, paseó rápidamente por la estancia, deteniéndose después pensativa en un rincón. Lijariev le decía algo que ella no oía. Dándole la espalda, extrajo un billete de veinticinco rublos de su portamonedas, lo estrujó varias veces en su mano y se volvió hacia Lijariev, pero luego, enrojeciendo, introdujo de nuevo el billete en su bolsillo.

Al otro lado de la puerta se oyó la voz del cochero. Ilovaiskaia, en silencio, con rostro severo y reconcentrado, empezó a ponerse sus abrigos. Lijariev la ayudaba a cubrirse, charlando alegremente al tiempo que esto hacía, pero cada una de sus palabras caía como un peso en el alma de ella.

¡No es placentero oír expresarse en tono de chanza a los desgraciados y a los moribundos!…

Cuando la transformación de un ser vivo en un envoltorio informe estuvo terminada, Ilovaiskaia recorrió por última vez con la mirada el cuarto *de paso*, permaneció unos momentos en pie en silencio y abandonó lentamente la estancia. Lijariev la acompañaba… En la calle…, Dios sabe por qué…, gruñía todavía enfadado el invierno. Verdaderas nubes de grandes y blancos copos de nieve revoloteaban inquietas sobre la tierra sin encontrar el sitio donde posarse. Los caballos, el trineo, los árboles, el toro atado a un poste…, ¡todo era de un blanco mullido y vaporoso!…

— ¡Que Dios le conceda suerte! —balbucía Lijariev, ayudando a Ilovaiskaia a sentarse en el trineo—. ¡No conserve un mal recuerdo de mí!…

Ilovaiskaia guardaba silencio. Cuando el trineo, tras rodear un gran montón de nieve, se puso en marcha, volvióse hacia Lijariev como si deseara decirle algo. Éste se le acercó apresurado, pero ella, sin pronunciar una sola palabra, limitóse a mirarle a través de sus largas pestañas de las que pendían copitos de nieve…

¿Supo, en efecto, el alma sensible de Lijariev leer en aquella mirada o le engañaba quizá su imaginación?… Es el caso que de pronto le pareció que dos o tres buenas y fuertes pinceladas más hubieran bastado para que aquella joven le perdonara sus infortunios, su vejez, su suerte adversa y le siguiera sin preguntar ni reflexionar. Como petrificado permaneció en pie durante largo rato, mirando la huella dejada tras de sí por el trineo. Los copitos de nieve se posaban afanosos sobre sus cabellos, sobre su barba, sobre sus hombros… Pronto la huella quedó borrada y él mismo, cubierto de nieve, empezó a adquirir el aspecto de una blanca roca, aunque sus ojos continuaban buscando algo entre las nubes de nieve.

CANTORES

POR haber recibido el juez de paz una carta de Pitier, corrió la voz por Efremovo de que en breve el señor, el conde Vladimir Ivanich, llegaría a la localidad. No se sabía, sin embargo, cuándo llegaría.

—Cae aquí como un espíritu en la noche… —decía el padre Kuzman, el pequeño y canoso pope de sotana color malva—. ¡Si viene, en efecto…, con la nobleza y las clases altas, se nos acabó la tranquilidad!… ¡El vecindario en pleno se irá allá, seguramente!… ¡Tú, Alekseich…, pon por tu parte todo el mayor interés posible!… ¡Te lo pido de corazón!

—¿Yo, qué?… —dice Aleksei Alekseich frunciendo el entrecejo—. ¡Ya tendré bastante con ocuparme de lo mío!… ¡Conque mi enemigo entone la *ektenia*[159] como es debido!…

—¡Bueno, bueno!… ¡Ya se lo suplicaré yo al diácono!… ¡Ya se lo suplicaré!

Aleksei Alekseich ejerce el oficio de sacristán en la iglesia de los Tres Santos, de Efremovo. Al mismo tiempo da clase de canto religioso y civil a los chicos de la escuela, por lo que percibe, del despacho del conde, sesenta rublos al año. A cambio de esta enseñanza obliga a los escolares a cantar en la iglesia. Aleksei Alekseich es un hombre robusto, de alta estatura, andar reposado, y grasiento y afeitado rostro, parecido a la ubre de una vaca. Su aire imponente y su barbilla de dos pisos, antes bien, le dan el aspecto de un hombre situado en el peldaño superior de la alta jerarquía civil que de un sacristán. Resultaba singular verle hincar las rodillas en tierra y dar con la cabeza en el suelo para saludar a su ilustrísima, y el que un día, por orden de éste, y a consecuencia de una querella particularmente fuerte con el diácono Evlampii Audlesov, hubiera tenido que permanecer dos horas arrodillado. La grandeza se acomodaba más a su figura que la humillación.

Habiendo corrido la voz de que el conde estaba próximo a llegar, todos los días y todas las noches hacía ensayar a sus coros. Los ensayos tenían lugar en la escuela y sin que los estudios sufrieran perturbación, pues al dar éstos comienzo, el profesor, Serguei Makarich, ocupaba a los escolares en

ejercicios de caligrafía, mientras él mismo se unía a los tenores en calidad de aficionado.

He aquí cómo transcurre el ensayo. Dando un portazo y sonándose la nariz entra en la clase Aleksei Alekseich; de detrás de las mesas salen los tiples y barítonos, y haciendo ruido con los pies, como los caballos, llegan del patio (en el que llevan largo tiempo esperando), los tenores y los bajos. Todos ocupan sus sitios. Aleksei Alekseich endereza su figura, da la señal de silencio y hace sonar el diapasón:

—¡To-to-to-tón!… ¡Do, mi, sol, do!…

—¡A-a-a-mén!…

—¡Adagio!… ¡Adagio!… ¡Otra vez!…

Al *amén* sigue el *¡el Dios nos salve!* de la gran *ektenia*. Hace tiempo que todo esto ha sido ya aprendido, que se ha cantado mil veces, que está masticado y sólo se canta por fórmula. Se canta perezosamente, sin conciencia de lo que se canta. Aleksei Alekseich mueve pausadamente la mano y se une tan pronto a los tenores, como a los bajos. Todo se hace tranquilamente, sin nada interesante. Sin embargo, cuando llega el momento de cantar la *jeruvimskaia*[160], el coro empieza de repente a sonarse, a toser, a volver rápidamente las hojas. El maestro de coro da la espalda a éste y, con expresión misteriosa, se pone a afinar su violín. Los preparativos duran aproximadamente dos o tres minutos.

—¡Cada cual a su sitio!… ¡Miren con más atención a la partitura!… ¡Que los bajos no canten demasiado fuerte!… ¡Más piano!… Se elige la *jeruvimskaia*, de Bortniamski número siete, y a una señal dada se hace el silencio. Los ojos se fijan en las partituras y los tiples abren sus bocas. Aleksei Alekseich deja caer pausadamente la mano.

—¡Piano!… ¡Piano!… ¡Está escrito *piano*!… ¡Más ligero! ¡Más ligero!

—Viiii…, iiii…, miiiii…

Cantando *piano*, el rostro de Alexsei Alekseich se llena de bondad y de ternura; como si estuviera viendo en sueños un buen entremés.

—¡Fuerte!… ¡Fuerte!…

Cantando *fuerte* la grasienta cara del maestro de coro expresa un susto tan grande que llega al espanto.

La *jeruvimskaia* sale siempre bien. Tanto, que, los escolares, dejando su caligrafía, se ponen a seguir con la vista los movimientos de Aleksei Alekseich. Bajo las ventanas se para la gente, y entrando en la clase con el delantal puesto y un cuchillo de mesa en la mano, el guarda Vasilii escucha con profunda atención. Como brotado de la tierra surge el padre Kuzma con

semblante preocupado… Terminado el canto, Aleksei Alekseich se enjuga el sudor de la frente, y preso de excitación se acerca al padre Kuzma.

—¡No comprendo, padre Kuzma —dice encogiéndose de hombros—, por qué el pueblo ruso tiene tan poca comprensión!… ¡No lo comprendo…, y que Dios me castigue!… ¡Es una gente tan inculta, que no hay manera de saber lo que guardan en el gañote o en cualquier otra entraña!… ¡Conque te has atragantado!… —dice después, dirigiéndose al bajo Gennadii Semichev, el hermano del tabernero.

—¿Y qué?…

—¡Que no parece tu voz!… ¡Rechina como una cazuela! ¡Lo que pasará es que ayer habrás empinado el codo!… ¡Eso!… ¡De tu boca sale el mismo olor que de una taberna!… ¡Pues sí que!… ¡Eres un *mujik*, hermano! ¡Un patán!… ¡Vaya un cantor… que se reúne en la taberna con los *mujiks*!… ¡Eres un burro, hermano!…

—Eso es un pecado, hermano… Eso es un pecado —balbucea el padre Kuzma—. Piensa que Dios todo lo ve…, que su mirada todo lo penetra…

—¿Cómo habrá de comprender nada en absoluto cuando el pensamiento lo tiene ocupado con la vodka y no con lo divino?… ¡Tonto! ¡Más que tonto!

—No te excites. No te excites —dice el padre Kuzma—. No te enfades. Yo le suplicaré…

Y el padre Kuzma, dirigiéndose a Gennadii Semichev, empieza a suplicar a éste:

—¿Por qué eres así?… ¡Compréndelo con la inteligencia!… ¡El hombre, al cantar, debe abstenerse de beber…, porque tiene la garganta… como si dijéramos tierna!…

Como si la cosa no fuera con él, Gennadii se rasca el cuello y mira de reojo a la ventana. Tras la *jeruvimskaia* se canta el credo; después con mucho sentimiento y sin tropiezos, otro cántico y así sucesivamente hasta el *Padre nuestro*.

—A mi parecer, padre Kuzma, el *Padre nuestro* corriente es mejor que el de la partitura… ¡Ése es el que deberíamos cantar ante el conde!

—¡No, no!… Canta el de la partitura. El que acostumbra oír el conde en las capitales es el de la partitura… Seguramente que allí las capillas… ¡Qué partituras no hay allí, hermano!…

Después del *Padre nuestro* se oyen otra vez toses, un nuevo sonar de narices y volver de hojas. Se disponen a ejecutar lo más difícil… Aleksei Alekseich tiene dos cosas en estudio: el *Santo Dios* y el *Gloria*. Lo que salga mejor será lo que se cante delante del conde. Durante el curso del concierto el

maestro de coro se apasiona y la expresión bondadosa de su rostro cede su sitio a la de susto. Alza y baja los brazos, mueve los dedos y sacude los hombros…

—¡Fuerte!… ¡Andante!… ¡Fortísimo!… ¡Tú… cara de Ídolo! ¡Canta!… ¡Más suave, tenores!… ¡To-to-ti-to-tón!… ¡Sol! ¡Si! ¡Sol!… ¡Tú…, cabeza de tonto!… *¡Santo!*… ¡Esos bajos!… *¡Sa… aaanto!*…

El arco de su violín se pasea por las cabezas y los hombros de los tiples y barítonos que desafinan, su mano izquierda agarra a cada momento por las orejas a los pequeños cantores e incluso una vez, llevado por el entusiasmo, su dedo doblado golpea al bajo Gennadii bajo la barbilla. Pero los cantores no lloran… los golpes no les ofenden…, comprenden toda la importancia de la ejecución de aquella tarea.

Después del concierto pasa un minuto en silencio. Aleksei Alekseich, sudoroso, rojo, agotado, se sienta en el alféizar de la ventana y pasea una mirada turbia y pesada, pero victoriosa, sobre los presentes. De pronto, con gran disgusto, divisa entre el grupo de oyentes al diácono Avdiesov. El diácono, hombre alto y robusto, de encarnado rostro picado de viruelas y con paja en el cabello, en pie y apoyado en la estufa, sonríe despreciativamente.

—¡Canta, canta!… ¡Canta tus partituras!… —masculla con una voz de bajo profundo—. ¡Como si el conde necesitara de tus cánticos!… ¡A él…, que cantes o no cantes la partitura!… ¡Con lo ateo que es!…

El padre Kuzma mira asustado a su alrededor y mueve los dedos.

—¡Bueno, bueno!… ¡Cállate, diácono! ¡Te lo suplico!…

Tras el concierto se entona otro cántico y termina el ensayo. Los cantores se separan para volver a reunirse por la noche y celebrar un nuevo ensayo. Y así día por día…

Pasa un mes; otro… Ya el administrador ha recibido la noticia de la próxima llegada del conde. He aquí que, por fin, las persianas polvorientas son arrancadas de las ventanas de su casa y que Efremovo escucha los sonidos desafinados de un piano. El padre Kuzma se consume poco a poco sin saber él mismo qué es lo que le consume, si el entusiasmo o el susto. El diácono se pasea y sonríe.

El sábado por la tarde, el padre Kuzma entra en la casa del maestro de coro. Su rastro está pálido, sus hombros se encorvan, el brillo de su sotana color malva se ha apagado.

—Vengo de ver a su excelencia —dice tartamudeando al maestro de coro—. Es hombre instruido…, de sentimientos delicados…, pero… ¡hay cosas que le ofenden a uno, hermano!… «¿A qué hora —le digo— desea su

excelencia que empiece mañana la liturgia?», y él me contesta: «Cuando usted quiera, sólo que… hágala, si puede, lo más corta posible…, sin cantores…». ¡Sin cantores!… ¿Comprendes eso?… ¡Sin cantores!…

El rostro de Aleksei Alekseich se tiñe de un rojo escarlata. Le sería más fácil estarse otra vez dos horas de rodillas que escuchar estas palabras. Se pasa la noche sin dormir y no le ofende tanto el haber realizado en vano su trabajo, como el saber que Avdiesov no le dejará en paz con sus burlas. Avdiesov se alegrará de su dolor.

Éste, al día siguiente, mientras dura la misa, mira de soslayo, despreciativamente, hacia el sitio en que deberían estar los cantores, y en donde, sola como un hongo, canta la voz de bajo de Aleksei Alekseich. Al pasar ante él con el incensario, masculla:

—¡Anda!… ¡Canta la partitura!… ¡Esmérate!… Quién sabe si el conde dará cinco rublos para el coro…

Después de la misa, el maestro de coro, empequeñecido y enfermo por la ofensa, se dirige a su casa. Junto a la entrada de ésta, Adviesov, rojo el semblante, le da alcance.

—¡Espera, Alioscha! —dice el diácono—. ¡Espera, tonto!… ¡No te enfades!… ¡No eres tú solo!… ¡Yo también he llevado mi parte!… Figúrate que en cuanto termina la misa, el padre Kuzma se acerca al conde y le pregunta: «¿Qué opina su excelencia de la voz del diácono?… ¿No le parece perfectísima su octava?…». ¿Y sabes lo que opinó el conde?… ¡Todo un cumplido! «¡Gritar —dice— lo hace cualquiera!… ¡En una persona no importa tanto la voz como la inteligencia!». ¡Es un ateo!… ¡Un ateo y nada más!… ¡Ven, hermano! ¡Vamos a bebernos juntos un trago para consuelo de la ofensa!

Y cogidos del brazo, los enemigos salen del portalón.

TRISTEZA

¿A quién confío mi tristeza?

CREPÚSCULO vespertino. Los grandes y húmedos copos de nieve revolotean perezosamente junto a los recién encendidos faroles, cubriendo de una capa fina y blanda los tejados, los lomos de los caballos, los hombres y los gorros. El *isvoschik* lona Potapov, todo él blanco como un fantasma, encorvado hasta cuanto puede encorvarse un cuerpo vivo, está sentado inmóvil en su pescante. Diríase que ha caído sobre él un montón entero de nieve que no ha considerado necesario sacudir. Su caballejo está también blanco e inmóvil. Su inmovilidad, sus formas angulosas y la tiesura de palo de sus patas, le hacen presentar el aspecto, aun contemplado desde cerca, de un caballito de *prianik* de a *kopeka*. Seguramente medita. Él, que fue arrancado al arado, al cuadro gris familiar y arrojado aquí en medio de este remolino de luces monstruosas, rugido incesante y gentes corriendo, no puede dejar de meditar.

Hace largo tiempo que lona y su caballejo están inmóviles. ¡Han salido de casa antes de la comida, pero los clientes no acuden…, no acuden!… He aquí que ya la oscuridad de la noche envuelve la ciudad. La palidez de las luces de los faroles aviva su color y el barullo de la calle se torna más ruidoso.

—¡*Isvoschik*!… ¡A Viborgskia! —oye decir lona—. ¡*Isvoschik*!…

lona se estremece y, a través de sus pestañas llenas de nieve, ve ante sí un militar cubierto con un capote y con la capucha puesta.

—¡A Viborgskia! —repite el militar—, ¿Estás dormido? ¡Llévame a Viborgskia!

En señal de asentimiento, lona agita las riendas, con cuyo movimiento se desprende la nieve que cubre sus hombros y el lomo del caballo… El militar toma asiento en el trineo. Haciendo restañar la lengua, el *isvoschik* estira el cuello con gesto de cisne, se despega ligeramente del asiento y, más bien por

costumbre que por necesidad, alza el látigo. El caballejo estira a su vez el cuello, tuerce sus patas de palo y se revuelve en su sitio.

—¿Adónde vas?, ¡diablos! —dicen a lona poco después desde la oscura masa movible que avanza y retrocede—. ¿Adónde te empujan los diablos? ¡Lleva la derecha!

—¡No sabes conducir!… ¡Lleva la derecha! —se enfada el militar.

El cochero de la berlina regaña, el peatón que atraviesa la calle y cuyo hombro tropieza con la cabeza del caballejo, lanza a éste una mirada furiosa y se sacude la nieve de la manga. Iona, en el pescante, parece sentado sobre alfileres; empuja con los codos a ambos lados y pasea a su alrededor unos ojos atontados, como si no comprendiera dónde está ni por qué está allí.

—¡Qué gente tan canalla! —bromea sarcástico el militar—. ¡A propósito vienen a tropezar contigo y a caérsete debajo del caballo!… ¡Deben de haberse puesto todos de acuerdo!…

lona vuelve hacia él la cabeza y mueve los labios… Sin duda quiere decir algo, pero de sus labios sólo salen resoplidos.

—¿Qué dices? —pregunta el militar.

Una sonrisa contorsiona la boca de lona. Haciendo un esfuerzo pronuncia con voz empañada;

—¡Un hijo, señor!… ¡Se me ha muerto un hijo hace una semana!…

—¡Hum!… ¿Y de qué?

lona vuelve todo su cuerpo hacia el cliente y contesta:

—Y eso, ¡quién lo va a saber!… ¡De las fiebres, seguramente!… ¡Tres días pasó en el hospital…, y allí se me murió!… ¡La voluntad de Dios!…

—¡Apártate, diablo! —exclama una voz en la oscuridad—. ¿Para qué quieres los ojos, viejo perro?…

—¡Anda, anda! —dice el cliente—. ¡Que a ese paso no llegaremos hasta mañana! ¡Arrea el caballo!

El *isvoschik* vuelve a estirar el cuello, se despega ligeramente del asiento y, con pesada gracia, alza el látigo. Varias veces se vuelve hacia el cliente, pero éste ha cerrado los ojos y no parece dispuesto a escuchar.

Después de haberle conducido a Viborgskia se detiene ante una taberna, se encorva en el pescante y queda otra vez inmóvil. De nuevo la nieve mojada pinta a él y al caballejo de blanco. Una hora transcurre…, otra… Por la acera, metiendo al andar mucho ruido con los chanclos y discutiendo entre sí, pasan tres jóvenes: dos de ellos altos y delgados; el tercero, pequeño y jorobado.

—*¡Isvoschik!* ¡Al puente Politzeiskii! —grita con voz cascada el jorobado—. ¡Somos tres! ¡Damos veinte *kopekas*!

lona tira de las riendas y hace restallar la lengua. Veinte *kopekas* no es un buen precio; pero él no está, en aquel momento, para pensar en precios… ¡Le da lo mismo ahora un rublo que cinco *kopekas*! ¡Lo que importa es que haya clientes! Entre empujones y excesos de lenguaje, los jóvenes se acercan al trineo y saltan a la vez al asiento. En el acto se entabla una discusión sobre quiénes se sentarán y cuál habrá de permanecer en pie. Tras largo forcejeo de palabras, caprichos y recriminaciones, queda decidido que el que irá en pie será el jorobado, por ser más pequeño.

—¡Vamos! ¡Arrea el caballo! —dice éste, sujetándose para ir en pie y respirando en la nuca de lona—. ¡Anda ya! ¡Revienta de una vez!… ¡Vaya gorro el tuyo, hermanito!… ¡No se encontraría otro peor en todo Petersburgo!

—¡Je, je, je!… —ríe lona—. ¡El que tiene uno…!

—Bueno…, ¡date prisa! ¿Piensas ir así todo el tiempo?… Sí…, ¿eh? ¿Quieres entonces que te retuerza el pescuezo?…

—¡Me duele la cabeza! —dice uno de los largos—. ¡Entre Vaska y yo nos bebimos ayer en casa de Dukmasov cuatro botellas de coñac!

—¡No comprendo la necesidad de mentir! —se enfada el otro largo—. ¡Está mintiendo como un animal!

— ¡Que Dios me castigue si no es verdad!…

—¡Tan verdad como cuando se dice que un piojo tose!

—¡Je, Je!… —ríe de dientes para afuera lona—. ¡Qué buen humor tienen los señores!…

—¡Al diablo contigo! —se indigna el jorobado—. ¿Vas o no vas a ir más de prisa…, vieja peste? ¿Es que se puede llevar ese paso? ¡Arréale! ¡Pégale con la fusta!… ¡Diablos!… ¡Dale un poco más fuerte!…

lona siente tras su espalda la agitación del cuerpo del jorobado y percibe el temblor de su voz; oye las injurias que se le dirigen, ve a la gente, y el sentimiento de soledad empieza poco a poco a alejarse de su pecho. El jorobado prosigue sus insultos hasta que, atragantándose con uno descomunal, le da un golpe de tos. Los largos empiezan a hablar de una cierta Nadejda Petrovna. Iona, aprovechando una breve pausa, se vuelve otra vez hacia ellos y balbucea:

—La semana pasada… mi hijo murió…

—¡Todas tenemos que morirnos! —suspira el jorobado, secándose los labios después del ataque de tos—. ¡Bueno, arrea!… ¡Señores, decididamente, yo no aguanto este paso! ¡Cuándo acabará de llevarnos de una vez!…

—¡Dale en el pescuezo para que se anime!

—¿Lo estás oyendo, vieja peste?… ¡Mira que te doy un cogotazo!… ¡Si fuera uno a gastar ceremonias con vosotros, tendría que ir a pie!… ¿Es que te importa un bledo lo que se te dice?

lona oye, más bien que siente, un golpe en el occipucio.

—¡Je, je, je! —ríe—. ¡Qué buen humor tienen los señores!… ¡Que Dios les dé salud!

—*Isvoschik!*…, ¿eres casado?

—¿Quien, yo?… ¡Je, je, je!… ¡Qué buen humor tienen los señores!… ¡Qué señores tan alegres!… ¡ya no tengo más mujer que una!…, ¡la tierra húmeda!… ¡Je, je, je!… ¡La sepultura, quiero decir!… ¡Mi hijo se murió… y yo estoy vivo!… ¡Qué cosa más extraña!… ¡La muerte se confundió de puerta, y en lugar de venir a mí…, fue a mi hijo!…

lona se vuelve para referir cómo murió su hijo, pero en aquel momento el jorobado exhala un suspiro de alivio y anuncia que por fin, a Dios gracias, han llegado a su destino.

Tras recibir las veinte *kopekas*, lona sigue con la vista las espaldas de los juerguistas, que desaparecen en el oscuro portalón. Solitario otra vez, el silencio se hace de nuevo para él. Durante un corto espacio de tiempo queda adormecido, pero la tristeza no tarda en hacer su aparición, limando su pecho con más fuerza. Sus ojos, torturados e inquietos, recorren la muchedumbre que circula por ambos lados de la calle. ¿Entre aquel minar de personas se encontraría siquiera una sola capaz de escucharle?… ¡Pero el gentío pasa corriendo a su lacio, sin reparar en él ni en su tristeza!… ¡Tristeza enorme!…, ¡sin límites!… ¡Si un gran peso la hiciera estallar dentro de él y derramarse…, quizá inundara el mundo entero!… Y, sin embargo, ¡no se la ve!… ¡Supo guarecerse en tan insignificante cáscara, que ni de día, con luz, podría vérsela!…

Cuando lona divisa a un *dvornik* cargado con un envoltorio, resuelve entablar conversación con él.

— ¡Oye, amigo!…, ¿que hora será? —pregunta.

—Las nueve dadas… ¿Por qué te has parado ahí?… ¡circula!

lona avanza unos cuantos pasos, se encorva y se entrega a la tristeza, considera ya inútil dirigirse a la gente, no han pasado cinco minutos, cuando se endereza otra vez y, sacudiendo la cabeza, como si sintiera en ella un agudo dolor, tira de las riendas… ¡No puede más!

«¡A la cochera! —piensa—. ¡A la cochera!».

Lo mismo que si comprendiera su pensamiento, el caballejo arranca a correr al trote. Hora y media después, lona está sentado al lado de una estufa

grande y sucia, mientras en el suelo y sobre los bancos ronca gente. El aire comprimido es sofocante. Iona mira a los durmientes, se rasca y lamenta haber regresado tan temprano…

«¡No he sacado ni para avena! —piensa—. ¡Por eso seguramente es por lo que tengo esta tristeza!… ¡Cuando un hombre sabe cuál es su obligación… y se queda satisfecho…, y el caballo se le queda también satisfecho…, está tranquilo!…».

En uno de los rincones, un joven *isvoschik* se incorpora y alarga su cuerpo hacia el cubo de agua.

—¿Tienes sed? —pregunta lona.

— ¡Claro que tengo sed!

—Así será… ¡Que aproveche!… ¡Yo, hermano…, tenía un hijo y se me ha muerto!… ¿Me oyes?… ¡Fue la semana pasada…, en el hospital!… ¡Qué historia!…

Iona observa el efecto que producen sus palabras, pero nada ve. El joven, después de taparse hasta la cabeza, se ha vuelto a quedar dormido. El viejo suspira y se rasca… ¡Las mismas ansias de beber que sentía aquel joven las sentía él de hablar!… ¡Pronto hará ya una semana que se le ha muerto el hijo y aún no ha podido hablar a su gusto con nadie! ¡Y es preciso hablar!…, ¡hablar despacio!… ¡Con sentimiento!… ¡Es preciso poder referir cómo enfermó el hijo…, cuánto sufrió…, lo que decía antes de morir y cómo se murió!… ¡Es necesario describir el entierro…, la ida al hospital para recoger las ropas del difunto!… En la aldea está Anisia…, la hija… ¡También de ella es preciso hablar!… ¡De cuántas cosas más podría hablar ahora!… ¡Además, el oyente tiene que suspirar, que exclamar, que compadecerse!… ¡Sería mejor todavía poder hablar con las *babas*!…**[161]**. Aunque son tontas…, a las dos palabras que oyen ya están llorando.

«¿Y si me fuera con el caballo? —piensa lona—. ¡Para dormir siempre tiene uno tiempo!… ¡Ya dormirás!…».

Después de vestirse se dirige a la cuadra en que está su caballo. Se pone a pensar en la avena, en el heno, en el tiempo… ¡En el hijo, cuando está solo, no puede pensar!… ¡Hablar…, puede uno hablar de él con alguien!…, pero uno solo, ¿pensar en él y representarse su imagen?…, ¡sería algo terriblemente insoportable!

—¿Qué haces?… ¿masticas?… —pregunta lona a su caballo, mirándole a los ojos brillantes—. ¡Bien!… ¡Mastica, mastica!… ¡Si no hemos sacado para avena…, nos contentaremos con heno!… ¡Eso es!… ¡Ya me he vuelto viejo

para trabajar!… ¡El hijo es el que tendría que hacer esto… y no yo!… ¡Él sí que era un verdadero *isvoschik*!… ¡No le faltaba más que haber vivido!…

lona guarda silencio por algún tiempo y después prosigue:

— ¡Así es, caballo!…, ¡hermanito!… ¡Ya no hay ningún Kuzma Ionich!… ¡Pasó a mejor vida!… ¡Se murió así!… ¡Por nada!… ¡Figúrate que tú, por ejemplo, tuvieras un potrito…, y que fueras la madre de ese potrito…, y que de repente, digamos…, ese mismo potrito pasara a mejor vida!… Sería una lástima, ¿verdad?…

El caballejo mastica, escucha, resopla a su amo en las manos…

lona se anima y se lo cuenta todo…

RÉQUIEM

EN la iglesia de la Virgen de Odigitrievskaia, situada en el pueblo de Verknie-Saprudi, acaba de terminar la misa. La gente se pone en movimiento y sale de la iglesia. El único que no se mueve es el comerciante de coloniales Andrei Andreich, el *inteligente* de Verknie-Saprudi, antiguo vecino de la localidad. Permanece apoyado contra la balaustrada del lugar destinado al coro y espera. Su rostro, afeitado, grasiento, de piel que los granos volvieron desigual, expresa ahora dos sentimientos contradictorios: sumisión a los misterios religiosos y un desdén embotado y sin límites hacia los campesinos y campesinas que con sus pañuelos de abigarrados colores pasan ante él. Por ser domingo, va vestido como un petimetre: abrigo de paño con botones de hueso, amarillos, pantalones azul marino y sólidos chanclos; esos chanclos que solo calzan las gentes reposadas, razonables y de profundas convicciones religiosas. Sus ojos, perezosos, se dirigen a las imágenes. Contempla la faz, ha largo tiempo conocida, de los santos, ve al guardián Matvei inflando las mejillas para apagar las velas, a los sombríos portacirios, a la rosada alfombra, al sacristán Lopujov, que pasa apresurado junto al altar llevando pan bendito… Hace mucho tiempo que todo esto ha sido tan visto y requetevisto por él como sus propios cinco dedos… En realidad, lo único que resulta extraño y desacostumbrado es la presencia del padre Grigorii junto a la puerta norte del altar, todavía revestido y dirigiendo a alguien gestos enojados con las espesas cejas.

«¿Para quién serán esos gestos?…, ¡y que Dios le conserve la salud! —piensa el tendero—. ¡Ahora llama con el dedo!… ¡Y golpea con el pie!… ¡Vaya!… ¿Qué pasa, Virgen Santísima?… ¿A quién hará eso?».

Andrei Andreich vuelve la cabeza y ve una iglesia completamente vacía. Junto a la puerta se agrupan todavía unas diez personas, pero ya de espaldas al altar.

—¡Ven cuando te llamen!… ¿Qué haces ahí parado como una estatua? —oye decir a la voz enfadada del padre Grigorii—. ¡Es a ti a quien estoy llamando!

El tendero mira el rostro rojo e irritado del padre Grigorii, y sólo entonces se le ocurre pensar que el fruncimiento de cejas y la señal del dedo pudieran haberle sido dirigidos. Estremeciéndose abandona la balaustrada, e indeciso, metiendo ruido con los macizos chanclos, se dirige al altar.

—¡Andrei Andreich!, ¿eres tú el que ha enviado una nota con este nombre, *Maria*, para que sea encomendada en la invocación por los difuntos? —pregunta el sacerdote mirando con ojos enfadados su grasiento y sudoroso rostro.

—Sí, señor.

—Entonces, ¿fuiste tú quien escribió esto? ¿Lo escribiste tú?…

Y el padre Grigorii, muy enfadado, acerca un papelito a sus ojos. En éste, que Andrei Andreich entregara y que contiene el nombre de la difunta a quien desea encomendar, aparece escrito: «Por el eterno descanso de la sierva de Dios y fornicadora Maria».

—En efecto, señor; yo fui el que lo escribió —contesta el tendero.

—¿Y cómo te atreviste a escribir una cosa así? —pronuncia en un murmullo el padre Grigorii alargando las silabas; murmullo que revela a la vez enfado y miedo.

El tendero le contempla con expresión de embotado asombro, queda perplejo y se asusta a su vez. ¡Jamás en su vida el padre Grigorii empleó este tono con los *inteligentes* de Verknie-Saprudi!… Ambos guardan silencio y, por espacio de un minuto, se miran el uno al otro a los ojos. La perplejidad del tendero es tal que su grasiento rostro parece desparramarse en todas direcciones, como una masa que se derrite.

—¿Cómo te atreviste? —repite el cura.

—Yo…, ¿a qué?… —se asombra Andrei Andreich.

—Pero ¿no lo comprendes? —murmura con un gesto sorprendido el padre Grigorii retrocediendo un paso—. ¿Se puede saber qué es lo que llevas sobre los hombros? ¿Es una cabeza lo que llevas o un objeto cualquiera?… ¡Entregas una nota para el altar y escribes en ella unas palabras que ni siquiera en la calle sería conveniente pronunciar!… ¿Qué haces ahí mirándome con esos ojos tan espantados?… ¿Ignoras acaso el significado de esas palabras?…

—¿Se refiere usted a lo de fornicadora?… —balbucea el tendero, poniéndose encarnado y parpadeando—. ¡Sin embargo, Nuestro Señor…, en su bondad…, perdonó a la pecadora!… ¡La llevó a su lado!… ¡Y en el libro de Santa Maria Egipcíaca se ve el sentido en que se emplean esas palabras…, con perdón de usted!

El tendero intenta aportar en su defensa un nuevo argumento, pero se embarulla y se seca los labios con la manga.

—¡Ah!… ¿Es ésa la manera que tienes entonces de comprenderlo?… —exclama el padre Grigorii—. ¡Nuestro Señor lo que hizo fue perdonar!…, ¿comprendes?…; mientras que tú acusas…, ¿comprendes?… ¡Designas con una fea palabra!… ¿y a quién, además?… ¡A tu propia hija, que en paz descanse!… ¡No ya en los libros religiosos…, ni en los libros profanos podría encontrarse un pecado semejante!… ¡Te lo repito, Andrei!… ¡No te las eches de sabio!… ¡Sí, hermano!… ¡No tienes que dártelas de sabio!… ¡Aunque Dios te haya dado una inteligencia despejada…, si no la sabes conducir…, mejor será que no intentes profundizar en nada!… ¡No profundices y cállate!

—Pero es que ella…, con perdón de usted…, ¡fue una cómica! —pronunció confuso Andrei.

— ¡Una cómica!… ¡Fuera lo que fuera, después de su muerte debes olvidarlo todo y no escribir en una nota una cosa así!…

—Cierto… —concede el tendero.

—¡Lo que habría que haber hecho contigo era imponerte alguna penitencia! —dice desde el fondo, junto al altar, la voz de bajo del diácono, que mira con desprecio el rostro turbado de Andrei Andreich—. ¡Así es como hubieras dejado de echártelas de *inteligente*!… ¡Tu hija fue una actriz célebre!… ¡En ocasión de su fallecimiento, todos los periódicos hablaron de ella!… ¡Vaya filósofo que estás hecho!

—¡Claro que sí!… ¡Cierto!… —balbucea el tendero—. ¡Esas palabras no serán adecuadas…, pero yo no lo hice como censura, padre Grigorii!… Lo hice con fines espirituales…, ¡para que viera usted más claramente a quién tenía que encomendar!… En esas notas se designa a los difuntos de muchas maneras… como, por ejemplo: «El tierno infante lona…», «Pelagueia la ahogada…», «Egor el guerrero…», «El interfecto Pavel…». ¡También yo quise!…

—¡No es juicioso, Andrei!… ¡Que Dios te perdone, pero otra vez ten cuidado! Y, sobre todo, ¡no te las eches de sabio!… ¡Para pensar, toma ejemplo de los demás!… ¡Bueno!… ¡Haz diez genuflexiones y vete!

—Lo que usted diga —responde el tendero, alegrándose de que hubieran terminado de amonestarle e imprimiendo de nuevo a su semblante un aire de importancia y gravedad—. ¿Diez genuflexiones?… Muy bien. Comprendo perfectamente… ¡Ahora, señor cura, permítame un ruego!… ¡Como de todas maneras soy su padre, como usted sabe, y ella…, fuera lo que fuera, de todas maneras es mi hija…; yo…, y usted perdone…, quisiera que se dijera un

Requiem por su alma!… ¡También me permito pedírselo a usted, padre diácono!…

—Eso está bien —dice el padre Grigorii, despojándose de sus vestiduras —. ¡Eso te lo alabo!… Se dirá… Retírate ahora, que saldremos en seguida.

El guardián Matvei hace los preparativos para el *Requiem*, que no tarda en empezar.

Con paso mesurado se aleja Andrei Andreich del altar, y rojo y con cara de *Requiem*, se coloca en el centro de la iglesia.

Reina el silencio. Sólo se escucha el sonido metálico que hace al moverse el incensario y las notas largas del canto… Junto a Andrei Andreich está el guardián Matvei, la partera Makarievna y su hijito Mitka, el del brazo seco. Nadie más. El sacristán canta mal, con desagradable voz de bajo, y el tema y las palabras del canto son tan tristes que el tendero va perdiendo poco a poco su continente grave y sumergiéndose en la tristeza… ¡Recuerda a su Maschutka!… ¡Recuerda que nació mientras él prestaba servicio de lacayo en la casa de los señores de Verknie-Saprudi! En medio del trajín de su trabajo de lacayo no reparaba en cómo crecía su niña. El largo periodo de la transformación de ésta en una graciosa criatura de cabellos rubios, ojos pensativos y grandes, como *kopekas*…, le pasó inadvertido… Se educaba ella como suelen educarse los hijos de los lacayos preferidos, en blancos pañales al lado de las señoritas. Los señores, por no tener otra cosa que hacer, la enseñaron a leer, a escribir, a bailar…, no teniendo él, por tanto, que intervenir en su educación. Si acaso, a veces…, cuando se encontraba con ella casualmente en las proximidades del portalón o en el descansillo de la escalera, recordando que era su hija, aprovechaba los ratos libres para enseñarle oraciones e Historia Sagrada. ¡Oh!… ¡Él ya era entonces famoso por sus conocimientos de Doctrina e Historia Sagrada!… La niña, aunque el semblante de su padre era grave y sombrío, le escuchaba con gusto. Repetía perezosamente las oraciones; pero cuando él, tartamudeando en su esfuerzo por expresarse con más rebuscamiento, se ponía a contarle la Historia Sagrada, se hacía toda oídos. El plato de lentejas de Esaú, la destrucción de Sodoma, las penalidades sufridas por el pequeño José, eran causa de que palideciera y se abrieran muy grandes los ojos azules. Más tarde, cuando dejó de ser lacayo y pudo adquirir con el dinero ahorrado una tiendecita en el pueblo, Maschutka se fue con los señores a Moscú. Tres años antes de su muerte vino a visitar a su padre. Éste apenas la reconoció. Era una mujer esbelta y joven, con los ademanes de una dama y vestida como se visten las damas. Hablaba de una manera inteligente, como si estuviera leyendo en un

libro, y dormía hasta el mediodía. Cuando Andrei Andreich le preguntó en qué se ocupaba, mirándole valientemente a los ojos, anunció: «Soy actriz». Aquella sinceridad se le antojó al ex lacayo el colmo del cinismo. Maschutka se dispuso a hacer valer sus éxitos y a referir la vida de los actores; pero al ver que su padre se limitaba a ponerse encarnado y a hacer gestos de desconcierto, guardó silencio. Y así, callados, sin mirarse el uno al otro, vivieron las dos semanas que transcurrieron hasta su partida. La víspera de la marcha suplicó a su padre que diera con ella un paseo por la orilla del río. A pesar de su temor a presentarse en pleno día ante las gentes con su hija actriz, cedió a sus ruegos.

—¡Qué sitios tan maravillosos tenéis aquí! —se admiraba ella durante el paseo—. ¡Qué despeñaderos y qué pantanos!… ¡Dios mío!… ¡Qué hermosa es mi tierra!…

Y se echó a llorar.

«¡Son cosas que no hacen más que ocupar sitio! —pensaba Andrei Andreich fijando una mirada obtusa en los despeñaderos y sin comprender el entusiasmo de su hija—. ¡Se sacaría de ellos tanto provecho como leche de un cordero!…».

Ella lloraba, lloraba. Su pecho aspiraba el aire con ansia…, ¡como si presintiera que no le quedaría mucho tiempo de aspirarlo!…

Igual que el caballo que recibe un picotazo, Andrei Andreich sacude la cabeza y, para amortiguar la pesadez del recuerdo, empieza apresuradamente a santiguarse…

«¡Perdona, Señor, a tu sierva Maria, que en paz descanse! ¡A esa fornicadora!… ¡Perdónale sus pecados voluntarios e involuntarios!…».

Las impropias palabras vuelven a salir de su lengua, pero él no repara en ello… ¡Lo que tan arraigado está en la conciencia no pueden arrancarlo ni las amonestaciones del padre Gregorii ni el martillo!

Makarievna suspira, murmura alguna cosa y respira hondamente. Mitka, el del brazo seco, queda pensativo…

—¡… y dadle, Señor, el descanso eterno!… —retumba la voz del diácono, apoyando la mejilla en su mano derecha.

Del incensario fluye un humito azulado que flota en el ancho rayo de sol que atraviesa oblicuamente el vacío sombrío y quieto de la iglesia. Y diríase que con el humo vuela también, por el rayo de sol, el alma de la propia difunta. Los pequeños ramalazos de humo, semejantes a los rizos de un niño, revolotean, ascienden volando hacia la ventana, como si se alejaran del dolor de esta pobre alma…

CAZADOR

Es un mediodía caluroso, sofocante… No hay en el cielo ni una sola nubecilla… La hierba, que el sol quemó, presenta un aspecto triste y desolado. ¡Ya no reverdecerá, aunque llueva!… El bosque está silencioso e inmóvil, y las cimas de sus árboles parecen buscar algo con la mirada. Por el lindero del bosquecillo camina indolentemente, con paso remolón, un hombre de unos cuarenta años, alto, estrecho de hombros, vestido con una blusa de color rojo y con los remendados pantalones de su señor y calzado con unas grandes botas. Su paso es cansino. A su derecha verdea el bosquecillo; a su izquierda, y hasta la misma línea del horizonte, se extiende el dorado mar del centeno maduro… El rostro del hombre está rojo y sudoroso. Sobre su bella cabeza, rubia, descansa graciosamente un gorro blanco de dura visera, de *jockey*, regalo sin duda de algún señor dadivoso. Sobre su hombro lleva echado un zurrón, en el que yace una chocha. El hombre sostiene entre las manos una escopeta con el gatillo levantado, y guiña los ojos al viejo y escuálido perro que corre delante de él olfateando los arbustos. En torno reina el silencio… Todo lo viviente se ha escondido huyendo del calor.

—¡Egor Vlasich! —oye decir de pronto el cazador a una voz queda.

Estremeciéndose y tras mirar a su alrededor, frunce el entrecejo. Ante él, como brotada de la tierra, con una hoz en la mano, está una pálida *baba* de unos treinta años, que, esforzándose por mirarle al rostro, sonríe turbada.

—¡Ah!… ¿Eres tú, Pelagueia? —dice el cazador, deteniéndose y bajando lentamente el gatillo—. ¡Hum!… ¿Cómo has venido a caer por aquí?

—Vinieron algunas *babas* de la aldea a trabajar aquí, y yo con ellas, Egor Vlasich…

—Bien… —muge Egor Vlasich, reanudando lentamente su camino.

Pelagueia le sigue. Recorren en silencio unos veinte pasos.

—¡Ya hace mucho tiempo que no le he visto, Egor Vlasich! —dice Pelagueia, contemplando con cariñosa mirada el movimiento de los hombros y de las paletillas del cazador—. Desde que en Semana Santa estuvo usted en nuestra *isba* para beber agua no le habíamos vuelto a ver… ¡Y en Semana

Santa entró usted sólo un minuto…, y sabe Dios cómo!… ¡como borracho!… Me riñó, me pegó y se fue… ¡Y yo, entre tanto, esperándole…, esperándole! ¡Se me gastaron los ojos en mirar si venía!… ¡Ah, Egor Vlasich!… ¡Egor Vlasich!… ¡Si hubiera usted venido siquiera una vez!…

—¿Para qué voy a ir yo a tu casa?

—Eso, sí…, ¡claro!… ¿Para qué ha de venir?… ¡Como no sea para ver cómo marcha todo!… ¡El amo es usted!… ¡Mire qué buena chocha ha matado!… ¿No se sienta un poco a descansar?…

Diciendo esto, Pelagueia ríe como una tontita y alza los ojos hacia el rostro de Egor… El suyo respira felicidad.

—¿Descansar?… Quizá… —responde en tono indiferente Egor, acomodándose entre dos abetos—, Y tú, ¿por qué estás ahí en pie?… ¡Siéntate tú también!

Pelagueia se sienta un poco retirada, bajo el sol, y avergonzándose de su alegría, se cubre con la mano la boca sonriente. Transcurren dos minutos en silencio.

—¡Si hubiera usted venido siquiera una vez!… —dice a media voz Pelagueia.

—¿Para qué? —suspira Egor, quitándose el gorrito y enjugándose con la manga la enrojecida frente—. ¡No había necesidad ninguna de ir!… ¡ir para estar sólo una o dos horas no hubiera sido para ti más que una molestia!… ¡Incomodarte y nada más!… ¡En cuanto a eso de servir en la aldea!… ¡Eso es algo que mi alma no soporta! ¡Tú misma lo sabes! ¡Yo soy un hombre antojadizo!… ¡Necesito una cama, un buen té, conversaciones finas…! ¡Necesito de todo eso!… ¡Y en tu casa, en la aldea, no hay más que pobreza, tufo…! ¡Ni un solo día aguantaría yo allí!… ¡Si saliera, por ejemplo, una ley que me obligara sin remisión a vivir contigo, queMaria la *isba* o me mataría!… ¡Desde la infancia llevo todo esto metido en la sangre… y no hay nada que hacer!…

—¿Dónde vive usted ahora?

—En casa del señor Dimitrii Ivanich, donde sirvo de cazador… Le proveo de caza, aunque…, a decir verdad…, es más bien por gusto por lo que me tiene allí…

—Pero ¡eso no es un trabajo formal, Egor Vlasich!… ¡La gente lo ve como un capricho, y usted lo tiene por un oficio…, como una ocupación de verdad!…

—¡Tú no comprendes nada, tonta! —dice Egor, contemplando soñadoramente el cielo—. ¡No comprendiste nunca ni comprenderás el

hombre que soy yo!… ¡Según tu parecer, yo soy un chillado, un trastornado…; pero para el que comprende las cosas…, soy el mejor tirador de la región!… ¡Los señores, sí que lo comprenden… y hasta el periódico habló de mí!… ¡No hay cazador que pueda compararse conmigo! ¡Si desprecio el trabajo de la aldea…, no es por orgullo ni por capricho!… Desde niño, ¿sabes?, no supe de más ocupación que de la escopeta y de los perros… ¿Me quitan la escopeta?… Cojo la caña… ¿Me quitan la caña?… Me las compongo con las manos… También anduve en la reventa de caballos… Cuando tenía dinero me iba de feria en feria. Ya sabes tú misma que si un *mujik* se hace cazador y se mete en caballos…, ¡adiós arado! Si tienes dentro de ti un espíritu libre…, nada puede quitártelo. Es como cuando, por ejemplo, un señor se mete a actor o anda a vueltas con otras artes…, ¡ya no vale para funcionario ni para terrateniente! ¡Tú, baba, no comprendes esto…, pero tenías que comprenderlo!

—Lo comprendo, Egor Vlasich.

—Seguro que no lo comprendes, porque ya te estás preparando para llorar.

—¿Yo?… ¡Yo no lloro! —dice Pelagueia, volviendo el rostro—. ¡Pero es un pecado, Egor Vlasich!… ¡Que ni siquiera quiera pasar un día conmigo, infeliz de mí!… ¡Ya hace doce años que me casaron con usted y ni una vez siquiera hubo amor entre nosotros!… ¡Yo!… ¡Yo no lloro!…

—¡Amor! —masculla Egor, rascándose el brazo—. ¡Qué amor va a haber!… ¡Sólo… el decir que somos marido y mujer! Pero ¿lo somos en realidad?… ¿Yo qué soy para ti?… Un salvaje… Y tú para mí eres una baba simple que no comprende nada… ¿Es que hacemos buena pareja?… Yo soy libre…, antojadizo…, me gusta correr por ahí… Tú, en cambio, eres trabajadora, vives entre mugre y no levantas la espalda del trabajo… ¡De mí, opino que soy el primer cazador de la región, y a ti, sin embargo, te doy lástima!…

—Pero ¡estamos casados, Egor Vlasich! —solloza Pelagueia.

—¡No por nuestra voluntad estamos casados! ¿Acaso lo has olvidado?… ¡Agradéceselo al conde Serguei Pavilich y a ti misma!… ¡Como al conde le daba envidia que yo tirara mejor que él, se pasó un mes entero haciéndome beber!… ¡Y a un borracho…, no diré yo casarle!…, ¡hasta se le podría hacer cambiar de religión!… ¡Fue por venganza por lo que te casó con un borracho!… ¡Eso!… ¡Casarse un cazador con una porquera!… Si tú ya habías visto que yo era borracho, ¿por qué te casaste?… ¡No eras una sierva! ¡Podías haberte negado!… ¡Claro que es mucha suerte para una porquera casarse con

un cazador…, pero hay que tener juicio! ¡Conque ahora…, llora y sufre!… ¡Para el conde es el reír! ¡Para ti el llorar! ¡Date contra la pared!…

Se hace el silencio.

Tres patos silvestres pasan volando por la altura. Egor les mira y sigue mirándolos hasta que, transformados en tres apenas visibles puntos, descienden en la lejanía y desaparecen tras el bosque.

—¿De qué vives? —pregunta, volviendo la vista de los patos sobre Pelagueia.

—Voy a trabajar, y en invierno saco de la Inclusa una criatura y la crío con biberón… Me pagan un rublo cincuenta al mes.

—Bien…

De nuevo se hace el silencio. Alguien, desde uno de los surcos recién segados, deja fluir una mansa canción, que se interrumpe apenas empezada. ¡Hace calor para cantar!…

—Dicen que a la Akulina le hizo usted una nueva *isba*…

Egor guarda silencio.

—¡Será que se le ha metido a usted en el corazón!

—¡Esa es ya tu suerte!… ¡Tu destino!… ¡Aguántate, huérfana!… A todas éstas…, ya es hora. ¡Adiós! Tengo que estar en Boltovo al anochecer.

Egor se levanta y, tras desperezarse otra vez, se echa al hombro la escopeta.

Pelagueia se pone en pie.

—¿Cuándo vendrá usted por la aldea? —pregunta quedamente.

—¿Para qué voy a ir allí?… ¡Con la cabeza serena, no iré nunca, y de un borracho poco provecho puedes sacar!… Cuando estoy borracho soy malo… ¡Adiós!

— ¡Adiós, Egor Vlasich!…

Egor se echa atrás la gorra, silba al perro y reanuda su camino.

Pelagueia permanece inmóvil en el mismo sitio. Mirándole a la espalda, ve el movimiento de sus paletillas, su nuca valiente, su paso remolón y descuidado, y sus ojos se llenan de tristeza y de suave ternura. Su mirada recorre la alta, escuálida figura del marido y la acaricia… Como si sintiera sobre sí esta mirada, vuelve él la cabeza… Calla, pero su rostro, sus hombros que se alzan, revelan a Pelagueia que quiere decir algo. Tímidamente se acerca a él y le mira con unos ojos suplicantes.

—Toma —dice él.

Y volviéndole inmediatamente la espalda, le da un gastado billete de un rublo y se aleja rápidamente.

—¡Adiós, Egor Vlasich! —dice ella, cogiendo maquinalmente el rublo.

Él marcha por el camino estrecho y largo, semejante a una correa tensa; ella, pálida, inmóvil como una estatua, continúa en pie, sin apartar la vista de uno solo de sus pasos. He aquí, sin embargo, que el color rojo de su blusa se funde en el oscuro de sus pantalones; ya es imposible distinguir su andar, su perro, sus botas…, solamente se ve ya su gorra. De pronto, Egor tuerce hacia la derecha, en el bosquecillo, y la gorra desaparece en el verdor…

— ¡Adiós, Egor Vlasich! —murmura Pelagueia.

Y se pone de puntillas para ver, aunque sólo sea una vez más, la gorra blanca.

UN ASUNTO INFAME

¿QUIÉN va?

Nadie contesta. El guardián no ve nada; pero, entre el ruido del viento y de los árboles al mecerse, oye claramente el paso de alguien marchando ante él por la alameda. La noche de marzo, densa de nubes y bruma, se cierne sobre la tierra, y al guardián le parece que ésta, el cielo y sus propios pensamientos se funden en un algo inmenso, de un negro macizo… Sólo se puede andar a tientas.

—¿Quién va? —repite el guardián, que ha creído oír un murmullo y una risa contenida—. ¿Quién está ahí?

—¡Yo, padrecito!… —contesta una voz cascada.

—¿Y quién eres tú?

— ¡Yo!… ¡Un caminante!…

—¿Qué caminante? —grita, enfadado, el guardián, tratando de disfrazar su miedo con aquel grito—. ¿Qué fuerza maligna te trae por aquí? ¿Para qué diablos andas vagando por la noche en el cementerio?…

—¿Es esto, entonces, el cementerio?

—¿Y qué va a ser si no?… ¡Claro que es el cementerio! ¿No lo estás viendo?

—¡Ay! —suspira una voz cascada—. ¡No veo nada, padrecito!… ¡Nada!… ¡Qué oscuridad!… ¡No se ve nada! ¡Qué oscuridad, padrecito!… ¡Ay Virgen Santísima!…

—Pero ¿quién eres?

—¿Yo?… ¡Un caminante, padrecito! ¡Un hombre que camina!…

—¡Caminantes!… ¡Borrachos!… —masculla el guardián, tranquilizado por el tono y los suspiros del caminante—. ¡Acabarán haciéndole a uno pecar!… ¡Se pasan el día entero bebiendo y por la noche parece que los empuja una fuerza maligna!… ¡Se me figuró que no andabas solo por ahí!…, ¡que estabas con dos o tres!

—¡Solo, padrecito! ¡Solo! ¡Completamente solo!… ¡Ay pecador de mí!

El guardián tropieza con el hombre y se para.

—¿Cómo viniste a caer por aquí?

—¡Me extravié, buen hombre!… ¡Iba para el molino de Mitrievski y me equivoqué de camino!…

—¡Vaya!… ¡Ni que fuera éste el molino de Mitrievski…, sesos de cordero!… ¡Para el molino de Mitrievski tienes que tirar mucho más para la izquierda!… ¡Coger todo derecho el camino que sale de la ciudad!… ¡como estarás bebido…, has hecho unas tres *verstas* de más!… ¿A que es verdad que has estado bebiendo en la ciudad?…

—¡No le faltó a uno ocasión para ese pecado, padrecito!… ¡Es cierto!… ¡No quiero esconder mi pecado!… ¿Y por dónde tendré que ir ahora?…

—Ve todo derecho, todo derecho por esta alameda hasta que se te corte el camino…; luego tomas para la izquierda y sigues por el cementerio hasta la misma salida. Allí hay una puerta, ábrela y vete con Dios… ¡Cuidado no vayas a rodar por el despeñadero!… Cuando salgas del cementerio, vete siempre campo adelante hasta dar en el camino real.

—¡Que Dios te dé salud, padrecito!… ¡Que la Virgen Santísima te proteja!… ¿No podrías acompañarme tú, buen hombre?… ¡Sé generoso!… ¡Acompáñame hasta la puerta!

—¡Vaya, vaya!… ¡Como si tuviera uno tiempo! ¡Vete tú solo!

—¡Sé generoso!… ¡Rezaré siempre por ti!… ¡No veo nada! ¡No se distingue ni una mota, padrecito! ¡Qué oscuridad!… ¡Acompáñeme, señor!…

—¡Como si tuviera yo tiempo de acompañar a nadie!… ¡Si con todos fuera uno a gastar mimos!… ¡No se tendría tiempo de nada!

—¡Por el amor de Dios!… ¡Acompáñeme!… ¡No veo y me da miedo ir solo por el cementerio!… ¡Me da miedo, padrecito!… ¡Me da miedo, buen hombre!…

—¡Qué pesado te pones! —suspira el guardián—. Bueno…, ¡vamos!

El guardián y el transeúnte emprenden la marcha. Hombro con hombro caminan en silencio, el viento, húmedo y penetrante, azota sus rostros, y los invisibles árboles, con un ruido y un crujido, les salpican profusamente al pasar. La alameda está casi por entero cubierta de charcos.

—Lo que no comprendo —dice el guardián después de un largo silencio — es cómo has venido a parar aquí… El portalón está cerrado con llave… ¿Saltaste por la tapia?… ¡Si lo hiciste…, no es buen asunto ése para un viejo!…

— ¡No lo sé, padrecito! ¡No lo sé!… ¡Yo mismo no sé cómo vine a parar aquí!… ¡Parece cosa de brujería!… ¡Dios me castigó!… ¡Una brujería habrá

sido seguramente!… ¡El maligno me empujaría a hacerlo!… Y tú, padrecito…, ¿eres el guardián de esto?

—El guardián.

—¿Tú solo para todo el cementerio?…

Una ráfaga de viento sopla en aquel momento, con tal fuerza que ambos quedan un minuto parados. Después de esperar a que ésta ceda, el guardián contesta:

—Somos tres… Uno está enfermo… con fiebres…, y el otro, durmiendo. Nos turnamos…

—¡Bien, padrecito…, bien!… ¡Huy, qué viento!… ¡Seguro que lo oyen los difuntos!… ¡Aúlla como una fiera! ¡Huy, huy, huy!…

—Y tú, ¿de dónde eres?

—¡De muy lejos, padrecito!… ¡De Vologda!… ¡De muy lejos!… ¡Voy recorriendo sitios santos rezando por la buena gente!… ¡Que Dios nos proteja y nos salve!…

Deteniéndose un momento para encender la pipa, el guardián se agacha tras la espalda del caminante y enciende varios fósforos. La luz del primero ilumina un instante un trozo del lado derecho de la alameda, un blanco mausoleo con un ángel y una cruz oscura; la luz del segundo, que arde vivamente, pero que el viento apaga en el acto, resbala como el relámpago sobre el lado izquierdo, destacándose solamente en la oscuridad el ángulo de una verja; el tercer fósforo ilumina el lado derecho y el izquierdo, el blanco mausoleo, la oscuridad y la verja que rodea la tumba de un niño.

—¡Los difuntitos duermen!… ¡Duermen los queriditos!… —balbucea el caminante exhalando un fuerte suspiro—. ¡Lo mismo duermen los ricos que los pobres!… ¡los sabios que los torpes!…, ¡los buenos que los malos!… ¡Ya se igualaron todos!…

¡Y así seguirán durmiendo hasta que los llamen al juicio final!… ¡Que alcancen la paz y el descanso eterno!…

—¡Nosotros, como ves, andamos todavía!… —dice el guardián—. ¡Ya nos llegará el momento de estar ahí echados!…

—¡Así es!… ¡Por ahí pasaremos todos!… ¡Ningún hombre dejará de morirse!… ¡Ay, ay!… ¡Cuántos pecados!… ¡Cuántos pecados!… ¡Alma mía pecadora!… ¡Enojé al Señor y no habrá salvación para mí ni en este mundo ni en el otro!… ¡Me hundí en el pecado, como el gusano en la tierra!…

—¡Morirse…, claro que tiene uno que morirse!…

—¡Eso, sí!…

—¡No le queda a uno otro remedio!… ¡Con seguridad a un caminante le cuesta menos morirse que a nosotros! —dice el guardián.

—¡Lo que pasa es que hay muchas clases de caminantes!… ¡Los hay de verdad…, de los que piensan en salvar su alma!… ¡Pero los hay también que recorren por la noche el cementerio y se entienden con los diablos!… ¡Si uno de éstos te pegara un hachazo en la cabeza…, verías cómo se te escapaba el alma en el acto!

—¿Por qué dices eso?

—¡Por nada!… Bueno… me parece que ya está aquí la salida… Sí… ¡Abre!

El guardián abre la puerta a tientas y, agarrando al caminante por la manga, le dice:

—Aquí acaba el cementerio. Sigue ahora campo atraviesa hasta llegar al camino real. Pronto encontrarás el despeñadero… ¡Cuidado con caerte!… Luego, cuando salgas al camino, tuerce a mano derecha y vete todo seguido hasta el mismo molino…

—¡Bah!… —suspira el caminante después de un breve silencio—. Estoy pensando en que para qué voy a ir ahora al molino de Mitrievski… ¿Qué diablos tengo que hacer allí?… ¡Lo mejor, señor mío, será que me quede aquí contigo!

—¿Y por qué vas a quedarte conmigo?

—¡Porque sí!… ¡Contigo me siento más alegre!…

—¡Vaya, hombre!… ¡Pues sí que yo soy alegre!… ¡Estoy viendo, caminante, que te gusta gastar bromas!

—¡Claro que me gusta! —responde el caminante con una risita—. ¡Ya verás, amigo!… ¡Con seguridad te vas a acordar mucho tiempo del caminante!

—¿Y por qué voy a tener que acordarme de ti?

—Porque te engañé muy astutamente… ¿Crees acaso que soy un caminante?… ¡Pues sabrás que no tengo nada de caminante!

—¿Quién eres, entonces?

—¡Un difunto!… ¡Me levanto ahora mismo del ataúd!… ¿Te acuerdas del carpintero Gubarev…, el que se ahorcó en la semana de Carnaval? ¡Pues ese Gubarev soy yo!…

— ¡Vaya embuste gordo!

El guardián no lo cree, pero todo su cuerpo siente un miedo tan frío y agobiador, que arrancándose del sitio en que se halla se pone a buscar a tientas y apresuradamente la puerta del cementerio.

—¡Aguarda!… ¿Adónde vas? —dice el transeúnte cogiéndole por el brazo—. ¡Mira, mira!… ¿Vas a ser capaz?… ¿Conque me abandonas?

—¡Suéltame! —grita el guardián, esforzándose por liberar su brazo.

—¡Para!… ¡Si te mando que te quedes, te quedas!… ¡Quieto, perro maldito!… ¡Estate quieto si quieres conservar el pellejo y calla cuando yo te lo mando!… ¡Porque no tengo ganas de verter sangre…, que si no…, ya hace mucho tiempo que estarías muerto…, asqueroso! ¡Quieto!…

Las rodillas del guardián se doblan; aterrorizado, cierra los ojos y, temblando con todo su cuerpo, se pega contra la tapia; quisiera gritar, pero sabe que su grito no llegara hasta las viviendas. A su lado está el transeúnte, sujetándole por el brazo… Pasan tres minutos en silencio.

—¡Uno con fiebres… otro durmiendo…, y el tercero acompañando a los caminantes!… —masculla el transeúnte—. ¡Sí que sois unos buenos guardianes!… ¡Se os puede pagar un buen salario!… ¡Sí, hermano!… ¡*Los* ladrones fueron siempre más astutos que los guardianes!… ¡Quieto!… ¡Quieto!… ¡No te muevas!

Pasan en silencio cinco, diez minutos… De repente el viento trae un silbido.

—¡Ya!… ¡Vete ahora! —dice el transeúnte, soltándole el brazo—. ¡Vete y da gracias a Dios de haber salido con vida!…

El transeúnte silba a su vez; luego, alejándose apresuradamente de la puerta, se le oye lanzarse por el despeñadero. Presintiendo algo malo y temblando todavía con todo su cuerpo, el guardián, indeciso, abre la puerta y, con los ojos cerrados, emprende el camino de vuelta. Al torcer por un recodo de la gran alameda oye pasos apresurados y alguien le pregunta con voz chillona:

—¿Eres tú, Timofei? ¿Dónde está Mitka?

Luego, cuando pasa corriendo por la alameda, su vista distingue en la oscuridad una débil y pálida lucecita. Cuanto más se aproxima a ella, mayor es el miedo que siente y más fuerte su presentimiento de algo malo.

«¡La luz parece venir de la iglesia!… ¿Por qué habra luz allí?… —piensa—. ¡Virgen Santísima!… ¡Protégenos!… ¡Sálvanos!… ¡Ay…, no me equivoqué!…».

El guardián se detiene un momento ante la ventana rota y mira espantado hacia el altar… La llama del delgado cirio que los ladrones olvidaron apagar oscila movida por el viento que penetra por la ventana y arroja unas mortecinas manchas rojas por los objetos dispersos por aquí y por allá…, sobre el pequeño armario derribado en el suelo, sobre las numerosas huellas

cerca del altar. Algún tiempo más transcurre, y el viento, que aúlla en el cementerio, transporta el sonido de nerviosas y apresuradas campanadas de alarma.

UN CASO SIN IMPORTANCIA

ERA en un mediodía soleado del mes de agosto cuando yo, en compañía de un príncipe ruso de no mucha alcurnia, me acercaba al inmenso bosque llamado Schabelski, al que nos conducía la intención de cazar perdices. Tenido en cuenta el papel que en este relato está llamado a desempeñar, mi principucho merece una descripción detallada. Era moreno, alto y esbelto, todavía joven, pero ya bastante arrugado por la vida. Tenía largos bigotes, negros ojos saltones y modales de militar retirado. Hombre de escasa inteligencia y aspecto oriental, era, sin embargo, honrado, recto y en absoluto fatuo ni calavera, cualidades a las que la gente otorga un diploma de pobreza espiritual e incoloridad. No agradaba, en efecto, a la gente (en la región era designado con el nombre de *Su excelencia el holgazán*). Pero a mí, personalmente, me inspiraba mucha simpatía por el conjunto de desgracias y mala suerte que constituía su vida. Ante todo, era pobre. No jugaba a las cartas, no pasaba el tiempo en francachelas, no hacía nada ni metía la nariz en nada, y estaba siempre callado, a pesar de lo cual había sabido (se ignoraba de qué manera) gastarse los treinta o cuarenta mil rublos heredados de su padre. ¿Adónde había ido a parar ese dinero?… Dios sólo lo sabe. Lo único que yo sé es que por falta de vigilancia gran parte de ese dinero le había sido robado por administradores, empleados y hasta lacayos, y que otra parte importante se le había ido en préstamos, regalos y garantías. No eran pocos los terratenientes de la región que le debían dinero… A todos cuantos le pedían, daba, y no tanto por bondad o confianza en las personas como por ejercer una pretendida caballerosidad. Como queriendo decir: «¡Toma y date cuenta de mi hidalgo proceder!».

Cuando yo le conocí, estaba lleno de deudas, con todos sus bienes hipotecados por segunda vez y con sus asuntos tan enmarañados que ya no había posibilidad de desenmarañarlos. Algunos días no comía y su pitillera estaba vacía, pero siempre se le veía limpio, vestido a la última moda y exhalando un fuerte olor a perfume.

La segunda desgracia del príncipe era su completa soledad. No estaba casado ni tenía parientes ni amigos. De carácter silencioso y reconcentrado, cuanto más acusada parecía en un primer plano su condición caballeresca, más fuertemente imposibilitado se encontraba de trabar amistad con las gentes. En el orden amoroso era pesado, apagado y frío, por lo que pocas veces tenía trato con mujeres…

Al acercarnos al bosque, el cochecillo en que íbamos este principucho y yo tomó la estrecha senda que se perdía en la sombra de enormes hojas de helecho.

Apenas habríamos hecho cien pasos cuando del fondo de un bosquecillo de jóvenes abetos, y como brotado de la tierra, surgió una figura alta y delgada, de rostro largo y ovalado, vestido con una americana gastada, tocado con un sombrero de paja y calzado con unas polainas de charol. El desconocido sostenía en una mano una cesta llena de setas y daba vueltas graciosamente con la otra a la modesta cadena que pendía de su chaleco. Nuestra vista le azaró; estiróse el chaleco, tosió con la mayor finura y sonrió amablemente, como si le alegrara encontrarse con personas tan cabales como nosotros. Luego, del modo más inesperado, arrastrando los pies por la hierba, encorvándose y sin dejar de sonreír amablemente, se nos acercó, se quitó el sombrero y pronuncio con una voz almibarada que sonaba a aullido de perro:

—¡Señores!… ¡Mucho me desagrada, pero tengo que advertirles que en este bosque está prohibido cazar…! Perdonen que sin tener el gusto de conocerlos me atreva a molestarlos, pero… ¡Permítanme que me presente!… ¡Grontovski! ¡Principal encargado de la hacienda de la señora Kandurina!

—Tanto gusto… ¿Y por qué no se puede cazar?

—Porque así es la voluntad de la propietaria de este bosque.

El príncipe y yo cambiamos una mirada. Se hizo un silencio que duró un minuto. El príncipe permanecía pensativo, mirándose los pies y la seta arrancada por un varazo, que yacía en tierra.

Grontovski seguía sonriendo amablemente: su rostro entero se fruncía en un guiño, y hasta la cadena que coleaba de su chaleco parecía sonreír, como esforzándose en asombrarnos con su delicadeza. Hubo un momento de violencia, y los tres nos sentimos incómodos.

—¡Qué tonterías! —dije yo—. ¡La semana pasada, sin ir más lejos, estuve cazando por aquí!

—Muy bien puede ser… —dijo, entre dientes, Grontovski con una risita —. ¡Es un hecho que aquí todo el mundo caza sin tener en cuenta que está prohibido…; pero desde el momento que yo les he encontrado…, mi

obligación…, mi sagrado deber… es advertirles!… ¡No depende de mí!… ¡Si el bosque fuera mío, palabra de honor de Grontovski que no me hubiera opuesto a su agradable diversión!… ¿Quién tiene la culpa, sin embargo, de que Grontovski no dependa de sí mismo?

Y, suspirando, el alto individuo se encogió de hombros. Empecé a discutir, a acalorarme, a argumentar, pero cuanto más ardor y convicción ponía en mis palabras, tanto más melosa se hacía la cara de Grontovski. La idea, sin duda, de que poseía algún poder sobre nosotros le llenaba de gozo. Deleitábase en su tono protector, en su amabilidad, en sus ademanes y en el sentimiento especial con que pronunciaba su propio sonoro apellido, muy querido seguramente para él. En pie ante nosotros, se sentía más que *a plomo*. Sólo las setas (esta prosa de *mujiks* y de babas), a juzgar por las miradas que de cuando en cuando arrojaba de reojo sobre la cesta, amargaban su humor y ofendían a su majestuosidad.

—¡Estaría bueno que tuviéramos que volver pies atrás!… ¡Después de hacer quince *verstas*!

—¡Qué remedio! —suspiró Grontovski—. ¡Si las hubieran ustedes hecho no ya quince, sino cien mil veces, o incluso si viniera por aquí algún rey de América o cualquier otro personaje de un país lejano…, consideraría igualmente de mi deber…, quiero decir…, de mi sagrado deber!…

—¿Pertenece este bosque a Nadedja Lvovna? —preguntó el príncipe.

—A Nadedja Lvovna, sí, señor.

—¿Y está ahora en casa?

—Sí, señor… Si quieren, pueden ir a verla… Desde aquí no hay más de media *versta*, y si ella les diera alguna nota… yo entonces… naturalmente… ¡Je, je, je!…

—Quizá… —apoyé yo—. ¡Se tardaría mucho menos en ir a verla que en volver para atrás!… ¡Vaya usted a verla, Serguei Ivanich! —dije, dirigiéndome al príncipe—. ¡Usted la conoce!

El príncipe, que había pasado todo este tiempo contemplando la seta derribada, alzó hacia mí los ojos, lo pensó un poco, y dijo:

—La conocí en un tiempo, pero… me resulta violento ir a visitarla. ¡Además… no estoy vestido!… ¡Vaya usted, que no la conoce!… ¡A usted le será más fácil!

Accedí, tomamos asiento en el cochecillo y, seguidos de las sonrisas del encargado, tomamos el camino que bordeando el bosque conducía a la hacienda señorial.

Yo no conocía a Nadejda Lvovna Kandurina, nacida Schabelskaia; jamás la había visto de cerca, y solamente, había oído hablar de ella. Sabía que era infinitamente más rica que ninguna otra persona de la región. Hija única del terrateniente Schabelski, había heredado a su muerte varias haciendas, un negocio de cría caballar y gran cantidad de dinero. Había también oído decir que, a pesar de sus veinticinco o veintiséis años, era fea, insignificante e incolora como el resto de las damas de la región, y que sólo su inmensa fortuna la hacía destacarse de entre las vulgares. Siempre he creído que la riqueza es algo sensible y que los ricos experimentan un sentimiento especial, desconocido de los pobres. A menudo, al pasar por delante del gran jardín de Nadejda Lvovna, lleno de árboles frutales, en cuyo centro se elevaba la gran casa maciza, y mirar a las ventanas de ésta, con sus cortinas siempre corridas, pensaba:

«¿Qué estará sintiendo en este momento?… ¿Se encerrará la felicidad detrás de esas cortinas?…».

En una ocasión, al verla pasar de lejos en un cabriolé, guiando un airoso caballo blanco, no sólo la envidié, ¡pecador de mí!, sino que hasta encontré a su porte y a sus movimientos particularidades de que carece la gente pobre: como esos a los que la Naturaleza lleva a extasiarse ante el poder y la riqueza y que están siempre dispuestos a descubrir cierto linaje en personas del exterior más vulgar si éstas les son superiores en nobleza.

De la vida íntima de Nadejda Lvovna sólo se tenía noticia a través de los chismorreos de la región. Decíase en éstos que haría cosa de cinco o seis años, antes de casarse y todavía en vida de su padre, había estado apasionadamente enamorada del príncipe Serguei Ivanich, que me acompañaba ahora en el cochecito. Agradaba entonces mucho al príncipe visitar al viejo, y a veces le ocurría pasarse los días enteros con él, jugando al billar hasta sentir dolor en los brazos y en los pies. Sin embargo, medio año antes de la muerte del viejo, sus visitas a los Schabelski cesaron repentinamente. Tan brusco cambio en aquellas relaciones era explicado por el chismorreo de la región (falto de datos concretos) de muy diversas maneras. Contaban unos que el príncipe, dándose cuenta del sentimiento que había inspirado a la fea Nadejda e incapaz de corresponderla, había considerado un deber de caballero hacer cesar aquellas visitas. Aseguraban otros que el viejo Schabelski, comprendiendo el motivo que hacía marchitarse a su hija y conociendo la escasez de medios económicos del príncipe, había propuesto a éste que se casara con ella, pero que el príncipe, a quien la corta inteligencia hacía suponer que pretendían comprar su título, se había

indignado mucho, había dicho muchas tonterías y roto con él toda relación. Lo que hubiera de verdad o de mentira en todo esto… era difícil de decir, pero que al menos una parte era verdad, podía deducirse del hecho de que el príncipe eludió en lo sucesivo cualquier conversación referente a Nadejda Lvovna.

Sabía yo que Nadejda Lvovna, a la muerte de su padre, se había casado con un tal Kandurin, hombre de mediocre fortuna, pero hábil. Se decía que supo tan bien representar su papel de enamorado, que ella, aunque no le amaba, se casó con él conmovida por su amor. En los tiempos que describo, Kandurin vivía (no se sabía por qué) en El Cairo, desde donde enviaba a sus amigos impresiones de viaje, en tanto que ella, rodeada de gentes interesadas, languidecía tras las corridas cortinas de las ventanas y ocupaba sus aburridos días en ejercer una pequeña filantropía.

Camino de la hacienda, el príncipe se volvió más comunicativo.

—Hace tres días que no he estado en mi casa —me dijo en voz baja y mirando de reojo al cochero—. ¡Ya soy mayor de edad… y no una mujer! ¡No tengo tampoco prejuicios, pero no puedo aguantar a los jueces!… ¡Cuando veo aparecer por mi casa un juez pesquisidor, me pongo pálido, tiemblo y hasta me dan calambres en las pantorrillas!… ¿Sabe?… ¡Rogojin me ha protestado una letra!

No agradaba al príncipe, por lo general, lamentarse de la mala marcha de sus asuntos. En las cuestiones que rozaran la pobreza era reservado, de un extremado amor propio y muy susceptible. Por ello sus palabras me sorprendieron. Permaneció largo rato contemplando la campiña caldeada por el sol, fijó después la mirada en la larga bandada de grullas que flotaba en el azul celeste del cielo, y volviendo el rostro hacia mí dijo en alta voz y sin preocuparse ya de la presencia del cochero:

—El seis de septiembre tengo que depositar el dinero en el Banco para el pago de los intereses a la Hacienda… ¿De dónde voy a sacarlo?… ¡En general, amiguito…, los tiempos son difíciles para mí!… ¡Muy difíciles!

El príncipe examinó los gatillos de su escopeta, sopló sobre ellos sin saber por qué y se puso a buscar con la vista la desaparecida bandada de grullas.

—¿Serguei Ivanich? —pregunté yo, después de un corto silencio—. ¡Figúrese que su Schatilovska llegara a venderse!… ¿Qué haría usted entonces?

—¿Que qué haría?… No lo sé. Tan claro como que dos y dos son cuatro es que no podría conservarla, pero no puedo imaginar una desgracia semejante. ¡No puedo imaginarme a mí mismo sin disponer de un pedazo de

pan!… ¿Qué iba a hacer?… Carezco casi por completo de distracciones, no he probado todavía el trabajo, y en cuanto a un empleo…, sería ya muy tarde para empezar… Además…, ¿dónde encontraría un empleo?… ¿De qué puedo yo servir?… Suponiendo que no fuera muy difícil… ¡con mi timidez…, diablos!… ¡No tengo ni pizca de valor!… ¡Conseguiría el empleo y me sentiría en él como gallina en corral ajeno!… ¡No soy un idealista ni un utopista!… ¡Quizá soy sencillamente tonto!… ¡Un psicópata y un cobarde!… No me parezco, en general a otros… ¡Los demás son como se debe ser…; sólo a mí siempre se me figura que…! El miércoles pasado me encontré con Nariagin. ¡Ya le conoce usted! ¡Borracho…, descuidado!… ¡No paga una deuda y es un necio!… —el príncipe hace una mueca de desagrado—. ¡En fin, un desastre de persona!… Figúrese que viene a mí tambaleándose y me dice: «¡Entro en el sorteo para juez de paz!». ¡Claro que no le elegirán…, pero eso no quita para que él crea que sirve para juez de paz…; considera que está capacitado para serlo…; tiene valor y seguridad en sí mismo!… También estuve a visitar a nuestro juez pesquisidor. Cobra doscientos cincuenta rublos al mes y apenas hace nada. Se pasa el día entero de brazos cruzados, paseándose por la habitación de un lado a otro; pero eso sí…, ¡pregúntele si sabe lo que trae entre manos y si cumple honradamente con su cometido!… ¡yo no podría…, me daría vergüenza mirar a los ojos del cajero mayor!

En aquel momento, montado en un caballo alazán y con elegante trote, pasó ante nosotros Grontovski. De su brazo izquierdo colgaba la cesta en la que saltaban las setas. Al darnos alcance sonrió enseñando los dientes, y nos saludó con la mano como a antiguos conocidos.

—¡Estúpido! —dijo entre dientes el príncipe, siguiéndole con la mirada —. ¡Qué asombrosamente repugnantes pueden a veces resultar las fisonomías satisfechas!… Es un sentimiento necio y animal…, relacionado seguramente con el hambre… ¿En qué nos habíamos quedado?… ¡Ah, sí!… Hablábamos del empleo… Aunque sea en realidad una tontería…, me daría vergüenza recibir un sueldo… ¡Claro que, consideradas las cosas de modo más amplio y serio…, tampoco ahora como de lo que es mío!… ¿No es cierto?… Sin embargo, no se trata sólo de vergüenza… Será tal vez la costumbre… o el no saber comprender la situación actual… ¡Y la situación es terrible!…

Miré al príncipe para ver si hablaba sinceramente. Su rostro era afable y sus ojos seguían con triste expresión el trote del alazán que se alejaba, como si con él se alejara también la felicidad… Seguramente se encontraba en uno de esos estados de ánimo y de sensibilidad en que las mujeres lloran sin causa y los hombres se quejan de la vida, de sí mismos, del Destino…

Al llegar a la entrada de la hacienda, y mientras me bajaba yo del cochecillo, dijo el príncipe:

Alguien en cierta ocasión, queriendo mortificarme, dijo que mi cara se parecía a la de un jugador de ventaja… También yo he reparado en que los jugadores de ventaja son, por lo general, morenos…, pero, ¿sabe?…, creo que aunque en efecto hubiera nacido jugador de ventaja, hubiera seguido siendo honrado hasta la muerte, porque no hubiera tenido nunca valor para el mal… Le diré con franqueza que ha habido un momento en mi vida en que he podido hacerme rico. ¡Si en aquella ocasión hubiera sabido mentir…! ¡En realidad sólo me hubiera mentido a mí mismo y a una persona!… ¡En una palabra…, a una persona que me hubiera perdonado la mentira!… ¡Yo, en cambio, me hubiera embolsado un millón…!, ¡pero no pude hacerlo! ¡No tuve valor!…

Desde la entrada hasta la casa había que atravesar un bosquecillo y seguir por una alameda larga y recta como una regla, bordeada de espesos arbustos de lilas. El exterior de la casa era pesado y sin gusto y su fachada parecía un teatro. Elevándose torpemente entre la masa de verdor, su vista hería a los ojos, como los hubiera herido un gran pedrusco arrojado sobre la aterciopelada hierba. Un lacayo, viejo y gordo, me salió al encuentro en la puerta principal. Iba vestido de un frac verde y llevaba grandes gafas de plata. Sin esperar a que me anunciara y limitándose a mirar despectivamente mi figura empolvada, me condujo a las habitaciones principales. Mientras subía la escalera, me pareció percibir un fuerte olor a caucho, en tanto que llegado al vestíbulo superior me sentí envuelto en esa atmósfera propia sólo de los archivos, de los aposentos señoriales y de las antiguas casas de comerciantes. Diríase que olía a algo hacía tiempo desvanecido, en un tiempo vivo; pero que al morir, había dejado su alma encerrada en aquellas habitaciones. Desde el vestíbulo hasta el salón hube de recorrer tres o cuatro más. Recuerdo los suelos relucientes, de color amarillo chillón, las arañas recubiertas de gasa, las estrechas alfombras rayadas, no tendidas, como suelen tenderse de puerta a puerta, sino corriendo a lo largo de las paredes, lo que me obligaba (no atreviéndome a pisar con mis botas de atravesar pantanos) a trazar con los pies un cuadro en cada habitación

En el salón al que me condujo el lacayo, envueltos en crepúsculo y revestidos de blancas fundas, veíanse antiguos muebles de abuelo. El continente de estos muebles era severo, como el de un viejo, y el silencio absoluto que reinaba en rededor parecía respetar su tranquilidad. Hasta el reloj callaba. La princesa Tarakanova dormía en su marco dorado, dentro del

cual el agua y las ratas se mantenían también inmovilizadas como por la fuerza de un hechizo; la luz del día, temerosa de turbar la quietud general, se filtraba tenuemente a través de los *stores* bajados y extendía sus pálidos y adormecidos rayos sobre los blancos tapices.

Pasaron tres minutos, al cabo de los cuales una anciana de alta estatura, vestida de negro y con un pañuelo atado a la mejilla, entró sin ruido en el salón. Después de saludarme, alzó los *stores*. En el acto, inundados por la fuerte luz, las ratas y el agua revivieron en el cuadro, Tarakanova se despertó y los sombríos butacones hicieron un guiño.

—La señora vendrá ahora mismo —suspiró la anciana con otro guiño.

Unos minutos más de espera y vi a Nadejda Lvovna. Lo primero que me saltó a la vista fue que, en efecto, era fea, de pequeña estatura y ligeramente encorvada. Su cabello espeso, de color castaño, era magnífico; su rostro, claro e inteligente, respiraba juventud. También sus ojos eran limpios e inteligentes, pero los gruesos y grasientos labios, así como el ángulo excesivamente acusado del rostro, hacían perder todo encanto a aquella cabeza.

Presentándome a ella la comuniqué el objeto de mi visita.

—A decir verdad… no sé qué hacer —dijo, pensativa, bajando los ojos y sonriendo—. Sentiría rehusárselo, pero al mismo tiempo…

— ¡Por favor! —rogué.

Nedejda me miró y se echó a reír. También yo me reí. Sin duda, aquella facultad de permitir o prohibir ejercida con tanto deleite por Grontovski la divertía. Yo, en cambio, empezaba a encontrar mi visita curiosa y extraña.

—No me agradaría interrumpir un orden establecido hace tiempo —dijo Kandurina—. Ya hace seis años que está prohibida la caza en nuestras tierras… ¡No!… —prosiguió decidida y sacudiendo la cabeza—. Perdone, pero tengo que negarme. Si se lo permitiera a usted, tendría que permitírselo a los demás…, y no me gusta la injusticia. ¡Para todos o para nadie!

—¡Que lamentable! —suspiré—. ¡Considerando que llevamos hechas quince *verstas*, la cosa resulta doblemente triste!… No estoy solo. El príncipe Serguei Ivanich viene conmigo.

El nombre del príncipe, pronunciado sin ninguna intención, sin que me moviera a ello ningún cálculo o fin preconcebido, se me había escapado sin reflexionar y del modo más sencillo. Al oír el conocido nombre, Kandurina se estremeció y clavó en mí una larga mirada. Pude observar cómo su nariz palidecía.

—Es igual —dijo, bajando la vista.

Durante mi conversación con ella, me encontraba yo junto a la ventana que daba al bosquecillo, alcanzando a ver a éste por entero con sus alamedas, sus estanques y el camino recién recorrido. A su extremo y al otro lado de la entrada, divisábase la negra trasera de nuestro cochecillo. Junto a la puerta de entrada, y dando la espalda a la casa, conversaba el príncipe con el largo Grontovski.

Kandurina, que había permanecido todo el tiempo al lado de la otra ventana, lanzando de cuando en cuando una mirada al bosquecillo, desde el momento en que pronuncié el nombre del príncipe no volvió a apartar la vista de aquél.

—Perdóneme… —dijo, guiñando los ojos para mirar el camino y la puerta de entrada—. Sería injusto que les permitiera cazar solamente a ustedes… Además… ¿Qué satisfacción puede encontrarse en matar pájaros?… ¿Qué objeto tiene? ¿Les molestan acaso?

La vida solitaria, el vivir encerrada entre cuatro paredes, rodeada de crepúsculo; aquel pesado olor a muebles que se pudren, la invitaba, sin duda, al sentimentalismo. El pensamiento expresado por Kandurina era, desde luego, respetable, pero yo no pude retenerme de decir:

—¡Reflexionando de esa manera, tendría uno que ir descalzo, ya que los zapatos se confeccionan con la piel de animales muertos!

—¡Es que es preciso distinguir lo necesario de lo superfluo! —contestó Kandurina.

Había ya reconocido al príncipe y sus ojos no se apartaban de la figura de éste. Difícil sería describir la expresión de entusiasmo y de sufrimiento que iluminaba su feo rostro. Sus ojos sonreían y brillaban, temblaban y reían sus labios y todo su semblante se tendía hacia los cristales. Apoyándose con una mano en una maceta de flores, con un pie ligeramente levantado y reteniendo la respiración, recordaba al perro que en acecho y con impaciencia pasional espera la voz azuzante del cazador. La miré, miré al príncipe, que no había sabido mentir una vez en la vida, y sentí dentro de mí un enojo, un encono al pensar en el poderoso papel que en la felicidad personal de las gentes representan la verdad y la mentira.

De repente, el príncipe hizo un movimiento, alzó la escopeta y disparó.

El buitre que volaba sobre él agitó las alas y se alejó como una flecha por un lado del cielo.

—Apuntó demasiado alto… —dije—. ¿Entonces…, Nadejda Lvovna —suspiré—, no lo permite usted?…

Kandurina guardaba silencio.

—Tengo el honor de saludarla —dije—, y le ruego me perdone la molestia que le he ocasionado…

Kandurina intentó volver el rostro hacia mí, llegó a hacer hasta tres cuartas partes de ese movimiento, pero lo escondió inmediatamente en la cortina, como si sintiera ya en los ojos unas lágrimas que quería ocultar…

—Adiós, y… perdone —dijo quedamente.

Yo me incline ante su espalda, y sin cuidarme ya de los tapices, pisé sobre el suelo amarillo chillón. Me alejaba con gusto de este pequeño reino del aburrimiento y del pesar; andaba apresuradamente, como deseando despertarme de aquel pesado sueño fantástico con su crepúsculo y su Tarakanova y sus arañas.

Junto a la salida, la doncella me dio alcance y me entregó una nota, en la que leí:

«Permítase la caza al dador de la presente.— *N. K*»..

ENSUEÑOS

Los guardias rurales, el uno de barba negra, corpulento y de piernas tan extraordinariamente cortas que visto por detrás diríase le empiezan éstas mucho más abajo que al común de las gentes; el otro, largo, delgado y tieso como un palo, con una barbita clara de color rojo oscuro, conducen a la capital de la región a un vagabundo que no recuerda su filiación. La manera de andar del primero es remolona, va mirando a ambos lados del camino, mastica tan pronto una pajita como su propia manga; se golpea las caderas, canturrea, y su aspecto es, en general, despreocupado y ligero. El otro, pese a su escuálido rostro y estrechos hombros, tiene un continente grave, serio; el conjunto macizo de toda su figura le hace presentar semejanza con un pope del viejo rito o con uno de esos guerreros que reproducen las antiguas imágenes. «Por su sabiduría, Dios concedióle mayor frente…». Quiero decir con esto que es calvo, lo que acentúa la semejanza aludida.

El primero se llama Andrei Ptaja; el segundo, Nikandr Sapojnikov.

El hombre a quien conducen no responde en absoluto a la idea que uno se ha formado de los vagabundos. Es pequeño, enclenque, débil, de rostro enfermizo, facciones menudas, incoloras y en extremo indefinidas. Aunque ha cumplido ya los treinta años, sus cejas son claras, su mirada sumisa y tímida, y apenas le ha brotado el bigote. Su paso revela ausencia de valor; se encorva y mete las manos en sus bocamangas. El cuello de su abriguillo, de paño raído y corte diferente al de los *mujiks*, se alza hasta el borde mismo de su gorra, permitiendo solamente a su naricilla roja asomarse al mundo. Habla con una vocecilla de tenor y tosiquea a cada instante. ¡Difícil… muy difícil es reconocer en él al vagabundo que esconde su filiación!… Mucho más fácil sería afirmar que es el hijo de un *pope* empobrecido y sin suerte, olvidado de Dios…, o el escribano despedido a causa de sus borracheras… o el hijo o sobrino de un comerciante que ha probado en la escena sus escasas aptitudes y marcha ahora a representar el último acto de la parábola del hijo pródigo… Tal vez, quizá, y a juzgar por la embotada paciencia con que lucha con el

barro otoñal, sea un fanático o un huésped de monasterios que vaga de uno a otro buscando tenazmente y sin encontrarla la vida de paz sin pecado.

Hace ya mucho tiempo que los caminantes emprendieron la marcha y aún no llevan recorrida más que una pequeña porción de terreno. Ante ellos se extienden unas quince varas de camino sucio, de color pardusco; otras tantas por detrás, y más allá, en cualquier punto en que se fije la mirada, una muralla de blanca niebla. Caminan y caminan, pero la tierra a su alrededor es siempre la misma, la muralla no se acerca y el trozo de terreno sigue siendo igual. Ante sus ojos desfilan raudos una piedra angular blanquecina, un montoncillo de heno caído al pasar…; brilla un instante un charco de agua o se alza súbitamente, de modo inesperado, una sombra de imprecisos contornos. Cuanto más se aproximan a ella, tanto más pequeña y oscura se vuelve, hasta que, por fin, ante los ojos de los caminantes, crece un poste torcido, con una cifra borrosa o una pobre encina mojada, desnuda como un mendigo errante. La encina murmura algo con los restos de sus hojas amarillas, y una de ellas, desprendiéndose, vuela perezosamente sobre la tierra… Luego, de nuevo, la niebla, el barro, la hierba pardusca a los bordes del camino. De ésta última cuelgan turbias y malas lágrimas… ¡No son las lágrimas de alegría callada con que llora la tierra saliendo al encuentro del sol de verano!… ¡Aquellas en las que beben la aurora las chochas y las esbeltas *kronschnepp*[162] de largas patas!… Los pies de los caminantes se hunden en un pesado y pegajoso barro. Cada uno de sus pasos significa un esfuerzo.

Andrei Ptaja está algo excitado. Mira al vagabundo y trata de comprender por qué un hombre sobrio y vivo no puede recordar su nombre.

—¿Eres ortodoxo?

—Ortodoxo, sí —contesta mansamente el vagabundo.

—¡Hum!…, eso quiere decir que te han bautizado.

—¡Claro que sí! ¡No soy ningún turco! ¡Voy a la iglesia…, confieso y comulgo… y no como carne cuando está prohibido!… ¡Sé cumplir con mis deberes religiosos!

—Pues entonces…, ¿cómo te llamas?

—¡Llámame como quieras, muchacho!

Ptaja se encoge de hombros, y, presa del mayor asombro, se golpea las caderas. Nikandr Sapojnikov, el segundo guardia rural, mantiene un silencio grave; no es tan ingenuo como Ptaja, y con seguridad conoce perfectamente las causas que obligan a un hombre ortodoxo a esconder a las gentes su nombre. La expresión de su rostro es fría y severa. Marcha un poco retirado y

no desciende a una charla superficial con sus compañeros, como esforzándose en mostrar a todos y hasta a la misma niebla su seriedad.

—¡Sabe Dios lo que habría que hacer para comprenderte! —continúa Ptaja—. ¡No eres ni *mujik* ni señor!… ¡Entre una cosa y otra!… El otro día, lavando el cedazo en el estanque, cogí un bicho con aletas y rabo. Al principio se me figuró que era un pez, pero luego, mirándole más de cerca, dije: «¡Vaya!… ¡Si tiene patas!…». ¡No era ni pez ni bicho!… ¡Sabe el diablo lo que sería!… ¡Pues así mismo eres tú!… ¿Cuál es tu clase?

—Soy *mujik*… De la clase campesina —suspira el vagabundo—. Mi mamaíta era sierva de los señores… Ya sé que por mi exterior no parezco un *mujik*…, y así me ha salido el destino… Mi mamaíta era aya en casa de los señores, donde le daban todos los gustos, y yo, naturalmente…, como sangre de su sangre y carne de su carne…, estaba con ella en la casa señorial de los amos… Me cuidaban, me mimaban, querían sacarme de mi clase humilde y hacer de mí un hombre como es debido… Dormía en cama, comía diariamente una comida de verdad, llevaba pantalones y zapatos como los que podía llevar un noble… ¡De todo lo que mamaíta comía me daban de comer a mí! Si los señores le regalaban tela para un vestido, me lo hacía a mí. ¡Qué buena vida era aquélla!… ¡La de bombones que comí en mis tiempos de infancia!… ¡Si ahora…, supongamos, pudiera venderlos…, con el dinero que me darían podría comprar un buen caballo!… Me enseñó a leer y a escribir, me inculcó desde niño el temor de Dios y me hizo de tal manera, ¡que ahora mismo sería incapaz de hablar con tan poca delicadeza como habla a veces un *mujik*!… No bebo vodka, me visto con limpieza y sé comportarme en sociedad… ¡Que Dios le dé salud si vive todavía y que descanse en paz si se ha muerto!

El vagabundo se descubre la cabeza, de cabellos ralos como cerdas, alza la mirada y hace dos veces la señal de la cruz.

—¡Que Dios le conceda el descanso eterno! —dice, con una voz cantarina, más propia de una vieja que de un *mujik*—. ¡Dios tenga en su gloria a su sierva Ksenia!… ¡De no haber sido por mi mamaíta hubiera continuado siendo un simple *mujik*…, sin ninguna educación!… Y ahora, muchacho, pregúntame lo que quieras… ¡De todo entiendo!… Sé escribir, historia sagrada y catecismo…; vivo conforme a los mandamientos, no hago mal a la gente, me conservo limpio de alma y cuerpo, guardo las vigilias y como a la hora debida. Hay otros hombres que sólo piensan en la vodka y en cosas del diablo, mientras que yo, cuando tengo tiempo, me siento en un rincón y me pongo a leer un libro. Leo y empiezo a llorar…, llorar…

—¿Y por qué lloras?

—¡Es que escriben de una manera que le da a uno pena!… ¡Pagas cinco *kopekas* y lloras y lloras hasta no poder más!

—Y tu padre…, ¿murió? —pregunta Ptaja.

—¡No lo sé, muchacho! ¡No he conocido a mi padre! ¡No hay por qué ocultarlo!… Yo me hago esta cuenta…, que mi mamaíta… Mi mamaíta vivió toda su vida entre los señores y no tenía ganas de casarse con un simple *mujik*.

—Y tropezó con el señor, ¿verdad? —sonríe Ptaja.

—¡No supo guardarse, desde luego!… ¡Eso es cierto!… Era una mujer piadosa y devota, pero no supo guardar su virginidad… ¡Claro que es un pecado…, un pecado muy grande, por supuesto, pero, en cambio, puede que yo tenga sangre noble…! ¡Puede que por la cuna sea nada más que un campesino, pero que por la naturaleza sea un señor!

El *señor* dice todo esto con voz de tenor dulzona, al tiempo que deja escapar por su helada naricilla unos sonidos rechinantes. Ptaja le escucha, le mira asombrado y no cesa de encogerse de hombros.

Después de recorridas unas seis *verstas*, los guardias rurales y el vagabundo se sientan a descansar en un pequeño montículo.

—¡Hasta el perro se acuerda de su nombre!… —masculla Ptaja—. ¡Yo me llamo Andriuschka…, aquél se llama Nikandra!… ¡Todo el mundo tiene un nombre sagrado, y ese nombre es imposible olvidarlo!

—¿Y quién necesita saber mi nombre?… —suspira el vagabundo apoyando la mejilla en el pequeño puño cerrado—, y ¡qué utilidad me iba a traer el que se supiera!… ¡Si fuera a permitírseme ir donde yo quiero!… ¡Lo otro sería peor!… Yo, hermanitos ortodoxos, conozco la ley. Ahora soy sólo un vagabundo que no recuerda su filiación; que lo más que puede pasarle es que le manden al este de Siberia y le den treinta o cuarenta latigazos…, mientras que si dijera mi verdadero nombre y clase, me llevarían otra vez a trabajos forzados. ¡Lo sé muy bien!…

—¿Es que has estado en trabajos forzados?

—¡Estuve, amigo querido! ¡Cuatro años anduve con la cabeza rapada y grilletes!

—¿Y por qué asunto?

—Por homicidio, buen hombre. Siendo un chiquillo todavía (tendría unos dieciocho años), mi mamaíta, por descuido, echó arsénico en lugar de bicarbonato en el vaso del señor… ¡Había muchas cajas en la despensa y no era difícil confundirse!… —el vagabundo suspira, mueve la cabeza y

prosigue—. ¡Era piadosa, pero quién podía conocerla a fondo!… ¡El alma ajena es como un bosque enmarañado!… ¡Puede que lo hiciera sin querer, pero puede también que su alma no pudiera soportar la ofensa de que el señor tomara una nueva sirvienta…! ¡Quizá lo hizo a propósito!… ¡Eso, Dios sólo lo sabrá!… ¡Yo era muy joven entonces y no todo lo comprendía!… De lo que sí me acuerdo es de que, en efecto, el señor tomó otra sirvienta favorita y de que mi mamaíta estaba muy disgustada… Nuestro juicio, luego, creo que duró cerca de dos años. A mi mamaíta la condenaron a veinte de trabajos forzados, y a mí, por mi corta edad, a siete.

—¿Y a ti por qué se te condenaba?

—Por cómplice. Yo fui el que llevé el vaso al señor. Lo hacíamos siempre así; mi mamaíta preparaba el bicarbonato y yo se lo servía… Ahora, hermanitos, os lo estoy contando todo como un cristiano…, como ante Dios…; ¡pero les ruego que no se lo cuenten a nadie!…

—¡No nos han de preguntar! —dice Ptaja—. Entonces… ¿eso quiere decir que te fugaste de los trabajos forzados?

—¡Me fugué, amigo querido!… Nos fugamos unos catorce…, ¡que Dios los conserve en buena salud!… Era gente que se iba a fugar y me llevaron con ellos. ¡Juzga tú mismo ahora, en conciencia! ¿Por qué razón voy a descubrir mi nombre?… ¡Me mandarían otra vez a trabajos forzados!… ¿Y qué presidiario hago yo?… ¡Soy un hombre delicado, enfermizo!… ¡Me gusta comer y dormir limpio!… ¡Cuando rezo me gusta encender una lamparita o una vela y que no haya ruido alrededor!… ¡Si me inclino para besar el suelo, me gusta que no esté sucio y que no haya escupido nadie en él!… Por mi mamaíta lo beso cuarenta veces por la mañana y otras tantas por la noche…

El vagabundo se quita la gorra y se santigua.

—¡De que me manden al este de Siberia no tengo miedo!…

—¿Acaso es mejor eso?

—¡Es una cosa completamente distinta!… En trabajos forzados estás como un cangrejo en una cesta… ¡Todo se vuelven apreturas, empujones, achuchones!… ¡No puede uno ni respirar!… ¡Un verdadero infierno!… ¡Un infierno tal…, que de él nos libre la Virgen Santísima!… ¡Lo mismo da que no seas como que seas un bandido!… ¡Te hacen peores honores que a un perro!… ¡Ni comer, ni dormir, ni rezar!… ¡Desterrado es otro asunto!… En el destierro lo primero que haré es inscribirme como otros en la comunidad… La jefatura, por la ley, está obligada a darme una participación… Sí… ¡Dicen que la tierra allí no vale nada…, que es lo mismo que la nieve… que coges de ella todo lo que quieres!… A mí, muchachos, me darán una tierrecita para

cultivarla o para huerta o para vivienda… Empezaré como todo el mundo: por arar, por sembrar… Tendré ganado, muchas abejitas, ovejitas, perros…, y un gato de Siberia para que las ratas y los ratones no se le coman a uno los bienes… Construiré una casa, hermanos; me compraré imágenes… ¡Si Dios lo permite, me casaré!… ¡Tendré niños!…

El vagabundo balbucea y no mira ya a los oyentes, sino a algún sitio, hacia un lado. Sus ensueños son muy ingenuos, pero los expresa de manera tan cándida, que se hace difícil no creer en ellos. Una sonrisa tuerce la boca del vagabundo, y su cara, sus ojos, su naricilla, se congelan en una expresión embotada, de presentimiento de lejana felicidad.

Los guardias rurales fijan en él una mirada seria, no exenta de compasión, también ellos creen.

—¡A Siberia no la tengo miedo! —prosigue su balbuceo—. ¡Siberia es también Rusia!… ¡Tiene el mismo Dios y el mismo zar!… De la misma manera ortodoxa que hablamos ahora tú y yo, hablan ahí… ¡Lo que hay es más libertad, y la gente vive más ricamente!… ¡Allí todo es mejor!… Los ríos, por ejemplo, son mejores allí que aquí… ¡Aquello es un mar de peces y de caza!… ¡Para mí, hermano, no hay placer mayor que la pesca! ¡No me des nada…, pero eso sí…, déjame una caña! ¡A fe mía que me gusta cualquier clase de pesca! Si yo solo no tengo fuerzas bastantes para pescar con arpón, por cinco *kopekas* alquilo un *mujik*… ¡Y qué placer es, Dios mío!… ¡Pescas un *nalim*[163] u otro pez… y te parece que te has encontrado con un hermano!… ¡Fíjate bien!… ¡Para cada pez hace falta una inteligencia!… A uno le coges con un gusano, a otro con una rana o con un saltamontes… ¡De todo eso hay que entender!… ¡Digamos, por ejemplo, el *nalim*!… Es un pez poco delicado, y lo mismo se come un pescado que otro… A la *schiuka*[164] le gustan los peces pequeños; al *schilischper*[165], la mariposa… ¿Pues y pescar un *golovl* en un remolino?… ¡Placer mayor que ése no lo hay!… Tienes treinta varas de línea bien tirante, sin peso y con una mariposa o un escarabajo para que flote el cebo…; te metes en el agua sin pantalones, mientras el *golovl* está tira que te tira… ¡Eso sí…, hay que ser hábil y no dejar que el maldito te arranque el cebo!… En cuanto notas que el maldito está tirando del sedal, no tienes que seguir ya teniéndole tirante… ¡La cantidad de peces que habré pescado en mi vida es fantástica!… En plena fuga, cuando los demás presidiarios, por ejemplo, dormían en el bosque…, yo no me podía dormir ¡y me iba al río!… ¡Allí los ríos dicen que son anchos, rápidos, que tienen las orillas muy escarpadas y que en ellas hay bosques espesos y unos árboles tan

altos que miras hacia arriba y te da vértigo!… ¡Según los precios de aquí, por cada pino podrían darte diez rublos!…

Bajo la desordenada invasión de los ensueños, de poéticas imágenes del pasado y de un dulce presentimiento de felicidad, el pobre hombre queda callado, mueve solamente los labios, como cuchicheando consigo mismo, y la embotada y beatífica sonrisa no se borra de su rostro. Los guardias rurales callan. Están pensativos y tienen la cabeza baja.

¡En la quietud otoñal, cuando el frío y la densa niebla alzándose penetran el alma, y cuando un muro, como el de una cárcel, se eleva ante el hombre confirmándole la limitación de su voluntad, es tan dulce pensar en los anchos y rápidos ríos de escarpadas orillas, en los impenetrables bosques y las ilimitadas estepas!… Paulatina y mansamente va dibujando la imaginación una mañana temprana… No ha desaparecido todavía en el cielo el rubor de la aurora, cuando, como una pequeña mota, sobre la escarpada orilla pasa corriendo un hombre; los inmensos pinos seculares agrupados a ambos lados de la corriente miran severamente a este hombre libre y gruñen enfurruñados; las raíces, las enormes piedras y los punzantes arbustos le cierran el camino, pero él es fuerte de cuerpo y espíritu, no teme a los pinos, ni a las piedras, ni a su soledad, ni al retumbar del eco que repite todos sus pasos…

También la imaginación de los guardias rurales dibuja cuadros de una vida libre que nunca fue suya… ¿Evocan acaso vagamente imágenes de cosas de las que en un tiempo oyeron hablar?… ¿O heredaron al mismo tiempo que el cuerpo y que la sangre aquellas imaginaciones sobre la vida libre, de lejanos y libres antepasados?… ¡Dios lo sabe!… Nikandr Sapojnikov, que había permanecido hasta ahora sin pronunciar palabra, es el primero en interrumpir el silencio. ¿Envidia tal vez la dicha ilusoria del vagabundo o solamente siente en el fondo de su alma que los sueños de felicidad se acomodan mal con la niebla gris y el barro pardusco?… Se limita a mirar severamente al vagabundo, y dice:

—¡Así será!… ¡Será todo lo bueno que tú dices, pero hay una cosa, hermano!… ¡Que no llegarás nunca a esas tierras libres!… ¡Cómo vas a llegar!… ¡Andarás unas trescientas *verstas* y entregarás tu alma a Dios!… ¿No ves lo flojo que eres?… ¡No hemos hecho ni seis *verstas* y te falta ya la respiración!…

El vagabundo se vuelve lentamente hacia Nikandr, y la sonrisa beatífica se borra de su rostro. Mira con aire asustado y culpable la cara del guardia rural, y, sin duda, movido por algún recuerdo, baja la cabeza. De nuevo se hace el silencio. Los tres han vuelto a quedar pensativos. Los guardias rurales

esfuerzan su pensamiento, intentando abarcar con él lo que tan sólo Dios puede conocer, o sea la inmensidad del terrible espacio que les separa de los territorios libres, mientras en la mente del vagabundo se agolpan cuadros más precisos, de mayor relieve, y más terribles que éste del espacio. Ante él surgen, vivos, rutinarios trámites judiciales, cárceles, barracones de presidiarios, fatigosos altos en el camino, crudos inviernos, enfermedades, muertes de compañeros… Con expresión culpable, parpadea, se seca con la manga la frente, de la que brotan pequeñas gotas, y resopla como si acabara de salir de los *baños* donde hiciera mucho calor. Luego se enjuga la frente con la otra manga, y, volviéndose temeroso, mira a ambos lados.

—¡Es verdad!… ¿Cómo ibas a poder llegar? —apoya Ptaja—. ¿Qué andarín eres tú?… ¡Mírate!… ¡Si no tienes más que la piel y los huesos!… ¡Nada más!… ¡Te morirías, hermano!

—¡Claro que se moriría! ¡Cómo va a poder! —dice Nikandr—. ¡Seguro que te metían en el hospital!… ¡Seguro!

El hombre que no se acuerda de su filiación mira espantado los severos e impasibles rostros de sus compañeros de camino, y sin quitarse la gorra y con los ojos desencajados, se santigua apresuradamente… Todo él tiembla, sacude la cabeza y, como un gusano a quien han pisado, empieza a contorsionarse…

—Bueno, ya es hora —dice Nikandr, levantándose—. Ya hemos descansado.

Un minuto después han reanudado la marcha por el sucio camino. El vagabundo se encorva y hunde más profundamente las manos en sus bocamangas. Ptaja guarda silencio.

EN EL TRIBUNAL

EN la ciudad de N***, y en un edificio oficial de color castaño, en el que ejercían sucesivamente sus actividades la Junta Administrativa de la provincia, el Colegio de Jueces de Paz, las audiencias campesinas y militares y otras diversas instituciones, examinaba en un día sombrío de otoño el tribunal de la región los procesamientos en curso. Comentando la antedicha casa color marrón, un administrador de la localidad había pronunciado la siguiente agudeza:

—¡Justicia! ¡Policía!… ¡Milicia!… ¡En fin!… ¡Como si dijéramos… todo un pensionado de señoritas nobles!

Sin embargo, y así como dice el refrán que «en casa del herrero cuchara de palo…», esta casa despierta el asombro y pesa sobre cualquier recién llegado que no sea funcionario, por su triste aspecto cuartelario, su vetustez y su absoluta ausencia de confort, tanto exterior como interiormente. Hasta en los más brillantes días de primavera la cubre una espesa sombra, y en las claras noches de luna, cuando los árboles y las casitas del vecindario, fundiéndose en una densa oscuridad, se sumergen en un sueño callado, ella sola, torpemente inoportuna, se eleva como pesada piedra en medio del modesto paisaje, altera la armonía general y permanece despierta, como incapacitada para deshacerse del agobiante recuerdo de antiguos pecados todavía no perdonados. Dentro de ella todo tiene aspecto de barracón y carece de atractivo. Es singular el espectáculo que ofrecen tantos elegantes fiscales, miembros de tribunales, y presidentes, acostumbrados todos ellos a suscitar en sus propias casas una escena por el más ligero olor a comida, o la más pequeña mancha en el suelo, resignándose fácilmente al zumbido de los ventiladores, al repugnante olor de las velas y a las paredes sucias y eternamente sudorosas.

La sesión del tribunal regional dio comienzo pasadas las nueve. Inmediatamente, y con visible apresuramiento, empezaron a tratarse los asuntos. Éstos se sucedían unos a otros y terminaban rápidamente, como la misa sin cantores; tanto, que el espíritu no podía llegar a abarcar la abigarrada

masa de rostros, movimientos, discursos, desdichas, verdades y mentiras que desfilaba velozmente, como un río… Próximas las dos, ya había mucho trabajo hecho. Dos individuos habían sido condenados a dos meses de presidio; otro, más privilegiado, despojado de sus derechos y enviado a la cárcel. Uno fue indultado, y pospuesto otro asunto… Al dar las dos, el que actuaba de presidente anunció lo que sigue:

—Inculpación recaída sobre el campesino Nikolai Jarlamop por asesinato de su mujer…

La composición del tribunal continuaba siendo la misma que durante el proceso anterior, con la sola excepción de que el lugar del profesor fue ocupado por un nuevo personaje. Era éste un joven afeitado, candidato a un puesto en la magistratura y vestido con una levita con botones claros.

—¡Hagan pasar al acusado! —ordenó el presidente.

El acusado, de antemano preparado, se dirigía ya en dirección a su banquillo. Era un *mujik* robusto, de alta estatura y aproximadamente cincuenta y cinco años, completamente calvo, de rostro apático y velludo y gran barba rojiza. Armado de su fusil, seguíale un soldadito pequeño y enclenque. Casi junto al mismo banquillo, ocurrió a este soldado un molesto incidente; habiendo de pronto tropezado, se le cayó de las manos el fusil, que volvió a recoger al vuelo, pero no sin poder evitar un fuerte culatazo. El público dejó oír una ligera risa, y el soldado, fuera por el dolor o por la vergüenza de su torpeza, enrojeció intensamente. Después de las habituales preguntas al acusado, de las deliberaciones de los letrados, de los llamamientos y prestación de juramento de los testigos, se procedió a la lectura del acta de acusación. El secretario, individuo de pálido rostro, estrecho de pecho, de una delgadez extrema para su uniforme y exhibiendo un emplasto en la mejilla, leía de prisa, con una voz suave de bajo profundo y con tonalidad de diácono (esto es, sin alzar ni bajar la voz), como si temiera un esfuerzo excesivo para su pecho. Acompañábale el ruido del ventilador que zumbaba incesantemente tras la mesa de uno de los jueces y el conjunto de este sonido daba a la sala un ambiente adormecedor y narcotizante. El presidente, hombre todavía joven, pero de rostro sumamente cansado y ojos miopes, permanecía inmóvil en su sillón y se llevaba la mano a la frente, como protegiendo su vista del sol. Bajo el zumbido del ventilador y del secretario, parecía pensar en algo. Cuando éste, antes de acometer la lectura de una nueva página, hizo una pequeña pausa, despabilóse un poco, dirigió una soñolienta mirada al público que le rodeaba e inclinándose hacia la oreja del miembro del tribunal vecino suyo, preguntó con un suspiro:

—¿Usted, Matvei Petrovich, se aloja en casa de Demianov?

—De Demianov, sí —contestó el miembro despabilándose a su vez—. La próxima vez seguramente también me alojaré allí… ¡No puede usted figurarse!… ¡En esa casa Tipiakov es imposible vivir!… ¡Hay un barullo…, un ruido toda la noche!… ¡Dan golpes, tosen, lloran niños!… ¡Imposible!…

El vicefiscal, hombre robusto y bien nutrido, de lentes de oro y bonita y bien cuidada barba, con la mejilla descansando sobre la mano e inmóvil como una estatua, leía el Caín de Byron. Sus ojos estaban llenos de una atención ansiosa y sus cejas se levantaban expresando cada vez más asombro… De cuando en cuando, recostándose en el respaldo de su asiento, fijaba ante sí durante un minuto una mirada ausente y volvía a sumergirse en la lectura. El defensor, deslizando sobre la superficie de la mesa el revés de su lápiz, estaba pensativo. Su rostro juvenil expresaba tan sólo ese frío y quieto aburrimiento que muestran los rostros de los colegiales y de los empleados de oficina, obligados a permanecer día tras día contemplando las mismas caras y las mismas paredes. El discurso que le esperaba no le inquietaba lo más mínimo y, además…, ¡vaya un discurso! Tendría que pronunciarlo ante los letrados por obediencia a la superioridad, por costumbre hacía tiempo establecida, pero sabía que había de ser incoloro, aburrido, sin pasión ni fuego, y que luego volvería a trotar el caballo de su coche por el barro, camino de la estación, para de allí dirigirse a la ciudad en la que pronto recibiría la orden de salir para otra región y pronunciar en ella otro discurso semejante. ¡Qué aburrimiento!…

El acusado tosiqueó primeramente, nervioso, en su bocamanga, y palideció, pero pronto la quietud, la monotonía y el tedio general llegaron a comunicársele. Con expresión obtusa y respetuosa miraba los uniformes de los jueces, las fatigadas caras de los letrados y parpadeaba con aire tranquilizado. El ambiente de la sala del tribunal y el periodo de espera que tanto atormentaban su alma cuando estaba en la cárcel, actuaban ahora en él de modo más apaciguador. Encontraba aquello completamente distinto de lo que podía esperarse. Sobre él se cernía una acusación de asesinato y, sin embargo, no veía allí caras terribles ni miradas indignadas, ni oía frases altisonantes referentes a castigos, ni observaba muestra alguna de interés para su extraordinario destino. Ni uno sólo de los que le juzgaban había posado en él una mirada larga ni curiosa… Las turbias ventanas, las paredes, la voz del secretario, la postura del fiscal…, todo llevaba impreso un sello de indiferencia oficinística, respiraba frío, como si el asesino constituyera una pieza oficinística más, y como si estuviera siendo juzgado, no por seres

vivientes, sino por unas invisibles máquinas puestas en marcha sabe Dios por quién…

El *mujik*, tranquilizado, no comprendía que se pudiera nadie acostumbrar a las tragedias y a los dramas como en el hospital se acostumbran a las muertes, y que justamente en aquella impasibilidad maquinal se escondiera todo el horror, todo lo irremisible de su situación. Se le figuraba que si en lugar de permanecer allí sentado se levantara y empezara a suplicar, a pedir clemencia, a deshacerse en lágrimas, a arrepentirse amargamente o a morir de desesperación, todo ello se estrellaría contra los nervios insensibilizados y la costumbre, como la roca contra la piedra.

Cuando el secretario dio fin a su lectura, el presidente, no se sabe por qué, permaneció largo rato acariciando la mesa y mirando al acusado, al que preguntó al cabo, moviendo perezosamente la lengua:

—¡Acusado!… ¿Se reconoce usted culpable de haber asesinado a su mujer en la tarde del nueve de junio?

—No, señor —contentó el acusado poniéndose en pie y sujetándose la bata.

Tras esto el tribunal procedió a interrogar a los testigos. Fueron interrogados dos campesinos, cinco *mujiks*, el policía que había intervenido en la encuesta. Todos ellos, cubiertos de barro, cansados de andar y de la espera en la sala de testigos, apesadumbrados y decaídos, declararon lo mismo. Declararon que Jarlamov vivía *bien* con su *vieja*… Esto es…, que, como todos, la pegaba solamente cuando estaba borracho. El nueve de junio, la vieja fue hallada muerta en el zaguán con el cráneo roto. A su lado y en charco de sangre yacía un hacha. Cuando se buscó a Nikolai para comunicarle la desgracia, éste no se encontraba en la isba ni en la calle. Recorrióse el pueblo en su busca, fueron recorridas todas las tabernas y las isbas sin que se diera con él en ninguna parte. Había desaparecido, pero al cabo de dos días, él mismo, pálido, con la vestimenta destrozada y temblando con todo su cuerpo, se presentó en el Juzgado. Le ataron y le condujeron a la cárcel.

—¡Acusado! —se dirigió a Jarlamov el presidente—. ¿Puede usted explicar al tribunal dónde pasó usted los dos días que siguieron al asesinato?

—Andaba por el campo…, sin comer ni beber…

—¿Y por qué se escondía usted si no era usted el que la había matado?

—Porque… me asusté… ¡Tenía miedo de que me llevaran a la justicia!

—¡Ajá!… ¡Siéntese!

El último interrogado fue el médico de la región que había hecho la autopsia de la vieja. Éste repitió al tribunal cuanto recordaba del informe

presentado anteriormente y cuanto aquella mañana, camino del tribunal, había podido discurrir sobre el caso. El presidente miraba su terno completo negro, su elegante corbata, el movimiento de sus labios y una idea perezosa daba vueltas por su cabeza: «Todo el mundo lleva ahora la levita corta… ¿Por qué éste se la habrá hecho larga?». Tras la espalda del presidente se oyó un cauteloso rechinar de zapatos.

—Miiail Vladimirovich… —dijo, inclinándose al oído del presidente—. ¡Es asombroso el descuido con que Koreiskii está conduciendo la prueba judicial!… ¡No se ha hecho declarar al hermano!… ¡No se ha hecho declarar al *starosta*…, y de la descripción de la isba no se saca nada en limpio!

—¡Qué le vamos a hacer! ¡Qué le vamos a hacer! —suspiró el presidente recostándole en el respaldo del asiento—. ¡Es ya un trasto viejo!

—A propósito —seguía murmurando el vicefiscal—. ¡Fíjese bien!… Allí entre el público…, en primera fila, el tercero a la derecha… ¡Ése que tiene cara de actor!… Es el ricachón del pueblo. Tiene un capital de cerca de quinientos mil en efectivo…

—¿Ah, sí?… Pues no se le nota… ¡Querido!…, ¿si hiciéramos un descanso?

—Mejor será terminar con la prueba judicial y después…

—Como quiera… Entonces —dijo el presidente, alzando los ojos hacia el médico—, ¿considera usted que la muerte fue instantánea?

—Sí…; ¡a causa del grave daño sufrido por la masa encefálica!…

Cuando terminó el médico, el presidente, mirando el espacio entre el fiscal y el defensor, propuso:

—¿Desea alguien hacer alguna pregunta?

El vicefiscal, levantando los ojos del Caín, movió negativamente la cabeza, en tanto que el defensor se movía inesperadamente, tosía y preguntaba:

—Diga, doctor… ¿Podría juzgarse del estado de ánimo del criminal por la dimensión de la herida?… Esto es…, ¿permite el tamaño de una herida pensar en si el acusado obraba o no bajo la influencia de un impulso?

El presidente fijó los ojos soñolientos e indiferentes sobre el defensor. El procurador, abandonando el Caín, miró al presidente. No hicieron más que mirarse y sin que sus rostros expresaran asombro ni mostraran una sonrisa.

—Quizá… —vaciló el médico—. ¡Teniendo en cuenta la fuerza con que un criminal asesta el golpe!… ¡Por otra parte!… Perdone…, no he comprendido bien su pregunta.

En realidad no había sido contestada la pregunta del defensor, pero tampoco éste sentía necesidad de que le contestaran. Comprendía perfectamente que si aquella pregunta se le había pasado por la cabeza y salido luego por la boca, había sido por efecto de la quietud, del aburrimiento y del zumbido del ventilador.

Después de despedir al médico, el tribunal procedió a examinar las pruebas palpables de delito. Lo primero que se examinó fue un caftán en cuya manga negreaba una mancha de sangre pardusca. Preguntado Jarlamov por el origen de esta mancha, contestó:

—Tres días antes de la muerte de la vieja… estaba Peñkov sangrando su caballo… Yo estaba con él, ¡y ya se sabe!…, ¡al ayudar!… ¡me manché!…

—Sin embargo, Peñkov acaba de declarar que no se acuerda de que usted estuviera presente durante la sangría.

—¡Eso no lo puedo saber!

—Siéntese.

Procedióse a examinar el hacha con que había sido asesinada la vieja.

—Esa no es mi hacha.

—Pues, ¿de quién es?

—¡No lo puedo saber! ¡Yo no tenía ningún hacha!

—¡Un campesino no puede pasarse ni un solo día sin hacha!… Su vecino Iván Timofeich, con el que componía usted el trineo, declaró que ésta era precisamente el hacha de usted.

—No lo puedo saber…, pero ¡como ante Dios!… —Jarlamov extendió las manos ante sí abriendo mucho los dedos—. ¡Como ante el Creador!… ¡No me acuerdo siquiera de haber tenido nunca un hacha! Una vez tuve una como ésa…, puede que un poco más pequeña…, pero Projar, mi hijo, la perdió. ¡Hará cosa de dos años!… ¡Cuando le tocó el servicio militar!… ¡Tenía que ir a cortar leña, pero se fue de juerga con los muchachos y la perdió!

—Bien. Siéntese.

Aquella incredulidad sistemática, aquel no quererle creer, excitó y ofendió a Jarlamov. Parpadeaba y sobre sus pómulos aparecían unas manchas rojas.

—¡Como ante Dios!… —prosiguió el procesado estirando el cuello—. ¡Si no lo cree, sírvase preguntarle al Projor!… ¡Proschka!… ¿Dónde está el hacha? —preguntó de súbito con una voz brutal y volviéndose bruscamente hacia el escolta—. ¿Dónde?

¡Fue un instante penoso!… Todos los presentes parecieron achicarse, quedar reducidos de estatura. Por las cabezas de cuantos se encontraban en el tribunal pasó como el relámpago el mismo singular e imposible pensamiento:

el pensamiento de una fatal coincidencia; pero ni uno solo de ellos se atrevió, se arriesgó a mirar el rostro del soldado. Todos prefirieron no dar crédito al pensamiento y pensar que habían oído mal.

—¡Procesado! ¡No se permite hablar con la guardia! —se apresuró a decir el presidente.

Nadie vio el rostro del escolta, y un espanto invisible, como cubierto de un antifaz, atravesó volando la sala. El juez pesquisidor, levantándose de su asiento, salió de ella despacio; de puntillas y guardando el equilibrio con los brazos. Un minuto después se escuchó un retumbar de pisadas y el ruido correspondiente al relevo de la guardia. Todos alzaron la cabeza y esforzándose en aparentar que no había ocurrido nada, prosiguieron la tramitación de los asuntos.

DOLOR

El tornero Grigorii Petrov, conocido hacía mucho tiempo como un magnífico maestro en su oficio y como el *mujik* más informal de todos los alrededores de Galchinski, conduce al hospital provincial a su vieja mujer enferma. Tiene que hacer treinta *verstas* por un espantoso camino, que hasta un coche de postas recorrería con dificultad, cuanto más, por tanto, un tornero perezoso como Grigorii. Un viento frío, lacerante y agudo, les sale al encuentro. En el aire, por cualquier parte que uno mire, revolotean nubes enteras de copos de nieve, hasta el punto de que no puede distinguirse ya si nieva en la tierra o en el cielo. A través de la niebla formada por la nieve no se ve el campo, ni los postes telegráficos, ni el bosque, y cuando una ráfaga de viento especialmente atropella a Grigorii, éste no ve siquiera al caballo que, viejo y débil, apenas puede ya arrastrarse. ¡Se le agotó toda la energía en arrancar las patas de la profunda nieve y en sacudir la cabeza!…

El tornero tiene prisa, salta inquieto en el pescante y azota a cada momento el lomo del caballo.

—¡No llores, Matriona! —masculla—. ¡Aguanta un poco!… ¡Si Dios quiere llegarás al hospital y allí te cuidarán!… Favel Ivanich te dará unas gotas o mandarán que te sangren… ¡O puede que sea necesario que le froten a su merced con algún alcohol…, y entonces…, el costado se te aliviará! Pavel Ivanich hará todo cuanto pueda… Gritará, pataleará…, pero hará todo cuanto pueda… Es un señor muy agradable…, muy amable… (¡que Dios le dé salud!)… Ahora mismo…, nada más llegar…, lo primero que hará será salir de su piso y ponerse a regañar mucho: «¿Cómo? —gritará—. ¿Qué pasa? ¿Por qué no venís a la hora? ¿Soy yo acaso un perro para pasarme el día entero ocupándome de vosotros…, diablos?… ¿Por qué no viniste por la mañana?… ¡Largo! ¡Que no quede aquí ni tu sombra! ¡Vuelve mañana!…». Y yo le diré: «¡Señor doctor!… ¡Pavel Ivanich!… ¡Señoría!…».

—¡Aprisa, diablo! ¡Arre!… —El tornero fustiga el caballejo, y sin mirar a la vieja sigue hablando entre dientes:

—¡Señoría!… ¡Como ante Dios!… ¡He salido con el alba!… ¡Cómo va uno a llegar a la hora cuando…! ¡Dios mío! ¡Virgen Santísima!… ¡Se enfadaron con nosotros y nos enviaron esta ventisca!… ¡Sírvase usted mismo comprenderlo!… ¡Un caballo bueno no saldría con este tiempo!… ¡Sírvase usted mismo comprenderlo!… ¡Y este caballo mío no es siquiera un caballo!… ¡Es una vergüenza y nada más!… Pavel Ivanich fruncirá las cejas y gritará: «¡Ya os conocemos! ¡Excusas siempre sabéis encontrar! ¡Tú sobre todo, Grischka! ¡Hace ya tiempo que te conozco! ¡Seguro que no has entrado menos de cinco veces en la taberna!…». Pero yo le diré: «¡Señoría!… ¿Acaso soy yo un verdugo o un incrédulo?… ¡Se me está muriendo la vieja y voy yo a irme por las tabernas!… ¡Al diablo las tabernas!…». Y entonces Pavel Ivanich mandará que te metan en el hospital y yo le daré las gracias saludándole hasta los pies… «¡Pavel Ivanich! —le diré—. ¡Señoría! ¡Se lo agradezco tantísimo!… ¡Discúlpenos a los tontos de los *mujiks*!… ¡Lo que merecemos es que nos echen a la calle, y usted, en cambio, lo que hace es tomarse esas molestias por nosotros!»… Pavel Ivanich, mientras tanto, pondrá unos ojos como si quisiera pegar a alguien, y dirá: «¡En lugar de saludarme hasta los pies, tonto, sería mejor que no bebieras tanta vodka y que cuidaras de la vieja! ¡Mereces azotes!…». ¡Eso merezco justamente…, azotes, Pavel Ivanich!… ¡Cómo no voy a saludarle hasta los pies, si es usted nuestro bienhechor…, señoría!… ¡Créame! ¡Lo digo como ante Dios!… ¡Escúpame a la cara si le engaño!… ¡Tan pronto como se ponga buena mi Matriona, haré cuanto su merced desee! ¿Qué quiere, una pitillera de madera de abedul de Corelia…, o bolas para el *croquet*…, o bolos?… ¡Se los tornearé a la moda de los extranjeros! ¡Haré todo lo que usted quiera! ¡Y no le llevaré ni una *kopeka*! ¡En Moscú pagaría usted lo menos cuatro rublos por una pitillera, pero yo no le cobraré ni una *kopeka*! El doctor entonces se echará a reír y dirá: «¡Bueno, bueno!… ¡Te lo agradezco! ¡Lástima tan sólo que seas borracho!…». ¡Yo, vieja…, sé cómo hay que hablar a los señores! ¡No hay señor con el que yo no supiera conversar!… ¡Lo que hace falta es que no permita Dios que nos desviemos del camino! ¡Mira qué ventisca!… ¡Te ciega los ojos!

Y el tornero continúa mascullando sin fin. Como para apaciguar siquiera un poco el pesado sentimiento que le oprime, mueve maquinalmente la lengua. ¡Hay muchas palabras en ella, pero todavía son más las ideas y las preguntas que se tienen dentro de la cabeza! ¡La pena le ha atacado inesperadamente, de improviso, y ya no puede recobrarse ni comprender!… Hasta ahora ha vivido sin preocupaciones, en un embriagado semiolvido, sin

saber de penas ni de alegrías, y de repente… ¡este terrible dolor en el alma!… ¡El borrachito perezoso y despreocupado se encuentra, sin saber por qué, en la situación del hombre que se ve lleno de ocupaciones y preocupaciones, de prisas, y que hasta tiene que luchar con la Naturaleza!

El tornero recuerda que *su dolor* empezó al anochecer del día anterior. Cuando al caer la tarde volvió a casa borrachito, como siempre, y siguiendo una inveterada costumbre se puso a regañar y a poner los puños en movimiento, la vieja miró a su camorrista marido como jamás le había mirado… La expresión de sus viejos ojos era, por lo general, de martirio, de sumisión…, como suele ser la de los perros a los que se pega mucho o se da de comer mal…; pero hoy su mirada era una mirada severa e inmóvil como la de los santos en las imágenes o la de los moribundos. El dolor de él empezó precisamente ante aquellos extraños y malos ojos. Aturdido el tornero, suplicó a su vecino que le prestara el caballejo, y ahora llevaba a la vieja al hospital con la esperanza de que Pavel Ivanich, con sus sellos y pomadas, devolvería a la vieja su mirada de antes.

—También tú por tu parte, Matriona… —masculla—. Si Pavel Ivanich te pregunta si te he pegado…, tú le dices que no. ¡Ya no te volveré a pegar! ¡Te lo juro!… ¿Acaso te pegaba yo por maldad?… ¡Te pegaba porque sí! ¡Por nada!… ¡Me da mucha lástima de ti!… ¡Otro puede que no tuviera ninguna pena, pero yo…, ya ves que te llevo…, que pongo todas mis fuerzas!… ¡Vaya ventisca!… ¡Hágase tu voluntad. Señor!… ¡Si sólo Dios no permitiera que nos desviáramos del camino!… ¿Qué te duele?… ¿El costado?… ¿Por qué callas, Matriona?… Te pregunto si te duele el costado.

Considera extraño que la nieve no se le derrita a la vieja en el rostro, y que éste, de un color gris pálido, de cirio sucio, se haya estirado de manera tan singular y se haya vuelto tan severo y tan serio.

—¡No eres poco tonta!… —masculla el tornero—. ¡Te estoy hablando como ante Dios, y tú…, nada! ¡Vaya con la tonta!… ¿Y si no te llevara a que te viera Pavel Ivanich?…

El tornero deja caer las riendas y queda pensativo. No se decide a volver la cabeza y mirar a la vieja. Tiene miedo. Tiene miedo también de preguntarle y de que no le conteste. Al cabo, y para poner fin a la incertidumbre, sin volverse a mirar a la vieja, tantea su mano fría. El brazo levantado cae otra vez como un látigo.

—¿Entonces…, se ha muerto?… ¡Oh, qué historia!…

Y el tornero llora. No es mayor la lástima que el enojo que siente. ¡Piensa en lo de prisa que pasa todo en este mundo!… ¡Apenas había empezado a

sentir aquel dolor y ya estaba en el desenlace!… ¡Apenas había tenido tiempo de vivir junto a la

vieja…, de expresarle aquellas cosas…, de tenerle lástima…, y ya se había muerto! ¡Cuarenta años había estado a su lado, pero aquellos cuarenta años habían pasado como en una niebla! ¡Entre borracheras, riñas y necesidades no se enteraba uno de la vida!… ¡Parecía que había hecho a propósito el morirse precisamente cuando él sentía que le tenía lástima, que no podía vivir sin su compañía y que era terriblemente culpable!…

«¡Pedía limosna! —recuerda—. ¡Era yo mismo el que la mandaba a pedir pan a los extraños!… ¡Tonta, más que tonta! ¡Podía haber vivido todavía diez años más! ¡Puede que se crea que yo de verdad soy así!… ¡Virgen Santísima!… ¿Adónde voy entonces?… ¡Ya no es menester curarla! ¡Lo que hay que hacer es enterrarla!… ¡Atrás!».

El tornero hace dar la vuelta al trineo y fustiga al caballejo con todas sus fuerzas. El camino se hace cada hora peor y peor: ahora ya casi no ve al caballo. De cuando en cuando el trineo tropieza con un abeto tierno, el oscuro objeto le araña las manos y desfila raudo ante sus ojos para después volver a hacerse su campo visual, blanco y revoloteante.

«¡Si empezáramos a vivir otra vez!», piensa el tornero.

Recuerda que Matriona hace unos cuarenta años era una muchacha guapa y alegre, hija de casa rica. Atraídos por su oficio, la casaron con él. Reunían todas las condiciones para haber llevado una buena vida: pero la pena fue que él, habiéndose emborrachado después de la boda, se había echado a dormir sobre la estufa y parecía que hasta ahora no se había despertado. Se acuerda de la boda, pero de nada de después se acuerda aunque le maten… ¡Quizá tan sólo de que bebía, de que solía estar tumbado y de que le pegaba!… ¡Y así transcurrieron cuarenta años!

Las nubes de blanca nieve empiezan poco a poco a volverse grisáceas: cae el crepúsculo.

—Pero ¿adónde voy yo? —recapacita de repente el tornero—. ¡Hay que enterrarla… y la llevo al hospital!… ¡Estoy completamente trastornado!

Dando otra vez la vuelta, de nuevo empieza a fustigar al caballejo, que, haciendo acopio de todas sus fuerzas, corre con un trote ligero. El tornero le azota varias veces seguidas en el lomo con el látigo… Detrás de él suena un ruido. No quiere volverse porque sabe que es la cabeza de la difunta que golpea sobre el trineo… Entre tanto la atmósfera se ha hecho más y más oscura, el viento más frío y más agudo…

«¡Si empezáramos a vivir otra vez! —piensa el tornero—. ¡Si tuviera un torno nuevo y tomara encargos y entregara el dinero a la vieja!… ¡Sí!…».

He aquí que deja caer las riendas. Vuelve a buscarlas; intenta levantarlas, pero no puede; las manos no le responden…

—«¡*Es* igual! —piensa—. ¡El caballo conoce el camino y él solo lo encontrará!… ¡No estaría mal dormirse ahora!… Mientras dura el entierro y el funeral, no estaría mal acostarse…».

El tornero cierra los ojos y dormita. Poco después oye pararse al caballo. Abriendo los ojos ve ante sí algo semejante a una isba o a una gavilla.

—¡Tendré que bajarme del trineo!… ¡Hay que saber qué es esto!… ¡Pero será mejor helarse que moverse de aquí!… —y se duerme plácidamente.

Cuando se despierta está en una gran habitación con las paredes pintadas. Por la ventana fluye la dulce luz solar. El tornero, al ver gente ante sí, quiere, en primer lugar, mostrarse sereno y lucido.

—¡Hay que nacer un funeral por la vieja, hermanos! —dice—. ¡Hay que decírselo al padrecito!…

—Bueno, bueno…, estate quieto —le interrumpe una voz.

—¡Usted, Pavel Ivanich! —se asombra el tornero al ver al médico ante sí —. ¡Señoría! ¡Bienhechor!…

Pero cuando intenta dar un salto y ponerse de rodillas ante él, siente que ni las manos ni los pies le obedecen.

—¿Señoría?… ¿Dónde están mis manos?… ¿Dónde están mis pies?

—¡Tienes que decir adiós a tus manos y a tus pies!… ¡Te los has dejado congelar!… Bueno, bueno… ¿Por qué lloras?… ¡A Dios gracias, llevarás vividos seguramente unos sesenta años!… ¡Ya te debe bastar!

—¡Oh, qué dolor, señoría!… ¡Qué dolor tan grande!… ¡Sea generoso y perdóneme!… ¡Déjeme cinco o seis añitos más!

—¿Para qué?

—¡El caballo no es mío… y tengo que devolverlo!… ¡Tengo que enterrar a la vieja!… ¡Oh, qué de prisa se hace todo en este mundo!… ¡Señoría!… ¡Pavel Ivanich!… ¡La mejor pitillera de abedul de Corelia!… ¡Le haré con mi torno un pequeño *croquet*!…

El doctor hace un ademán de desaliento y sale de la habitación.

Al tornero *Amén*.

OCASO DE UN ACTOR

EL honorable y bonachón Schiptzov, alto y robusto viejo, no tan conocido por su talento escénico como por su extraordinaria fuerza física, en medio de una pelea sostenida durante el curso de la representación con el empresario, sintió súbitamente que algo se rompía en su pecho. Por lo general, el empresario, Jukov, después de cada una de aquellas calurosas explicaciones, solía prorrumpir en carcajadas histéricas o perder el conocimiento. Esta vez, sin embargo, Schiptzov no quiso esperar el final y regresó precipitadamente a su casa. Los insultos, la sensación de rotura en su pecho le habían excitado de tal manera, que olvidose de quitarse el maquillaje, limitándose tan solo a arrancarse la barba postiza.

Al volver a su habitación, Schiptzov dio unos cuantos paseos por ella, se sentó en la cama, apoyó la barbilla en ambos puños cerrados y quedó meditabundo. Inmóvil y silencioso permaneció en esta postura hasta las dos del día siguiente, hora en que entró en su habitación el actor cómico Sigaev.

—¿Qué te pasa, bufón Ivanovich?… ¡No estuviste en el ensayo! —le increpó el cómico tras dominar el ahogo de su respiración y llenando la estancia de un olor a vino rancio—. ¿Dónde fuiste?

Schiptzov no contestó. Miró solamente al cómico con sus ojos turbios y pintarrajeados.

—¿Por qué te callas, te pregunto? ¿Estás enfermo? Lo menos que podías hacer era lavarte esa cara —prosiguió Sigaev—. ¡Da vergüenza verte!… ¿Te emborrachaste, o es que estás enfermo?

Schiptzov continuaba callado. A pesar de la pintura que cubría su rostro, el cómico no pudo dejar de observar la extraordinaria palidez de éste, su sudor y el temblor de sus labios. Los brazos y las piernas le temblaban también, y todo el inmenso cuerpo, gigante y bonachón, parecía arrugado y aplastado. El cómico recorrió la habitación con una mirada rápida, pero no descubrió en ella botellas ni ningún otro recipiente sospechoso.

—¡Oye, Mischutka!… ¿Estás enfermo? —se inquietó Sigaev—. ¡Que Dios me castigue si no estás enfermo!… ¡Tienes una cara malísima!

Schiptzov callaba y miraba tristemente el suelo.

—Te has resfriado —proseguía Sigoev, cogiéndole una mano—. ¡Tienes las manos muy calientes!… ¿Qué te duele?

—¡Quie… quiero irme a casa! —balbució Schiptzov.

—¿Es que ahora no estás en tu casa?

—No… ¡Quiero irme a Viasma!

—¡Vaya con lo que quiere!… ¡A tu Viasma no llegarás ni en tres años! ¡A lo mejor lo que quieres es ver a tu papaíto y a tu mamaíta!… ¡Con seguridad que hace mucho tiempo que se pudrieron y no podrás ya ni encontrar sus tumbas!

— ¡Aquella… es mi tierra!

—Bueno, bueno…, ¡no hay que ponerse melancólico!… ¡Lo peor que puede haber es esa psicopatía de los sentidos!… Has de reponerte, que mañana tienes que representar el papel de Mitka en el *Príncipe de plata*… No hay nadie que lo haga si no eres tú… Debes beber algo caliente y tomar aceite de ricino. ¿Tienes dinero para el aceite de ricino?… Si no… espérate, que yo voy en un vuelo y lo compraré.

Rebuscando en sus bolsillos, encontró quince *kopekas* y corrió a la farmacia. Al cabo de un cuarto de hora estaba de vuelta.

—¡Toma!… ¡Bebe!… —dijo acercando al honorable la botella—. Bebe directamente del frasco… ¡De un trago! ¡Así!… Toma un poco de clavo para que el alma no te huela a esa porquería.

El actor cómico permaneció un rato más con el enfermo, luego le besó afectuosamente y se fue. Hacia el anochecer, Brama Glinski, el *jeune premier*, vino a ver a Schiptzov. Este capacitado artista llevaba unas botitas de tirantes, un guante en la mano izquierda y hasta exhalaba olor a heliotropo, a pesar de lo cual recordaba mucho al viajero arribado a un país en el que no hay ni baños, ni lavanderas, ni sastres.

—¿Me han dicho que estás enfermo? —dijo dirigiéndose a Schiptzov y girando sobre un talón—. ¿Qué te pasa?… A fe mía…, ¿qué es lo que te pasa?

Schiptzov continuaba callado e inmóvil.

—¿Por qué no hablas?… ¿Te da vértigo la cabeza?… Bueno, bueno…, ¡sigue callando! ¡No quiero molestarte!

Brama Glinski (así se llamaba en el teatro, aunque en el pasaporte figurara con el nombre de Guskov) se acercó a la ventana, se metió las manos en los bolsillos y se puso a mirar a la calle. Ante sus ojos había un enorme solar rodeado de una tapia gris, junto al que se extendía todo un bosque de bardana

seca, del año anterior. Más allá del solar veíanse los negros muros de una fábrica abandonada, con las ventanas herméticamente cerradas y sobre cuya chimenea trazaba círculos una choya retrasada. Todo este cuadro, aburrido y sin vida, comenzaba ya a esfumarse en el crepúsculo vespertino.

—¡Tengo que irme a casa! —oyó decir el *jeune premier*.

—¿Dónde es *a casa*?

—¡A Viasma!… ¡A mi tierra!…

—De aquí a Viasma, hermano, hay mil quinientas *verstas* —suspiró Brama-Glinski, golpeando el cristal con los nudillos—. ¿Para qué quieres ir a Viasma?

—¡Quisiera morirme allí!

—¡Vaya con lo que se te ocurre!… ¡Morirte!… ¡Estás malo por primera vez en la vida y ya te figuras que viene la muerte! ¡No, hermano!… ¡Con búfalo como tú, no puede ni el cólera!… ¡Vivirás hasta los cien años!… ¿Qué te duele?

—No me duele nada, pero… siento…

—¡No sientes nada!… ¡Todo eso te pasa por exceso de salud!… ¡Son tus propias fuerzas que se rebelan!… Lo que deberías haber hecho es tomarte un buen trago… ¡Beber a *fondo* para que todo tu cuerpo se entere bien!… ¡La borrachera le refresca a uno perfectamente!… ¿Te acuerdas de la que cogiste en Rostov del Don? ¡Dios mío!… ¡Da hasta miedo recordarlo!… ¡Apenas Sascha y yo podíamos con el tonelito, y te lo bebiste entero tú solo!… ¡Y luego mandaste a por ron!… ¡Bebiste tanto que querías cazar los diablos con un saco!… ¡Y hasta arrancaste de raíz un farol del gas!, ¿te acuerdas?… Aquel día fue cuando pegaste a los griegos…

Bajo la influencia de tan gratos recuerdos, el rostro de Schiptzov se aclaró un poco y sus ojos brillaron.

—¿Te acuerdas de la paliza que le di al empresario Savoikin? —balbució, levantando la cabeza—. ¡Eso ni que decir tiene!… ¡Llevo pegados en mi vida a treinta y tres empresarios…, y de subalternos…, ni siquiera me acuerdo!… ¡Y vaya empresarios a los que he pegado!… ¡Empresarios que ni el viento se atrevería a rozar!… También pegué a dos escritores célebres y a un pintor…

—¿Por qué lloras?

—En Jerson maté a un caballo de un puñetazo…, y en Tangarog, una noche, me atacaron los bandidos (serían unos quince)… A todos les quité los gorros y tuvieron que venir después detrás de mi suplicándome: «¡Padrecito! ¡Devuélvenos los gorros!…». ¡Así eran las cosas!…

—Pero ¿por qué lloras, tonto?

—¡Ya se acabó!… ¡Lo presiento!… ¡Quisiera irme a Viasma!

Se hace una pausa. Después de aquel silencio, Schiptzov se levantó de un salto y cogió su gorro. Su aspecto era lamentable.

—¡Adiós! —dijo, tambaleándose—. ¡Me voy a Viasma!

—¿Y el dinero para el viaje?

—¡Hum!… Iré a pie.

—¿Estás loco?

Ambos se miraron. Sin duda que por la mente de ambos pasaba una misma imagen de inconmensurables campos, de interminables bosques y pantanos.

— ¡No!… ¡En efecto, estás loco! —decidió el *jeune premier*—. Lo primero que tienes que hacer, hermano, es acostarte, luego tomar un té con coñac y sudar bien. Después, naturalmente, aceite de ricino. Pero espera…, ¿de dónde vamos a sacar el coñac?

Brama Glinski meditó un momento, decidiendo a continuación ir a ver a la comerciante Tzitrinntkova e intentar que ésta les hiciera un crédito. ¡Quién sabe si la mujer se apiadaría y diría que sí! El *jeune premier* salió, volviendo al cabo de media hora con una botella de coñac y aceite de ricino. Schiptzov, como antes, sentado en la cama, miraba al suelo inmóvil y silencioso…

Inconscientemente, como un autómata, se bebió el aceite de ricino que le presentaba su compañero, y poco después, ante la mesa, tomaba té con coñac. Maquinalmente se bebió toda la botella y se dejó acostar por el compañero. El *jeune premier* le tapó con la manta y el abrigo y, aconsejándole que sudara, se marchó.

Llegó la noche. A pesar del coñac que había bebido, Schiptzov no dormía. Echado inmóvil bajo la manta, miraba el oscuro techo; mas luego, al ver que por la ventana se asomaba la luna, del techo llevó la mirada a aquella su compañera en la tierra y permaneció así, con los ojos abiertos, hasta la madrugada. Por la mañana, a eso de las nueve, entró llorando el empresario Jukov.

—Pero ¿qué es eso de que esté usted enfermo, ángel mío?… —cacareó, frunciendo la nariz—. ¡Ay, ay, ay!… ¿Cómo es posible, con su contextura, estar enfermo?… ¡Qué vergüenza! ¡Qué vergüenza!… Yo…, ¿sabe usted?…, me asusté… Pensé: ¿Será posible que influyera en ello nuestra conversación?… ¡Alma mía!… ¡Espero que no tendré yo la culpa de que esté usted enfermo! ¡Por su parte, usted también obró conmigo!… ¡Y además, entre compañeros, estas cosas son naturales!… ¡Usted me insultó y hasta pretendió agredirme con sus puños…; pero yo, sin embargo, le tengo

afecto!… ¡A fe mía que le tengo afecto!… ¡Le tengo respeto y le tengo afecto! ¡Explíqueme, ángel mío, por qué le tengo tanto afecto!… ¡*No* es usted nadie de mi familia…: ni mi cuñado, ni mi mujer, y, a pesar de ello, cuando le supe enfermo sentí como si me clavaran un puñal!

Jukov prolongó durante largo rato sus protestas de afecto, luego quiso besarlo, y, por último, se emocionó tanto que prorrumpió en carcajadas histéricas, llegando hasta intentar perder el conocimiento; pero sin duda, sin darse cuenta de que no estaba ni en su casa ni en el teatro, aplazó el desmayo para ocasión más apropiada y se fue.

A poco de salir él, hizo su aparición el trágico Adabaschev, individuo gris, ligeramente cegato, que hablaba con la nariz. Contempló durante largo rato a Schiptzov, meditó durante otro largo rato, y de repente, como el que hace un descubrimiento, dijo:

—¿Sabes, Mifa? —su voz nasal le hacía pronunciar como *ef* el sonido *sch* y su rostro tenía una expresión misteriosa—. ¿Sabes que tienes que tomar aceite de ricino?

Schiptzov continuaba callado y así siguió cuando el trágico le vertió en la boca el asqueroso aceite. Unas dos horas después de la venida de Adabaschev entró en la habitación el peluquero Evlampii, o *Rigoletto*, como le llamaban, sin que se supiera por qué, los actores. Al igual que el trágico, miró éste largamente a Schiptzov, exhaló un profundo suspiro y empezó a desatar el lío que traía consigo. El lío contenía unas dos docenas de ventosas y unos cuantos frascos.

—Si me hubieran llamado a mí, hace tiempo que le hubiera puesto a usted ventosas —dijo afectuosamente, desnudando el pecho de Schiptzov—. ¡Qué fácilmente se descuida una enfermedad!

Luego *Rigoletto*, tras acariciar con la palma de la mano el ancho pecho del honorable, le cubrió de ventosas.

—Sí… —decía mientras envolvía después de la operación sus instrumentos, empapados en la sangre de Schiptzov—. ¡Si me hubieran mandado a buscar…, hubiera venido!… ¡Por el dinero no había que preocuparse!… ¡Yo lo hago por caridad!… ¡De dónde va usted a sacar el dinero si aquel Herodes no quiere pagar!… Sírvase ahora tomar estas gotas. ¡Son unas gotas que saben muy bien!… Y ahora sírvase tomar el aceite. ¡Es aceite de ricino del más puro!… ¡Así!… ¡Para la buena salud!… Y ahora…, ¡adiós!

Rigoletto cogió su envoltorio y, satisfecho de haber ayudado al prójimo, se fue.

Al día siguiente por la mañana, Sigaev encontró a Schiptzov en terrible estado. Echado bajo el abrigo, respiraba con dificultad y paseaba por el techo unos ojos extraviados. Sus manos estrechaban convulsivamente la manta arrugada.

—¡A Viasma! —murmuró al ver al actor cómico—. ¡A Viasma!

—¡Eso ya no me gusta, hermano! —dijo el actor cómico—. ¡Eso…, eso…, hermano, ya no está bien!… ¡Perdona, pero hasta me parece tonto, hermano!…

—¡Tengo que ir a Viasma!… ¡A fe mía que tengo que irme!

—No… ¡No esperaba esto de ti! —mascullaba el actor cómico, completamente desconcertado—. ¡Qué diablos! ¿Se puede saber lo que te pasa?… ¡No, no! ¡No está bien!… ¡Un gigante de la estatura de un campanario llorando!… ¿Es que un actor puede llorar?…

—¡No tengo mujer ni hijos!… —balbuceaba Schiptzov—. ¿Por qué habré sido actor?… ¡Debería haberme quedado siempre en Viasma!… ¡He echado a perder mi vida, Semion!… ¡Ay, cuánto quisiera poder marcharme a Viasma!…

—¡No, no!… ¡No está bien!… ¡Si hasta es tonto!…

Después de serenarse un poco y dominando sus sentimientos, Sigaev empezó a consolar a Schiptzov y a mentirle diciéndole que entre todos habían decidido pagarle el viaje a Crimea; pero éste ya no le escuchaba y continuaba diciendo siempre algo entre dientes, referente a Viasma… El actor cómico, por último, haciendo un ademán desesperado, se puso a hablar al enfermo de Viasma para consolarle.

—¡Es una bonita ciudad! —le decía—, ¡Una ciudad magnifica, hermano! ¡Tiene mucha fama por sus *prianiki*!…[166]. Son unas pastas clásicas, aunque…, entre nosotros sea dicho…, bastantes deficientes… Yo estuve toda una semana enfermo después de comerlas… ¡Lo que sí hay allí de bueno son los comerciantes!… ¡Los mejores del mundo!… Cuando te obsequian…, lo hacen *a fondo*.

El actor cómico hablaba, y Schiptzov, silencioso, movía la cabeza en señal de aprobación.

Hacia el anochecer se murió.

UN HUÉSPED INQUIETANTE

EN la Isba, pequeña y baja de techo, del guardabosque Artiem y bajo una imagen grande y oscura, estaban sentados dos hombres, uno de ellos el propio Artiem, escuálido *mujik* de corta estatura y rostro aviejado y marchito, rematado por una barbita que parecía salirle del cuello, y un cazador *de paso*, mozo alto, vestido de una blusa nueva de percal y calzado con grandes botas de campo. Hallábanse sentados en un banco junto a un pequeño velador de tres patas, sobre el que, metida en el cuello de una botella, ardía perezosamente una vela. Al otro lado de la ventana escuchábase ya el ruido tempestuoso que en la Naturaleza suele preceder a la tormenta. Aullaba maligno el viento y enfermizamente gemían, doblándose, los árboles. Sus hojas golpeaban en el papel pegado sobre uno de los vidrios de las ventanas.

—¡He aquí lo que te digo, ortodoxo! —murmuraba Artiem con voz cascada de tenor y mirando sin pestañear, con unos ojos como asustados, al cazador—. No tengo miedo de los lobos…, ni de los osos…, ni de ninguna clase de fieras…, pero ¡sí del hombre!… ¡De las fieras… puede defenderte la escopeta o cualquier otra arma… pero ante un hombre malo no hay salvación! ¡Ya se sabe!… ¡A una fiera la puedes apuntar…, pero apunta a un bandido!… ¡Tendrías que responder por ello, y a lo mejor te mandaban a Siberia!… Yo, hermano mío, llevo aquí ya de guardabosques cerca de treinta años, y tanto me ha hecho sufrir la gente mala que ni siquiera puedo contártelo… ¡Ha desfilado tanta por aquí!… ¡Como tengo la isba en el camino por el que pasa todo el mundo…, me vienen como diablos!… Entra un malhechor de ésos y, sin quitarse el gorro ni santiguarse, te dice: «¡Ya me estás dando pan…, tal y cual!»… ¿Y de dónde voy a sacar yo el pan?… ¿Por qué razón?… ¿Soy acaso yo un millonario que tenga que dar de comer al primer borracho que pase?… ¡Pero ellos…, ya se sabe…, son tan malos que no lo quieren ver!… ¡Como viven de espaldas a la cruz…, sin pensarlo mucho te dan una bofetada!… «¡Que me des pan!… ¡Que me lo tienes que dar!…». Y tú ¿qué vas a hacer?… ¡No vas a empezar a pegarte con unos Herodes así!… ¡Los hay que tienen un puño tan fuerte como tu bota!… ¡Mientras que yo!…, ¿qué

corpulencia tengo yo?… ¡Con el meñique se me podría derribar!… Así que acabas dándole el pan, y él se lo zampa todo. Luego se te tumba a todo lo largo del suelo de la *isba* y ni siquiera te da las gracias… Hay otros también que te preguntan por el dinero. «¿Dónde está el dinero?… ¡Contesta!…», ¿Y qué dinero puedo tener yo? ¿De dónde voy a sacarlo?

—¡Eso de que un guardabosque no tiene dinero!… —sonrió el cazador—. Cobras mensualmente un sueldo, te ganas propinas y vendes el bosque de tapadillo…

Artiem, asustado, miró de reojo al cazador, y su barbita vibró como el rabo de una urraca.

—Eres demasiado joven para decirme esas palabras… ¡Tendrás que responder de ellas ante Dios!… Pues tú…, ¿quién eres tú? ¿De dónde vienes?

—¿Yo?… De Viasovka. Soy el hijo del *starosta* Nefed.

—¿Te divierte la escopeta?… También cuando yo era joven me gustaba ese entretenimiento. ¡Así es…, pecadores de nosotros! —prosiguió bostezando Artiem—. ¡Qué pena!… ¡Buena gente hay poca en el mundo, y, en cambio, de malvados y malhechores…, sabe Dios los que habrá!

—¡Parece como si a mí también me tuvieras miedo!

—¡Vaya!… ¡Pues no faltaría otra cosa!… ¿Por qué iba yo a tenerte miedo?… ¡Yo sé distinguir, comprender!… ¡Tú, cuando entraste, te santiguaste y saludaste como era debido!… ¡Yo sé distinguir!… ¡A ti se te puede dar pan!… Como soy viudo, no enciendo la lumbre y he vendido el *samovar*… Carne o cosa que se le parezca…, soy tan pobre que no tengo…, ¡pero pan!… ¡Hazme la merced!…

Algo gruñó en este momento debajo del banco, escuchándose después un ruido silbante. Artien se estremeció, encogió los pies y miró interrogativamente al cazador.

—Es mi perro, que regaña con tu gato —dijo el cazador—. ¡Eh…, vosotros! ¡Diablos! —gritó por debajo del banco—. ¡Quietos si no queréis que os atice!… ¡Vaya gato delgado el tuyo, hermano!… ¡No tiene más que los huesos y el pellejo!

—Es muy viejo. Ya es hora de que se muera. ¿Dices entonces que eres de Viasovka?…

—¡Lo que veo es que no le das de comer!… ¡Un gato es también una criatura!… ¡Con cada aliento suyo da gloria a Dios!… ¡Hay que ser compasivo!…

—Parece ser que no anda todo limpio por Viasovka… —prosiguió Artiem como si no hubiera oído al cazador—. En un año robaron dos veces en la

iglesia… ¡Hay gente que…! ¡Se ve que no sólo no temen a la gente, sino que tampoco tienen temor de Dios!… ¡Robar lo que pertenece a Dios!… ¡Colgarlos sería poco!… ¡En los tiempos antiguos los gobernadores castigaban a esos canallas con el verdugo!…

—¡Lo mismo da que los castigues como que no!… ¡Aunque les pegues unos latigazos o los mandes a la cárcel, no sacarás de ellos ningún provecho! ¡A una persona mala no se le quita la maldad con nada!

—¡Dios nos asista!… ¡Virgen Santísima!… —suspiró el guardabosque—. ¡Que Dios nos libre de los enemigos y de los malvados!… ¡La semana pasada en *Los Volovi Saimischi*, un segador pegó a otro un golpe en el pecho con la guadaña y lo mató!… ¿Y todo por qué?… ¡Dios mío!… ¡Hágase tu voluntad!… ¡Porque sale uno de los segadores bebido de la taberna…, se encuentra con otro también bebido…!

El cazador, que escuchaba atentamente, se estremeció de pronto y, con el rostro en tensión, prestó oído.

—¡Espera! —interrumpió al guardabosque—. Me parece que grita alguien.

Sin apartar los ojos de la oscura ventana, el cazador y el guarda se pusieron a escuchar. Por entre el ruido del bosque se percibían aquellos sonidos que oye el oído sobreexcitado durante una tormenta, por lo que resultaba difícil apreciar si se trataba de alguien pidiendo socorro o si era sencillamente el temporal gimiendo en la chimenea. Una ráfaga de viento que pasó sobre el tejado hizo sonar el papel pegado a la ventana, escuchándose entonces con claridad este grito:

— ¡Socorro!

—¿Hablabas de malvados?… ¡Ahí están! —dijo, palideciendo y levantándose, el cazador—. ¡Están robando a alguien!

—¡Dios nos asista! —murmuró el guardabosque, palideciendo y levantándose a su vez.

El cazador miró por la ventana y dio unos cuantos pasos por la isba.

—¡Qué nochecita!… ¡No se ve ni gota!… —masculló—. ¡Desde luego no puede estar el tiempo más a propósito para robar!… ¿Oyes?… Han gritado otra vez.

El guardabosque alzó los ojos a la imagen, de la imagen los llevó al cazador y cayó sentado en el banco con el gesto de desfallecimiento del hombre a quien asusta una noticia inesperada.

—¡Ortodoxo! —dijo con voz llorosa—. ¿Por qué no vas al zaguán y cierras la puerta con cerrojo?… ¡Deberíamos también apagar la luz!

—¿Por qué razón?

—¡A lo mejor vienen en mala hora por aquí!… ¡Ay pecador de mí!

—¡Lo que es menester es ir…, y a ti todo lo que se te ocurre es cerrar la puerta con el cerrojo!… ¡Qué cabeza!… ¿Vamos?…

El cazador se echó al hombro la escopeta y cogió el gorro.

—¡Vístete! ¡Agarra tu escopeta!… *¡Fliorka!*… ¡Aquí! —gritó al perro—. *¡Fliorka!*

De debajo del banco salió un perro, con las largas orejas cortadas, mezcla de *setter* y de peno callejero. Estirándose a los pies de su amo, agito el rabo.

—¿Por qué te quedas ahí sentado? —gritó el cazador al guardabosque—. ¿Es que no vienes?

—¿Adónde?

—A prestar auxilio.

—¿Y para qué sirvo yo ya? —dijo el guardabosque con gesto de desaliento y encogiéndose con todo su cuerpo—. ¡Que Dios le asista a quien sea!

—Pero ¿por qué no quieres venir?

—¡Después de conversaciones de miedo no puedo dar ni un paso en la oscuridad!… ¡Que Dios asista a quien sea!… ¿Qué tengo yo que ver con el bosque?

—¿De qué tienes miedo? ¿Acaso no tienes una escopeta? ¡Anda, vamos! ¡Hazme la merced!… ¡No le gusta a uno ir solo!…, ¡dos ya es más alegre!… ¿Oyes?… Han gritado otra vez… ¡Anda! ¡Levántate!

—¿Cómo voy a tener que hacer para que me comprendas, muchacho? ¿Te crees que soy un tonto para ir a buscar mi perdición?

—¿No vienes entonces?

El guardabosque guardaba silencio. El perro, sin duda por haber oído el grito humano, empezó a ladrar lastimeramente.

—¿Vienes o no…, te pregunto? —gritó el cazador, con los ojos ya fuera de las órbitas, de irritación.

—¡No eres poco pegajoso a fe mía!… —dijo con una mueca de desagrado el guardabosque—. ¡Vete tú solo!

—¡Vaya canalla! —gruñó el cazador dirigiéndose a la puerta—. *¡Fliorka!* ¡Aquí!

Y dejando abierta la puerta de par en par, salió. El viento penetró raudo en la isba. La llama de la vela osciló inquieta, ardió más vivamente y se apagó.

Al cerrar la puerta, detrás del cazador, el guarda vio a la luz de los relámpagos los charcos en el claro del bosque, los pinos más cercanos y la

figura del huésped que se alejaba. En la lejanía gruñó el trueno.

—¡Santo Dios!… ¡Santo Dios!… —murmuró el guarda apresurándose a correr el *pesado cerrojo*—. ¡Que tiempo nos manda el Señor!

Después de cerrar la puerta se acercó a tientas a la estufa y, echándose sobre la yacija y cubriéndose con el *tulup*, tendió el oído. Ya no se escuchaba ningún grito humano, y, en cambio, el ruido del trueno retumbaba más y más fuerte. Oía cómo la lluvia, empujada por el viento, golpeaba furiosa sobre los vidrios y sobre el papel pegado a ellos en la ventana.

«¡Buena gana! —pensaba imaginándose al cazador calado bajo la lluvia y tropezando en los troncos cortados de los árboles—. ¡Seguramente le castañetearán los dientes de miedo!».

No habrían pasado más de diez minutos cuando se escucharon pasos, y tras ellos, fuertes golpes asestados a la puerta.

—¿Quién está ahí? —gritó el guardabosque.

—Soy yo —se oyó decir a la voz del cazador.

El guardabosque abandonó su yacija, buscó a tientas la vela, la encendió y fue a abrir la puerta. El cazador y el perro venían calados hasta los huesos. Una fuerte y tupida lluvia había caído sobre ellos y el agua chorreaba de sus cuerpos como de una bayeta sin escurrir.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó el guardabosque,

—¡Una campesina que iba en un carro y había perdido el camino!… —contestó el cazador tratando de calmar su respiración jadeante.

—¡Buena tonta!… ¿Estaría seguramente muy asustada?… Y tú…, ¿qué? ¿Le enseñaste el camino?

—¡Eres el mayor de los canallas y no tengo ganas de contestarte! —y el cazador, tirando sobre el banco su sombrero mojado, prosiguió—: ¡Ahora opino de ti que eres un canalla y el último de los hombres!… ¡Y que seas un guardabosque!… ¡Que recibas un sueldo!… ¡Eres un infame y nada más!

El guardabosque, con paso culpable, se arrastró hacia la estufa y se echó en la yacija. El cazador se sentó sobre el banco y, después de quedar un rato pensativo, se tumbó, mojado como estaba, sobre éste, todo lo largo que era. Un poco después se levantó, apagó la vela y se volvió a echar. En ocasión de un trueno especialmente fuerte rebulló, escupió y gruñó:

—¡Que tiene miedo!… ¿Y si hubieran estado matando a la campesina?… ¿Quién era el que tenía que correr en su auxilio?… ¡Un hombre viejo!… ¡Bautizado!… ¡Un cerdo y nada más!

El guardabosque carraspeó y exhaló un profundo suspiro. *Fliorka*, en algún sitio de la oscuridad, sacudió su cuerpo, salpicando por todos lados.

—¿Eso quiere decir entonces que a ti no te hubiera importado que mataran a la campesina? —prosiguió el cazador—, ¡Que Dios me castigue si yo sabía que eras así!

Se hizo el silencio. La nube amenazadora y los estampidos del trueno sonaban ya lejanos, pero continuaba lloviendo.

—¿Y si en lugar de haber sido una baba hubieras sido tú…, por ejemplo…, el que pidiera socorro? —dijo el cazador interrumpiendo el silencio—. ¿Cómo lo hubieras pasado, animal, si no hubiera acudido nadie en tu auxilio? ¡Tu canallada me sacó de quicio!

Luego, después de otro largo silencio, volvió a decir el cazador:

—¡Lo que quiere decir eso…, es que tienes dinero y por ello temes a la gente!… ¡Al hombre pobre no le da miedo de nada!…

—¡Tendrás que dar cuenta a Dios de esas palabras! —dijo Artiem, con voz ronca, desde su yacija—. ¡No tengo dinero!

¿Que no?… ¡Los canallas tienen siempre dinero!… ¿Por qué entonces te da miedo la gente?… ¡Eso significa que tienes dinero!… ¡Merecerías que te robara para que aprendieras!…

Artiem dejó sin ruido su yacija, encendió la vela y se sentó bajo la imagen. Estaba pálido y no apartaba los ojos del cazador.

—¡Iré y te robaré! —prosiguió, levantándose, el cazador—. ¿Qué te figuras? ¡A las personas como tú hay que enseñarlas!… ¡Contesta! ¿Dónde guardas el dinero?

Artiem encogió las piernas y parpadeó.

—¿Por qué te encoges?… ¿Dónde tienes guardado el dinero?… ¿Acaso no tienes lengua, bufón?… ¿Por qué te callas? —levantándose de un salto el cazador se acercó al guardabosque—. ¿Por qué pones esos ojos de mochuelo?… ¿Eh?… ¡Trae acá el dinero…, si no quieres que dispare la escopeta!

—¿Por qué me mortificas tú?… —gritó con voz chillona el guardabosque, mientras unas gruesas lágrimas brotaban de sus ojos—. ¿Por qué causa?… ¡Dios todo lo ve!… ¡De todas estas palabras tendrás que darle cuenta! ¡No hay derecho que te valga para exigirme dinero!…

El cazador contempló un momento el semblante lloroso de Artiem, luego hizo una mueca de desagrado, dio unos pasos por la isba, se caló con enfado el gorro y cogió la escopeta.

—¡Ah!… ¡Da asco mirarte! —dijo entre dientes—. ¡No puedo verte siquiera!… ¡Sea como sea, ya no quiero dormir en tu casa!… ¡Adiós!… *¡Fliorka!*… ¡Aquí!…

La puerta dio un golpetazo y el inquietante huésped se alejó con su perro…

Artiem cerró la puerta tras él, se santiguó y se echó a dormir.

LA MARISCALA

EL primero de febrero de cada año, día de San Trifón mártir, en la hacienda de la viuda de Trifón Lvovich Savsiatov, mariscal que fue de la nobleza de la región, reina un movimiento extraordinario.

En ese día su viuda, Liubov Petrovna, manda decir un *réquiem* por el difunto y más tarde una misa de acción de gracias al Señor. Al *réquiem* asiste la región en pleno. En él puede verse a Jrumov, el actual presidente de la nobleza; a Marfutkin, el intendente; a Potraschkov, miembro de la Alcaldía; a Krinolinov, jefe de Policía: a Dvorniaguin, el médico que huele siempre a yodoformo; a los dos jueces del distrito; a todos los terratenientes (lo mismo los acaudalados que los no acaudalados), y a mucha gente más: en total unas cincuenta personas.

A las doce en punto, los invitados, con la cara larga, se trasladan al salón. El suelo está recubierto de alfombra y no se oyen los pasos, pues la solemnidad del momento obliga a todos instintivamente a andar de puntillas, guardando el equilibrio con los brazos. En el salón todo está ya preparado. El padre Evmenii, viejecito de pequeña estatura, tocado con un alto y descolorido bonete, se cubre de negras vestiduras. El diácono Koncordiev, rojo como un cangrejo y ya revestido, hojea en el misal, colocando papelitos de señal entre las páginas. Junto a la puerta que conduce al vestíbulo, Luca, el sacristán, con ojos saltones e inflando los carrillos, sopla en el incensario. Poco a poco el salón va llenándose de un humito azulado y transparente y de olor a incienso. El director de enseñanza Gelikonakii, joven de cara asustada, llena de granitos y vestido con una levita nueva de uniforme, que le sienta como un saco, reparte entre los presentes las velas que contiene una bandeja de metal blanco, mientras que Liubov Petrovna, el ama de la casa, en primera fila, junto a la mesita del *kutia*[167], se enjuga por anticipado el rostro con el pañuelo. Hay gran silencio, interrumpido de cuando en cuando por suspiros. Todos visten largas y solemnes casacas… Comienza el *réquiem*. Del incensario fluye el humito azulado que juega con un oblicuo rayo de sol; las velas encendidas crujen débilmente. El canto, que en los primeros momentos

resuena agudo y retumbante, poco a poco, al acomodarse los cantores a las condiciones acústicas del aposento, se torna suave y armonioso… Todos los motivos son tristes… Los invitados, melancólicos, meditan. Ideas sobre la brevedad de la vida humana y su vanidad cruzan su cabeza… Recuerdan también al difunto Savsiatov, hombre gordo de mejillas coloradas, que solía beberse de un trago una botella de champaña y que rompía espejos con la frente. Cuando el coro entona los cánticos del funeral y se oyen los sollozos del ama de la casa, los invitados se llenan de tristeza. Los más sensibles de entre ellos sienten un cosquilleo en la garganta y junto a los párpados.

Marfutkin, el intendente, deseando sacudirse tan desagradable sensación, se inclina sobre el oído del jefe de Policía y murmura:

—Ayer estuve en casa de Iván Fedorich… Ganamos Piotr Petrovich y yo… Olga Andreevna, a fe mía, se enfadó tanto que hasta se le cayó un diente postizo…

Pero he aquí que resuena el último cántico: «Eterna memoria…».

Gelikovskii procede en actitud respetuosa a recoger las velas, y termina el *réguiem*. A él sigue un minuto de revuelo, un cambio de vestiduras y el tedeum. Tras esto y mientras el padre Evmenii se despoja de sus ropas de ceremonia, los invitados se frotan las manos, tosen, y la dueña de la casa pondera la bondad del difunto Trifón Lvovich. Termina su relato con un suspiro y añade:

—¡Ruego a ustedes, señores, pasen al comedor!

Los invitados, cuidando de no darse codazos y de no pisarse los pies los unos a los otros, se dirigen apresurados al comedor… Aquí les espera el almuerzo. Tan opíparo suele ser este almuerzo que todos los años el diácono Koncordiev, al verlo, considera su obligación abrir asombrado los brazos y decir sacudiendo la cabeza:

—¡Sobrenatural!… ¡Todo esto, padre Evmenii, más que alimento de los hombres, parece manjar de los dioses!

El almuerzo es, en efecto, extraordinario. La mesa contiene cuanto puedan ofrecer la fauna y la flora, pero en ella de sobrenatural quizá hay sólo una cosa: sobre la mesa se encuentra de todo, salvo… bebidas alcohólicas. Liubov Petrovna ha hecho la promesa de no tener en su casa ni naipes ni bebidas alcohólicas, las dos cosas que perdieron a su marido, por lo que sobre la mesa no hay más botellas que las de las vinagreras, para escarnio y castigo de los comensales, muchos de ellos borrachos o bebedores sin igual.

—¡Coman, señores! —invita la presidenta—. Perdónenme esto, solamente…, ¡no hay vodka!… ¡No la tengo en casa!…

Los invitados se aproximan a la mesa e indecisos empiezan a comer el *pirog*…; pero la comida transcurre sin animación. La manera de servirse, de cortar, de masticar, revela pereza, apatía… Se nota que falta algo.

—Me siento como si se me hubiera perdido alguna cosa… —murmura uno de los jueces al otro—. Es una sensación igual a la que experimenté cuando mi mujer se fugó con un ingeniero… ¡No puedo comer!…

Antes de sentarse a la mesa, Marfutkin permanece largo rato hurgándose en los bolsillos para sacar el pañuelo.

—¡Vaya!… ¡Pero si el pañuelo se me habrá quedado en la pelliza!… ¡Y yo aquí buscándolo!… —dice en voz alta, y se encamino al vestíbulo, donde se encuentran las pellizas.

Cuando regresa del vestíbulo, el brillo de sus ojos es mayor y ataca el *pirog* con apetito.

—Seguramente que le repugna tragarse la comida así en seco, sin humedecerla con nada —murmura al oído del padre Evmenii—. Vaya, padre, al vestíbulo; allí, en el bolsillo de mi pelliza, hay una botella… Sólo que tenga cuidado de que no rechine…

El padre Evmenii recuerda de pronto que tiene alguna orden que dar a Luca y se apresura con pequeños pasos hacia el vestíbulo.

—¡Dos palabras, padre!… ¡Tengo que decirle algo en secreto! —dice Dvorniaguin dándole alcance.

—¡Señores, qué pelliza me he comprado… y de ocasión! —presume Jrumov—. ¡Valdrá lo menos mil rublos, pero no me creerán ustedes si les digo que sólo he pagado por ella doscientos cincuenta!

En otro momento los invitados hubieran acogido esta noticia con indiferencia, pero ahora manifiestan su asombro y se niegan a creerlo. Al fin, todos juntos, se dirigen en tropel al vestíbulo con objeto de examinar la pelliza y permanecen examinándola hasta que Mikeschaka, el criado del doctor, retira del vestíbulo, a escondidas, cinco botellas vacías…

Cuando llega el momento de servir el esturión cocido, Marfutkin recuerda de repente que ha dejado olvidada la pitillera en el trineo, y va a la cuadra; para que no se aburra le acompaña el sacristán, que tiene también que inspeccionar su caballo.

Por la noche de aquel mismo día, Liubov Petiovna, sentada ante su mesa de despacho, escribe una carta a una antigua amiga de Petersburgo.

«Hoy, como otros años —dice entre otras cosas—, tuvo lugar un *réquiem*, dicho a la memoria del difunto, al que asistieron todos mis vecinos. Son gente sencilla y sin pulimentar, pero ¡qué corazones los suyos! Les obsequié con

una espléndida comida, en la que, naturalmente, como en años anteriores, no se servía ni una sola gota de bebida ardiente. Desde el día en que, víctima de sus excesos, murió *él*…, juré arrancar de raíz de nuestra región el hábito de la borrachera y obtener con ello el eterno perdón de sus pecados. Comencé por imponer esta regla de moral a mi propia casa. El padre Evmenii se muestra entusiasmado de mi empeño y me ayuda con palabras y hechos.

»¡Oh *ma chère*!… ¡Si supiera cuánto me quieren mis osos!… Marfutkin, el intendente, cuando terminó de almorzar apretó sus labios contra mi mano y permaneció largo rato sin soltar ésta; luego, moviendo la cabeza del modo más cómico, se echó a llorar. ¡Mucho sentimiento y pocas palabras!… El padre Evmenii, el maravilloso viejecito, sentado a mi lado, con los ojos llenos de lágrimas, balbuceaba algo como una criatura. No comprendí bien sus palabras, pero sí su sincero agradecimiento. El jefe de Policía, ese hombre apuesto sobre el que ya te he escrito anteriormente, se hincó de rodillas ante mí, intentando leer unos versos que había compuesto (escribe versos); pero… le faltaron las fuerzas, se tambaleó y cayó al suelo… Este gigante sufría un ataque de histerismo… Puedes imaginar cuál sería mi entusiasmo… Tengo que decirte, sin embargo, que tampoco faltaron cosas desagradables. Alalikin, el presidente del Congreso regional, hombre corpulento y de apoplética contextura, se sintió malo de repente y se tumbó en un diván, en el que permaneció dos horas sin conocimiento. Hubo que echarle agua por encima… Gracias al buen doctor Dvorniaguin, que trajo de su farmacia una botella de coñac, con la que se le refrescaron las sienes, pudo volver en sí y ser trasladado a su casa…».

UNA «ANA»[168] CÓLGADA AL CUELLO

I

DESPUÉS de la ceremonia religiosa no fue ofrecido el más ligero refrigerio; los recién casados bebieron una copa de champaña, cambiaron de traje y se marcharon a la estación. En vez de una alegre cena de bodas seguida de baile, en vez de músicas y danzas, se disponían a emprender un viaje a cierto lugar de peregrinación situado a unas doscientas *verstas* de distancia. Fueron muchas las personas que alabaron esto, aduciendo que Modest Alekseich ocupaba una alta categoría, que ya no era joven y que, por tanto, una boda ruidosamente celebrada quizá no resultara del todo conveniente, aparte de que siempre aburre la música cuando un funcionario de cincuenta y dos años se casa con una joven que apenas ha cumplido los dieciocho. Decíase también que Modest Alekseich, en su calidad de hombre de vida ajustada a las reglas morales, había organizado este viaje al monasterio para demostrar a su joven esposa que él, en el matrimonio, daba el principal papel a la religión y a la moral.

Mucha gente había acudido a despedir a los recién casados. Un grupo de parientes y compañeros de trabajo, al pie del vagón y con las copas de champaña en la mano, esperaban el momento de la salida del tren para lanzar un «¡hurra!», en tanto que Piotr Leontievich, el padre de la novia, muy pálido y ya embriagado, vestido con un frac de profesor y tocado con una chistera, empinándose hasta la ventanilla con su copa de champaña en la mano, decía con voz suplicante:

—¡Aniuta!… ¡Ania!… ¡Una palabra nada más!…

Desde la ventanilla, Ania se inclinaba sobre él, que, envolviéndola en su olor a vino y resoplando en su oreja, le murmuraba algo ininteligible, al tiempo que, con los ojos brillantes de lágrimas y la respiración entrecortada, le hacía la señal de la cruz sobre el rostro, sobre el pecho, sobre las manos.

Dos colegiales, Petia y Andriuscha, los hermanos de Ania, detrás de él y tirándole del frac, decían azarados:

—¡Basta ya, papaíto!… ¡Eso no es necesario!…

Cuando arranco el tren, Ania vio como su padre, tambaleándose y derramando el vino de su copa, corría unos pasos en seguimiento del vagón; vio la expresión bondadosa, lastimera y culpable de su rostro.

—¡Hurra! —gritaba.

Los recién casados quedaron solos. Modest Alekseich paseó la mirada por el departamento, colocó el equipaje en la rejilla y se sentó, sonriendo, frente a su joven esposa. Era un funcionario de mediana estatura, bastante grueso, de aire satisfecho y largas patillas. No llevaba bigote, y su prominente, afeitada y redonda barbilla tenía la forma de un talón. Lo que particularmente caracterizaba su rostro era la ausencia de bigotes; aquel espacio rasurado y desnudo que se resolvía poco a poco en unas grasientas mejillas, temblorosas como la gelatina. Su porte era grave, sus movimientos pausados y sus maneras suaves.

—No puedo por menos recordar ahora cierto episodio —dijo sonriendo—. Hace cinco años, cuando Korosotov fue condecorado con la Santa Ana[169] de segundo grado y fue a dar las gracias por ello a su excelencia, éste le dijo lo siguiente: «¿Conque ahora tiene usted tres Anas: una en el ojal y dos colgadas al cuello?…». Hay que decir que por entonces Korosotov se había reconciliado con su esposa, una mujer gruñona y ligera de cascos que se llamaba Ana. Espero que cuando a mí me llegue el momento de recibir la Ana de segundo grado, su excelencia no habrá encontrado motivo para decirme lo mismo.

Sus ojuelos sonreían. También ella sonreía, nerviosa ante la idea de que en cualquier momento aquel hombre podía besarla con sus gruesos y húmedos labios y de que ella no tendría derecho a protestar. Los pausados movimientos de su cuerpo, rollizo, la asustaban, sentía miedo y un malestar moral. Él se levantó; lentamente se quitó del cuello la condecoración, después se quitó el frac, el chaleco y se puso una bata.

—Así —dijo, sentándose al lado de Ania.

Ella, mientras tanto, recordó el martirio de la ceremonia de su boda, el momento en que le pareció que tanto el sacerdote como los invitados y cuantos se encontraban en la iglesia la miraban tristemente, como preguntándose por qué una muchacha buena y simpática se casaba con aquel señor de edad, tan poco interesante… Por la mañana de este mismo día aún la tenía entusiasmada el que todo se hubiera arreglado tan bien; pero luego, durante el oficio religioso y ahora en el vagón, se sentía culpable, engañada y ridícula. Se había casado con un rico, a pesar de lo cual continuaba sin dinero;

el vestido de novia estaba todavía sin pagar, y hoy, en la estación, en el rostro de su padre y hermanos, acudidos a despedirla, había podido leer que no disponían de una sola *kopeka*.

«¿Cenarán hoy?… ¿Y mañana?…», se preguntaba.

Y se representaba sin saber por qué a su padre y hermanos sentados hambrientos a la mesa, sin ella, dominados por la misma tristeza que se hizo en torno suyo después del entierro de su madre. «¡Oh, qué desgraciada soy! —pensaba—. ¿Por qué seré tan desgraciada?…».

Con la torpeza del hombre grave, poco acostumbrado a tratar con mujeres, Modest Alekseich rozaba su talle, le daba golpecitos en el hombro, mientras ella pensaba en el dinero, en su madre y en la muerte de su madre. Cuando murió esta, su padre, Piotr Leontievich, profesor de caligrafía y dibujo en un colegio, se entregó a la bebida, y las fatigas comenzaron. Los chicos estacan sin zapatos ni chanclos, su padre tuvo que comparecer ante el Juzgado y los muebles fueron embargados… ¡Qué vergüenza!… Ania tenía que cuidar a su padre, borracho, que zurcir las medias de sus hermanos y que ir al mercado. Cuando oía alabar su belleza, su juventud y la finura de sus modales, le parecía que todo el mundo había de reparar necesariamente en su sombrerito de poco precio y en los agujeros de sus zapatos, disimulados con tinta. Las noches transcurrían entre lágrimas, sin que le abandonara la idea inquietante de que, a causa de aquella flaqueza suya, su padre se vería pronto, muy pronto, arrojado del colegio, de que esto no lo soportaría y se moriría, como se había muerto su madre… He aquí, sin embargo, que entre sus amistades, las señoras empezaron a ocuparse de la búsqueda de un buen partido para Ania. No tardó en encontrarse a éste, Modest Alekseich, hombre ya de edad y feo, pero con dinero. Tenía cinco mil rublos en la cuenta corriente y una hacienda familiar que daba en arriendo. Era persona de costumbres morales, al que su excelencia miraba con buenos ojos.

«¡Pedir a éste —decían a Ania— una carta de recomendación para el director del colegio y hasta para alguien en esferas más encumbradas, con el fin de conseguir que Piotr Leontievich no fuera despedido no le costaría ningún trabajo!…».

Hallábase recordando todos estos detalles cuando un sonido de música acompañado de un ruido de voces penetró por la ventanilla. El tren se detenía en una pequeña estación. A alguna distancia del andén, y del centro de un grupo de gentes partían las alegres notas de un acordeón y los chirridos de un violín barato, y de más lejos, pasando bajo las altas encinas y sauces y sobre las casitas campestres inundadas por la luz de la luna, llegaban los sones de

una banda militar. Seguramente se celebraba ahí un baile. Por el andén paseaban los veraneantes y demás gentes, que durante el buen tiempo venían a respirar el aire fresco. Ante ellos estaba Artinov, el dueño de la colonia veraniega, un ricachón con cara de armenio, alto, grueso, moreno, de ojos saltones y singularmente vestido. Llevada desabrochada la pechera de la camisa, grandes botas guarnecidas de espuelas y, pendiendo de sus hombros, una negra capa que descendía hasta el suelo y se arrastraba por él como una cola. Le seguían dos galgos rusos husmeando la tierra con sus puntiagudos hocicos.

Aunque aún brillaban lágrimas en los ojos de Ania, ésta, sin embargo, al estrechar las manos de estudiantes y oficiales conocidos, se olvidó de su madre, del dinero de su boda, y riendo alegremente decía deprisa a unos y a otros:

—¡Buenas noches!… ¿Qué tal?…

Saliendo a la plataforma del vagón, bajo la luz de la luna, fue a colocarse de manera que todos pudieran admirar su magnífico vestido y sombrero.

—¿Por qué nos hemos parado aquí? —pregunto.

—Estamos esperando el tren correo —le contestaron.

Dándose cuenta de que Artinov se fijaba en ella, adoptó un aire de coquetería y se puso a hablar en voz alta en francés. De pronto sintió una gran alegría de que el sonido de su propia voz fuera tan maravilloso, de que se oyera la música, de que la luna se reflejara en el estanque, de que Artinov (este famoso y caprichoso Don Juan) la mirara con tanto afán y curiosidad y de que todos estuvieran tan contentos. Y cuando al arrancar el tren aquellos oficiales conocidos le hicieron de despedida el saludo militar, se puso a canturriar la frase musical de la polca que retumbando a sus espaldas, tras los árboles, le enviaba la banda.

Al regresar a su departamento llevaba consigo la impresión de que en esta pequeña estación había adquirido el convencimiento de que, a pesar de todo, irremisiblemente llegaría a ser feliz.

Los recién casados pasaron dos días en el monasterio y volvieron a la ciudad. Ocuparon un piso en un edificio del Estado. Cuando Modest Alekseich se iba a la oficina, Ania tocaba el piano, lloraba de aburrimiento o se echaba sobre el diván y se ponía a leer novelas o periódicos de modas. Durante la comida, Modest Alekseich, que comía mucho, hablaba de política, de ascensos, de cambios y recompensas, de que era preciso trabajar, de que la vida de familia no era una satisfacción, sino un deber, de que cada *kopeka* era preciosa y la moral y la religión lo más estimable de la vida.

Enarbolando el cuchillo como una lanza, decía:

—¡Toda persona tiene una obligación que cumplir!

Ania, escuchándole, sentía miedo de él: no podía comer, levantándose por lo general hambrienta de la mesa. Después de la comida, mientras roncando cuidadosamente descansaba su marido, se marchaba ella a casa de los suyos. Su padre y los muchachos la miraban al entrar de un modo particular, como si antes de su llegada hubieran estado censurándola de que se hubiera casado por el dinero, sin amor, con un hombre aburrido y pesado. El crujido de su vestido, sus pulseras y su aspecto general de dama elegante les molestaban y ofendían. Ligeramente turbados en su presencia, no sabían de qué hablarle, aunque seguían queriéndola como antes y no se acostumbraban a prescindir de ella durante las comidas. Ania se sentaba a la mesa con ellos y comía *kascha* y patatas fritas con una grasa de cordero que olía a vela. Piotr Leontievich, con mano que temblaba se servía de la botella una copita, que ingería rápidamente, a la vez con ansia y repugnancia… Después, otra… *Luego*, una tercera… Petia y Andriuscha, muchachitos pálidos y delgados, de grandes ojos, le quitaban la botellita y decían apurados:

—¡Basta, papaíto!… ¡Ya es bastante, papaíto!…

También inquieta, Ania le suplicaba que no bebiera más, mientras él, de pronto, excitado, golpeaba con el puño en la mesa.

—¡No permito que se me vigile! —gritaba—. ¡Mocosos!… ¡Echaré a todos fuera de esta casa!…

Pero su voz sonaba a debilidad, a bondad y nadie le temía. Después de comer solía vestirse con gran esmero. Muy pálido y estirando el escuálido cuello, se daba cortes en la barbilla al afeitarse e invertía media hora cumplida en arreglarse y peinarse. Se atusaba los negros bigotes, se perfumaba, se hacía un lazo en la corbata, se ponía los guantes y, calándose la chistera, se marchaba a dar clases particulares. Si era día de fiesta, permanecía en casa iluminando algún dibujo o tocando el armonio, al que hacía rugir y silbar, en tanto que, al tiempo que se esforzaba en arrancarle armoniosos sonidos, cantaba a su unísono o reñía a los niños gritándoles:

—¡Canallas!… ¡Bribones!… ¡Me habéis estropeado el instrumento!

Al anochecer, el marido de Ania se sentaba a jugar a los naipes con sus compañeros de trabado, que, en la casa *del Estado*, vivían bajo el mismo techo que él. También las mujeres de los funcionarios acudían a reunirse allí. Todas eran feas, se vestían sin gusto, como vulgares cocineras, y se entregaban a un chismorreo tan feo y sin gusto como ellas mismas. A veces, Modest Alekseich iba con Ania al teatro. En los entreactos no se apartaba de

ella un minuto y, llevándola cogida del brazo, se paseaba por los pasillos y el *foyer*. Si saludaba a alguien, murmuraba inmediatamente a Ania:

—Es un consejero civil… Se le recibe en casa de su excelencia…

O bien:

—Tiene dinero… La casa es suya…

Al pasar ante el *buffet*, apetecía a Ania tomar algo dulce (le gustaba mucho el chocolate y el pastel de manzana); pero nunca tenía dinero y le avergonzaba pedírselo a su marido. Éste cogía una pera entre los dedos, la oprimía ligeramente y preguntaba en tono indeciso:

—¿Cuánto cuesta?

—Veinticinco *kopekas*.

—Bien… —decía él, volviendo a dejar la pera donde estaba.

Luego, violentándole el marcharse sin haber comprado nada, pedía una botella de agua de seltz, que se bebía él solo hasta que las lágrimas le brotaban de los ojos. Ania le aborrecía en este momento.

Otras veces, de pronto y poniéndose todo colorado, decía apresuradamente:

— ¡Saluda a esa vieja!

—Pero ¡si no la conozco!

—¡Lo misma da! ¡Es la esposa del director de una institución del Estado!… ¡Salúdala! ¡No se te caerán los anillos por eso!

Ania saludaba sin que, en efecto, se le cayeran los anillos; pero sentía como una tortura. Hacía cuanto quería su marido, pero se irritaba consigo misma de que la hubiera engañado como a la mujer más tonta. ¡Se había casado con él sólo por su dinero, y ahora resultaba que tenía menos que antes de su casamiento!… En otro tiempo, al menos alguna vez, le daba su padre veinte *kopekas*, mientras que ahora no disponía ni de una sola. Cogerlas a escondidas o pedirlas no podía… Tenía mucho miedo a su marido y temblaba en su presencia. Se le figuraba que hacía mucho tiempo que llevaba metido en el alma aquel miedo… Cuando niña, la fuerza para ella más terrible e imponente (semejante a una nube tormentosa o a una locomotora) era siempre el director del colegio. Otra de estas fuerzas, de la que se hablaba en familia y hacia la que sin saber por qué sentía gran temor, era su excelencia. A éstas seguían aproximadamente otras diez fuerzas menos poderosas: los profesores del colegio, de afeitados bigotes, severos, inexorables…, y, por último, ahora Modest Alekseich, hombre de rígidas reglas, que hasta de cara se parecía al director… Todas estas fuerzas se fundían en la imaginación de Ania, adquiriendo el aspecto de un enorme oso blanco que atropellaba a los débiles

y a los culpables como su padre. Temerosa de contrariarle en algo, sonreía con forzada sonrisa, fingiendo satisfacción al recibir una caricia brutal o un abrazo que la llenaba de espanto. ¡Tan sólo una vez Piotr Leontievich se atrevió a pedir prestados cincuenta rublos a Modest Alekseich para saldar una desagradable deuda, y cuál no fue su martirio!…

—¡Está bien!… ¡Se los daré!… —dijo después de pensarlo un rato—. Pero le advierto que mientras no deje de beber no volveré a ayudarle. ¡En un hombre que desempeña un trabajo del Estado esa debilidad es vergonzosa! ¡No puedo dejar de recordarle un hecho de todos conocido: el de a cuánta gente ha perdido este vicio! ¡Si, en cambio, hubieran sabido dominarlo, tal vez con el tiempo hubieran llegado a ocupar muy altos puestos!

A esto siguió una larga homilía, que el pobre Piotr Leontievich escuchaba sufriendo de humillación y de ardiente sed de beberse un traguito.

Los niños, que solían ir a visitar a Ania con los zapatos rotos y los pantalones raídos, tenían también que escuchar sus amonestaciones.

—¡Todo hombre tiene una obligación que cumplir! —les decía Modest Aleaseich.

No daba dinero a Ania; pero sí le regalaba sortijas, pulseras y broches, aduciendo que convenía tener de todo esto por si llegaban días difíciles. Frecuentemente abría los cajones de la cómoda, inspeccionando el que todas las alhajas estuvieran en su sitio.

II

Entre tanto, había llegado el invierno. Ya mucho antes de Navidad, en el diario de la localidad había aparecido anunciado que el día 29 de diciembre, y en la sala de fiestas de la Sociedad de la Nobleza, tendría lugar el acostumbrado baile de invierno. Todas las noches, después de su partida, Modest Alekseich, presa de excitación, hablaba en voz baja con las funcionarias, miraba pensativo a Ania y paseaba por la habitación, preocupado con alguna idea. Al fin, una noche, ya muy tarde, se detuvo ante Ania y la dijo:

—Tienes que mandarte hacer un vestido de baile. ¿Comprendes?… ¡Lo único que te pido por favor es que te dejes aconsejar de Maria Grigonevna y de Natalia Kusminischna!

Y le dio cien rublos. Ania cogió el dinero y no pidió consejos a nadie cuando llegó el momento de encargar el vestido. Tan sólo habló con su padre tratando de imaginarse cómo se hubiera vestido su madre para este baile. Su

difunta madre iba siempre a la última moda, cuidaba mucho de Ania y le había enseñado a hablar francés y a bailar perfectamente la mazurca. (Antes de casarse, había sido cinco años institutriz en una familia). Ania, a semejanza de su madre, sabía hacer parecer nuevo un vestido viejo, lavar con bencina los guantes, alquilar joyas, adoptar, como ella, lindas poses, arrastrar la *r* a la manera francesa, entusiasmarse cuando era preciso y dar a su mirada una expresión triste y enigmática. De su padre había heredado el oscuro color de los cabellos y de los ojos, la nerviosidad y el arte de saberse embellecer.

Cuando media hora antes de salir para el baile, Modest Alekseich entró en su habitación antes de ponerse la levita, con el fin de colgarse al cuello la condecoración ante el gran espejo, maravillado de su belleza y esplendor, de su juvenil y vaporoso vestido, se atusó satisfecho las patillas, y dijo:

—¡Qué mujer tengo!… ¡Qué mujer!… ¡Aniuta! —prosiguió de repente, con acento solemne—. ¡Hasta ahora yo te he favorecido! ¡Hoy eres tú quien puede favorecerme a mí!… ¡Te ruego que te presentes a la esposa de su excelencia!… ¡Por el amor de Dios!… ¡Su mediación podría suponer mi ascenso!

Salieron para el baile. He aquí ya el edificio de la Sociedad de la Nobleza, la entrada, el portero… El vestíbulo está lleno de perchas de las que cuelgan pellizas, de lacayos corriendo de aquí para allá, de damas con grandes escotes protegiéndose con los abanicos de la corriente… Huele al gas de las lámparas y a soldados.

Cuando Ania, apoyada en el brazo de su marido, sube la escalera, oye la música y se ve reflejada en un gran espejo e iluminada por infinidad de luces, la alegría, el presentimiento de felicidad experimentado aquella noche en la pequeña estación de ferrocarril despiertan en su pecho. Avanza orgullosa, segura de sí misma, sintiéndose por primera vez una dama y no una chiquilla. Sin querer, imita los ademanes, la manera de andar de su difunta madre. Por primera vez también en su vida se siente rica y libre. La presencia de su marido tampoco la contraría, ya que el instinto le hizo adivinar al entrar en el baile que la compañía de un viejo marido, lejos de humillarla socialmente lo más mínimo, prestaba a su persona ese cierto matiz picante, de interesante misterio, que tanto agrada a los hombres.

En el salón principal retumbaban ya los sones de una orquesta y el baile había empezado. El contraste con su piso *del Estado*, la luz, el abigarramiento de los colores, la música, el ruido, impresionaron a Ania, que paseando la mirada por el salón pensó:

«¡Qué bien se está aquí!».

Su vista, al fijarse en la muchedumbre, tropezó en seguida en todas aquellas personas conocidas a las que solía encontrar en fiestas y paseos, particularmente militares, profesores, abogados, funcionarios, terratenientes… En su excelencia, en Artinov y en las damas de la alta sociedad ataviadas con lujosos vestidos de grandes escotes que, unas feas y otras guapas, ocupaban ya sus puestos en las casetas y pabellones de un bazar de caridad para dar comienzo a una venta en beneficio de los pobres. Como brotado de la tierra, un militar de enorme estatura, conocido en la calle Staro-Kievskaia en los tiempos en que aún era una colegiala y cuyo apellido no recordaba ahora, surgió ante ella invitándola a bailar un vals. A toda prisa se separó de su marido, pareciéndole poco después que navegaba en un barco de vela, en medio de fuerte tormenta, y que su marido había quedado allí lejos…, en la otra orilla. Bailaba con pasión el vals, la polca, el *quadrille*, pasando su mano de unas a otras, embriagada de música, alternando el idioma ruso con el francés, riendo y sin pensar en su marido, ni en nadie, ni en nada. Su éxito entre los caballeros era grande: esto estaba claro y no podía haber sido de otra manera. Con el aliento entrecortado por la excitación y oprimiendo convulsivamente el abanico entre las manos, sentía sed. Su padre, Piotr Leontievich, vestido de un frac arrugado que olía a bencina, acercóse a ella con un platito de helado.

—¡Estás encantadora! —dijo mirándola entusiasmado—. ¡Nunca he lamentado tanto como hoy el que te precipitaras a casarte!… ¿Por qué lo hiciste?… ¡Ya sé que fue por nosotros, y, sin embargo…! —con manos temblorosas extrajo de su bolsillo un fajito de billetes y prosiguió—: He cobrado hoy mi lección y puedo, por tanto, saldar mi deuda con tu marido.

Ella, devolviéndole el platito de helado y arrastrada por alguien, que venía en aquel momento a invitarla, se alejó volando de su padre, pero por encima del hombro de su caballero pudo ver como aquél, resbalando por el *parquet*, enlazaba, el talle de una dama y salía bailando con ella por el salón.

«¡Qué simpático es cuando no bebe!», pensó.

La mazurca la bailó con el militar de la enorme estatura. El porte de éste bailando era importante y pesado; sus hombros, su pecho, sus pies apenas se movían como si no tuviera gana alguna de bailar, en tanto que ella giraba a su lado excitándole con su belleza su cuello desnudo. Los ojos le brillaban y en sus movimientos se traslucía la pasión, pero él, por momentos más y más indiferente, le ofrecía la mano con gesto majestuoso, como un rey.

—¡Bravo! ¡Bravo! —se oía decir entre el público.

Poco a poco, sin embargo, el militar de la enorme estatura empezó a animarse. Llenándose de vida, enardeciéndose y sometiéndose al hechizo, comenzó a moverse con aire juvenil y ligero, siendo ahora ella la que, moviéndose apenas, le miraba con gravedad, como si la reina fuera ella y él un esclavo. No había tenido aún tiempo el militar de darle las gracias, cuando se hizo un movimiento entre el público, que se abrió para dar paso a alguien. Los hombres se pusieron rígidos y bajaron los brazos… Su excelencia, ostentando dos estrellas en el frac, se aproximaba a Ania. Sí, no cabía duda… Su excelencia se dirigía a ella, la miraba con fijeza, sonreía afectuosamente y sus labios hacían el gesto de masticar característico en él cuando veía mujeres guapas.

—¡Encantado! ¡Encantado! —empezó diciendo—. ¡Daré órdenes de que su marido sea arrestado por habernos tenido escondido hasta ahora este tesoro!… Vengo enviado por mi mujer —prosiguió, ofreciéndole el brazo—. ¡Es preciso que nos ayude!

¡Hay que conceder un premio a su belleza como en América!… ¡Oh los americanos!… Mi mujer la espera impaciente.

La acompañó hasta la caseta que ocupaba una dama de edad avanzada y mandíbula inferior tan exageradamente saliente que parecía contener una gran piedra.

—¡Venga a ayudarnos! —dijo la dama con una voz nasal—. ¡Todas las mujeres guapas toman parte en nuestra venta benéfica!… ¡Usted es la única que no hace nada!… ¿No quiere ayudarnos?

Y, retirándose ella, Ania ocupó su sitio junto al *samovar* de plata y las tazas. Una provechosa venta quedó en el acto organizada. No menos de un rublo pedía Ania por una taza de té, viéndose el militar obligado a beberse tres. También se acercó a ella Artinov, el ricachón de los ojos saltones que padecía de ahogos, vestido con un frac corriente y no ataviado con la extraña indumentaria con que le viera Ania en el verano anterior. Sin apartar los ojos de ella, se bebió una copa de champaña, por la que pagó cien rublos; después, una taza de té, para la que dio cien. Todo ello sin pronunciar palabra, pues el asma se lo impedía… Atraídos por Ania, acudían los compradores cuyo dinero recibía ella profundamente convencida de que sus miradas y sus sonrisas les proporcionaban muchísimo placer. Se sentía ya creada exclusivamente para esta vida, risueña, ruidosa y brillante; llena de música, de baile, de admiradores…, y su anterior temor a aquella fuerza que se la acercaba amenazando aplastarla, se la antojaba risible. Ya no tenía miedo de

nadie y lamentaba solamente no tener junto a ella a su madre y que ésta no pudiera alegrarse de sus éxitos.

Piotr Leontevich, ya pálido, pero sosteniéndose aún fuertemente sobre las piernas, se acercó a ella solicitando una copa de coñac. Ania se turbó, temiendo que cometiera alguna inconveniencia (comenzaba ya a avergonzarse de tener un padre tan pobre y vulgar), pero éste, tras beberse su copa, sacó de su fajito diez rublos y se alejó con gran dignidad y sin pronunciar palabra. Poco después, Ania le veía bailar un vals con *figuras*, ya esta vez tambaleándose un poco y diciendo algo en voz alta, para mayor azaramiento de su pareja, y Ania recordó que también en un baile, hacía tres años, había empezado a decir algo en alta voz, y que el final de todo fue que un policía le llevó a dormir a su casa y que al día siguiente el director volvió a amenazarle con arrojarle del colegio… ¡Qué inoportuno era aquel recuerdo!…

Cuando los *samovars* se apagaron en las casetas y las fatigadas damas benéficas entregaron el importe de lo ganado a la dama de la edad avanzada y la piedra en la boca, Artinov condujo a Ania del brazo hasta el salón en el que estaba preparada una cena para cuantos habían tomado parte en la venta de caridad. Aunque las personas allí reunidas no pasaban de veinte, el tiempo transcurría en medio de la mayor animación. Su excelencia, alzando la copa, dijo:

—¡Es preciso que en este magnífico comedor bebamos por la prosperidad de los comedores populares objeto de nuestra venta benéfica de hoy!… El general de la brigada propuso beber por «esa fuerza ante la que hasta la misma artillería es impotente…», y todos chocaron sus copas con las de las damas. El tiempo pasó muy alegremente. Volvió Ania a su casa cuando ya era de día y las cocineras salían a la compra. Contenta, embriagada, rendida y llena de impresiones nuevas, se desnudó y se echó en la cama, quedándose dormida en el acto.

Sobre la una del día siguiente la despertó la doncella anunciándole la visita de Artinov. Ania se vistió rápidamente y entró en la sala. Poco después de Artinov se presentó también su excelencia, que venía a darle las gracias por su actuación en la venta benéfica. Mirándola con ojos tiernos, le besó la mano, y al tiempo que solicitaba su permiso para frecuentar su casa, se retiró. Ania, sorprendida y radiante, no podía creer que en su vida se hubiera verificado tan asombroso y rápido cambio. En este preciso momento entró su marido, Modest Alekseich… Mantenía ante ella ahora la misma actitud sumisa, respetuosa y obsequiosa que solía verle adoptar en presencia de los poderosos y de los nobles… Segura de que nada podía ya acontecerla, en un

rapto de entusiasmo, indignación y desprecio, recalcando bien todas las palabras, le dijo:

—¡Fuera de aquí, estúpido!

A partir de entonces ya Ania no volvió a tener ni un día libre. Lo mismo participaba de un *picnic* que asistía a los paseos o a los espectáculos; regresaba diariamente a su casa a la madrugada, se echaba en el suelo de la sala y refería luego a todos qué bien que dormía entre flores. Le hacía falta mucho dinero, pero ella ya no temía a Modest Alekseich y disponía de su fortuna como si fuera suya. No le pedía ni le exigía nunca nada; se limitaba tan sólo a enviarle facturas o notas de este género: «Entréguese al portador doscientos rublos», o «Abónense ahora mismo cien rublos».

Para la Pascua de Resurrección, Modest Alekseich recibió la Ana de segundo grado. Cuando fue a dar las gracias a su excelencia, éste, dejando a un lado el periódico en que estaba leyendo, se recostó en la butaca, y mirándose las blancas manos de rosadas uñas, dijo:

—Así, pues…, ¿ahora tiene usted tres Anas?… Una en el Ojal y dos colgadas al cuello.

Modest Alexseich se llevó dos dedos a los labios, en previsión de que fuera a escapársele una risa demasiado fuerte, y dijo:

—¡Esperemos ahora la llegada al mundo de un pequeño Vladimir!…[170]. ¡Me permito rogar a su excelencia que sea el padrino!

Aludía a la Vladimiro de cuarto grado, imaginando ya cómo referiría después a todos su ingenioso y atrevido juego de palabras. Intentó continuar diciendo algo por el estilo, pero su excelencia, haciéndole un pequeño saludo con la cabeza, se sumergió de nuevo en la lectura del periódico.

Ania, mientras tanto, proseguía sus paseos en *troika*, iba de caza con Artinov, actuaba en funciones de aficionados, cenaba fuera de casa y perdía cada vez más de vista a los suyos. Éstos ahora comían solos; Piotr Leontievich bebía más que antes; en la casa no había nunca dinero, y el armonio tuvo que ser vendido para pagar las deudas. Los niños no dejaban ya a su padre salir solo, le vigilaban para que no se cayera, y cuando una vez, en el paseo de Staro-Kievskiaia, vieron pasar a Ania sentada en un carruaje tirado por dos caballos con Artinov en el pescante, y Piotr Leontievich, quitándose la chistera, se disponía a gritar algo, Petia y Andriuscha, cogiéndole del brazo, le decían en tono suplicante:

—¡No es necesario, papaíto!… ¡Basta ya, papaíto!…

ESPOSA

LE he rogado que no toque mi mesa —dijo Nicolai Evgrafich—. Después de sus arreglos, no puede uno encontrar nada. ¿Dónde está el telegrama? ¿Adónde lo ha tirado usted? Búsquemelo en seguida. Procede de Kasañ y tiene fecha de ayer.

La doncella, pálida y fina, de rostro indiferente, extrajo de la cesta de papeles que había bajo la mesa unos cuantos telegramas y se los entregó en silencio al doctor. Estos, sin embargo, eran de los clientes y venían todos del interior. Buscaron en el salón, en la habitación de Olga Dmitrievna.

Había pasado ya la medianoche y Nicolai Evgrafich sabía que su mujer tardaría aún en volver, que no llegaría a casa hasta por lo menos las cinco de la madrugada. No tenía fe en ella, y cuando volvía tarde permanecía despierto, sufriendo y despreciándola al mismo tiempo que a todo cuanto la pertenecía: su cama, su espejo, sus bomboneras y aquellos *muguets* y jacintos que alguien le enviaba diariamente y que llenaban la casa de un empalagoso olor a tienda de flores. En esas noches se tornaba mezquino, caprichoso, de mal carácter. Ahora, por ejemplo, le parecía que necesitaba encontrar a todo trance el telegrama recibido ayer de su hermano, aunque tal telegrama no contuviera más que una felicitación.

En el cuarto de su mujer, encima de la mesa y bajo una caja de papel de escribir, había un telegrama, al que miró al pasar. Iba dirigido a nombre de su suegra, Olga Dmitrievna, procedía de Monte Carlo y estaba firmado: «Michel». El doctor no sacó nada en limpio de su texto, pues estaba redactado en un idioma extranjero; por lo visto en inglés. ¿Quién era aquel Michel?… ¿Por qué venía de Monte Carlo y por qué estaba dirigido a nombre de su suegra?

Durante aquellos siete años de vida matrimonial habíase acostumbrado a sospechar, a adivinar, a buscar pruebas, hasta el punto de que varias veces pasó por su pensamiento la idea de que de él podría salir un buen *detective*. Cuando al volver a su despacho se puso a reflexionar, recordó en seguida que hacía cosa de año y medio, hallándose con su mujer en Petersburgo comiendo

en el restaurante Kiuba en compañía de un ingeniero de caminos amigo del colegio, éste les había presentado a un joven de veintidós a veintitrés años llamado Mijail Ivanich, cuyo apellido, Ris, le había parecido corto y algo extraño. Recordó que dos meses después vio en un álbum de fotografías de su mujer el retrato de este joven con la siguiente dedicatoria escrita en francés: «En recuerdo del presente y con la esperanza del futuro». Que luego se había encontrado con él un par de veces en casa de su suegra y que fue justamente en aquella época cuando su mujer (que frecuentemente no estaba en casa y volvía a ella a las cuatro y las cinco de la madrugada) le rogó le diera autorización para obtener un pasaporte para el extranjero, y que el habérselo él rehusado fue causa entonces en su casa de diarias reyertas que le hacían avergonzarse ante la servidumbre.

Medio año hacía que los compañeros del doctor decidieron que éste tenía un principio de tisis, aconsejándole, en consecuencia, que abandonara todo trabajo y se marchara a Crimea. Al saber esta noticia, Olga Dmitrievna pareció asustarse mucho; se mostró muy cariñosa con su marido, asegurándole que Crimea era muy frío y muy aburrido, que Niza le convendría mucho más y que ella le acompañaría, le cuidaría y le mimaría…

Ahora comprendía él por qué su mujer quería ir precisamente a Niza: su Michel vivía en Monte Carlo.

Cogió el diccionario inglés-ruso, y traduciendo y adivinando en parte el significado de las palabras, halló poco a poco la siguiente frase: «Bebo salud amada. Beso mil veces piececito. Espero impaciente llegada».

Imaginando el papel miserable y risible que hubiera representado caso de haber accedido a marchar con su mujer a Niza, unas lágrimas que provocaban un sentimiento de ofensa estuvieron a punto de brotar de sus ojos, y presa de fuerte excitación empezó a dar paseos por las habitaciones. Su orgullo y su repugnancia plebeya habíanse despertado. Apretando los puños se preguntaba cómo era posible que él, hijo de un pope de aldea, educado como un seminarista, recto, bruto, cirujano de profesión, estuviera entregado a la esclavitud y hubiera caído preso del influjo de esta débil, nula, vendible y baja criatura.

—¡Piececito! —mascullaba arrugando el telegrama—. ¡Piececito!

De aquel tiempo en que se enamoró, pidió la mano de su mujer, y de los siete años que había vivido a su lado, no guardaba más recuerdo que del largo cabello perfumado, de un montón de blandos encajes y de ese pequeño pie, en efecto, muy pequeño y bonito. También le parecía ahora que de los abrazos de antes no le quedaba más que una sensación de seda y encajes en el rostro y las

manos. Ninguna cosa más que no fuera una serie de histerismos, chillidos, reprimendas, amenazas y mentiras; desvergonzadas y traidoras mentiras… Recordando que una vez en el campo, en casa de su padre, un pájaro había entrado volando sin querer y empezado a chocar contra los cristales, tirando cuanto hallaba a su paso, de la misma manera esta mujer, perteneciente a una atmósfera completamente ajena, había hecho irrupción volando dentro de su vida, causando en ella un verdadero desastre. Sus mejores años habían sido pasados como en un infierno; sus esperanzas de dicha estaban muertas y habían sido burladas; no tenía salud, su casa mostraba el moblaje vulgar de una casa cualquiera; de los diez mil rublos que ganaba al año no había podido mandar a su madre ni siquiera diez, y ya tenía letras por pagar que representaban un valor de quince mil. Se le figuraba que si en su casa hubiera vivido una banda de ladrones no hubiera estado su vida tan desesperadamente deshecha y, además, sin posibilidad de compostura como lo estaba ahora junto a esta mujer.

Empezó a toser y sintió que se ahogaba. Comprendía que debía acortarse para entrar en calor, pero no se resolvía a ello y seguía tan pronto paseando por las habitaciones como sentándose ante la mesa sobre la que, haciendo correr nervioso el lápiz sobre el papel, escribía maquinalmente:

«Prueba de la pluma… ¡Piececito!…».

Sobre las cinco, sintiéndose más aplacado, comenzó a culparse sólo a sí mismo de todo lo ocurrido. Le parecía que si Olga Dmitrievna hubiera encontrado en él otra persona, alguien que hubiera podido ejercer sobre ella una buena influencia…, tal vez… Al fin y a la postre, quizá fuera una mujer buena y honesta, y él, en cambio, un mal psicólogo que no conocía el alma femenina; un bruto que ofrecía poco interés…

«Me queda ya tan poco tiempo de vida —pensaba—. Soy un cadáver y no tengo por qué molestar a los vivos. Sería raro y tonto en realidad luchar ahora por unos derechos. Tendré con ella una explicación y la dejaré que se marche con el hombre a quien ama… Le concederé el divorcio y arrojaré sobre mí todas las culpas…».

Por fin llegó Olga Dmitrievna cubierta de blancas pieles, con un gorrito y unas botas; entró en el despacho y se desplomó en una butaca.

—¡Ese gordo! ¡Ese asqueroso chiquillo! —dijo, respirando fatigosamente y rompiendo a sollozar—. ¡Es una indignidad por parte suya! —añadió, golpeando el suelo con el pie—. ¡No quiero! ¡No quiero! ¡No quiero!

—¿Qué pasa? —preguntó Nicolai Evgrafich, acercándosele.

—¡Asarbecov, el estudiante que me acompañaba, me ha perdido el bolsillo y llevaba dentro quince rublos!… ¡Me los había dado mamá!

Lloraba amargamente, como una chiquilla, empapando de lágrimas no sólo el pañuelo, sino también los guantes.

—¡Qué se le va a hacer! —suspiró el doctor—. Lo perdido, perdido está. Tranquilízate. Tengo que hablar contigo.

—¡No soy una millonaria para que no me importe el dinero! ¡Dice que me los devolverá, pero no se lo creo!… ¡Es pobre!…

El marido le rogó en vano que se tranquilizara y que le escuchara; ella seguía hablando del estudiante y de los quince rublos perdidos.

—¡Ay Dios mío! ¡Yo te daré mañana veinticinco, pero haz el favor de callarte! —dijo el marido.

—¡Tengo que cambiarme de ropa! —lloró ella—. ¡No puedo hablar con la pelliza puesta!

El marido ayudó a su mujer a quitarse la pelliza y las botas, y mientras lo hacía percibía el olor a vino blanco, ese vino blanco que tanto le gustaba beber con las ostras (a pesar de su línea vaporosa comía y bebía mucho). Se fue a su habitación, volviendo poco después con otro vestido y empolvadas las señales de llanto. Sentada en la butaca y sumergida en su ligera bata de encajes y en una infinidad de olas de color de rosa, su marido sólo distinguía de ella el cabello suelto y el pequeño pie calzado.

—¿De qué querías hablar? —preguntó, balanceándose en la butaca.

—Encontré esto sin querer… —dijo el doctor, mostrándole el telegrama.

Ella lo leyó y se encogió de hombros.

—¿Y qué? —dijo, meciéndose con más fuerza—. ¡Es una vulgar felicitación de Año Nuevo y nada más! ¡No es ningún secreto!

—Confías en que no sé inglés… Es cierto que no lo sé, pero tengo un diccionario. El telegrama es de Ris, que bebe por la salud de su amada y besa mil veces su piececito. Pero dejemos, dejemos eso… —prosiguió apresuradamente el doctor—. No quiero de ninguna manera reprenderte ni hacerte una escena. Ya hemos tenido bástame de lo uno y de lo otro y ha llegado la hora de terminar… He aquí lo que quiero decirte: que eres libre y puedes vivir como quieras.

Se hizo un silencio. Ella empezó a llorar despacito.

—Te libero de la necesidad de fingir y de mentir —continuó Nicolai Evgrafich—. Si amas a ese joven…, ámalo, y si quieres marcharte con él al extranjero…, márchate. Eres joven y estás sana, mientras que yo soy sólo un

inválido al que no queda mucho tiempo de vida. En una palabra… ¡En fin, ya me comprendes!

Estaba tan excitado, que no pudo seguir. Olga Dmitrievna, llorando y con la voz del que se compadece de sí mismo, confesó que quería a Ris, que solía pasear en coche con él, que le visitaba en su alojamiento y que, en efecto, le gustaría mucho marcharse con él al extranjero.

—¡Bien ves que no te oculto nada! —dijo con un suspiro—. ¡Mi alma entera está abierta de par en par ante ti! ¡Pero otra vez te suplico que seas generoso y me des ese pasaporte!

—¡Te repito que eres libre!

Olga Dmitrievna, cambiando de asiento, vino a sentarse más cerca de él para observar la expresión de su rostro. No creyéndole, quería penetrar su oculto pensamiento. No creía nunca a nadie. Por muy nobles que fueran las intenciones ajenas, ella sospechaba siempre que estuvieran movidas por algo mezquino y bajo y sirvieran a fines egoístas. Ahora, mientras le miraba fija e interrogativamente, le parecía que en sus ojos, como en los del gato, brillaba una lucecita verde.

—Entonces…, ¿cuándo recibiré mi pasaporte? —preguntó despacio.

Él, de repente, sintió deseos de decirle: «¡Nunca!». Pero se contuvo y contestó:

—Cuando quieras.

—Sólo me iré por un mes.

—No. ¡Te irás para siempre con Ris! ¡Te otorgaré el divorcio, me culparé a mí mismo y Ris podrá casarse contigo!

— ¡Pero si yo no quiero el divorcio! —dijo, vivamente, Olga Dmitrievna con expresión de asombro—. ¡Yo no te pido el divorcio! ¡Te pido solamente el pasaporte y nada más!

—¿Y por qué no quieres el divorcio? —preguntó, excitándose, el doctor —. ¡Eres una mujer extraña! ¡Qué extraña eres!… Si estás seriamente enamorada y él también, ¿podéis hacer cosa mejor que casaros?… ¿Será posible que vayas a escoger entre un matrimonio y el adulterio?

—¡Ya comprendo! —dijo ella, apartándose, mientras su rostro adquiría una expresión de maldad vengativo—. ¡Comprendo perfectamente! ¡Se ha cansado usted de mí y quiere que le deje libre por el divorcio! ¡Muchas gracias, pero no soy tan tonta como usted me cree! ¡No aceptaré divorcio ninguno y de aquí no me marcho y no me marcho! No quiero, en primer lugar, perder mi puesto en la sociedad —prosiguió diciendo de prisa, como si temiera que no fueran a dejarla hablar—, y, en segundo, tengo ya veintisiete

años, mientras que Ris solo tiene veintitrés. Dentro de uno se cansaría de mí y me abandonaría… En tercero, ¡tampoco yo puedo responder de si mi enamoramiento durará mucho!… Por tanto, no me voy de su lado.

—¡Entonces, te arrojaré de casa! —gritó Nicolai Evgrafich golpeando el suelo con los pies—. ¡Te arrojaré de aquí…, baja y ruin mujer!

—¡Eso ya lo veríamos! —dijo ella. Y salió.

Hacía mucho tiempo que había amanecido en la calle, pero el doctor, sentado ante tu mesa, continuaba escribiendo maquinalmente con el lápiz. «Muy señor mío…, pequeño pie…».

De pronto se levantó y empezó a recorrer las habitaciones, deteniéndose ante una fotografía que colgaba de la pared de la sala, hecha hacía siete años, poco después de la boda, a la que miró largo rato. Reproducía ésta un grupo de familia: su suegro, su suegra, Olga Dmitrievna, su mujer, que tenía entonces veinte años, y él mismo en papel de joven y feliz marido. Su suegro…, el consejero secreto, hombre afeitado, fofo, astuto y ansioso de dinero; su suegra…, dama gruesa, de facciones menudas y feroces como el lince, que amaba con locura a su hija y le prestaba ayuda en todo. Si ésta hubiera estrangulado a alguien, la madre, lejos de delatarla, hubiera escondido al muerto con sus faldones.

También las facciones de Olga Dmitrievna son menudas y feroces, aunque hay en ellas más expresión y osadía que en las de su madre. No es un lince, es un animal más dañino.

Nicolai Evgrafich tiene en la fotografía una mirada simpática y bonachona; una afable sonrisa de seminarista resplandece en su rostro. Cree, sin duda, ingenuamente que la compañía de estos seres feroces con que le hizo tropezar el Destino va a darle la felicidad, la poesía y todo aquello con lo que soñaba cuando era estudiante y cantaba la canción:

> Cuando no se ama, se pierde la juventud…

Y de nuevo se pregunta asombrado cómo pudo él, hijo de un pope de aldea, educado como un seminarista; él…, hombre sencillo, recto, bruto, entregarse de este modo indefenso a una criatura tan nula, mentirosa, vulgar y mezquina…, de naturaleza tan radicalmente opuesta a la suya.

A las once de la mañana siguiente, cuando se ponía la levita para marcharse al hospital, la doncella entró en el despacho.

—¿Qué quiere usted? —preguntó él.

—La señora se ha levantado y le pide le dé los veinticinco rublos que le prometió ayer…

ENEMIGOS

EN un oscuro anochecer de septiembre y poco después de las nueve de la noche, fallecía, víctima de la difteria, en casa de Kirilov, el médico regional, el único hijo de éste, Andrei, chiquillo de seis años. Cuando la esposa del doctor, en el primer arrebato de desesperación, caía de rodillas ante la camita del niño muerto, en la antesala sonó un agudo timbrazo.

Con objeto de evitar el peligro de la difteria, habíase hecho salir de casa aquella mañana a la servidumbre, siendo el propio Kirilov el que, tal conforme estaba, sin levita, con el chaleco desabrochado, la cara mojada y las manos quemadas de ácido cianhídrico, abrió la puerta. La antesala estaba oscura, por lo que sólo podía distinguirse la estatura mediana, la bufanda blanca y un rostro pálido y excesivamente grande del hombre que acababa de entrar. Tan pálido, que diríase que su presencia en la antesala comunicaba a ésta mayor claridad

—¿Está el doctor? —preguntó, rápidamente, el recién llegado.

—Estoy —contestó Kirilov—. ¿Qué desea?

—¡Ah!… ¿Es usted?… —se alegró el recién llegado, buscando en la oscuridad la mano del doctor y estrechándola fuertemente entre las suyas una vez que dio con ella—. ¡Muy… muy contento!… ¡Ya nos conocemos!… Soy Aboguin. Tuve el gusto de verle el verano pasado en casa de Gnuchev. ¡Me alegro mucho de haberle encontrado en casa!… ¡Por el amor de Dios, no se niegue a venir ahora conmigo!… ¡Mi mujer se ha puesto gravemente enferma!… ¡Tengo el coche a la puerta!…

La voz y los movimientos del recién llegado revelaban que éste era presa de una fuerte excitación. Como un hombre asustado por el fuego o por un perro rabioso, apenas podía calmar su respiración precipitada. Hablaba de prisa, y en sus palabras palpitaba algo realmente sincero, infantil y hasta temeroso. Como toda persona aturdida y asustada, se expresaba con frases breves, entrecortadas, pronunciando una porción de palabras superfluas que no hacían al caso.

—¡Tenía miedo de no encontrarle! —decía—. Viniendo hacia su casa ¡traía tal sufrimiento en el alma!… ¡Vístase y vayámonos, por el amor de Dios!… Todo ocurrió de esta manera: llega a mi casa Papchinski (Alexander Semionovich, a quien usted conoce). Nos ponemos a charlar un poco…, nos sentamos a tomar el té, y, de repente, mi mujer da un grito, se lleva la mano al corazón y cae desplomada contra el respaldo de la silla. La tendemos en la cama, le froto las sienes con amoníaco, le rocío la cara de agua…; pero ella continúa allí, echada como una muerta. ¡Temo un aneurisma! ¡Su padre murió también de un aneurisma!…

Kirilov escuchaba en silencio, como si no comprendiera la lengua rusa.

Cuando Aboguin hizo de nuevo referencia a Papchinski y al padre de su mujer y empezó otra vez a buscar en la oscuridad la mano del doctor, éste, sacudiendo la cabeza, dijo con acento apático, estirando las silabas:

—Perdone… No puedo ir… Hace cinco minutos que mi hijo…, que mi hijo… ha muerto.

—¿Será posible? —balbució Aboguin retrocediendo un paso—. ¡Dios mío! ¡En qué aciaga hora he venido! ¡Este es un día asombrosamente desdichado! ¡Asombrosamente!… ¡Qué coincidencia!… ¡Todo parece preparado para…!

Y Aboguin, poniendo la mano en el picaporte de la puerta, bajó pensativo la cabeza. Indeciso, no sabía qué hacer, si marcharse o continuar rogando al doctor.

—¡Escúcheme! —dijo con ardor, cogiendo a Kirilov por la manga—. ¡Me hago perfectamente cargo de su situación! Dios sabe cuál es la vergüenza que experimento al intentar en momentos semejantes apoderarme de su atención…, pero ¿qué puedo hacer?… ¡Juzgue usted mismo! ¿A quién voy a dirigirme? ¡Aquí no hay más médico que usted! ¡Vamos, por el amor de Dios! ¡No estoy pidiendo nada para mí! ¡Yo no soy el enfermo!

Se hizo el silencio.

Kirilov volvió la espalda a Aboguin, y tras permanecer unos momentos en esta posición dejó lentamente la antesala y entró en el salón. Su paso inseguro y maquinal, el cuidado con que enderezaba la pantalla torcida sobre una lámpara apagada y abría el grueso libro que se encontraba sobre la mesa, revelaban que en aquel momento no le movía ninguna intención ni deseo; no pensaba en nada y ni siquiera se acordaba ya seguramente de la presencia de aquel extraño en la antesala. Sin duda el crepúsculo y el silencio que reinaban en el salón aumentaban su aturdimiento, pues al salir de aquél para dirigirse a su despacho su pie derecho se alzaba más de lo necesario, su mano buscaba el

quicio de las puertas y su figura entera en tal momento expresaba una cierta perplejidad, como la de aquel que se encuentra de improviso en un piso extraño, o que, habiéndose emborrachado por primera vez en la vida se entrega a su nueva sensación. Por una de las paredes del despacho, atravesando los armarios llenos de libros, extendíase una ancha raya de luz. Esta luz y un olor agobiante y pesado a ácido cianhídrico y a éter procedían de la puerta ligeramente entornada que comunicaba el despacho con el dormitorio… El doctor se dejó caer en el sillón, ante la mesa. Después de permanecer un minuto con los ojos fijos sobre sus libros, iluminados por aquella luz, se levantó y se encaminó hacia el dormitorio. Reinaba allí una quietud mortal. Todo en él, hasta el último detalle, hablaba elocuentemente de la tormenta recientemente vivida, de cansancio, reposando ahora. Una vela colocada sobre el taburete entre múltiples frasquitos, cajitas y tarritos, y una gran lámpara encima de la cómoda, iluminaban vivamente la habitación. Tendido en la cama, al pie de la ventana, yacía el niño con los ojos abiertos y una expresión de asombro en el rostro. Inmóvil, sus ojos parecían tornarse por momentos más oscuros y hundírsele en las cuencas. Con las manos posadas sobre su cuerpo, de rodillas y escondido el rostro entre los pliegues de las ropas de su cama, hallábase la madre. Aunque inmóvil como el niño, ¡qué intensidad de vida revelaban las curvas de su cuerpo y de sus brazos!… Con todo su ser, con todas sus fuerzas, con toda su ansiedad, estaba pegada a aquella cama como si temiera perder la tranquila y cómoda postura encontrada al fin para su cuerpo cansado. Las mantas, los trapos, las palanganas, los charcos en el suelo, los pincelitos esparcidos por aquí y por allá, las cucharas, la botella blanca del agua de cal, el mismo aire, sofocante y pesado…, todo parecía haberse apaciguado y hallarse ya sumergido en quietud.

Deteniéndose junto a su mujer, el doctor hundió las manos en los bolsillos de sus pantalones, e inclinando hacia un lado la cabeza fijó los ojos en el rostro de su hijo. El suyo tenía una expresión de indiferencia, y sólo observando el ligero rocío que brillaba en su barba podía advertirse que poco tiempo antes había llorado. El espanto repulsivo que suele suscitar la idea de la muerte hallábase ausente en el dormitorio. La petrificación general, la postura de la madre, la indiferencia del rostro del doctor, tenían un algo atrayente, conmovedor, para el corazón; esa belleza del dolor humano, en realidad apenas perceptible, que tanto ha de tardarse aún en comprender y describir, y que sólo al parecer puede ser transmitida e interpretada por la música. También el silencio sombrío estaba lleno de belleza. Kirilov y su

mujer guardaban silencio, no lloraban, como si tuvieran conciencia, además de aquella terrible pérdida, de todo el lirismo de su situación. De la misma manera que en un tiempo se esfumara su juventud, así ahora, con aquel niño, pasaba para siempre a la eternidad su derecho a los hijos. El doctor había cumplido ya cuarenta y cuatro años; su cabeza había encanecido y parecía un viejo. Su mujer, enferma y marchita, tenía treinta y cinco. Andrei no era solamente su hijo único, sino su último hijo.

Al revés que su mujer, el doctor pertenecía a aquella clase de naturalezas en las que, cuanto más fuertemente experimentan un dolor moral, mayor es la necesidad de movimiento. Al cabo de unos cinco minutos pasados junto a su esposa y alzando excesivamente al andar el pie derecho, el doctor salió del dormitorio y entró en una pequeña habitación, de cuyo tamaño un diván largo y ancho ocupaba la mitad, dirigiéndose de allí a la cocina. Después de deambular un poco junto al fogón y la cama de la cocinera, agachando la cabeza, pasó por una puertecilla a la antesala. En ésta vio de nuevo la bufanda blanca y el rostro pálido.

—¡Por fin! —suspiró Aboguin, poniendo la mano en el picaporte—. ¡Vamos, por favor!

Con un estremecimiento, el doctor le miró y recordó…

—Escuche… Ya le he dicho que no puedo salir ahora. ¡Es extraño que…!

—¡Doctor! ¡No soy de piedra! ¡Comprendo perfectamente su situación y le compadezco! —dijo Aboguin con voz suplicante y llevándose la mano a la bufanda—. ¡No pido nada para mí!… ¡Es mi mujer la que se muere! ¡Si hubiera usted oído su grito y visto su rostro, se haría cargo de la razón de mi insistencia!… ¡Dios mío!… ¡Y yo que pensaba que había usted ido a vestirse!… ¡Doctor! ¡El tiempo es precioso!… ¡Vámonos, se lo ruego!

—No puedo marcharme —dijo Kirilov, recalcando las palabras y dando un paso hacia el salón.

Aboguin echó a andar tras él y le cogió por la manga.

—¡Tiene usted una gran pena!… ¡Lo comprendo!… ¡Pero yo no estoy invitándole a que vaya a curar un dolor de muelas ni a hacer un experimento cualquiera… sino a salvar una vida humana! ¡Esa vida —proseguía, suplicándole como un mendigo— está por encima de todo dolor personal!… ¡Bien!… ¡Le pido entonces un sacrificio sublime!… ¡Valor!… ¡Se lo pido en nombre de la humanidad!

—¡El amor a la humanidad! ¡Esa es precisamente un arma de dos filos!… —dijo, irritado, Kirilov—. ¡En nombre de ese mismo amor a la humanidad, le ruego yo que no me obligue a ir!… ¡A fe mía que es extraño!… ¡De manera

que llevo dos noches sin dormir, no me sostienen los pies y usted me habla del amor a la humanidad!… ¡Ahora no puedo serle de ninguna ayuda! No iré por nada del mundo…, y, además…, ¿con quién voy a dejar a mi mujer?… ¡No y no! —agitando los puños, Kirilov retrocedió—. ¡No me lo pida! —prosiguió, con aire asustado—. ¡Discúlpeme! ¡Ya sé que, según se dice en el tomo decimotercero de la ley, estoy obligado a ir, y que usted tiene derecho a llevarme a la fuerza!… ¡Lléveme, pues, pero conste que no puedo ser de ninguna utilidad!… ¡Ni siquiera me siento en condiciones de hablar!… ¡Dispénseme!

—Lamento que emplee usted conmigo ese tono —dijo Aboguin cogiendo al doctor por la manga—. No se trata aquí del tomo decimotercero. Ni tengo ningún derecho a forzar su voluntad… Si usted quiere venir, venga… Si no quiere… ¡Dios le guarde!… ¡No me estoy dirigiendo a su voluntad, sino a sus sentimientos!… ¡Una mujer joven está muriéndose!… ¡Usted me dice que acaba de morir su hijo!… ¿Quién entonces mejor que usted podrá comprender todo mi espanto?

La excitación hacía temblar la voz de Aboguin. Aquel temblor, aquellos acentos poseían mayor fuerza de persuasión que sus palabras. Aunque Aboguin se expresaba con sinceridad, resultaba evidente que sus frases brotaban sin alma, coloreadas por un tono altisonante, fuera de lugar, que hasta parecía ofender a la atmósfera del piso del doctor y a la mujer que moría en alguna parte. Sintiéndolo él así también, y temiendo ser incomprendido, se esforzaba en imprimir a su voz un algo blando y tierno, con el fin de convencer, si no con las palabras, al menos con la sinceridad del acento. Toda frase, aun hermosa y profunda, sólo ejerce su efecto sobre los indiferentes; no siempre es capaz de satisfacer ni a las dichosos ni a los desgraciados, ya que nada expresa mejor la felicidad o la desdicha que el silencio. Los enamorados se comprenden mejor cuando callan, y el ardiente y apasionado discurso pronunciado junto a una tumba podrá tan sólo conmover a los extraños, en tanto que a la viuda y a los hijos del difunto se les antojará frío e inútil.

Kirilov guardaba silencio. Cuando Aboguin hubo pronunciado unas cuantas frases más sobre la alta vocación de la medicina, sobre los sacrificios, etc…, el doctor preguntó sombríamente:

—¿Está lejos?…

—A unas trece o catorce *verstas*. Pero tengo magníficos caballos, doctor… Le doy mi palabra de honor de que en una hora le llevaré y le traeré… ¡Sólo en una hora!

Estas últimas palabras actuaron con más fuerza sobre el doctor que todas aquellas pronunciadas antes referentes al amor a la humanidad, a la vocación médica.

Después de pensarlo un momento, dijo con un suspiro:

—¡Bien!… ¡Vayamos!

Rápidamente y con paso ahora firme, se dirigió a su despacho, regresando poco después vestido con una larga levita. El regocijado Aboguin giró a su alrededor con menudos pasos, ayudándole a ponerse el abrigo, y juntos salieron a la calle.

Aunque ésta estaba oscura, había en ella más luz que en la antesala. La figura alta y ligeramente encorvada del doctor, su larga y estrecha barba y su nariz aguileña, se recortaban en la sombra. Además del pálido rostro de Aboguin, distinguíase ahora su gran cabeza, tocada con un pequeño gorro de estudiante que apenas le cubría la coronilla. Sólo en el pecho destacaba la blancura de su bufanda, que en su espalda quedaba escondida bajo el largo cabello.

—¡Créame!… ¡Sabré dar a su generosidad todo el valor que tiene!… —balbuceaba Aboguin al tiempo que ayudaba al doctor a entrar en el coche—. ¡En un instante estaremos allí!… ¡Luka…, amigo!… ¡Corre todo lo que puedas! ¡Por favor!

El cochero se puso en marcha a toda velocidad. Ante ellos se extendía, en primer término, una hilera de construcciones grisáceas, situada a lo largo del patio. La oscuridad reinaba alrededor; sólo en el fondo del patio la fuerte luz que atravesaba el jardín y salía de alguna parte hacía parecer más pálidas que el aire las tres ventanas del piso superior de la clínica. El coche se adentró en la maciza oscuridad. Olía en ella a humedad de setas y se oía el murmullo de los árboles. Los cuervos, despertando al ruido de las ruedas, se agitaban entre las hojas en medio de un griterío inquietante y quejumbroso, como si supieran que al doctor se le había muerto el hijo y que Aboguin tenía la mujer enferma. Pero he aquí que comenzaron a desfilar, aislados y raudos, árboles y arbustos; el estanque, con su brillo sombrío en el que dormían negras y grandes sombras… El coche rodaba por una lisa llanura. El grito de los cuervos se hizo más imperceptible, oyéndose ya muy lejano hasta extinguirse por completo. Kirilov y Aboguin recorrieron casi todo el camino en silencio. Tan sólo una vez Aboguin, tras exhalar un profundo suspiro, masculló:

—¡Qué lacerante situación la mía!… ¡Jamás siente uno tanto amor a los suyos como cuando se corre el riesgo de perderlos!

Después, cuando el carruaje vadeaba despacio el río, Kirilov, de repente, haciendo un movimiento, como asustado por el ruido del agua, dijo:

—¡Escúcheme! ¡Déjeme marchar! ¡Iré más tarde a su casa!… ¡Tengo primero que llamar al practicante para que vaya a ver a mi mujer! ¡Está sola!

Aboguin callaba. Tambaleándose y trepidando sobre las piedras, el coche ascendió la orilla arenosa. Kirilov se agitó preso de tristeza y miró a su alrededor. Detrás de él, a la macilenta luz de las estrellas, veíase el camino, los sauces de la orilla desapareciendo uno a uno. A su derecha extendíase una llanura tan lisa e ilimitada como el cielo. En la lejanía, diseminadas, sin duda, sobre el fango de los pantanos, ardían pálidas lucecitas. A la izquierda, y paralela al camino, extendíase una colina cubierta de pequeños arbustos, sobre la que pendía una gran media luna roja, ligeramente velada por la bruma y rodeada de nubecillas que parecían acecharla desde todos lados, como vigilando su paso para que no pudiera escaparse. En toda la naturaleza se advertía algo desesperado y enfermizo. La tierra semejaba a una mujer caída que, sentada sola en una habitación, y esforzándose por no pensar en el pasado, languideciera sobre los recuerdos de la primavera y el verano, esperando apáticamente la llegada del irremisible invierno. A dondequiera que se dirigiera la mirada, en todas partes revelábase la naturaleza como una fosa oscura, profunda, ilimitada y fría, de la que no podrían escaparse nunca ni Kirilov ni Aboguin ni la media luna de color rojo…

Cuanto más se acercaba el coche a su objetivo, tanto más crecía la impaciencia de Aboguin. Ora revolvíase en el asiento, ora levantábase de un salto y miraba fijamente ante sí, por encima del hombro del cochero. Por fin el coche se detuvo ante un pórtico lindamente adornado con un drapeado de lona a rayas. Y cuando Aboguin alzó la mirada a las ventanas iluminadas del segundo piso, oíase temblar su respiración.

— ¡Si hubiera ocurrido algo, no podría sobrevivir a ello! —dijo al entrar con el doctor en el recibimiento, frotándose las manos de excitación—. ¡No se oye, sin embargo, ruido alguno que indique el menor revuelo, lo que quiere decir que hasta ahora todo va bien! —añadió, escuchando en el silencio.

Desde el recibimiento no se oían voces ni pasos. Toda la casa parecía dormida a pesar de hallarse vivamente iluminada. El doctor y Aboguin, hasta entonces siempre en la oscuridad, podían verse ahora el uno al otro. El doctor, hombre alto, un tanto chepudo y vestido desaliñadamente, era feo de rostro. En sus gruesos labios de negro, en su nariz aguileña y apática y en su mirada indiferente, había algo desagradablemente punzante, severo y poco afectuoso. La cabeza despeinada, las sienes hundidas, el prematuro blanquear de la larga

y estrecha barba, tras la que se transparentaba la barbilla, el color gris pálido de la piel, el descuido y brusquedad de las maneras, la sequedad de todo este conjunto, revelaba escasez de medios, infortunio, cansancio de la vida y de las gentes. Contemplando su seca figura no hubiera podido creerse que este hombre tuviera una mujer ni que llorara la muerte de un niño.

Aboguin presentaba un aspecto muy diferente. Era rubio, robusto, de gran cabeza, facciones grandes, pero blandas, y estaba elegantemente vestido a la última moda. Su porte, el corte de su levita bien abrochada, su melena y su rostro, respiraban algo noble… algo leonino. Al andar alzaba la cabeza abombando el pecho. Hablaba con grata voz de barítono y sus movimientos, al quitarse la bufanda y atusarse el pelo, traslucían una elegancia fina y casi femenil. Ni su palidez ni el temor infantil con el que al tiempo que se despojaba de sus prendas de calle miraba hacia lo alto de la escalera, causaban perjuicio a la dignidad de su porte ni disminuían la impresión de satisfacción, salud y aplomo que producía toda su figura.

—Ni hay nadie ni se oye nada —decía subiendo la escalera—. No se percibe ruido alguno. ¡Dios quiera que…!

Después de hacerle atravesar el recibimiento, condujo al doctor al salón en el que destacaba fuertemente la negrura de un piano de cola y de cuyo techo pendía una araña revestida de una funda blanca. Desde allí pasaron ambos a una sala bonita y pequeña, sumamente acogedora que envolvía una amable luz color de rosa.

—¡Siéntese, doctor! —dijo Aboguin—, En seguida… vuelvo. Voy a ver lo que ocurre y a anunciar su llegada.

Kirilov quedó solo. El lujo que reinaba en la sala, la grata media luz, hasta su misma presencia con carácter episódico en aquella casa desconocida y extraña, le eran indiferentes. Sentado en su butaca, miraba con atención sus manos quemadas de ácido cianhídrico. Tan sólo incidentalmente reparó en una pantalla de color rojo vivo, en la funda de un violonchelo, y mirando de soslayo el costado en donde sonaba el tictac del reloj, pudo observar la figura disecada de un lobo tan satisfecho y grave como el propio Aboguin. Reinaba silencio… Más lejos, en alguna de las habitaciones contiguas, alguien dejó oír esta exclamación: «¡Ah!»… Tintineó una puerta de cristales (al parecer, la de un armario) y todo volvió a quedar silencioso. Después de haber esperado cinco minutos, Kirilov dejó de mirar atentamente a sus manos y fijó los ojos en la puerta tras la que había desaparecido Aboguin.

En el umbral estaba Aboguin, pero no el Aboguin que acabara de salir por ella… La expresión de satisfacción y fina elegancia habíase esfumado de su

rostro, y éste, sus manos y su actitud entera, hallábanse contorsionados por una expresión repugnante: de espanto o de dolor físico torturador. La nariz, los labios, los bigotes, todos los rasgos de su fisonomía, agitándose, parecían querer desprenderse de ella, en tanto que los ojos diríase se reían de aquel dolor…

Aboguin avanzó con paso largo y pesado hasta el centro de la sala, y encorvándose con un gemido, sacudió el puño en el aire.

—¡Me ha engañado! —gritó—. ¡Me ha engañado!… ¡Se fue!… ¡Se fingió enferma y me hizo ir a buscar al médico sólo para poder escaparse con ese bufón de Papchinski!… ¡Dios mío!…

Aboguin avanzó de nuevo con pesado paso hacia el doctor, y agitando otra vez ante los ojos de éste su puño cerrado, continuó exclamando:

—¡Me engañó! ¡Se fue!… Pero ¿por qué esta mentira?… ¡Oh Dios mío!… ¡Dios mío!… ¿Para qué esta sucia prestidigitación?… ¿Este juego diabólico de reptil?… ¿Qué le había hecho yo?… ¡Se fue!

Las lágrimas brotaron en sus ojos. Girando sobre un talón empezó a recorrer la sala a grandes zancadas. Con su corta levita; con sus estrechos pantalones a la moda, en los que sus piernas, comparadas al resto de su cuerpo, se antojaban excesivamente finas; con su gran cabeza y su melena, asemejábase ahora extraordinariamente a un león. La curiosidad iluminó el rostro indiferente del doctor. Levantándose, miró a Aboguin.

—Pero… ¿dónde está entonces la enferma? —preguntó.

—¡La enferma! ¡La enferma! —gritó Aboguin riendo y llorando a la vez, y sin dejar de sacudir el puño en el aire—. ¡No es una enferma! ¡Es una mujer maldita!… ¡Qué bajeza la suya!… ¡Una canallada igual no la hubiera ideado el propio Satanás!… ¡Me obligó a marcharme para poder escaparse!… ¡Para escaparse con ese bufón!… ¡Con un *clown* obtuso!… ¡Con un *gigolo*!… ¡Oh Dios mío!… ¡Más me valdría morir!… ¡No puedo soportar una cosa semejante! ¡No puedo soportarla!

El doctor irguió su figura; sus ojos parpadearon y se llenaron de lágrimas. La estrecha barbita en unión de la mandíbula torcióse hacia la derecha y hacia la izquierda.

—¿Cómo es posible esto? —preguntó dirigiendo a su alrededor una mirada de curiosidad—. ¡Mi hijo ha muerto!… ¡Tengo a mi mujer completamente sola en casa!… ¡Llevo tres noches sin dormir!… ¡Apenas me sostienen los pies y… se me obliga a representar un papel en una vulgar comedia!… ¡El papel de algo accesórico!… ¡No! ¡No lo entiendo!

Abriendo uno de sus puños crispados, Aboguin dejó caer al suelo una arrugada nota que pisoteó como a un insecto que se aplasta.

—¡Y yo sin verlo!… ¡Sin comprenderlo!… —decía Aboguin entre dientes, agitando el puño a la altura de su rostro, con la expresión de aquel al que «han pisado un callo»—. ¡No reparaba en que venía todos los días!… ¡No reparé en que hoy traía la berlina! ¿Para qué venía en la berlina?… ¡Yo sin observar nada!… ¡Estúpido de mí!

—¡No! ¡No lo entiendo! —continuaba mascullando el doctor—. ¿Cómo he de explicarme todo esto?… ¿Como una mofa a la personalidad? ¿Como un escarnio al sufrimiento humano?… ¡Es algo imposible!… ¡Por primera vez en mi vida veo una cosa semejante!

Con la expresión de embotado asombro de la persona que empieza a comprender que ha sido profundamente ofendida, el doctor se encogió de hombros, y con un ademán de perplejidad, sin saber qué hacer ni qué decir, se dejó caer agotado en la butaca.

—¡Pues bien…, si no me quiere…, si prefiere a otro…, qué le vamos a hacer!… ¿Pero por qué este engaño?… ¿Por qué esta acción ruin y traidora?… —decía con voz llorosa Aboguin—. ¿Para qué? ¿Por qué?… ¿Qué le hice yo?… ¡Escúcheme, doctor! —prosiguió acalorado, acercándose a Kirilov—. ¡Usted ha sido testigo involuntario de mi desdicha y no quiero ocultarle la verdad!… Le juro que quería a esta mujer… La quería como un esclavo. Por ella lo sacrifiqué todo: reñí con mi familia, dejé mi empleo y renuncié a la música… Le perdonaba que no hubiera sabido perdonar a su vez a mi madre y a mi hermana. Ni en un solo momento recelé de ella. No le había dado motivo alguno de queja… ¿Por qué entonces esta mentira?… No le exijo amor, pero ¿por qué este miserable engaño?… Si no era capaz de quererme…, ¿por qué no decírmelo honradamente…, a la cara…, sobre todo teniendo en cuenta que conocía perfectamente mis puntos de vista sobre esta materia?…

Con los ojos llenos de lágrimas, tembloroso todo su cuerpo, Aboguin abría su alma al doctor. Se expresaba calurosamente, oprimiéndose el corazón con ambas manos. Sin la más mínima vacilación revelaba su intimidad familiar y hasta parecía contento de haber dejado escapar de su pecho aquel secreto. Si le hubiera sido posible seguir hablando de este modo, una y otra hora, desahogando su alma, seguramente hubiera experimentado alivio… ¡Quién sabe si el doctor, al escucharle, le hubiera compadecido como a un amigo!… ¡Tal vez, como ocurre frecuentemente, se hubiera sentido

reconciliado con su dolor, renunciando a protestas y nimiedades innecesarias!… Pero todo ocurrió de manera bastante distinta.

Mientras Aboguin hablaba, en el ofendido doctor se operaba un visible cambio. La indiferencia y el asombro dejaron paso en su rostro a una expresión de amargo agravio, de indignación y de cólera. Los rasgos de su rostro se agudizaron, se hicieron más duros y desagradables. Cuando Aboguin le puso ante los ojos la fotografía de una joven con semblante de monja, seco e inexpresivo, preguntándole si al mirar aquel rostro podía suponérsele capaz de mentira, el doctor, de pronto, se levantó de un salto y, brillantes los ojos, dijo recalcando brutalmente cada una de sus palabras:

—¿Por qué me cuenta usted todo eso?… ¡No quiero escucharle! ¡No quiero! —gritó asestando un puñetazo a la mesa—. ¡No necesito oír sus vulgares secretos! ¡Al diablo con ellos! ¿Con qué derecho me cuenta usted semejantes vulgaridades?… ¿O es que piensa que todavía he sido poco ofendido?… ¿Que soy un lacayo al que puede agraviarse hasta el último límite?

Aboguin retrocedió y, apartándose de Kirilov, fijó en él una mirada asombrada.

—¿Por qué me ha traído aquí? —prosiguió el doctor agitando la barba al hablar—. ¿No tenía usted otra cosa mejor en que ocuparse que organizar escenas de melodrama?… ¿Qué tengo yo de común con sus novelas?… Déjeme en paz… ¡Presuma sí quiere de ideas humanitarias!… ¡Toque… —el doctor recorrió de una ojeada la funda del violonchelo— el trombón y el contrabajo!… ¡Llénese de grasa como un capón, pero no ose mofarse de la personalidad humana!… ¡Si no sabe usted estimarla, libérela al menos de su atención!

—Pero ¿qué significa esto? —preguntó Aboguin, enrojeciendo.

—¡Significa que jugar con un hombre es una ruindad y una vileza!… ¡Soy médico!… ¿Considera usted a los médicos, y en general a todo el que trabaja y no huele a perfume y a prostitución, como a lacayos suyos y a gente de mal tono?… ¡Considérelo así si se le antoja; pero sepa que nadie le ha conferido el derecho de convertir al hombre en un objeto accesorio!

—¿Cómo se atreve a hablarme así? —preguntó lentamente Aboguin, en cuyo rostro se agitaba de nuevo algo, y esta vez era la cólera.

—¿Y cómo pudo usted atreverse, conociendo el dolor por el que estaba pasando, a traerme aquí para escuchar sus vulgaridades? —gritó el doctor, asestando un nuevo puñetazo a la mesa—. ¿Quién le dio derecho para burlarse del dolor ajeno?

—¿Está usted loco? —gritó a su vez Aboguin—. ¡No es generoso por su parte! ¡Soy tan profundamente infeliz que…, que…!

—¡Infeliz!… —sonrió despreciativo el doctor—. ¡No pronuncie esa palabra! ¡No puede pronunciarla!… ¡Los tarambanas que no encuentran el dinero que necesitan para pagar una letra se llaman también a sí mismos infelices!… ¡El capón a quien ahoga la excesiva grasa es infeliz también!… ¡Nulidades!…

—¡Señor mío!… ¡Está usted pasándose de la raya!… —chilló Aboguin—. ¡Por palabras semejantes se abofetea a un hombre!… Está usted ofendiéndome…, ¿sabe?…

Y Aboguin, introduciendo apresuradamente la mano en el bolsillo interior de su levita, extrajo de él una cartera, de la que sacó dos billetes, que arrojó sobre la mesa.

—¡Ahí tiene usted el pago de su visita! —dijo abriendo muy anchas las ventanillas de la nariz—. ¡Está usted pagado!

—¡No se atreva a ofrecerme dinero! —gritó el doctor, arrojando al suelo de un manotazo los billetes—. ¡Una ofensa no se borra con dinero!

Aboguin y el doctor estaban frente a frente, presos de cólera, ofendiéndose mutuamente y lanzándose al rostro cargos y ofensas inmerecidos. En su vida, seguramente, ni siquiera delirando, habían jamás pronunciado tantas palabras injustas, crueles y necias. Por boca de ambos hablaba el egoísmo característico de los seres desdichados. Son éstos egoístas, malos, injustos, crueles y se comprenden entre sí peor que los tontos. La desgracia, lejos de unir a las gentes, las desune, cometiéndose a veces, entre aquellos que debieran sentirse ligados por la paridad del dolor, mayores injusticias y crueldades que en el medio ambiente de los relativamente satisfechos.

—¡Sírvase llevarme a mi casa! —gritó jadeante el doctor.

Aboguin dio un fuerte campanillazo. Como nadie acudiera, llamó otra vez, y, por último, enfadado, arrojó la campanilla al suelo. Ésta rodó sobre la alfombra con el quejido lastimero de un agonizante. Apareció un criado.

—¿Dónde diablos os metéis? —echóse sobre él el amo, apretando los puños—. ¿En qué sitio estabas tú ahora? ¡Ve a decir que traigan el coche para este señor y manda que me preparen a mí la berlina! ¡Espera! —gritó al ver que el criado se disponía a salir—. ¡Que mañana no haya quedado aquí ningún traidor! ¡Fuera todo el mundo! ¡Tomaré gente nueva!… ¡Reptiles!…

Esperando los coches, Aboguin y el doctor permanecían silenciosos. El primero había recobrado su expresión satisfecha y su fina elegancia. Mientras

paseaba por la sala sacudiendo la cabeza con gesto lleno de distinción, tramaba sin duda algo. Aunque su cólera no se había aplacado todavía, esforzábase en aparentar que no reparaba en la presencia de su enemigo. El doctor, entre tanto, en pie y apoyando una mano en la mesa, miraba a Aboguin con ese profundo desprecio, ligeramente cínico y feo, con que sólo saben mirar el dolor y la penuria cuando se encuentran ante la satisfacción y la elegancia.

Un poco después, cuando el doctor tomaba asiento en el coche que emprendía la marcha, sus ojos conservaban la expresión despreciativa. La noche estaba oscura, mucho más oscura que una hora antes. Tras la colina habíase ocultado ya la luna, roja, y las nubes que la vigilaran permanecían cual manchas sombrías junto a las estrellas. Una berlina con luces encarnadas pasó ruidosamente por el camino, adelantando al doctor. Era la de Aboguin, conduciendo a éste a elevar una protesta y a actuar neciamente…

Durante todo el camino el doctor no pensó un momento en su mujer ni en Andrei. Pensó solamente en Aboguin y en los demás habitantes de la casa que acababa de dejar. Sus pensamientos eran injustos, inhumanos, crueles. Sentenciaban a Aboguin, a su mujer, a Papchinski y a cuantos vivían en una media luz rosada y olían a perfume. Tanto los aborreció y despreció durante todo el camino, que llegó a sentir dolor en el corazón. Su mente había formado ya un juicio inconmovible sobre aquellas personas.

Pasará el tiempo…, pasará también el dolor de Kirilov…; pero esta convicción injusta, indigna de un corazón humano, no pasará. Permanecerá grabada en la mente del doctor y le acompañará hasta la misma tumba.

VAÑKA[171]

VAÑKA Jukov, chicuelo de nueve años, que tres meses antes fuera llevado al zapatero Allajin para ser adiestrado por éste en el oficio, pasó Nochebuena sin acostarse. Después de esperar a que amos y oficiales salieran de casa para asistir a la misa del alba, sacó del armario una botellita con tinta, un mango de pluma provisto de una plumilla roñosa, y tras colocar ante sí una arrugada hoja de papel, se dispuso a escribir. Antes de trazar la primera letra miró varias veces asustado a las ventanas, a las puertas…, lanzó una ojeada al oscuro icono, a continuación del cual corrían por la pared los estantes cargados de hormas, y dejó escapar un suspiro entrecortado. El papel descansaba sobre el banco, ante el que él se hallaba de rodillas.

«Mi querido abuelito Konstantin Makarich —escribía—: Te mando esta carta. Te felicito por la fiesta de Navidad y te deseo todo lo que pueda darte Nuestro Señor. No tengo padre ni mamaíta. No me queda nadie más que tú».

Vañka paseó la mirada por la oscura ventana, sobre la que oscilaba el reflejo de la vela, representándosele claramente en ella la imagen del abuelo Konstantin Makarich, guardián nocturno en casa de los señores Jivariov. Es éste un viejecito de unos sesenta y cinco años, menudo, raquitiquillo, extraordinariamente movible y vivaracho, de cara perennemente risueña y ojos borrachines. De día duerme en la cocina de servicio o pasa el tiempo bromeando con las cocineras, mientras que de noche, arropado en un amplio *tulup*, da vueltas por la hacienda acompañándose del golpeteo de un chuzo. Con la cabeza baja le sigue *Kaschtanka*, su viejo perro, a más de otro, de nombre *Vium*, llamado así por la negrura de su pelo y su cuerpo alargado como el de una serpiente. Este *Vium* es un perro sumamente respetuoso y amable. Mira de la misma manera conmovida a propios y extraños; pero no se le concede crédito. Bajo su respetuosa sumisión se esconde la más jesuítica hipocresía. Nadie mejor que él sabe acercarse oportunamente, agarrar por la pierna, introducirse en la cueva en que se guardan las provisiones para

mantenerlas frescas o sustraer una gallina. Varias veces sufrió que le pegaran en las patas traseras, dos ha sido colgado, y todas las semanas se le azota hasta dejarle medio muerto, pero siempre revive.

Seguramente que el abuelo está ahora junto al portalón guiñando los ojos a las ventanas rojo vivo de la iglesia de la aldea, dando pataditas en el suelo con sus *valenkii* y bromeando con la servidumbre. Lleva el chuzo atado al cinturón, mueve las manos, se encoge de frío y con su risita de viejo pellizca tan pronto a una doncella como a una cocinera.

—¿Un poco de rapé? —dice ofreciendo su tabaquera a las *babas*.

Las *babas* toman rapé y estornudan. El abuelo se llena de indescriptible entusiasmo y de una alegre risa, mientras dice en voz alta:

—¡Arranca…, que se te hiela!

También da a sorber tabaco a los perros. *Kaschtanka* estornuda, mueve el hocico y ofendido se retira hacia un lado, en tanto que *Vium*, que por respeto se abstiene de estornudar, se limita a sacudir el rabo. El tiempo es espléndido; el aire, quieto, transparente y fresco. Y aunque la noche es oscura, se acierta a distinguir la aldea con sus blancos tejados y sus hilillos de humo saliendo de las chimeneas; los árboles están plateados de escarcha y hay montones de nieve. El cielo aparece cuajado de estrellas, que parpadean alegres, y la vía láctea se destaca de él tan claramente como si hubiera sido, para la fiesta, lavada y frotada con nieve…

Vañka exhaló un suspiro, mojó la pluma y continuó escribiendo:

«Ayer me gané una regañina. El amo me sacó al patio, tirándome del pelo, y me zurró, porque cuando les estaba meciendo al niñito en la cuna, me quedé dormido sin querer. También la semana pasada el ama me mandó que le limpiara el arenque, y porque yo empecé por la cola, me lo quitó de las manos y se puso a darme en los morros con su cabezota. Los oficiales hacen burla de mí. Me dicen que vaya a la taberna por vodka y me mandan que robe pepinos al amo, que luego me pega con lo primero que se le viene a la mano… De comer tampoco hay aquí nada. Por la mañana te dan pan para tomar el *kascha*; pero no te dan té ni *schi*. Se lo zampan los amos. También me mandan que vaya a dormir al zaguán; pero, cuando su niñito llora, no puedo dormir nada y tengo que estar meneándole la cuna… Querido abuelito: ¡Hazme una merced en nombre de Dios! ¡Sácame de aquí y llévame a la casa de la aldea! ¡Ya no puedo aguantar más!… Te saludo hasta tus piececitos y rezaré a Dios por ti eternamente. ¡Llévame de aquí porque me voy a morir!…».

Vañka torció la boca, se frotó los ojos con un puño negro y dejó escapar un sollozo.

«Yo te prepararé el rapé —prosiguió escribiendo—. Rezaré a Dios por ti, y si hago algo malo, azótame todo lo que quieras. Si crees que no hay allí trabajo para mí, le pediré entonces al administrador que me tome para limpiarle las botas o que me mande en lugar de Fedka cuando lleven a pastar al ganado. ¡Abuelito querido!… ¡No puedo soportar más esto! ¡Es, sencillamente, la muerte! Quería escaparme a pie a la aldea, pero no tengo botas y me da miedo la helada. Cuando sea grande, yo, en cambio te daré de comer. No permitiré que nadie te haga daño y si te mueres rezaré por ti lo mismo que rezo por mi madrecita Pelagueia. Moscú es una ciudad muy grande; todas las casas son de señores y hay muchos caballos. Lo que no hay son ovejas, y los perros no son malos. Los chicos aquí no salen con la estrella[172], y en el coro no dejan entrar a nadie. He visto una tienda donde vendían anzuelos y sedales para toda clase de peces. Los tenían en el escaparate. Eran muy buenos. Había uno que podría hasta con un salmón de un *pud*. También he visto tiendas en que se vendían escopetas de todas clases, parecidas a las del señor. A lo mejor cada una de ellas vale cíen rublos. En las carnicerías tienen perdices y codornices y liebres, pero no te dicen dónde las matan…

»Querido abuelito, cuando los señores pongan el árbol de Navidad con los dulces, coge para mí una nuez dorada y guárdamela en el baulito verde. Pídesela a la señorita Olga Ignatievna. Dile que es para Vañka…».

Vañka suspiró convulsivamente y fijó de nuevo la mirada en la ventana. Recordaba que cuando el abuelo iba al bosque a buscar el abeto de Navidad para los señores, le llevaba consigo.

¡Qué tiempo tan alegre aquél!… La garganta del abuelo deja oír un a modo de crujido, cruje también el árbol, y Vañka, mirando, les imita. El abuelo, generalmente, antes de empezar a cortar el árbol se pone a fumar su cachimba, luego invierte largo rato en tomar rapé y burlarse de Vañka porque siente frío… Los jóvenes abetos, revestidos de escarcha, esperan inmóviles, sin saber cuál de ellos ha de morir. De repente, sin que se sepa cómo ni de dónde, sobre los montones de nieve pasa rauda una liebre. El abuelo no puede contenerse y grita:

—¡Coge…, coge…, cógela!… ¡Demonio de bicho!…

El abeto cortado es conducido a la casa de los señores, donde se procede a su adorno. Más que nadie, se agita la señorita Olga Ignatievna, la favorita de Vañka. Cuando todavía vivía Pelagueia, la madre de Vañka, prestaba servicios de doncella en la casa de los señores. Olga Ignatlevna daba caramelos a Vañka, y como no tenía otra cosa que hacer, le había enseñado a leer, a escribir, a contar hasta cien y hasta a bailar el *quadrille*. Sin embargo, cuando Pelagueia murió, el huerfanito Vañka fue enviado a la cocina de la servidumbre, junto al abuelo, y de la cocina pasó a la casa del zapatero Aliajin, en Moscú.

«¡Ven, querido abuelito!… —proseguía Vañka—. ¡Por el amor de Dios te lo pido!… ¡Sácame de aquí! ¡Ten piedad de mí! ¡De este desgraciado huérfano! ¡Todos me pegan y tengo tantas ganas de comer!… Además, ¡tengo una tristeza tan grande que no te la puedo contar!… ¡Me paso el tiempo llorando!… El amo me pegó el otro día un porrazo tan fuerte en la cabeza con una horma, que me caí al suelo y tardé mucho en volver a respirar… ¡Mi vida es una perdición!… ¡Peor que la de un perro!… También mando mis saludos a Alona, a Egor el tuerto y al cochero. Mi armónica no se la dejes a nadie… Quedo de ti tu nieto.

Iván Jukov».

«¡Ven, querido abuelito!».

Vañka plegó la hoja escrita en cuatro dobleces y la introdujo en el sobre comprado la víspera por una *kopeka*… Después de meditar un momento, mojó la pluma y escribió las señas: «Para el abuelito que está en la aldea».

Luego se rascó y, tras un instante de cavilación, añadió a lo escrito: «Para Konstantin Makarich».

En seguida y contento de no haber sido molestado mientras escribía, se caló el gorro y, sin ponerse la pellicita, en mangas de camisa, echó a correr a la calle… Por los dependientes de la carnicería a quienes había preguntado la víspera, sabía que las cartas se depositaban en los buzones, desde donde eran repartidas por toda la tierra por cocheros borrachos montados en las *troikas* de correos y entre un resonar de campanillas. Vañka llegó de una carrera al primer buzón e introdujo la preciosa carta por la ranura…

Una hora después, mecido en sus dulces esperanzas, dormía profundamente. Soñaba con la estufa.

En la yacija, junto a la estufa, veía sentado al abuelo, descalzo, con las piernas colgando y leyendo la carta a las cocineras. *Vium* daba vueltas junto a

la estufa, moviendo el rabo…

PESADILLA

CUANDO de regreso de San Petersburgo, Kunin, el miembro de la Sociedad Protectora de los Intereses Campesinos, joven aproximadamente de treinta años, hizo su entrada en su hacienda de Borisovo, su primera disposición fue enviar a Siñkovo un jinete en busca del cura de dicho pueblo, padre Iakov Smirnov.

Unas cinco horas después el padre Iakov aparecía ante él.

—Mucho gusto en conocerle —dijo Kunin saliéndole al encuentro en la antesala—. ¡Hace un año que tengo aquí mi domicilio y mi trabajo, y me parece que ya va siendo hora de que nos conozcamos! ¡Sírvase pasar!… Pero…, ¡qué joven es usted! —exclamó asombrado—. ¿Qué edad tiene?

—Veintiocho años —contestó el padre Iakov estrechando débilmente la mano que se le tendía y ruborizándose sin saber por qué.

Kunin, tras conducir al visitante a su despacho, empezó a hacerle preguntas.

«¡Qué cara tan vulgar! —pensó mirándole—. ¡Enteramente la de una *baba*!».

En efecto el rostro del padre Iakov ofrecía gran semejanza con el de una *baba*. Nariz respingona, mejillas de color rojo vivo y grandes ojos azul grisáceo, bajo apenas visibles cejas. Unos cabellos largos, rojizos, secos y lacios caían como palos sobre sus hombros. El bigote no había hecho más que empezar a adquirir forma de verdadero bigote masculino, y en cuanto a la barbita…, tampoco su barbita valía nada. Era una de esas barbitas ralas, a través de las cuales se trasluce fuertemente la piel y a las que no se puede peinar con el peine, sino acaso pellizcar un poquito… Tan pobre vegetación hallábase esparcida desigualmente por el rostro, a manera de maleza, hasta el punto que diríase que el padre Iakov, intentando caracterizarse de sacerdote, había sido interrumpido en mitad de su faena cuando empezaba a pegarse la barba. Iba vestido con una sotana de color café claro con achicoria, provista de grandes remiendos en ambos codos.

«¡Qué ser tan extraño! —pensó Kunin, mientras le miraba los faldones, salpicados de barro—. ¡Que venga por primera vez a una casa y no sea capaz de vestirse de modo conveniente!…».

—Siéntese, padre —le dijo en tono más suelto que acogedor al tiempo que le acercaba una butaca a la mesa—. Le ruego que se siente.

El padre Iakov ahogó una tosecita en el puño, se dejó caer torpemente sobre el borde de la butaca y colocó las palmas de sus manos en sus rodillas.

Con su pequeña estatura, estrecho el pecho, el rostro encarnado y cubierto de sudor, producía desde el primer momento a Kunin una desagradable impresión. Nunca había podido pensar que en Rusia existieran sacerdotes de aspecto no ya tan poco respetable, sino tan lamentable. En la postura del padre Iakov, en su manera de apoyar las palmas de las manos en sus rodillas y de estar sentado en el borde de la butaca, le parecía descubrir una ausencia de dignidad y hasta una actitud de servilismo.

—Yo…, sabe, padre…, le he hecho venir para tratar de un asunto… —dijo Kunin, recostándose en el respaldo de la butaca—. Me ha caído en suerte la grata obligación de prestarle ayuda en una de sus útiles actividades… Es el caso que, al volver de Petersburgo, encontré aquí una carta del presidente regional, Egor Dimitrievich, en la que me propone tomar bajo mi protección la escuela de niños que ha de ser inaugurada en su pueblo de Siñkovo… Yo, por mi parte, padre, me alegro en el alma…; ya, hasta voy más lejos…: acepto con entusiasmo la proposición —levantándose empezó a pasear por la estancia—. Desde luego, tanto de Egor Dimitrievich como de usted, será seguramente conocido que no dispongo de muchos medios… Mi hacienda está hipotecada y me veo reducido a vivir del sueldo que me da la Sociedad Protectora de los Intereses Campesinos… Ello quiere decir que no podrá usted contar con una ayuda muy eficaz, aunque no dejaré de hacer cuanto esté en mis posibilidades… ¿Cuándo piensa usted abrir la escuela, padre?…

—Cuando haya dinero —contestó el padre Iakov.

—¿Dispone usted ahora de alguna cantidad?

—Casi de ninguna… Los campesinos acordaron en la Junta pagar treinta *kopekas* al año por varón…; pero no pasa de ser una promesa…, mientras que sólo para dar los primeros pasos harían falta por lo menos doscientos rublos…

—¿Sí?… Con gran sentimiento mío no dispongo ahora de esa suma —suspiró Kunin—. Se me ha ido mucho dinero en el viaje y hasta he salido de él entrampado… Pero unamos nuestros esfuerzos e ideemos algo.

Y Kunin se puso a pensar en voz alta.

Mientras exponía sus cálculos, examinaba el rostro del padre Iakov, buscando en él un gesto de aprobación o de conformidad; pero aquel rostro era impasible, permanecía inmóvil y sólo expresaba timidez y desasosiego. Mirándole podía pensarse que Kunin estaba hablando de cosas tan complicadas que el padre Iakov no era capaz de comprenderlas y que si escuchaba era sólo por delicadeza y por temor a ser atrapado en su incomprensión.

«El muchacho, sin duda, es muy inteligente —pensó Kunin—. Tiene un exceso de timidez y es algo tonto».

Cuando entró el criado, portador de una bandeja que contenía dos vasos de té, tostadas y pastitas secas, el padre Iakov pareció avivarse, llegando hasta sonreír. Cogiendo su vaso se dispuso en el acto a beberlo.

—¿Y si escribiéramos a su ilustrísima? —prosiguió Kunin, pensando en voz alta—. En resumidas cuentas no hemos sido nosotros, sino las altas autoridades eclesiásticas las que suscitaron esta cuestión de las escuelas… Ellos son los que tienen que indicar los medios de que hemos de valernos… Hasta recuerdo haber leído que para este fin había sido asignada determinada suma… ¿No sabe usted nada de ello?

El padre Iakov hallábase tan ocupado en ingerir su té, que no contestó inmediatamente a esta pregunta. Alzó sus ojos azul grisáceo hacia Kunin, meditó un momento y, como acordándose de ella de golpe, sacudió negativamente la cabeza. Por su feo rostro, de una a otra oreja, se deslizaba una expresión de complacencia…, del más vulgar y prosaico apetito. Vació el vaso hasta la última gota y lo depositó sobre la mesa. Luego volvió a cogerlo, miró su fondo y lo dejó otra vez en el mismo sitio. La expresión de complacencia se esfumó de su rostro…

Luego Kunin vio cómo su invitado cogía una pasta del platillo, mordía un pedacito y, después de darle unas cuantas vueltas en la mano, se la introducía rápidamente en el bolsillo.

«¡Bueno!… ¡Ése ya no es proceder de sacerdote!… —pensó Kunin, encogiendo con desagrado los hombros—. ¿Es avaricia o se trata de una chiquillada?».

Tras dar a beber a su huésped otro vaso de té y acompañarle hasta la antesala, Kunin se dejó invadir por el sentimiento desagradable que la visita de Iakov le produjera,

«¡Qué ser tan salvaje y extraño! —pensaba—. ¡Sucio, desaliñado, bruto, tonto y seguramente borracho!… ¡Dios mío!… ¡Y que éste sea un sacerdote! ¡Un padre espiritual! ¡Un maestro para el pueblo!… Imagino la ironía de la

voz del diácono cuando le diga antes de la misa: “¡Bendígame tu autoridad!…”. ¡Vaya autoridad!… ¡Una autoridad sin gota siquiera de dignidad!… ¡Un mal educado, que se esconde las tostadas en los bolsillos como un colegial! ¡Puf!… ¡Dios mío!… ¿Dónde tendría los ojos el arcipreste cuando confirió las órdenes a esta persona? ¿Cómo consideran al pueblo para adjudicarle maestros semejantes? Aquí se necesitarían personas que…».

Y Kunin se puso a meditar sobre cómo deberían ser los sacerdotes rusos…

«Si yo, por ejemplo, fuera sacerdote… ¡Un sacerdote instruido, amante de su trabajo, puede hacer mucho bien!… ¡Yo, hace tiempo que tendría la escuela abierta! Pues ¿y en el apostolado? Pues ¿y los sermones?… Cuando un sacerdote es sincero y le inspira el amor de su ministerio…, ¡qué maravillosos e inflamados sermones es capaz de pronunciar!».

Kunin cerró los ojos y empezó a componer mentalmente un sermón. Poco después, sentado ante la mesa, lo anotaba a toda prisa.

«He de dárselo a ese del pelo rojo para que lo lea en la iglesia».

A la mañana del domingo siguiente y con el fin de ultimar la cuestión de la escuela y al mismo tiempo conocer la iglesia a la que pertenecía como feligrés, Kunin se dirigió a Siñkovo. A pesar de hallarse en pleno deshielo, la mañana era magnífica. El sol, brillando deslumbradoramente, resquebrajaba con sus rayos, aquí y allá, las escasas y blanquecinas capas de vieja nieve. Ésta despedía desde él tal tornasol y tal fulgor de diamantes que hería la vista, en tanto que a su lado apresurábase a verdecer el joven grano. Las cornejas de blanco pico volaban gravemente sobre la tierra. Una de ellas desciende y, antes de posarse firmemente sobre las patas, da unos cuantos saltitos…

La iglesia de madera a la que se acercaba Kunin era vetusta y gris. Las pequeñas columnas del pórtico, en un tiempo pintadas de blanco y ahora completamente desconchadas, parecían dos feas lanzas de carro. La imagen que presidia sobre la puerta era sólo una mancha oscura. Esta pobreza, sin embargo, conmovió a Kunin. Bajando la vista entró tímidamente en la iglesia y se detuvo junto a la puerta. El oficio no había hecho más que empezar. Un viejo y encorvado sacristán leía las *Horas* con voz de tenor de ultratumba y de modo ininteligible. El padre Iakov, que sin asistencia de diácono celebraba el oficio, recorría la iglesia meciendo el incensario. De no haber sido por el sentimiento de humildad que se apoderó de Kunin al entrar en una iglesia pobre, la vista del padre Iakov le hubiera hecho sin duda sonreír. El pequeño sacerdote estaba revestido con una casulla arrugada, excesivamente larga y hecha con una gastada tela amarilla, cuyo borde se arrastraba por el suelo. En

la iglesia no había mucha gente. Lo que más sorprendió a Kunin, al mirar a los feligreses, era ver que éstos eran solamente mujeres y niños. ¿Dónde estaban los hombres en la edad de trabajo?… ¿Dónde la juventud y el vigor?… Sin embargo, después de haber observado durante algún tiempo aquellos rostros, Kunin se dio cuenta de que había tomado por viejos a los jóvenes. Dicho sea de paso, no concedió entonces especial importancia a este engaño óptico. El interior de la iglesia era tan gris y vetusto como el exterior. Ni en el *ikonostas*[173] ni sobre las paredes de color indefinido había un solo pequeño espacio que no estuviera ahumado por el tiempo. La iglesia tenía muchas ventanas, pero su tono general era gris, por lo que aparecía llena de crepúsculo.

«El que tenga el alma limpia, ¡qué bien podrá rezar aquí! —pensó Kunin—. ¡Así como en Roma, en la basílica de San Pedro, asombra la grandeza, aquí conmueve tanta humildad y sencillez!».

Su espíritu de oración dispersóse, sin embargo, como el humo cuando el padre Iakov penetró en el recinto del altar y dio comienzo a la misa. Su juventud y el haber sido ordenado sacerdote apenas salido del seminario no le habían permitido adquirir un estilo particular en el ejercicio de su ministerio. Al leer parecía estar dudando sobre el tono en que debía terminar: si en un agudo tenor o en un bajo poco marcado. Sus saludos e inclinaciones revelaban inseguridad. Andaba deprisa y cerraba bruscamente la Puerta del Zar[174].

El viejo sacristán, que indudablemente era sordo, oía mal las deprecaciones, dando lugar a que entre ellos surgiera un desacuerdo, pues cuando aún no había tenido tiempo el padre Iakov de leer lo que le correspondía, ya el sacristán cantaba su parte. Otras veces era el padre Iakov el que, habiendo terminado, esperaba, mientras el viejo continuaba callado junto al altar, prestando oído, hasta que le tiraban del faldón. La voz del viejo era enfermiza, de ultratumba. Ceceaba y respiraba fatigosamente. Como complemento de todo esto, quien acompañaba al sacristán en su canto era un niño muy pequeño, cuya cabeza apenas se divisaba a través de la barandilla del coro. El niño tenía una voz de tiple aguda y chillona y parecía empeñarse en no cantar al unísono.

Kunin permaneció un rato oyendo la misa y después salió fuera a fumar. Se sentía lleno de desencanto y contemplaba casi con desagrado la iglesia gris.

«Es frecuente —pensaba— escuchar lamentaciones sobre la disminución del sentimiento religioso en el pueblo… ¿Y cómo no ha de ser así?… ¡Bastan para ello sacerdotes semejantes!».

Otras veces volvió a entrar Kunin en la iglesia, sintiéndose cada vez más inclinado a salir al aire libre. Terminado el oficio, se dirigió a la casa del padre Iakov. Ésta, exteriormente, en nada se distinguía de las isbas de los campesinos. Advertíase únicamente que la paja había sido echada más cuidadosamente sobre el tejado y que en las ventanas lucía la blancura de unos visillitos. El padre Iakov hizo entrar a Kunin en una habitación clara y pequeña, con el suelo de arcilla y las paredes cubiertas de papel barato. Pese a ciertos intentos de lujo, como, por ejemplo, algunas fotografías encuadradas en marquitos y un reloj con unas tijeras atadas a las pesas, el ajuar asombraba por su modestia. Contemplando aquellos muebles, diríase que el padre Iakov había ido pidiéndolos de casa en casa hasta reunirlos a poquitos. En ésta le habían dado una mesa redonda de tres patas; en aquélla, un taburete; en una tercera, una silla con el respaldo completamente torcido hacia atrás; en la cuarta, una silla de respaldo derecho, pero con el asiento desfondado; y en la quinta, había sido ofrendado generosamente con una especie de diván, de respaldo plano y asiento de rejilla. Esta especie de diván, de color rojo oscuro, exhalaba un fuerte olor a pintura. Kunin pensó primeramente sentarse en una de las sillas; pero, después de meditarlo, optó por el taburete.

—¿Es la primera vez que viene usted a nuestra Iglesia? —preguntó el padre Iakov mientras colgaba su sombrero en un clavo grande y feo.

—En efecto…, la primera. Verá usted, padre… Antes de que pasemos a tratar de nuestro asunto, ofrézcame un poco de té. Tengo tal sed que parece enteramente que se me ha secado el alma.

El padre Iakov parpadeó, carraspeó y se retiró tras una mampara. Oyóse un bisbiseo.

«Está seguramente cuchicheando con su mujer —pensó Kunin—. Sería interesante saber qué clase de mujer tiene este pelirrojo».

Poco después, encarnado y sudoroso, el padre Iakov salía de detrás de la cortina. Esforzándose en sonreír, tomó asiento frente a Kunin en el borde del diván.

—Ahora prepararán el *samovar* —dijo sin mirar a su visitante.

«¡Dios mío!… ¡Ni siquiera han empezado a preparar el *samovar*! — se espantó para sus adentros Kunin—. Le tienen a uno aquí esperando…».

—Le traigo —dijo Kunin en voz alta— el borrador de la carta que he escrito al arcipreste. Se lo leeré después que tomemos el té. Quizá quiera usted añadir algo…

—Muy bien.

Se hizo el silencio. El padre Iakov miró de reojo, asustado, a la mampara, se arregló el cabello y se sonó.

—Tenemos un tiempo maravilloso —dijo.

—Sí… Por cierto que ayer leí algo muy interesante. Parece ser que la *Volshoezemstvo*[175] ha acordado poner todas sus escuelas bajo vigilancia eclesiástica. Esto la caracteriza.

Kunin se levantó y, tras dar unos cuantos pasos sobre el suelo de arcilla, empezó a exponer sus puntos de vista.

—La cosa en si no importa —decía—. Lo únicamente necesario es que el clero esté a la altura de su vocación y que comprenda con claridad los problemas que le incumben. Yo, por desdicha mía, conozco algunos que, por su falta de desarrollo espiritual y sus pocas cualidades morales, no servirían ni para escribanos militares…, sin hablar ya del sacerdocio… Estará usted de acuerdo conmigo en que un mal profesor es mucho menos perjudicial para una escuela que un mal sacerdote.

Kunin miró al padre lakov. Éste, sentado, con la espalda encorvada, hallábase tan ensimismado en algún pensamiento que sin duda no escuchaba ya a su invitado.

—Ven, Iascha —se oyó decir a una voz femenina tras la mampara.

El padre lakov se espabiló y pasó al otro lado de aquélla. De nuevo empezó el cuchicheo.

La tardanza en servir el té llenaba de tristeza a Kunin.

«No… Seguramente que no me lo darán… —pensaba mirando la hora—. Además…, parece enteramente que no soy aquí una visita grata. El dueño de la casa se limita a estar ahí, sentado delante de mí, sin abrir la boca».

Kunin cogió su sombrero, esperó la vuelta del padre lakov y se despidió de él.

«¡Me ha hecho perder toda la mañana! —pensaba, enfadado, durante el camino—. ¡Es un tronco!… ¡Un tarugo! ¡Se interesa tanto por la escuela como yo por la nieve que cayó el año pasado!… ¡No!… ¡Con éste no hay nada que hacer!… ¡No se conseguirá nada!… ¡Si el mariscal de la nobleza supiera la clase de sacerdotes que hay aquí…, no le entrarían tantas prisas con esto de la escuela!… ¡Lo primero que hay que hacer es cuidar de que haya buenos sacerdotes, que luego… ya se pensará en escuelas!».

Ahora Kunin casi aborrecía al padre Iakov. Aquel hombre, con su lamentable y caricaturesca figura metida en la larga y arrugada sotana, con su rostro de *baba*, su manera de oficiar y de vivir y su tímida respetuosidad, ofendían aquel resto de sentimiento religioso que, en unión de los cuentos del

aya, vivía aún tenuemente en su corazón. Costaba trabajo a su amor propio soportar la distracción y frialdad con que el padre Iakov había acogido su sincera y ardiente intervención en un asunto en el que él era el principal interesado. Por la noche de aquel mismo día, Kunin estuvo largo rato dando vueltas por sus habitaciones y meditando. Luego, resolviéndose de pronto, se sentó ante la mesa y se puso a escribir una carta al arcipreste. Después de solicitar su bendición y dinero para la escuela, empezó sinceramente, con confianza filial, a exponerle su opinión sobre el sacerdote de Sinkovo.

«Es joven —escribía—, poco cultivado, no lleva, al parecer, una vida muy sobria ni satisface en general las seculares exigencias del pueblo ruso sobre sus pastores espirituales».

Después de escrita esta carta, Kunin respiró aliviado y se fue a dormir convencido de que había hecho una buena acción.

El lunes por la mañana, cuando estaba en la cama todavía, le anunciaron la visita del padre Iakov. No teniendo gana de levantarse, hizo decir que no estaba en casa. El martes se marchó, por tener que asistir a una Junta; pero el sábado, al volver, supo por la servidumbre que durante su ausencia el padre Iakov había venido diariamente.

«¡Cómo se conoce que le gustaron las pastitas!», pensó Kunin.

El domingo, al anochecer, vino el padre Iakov. Aquella vez no eran sólo los faldones, sino también el sombrero, el que traía salpicado de barro. Como el día de su primera visita, su rostro estaba encendido y sudoroso, y como entonces, se sentó en el borde de la butaca. Kunin decidió no abordar siquiera el tema de la escuela…, no *echar margaritas a…*

—Le traigo, Pavel Mijailovich —empezó diciendo el padre Iakov—, una notita sobre los libros de estudio que harían falta.

—Gracias.

Todo revelaba que no era la notita lo que motivaba la visita del padre Iakov. Su persona entera expresaba un vivo azaramiento; pero, al mismo tiempo, en su semblante dibujábase la resolución del hombre iluminado de pronto por una idea. Lo que intentaba decir era importante, sumamente necesario, por lo que se esforzaba en vencer su timidez.

«¿Por qué no habla? —pensaba, enfadado, Kunin—. ¡Yo, sin tiempo para atenderle, y él, ahí sentado!».

Con el fin de suavizar de algún modo la violencia que le producía el propio silencio y de ocultar su lucha interior, el sacerdote dejó ver una sonrisa forzada. Aquella sonrisa larga, sufrida, extendiéndose a través del sudor y la rojez del rostro, que tan poco se acomodaba a la mirada inmóvil de sus ojos

grises azulados, hizo a Kunin volver la cabeza. Experimentaba un sentimiento parecido a la repulsión.

—Perdóneme, padre —dijo—; pero tengo que marcharme.

El padre Iakov se espabiló de nuevo, como el hombre dormido a quien han dado un golpe, y, sin cesar de sonreír, se cruzó los faldones de la sotana sobre las piernas. A pesar de la repugnancia que le inspiraba, Kunin sintió de repente lástima de aquel hombre y quiso mitigar su crueldad.

—Le suplico, padre, que lo deje para otro día… —dijo—. Un ruego le dirijo al despedirme… Tuve una inspiración…, ¿sabe?…, y escribí dos sermones. Los someto a su examen. Si sirven…, pronúncielos usted

—Muy bien —dijo el padre Iakov, cubriendo con la palma de la mano los sermones de Kunin, depositados sobre la mesa—. Me los llevaré.

Luego, tras un momento de indecisión y cruzándose siempre la sotana sobre las piernas, dejó de sonreír con sonrisa forzada y levantó resuelto la cabeza.

—Pavel Mijailovich —dijo, tratando visiblemente de hablar fuerte y claro.

—¿Se le ofrece algo?

—Oí decir que había usted despedido a su escribano… y… que buscaba a otro.

—En efecto. ¿Puede usted recomendarme a alguien?

—Verá…, es que yo…, yo… ¿No podría usted darme a mí ese empleo?

—¿Cómo?… Pero ¿es que deja usted el sacerdocio?… —se asombró Kunin.

—No, no… —apresuróse a decir, palideciendo, el padre Iakov, en tanto que todo su cuerpo temblaba sin saber por qué—. ¡Dios me libre! ¡Si lo duda usted, no!… ¡Entonces, no!… Lo decía sólo porque…, entre otras cosas… Con el fin de aumentar mis ingresos… ¡Pero no se moleste! ¡No es necesario!…

—¿Ingresos?… ¡Hum!… ¡Si sólo pago a mi escribiente veinte rublos mensuales!

— ¡Dios mío!… ¡Y yo que me hubiera conformado con diez! —murmuró el padre Iakov volviendo la cabeza—. ¡Diez me bastarían!… ¡Usted, claro, se asombra!… ¡Todos se asombran!… «¡Qué pope más ansioso!». «¿En qué se le va el dinero?…». ¡Yo también me creo codicioso, y no hago más que reprochármelo! ¡Me avergüenzo de mirar a los ojos de la gente!… ¡A usted, Pavel Mijailovich, se lo declaro llamando a Dios por testigo!

El padre Iakov suspiró hondamente y prosiguió:

—¡Por el camino he venido preparando para usted toda una confesión…, que ya he olvidado completamente! ¡No puedo encontrar ahora las palabras!… ¡Escúcheme!… ¡De la feligresía percibo ciento cincuenta rublos al año, y la gente se pregunta en qué empleo el dinero!… Yo se lo explicaré todo con arreglo a la conciencia… Al seminario en que está mi hermano Pedro doy cuarenta rublos anuales en pago a sus gastos, salvo el papel y las plumas, que corren de mi cuenta…

—Bien…, sí, sí…; pero ¿a qué viene todo esto? —dijo Kunin, sintiendo en su ánimo una terrible pesadez ante la sinceridad del visitante y sin saber cómo eludir el brillo lacrimoso de sus ojos.

—Además, aún no he terminado de pagar al Consistorio cuanto le debo por el puesto que ocupo. Me fueron impuestos doscientos rublos, de los cuales he de entregar diez al mes. ¡Juzgue usted mismo de lo que me queda…! ¡Sin contar con que doy, por lo menos, tres mensualmente al padre Avraami!

—¿A qué padre Avraami?

—El padre Avraami es el sacerdote que había en Siñkovo antes de que yo viniera. Lo retiraron por… lo débil que estaba, pero vive todavía en Siñkovo. ¿Adónde va a ir?… ¿Quién le va a dar de comer?… ¡Aunque sea viejo, necesita un rincón, pan y ropas!… ¡Yo no puedo permitir que un eclesiástico vaya a pedir limosna! ¡El pecado entonces sería mío!… ¡Si tiene deudas con todo el mundo, sería mi pecado no saldárselas!

Y el padre Iakov, levantándose del asiento con un súbito impulso y fijando la mirada en el suelo, empezó a recorrer a grandes pasos la habitación.

—¡Oh Dios mío… Dios mío! —balbucía, tan pronto alzando como bajando los brazos—. ¡Que Dios todopoderoso nos tenga de su mano!… ¿Por qué habré tomado este estado si la fe es poca y las fuerzas fallan? ¡Mi desesperación no tiene fin!… ¡Oh Virgen Santísima, sálvanos!…

—Tranquilícese, padre —dijo Kunin.

— ¡El hambre me atormenta, Pavel Mijailovich! —prosiguió el padre Iakov—. ¡Perdóneme generosamente mi falta de valor!… ¡Ya sé que si me inclinara, que si pidiera…, todos me ayudarían…; pero no puedo hacerlo!… ¡Me avergüenza la idea de hacerlo!… ¿Cómo iba yo a poder pedir a los campesinos?… ¡Usted que tiene aquí su trabajo, también lo ve!… ¿Quién se atrevería a pedir limosna a un mendigo?… ¡En cuanto a pedir a los más ricos, a los terratenientes…, tampoco puedo hacerlo!… ¡Tal vez sea orgullo…, vergüenza!

Con un gesto de desesperación, el padre Iakov se rascó nerviosamente la cabeza con ambas manos.

—¡Oh, qué vergüenza siento!… ¡Dios mío, qué grande es mi vergüenza!… ¡No puedo soportar…, orgulloso de mí…, que la gente vea mi pobreza!… ¡El día que vino usted a visitarme, Pavel Mijailovich, no tenía té en casa! ¡Ni una brizna de él, pero el orgullo me impedía confiarme a usted!… ¡Todo me da vergüenza!… ¡Mis sotanas, mi hambre!… Y, además…, ¿es propio de un sacerdote este sentimiento de orgullo?

El padre Iakov, como inconsciente de la presencia de Kunin, se detuvo en medio del despacho y empezó a hablar consigo mismo.

—¡Bien!… Supongamos que yo puedo soportar el hambre, la vergüenza…; pero… ¡Dios mío!…, ¿y mi esposa?… ¡La saqué de una buena familia! ¡No es mujer acostumbrada al trabajo rudo! ¡Estaba habituada al té, a los bollos, a las sábanas!… ¡En casa de sus padres tocaba el piano! ¡Por su juventud…, no ha cumplido todavía los veinte años…, es natural que quiera…, que le agrade vestirse…, hacer visitas!… ¡Y, sin embargo, en mi casa está peor que una cocinera! ¡Me da hasta vergüenza sacarla a la calle!… ¡Oh Dios mío!… ¡Dios mío!… ¡Su única alegría es que le traiga de alguna casa donde haya sido obsequiado unas manzanitas o alguna que otra pastita!…

El padre Iakov volvió a rascarse la cabeza con ambas manos.

—¡No es amor lo que hay entre nosotros, es lástima! ¡No puedo verla sin compadecerme de ella!… ¡Dios mío!… ¡Qué cosas ocurren en el mundo!… ¡Tales cosas ocurren, que si los periódicos hablaran de ellas, la gente no las creería!… ¿Cuándo les llegará el fin?

—¡Espere, padre! —casi gritó Kunin, asustado de aquel tono—. ¿Por qué tener un concepto tan sombrío de la vida?

—¡Tenga la generosidad de perdonarme, Pavel Mijailovich! —balbució el padre Iakov, como borracho—. ¡Dispénseme! ¡Estas no son más que tonterías y le ruego no haga caso de ellas!… ¡Sólo me culpo y me culparé siempre a mí mismo!…

Y el padre Iakov, volviendo la cabeza, añadió en un bisbiseo:

—Imagínese que una mañana temprano salgo de Siñkovo, para dirigirme a Luchkovo, y veo que junto a la orilla hay una mujer ocupada en algún quehacer… Me acerco y no puedo creer a mis ojos… ¡Qué espanto!… ¡Aquella mujer que aclaraba la ropa era la esposa del médico!… Esta esposa del médico tenía hechos estudios en un pensionado, y el caso significaba que, para que la gente no la viera ocupada en aquel trabajo, se levantaba temprano

y se iba a realizarlo a una *versta* de distancia de la aldea. ¡Qué orgullo indomable!… Cuando me vio a su lado y se dio cuenta de que había descubierto su pobreza se turbó… Yo, atónito, corro hacia ella, intento ayudarla; pero ella esconde a mi vista la ropa…, tiene miedo de que vea las camisas rotas…

—¡Todo esto se antoja inverosímil! —dijo Kunin, sentándose y fijando una mirada casi espantada en el pálido rostro del padre Iakov.

—¡Eso es justamente!… ¡Inverosímil!… ¡Jamás en la vida tuvieron que ir las mujeres de los médicos a aclarar la ropa al río!… ¡En ningún país se ve una cosa así!… Yo… como pastor…, como padre espiritual…, no debía haberla dejado llegar a ese extremo; pero ¿qué podía haber hecho para impedirlo?… ¿Qué?… ¡Yo soy el primero en procurar que su marido me asista gratis!… ¡Con cuán completa justeza calificó usted esto de inverosímil!… ¡Ni siquiera los ojos pueden creerlo!… ¡Mientras celebro la misa…, cuando desde el altar veo a mis fieles…, al hambriento Avraami, a mi mujer!… ¡Cuando recuerdo aquellas manos azules por el frío!… ¡Créame!… ¡Todo se me olvida y quedo inconsciente, como un tonto, hasta que el sacristán me llama la atención!… ¡Oh, qué espanto!

El padre Iakov empezó de nuevo a pasearse por la habitación.

—¡Señor Jesucristo!… ¡Santos todos!… ¡Ni siquiera oficiar puedo!… ¡Mientras usted me hablaba de la escuela, yo permanecía allí como un tonto…, sin comprenderle nada, y sólo pensando en la comida!… ¡Incluso ante el altar!… Pero, bueno…, ¿qué estoy haciendo? —recobróse el padre Iakov—. ¡Usted iba a marcharse!… ¡Perdóneme!… ¡Lo decía sólo por decir! ¡Perdóneme!

Kunin le estrechó la mano en silencio, le acompañó hasta la antesala y, de vuelta en su despacho, se detuvo ante la ventana. Vio al padre Iakov salir de la casa, calarse el roñoso sombrero de ancha ala y, despacio, con la cabeza baja, como avergonzado de su sinceridad, emprender el camino.

«No se ve el caballo», pensó Kunin.

Temía pensar que el sacerdote hubiera ido todos aquellos días a pie a su casa. Hasta Siñkovo había de siete a ocho *verstas*, y un barro abundante cubría el camino. Kunin vio luego al cochero Andrei y al chicuelo Paramón saltar sobre los charcos y, salpicándole de barro, correr hacia el padre Iakov para pedirle la bendición. El padre Iakov se quitó el sombrero y bendijo lentamente a Andrei. Después, bendijo al chicuelo, acariciándole ligeramente la cabeza con la mano.

Kunin se pasó la suya por los ojos, pareciéndole que con aquel gesto se habían humedecido. Apartóse de la ventana y recorrió con mirada turbia el aposento en el que todavía parecía resonar la tímida y estrangulada voz… Miró a la mesa… Por fortuna el padre Iakov, en su prisa, se había olvidado de llevarse los sermones. De un salto, Kunin se lanzó sobre ellos y los rompió en mil pedazos, que arrojó bajo la mesa.

—¡Y yo ignorante de todo esto! —gimió, dejándose caer en un sofá—. ¡Yo, que llevo más de un año trabajando aquí como miembro de la Sociedad Protectora de los Intereses Campesinos!… ¡Que soy juez de paz honorífico y pertenezco al Consejo Pedagógico!… ¡Lo que soy es un muñeco ciego! ¡Un fatuo!… ¡Pronto! ¡Hay que socorrerles! ¡Pronto!…

Torturado, daba vueltas, se apretaba las sienes, exprimía su inteligencia.

«El día veinte —pensaba— cobraré mis doscientos rublos de sueldo, que con algún bonito pretexto daré a la mujer del médico… Se los llevaré para que haga celebrar un *tedeum*, y ante el doctor me fingiré enfermo… De esta manera no ofenderé su orgullo. También ayudaré a Avraami…».

Con los dedos contaba su dinero, temiendo convencerse de que aquellos doscientos rublos apenas alcanzarían a pagar a su administrador, a los criados y al *mujik* que venía a traer la carne… Sin querer hubo de recordar aquel pasado no muy lejano, en el que pródigamente usaba de los bienes de su padre. Todavía un mocoso de veinte años, regalaba a las mujeres ligeras valiosos abanicos, daba diez rublos diarios al cochero Kuzma y hacía presentes, por satisfacer su vanidad, a las artistas. ¡De qué gran utilidad hubieran sido ahora aquellos billetes de tres…, de diez rublos…, diseminados aquí y allí!…

«El padre Avraami gasta en comer sólo tres rublos al mes… Con uno, la mujer del sacerdote puede hacerse una camisa, y la del médico, tomar una lavandera… ¡En fin!… ¡Sea como sea, he de ayudarles!… ¡Les ayudaré sin falta!».

Aquí Kunin se acordó de repente de la denuncia enviada al arcipreste, y el frío contrajo su cuerpo. Este recuerdo llenó su alma de un sentimiento opresor de vergüenza ante los propios ojos y la invisible verdad…

Y así empezó y terminó el sincero esfuerzo hacia una actividad bienhechora de uno de esos muchos hombres nobles, pero excesivamente satisfechos y poco reflexivos.

TIFUS

EN el tren correo que va de Petersburgo a Moscú y en el departamento de fumadores, viajaba el joven teniente Klimov. Frente a él hallábase sentado un caballero de edad avanzada, rostro afeitado de *skipper*[176] y aspecto de sueco o estoniano acomodado, que durante todo el camino había estado fumando su pipa y hablando sólo de un mismo tema.

—¡Ah!… ¿Conque es usted oficial?… Yo también tengo un hermano oficial, pero marino… Es marino y tiene el servicio en Kronstadt…[177]. ¿Qué le lleva a usted a Moscú?

—He sido destinado allí.

—¡Ah!… ¿Es usted casado?

—No. Vivo con mi tía y con una hermana.

—Mi hermano también es oficial, aunque de la marina, pero está casado. Tiene mujer y tres niños… ¡Ah!…

El estoniano se asombraba a cada momento, no se sabía de qué, sonreía con sonrisa ancha y necia cada vez que dejaba oír la exclamación «¡Ah!», y limpiaba constantemente, soplándola, su apestosa pipa. Klimov, al que por no encontrarse bien costaba trabajo contestar a sus preguntas, le aborrecía con toda el alma. Soñaba en lo grato que sería arrancarle de las manos la resoplada pipa, y tirarla bajo el diván y al mismo tiempo arrojar al propio estoniano a otro vagón.

«¡Qué gente más desagradable son estos estonianos y estos griegos! —pensaba—. ¡Sobran en el mundo! ¡No sirven para nada y resultan molestos! ¡No hacen más que ocupar sitio en el globo terrestre! ¿Para qué existirán?».

Aquellas cavilaciones sobre griegos y estonianos le producían dentro del cuerpo una sensación semejante a las náuseas. Con el fin de establecer comparaciones, intentó pensar en los franceses y los italianos, pero sin saber por qué la idea de aquellos países traía sólo a su recuerdo la imagen del «hombre del aristón», de mujeres desnudas y de oleografías como aquellas que en casa de su tía colgaban sobre la cómoda.

En resumidas cuentas: el oficial se encontraba desazonado. Sus brazos y piernas no hallaban postura cómoda en el diván, a pesar de tenerlo por entero a su disposición. Tenía la boca seca y pegajosa, y la cabeza llena de una niebla pesada. Sus pensamientos parecían vagar no sólo dentro de aquélla, sino en torno a su cráneo, por entre los divanes y la gente que envolvía la oscuridad de la noche. A través de la confusión de su cabeza, como a través del sueño, percibía un balbucir de voces, el ruido de las ruedas y el golpetear de las puertas. Con mayor frecuencia de la ordinaria oía sonar los timbres, los silbidos de los interventores y el correr de la gente por el andén. El tiempo parecía volar inadvertido, por lo que antojábasele que el tren a cada momento se detenía en una estación de la que llegaban voces metálicas:

—¿Listo el correo?

—¡Listo!

Se le figuraba que el calefactor entraba demasiado a menudo a observar el termómetro, y que el ruido de otro tren cruzándose con el suyo y el estrépito de las ruedas sobre el puente se oían sin interrupción. Aquel ruido y aquellos silbidos, el estoniano, el humo del tabaco, ¡todo!… mezclábase a los gestos amenazadores y los guiños de estas imágenes brumosas, cuya forma y carácter no puede comprender un hombre sano, oprimiendo a Klimov como una pesadilla insoportable. Presa de terrible tristeza, levantaba la cabeza pesada y miraba fijamente la luz del farol, en cuyos rayos revoloteaban sombras y manchas neblinosas. Quería pedir agua, pero su reseca lengua apenas podía moverse y no tenía fuerzas para contestar a las preguntas del estoniano. Esforzábase en hallar una postura más cómoda y dormirse, pero no podía conseguirlo. El estoniano se dormía de cuando en cuando, se despertaba y encendía la pipa; dirigíase a él con el acostumbrado: «¡Ah!», y volvía a quedarse dormido, en tanto que el teniente no podía encontrar en el diván postura cómoda para sus piernas y las imágenes amenazadoras no se apartaban de delante de sus ojos.

Cuando al llegar a Spirovo bajó a la estación para beber agua, vio cómo la gente se sentaba a la mesa y se apresuraba a comer.

—¿Cómo es posible que coman? —preguntábase, esforzándose en no aspirar el aire impregnado en olor a carne asada y en no mirar las bocas que masticaban. Ambas cosas le producían una repugnancia que llegaba a las náuseas.

Conversando en voz alta con un militar de gorra roja, una dama sonreía mostrando sus blancos dientes. La sonrisa, los dientes, la misma dama, despertaban en Klimov idéntica impresión de asco que el jamón y las *kotletas*

fritas. No podía comprender cómo aquel militar de la gorra roja no temía permanecer sentado a su lado y mirar aquel rostro sonriente y lleno de salud.

Cuando, después de beber agua, volvió a subir al vagón, el estoniano continuaba allí fumando. Su pipa resoplaba y sollozaba como un chanclo agujereado en tiempo de lluvia.

—¡Ah! —se asombró—. ¿Qué estación es ésta?

—No sé —contestó Klimov, tumbándose en el diván y tapándose la boca para no aspirar el penetrante humo del tabaco.

—¿A qué hora llegamos a Tvier?

—No lo sé… Perdone, pero… no puedo contestarle. Me encuentro enfermo. He cogido frío hoy.

El estoniano, tras golpear con la pipa en el quicio de la ventana, se puso a hablar de su hermano el marino. Klimov no le escuchaba ya, recordando con tristeza su cómoda y mullida cama, la jarra del agua fría y la hermana Katia que tan bien sabía ayudarle a uno a acostarse, tranquilizarle y darle de beber agua. Hasta llegó a sonreír cuando por su imaginación desfiló rauda la imagen de su ordenanza Pavel quitando a su señor las grandes y opresoras botas y poniendo agua sobre la mesita. Le parecía que sólo con poder acostarse en aquella cama y beber aquel agua, su pesadilla dejaría sitio a un pesado, saludable y profundo sueño.

—¿Listo el correo? —llegó una voz desde lejos.

—¡Listo! —contestó otra de bajo, al pie casi de su ventana.

Era aquella la segunda o tercera estación después de Spirovo.

El tiempo corría velozmente, como a saltos y diríase que aquellos timbrazos, silbidos y paradas no iban a tener nunca fin. Presa de desesperación, Klimov hundió el rostro en un rincón del diván, se abrazó la cabeza con ambas manos y se puso de nuevo a pensar en su hermana Katia y en su ordenanza Pavel, pero hermana y ordenanza, mezclándose en las brumosas imágenes, revolotearon y desaparecieron. Su aliento ardoroso, rebotando en el respaldo del diván, le quemaba el rostro; sus piernas no encontraban postura soportable, y el aire le soplaba por la espalda; pero, a pesar de lo mucho que todo esto le martirizaba, ya no tenía fuerzas para intentar cambiar de postura… Una pesadez obsesionante se apoderó poco a poco de él, inmovilizando sus miembros. Cuando se resolvió a levantar la cabeza, en el vagón había ya claridad. Los viajeros, poniéndose las pellizas, echaban a andar. El tren estaba parado. Los mozos de blancos delantales con insignias agitábanse junto a los viajeros a quienes cogían las maletas. Klimov se puso el capote y, maquinalmente, salió del vagón tras los demás. Le

parecía que el que andaba no era él, sino un extraño, con el que salían también del vagón, la sed, la fiebre y aquellas imágenes amenazadoras que le impidieran dormir durante la noche. Como un autómata, recogió el equipaje que venía facturado y alquiló un *isvoschik*. El cochero le pidió un rublo veinticinco *kopekas* por llevarle hasta la calle Povarskaia, y él, sin regatear nada, tomó obedientemente asiento en el trineo. Aquella diferencia de cifras le era incomprensible, pero el dinero no tenía ya para él ningún valor.

Ya en casa, salieron a recibir a Klimov su tía y su hermana Katia, muchacha de dieciocho años. Cuando se saludaron, Katia tenía entre las manos un cuaderno y un lápiz, lo cual hizo recordar a Klimov que la joven estaba preparando su examen de maestra. Sin contestar a preguntas ni saludos, tan sólo temblando de fiebre, atravesó todas las habitaciones, y al llegar ante su cama se desplomó sobre la almohada. El estoniano, la gorra roja, la señora de los dientes blancos, el olor a carne asada, las oscilantes manchas, apoderándose de él, le impedían ya saber dónde se encontraba y escuchar las voces inquietas a su alrededor. Cuando recobró el sentido, se vio acostado en la cama, vio la jarra del agua y vio a Pavel, sin que nada de esto le produjera la menor sensación de blandura, frescor ni comodidad. Sus piernas y sus brazos no encontraban postura cómoda; la lengua pegábasele al paladar y escuchaba el sollozo de la pipa del estoniano.

Junto a la cama, empujando a Pavel con la ancha espalda, se movía un robusto doctor de barba negra.

—¡No es nada, joven!… ¡No es nada! —oíasele mascullar—. ¡Perfectamente! ¡Perfectamente!… ¡Esí!… ¡Esí!…

El doctor llamaba joven a Klimov y pronunciaba *e* en lugar de *a* en la palabra así.

—¡Vaya, vaya, vaya! —oíale decir—. ¡Perfectamente, joven! ¡No hay por qué preocuparse!

El tono protector y apresurado del médico, su fisonomía satisfecha y aquel condescendiente «joven», molestaban a Klimov.

—¿Por qué me llama usted joven? —gimió—. ¿Qué confianza es esa?… ¡Al diablo con usted!

Su propia voz le asustó. Era ésta tan seca, débil y cantarina, que no había manera de reconocerla.

—¡Perfectamente! ¡Perfectamente! —masculló el doctor sin ofenderse lo más leve—. ¡No hay que enfadarse!… ¡Esí, esí!…

También en casa volaba el tiempo con la misma velocidad que en el vagón. La luz del día apagábase a cada momento en el dormitorio, dando paso

al crepúsculo vespertino. Diríase que el doctor no se apartaba del lado de la cama y que en todo instante se oía su «¡Esí…, esí!…». Una serie de rostros atravesaba sin interrupción la alcoba. Allí estaban Pavel, el estoniano, el capitán Iaroschevich, el sargento Maksimenko, la gorra roja, la señora de los dientes blancos, el doctor… Todos hablaban, gesticulaban, fumaban y comían. Hasta una vez a la luz del día, vio Klimov al padre Aleksandr, el cura de su regimiento, vestido con casulla y con el misal en la mano, murmurando algo con una cara tan seria como jamás se la había visto Klimov. El teniente recordó que el padre Aleksandr a todos los oficiales católicos los llamaba amistosamente *Liaji*[178], y deseando hacerle reír, gritó:

—¡El *liaj* Iaroschevich, padre, se fue corriendo al bosque![179].

Pero el padre Aleksandr, hombre de carácter risueño y alegre, lejos de reír se puso todavía más serio e hizo la señal de la cruz sobre Klimov. Por la noche, una tras otra, entraban y salían silenciosamente dos sombras: la tía y la hermana. La sombra de la hermana se ponía de rodillas y oraba. Al inclinarse ante la imagen, inclinábase también en la pared su sombra gris, resultando ser dos las sombras que imploraban a Dios. Constantemente olía a carne asada y a pipa de estoniano, pero una vez Klimov percibió un penetrante olor a incienso y agitándose lleno de náuseas empezó a gritar:

—¡Incienso! ¡Quitadlo!

Nadie contestó. Sólo en alguna parte, a lo lejos, cantaban voces bajas de sacerdotes en tanto que alguien corría por la escalera.

Cuando Klimov volvió de su delirio, en el dormitorio no había un alma. El sol matutino, pegando fuertemente contra la ventana, atravesaba la cortina corrida, y uno de sus rayos, tembloroso y fino como un filo, jugueteaba sobre una jarra. Oíase un ruido de ruedas, lo que significaba que las calles estaban ya limpias de nieve. El teniente miró aquel rayo, el mobiliario familiar, a la puerta, y lo primero que hizo fue echarse a reír. Una dulce, feliz y cosquilleante risa hacía temblar su pecho y su vientre, y de todo su ser, de pies a cabeza, se apoderó la sensación de una dicha sin límites. De esa alegría del vivir que sin duda experimentó el primer hombre en el instante de ser creado y ver por primera vez el mundo. Klimov experimentó un deseo apasionado de movimiento, de ver gente, de hablar… Su cuerpo yacía inmóvil; sólo sus manos se movían, pero él apenas reparaba en ello; toda su atención estaba prendida en los detalles. Regocijábale su respiración, su risa… Regocijábale que existieran en el mundo una jarra, un techo, un rayo de luz y un pedazo de cinta en una cortina. Aquel mundo de Dios, hasta contemplado desde un recinto tan estrecho como un dormitorio, se le antojaba

maravilloso, variado, grande… Cuando apareció el doctor, hallábase el teniente pensando en qué simpático era éste, qué bella cosa la medicina y cuán buenas e interesantes en general eran todas las personas.

— ¡Vaya, vaya, vaya!… —decía el doctor—. ¡Perfectamente! ¡Perfectamente!… ¡Ya estamos sanos!… ¡Esí, esí!…

El teniente le escuchaba y reía alegremente. Recordó al estoniano, a la dama de los dientes blancos, al jamón, y sintió ganas de fumar y de comer.

—¡Doctor! —dijo—. ¡Mande que me den una rebanada de pan negro con sal y unas sardinas!

El doctor se negó a esto. Pavel desatendió la orden y no fue a buscar el pan. El teniente, no pudiendo soportarlo, se echó a llorar como un niño caprichoso.

—¡Chiquitín!… —rió el doctor—, ¡Máaa!… ¡Máaaa!… ¡Ay!…

Klimov se echó también a reír, y cuando se fue el doctor se quedó profundamente dormido. Despertóse con la misma alegría y sensación de felicidad. Junto a su cama estaba sentada la tía.

— ¡Ah tía!… —se alegró—. ¿Qué es lo que he tenido?

—El tifus exantemático.

—¿Sí?… ¡Ahora ya me encuentro bien! ¡Muy bien!… ¿Y Katia? ¿Dónde está?

—No está en casa. Habrá ido seguramente a algún sitio después de su examen…

Al decir esto, la anciana inclinó la cabeza sobre su labor de media. Sus labios temblaron, volvió la cabeza y de repente se echó a llorar. En un arrebato de desesperación y olvidando que el doctor lo había prohibido, exclamó:

—¡Oh Katia! ¡Katia!… ¡Ya no tenemos a nuestro ángel!… ¡Ya no le tenemos!… Su labor de punto cayó al suelo, y al agacharse para recogerla, la cofia resbaló de su cabeza. Viendo ésta cubierta de canas y sin comprender nada, Klimov, inquieto por Katia, preguntó:

—¿Dónde está…, tía?

La vieja, que ya había olvidado a Klimov y sólo pensaba en su pena, dijo:

—¡Se le contagió el tifus de ti y… murió! ¡Hace tres días que la enterramos!

Tan terrible e inesperada noticia se apoderó por entero de la conciencia de Kiimov, pero ni su espanto ni su fuerza fueron capaces de vencer la alegría animal que invadía al oficial convaleciente. Este lloró, rió y empezó pronto a enfadarse porque no le daban de comer.

Sólo una semana después, cuando vestido con una bata y apoyado en Pavel fijó la mirada en el cielo gris de la primavera y escuchó el áspero ruido de unos viejos raíles que eran transportados bajo su ventana, su corazón se encogió de dolor y, echándose a llorar, apoyó su frente en el quicio de aquélla.

—¡Qué desgraciado soy!… —balbució—. ¡Dios mío!… ¡Qué desgraciado!

Y su sentimiento de alegría cedió el paso al tedio vulgar de la vida cotidiana y al dolor de una pérdida irreparable.

PROBLEMA

CON el fin de que el secreto de la familia Uskov no trascienda de algún modo a la calle, las más severas medidas han sido adoptadas. A la mitad de la servidumbre le ha sido dado permiso para ir al teatro y al circo; la otra mitad permanece en la cocina sin salir de casa. Hay orden de no recibir a nadie. La esposa del tío del coronel, su hermana y la institutriz, aunque en el secreto, aparentan no saber nada. Están sentadas en el comedor y por ningún motivo se asoman a la sala ni al salón.

Sascha Uskov, el joven de veinticinco años culpable de todo este alboroto, ha llegado hace tiempo, y siguiendo el consejo de su tío (por línea materna) y defensor, el bondadosísimo Iván Markovich, está sentado junto a la puerta que conduce al despacho en humilde actitud y preparándose para una explicación franca y sincera.

Al otro lado de la puerta del despacho se celebra un consejo de familia. La conversación tiene por tema algo muy desagradable y delicado.

Es el caso que Sascha Uskov presentó al cobro en un establecimiento bancario una letra falsa, cuyo vencimiento había tenido lugar tres días antes, y que ahora los dos tíos por línea paterna e Iván Markovich (tío suyo por línea paterna), dilucidan el problema de sí han de pagar la letra y salvar el honor de la familia o desentenderse y dejar el caso en manos de las autoridades judiciales. Para las personas no interesadas en un asunto, semejantes cuestiones parecen fáciles de resolver, pero para aquellas que han de resolverlas seriamente, son extremadamente difíciles. Hace ya tiempo que los tíos están discutiendo sin haber avanzado un paso en la resolución del problema.

—¡Señores!… —dice el tío coronel, en cuya voz se percibe un dejo de cansancio y amargura—. ¡Señores!… ¿Quién dice que el honor familiar sea un prejuicio?… ¡Lo que yo digo no es eso!… ¡Me limito a ponerles en guardia contra una consideración equivocada!… ¡Señalo la posibilidad de un error imperdonable!… ¿Es posible que no lo comprendan?… ¡No estoy hablando en chino! ¡Estoy hablando en ruso!

—Querido… ¡Sí que lo comprendemos! —dice tímidamente Iván Markovich.

—¡Qué han de comprender, si luego dicen que yo niego el concepto del honor familiar!… Otra vez lo repito: «El honor familiar falsamente comprendido es un prejuicio». ¡Falsamente comprendido!… ¡Lo que yo digo es eso!… ¡Sean cuales sean los motivos, el esconder y dejar sin castigo a un bribón, sea éste quien sea, va contra la ley y es indigno de una persona íntegra!… ¡Eso no puede considerarse salvaguardia del honor familiar, sino cobardía ciudadana!… ¡Miren, por ejemplo, el ejército!… ¡El honor del ejército es para nosotros el más precioso de todos los honores…, y, sin embargo…, lejos de ocultar a nuestros miembros culpables, los juzgamos!… ¿Y qué resulta de ello?… ¿Sufre acaso merma el honor del ejército?… ¡Al contrario!

El segundo tío, por línea paterna, un funcionario de la Delegación de Hacienda, hombre silencioso, reumático y de inteligencia poco despejada, guarda silencio e interviene únicamente para decir que, en el caso de un proceso, el apellido Uskov aparecerá en la Prensa. En su concepto, el asunto tiene que zanjarse en sus comienzos y no darle publicidad. Excluida esta referencia a los periódicos, no opina de ninguna otra manera.

El tío por línea materna, el bondadosísimo Iván Markovich, se expresa sosegadamente, con un temblor en la voz. Empieza por decir que la juventud reclama sus derechos y está sujeta a la influencia de cuanto ejerce atracción sobre ella. ¿Quién de nosotros no ha sido joven y no se ha sentido atraído por alguna cosa?… Sin hablar ya de los mortales vulgares, hasta los grandes espíritus no pudieron evitar en su juventud el sucumbir a estos atractivos y cometer errores. Sirvan de ejemplo las biografías de los grandes escritores. ¿Cuál de ellos, siendo joven, dejó de beber, de perder dinero al juego y de atraerse la cólera de las personas sensatas?… Si el señuelo a que sucumbió Sascha linda con el crimen, téngase en cuenta que el muchacho no había recibido ninguna instrucción, y que en el quinto año de colegio fue expulsado de éste. Habiendo perdido a sus padres en la primera infancia, encontróse desde la edad más tierna privado de vigilancia y de buenas y saludables influencias. Es hombre nervioso, fácilmente excitable y no pisa terreno firme; pero, sobre todo, hay que decir que la suerte ha pasado de largo ante él. Aun suponiendo que sea culpable, merece que se le aprecien atenuantes y que todas las almas caritativas le tiendan la mano. Desde luego es natural que se le castigue, aunque bastante le han castigado ya la propia conciencia y los tormentos que experimenta ahora esperando el fallo de sus parientes. En

cuanto a la alusión al ejército hecha por el coronel en relación al caso, ésta es encantadora y hace honor a su elevada inteligencia. Su llamamiento al buen comportamiento ciudadano habla en favor de la nobleza de su alma, pero no hay que olvidar que, dentro de cada individuo, se unen el ciudadano y el cristiano… ¿Quebrantaríamos acaso el deber ciudadano —exclama con acento inspirado Iván Markovich— por tender una mano de ayuda a este muchacho delincuente en lugar de sentenciarle?

Luego Iván Markovich prosigue hablando del honor familiar. A él, particularmente, no le cabe la honra de pertenecer a la casta de los Uskov, pero sabe perfectamente que esta célebre casta tuvo su origen en el siglo XIII. Tampoco olvida ni por un momento que su inolvidable y entrañablemente amada hermana fue esposa de uno de los representantes de esta casta. Dicha casta, en una palabra, es por múltiples razones sumamente preciosa y no puede permitirse siquiera el pensar que unos mil quinientos rublos cualesquiera puedan arrojar la más ligera sombra sobre un árbol genealógico, tan por encima de todo precio. Si cuantas razones acaba de exponer no son lo suficientemente convincentes, él entonces, Iván Markovich, propone a los oyentes definan lo que constituye en realidad un delito. Un delito es una acción amoral que tiene por base la mala voluntad. Pero… ¿acaso es libre la voluntad humana?… Sobre esta cuestión la ciencia no ha dado todavía una respuesta afirmativa. Los sabios sustentan distintos puntos de vista. La nueva escuela Lombroso, por ejemplo…, no reconoce la libre voluntad y considera todo delito como un producto puramente anatómico de determinadas particularidades del individuo.

—¡Iván Markovich! —dice con voz suplicante el coronel—. ¡Estamos hablando en serio… de un tema importante… y nos sale usted con Lombroso!… ¡Es usted un hombre inteligente!… ¡Reflexione un poco!… ¿Por qué dice usted todo eso? ¿Será posible que crea que con esas grandes frases y esa retórica va a darnos la respuesta a esta interrogación?

Sascha está sentado junto a la puerta y escucha. No siente miedo, ni vergüenza, ni aburrimiento. Sólo cansancio y un vacío en el alma. Se le figura absolutamente igual para él que le perdonen como que no le perdonen. Ha venido aquí a esperar su sentencia y ofrecer sus explicaciones únicamente porque así se lo ha rogado el bondadosísimo Iván Markovich. No teme al porvenir, le da lo mismo estar en un sitio que en otro; aquí, en el salón, en la cárcel o en Siberia. ¡Qué diablos!… ¡Si hay que ir a Siberia irá a Siberia!… La vida le aburre y se ha vuelto para él insoportablemente enojosa. Se encuentra enredado en deudas y no puede salir de ellas; en el bolsillo no tiene

ni un *grosch*; los parientes le asquean, y de los amigos y las mujeres tendrá que separarse más tarde o más temprano, porque ya éstos miran con demasiado desprecio su papel de gorrón. Su futuro es sombrío. Indiferente a todo, sólo una cosa le solivianta, y es ésta: al otro lado de la puerta se le llama canalla y criminal. A cada momento se siente dispuesto a levantarse de un salto, a entrar como una tromba en el despacho y contestar a la asquerosa voz metálica del coronel con este grito: «¡Miente usted!».

¡Criminal es una palabra terrible!… Con ella se califica a los asesinos, ladrones, bandidos y, en general, a todas las personas malas y a los perdidos moralmente… ¡Sascha está demasiado lejos de todo eso!… ¡Cierto que debe mucho y que no paga sus deudas!… ¡Las deudas, sin embargo, no son un delito y rara es la persona que no las tiene!… ¡El coronel e Iván Markovich están llenos de ellas!…

«¿Qué más pecados tengo?», piensa Sascha.

¡Sí que presentó al cobro una letra falsa…, pero eso lo hacen todos los jóvenes que él conoce…! ¡Jandrikov y von Burst, por ejemplo, siempre que les falta dinero usan en una letra el nombre de sus padres y conocidos, y cuando les mandan dinero de sus casas las recuperan antes de que venzan!… ¡Eso es lo que había hecho Sascha, y si no la pudo recuperar fue porque no recibió el dinero que Jandrikov le prometió prestarle!… ¡No es él por tanto el culpable, sino las circunstancias!… ¡Claro que utilizar una firma ajena está considerado como un acto delictivo; pero eso no quiere decir que sea un crimen, sino una operación generalmente admitida!… ¡Un procedimiento feo que no encierra en sí nada perjudicial, puesto que Sascha, al falsificar la firma del coronel, no pensaba hacer daño a nadie ni ocasionarle la menor pérdida!

«No…, eso no quiere decir que sea un criminal…», piensa Sascha en tanto que al otro lado de la puerta continúa la discusión.

—¡Señores!… ¡Esto se prolonga hasta lo infinito! —exclama, excitado, el coronel—. ¡Supongamos que ya le hemos perdonado y pagado la letra!… ¡Después de esto, él continuará llevando una vida disoluta, derrochando dinero, contrayendo deudas y yendo a nuestros sastres a encargarse trajes a nuestro nombre!… ¿Pueden ustedes responder de que vaya a ser ésta su última trastada?… ¡Por lo que a mí se refiere, no creo ni poco ni mucho en su enmienda!

El funcionario de Hacienda masculla algo en contestación, tras de lo cual Iván Markovich empieza a hablar suave y sosegadamente. El coronel, impaciente, agitándose en la silla, ahoga sus palabras con su asquerosa voz

metálica. Por fin la puerta se abre, y del despacho sale Iván Markovich. En su escuálido rostro afeitado han brotado unas manchas rojas.

—¡Ven! —dice, cogiendo a Sascha por la mano—. ¡Ven y explícate con sinceridad!… ¡Sin orgullo, querido!… ¡Humildemente y de todo corazón!

Sascha se dirige al despacho. El funcionario de la Delegación de Hacienda está allí sentado. El coronel, con las manos en los bolsillos, en pie ante la mesa, apoya en la silla una rodilla. El ambiente del despacho, enrarecido por el tabaco, es sofocante. Sascha no mira al funcionario ni al coronel. Se encuentra de pronto avergonzado y temeroso; mira inquieto a Iván Markovich y balbucea:

—Lo pagaré… Lo devolveré todo…

—¿Con qué contabas al presentar al cobro la letra? —oye decir a la voz metálica.

—¡Yo… Jandrikov me había prometido prestarme el dinero para esta fecha!…

Esto es todo lo que puede decir Sascha. Al salir del despacho vuelve a sentarse en la silla, junto a la puerta. De buena gana se marcharía ya, pero ahora es el odio el que le ahoga y ansía quedarse para cortarle la palabra al coronel y soltarle alguna impertinencia, y mientras, allí, sentado, piensa en qué poder decir de fuerte y contundente al odioso tío.

De la puerta de la sala, y envuelta en crepúsculo, surge una figura femenina. Es la mujer del coronel. Llamando hacia sí a Sascha, retorciéndose las manos y llorando, le dice:

—¡Alexandre!… ¡Ya sé que usted no me quiere pero escúcheme!… ¡Escúcheme, se lo ruego, amigo mío!… ¿Cómo ha podido ocurrir todo esto?… ¡Es terrible! ¡Terrible!… ¡Por el amor de Dios, suplíqueles!… ¡Defiéndase!… ¡Ruégueles!

Sascha mira los hombros estremecidos, las gruesas lágrimas que resbalan por las mejillas; oye tras de sí las voces nerviosas de aquellas personas cansadas y atormentadas y se encoge de hombros. ¡No hubiera esperado nunca que sus aristocráticos parientes armaran tal alboroto por unos miserables mil quinientos rublos!… Todo le resulta incomprensible: las lágrimas, el temblor de las voces…

Una hora después oye cómo el coronel sale vencedor y cómo el tío se somete a que el asunto sea dejado en manos de las autoridades judiciales.

—¡Ya está decidido! —dice, suspirando, el coronel—. ¡Basta!

Una vez adoptada semejante determinación, el ánimo de los tíos decae notablemente y se hace el silencio.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!… —suspira Iván Markovich—. ¡Pobrecita mía!

Y pausadamente empieza a hablar de cómo ahora se encuentra invisiblemente en el despacho su hermana, la madre de Sascha. ¡Su alma percibe la presencia de esta santa y desgraciada mujer llorando, sufriendo y rogando por su niño!… ¡Para su paz en el otro mundo necesitaría que se tuviera piedad de Sascha!… Se oyen sollozos. Iván Markovich llora y balbucea algo que a través de la puerta no puede distinguirse. El coronel se levanta y se pone a pasear por la estancia. De nuevo se entabla una larga discusión.

He aquí, sin embargo, que en el reloj de la sala dan las dos, El consejo de familia ha terminado. Para no ver al hombre que le ha quemado tanta sangre, el coronel abandona el despacho por el recibimiento en lugar de por el salón. Iván Markovich entra en éste. Está excitado y se frota alegremente las manos. Sus ojos, que aún conservan huellas de llanto, tienen una mirada risueña, y su boca se tuerce en una sonrisa.

—¡Perfectamente! —dice a Sascha—. ¡Gracias a Dios!… Ya puedes, amigo mío, irte a casa y dormir tranquilo. Hemos resuelto pagar la letra, pero con una condición: la de que te arrepientas y mañana mismo salgas para la hacienda a trabajar en ella.

Un minuto después, Iván Markovich y Sascha, con abrigo y gorro puestos, bajan la escalera: El tío masculla algo en tono de amonestación, pero Sascha no le escucha y siente cómo, poco a poco, una terrible y pesada carga se desprende de sus hombros. Ha sido perdonado. Está libre. La alegría entrando violentamente, como un golpe de viento, en su pecho, envuelve su corazón en un dulce frescor. ¡Tiene deseos de respirar, de moverse de prisa, de vivir!… La vista de los faroles y del cielo negro le recuerda que hoy, en Medved[180], Jandrikov festeja su santo y la alegría se apodera de nuevo de su alma…

—Iré —decide.

Pero en aquel momento se acuerda de que no dispone ni de una *kopeka* y de que los amigos con quienes piensa reunirse le desprecian ahora por su penuria. Tiene que procurarse dinero a cualquier precio…

—¡Tío!… ¡Préstame cien rublos! —dice a Iván Markovich.

El tío, asombrado, mira su rostro y retrocede hacia el farol.

—¡Préstamelos! —apremia, impaciente, Sascha, cuyo aliento comienza a entrecortarse—. ¡Tío! ¡Te lo ruego! ¡Dame cien rublos!

Su rostro se ha contorsionado; tiembla y avanza ya hacia el tío.

—¿No me los vas a dar? —pregunta al ver que éste, todavía sorprendido, continúa sin comprender—. ¡Escucha!… ¡Si no me los das, mañana mismo

me denuncio! ¡No les dejaré pagar la letra!… ¡Mañana mismo presento otra letra falsa!

Aturdido por el espanto y en medio de un balbuceo incoherente. Iván Markovich saca de la cartera un billete de cien rublos y se lo entrega a Sascha. Éste lo coge rápidamente y se aleja de él…

Cuando alquila un *isvoschik*, Sascha se serena y siente cómo en su alma penetra de nuevo la alegría. Los derechos de la juventud, a los que se refería durante el consejo de familia el bondadosísimo Iván Markovich, otra vez despiertos, rompen a hablar. Sascha se representa ya la futura francachela, y por su mente, a través de botellas, mujeres y amigos pasa raudo un pensamiento insignificante: «Ahora veo que soy un criminal… ¡Sí! ¡Soy un criminal!».

CARAMILLO

CON paso desmadejado por efecto del ambiente sofocante que reinaba en la espesura del pinar, lleno de telas de araña y atravesado de púas de pino, dirigíase al claro del bosque Melitón Schischkin, el administrador de la hacienda Demeñtievo. Su perra *Dimka*, mezcla de callejero y *setter*, preñada y extremadamente flaca, arrastrábase tras su amo con el rabo entre las patas, esforzándose en no pincharse el hocico.

La mañana era fea, sombría… De los árboles, envueltos por una niebla ligera, y del helecho, caían gruesas gotas. La humedad del bosque exhalaba un penetrante olor a podrido. Ante él, donde se aclaraba la espesura, veíanse abedules a través de cuyos troncos y ramas divisábase una brumosa lejanía. Alguien, al otro lado de los abedules, tañía un caramillo pastoril de rústica hechura. El tañedor no dejaba oír arriba de cinco o seis notas que prolongaba perezosamente, sin esforzarse en formar con ellas una frase melódica; sin embargo, en su chillido apreciábase un algo severo y profundamente triste.

Al aclararse la espesura y cuando los abetos dejaron de aparecer mezclados a los jóvenes abedules, Melitón divisó un rebaño. Caballos con las patas trabadas, vacas y ovejas vagaban entre los arbustos, y haciendo crujir las ramas olfateaban la hierba del bosque. En el claro de éste, y apoyado en el tronco de un mojado abedul, hallábase un viejo y escuálido pastor vestido con una *sermiaga*, llena de rotos, y sin gorro. Con la mirada fija en tierra y meditabundo, tañía su instrumento, al parecer maquinalmente.

—¡Hola, abuelo!… ¡Que Dios te guarde!… —le saludó Melitón con una voz aguda y gangosa, impropia de su inmensa estatura y de su rostro grande y carnoso—. ¡Te das maña a soplar en el caramillo!… ¿De quién es este rebaño que sacas a pastar?

—De los Artamonov —contestó, como con desgana, el pastor, guardándose en la cintura el caramillo.

—¿Eso quiere decir entonces que también el bosque es de los Artamonov? —preguntó Melitón, dirigiendo una mirada a su alrededor—. ¡Claro!… ¡En

efecto, es de los Artamonov!… Ello significa que me he desviado… He sacado la carota toda arañada.

Y Melitón, sentándose sobre la tierra húmeda, se puso a liar un cigarro en papel de periódico. Todo en este hombre, desde la voz meliflua, era exiguo y no correspondía a su estatura, a la anchura de sus hombros ni a su rostro carnoso: ni la sonrisa, ni los ojuelos, ni los botoncitos, ni la gorrita que apenas se sostenía sobre la gruesa cabeza de cabellos rapados. Cuando hablaba y sonreía, su semblante rasurado y gordinflón y toda su figura traslucían algo femenil, tímido y sumiso.

—¡Vaya tiempecito, Dios mío! —dijo sacudiendo la cabeza—. No se ha empezado todavía a recoger la avena y ya se ha desencadenado la lluvia… —El pastor miró al cielo, del que caía una fina llovizna; al bosque, al traje mojado del administrador, y quedó un momento pensativo, pero no dijo nada.

—¡Así ha estado todo el verano!… ¡Malo para los campesinos y poco agradable también para los señores!

El pastor volvió a mirar al cielo, meditó un momento y dijo, arrastrando cada una de sus palabras, como si las masticara:

—¡Todo camina a su fin!… ¡Bueno, no hay que esperar nada!

—¿Y qué tal andan las cosas?… ¿Se ven por aquí polluelos de codorniz?

El pastor no contestó inmediatamente. Miró otra vez al cielo, meditó, parpadeó… Sin duda concedía gran importancia a sus palabras, que arrastraba al pronunciar, con una cierta solemnidad, como para aumentar su valor. Su rostro de viejo tenía una expresión punzante y severa, y como una cavidad atravesaba su nariz, dándole forma de silla de montar y dirigiendo a lo alto sus ventanillas, adquiría un aspecto astuto y burlón.

—No… No me parece haberlas visto… —contestó—. Eriomka, nuestro cazador, me dijo que creyó verlas el día de San Elías, cerca de Pustoschie, pero con seguridad miente. ¡Ahora hay poco pájaro!

—Sí, hermano, muy poco… Muy poco por todas partes. Bien pensado, la caza aquí es nula… Apenas hay, y la que hay no vale la pena de que se ensucie uno las manos… Todavía no ha crecido lo bastante… Es tan raquítica que le da a uno vergüenza mirarla —Melitón sonrió e hizo un ademán despreciativo—. ¡Pasa cada cosa ahora en este mundo, que le dan a uno ganas de reír y nada más!… ¡El pájaro hoy en día se ha vuelto absurdo!… ¡Empieza tardísimo a empollar, hasta el punto de que hay algunos que cuando llega el día de San Pedro no se han levantado todavía!… ¡A fe mía que así es!

—¡Todo camina a su fin! —dijo el pastor alzando el rostro—. El año pasado había poca caza; éste, aún menos, y dentro de unos cinco…, quizá…,

no diré ya caza…, ¡ni un pájaro quedará por aquí!

—Sí —asintió Melitón, tras meditar un momento.

El pastor sonrió amargamente y, meciendo la cabeza, prosiguió:

— ¡Asombroso!… ¿Y adónde ha ido a parar todo?… Hace unos veinte años recuerdo yo que andaban por aquí nubes de gansos, de grullas, de patos, de codornices… Ocurría que, a veces, cuando llegaban los señores para la caza, no se oía alrededor más que «pu, pu, pu, pu…». ¡Las becadas y las chochas no tenían fin!… Pues ¿y de otras aves más pequeñas? Había tantas como chorlitos y gorriones… ¡Una inmensidad! ¿Adónde ha ido a parar todo?… Hoy en día no se ve un pájaro. Ni siquiera de los malos. ¡Ni uno!… ¡Ni águilas, ni halcones, ni mochuelos!… De las demás clases de bichos, también hay menos. Hoy, hermano, un lobo o un zorro son una cosa rara…, para no hablar ya del oso o de la marta… ¡Y pensar que antes había hasta ciervos!… Hace unos cuarenta años que ando yo fiándome, uno por uno, en los asuntos de Dios, y así me los explico: ¡todo camina a su fln!…

—¿Qué fin?

—Un mal fin, muchacho… Hay que pensar que todo acabará destruyéndose… Ya le llegó la hora de perecer a este mundo de Dios… —el viejo se caló el gorro y levantó la vista al cielo—. ¡Es lástima! —suspiró tras un corto silencio—. ¡Qué lástima, Dios mío!… ¡Claro que es la voluntad de Dios!… ¡No somos nosotros, hermanito, los que hemos creado el mundo…, pero, de todos modos, es lástima!… ¡Sí, es una lástima, digamos, que se seque un árbol o se muera una vaca…; figúrate, buen hombre, la lástima tan grande que es que el mundo entero camine a su destrucción!… ¡Tanta riqueza, Señor Jesucristo!… El sol, el cielo, los bosques, los ríos, las criaturas…, ¡todo esto ha sido creado…, se ha amoldado, se ha acomodado lo uno a lo otro!… ¡Todo tiene su quehacer y ocupa su lugar!… ¡Y pensar que haya de perecer!…

Una triste sonrisa iluminó el rostro del pastor, y sus ojos parpadearon.

—¿Dices que la destrucción del mundo? —dijo Melitón tras un momento de meditación—. Tal vez esté próximo el fin del mundo, pero por eso de los pájaros precisamente no se puede juzgar… ¡Eso de los pájaros no da ninguna seguridad!…

—No son únicamente los pájaros… —dijo el pastor—. También las fieras, los animales domésticos, las abejas, los peces… Si no me crees, pregúntales a los viejos… Todos te dirán que el pez de ahora es completamente distinto de lo que era antes. En los mares, en los lagos, en los ríos…, cada año hay menos y menos peces… En el Peschañka, nuestro río,

recuerdo que en un tiempo se pescaban *schiuka* de una vara de largo. Había también *Iotas, ias* y *lesch*[181]… Cada pez de aquellos tenía su particularidad, pero hoy en día ¡ya puedes dar gracias a Dios si coges un *schurenka* o un *okuñ* que mida una cuarta!… ¡Ni siquiera encuentras un buen *iorsch*[182]! ¡Un año es peor que el otro, y si aguardas un poco…, verás cómo pronto se habrán acabado los peces!… ¡Pues, y, por ejemplo, los ríos de ahora!… ¡Todos se secan!

—Sí que es verdad que se secan.

—¡Desde luego!… ¡Cada año que pasa lo va dejando todo más mermado…! ¡Mermado, sí, hermano!… ¡Ya no hay aquellos remolinos!… ¿Ves esos arbustos? —preguntó el viejo, señalando hacia un lado—. Pues detrás hay un antiguo cauce por el que, cuando vivía mi padre, fluía el Peschañka… ¡Pero vete a ver ahora para dónde le ha empujado la fuerza maligna!… Ha cambiado de rumbo y seguirá cambiando hasta que se seque del todo… También al otro lado de Kurgasovo había pantanos y estanques, y hoy en día…, ¿dónde los hay?… Pues ¿y los riachuelos? ¿Adónde han ido a parar los riachuelos?… Por aquí, por este mismo bosque pasaba uno… ¡Tan ancho, que se podía pescar en él!… Los patos salvajes invernaban en su orilla…, pero hoy en día ni siquiera cuando va crecido lleva el agua que tiene que llevar… ¡Sí, hermano! ¡Mires a donde mires, por todas partes van mal las cosas!… ¡Por todas partes!

Se hizo el silencio. Melitón, con la mirada fija ante sí, estaba pensativo. Intentaba recordar un lugar siquiera de la Naturaleza al que no hubiera alcanzado aquella ruina general. Por la niebla y los rayos diagonales de la lluvia, como por cristales empañados, resbalaron unas claras manchas que se apagaron al instante. Era el sol naciente esforzándose en atravesar las nubes y mirar a la tierra.

—Sí… Los bosques también… —masculló Melitón.

—¡Los bosques también!… —repitió el pastor—. ¡Se les tala, se incendian, se secan… y no crecen otros nuevos! ¡A todo lo que crece se lo tala en seguida!… ¡Hoy nacen y mañana ya está la gente cortándolos!… ¡Y así sin parar, hasta que no quede nada!… Yo, buen hombre, desde la abolición de la esclavitud, estoy llevando a pacer al rebaño…, y antes de ella estaba ya de pastor en casa de los señores y traía el rebaño a pastar a este mismo sitio, sin que recuerde día de verano en que no haya estado aquí. ¡Desde entonces me estoy fijando en la obra de Dios!… ¡He observado mucho en mi vida, hermano, y ahora me hago esta cuenta: no hay planta que

no camine a su destrucción!… ¡Mira el centeno, por ejemplo, o cualquier legumbre o florecita!… ¡Todas las cosas van a parar a lo mismo!

—La gente, en cambio, es mejor ahora.

—¿Y en qué es mejor?

—Es más inteligente.

—¿Inteligente?… ¡Puede que sea verdad!… Pero… ¿para qué le sirve? ¿Qué falta le hace a la gente la inteligencia si todo va a perderse?… ¡Se puede perecer sin inteligencia!… ¿Para qué necesita el cazador la inteligencia si no hay caza?… Yo me hago esta cuenta: Dios dio inteligencia al hombre, pero le quitó la fuerza… La gente se volvió muy floja…, sumamente floja… Yo, por ejemplo…, no valgo ni un *grosch*; soy el último *mujik* de la aldea, pero, sin embargo, muchacho, ¡tengo fuerza! ¡Fíjate!… ¡Voy a cumplir pronto los setenta y me paso el día entero con el rebaño y a la noche voy también de pastoreo por veinte *kopekas*, me las paso sin dormir y no tengo frío…! Mi hijo es más inteligente que yo, pero hazte cargo: mañana mismo tendrá que pedir un aumento de sueldo y se pondrá en cura. ¡Así es!… Yo, no como de nada que no sea pan… «El pan nuestro de cada día dánosle hoy…». Mi padre no comía más que pan, ni mi abuelo…, mientras que al *mujik* de estos tiempos tienes que darle vodka y panecillos, duerme de aurora a aurora y necesita asistencia médica y otros mimos… ¿Y todo por qué?… ¡Porque es flojo! ¡No tiene fuerzas!… ¡Puede que él mismo quisiera no dormirse…, pero como los ojos se le pegan…, no hay nada que hacer!

—Es verdad —asintió Melitón—. El *mujik* de hoy no vale nada.

—¡Y no hay que esconder el pecado…, que cada año estamos peor!… ¡Los señores, por ejemplo, se han vuelto todavía más flojos que los *mujiks*! ¡El señor de hoy en día ha llegado al colmo! ¡Sabe hasta cosas que no necesita para nada saber!… ¿Y de qué le sirven?… Sólo de mirarle le da a uno pena… Delgaducho…, miserabluco… ¡Como cualquier húngaro o francés!… ¡No se le ve prestancia!… ¡No tiene de señor más que el nombre!… ¡Estos no son lugares ni asuntos para él y no acierta uno tampoco a comprender lo que le convendría!… ¡Tan pronto está sentado con una caña en las manos, pescando, como echado tripa arriba, leyendo un libro o metido en conversación con los *mujiks*!… ¡Los que están hambrientos se hacen escribientes…, y así viven, porque no tienen inteligencia para lo que les corresponde!… ¡De los señores de antes, la mitad eran generales…; los de ahora, en cambio, son verdadera gentecilla!

—Se han empobrecido mucho —dijo Melitón.

—¡Por eso precisamente se han empobrecido! ¡Porque Dios les quitó la fuerza! ¡Contra Dios no se puede ir!

Melitón clavó la mirada en un punto. Después de meditar un momento, suspiró a la manera de las gentes juiciosas y serias, y acompañándose de un movimiento de cabeza, dijo:

—Y todo esto…, ¿por qué?… ¡Porque pecamos mucho y porque nos hemos olvidado de Dios!… ¡Por eso ha llegado el momento de que todo acabe! ¡Hay que decir también que el mundo no puede existir siempre!… ¡Que tiene que terminarse algún día!

El pastor suspiró, y como deseando poner fin a un tema ingrato, se apartó del abeto y se puso a contar con la vista las vacas.

—¡Gue!… ¡Gue!… ¡Gue!… —gritó—. ¡No se puede con vosotras! ¿Adónde vais, malditas?…

Con rostro enojado se encaminó hacia los arbustos con objeto de reunir el rebaño. Melitón, levantándose, dirigióse a su vez hacia el claro del bosque. Iba pensativo, con la vista fija en el suelo. Intentaba recordar algo que la muerte no hubiera rozado todavía. De nuevo, por los rayos diagonales de la lluvia, resbalaron unas claras manchas que saltando sobre las cimas del bosque fueron a apagarse en el húmedo follaje. *Dimka*, que había encontrado un erizo debajo de un arbusto y deseaba atraer la atención de su amo, prorrumpió en feroces ladridos.

—¿Tuvisteis eclipse de sol? —preguntó a gritos el pastor desde el otro lado de los arbustos.

—Sí —contestó Melitón.

—¡Por todas partes se queja la gente de lo mismo!… ¡Eso significa, hermano, que también en el cielo hay desórdenes!… ¡Por algo fue aquel eclipse!… ¡Gue!… ¡Gue!… ¡Gue!…

Una vez reunido el rebaño en el claro, el pastor se apoyó en un abedul, miró al cielo, sacóse de la cintura, con movimiento pausado, el caramillo y se puso a tañerlo. Como antes, tocaba maquinalmente, utilizando sólo cinco o seis notas; como si aquel caramillo hubiera caído por primera vez en sus manos, y ello fuera causa de que los sonidos salieran de él indecisos, desordenados, sin componer una frase melódica. Melitón, sin embargo, que meditaba sobre la destrucción del mundo, creía percibir en ellos algo triste, enojoso, que de buena gana hubiera preferido no oír. Las notas más agudas, más chirriantes, interrumpiéndose, entrecortándose, parecían llorar con desconsuelo, como si el caramillo estuviera enfermo o asustado, y las más bajas hacían evocar la niebla, los árboles melancólicos y el cielo gris.

Semejante música estaba en consonancia con el tiempo, el viejo y sus discursos. Melitón sintió gana de lamentarse, por lo que, acercándose al viejo y fijando la mirada en el triste rostro burlón y en el caramillo, masculló:

—¡Y ahora también, abuelo, la vida es peor!… ¡Se ha puesto completamente imposible!… ¡Malas cosechas!… ¡Pobreza!… el ganado que se muere…, enfermedades…, ¡y uno cada vez más necesitado!…

El rostro gordinflón del administrador se volvió de un rojo carmesí y adquirió una expresión triste. Sus dedos se movieron como si estuviera buscando palabras adecuadas con que expresar su indefinible sentimiento y prosiguió:

—¡Ocho niños…, mujer…, mi madre, que todavía vive, y de sueldo diez rublos al mes y sin manutención!… ¡La pobreza me ha hecho hartarme de mi mujer y bebo y me emborracho todos los días!… ¡Soy un hombre juicioso…, serio…, tengo instrucción!… ¡y, en lugar de estarme tranquilo en mi casa, me paso el día entero de aquí para allá, con la escopeta al hombro, sencillamente porque no puedo más!… ¡Mi casa me da asco!

Sintiendo que su lengua balbucía ya algo diferente a lo que había pretendido expresar, hizo un gesto desalentado y acabó diciendo con amargura:

—¡Si el mundo está destinado a perecer, que perezca más de prisa!… ¿Para qué tardar tanto y hacer sufrir a la gente?

El viejo retiró de sus labios el caramillo y guiñando un ojo, miró por la pequeña abertura. Unas gotas de agua, como lágrimas, salpicaban su rostro. Sonriendo dijo:

—¡Qué pena hermanito!… ¡Dios mío, qué pena!… ¡La tierra, el bosque, el cielo, las criaturas! ¡Que todo esto que ha sido creado, acomodado!… ¡Que todas estas cosas en las que hay capacidad de inteligencia vayan a perecer sin utilidad ninguna!… ¡Y, sin embargo, es verdad…, lo que más pena dan son las personas!…

Un ruido de lluvia que procedente del bosque acercábase al claro, hizose perceptible. Melitón miró en dirección a aquel sonido y, abrochándose todos los botones de la chaqueta, dijo:

—Me marcho a la aldea. Adiós, abuelo. ¿Cómo te llamas?

—Luka *el Pobre*.

—Pues adiós, Luka… Gracias por tus buenas palabras… *¡Dimka! ¡Ici!*

Tras despedirse del pastor, Melitón arrastró su paso primero por el claro, después, a través del prado, que poco a poco se convertía en pantano.

Bajo sus pies sollozaba el agua y el roñoso esparganio, todavía verde y jugoso, se inclinaba hacia la tierra, como temiendo morir bajo aquellas pisadas. Al otro lado del pantano, junto a la orilla del Peschañka de que hablara el abuelo, había sauces, tras los cuales, divisábase, azul entre la bruma, el granero de los señores. Presentíase la proximidad de aquella estación desdichada, cuyo paso nadie puede detener, en la que los campos se tornan oscuros; la tierra, sucia y fría; el sauce, con lágrimas resbalando por su tronco, se inclina aún más tristemente y sólo las grullas escapan a la ruina general; aunque también éstas, al alejarse y, como si temieran ofender al dolor de la Naturaleza con la expresión de su gozo, vuelan llenando los cielos de una aflictiva y acongojada canción.

Mientras, arrastrando el paso, se dirigía al río, Melitón advirtió que poco a poco, tras él, se iban extinguiendo los sonidos del caramillo. Su ánimo continuaba dispuesto a la queja. Miraba tristemente a su alrededor. Estaba invadido por una compasión irreprimible hacia el cielo, la tierra, el sol, el bosque y hacia su propia *Dimka*. Y cuando la nota más alta del caramillo, prolongándose temblorosa como la voz de un hombre que llora, cruzó volando el aire, Melitón experimentó un profundo amargor, un sentimiento de ofensa por aquel desorden que observaba en la Naturaleza.

La notita aguda cortóse tras un ligero temblor y el caramillo calló.

PRINCESA

POR la gran puerta cochera llamada Portalón Rojo del monasterio de monjes N*** entró un carruaje tirado por cuatro bonitos y bien cebados caballos. Monjes y novicios, agrupados en aquella parte del edificio de la fonda destinada a albergue de la nobleza, habían reconocido ya desde lejos, por el cochero y los caballos, en la señora sentada en el carruaje, a la figura familiar de la princesa Vera Gavrilovna.

Un viejo, vestido de librea, saltó del pescante y ayudó a la princesa a bajarse del carruaje. Ésta alzó un oscuro velo y, sin apresuramiento, se acercó a los monjes para recibir la bendición. Luego, tras saludar afectuosamente a los novicios con una inclinación de cabeza, se retiró a sus aposentos.

—¿Qué?… ¿Se aburrieron ustedes sin su princesa? —dijo a los monjes que transportaban su equipaje—. ¡Todo un mes sin aparecer por aquí!… Pero, en fin…, ¡ya he llegado! ¡Miren a su princesa!… ¿Y el padre prior…, dónde está?… ¡Dios mío!… ¡Me consumo de impaciencia!… ¡Un anciano tan maravilloso!… ¡Deben sentirse ustedes orgullosos de él!

Al entrar el padre prior, la princesa, con una exclamación de entusiasmo, cruzó las manos sobre el pecho y se acercó a él para pedirle la bendición.

—¡No, no!… ¡Déjeme besar su mano! —dijo, cogiendo ésta y besándola tres veces fervorosamente—. ¡Cuánto me alegra, santo padre, verle al fin! ¡Seguramente usted se había olvidado de su princesa, mientras que yo vivía con el pensamiento en su querido monasterio!… ¡Qué bien se está aquí!… ¡Esta vida dedicada a Dios, lejos de las vanidades del mundo, encierra, santo padre, cierto especial encanto que mi alma percibe, aunque no sabe expresar con palabras!…

Las mejillas de la princesa enrojecieron y sus ojos se llenaron de lágrimas. Hablaba sin parar, ardorosamente, en tanto que el padre prior, un viejo de setenta años, serio, feo y tímido, guardaba silencio y sólo de cuando en cuando decía con acento breve, a lo militar:

—Así es, excelencia… Comprendo, excelencia… ¿Viene usted para mucho tiempo?

—Pasaré aquí esta noche y mañana me iré a ver a Klavdia Nikolaevna. Hace mucho que no nos hemos visto…, pero pasado mañana estaré otra vez de vuelta y me quedaré tres o cuatro días. Quiero dejar descansar mi alma entre vosotros, santo padre…

Gustaba la princesa de visitar el monasterio de N***. Durante los dos últimos años había elegido éste como su lugar de preferencia para pasar en él, de cuando en cuando, dos o tres días y a veces hasta una semana. Los tímidos novicios, el silencio, los techos bajos, el olor a ciprés, la comida frugal, las cortinillas baratas de las ventanas… todo la conmovía y predisponía su espíritu a buenos pensamientos. Sólo media hora de permanencia en aquellos aposentos era suficiente para que empezara a parecerle que también ella era tímida y modesta y que también olía a ciprés; el pasado, al alejarse, perdía valor y comenzaba a sentirse, a pesar de sus veintinueve años, semejante al viejo prior; a creer que, como él, no había nacido para la riqueza terrena, ni para el amor…, sino para una vida tranquila, apartada del mundo, crepuscular, como aquellas estancias.

Del mismo modo que un asceta entregado a la oración en su oscura celda sonríe involuntariamente al ver asomar un rayo de sol por la ventana o posarse en ella un pajarillo entonando su canción y siente afluir a su alma, bajo la grave pesadumbre del dolor de los pecados, como bajo una pesada piedra, el arroyo de una queda e inocente alegría; así la princesa creía aportar consigo idéntico consuelo que el rayo o el pajarillo. Con su alegre y afable sonrisa, su tímida mirada, su voz, sus bromas dirigidas en general, su figura pequeña, y bien configurada, vestida con un sencillo traje negro…, había de despertar en aquellos hombres sencillos y severos un sentimiento de emoción y de alegría. Cada uno de ellos al mirarla tendría que pensar: «¡Dios nos envía un ángel!…». Así, pues, sintiendo que todos involuntariamente pensarían esto, su sonrisa se hacía más afable y eran mayores sus esfuerzos por parecerse a un pajarillo.

Después de tomar el té y de descansar, salió a dar un paseo. El sol habíase puesto ya en el horizonte, los macizos de flores del monasterio enviaban a la princesa los efluvios perfumados de la reseda recién regada, y de la iglesia llegaba el suave canto de unas voces masculinas cuyo sonido, escuchado desde la lejanía, resultaba sumamente grato y triste. Cantábanse las *vísperas*. La luz de las lamparitas centelleaba en las oscuras ventanas y en las sombras, en la figura del viejo monje sentado en el atrio junto a la imagen y su cepillo, hallábase escrita tanta sosegada paz, que la princesa, sin saber por qué, sintió deseos de llorar… Entre tanto, al otro lado del portalón y en la alameda

provista de bancos que se extendía entre la tapia y los álamos, había anochecido ya por completo. El aire oscurecía velozmente; la princesa, tras pasear por la alameda, se sentó en un banco y quedó pensativa. Pensaba en lo hermoso que sería recluirse para siempre en este monasterio en el que la vida era pacífica y sosegada como un atardecer de verano. ¡Cuán hermoso sería olvidarse por completo del ingrato y disoluto príncipe…, de sus inmensos bienes, de los acreedores que diariamente la importunaran, de sus desgracias, de su doncella Dascha, cuyo rostro mostraba aquella mañana una expresión tan impertinente!… ¡Qué hermoso sería permanecer la vida entera en aquel banco, contemplando cómo a través de los troncos de los álamos y al pie de la montaña, vaga, deshecha en jirones, la niebla del anochecer; cómo allá lejos, lejos, elevándose sobre el bosque cual negra nube, semejante a un velo vuelan hacia su retiro nocturno las cornejas; cómo dos novicios, uno montado sobre un caballo bayo, otro a pie, azuzan a otros caballos que llevan a pastar y, gozando de su libertad, juguetean como chicuelos! Sus voces jóvenes resuenan sonoras en el aire y puede distinguirse cada una de sus palabras. ¡Cuán grato es permanecer allí sentada… prestando oído al silencio! Tan pronto es el viento el que sopla rozando las cimas de los árboles, como la rana haciendo chasquear las hojas del año anterior o el reloj del campanario dando el cuarto… ¡Oh…, estarse allí sentada, inmóvil…, pensando, pensando, pensando!…

Una vieja con un saquillo al hombro pasó ante ella. La princesa pensó que sería pertinente detener a esta vieja, decirle algo afectuoso, ayudarla… Pero la vieja, sin volver la cabeza ni una sola vez, dobló la esquina.

Poco después, por la alameda aparecía un hombre alto, de barba canosa y tocado con un sombrero de paja. Al llegar al sitio en que se encontraba la princesa, saludó quitándose el sombrero. En su gran calva y la pronunciada nariz de caballete, reconoció la princesa al médico Mijail Ivanovich, que cinco años antes prestara servicio en su hacienda de Dubovki. Recordando haber oído decir que éste había perdido a su esposa el año anterior, quiso hacerle presente su sentimiento y otorgarle unas frases de consuelo.

—Doctor… Seguramente no me reconoce —dijo con afable sonrisa.

—Sí, princesa. La he reconocido —dijo el doctor volviendo a descubrirse.

—Gracias entonces. De no haber sido así, pensaría que se había usted olvidado de su princesa. La gente suele recordar solamente a sus enemigos y olvidar a sus amigos. ¿Viene usted también a hacer oración?

—Todos los sábados por la noche paso aquí visita.

—¡Ah!… ¿Y cómo se encuentra?… —preguntó la princesa, añadiendo con un suspiro—: He oído que perdió usted a su mujer… ¡Qué desgracia!

—Sí, princesa… Ha sido para mí una gran desgracia.

—¡Qué se le va a hacer! ¡Hemos de sobrellevar las desgracias con resignación!… ¡Sin permiso del Cielo, no cae ni un cabello de la cabeza del hombre!

—Sí, princesa.

El tono del doctor, respondiendo a la tímida y afable sonrisa de la princesa y a sus suspiros, era frío y seco: «Sí, princesa».

También era seca y fría la expresión de su rostro.

«¿Qué más puedo decirle?», pensó la princesa, añadiendo en alta voz:

—¡Cuánto tiempo hace que no nos hemos visto! ¡Cinco años!… ¡Cuánta agua ha corrido! ¡Cuántos cambios han sobrevenido!… ¡Da hasta miedo pensar en ello!… Ya sabe usted que me casé… De condesa me convertí en princesa. Pero ya he tenido tiempo para separarme de mi marido.

—En efecto, lo he oído decir.

—¡Muchas pruebas me mandó Dios!… Seguramente oyó usted decir también que estoy casi arruinada. Para saldar las deudas de mi desdichado marido hube de vender mis haciendas de Dubovki, de Kiriakova y de Sofiino. Sólo me quedan ya Baranovo y Mijaltzevo. ¡Aterra volver la vista atrás! ¡Tantos cambios diferentes! ¡Tantas desgracias! ¡Tantos errores!…

—Sí, princesa. Muchos errores.

La princesa se azaró. Sabía de qué errores se trataba. Eran todos, sin embargo, de carácter tan íntimo, que sólo y únicamente ella podía hablar sobre el particular. No pudiendo contenerse preguntó:

—¿A qué errores se refiere?

—Usted fue la que los nombró —contestó el doctor, sonriendo ligeramente—. ¿Para qué hablar de ellos?

— ¡No!… ¡Hábleme, doctor!… ¡Se lo agradeceré mucho!… ¡Por favor, no gaste ceremonias conmigo! ¡Me agrada escuchar la verdad!

—Yo no soy su juez, princesa.

—¿Juez?… ¿Qué tono emplea usted?… ¡Eso quiere decir que sabe algo reprobable!… ¡Dígame el qué!

—Si lo desea…, se lo diré. Únicamente siento que el no saberme expresar no me permita siempre hacerme comprender.

Y el médico, tras meditar unos instantes, comenzó a decir:

—¡Muchos errores…, de los cuales el mayor, a mi juicio, era el ambiente general de sus haciendas!… ¿Ve usted?… ¿Ve cómo no sé expresarme?…

Quiero decir con esto que lo principal era allí el desamor, una repugnancia hacia el prójimo, perceptible completamente en todo. Sobre esta repugnancia tenía usted edificado su sistema de vida. Repugnancia hacia la voz humana…, los rostros, las nucas, los pasos… ¡En una palabra: hacia todo lo que constituye el hombre!… Junto a cada una de sus puertas y de sus escaleras hay lacayos de librea, perezosos, satisfechos y brutales, cuya misión es no dejar entrar a la gente no adecuadamente vestida; en el vestíbulo hay sillones de alto respaldo para que durante las recepciones y los bailes los lacayos no manchen con sus nucas los papeles de la pared; por todas partes alfombras ásperas, destinadas a amortiguar los pasos del hombre; a todo el que entra se le dice perentoriamente que hable poco y más bajo, y que no diga nada que pueda ejercer una mala influencia sobre la imaginación y los nervios… Y, por último, en su despacho no se le tiende al hombre la mano ni se le ofrece un asiento; del mismo modo, exactamente, que ahora no me ha tendido la mano ni me ha invitado a sentarme…

—¡Por favor!… ¡Si lo desea!… —dijo la princesa sonriendo y tendiéndole la mano—. ¡No hay que enfadarse por una tontería semejante!…

—¿Acaso me enfado? —rió el doctor; pero en el acto pareció encenderse, se quitó el sombrero y, agitándolo en el aire, empezó a hablar con vehemencia —. ¡Si he de ser sincero, la confesaré que hace mucho tiempo buscaba la ocasión de decirle todo esto!… ¡De decirle que considera usted a la gente como Napoleón la consideraba: como carne de cañón! ¡Y, sin embargo, Napoleón, al menos, estaba guiado por una idea…, mientras que a usted sólo le guía la repugnancia hacia las gentes!

—¿Repugnancia yo hacia las gentes?… —sonrió la princesa encogiéndose, asombrada, de hombros—. ¿Yo?…

—Usted…, sí. ¿Quiere pruebas?… Helas aquí. En su hacienda de Mijaltzevo viven de limosna los tres antiguos cocineros que, víctimas del calor de su fogón, perdieron la vista en sus cocinas… Cuanto había de sano, bello y fuerte…, lacayos, cocheros, etcétera, en sus decenas de millares de hectáreas, fue acaparado por usted y sus parásitos. Todos estos seres que se mueven sobre dos piernas, al ser educados en el servilismo, se embrutecieron, se hartaron, perdieron, en una palabra, la estampa humana… En cuanto a los médicos jóvenes, a los profesores y a todos los trabajadores intelectuales, en general… ¡Dios mío!… ¡Arrancándoles al trabajo honrado se les obliga por un pedazo de pan a intervenir en toda clase de comedias de marionetas capaces de avergonzar a cualquier hombre cabal!… Hay joven que no se ocupa más de dos años en este trabajo sin volverse hipócrita, adulador,

acusica… ¿Es esto acaso justo?… Sus administradores polacos, esos ruines espías, todos estos Casimiros y Cayetanos, recorren sus decenas de millares de hectáreas de la mañana a la noche, buscando sólo el complacerla y tratando para ello de arrancar el pellejo a la gente… Perdone…, me expreso sin orden, pero no importa… Los humildes no son considerados por usted como seres humanos; y en cuanto a los príncipes, condes, arciprestes que frecuentan su casa, si son admitidos en ella, es únicamente como elemento decorativo, no como personas… ¡Y, sin embargo, lo principal…, lo principal…, lo que sobre todo me indigna, es que poseyendo una fortuna superior a un millón no haya hecho nada en beneficio del prójimo!… ¡Nada!

La princesa, ofendida y llena de asombro, permanecía allí sentada, sin saber qué decir ni qué actitud tomar. Jamás le había hablado nadie en este tono. La voz enojosa e irritada del doctor y su torpe discurso tartamudo herían su cabeza con un sonido violento, como si el gesticulante doctor estuviera pegándole en ella con el sombrero.

—¡No es cierto! —Pronunció en voz baja, con tono suplicante—. ¡Hice mucho bien a la gente! ¡Usted es el que más debe saberlo!

—¡Deje eso a un lado! —dijo el doctor elevando la voz—. ¿Es posible que crea que aquella actividad suya fue benéfica…, que siga considerándola como algo serio y útil y no como lo que era…, como una comedia de marionetas?… ¡Aquello fue sólo una comedia, desde el principio hasta el final!… ¡Jugar al *amor del prójimo*…! ¡El más claro de los *juegos*, capaz de ser comprendido hasta por los niños y las más necias babas!… Por ejemplo, aquella institución… ¿cómo se llamaba?…, destinada a las ancianas sin hogar, en la que me obligó usted a ser algo así como médico director en tanto que usted era la honorable presidenta… ¡Oh Dios mío!… ¡Qué institución tan simpática!… Se construyó una casa con suelos de *parquet* y se puso una veleta en su tejado… Recogiendo en la aldea unas diez ancianas se las obligó a dormir con mantas, entre sábanas de hilo de holanda, y a comer caramelos…

Aquí el doctor estalló en maligna risa, prosiguiendo después apresuradamente y tartamudeando:

—¡Pero todo era un juego!… Los subalternos escondían las mantas y las sábanas bajo llave para que las ancianas no las mancharan… ¡Qué demonio! ¡Que duerman en el suelo!… ¡Una vieja no tiene derecho a sentarse en su cama, ni a dejar sobre ella su blusa, ni a pasearse por el parquet!… ¡Todo se reserva para la exhibición y se esconde de las ancianas como de ladrones, en tanto que éstas se alimentan y se visten a escondidas, sólo por la misericordia

de Dios, a quien ruegan noche y día les permita escapar de aquella cárcel, y de la protección salvadora de los satisfechos canallas, a cuyo cuidado han sido encomendadas! Pues ¿y los superiores? ¿Cuál es su conducta?… ¡Algo sencillamente maravilloso!… Un par de veces a la semana, y al anochecer, parten al galope cerca de treinta y cinco mil correos para dar aviso de que al día siguiente la princesa visitará el asilo. Ello significa que ese día hay que abandonar a los enfermos y vestirse para asistir a la recepción. Llegó, y el espectáculo es el siguiente: limpias las ancianas y con trajes nuevos, esperan colocadas en fila. A su alrededor, mostrando su acusica y almibarada sonrisa, se agita el vigilante, esa vieja rata de guarnición. Las viejas bostezan, se miran las unas a las otras, pero no osan quejarse. Esperamos… Por fin llega galopando el administrador menor; media hora después, el mayor, y, por último, el administrador supremo de la hacienda. Tras ellos, otros y otros más en un galope sin fin. Todos tienen el rostro misterioso y solemne. Esperamos y esperamos… De cuando en cuando echamos una mirada al reloj, siempre en medio de un silencio profundo, pues nos aborrecemos los unos a los otros. Transcurre una hora…, dos…, y he aquí que al fin, en la lejanía, surge un carruaje y…, y…

El doctor dejó oír una risa penetrante y prosiguió en alto tono de voz:

—Desciende usted del carruaje, y las viejas brujas, bajo el mando de la rata de guarnición, empiezan a cantar: «Sea Dios glorificado en Sión…». ¿No es así?…

El doctor rompió a reír con voz de bajo, indicando con un ademán que la risa le impedía pronunciar palabra. Reíase con risa pesada, entre los dientes fuertemente apretados, como ríen los malos, y en su rostro, en sus ojos brillantes y un poco despectivos, leíase cuán profundamente despreciaba a la princesa, al asilo y a las viejas. Cuanto de manera tan torpe y brutal había relatado, no encerraba nada regocijante ni capaz de mover a risa, a pesar de lo cual él reía con fruición y hasta con alegría.

—Pues ¿y la escuela? —prosiguió con la respiración entrecortada por la risa—. ¿Se recuerda usted a sí misma pretendiendo enseñar a los niños y a los *mujiks*?… ¡Sin duda les enseñaba usted muy bien, pues pronto los chiquillos comenzaron a escaparse haciéndose necesario el azotarles y el darles dinero para obligarles a volver!… ¿Recuerda cómo deseaba usted nutrir a los recién nacidos, cuyas madres trabajan en el campo, dándoles el biberón con sus propias manos?… Recorría usted la aldea llorando, porque las madres se llevaban sus hijos con ellas y no quedaban criaturas a su disposición. Luego, el *starosta* ordenó a aquéllas que le dejaran por turno sus criaturas para que

pudiera usted distraerse con éstas… ¡Asombroso!… ¡Todos huían de su acción benéfica como huye el ratón del gato!… ¿Y por qué?… ¡Muy sencillo!… ¡No era la ignorancia e ingratitud del pueblo (como usted explicaba) la causa!… ¡Era (y perdóneme que me exprese así) que en ninguna de sus acciones había un *grosch* de amor ni de misericordia!… ¡Sólo la movía el deseo de divertirse con unos muñecos vivos! ¡Nada más!… ¡El que no sabe distinguir a un ser humano de un pequinés no debe ocuparse de beneficencia!… ¡Y yo le aseguro que la diferencia entre un ser humano y un pequinés es muy grande!

El corazón de la princesa palpitaba con terrible fuerza. Algo golpeaba sus oídos, figurándosele constantemente que el doctor le martilleaba la cabeza con el sombrero. El doctor hablaba de prisa, en tono vehemente, sin belleza de expresión, tartamudeando y en medio de una gesticulación superflua, en tanto que la princesa sólo comprendía que ante ella estaba un hombre avieso, bruto, mal educado y desagradecido; no lo que quería de ella, ni lo que le decía.

—¡Márchese! —dijo con voz llorosa y alzando las manos para proteger su cabeza del sombrero del doctor—. ¡Márchese!

—Pues ¿y con sus empleados?… ¿Cuál es su comportamiento?… —proseguía, indignándose, el doctor—. No los considera personas y los trata peor que a los granujas. ¡Un ejemplo!… ¿Por qué me despidió usted a mí…, me permito preguntarle? ¡Yo había servido diez años a su padre…; luego la serví a usted honradamente, sin saber de fiestas ni de permisos! ¡Merecí el afecto de cuantos en un radio de cien *verstas* me rodeaban, y, sin embargo, un buen día me fue anunciado de repente que cesaba en mi empleo!… ¿Por qué motivo?… ¡Esta es la hora en que todavía no lo comprendo!… ¡Soy doctor en Medicina, noble, antiguo estudiante de la Universidad de Moscú, padre de familia, pero sin duda un ser tan ínfimo que puede despedírseme sin explicaciones! ¿Para qué usar de ceremonias conmigo?… Supe después que mi mujer, sin mi consentimiento, fue unas tres veces a ver a usted con ánimo de interceder por mí, y que no fue recibida ni una sola. Dicen que lloraba en el vestíbulo. ¡Nunca perdonaré aquello a la difunta! ¡Nunca!… —El doctor calló. Apretando los dientes buscaba algo más vengativo y desagradable que poder decir. Al recordarlo, su rostro tétrico y frío resplandeció súbitamente.

—Consideremos, por ejemplo, su relación con este monasterio… Usted nunca sintió piedad de nadie, y, por tanto, cuanto más santo el lugar tantas más probabilidades tiene de recibir el pago de su misericordia y su humildad angelical. ¿Qué viene usted a hacer aquí? ¿Qué necesita usted de los

monjes?…, me permito preguntarle… ¿Qué significa *Gekuba* para usted y usted para *Gekuba*?… ¡De nuevo un entretenimiento, un juego, una profanación de la personalidad humana y sólo esto!… ¡Usted no cree en el Dios de los monjes! ¡Lleva usted en el alma un Dios encontrado con su propia industria, en reuniones espiritistas!… ¡Mira usted con condescendencia el culto eclesiástico, no asiste usted a misa ni a las *vísperas* y duerme usted hasta el mediodía!… ¿A qué viene aquí?… ¡Viene usted con su propio Dios…, entra en el monasterio y se imagina que el monasterio lo considera un alto honor!… ¡Eso es lo que usted cree! ¡Más le valiera preguntar cuánto cuestan a los monjes sus visitas!… ¡Hoy se ha dignado usted llegar aquí al anochecer, pero anteayer había venido ya un jinete enviado de su hacienda a avisar su llegada! ¡Un día entero hubieron de estar preparando los aposentos y esperándola! ¡De vanguardia llegó su insolente doncella, que a cada momento va y viene por el patio, importunando con preguntas y órdenes!… ¡No puedo soportarlo! ¡El día entero ha durado la espera de los monjes, ya que el no hacerle una recepción ceremoniosa significaría su desgracia! ¡Presentaría usted una queja al arcipreste! Le diría: «¡Los monjes no me aman, ilustrísima!… ¡No sé lo que puedo haberles hecho!… ¡Verdad que soy una gran pecadora, pero también tan desgraciada!…». En una ocasión un monasterio fue objeto de una reprimenda por su causa. ¡El prior es un hombre ocupado, sabio, no dispone de un minuto libre y, sin embargo, usted a cada momento exige que vaya a visitarla a sus aposentos! ¡Y si al menos le hiciera grandes donativos!… ¡Nunca, sin embargo, ha llegado a cien rublos lo que los monjes recibieran de usted!…

Por lo general, cuando la princesa se sentía importunada, ofendida o incomprendida…; cuando no sabía qué hacer ni qué decir…, se echaba a llorar. También ahora, ocultando el rostro, rompió en un llanto infantil. El doctor quedó de pronto callado y la miró. Su rostro ensombrecióse y se hizo más severo.

—Perdóneme, princesa —dijo—; me he dejado llevar por un mal sentimiento, y eso es injusto.

Con una tosecita de azaramiento y olvidándose de ponerse el sombrero, se alejó rápidamente de la princesa.

En el cielo centelleaban ya las estrellas y, seguramente, al otro lado del monasterio se alzaba la luna, pues el cielo estaba claro, transparente y tierno. Junto a la blanca tapia del monasterio volaban silenciosos los murciélagos.

El reloj dio lentamente los tres cuartos de una hora; seguramente de las nueve. La princesa, puesta en pie, se dirigió lentamente hacia el portalón.

Sentíase ofendida, lloraba… Parecíale que los árboles, las estrellas, los murciélagos, la compadecían, y que el reloj dejaba oír aquel sonido melódico solo por mostrar su solidaridad con ella. Lloraba pensando en lo grato que sería recluirse para toda la vida en aquel monasterio… En los tranquilos anocheceres de verano pasearía silenciosa por sus alamedas, ofendida, injuriada, incomprendida de las gentes, teniendo sólo por testigos de sus lágrimas de mártir a Dios y al cielo estrellado. En la iglesia proseguía el oficio de las *vísperas*. La princesa se detuvo y prestó oído al canto… ¡Qué gratamente sonaba en el aire oscuro e inmóvil! ¡Qué dulce era llorar y sufrir bajo aquel canto! Al volver a sus aposentos contempló en el espejo los rastros de llanto sobre su rostro, y tras empolvar éste se sentó a cenar. Los monjes sabían que le agradaba el esturión escabechado, las pequeñas setas con vino de Málaga y los sencillos pastelitos de miel que dejan en la boca un gusto a ciprés y que siempre que venía le eran ofrecidos. Mientras comía las pequeñas setas y bebía el vino de Málaga, la princesa se veía en sueños completamente arruinada y abandonada… Veía también cómo la traicionaban, cómo le hablaban brutalmente sus administradores, sus empleados y sus doncellas, a los que tantos favores hiciera… Todos los habitantes de la tierra la atacaban, la maldecían, se mofaban de ella… Pero ella, renunciando a su título de princesa, al lujo y a la sociedad, se retiraba al monasterio, sin una palabra de reproche, a orar por sus enemigos que, de pronto, comprendiéndola, venían a pedirle perdón… ¡Ya era tarde, sin embargo!

Después de la cena, hincándose de rodillas ante la imagen, leyó dos capítulos del Evangelio. Después, la doncella le hizo la cama y se acostó. Estirando sus miembros bajo la blanca cubierta, suspiró profunda y dulcemente, como se suspira después de haber llorado; cerro los ojos y quedó dormida…

Al despertarse a la mañana siguiente consultó su relojito. Eran ya las nueve y media. Sobre la alfombra extendida, al pie de su cama e iluminando tenuemente la habitación, un rayo de luz que entraba por la ventana proyectaba una estrecha franja luminosa. Al otro lado de la negra cortina de la ventana bullían las moscas.

«Es temprano», pensó la princesa cerrando los ojos.

Mientras se estiraba y emperezaba en la cama, su encuentro de la víspera con el doctor y las ideas con que se había dormido volvieron a su mente: evocó a su marido, que vivía en Petersburgo; a sus administradores, doctores, vecinos, funcionarios conocidos… Una larga hilera de rostros familiares masculinos desfiló por su imaginación. Sonrióse pensando en que si todas

estas personas supieran penetrar en su alma y la comprendieran estarían a sus pies…

A las once y cuarto llamó a la doncella.

—Ayúdame a vestirme, Dascha —dijo lánguidamente—. Empieza por decir que enganchen los caballos. Tengo que ir a visitar a Klavdia Nikolaevna.

Cuando abandonó sus aposentos para ir a tomar asiento en el carruaje, la luz del día le hizo entornar la vista, y una sensación de gozo, reír. El día era asombrosamente bello. Guiñando los ojos para poder fijarlos en los monjes que salían a despedirla y tras saludar afablemente con la cabeza dijo:

—¡Adiós, amigos míos! ¡Hasta pasado mañana!

Sorprendióla agradablemente ver que entre los monjes se encontraba el doctor. El rostro de éste estaba pálido y severo.

—¡Princesa!… —dijo, quitándose el sombrero y con culpable sonrisa—. ¡Hace tiempo que la estoy esperando!… ¡Perdóneme por el amor de Dios!… ¡Un mal sentimiento…, un sentimiento de venganza…, me impulsaba ayer, y por eso le dije tantos desatinos!… ¡Le pido perdón, en una palabra!

La princesa sonrió afectuosamente y le tendió la mano a besar. Él puso sus labios sobre ella y enrojeció. Siempre queriendo imitar al pajarito, la princesa se alzó ligera sobre el carruaje y saludó con la cabeza a su alrededor. Sentía el alma alegre, clara y tibia, y sabía que su sonrisa era en extremo cariñosa y blanda. Cuando el carruaje rodó hacia el portalón, así como después por el camino polvoriento, ante *isbas* y jardines, ante las largas filas de carros de peregrinos que se dirigían al monasterio, continuaba guiñando los ojos y sonriendo blandamente. Pensaba que el mayor y más elevado deleite está en dejar que en nosotros penetre la templanza, la luz y la alegría; en perdonar las ofensas y en repartir afables sonrisas a los enemigos. Los *mujiks* la saludaban a su paso; el carruaje se movía muellemente y bajo sus ruedas se alzaban nubes de polvo que arrastraba el viento hacia el trigo dorado, pareciéndole a la princesa que no era sobre los cojines de su carruaje sobre los que se balanceaba su cuerpo, sino sobre las nubes, y que ella misma era una ligera y transparente nubecilla… «¡Qué dichosa soy! —murmuraba cerrando los ojos—. ¡Qué dichosa!…».

IONICH

I

CUANDO los recién llegados se lamentaban del aburrimiento y monotonía de la ciudad provincial de S***, sus habitantes decían en su defensa que, por el contrario, en ella se vivía muy bien; que había biblioteca, teatro, círculo, bailes…, y, por último, que allí residían familias agradables, inteligentes e interesantes con las que poder alternar. Al tratar de este punto señalábase particularmente a la familia Turkin como la más culta y de mayor talento.

Dicha familia vivía en la calle principal, junto al alcalde, y en casa propia. El propio Turkin, Iván Petrovich, hombre robusto, guapo, de rostro moreno y patillas, organizaba funciones de aficionados con fines benéficos, encargándose él mismo del papel del *viejo general*, que representaba acompañándose de una cómica tosecita que hacía reír a las gentes. Sabia infinidad de anécdotas, dichos y charadas; gustaba de gastar bromas y de hacerse el gracioso y no podia averiguarse nunca por la expresión de su rostro si hablaba en broma o en serio. Su mujer, Vera Iosifovna, dama delgadita y simpática, usaba *pince-nez*, escribía cuentos y novelas y gustaba de leerlas en voz alta a sus invitados. Su hija, la jovencita Ekaterina Ivanovna, tocaba el piano. En una palabra: cada uno de los miembros de aquella familia cultivaba un talento artístico.

Los Turkin eran sumamente hospitalarios con sus invitados, ante los que lucían sus habilidades con alegre y afectuosa sencillez. Su gran casa de piedra era espaciosa, y en verano sumamente fresca. La mitad de sus ventanas se abrían sobre un viejo y tupido jardín, en el que, en primavera, cantaban los ruiseñores, y si había invitados, de la cocina llegaba un ruido a cuchillos, en tanto que, en el patio, un olor a cebolla frita anunciaba una cena abundante y sabrosa.

También el doctor Startzev, Dmitrii Ionich al tomar posesión de su destino de médico en Dialij, a unas nueve *verstas* de la ciudad de S***, fue

advertido de que en su calidad de persona inteligente le era absolutamente necesario trabar conocimiento con los Turkin. Aquel invierno le presentaron en la calle a Iván Petrovich. En dicha ocasión hablaron del tiempo, del teatro, del cólera, siendo seguidamente invitado. Ya en primavera, y en el día de la Ascensión, Startzev se dirigió a la ciudad después de la consulta, con el fin de distraerse un poco y de hacer de paso algunas compras. Sin apresurarse hacía el camino a pie (todavía no disponía de caballos propios) y mientras andaba, iba canturriando:

Cuando aún no habla apurado
las lágrimas de la copa de la vida…

En la ciudad comió y se paseó por el jardín público. Después, viniéndole sin saber cómo a la memoria la invitación de Iván Petrovich, decidió ir a casa de los Turkin para ver de qué gente se trataba.

—¡Muy buenas…; tenga la bondad!… —dijo Iván Petrovich saliéndole al encuentro en lo alto de la escalinata—. ¡Me alegra muchísimo recibir tan grata visita!… ¡Entremos!… Le presentaré a mi esposa… ¡Estaba diciéndole, Verochka —prosiguió, mientras presentaba el médico a su mujer—, que no hay derecho a que esté siempre metido en su clínica y que debe utilizar su tiempo libre para frecuentar la sociedad! ¿No es verdad, almita?

—Siéntese aquí —dijo Vera Iosifovna indicando al visitante un sitio a su lado—. Le permito que me haga la corte… Mi marido es celoso como un Otelo, pero ¿verdad que nosotros procuraremos que no se fije en nada?

—¡Mimosita mía! —masculló cariñosamente Iván Petrovich besándola en la frente—. Ha llegado usted oportunamente. Mi mujer ha escrito una gran novela y va a leerla hoy en voz alta.

—¡Janchik! —dijo Vera Iosifovna—. *Dites que l'on nous donne du thé…*

Ekaterina Ivanovna, joven de dieciocho años, muy parecida a su madre, como ella delgadita y linda, fue presentada a Startzev. La expresión de su rostro era todavía infantil, y su talle, fino y frágil. Su bello busto virginal, desarrollado y sano, hablaba de primavera, de auténtica primavera. Después tomaron té con mermelada, miel y bombones, todo ello acompañado de unas pastas tan sabrosas que se derretían en la boca. A medida que se acercaba el anochecer, llegaban más y más invitados, e Iván Petrovich, fijando en cada uno de ellos unos ojos sonrientes, decía:

—¡Muy buenas…; tenga la bondad!…

Luego, todos sentados en el salón con rostros muy serios, escuchaban a Vera Iosifovna leer su novela. Ésta empezaba así:

—«La helada hacíase más fuerte…».

Por las ventanas, abiertas de par en par, llegaba de la cocina un ruido de cuchillos y entraba olor a cebolla frita, ¡En las profundas y mullidas butacas… se estaba tan a gusto!… ¡Las luces oscilaban tan amablemente en el crepúsculo del salón que resultaba difícil en aquel atardecer de verano, en el que de la calle llegaban voces, risas y un perfume a lilas, pensar en que la helada se hiciera más fuerte! ¡En el sol poniente, iluminando con sus fríos rayos la llanura cubierta de nieve por la que transita un caminante solitario!…

Vera Iosifovna en su lectura refería sobre una joven y bella condesa que instauraba en su aldea escuelas, clínicas, bibliotecas, y que amaba a un pintor errabundo. Leía cosas de esas que nunca ocurren en la vida, y, sin embargo, era agradable escucharla. Gozando de una sensación de comodidad, con cabeza atravesada sólo por pensamientos buenos y pacíficos, no tenía uno ganas de levantarse.

—¡No está mal! —dijo bajito Iván Petrovich.

Uno de los invitados, cuya mente arrastraba la lectura a algún sitio lejano, musitó con voz apenas perceptible:

—Sí… En efecto…

Transcurrió una hora, dos… En el jardín público sito en la vecindad, tocaba una orquesta y cantaba un coro. Cuando Vera Iosifovna cerró su cuaderno, todos quedaron silenciosos durante cinco minutos… Escuchaban al coro interpretar la canción *Luchinuschka*[183], que habla de cosas que no pasan en las novelas, pero sí en la vida.

—¿Publica usted sus obras en los periódicos? —preguntó Startzev a Vera Iosifovna.

—No —contestó ella—. No las publico en ninguna parte. Lo que escribo lo guardo en un armario. ¿Para qué publicarlas —explicó—, si disponemos de medios de vida?

Todos suspiraron sin saber por qué.

—Toca tú algo ahora, Kotik —dijo a su hija Iván Petrovich.

Levantóse la tapa del piano y se abrieron los libros de música, ya allí preparados.

Ekaterina Ivanovna tomó asiento y atacó con ambas manos al teclado. Inmediatamente volvió a atacarle con mayor fuerza, y así una y otra vez. Sus hombros y pecho se estremecían, en tanto que, obstinadamente, golpeaba siempre en el mismo sitio, como si no hubiera de detenerse hasta meter las

teclas dentro del piano. El salón se llenó de un ruido de trueno. Todo retumbaba: el suelo, el techo, el mobiliario… Ekaterina Ivanovna ejecutaba un pasaje difícil, cuyo interés residía precisamente en su dificultad, pero cuya longitud y monotonía llevaban a la imaginación de *Startzev*, al escucharle, la idea de una alta montaña de la que se desprendieran constantemente grandes peñascos que uno anhelara acabaran de caer pronto. Al mismo tiempo, la contemplación de Ekaterina Ivanovna, sonrosada por el esfuerzo, fuerte, enérgica, con un bucle desprendido sobre la frente, le agradaba sobre manera. ¡Después de pasar un invierno en Dialij, entre enfermos y *mujiks*, el encontrarse sentado en aquel salón mirando a esta juvenil, graciosa y seguramente límpida criatura; el escuchar aquellos sonidos, aburridos y monótonos, pero también cultos, era tan grato, tan nuevo!…

—¡Bien, Kotik! ¡Hoy has tocado como nunca! —dijo, con las lágrimas en los ojos, Iván Petrovich cuando su hija, al terminar de tocar, se alzó del piano.

Todos la rodeaban y felicitaban con grandes gestos de asombro y asegurando que hacía mucho tiempo que no habían oído música ejecutada de modo semejante, en tanto que ella escuchaba silenciosa, sonriendo ligeramente e impresa en toda su figura una expresión de triunfo.

—¡Magnífico! ¡Magnifico!

—¡Magnífico! —dijo también Startzev, contagiado del entusiasmo general—. ¿Dónde ha estudiado usted música? —pregunto a Ekaterina Ivanovna—. ¿En el Conservatorio?

—No. Al Conservatorio sólo tengo intención de ir. Mientras tanto, he estudiado aquí con madama Savlovskaia.

—¿Terminó usted sus cursos en el colegio de la ciudad?

—¡Oh, no! —contestó por ella Vera Iosifovna—. ¡Trajimos profesores a casa! ¡En el pensionado podía haber recibido alguna mala influencia!… ¡Mientras una muchacha crece debe permanecer únicamente bajo la tutela de su madre!

—Pero yo, sea como sea, iré al Conservatorio —dijo Ekaterina Ivanovna.

—¡No!… ¡Kotik quiere mucho a su mamá!… ¡Kotik no va a dar disgustos a su papá y a su mamá!…

—¡Sí!… ¡Iré! ¡Iré! —dijo Ekaterina Ivanovna en tono de broma y gesto caprichoso, en tanto que su pequeño pie daba una patadita en el suelo.

Durante la cena fue Iván Petrovich el que mostró sus habilidades. Con la risa solamente en los ojos hacía gala de su ingenio; planteaba problemas divertidos que él mismo solucionaba en el acto, y todo ello sin cesar de hablar

de aquella manera peculiar adquirida tras largos años de cultivar la fineza de espíritu que había llegado a serle habitual.

Pero esto no era todo. Cuando los invitados, satisfechos y contentos, se agolpaban en la antesala para recoger sus abrigos y bastones, eran ayudados con afanosa solicitud por el lacayo Pavluscha, muchacho de unos catorce años, pelo cortado y carnosas mejillas, llamado familiarmente Pava.

—¡Vamos a ver, Pava! ¡Represéntanos! —dijo Iván Petrovich.

Pava, adoptando una actitud teatral, alzó el brazo y dijo trágicamente:

—¡Muere, desdichada!

Todos se echaron a reír.

—Ha resultado entretenido… —pensó Startzev saliendo a la calle.

Luego, tras entrar a beber cerveza en un restaurante, se dirigió a pie a su casa de Dialij. Durante todo el camino fue canturriando:

Tu voz es para mí
cariñosa y lánguida…

A pesar de llevar hechas nueve *verstas*, al acostarse no sentía el menor cansancio. Por el contrario, hubiera sido capaz de hacer otras veinte más.

—No está mal —dijo, recordando, al empezar a quedarse dormido. Y se echó a reír.

II

Aunque la intención de Startzev era volver a casa de los Turkin, en la clínica había tanto trabajo que no disponía ni de una hora libre. De este modo transcurrió más de un año en medio del trabajo y de la soledad, pero he aquí que un buen día le fue entregada una carta de la ciudad bajo sobre azul. Hacía tiempo que Vera Iosifovna padecía de jaquecas; pero, en los últimos tiempos, desde que Kotik había empezado a asustarla diariamente con marcharse al Conservatorio, estos ataques se repetían con mayor frecuencia. Uno por uno, todos los médicos de la ciudad visitaron la casa de los Turkin, llegándole también el turno al médico regional. En su carta, Vera Iosifovna le rogaba fuera a aliviar sus sufrimientos. Startzev se puso en camino, y a partir de entonces sus visitas a los Turkin menudearon…

Habiéndole sido dado, en efecto, la posibilidad de mejorar un poco a Vera Iosifovna, ésta comenzó a calificarle ante todos sus visitantes de médico

asombroso y extraordinario. Pero no era por la madre por quien él visitaba la casa de los Turkin…

Es un día de fiesta. Ekaterina Ivanovna ha dado fin a sus inacabables y fatigosos ejercicios pianísticos. Después, permanece largo rato en el comedor, tomando el té, en tanto que Iván Petrovich refiere algún incidente divertido. Pero he aquí que suena el timbre y ha de salir a la antesala al encuentro de una nueva visita. Startzev, aprovechando el minuto de desconcierto, dice en voz baja y muy nervioso a Ekaterina Ivanovna:

—¡Se lo suplico por el amor de Dios!… ¡No me martirice! ¡Salgamos al jardín!

Ella, perpleja al parecer, se encogió de hombros, como si no comprendiera lo que le decía, pero se levantó y salió al jardín.

—¡Se pasa usted tres, cuatro horas tocando el piano!… —decía Startzev siguiéndola—. ¡Luego se sienta usted junto a su mamá y no hay posibilidad de hablarle!… ¡Concédame, a lo menos, un cuarto de hora! ¡Se lo suplico!…

Avanzaba el otoño, y el viejo jardín, cuyas alamedas cubiertas de oscuras hojas ofrecía un aspecto silencioso y triste. Comenzaba ya a oscurecer temprano.

—¡Hace una semana que no la he visto, y si supiera el martirio que esto supone para mí!… ¡Sentémonos!… ¡Escúcheme!…

Ambos tenían en el jardín un rincón favorito: un viejo banco al pie del frondoso arce. Hoy también tomaron asiento en él.

—¿Qué desea usted? —preguntó Ekaterina Ivanovna en tono seco y positivo.

—¡No la he visto en toda la semana! ¡Llevo tanto tiempo sin oírla!… ¡Quiero!… ¡Ansío apasionadamente oír su voz! ¡Hable!

El frescor de la joven, la ingenua expresión de sus ojos y sus mejillas, le maravillaba. Hasta en la manera de sentarse el vestido que llevaba puesto encontraba algo extraordinariamente amable y conmovedor por su sencillez e ingenua gracia. Al mismo tiempo, y a pesar de aquella ingenuidad, la consideraba muy inteligente y de un desarrollo mental superior a su edad. Con ella podía hablarse de literatura, de arte, de lo que fuera… Podía exponerle sus quejas de la vida, de las gentes, aunque solía ocurrir que ella, en medio de una conversación seria, de pronto se echara a reír sin ton ni son y empezara a correr hacia la casa. Como todas las muchachas de la ciudad de S***, leía mucho (en general, en la ciudad de S*** se leía muy poco, hasta el punto de que solía decirse en la biblioteca que, de no haber sido por las muchachas y por los jóvenes hebreos, hubiera habido que cerrarla). Ello agradaba

muchísimo a Startzev, que solía inquirir anheladamente lo que había leído en los últimos días, escuchándola embelesado cuando empezaba a referirlo.

—¿Qué leyó usted esta semana que pasamos sin vernos? —preguntó también ahora—. Dígame.

—Estuve leyendo a Písenskii[184].

—¿Y qué leía exactamente?

—*Mil almas* —contestó Kotik—. ¡Qué nombre tan gracioso tiene Pisenskii!… ¡Aleksei Feofilaktich!

—Pero, ¿adónde va usted? —se espantó Startzev al verla levantarse de pronto y dirigirse hacia la casa—. ¡Es preciso que hable con usted! ¡Tengo que explicarle!… ¡Quédese conmigo aunque sólo sean cinco minutos!… ¡Se lo suplico!

Ella se detuvo como queriendo decir algo. Luego, tras introducirle torpemente una notita en la mano, echó a correr hacia la casa, donde se sentó de nuevo ante el piano.

«Hoy, a las once de la noche —leyó Startzev—; en el cementerio, junto al monumento a Demetti».

«Pues… ¡me parece una tontería! —pensó para sus adentros—. ¿Qué tiene que hacer aquí el cementerio?… ¿El qué…?».

El asunto estaba claro. Se trataba de una broma de Kotik. ¿Cómo si no iba a ocurrírsele a nadie citar a una persona por la noche, lejos de la ciudad, en un cementerio, y cuando tan fácil era arreglar el verse en la calle o en el jardín público?… ¿Y cómo iba a poder él, el médico regional, hombre inteligente y sensato, exhalar suspiros, recibir notitas, pasear por el cementerio y cometer una de esas tonterías que moverían a risa hasta a un colegial?… ¿A qué podía conducir aquella novelería? ¿Qué dirían los compañeros al enterarse?

Así pensaba Startzev dando vueltas por entre las mesas del Círculo hasta emprender, de repente, al llegar las diez y media, el camino del cementerio. Ya tenía tronco propio de caballos y un cochero (llamado Panteleimón), de chaleco de terciopelo. Brillaba la luna; el tiempo estaba tranquilo y templado, pero con tibieza otoñal. En el suburbio, junto a los mataderos, aullaban los perros. Startzev, mandando detener a los caballos en un callejón situado al límite de la ciudad, se dirigió a pie al cementerio.

«Cada cual tiene sus extravagancias —pensaba—. Kotik es un poco extraña y quién sabe si… ¡Puede que no fuera broma y que venga!…». Y diciendo esto se entregó a la débil y vana esperanza que le embriagaba. Anduvo una media *versta* a campo traviesa. La raya oscura del cementerio se destacaba a lo lejos, semejante a un bosque o a un gran jardín; la tapia de

piedra blanca y el portalón surgieron ante su vista… A la luz de la luna podía leerse la inscripción sobre aquél: «Llega la hora»…

Startzev atravesó el umbral viendo, en primer lugar, las cruces blancas y los monumentos que se extendían a ambos lados de una ancha alameda y las oscuras sombras que éstos y los sauces proyectaban. En torno, y a lo lejos, todo era blanco y negro. Árboles soñolientos inclinaban sus ramas sobre aquella blancura. Diríase que la claridad allí era mayor que en el campo; las hojas de los arces, semejantes a garras, destacábanse vivamente sobre la arena amarilla de las avenidas y los monumentos, cuyas inscripciones eran claramente perceptibles. Al pronto, Startzev se sintió asombrado por algo que veía por primera vez en la vida, y que, seguramente, no volvería a tener ocasión de contemplar…, por aquel mundo, en nada semejante a cualquier otra cosa… Un mundo en que la luz de la luna, como si su cuna fuera aquélla, era grata y suave…, en el que la vida estaba ausente, pero en el que cada sauce oscuro, cada tumba, revelaba la presencia de un misterio, la promesa del vivir tranquilo y maravilloso de la eternidad. De los monumentos y las flores marchitas brotaban, mezclados al olor otoñal de los árboles, la tristeza, la paz y el perdón. El silencio reinaba alrededor. Con profunda humildad miraban a la tierra desde lo alto del cielo las estrellas; los pasos de Startzev parecían resonar sonoros e inoportunos. Sólo al dar la hora en el reloj de la iglesia y al imaginarse a sí mismo muerto y enterrado allí para toda la eternidad, creyó sentir que alguien le observaba, antojándosele entonces que lo que allí había no era paz ni tranquilidad, sino la profunda tristeza de la no existencia…, una desesperación contenida…

El monumento a Demetti estaba construido en forma de capilla y rematado por un ángel. En un tiempo, y hallándose de paso en la ciudad de S*** la ópera italiana, había muerto una de las cantantes, siendo enterrada bajo dicho monumento. Ya nadie en la ciudad se acordaba de aquello, pero la lamparita colgada a su puerta, reflejando la luz de la luna, parecía estar encendida. El lugar hallábase solitario. ¿A quién podía ocurrírsele ir allí a medianoche?… Startzev esperaba, sin embargo, y la luz de la luna parecía avivar dentro de él la pasión. Esperaba anhelante, representándole la imaginación besos y abrazos… Media hora estuvo sentado junto al monumento; luego, con el sombrero en la mano, paseó por las alamedas laterales, meditando sobre las mujeres y jóvenes enterradas en aquellas tumbas, que en un tiempo fueron bellas y encantadoras y que ardiendo de pasión fueran amadas.

¡Qué malas bromas gasta al hombre la madre Naturaleza!… ¡Amargo es reconocerlo!… Así pensaba Startzev anhelando al propio tiempo gritar su rebelión, su deseo de amar a todo trance. Ante él blanqueaban ya, no pedazos de mármol, sino maravillosas figuras que se escondían vergonzosas entre las sombras de los árboles. Percibía una sensación de tibieza que se le hacía insoportable…

Como si de repente se hubiera dejado caer un telón, la luna se ocultó tras las nubes y todo a su alrededor se hundió en la oscuridad. Startzev tuvo mucha dificultad para encontrar la salida. Por lo oscura parecía aquélla una noche de otoño. Después, durante una media hora, anduvo vagando por el callejón en que había dejado los caballos.

—Estoy cansado. Apenas me sostienen ya los pies —dijo a Panteleimón.

Cuando se sentaba con deleite en el carruaje, pensó:

«¡Ay!… ¡No debía engordar tanto!…».

III

Al anochecer del día siguiente se dirigió a casa de los Turkin con ánimo de solicitar la mano de Ekaterina Ivanovna. Su plan quedó frustrado, pues en aquel momento hallábase el peluquero peinando a ésta en su habitación. La joven se disponía a asistir a un baile que había de celebrarse en el Círculo.

Startzev hubo de sentarse en el comedor y permanecer allí largo rato tomando el té. Iván Petrovich, viendo a su visitante pensativo y con aire de aburrimiento, extrajo unas notitas de su bolsillo y se puso a leerle la risible carta de un alemán, administrador suyo.

«Seguramente la dotarán bastante bien», pensaba Startzev, mientras escuchaba distraído.

Después de la noche de insomnio, se hallaba en un estado de aturdimiento como si le hubieran dado a beber alguna cosa dulce o algún hipnótico. Su alma, envuelta en brumas, estaba llena de alegría y de calor, mientras que una porcioncita fría y pesada de su cabeza reflexionaba así:

«¡Párate antes de que sea demasiado tarde! ¿Te convendrá para pareja?… Es caprichosa y está demasiado mimada. Se está durmiendo hasta las dos. Tú eres un médico regional…, hijo de un sacristán…».

«Bueno…, ¿y qué?» —pensaba—. «Además —proseguía la *porcioncita* —, si te casas con ella, sus parientes te obligarán a que dejes el trabajo en la región y te vayas a vivir a la ciudad…». Pues bien, ¿y qué?… ¡Si hay que irse

a vivir a la ciudad, se va uno a vivir a la ciudad!… La dotarán… Tendremos casa…

Por fin apareció Ekaterina Ivanovna vestida con traje de noche, escotada, linda, aseadita, y Startzev, al contemplarla, se sintió preso de tal entusiasmo, que no pudo pronunciar palabra y limitóse a mirarla y a reír. Habiendo iniciado ella la despedida y no quedándole ya pretexto para permanecer allí, se levantó diciendo que tenía que marcharse, pues le esperaban los enfermos.

—¡Qué se le va a hacer! —dijo Iván Petrovich—. ¡Acompáñeme usted entonces a Kotik hasta el Circulo!

Empezaba a llover y la calle estaba muy oscura. Solamente la ronca tos de Panteleimón permitía adivinar el sitio en que se hallaban los caballos. Alzaron la capota. Iván Petrovich acompañó a su hija hasta la puerta y la ayudó a subir al carruaje.

Partieron.

—Ayer estuve en el cementerio… —empezó a decir Startzev—. ¡Qué poca generosidad la suya!…

—¿Estuvo usted en el cementerio?

—Si… Allí estuve esperándola hasta cerca de las dos… Sufrí…

—¡Sufra usted, si no es capaz de comprender una broma!

Ekaterina Ivanovna, contenta de que aquella jugarreta a su admirador le hubiera salido tan bien, y de ser tan amada, se había echado a reír, cuando de repente lanzó un grito de susto, pues en aquel momento, los caballos, torciendo el rumbo, entraban por la puerta cochera del Círculo, haciendo inclinarse al carruaje. Startzev sostuvo con su brazo el talle de Ekaterina Ivanovna, que, asustada, se apretaba contra él; y no pudiendo contenerse, la abrazó con fuerza y la besó apasionadamente en los labios y en la barbilla.

—Déjeme —dijo ella con tono seco.

Un instante después ya no estaba en el carruaje, y el guardia situado junto a la entrada iluminada del Círculo gritó con repugnante voz a Panteleimón:

—¿Por qué te paras, cuervo?… ¡Circula!

Startzev se fue a su casa, pero no tardó en volver vestido con el frac de un amigo. Llevaba al cuello una blanca corbata, tiesa, que trataba de resbalar a cada momento. A medianoche, sentado en el salón del Círculo, decía animadamente a Ekaterina Ivanovna:

—¡Oh, qué poco saben los que nunca han amado!… ¡Creo que nadie ha sabido describir todavía el amor con exactitud…, y que quizá no sea posible tampoco describir ese sentimiento a la vez tierno y doloroso!… El que lo ha experimentado, aunque sólo sea una vez, ¡no puede expresarlo con

palabras!… ¿Y para qué los prólogos y las descripciones?… ¿Para qué emplear una elocuencia inútil?… ¡Mi amor no conoce límites! ¡Se lo ruego!… ¡Se lo suplico!… ¡Sea mi mujer!

—Dmitrii Ionich —dijo Ekaterina Ivanovna con grave expresión, después de haber meditado un momento—, Dmitrii Ionich, le estoy muy agradecida por el honor que me hace… Le tengo en gran estima; pero… —prosiguió, poniéndose en pie—, ¡pero, perdóneme!… ¡No puedo ser su mujer!… Hablemos seriamente, Dmitrii Ionich… Usted sabe que más que a nada en el mundo amo al arte, amo la música con frenesí y a ella he dedicado toda mi vida. Quiero ser artista. Quiero gloria, éxitos, libertad…, mientras usted pretende que siga viviendo en esta ciudad, que continúe llevando esta vida vacía e inútil que ha llegado a serme insoportable. ¿Ser su mujer?… ¡Oh, no! ¡El hombre tiene que perseguir un fin elevado y brillante y la vida de familia me encadenaría para toda la eternidad!… ¡Dmitrii Ionich!… (el recuerdo de Aleksei Feofilaktich, al pronunciar Dmitrii Ionich, la hizo sonreír); ¡es usted una persona inteligente…, noble…, buena!… ¡La mejor de todas!… —en sus ojos brotaron lágrimas—. ¡En este momento estoy a su lado con toda mi alma, pero…, comprenda…!

Para no llorar volvió la cabeza y abandonó el salón.

El corazón de Startzev dejó de latir agitadamente. Al salir del Círculo a la calle, lo primero que hizo fue quitarse la dura corbata y aspirar el aire con toda la fuerza de sus pulmones. Se sentía un poco avergonzado y ofendido en su amor propio. No esperaba una negativa, por lo que no podia creer que todos sus ensueños y esperanzas hubieran de conducirle a tan necio final, semejante al de la obrita de una función de aficionados. Se apiadaba de su amor…; ¡se apiadaba tanto, que se sentía capaz de echarse a llorar o de golpear con su paraguas las anchas espaldas de Panteleimon!

Durante dos o tres días todo se le caía de las manos. No podía comer ni dormir. Pero cuando llegó a sus oídos la noticia de que Ekaterina Ivanovna, con el fin de ingresar en el Conservatorio, había salido para Moscú, se tranquilizó y reanudó su vida acostumbrada.

Luego, recordando cómo había vagado por el cementerio y buscado el frac por toda la ciudad, decía estirando perezosamente sus miembros:

—¡Qué trabajos se toma uno!…

IV

Cuatro años pasaron. La clientela de Startzev en la ciudad era ya numerosa. En su casa de Dialij recibía por la mañana a toda prisa a los enfermos; luego se marchaba a ver a los que le esperaban en la ciudad.

No iba como antes en un coche de dos caballos, sino en una *troika* con cascabeles, y volvía tarde, de noche. Como había engordado, no le gustaba caminar a pie, pues su aliento se había hecho fatigoso. Panteleimón engordó también, suspirando y lamentándose más tristemente, cuando más crecía a lo ancho, de su amargo destino. ¡Estaba harto de conducir su coche!

Startzev frecuentaba diferentes casas y trataba a muchas personas, pero con nadie entablaba una amistad íntima. Le molestaban las observaciones, el concepto de la vida y hasta el aspecto de las gentes. La experiencia le había demostrado que, mientras se come o se juega a las cartas con una persona, ésta es pacífica, benévola y hasta tonta, pero que tan pronto como se aborda con ella algún tema que no sea el de la comida (por ejemplo el de la política o la ciencia), dicha persona, o bien se queda cortada o empieza a exponer una filosofía tan embotada y dañina que no queda más recurso que el de marcharse. Cuando Startzev intentaba entablar con alguien una charla liberal diciendo, por ejemplo, que, gracias a Dios, dado el progreso de la Humanidad, con el tiempo podría prescindirse de pasaportes y de aplicar la última pena, dicha persona, mirándole de reojo, le preguntaba incrédula:

—¿Quiere decir eso, entonces, que podrá matarse en la calle impunemente a quien le venga a uno en gana?

Asimismo, cuando en el curso de una reunión, una cena o un té, decía Startzev que era necesario trabajar, que sin trabajo no se podía vivir, todos tomaban aquellas palabras como un reproche y empezaban a enfadarse o a discutir. Añádase a esto que la gente no hacía nada, ni se interesaba por nada, no habiendo, por tanto, posibilidad de encontrar con ellos tema de conversación. Rehuyendo ésta, Startzev se limitaba a comer y a jugar a los naipes. Y cuando en alguna casa en que se celebraba alguna fiesta de familia era invitado a comer, tomaba asiento a la mesa, pero comía en silencio, sin levantar la vista del plato. Cuanto en aquel momento se decía era anodino, injusto, necio; le molestaba y excitaba interiormente; y porque permanecía silencioso, severo y callado, con la vista fija en el plato, le calificaban en la ciudad de *polaco finchado*, aunque polaco no había sido ciertamente nunca.

Huía de distracciones, como el teatro y los conciertos; pero, en cambio, jugaba al *vint* todas las noches, dos o tres horas seguidas, con verdadero deleite. También empezó a entregarse a otra distracción, adquirida poco a poco. Consistía ésta en sacarse de los bolsillos, al anochecer, los billetes

ganados, ocurriendo, a veces, que aquellos papelitos amarillos y verdes, con olor a perfume, a vinagre o a incienso, repartidos por sus bolsillos, llegaban a alcanzar la cantidad de setenta rublos. Reunidos unos cuantos cientos, los llevaba a la Sociedad de Crédito Mutuo, depositándolos en su cuenta.

En los cuatro años que sucedieron a la partida de Ekaterina Ivanovna, sólo dos veces estuvo en casa de los Turkin, y eso por invitación de Vera Iosifovna, a la que seguía asistiendo en sus jaquecas. Todos los veranos iba Ekaterina Ivanovna a visitar a sus padres, pero a él no le había ocurrido verla ni una sola vez.

He aquí, sin embargo, que pasaron cuatro años y que una tranquila y templada mañana le trajeron una carta a la clínica. Vera Iosifovna escribía a Ionich que se aburría mucho sin su compañía y le rogaba se pasara por su casa, sin falta, para aliviar sus sufrimientos, añadiendo, de paso, que era el día de su cumpleaños. Al pie de la carta veíase escrito:

«Me uno al ruego de mamá.—K.».

Startzev quedó pensativo, y al anochecer se dirigió a casa de los Turkin.

—¡Oh…, muy buenas! ¡Tenga la bondad! —con estas palabras y ojos sonrientes salióle al encuentro Iván Petrovich.

Vera Iosifovna, ya muy envejecida y con el pelo blanco, estrechó la mano a Startzev y dijo suspirando de afectación:

—¡No quiere atenderme, doctor!… ¡No viene usted nunca a nuestra casa!… ¡Yo soy demasiado vieja para usted, pero ahora ha llegado una joven que puede que tenga más suerte!

Y de Kotik…, ¿qué había sido?… Más delgada y más pálida, estaba más bella y más esbelta, pero ahora era Ekaterina Ivanovna, no Kotik. Ya no había en ella aquel frescor de antes y aquella expresión de ingenuidad infantil. Su mirada y sus maneras tenían algo nuevo, apocado y culpable; como si allí, en la casa de los Turkin, no se sintiera ya en su propia casa.

—¡Cuánto tiempo! —dijo, tendiendo la mano a Startzev; eran visibles la inquietud con que latía su corazón y la fijeza con que le miraba al rostro, al tiempo que proseguía—: ¡Cuánto ha engordado usted! ¡Se ha tostado y se ha hecho más vigoroso; pero, en general, no ha cambiado mucho!

También ahora le gustaba; le gustaba mucho, pero encontraba que en ella faltaba algo o estaba algo de sobra. No podía decir exactamente lo que era, pero sí que ese *algo* le impedía sentir como antes. No le agradaba su palidez, ni aquella nueva expresión, ni su débil sonrisa, ni su voz, y, poco después, tampoco le agradaba ya el vestido que llevaba puesto, ni la butaca en que

estaba sentada, ni algo del pasado: de cuando estuvo a punto de casarse con ella. Recordó el amor, los ensueños y esperanzas que le impulsaran cuatro años antes y se sintió incómodo.

Tomaron el té acompañado de una tarta dulce y, después, Vera Iosifovna leyó en voz alta una novela. Leia sobre esas cosas que no ocurren nunca en la vida y Startzev miraba su linda y canosa cabeza, y escuchaba esperando que terminara pronto.

«El que carece de talento no es el que no sabe escribir novelas, sino el que las escribe y no sabe guardarlas secretas», pensaba.

—No está mal —dijo Iván Petrovich.

Luego Ekaterina Ivanovna, durante mucho tiempo, tocó el piano ruidosamente, y cuando terminó todos estuvieron largo rato dándole las gracias y maravillándose.

«¡Qué bien hice en no casarme con ella!», pensó Startzev.

La joven le miraba esperando, sin duda, el momento en que le propusiera salir al jardín, pero él permanecía callado.

—Bien… Vamos a charlar un poco… —dijo Ekaterina Ivanovna acercándose a él—. ¿Cómo se encuentra?… ¿Qué ha sido de su vida? Llevo todos estos días acordándome de usted, y hasta pensé en escribirle una carta o en ir yo misma a visitarle a Dialij. Ya lo tenía decidido, pero desistí, ¡Dios sabe cuáles serán sus sentimientos hacia mí ahora!… ¡Con qué impaciencia le esperaba hoy!… ¡Por el amor de Dios, salgamos al jardín!

Salieron al jardín y sé sentaron en el banco bajo el viejo arce, como cuatro años antes. El cielo estaba oscuro.

—¿Cómo se encuentra?

—Bien… Como siempre —contestó Startzev, al que no se le ocurría otra cosa que decir. Quedaron callados.

—Estoy nerviosa —dijo Ekaterina Ivanovna, cubriéndose el rostro con las manos—. Pero usted no me haga caso. ¡Me siento tan a gusto en casa! ¡Me siento contentísima de ver a todos, y al mismo tiempo no puedo acostumbrarme a ello! ¡Cuántos recuerdos! ¡Me parecía que habíamos de estar charlando hasta la madrugada!

Ahora veía de cerca su rostro, sus ojos brillantes. Allí, en la oscuridad, parecía más joven que en la sala y hasta diríase que había recobrado su expresión infantil de otros tiempos. Ella, a su vez, le miraba con ingenua curiosidad, como si quisiera descifrar y comprender al hombre que un día la amara con tanto ardor, con tanta ternura y tan desdichadamente. Sus ojos le daban las gracias por aquel amor. Él se acordó de todo lo ocurrido en un

tiempo, con sus más mínimos detalles. Recordó cómo había vagado por el cementerio, regresando a casa, rendido, casi de madrugada, y sintió tristeza y pena de su pasado. Una lucecita se encendió en su alma.

—¿Se acuerda de cuando la acompañé al baile del Círculo? —preguntó—. La noche estaba oscura y llovía.

La lucecita encendida en su alma crecía más y más, haciéndole experimentar deseos de hablar y de lamentarse de la vida…

— ¡Ah! —dijo suspirando—. Me pregunta usted cómo estoy… ¿Cómo se va a estar aquí?… ¡Aquí no hay nada interesante!… Envejecemos…, engordamos… La vida pasa día tras día, noche tras noche de una manera apagada, sin impresiones ni pensamientos… Por el día, el lecho…; por la noche…, el Círculo. Por compañía, jugadores, alcohólicos y charlatanes a los que no puedo soportar. ¿Qué encierra de bueno nada de esto?

—¡Pero, al fin y al cabo, tiene usted su trabajo!… ¡Un noble fin en su vida!… ¡Hablar de su clínica le agrada a usted tanto!… ¡En tiempos yo era algo rara…, algo extraña!… ¡Me creía una gran pianista!… ¡Las señoritas ahora tocan todas el piano! ¡Yo tocaba como ellas, sin que hubiera en mí nada extraordinario! ¡Soy tan poco pianista como mamá escritora! ¡Pero, claro…, entonces no lo comprendía!… Luego, en Moscú, pensaba frecuentemente en usted. ¡Sólo pensaba en usted!… ¡Qué hermoso ser médico regional…, aliviar a los que sufren…, servir al pueblo! ¡Qué hermoso! —repitió Ekaterina Ivanovna con vehemencia—. Cuando en Moscú pensaba en usted, me lo representaba como un ser de espíritu sumamente elevado…

Startzev se acordó de los billetitos que con tanto placer sacaba por las noches de sus bolsillos, y la lucecita encendida en su alma se apagó. Levantándose se dirigió a la casa. Ella cogió su brazo.

—Es usted la mejor persona de cuantas he conocido en mi vida —prosiguió—. Hemos de vernos y de hablarnos…, ¿verdad?… ¡Prométamelo!… No soy pianista. De eso estoy segura, y no volveré a tocar ante usted ni a hablarle de música.

Cuando entraron en la casa y Startzev pudo ver a la luz el rostro y los ojos interrogantes y agradecidos, dirigidos a él, sintió una desazón y volvió a pensar:

«¡Qué suerte tuve entonces en no casarme!…».

Inició la despedida.

—¡No hay derecho a marcharse sin cenar! —dijo Iván Petrovich al despedirle—. ¡Eso está muy mal por su parte!… ¡Vamos, Pava!… ¡Represéntanos aquella escena! —añadió en el recibimiento.

Pava, ahora un joven bigotudo, adoptó una actitud teatral, y, alzando una mano, dijo con trágico acento:

—¡Muere, desdichada!

Todo esto molestaba a Startzev. Cuando, al subir al carruaje miró la oscura casa y el jardín que un día le fueran tan amados y preciosos, todo acudió a su memoria de un golpe: las novelas de Vera Iosifovna, el tocar ruidoso de Kotik, las bromas de Iván Petrovich, la trágica actitud de Pava…, y pensó que si las personas de mayor talento de la ciudad tenían tan poco, cuán desprovistas de él estarían las demás.

Tres días después, Pava le llevó una carta de Ekaterina Ivanovna.

«No viene usted a vernos… —escribía—. Temo haya usted cambiado hacia nosotros. Lo temo, y sólo la idea de ello me da miedo. ¡Tranquilíceme! ¡Venga a decirme que no ocurre nada de esto!… ¡Me es absolutamente necesario hablarle!… Suya,

E. I».

Startzev leyó está carta, quedó pensativo y dijo a Pava:

—Di, amigo, que no puedo ir hoy. Estoy muy ocupado. Di que iré dentro de unos tres días.

Transcurrieron, sin embargo, tres días, una semana, y él continuaba sin ir. Una vez, al pasar por delante de la casa de los Turkin, recordó que tenía que entrar, aunque sólo fuera un minuto; pero, después de pensarlo…, no entró.

Nunca más volvió a visitar a los Turkin.

V

Han pasado unos cuantos años. Startzev ha engordado todavía más y se ha llenado de grasa. Respira dificultosamente y anda con la cabeza echada hacia atrás. Cuando, gordo y rojo, pasa en su *troika* de cascabeles con Panteleimón (también gordo y rojo, carnosa la nuca y tirantes, como de madera, los brazos), sentado al pescante y gritando a quienes se le ponen por delante: «¡Lleva la derecha!», la estampa es tan imponente que diríase no es una persona la que pasa, sino un dios pagano. En la ciudad tiene enorme cantidad de clientes y no le queda tiempo para respirar. Posee ya una hacienda, dos casas y está en tratos para comprarse una tercera en condiciones particularmente ventajosas. Cuando en la Sociedad de Crédito Mutuo le

indican alguna salida a subasta, prescindiendo de ceremonias se dirige a ella, y sin reparar en niños o en mujeres a medio vestir, que le miran con una mezcla de asombro y miedo, va señalando con su bastón puerta por puerta y diciendo: «¿Es esto un despacho?… ¿Un dormitorio?… Y aquí… ¿qué hay?».

Después respira fatigosamente y se enjuga el sudor de la frente. Tiene mucho trabajo, a pesar de lo cual no deja su plaza de médico de la región. La avaricia le domina y quisiera estar aquí y allá al mismo tiempo. En Dialij y en la ciudad le llaman sencillamente Ionich.

«¿Adónde irá Ionich?» o «¿y si llamáramos en consulta a Ionich?».

Seguramente es porque la garganta se le ha llenado de grasa por lo que la voz se le ha vuelto estridente y atiplada. También su carácter ha cambiado. Se ha hecho difícil e irritable. Recibiendo a los enfermos suele enfadarse, golpear impacientado el suelo con el bastón y gritar con su desagradable voz: «¡Sírvase sólo contestar a lo que se le pregunta! ¡No hable!». Vive solitario y aburrido y nada le interesa.

Su amor por Kotik, en aquel tiempo en que vivía en Dialij, fue su única y seguramente su última alegría. Por las noches va al Círculo a jugar al *vint*. Luego, sentado ante una gran mesa, cena. Le atiende Iván, el más viejo y respetable de los camareros, que le sirve vino Laffite del 17. Todos ya en el Círculo, desde los jefes hasta el cocinero y el camarero, saben lo que le gusta y lo que no le gusta y hacen los mayores esfuerzos para agradarle, pues de repente suele enfadarse y ponerse a golpear el suelo con el bastón.

Sentado a la mesa, vuelve la cabeza de cuando en cuando e interviene en alguna conversación diciendo: «¿Eh?… ¿De quién se habla?…». Y cuando en alguna mesa vecina surge el tema de los Turkin, pregunta: «¿De qué Turkin habla usted?… ¿De esos cuya hija toca el piano?…». Y esto es todo cuanto se puede contar de él.

¿Y los Turkin?… Iván Petrovich, que no ha envejecido ni cambiado en nada, continúa como siempre diciendo agudezas. Como siempre, haciendo gala de su ingenio y refiriendo anécdotas. Vera Iosifovna, igual que en otros tiempos, está dispuesta a leer sus novelas a sus invitados con la misma sencillez afectuosa. Kotik toca el piano todos los días durante unas cuatro horas. Ha envejecido visiblemente, está algo delicada y se marcha todos los otoños a Crimea con su madre. Al despedirlas en la estación, Iván Petrovich, secándose las lágrimas, grita cuando arranca el tren: «¡Adiós, muy buenas!… ¡Tengan la bondad!». Y agita el pañuelo.

RELATO DE UN JARDINERO MAYOR

EN el invernadero de los condes de N*** tenía lugar una venta de flores. Los compradores éramos solamente tres: un joven comerciante vendedor de madera; un terrateniente, vecino mío, y yo. Mientras los empleados, cargados con nuestras espléndidas compras, las colocaban sobre los carros, nosotros, sentados a la entrada del invernadero, charlábamos de diferentes temas. ¡Es tan grato en una tibia mañana abrileña estar sentado en un jardín, escuchando el piar de los pájaros y ver cómo las flores, al ser puestas en libertad, saludan al sol!…

De la colocación de las plantas ocupábase el propio jardinero, Mijail Karlovich, anciano de aspecto respetable, rostro carnoso y afeitado, chaleco de piel y sin levita. Estaba éste silencioso, aunque prestando oído a nuestra conversación, atento a si decíamos algo nuevo. Era un hombre inteligente, de gran bondad y muy respetado de todos. Se le tenía, sin que se supiera por qué, por alemán, a pesar de que era sueco por línea paterna, ruso por la materna y de que asistía a la iglesia ortodoxa. Conocía el ruso, el sueco y el alemán; leía mucho en estos idiomas y el mayor placer que podía proporcionársele era regalarle algún libro nuevo o charlar con él, por ejemplo, sobre Ibsen. Tenía sus debilidades, pero todas ellas inocentes,

como la de titularse *jardinero mayor* no habiéndolo *menor*. La expresión de su rostro era en exceso importante y orgullosa, no admitía contradicciones y le agradaba ser escuchado por todos con atención y seriedad.

—¡Les advierto que aquel muchacho es un pillo redomado! —dijo mi vecino señalando a un empleado de atezado rostro de gitano que, cargado con un tonel de agua, pasaba ame nosotros—. La pasada semana compareció ante un Juzgado de la ciudad, acusado de robo, pero fue absuelto. Le calificaron de trastornado mental, siendo así que basta con mirarle a la cara para ver que está normalísimo. En estos tiempos se absuelve en Rusia con demasiada frecuencia a los bribones, atribuyéndolo todo a estados enfermizos e impulsos irresistibles. Semejantes veredictos de absolución no conducen a nada bueno y son claramente lenidad. Se desmoraliza a las masas en las que, al

acostumbrarse a ver el vicio sin castigo, se embota el sentimiento de justicia. Aplicándolas a nuestra época, podemos atrevernos a citar las palabras de Shakespeare: «En este tiempo de maldad y lujuria, la virtud ha de pedir perdón al vicio».

—Cierto —asintió el comerciante—. Como en los juicios se absuelve tan fácilmente, cada día hay más asesinatos e incendios. Y si no me creen, pregúntenselo a los *mujiks*.

En este momento, el jardinero Mijail Karlovich, volviendo la cabeza hacia nosotros, dijo:

—Por lo que a mí se refiere, señores, he de decirles que siempre saludo con júbilo las sentencias absolutorias. Lejos de temer por la moral y la justicia, cuando se pronuncia la palabra *inocente*, siento, por el contrario, un placer. Incluso cuando la conciencia me dice que los letrados han cometido un error al absolver a un criminal… aun entonces… triunfo. Juzguen ustedes por sí mismos, señores… Si los letrados ponen más fe en el hombre que en las pruebas y los discursos…, ¿no es, acaso, esta fe superior en sí misma a todos los cálculos humanos?… Pero esta fe está sólo al alcance de unos cuantos…, de los que son capaces de comprender y llevan a Cristo dentro de sí…

—Es una bella idea —dije yo.

—Pero no nueva, sin embargo. Creo recordar haber oído un día, hace ya mucho tiempo, una leyenda sobre tema semejante… ¡Muy simpática leyenda por cierto!… —dijo el Jardinero con una sonrisa—. Me la refirió mi abuela, la madre de mi padre, una bendita anciana. Me la refirió en sueco. En ruso resultará seguramente menos bonita…, menos clásica…

Todos le pedimos que la contara, pese a las asperezas del idioma ruso.

El jardinero, muy satisfecho, encendió lentamente su pequeña pipa, lanzó una mirada de enfado a los empleados y empezó así:

—En una pequeña ciudad vivió en un tiempo un caballero entrado en años, solitario y feo, y cuyo nombre (esto lo mismo da, pues no se trata aquí de nombres) era Tomson o Wilson. Ejercía una noble profesión: la asistencia médica. Siempre taciturno y enemigo de relaciones sociales, solamente hablaba con alguien cuando la profesión se lo exigía. No hacía ninguna visita; su trato de gentes no iba más allá de un saludo silencioso y vivía con la modestia de un ermitaño. El caso es que sabía mucho, y en aquella época los sabios no se parecían a la gente vulgar. Se pasaban el día meditando y leyendo o asistiendo enfermedades, consideraban todo lo demás como ocioso y no perdían el tiempo en decir palabras superfluas. Los vecinos de la ciudad, que le comprendían perfectamente, procuraban no molestarle con visitas y

charlas. Se sentían muy contentos de que Dios les hubiera enviado al fin un hombre inteligente en enfermedades y estaban orgullosos de tener en la ciudad a persona tan eminente.

«¡Sabe de todo!», decían.

No bastaba, sin embargo, decir esto; había que haber añadido: «¡Ama a todos!».

Porque en el pecho de aquel hombre latía el maravilloso corazón de un ángel. Aunque los habitantes de la ciudad le eran extraños, los amaba como a sus propios hijos y hubiera dado la vida por ellos. Estaba tísico, padecía una constante tos, y, sin embargo, cuando le llamaban para ir a ver a un enfermo, se olvidaba de su propia enfermedad y subía con fatigoso aliento las montañas, por muy altas que éstas fueran. No le importaban el calor ni el frío y despreciaba el hambre y la sed. Tampoco aceptaba dinero, y si se le moría un enfermo, acompañaba el cadáver, llorando con sus parientes. Pronto llegó a hacerse tan indispensable a la ciudad, que sus habitantes se asombraban de haber podido vivir alguna vez sin este hombre. La gratitud hacia él no conocía límites. Adultos y muchachos, buenos y malos, honestos y bribones, todos, en una palabra, le respetaban y apreciaban sus méritos. Ni en la ciudad ni en sus alrededores había una sola persona que se hubiera atrevido a hacerle el menor daño… ¡Ni siquiera con el pensamiento! Cuando salía de su casa jamás cerraba puertas ni ventanas, pues estaba completamente seguro de que no habría ladrón capaz de perjudicarle. A veces sus deberes médicos le obligaban a recorrer los caminos, a atravesar los bosques y subir a las montañas en las que había muchos bandoleros hambrientos. A pesar de ello, él nunca se sentía en peligro. Una noche, cuando volvía de visitar a un paciente, fue atacado en el bosque por unos bandidos; pero éstos, al reconocerle, se quitaron respetuosamente el sombrero ante él y le ofrecieron darle de comer. Al contestarles él que no tenía hambre, le proveyeron de una buena manta y le acompañaron hasta la misma ciudad, felices de que el Destino les hubiera deparado ocasión de corresponder de alguna manera a la generosidad de aquel hombre…

La abuela me contó que hasta los caballos, las vacas y los perros le conocían y que, al encontrarse con él, demostraban su gran contento. Sin embargo, este hombre, cuya santidad parecía proteger de todo mal y al que hasta los furiosos bandidos querían bien, fue encontrado una buena mañana… asesinado. Lleno de sangre y con el cráneo destrozado, yacía en el fondo de un barranco. Su rostro, pálido, tenía una expresión de asombro… ¡Sí!… ¡Era asombro, no espanto, lo que expresó su rastro al enfrentarse con el asesino!…

Les será fácil imaginar el dolor que se apoderó de todos los habitantes de la ciudad y sus alrededores. Presos de desesperación y sin poder creer a sus oídos se preguntaban: «¿Quién ha podido atreverse a asesinar a este hombre?…».

Los jueces que dirigían las pesquisas y los médicos que examinaron el cadáver dijeron lo siguiente:

«Disponemos de todas, las pruebas necesarias para calificar el hecho de asesinato, no obstante lo cual, como no existe hombre en el mundo que pudiera haberse atrevido a quitar la vida a nuestro médico, resulta claro que no ha habido semejante asesinato y que la coincidencia de pruebas es solamente pura casualidad. Hemos de suponer, por tanto, que el doctor, en la oscuridad, se cayó al barranco, falleciendo a consecuencia del golpe recibido».

La ciudad entera se mostró de acuerdo con esta opinión. El médico fue enterrado y nadie volvió a hablar de muerte violenta. Antojábase a todos inverosímil que pudiera existir un ser con suficiente bajeza y villanía para matar al doctor. ¡Hasta la villanía tiene sus límites! ¿No es verdad?

Imagínense, sin embargo, que de repente, un día, la casualidad hace que se descubra al asesino. Vióse cómo un maleante, ya muchas veces sentenciado y conocido por su vida lujuriosa, se emborrachaba en una taberna con el producto de la tabaquera y el reloj pertenecientes en un tiempo al médico. Al ser interrogado, se azaró, contestando con una mentira palpable. Registrada su casa, dentro de su cama fueron encontrados la camisa, con las mangas manchadas de sangre, y el bisturí de montura de oro del doctor. ¿Qué más pruebas eran necesarias?… El criminal fue encerrado en la cárcel. Los vecinos de la ciudad se sentían llenos de indignación, pero decían al mismo tiempo:

«¡Es increíble! ¡No puede ser! ¡Hay que evitar que se cometa un error, ya que a veces ocurre que las pruebas engañan!».

Durante el juicio el asesino negó rotundamente su culpabilidad. Convencerse de ella era tan fácil como convencerse de que esta tierra es negra, pues todo estaba contra él, y, sin embargo, los jueces parecían haberse vuelto locos. Examinaban diez veces seguidas cada cuerpo de delito, fijaban la mirada incrédula en los testigos, enrojecían, bebían agua… El juicio, que había empezado por la mañana, terminó al anochecer.

«¡Acusado! —dijo al asesino el presidente del tribunal—. El veredicto te declara culpable del asesinato del doctor y te condena a…».

El presidente del tribunal intentó decir «a pena capital»; y, sin embargo, soltando de las manos el pliego en que estaba escrita la sentencia, se enjugó el sudor frío que le brotaba del rostro y gritó:

«¡No!… ¡Que Dios me castigue si soy un mal juez, pero juro que no es culpable! ¡Me es imposible aceptar la idea de que haya podido encontrarse un hombre capaz de atreverse a matar a nuestro amigo el doctor! ¡Un hombre no podría nunca caer tan bajo!».

«¡En efecto! —asintieron los demás jueces—. ¡No puede haber hombre semejante!».

«¡No! —añadió la muchedumbre—, ¡Ponedle en libertad!».

El asesino fue dejado libre, sin que hubiera alma que reprochara a los jueces su injusticia…

«Dios —decía mi abuela— perdonó a todos los vecinos de aquella ciudad por una fe así en el hombre. Dios se alegra cuando el hombre cree que está hecho a su imagen y semejanza, y sufre cuando, con olvido de la dignidad humana, se juzga al hombre peor que a un perro».

«Aun considerando que aquella sentencia absolutoria pudiera resultar perjudicial para los vecinos de la ciudad, piensen, por otra parte, en la bienhechora influencia que había de ejercer sobre ellos esta fe en el hombre… esa fe viva que educa en nosotros los sentimientos de generosidad y despierta el amor y el respeto hacia todos… ¡Y esto es lo importante!».

Mijail Karlovich dejó de hablar. Mi vecino quiso replicarle, objetar alguna cosa; pero el jardinero mayor, con un gesto que significaba que no le agradaban las contradicciones, acercándose a los carros y haciendo adoptar a su rostro una expresión importante, siguió ocupándose de la colocación de las plantas.

UN CASO PROFESIONAL

De la fábrica propiedad de los señores Lialiakov llegó un telegrama para el profesor, en el que se le rogaba fuera cuanto antes. Que la enferma era la hija de cierta señora Lialiakova, al parecer dueña de la fábrica, era cuanto podía sacarse en limpio del largo y mal redactado telegrama. El profesor no acudió al llamamiento, pero envió en su lugar a su ayudante Koroliov.

Pasadas las dos estaciones que separaban este lugar de Moscú, había que recorrer después en coche de caballos, unas cuatro *verstas*. Una *troika* fue enviada al encuentro de Koroliov. El cochero, cuyo sombrero adornaba una pluma de pavo real, contestaba a todas las preguntas en tono militar. Era un atardecer de sábado y el sol se ponía en el horizonte. Los obreros que saliendo de la fábrica se dirigían a la estación, saludaban a la *troika* de Koroliov. Maravillábase éste del atardecer, de las haciendas, de las casas de campo situadas a ambos lados del camino, de los abedules y de aquella paz que le circundaba, pareciéndole que el campo, el bosque y el sol, como los trabajadores en víspera de fiesta, se preparaban también para el descanso y tal vez para la oración…

Koroliov había nacido en Moscú, no conocía aldea ninguna ni había sentido jamás interés por las fábricas, a las que nunca había visitado. Acostumbraba, sin embargo, a leer algo sobre éstas, frecuentaba casas de comerciantes y conversaba con ellos. Cuando, de lejos o de cerca, veía una fábrica, solía pensar en que, aun cuando ésta por fuera presentara un aspecto de paz y quietud, dentro, seguramente, sólo habría atroz ignorancia por parte de los dueños, embotado egoísmo, trabajo aburrido para los obreros, chismorreos, vodka e insectos. Cuando los obreros, en actitud respetuosa y como asustada, abrían paso al carruaje, sus rostros, sus gorras y su modo de andar revelaban suciedad física, borracheras, excitación nerviosa y perplejidad.

El carruaje atravesó la puerta cochera de la fábrica; por ambos lados desfilaron raudas casitas de obreros, rostros femeninos, ropa y mantas

tendidas en los porches.

—¡Cuidado! —gritaba el cochero sin sujetar los caballos.

Allí estaba ya el patio enlosado, ante cinco enormes cuerpos de edificio rematados por chimeneas y separados los unos de los otros. Depósitos de mercancías, barracones, todo aparecía envuelto en un halo de polvo gris. Por aquí y por allá, como oasis de un desierto, veíanse lastimosos jardincillos y los tejados rojos y verdes de las oficinas de la administración. El cochero detuvo de pronto los caballos, y el carruaje se paró ante una casa recién pintada de gris, ante la que se extendía un jardín diminuto plantado de lilas y lleno de polvo, y un pórtico amarillo con olor a pintura.

—Sírvase pasar, señor doctor —dijeron en el zaguán y en la antesala unas voces femeninas acompañándose de suspiros y de murmullos—. ¡Sírvase pasar!… ¡Llevamos mucho tiempo esperándole!… ¡Es una pena! ¡Una verdadera pena!… ¡Por aquí, tenga la bondad!…

La señora Lialiakova, dama de alguna edad, metida en carnes y vestida con un traje de seda negro, de mangas a la última moda, era, a juzgar por su rostro, algo simple y poco instruida. Sin atreverse a tenderle la mano, fijaba en el médico

una mirada inquieta. En pie, a su lado, había una señora de pelo corto y *pince-nez*, muy delgada, no ya en la primera juventud y vestida con una blusa de abigarrados colores. La servidumbre la llamaba Jristina Dmitrievna, por lo que Koroliov adivinó que se trataba de la institutriz. Seguramente a ésta, por ser la persona más instruida de la casa, se le había confiado el recibimiento del doctor, pues en el acto empezó a exponerle la enfermedad en cuestión, con pequeños y pegajosos pormenores, aunque sin decir quién era la enferma ni cuál el asunto.

El doctor y la institutriz hablaban sentados, en tanto que la dueña de la casa esperaba inmóvil junto a la puerta. En el curso de la conversación Koroliov logró enterarse de que la enferma era una joven de veinte años llamada Lisa, única hija y heredera de la señora Lialiakova, la cual se hallaba enferma desde hacía mucho tiempo; de que había sido asistida por diferentes médicos, y de que la noche pasada, a partir del amanecer, había sufrido tales palpitaciones que nadie había podido dormir en la casa, pues temían todos por su vida.

—Desde la infancia, en realidad, la tenemos muy delicadita —decía Jristina Dmitrievna con cantarina voz y secándose a cada momento los labios con la mano—. Según los médicos, es cuestión nerviosa; pero yo pienso si la causa será que de pequeña le dejaron dentro la escrofulosis.

Dirigiéronse al cuarto de la enferma. Era ésta ya una joven hecha y derecha, de buena estatura, pero fea. Muy semejante a su madre, tenía como ésta los ojos pequeños y la parte inferior del rostro extremadamente ancha y desarrollada. Sin peinar y tapada hasta la barbilla, la primera impresión que produjo en Koroliov fue la de una de esas desdichadas criaturas recogidas por caridad; resultándole imposible creer que fuera la heredera de aquellos cinco inmensos cuerpos de edificio.

—Venimos a verla —empezó diciendo Koroliov— para ponerle buena. ¿Qué tal se encuentra?

Tras presentarse, le estrechó la mano, grande, fría y fea. Ella se incorporó, y sin duda acostumbrada hacía tiempo a los médicos, indiferente a que sus hombros estuvieran desnudos, se dejó auscultar.

—Siento palpitaciones —dijo—. ¡He pasado una noche horrorosa! ¡Por poco me muero de espanto! ¡Deme alguna cosa!

—Se la daré…, se la daré… Estese tranquila.

Tras auscultarla, Koroliov se encogió de hombros.

—El corazón funciona perfectamente. Todo va bien. Todo está en orden. Con seguridad se le aflojarían los nervios…, cosa muy corriente. Hay que pensar que el ataque ya ha pasado. Échese tranquilamente a dormir.

En este momento entraban una lámpara al dormitorio. La enferma guiñó los ojos a la luz, y de pronto, cogiéndose la cabeza entre las manos, estalló en sollozos. La impresión que aquella criatura desgraciada y fea produjera en Koriolov se borró de un golpe. Ya no reparaba éste en los pequeños ojos ni en el brutal desarrollo de la parte inferior del rostro: veía en él una expresión blanda y dolorosa, tan cuerda, tan conmovedora…, que toda ella le pareció de pronto, esbelta, femenina, sencilla… Ya no deseaba uno aliviarla con medicamentos ni consejos, sino con palabras sencillas y afectuosas.

La madre atrajo hacia sí su cabeza y la abrazó. ¡Cuánta desesperación…, cuánto dolor había en el rostro de la vieja! Sin regatear esfuerzo para sacar adelante a su hija, había dedicado su vida entera a enseñarle el francés, el baile, la música; había traído para ella una docena de profesores y hecho venir a los mejores médicos; le había puesto una institutriz… Y ahora no podía comprender la causa de aquellas lágrimas y de aquel sufrimiento… Sin entenderlo, perdíase en conjeturas, en tanto que su rostro adquiría una expresión culpable, inquieta, desesperada…, como la de quien ha omitido hacer algo muy importante para alguien o ha dejado de llevarle a algún lugar, sin saber a quién ni adónde.

—¡Lisañka!… ¡Otra vez!… ¡Otra vez! —decía, estrechando contra sí a su hija—. ¡Queridita mía! ¡Mi palomita! ¡Mi nenita!… ¿Qué tienes…, dime? ¡Ten piedad de mí y dímelo!

Ambas lloraban amargamente. Koroliov se sentó en el borde de la cama y cogió la mano de Lisa.

—¡Vamos, vamos!… ¿Vale la pena llorar? —dijo afectuosamente—. ¡No hay nada en el mundo que merezca se viertan esas lágrimas! ¡Bueno, bueno!… ¡No hay que llorar!… ¡No hay necesidad de llorar!

Mientras tanto pensaba para sus adentros: «Ya es hora de que se case…».

—El medico que tenemos en la fábrica le mandaba calcibromuro —dijo la institutriz—; pero yo he observado que, lejos de mejorarla, lo que hacía era ponerla peor. A mi parecer, si hubiera que darle algo para el corazón, lo que debería tomar son gotas de…, de… ¡Me he olvidado del nombre!…

Y de nuevo empezaron los pormenores… Interrumpiendo al doctor, entorpeciéndole cuando hablaba, su rostro hacía patente el sufrimiento que le producía verse forzada a mantener con el doctor una conversación interrumpida y obligadamente sobre medicina.

Koroliov se sintió aburrido.

—No veo nada de particular —dijo dirigiéndose a la madre al salir del dormitorio—. Ya que su hija es asistida por el médico de la fábrica, que siga éste asistiéndola. La dirección clínica es buena hasta ahora y no veo la necesidad de cambiar de médico… ¿Para qué cambiar?… Su enfermedad es sumamente corriente y no se ve nada serio.

Hablaba despacio, poniéndose los guantes, y la señora Lialiakova permanecía en pie, inmóvil ante él mirándole con ojos enrojecidos por el llanto.

—Sólo me queda media hora para coger mi tren, que sale a las diez. Espero que no lo perderé.

—¿Y no podría usted quedarse? —preguntó la señora Lialiakova, cuyas lágrimas resbalaron de nuevo por sus mejillas—. Me da vergüenza molestarle, pero… ¡tenga esa bondad!… ¡Por el amor de Dios!… —prosiguió a media voz, volviendo la cabeza hacia la puerta—. ¡Pase la noche con nosotras!… ¡Es mi única hija!… ¡La noche pasada me llevé tal susto que todavía no he podido olvidarlo!… ¡No se marche, por el amor de Dios!…

Koroliov hubiera querido decirle que en Moscú tenía mucho trabajo, que en su casa le esperaba su familia, que quedarse allí sin necesidad todo un anochecer y toda una noche le resultaba penoso; pero, al mirar su rostro, suspiró y empezó en silencio a quitarse los guantes.

En el salón fueron encendidas todas las velas y todas las lámparas. Él, sentado junto al piano, hojeaba los libros de música, mirando después los cuadros y los retratos colgados de las paredes. Dichos cuadros, encerrados en marcos dorados y pintados al óleo, representaban vistas de Crimea, un mar agitado con un barquito en medio y un monje católico con una copa en la mano; todo ello reproducido en un estilo seco y sin talento… Entre los retratos no se encontraba un solo rostro bonito o interesante. Todas aquellas personas tenían anchas mandíbulas y ojos asombrados. El señor Lialiakov, el padre de Lisa, mostraba una frente pequeña y un rostro satisfecho de sí mismo. El uniforme que llevaba puesto se acomodaba mal a su corpachón sin raza. Sobre el pecho ostentaba una medalla y una insignia de la Cruz Roja. La cultura allí era pobre; el lujo, casual, sin sentido y sin comodidad, igual a aquel uniforme. El brillo de los suelos y de la araña resultaba molesto y, sin saber por qué, le venía a uno a la memoria el cuento del comerciante que acudía a un establecimiento de baños con la condecoración al cuello…

Del recibimiento llegaba un murmullo; alguien roncaba acompasadamente, cuando de pronto, del otro lado del patio llegaron unos sonidos metálicos, agudos y cortados, que Koroliov no había escuchado antes y que no comprendía. De un modo extraño y desagradable resonaron en su alma.

«Me parece que por nada del mundo viviría yo aquí», pensó: y volvió a fijar la atención en los libros de música.

—¡Sírvase pasar a tomar algo, doctor! —le llamó a media voz la institutriz.

El doctor se sentó a cenar. La mesa era grande, servida con inmensidad de entremeses y vinos, pero ante ella sólo había dos personas: él y Jristina Dmitrievna. Ésta bebía vino de Madera, comía de prisa y decía, mirándole a través del *pince-nez*:

—Nuestros obreros están muy contentos. En la fábrica se celebran espectáculos todos los inviernos. Son los propios obreros los que representan los papeles. Hay también lectura con linterna mágica y un magnífico establecimiento donde pueden ir a beber té… Así que tenemos de todo. Nos son muy adictos, y cuando supieron que Lisañka estaba peor, mandaron decir un tedeum… ¡Gente ignorante, pero capaz de sentir!

—Por lo que veo, en su casa no hay ningún hombre —dijo Koroliov.

—No, ninguno. Hace cosa de año y medio que murió Piotr Nikanorich y nos dejó solas. Aquí vivimos las tres. ¡En verano…, que en invierno vivimos en Moscú! Ya son doce años los que llevo con ellas. Son como mi familia.

De cena fueron servidos esturión, *koteletas* y compota. Los vinos eran caros y franceses.

—¡Por favor, doctor!… ¡No haga cumplidos! —decía Jristina Dmitrievna, comiendo y secándose la boca con el puño de su pequeña mano (resultaba claro que vivía allí enteramente a sus anchas)—. ¡Coma, por favor!

Después de la cena, se acompañó al doctor a la habitación que le había sido destinada y en la que estaba preparada ya la cama. No tenía sueño. La atmósfera de la habitación era sofocante y olía a pintura. Poniéndose el abrigo salió de la casa.

En la calle hacía algún fresco. Apuntaba ya el amanecer y en el aire húmedo comenzaban a distinguirse los cinco cuerpos de edificio con sus largas chimeneas, barracones y almacenes. Como era fiesta no se trabajaba. Las ventanas estaban oscuras, y tan sólo en uno de los cuerpos del edificio permanecía encendido uno de los hornos. Dos ventanas tenían un color rojo carmesí, y de la chimenea, mezcladas con humo, salían llamas. A lo lejos, más allá del patio, croaban las ranas y cantaba el ruiseñor. Al mirar los cuerpos de edificio y los barracones en que dormían los obreros, volvió a pensar lo que pensaba siempre que veía una fábrica. Allí habría espectáculos, linterna mágica, toda serie de distracciones…; pero, sin embargo, los obreros que había encontrado camino de la estación en nada se diferenciaban de los que conociera en su infancia, cuando aún no había espectáculos ni mejoras en las fábricas. En su calidad de médico, había aprendido a estudiar con justicia el sufrimiento crónico, de causa incomprensible e incurable, considerando a las fábricas como una mala inteligencia, de causa también poco clara, por lo que, en las mejoras introducidas en la vida de los obreros, sin llegar a tenerlas por superfluas, veía en ellas un a modo de tratamiento de una enfermedad incurable.

«Aquí hay ciertamente una mala inteligencia —pensaba mirando las ventanas color carmesí—. Mil quinientos…, dos mil obreros… trabajan sin descanso, en un ambiente malsano, para fabricar percal de mala calidad. Viven medio hambrientos y sólo de cuando en cuando despiertan de esta pesadilla: en la taberna. Hay un centenar de personas ocupadas en vigilar el trabajo, y toda la vida de estas personas está dedicada a imponer multas, a insultar y a cometer injusticias, siendo, por tanto, sólo dos o tres, los llamados *dueños*, los que disfrutan de las ventajas, aunque no trabajen y desprecien el percal de mala calidad… ¿Y en qué consisten las ventajas?… ¿Cómo se disfruta de ellas?… Lialiakova y su hija son desdichadas. Su vista causa pena. Sólo Jristina Dmitrievna, esa necia y talluda damisela del *pince-nez*, vive aquí

completamente a sus anchas. Luego resulta, por tanto, que todo el trabajo de estos cinco cuerpos de edificio y de los mercados de Oriente, en los que se vende percal de mala calidad, se realiza exclusivamente para que Jristina Dmitrievna pueda comer esturión y beber vino de Madera».

De repente oyéronse unos extraños ruidos; idénticos a los percibidos por Koroliov antes de la cena. Alguien, junto a uno de los cuerpos de edificio, golpeaba sobre una plancha de metal, produciendo un sonido seco, agudo y sucio. Éste se repetía, igualmente desagradable, pero más allá, tras un minuto de silencio, en otro cuerpo de edificio. Así hasta once veces. Se trataba, sin duda, de los vigilantes nocturnos advirtiendo la hora.

Dichos golpes sonaron junto al tercer cuerpo del edificio, a la espalda de los barracones y tras la puerta principal. Antojábase en medio de la quietud de la noche que era el monstruo de los ojos color carmesí el que los producía; o el mismo diablo que, ejerciendo allí su poder por igual sobre amos y obreros, engañaba a unos y a otros.

Koroliov, dejando el patio, salió al campo.

—¿Quién va? —preguntó brutalmente una voz junto a la puerta de entrada.

«Como en la cárcel…», pensó él, sin contestar.

En el campo, el canto de los ruiseñores y el croar de las ranas era más perceptible y se tenía mayor consciencia de la noche de mayo. De la estación llegaba el ruido de un tren; en alguna parte, soñolientos gallos lanzaban su grito, pero, a pesar de ello, la noche era quieta y el mundo dormía en paz. No lejos de la fábrica, árboles cortados abrían un espacio en el campo dedicado al almacenaje de material de construcción. Koroliov, sentándose sobre un madero, siguió meditando:

«Bien…; sólo se encuentra aquí la institutriz… ¡Luego la fábrica trabaja sólo para su placer!… ¡Claro que esto parece así porque ella es la que actúa como responsable; pues, en realidad, para quien se hace aquí todo principalmente es para el diablo!».

En tanto que pensaba en el diablo, en el que no creía, contemplaba las dos ventanas iluminadas por el fuego. Parecíale que con aquellos ojos rojo carmesí, le miraba el diablo o esa fuerza desconocida que al establecer una relación entre el fuerte y el débil creó el gran error imposible ahora de corregir. Es menester éste, sin embargo, para que el fuerte pueda coartar la vida del débil. Tal es la ley de la Naturaleza. Semejante pensamiento, fácil sólo de utilizar y de comprender en un artículo de periódico o en un libro de estudio, no representa ya lógicamente, en la confusión de la vida diaria, entre

las pequeñeces de que están tejidas las relaciones humanas, una ley, sino una contradicción, ya que tanto el fuerte como el débil son, en su relación mutua, victimas involuntarias de una fuerza conductora desconocida, ajena a la vida del hombre.

En tanto que sentado sobre aquellos maderos cavilaba de esta suerte, del ánimo de Koroliov empezó a apoderarse la sensación de que dicha fuerza desconocida y misteriosa estaba cerca de él y le miraba. Mientras, el horizonte había palidecido, el tiempo corría velozmente y los cinco cuerpos de edificio, con sus chimeneas recortándose sobre el fondo gris del amanecer y sin un alma en torno suyo, como si todas sus gentes hubieran muerto, adquirían un aspecto singular, diferente al que presentaran durante el día. Evaporada ya de la memoria la idea de que aquellas paredes encerraran máquinas movidas por motores, electricidad, teléfonos…, continuábase evocando involuntariamente las construcciones de la Edad de Piedra y percibiendo la presencia de una fuerza brutal e inconsciente.

—Drrrr…, drrrr…, drrrr… —oyóse de nuevo, hasta doce veces.

Medio minuto de silencio, y después otra vez, a la espalda del patio:

—Drrrr…, drrrr…, drrrr…

«¡Terriblemente desagradable!», pensó Koroliov.

—Drrrr…, drrrr…, drrrr… —resonó en un tercer sitio, con el mismo sonido cortante y como enojado.

Cuatro minutos fueron invertidos, aproximadamente, en anunciar las doce. Luego todo quedó silencioso, recobrándose la impresión de que el mundo en torno había muerto.

Tras permanecer un rato allí sentado, Koroliov volvió a la casa, aunque tardó todavía en acostarse. De las habitaciones vecinas partía un murmullo, un chancleteo, el sonido producido por unos pies pisando descalzos.

«Quizá le ha vuelto a dar un ataque», pensó Koroliov.

Y saliendo de su dormitorio se dirigió al de la enferma

En las habitaciones había ya completa claridad, y en el salón, penetrando a través de la niebla matinal y dibujándose sobre la pared y el suelo, temblaba un débil rayo de sol. La puerta de la alcoba de Lisa estaba abierta, y ésta, vestida con una bata, envuelta en un chal y despeinada, se hallaba sentada en una butaca junto a la cama. Los *stores* de las ventanas permanecían corridos.

—¿Qué tal se encuentra? —le preguntó Koroliov.

—Bien, gracias.

Tras tomarle el pulso, le apartó luego el cabello que le caía sobre la frente.

—Pero no duerme usted —dijo—. El tiempo fuera es maravilloso, ha llegado la primavera, los ruiseñores cantan y usted se está aquí, sentada en la oscuridad, piensa que te piensa.

Ella, mirándole a la cara, le escuchaba. Tenía unos ojos tristes e inteligentes, en los que podía percibirse que quería decirle algo.

—¿Le ocurre esto a menudo?

—Muy a menudo. Casi todas las noches siento caer sobre mí como una pesadumbre…

Los vigilantes nocturnos comenzaron en este momento a anunciar las dos en el patio:

—Drrrr…, drrrr…

Ella se estremeció.

—¿La molestan esos sonidos? —preguntó él.

—No lo sé. ¡Todo me molesta aquí! —contestó, quedando después pensativa—. ¡Cómo me molesta!… En su voz encuentro una nota de comprensión… Desde que le vi…, desde el primer momento, me pareció que con usted podía hablar de todo.

—¡Hable! ¡Se lo ruego!

—Quisiera poder expresarle mi pensamiento. Creo que no estoy enferma y que si siento preocupaciones y temores éstos son inevitables… Hasta el hombre más sano de espíritu no podría dejar de sentir miedo si, por ejemplo, al pie de su ventana se encontrara un malhechor… Soy objeto de constantes cuidados —añadió, bajando los ojos a sus rodillas y sonriendo tímidamente —, a los que, ciertamente, estoy muy agradecida, pues no rehusó el beneficio de la asistencia médica; pero con quien me agradaría hablar no es con el médico, sino con algún ser que me fuera próximo…, con un amigo que me comprendiera y me demostrara si tengo o no razón.

—¿No tiene usted acaso amigos? —preguntó Koroliov.

—Estoy muy sola… Tengo a mi madre, a la que quiero mucho; y a pesar de ello me siento solitaria… ¡La vida es así!… Las gentes solitarias leen mucho, pero hablan y oyen poco. La vida es para ellas un misterio. Son exaltadas y ven frecuentemente al diablo donde no está… La Tamara de Lermontov[185] era un mujer solitaria que veía al demonio.

—¿Lee usted mucho?

—Mucho. Me paso el día entero sin nada que hacer. Leo de día y de noche y siento la cabeza vacía y dentro de ella sombras en lugar de pensamientos.

—¿Ve usted algo por las noches?

—No, pero siento…

Sonriendo de nuevo, alzó los ojos hacia el doctor y fijó en él una mirada triste e inteligente. Ésta revelaba que le creía, que deseaba hablar sinceramente con él y que su pensamiento coincidía con el suyo; y, sin embargo, permanecía callada, como esperando quizá a que fuera él el primero que abordara el tema preciso.

También él sabía qué era lo que tenía que decirle. A sus ojos estaba claro que tenía que alejarse lo antes posible de los cinco cuerpos de edificio de que era propietaria. ¡Alejarse de aquel diablo que miraba en la noche! Y estaba claro igualmente que ella era la primera en pensarlo así y que sólo esperaba a verse confirmada en su idea por alguien que le mereciera crédito. Pero no encontraba la manera de decírselo… ¿Cómo hacerlo?… La misma turbación que se experimenta al inquirir del condenado la causa de su condena se siente también al preguntar a las personas muy ricas por qué necesitan tanto dinero, por qué administran tan mal su riqueza y por qué no la arrojan fuera de sí, sobre todo cuando ven en ella su desgracia, y por qué no dejan su millón, si lo tienen, al diablo que ronda por la noche; resultando el tema, si alguien se decide a abordarlo, largo, azarante y violento.

«¿Cómo decírselo? —cavilaba Koroliov—. Aunque…, ¿acaso hacía falta decírselo?».

Y se lo dijo al fin; pero no abiertamente, sino empleando un camino indirecto.

—Lo que a usted le sucede es que su situación de propietaria de fábrica no le satisface. No cree en sus derechos y ello le quita el sueño. Cierto que esto es mejor que si se sintiera contenta, durmiera profundamente y pensara que todo iba bien. El respetable insomnio que padece usted es, en realidad, un buen síntoma. Con sus padres, por ejemplo, hubiera sido inimaginable sostener una conversación como la que ahora sostenemos. Ellos, por la noche, dormían profundamente y no discutían, mientras que nuestra generación duerme mal, sufre, habla mucho y discute sobre si tiene o no razón. Para nuestros hijos, esta cuestión de si tienen o no razón estará ya resuelta. Lo verán más claro. La vida buena será dentro de unos cincuenta años. ¡Lástima que no alcancemos nosotros a conocerla! ¡Sería interesante!

—¿Y qué conducta será entonces la de los hijos y nietos?

—No lo sé. Seguramente lo abandonarán todo y se marcharán.

—¿Se marcharán?… ¿Adónde?

—¿Adónde?… ¡Pues a donde se les antoje! —dijo Koroliov, echándose a reír—. ¡Son tantos los sitios adonde puede marcharse una persona buena e

inteligente!…

Consultó el reloj.

—Mientras hablábamos se ha puesto el sol. Ya es hora de que se duerma usted. Desnúdese y duérmase tranquilamente. Me alegra mucho haberla conocido —prosiguió, tendiéndole la mano—. Es usted una persona interesante y simpática. Buenas noches.

Luego, retirándose a su habitación, se acostó a su vez.

A la mañana siguiente, cuando con el carruaje ante la puerta salieron todos a despedirle, Lisa, pálida y lánguida, vestida con un blanco traje de fiesta y con una flor en el cabello, fijó como la víspera en él una mirada triste e inteligente. Sonreía, y al hablarle parecía quererle decir, a él en particular, algo singular e importante. Cantaban las alondras y repicaban las campanas de la iglesia. Las ventanas de los cinco cuerpos de edificio de la fábrica despedían alegres resplandores, y Koroliov, al atravesar el patio y después, camino de la estación, no se acordaba ya de los obreros ni de las construcciones, ni del diablo… Pensaba solamente en el tiempo, ya cercano quizá, en que la vida sería clara y alegre como aquella mañana de domingo. Pensaba también en lo grato que resultaba en semejante mañana de primavera viajar en una buena *troika* calentándose al sol.

OBISPO

I

EL día anterior al Domingo de Ramos, en el monasterio de Staro-Petrovskii se cantaban las Vísperas. Cuando empezaron a repartirse las *verbi*[186] ya eran casi las diez; las luces tenían un destello turbio; las velas largos pabilos, y todo el recinto parecía estar lleno de niebla. En el crepúsculo de la iglesia antojábasele a su reverencia el padre Piotr, que desde hacía tres días no se encontraba bien de salud, que todos los rostros, jóvenes y viejos, masculinos y femeninos, de aquella movible muchedumbre, eran semejantes los unos a los otros. En los ojos de todos, cuando se acercaban a recibir las *verbi*, había la misma expresión. La niebla impedía distinguir las puertas, pareciendo que el incesante vaivén del gentío no podría tener nunca fin. Cantaba un coro femenino. El *canon* lo leía una monja.

¡Qué calor aquel!… ¡Qué ambiente tan sofocante!… ¡Qué larga la ceremonia de las Vísperas! Su reverencia el padre Piotr estaba cansado. Su respiración se había hecho fatigosa, precipitada, seca; los hombros le dolían de cansancio y le temblaban las piernas. El grito con que de cuando en cuando desentonara en el coro el *inocente* del pueblo, le resultaba sumamente molesto, y por si esto fuera poco, de pronto, como a través de una pesadilla, imaginósele a su reverencia que entre la gente se le acercaba su propia madre, Maria Timofeevna, a la que hacía nueve años no había visto. Quizá era otra, parecida a ella, la vieja que al recibir la *verbi* se apartó hacia un lado y continuó mirándole con alegre y bondadosa sonrisa hasta perderse en la muchedumbre, pero a él le resbalaron, sin saber por qué, las lágrimas por el rostro. En su alma todo estaba en paz y en orden, pero él, fijando la mirada inmóvil en el lado izquierdo del coro ocupado por los lectores, cuya oscuridad no permitía distinguir ya a nadie, lloraba. Las lágrimas refulgían en su rostro y en su barba. He aquí que, cerca de él, alguien empezaba a llorar también, después otros y otros más lejos, hasta que poco a poco la iglesia se llenó de un llanto tenue y quedo.

Poco después, al cabo de unos cinco minutos, cantaba el coro de monjes; el llanto había cesado y todo había recobrado su aspecto anterior. Pronto terminaron las Vísperas. Cuando el obispo tomaba asiento en su berlina para emprender el regreso a su casa, en el jardín, iluminado por la luz de la luna, resonaba el repique sonoro y jubiloso de macizas y ricas campanas. Las paredes blancas, las blancas cruces sobre las tumbas, los blancos álamos, las negras sombras y la luna muy alta en el cielo, suspendida justamente sobre el monasterio, parecían vivir su propia vida incomprensible, aunque cercana al hombre. Era a principios del mes de abril, y a pesar de que tras el tibio día primaveral se había levantado un vientecillo fresco y caído una ligera helada, en el aire blando y frío se percibía ya el hálito de la primavera. El camino del monasterio a la ciudad era arenoso y se hacía preciso ir despacio. A ambos lados de la berlina, bañados por la luz tranquila y resplandeciente de la luna, arrastraban su paso los peregrinos. Todos caminaban en silencio, meditando, y todo en torno suyo era acogedor, joven y al parecer cercano: los árboles, el cielo y hasta la luna. Deseaba uno pensar que así había de continuar siendo todo siempre.

Al fin la berlina entró en la ciudad y rodó por la calle principal. Las tiendas estaban ya cerradas, con excepción de la del comerciante Erakin, el millonario, ante la que se agolpaba la gente y en la que, por estarse verificando pruebas de alumbrado eléctrico, lanzaba la luz incesantes destellos. Luego, después de recorrer una tras otra, anchas, oscuras y desiertas calles y de salir al camino real, salieron al campo, donde empezó a oler a pino. Una tapia blanca y desdentada creció de repente ante sus ojos; tras ella, un alto campanario inundado de luz, y junto a éste, cinco grandes y relucientes cúpulas doradas. Era el monasterio Pankratievskii, lugar de residencia del padre Piotr. Aquí también, sobre el monasterio, pendía una luna quieta y pensativa. La berlina entró por la puerta cochera, haciendo rechinar la arena. Resonaron pasos sobre las losas y por este y por el otro lado, bajo la luz lunar, pasaron raudas figuras de monjes…

—Reverencia…, mientras estaba usted ausente vino aquí su mamá —anunció el novicio encargado de las celdas.

—¡Mi madrecita!… ¿Cuándo llegó?

—Poco antes de empezar las Vísperas. Preguntó primeramente dónde estaba usted, y se marchó luego al monasterio de las monjas.

—¡Entonces fue a ella a quien vi antes!… ¡Oh, Dios mío!…

Y su reverencia se echó a reír de alegría.

—Encargó que le dijéramos, reverencia, que volvería mañana. Viene con ella una niña, seguramente su nieta. Se hospedan en la fonda Ovsianikov.

—¿Qué hora es?

—Las once pasadas.

—¡Es lástima!…

Su reverencia estuvo un rato sentado en el salón, pensativo, como si no pudiera creer que fuera tan tarde. Le dolían las piernas y los brazos. Le dolía también la nuca, tenía calor y se encontraba desazonado. Tras un corto descanso se retiró a su dormitorio, en el que volvió a sentarse, y continuó pensando en su madre. Oyóse salir al novicio, y al otro lado de la pared, la tos del monje Sisoi. El reloj del monasterio dio el cuarto de hora.

Su reverencia se cambió de ropa y se puso a leer las oraciones de la noche. Al tiempo que leía con suma atención las antiguas y conocidas plegarias, pensaba en su madre. Había tenido ésta nueve hijos y cerca de cuarenta nietos. Desde los diecisiete a los sesenta años había vivido con su marido el diácono, en un pueblo grande y pobre. Su reverencia recordaba cómo era cuando él tenía tres años y lo mucho que la quería.

¡Infancia!… ¡Amada e inolvidable infancia!… ¿Por qué se fue para siempre?… ¿Por qué ese tiempo que no puede volver se nos antoja en el recuerdo más jugoso y festivo de lo que era en realidad?… ¡Qué cariño y solicitud los de su madre para con él, cuando durante la infancia o la adolescencia se encontraba enfermo!… Los recuerdos ahora, encendiéndose en más viva llama, mezclábanse a sus oraciones, que, sin embargo, no le impedían pensar en su madre. Terminados sus rezos, se desnudó y se acostó; pero en el acto, cuando la oscuridad se hizo a su alrededor, ante su imaginación surgió su padre difunto, su madre, Lesopolie, su pueblo natal… Oía un chirrido de ruedas, un balar de ovejas, el repique de las campanas de la iglesia en las claras mañanas de verano y el paso de los cíngaros bajo sus ventanas.

¡Oh, cuán dulce era el pensar en todo aquello!… La figura del sacerdote de Lesopolie, padre Simeón, vino a su memoria. Era éste tímido, modesto, benévolo, escuálido y bajito, en tanto que su hijo, el seminarista, tenía una enorme estatura y profunda voz de bajo. Una vez, su hijo, habiéndose enfadado con la cocinera, llamó a ésta «burra de Balaán»; el padre Simeón, que le había escuchado en silencio, no pudo pronunciar palabra, quedando solamente avergonzado de no poder recordar a propósito de qué ni en qué lugar de la Escritura se citaba dicha burra. Le sucedió en Lesopolie el padre Demián, tan dado a beber que más de una vez llegó a achisparse y a ver «la

serpiente verde»[187]; conocíasele por «Demián, el que ve la serpiente». El maestro de Lesopolie era un tal Matvei Nikolaich, antiguo seminarista, hombre bueno, bastante inteligente, pero también borracho. Aunque nunca azotaba a los alumnos, tenía colgados de la pared, no se sabía por qué, unos vergajos, de los que pendía esta inscripción latina absolutamente desprovista de sentido: *Betula kinderbalsámica secuta*. Vivía con él un perro negro y desgreñado, al que llamaba *Sintaxis*. Recordando estas cosas, su reverencia se echó a reír. A ocho *verstas* de Lesopolie, en el pueblo de Obnino, había un icono milagroso. Durante el verano, este icono era transportado en procesión a las aldeas vecinas, y el día entero se oía un ruido de campanas que repicaban tan pronto en un pueblo como en otro, pareciendo entonces a su reverencia (entonces conocido por Pavluscha), que, descalzo, con la gorra quitada, lleno de ingenua fe e impresa en los labios una sonrisa infinitamente feliz, caminaba tras el icono, que el aire temblaba de alegría. En Obnino había siempre mucha gente; recordaba ahora que el sacerdote de aquel lugar, padre Aleksei, para ganar tiempo, daba a leer a su sobrino Hilarión, *el sordo*, la lista de «Rogativas por vivos y difuntos». Por leerlas recibía Hilarión, de cuando en cuando, cinco o seis *kopekas* después de cada misa, no llegando a ver hasta que estuvo canoso y calvo y cuando su vida había ya pasado, la frase escrita en una de las listas: «¡Eres un grandísimo tonto, Hilarión!».

Hasta por lo menos los quince años, Pavluscha no alcanzó su completo desarrollo. Estudiaba mal y hasta se pensó en sacarle del colegio eclesiástico y hacerle trabajar en una tiendecita. Una vez, habiendo ido a Obnino a buscar el correo, se detuvo largo rato mirando trabajar a los funcionarios de éste, y les dijo:

—Permítanme que les pregunte… ¿Les pagan a ustedes por meses o por días?

Para no pensar más y dormirse, su reverencia, después de santiguarse, diose una vuelta en la cama.

«Ha llegado mi madre», se acordó otra vez, echándose a reír.

La luna se asomaba por la ventana, iluminando el suelo, sobre el que flotaban unas sombras. Cantaba el grillo. En la habitación contigua, al otro lado de la pared, roncaba acompasadamente el padre Sisoi. Un algo solitario, huérfano y hasta vagabundo, resonaba en el ronquido del viejo. Sisoi, en otro tiempo, había sido ecónomo en casa del arcipreste, por lo que ahora se le llamaba «el antiguo padre ecónomo». Tenía setenta años y residía tan pronto en un monasterio situado a dieciséis *verstas* de la ciudad, como en aquél, o en donde le caía en suerte. Hacía tres días que había llegado al monasterio

Pankratievskii, llevándoselo su reverencia consigo a su casa para poder hablar con él en un día desocupado de los asuntos y reglamentos.

A la una y media tocaron a *maitines*. Oyóse cómo el padre Sisoi tosía, gruñía algo con voz descontenta y atravesaba descalzo los aposentos.

—¡Padre Sisoi! —llamó su reverencia.

El padre Sisoi volvió a su habitación, apareciendo poco después ya calzado y con una vela en la mano. Llevaba la cabeza tocada de un bonete viejo y descolorido.

—No puedo dormirme —le dijo su reverencia, sentándose en la cama—. Sin duda, no estoy bueno. No sé lo que será esto. ¡Tengo fiebre!

—Habrá cogido frío su eminencia seguramente. Convendría darle unas friegas con sebo de vela —después, tras permanecer algún tiempo en pie y bostezar, añadió—: ¡Oh, Dios mío!… ¡Perdóname, pecador de mí!… ¡En casa de Erakin instalaban hoy la luz eléctrica, y esto no me gusta! ¡No me gusta!…

El padre Sisoi era viejo, escuálido, encorvado… Estaba siempre descontento por algo y tenía unos ojos saltones perpetuamente enfadados.

—¡Esto no me gusta!… —repetía al marcharse—. ¡No me gusta!… ¡Quede con Dios!

II

Al día siguiente, Domingo de Ramos, su reverencia dijo la misa en la catedral de la ciudad. Después visitó al arcipreste y a una generala muy vieja y enferma, retirándose por último a su casa. Pasada la una se sentaba a comer con unas queridas invitadas: su anciana madre y su sobrina Katia, niña de ocho años. Durante la comida, el sol primaveral no cesó de penetrar por la ventana, prendiéndose alegremente en el blanco mantel y en el rojizo cabello de Katia. Al otro lado de las dobles ventanas oíase alborotar en el jardín a las cornejas de blanco pico y cantar a los mirlos.

—¡Nueve años que no nos hemos visto! —decía la anciana—. ¡Cuando le miraba ayer en el monasterio…! ¡Dios mío!… ¡Ni lo más leve ha cambiado usted! ¡Si acaso, estará un poco más delgado y llevará la barbita un poco más larga!… ¡Virgen Santísima!… ¡Madrecita!… ¡Ayer, en las Vísperas, le era a uno imposible contenerse! ¡Todos lloraban!… ¡Yo también, de repente, al verle, me eché a llorar! ¿Por qué?… ¡Yo misma no lo sé!… En fin… ¡Hágase su santa voluntad!

A pesar del tono cariñoso, podía observarse que estaba un poco azarada: diríase que dudaba de si debía llamarle de tú o de usted; de si debía reírse o

no, y que se sentía más esposa de diácono que madre de arcipreste. Mientras tanto, Katia miraba sin pestañear a su tío eminencia, como tratando de descubrir la clase de persona que éste era. Por detrás de su peinetilla y de su cintita de terciopelo alzábase su cabello formando una aureola a su cabeza. Tenía la nariz respingona y ojos astutos.

Poco antes de sentarse a comer había roto un vaso, por lo que ahora la abuela, en medio de la conversación, tan pronto apartaba de ella un vaso como una copa. Su reverencia, mientras escuchaba a su madre, recordaba cómo ésta, en otros tiempos, hacía muchos años, le conducía junto con sus hermanos y hermanas a casa de los parientes tenidos por ricos. Entonces trajinaba ya con sus hijos, después con sus nietos, y he aquí que ahora venía acompañada de Katia…

—Vareñka, su hermana, tiene cuatro hijos —contaba—. Ésta, Katia, es la mayor. Dios sabrá por qué causa mi yerno, el padre Iván, enfermó y murió unos tres días antes de la Asunción. Mi Vareñka ahora ha quedado en una situación como para pedir limosna.

—¿Y Nikanor? ¿Cómo está?

Su reverencia se informaba sobre su hermano mayor.

—Bien, gracias a Dios… Bastante bien… ¡Va viviendo, a Dios gracias!… Lo único es que su hijo Nikolascha no quiso seguir la carrera eclesiástica y estudia para médico en la Universidad… Él lo cree mejor así…, y quién sabe… ¡Hágase su santa voluntad!

—Nikolascha corta a los muertos —dijo Katia, derramándose agua en las rodillas.

—Quieta, chiquita —dijo tranquilamente la abuela quitándole el vaso de las manos—. Reza mientras comes.

—¡Cuánto tiempo que no nos hemos visto! —dijo su reverencia, acariciando con ternura el hombro y el brazo de su madre—. En el extranjero, mamaíta, me sentía muy triste sin ustedes. ¡Muy triste!

—Se lo agradezco mucho.

—A veces me ocurría, cuando al anochecer me sentaba solo como un hongo junto a la ventana abierta, que al oír sonar la música se apoderaba de mí de repente una nostalgia de la patria… Me parecía entonces que todo lo hubiera dado por volver a casa y verla a usted…

La madre sonrió, y su rostro tornóse resplandeciente. Poniéndose en seguida seria, dijo:

—Se lo agradezco mucho.

El humor de su reverencia cambió de repente. Miró a su madre, sin comprender de dónde procedía aquella respetuosa y tímida expresión de su rostro y de su voz. ¿Por qué ésta…? Y no reconoció a su madre. Sintióse triste y enojado, y, por añadidura, le dolía la cabeza como la víspera. Le dolían también las piernas, encontraba al pescado un sabor soso e insípido y tenía una sed constante.

Después de la comida vinieron de visita dos ricas damas terratenientes que con rostros tirantes permanecieron allí sentadas en silencio durante media hora. Vino también a tratar de algunos asuntos el archimandrita, hombre callado y algo sordo. Tras esto repicaron las campanas, el sol se ocultó tras el bosque y el día acabó.

Al volver de la iglesia, su reverencia dijo de prisa sus oraciones, se metió en la cama y se arropó estrechamente. El recuerdo del pescado injerido durante el almuerzo le resultaba desagradable, y la luz de la luna le importunaba. Además, empezaron a oírse voces conversando. En una habitación contigua, en la sala, seguramente, el padre Sisoi hablaba de política:

—Ahora son los japoneses los que están en guerra…, lucha que te lucha… Los japoneses, madrecita, son, lo mismo que los montenegrinos, de la misma tribu… Padecieron juntos el yugo de los turcos…

Luego se oyó la voz de Maria Timofeevna:

—Entonces…, después de rezar y de tomar el té, nos fuimos a Novojatnoe a ver al padre Egor… Es…

A cada momento repetía lo de «después de tomar el té» o «habiendo tomado el té», con lo que diríase que tomar té era lo único que había hecho en toda su vida. Despacio y abatido, su reverencia repasó en el recuerdo sus tiempos de academia y seminario. En éste estuvo unos tres años de profesor de griego. No tenía lentes y no podía ya leer en el libro. Después tomó el hábito de monje y recibió el cargo de inspector. Luego leyó su tesis. Cuando cumplió los treinta y dos años le hicieron rector, y después archimandrita. ¡La vida entonces era tan fácil, tan agradable…; parecía tan larga, tan larga…, que no se le veía el fin!… Por aquella época se puso enfermo, adelgazó mucho y a poco se queda ciego, por lo que, siguiendo el consejo médico, hubo de abandonarlo todo y marcharse al extranjero.

—¿Y después qué? —preguntó en la habitación contigua Sisoi.

—Después tomamos el té —contestó Maria Timofeevna.

—¡Padre, tiene usted la barba verde! —dijo, de pronto, Katia, con acento asombrado y echándose a reír.

A su reverencia también le entró risa, recordando el tono verdoso de la barba del padre Sisoi.

—¡Dios mío!… ¡Qué castigo de niña! —dijo en voz alta Sisoi, enfadándose—. ¡Vaya con la mimada!… ¿Quieres estarte quieta?

Su reverencia recordó después la blanca iglesia, completamente nueva, en la que ejerció su servicio eclesiástico cuando estaba en el extranjero. Recordó el rumor del mar templado y tibio… Su piso tenía cinco habitaciones, luminosas y altas de techo. En el despacho había un escritorio nuevo y una librería. Leía mucho. Escribía también mucho. Recordaba su nostalgia y tristeza por la patria. Recordaba la mendiga ciega que todos los días, bajo su ventana, tocaba la guitarra cantando coplas amorosas, y cómo a él, al escucharla, sin saber por qué, le venía el pasado al pensamiento. He aquí, sin embargo, que transcurrieron veloces ocho años, siendo al término de ellos reclamado a Rusia, en donde ahora se hallaba de obispo, y que todo el pasado, como si hubiera sido un sueño, se perdía a lo lejos, en la niebla.

Con una vela en la mano entró el padre Sisoi.

—¡Vaya! —se sonrió—. ¿Conque ya está usted durmiendo, reverencia?

—¿Y por qué no?

—¡Es que es todavía muy temprano!… ¡No son más que las diez y hasta puede que menos!… He comprado una vela para darle unas friegas con sebo.

—Tengo fiebre —dijo su reverencia sentándose en la cama—. Mi cabeza está mal… En efecto, hay que hacer algo.

Tras quitarle la camisa, Sisoi empezó a frotarle el pecho y la espalda con el sebo de la vela.

—¡Así…, así!… —decía—. ¡Señor Jesucristo!… ¡Así!… Hoy fui a la ciudad… Estuve a ver a ese arcipreste…, ¿cómo se llama?… Sidonskii… Tomé el té en su casa… ¡No me gusta ese hombre!… ¡Señor Jesucristo!… ¡No me gusta!…

III

El viejo arcipreste, muy grueso y enfermo de reumatismo y de gota, hacía ya un mes que no se levantaba de la cama. Su reverencia el padre Piotr iba casi diariamente a visitarle y recibía por él a los solicitantes, asombrándole ahora, en medio de su desazón, el vacío, la mezquindad de lo implorado entre lágrimas. Aquella falta de desarrollo mental, aquella timidez, tanta cosa mezquina e inútil le irritaban, le oprimían con su masa, pareciéndole comprender al arcipreste, cuando en sus años de juventud escribió el libro

titulado *Estudio sobre la libre voluntad*. Ahora parecía éste haberse sumergido en pequeñeces, haberlo olvidado todo y no pensar en Dios.

Sin duda, en el extranjero su reverencia se había desacostumbrado a la vida rusa, no resultándole ésta fácil; la gente se le antojaba bruta, las solicitantes, aburridas y necias; los seminaristas y los profesores, incultos y a veces hasta salvajes. Los superiores imponían notas de conducta a los popes jóvenes y viejos, y hasta a sus mujeres y niños; cincos, cuatros y a veces treses, todo lo cual, además, había de llevarse registrado en documentos. En realidad, no disponía ni de un minuto libre. Se pasaba el día con el alma en vilo; sólo se gozaba de tranquilidad cuando se estaba en la iglesia. Le costaba muchísimo acostumbrarse al temor que inspiraba a las gentes, a pesar de su carácter pacífico y modesto. Toda la gente de la región, cuando él la miraba, parecía empequeñecerse, asustarse y adquiría un aire culpable. En su presencia todos se turbaban; hasta los viejos arciprestes se inclinaban hasta el suelo; y no hacía mucho que una solicitante, la vieja esposa de un pope de aldea, impidiéndole el temor pronunciar palabra, se había retirado sin llegar a solicitar nada. A él, sin embargo, que no se resolvía nunca en sus sermones a censurar al prójimo, ni a reprochar nada por lástima, esta actitud de los solicitantes le sacaba de quicio y fuera de sí arrojaba al suelo las solicitudes. Durante todo el tiempo que llevaba allí no había encontrado una sola persona que le hablara humanamente, con sinceridad y sencillez. Hasta su anciana madre le parecía constantemente distinta a como era antes. «¿Por qué —se preguntaba— habla tanto con el padre Sisoi? ¿Por qué se ríe tanto con él y en cambio con su hijo está callada y seria, lo que no se acomoda nada a su carácter?…». La única persona que procedía con libertad ante él era el padre Sisoi, que toda su vida había estado entre obispos y visto morir a once. ¿Por qué con éste, que indiscutiblemente era pesado y de mal carácter, se sentía tan a gusto?

El martes, después de la misa, su reverencia, luego de recibir en el palacio episcopal a las visitas, de enfadarse y de enervarse, se volvió a su casa. Como antes, se encontraba mal, y la idea de meterse en la cama le seducía; pero, apenas llegar, le anunciaron la presencia de Erakin, joven comerciante, autor de un donativo, que venía a tratar un asunto de importancia. Se hacía preciso recibirlo. Erakin permaneció allí cerca de una hora; hablaba en voz muy alta y casi a gritos, y resultaba difícil comprender sus palabras.

—¡Ojalá!… ¡Dios lo quiera!… —decía al marcharse—. ¡Eso, según vayan las cosas, reverencia!…

Después de él vino la madre superiora de un lejano monasterio, y en cuanto ésta se marchó, tocaron a Vísperas y hubo que salir para la iglesia.

Aquel anochecer los monjes entonaron su canto con justeza e inspiración. Dirigía la ceremonia un joven monje de barba negra, y su reverencia, escuchando las palabras referentes al «Esposo que llega», no sentía tristeza ni arrepentimiento, sino una paz en el alma, una dulce tranquilidad. Su mente le arrastraba a los días lejanos de su niñez, de su adolescencia, en los que cantara aquellas mismas palabras del «Esposo que llega», apareciéndosele ahora aquel pasado vivo, maravilloso, alegre, como tal vez no lo había sido nunca. Quizá también en la otra vida recordemos la nuestra de aquí abajo y ese lejano pasado con igual sentimiento. ¡Quién sabe!…

El recinto del altar donde se hallaba sentado su reverencia estaba oscuro y las lágrimas resbalaban por su rostro. Había alcanzado —pensaba— cuanto podía alcanzar un hombre de su condición; tenía fe, y, sin embargo, no todo estaba claro. Algo faltaba todavía. No quería morir, y le seguía pareciendo que carecía aún de lo más importante, de algo con que soñara en un tiempo. Le parecía que en el presente le movía la misma ilusión por el futuro que tuviera en su niñez y durante su estancia en la Academia y en el extranjero.

«¡Qué bien lo hacen hoy! —pensaba, prestando oído al canto—. ¡Qué bien!».

IV

El Jueves Santo dirigía en la Catedral la ceremonia del Lavatorio. Cuando, terminada ésta, retiróse la gente a sus casas, había salido el sol, el tiempo era templado, corría jubilosa el agua por las cunetas y de las afueras de la ciudad, del campo, llegaba ininterrumpidamente, invitando a la paz, el canto tierno de las alondras. Los ya desnudos árboles sonreían amables, y sobre ellos alejábase, Dios sabía hacia dónde, el cielo azul, infinito e inabarcable.

Al llegar a su casa, su reverencia el padre Piotr tomó el té; se cambió de ropa, se echó en la cama y dio orden al novicio de que echara las persianas a la ventana. El dormitorio adquirió un aspecto sombrío. ¡Qué cansancio, sin embargo! ¡Qué dolor en las piernas y en la espalda!… Un dolor frío y pesado… ¡Qué ruido en los oídos!… Ahora se le figuraba que hacía mucho tiempo que no había dormido, y tan pronto como cerraba los ojos, cualquier nadería que se presentara ante su mente le quitaba el sueño. Igual que la víspera, a través de la pared llegaba un ruido de voces, el chocar de los vasos

y las cucharillas. Maria Timofeevna refería algo en tono alegre al padre Sisoi, que taciturno y con voz descontenta contestaba:

— ¡Ya, ya!… ¡Fuera con ellos!

Su reverencia volvió a experimentar enojo y a sentirse ofendido de que con los extraños mantuviera la anciana un trato corriente en tanto que ante él, ante su hijo, se mostraba azarada, hablaba poco y no decía su pensamiento. Hasta le parecía que todos aquellos días había buscado pretexto para ponerse en pie, como si la violentara permanecer sentada ante él… ¿Pues y su padre?… Éste, si viviera todavía, ni siquiera sería capaz de pronunciar una palabra ante él…

En la habitación contigua algo cayó al suelo y se rompió. Sin duda, Katia había dejado caer alguna taza o platillo, porque, de pronto, se oyó escupir y decir enfadado al padre Sisoi:

—¡Esta chiquilla es un verdadero castigo! ¡Que Dios me perdone…, pecador de mí!…

Luego todo quedó tranquilo, llegando sólo hasta él los sonidos del patio.

Cuando su reverencia volvió a abrir los ojos, vio en su habitación a Katia, mirándole inmóvil. Su cabello rojizo se alzaba, como de costumbre, en forma de aureola por detrás de su peinetita.

—¿Eres tú, Katia? —le preguntó—. ¿Quién es ése que está abajo abriendo y cerrando la puerta constantemente?

—Yo no oigo nada —contestó Katia aguzando el oído.

—Ahora mismo acaba de pasar alguien.

—¡Pero si ha sido por dentro de su vientre…, tiíto!

Él se echó a reír y le acarició la cabecita.

—¿Dices entonces que tu hermano Nikolascha corta los muertos? —le preguntó después de un silencio.

—Sí… Está estudiando.

—¿Es bueno?

—Si, es bueno… Lo único es que bebe demasiado vodka.

—¿Y tu padre? ¿De qué enfermedad se murió?

—Mi papá estaba muy débil… ¡Estaba muy delgado, muy delgado!… Y de repente se le puso mala la garganta… Yo también estaba enferma entonces…, y mi hermano Fedia… ¡Todos malos de la garganta!… Papá se murió y nosotros nos pusimos buenos… —su barbilla empezó a temblar y las lágrimas asomadas a sus ojos resbalaron por sus mejillas—. ¡Reverencia!… —pronunció con un hilito de voz y ya llorando amargamente—. ¡Tiíto!…

¡Nosotros y mamá somos ahora muy desgraciados!… ¡Denos un poquito de dinero!… ¡Sea bueno!… ¡Querido tiíto!…

Las lágrimas acudieron también a los ojos de él, impidiéndole la emoción durante largo rato articular palabra. Luego le acarició la cabeza y, dándole unas palmaditas en el hombro, le dijo:

—¡Bien, bien…, nenita!… ¡Ya hablaremos de eso cuando llegue la Pascua!… ¡Ya os ayudaré, ya os ayudaré!…

Tímida y silenciosa, entró en este momento la madre, que se puso a orar ante los iconos. Al observar que estaba despierto, le preguntó:

—¿Quiere usted un poco de sopita?

—No, gracias —contestó él—. No tengo ganas.

—Me parece que está usted enfermo… ¡Claro que sí!… ¿Y cómo no enfermar? ¡Se pasa el día entero en pie!… ¡Dios mío!… ¡Le da a una hasta lástima! ¡Menos mal que no falta mucho para la semana de Pascua y podrá usted descansar si Dios quiere!… Ya hablaremos entonces…, que ahora no quiero molestarle dándole conversación… ¡Vamos, Katechka! ¡Dejemos dormir a su reverencia!

Éste recordó el tiempo, ya muy lejano, en que todavía era un chiquillo, y ella le hablaba en un tono medio burlón medio respetuoso. Sólo la extraordinaria bondad de sus ojos y la mirada tímida y preocupada que arrojó sobre él al salir de la habitación permitían adivinar su condición de madre. Su reverencia cerró los ojos y pareció dormirse; y, sin embargo, oyó dos veces sonar la hora y toser al padre Sisoi al otro lado de la pared. De nuevo volvió a entrar la madre, permaneciendo allí un minuto mirándole tímidamente.

Una berlina o un *milord* se detuvo ante el pórtico, sonó de pronto un portazo y el novicio entró en el dormitorio.

—Reverencia… —dijo.

—¿Qué?

—Está el coche. Hay que salir ya para el oficio de la Pasión del Señor.

—¿Qué hora es?

—Las siete y cuarto.

Su reverencia se vistió y se fue a la catedral. Durante la lectura de las doce partes del Evangelio tenía que permanecer en pie e inmóvil en el centro de la iglesia. El primer Evangelio, el más largo y más hermoso, lo leía él mismo. Un estado de ánimo jubiloso y lozano se había apoderado de él. La primera parte, «Éste es mi Hijo, en quien tengo puestas todas mis complacencias», se la sabía de memoria, por lo que al leerla alzaba de cuando en cuando los ojos y veía por ambos lados un mar de luces y oía crujir las velas, aunque, como

en años anteriores, no distinguía a la gente, pareciéndole que todos los presentes eran los mismos que acudieran allí en los tiempos de su niñez y adolescencia y que seguirían acudiendo todos los años sólo Dios sabía hasta cuándo.

Su padre había sido diácono; su abuelo, sacerdote; su bisabuelo, diácono… Toda su casta, tal vez desde la cristianización de Rusia, había pertenecido al estado eclesiástico, por lo que quizá su amor a las ceremonias de iglesia, al clero, al repique de campanas, era en él algo profundo, innato e inamovible. En la iglesia, sobre todo cuando oficiaba él, se sentía activo, vigoroso y feliz. Asimismo le ocurría ahora. Sólo al empezar a leer la octava parte del Evangelio su voz se debilitó a tal punto que no se le oía ya toser. La cabeza le dolía terriblemente, y el temor a caerse empezó a intranquilizarle. Las piernas, en efecto, se le habían quedado completamente dormidas, dejando poco a poco de sentirlas, y no podía comprender sobre qué estaba en pie ni por qué no se caía al suelo.

Eran las doce menos cuarto cuando terminó el oficio. Al llegar a su casa, su reverencia se desnudó inmediatamente e incluso se acostó sin rezar sus oraciones. No podía hablar, y hasta se le antojaba imposible tenerse en pie. Al cubrirse con la manta, sintió de repente unos deseos irresistibles de encontrarse en el extranjero. Le parecía que hubiera dado toda su vida por no volver a ver aquellas lastimosas y baratas persianas, aquellos techos bajos y por no percibir el pesado olor del monasterio. ¡Si por lo menos hubiera allí una sola persona con quien poder hablar!

Mucho rato estuvieron oyéndose largas pisadas en la habitación contigua; pero por muchos esfuerzos que hacía por recordarlo, no comprendía quién era el que podía andar. La puerta se abrió al fin, y Sisoi, con una vela y una taza en las manos, entró en la habitación.

—¿Ya está usted acostado, reverencia? —preguntó—. Vengo a darle unas friegas con vodka y vinagre. Una buena fricción es muy conveniente… ¡Señor Jesucristo!… ¡Así!… ¡Así!… Acabo de llegar de nuestro monasterio. ¡No me gusta!… ¡Mañana mismo me marcho, eminencia!… ¡No estoy aquí más!… ¡Señor Jesucristo!…

Sisoi no podía permanecer mucho tiempo en un mismo sitio pareciéndole ya que en el monasterio Pankratievskii llevaba un año. Lo más notable era que, al escucharle, resultaba difícil comprender dónde tenía su residencia, si amaba a alguien o a algo y si creía en Dios… Él era el primero en no comprender por qué era monje y el día en que había tomado el hábito se había borrado ya de su memoria. Se le figuraba que había nacido ya siendo monje.

—¡Mañana mismo me marcho!… ¡Queden todos con Dios!

—Hubiera querido hablar con usted, pero nunca tengo tiempo —dijo su reverencia despacio y sin fuerzas—. No conozco aquí nada ni a nadie.

—Me quedaré hasta el domingo si gusta…, pero más no.

—¿Qué clase de obispo soy yo?… —prosiguió lentamente su reverencia —. Debería ser pope de aldea, o sacristán, o sencillo monje… ¡Me agobia todo esto! ¡Me agobia!

—¿Qué está diciendo?… ¡Señor Jesucristo!… ¡Así! ¡Así!… Duerma bien, reverencia. ¡Qué se le va a hacer! ¡Que pase buena noche!

En toda ella su reverencia no pudo pegar los ojos y por la mañana, a eso de las ocho, se presentó la hemorragia intestinal. El novicio, asustado, fue primeramente a comunicárselo al archimandrita, y después a buscar a Iván Andreich, el médico del monasterio, que tenía su residencia en la ciudad. El doctor, un anciano robusto, de larga barba canosa, paso largo rato auscultando a su reverencia al tiempo que movía la cabeza con gesto apesadumbrado; luego dijo:

—¿Sabe…, eminencia?… Tiene usted el tifus.

En cosa de media hora, por efecto de la hemorragia, su reverencia había adelgazado mucho y palidecido. Su rostro se había arrugado, sus ojos agrandado y todo él parecía haber envejecido y menguado de estatura, encontrándose ya a si mismo el más débil, delgado e insignificante de los seres, e imaginando que todo lo que en un tiempo había sido, se había marchado ya muy lejos para no volver más.

«¡Qué bien! —pensaba—. ¡Qué bien!».

La anciana madre llegó. Asustándose al ver los grandes ojos y el rostro arrugado, cayó de rodillas ante el lecho y empezó a besarle la cara, los hombros, las manos. También a ella, sin saber por qué, le parecía ahora el más delgado, el más débil, el más insignificante de los seres… No recordaba ya que era obispo, le parecía ahora su hijo y le besaba como a un niño muy querido y muy suyo.

—¡Pavluscha!… ¡Palomito!… —empezó a decir—. ¡Querido mío!… ¡Hijito mío!… ¿Por qué estás así?… ¡Pavluscha!… ¡Contéstame!…

Katia, pálida y severa, permanecía a su lado sin comprender qué era lo que le pasaba a su tío; por qué el rostro de su abuela estaba tan afligido y por qué decía aquellas palabras tan emocionantes y tristes. Él, entre tanto, no podía articular palabra, no entendía nada y se representaba a sí mismo como un ser sencillo y vulgar que camina muy de prisa por el campo, golpeando el

suelo con un pequeño palo, bajo el ancho cielo inundado de sol y ahora libre como el pájaro para poder ir a donde se le antojara.

—¡Hijito mío!… ¡Pavluscha!… ¡Dime lo que te pasa!… ¡Querido mío!…

—¡No moleste a su eminencia! —dijo, enfadado, Sisoi al pasar ante la habitación—. ¡Déjele que duerma! ¡Déjele!

Tres médicos llegaron y, tras celebrar consulta, se volvieron a marchar. El día transcurrió largo…, desmesuradamente largo. Luego llegó la noche, que se prolongó también largamente, y hacia la mañana del sábado, el novicio, acercándose a la anciana echada en el diván, le rogó que entrara en el dormitorio. Su reverencia había muerto…

Al día siguiente era Pascua de Resurrección. La ciudad, en la que había cuarenta y dos iglesias y seis monasterios, estuvo llena de la mañana a la noche de un repique alegre, sonoro e ininterrumpido, que avivaba el aire primaveral. Cantaban los pájaros, brillaba esplendoroso el sol y el ruido reinaba en la gran plaza del mercado, en la que mecíanse los columpios, tocaban los aristones, los acordeones chillaban y oíanse voces borrachas. Por la calle principal, a eso del mediodía, empezó el paseo de los coches. En una palabra, todo transcurría normal y alegremente, igual al año anterior y a como habría de transcurrir, según toda probabilidad, el próximo.

Un mes después, un nuevo obispo había tomado allí posesión de su destino y nadie se acordaba ya de su reverencia el padre Piotr. Más tarde se le olvidó por completo. Ya sólo la anciana, la madre del difunto, que vive ahora en casa de su yerno, el diácono, en un lejano pueblecito, cuando sale al anochecer en busca de la vaca y se encuentra con otras mujeres empieza a hablarles de sus hijos y de sus nietos y de que tenía un hijo obispo. Al decir esto, su voz es tímida, como la del que teme no ser creído. Y, en efecto, no todos lo creen.

HOMBRE ENFUNDADO

EN el cobertizo propiedad del *starosta* Prokofii, situado a un extremo del pueblo de Mironositzkii, disponíanse a pasar la noche los cazadores llegados con retraso. Eran éstos solamente dos: el veterinario, Iván Ivanovich, y el maestro de escuela, Burkin. Iván Ivanovich tenía el singular doble apellido de Chisscha-Gimalaiskii, que cuadraba mal a su persona, lo que hacía que todo el mundo en la región le llamara sencillamente por su nombre de pila. Vivía cerca de una ciudad, en la que había terrenos dedicados a la cría caballar, y salía de caza con el fin de respirar aire puro. El maestro Burkin pasaba los veranos invitado en casa de los condes P***, por lo que era familiar en el contorno.

No tenían sueño. Iván Ivanovich, anciano, alto y delgado, de largos bigotes, sentado al aire libre junto a la puerta de entrada e iluminado por la luna, fumaba su pipa. Burkin, echado sobre el heno en el interior del cobertizo, era invisible en la oscuridad.

Hallábanse contando diferentes historias. Entre otras cosas, referían que Mavra, la mujer del *starosta*, mujer sana y sin pelo de tonta, en toda su vida había salido de su pueblo. Jamás había visto una ciudad ni un ferrocarril, y los diez últimos años se los había pasado en casa, saliendo a la calle sólo por la noche.

—¿Qué tiene eso de asombroso? —dijo Burkin—. Las personas solitarias por naturaleza son como el cangrejo o el caracol, que se esfuerzan en esconderse bajo su concha, y de éstas, hay bastantes en este mundo. Puede que se trate de una cuestión de atavismo, de un retroceso al tiempo en que el hombre, antepasado nuestro, no era todavía un animal sociable y vivía solitario en su guarida… Puede también ser, sencillamente, una particularidad del carácter humano… ¡Quién sabe!… Yo no soy naturalista y no me incumbe, por tanto, tocar asuntos de este género… Lo único que quiero decir es que las personas como Mavra no son ningún fenómeno raro… Por ejemplo, y para no ir más lejos, hace cosa de dos meses que murió en nuestra ciudad un tal Belikov, profesor de griego y amigo mío. Seguramente ha oído usted

hablar de él. Era famoso en todas partes porque siempre, por hermoso que estuviera el tiempo, llevaba chanclos, paraguas y un abrigo guatado. El paraguas iba metido en su funda; el reloj, en otra de ante gris, y cuando para afilar el lápiz sacaba la navajita, veíase a ésta encerrada también en una fundita. Su rostro, siempre oculto en el cuello levantado del abrigo, parecía también enfundado. Usaba lentes oscuros y camiseta; llevaba algodón en los oídos, y cuando iba en coche hacía que alzaran la capota. En una palabra: veiase en él el invencible y perpetuo deseo de rodearse de una envoltura; de hacerse como si dijéramos una funda que le aislara y le protegiera de toda influencia exterior. La realidad le perturbaba, le mantenía en constante inquietud, y para defender su timidez, aquella repugnancia a la realidad, alababa al pasado y a cuanto en él había existido. Las lenguas clásicas, de cuya enseñanza se ocupaba, eran para él, en el fondo, lo mismo que aquellos chanclos y paraguas en los que se ocultaba a la realidad de la vida.

—¡Oh, qué sonoro…, qué maravilloso es el idioma griego! —decía con dulce expresión; luego, en apoyo de sus palabras, guiñando los ojos y levantando un dedo, añadía—: *¡Antropos!*

También el pensamiento procuraba llevarlo escondido en una funda. Lo único claro para él eran las disposiciones oficiales y los artículos de periódicos que prohibían algo. Cuando por alguna de estas disposiciones oficiales no se permitía a los alumnos salir después de la nueve de la noche, o cuando algún artículo de periódico atacaba el amor sensual, todo para él estaba claro: prohibido y basta. El permiso en sí encerraba siempre para él un elemento dudoso, algo que no se decía hasta el final y que era turbio. Si en la ciudad se toleraba la existencia de un círculo de aficionados al drama, una sala de lectura o un establecimiento para tomar el té, moviendo la cabeza decía pausadamente:

—¡Todo esto será maravilloso, pero pudiera ocurrir que…!

Cualquier clase de quebrantamiento, desviación o retroceso en los reglamentos le sumían en un estado de depresión, aunque en realidad la cosa a él poco podía importarle… Si alguno de sus compañeros acudía retrasado a un *Te Deum*, llegaba a sus oídos la travesura de un colegial o veía a última hora de la tarde a una inspectora de clase, acompañada de un oficial, excitándose repetía: «Pudiera ocurrir que…».

Durante los consejos pedagógicos nos deprimía sencillamente a todos con sus precauciones, su aprensión y sus pensamientos infundados, respecto a la mala conducta de la juventud en los colegios de muchachos y muchachas; al excesivo ruido de las clases… ¡Si ocurría algo, ya veríamos si ello no llegaba

a oídos de la superioridad…, y si de la segunda clase hubiera sido expulsado Petrov y de la cuarta Egorov, más hubiera valido!… ¿Y cree usted?… Nos agobiaba tanto con sus suspiros, gimoteos…, con sus lentes oscuros y su cara pálida y pequeña (como la de un yeso, ¿sabe?), que acabamos por ceder; se daba a Petrov y a Egojov una mala nota en conducta, se les imponía un castigo y terminábamos por expulsarlos.

Tenía una costumbre singular al ir a visitarnos a nuestras casas Llegaba, por ejemplo, a la de un profesor, tomaba asiento y se quedaba callado una hora y otra como buscando algo con la mirada. A eso llamaba él sostener buenas relaciones con los compañeros, aunque, seguramente, el visitarnos y estarse allí sentado le resultaba fastidioso y sólo lo hacía porque lo consideraba un deber de compañerismo. Todos le temíamos; desde los profesores al director. ¡Imagínese!… Nuestro profesorado estaba compuesto de gente pensadora, profundamente digna y educada, según el espíritu de Turguenev y de Schedrin, no obstante lo cual este hombre de los chanclos y el paraguas tuvo metido en un puño durante quince años al colegio entero… ¡Pero para qué hablar solamente del colegio!… ¡A toda la ciudad!… Nuestras damas no daban funciones de aficionados los sábados, por temor a que él se enterara; y el clero se sentía violento si le sucedía comer carne ante él o jugar a las cartas. Bajo la influencia de un ser como Belikov, en nuestra ciudad, durante los últimos diez o quince años, se empezó a tener miedo a todo. Temíase hablar alto, enviar cartas, trabar conocimientos, leer libros… Temíase ayudar a los pobres y enseñar el alfabeto…

Iván Ivanovich pareció querer decir algo y tosió. Encendió primeramente la pipa, miró a la luna y dijo pausadamente:

—Sí…, serían gente pensadora…, digna… Leerían a Schedrin, a Turguenev, a Bawckley y a otros muchos…, pero ahí estaban sometidos, aguantando…

—¡Así es!

—Belikov vivía en mi misma casa —prosiguió Burkin—, en el mismo piso, y tenía su puerta frente a la mía. Nos veíamos a menudo, por lo que yo conocía su vida doméstica. Dentro de su casa era la misma historia… Bata, gorro, persianas, cerrojos… Toda una larga serie de prohibiciones, de restricciones, de «¡Pudiera ocurrir que…!».

Comer de vigilia era malo para la salud, pero tampoco se podía comer de carne, no fuera a decirse que Belikov no guardaba la Cuaresma, por lo que su comida era a base de pescado con mantequilla, una comida que si no era de vigilia tampoco lo era de carne. Por temor a que se le juzgara mal, no tenía

servidumbre femenina, sino solamente un cocinero llamado Afanasii, viejo de unos sesenta años, bebedor y medio tonto, que por haber estado en tiempos de ordenanza sabía guisar algo. Este Afanasii acostumbraba a situarse junto a la puerta con los brazos cruzados y a mascullar constantemente entre profundos suspiros:

—¡De eso, hoy en día!…

El dormitorio de Belikov era pequeño como un cajón. Tenía sobre la cama un dosel, y al acostarse se cubría la cabeza. Hacía calor, el aire era sofocante y el viento, golpeando en las puertas cerradas, soplaba en la estufa. De la cocina llegaban suspiros…, unos suspiros de mal agüero. Bajo su manta, sentía miedo. Miedo a que ocurriese algo; a ser muerto por Afanasii o a que entraran ladrones. Después de pasar la noche entre sueños sobresaltados, por la mañana se dirigía conmigo al colegio. Iba triste, pálido, y podía observarse que si el colegio a donde nos encaminábamos le asustaba y repugnaba a todo su ser, también el marchar a mi lado resultaba penoso a su temperamento solitario.

—¡Hay demasiado ruido en nuestras clases! —decía, como esforzándose en encontrar explicación a aquel sentimiento de agobio—. ¡Esto es ya inaudito!… ¡Pues, sin embargo, fíjese…! Este profesor de griego…, este hombre enfundado…, ¡estuvo a punto de casarse!

Iván Ivanovich, volviendo la cabeza rápidamente hacia el interior del cobertizo, dijo:

—Bromea usted.

—No. Por extraño que parezca estuvo a punto de casarse… Nos había sido enviado un nuevo profesor de Historia y Geografía: un tal Kovalenko, Mijail Sawich, ucraniano.

Éste no llegó solo. Venía con él una hermana suya, Vareñka. Era un joven alto, de piel tostada y manos inmensas. Hasta en la cara se le notaba que tenía voz de bajo; y, en efecto, ésta parecía salirle de un tonel. Ella no estaba en la primera juventud, tendría unos treinta años pero era también alta y esbelta. Tenía las cejas negras, rojas mejillas y, en una palabra, resultaba un bombón además de ser animada y alborotada y de que se pasaba el tiempo cantando canciones ucranianas y riendo. A la menor cosa que ocurriera se echaba a reír:

—¡Ja, ja, ja, ja!…

Recuerdo haber conocido a Kovalenko el día del santo del director y en casa de éste, y que entre los severos y aburridos pedagogos, que hasta a dar los días acudían por obligación, vimos surgir de pronto a una nueva Afrodita nacida de la espuma. Con las manos en las caderas, reía ésta, bailaba,

cantaba… Cuando, con gran sentimiento, entonó la canción *Soplan vientos…*, y luego otra, y después otra…, quedamos todos fascinados. ¡Todos!… ¡Incluso Belikov! Sentándose a su lado le dijo sonriendo, dulcemente:

—El idioma ucraniano, por su ternura y su grato sonido, recuerda al griego antiguo.

Esto la halagó tanto que empezó a hablarle del *jutor*[188] que tenían en la región de Gadischkii, en el que vivía su mamaíta y donde había unas peras, unas calabazas y unos melones riquísimos…

Y, de pronto, a todos cuantos estábamos escuchándola atentamente…, se nos ocurrió un mismo pensamiento:

—No estaría mal casarlos —me dijo en voz baja la mujer del director.

Sin saber por qué, todos recordábamos ahora que Belikov era soltero, resultándonos extraño no haber reparado hasta entonces en tan importante detalle de su vida. ¿Cuáles eran, en general, sus sentimientos hacia la mujer?… ¿Cómo resolvía él cuestión tan palpitante?… Esto antes no nos interesaba en absoluto. Tal vez fuera porque en nuestro pensamiento no cabía siquiera la idea de que un hombre que en toda época llevaba chanclos y dormía bajo un dosel pudiera amar.

—Tiene más de cuarenta años y ella treinta —dijo la mujer del director explicando su idea—, y se me figura que se casaría con él.

¡Qué no se es capaz de hacer por aburrimiento en nuestra ciudad provincial!… ¡Cuántas cosas, innecesarias y tontas!… Y esto por no guardar la debida conducta… ¡Vamos a ver si no!… ¿Por qué sentíamos de pronto aquella necesidad de casar a un hombre como Belikov, al que ni siquiera podía uno imaginarse casado?… La mujer del director, la del inspector, todas las damas relacionadas con nuestro Instituto, revivieron y hasta embellecieron, como si súbitamente hubieran encontrado un objetivo a su vida. Tomaba la mujer del director un palco en el teatro y veíase en él a Vareñka, con un gran abanico entre las manos, radiante y feliz, y a su lado Belikov, pequeño, chepudo, como si hubiera sido sacado de casa con unas tenazas. Daba yo una reunión, y las damas me exigían irremisiblemente que invitara a Belikov y a Vareñka. En una palabra: la máquina se había puesto en marcha… En efecto, Vareñka no tenía la menor prevención al matrimonio. Su vida con su hermano no era muy divertida. El día entero se lo pasaban regañando y discutiendo. He aquí por ejemplo, una escena de las frecuentes entre ellos: «Por la calle va Kovalenko. Es un hombre alto, de aspecto saludable y vestido con una blusa bordada. Un mechón de pelo escapado de debajo de la gorra le cae sobre la frente. En una mano lleva unos cuantos

libros; en la otra, un grueso palo. Le sigue su hermana, también cargada de libros».

—¡Pero si tú no has leído a Mijailik! —discute en voz alta—. ¡Te lo digo! ¡Juro que nunca lo has leído!

—¡Y yo te digo que lo he leído! —grita Kovalenko dando golpes en el suelo con el palo.

—¡Oh!… ¡Dios mío!… Pero, ¿Por qué te enfadas…, Minchik?… ¡Nuestra charla es abstracta!…

—¡Y yo te digo que lo he leído! —grita aún más fuerte Kovalenko.

En su casa, y en presencia de un extraño, no podía faltar nunca una pelea. Semejante vida la aburría, indudablemente. Deseaba tener un rincón propio y, además, hemos de tomar en cuenta cuál era su edad… Ya no tenía tiempo de andar escogiendo y había que casarse con el que fuera…, incluso con el profesor de griego… Hay que añadir que, por lo general, la mayoría de nuestras señoritas se casan por casarse. Sea como sea, el caso es que Vareñka comenzó a demostrar su clara inclinación hacia Belikov.

¿Y él?… Él visitaba a los Kovalenko en la misma forma en que nos visitaba a los demás. Iba a su casa y se estaba allí un rato sentado sin decir nada. Mientras él permanecía silencioso, ella le cantaba *Soplan vientos*, le miraba pensativa con sus oscuros ojos o rompía a reír:

—¡Ja, ja, ja, ja!…

En asuntos de amor, sobre todo en cuanto se refiere al matrimonio, la transmisión de pensamiento juega un gran papel. Todos, lo mismo los compañeros que las damas, empezaron a convencer a Belikov de que había de casarse…, de que no le quedaba otra cosa que hacer en la vida que no fuera casarse… Todos le dábamos la enhorabuena, diciéndole con grave semblante una serie de vulgaridades como, por ejemplo, que el matrimonio es un paso serio. Hay que añadir también que Vareñka era bastante agraciada, interesante, hija de un consejero civil y propietaria de un *jutor*; pero, sobre todo, había sido la primera mujer que acogiera afectuosa y cariñosamente a Belikov. A éste empezó a darle vueltas la cabeza y decidió, en efecto, casarse.

—¡Aquél hubiera sido precisamente el momento propicio para quitarle los chanclos y el paraguas! —pronunció Iván Ivanovich.

—¡Desde luego…, pero ello, sin embargo, resultó imposible! Colocó encima de su mesa el retrato de Vareñka, venía constantemente a mi casa a hablarme de ella y de la vida matrimonial, de que el casamiento es un paso serio; pero su vida no cambió en lo más mínimo. Incluso al contrario. Su

decisión de casarse actuó sobre él de un modo enfermizo: adelgazó, palideció y pareció hundirse más profundamente en su funda.

—Me gusta Varvara Savvischna —decíame con una ligera y torcida sonrisita—. Sé que a un hombre le es indispensable casarse, pero… ¡todo esto ha sido tan repentino!… ¡Hay que pensarlo todavía!

—¿Qué es lo que hay que pensar? ¡Cásese y nada más!

—¡No!… El matrimonio es un paso serio. Es preciso pesar primeramente todas las futuras obligaciones y responsabilidades: no vaya a ocurrir que… Esto me atormenta muchísimo. Ahora me paso las noches en blanco, y he de confesar que siento miedo. Tanto ella como su hermano tienen una manera de pensar muy singular…, muy rara, ¿sabe usted?… Y también el carácter vivo… Te casas y a lo mejor luego… ocurre cualquier historia…

Con gran enojo de la mujer del director y de las demás damas seguía retrasándose en pedir la mano de Vareñka, pesando siempre las futuras obligaciones y responsabilidades, a pesar de que, casi diariamente, paseaba con ella, tal vez pensando en que así cuadraba a su posición y continuaba viniendo a visitarme para hablarme de la vida matrimonial.

Puede que al cabo hubiera llegado a solicitar la mano de Vareñka, contrayendo uno de esos matrimonios innecesarios y necios que entre nosotros se efectúan por millares (de puro aburrimiento), si no hubiera ocurrido de pronto un *kolossalische Skandal*. Hay que decir que Kovalenko, el hermano de Vareñka, no podía soportar a Belikov, por quien, desde el punto y hora de haberle conocido, había sentido aborrecimiento.

—¡No comprendo!… —nos decía, encogiéndose de hombros—. ¡No comprendo cómo pueden ustedes aguantar a ese acusica!… ¡A ese carota repugnante! ¡No sé cómo les es posible vivir aquí!… ¡En esta atmósfera agobiante…, asquerosa!… ¿Qué profesores ni qué pedagogos son ustedes?… ¡Lo que son es unos *escalapuestos*! ¡Vaya temple científico el suyo!… ¡No, hermanos!… ¡Yo estaré un poco entre ustedes, pero luego me marcharé a mi casa a pescar cangrejos y a enseñar a los niños!… ¡Me marcharé! ¡Quédense ustedes aquí con su Judas!

O bien se echaba a reír, a reír…, hasta que se le saltaban las lágrimas, tan pronto con voz aguda y chillona como con voz de bajo, y me preguntaba:

—¿Para qué tiene que venir a sentarse a mi casa?… ¿Qué es lo que quiere?… ¡Se sienta y se está ahí mira que te mira!…

Era natural que nosotros evitáramos referirnos a la intención de Vareñka de casarse con él, y cuando un día la mujer del director le lanzó una indirecta

sobre lo mucho que convendría a su hermana casarse con una persona tan estimada de todos como Belikov, frunciendo el entrecejo, gruñó:

—¡Eso no es asunto mío!… ¡Que se case con quien quiera! ¡Aunque sea con un reptil!… ¡Yo no me meto en asuntos ajenos!

Escuche ahora lo que pasó más tarde: un bromista, sin duda, dibujó la caricatura de Belikov con chanclos, pantalones remangados, paraguas abierto y dando el brazo a Vareñka. Debajo estaba escrito: «Antropos amoroso».

Su expresión estaba asombrosamente reproducida. El artista debió de pasarse, seguramente, varias noches trabajando en ella, pues cada profesor de Instituto, todos los chicos y chicas, profesores de seminario y funcionarios recibieron el correspondiente ejemplar. También lo recibió Belikov, ejerciendo la caricatura sobre él pésimo efecto.

Por ser domingo y además primero de mayo, todos nosotros, profesores y alumnos, acordamos reunirnos en el Instituto para dar un paseo a pie hasta el bosquecillo, situado a las afueras de la ciudad. Cuando Belikov salió de su casa, estaba verde y más sombrío que una nube negra.

— ¡Qué gente más mala hay en el mundo! —decía con labios temblorosos.

Hasta me dio lástima… Nos habíamos puesto ya en camino cuando figúrese que aparece de repente Kavolenko montado en bicicleta, y tras él, también en bicicleta, su hermana Vareñka, con el rostro encendido, cansada, pero contenta y alegre.

—¡Les llevamos la delantera! —nos grita—. ¡Qué tiempo maravilloso!… ¡Tan maravilloso que es una delicia!…

Y ambos desaparecieron. Mi Belikov, de verde que estaba, se puso blanco y pareció quedarse petrificado. Deteniéndose, me miró…

—¡Pero, bueno!… ¿Esto qué significa? —preguntó—. ¿O acaso me ha engañado la vista?… ¿Es quizá, propio de un profesor de instituto y de una mujer el montar en bicicleta?…

—¿Y qué hay en ello de impropio? —pregunté a mi vez—. ¡Que se paseen cuanto quieran!

—¿Cómo es posible?… —gritó, asombrado de mi tranquilidad—. ¿Qué está usted diciendo?

Su sorpresa fue tal, que negándose a seguir con nosotros regresó a su casa.

El día siguiente se lo pasó frotándose las manos con gran nerviosismo, pudiéndose observar por su rostro que no se encontraba bien. Antes de concluir las clases se retiró, rehusó comer (cosa que le ocurría por primera vez en su vida) y al anochecer, doblemente abrigado, aunque el tiempo era

casi veraniego, se arrastró hasta la casa de los Kovalenko. Vareñka había salido, encontrando solamente en ella a su hermano.

—Tenga la bondad de sentarse —dijo Kovalenko fríamente y frunciendo el entrecejo.

Como acababa de levantarse de la siesta, tenía el rostro adormilado y estaba de mal humor.

Belikov, tras permanecer sentado y silencioso durante unos diez minutos, empezó a decir:

—Vengo a verle para desahogar mi alma… ¡Tengo una gran pena! ¡Una gran pena!… ¡Un bromista se ha permitido representarme en un aspecto burlesco!… ¡A mí y a otra persona muy allegada a nosotros…, por lo que considero de mi deber asegurarle que no he tenido la menor intervención en ello!… ¡No he dado motivo para mofa semejante, y, por el contrario, me he portado siempre como un hombre correcto!

Kovalenko, cejijunto, guardaba silencio. Belikov esperó unos momentos y prosiguió con voz baja y triste:

—Tengo algo más que decirle… Hace mucho que desempeño mi profesión, en tanto que usted sólo ha comenzado a ejercerla, por lo que considero mi deber, en mi calidad de compañero de más edad, el advertirle… Acostumbra usted a pasear en bicicleta, y ésta es distracción que no conviene a un educador de juventudes.

—¿Por qué? —preguntó Kovalenko con voz de bajo.

—¿Qué explicaciones hacen falta, Mijail Savvich?… ¿Acaso no está claro?… Si un profesor monta en bicicleta…, ¿qué no harán los alumnos?… ¡Sólo les queda ya andar patas arriba!… Por tanto, como el reglamento no lo permite, ello quiere decir que no puede hacerse… ¡Ayer, cuando vi a su hermanita, me quedé espantado!… ¡Todo se nubló ante mis ojos!… ¡Una joven montada en bicicleta!

—Bien, ¿y qué es lo que quiere usted?

—Quiero solamente advertirle, Mijail Sawich. Es usted joven, el porvenir se abre ante usted y hay que poner cuidado en el comportamiento…, cosa que usted no hace… ¡Vaya si no lo hace!… Viste usted una blusa bordada, va por la calle con libros en la mano, y por si esto fuera poco, monta en bicicleta… Que usted y su hermana montan en bicicleta llegará a oídos del director, de allí se sabrá en esferas más altas, y ¿qué bien resultará de ello?

—¿Y qué le importa a nadie que yo y mi hermana montemos en bicicleta? —dijo Kovalenko, poniéndose rojo—. ¡Al que se mezcle en mis asuntos familiares le mandaré al diablo!

Belikov se puso pálido y se levantó.

—¡Si me contesta en ese tono, no podré seguir hablando! —dijo—. ¡Le ruego que no vuelva usted a expresarse en mi presencia con respecto a los superiores de semejante manera! ¡Ha de aprender a tratarlos con más respeto!

—¿Acaso he dicho algo contra los superiores? —dijo Kovalenko fijando en él una mirada maligna—. ¡Le ruego que me deje en paz! ¡Soy un hombre honrado y no tengo ganas de hablar con personas como usted! ¡No me gustan los acusicas!

Belikov se revolvió nervioso, y con rostro espantado empezó a ponerse apresuradamente el abrigo. Era la primera vez en su vida que escuchaba groserías como aquéllas.

—¡Podrá usted decir lo que quiera —dijo al pasar del recibimiento al descansillo de la escalera—, pero he de advertirle solamente que, como pudiera habernos oído alguien que tergiversara nuestra conversación, dando lugar a que ocurriera alguna cosa, me veo obligado a referir ésta al señor director, en sus rasgos más salientes!… ¡Me veo obligado!

—¿Referir?… ¡Anda!… ¡Empieza ya!… ¡Refiérelo!…

Y Kovalenko, agarrando por el cuello a Belikov, le dio tal empujón que le hizo rodar escaleras abajo entre el ruido de sus chanclos. La escalera era alta y empinada, a pesar de lo cual llegó al pie de ella ileso. Levantóse, se llevó la mano a la nariz para ver si no se le habían roto los lentes. Pero justamente, en el preciso momento en que rodaba por la escalera, hacía su entrada Vareñka acompañada de dos damas. Que desde abajo presenciara la escena, fue lo más terrible de todo para Belikov. Más le hubiera valido romperse el cuello y ambas piernas que ser motivo de escarnio. ¡Ahora la ciudad entera lo sabría!… ¡Llegaría hasta el director y hasta más alto aún y podría ocurrir que…! ¡Le sacarían una nueva caricatura, y el final de todo pudiera ser la orden de que pidiera el retiro!…

Cuando Belikov se levantó, Vareñka, al reconocerle, ver su cómico rostro, su arrugado abrigo y sus chanclos, sin comprender lo que ocurría y pensando que aquella caída era involuntaria, no pudo contenerse y rompió a reír con una risa sonora que repercutió por toda la casa.

—¡Ja, ja, ja, ja!…

Y con este sonoro y contagioso «¡ja, ja, ja, ja!» terminó todo. El casamiento y hasta la existencia terrena de Belikov. No oía ya las palabras de Vareñka ni veía nada. Al volver a su casa, lo primero que hizo fue quitar de su mesa el retrato; después se acostó y no se levantó más. Pasados tres días vino a verme Afanasii, preguntándome si no convendría llamar al médico,

pues a su señor le pasaba algo. Fui a visitarle. Estaña echado bajo su dosel, arropado en la manta y silencioso. A todas mis preguntas contestaba solamente con un sí o un no, sin emitir ningún sonido más. Mientras él permanecía acostado, a su lado se agitaba Afanasii taciturno, con aire de pesadumbre y exhalando profundos suspiros, en tanto que toda su persona despedía el mismo olor que una taberna.

Un mes después moría Belikov. A su entierro asistimos todos, o sea, ambos institutos y el seminario. En el ataúd, su expresión era tímida, agradable y hasta alegre, como si se sintiera contento de verse metido en una funda de la que no habría de salir más. Sí… ¡Había logrado su ideal!… Como en honor suyo, el día de su entierro amaneció lluvioso, por lo que todos llevábamos chanclos y paraguas. Vareñka estaba también presente, y cuando descendieron el féretro a la fosa, rompió a llorar… He observado que las ucranianas solamente saben reírse o llorar… no conocen el término medio.

Confieso que enterrar a personas como Belikov es un gran placer. De vuelta del cementerio llevábamos todos la cara larga, porque ninguno quería descubrir su interior sentimiento de satisfacción. Sentimiento semejante al que experimentábamos en los lejanos días de la infancia, cuando los mayores se marchaban de casa y podíamos, gozando de nuestra completa libertad, corretear alguna que otra hora por el jardín… ¡Oh libertad…, libertad!… ¡La menor alusión a la más pequeña esperanza de alcanzarla pone alas en el alma!… ¿No es verdad?…

Volvimos del cementerio de buen humor y, sin embargo, no habría pasado más de una semana y ya la vida había empezado a resbalar como antes… Igualmente rígida, fatigosa, desbarajustada… Una vida que no prohibían los reglamentos, pero que tampoco permitían por completo. No mejoró. Belikov estaba ya enterrado, pero… ¡cuántos seres enfundados semejantes a él había aún en el mundo, y cuántos seguiría habiendo!…

—¡Así es! —dijo iván Ivanovich, encendiendo su pipa.

—¡Cuántos seguiría habiendo! —repitió Burkin.

El profesor de instituto salió del cobertizo. Era de estatura regular, gordo, completamente calvo y tenía una barba negra que le llegaba hasta la cintura. Con él salieron dos perros.

—¡Qué luna! —dijo, mirando al cielo.

Había llegado la medianoche. A la derecha veíase todo el pueblo. Una larga calle de éste prolongábase hacia lo lejos, hasta una distancia que sería, aproximadamente, de cinco *verstas*. Todo hallábase sumergido en un sueño profundo y tranquilo; sin un movimiento ni un sonido. Antojábase, incluso,

imposible, que en la Naturaleza pudiera existir semejante quietud. Cuando en una noche de luna se contempla una ancha calle de pueblo, con sus *isbas*, sus gavillas y sus dormidos sauces, todo se aquieta en el alma, y ésta, escondiéndose en las sombras nocturnas de las preocupaciones y de las penas, se vuelve tímida, triste, maravillosamente… Se le figura que también las estrellas la contemplan cariñosas y conmovidas, que no existe ya maldad en la tierra, y que todo está en regla.

A la izquierda, donde terminaba el pueblo, empezaba el campo. Distinguíase en la lejanía hasta la misma línea del horizonte, y en toda la anchura de aquel campo que bañaba la luz de la luna, no había tampoco un movimiento ni un sonido.

—¡Así es! —repitió Iván Ivanovich—. ¡Vivimos en la ciudad llenos de agobios y apreturas! Jugamos al *vint*…, pero ¿acaso no es eso una funda?… ¡Nuestra vida transcurre entre gentes ociosas…, mujeres desocupadas!… ¡Hablamos y decimos toda suerte de tonterías!…, y ¿no es esto también una funda?… Si quiere le contaré una historia sumamente aleccionadora.

—No. Ya es hora de dormir. Hasta mañana.

Tras dirigirse al cobertizo, se echaron ambos sobre el heno. Después de bien arropados comenzaban a conciliar el sueño cuando oyeron unos ligeros pasos. Alguien se movía a poca distancia del cobertizo. Las pisadas se detenían y empezaban de nuevo. Los perros gruñeron.

—Es Mavra la que anda —dijo Burkin.

Los pasos cesaron.

—¡Tener que ver y escuchar mentiras!… —dijo Ivanovich volviéndose sobre el otro costado—. ¡Y todavía te llaman tonto cuando aguantas esas mentiras, esas ofensas, esos empequeñecimientos!… ¡Eso de no atreverse a declarar abiertamente que se está al lado de las personas honradas y libres y tener que mentir y sonreír!… ¡Y todo por un pedazo de pan…, por un rincón caliente… y por alcanzar una miserable categoría que no vale un comino!… ¡No!… ¡Vivir así es imposible!…

—¡Pero, bueno, Iván Ivanovich!… —dijo el profesor—. ¡Todo eso es ya de otra ópera!… Vamos a dormir.

Diez minutos después Burkin dormía ya, pero Iván Ivanovich continuaba revolviéndose de un lado para otro y suspirando. Levantándose, salió de nuevo al aire libre, y tras sentarse junto a la puerta, encendió su pipa.

DUSCHECHKA[189]

EN el patio de su casa y en un escalón del porche hallábase sentada, pensativa, Oleñka, la hija de Plemiannikov, asesor colegial retirado. Hacía calor; las moscas importunaban constantemente y era grato pensar en que pronto llegaría el anochecer. Anunciando lluvia, unos oscuros nubarrones avanzaban por el Oeste, de cuyo lado llegaba un aire húmedo. Kunin, empresario y propietario del jardín *Tívoli*, de recreo, con domicilio en un pabellón de aquel patio, desde el centro de éste miraba al cielo.

—¡Otra vez! —decía con desesperación—. ¡Otra vez lluvia!… ¡Todos los días llueve!… ¡Todos los días!… ¡Parece enteramente que las nubes lo hacen a propósito!… ¡Esto es una desesperación! ¡Una ruina!… ¡Mis pérdidas diarias son enormes!

Juntando las manos con gesto desesperado, prosiguió, dirigiéndose a Oleñka:

—¡He aquí nuestra vida, Olga Semionovna!… ¡Como para llorar!… Trabaja uno, pone todos sus esfuerzos a contribución, se martiriza, pasa la noche en vela, vive pensando constantemente en lo que debería hacer, y…, ¿cuál es el resultado?… ¡Por una parte, el público…, ignorante y salvaje!… ¡Le presento la mejor opereta…, magníficas cupletistas!…, pero ¿acaso es eso lo que quiere?… ¡Lo que quiere es pura farándula, vulgaridad! ¿Comprende acaso algo de esto?… ¡Por otra parte, fíjese en el tiempo!… ¡Casi todas las tardes llueve!… ¡Empezó a llover el diez de mayo y ha continuado sin dejarlo durante todo este mes y el de junio!… ¡Un espanto!… ¡El público no acude y yo tengo que pagar el arrendamiento… a los artistas!…

Al día siguiente, cuando al atardecer volvieron a presentarse los nubarrones, Kunin, con una risita histérica, decía:

—¡Bien!… ¿Y qué?… ¡Que llueva!… ¡Que se inunde el jardín conmigo dentro!… ¡Que me vea privado de felicidad en este mundo y en el otro!… ¡Que me denuncien los artistas ante el Juzgado!… ¡Qué importa un juicio!… ¡Aunque me manden a Siberia… o al cadalso!… ¡Ja, ja, ja, ja!…

Al tercer día sucedió lo mismo…

Oleñka escuchaba a Kunin en silencio y solía ocurrir que las lágrimas brotaran en los ojos. Sus desdichas acabaron conmoviéndola y empezó a amarle. Era éste bajito y escuálido, tenía un rostro amarillo, el cabello muy atusado sobre las sienes y hablaba, torciendo la boca al hacerlo, con vocecita de tenor. La desesperación estaba escrita en su semblante, a pesar de lo cual logró despertar en ella un sentimiento verdadero y profundo. Oleñka amaba siempre a alguien; no podía vivir sin amor. En tiempos amaba a su papá, que ahora yacía enfermo en la butaca de una habitación oscura, respirando fatigosamente…; amaba a su tía, que una vez cada dos años solía ir a Briansk, a visitarla…, y antes aún, cuando estaba en el colegio, había amado a su profesor de francés. Era una señorita benévola y compasiva, de mirada tímida y suave y salud lozana. Mirando sus redondas y rosadas mejillas, su blando y blanco cuello, en el que destacaba un oscuro lunar, y la sonrisa ingenua y bondadosa con que acogía cualquier frase amable, los hombres pensaban: «No está mal…, en efecto». Y sonreían a su vez, en tanto que las señoras con quien se encontraba en las reuniones no podían reprimirse de interrumpir la charla con ella y de exclamar, cogiéndola de la mano en un arranque de entusiasmo:

—¡Duschechka!…

La casa en que habitaba desde que nació, inscrita a su nombre, hallábase situada a un extremo de la ciudad, en Tziganskaia Slobodka y no lejos del *Tívoli*, por lo que al anochecer y durante la noche podía oír el sonido de la música en el jardín y el estallido de los cohetes, antojándosele que Kunin guerreaba con su destino y tomaba por asalto a su principal enemigo: el público indiferente. Una dulzura oprimía su corazón, se sentía desvelada, y cuando de madrugada le oía volver a casa y dar unos golpecitos en el cristal de la ventana de su dormitorio, le sonreía afectuosamente a través de los visillos, por los que asomaba tan sólo el rostro y un hombro.

Pidió su mano y se casaron; y al admirar él su cuello y sus mórbidos y lozanos hombros, juntó las manos con entusiasmo y dijo:

—¡Duschechka!

Era feliz; pero, no obstante, como el día de la boda llovió día y noche, la expresión desesperada no se borró de su rostro.

Después del casamiento comenzaron a llevar una vida agradable. Ella tenía a su cargo la caja, cuidaba del arreglo del jardín, apuntaba los gastos, pagaba los sueldos. Sus rosadas mejillas y su amable e ingenua sonrisa de nimbo, divisábanse raudas tan pronto a través de la ventanilla de la taquilla, como entre bastidores o en el *buffet*. Solía decir a sus amistades que en el

mundo lo más necesario e importante era el teatro, y que era obra del teatro el que un hombre pudiera llegar a ser instruido, humanitario y capaz de apreciar el verdadero deleite.

—¿Comprende esto el público, sin embargo? —decía—. ¡Lo que necesita es farándula!… Ayer dábamos *Fausto al revés* y tuvimos casi todos los palcos vacíos: pero si, en cambio, Vanichka y yo hubiéramos puesto cualquier vulgaridad, créame que el teatro se hubiera llenado hasta los topes… ¡Mañana Vanichka y yo damos *Orfeo de los infiernos*!… ¡Vengan!… ¡Vengan ustedes a verlo!

Cuanto Kunin decía sobre el teatro y los actores lo repetía ella. Tanto como él despreciaba al público por su indiferencia hacia el arte y su ignorancia. Durante los ensayos hacía observaciones, corregía a los actores y vigilaba el comportamiento de los músicos, y cuando el periódico del lugar hablaba despectivamente del teatro, lloraba e iba a la redacción a pedir explicaciones.

Los actores le tenían afecto y la llamaban *Vanichka y yo* o *Duschechka*. Ella les compadecía, les prestaba dinero, y si en alguna ocasión resultaba chasqueada, se limitaba a llorar a escondidas, sin decir nada a su marido.

También en invierno su vida era agradable. Durante este tiempo realquilaban el teatro arrendado en la ciudad, por cortos plazos, tan pronto a una compañía ucraniana como a un prestidigitador o a los aficionados de la localidad. Oleñka engordaba, radiante de satisfacción, mientras Kunin, adelgazando, se volvía más amarillo y se lamentaba de las terribles pérdidas, a pesar de que la marcha del asunto en todo el invierno había sido hasta beneficiosa. Por las noches tosía, y ella le hacía beber frambuesa con tila, le daba friegas con colonia y le arropaba en sus blandos chales.

—¡Qué guapito eres! —decía con absoluta sinceridad, alisándole el pelo —. ¡Qué guapito!…

Cuando llegada la Cuaresma se fue a Moscú para organizar su compañía, ella, no pudiendo dormir, se pasaba la noche entera junto a la ventana mirando las estrellas. En estos momentos se comparaba a las gallinas, que tampoco duermen y se sienten inquietas cuando en el gallinero falta el gallo. Los negocios retuvieron en Moscú a Kunin, quien escribió diciendo que regresaría para Semana Santa, dando, al mismo tiempo, instrucciones en las cartas respecto al *Tívoli*. La víspera del lunes santo, sin embargo, un golpe fatídico sonó en el portalón. Alguien golpeaba sobre la puerta de entrada como sobre un tonel: «Bum, bum, bum…».

La cocinera, medio dormida, y chapoteando en los charcos con los pies descalzos, corrió a abrir.

—¡Abran, por favor! —decía al otro lado del portalón una voz de bajo profundo—. ¡Hay un telegrama para ustedes!

Ya otras veces Oleñka había recibido telegramas de su marido; pero esta vez, sin saber por qué, se sintió anonadada. Con manos temblorosas abrió el telegrama y leyó lo siguiente:

«Iván Petrovich, fallecido hoy repentinamente. Horao esperamos instrucciones. Enterero martes».

Así venia redactado el telegrama. Con las palabras *enterero* y *horao* indescifrables y firmado por el director de la compañía de opereta;

—¡Palomito mío! —sollozó Vareñka—. ¡Mi Vanichka querido!… ¿Por qué te habré encontrado en mi camino?… ¿Por qué te habré conocido y te habré amado?… ¿Cómo pudiste abandonar a tu pobre Oleñka?… ¿A tu pobre y desdichada Oleñka?…

Kunin fue enterrado en el cementerio *Vagañkovo*, de Moscú. El miércoles, Oleñka volvió a su casa, y tan pronto como entró en ella, se desplomó sobre la cama, estallando en tan violentos sollozos, que éstos podían oírse desde la calle e incluso desde los patios inmediatos.

—¡Duschechka!… —decían, santiguándose, las vecinas—. ¡Duschechka!… ¡Olga Sebionovna!… ¡Oh, cómo la mata el dolor!

Tres meses después le ocurrió a Oleñka, cuando triste y vestida de riguroso luto volvía de misa, coincidir a la salida de la iglesia con uno de sus vecinos, Vasilii Andreich Bustovalov, encargado del almacén de maderas propiedad del comerciante Babakaev. Llevaba éste un sombrero de paja, chaleco blanco con cadena de oro y presentaba más bien el aspecto de un terrateniente que de un comerciante.

—Todas las cosas llevan un orden, Olga Semionovna —decía gravemente con el acento de la persona que comparte una pena—, y si muere alguno de nuestras seres queridos, ello significa que ésa era la voluntad de Dios, en cuyo caso debemos resignarnos.

Tras acompañar a Oleñka hasta la puerta de su casa, se despidió de ella y prosiguió su camino. Después, durante todo el día, Oleñka creyó estar escuchando su voz grave, viendo, apenas cerraba los ojos, la oscura barba. Le había agradado mucho. También él debió de quedar impresionado, pues una dama de alguna edad, a la que apenas conocía, se presentó en casa de ella, a tomar café, y después de sentarse a la mesa, se puso a hablar sobre Bustovalov, sobre la persona buena y cabal que era y sobre lo gustosamente

que se casaría con él cualquier mujer. Tres días después fue a visitarla el propio Bustovalov. Aunque sólo permaneció allí corto tiempo (unos diez minutos), y hablando poco, Oleñka sintió que le amaba, que le amaba tanto que en toda la noche no pudo dormir. Pasó ésta ardiendo, como presa de fiebre, y, a la mañana siguiente, envió a buscar a la dama de alguna edad. No tardaron en prometerse, celebrándose más tarde la boda.

Después del casamiento, Bustovalov y Oleñka llevaron una vida agradable.

Él, por lo general, solía permanecer en el almacén de maderas hasta la hora de la comida, de donde se marchaba, hasta el anochecer, para ocuparse de otros asuntos. Oleñka le reemplazaba; extendía las facturas y despachaba la mercancía.

—La madera va cada año un veinte por ciento más cara —decía a los compradores y a los amigos—. ¡Imagínense!… ¡La que vendíamos antes era de aquí, mientras que ahora Vasichka tiene que ir a buscarla todos los años a la región de Moguilev!… ¡Y qué tarifas! —añadía cubriéndose espantada la cara con las manos—. ¡Qué tarifas!

Se le figuraba que llevaba mucho tiempo vendiendo madera, que en la vida lo más necesario era la madera y encontraba algo conmovedor y muy suyo en las palabras: *viga, mástil, poste, tarima, tabla…*

Por las noches, mientras dormía, soñaba con montañas enteras de tablas, con largas e interminables filas de carros que transportaban madera muy lejos, fuera de la ciudad; soñaba cómo, declarando la guerra al almacén de maderas, avanzaba a pie todo un regimiento de postes de doce varas de longitud; cómo los postes y las vigas se golpeaban entre sí con fuerte estrépito de madera seca, se derrumbaban y volvían a levantarse amontonándose después unas sobre otros. Oleñka lanzada un grito entre sueños y Bustovalov le decía cariñosamente:

—¿Qué te pasa, Oleñka?… ¡Santíguate!

Lo que su marido pensaba, lo pensaba ella. Si él opinaba que en la habitación hacía calor, o que los negocios iban despacio, lo mismo opinaba ella. Al marido no le agradaban las diversiones, pasando en casa los días de fiesta, e igual hacia ella.

—Siempre está usted en casa o en el despacho —le decían sus amistades —. ¿Por qué no se va usted al teatro o al circo, Duschechka?

—Ni Vasichka ni yo tenemos tiempo para ir al teatro —contestaba ésta gravemente—. Somos gente trabajadora y no podemos ocuparnos de tonterías. ¿Qué tiene el teatro de bueno?…

Los sábados ella y Bustovalov asistían a las Vísperas; los días de fiesta por la mañana iban a misa temprano y volvían de la iglesia muy juntitos, con rostros conmovidos, exhalando un amable olor y haciendo crujir ella gratamente el vestido de seda. En casa tomaban el té con pan de bollo y diferentes clases de mermelada. Después venía el *pirog*. Siempre, hacia el mediodía, en el patio y en la calle, olía apetitosamente a *borsch*[190], a cordero asado o a pato, y en los días de vigilia a pescado, siendo imposible pasar ante el portalón sin experimentar hambre. El *samovar* hervía constantemente en el despacho y los compradores eran obsequiados con té y *bubliki*[191]. Una vez a la semana los cónyuges se dirigían al establecimiento de baños, del que regresaban juntitos y con los rostros rojos.

—Gracias a Dios vivimos bien —decía Oleñka a sus amistades—. ¡Que Dios conceda a todos vivir como vivimos Vasichka y yo!

Cuando Bustovalov partía para la región de Moguilev en busca de madera, ella se quedaba muy triste, pasándose las noches llorando y sin dormir.

A veces, al anochecer, venía a visitarla Smirnin, un joven veterinario de regimiento, vecino del pabellón. Éste le refería alguna cosa o jugaba con ella a las cartas, lo que la distraía mucho. Especialmente interesantes eran los relatos relacionados con su vida familiar. Estaba casado y tenía un hijo, pero habiendo sido engañado, se había separado de su mujer, a la que ahora aborrecía, limitándose a enviarle cuarenta rublos mensuales para la manutención del hijo. Oleñka le escuchaba, suspiraba y asentía, compadecida, con la cabeza.

—¡Que Dios le proteja! —decía, acompañándole con la vela hasta la escalera—. ¡Gracias por haberse aburrido aquí conmigo! ¡Que la Virgen Santísima le dé salud!…

Su manera de expresarse era siempre una imitación de la de su marido… grave, juiciosa… Ya había desaparecido el veterinario tras la puerta cuando ella volvía a llamarle y le decía:

—Sabe, Vladimir Platonich… ¡Debería usted hacer las paces con su mujer!… ¡Tiene que perdonarla, en consideración a su hijo!… ¡El chiquillo seguramente se da cuenta de todo!

Y cuando Bustovalov regresaba a su casa le hablaba a media voz del veterinario y de su desgraciada vida matrimonial. Ambos suspiraban, sacudían la cabeza y hacían comentarios sobre aquel chiquillo, que, indudablemente, se sentiría triste sin su padre. Luego, impulsados por una

singular asociación de ideas, ambos se postraban ante la imagen, se inclinaban hasta el suelo y rogaban a Dios les enviara un hijo.

Esta fue la vida de los Bustovalov, en una atmósfera de paz, sosiego y comprensión mutua durante seis años. Pero he aquí que un día de invierno, Vasilii Andreich, después de haber bebido té caliente en el almacén, salió sin gorra a despachar madera, resfriándose y cayendo enfermo. Fue asistido por los mejores médicos, pero la dolencia pudo más que éstos y murió después de cuatro meses de enfermedad. Oleñka quedó otra vez viuda.

—¿Por qué me has dejado sola, palomito mío?… —sollozaba a raíz del entierro de su marido—. ¿Cómo poder vivir sola…, sin ti…, pobre infeliz? ¡Oh buenas gentes!… ¡Tened compasión de esta pobre huérfana!…

Vistióse negros crespones y se negó para siempre a ponerse sombrero y guantes. Rara vez, únicamente para ir a la iglesia o a visitar la tumba de su marido, salía de casa, dentro de la cual vivía como una monja. Sólo pasados seis meses se decidió a quitarse los crespones y a abrir las persianas de sus ventanas. Comenzó a vérsela algunas veces por la mañana camino de la plaza acompañada de su cocinera, pero cuál era ahora su manera de vivir y qué pasaba en su casa, sólo podía conjeturarse. Las suposiciones se basaban en que solía vérsela sentada en su jardincito, tomando el té con el veterinario que le leía en alta voz y en que al encontrar a una de sus conocidas en el correo, le había dicho:

—La asistencia veterinaria en nuestra ciudad no es buena. Por eso hay tantas enfermedades. A cada momento se oye hablar de las producidas en la gente por la leche y del contagio de los caballos y de las vacas. En realidad, la salud de los animales domésticos debe cuidarse tanto como la de las personas.

Repetía las palabras del veterinario y opinaba en todo lo mismo que él. Era evidente que no podía vivir sin afectos, ni siquiera un año, y que en el pabellón inmediato a su casa había encontrado su nueva felicidad.

Otra cualquiera hubiera sido objeto de censuras, pero de Olañka nadie podía pensar mal. ¡Era todo tan claro en su vida! Ni el veterinario ni ella decían nada del cambio surgido en sus relaciones, que se esforzaban en esconder sin conseguirlo, pues Oleñka no sabía guardar secretos. Cuando los compañeros de regimiento eran invitados a comer, ella, mientras les servía el té o la cena, hablaba de la peste bubónica, de los cornúpetas, de la perlesía y de los mataderos de la ciudad. Él se azaraba terriblemente, y cuando se marchaban los convidados, cogiéndola de la mano, le silbaba enfadado al oído:

—¡Te he pedido que no hables de lo que no entiendes!… ¡Cuando los veterinarios hablamos entre nosotros, haz el favor de no mezclarte tú!… ¡Esto llega a resultar fastidioso!

Ella fijaba en él una mirada Inquieta y asombrada y preguntaba luego:

—¡Pero Volodichka!… ¿De qué voy a hablar entonces?

Con lágrimas en los ojos le abrazaba, suplicándole no se enfadara, y ambos se sentían felices.

Tal felicidad, sin embargo, no duró mucho tiempo. El veterinario y su regimiento se marcharon de allí para siempre, por haber sido éste trasladado a un lugar remoto, próximo a Siberia. Oleñka quedó sola.

Ahora lo estaba ya completamente. Su padre hacía tiempo que había muerto, y su butaca, llena de polvo y sin una pata, yacía en la buhardilla.

Oleñka adelgazó y se afeó. Las personas que encontraba en la calle no la miraban ya ni le sonreían como antes. Los años felices habían pasado ya inevitablemente; habían quedado atrás y ahora entraba en una vida nueva, desconocida, en la que era mejor no pensar. Al llegar el anochecer, Oleñka se sentaba en el porche, desde donde oía la música y el estallido de cohetes del *Tívoli*, pero esto no despertaba ya en ella idea ninguna. Con la mirada indiferente, fija en el patio vacío, sin pensar ni desear nada, soñaba con el pasado; y también cuando llegada la noche, se iba a dormir.

Comía y bebía a la fuerza.

Sin embargo, lo principal y lo peor de todo era que ya no tenía opiniones. Veía los objetos que la rodeaban, se daba cuenta de lo que pasaba en torno suyo, pero era incapaz de formarse una opinión sobre algo, y no sabía de qué hablar. ¡Qué terrible aquella falta de opiniones!… Veía, por ejemplo, una botella, o llover, o pasar a un *mujik* en su carro…; pero… para qué servía la botella, la lluvia o el *mujik*, no podía decirlo… ¡Ni siquiera por mil rublos hubiera sido capaz de decirlo!… Cuando primero Kunin, luego Bustovalov y después el veterinario, estaban a su lado, Olenka sabía explicarse y expresar su opinión sobre lo que fuera; pero ahora, en cambio, en su mente y en su corazón, había el mismo vacío que en el patio. Y esto le hacía experimentar un temor, le producía una amargura igual a la del acíbar.

La ciudad se ensanchaba poco a poco en todas direcciones. Tziganskaia Slobobka era llamada ahora calle, y allí donde existieran un día el jardín *Tívoli* y los almacenes de maderas, crecían casas que formaban una serie de callejones.

¡Cuán rápido es el paso del tiempo!… La casa de Oleñka ha adquirido un color oscuro; el tejado se ha puesto roñoso; el cobertizo se ha ladeado, y la

maleza y las ortigas han cubierto por entero el patio. La misma Oleñka ha envejecido y se ha afeado.

En verano se sienta en el porche; tiene, como antes, el alma vacía y aburrida y en ella un sabor a acíbar. En invierno, sentada junto a la ventana, contempla la nieve. Si sopla el aire de la primavera, arrastrando consigo el sonido de las campanas de la catedral, los recuerdos del pasado afluyen a ella de repente, una dulzura oprime su corazón y sus ojos vierten abundantes lágrimas, pero todo ello sólo dura un minuto; después vuelve de nuevo el vacío, el no saber para qué se vive. *Briska*, la gatita negra, buscando ser acariciada, ronronea suavemente; pero ya a Oleñka no la conmueven las caricias de la gata; no, no es eso lo que ella necesita. Necesitaría un amor que se adueñara de todo su ser, de su alma, de su inteligencia… Que le inspirara pensamientos, que fuera una dirección en su vida y calentara su sangre que envejece. Sacudiéndose a la negra *Briska* del borde de la falda, dice enojada:

—¡Vete, vete!… ¡No tienes nada que hacer aquí!

Y así día tras día…, año tras año… Sin alegría, ni opinión alguna. Lo que dice Mavra, la cocinera, está bien para ella.

Un día caluroso del mes de julio, a eso del anochecer, en el momento en que por pasar por la calle un rebaño el patio se llenaba de nubes de polvo, alguien, de pronto, golpeó en la puerta de entrada. La misma Oleñka salió a abrir, quedándose petrificada ante lo que veía. El veterinario Smirnin, ya canoso y vestido de paisano, hallábase al otro lado del portalón. Todo acudió de repente a su memoria; sin poder contenerse y echándose a llorar apoyó su cabeza sobre el pecho de él. Incapaces de pronunciar palabra y presos de fuerte excitación, ninguno de los dos se dio cuenta de cómo entraban en la casa y se sentaban a tomar el té.

—¡Palomito mío! —balbuceaba ella, temblando de alegría—. ¡Vladimir Platonich!… ¿De dónde le trae Dios?

—Quiero establecerme para siempre aquí —empezó a contar él—. He pedido el retiro y vengo a probar fortuna y a empezar una vida estable. Ya es hora, además, de enviar a mi hijo al Instituto. Está muy crecido…, ¿sabe?… Me reconcilié con mi mujer.

—¿Y dónde está ella? —preguntó Oleñka.

—Con el hijo, en la fonda. Yo ando buscando piso.

—¡Dios mío!… ¡Padrecito!… ¿Y por qué no toma usted mi casa?… ¡No está nada mal!… ¡Dios mío!… ¡No les cobraría nada!… —dijo Oleñka excitada, echándose de nuevo a llorar—. ¡Vivan aquí!… ¡Yo tengo bastante con el pabellón!… ¡Dios mío!… ¡Qué alegría!…

Al día siguiente se estaba ya pintando el tejado de la casa y enjalbegando las paredes, en tanto que Oleñka, con las manos en las caderas, se paseaba por el patio dando órdenes. Aquella sonrisa de otros tiempos iluminaba su rostro, que había adquirido un nuevo frescor, pareciendo que todo en ella se había reavivado, como si después de un largo sueño hubiera recobrado conciencia de las cosas. La mujer del veterinario, dama delgada, fea, de cabellos cortos y semblante caprichoso, hizo su llegada acompañada de Sascha, muchachito pequeño, no sólo por la edad (tenía ya ocho años), gordito, de claros ojos azules y hoyuelos en las mejillas. Apenas entró en el patio, el chiquillo echó a correr tras la gata, escuchándose en seguida su risa, alegre y gozosa.

—¡Tiíta!… ¿Es suya la gata? —preguntó a Oleñka—. Cuando tenga gatitos, ¡regálenos uno, por favor!… ¡A mamá le dan mucho miedo los ratones!

Oleñka charló con él, le dio a beber té, y de repente el corazón se le hizo cálido en el pecho, se le oprimió dulcemente, como si aquel niño fuera su propio hijo, y cuando al anochecer, éste, sentado en el comedor, repasaba sus deberes, ella, mirándole conmovida y llena de lástima, murmuraba:

—¡Palomito mío!… ¡Guapito!… ¡Criaturita mía!… ¡Qué inteligente!… ¡Qué blanquito!…

—Se llama isla la porción rodeada de agua por todas partes —leyó el muchacho.

—Se llama isla la porción de tierra… —repitió ella. Esta era la primera opinión que expresaba con seguridad después de tantos años de vacío y silencio en la mente. Ya tenía opiniones. Durante la cena hablaba con los padres de Sascha sobre las dificultades que ofrecía ahora para los niños el estudio en los institutos, aunque, sin embargo, la instrucción clásica era lo mejor de todo, ya que abría las puertas a todos los caminos. Podía uno después ser médico, o ingeniero, o lo que quisiera.

Sascha empezó a ir al Instituto. Su madre, que había ido a Jarkov a visitar a una hermana, no volvía; el padre se marchaba diariamente a alguna parte, a veces se pasaba hasta tres días fuera de casa, por lo que a Oleñka se le figuraba que el chiquillo era dejado en completo abandono, que estaba en su casa de sobra y que se moría de hambre. Ello la decidió a trasladarle a su pabellón, habilitando allí un cuartito para él.

Medio año lleva ya Sascha viviendo en su casa del pabellón. Todas las mañanas entra Oleñka en la habitación, en la que con la mejilla apoyada en la mano duerme profundamente. Le da lástima despertarle.

—¡Sascheñka! —dice tristemente—. ¡Levántate, palomito!… ¡Ya es hora de ir al Instituto!

Él se levanta, se viste, reza y se sienta luego a tomar el té. Bebe tres vasos de té y se come dos grandes *bubliki* y medio panecillo con mantequilla. Todavía no está del todo despabilado, por lo que se encuentra de mal humor.

—¡No te aprendiste bien la fábula! —le dice Oleñka, mirándole como si le estuviera acompañando en un viaje muy largo—. ¡Qué preocupación la mía contigo!… ¡Haz un esfuerzo, palomito!… ¡Estudia!… ¡Atiende a los profesores!

— ¡Ah!… ¡Déjeme, por favor! —dice Sascha.

Luego, cuando el pequeño, con su gran gorra y su cartapacio colgado a la espalda, va por la calle camino del Instituto, Oleñka le sigue subrepticiamente.

—¡Sascheñka! —llama.

Éste vuelve la cabeza y ella le introduce en la mano un dátil o un caramelo. Al torcer por el callejón en que se encuentra enclavado el Instituto, siente vergüenza de que le vean seguido por aquella mujer alta y robusta, por lo que, volviendo la cabeza dice:

—¡Váyase a casa, tía!… ¡Ahora ya puedo ir solo!

Ella se detiene y le sigue sin pestañear con la mirada hasta que desaparece por la puerta del Instituto… ¡Oh, cómo le quiere!… ¡Ninguno de sus afectos anteriores fue tan profundo!… ¡Nunca jamás se sintió su alma tan vencida, tan irremisiblemente entregada, ni fue mayor su desinterés y su placer como ahora, cuando el sentimiento maternal se enciende más y más fuerte en su corazón!… ¡Por aquel chiquillo ajeno, por sus hoyuelos en las mejillas, por su gorra… daría la vida entera!… ¡La entregaría alegremente, entre lágrimas de emoción!… ¿Por qué?… ¡Quién es capaz de saberlo!

Después de acompañar a Sascha al Instituto, se vuelve a su casa contenta, tranquila, llena de amor. Durante el último año, su rostro, que ha rejuvenecido, sonríe y resplandece. Cuantos se encuentran con ella experimentan satisfacción al mirarla y dicen:

—¡Buenas días, Duschechka…, Olga Semionovna!… ¿Cómo se encuentra usted, Duschechka?

—Los estudios en el Instituto se han hecho dificilísimos —cuenta ella en el mercado—. ¡La fábula que le pusieron ayer en la primera clase no era ninguna broma!… ¡Y, por si fuera poco, le dieron también una traducción del latín y un problema que hacer!… ¿Como va a arreglárselas el chiquillo?…

Y luego dice de los profesores, de las lecciones y de los libros de estudio lo mismo que de ellos dice Sascha.

Pasadas las dos, comen juntos; al anochecer preparan juntos las lecciones y los deberes y lloran. Después de ayudarle a meterse en la cama, permanece largo rato haciendo sobre él la señal de la cruz y murmurándole las oraciones. Cuando se echa a dormir se pone a soñar con un porvenir lejano y nebuloso, en el que Sascha, terminada la carrera (la de médico o la de ingeniero), posee una gran casa propia, caballos, carruajes y se casa y tiene hijos… Aunque empieza a quedarse dormida, sigue siempre pensando lo mismo, en tanto que las lágrimas, brotando de sus ojos cerrados, resbalan por sus mejillas. A su lado la gatita negra ronronea: «¡Murr, murr, murr!…».

Un fuerte golpe suena de pronto en la puerta de entrada. Oleñka se despierta y el miedo corta su respiración. Su corazón palpita con fuerza dentro del pecho. Pasado medio minuto vuelve a oírse otro golpe.

«¿Será algún telegrama de Jarkov? —piensa, echándose a temblar con todo su cuerpo—. ¿Será que la madre reclama a Sascha? ¿Que le llama a Jarkov?… ¡Oh Dios mío!…».

La desesperación se apodera de ella. Su cabeza y sus manos se han quedado frías y se considera el ser más infeliz del mundo… Transcurre medio minuto más y se oyen voces; es el veterinario que entra en casa de vuelta del Círculo.

«¡Gracias a Dios…!», piensa.

El sentimiento de agobio abandona poco a poco su corazón. De nuevo siente el ánimo ligero. Recostándose, piensa en Sascha, dormido profundamente en la habitación contigua, diciendo en sueños de cuando en cuando, entre dientes: «¡Que te la vas a ganar!… ¡Largo!… ¡No pegues!».

LA DAMA DEL PERRITO

I

CORRIÓ la voz de que por el malecón se había visto pasear a un nuevo personaje: *La dama del perrito*.

Dmitrii Dmitrich Gurov, residente en Yalta hacía dos semanas y habituado ya a aquella vida, empezaba también a interesarse por las caras nuevas. Desde el Pabellón Verne, en que solía sentarse, veía pasar a una dama joven, de mediana estatura, rubia y tocada con una boina. Tras ella corría un blanco *lulú*.

Después, varias veces al día, se la encontraba en el parque y en los jardinillos públicos. Paseaba sola, llevaba siempre la misma boina y se acompañaba del blanco *lulú*. Nadie sabía quién era y todos la llamaban *La dama del perrito*.

«Si está aquí sin marido y sin amigos, no estaría mal trabar conocimiento con ella», pensó Gurov.

Éste no había cumplido todavía los cuarenta años, pero tenía ya una hija de doce y dos hijos colegiales. Se había casado muy joven, cuando aún era estudiante de segundo año, y ahora su esposa parecía dos veces mayor que él. Era ésta una mujer alta, de oscuras cejas, porte rígido, importante y grave y se llamaba a sí misma *intelectual*. Leía mucho, no escribía cartas y llamaba a su marido Dimitrii, en lugar de Dmitrii. Él, por su parte, la consideraba de corta inteligencia, estrecha de miras y falta de gracia, por lo que, temiéndola, no le agradaba permanecer en el hogar. Hacía mucho tiempo que había empezado a engañarla con frecuencia, siendo sin duda ésta la causa de que casi siempre hablara mal de las mujeres. Cuando en su presencia se aludía a ellas, exclamaba:

—¡Raza inferior!

Considerábase con la suficiente amarga experiencia para aplicarles este calificativo, no obstante lo cual, sin esta *raza inferior* no podia vivir ni dos días seguidos. Con los hombres se aburría, se mostraba frío y poco locuaz; y,

en cambio, en compañía de mujeres se sentía despreocupado. Ante ellas sabía de qué hablar y cómo proceder, y hasta el permanecer silencioso a su lado le resultaba fácil. Su exterior, su carácter, estaba dotado de un algo imperceptible, pero atrayente para las mujeres, él lo sabía, y a su vez se sentía llevado hacia ellas por una fuerza desconocida.

La experiencia, una amarga experiencia, en efecto, le había demostrado hacía mucho tiempo que todas esas relaciones que al principio tan gratamente amenizan la vida, presentándose como aventuras fáciles y agradables, se convierten siempre para las personas serias, principalmente para los moscovitas, indecisos y poco dinámicos, en un problema extremadamente complicado, con lo que la situación acaba haciéndose penosa. Sin embargo, a pesar de ello, a cada nuevo encuentro con una mujer interesante, la experiencia, resbalando de su memoria, se deslizaba no se sabía hacia dónde… Quería uno vivir, y ¡todo parecía tan sencillo y tan divertido!…

Así, pues, hallábase un día al atardecer comiendo en el jardín, cuando la dama de la boina, tras acercarse con paso reposado, fue a ocupar la mesa vecina. Su expresión, su manera de andar, su vestido, su peinado, todo revelaba que pertenecía a la buena sociedad, que era casada, que venía a Yalta por primera vez, que estaba sola y que se aburría…

Los chismes sucios sobre la moral de la localidad encerraban mucha mentira. Él aborrecía aquellos chismes; sabía que la mayoría de ellos habían sido inventados por personas que hubieran prevaricado gustosas de haber sabido hacerlo; pero, sin embargo, cuando aquella dama fue a sentarse a tres pasos de él, a la mesa vecina, todos esos chismes acudieron a su memoria: fáciles conquistas…, excursiones por la montaña… Y el pensamiento tentador de una rápida y pasajera novela junto a una mujer de nombre y apellido desconocidos se apodero de él, con un ademán cariñoso llamó al *lulú*, y cuando lo tuvo cerca le amenazó con el dedo. El *lulú* gruñó, y Gurov volvió a amenazarle. La dama le lanzó una ojeada, bajando la vista en el acto.

—No muerde —dijo, enrojeciendo.

—¿Puedo darle un hueso?

Ella movió la cabeza en señal de asentimiento.

—¿Hace mucho que ha llegado? —siguió preguntando Gurov en tono afable.

—Unos cinco días.

—Yo llevo aquí ya casi dos semanas.

Quedaron un momento silenciosos.

—El tiempo pasa de prisa y, sin embargo, se aburre uno aquí —dijo ella sin mirarle.

—Suele decirse, en efecto, que esto es aburrido… En su casa de cualquier pueblo…, de un Beleb o de un Jisdra…, no se aburre uno, y se llega aquí y se empieza a decir en seguida: «¡Ah, qué aburrido! ¡Ah, qué polvo!…». ¡Enteramente como si viniera uno de Granada!

Ella se echó a reír. Luego ambos siguieron comiendo en silencio, como dos desconocidos; pero después de la comida salieron juntos y entablaron una de esas charlas ligeras, en tono de broma, propia de las personas libres, satisfechas, a quienes da igual adónde ir y de qué hablar. Paseando comentaban el singular tono de luz que iluminaba el mar: tenía el agua un colorido lila, y una raya dorada que partía de la luna corría sobre ella. Hablaban de que la atmósfera, tras el día caluroso, era sofocante. Gurov le contaba que era moscovita y por sus estudios, filólogo, pero que trabajaba en un Banco. Hubo un tiempo en el que pensó cantar en la ópera, pero lo dejó. Tenía dos casas en Moscú… De ella supo que se había criado en Petersburgo, casándose después en la ciudad de S***, donde residía hacía dos años, y que estaría todavía un mes en Yalta, adonde quizá vendría a buscarla su marido, que también quería descansar. En cuanto a en qué consistía el trabajo de éste, no sabía explicarlo, cosa que le hacía reír. También supo Gurov que se llamaba Anna Sergueevna.

Después, en su habitación, continuó pensando en ella y en que al otro día seguramente volvería a encontrarla. Y así había de ser. Mientras se acostaba repasó en su memoria que aquella joven dama aún hacía poco estaba estudiando en un pensionado, como ahora estudiaba su hija. Recordó la falta de aplomo que había todavía en su risa cuando conversaba con un desconocido. Era ésta seguramente la primera vez que se veía envuelta en aquel ambiente…: perseguida, contemplada con un fin secreto que no podía dejar de adivinar. Recordó su fino y débil cuello, sus bonitos ojos de color gris.

«Hay algo en ella que inspira lástima», pensaba al quedarse dormido.

II

Ya hacía una semana que la conocía. Era día de fiesta. En las habitaciones había una atmósfera sofocante, y por las calles el viento, arrebatando sombreros, levantaba remolinos de polvo. La sed era constante, y Gurov entraba frecuentemente en el pabellón, tan pronto en busca de jarabe como de

helados con que obsequiar a Anna Sergueevna. No sabía uno dónde meterse. Al anochecer, cuando se calmó el viento, fueron al muelle a presenciar la llegada del vapor. El embarcadero estaba lleno de paseantes y de gentes con ramos en las manos que acudían allí para recibir a alguien. Dos particularidades del abigarrado gentío de Yalta aparecían sobresalientes: que las damas de edad madura vestían como las jóvenes y que había gran número de generales. Por estar el mar agitado, el vapor llegó con retraso, cuando ya el sol se había puesto, permaneciendo largo rato dando vueltas antes de ser amarrado en el muelle.

Anna Sergueevna miraba al vapor y a los pasajeros a través de sus impertinentes, como buscando algún conocido, y al dirigirse a Gurov le brillaban los ojos. Charlaba sin cesar y hacía breves preguntas, olvidándose en el acto de lo que había preguntado. Luego extravió los impertinentes entre la muchedumbre. Ésta, compuesta de gentes bien vestidas, empezó a dispersarse; ya no podían distinguirse los rostros. El viento había cesado por completo.

Gurov y Anna Sergueevna continuaban en pie, como esperando a que alguien más bajara del vapor. Anna Sergueevna no decía ya nada, y sin mirar a Gurov aspiraba el perfume de las flores.

—El tiempo ha mejorado mucho —dijo éste—. ¿Adónde vamos ahora? ¿Y si nos fuéramos a alguna parte?

Ella no contestó nada.

Él entonces la miró fijamente y de pronto la abrazó y la besó en los labios, percibiendo el olor y la humedad de las flores; pero en seguida miró asustado a su alrededor para cerciorarse de que nadie les había visto.

—Vamos a su hotel —dijo en voz baja.

Y ambos se pusieron en marcha rápidamente.

El ambiente de la habitación era sofocante y olía a perfume comprado por ella en la tienda japonesa. Gurov, mirándola, pensaba en cuantas mujeres había conocido en la vida. Del pasado guardaba el recuerdo de algunas inconscientes, benévolas, agradecidas a la felicidad que les daba, aunque ésta fuera efímera; de otras, como, por ejemplo, su mujer, cuya conversación era excesiva, recordaba su amor insincero, afectado, histérico…, que no parecía amor ni pasión, sino algo mucho más importante. Recordaba también a dos o tres bellas, muy bellas y frías, por cuyos rostros pasaba súbitamente una expresión de animal de presa, de astuto deseo de extraer a la vida más de lo que puede dar. Estas mujeres no estaban ya en la primera juventud, eran caprichosas, voluntariosas y poco inteligentes, y su belleza despertaba en

Gurov, una vez desilusionado, verdadero aborrecimiento, antojándosele escamas los encajes de sus vestidos.

Aquí, en cambio, existía una falta de valor, la falta de experiencia propia de la juventud, tal sensación de azaramiento que le hacía a uno sentirse desconcertado, como si alguien de repente hubiera llamado a la puerta. Anna Sergueevna, *la dama del perrito*, tomaba aquello con especial seriedad, considerándolo como una caída, lo cual era singular e inadecuado. Como la pecadora de un cuadro antiguo, permanecía pensativa, en actitud desconsolada.

—¡Esto está muy mal —dijo—, y usted será el primero en no estimarme!

Sobre la mesa había una sandía, de la que Gurov se cortó una loncha, que empezó a comerse despacio. Una media hora, por lo menos, transcurrió en silencio. Anna Sergueevna presentaba el aspecto conmovedor, ingenuo y honrado de la mujer sin experiencia de la vida. Una vela solitaria colocada encima de la mesa apenas iluminaba su rostro; pero, sin embargo, veíase su sufrimiento.

—¿Por qué voy a dejar de estimarte? —preguntó Gurov—. No sabes lo que dices.

—¡Que Dios me perdone!… —dijo ella, y sus ojos se arrasaron en lágrimas—. ¡Esto es terrible!…

—Parece que te estás excusando.

—¡Excusarme!… ¡Soy una mala y ruin mujer!… ¡Me aborrezco a mí misma!… ¡No es a mi marido a quien he engañado…; he engañado a mi propio ser! ¡Y no solamente ahora…, sino hace ya tiempo!… ¡Mi marido es bueno y honrado, pero… un lacayo! ¡No sé qué hace ni en qué trabaja, pero sí sé que es un lacayo!… ¡Cuando me casé con él tenía veinte años! ¡Después de casada, me torturaba la curiosidad por todo!… ¡Deseaba algo mejor! ¡Quería otra vida!… ¡Deseaba vivir!… ¡Aquella curiosidad me abrasaba!… ¡Usted no podrá comprenderlo, pero juro ante Dios que ya era incapaz de dominarme!… ¡Algo pasaba dentro de mí que me hizo decir a mi marido que me encontraba mal y venirme!… ¡Aquí, al principio, iba de un lado para otro, como presa de locura…, y ahora soy una mujer vulgar…, mala…, a la que todos pueden despreciar!

A Gurov le aburría escucharla. Le molestaba aquel tono ingenuo, aquel arrepentimiento tan inesperado e impropio. Si no hubiera sido por las lágrimas que llenaban sus ojos, podía haber pensado que bromeaba o que estaba representando un papel dramático.

—No comprendo —dijo lentamente—. ¿Qué es lo que quieres?

Ella ocultó el rostro en su pecho y contestó:

—¡Créame!… ¡Créame, se lo suplico!… ¡Amo la vida honesta y limpia y el pecado me parece repugnante!… ¡Yo misma no comprendo mi conducta! La gente sencilla dice: «¡Culpa del maligno!»… Y eso mismo digo yo…: ¡Culpa del maligno!

—Bueno, bueno… —masculló él.

Luego miró sus ojos, inmóviles y asustados, la besó y comenzó a hablarle despacio, en tono cariñoso, y tranquilizándose ella, la alegría volvió a sus ojos y ambos rieron otra vez. Después se fueron a pasear por el malecón, que estaba desierto. La ciudad, con sus cipreses, tenía un aspecto muerto; pero el mar rugía al chocar contra la orilla. Sólo un vaporcillo, sobre el que oscilaba la luz de un farolito, se mecía sobre las olas. Encontraron un *isvoschik* y se fueron a Oranda.

—Ahora mismo acabo de enterarme de tu apellido en la portería. En la lista del hotel está escrito este nombre: «Von Dideritz» —dijo Gurov—. ¿Es alemán tu marido?

—No: pero, según parece, lo fue su abuelo. Él es ortodoxo.

En Oranda estuvieron un rato sentados en un banco, no lejos de la iglesia, silenciosos y mirando el mar a sus pies. Apenas era visible Yalta en la bruma matinal. Sobre la cima de las montañas había blancas nubes inmóviles, nada agitaba el follaje de los árboles, oíase el canto de la chicharra y de abajo llegaba el ruido del mar hablando de paz y de ese sueño eterno que a todos nos espera. El mismo ruido haría el mar allá abajo, cuando aún no existían ni Yalta ni Oranda…; el mismo ruido indiferente seguirá haciendo cuando ya no existamos nosotros. Y esta permanencia, esta completa indiferencia hacia la vida y la muerte en cada uno de nosotros constituye la base de nuestra eterna salvación, del incesante movimiento de la vida en la tierra, del incesante perfeccionamiento… Sentado junto a aquella joven mujer, tan bella en la hora matinal, tranquilo y hechizado por aquel ambiente de cuento de hadas, de mar, de montañas, de nubes y de ancho cielo… Gurov pensaba en que, bien considerado, todo en el mundo era maravilloso… ¡Y todo lo era, en efecto…, excepto lo que nosotros pensamos y hacemos cuando nos olvidamos del alto destino de nuestro ser y de la propia dignidad humana!…

Un hombre, seguramente el guarda, se acercó a ellos. Les miró y se fue, pareciéndole este detalle también bello y misterioso. Iluminado por la aurora y con las luces ya apagadas, vieron llegar el barco de Feodosia.

—La hierba está llena de rocío —dijo Anna Sergueevna después de un rato de silencio.

—Sí. Ya es hora de volver.

Regresaron a la ciudad.

Después, cada mediodía, siguieron encontrándose en el malecón. Almorzaban juntos, comían, paseaban y se entusiasmaban con la contemplación del mar. Ella observaba que dormía mal y que su corazón palpitaba intranquilo. Le hacía las mismas preguntas, tan pronto excitadas por los celos como por el miedo de que él no la estimara suficientemente. Él, a menudo, en el parque o en los jardinillos, cuando no había nadie cerca, la abrazaba de pronto apasionadamente. Aquella completa ociosidad, aquellos besos en pleno día, llenos del temor de ser vistos; el calor, el olor a mar y el perpetuo vaivén de gentes satisfechas, ociosas, ricamente vestidas, parecían haber transformado a Gurov. Éste llamaba a Anna Sergueevna bonita y encantadora, se apasionaba, no se separaba ni un paso de ella; que, en cambio, solía quedar pensativa, pidiéndole que le confesara que no la quería y que sólo la consideraba una mujer vulgar. Casi todos los atardeceres se marchaban a algún sitio de las afueras, a Oranda o a contemplar alguna catarata. Estos paseos resultaban gratos, y las impresiones recibidas en ellos siempre prodigiosas y grandes.

Se esperaba la llegada del marido. Un día, sin embargo, recibióse una carta en la que éste se quejaba de un dolor en los ojos, suplicando a su mujer que regresara pronto a su casa. Anna Sergueevna aceleró los preparativos de marcha.

—En efecto, es mejor que me vaya —dijo a Gurov—. ¡Así lo dispone el Destino!

Acompañada por él y en coche de caballos, emprendió el viaje, que duró el día entero. Una vez en el vagón del rápido y al sonar la segunda campanada, dijo:

—¡Déjeme que le mire otra vez! ¡Otra vez! ¡Así!…

No lloraba, pero estaba triste; parecía enferma y había un temblor en su rostro.

—¡Pensaré en usted! —decía—. ¡Le recordaré! ¡Quede con Dios!… ¡Guarde una buena memoria de mí! ¡Nos despedimos para siempre! ¡Es necesario que así sea! ¡No deberíamos habernos encontrado nunca! ¡No!… ¡Quede con Dios!

El tren partió veloz, desaparecieron sus luces, y un minuto después extinguíase el ruido de sus ruedas, como si todo estuviera ordenado a que aquella dulce enajenación, aquella locura, cesaran más de prisa. Solo en el andén, con la sensación del hombre que acaba de despertar, Gurov fijaba los

ojos en la lejanía, escuchando el canto de la chicharra y la vibración de los hilos telegráficos. Pensaba que en su vida había ahora un éxito, una aventura más, ya terminada, de la que no quedaría más que el recuerdo. Se sentía conmovido, triste y un poco arrepentido. Esta joven mujer, a la que no volvería a ver, no había sido feliz a su lado. Siempre se había mostrado con ella afable y afectuoso; pero, a pesar de tal proceder, su tono y su mismo cariño traslucían una ligera sombra de mofa, la brutal superioridad del hombre feliz, de edad casi doble. Ella le calificaba constantemente de bueno, de extraordinario, de elevado. Le consideraba, sin duda, como no era, lo cual significaba que la había engañado sin querer… En la estación comenzaba a oler a otoño y el aire del anochecer era fresco.

«¡Ya es hora de marcharse al Norte! —pensaba Gurov al abandonar el andén—. ¡Ya es hora!…».

III

En su casa de Moscú todo había adquirido aspecto invernal; el fuego ardía en las estufas y el cielo, por las mañanas, estaba tan oscuro que el aya, mientras los niños, disponiéndose para ir al colegio, tomaban el té, encendía la luz. Caían las primeras heladas… ¡Es tan grato en el primer día de nieve ir por primera vez en trineo!… ¡Contemplar la tierra blanca, los tejados blancos!… ¡Aspirar el aire sosegadamente: en tanto que a la memoria acude el recuerdo de los años de adolescencia!… Los viejos tilos, los abedules, tienen bajo su blanca cubierta de escarcha una expresión bondadosa. Están más cercanos al corazón que los cipreses y las palmeras, y en su proximidad no quiere uno pensar ya en el mar ni en las montañas.

Gurov era moscovita. Regresó a Moscú en un buen día de helada y cuando, tras ponerse la pelliza y los guantes de invierno, se fue a pasear por Petrovka[192], así como cuando el sábado, al anochecer, escuchó el sonido de las campanas, aquellos lugares visitados por él durante su reciente viaje perdieron a sus ojos todo encanto. Poco a poco comenzó a sumergirse otra vez en la vida moscovita. Leía ya ávidamente tres periódicos diarios (no los de Moscú, que decía no leer por una cuestión de principio), le atraían los restaurantes, los casinos, las comidas, las jubilaciones…; le halagaba frecuentaran su casa abogados y artistas de fama, jugar a las cartas en el Círculo de los médicos con algún eminente profesor y comerse una ración entera de *selianka*. Un mes transcurriría y el recuerdo de Anna Sergueevna se

llenaría de bruma en su memoria (así, al menos, se lo figuraba), y sólo de vez en vez volvería a verla en sueños, con su sonrisa conmovedora, como veía a las otras.

Más de un mes transcurrió, sin embargo; llegó el rigor del invierno y en su recuerdo permanecía todo tan claro como si sólo la víspera se hubiera separado de Anna Sergueevna. Este recuerdo se hacía más vivo cuando, por ejemplo, en la quietud del anochecer llegaban hasta su despacho las voces de sus niños estudiando sus lecciones, al oír cantar una romanza, cuando percibía el sonido del órgano del restaurante o aullaba la ventisca en la chimenea… Todo entonces resucitaba de pronto en su memoria: la escena del muelle, la mañana temprana, las montañas neblinosas, el vapor de Feodosia, los besos. Recordándolo y sonriendo paseaba largo rato por su habitación, y el recuerdo se hacía luego ensueño, se mezclaba en su mente con imágenes del futuro. Ya no soñaba con Anna Sergueevna. Era ella misma la que le seguía a todas partes como una sombra. Cerraba los ojos y la veía cual viva, más bella, más joven, más tierna y afectuosa de lo que era en realidad. También él se creía mejor de lo que era en Yalta. Durante el anochecer, ella le miraba desde la librería, desde la chimenea, desde un rincón… Percibía su aliento y el suave roce de su vestido. Por la calle, su vista seguía a todas las mujeres, buscando entre ellas alguna que se le pareciera.

El fuerte deseo de comunicar a alguien su recuerdo comenzaba a oprimirle, pero en su casa no podía hablar de aquel amor, y fuera de ella no tenía con quién expansionarse. No podía hablar de ella con los vecinos ni en el Banco… ¿Encerraban algo bello, poético, aleccionador, o simplemente interesante, sus sentimientos hacia Anna Sergueevna?… Tenía que limitarse a hablar abstractamente del amor y de las mujeres; pero de manera que nadie pudiera adivinar cuál era su caso, y tan sólo la esposa, alzando las oscuras cejas, solía decirle:

—¡Dimitrii! ¡El papel de fatuo no te va nada bien!

Una noche, al salir del Círculo médico con su compañero de partida, el funcionario, no pudiendo contenerse, dijo a éste:

—¡Si supiera usted qué mujer más encantadora conocí en Yalta!…

El funcionario, tras acomodarse en el asiento del trineo, que emprendió la marcha, volvió de repente la cabeza y gritó:

—¡Dmitrii Dmitrich!…

—¿Qué?

—¡Tenía usted razón antes! ¡El esturión no estaba del todo fresco!

Tan sencillas palabras, sin saber por qué, indignaron a Gurov. Se le antojaban sucias y mezquinas… ¡Qué costumbres salvajes aquellas! ¡Qué gentes! ¡Qué veladas necias! ¡Qué días anodinos y desprovistos de interés!… ¡Todo se reducía a un loco jugar a los naipes, a gula, a borracheras, a charlas incesantes sobre las mismas cosas! El negocio innecesario, la conversación sobre repetidos temas absorbía la mayor parte del tiempo y las mejores energías, resultando al fin de todo ello una vida absurda, disforme y sin alas, de la que no era posible huir, escapar, como si se estuviera preso en una casa de locos o en un correccional.

Lleno de indignación, Gurov no pudo pegar los ojos en toda la noche, y el día siguiente lo pasó con dolor de cabeza. Las noches sucesivas durmió también mal y hubo de permanecer sentado en la cama o de pasear a grandes pasos por la habitación. Se aburría con los niños, en el Banco, y no tenía gana de ir a ninguna parte ni de hablar de nada.

En diciembre, al llegar las fiestas, hizo sus preparativos de viaje, y diciendo a su esposa que, con motivo de unas gestiones en favor de cierto joven, se veía obligado a ir a Petersburgo, salió para la ciudad de S***. Él mismo no sabía lo que hacía. Quería solamente ver a Anna Sergueevna, hablar con ella, organizar una entrevista si era posible.

Llegó a S*** por la mañana, ocupando en la fonda una habitación, la mejor, con el suelo alfombrado de paño. Sobre la mesa, y gris de polvo, había un tintero que representaba a un jinete sin cabeza, cuyo brazo levantado sostenía un sombrero. Del portero obtuvo la necesaria información. Los von Dideritz vivían en la calle Staro-Goncharnaia, en casa propia, no lejos de la fonda. Llevaban una vida acomodada y lujosa, tenían caballos de su propiedad y en la ciudad todo el mundo les conocía…

—Dridiritz —pronunciaba el portero.

Gurov se encaminó a paso lento hacia la calle Staro-Goncharnaia en busca de la casa mencionada. Precisamente frente a ésta se extendía una larga cerca gris guarnecida de clavos.

«¡A cualquiera le darían ganas de huir de esta cerca! —pensó Gurov mirando tan pronto a ésta como a las ventanas—. Hoy es día festivo —seguía cavilando— y el marido estará en casa seguramente. De todas maneras sería falta de tacto entrar. Una nota pudiera caer en manos del marido y estropearlo todo. Lo mejor será buscar una ocasión».

Y continuaba paseando por la calle y esperando junto a la cerca aquella ocasión. Desde allí vio cómo un mendigo que atravesaba la puerta cochera era atacado por los perros. Más tarde, una hora después, oyó tocar el piano. Sus

sonidos llegaban hasta él, débiles y confusos. Sin duda era Anna Sergueevna la que tocaba. De pronto se abrió la puerta principal dando paso a una viejecita, tras de la que corría el blanco y conocido *lulú*. Gurov quiso llamar al perro, pero se lo impidieron unas súbitas palpitaciones y el no poder recordar el nombre del *lulú*.

Siempre paseando, su aborrecimiento por la cerca gris crecía y crecía, y ya excitado, pensaba que Anna Sergueevna se había olvidado de él y se divertía con otro, cosa sumamente natural en una mujer joven obligada a contemplar de la mañana a la noche aquella maldita cerca. Volviendo a su habitación de la fonda, se sentó en el diván, en el que permaneció largo rato sin saber qué hacer. Después comió y pasó mucho tiempo durmiendo.

«¡Qué necio e intranquilizador es todo esto! —pensó cuando al despertarse fijó la vista en las oscuras ventanas por las que entraba la noche —. Tampoco sé por qué me he dormido ahora… ¿Cómo voy a dormir luego?».

Después, sentado en la cama y arropándose en una manta barata de color gris, semejante a las usadas en los hospitales, decía enojado, burlándose de sí mismo:

«¡Toma dama del perrito!… ¡Toma aventura!… ¡Aquí te estás sentado!…».

De pronto pensó en que todavía, por la mañana, en la estación, le había saltado a la vista un cartel con el anuncio en grandes letras de la representación de *Geisha*… Recordándolo, se dirigió al teatro.

«Es muy probable que vaya a los estrenos», se dijo.

El teatro estaba lleno. En él, como ocurre generalmente en los teatros de provincias, una niebla llenaba la parte alta de la sala, sobre la araña; el paraíso se agitaba ruidosamente, y en primera fila, antes de empezar el espectáculo, veíase en pie y con las manos a la espalda a los petimetres del lugar. En el palco del gobernador, y en el sitio principal, con un *boa* al cuello, estaba sentada la hija de aquél, que se ocultaba tímidamente tras la cortina, y de la que sólo eran visibles las manos. El telón se movía y la orquesta pasó largo rato afinando sus instrumentos. Los ojos de Gurov buscaban ansiosamente, sin cesar, entre el público que ocupaba sus sitios. Anna Sergueevna entró también. Al verla tomar asiento en la tercera fila, el corazón de Gurov se encogió, pues comprendía claramente que no existía ahora para él un ser más próximo, querido e importante. Aquella pequeña mujer, en la que nada llamaba la atención, con sus vulgares impertinentes en la mano, perdida en el gentío provinciano, llenaba ahora toda su vida, era su tormento, su alegría, la

única felicidad que deseaba. Y bajo los sonidos de los malos violines de una mala orquesta pensaba en su belleza. Pensaba y soñaba.

Con Anna Sergueevna y tomando asiento a su lado había entrado un joven de patillas cortitas, muy alto y cargado de hombros. Al andar, a cada paso que daba, su cabeza se inclinaba hacia adelante, en un movimiento de perpetuo saludo. Sin duda, era éste el marido, al que ella en Yalta, movida por un sentimiento de amargura, había llamado *lacayo*. En efecto, su larga figura, sus patillas, su calvita, tenían algo de tímido y *lacayesco*. Su sonrisa era dulce y en su ojal brillaba una docta insignia, que parecía, sin embargo, una chapa de lacayo.

Durante el primer entreacto el marido salió a fumar, quedando ella sentada en la butaca. Gurov, que también tenía su localidad en el patio de butacas, acercándose a ella le dijo con voz forzada y temblorosa y sonriendo:

—¡Buenas noches!

Ella alzó los ojos hacia él y palideció. Después volvió a mirarle, otra vez espantada, como si no pudiera creer lo que veía. Sin duda, luchando consigo misma para no perder el conocimiento, apretaba fuertemente entre las manos el abanico y los impertinentes. Ambos callaron. Ella permanecía sentada. Él, en pie, asustado de aquel azaramiento, no se atrevía a sentarse a su lado. Los violines y la flauta, que estaban siendo afinados por los músicos, empezaron a cantar, pareciéndoles de repente que desde todos los palcos les miraban. He aquí que ella, levantándose súbitamente, se dirigió apresurada hacia la salida. Él la siguió. Y ambos, con paso torpe, atravesaron pasillos y escaleras, tan pronto subiendo como bajando, en tanto que ante sus ojos desfilaban, raudas, gentes con uniformes: unos judiciales, otros correspondientes a instituciones de enseñanza, y todos ornados de insignias. Asimismo desfilaban figuras de damas; el vestuario, repleto de pellizas; mientras el soplo de la corriente les azotaba el rostro con un olor a colillas.

Gurov, que empezaba a sentir fuertes palpitaciones, pensaba:

«¡Oh Dios mío!… ¿Para qué existirá toda esta gente…, esta orquesta?».

En aquel momento acudió a su memoria la noche en que había acompañado a Anna Sergueevna a la estación, diciéndose a sí mismo que todo había terminado y que no volverían a verse… ¡Cuán lejos estaba todavía, sin embargo, del fin!

En una sombría escalera provista del siguiente letrero: «Entrada al anfiteatro», ella se detuvo.

—¡Qué susto me ha dado usted! —dijo con el aliento entrecortado y aún pálida y aturdida—. ¡Apenas si vivo! ¿Por qué ha venido? ¿Por qué?…

—¡Compréndame, Anna! ¡Compréndame! —dijo él de prisa y a media voz—. ¡Se lo suplico! ¡Vámonos!

Ella le miraba con expresión de miedo, de súplica, de amor. Le miraba fijamente, como si quisiera grabar sus rasgos de un modo profundo en su memoria.

—¡Sufro tanto! —proseguía sin escucharle—. ¡Durante todo este tiempo sólo he pensado en usted! ¡No he tenido más pensamiento que usted! ¡Quería olvidarle!… ¡Oh! ¿Por qué ha venido?… ¿Por qué?…

En un descansillo de la escalera, a alguna altura sobre ellos, fumaban dos estudiantes, pero a Gurov le resultaba indiferente. Atrayendo hacia sí a Anna Sergueevna, empezó a besarla en el rostro, en las mejillas, en las manos.

—¿Qué hace usted? ¿Qué hace?… —decía ella rechazándole presa de espanto—. ¡Estamos locos! ¡Márchese hoy mismo! ¡Ahora mismo!… ¡Se lo suplico!… ¡Por todo cuanto le es sagrado se lo suplico!… ¡Oh! ¡Alguien viene!… —alguien subía, en efecto, por la escalera—. ¡Es preciso que se marche! —proseguía Anna Sergueevna en un murmullo—. ¿Lo oye, Dmitrii Dmitrich?… ¡Yo iré a verle a Moscú, pero ahora tenemos que despedirnos, amado mío!… ¡Despidámonos!

Estrechándole la mano, empezó a bajar apresuradamente la escalera, pudiendo leerse en sus ojos, cuando volvía la cabeza para mirarle, cuán desgraciada era, en efecto.

Gurov permaneció allí algún tiempo, prestando oído; luego, cuando todo quedó silencioso, recogió su abrigo y se marchó al tren.

IV

Y Anna Sergueevna empezó a ir a visitarle a Moscú. Cada dos o tres meses una vez y diciendo a su marido que tenía que consultar al médico, dejaba la ciudad de S***. El marido a la vez la creía y no la creía. Una vez en Moscú, se hospedaba en el hotel Slavianskii Basar, desde donde enviaba en seguida aviso a Gurov. Éste iba a verla, y nadie en Moscú se enteraba. Una mañana de invierno y acompañando a su hija al colegio, por estar éste en su camino, se dirigía como otras veces a verla (su recado no le había encontrado en casa la víspera). Caía una fuerte nevada.

—Estamos a tres grados sobre cero y nieva —decía Gurov a su hija—. ¡Claro que esta temperatura es sólo la de la superficie de la tierra!… ¡En las altas capas atmosféricas es completamente distinta!…

—Papá…, ¿por qué no hay truenos en invierno?

Gurov le explicó también esto. Mientras hablaba pensaba en que nadie sabía ni sabría, seguramente nunca, nada de la cita a la que se dirigía. Había llegado a tener dos vidas: una, clara, que todos veían y conocían, llena de verdad y engaño condicionales, semejante en todo a la de sus amigos y conocidos; otra, que discurría en el misterio. Por una singular coincidencia, tal vez casual, cuanto para él era importante, interesante, indispensable…, en todo aquello en que no se engañaba a sí mismo y era sincero…, cuanto constituía la medula de su vida, permanecía oculto a los demás, mientras que lo que significaba su mentira, la envoltura exterior en que se escondía, con el fin de esconder la verdad (por ejemplo, su actividad en el Banco, las discusiones del Círculo sobre la *raza inferior*, la asistencia a *jubilaciones* en compañía de su esposa), quedaba de manifiesto. Juzgando a los demás a través de sí mismo, no daba crédito a lo que veía, suponiendo siempre que en cada persona, bajo el manto del misterio como bajo el manto de la noche, se ocultaba la verdadera vida interesante. Toda existencia individual descansa sobre el misterio y quizá es en parte por eso por lo que el hombre culto se afana tan nerviosamente para ver respetado su propio misterio.

Después de dejar a su hija en el colegio, Gurov se dirigió al Slavianskii Basar. En el piso bajo se despojó de la pelliza y tras subir las escaleras llamó con los nudillos a la puerta. Anna Sergueevna, con su vestido gris, el preferido de él, cansada del viaje y de la espera, le aguardaba desde la víspera por la noche. Estaba pálida; en su rostro, al mirarle, no se dibujó ninguna sonrisa y apenas le vio entrar se precipitó a su encuentro, como si hiciera dos años que no se hubieran visto.

—¿Cómo estás? —preguntó él—. ¿Qué hay de nuevo?

—Espera… Ahora te diré… ¡No puedo!…

No podía hablar, en efecto, porque estaba llorando. Con la espalda vuelta hacia él, se apretaba el pañuelo contra los ojos.

«La dejaré que llore un poco mientras me siento», pensó él acomodándose en la butaca.

Luego llamó al timbre y encargó que trajeran el té. Mientras lo bebía, ella, siempre junto a la ventana, le daba la espalda… Lloraba con llanto nervioso, dolorosamente consciente de lo aflictiva que la vida se había hecho para ambos… ¡Para verse habían de ocultarse…, de esconderse como ladrones!… ¿No estaban acaso deshechas sus vidas?…

—No llores más —dijo él.

Para Gurov estaba claro que aquel mutuo amor tardaría en acabar… No se sabía en realidad cuándo acabaría. Anna Sergueevna se ataba a él por el

afecto, cada vez más fuertemente. Le adoraba y era imposible decirle que todo aquello tenía necesariamente que tener un fin. ¡No le hubiera creído siquiera!…

En el momento en que, acercándose a ella, la cogía por los hombros para decirle algo afectuoso, alguna broma…, se miró en el espejo.

Su cabeza empezaba a blanquear y se le antojó extraño que los últimos años pudieran haberle envejecido y afeado tanto… Los cálidos hombros sobre los que se posaban sus manos se estremecían. Sentía piedad de aquella vida, tan bella todavía, y, sin embargo, tan próxima ya a marchitarse, sin duda, como la suya propia. ¿Por qué le amaba tanto?… Siempre había parecido a las mujeres otra cosa de lo que era en realidad. No era a su verdadera persona a la que éstas amaban, sino a otra, creada por su imaginación, y a la que buscaban ansiosamente, no obstante lo cual, descubierto el error, seguían amándole. Ni una sola había sido dichosa con él. Con el paso del tiempo las conocía y se despedía de ellas sin haber ni una sola vez amado. Ahora solamente, cuando empezaba a blanquearle el cabello, sentía por primera vez en su vida un verdadero amor.

El amor de Anna Sergueevna y el suyo era semejante al de dos seres cercanos, al de familiares, al de marido y mujer, al de dos entrañables amigos. Parecíales que la suerte misma les había destinado el uno al otro, resultándoles incomprensible que él pudiera estar casado y ella casada. Eran como el macho y la hembra de esos pájaros errabundos a los que, una vez apresados, se obliga a vivir en distinta jaula. Uno y otro se habían perdonado cuanto de vergonzoso hubiera en su pasado, se perdonaban todo en el presente y se sentían ambos transformados por su amor.

Antes, en momentos de tristeza, intentaba tranquilizarse con cuantas reflexiones le pasaban por la cabeza. Ahora no hacía estas reflexiones. Lleno de compasión, quería ser sincero y cariñoso.

—¡Basta ya, buenecita mía! —le decía a ella—. ¡Ya has llorado bastante! ¡Hablemos ahora y veamos si se nos ocurre alguna idea!…

Después invertían largo rato en discutir, en consultarse sobre la manera de liberarse de aquella indispensabilidad de engañar, de esconderse, de vivir en distintas ciudades y de pasar largas temporadas sin verse…

«¿Cómo liberarse, en efecto, de tan insoportables tormentos?… ¿Cómo?… —se preguntaba él, cogiéndose la cabeza entre las manos—. ¿Cómo?…».

Y les parecía que pasado algún tiempo más la solución podría encontrarse… Que empezaría entonces una nueva vida maravillosa…

Ambos veían, sin embargo, claramente que el final estaba todavía muy lejos y que lo más complicado y difícil no había hecho más que empezar.

EN FIESTAS

I

¿QUÉ hay que escribir? —preguntó Egor, mojando la pluma en la tinta.

Hacía ya cuatro años que Vasilisa no había visto a su hija Efimia. Ésta, después de la boda, se había marchado con su marido a Petersburgo, desde donde envió dos cartas, no volviendo a recibirse más noticia de ella. La vieja, tanto al amanecer, mientras ordeñaba la vaca, como cuando encendía la estufa, o por la noche al dormitar, estaba siempre pensando en lo mismo: en si su Efimia vivía o no. Había que ponerle una carta, pero el viejo no sabía escribir y no tenía a quién pedir que lo hiciera por él.

He aquí, sin embargo, que llegaron las fiestas, y Vasilisa, incapaz de aguantar más tiempo, se fue a la taberna en busca de Egor, el hermano del dueño, que de vuelta del servicio se pasaba allí el día de brazos cruzados y del que decíase sabía escribir cartas si se le pagaba bien. Cuando Vasilisa entró en la taberna se puso primeramente a charlar con la cocinera, luego con el ama y por último con el propio Egor. La escritura de la carta quedó ajustada en quince *kopekas*. Ahora (esto ocurría en el segundo día de fiestas) en la taberna hallábase sentado Egor con la pluma en la mano, y ante él, Vasilisa, pensativa y con rostro afligido y preocupado. Junto a ella estaba Piotr, su viejo, hombre extremadamente alto y delgado, de calva color marrón. Éste, inmóvil, miraba fijamente ante sí, como un ciego. Sobre el fogón, en una cazuela, se asaba carne de cerdo entre chasquidos y resoplidos que parecían emitir este sonido: «Flu, flu, flu»… La atmósfera era sofocante.

—¿Qué hay que poner? —preguntó de nuevo Egor.

—¿Cómo? —dijo Vasilisa, mirándole con enfado y recelo—. No me metas prisa. ¡No me la estás escribiendo gratis!… Bueno…, escribe… «A nuestro amable yerno Andrei Jrisanfich y a nuestra única y amada hija Efimia Petrovna, enviamos un saludo profundo y cariñoso y nuestra bendición paternal».

—Bien… Siga.

—Al mismo tiempo les felicitamos por la Navidad. Nosotros nos encontramos en buena salud, lo que también deseamos les conceda el Señor Todopoderoso…

Vasilisa meditó un momento y cambió una mirada con el viejo.

—… que también deseamos les conceda el Señor Todopoderoso —repitió, echándose a llorar.

No pudo decir más. Antes, cuando pensaba sobre ello por las noches, le parecía que lo que tenía que decir no podría caber ni en diez cartas… ¡Mucho tiempo había pasado desde que la hija se marchó con su marido!… ¡Mucha agua había llevado el río!… Los viejos, como huérfanos, se pasaban la noche suspirando profundamente, como si la hija estuviera enterrada. Sin embargo, durante ese tiempo…, ¡cuántos acontecimientos de todas clases…, cuántas bodas y muertes había habido en el pueblo!… ¡Qué largos inviernos!… ¡Qué largas noches!…

— ¡Hace un calor! —dijo Egor desabrochándose el chaleco—. ¡Estaremos lo menos a setenta grados!… ¿Qué más?

Los viejos callaban.

—¿En qué se ocupa tu yerno? —preguntó Egor.

—Antes era soldado, como sabes, padrecito. Hicisteis juntos el servicio. Era soldado, pero ahora está colocado en Petersburgo, en un establecimiento de aguas. Allí el médico cura a los enfermos con agua, y él en su casa está de portero.

—Míralo puesto aquí —dijo la vieja sacándose una carta del pañuelo—. Es de Efimia y la recibimos ¡sabe Dios cuánto tiempo hace! ¡Puede que ni viva ya!…

Egor, tras un momento de meditación, se puso a escribir muy de prisa:

«En la actualidad, cuando la suerte le destina a cumplimentar el servicio militar, le recomendamos consulte el Reglamento de penas pecuniarias y el Código del ejército, por cuyas leyes podrá apreciar la cultura de los miembros del Ministerio de la Guerra».

Mientras escribía iba leyendo en voz alta lo escrito, en tanto que Vasilisa pensaba en que había que decir algo de la gran pobreza por que habían pasado el año anterior y de que habían tenido que vender la vaca. Había también que pedir dinero, que decir que el viejo estaba enfermo y seguramente se moriría pronto…; pero ¿cómo expresar en palabras todo esto?… ¿Qué era lo que había que decir primero y lo que había que decir después?

—«Ponga atención en la lectura del quinto tomo del Reglamento militar —proseguía escribiendo Egor—. *Soldado* es nombre célebre, a todos común. Lo mismo se llama *soldado* el primero de los generales que el último de las filas».

El viejo movió los labios y dijo lentamente:

—Quisiera conocer a los nietecillos.

—¿Qué nietecillos? —preguntó la vieja, mirándole enfadada—. ¡A lo mejor no los hay!

—¿Nietecillos?… ¡O a lo mejor sí los hay!… ¡Eso quién va a saberlo!…

—«Ello le permitirá apreciar cuál es el enemigo *exterior* y cuál el *interior*. El principal *enemigo interior es Baco*».

La pluma chirriaba trazando sobre el papel unas filigranas en forma de ganchos de pesca. Egor escribía de prisa, releyendo después varias veces cada renglón. Satisfecho, sano, carirredondo: roja la nuca y sentado despatarrado en el taburete ante la mesa, representaba la encarnación de una vulgaridad brutal, vanidosa e invencible, orgullosa de haber nacido y de haberse criado en una taberna.

Vasilisa lo comprendía claramente, pero no podía expresarlo con palabras, teniendo que limitarse a observarle irritada y recelosa. Su voz, sus frases incomprensibles, el ambiente sofocante, le daban dolor de cabeza y embrollaban sus pensamientos. Ya no decía ni pensaba nada y esperaba solamente a que Egor terminara de hacer chirriar su pluma, en tanto que la mirada del viejo revelaba una plena confianza. Tenía fe en la vieja, que le había llevado allí, y en Egor, y antes, al mencionar el establecimiento balneario, podía verse que tenía fe en dicho establecimiento y en las propiedades curativas de su agua. Cuando terminó de escribir, Egor se levantó y leyó la carta desde el principio hasta el fin. El viejo, sin comprender nada, asentía con la cabeza, lleno de confianza.

—No está mal… Ha salido de corrido. No está mal.

Tras depositar sobre la mesa tres monedas de a cinco *kopekas*, abandonaron la taberna. El viejo fijaba ante sí una mirada inmóvil, como la de un ciego, plenamente confiado el rostro, mientras Vasilisa, al salir de la taberna, espantaba enfadada a un perro, diciendo:

—¡Uuuuu!… ¡Maldito!

La vieja se pasó la noche en vela. Torturada por sus cavilaciones, se levantó al amanecer y tras decir sus oraciones se fue a la estación a echar la carta.

Tenía que recorrer once *verstas*.

II

El establecimiento balneario dirigido por el doctor B. O. Moselveiser estaba abierto el día de Año Nuevo, igual que cualquier otro; pero el portero Andrei Jrisanfich estrenaba galones en el uniforme, brillaban sus zapatos de un modo especial y felicitaba la entrada de año a cuantos venían, deseándoles mucha suerte.

Era por la mañana. En pie, junto a la puerta, Andrel Jrisanfich leía el periódico. A las nueve en punto hizo su aparición la figura familiar del general, uno de los clientes habituales, y tras él, el cartero.

Andrei Jrisanfich despojó al general de su capote y le dijo:

—¡Feliz Año Nuevo! ¡Muchas felicidades, excelencia!

—Gracias, amigo. Igualmente.

Luego, el general, mientras subía por la escalera, señalando a una puerta, preguntó:

—Y en esta habitación ¿qué hay? —siempre preguntaba lo mismo, olvidando inmediatamente la respuesta.

—Es el gabinete de masaje, excelencia.

Cuando los pasos de éste se desvanecieron, Andrei Jrisanfich, echando una mirada al correo recién llegado, encontró una carta a su nombre. Después de abrirla y de leer unos cuantos renglones, despacio y con los ojos siempre en el periódico, se dirigió a su habitación, situada allí mismo, a un extremo del pasillo. Efimia, su mujer, sentada sobre la cama, daba de mamar a un niño. Otro, algo mayor, junto a ella, apoyaba la cabeza en sus rodillas, mientras un tercero dormía sobre la cama.

Andrei entró en la habitación y entregó a su mujer la carta con estas palabras:

—Seguramente es de la aldea.

Luego volvió a salir, y sin apartar los ojos del periódico se detuvo en el pasillo, a poca distancia de la puerta. Podía oír la voz temblorosa de Efimia leyendo los primeros renglones. Leyó éstos y no pudo seguir. Le bastaban aquellos renglones… Echándose a llorar y cogiendo entre sus brazos a su hijo mayor, empezó a besarle y a decirle, sin que él pudiera comprender si lloraba o reía:

—¡Es de la abuela y del abuelo!… ¡De la aldea!… ¡Virgen Santísima!… ¡La de nieve que habrá allí ahora!… ¡Los árboles se ponen blancos, blancos!… ¡Los niños se pasean en unos trineos chiquititos, y el abuelo,

calvito, se está sentado en la yacija, al lado de la estufa… y el perrito amarillo!… ¡Amados míos!… ¡Queridos!…

Andrei Jrisanfich recordó en este momento que su mujer le había dado dos o tres veces cartas rogándole que las enviara a la aldea; pero unas veces por unas cosas y otras por otras, nunca había podido hacerlo. Las cartas que no había mandado se habían extraviado por alguna parte.

—¡Por el campo corren liebres chiquititas!… —proseguía Efimia, inundada de lágrimas y besando a su niño—. ¡El abuelo es muy bueno y muy tranquilo y la abuela también es muy buena!… ¡En la aldea toda la gente es de corazón y tiene temor de Dios!… ¡Allí hay una iglesia pequeñita y los campesinos cantan!… ¡Si nos llevaras allí, Virgen Santísima, protectora nuestra!…

Mientras no venía nadie, Andrei Jrisanfich volvió a entrar en su habitación a fumar, y Efimia, de repente, se calló y se secó los ojos. Sólo sus labios temblaban. Tenía mucho miedo a su marido. La mirada de éste, sus paseos, la estremecían, llenándola de espanto. Ante él no se atrevía a pronunciar ni una sola palabra.

Andrei Jrisanfich había empezado a fumar; pero, precisamente en aquel instante, sonó el timbre. Apagó el cigarrillo y poniendo un rostro grave corrió hacia la puerta de entrada.

Del piso superior, sonrosado y fresco por el baño, bajaba el general.

—Y en esta habitación…, ¿qué hay? —preguntó, señalando a una puerta.

Andrei Jrisanfich, cuadrándose, dijo en voz alta:

—¡La ducha *sckarko*, excelencia!

SOBRE EL AMOR

AL día siguiente hubo de almuerzo unos *pirojki* muy sabrosos, cangrejos y chuletas de cordero, y mientras se ingería esto, Nikanor, el cocinero, vino a preguntar qué iban a desear de comida los señores invitados. Era éste un hombre de estatura mediana, cara mofletuda y ojos pequeños. No usaba bigote, pero diríase que éste no le había sido afeitado, sino arrancado del rostro.

Aliojin contó que Pelagueia (la guapa) estaba enamorada de este cocinero, pero que como era borracho y tenía un carácter violento, no quería casarse, aunque no se oponía a vivir a su lado, mientras que a él, que era muy devoto, no le permitían las convicciones religiosas una vida irregular. Le exigía se casara con él, la insultaba cuando estaba borracho y hasta le pegaba. Ella entonces corría a esconderse al piso de arriba, con lo que Aliojin y el resto de la servidumbre tenían que permanecer en su casa sin salir por si había necesidad de protegerla.

Se abordó el tema del amor.

—¿Cómo nace el amor? —dijo Aliojin—. ¿Por qué Pelagueia no había de enamorarse de alguien más adecuado a ella, más conforme a sus cualidades morales y físicas y no precisamente de este carota de Nicanor? (Todos aquí le llamaban así: «Carota»). La causa es desconocida, y sobre ella pueden sustentarse diversas teorías. Del amor, hasta ahora, sólo se ha dicho la siguiente indiscutible verdad: «Su misterio es muy grande». Todo lo demás que se ha escrito y dicho sobre el amor, lejos de ser una conclusión, no ha hecho más que exponer una serie de interrogaciones que quedan sin respuesta. La explicación que sirviera para un caso no valdría para otros diez, y, en mi opinión, lo mejor es explicar cada caso aisladamente, sin intentar generalizar. Como dicen los médicos, individualizar cada caso.

—Exacto —asintió Burkin,

—Nosotros, los rusos, experimentamos un interés especial por todas esas cuestiones que quedan sin solución. Al amor, por lo general, se le envuelve en poesía y se le adorna de rosas y de ruiseñores, mientras que nosotros, los

rusos, lo adornamos con estas fatales preguntas, de entre las que escogemos, además, las menos interesantes. En Moscú, en mis tiempos de estudiante, tenía una compañera en mi vida, una gentil dama que cada vez que la estrechaba en mis brazos pensaba en lo que le daría al mes y en el precio, entonces, de una libra de carne. Asimismo, nosotros, cuando amamos, no cesamos de hacernos preguntas: si es honesto nuestro amor o no, si es inteligente o necio, a qué nos conducirá, y etcétera… Si con esto se hace mal…, no lo sé. Lo único que sé es que inquieta y no satisface.

Parecía desear contamos algo. Los seres que viven solitarios llevan siempre en el alma alguna cosa que de buen grado relatarían. En la ciudad, los solteros frecuentan particularmente los establecimientos de baños y los restaurantes para poder charlar, contándose allí a veces historias muy interesantes, mientras que en el campo es generalmente a sus huéspedes a quienes abren el alma. Entonces, a través de las ventanas, se veía el cielo gris y los árboles húmedos de lluvia, y con tiempo semejante no sabe uno dónde meterse ni le queda otro recurso que oír contar y contar también.

—Vivo en Sofino —dijo Aliojin—, y hace tiempo que me ocupo de la dirección de la hacienda; desde el momento en que terminé mis estudios en la Universidad. Mi educación no me ha curtido las manos, y por mis inclinaciones soy más bien hombre de oficina, pero cuando vine aquí, sobre la hacienda pesaba una gran deuda contraída por mi padre con el fin de sufragar los gastos de mi educación, por lo que decidí no marcharme y trabajar hasta amortizar dicha deuda. Una vez resuelto, me puse al trabajo, y he de confesarlo, no sin cierta repugnancia. Aquí la tierra es poco productiva, y para que todo fuera bien, había que aprovechar el trabajo de los siervos o utilizar jornaleros (que viene a ser igual), o emplear el procedimiento campesino: el de trabajar uno mismo en el campo ayudado de toda la familia. En esto no existe el término medio, aunque yo entonces no me metía en tantas sutilezas. No dejé quieto ni un solo pedacito de tierra. Reuní a todos los *mujiks* y a todas las *babas* de las aldeas vecinas, y el trabajo ardía. Yo en persona araba, sembraba, cortaba la hierba…, aburriéndome mientras lo hacía, y con tal mueca de asco que parecía un gato de aldea hambriento comiéndose los pepinos de la huerta. El cuerpo me dolía y tenía que dormir andando. Al principio me parecía que esta vida de trabajo podía reconciliarme con las costumbres civilizadas y que bastaba para ello mantener en la vida un cierto orden exterior.

Me alojé aquí arriba, en los aposentos de gala; establecí la costumbre de que se me sirvieran licores con el café después de la comida y leía al

acostarme *El Noticiero de Europa*. Ocurrió, sin embargo, que un día vino a visitarnos nuestro pope el padre Iván, que apuró de una vez todos los licores, y como *El Noticiero* había ido a parar también a su casa, y yo, en verano, sobre todo en época de la siega, no tenía tiempo de llegar hasta mi cama y me quedaba dormido en el cobertizo, en el trineo o en cualquier choza del guardabosque, no me preocupaba entonces de lecturas. Después me mudé al piso bajo, empecé a comer en la cocina de servicio, y del lujo anterior sólo quedaron estos criados, que en tiempos habían servido a mi padre y a los que me dolía despedir. En aquellos mismos primeros años fui elegido juez de paz honorario. De cuando en cuando tenía que ir a la ciudad y tomar parte en las reuniones del Congreso, cosa que me servía de distracción. Cuando se está aquí encerrado dos o tres meses, sobre todo en invierno, se acaba sintiendo la nostalgia de la levita. En el Juzgado regional había levitas, uniformes, fracs… Todos los juristas eran gente instruida y tenía uno con quien hablar. ¡Después de dormir en el trineo y de comer en la cocina de servicio… es un lujo tan grande el sentarse en una butaca vestido con ropas limpias, el calzarse unos ligeros zapatos y llevar una cadena colgada al pecho!…

En la ciudad se me recibía con mucha cordialidad. Yo trataba de buen grado conocimientos, pero entre todos éstos el más fundamental, el más agradable para mí, a decir verdad, fue el de Luganovich, vicepresidente del Juzgado regional. Ustedes dos le conocen. Se trata de una persona sumamente grata. Todo esto tenía lugar tras la vista del asunto de los incendiarios, que duró dos días. Todos estábamos cansados, y Luganovich, mirándome, dijo:

—¿Sabe?… Vámonos a comer a mi casa.

Aquello era totalmente inesperado, pues sólo de un modo oficial una vez había estado en su casa.

Entré un momento en la fonda para cambiarme de traje y me dirigí a la casa. Allí tuve ocasión de conocer a Anna Alekseevna, la esposa de Luganovich. Era ésta entonces muy joven, no pasaba de veintidós años, y sólo hacía medio que había tenido a su primer hijo. El asunto pertenece al pasado y me sería difícil ahora precisar qué había en realidad de extraordinario en ella que me agradara, mientras que aquel día, durante aquella comida, todo estaba para mí sumamente claro. Veía ante mí a una mujer joven, maravillosa, buena, inteligente, encantadora, diferente de cuantas antes viera, y al mismo tiempo descubría en ella a un ser próximo y familiar, como si ya en la infancia, en el álbum que descansaba sobre la cómoda de mi madre, hubiera visto su rostro y también sus ojos afables e inteligentes. En el asunto de los incendiarios, cuatro hebreos habían sido acusados (a mi parecer sin ningún

fundamento) de formar parte de la banda. Yo, que sentía una gran pesadez moral, me acaloré mucho durante la comida. No recuerdo ahora lo que dije, Anna Alekseevna sacudía la cabeza con aire de reproche y decía a su marido:

—¿Cómo ha podido ocurrir todo eso, Dmitrii?

Luganovich, hombre bonachón, de carácter franco, era de esas personas bondadosas que sustentan el criterio fijo de que si un hombre ha sido condenado es porque es culpable, y que opinan que expresar una duda sobre la justicia de un veredicto es cosa que sólo puede hacerse por vía oficial, pero de ninguna manera durante una comida y en una conversación particular.

—Ni usted ni yo somos incendiarios —decía blandamente—, y por eso no nos llevan a la cárcel…

Ambos, tanto el marido como la mujer, me instaban para que comiera y bebiera, y por algunos detalles (por ejemplo, por el modo de hacer juntos el café o de comprenderse el uno al otro con media palabra) saqué la conclusión de que vivían en completa armonía y de que se sentían complacidos de su huésped. Después de comer tocamos el piano a cuatro manos, y cuando llegó la noche me marché a mi casa. Todo esto ocurría a principios de primavera, y luego, como tuve que pasarme el verano en Sofino sin moverme de allí, no me quedó tiempo para pensar en la ciudad, aunque el recuerdo de la esbelta mujer rubia se conservaba dentro de mí día tras día. No es que pensara en ella, pero diríase que su leve sombra había caldo sobre mi alma.

Ya muy avanzado el otoño organizóse en la ciudad una representación benéfica. Al entrar en el palco del gobernador (había sido invitado a él durante el entreacto), sentada junto a la mujer de éste vi a Anna Alekseevna, percibiendo la afabilidad de sus afectuosos ojos y experimentando una palpitante impresión de belleza y el mismo sentimiento de proximidad espiritual que aquel día.

Durante la función estuvimos sentados uno junto a otro y después nos fuimos al *foyer*.

—Ha adelgazado usted —me dijo—. ¿Es que ha estado enfermo?

—Sí. Tengo dolores en este hombro cuando el tiempo está lluvioso, y por añadidura duermo mal.

—Tiene usted un aire alicaído… En verano, cuando estuvo usted comiendo con nosotros, era usted más joven…, más animado… Se sentía usted lleno de inspiración y resultaba interesante. Confieso que hasta comencé a sentirme un poco atraída hacia usted. No sé por qué, en el verano, su recuerdo me venía frecuentemente a la memoria, y cuando me preparaba para venir al teatro tenía la impresión de que iba a verle.

Luego, echándose a reír, replicó:

— ¡Pero su aspecto hoy es alicaído, y eso le envejece!

Al día siguiente almorcé en casa de los Luganovich. Después del almuerzo, como tenían que ir a su casa de campo para dar algunas órdenes relativas al invierno, yo les acompañé. A medianoche volví con ellos a la ciudad y tomé el té en su casa, en ese ambiente tranquilo y familiar en el que una joven madre va a cerciorarse a cada momento de si su niña duerme bien. Más adelante, en todas mis idas a la ciudad, iba a visitar a los Luganovich. Éstos se habían habituado a verme y yo también a ellos. Solía entrar en la casa sin anunciarme, como un miembro más de la familia.

—¿Quién está ahí? —decía con acento prolongado, que se me antojaba maravilloso, una voz que llegaba de las habitaciones más lejanas.

—Es Pavel Konstantinich —contestaban la doncella o el aya.

Anna Alekseevna me salía al encuentro con semblante preocupado y me preguntaba cada vez con acento inquieto:

—¿Por qué ha tardado usted tanto en venir? ¿Le ha ocurrido algo?

Su mirada, la fina y noble mano que me tendía, su vestido de casa, su peinado, su voz, sus pasos, producían siempre en mí la misma impresión de algo nuevo, extraordinario e importante en mi vida. Conversábamos largamente y callábamos también largamente, cada uno ensimismado en sus propios pensamientos, o bien tocaba ella el piano. Si cuando yo llegaba no había nadie en casa, esperaba charlando con el aya o jugando con la niña, o, tendido en el despacho sobre una cama turca, leía el periódico. Y cuando regresaba Anna Alekseevna salía a recibirla a la antesala, la despojaba de todas sus compras, transportando éstas cada vez, sin saber por qué, con el amor y solemnidad con que lo hiciera un chiquillo.

Dice un proverbio: «Y por si fuera poco el quehacer de la aldeana, encima se compró un cerdo…»[193]. Y por si fuera poco el quehacer de los Luganovich, éstos, encima, me cobraron gran amistad. Si tardaba algún tiempo en aparecer por la ciudad, imaginándose que estaba enfermo o que me había ocurrido algo, se intranquilizaban muchísimo. Les disgustaba que yo, hombre culto, poseedor de varios idiomas, en vez de ocuparme en trabajos científicos o literarios, viviera en una aldea, dando vueltas como una ardilla, que trabajara mucho y que estuviera siempre sin un *grosch*. Creían verme sufrir, y que si hablaba, reía y comía era solamente para ocultar mis penas. Hasta en horas de regocijo, cuando me sentía a gusto percibía fijas sobre mí sus miradas escudriñadoras. Si me veía obligado a atravesar momentos difíciles, ambos se producían de un modo especialmente conmovedor, y

cuando un acreedor me acosaba o me faltaba dinero para un pago urgente, el marido y la mujer cuchicheaban junto a la ventana. Luego él, acercándose a mí, me decía con una cara muy seria:

—Si en este momento, Pavel Konstantinich, estuviera usted necesitado de dinero, mi mujer y yo le rogamos no haga cumplidos y lo acepte de nosotros.

Y al decir esto sus orejas enrojecían de emoción.

Ocurría también, otras veces, que tras aquel cuchicheo junto a la ventana, él, con las orejas rojas, se me acercaba y me decía:

—Mi mujer y yo le rogamos encarecidamente nos acepte este regalo.

Y me ofrecía unos gemelos, una pitillera, una lámpara…, y yo, a mi vez, correspondía al obsequio enviándoles de la aldea aves, mantequilla y flores. De paso he de decir que ambos estaban en buena posición. Yo entonces solía tomar dinero prestado de quien me lo diera, sin fijarme demasiado en dónde lo obtenía, pero no hubiera habido fuerza humana capaz de hacérmelo aceptar de los Luganovich. Pero, bueno…, ¡para qué hablar ya de esto!

Yo era desgraciado. Me pasaba el tiempo en casa, en el campo, en el cobertizo, pensando en ella, esforzándome en comprender el misterio que suponía el que una mujer joven, bella e inteligente se hubiera casado con un hombre poco interesante, casi viejo (el marido pasaba de los cuarenta años), del que tenía hijos. En comprender el misterio de este hombre carente de interés, bonachón, simplón, de conversación tan aburridamente sensata, que en bailes y reuniones se le veía siempre sentado al lado de las gentes serias, y que, a pesar del aspecto macilento y la expresión sumisa e indiferente de la persona que hace papel de mercancía, se creía con derecho a la felicidad y a tener hijos de ella. Constantemente trataba de comprender por qué ésta tenía que haberle encontrado a él precisamente en lugar de a mí, y qué necesidad había de que en nuestra vida ocurriese tan terrible error.

Siempre que llegaba a la ciudad, en sus ojos leía que me esperaba, y después me confesaba que desde la mañana tenía el presentimiento de que iba a venir.

Sosteníamos largas conversaciones, callábamos; pero lejos de declararnos mutuamente nuestro amor, escondíamos éste tímida y celosamente. Temíamos todo aquello que a nosotros mismos pudiera descubrir nuestro misterio. Mi amor era tierno y profundo, pero reflexionando me preguntaba a qué podía conducir éste y si íbamos a tener fuerzas para luchar contra él. Me resultaba inverosímil que aquel mi callado y triste amor pudiera romper de pronto, brutalmente, el dichoso fluir de la vida de su marido, de sus hijos y de toda aquella casa en la que se me amaba y donde creían en mí.

«¿Será honesto?», pensaba.

Si ella se hubiera marchado conmigo…, ¿adónde podía habérmela llevado? ¡Si mi vida hubiera sido bella…, interesante!… ¡Si, por ejemplo, hubiera luchado en un tiempo por la liberación de la patria, o fuera un célebre sabio, un artista o un pintor…, otra cosa sería!… En mi posición, en cambio, no hubiera hecho más que arrancarla de un ambiente rutinario y vulgar para transportarla a otro no menos vulgar o quizá más. ¿Y cuánto tiempo nos duraría la felicidad? ¿Qué ocurriría en caso de que yo enfermara o me muriera, o, sencillamente, en el de que dejáramos de querernos?

Ella, sin duda, reflexionaba de la misma suerte. Pensaba en sus niños, en su marido, en su madre, que quería a éste como a un hijo propio. Si se dejaba arrastrar por aquel sentimiento, se vería obligada a mentir o a decir la verdad, cosas ambas, en su situación, igualmente terribles e incómodas. La torturaba quizá también la interrogación de si su amor me traería la felicidad, o de si, por el contrario, vendría a complicar mi vida, ya sin esto difícil y llena de toda serie de desdichas. No se consideraría suficientemente joven para mí ni lo bastante activa, laboriosa y enérgica para emprender una vida nueva. A menudo, charlando con su marido, hablaba de la necesidad de que me casara con una joven digna e inteligente, capaz de ser una buena ama de casa y una ayuda eficaz para mí, añadiendo a renglón seguido que no sabía si en la ciudad podría encontrarse semejante joven.

Mientras tanto, pasaban los años. Anna Alekseevna tenía ya dos hijos. Cuando yo llegaba a la casa de los Luganovich la servidumbre me sonreía amablemente, y los niños, gritando que había venido el tío Pavel Konstantinich, se me colgaban al cuello. Todos se alegraban. Sin comprender lo que pasaba dentro de mi alma, suponían que yo me alegraba también. Todos veían en mí un ser noble. Tanto los niños como los mayores estaban penetrados de la idea de que por aquellos aposentos se movía un ser noble, convencimiento que prestaba a su trato conmigo un encanto especial; como si sus vidas, en mi presencia, se hicieran más limpias y más bellas. Anna Alekseevna y yo solíamos ir juntos al teatro, siempre a pie, sentándonos en las butacas el uno al lado del otro. Nuestros hombros se rozaban, y al coger en silencio los gemelos de sus manos, sentía que era para mí algo muy cercano, que era mía y que no podíamos estar el uno sin el otro, aunque por aquella singular mala inteligencia nos despedíamos siempre como extraños. En la ciudad se hablaba de nosotros sabe Dios qué, pero en nada de cuanto se decía había una sola palabra de verdad.

Durante los últimos años, Anna Alekseevna empezó a ausentarse, cada vez más frecuentemente, para ir a visitar a su madre y hermana. Solía estar de mal humor; la conciencia de tener una vida insatisfecha y malograda y una desgana de la compañía del marido y de los niños se hacía perceptible en ella. Había empezado a consultar a los médicos sobre sus nervios.

Nuestro silencio continuaba siempre, experimentando ella, generalmente, ante los extraños, una singular excitación contra mí. Con nada de lo que yo decía se mostraba de acuerdo, y cuando me oía discutir se ponía del lado de mi adversario. Si dejaba caer algo al suelo, decía fríamente:

—Le felicito.

Cuando iba conmigo al teatro, si se me olvidaba coger los gemelos, me decía:

—Ya sabía yo que se le habrían de olvidar.

Por suerte o por desdicha, no hay nada en nuestra vida que no tenga fin más tarde o más temprano. Luganovich fue nombrado presidente de una de las regiones del Oeste, con lo que llegó el momento de la separación. Se hizo menester vender los muebles, los caballos y la casa de campo. Cuando, regresando de ésta, volvíamos la cabeza para echar una última mirada sobre el jardín y el tejado verde, todos nos sentimos tristes, comprendiendo yo que había llegado el momento de despedirse no sólo de la casa de campo. Quedó decidido que a fines de agosto saldría de allí Anna Alekseevna, a quien los médicos enviaban a Crimea, y que poco después partiría Luganovich con los niños hacia la región del Oeste.

Las personas que fueron a acompañar a la estación a Anna Alekseevna eran muchas. Cuando ya se había despedido ésta de su marido y de sus hijos y sólo faltaba un instante para el tercer toque de campana, subí de un salto a su departamento con objeto de colocar una maleta a punto de olvidarse, y me dispuse a despedirme a mi vez.

Pero cuando en aquel departamento se cruzaron nuestras miradas, nuestras fuerzas morales nos abandonaron a ambos. La cogí en mis brazos, ella apoyó su rostro contra mi pecho y las lágrimas resbalaron de sus ojos. Besé su rostro, sus hombros y sus manos, húmedas de llanto, y ¡oh, qué desgraciados fuimos entonces!… Con ardiente dolor en el corazón le confesé mi amor pensando en que era inútil, pequeño y erróneo cuanto nos impedía amarnos. El que ama, en sus reflexiones sobre el amor, tiene por punto de partida algo para él más alto e importante que la felicidad o la desdicha, que el pecado o la virtud (en su sentido vulgar), y prescinde de reflexiones.

La besé una última vez, y tras estrechar su mano, nos despedimos para siempre. El tren se puso en marcha. Yo me senté en el departamento inmediato, que estaba vacío, y permanecí llorando en él hasta llegar a la primera estación. Después me dirigí a pie a Sofino…

Durante el relato de Aliojin había dejado de llover y salido el sol. Burkin e Iván Ivanich se asomaron al balcón, desde el que se dominaba una maravillosa vista sobre el jardín y la presa, resplandeciente como un espejo bajo el sol. Se sentían maravillados, pero al mismo tiempo les daba lástima aquel hombre de ojos bondadosos e inteligentes que con tanta sinceridad les había referido todo aquello; aquel hombre que daba vueltas por su hacienda como una ardilla, sin ocuparse de ciencia ni de cosa alguna que pudiera hacer más grata su vida, y pensaban en la dolorosa expresión que debió de tener el semblante de la joven dama cuando al despedirse de ella, en aquel compartimiento del tren, le besaba las manos. Ambos la habían visto en la ciudad, y Burkin, que hasta había llegado a conocerla, la encontraba bella.

MAESTRO

FEDOR Lukich Sisoev, maestro en la escuela de la fábrica Manufacturas Kulikin e Hijos, se disponía a asistir a una comida solemne. Cada año, al finalizar el curso, la dirección de la fábrica organizaba una comida, a la que concurrían el inspector de las escuelas, todos los presentes a los exámenes y los empleados de la administración.

Dichas comidas, a pesar de su carácter oficial, resultaban siempre largas, alegres y sustanciosas. Olvidada la diferencia de categorías y tenido sólo en cuenta el trabajo de los maestros, éstos comían y bebían a su satisfacción, charlaban hasta la ronquera y se separaban tarde, al anochecer, llenando todo el recinto de la fábrica de un sonido de besos y de canciones. Las comidas a que había asistido Sisoev, contadas en relación con sus años de servicio, eran trece.

Aquel día, disponiéndose a acudir a la decimocuarta, se esforzaba en dar a su persona el aspecto más festivo y decoroso. Invirtió una hora entera en cepillarse el nuevo traje negro, y casi el mismo tiempo en ponerse ante el espejo una camisa de última moda; los gemelos no entraban fácilmente en los ojales, y ello atrajo sobre su mujer toda una tormenta de quejas, amenazas y reproches. La pobre mujer, de tanto dar vueltas a su alrededor, quedó desfallecida. También él acabó agotado, y cuando le trajeron de la cocina las botas de tirantes, le faltaban fuerzas para metérselas. Tuvo que echarse y beber un poco de agua.

—¡Qué débil te has quedado! —suspiró la mujer—. ¡Mejor sería que no fueras a esa comida!

—Te ruego que te ahorres los consejos —le cortó, enfadado, el maestro.

Estaba de mal humor, pues el resultado de los últimos exámenes le había dejado muy descontento. Estos habían transcurrido perfectamente, mereciendo todos los chicos del curso superior su certificado de aprobación y hasta premios, y los superiores, tanto los de la fábrica como los del Estado, habían quedado muy contentos de aquellos éxitos; pero ello, sin embargo, parecíale poco al maestro. Le enojaba que el alumno Babkin, que siempre

escribía sin una falta, hubiera hecho tres en el dictado. En cuanto al alumno Sergueev, la agitación le había impedido multiplicar diecisiete por trece. El inspector, un joven sin experiencia, había escogido para el dictado un artículo muy difícil, y Liapunov, el maestro de la escuela vecina, al que el inspector había rogado dictar, no se había portado como un buen compañero, y en lugar de pronunciar las palabras según se escriben, parecía masticarlas.

Después de conseguir, con ayuda de su mujer, hacer entrar en sus pies las botas de tirantes y de echarse una última mirada al espejo, el maestro cogió su bastón y se marchó a la comida.

A la misma entrada del piso habitado por el director de la fábrica, en el que había de tener lugar el festejo, le ocurrió un pequeño y desagradable incidente. De repente empezó a toser… Aquellos golpes de tos fueron causa de que la gorra se le cayera de la cabeza y el bastón de las manos, y cuando al oírlos, del piso del director salieron corriendo los maestros y el inspector de las escuelas, le hallaron sentado en el primer peldaño de la escalera cubierto de sudor.

—¿Es usted, Fedor Lukich? ¡Pero, cómo!…, ¿ha venido usted?…

—¿Y por qué no?

—¡Querido!… ¡Debería haberse quedado en casa!… ¡Hoy no está usted bueno!…

—Estoy lo mismo que ayer; pero si mi presencia no le es grata, puedo marcharme.

—¿A qué vienen esas palabras, Fiodor Lukich?… ¿Por qué pronunciarlas? ¡En realidad, los agasajados no vamos a ser nosotros, sino usted!… ¡Nos es gratísimo!…

En la casa del director de la fábrica estaba ya todo dispuesto. En el gran comedor, adornado con oleografías alemanas, era perceptible un olor a geranios y a barniz. Había en él dos mesas: una grande, para la comida, y otra más pequeña, para los entremeses. A través de los *stores* bajados de la ventana, apenas se filtraba la luz del mediodía…

El crepúsculo de las habitaciones, las vistas de Suiza dibujadas en los *stores*, los geranios, las finas lonchas de salchichón sobre los platos…, ¡todo!…, tenía un aspecto ingenuo y sentimental y presentaba una cierta semejanza con el propio amo de la casa, un alemán campechano, de pequeña estatura, redonda tripita y ojitos dulces y cariñosos. Adolf Andreich Bruni (éste era su nombre) se agitaba junto a la mesa de los entremeses, como si estuviera apagando un fuego; llenaba las copas, ofrecía platos y, esforzándose en resultar amable, en hacer reír y en mostrar sus sentimientos amistosos,

daba palmaditas en los hombros, miraba a los ojos, soltaba una risita, se frotaba las manos y, en una palabra, hacía las zalemas de un buen perro.

—¡Fiodor Lukich!… ¡Qué sorpresa!… ¡Qué cosa más grata para nosotros!… ¿A pesar de su enfermedad ha venido usted?… ¡Señores!… ¡Permítanme que les felicite!… ¡Aquí está Fiodor Lukich!…

Junto a la mesa de los entremeses hallábanse ya agrupados los pedagogos comiendo. Sisoev frunció el entrecejo. No le agradaba que los compañeros se hubieran puesto a comer sin esperarle. Distinguiendo entre ellos a Liapunov, aquel precisamente que había dictado en el examen, se acercó a él y le dijo:

—¡Eso no es compañerismo!… ¡No lo es!… ¡Las personas de proceder correcto no dictan de esa manera!

—¡Dios mío!… ¡Usted siempre a vueltas con lo mismo!… ¿Será posible que no se canse?

—¡Siempre a vueltas con lo mismo! ¡Sí!… ¡Babkin en clase nunca hizo faltas!… ¡Sé muy bien por qué dictaba usted de esa manera!… ¡Quería usted sencillamente que mis alumnos no aprobaran para que su escuela apareciera como mejor que la mía!… ¡Todo lo comprendo!

—¡Que siempre tenga usted que tomarla conmigo! —dijo con un gruñido Liapunov—. ¿Para qué diablos viene usted a darme la lata?…

—¡Basta, señores! —intervino Bruni, con cara compungida—. ¿Vale la pena excitarse por tonterías semejantes?… ¿Qué importan tres faltas…, ni una?

—Importan, sí. Babkin no hizo nunca una falta en clase.

—¡Viene a darme la lata!… —proseguía Liapunov entre resoplidos—. ¡Se aprovecha de su condición de enfermo y nos quiere comer a todos! ¡Pues yo, amigo mío, le prevengo que no miraré que esté usted enfermo!

—¡Deje en paz a mi enfermedad! —gritó, irritado, Sisoev—. ¡A usted qué le importa eso! ¡Todos con lo mismo!… ¡Enfermedad, enfermedad!… ¿Qué falta me hace a mí su interés y de dónde ha sacado que estoy enfermo?… ¡Lo estuve, sí, antes de los exámenes, pero estoy completamente bien y lo único que ocurre es que me he quedado débil!

—¿Que está usted bien?… ¡Pues gracias a Dios! —dijo el profesor de religión, padre Nikolai, sacerdote joven, vestido de una sotana marrón—. ¡Lo que tiene que hacer entonces es alegrarse en lugar de excitarse!

—¡Pues usted también!… —le interrumpió Sisoev—. ¡Hacía usted unas preguntas que parecían adivinanzas! ¡Las preguntas tienen que ser claras y directas! ¡De otro modo no es posible!

Al cabo, entre todos consiguieron calmarle y hacer que se sentara a la mesa. Tras invertir largo rato en escoger bebida, acabó bebiéndose con una cara agria media copa de un líquido verde. Después se sirvió un trozo de *pirog*, de cuyo relleno separó melindrosamente los pedazos de huevo y cebolla. El primer bocado del *pirog* le supo a soso, y le echó sal, pero en el acto lo apartó de sí enfadado, pues el *pirog* resultaba ahora excesivamente salado.

Sisoev estaba sentado a la mesa entre el inspector y Bruni, y después del primer plato, según costumbre establecida hacía largo tiempo, los brindis dieron comienzo.

—Considero un grato deber —empezó diciendo el inspector— dar las gracias a los protectores ausentes de la escuela, Danll Petrovich, y…, y…, y…

—E Iván Petrovich… —le apuntó Bruni.

—E Iván Petrovich Kulikin, ya que no escatiman medios para su sostenimiento… y propongo beber a su salud…

—¡Por mi parte —dijo Bruni, levantándose como si le pincharan— propongo un brindis a la salud de nuestro estimado inspector de escuelas, Pavel Gennadievich Nadarov!

Las sillas se movieron, sonrieron los rostros y empezó el acostumbrado chocar de copas. El tercer brindis correspondía a Sisoev. También esta vez se levantó y empezó a hablar.

Con semblante grave y después de toser empezó declarando que no tenía el don de la elocuencia y que hablaba sin preparación. A continuación dijo que durante los catorce años de su servicio había habido allí muchas intrigas, muchas zancadillas y hasta denuncias contra él, y que aunque conocía a sus enemigos y denunciantes, no quería nombrarles por no estropear a nadie el apetito. Sin embargo, y a pesar de aquellas intrigas, la escuela de los Kulikin ocupaba la primera categoría en toda la región, y no sólo en el sentido moral, sino también en el material.

—En todas partes —dijo— los maestros reciben un sueldo de doscientos a trescientos rublos, mientras que yo no sólo lo recibo de quinientos, sino que el piso en que habito ha sido arreglado y hasta amueblado por cuenta de la fábrica. Este año todas sus paredes fueron empapeladas de nuevo.

Después el maestro se refirió a la amplitud con que los alumnos (en comparación con los colegios regionales y los del Estado) disponían de material escolar. Todo esto, en opinión suya, no lo debía la escuela a los propietarios de la fábrica, que por residir en el extranjero ignorarían

seguramente la existencia de aquélla, sino a un hombre de alma rusa a pesar de su origen alemán y su fe luterana.

Sisoev estuvo hablando largo tiempo, con pausas y *florituras*, resultando su discurso ingrato y monótono. Insistía en sus insinuaciones sobre supuestos enemigos, hacía alusiones, repetía las frases, tosía y agitaba torpemente los dedos. Al fin, cansado, rompió a sudar y empezó a hablar despacio, interrumpiéndose, y como para sí mismo, poniendo al fin término a su discurso de este modo un tanto desordenado:

—¡Así, pues…, propongo beber a la salud de Bruni!… ¡Quiero decir…, de Adolf Andreich…, que aquí entre nosotros…, en general!… ¡Y ello se comprende!…

Cuando acabó, respiraron todos aliviados, como si alguien, rociando el aire con agua fría, hubiera refrescado la atmósfera sofocante. Bruni solamente no experimentaba, al parecer, desazón alguna. Resplandeciente y poniendo en blanco los ojos sentimentales, estrechó con gran efusión la mano a Sisoev y empezó de nuevo a hacer zalemas como un perro.

—¡Oh, cuánto se lo agradezco! —decía, llevándose la mano al corazón—. ¡Me siento tan feliz de verme comprendido por usted!… ¡Con toda el alma le deseo las mayores venturas! ¡Sólo he de hacerle observar que exagera mis méritos! ¡A quien la escuela debe su florecimiento es a usted…, mi estimadísimo amigo Fiodor Lukich!… ¡Sin usted ésta no se hubiera distinguido de las otras!… Tal vez piensa usted: «El alemán hace cumplidos. El alemán gasta finuras…». ¡Ja, ja, ja!… ¡No, alma mía…, Fiodor Lukich!… ¡Yo soy un hombre honrado que nunca hace cumplidos!… ¡Si le pagamos quinientos rublos al año es porque nos es usted preciso!… ¿No es así, señores?… ¡Estoy diciendo la verdad!… ¡A ningún otro hubiéramos pagado ese sueldo!… ¡Una buena escuela honra a una fábrica!

—Sinceramente he de confesar —dijo el inspector— que su escuela es, en efecto, extraordinaria… ¡No piensen que esto es incienso!… ¡En mi vida nunca tuve ocasión de encontrar una escuela igual!… ¡Durante los exámenes no salía de mi asombro!… ¡Qué maravilla de muchachos!… ¡Lo que saben! Contestan sin vacilar y tienen una compostura especial… No son asustadizos y sí sinceros, y se ve que le quieren, Fiodor Lukich… ¡Es usted pedagogo hasta la medula de los huesos!… Seguramente nació usted ya siéndolo. Tiene todas las condiciones precisas: vocación innata, experiencia de muchos años y amor al trabajo… Sencillamente asombrosos, si se tiene en cuenta lo delicado de su salud, con su energía, su conocimiento del trabajo y…, ¿usted me entiende?… su seguridad… ¡Alguien dijo con razón en el Consejo

pedagógico que era usted un poeta de su profesión!… ¡Eso, justamente!… ¡Un poeta!… ¡Un poeta!

Y los comensales, unánimemente, todos a una, se pusieron a hablar del extraordinario talento de Sisoev. Diríase que se habían abierto las compuertas de una presa; los discursos sinceros y entusiastas fluyeron; esos discursos que sólo pronuncia el hombre cuando se mantiene en una calculadora y cautelosa sobriedad. El discurso de Sisoev, su carácter insoportable, la expresión aviesa y desagradable de su rostro, estaban olvidados. Todos hablaban; hasta los tímidos y callados maestros de reciente nombramiento; esos pobres jóvenes apocados que llaman al inspector «señoría». Era evidente que Sisoev tenía gran relieve en su círculo. Acostumbrado, sin embargo, durante catorce años de servicio a los éxitos y las alabanzas, escuchaba indiferentemente el entusiasta retumbar de voces de sus admiradores. Era a Bruni a quien, en lugar de él, embriagaban las lisonjas. El alemán cogía al vuelo cada palabra, resplandecía, palmoteaba, se ruborizaba tímidamente, como si aquellas alabanzas le estuvieran destinadas a él y no a su maestro.

—¡Bravo, bravo! —gritaba—. ¡Exacto!… ¡Me adivinaron ustedes el pensamiento!… ¡Perfecto!

Luego miraba al maestro a los ojos, como deseando compartir su beatitud. Por último, no pudiendo contenerse por más tiempo, se levantó de un salto, y cubriendo todas las voces con la suya chillona de tenor, gritó:

—¡Señores!… ¡Permítanme que les hable!… ¡Tssss!… ¡En respuesta a cada una de sus palabras, sólo puedo decirles lo siguiente: la Administración de la fábrica no quedará deudora de Fiodor Lukich!…

Todos callaron. Sisoev alzó los ojos hacia el rostro sonrosado del alemán.

—¡Sabemos valorar los méritos —prosiguió Bruni poniendo cara seria y bajando la voz—, y en respuesta a cada una de sus palabras he de decirles que… la familia de Fiodor Lukich será asegurada, habiendo sido ya depositada para ello en el Banco la cantidad necesaria!…

Sisoev, perplejo, miró interrogativamente al alemán y a sus compañeros, preguntándose por qué era su familia la que iba a ser asegurada y no él… Y en ninguno de los rostros, en ninguna de las miradas inmóviles, fijas sobre él, leyó compasión ni esa falta de sentimiento de condolencia que pudiera resultarle insoportable, sino otra cosa…, algo semejante a una terrible verdad…, algo que en un instante llenó todo su cuerpo de frío y su alma de una inexplicable desesperación… Pálido y contorsionado el rostro, se levantó de repente de un salto y se cogió la cabeza entre ambas manos. Por espacio de un cuarto de minuto permaneció en esta actitud, mirando espantado y

fijamente ante sí, como si contemplara ya aquella muerte cercana a que había aludido Bruni. Luego, sentándose, rompió a llorar.

—¡Vaya, vaya!… ¿Qué le pasa?… —oía decir a voces inquietas—. ¡Agua! ¡Beba agua!…

Pasado algún tiempo, el maestro se tranquilizó, pero la animación anterior había abandonado ya a los comensales. La comida terminó en medio de un silencio sombrío y mucho antes que en años precedentes.

Cuando Sisoev volvió a su casa, lo primero que hizo fue mirarse al espejo.

«¡Naturalmente!… ¿Qué necesidad tenía de haber llorado allí?… —pensaba, contemplando sus ojos, sus profundas ojeras y sus mejillas hundidas—. ¡Mi color de cara es hoy mucho mejor que ayer!… ¡Lo que pasa es que tengo anemia y catarro intestinal!… ¡También la tos es intestinal!».

Tranquilizado con estos pensamientos, se desnudó lentamente, y después de invertir largo rato en cepillar el traje negro lo dobló cuidadosamente y lo encerró en el cajón de la cómoda.

Luego, acercándose a la mesa en la que se amontonaban los cuadernos de los alumnos, extrajo de ellos el de Babkin, se sentó y se sumergió en la contemplación de la bella escritura infantil…

Mientras repasaba el dictado de sus alumnos, en el aposento inmediato hallábase sentado el médico de la región diciendo en voz baja a la esposa que no se podía dejar asistir a una comida al hombre a quien sólo queda una semana de vida.

EN LA HACIENDA

PAVEL Ilich Raschevich, con suaves pisadas, paseaba sobre el suelo cubierto de tapices ucranianos, arrojando una estrecha y larga sombra sobre la pared y el techo, en tanto que su invitado Meyer, el juez pesquisidor, sentado sobre una pierna en la cama turca, fumaba escuchándole. El reloj señalaba ya las once, y de la habitación contigua se oía poner la mesa.

—¡Qué quiere usted!… —decía Raschevich—. ¡Desde el punto de vista de la igualdad y fraternidad, el porquero Mitka puede ser un hombre semejante a Goethe o a Federico el Grande; pero considerado desde el punto de vista científico, si tiene usted la valentía de contemplar los hechos cara a cara, le resultará evidente que la sangre azul no es un prejuicio ni una invención! La sangre azul, querido mío, tiene un fundamento histórico-natural, y negarla es, en opinión mía, tan absurdo como negar que un ciervo tiene cuernos. Es preciso tener en cuenta dos hechos. Usted, en su calidad de jurista, no ha buceado en otras ciencias aparte de las humanitarias, y puede, por tanto, albergar ilusiones sobre la igualdad, fraternidad, etcétera…, mientras que para mí, darwinista de los pies a la cabeza, las palabras *raza*, *aristocratismo* y *sangre noble* no son sonidos vacíos.

Rasevich estaba excitado y hablaba con sentimiento; le brillaban los ojos, el *pince-nez* no se le sostenía en la nariz, alzaba nervioso los hombros, guiñaba los ojos, y al pronunciar la palabra *darwinista* se miró valientemente en el espejo atusándose con ambas manos la barba canosa. Vestía una chaqueta muy corta y gastada y estrechos pantalones. Aquella movilidad y aquella maltrecha chaqueta se avenían mal con su figura y diríase que su cabeza, grande y noble, de cabello largo, que recordaba a la de un arcipreste o a la de un poeta famoso, se hallaba unida al tronco de un alto, delgado y amanerado adolescente. Cuando descansaba sobre sus piernas, anchamente abiertas, su larga sombra parecía la de unas tijeras.

En general, le agradaba hablar, y creía decir siempre algo nuevo y original. En presencia de Meyer sentía una extraordinaria animación, y sus pensamientos fluían vivamente. El juez pesquisidor le inspiraba, le resultaba

simpático por su juventud, salud, perfectas maneras y gravedad, pero sobre todo por el afectuoso trato que mantenía con él y con su familia. En general, los conocidos de Raschevich no le querían, rehuían su compañía, y él sabía que, a sus espaldas, le calificaban de *odioso* y de *sapo*, añadiendo que con su charla había matado a su mujer. Tan sólo Meyer, nuevo en el lugar, y cuya presencia pasaba todavía inadvertida, frecuentaba gustosamente su casa, y hasta solía decir en algún que otro sitio que Raschevich y sus hijas eran las únicas personas de la región en cuya casa se encontraba como en familia. Agradaba también a Raschevich porque era un joven que podía resultar un buen partido para Jenia, su hija mayor.

Ahora, recreándose en sus ideas y en el sonido de su voz, contemplaba complacido a Meyer, hombre de figura regularmente gruesa, bien peinado y correcto. Raschevich soñaba en casar a su Jenia con una persona cabal, con lo que todas las preocupaciones referentes a la hacienda pasarían al yerno. ¡Desdichadas preocupaciones!… Los intereses correspondientes a dos plazos no habían sido pagados al Banco y todas las demás cargas ascendían en total a más de dos mil rublos.

—Para mí no existe dudar —proseguía Raschevich, cada vez más inspirado— de que si un Ricardo Corazón de León o un Federico Barbarroja eran, supongamos, valientes y generosos…, dichas cualidades se transmitían a su hijo a través de las células del cerebro, y si por la educación y el ejercicio tales valentía y generosidad sobrevivían en el hijo, y éste a su vez se casaba con una princesa también generosa y valiente, las mencionadas cualidades se perpetuaban en el nieto, y así sucesivamente, hasta constituir una particularidad visible arraigada de una manera orgánica a la carne y a la sangre. Merced a una rigurosa elección sexual, merced a que las familias nobles se guardaban instintivamente de contraer matrimonios desiguales y de que los jóvenes nobles no tomaban por esposa a cualquier mujer, las altas cualidades morales pasaban de generación a generación, mantenidas en toda su pureza. Quedaban protegidas, haciéndose en el curso del tiempo más altas y perfectas.

Todo lo que la Humanidad contiene de bueno se lo debe precisamente a la Naturaleza, a una fundamentada ordenación histórico-natural que, cuidadosamente, en el curso de los siglos, mantuvo separada a la sangre azul de la roja… ¡Sí, amigo mío!… ¡Ningún patán, ningún hijo de cocinera, nos donó la literatura, el arte, el derecho, el concepto del honor y del deber!… ¡Todo esto lo debe la Humanidad exclusivamente a la sangre azul, y en tal sentido, según el punto de vista histórico-natural, la actuación de un mal

Sobakievich[194], sólo por su sangre azul, resulta más útil y elevada que la del mejor comerciante, aunque éste hubiera fundado quince museos! Y cuando yo a un patán o a un hijo de cocinera no tiendo la mano ni le siento a mi mesa, al hacerlo así defiendo lo mejor que hay en la vida y en la tierra, y cumplo uno de los altos designios de la madre Naturaleza, que nos conduce a la perfección…

Raschevich se detuvo y se atuso la barba con ambas manos, en tanto que su sombra, semejante a la de unas tijeras, se detenía también en la pared.

—Tomemos, por ejemplo, a nuestra madrecita Rusia —proseguía diciendo con las manos en los bolsillos y descansando tan pronto sobre los talones como sobre las puntas de los zapatos—. ¿Cuáles son sus mejores hombres? Nuestros primeros pintores, literatos, compositores…, ¿quiénes han sido?… ¡Todos, querido mío, fueron representantes de esa sangre azul! ¡Ni Puschkin, ni Gogol, ni Lermontov, ni Turguenev, ni Goncharov, ni Tolstoi, eran hijos de ningún sacristán!

—Goncharov era comerciante —dijo Meyer.

—Bien, ¿y qué?… Las excepciones sólo confirman la regla. ¡Aparte de que sobre la genialidad de Goncharov podría discutirse largamente! Pero dejemos a un lado los nombres y volvamos a los hechos. ¿Qué dice usted, señor mío, del siguiente hecho elocuente?: tan pronto como el patán se introduce allí donde antes no era admitido, en el gran mundo, en la ciencia, en la literatura, en los tribunales…, observe cómo es la propia Naturaleza la primera en defender los altos derechos humanos. Cómo es ella la primera en declarar la guerra a esa horda. En efecto, tan pronto como el patán tomó asiento en un trineo, comenzó su decadencia, empezó a degenerar hasta el punto de que en ninguna parte encontrará usted tantos neurasténicos, tantos lisiados psíquicos, tantos tuberculosos y demás, como entre esta gente. Mueren como las moscas en el otoño. A no ser por esta salvadora degeneración, de la generación actual no quedaría piedra sobre piedra… ¡Todo se lo habría zampado el patán!… ¿Y dígame? ¡Hágame ese favor!… ¿Qué nos ha reportado hasta ahora semejante invasión?… ¿Qué traía consigo el patán?…

Y Raschevich, poniendo una cara misteriosa y asustada, prosiguió:

—Jamás nuestra ciencia ni nuestra literatura han alcanzado tan bajo nivel como ahora… La gente de nuestros días, señor mío, no tiene ideas, ni ideales, y toda su actividad está impregnada de un único deseo: el de obtener las mayores ganancias y quitar a otro su última camisa. Todos estos hombres de ahora, que se presentan como honrados y de vanguardia, podría usted

comprarlos con un rublo, y el intelectual de nuestros días sólo se destaca por una particularidad: por la de que si habla usted con él tiene, mientras lo hace, que sujetarse el bolsillo lo más fuertemente posible para que no se lo quite —Raschevich guiñó un ojo y se echó a reír—. A fe mía que se lo quitaría —añadió alegremente con voz chillona—. Pues ¿y la moral?… ¿Cómo está la moral?… ¡Ahora no se asombra ya nadie cuando una esposa roba a su marido y le abandona!… ¡Esto se considera una bagatela!… Hoy en día, amigo mío, una chiquilla de doce años anda ya a la caza de admiradores, y todas esas funciones de aficionados y esas veladas literarias son ideadas únicamente para que resulte más fácil atrapar a un ricachón y ser entretenida por él. Las madres venden a sus hijas, y a los maridos, querido mío, se les puede preguntar en su cara y hasta discutírselo, el precio a que venden a sus mujeres…

Meyer, que hasta entonces había permanecido inmóvil en el diván, se levantó de pronto y miró la hora.

—Perdone, Pavel Ilich, pero ya es hora de que me vaya a casa.

Pero Pavel Ilich, que todavía no había terminado de hablar, abrazándole y obligándole a la fuerza a sentarse, juró que no le dejaría marcharse sin haber cenado.

Meyer, sentado otra vez, escuchaba, mirando a Raschevich, con perplejidad e inquietud, como si sólo entonces empezara a conocerle. Unas manchas rojas brotaban en su rostro, y cuando al fin entró la doncella, diciendo que las señoritas les rogaban pasaran a cenar, suspiró aliviado y fue el primero en abandonar el despacho.

En la habitación contigua y sentadas a la mesa, estaban las hijas de Raschevich, Jenia e Iraida, de veintitrés y veintidós años, respectivamente; ambas de ojos negros, muy pálidas y de la misma estatura. Jenia llevaba el cabello suelto, en tanto que Iraida recogía éste en un alto moño. Antes de sentarse a comer, y con aire del que bebe distraídamente por primera vez en su vida, ambas apuraron una copa de una bebida amarga, tras de lo que, azarándose, se echaron a reír.

—No hagáis travesuras, niñas —dijo Raschevich.

Jenia e Iraida hablaban francés entre sí y ruso con el padre y el invitado. Interrumpiéndose la una a la otra y mezclando el ruso con el francés, empezaron a contar que en años anteriores, exactamente en aquel día de agosto, solían salir para el pensionado y lo triste que esto les resultaba entonces. Ahora ya no había dónde marcharse y tenían que quedarse en la hacienda, sin ir a ninguna parte, y durante todo el verano y el invierno.

—¡Qué aburrimiento!

—No hagáis travesuras, niñas —repitió Raschevich.

Tenía gana de hablar, y si ante él hablaba otro, experimentaba un sentimiento parecido al de los celos

—Así es, querido mío… —empezó a decir de nuevo, mirando afectuosamente al juez pesquisidor—. Nosotros, bien sea por bondad o por temor de que se nos juzgue por atrasados, mantenemos un trato familiar con todo cuanto constituye un detritus… Hablamos de igualdad y fraternidad con los taberneros, pero si fuéramos a ahondar profundamente en la consideración de tal proceder, veríamos hasta qué punto nuestra bondad es criminal. Hacemos precisamente aquello que tiene a la civilización pendiente de un hilo. ¡Querido mío!… ¡Lo que a nuestros antepasados costó siglos alcanzar, si no hoy, mañana, será despreciado y deshecho por estos modernos hugonotes!…

Después de cenar, pasaron todos al salón. Jenia e Iraida encendieron las velas sobre el piano de cola y abrieron los libros de música; pero el padre seguía hablando sin que se supiera cuándo iba a terminar. Ambas, ya con tristeza y enojo, miraban a su padre egoísta, para el que, sin duda, el placer de charlar y brillar por la inteligencia era más precioso e importante que la felicidad de sus hijas. Sabían muy bien que si Meyer, el único joven que frecuentaba la casa, venía a ésta, era atraído por su grata compañía femenina; pero el incansable viejo, apoderándose de él, no le dejaba alejarse un paso.

—¡Del mismo modo que los caballeros del Oeste rechazaban los avances de los mongoles, igualmente nosotros, antes de que sea tarde, debemos unirnos y marchar todos, como un solo hombre, contra el enemigo! —proseguía Raschevich, en tono de predicador y alzando la mano derecha—. ¡Que vea en mí el patán, no a Pavel Ilich, sino a un fuerte y temible Ricardo Corazón de León!… ¡Basta de delicadezas con él!… ¡Basta! ¡Pongámonos de acuerdo y, apenas llegue a nuestra proximidad, arrojémosle a la cara estas palabras de desprecio!: «¡Fuera!… ¡Vaya cada mochuelo a su olivo!…». ¡En plena cara! —continuaba con gran entusiasmo Raschevich, señalando ante sí con un dedo extendido—. ¡En la cara! ¡En la cara!…

—Yo no puedo hacer eso —dijo Meyer volviendo el rostro.

—¿Por qué? —preguntó con viveza Raschevich, presintiendo una larga e interesante discusión.

—Porque soy uno de ellos —diciendo esto, Meyer enrojeció hasta el cuello, e incluso lágrimas brillaron en sus ojos—. ¡Mi padre era un simple

trabajador —añadió con un acento duro y cortante—, en lo que no veo ningún mal!

Desconcertado y azarándose terriblemente por haber sido cogido *in fraganti*, Raschevich miraba aturdido a Meyer sin saber qué decir.

Jenia e Iraida se ruborizaron e inclinaron sus cabezas sobre los libros de música. La falta de tacto de su padre, les avergonzaba. Un minuto transcurrió en silencio y el grado de violencia se hacía ya insoportable, cuando de repente, de modo enfermizo e inadecuado, resonaron en el aire las siguientes palabras:

—¡Sí…; soy uno de ellos y me enorgullezco de serlo!

Luego, Meyer, torpemente, tropezando con los muebles, se despidió y salió apresurado a la antesala, aunque los caballos no estaban todavía preparados.

—La noche está muy oscura para viajar… —balbucía Raschevich, que marchaba tras él—. Ahora la luna sale tarde…

Ambos esperaron en la oscuridad del pórtico a que trajeran los caballos. El aire era fresco.

—Ha caído una estrella —dijo Meyer, envolviéndose más fuerte en el abrigo.

—En agosto caen muchas.

Cuando estuvieron dispuestos los caballos, Raschevich, mirando atentamente al cielo, dijo:

—¡Es un fenómeno digno de la pluma de Flammarión!…

Tras despedir al invitado, paseó por el jardín, gesticulando en la oscuridad, sin querer creer que acabara de surgir tan terrible y necia *mala inteligencia*. Se sentía avergonzado y enojado consigo mismo. En primer lugar, el suscitar aquella maldita conversación sobre la sangre azul, sin saber con quién estaba tratando, suponía por su parte una excesiva falta de precaución y de tacto. Ya en otra ocasión le había pasado algo semejante: encontrándose un día en un vagón del tren, había empezado a censurar a los alemanes, dándose cuenta después de que sus interlocutores eran alemanes. En segundo lugar, presentía que Meyer no volvería más a su casa. Los intelectuales de origen pueblerino tienen un amor propio enfermizo, son astutos y recuerdan el mal que se les hace.

—¡Qué fastidio!… ¡Qué fastidio!… —balbucía Raschevich. Se sentía violento y asqueado, como si hubiera comido jabón—. ¡Aj…, qué fastidio!

Por la ventana que daba al jardín podía verse cómo Jenia, junto al piano de cola, con el pelo suelto y muy pálida y asustada, hablaba muy de prisa…

Iraida paseaba pensativa por la habitación, pero he aquí que también ella se ponía a hablar de prisa, con rostro indignado. Hablaban las dos a la vez. Aunque no oía ni una palabra. Raschevich adivinaba lo que estaban diciendo. Con seguridad, Jenia se lamentaba de que las charlas del padre hubieran ahuyentado de la casa a todas las personas distinguidas y de que hoy les hubiera quitado el único conocido y quizá probable novio, en tanto que ahora no quedaba al pobre muchacho en toda la región un lugar donde poder descansar espiritualmente. A juzgar por la desesperación con que alzaba las manos, Iradia hablaba, sin duda, del tema de la vida aburrida y de la juventud deshecha…

De vuelta en su habitación, Raschevich se sentó en la cama y empezó a desnudarse lentamente. Su ánimo estaba deprimido y la sensación de haber comido jabón seguía molestándole. Sentía vergüenza. Cuando, una vez desnudo, miró sus largas piernas de viejo, llenas de tendones, recordó que en la región le llamaban *sapo* y que de todas aquellas largas charlas salía avergonzado. De modo fatal, entablaba conversación con un acento blando y afectuoso, lleno de buena intención, calificándose a sí mismo de *viejo estudiante*, de *idealista* y de *Don Quijote*; pero luego, poco a poco, sin darse cuenta, pasaba al tono insultante, a la calumnia, siendo lo más asombroso de todo la sinceridad completa con que atacaba a la ciencia, al arte y a las costumbres, aunque, como ya hacía muchos años que no había leído ni un libro, ni ido más allá de una ciudad regional, no sabía en realidad lo que pasaba en el mundo. Apenas se sentaba a escribir algo, aunque sólo fuera una carta de felicitación, el tono insultante surgía en la carta; cosa singular, pues, en el fondo, era hombre sensible y fácil a las lágrimas. ¡Tal vez habitaba dentro de él una fuerza maligna que le hacía aborrecer y calumniar contra su voluntad!

—¡Qué fastidio!… —suspiraba bajo la manta—. ¡Qué fastidio!…

Tampoco las hijas durmieron. De pronto, se oyó una risa y un grito, como si estuvieran persiguiendo a alguien. Era Jenia que sufría un ataque histérico. Poco después Iraida estallaba en sollozos. Por el pasillo, descalza, pasó corriendo varias veces la doncella.

—¡Qué historia, Dios mío!… —balbucía Raschevich, suspirando y volviéndose para un lado y para otro—. ¡Qué fastidio!

Durante el sueño le angustió una pesadilla. Soñaba que se veía a sí mismo en medio de la habitación, desnudo y alto como una jirafa, señalando ante sí con el dedo extendido y diciendo: «¡En la cara! ¡En la cara!».

Se despertó asustado, acudiéndole a la memoria, primeramente, la *mala inteligencia* de la víspera y la idea de que Meyer no volvería más. Recordó también que había que pagar los intereses al Banco, que casar a las hijas, que comer y que beber. Y, sobre todo ello, la vejez, los disgustos… Pronto llegaría el invierno y no tenían leña…

Hacía rato que habían dado las nueve. Raschevich se vistió lentamente, bebió su té y se comió dos grandes rebanadas de pan con mantequilla. Las hijas no se presentaron a tomar el té. No querían encontrarse con él, cosa que le ofendía. Después de permanecer un rato tumbado en el diván del despacho, empezó a escribir una carta a sus hijas. La mano le temblaba y los ojos le escocían. Les escribía que ya estaba viejo, que nadie tenía necesidad de él, que nadie le amaba, y les pedía que le olvidaran y que cuando se muriera le enterraran en el ataúd más sencillo, sin ceremonias, y enviaran su cadáver a la sala de anatomía de Jarkov. Sentía que cada uno de aquellos renglones respiraba maldad y comedia, pero sin poder ya contenerse, seguía escribiendo…

—¡Sapo! —oyó decir de repente en la habitación contigua.

Era la voz de su hija la mayor. Una voz silbante e indignada.

—¡Sapo!

—¡Sapo! —repitió, como un eco, la menor—. ¡Sapo!

ESTUDIANTE

PRIMERO, el tiempo estuvo hermoso y tranquilo.

Los mirlos dejaban oír su grito, y de la vecindad, de los pantanos, llegaba el sonido quejumbroso de algo vivo, como si estuvieran soplando dentro de una botella vacía. Un tiro que perseguía a una chocha resonó con alegre retumbar en el aire primaveral; pero cuando el bosque oscureció, soplando de él un viento frío y penetrante, todo quedó silencioso. Los charcas se cubrieron de ligeras aristas de hielo y el bosque adquirió un aspecto inclemente, solitario y recóndito. Olía a invierno.

Iván Velikopolskii, hijo de un sacristán y estudiante del Colegio Eclesiástico, volviendo de caza, se dirigía a su casa por un sendero que corría a través de los prados. Tenía los dedos entumecidos de frío y el viento hacía arder su rostro. Parecíale que este frío, surgido de improviso, venía a interrumpir el orden y la armonía de las cosas, que la misma Naturaleza sentía miedo y que por ello, el crespúsculo vespertino había aumentado su densidad con mayor rapidez de la debida. Cuanto le rodeaba aparecía singular y sombrío. Tan sólo en la huerta de las viudas, junto al río, brillaba una luz, y en torno suyo, hasta la aldea situada a unas cuatro *verstas*, todo estaba sumergido en la oscuridad de la noche. El estudiante recordó que al salir de casa había dejado a su madre descalza y sentada en el suelo del zaguán, limpiando el *samovar*, y a su padre, tosiendo sobre la yacija. Por ser Viernes Santo, en su casa no se había hecho comida y el hambre atormentaba. Ahora, encogido de frío, el estudiante pensaba en que el mismo viento soplaría en los tiempos de Riurik, de Iván el Terrible y de Pedro el Grande…; en que igual, tremenda pobreza y hambre existirían entonces; en que habría también techos de paja con agujeros y la misma ignorancia y tristeza, el mismo desierto en torno y la misma oscuridad y sentimiento de opresión… Todos estas terribles cosas habían sido, eran y seguirían siendo, y, aun cuando pasaran dos mil años, la vida no sería mejor…

Volvía sin gana a casa.

La «huerta de las viudas» era así llamada por ser dos viudas las que cuidaban de ella, una madre y una hija. Entre chasquidos y chisporroteos e iluminando a su alrededor la tierra arada, ardía vivamente una hoguera… La viuda Vasilisa, viuda gordiflona, de alta estatura y vestida de un *poluschubok*, en pie, a su lado, fijaba en el fuego la mirada pensativa. Su hija Lukeria, mujer bajita, de rostro abobado, picado de viruelas, sentada en el suelo, lavaba el puchero y las cucharas. Acababan seguramente de cenar. Se oyeron voces masculinas. Las de los mozos del lugar llevando a beber al río a los caballos.

—¿Qué hay?… ¿Conque ha vuelto ya el invierno? —dijo el estudiante, acercándose a la hoguera—. ¡Buenas noches!

Vasilisa se estremeció, pero reconociéndole en el acto, sonrió afablemente.

—¡No me había dado cuenta de que eras tú!… ¡Dios mío!… ¡Eso es que vas a ser rico![195]. Entablóse la conversación. Vasilisa, que había sido en tiempos nodriza y después aya en casa de los señores, sabía expresarse con finura y su rostro mostraba siempre una dulce y grave sonrisa. Su hija Lukeria, campesina sojuzgada por el marido, se limitaba a mirar al estudiante con una expresión extraña, semejante a la de los sordomudos, y guardaba silencio.

—En una noche tan fría como ésta exactamente, se calentaba a la hoguera el apóstol Pedro —dijo el estudiante, tendiendo las manos hacia el fuego—. Eso quiere decir que también entonces hacía frío… ¡Oh, qué noche más terrible debió ser aquélla, abuela!… ¡Una noche triste y larga hasta el último extremo!…

Mirando a la oscuridad que le rodeaba, sacudió convulsivamente la cabeza y preguntó:

—¿Irías seguramente a la iglesia a oír las doce partes del Evangelio?

—Sí que fui —contestó Vasilisa.

—Pues ya te acordarás de que durante la Sagrada Cena, Pedro dijo a Jesús: «Aparejado estoy para ir contigo a la cárcel y aun a la muerte». Y el Señor contestó: «Te digo, Pedro, que no acabará de cantar hoy el gallo, sin que tres veces hayas negado qué me conoces…». Después de la Sagrada Cena oró en el jardín, sufriendo tormentos de muerte, mientras al pobre Pedro, cansado de cuerpo y alma, le pesaban tanto los párpados, que no podía vencer el sueño. Se durmió. Luego…, ¿ya lo oiríais?…, aquella noche Judas besó a Jesús y lo entregó a sus verdugos. Le llevaron atado ante el Sumo Pontífice y le azotaron, mientras Pedro, sin fuerzas, martirizado por la tristeza y la

inquietud, falto de sueño y presintiendo que en la tierra iba a ocurrir algo terrible, le seguía… Amaba a Jesús apasionadamente, hasta el olvido de sí mismo, y ahora, desde lejos, veía cómo le pegaban…

Las manos de Lukeria soltaron las cucharas y su mirada inmóvil se clavó en el estudiante.

—Fueron a casa del pontífice —prosiguió él— y empezaron a interrogar a Jesús, mientras los criados, porque hacía frío, encendían una hoguera en el centro del patio y se acercaban a calentarse. A su lado estaba también Pedro, calentándose como yo ahora. Una de las mujeres, al verle, dijo: «También éste estaba con él», lo que quería decir: «También a éste hay que llevarle al interrogatorio…». Y todos cuantos se hallaban junto a la hoguera le miraron, sin duda, de una manera severa, llena de sospecha, y él, azarándose, dijo: «No le conozco». Un poco después, otro, reconociendo en él a uno de los discípulos de Jesús, dijo: «Sí, tú también eras de aquéllos», pero él de nuevo lo negó. Y por tercera vez alguien le dijo: «Pues qué, ¿no te vi yo en el huerto con él?…». Y él negó por tercera vez, e inmediatamente cantó el gallo… Y Pedro, mirando desde lejos a Jesús, recordó las palabras que éste le había dicho durante la cena, y saliendo al patio lloró amargamente… El Evangelio dice así: «Y habiendo salido afuera, lloró amargamente». De este modo me imagino yo la escena…: un jardín oscuro y quieto, en cuyo silencio apenas se oyen los sollozos desgarradores…

El estudiante suspiró y quedó pensativo. Vasilisa, que seguía sonriendo, dejó escapar de pronto un repentino sollozo, mientras por sus mejillas resbalaban gruesas y abundantes lágrimas. Como avergonzada de ellas, interpuso su manga entre su rostro y el fuego, en tanto que Lukeria, fija la mirada en el estudiante, enrojecía con la expresión grave e intensa del que reprime un fuerte dolor.

Volvían los mozos del río, y uno de ellos, montado a caballo, estaba ya tan cerca, que la luz de la hoguera temblaba ante él. Tras de dar las buenas noches a las viudas, el estudiante reanudó su camino.

De nuevo le envolvió la oscuridad, de nuevo empezaron sus manos a entumecerse, soplaba un viento sutil y parecía, en efecto, que volvía el invierno y no que, pasado el día siguiente, fuera a ser Pascua.

El estudiante meditaba sobre Vasilisa: «Si se echó a llorar…, ello significa que cuanto ocurrió a Pedro aquella terrible noche guarda cierta relación con ella…».

Volvió atrás la cabeza; el fuego solitario despedía sus llamas en la oscuridad, y a su lado no se veía ya a nadie. El estudiante pensó otra vez en

que si Vasilisa se había echado a llorar y su hija se había turbado, era evidentemente porque lo que él estaba contando, ocurrido hacía diecinueve siglos, estaba relacionado con el presente… Con ambas mujeres, con la desierta aldea, con él mismo, y seguramente con todos los hombres… Si la vieja se había echado a llorar no era porque el relato de él estuviera hecho de una manera conmovedora, sino porque Pedro le era algo cercano y porque cuanto pasó en el alma de éste despertaba el interés de todo su ser.

Y una súbita alegría, agitando su alma, le hizo detenerse para cobrar aliento.

«El pasado y el presente —pensaba— están ligados entre sí por una cadena ininterrumpida de acontecimientos, resultados los unos de los otros…».

Y parecíale que acababa de ver los dos extremos de esa cadena. Tocado uno de ellos, temblaba en seguida el otro…

Cuando luego, mientras atravesaba el río en una balsa, y después, ascendiendo por la montaña, miraba a la aldea y a la estrecha franja con que en el poniente brillaba una fría aurora carmesí, pensaba en que la verdad y la belleza que allí, en aquel jardín y en el patio del Sumo Pontífice, dirigieron la vida humana, habían perdurado hasta el día de hoy y habrían de constituir siempre, indudablemente, lo más importante sobre la tierra para los humanos.

Un sentimiento de juventud, de salud, de fuerza (sólo contaba veintidós años), de una dulzura inexpresable ante la espera de una dicha desconocida, de una dicha misteriosa…, comenzó a invadirle lentamente, antojándosele la vida maravillosa, encantadora, impregnada de un alto sentido.

SUEÑO

Es de noche. La niñera Varka[196], muchachuela de unos trece años, mece la cuna en la que está echado un niño y canturria con voz apenas perceptible:

A la nanita nana…
Te cantaré una canción…

Una lamparita verde arde ante la imagen, y, atravesando la habitación de un extremo a otro, hay tendida una cuerda de la que cuelgan pañales y unos grandes pantalones de color negro. La lamparita lanza al techo una gran mancha verde, mientras los pañales y los pantalones proyectan largas sombras sobre la estufa, sobre la cuna y sobre Varka… Cuando la llama de la lamparita empieza a oscilar, la mancha y las sombras, avivándose, se mecen como si el viento las moviera. La atmósfera es sofocante. Huele a *schi* y a material de zapatería.

El niño llora. Hace tiempo que el llanto le tiene ronco y sin fuerzas, a pesar de lo cual sigue gritando sin que se sepa cuándo habrá de cesar. Varka siente sueño; los ojos se le pegan, diríase que le tiran de la cabeza y le duele el cuello. No puede mover los párpados ni los labios, y le parece sentir el rostro seco y petrificado y la cabeza tan pequeña como la de un alfiler…

«A la nanita, nana…», canturria.

Detrás de la estufa canta el grillo, y en la habitación contigua ronca el oficial de zapatería Afanasii, el amo… La cuna chirría quejumbrosamente, y todo se funde formando esa música nocturna y adormecedora que tan dulce es escuchar cuando se acuesta uno en una cama. Esta música ahora, sin embargo, sólo excita y deprime, puesto que trae consigo un sopor y no se puede dormir, ya que si Varka, lo que Dios no quiera, se durmiera, los amos le pegarían.

La mancha verde y las sombras se ponen en movimiento, y penetrando en los entreabiertos e inmóviles ojos de Varka, se convierten en su medio

dormido cerebro, en nebulosos ensueños. Ve nubes oscuras persiguiéndose unas a otras en el cielo y gritando como el niño. Pero he aquí que sopla el viento, y las nubes desaparecen, y Varka ve una ancha calzada cubierta de barro líquido. Por la calzada avanza una fila de carros, se arrastran gentes con sacos a la espalda y hacia atrás y hacia adelante vuelan sombras. Por ambos lados, y a través de una fría y espesa niebla, se divisan bosques. De repente, las gentes con los sacos y las sombras se tiran al suelo sobre el barro líquido.

—¿Para qué hacéis eso? —pregunta Varka.

—¡Dormir! ¡Dormir! —le contestan.

Y quedan profunda y dulcemente dormidas.

Sobre los hilos telegráficos hay posados cuervos y urracas, que, gritando como el niño, se esfuerzan en despertarlas.

—¡A la nanita, nana!… Te cantaré una canción… —canturria Varka, que se ve ahora en una oscura *isba*, en la que reina un ambiente sofocante.

En el suelo se revuelve su difunto padre Efim Stepanov. No puede verle, pero si le oye revolcarse de dolor entre gemidos. Dice que tiene una hernia. El dolor que padece es tan fuerte que no puede articular palabra, limitándose a aspirar aire y a emitir entre dientes un a modo de redoble de tambor: «Bu, bu, bu…».

La madre, Pelagueia, ha ido corriendo a la hacienda a decir a los señores que Efim se está muriendo. Ya hace mucho tiempo que se ha marchado y es hora de que vuelva. Varka, echada sobre la yacija, está despierta y presta oído al «Bu, bu, bu» de su padre. He aquí que por fin se oye a alguien acercarse a la *isba*. Es el joven médico de la ciudad que está de huésped en casa de los señores y que éstos envían.

El médico entra en la isba. La oscuridad no permite verle, pero se le oye toser y cerrar la puerta.

—Traiga luz —dice.

—Bu, bu, bu… —contesta Efim.

Pelagueia corre hacia la estufa y empieza a buscar las cerillas. Hay un minuto de silencio. El doctor, después de rebuscarse en los bolsillos, enciende una de las suyas.

—Ahora mismo, padrecito, ahora mismo —dice Pelagueia, que abandona corriendo la *isba* para volver poco después con un cabito de vela.

Las mejillas de Efim están color de rosa; los ojos le brillan, y su mirada tiene una singular agudeza, como si estuviera viendo a través de la *isba* y del doctor.

—¡Vaya, vaya con lo que has tramado!… —dice el doctor, inclinándose sobre él—. ¿Hace mucho que tienes esto?

—¿Cómo dice?… ¡Ya es hora de morir, señoría!… ¡No saldré de ésta!

—No digas tonterías. Te curaremos.

—Eso como usted quiera, señoría… Se lo agradezco mucho, pero entiendo que…, que si la muerte ha venido…, no hay nada que hacer.

El doctor invierte cerca de un cuarto de hora en reconocer a Efim; luego se levanta y dice:

—¡Yo no puedo hacer nada!… Es necesario que vayas a la clínica. Allí se te hará una operación. Vete en seguida. ¡Ve sin falta!… Es un poco tarde, porque en la clínica estarán todos durmiendo, pero no importa. Yo te daré una notita. ¿Oyes?…

—¿Pero en qué va a ir, padrecito, si no tenemos caballo? —dice Pelagueia.

—No importa. Yo se lo diré a los señores y le darán uno.

El doctor sale, la vela se apaga y otra vez vuelve a oírse: «Bu, bu, bu…». Media hora después, aproximadamente, algo se acerca a la Isba. Es el cochecito que envían los señores para llevar a la clínica a Efim. Éste recoge sus cosas y se marcha…

Pero he aquí que amanece con una hermosa y clara mañana. Pelagueia no está en casa; se fue a la clínica para ver qué tal anda Efim. En alguna parte llora un niño y Varka oye cantar a alguien con su propia voz:

—A la nanita, nana… Te cantaré una canción…

Pelagueia vuelve, y, tras santiguarse, murmura:

—¡Se la redujeron por la noche y por la mañana entregó el alma a Dios!… ¡Descanse en paz!… ¡Dicen que era demasiado tarde…, que había que habérselo hecho antes!…

Varka se va al bosque a llorar, pero, de repente, alguien la pega en la nuca con tal fuerza que su frente choca con el tronco de un abedul. Alzando los ojos ve ante sí al zapatero.

—¿Qué haces, asquerosa? —dice—. ¡La criatura está llorando y tú te duermes!

Le tira de una oreja, lastimándola, y ella sacude la cabeza, menea la cuna y comienza a canturriar su canción. La mancha verde, las sombras de los pantalones y de los pañuelos se agitan, y haciéndole guiños vuelven pronto a apoderarse de su cerebro. Otra vez ve la calzada cubierta de barro líquido. Las gentes con los sacos a la espalda y las sombras se han tumbado en el suelo y duermen profundamente. Mirándolas, Varka siente un deseo apasionado de

dormir. También ella se tumbaría allí con deleite; pero Palagueia, su madre, acercándosela, le mete prisa. Ambas se dirigen apresuradas a la ciudad con el fin de buscar una colocación.

—¡Por el amor de Dios! —pide la madre a cuantos le salen al paso—. ¡Hágame la merced, en nombre de Dios!…

—¡Trae aquí al niño! —le contesta una voz familiar—. ¡Trae aquí al niño! —repite la misma voz, pero esta vez con enfado e irritación—. ¿Duermes, bribona?…

Varka se levanta de un salto, y después de mirar alrededor comprende lo que pasa. Allí no hay ninguna calzada, ni está Felagueia, ni les sale nadie al paso… En el centro de la habitación está solamente el ama, venida para amamantar a su criatura. Mientras el ama, mujer gorda y ancha de espaldas, alimenta y apacigua al niño, Varka, en pie, espera a que termine. Al otro lado de las ventanas el aire va adquiriendo un tinte azulado y las sombras y la mancha verde detenida en el techo palidecen visiblemente. Pronto llegará la mañana.

—¡Toma! —dice el ama, abrochándose los botones de la camisa—. ¡Sigue llorando!… ¡Eso es que le han echado mal de ojo!

Varka coge al niño, le mete otra vez en la cuna y comienza de nuevo a mecerle. La mancha verde y las sombras se esfuman poco a poco, no quedando ya allí nada que pueda meterse en la cabeza y embrumar el cerebro. ¡Pero, sin embargo, se tienen tantas ganas de dormir como antes!… ¡Unas ganas terribles!… Varka apoya la cabeza sobre el borde de la cama y menea a ésta con todo el cuerpo para vencer el sueño, pero no obstante los ojos se le quedan pegados y la cabeza le pesa.

—¡Varka! ¡Enciende la lumbre! —dice al otro lado de la puerta la voz del amo.

Esto quiere decir que ya es hora de levantarse y de empezar a trabajar. Varka deja la cuna y corre al cobertizo para buscar leña. Va muy contenta. Cuando se corre o se anda, no se tienen tantas ganas de dormir como cuando se está sentada. Después de traer la leña enciende la lumbre y siente cómo su rostro petrificado recobra el movimiento y cómo sus pensamientos se aclaran.

—¡Varka! ¡Pon el *samovar*! —grita el ama.

Varka hace astillas, y apenas ha tenido tiempo de prenderles fuego y de introducirlas en el *samovar*, cuando escucha ya una nueva orden:

—¡Varka! ¡Limpia los chanclos del amo! Sentada en el suelo, limpia los chanclos y piensa en lo bueno que sería meter la cabeza en un chanclo muy grande y profundo y dormitar un poco dentro de él. Y, de repente, el chanclo

crece, se infla, llegando a llenar toda la habitación. Varka deja el cepillo, sacude en el acto la cabeza y se esfuerza en mirar de manera que los objetos no crezcan ni se muevan ante ella.

—¡Varka! ¡Friega la escalera por la parte de afuera!… ¡Le da a una vergüenza que la vean los clientes!

Varka friega la escalera y arregla las habitaciones. Luego enciende otra estufa y corre a la tienda. El trabajo es mucho. No deja minuto libre…

Pero nada hay más penoso que el tener que estarse en pie, ante la mesa de la cocina, pelando patatas. Algo atrae su cabeza hacia la mesa. La patata se vuelve borrosa ante sus ojos, y el cuchillo se le desprende de las manos, mientras el ama gorda, que se mueve a su lado con las mangas remangadas, enfadándose, habla tan fuerte que los oídos retumban.

También es una tortura servir la comida, lavar la ropa, coser… Hay minutos en los que no se tienen ganas de mirar a nadie y sólo quiere uno desplomarse al suelo y dormir.

Pasa el día. Al ver oscurecer el cielo tras las ventanas, Varka se aprieta las sienes, que empiezan a petrificársele, y sonríe sin saber por qué. La oscuridad de la noche acaricia sus ojos, que se pegan, como prometiéndole un pronto y profundo sueño. Por la noche los amos tienen visitas.

—¡Varka! ¡Prepara el *samovar*! —grita el ama.

El *samovar* de los amos es pequeño, y para que los invitados beban té a su satisfacción hay que recalentarlo unas cinco veces. Después del té, Varka pasa una hora entera en pie en un mismo sitio, mirando a las visitas y esperando órdenes.

—¡Varka! ¡Corre a comprar tres botellas de cerveza!

Varka sale disparada, esforzándose en correr lo más de prisa posible para ahuyentar el sueño.

—¡Varka! ¡Corre a por vodka!… ¡Varka! ¿Dónde está el sacacorchos?… ¡Varka! ¡Limpia el arenque!

He aquí que por fin las visitas se van, que las luces se apagan y los amos se retiran a dormir.

—¡Varka! ¡Acuna al niño! —dice una última orden.

Detrás de la estufa canta el grillo, la mancha verde sobre el techo y las sombras de los pantalones y de los pañales vuelven a penetrar en los ojos entreabiertos de Varka, haciéndole guiños y embrumando su cabeza.

—A la nanita… —canturria—. Te cantaré…

El niño se pone a gritar y sus gritos le dejan sin fuerza. Varka ve otra vez la sucia calzada, las gentes con los sacos. Pelagueia, Eflm, su padre… Todo lo

comprende, todo lo reconoce, pero lo que no puede, en su medio sueño, entender de ninguna manera es cuál es la fuerza que encadena sus manos y sus pies, oprimiéndola y perturbando su vida… Gira una mirada a su alrededor, tratando de buscar aquella fuerza para librarse de ella, pero no la encuentra. Por último, torturada, tensas su vista y todas sus fuerzas, fija los ojos en el techo, sobre la oscilante mancha verde, y prestando oído a aquellos gritos, descubre de pronto cuál es el enemigo que perturba su vida: el enemigo es el niño.

Ríe. Le parece asombroso. ¿Cómo no pudo comprender antes tontería semejante?… La mancha verde, las sombras, el grillo, parecen también reírse y asombrarse.

Un concepto falso se apodera de Varka, que se levanta del taburete y, sonriendo ampliamente, con ojos que parpadean, pasea por la habitación.

La idea solamente de que va ahora a librarse del niño que encadena sus manos y sus pies le produce un bienestar…, un cosquilleo… ¡Sí! ¡Matar al niño, y luego dormir, dormir…, dormir!

Riendo, guiñando un ojo y amenazando con el dedo a la mancha verde, Varka se acerca sigilosamente a la cuna y se inclina sobre el niño. Después de estrangularlo se tumba de prisa en el suelo, ríe de alegría al pensar que va a poder dormirse y, transcurrido un minuto, duerme con el sueño profundo de un muerto.

FIN DE LOS
«CUENTOS COMPLETOS
DE
ANTÓN CHEJOV»

ÍNDICE ALFABÉTICO DE LAS PALABRAS RUSAS QUE APARECEN EN ESTE TOMO

Acroschka, —Plato parecido al gazpacho.
Azulito. —Billete de cinco rublos.

Baba. —Nombre dado a las campesinas rusas.
Babki. —Juego de niños.
Barin. —Señor.
Baschlik. —Entre capucha y bufanda.
Blini. —Especie de tortitas, plato típico de carnaval.
Borsch. —Sopa de remolacha.
Bubliki. —Bollos en forma de rosquillas.

Charovari. —Pantalones campesinos.
Chertiaka. —Diminutivo de diablo.
Chervonetz. —Moneda de oro.
Chort. —Diablo.
Chresvichaino. —Excesivamente.

Dacha. —Lugar de veraneo.
Duschechka. —Término cariñoso que significa «almita».
Dvorniki. —Portero encargado de las escaleras interiores.

Ektenia. —Parte de la misa.

Gnedo.— Caballo bayo.
Golavl. —Pez de río de Rusia.
Griadnik. —Empleado subalterno de Policía.
Grischa. —Diminutivo de Gregorio.
Grivennik. —Diez *kopekas*.
Grosch. —Media *kopeka*.

Ikonostas. —Lugar donde están reunidos varios iconos.
Isba. —Casa de campesinos.
Ispravnik. —Jefe de Policía.
Isvoschik. —Coche de alquiler.

Jerebchikov. —Derivado de potro.
Jerebiatnikov. —Derivado de potro.
Jeribkin. —Derivado de caballo.
Jerebzoz. —Potro.
Jeruvimskaia. —Agnus Dei.
Jlieb.— Pan.
Jutov. —Especie de granuja.

Karas. —Pez de Rusia.
Kascha. —Papilla espesa de cereales.
Katov. —Pista de patinaje.
Kibitka. —Coche cerrado.
Kisteñ. —Correa rematada por una bola de hierro.
Kobélev. —Derivado de perro.
Kobilin. —Yegua.
Kobilitnikov. —Derivado de yegua.
Kobilitzen. —Derivado de yegua.
Kopek. —Moneda rusa.
Kopitin. —Derivado de pezuña.
Korennoi. —Derivado de caballo.
Kotleti. —Especie de filete ruso.
Kronschenepp. —Ave de caza.
Kulebiaca. —Especie de empanada.
Kupalnia. —Porción acotada del río destinada al baño.
Kutia. —Plato que se come después de celebrar oficios por los difuntos.
Kutzil. —Animal de cola corta.
Kvas. —Bebida típica rusa sin alcohol.

Lapti. —Especie de zapatillas trenzadas con corteza de abedul.
Leschü. —Espíritu del bosque.
Liaji. —Polacos.
Loschadken. —Derivado de caballo.
Loschakov. —Derivado de caballo.

Luchimuschke. —Canción popular rusa.
Luchsche. —Mejor.

Nalim. —Lota.
Nalivka. —Licor casero hecho de guindas.
Niania. —Ama seca.
Niañka. —Ama seca.

Okroschka. —Especie de gazpacho.
Orlichka. —Pájaro de campo.
Ovsov. —Derivado de avena.

Pertzovka. —Vodka con pimienta.
Pirog. —Pastel parecido a la empanada.
Pirojki. —Especie de empanada.
Poluschubok. —Pelliza corta.
Prianiki. —Figuritas de pasta dulce.
Pristiagkin. —Derivado de caballo.
Prostokvacha. —Especie de cuajada.
Pud. —Medida equivalente a sesenta libras.

Rassolnik.— Sopa.

Salop. —Especie de pelliza de mujer.
Satarosta. —Especie de mayordomo.
Schi. —Sopa de coles.
Schilispei. —Peces de río.
Schioti. —Ábaco.
Schinka. —Soyo.
Schlem. —Término de Juego.
Selianka. —Manjar ruso.
Sermiaga. —Prenda campesina.
Skipper. —Capitán de barco mercante.
Stanovoy. —Comisarlo de Policía del distrito.
Starosta. —Jefe de aldea.
Staroverka. —Miembro de una secta religiosa.

Tabunov. —Derivado de rebaño.
Troikin. —Derivado de troika.
Tulup. —Abrigo corto de campesina, hecho de piel de cordero.

Usdechkin. —Derivado de bocado.

Valenkü. —Botas altas de fieltro grueso.
Vañka. —Diminutivo de Iván.
Verbi. —Ramaje que se reparte en la iglesia rusa la víspera del Domingo de Ramos.
Verstas. —Poco más de un kilómetro.
Vinigret. —Ensalada rusa.
Vint. —Juego de naipes.
Volshoezemstvo. —Institución gubernamental sobre las provincias.

Wint.—Juego de naipes.

Zapoi. —Borrachera persistente.

ANTÓN CHÉJOV (Tangarog, 1860 Badenweiler, 1904) es por derecho propio uno de los grandes clásicos de la literatura universal. Médico de profesión, comenzó a publicar sus primeros relatos en 1880 (bajo el seudónimo de Antosha Chejonté, entre otros). Recopilados, mientras aún vivía, en volúmenes como *Cuentos abigarrados* o *En el crepúsculo*, sus relatos están entre los más importantes del género. En 1887 escribe *Ivánov*, su primera pieza teatral y el comienzo de su carrera como dramaturgo, con obras tan importantes como *Las tres hermanas*, *La gaviota* o *Tío Vania*. Enfermo durante años y tras recorrer varios sanatorios, muere en Alemania a consecuencia de la tuberculosis.

Notas

[1] Condecoración. <<

[2] Condecoración. <<

[3] De los cinco perros. <<

[4] Especie de pelliza de mujer. <<

[5] Portero encargado de las escaleras interiores. <<

[6] Medida equivalente a sesenta libras. <<

[7] Botas altas de lana. <<

[8] Especie de gazpacho. <<

[9] Coche de caballos. <<

[10] Especie de cuajada. <<

[11] Jefe de aldea. <<

[12] Ábaco. <<

[13] Platos típicos rusos. <<

[14] Primer grado en Rusia del escalafón de Correos. <<

[15] Excesivamente. <<

[16] Mejor. <<

[17] Lugar de veraneo. <<

[18] Palabra que equivale a «borrachera persistente». <<

[19] Coche cerrado. <<

[20] Casa de campesinos. <<

[21] Billete de tres rublos. <<

[22] Vodka con pimienta. <<

[23] Condecoración. <<

[24] Moneda de oro. <<

[25] Especie de tortitas. <<

[26] Diminutivo de Gregorio. <<

[27] Ama seca. <<

[28] Especie de filete ruso. <<

[29] Pastel parecido a la empanada. <<

[30] Derivado de la palabra «funeral». <<

[31] Derivado de la palabra «cadáver». <<

[32] Derivado de la palabra «calavera». <<

[33] De los muertos. <<

[34] Derivado de la palabra «parroquia». <<

[35] Derivado de la palabra «cementerio». <<

[36] Derivado de la palabra «mandíbula». <<

[37] Poco más de un kilómetro. <<

[38] Especie de empanada. <<

[39] Sopa de remolacha. <<

[40] Sopa. <<

[41] En ruso, la palabra «alcalde» significa cabeza de ciudad (*gorodskoi golova*). <<

[42] Sota de oros. <<

[43] Caballo de oros. <<

[44] Calzado campesino. <<

[45] Yegua. <<

[46] Potro. <<

[47] Derivado de potro. <<

[48] Derivados de yegua. <<

[49] Derivados de yegua. <<

[50] Derivado de perro. <<

[51] Derivado de potro. <<

[52] Derivados de caballo. <<

[53] Derivados de caballo. <<

[54] Derivados de caballo. <<

[55] Derivados de caballo. <<

[56] Derivados de caballo. <<

[57] Derivado de rebaño. <<

[58] Derivado de pezuña. <<

[59] Derivado de *troika*. <<

[60] Derivado de bocado. <<

[61] Caballo bayo. <<

[62] Derivado de avena. <<

[63] Especie de mayordomo. <<

[64] Juego de niños. <<

[65] Ensalada rusa. <<

[66] Especie de empanada. <<

[67] Especie de caperuza. <<

[68] Pista de patinaje. <<

[69] Plato parecido al gazpacho. <<

[70] Ciudad provinciana. <<

[71] Juego de naipes. <<

[72] Bebida típica rusa sin alcohol. <<

[73] Personaje de *Eugenio Onieguin*, poema de Puschkin, adaptado a la escena con música de Tchaikovski. <<

[74] Perro de aguas. <<

[75] Pez de Rusia. <<

[76] Porción acotada del río destinada al baño. <<

[77] Abrigo corto de campesino hecho de piel de cordero. <<

[78] Nombre dado en Rusia a las campesinas. <<

[79] Peces de río. <<

[80] Pez de río de Rusia. <<

[81] Animal de cola corta. <<

[82] Juego de niños. <<

[83] Diminutivo de diablo. <<

[84] Famoso escritor y crítico literario ruso. <<

[85] Juego de naipes. <<

[86] Personaje de la obra *Almas muertas*, de Gogol. <<

[87] Nombre vulgar. <<

[88] *Kit*, ballena. <<

[89] Pelliza corta. <<

[90] Botas altas de fieltro grueso. <<

[91] Este apellido significa: *manos sucias*. <<

[92] Condecoración. <<

[93] Media *kopek*. <<

[94] Diablo. <<

[95] Figuritas de pasta dulce. <<

[96] Entre capucha y bufanda. <<

[97] En Rusia es costumbre tomar el té por la noche. <<

[98] Edificio que comprende las tiendas reunidas de diferentes propietarios. <<

[99] Correa rematada por una bola de hierro. <<

[100] Protagonista de la obra *El dolor de saber*, de Griboledov. <<

[101] Billete de cinco rublos. <<

[102] *Labor*. Nombre de un periódico. <<

[103] La letra «lat», pronunciada «e», está ahora en desuso. <<

[104] Pan. <<

[105] El galeno se marchó a la ciudad. <<

[106] Billete de tres rublos. <<

[107] Periódico infantil cuyo título significa: «Palabra querida». <<

[108] Personaje de un cuento. <<

[109] Alusión a un refrán ruso que corresponde al sentido del cuento. <<

[110] Personaje de la obra *El inspector*, de Gogol. <<

[111] Lugar donde se encuentra un monasterio. <<

[112] Prenda campesina. <<

[113] Especie de zapatillas trenzadas con corteza de abedul. <<

[114] Juego de naipes. <<

[115] Término de juego. <<

[116] Las espadas. <<

[117] Los oros. <<

[118] Los caballos. <<

[119] Las sotas. <<

[120] Condecoración. <<

[121] Coche de alquiler. <<

[122] Condecoración. <<

[123] Condecoración. <<

[124] Condecoración. <<

[125] Pájaro de campo. <<

[126] Espíritu del bosque. <<

[127] Preparativos en el río para la ceremonia de la bendición de las aguas, llamados *Jordán*, en memoria del bautismo de Nuestro Señor Jesucristo. <<

[128] Diminutivo despectivo de Maria. <<

[129] En francés, en el original. <<

[130] Diminutivos de Nadia y Varia, que a su vez lo son de Nadejda y Varvara. <<

[131] En francés, en el original. <<

[132] Especie de vitrina en la que se colocan las imágenes de los santos, los iconos, etc. <<

[133] En alemán, en el original. *¿Qué desea usted?* <<

[134] ¿Pero qué desea usted? <<

[135] ¿Qué más quiere usted? <<

[136] Yo quiero… <<

[137] En la antigua Rusia, los funcionarios del Estado recibían grados como los militares. <<

[138] Comisarlo de policía del distrito. <<

[139] Señor. <<

[140] Diminutivo despectivo de Andrés. <<

[141] Jefe de policía. <<

[142] Empleado subalterno de policía. <<

[143] Kopeka. Moneda rusa. Cien kopekas equivalen a un rublo. (El rublo era para los rusos aproximadamente lo que el duro para los españoles). <<

[144] Coartada. <<

[145] Miembro de una secta religiosa. <<

[146] Construcción típicamente rusa, compuesta de varias habitaciones. Sirve para lavarse, pero también tiene sitio para descansar y comer. <<

[147] Copla de una canción. <<

[148] Diminutivo de Olga. <<

[149] Filetes rusos. <<

[150] Pantalones usados por los campesinos. <<

[151] Diminutivo de Petersburgo. <<

[152] Licor casero hecho generalmente de guindas. <<

[153] Calle principal de San Petersburgo. <<

[154] Referencia a una antigua costumbre rusa. <<

[155] Ama seca. <<

[156] Alusión a los preceptores. <<

[157] Diez *kopekas*. <<

[158] Escritor ruso. <<

[159] Parte de la misa. <<

[160] *Agnus Dei*. <<

[161] Campesinas rusas. <<

[162] Ave de caza. <<

[163] Lota. Soyo. <<

[164] Lota. Soyo. <<

[165] Peces de río. <<

[166] Especie de pastas secas. <<

[167] Plato que se come después de celebrar oficios por los difuntos. <<

[168] Condecoración. <<

[169] Condecoración. <<

[170] Condecoración que sigue en categoría a la «Ana». <<

[171] Diminutivo de Iván. <<

[172] Es costumbre campesina rusa trasladarse de casa en casa durante la Navidad, portando una estrella y cantando villancicos a la gloria del Nacimiento del Señor. <<

[173] Lugar donde están reunidos varios iconos. <<

[174] Puerta principal del altar. <<

[175] Institución gubernamental sobre las provincias. <<

[176] Capitán de barco mercante. <<

[177] Puerto del mar Báltico. <<

[178] Polacos. <<

[179] Juego de palabras imposible de traducir. <<

[180] Restaurante de lujo. Esta palabra significa oso. <<

[181] Peces de los ríos rusos. <<

[182] Peces de los río rusos, todos los nombrados. <<

[183] Canción popular rusa. <<

[184] Escritor ruso. <<

[185] Personaje de la obra *Demonio*, del poeta y escritor ruso Lermontov. <<

[186] Ramaje que se reparte en la iglesia rusa la víspera del Domingo de Ramos. <<

[187] Expresión rusa intraducible con que se hace referencia a un alto grado de borrachera. <<

[188] Especie de granja. <<

[189] Término cariñoso que significa: «almita». <<

[190] Sopa de remolacha. <<

[191] Bollos en forma de rosquilla. <<

[192] Una de las calles principales de Moscú. <<

[193] Proverbio que equivale a: «Tú que no puedes llévame a cuestas». <<

[194] Personaje de la obra *Las almas muertas*, de Gogol. <<

[195] Según un dicho popular, no reconocer a una persona significa para ésta buena suerte. <<

[196] Diminutivo de Varvara. <<